¡ Hitler habla !

Javier Gómez



Mi Lucha - Testamento Político

30 discursos - 99 citas famosas

¡ HITLER HABLA !

MI LUCHA
(obra completa)

EL TESTAMENTO POLÍTICO
(redactado por Martin Bormann)

30 DISCURSOS

LAS 99 CITAS MÁS FAMOSAS

ÍNDICE GENERAL:

Cada libro, si corresponde, incluye su propio índice de capítulos.

MI LUCHA

INDICE:

MI LUCHA (mein kampf)

PROLOGO DEL AUTOR

En cumplimiento del fallo dictado por el Tribunal Popular de Munich el 1º de Abril de 1924, debía comenzar aquel día mi reclusión en el presidio de Landsberg, sobre el Lech.

Así se me presentaba por primera vez, después de muchos años de ininterrumpida labor la oportunidad de iniciar una obra reclamada por muchos y que yo mismo consideraba útil a la causa nacionalsocialista. En consecuencia, me había decidido a exponer, no sólo los fines de nuestro movimiento, sino a delinear también un cuadro de su desarrollo, del cual será posible aprender más que de cualquier otro estudio puramente doctrinario.

He querido asimismo dar a estas páginas un relato de mi propia evolución en la medida necesaria a la mejor comprensión del libro y también destruir al mismo tiempo las tendenciosas leyendas sobre mi persona propagadas por la prensa judía.

Al escribir esta obra no me dirijo a los extraños, sino a aquellos que adheridos de corazón al movimiento, ansían penetrar más hondamente la ideología nacionalsocialista.

Bien sé que la viva voz gana más fácilmente las voluntades que la palabra escrita y que asimismo el progreso de todo movimiento trascendental se debió generalmente en el mundo más a grandes oradores que a grandes escritores.

Sin embargo, es indispensable que de una vez para siempre quede expuesta, en su parte esencial, una doctrina, para poder después sostenerla y propagarla uniforme y homogéneamente.

Partiendo de esta consideración, el presente libro constituye la piedra fundamental que aporto a la obra común.

EL AUTOR

Escrito en el presidio de Landsberg

Am Lech, el 16 de Octubre de 1924

DEDICATORIA

El 9 de Noviembre de 1923, a las 12’30 del día, poseídos de inquebrantable fe en la resurrección de su pueblo, cayeron en Munich frente a la Feldhernhalle y en el patio del antiguo Ministerio de Guerra, los siguientes:

ALFARTH, Felix. Comerciante. 5 de Julio 1901

BAURIEDL, Andreas. Sombrerero. 8 de Agosto 1900

CASELLA, Theodor. Empleado bancario. 4 de Mayo 1879

EHRLICH, Wilhelm. Empleado bancario. 19 de Agosto 1894

FAUST, Martín. Empleado bancario. 27 de Enero 1901

HECHENBERGER, Ant. Cerrajero. 28 de Septiembre 1902

KOERNER, Oskar. Comerciante. 4 de Enero 1875

KUHN, Karl. Empleado de hotel. 26 de Julio 1897

LAFORGE, Karl. Estudiante de ingeniería. 28 de Octubre 1904

NEUBAUER, Kurt. Empleado doméstico. 27 de Marzo 1899

PAPE, Klaus von. Comerciante. 16 de Agosto 1904

PFORDTEN, Theodor von der. Consejero en el Tribunal Regional Superior. 14 de Mayo 1873

RICKMERS, Joh. Ex Capitán de Caballería. 7 de Mayo 1881

SCHEUBNER-RICHTER, Max Erwin von. Doctor en ingeniería. 9 de Enero 1884

STRANSKY, Lorenz Ritter von. Ingeniero. 14 de Marzo 1899

WOLF, Wilhelm. Comerciante. 19 de Octubre 1898

Autoridades llamadas nacionales se negaron a dar una sepultura común a estos héroes.

Dedico esta obra a la memoria de todos ellos para que el ejemplo de su sacrificio alumbre incesantemente a los prosélitos de nuestro movimiento.

Landsberg am Lech, 16 de Octubre de 1924

ADOLF HITLER

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO: EN EL HOGAR PATERNO

Considero una predestinación feliz haber nacido en la pequeña ciudad de Braunau sobre el Inn; Braunau, situada precisamente en la frontera de esos dos Estados alemanes, cuya fusión se nos presenta – por lo menos a nosotros los jóvenes – como un cometido vital que bien merece realizarse a todo trance.

La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo, a pesar de todo.

PUEBLOS DE LA MISMA SANGRE CORRESPONDEN A UNA PATRIA COMÚN.

Mientras el pueblo alemán no pueda reunir a sus hijos bajo un mismo Estado, carecerá de un derecho, moralmente justificado, para aspirar a una acción de política colonial. Sólo cuando el Reich abarcando la vida del último alemán no tenga ya la posibilidad de asegurar a éste la subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo, la justificación moral de adquirir posesión sobre tierras en el extranjero. El arado se convertirá entonces en espada y de las lágrimas de la guerra brotará para la posteridad el pan cotidiano.

La pequeña población fronteriza de Braunau me parece constituir el símbolo de una gran obra. Aun en otro sentido se yergue también hoy ese lugar como una advertencia al porvenir.

Cuando esta insignificante población fue –hace más de cien años- escenario de un trágico suceso que conmovió a toda la nación alemana, su nombre quedó inmortalizado por los menos en los anales de la historia de Alemania. En la época de la más terrible humillación impuesta a nuestra patria rindió allá su vida por su adorada Alemania el librero de Nuremberg, Johannes Philipp Palm, obstinado "nacionalista" y enemigo de los franceses. Se había negado rotundamente a delatar a sus cómplices, mejor dicho a los verdaderos culpables. Murió, igual que Leo Schlagetter, y como éste, Johannes Philip Palm fue también denunciado a Francia por un funcionario. Un director de la policía de Augsburgo cobró la triste fama de la denuncia y creó con ello el tipo que las nuevas autoridades alemanas adoptaron bajo la égida del señor Severing.

En esa pequeña ciudad sobre el Inn, bávara de origen, austriaca políticamente y ennoblecida por el martirologio alemán vivieron mis padres allá por el año 1890. Mi padre era un leal y honrado funcionario, mi madre, ocupada en los quehaceres del hogar, tuvo siempre para sus hijos invariable y cariñosa solicitud. Poco retiene mi memoria de aquel tiempo, pues, pronto mi padre tuvo que abandonar ese pueblo que había ganado su afecto, para ir a ocupar un nuevo puesto en Passau, es decir, en Alemania.

En aquellos tiempos la suerte del aduanero austriaco era "peregrinar" a menudo; de ahí que mi padre tuviera que pasar a Linz, donde acabó por jubilarse. Ciertamente que esto no debió significar un descanso para el anciano. Mi padre, hijo de un simple y pobre campesino, no había podido resignarse en su juventud a quedar en la casa paterna. No tenía todavía trece años, cuando lió su morral y se marchó del terruño. Iba a Viena, desoyendo el consejo de aldeanos de experiencia, para aprender allí un oficio. Ocurría esto el año 50 del pasado siglo. ¡Grave resolución la de lanzarse en busca de lo desconocido sólo provisto de tres florines! Pero cuando el adolescente cumplía los 17 años y había realizado ya su examen de oficial de taller para llegar a ser "algo mejor". Si cuando niño, en la aldea, le parecía el señor cura la expresión de lo más alto que humanamente podía alcanzarse, ahora –dentro de su esfera enormemente ampliada por la gran urbe- lo era el funcionario público. Con la tenacidad propia de un hombre, ya casi

envejecido en la adolescencia por las penalidades de la vida, se aferró el muchacho a su resolución de llegar a ser funcionario y lo fue. Creo que poco después de cumplir los 23 años, consiguió su propósito.

Cuando finalmente a la edad de 56 años se jubiló, no habría podido conformarse a vivir como un desocupado. Y he ahí que en los alrededores de la población austriaca de Lambach, adquirió una pequeña propiedad agrícola; la administró personalmente y así volvió después de una larga y trabajosa vida a la actividad originaria de sus mayores.

Fue sin duda en aquella época cuando forjé mis primeros ideales. Mis ajetreos infantiles al aire libre, el largo camino a la escuela y la camaradería que mantenía con muchachos robustos, que era frecuentemente motivo de hondos cuidados para mi madre, pudieron haber hecho de mí cualquier cosa menos un poltrón.

Si bien por entonces no me preocupaba seriamente la idea de mi profesión futura, sabía en cambio que mis simpatías no se inclinaban en modo alguno a la carrera de mi padre. Creo que ya entonces mis dotes oratorias se ejercitaban en altercados más o menos violentes con mis condiscípulos. Me había hecho un pequeño caudillo que aprendía bien y con facilidad en la escuela, pero que se dejaba tratar difícilmente.

En el estante de libros de mi padre encontré diversas obras militares, entre ellas una edición popular de la guerra franco-prusiana de 1870-71. Se trataba de dos tomos de una revista ilustrada de aquella época e hice de ellos mi lectura predilecta. Desde entonces me entusiasmó cada vez más todo aquello que tenía alguna relación con la guerra o con la vida militar.

Pero también en otro sentido debió esto tener significación para mí. Por primera vez - aunque en forma poco precisa- surgió en mi mente el interrogante de sí realmente existía y, caso de existir, cuál podría ser, la diferencia entre los alemanes que combatieron en la guerra del 70 y los otros alemanes –los austriacos-. Me preguntaba ¿por qué Austria no tomó también parte en esa guerra al lado de Alemania? ¿Acaso no somos todos lo mismo?, Me decía yo. Este problema comenzó a preocupar mi mente juvenil. A mis cautelosas preguntas debí oír con íntima emulación la respuesta de que no todo alemán tenía la suerte de pertenecer al Reich de Bismark.

Esto era para mi inexplicable...

***

Se había decidido que estudiase.

Por primera vez en mi vida, cuando apenas contaba once años, debí oponerme a mi padre. Si él en su propósito de realizar los planes que había previsto, era inflexible, no menos implacable y porfiado era su hijo para rechazar una idea que nada o poco le agradaba.

¡Yo no quería llegar a ser funcionario!.

Aun hoy mismo no me explico como un buen día me di cuenta de que tenía vocación para la pintura. Mi talento para el dibujo se hallaba tan fuera de duda, que fue uno de los motivos que indujeron a mi padre a inscribirme en un colegio de enseñanza secundaria; pero jamás con el propósito de permitirme una preparación profesional en ese sentido.

Mis certificados escolares de aquella época registraban calificaciones extremas, según la materia de mi afición. Mis mejores notas correspondían al ramo de geografía y aún más todavía al de historia universal; en estos ramos predilectos era yo el sobresaliente en mi clase.

Cuando ahora, después de transcurridos tantos años, hago un balance retrospectivo de aquella época, dos hechos resaltan como los más importantes:

1º ME HICE NACIONALISTA.

2º APRENDÍ A COMPRENDER Y A APRECIAR LA HISTORIA EN SU VERDADERO SENTIDO.

La antigua Austria era un Estado de nacionalidades diversas.

En realidad –por lo menos en aquel tiempo- un súbdito alemán del Reich no penetraba la significación que este hecho tenía para la vida cotidiana del individuo bajo la égida de un Estado semejante. Al tratarse del elemento austro alemán, se solía confundir con suma facilidad la dinastía degenerada de los Habsburgo con el núcleo sano del pueblo mismo.

La generalidad no se daba cuenta de que si en Austria no hubiese existido un núcleo alemán de sangre pura, jamás habría tenido el germanismo la energía suficiente para imprimirle su sello a un Estado de 52 millones de habitantes de diverso origen, y esto en un grado de influencia tan grande, que en Alemania mismo llegó a formarse el errado concepto de que Austria era un Estado Alemán. Un absurdo de graves consecuencias, pero al mismo tiempo un brillante testimonio para los 10 millones de alemanes que habitaban en la Marca del Este. En Alemania, sólo muy pocos sabían de la eterna lucha por el idioma, por la escuela alemana y por el carácter alemán. Como en toda lucha (en todas partes y en todos los tiempos), también en la pugna por la lengua que existía en la antigua Austria, habían tres sectores; LOS BELIGERANTES, LOS INDIFERENTES Y LOS TRAIDORES. Claro está que yo entonces no me contaba entre los indiferentes y pronto debí convertirme en un fanático nacionalista alemán.

Esta evolución en mi modo de sentir hizo muy rápidos progresos, de tal manera que ya a la edad de quince años puede comprender la diferencia entre el “PATRIOTISMO” dinástico y el “NACIONALISMO” popular y desde aquel momento sólo el segundo existió para mí.

¿Acaso no sabíamos ya desde la adolescencia que el Estado austriaco no tenía ni podía tener afección hacía nosotros, los alemanes? La experiencia diaria confirmaba la realidad histórica de la acción de los Habsburgo. En el Norte y en el Sur, el veneno de las razas extrañas carcomía el organismo de nuestra nacionalidad y hasta la misma Viena fue visiblemente convirtiéndose, cada vez más, en un centro anti-alemán. La casa de los Habsburgo tendía por todos los medios a una chequización y fue la mano de la diosa de la Justicia eterna y de la ley de compensación inexorable la que hizo que el enemigo más encarnizado del germanismo en Austria, el Archiduque Francisco Fernando, cayera precisamente bajo el plomo que él mismo ayudó a fundir. Francisco Fernando era nada menos que el símbolo de la tendencia ejercitada desde el mando para lograr la eslavización de Austria.

En la desgraciada alianza del joven Imperio alemán con el ilusorio Estado austriaco, radicó el germen de la guerra mundial y también de la ruina.

A lo largo de este libro, habré de ocuparme con detenimiento del problema, Por ahora, bastará establecer que ya en mi primera juventud había llegado a una convicción que después jamás deseché y que más bien se ahondó con el tiempo: Era la convicción de que la seguridad inherente a la vida del germanismo suponía la destrucción de Austria y que, además, el sentir nacional no coincidía en nada con el patriotismo dinástico, finalmente, que la Casa de los Habsburgo estaba predestinada a hacer la desgracia de la nación alemana.

Ya entonces deduje las consecuencias de aquella experiencia: Amor ardiente para mi patria austro-alemana y odio profundo contra el Estado austriaco.

***

La cuestión de mi futura profesión debió resolverse más pronto de lo que yo esperaba.

A la edad de 13 años perdí repentinamente a mi padre. Un ataque de apoplejía tronchó la existencia del hombre, todavía vigoroso, dejándonos sumidos en el más hondo dolor.

Al principio nada cambió exteriormente.

Mi madre, siguiendo el deseo de mi difunto padre, se sentía obligada a fomentar mi instrucción, es decir,

mi preparación para la carrera de funcionario. Yo personalmente me hallaba decidido, entonces más que nunca, a no seguir de ningún modo esa carrera.

Y he aquí que una enfermedad vino en mi ayuda. Mi madre, bajo la impresión de la dolencia que me aquejaba, acabó por resolver mi salida del colegio para hacer que ingresara en una academia.

Felices días aquellos, que me parecieron un bello sueño. En efecto, no debieron ser más que un sueño, pues dos años después, la muerte de mi madre vino a poner un brusco fin a mis acariciados planes.

Este amargo desenlace cerró un largo y doloroso período de enfermedad que desde el comienzo había ofrecido pocas esperanzas de curación; con todo, el golpe me afectó profundamente. A mi padre le veneré, pero por mi madre había sentido adoración.

La miseria y la dura realidad me obligaron a adoptar una pronta resolución. Los escasos recursos que dejara mi padre fueron agotados en su mayor parte durante la grave enfermedad de mi madre y la pensión de huérfano que me correspondía no alcanzaba ni para subvenir a mi sustento; me hallaba, por tanto, sometido a la necesidad de ganarme de cualquier modo el pan cotidiano.

Con una maleta con ropa en la mano y con una voluntad inquebrantable en el corazón, salí rumbo a Viena. Tenía la esperanza de obtener del Destino lo que hacía 50 años le había sido posible a mi padre; también yo quería llegar a ser “algo”, pero en ningún caso funcionario.

CAPÍTULO SEGUNDO: LAS EXPERIENCIAS DE MI VIDA EN VIENA

Al morir mi madre fui a Viena por tercera vez y permanecí allí algunos años.

Quería ser arquitecto, y como las dificultades no se dan para capitular ante ellas, sino para ser vencidas, mi propósito fue vencerlas, teniendo presente el ejemplo de mi padre que, de humilde muchacho aldeano, lograra hacerse un día funcionario del Estado. Las circunstancias me eran desde luego más propicias y lo que entonces me pareciera una rudeza del destino, lo considero hoy una sabiduría de la Providencia. En brazos de la “diosa miseria” y amenazado más de una vez de verme obligado a claudicar, creció mi voluntad para resistir hasta que triunfó esa voluntad. Debo a aquellos tiempos mi dura resistencia y también toda mi fortaleza. Pero más que a todos eso, doy todavía más valor al hecho de que aquellos años me sacaran de la vacuidad de una vida cómoda para arrojarme al mundo de la miseria y de la pobreza, donde debí conocer a aquellos por los cuales lucharía después.

***

En aquella época abrí los ojos ante dos peligros que antes apenas si conocía de nombre, y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: El marxismo y el judaísmo.

Viena, la ciudad que para muchos simboliza la alegría y el medio-ambiente de gentes satisfechas, tienen sensiblemente para mí solo, el sello del recuerdo vivo de la época más amarga de mi vida. Hoy mismo Viena me evoca tristes pensamientos. Cinco años de miseria y de calamidad encierra esa ciudad para mí, cinco largos años en cuyo transcurso trabajé primero como peón y luego como pequeño pintor para ganarme el miserable sustento diario, tan verdaderamente miserable que nunca alcanzaba a mitigar el hambre; el hambre, mi más fiel camarada que casi nunca me abandonaba, compartiendo conmigo inexorable, todas las circunstancias de la vida. Si compraba un libro, exigía ella su tributo; adquirir un billete para la Opera, significaba también días de privación. ¡Que constante era la lucha con tan despiadada compañera! Y sin embargo en esa época aprendí más que en todos los tiempos pasados. Mis libros me deleitaban. Leía mucho y concienzudamente en todas mis horas de descanso. Así pude en pocos años cimentar los fundamentos de una preparación intelectual de la cual hoy mismo me sirvo.

Pero hay algo más que todo esto: En aquellos tiempos me formé un concepto del mundo, concepto que

constituyó la base granítica de mi proceder de aquella época. A mis experiencias y conocimientos adquiridos entonces, poco tuve que añadir después; nada fue necesario modificar.

Por el contrario, hoy estoy firmemente convencido de que en general todas las ideas constructivas se manifiestan, en principio, ya en la juventud, si es que existen realmente.

Yo establezco diferencia entre la sabiduría de la vejez y la genialidad de la juventud; la primera solo puede apreciarse por su carácter más minuciosa y previsor, como resultado de las experiencias de una larga vida, en tanto que la segunda se caracteriza por una inagotable fecundidad en pensamientos e ideas, las cuales por su cúmulo tumultuoso, no son susceptibles de elaboración inmediata. Esas ideas y esos pensamientos permiten la concepción de futuros proyectos y dan los materiales de construcción, de entre los cuales la sesuda vejez toma los elementos y los forja para llevar a cabo la obra, siempre que la llamada sabiduría de la vejez no haya ahogado la genialidad de la juventud.

***

Mi vida en el hogar paterno se diferenció poco o nada de la de los demás. Sin preocupaciones podía esperar todo nuevo amanecer y no existían para mí los problemas sociales.

El ambiente que rodeó mi juventud era el de los círculos de la pequeña burguesía, es decir, un mundo que muy poca conexión tenía con la clase netamente obrera, pues, aunque a primera vista resulte paradójico, el abismo que separaba a estas dos categorías sociales, que de ningún modo gozan de una situación económica desahogada, es a menudo más profundo de lo que uno pueda imaginarse. El origen de esta –llamémosle belicosidad- radica en que el grupo social que no hace mucho saliera del seno de la clase obrera, siente el temor de descender a su antiguo nivel de gente poco apreciada, o que se le considere como perteneciente todavía a él. A esto hay que añadir que para muchos es agrio el recuerdo de la miseria cultural de la clase proletaria y del trato grosero de esas gentes entre sí, lo cual, por insignificante que sea su nueva posición social, llega a hacerles insoportable todo contacto con gente de un nivel cultural ya superado por ellos.

Así ocurre que, apenas considera posible el “parvenu” aquello que es frecuente entre personas de elevada situación que, descendiendo de su rango, se acercan hasta el último prójimo.

No se olvide que “parvenu” es todo aquel que por propio esfuerzo sale de la clase social en que vive para situarse en un nivel superior. Ese batallar, con frecuencia muy rudo, acaba por destruir el sentimiento de conmiseración. La propia dolorosa lucha por la existencia anula toda comprensión para la miseria de los relegados.

En este orden quiso el destino ser magnánimo conmigo, constriñéndome a volver a ese mundo de pobreza y de incertidumbre que mi padre abandonara en el curso de su vida. El destino apartó de mis ojos el fantasma de una educación limitada propia de la pequeña burguesía.

Empezaba a conocer a los hombres y aprendía a distinguir los valores aparentes o los caracteres exteriores brutales, de lo que constituía su verdadera mentalidad.

Al finalizar el siglo XIX, Viena se contaba ya entre las ciudades de condiciones sociales más desfavorables. Riqueza fastuosa y repugnante miseria caracterizaban el cuadro de la vida en Viena. En los barrios centrales se sentía manifiestamente el pulsar de un pueblo de 52 millones de habitantes con toda la dudosa fascinación de un Estado de nacionalidades diversas. La vida de la Corte, con su boato deslumbrante, obraba como un imán sobre la riqueza y la clase del resto del Imperio. A tal estado de cosas se sumaba la fuerte centralización de la monarquía de los Habsburgo y en ello radicaba la única posibilidad de mantener compacta esa promiscuidad de

pueblos, resultando, por consiguiente, una concentración extraordinaria de autoridades y oficinas

públicas en la capital y sede del Gobierno. Sin embargo, Viena no era sólo el centro político e intelectual de la vieja monarquía del Danubio, sino que constituía también su centro económico.

Frente al enorme conjunto de oficiales de alta graduación, funcionarios, artistas y científicos, había un ejército mucho más numeroso de proletarios y frente a la riqueza de la aristocracia y del comercio reinaba una sangrante miseria. Delante de los palacios de la Ringstrasse, pululaban miles de desocupados y en los trasfondos de esa vía triunphalis de la antigua Austria, vegetaban vagabundos en la penumbra y entre el barro de los canales. En ninguna ciudad alemana podía estudiarse mejor que en Viena el problema social. Pero no hay que confundir. Ese "estudio" no se deja hacer "desde arriba", porque aquel que no haya estado al alcance de la terrible serpiente de la miseria jamás llegará a conocer sus fauces ponzoñosas. Cualquier otro camino lleva tan sólo a una charlatanería banal o a una mentida sentimentalidad. Ambas igualmente perjudiciales, una porque nunca logra penetrar el problema en su esencia y la otra porque no llega ni a rozarlo. No sé qué sea más funesto: Si la actitud de no querer ver la miseria, como lo hace la mayoría de los favorecidos por la suerte o encumbrados por propio esfuerzo, o la de aquellos no menos arrogantes y a menudo faltos de tacto, pero dispuestos siempre a dignarse a aparentar que comprenden la miseria del pueblo. Esas gentes hacen siempre más daño del que puede concebir su comprensión desarraigada de instinto humano; de ahí que ellas mismas se sorprendan ante el resultado nulo de su acción de "sentido social" y hasta sufran la decepción de un airado rechazo, que acaban por considerar como una prueba de la ingratitud del pueblo.

NO CABE EN EL CRITERIO DE TALES GENTES COMPRENDER QUE UNA ACCIÓN SOCIAL NO PUEDE EXIGIR EL TRIBUTO DE LA GRATITUD PORQUE ELLA NO PRODIGA MERCEDES, SINO QUE ESTÁ DESTINADA A RESTITUIR DERECHOS.

Impelido por la s circunstancias al escenario real de la vida, no debí conocer el problema social en aquella forma. Lejos de prestarse éste a que yo lo "conociese" pareció querer más bien experimentar su prueba en mí mismo, y si de ella salí airoso, no fue por cierto, mérito de la prueba.

***

El propósito de reproducir aquí el cúmulo de mis impresiones de entonces nunca podrá dar, ni aproximadamente, un cuadro completo; junto a las experiencias adquiridas en aquella época, he de concretarme a exponer en este libro solamente mis impresiones más culminantes, es decir, aquéllas que más de una vez conmovieron mi espíritu.

En Viena me di cuenta de que siempre existía la posibilidad de encontrar alguna ocupación, pero que esta se perdía con la misma facilidad con que era conseguida. La inseguridad de ganarse el pan cotidiano me pareció una de las más graves dificultades de mi nueva vida. Bien es cierto que el obrero perito no es despedido de su trabajo tan llanamente como uno que no lo es, más, tampoco está libre de correr igual suerte.

También yo debí en la gran urbe experimentar en carne propia los defectos de ese destino y saborearlos moralmente. Algo más me fue dado observar todavía: La brusca alternativa entre la ocupación y la falta de trabajo y la consiguiente eterna fluctuación entre las entradas y los gastos, que en muchos destruye, a la larga, el sentimiento de economía, así como la noción para un sistema razonable de vida. Parece como si el organismo humano se acostumbrara paulatinamente a vivir en la abundancia en los buenos tiempos y a sufrir hambre en los malos. Así se explica que aquél que apenas ha logrado conseguir trabajo, olvide toda previsión y viva tan desordenadamente que hasta el pequeño presupuesto semanal de gastos domésticos resulta alterado; al principio el salario alcanza en lugar de para siete, sólo para cinco días, después únicamente para tres y por último escasamente para un día, despilfarrándolo todo en la primera noche.

A menudo la mujer y los hijos se contaminan de esa vida, especialmente si el padre de familia es en el fondo bueno con ellos y los quiere a su manera. Resulta entonces que en dos o tres días se consume en casa, en común, el salario de toda la semana. Se come y se bebe mientras el dinero alcanza, para después soportar hambre también conjuntamente durante los últimos días. La mujer recurre entonces a la vecindad y contrae pequeñas deudas para pasar los malos días del resto de la semana. A la hora de la cena se reúnen todos en torno a una paupérrima mesa, esperan impacientes el pago del nuevo salario y sueñan ya con la felicidad futura, mientras el hambre arrecia.... Así se habitúan los hijos desde su niñez a este cuadro de miseria.

Pero el caso acaba siniestramente cuando el padre de familia desde un comienzo sigue su camino solo, dando lugar a que la madre, precisamente por amor a sus hijos, se ponga en contra.

Surgen disputas y escándalos en una medida tal, que cuando más se aparta el marido del hogar, más se acerca al vicio del alcohol. Se embriaga casi todos los sábados y entonces la mujer, por espíritu de propia conservación y por la de sus hijos, tiene que arrebatarle unos pocos céntimos, y

esto muchas veces en el trayecto de la fábrica a la taberna; y sí por fin el domingo o el lunes llega el marido a casa, ebrio y brutal, después de haber gastado el último céntimo, se suscitan con frecuencia escenas..... ¡de las que Dios nos libre!

En cientos de casos observé de cerca esa vida, viéndola al principio con repugnancia y protesta, para

después comprender en toda su magnitud la tragedia de semejante miseria y sus causas fundamentales. ¡Víctimas infelices de las malas condiciones de vida!

Cuánto agradezco hoy a la Providencia haberme hecho vivir esa escuela; en ella ya no me fue posible prescindir de aquello que no era de mi complacencia. Esa escuela me educó pronto y con rigor.

Para no desesperar de la clase de gentes que por entonces me rodeaban fue necesario que aprendiese a diferenciar entre su manera de ser y su vida y las causas del proceso de su desarrollo. Sólo así se podía soportar ese estado de cosas y comprender que el resultado de tanta miseria, inmundicia y degeneración no eran ya seres humanos, sino el triste producto de unas leyes más tristes todavía. En medio de ese ambiente mi propia y dura suerte me libró de capitular en quejumbroso sentimentalismo ante los resultados de un proceso social semejante.

Ya en aquellos tiempos llegué a la conclusión de que sólo un doble procedimiento podía conducir a modificar la situación existente:

ESTABLECER MEJORES CONDICIONES PARA NUESTRO DESARROLLO A BASE DE UN PROFUNDO SENTIMIENTO DE RESPONSABILIDAD SOCIAL APAREJADO CON LA FÉRREA DECISIÓN DE ANULAR A LOS DEPRAVADOS INCORREGIBLES.

Del mismo modo que la Naturaleza no concentra su mayor energía en el mantenimiento de lo existente, sino más bien en la selección de la descendencia como conservadora de la especie, así también en la vida humana no puede tratarse de mejorar artificialmente lo malo subsistente – cosa de suyo imposible en un 99% de casos, dada la índole del hombre- sino por el contrario debe procurarse asegurar bases más sanas para un ciclo de desarrollo venidero.

Durante mi lucha por la existencia, en Viena, me di cuenta de que la obra de acción social jamás puede consistir en un ridículo e inútil lirismo de beneficencia, sino en la eliminación de aquellas deficiencias que son fundamentales en la estructura económico-cultural de nuestra vida y que constituyen el origen de la degeneración del individuo o por lo menos de su mala inclinación.

El Estado austriaco desconocía prácticamente una legislación social humana y de ahí su ineptitud patente para reprimir ni las más crasas transgresiones.

***

No sabría decir lo que más me horrorizó en aquel tiempo: Si la miseria económica de mis compañeros de entonces, su rudeza moral o su ínfimo nivel cultural.

¡Con qué frecuencia se exalta la indignación de nuestra burguesía cuando se oye decir a un vagabundo cualquiera que le es lo mismo ser alemán a no serlo y que el hombre se siente igualmente bien en todas partes con tal de tener para su sustento! Esta falta de “orgullo nacional” es lamentada entonces hondamente y se vitupera con acritud semejante modo de pensar.

¿Reflexionan acaso nuestros estratos burgueses en que mínima escala se le dan al “pueblo” los elementos inherentes a los sentimientos de orgullo nacional? Ven tranquilamente cómo en el teatro y en el film y mediante literatura obscena y prensa inmunda se vacía en el pueblo día por día veneno a borbotones. Y sin embargo se sorprenden esos ambientes burgueses de la “falta de moral” y de la “indiferencia nacional” de la gran masa del pueblo, como si de esa prensa inmunda, de esos films disparatados y de otros factores semejantes, surgiese para el ciudadano el concepto de la grandeza patria. Todo esto sin considerar la educación ya recibida por el individuo en su primera juventud.

EL PROBLEMA DE LA “NACIONALIZACIÓN” DE UN PUEBLO CONSISTE, EN PRIMER TÉRMINO, EN CREAR SANAS CONDICIONES SOCIALES COMO BASE DE LA EDUCACIÓN INDIVIDUAL. PORQUE SOLO AQUEL QUE HAYA APRENDIDO EN EL HOGAR Y EN LA

ESCUELA A APRECIAR LA GRANDEZA CULTURAL Y ECONÓMICA Y ANTE TODO LA GRANDEZA POLÍTICA DE SU PROPIA PATRIA, PODRÁ SENTIR Y SENTIRÁ EL INTIMO ORGULLO DE SER SÚBDITO DE ESA NACIÓN, SOLO SE PUEDE LUCHAR POR AQUELLO QUE SE QUIERE – SE QUIERE LO QUE SE RESPETA Y SE PUEDE RESPETAR ÚNICAMENTE LO QUE POR LO MENOS, SE CONOCE.

Apenas se despertó mi interés por la cuestión social me dediqué a estudiar a fondo el problema. ¡Se me descubrió un mundo nuevo!

En los años de 1909 y 1910 se había producido también un pequeño cambio en mi vida: Ya no necesitaba ganarme el pan diario actuando como peón. Por entonces trabajaba ya independientemente como modesto dibujante y acuarelista. Pintaba para ganarme la vida y al mismo tiempo aprendía con satisfacción. De este modo me fue también posible lograr el complemento teórico necesario para mi apreciación íntima del problema social. Estudiaba con ahínco casi todo lo que podía encontrar en libros sobre esta compleja materia, para después engolfarme en mis propias meditaciones.

Era poco y muy erróneo lo que yo sabía en mi juventud acerca de la socialdemocracia. Me entusiasmaba que proclamase el derecho de sufragio universal secreto; además, mi ingenua concepción de entonces, me hacía creer también que era mérito suyo empeñarse en mejorar las condiciones de vida del obrero. Pero lo que me repugnaba era su actitud hostil en la lucha por la conservación del germanismo. Hasta la edad de los 17 años la palabra "marxismo" no me era familiar, y los términos "socialdemocracia" y "socialismo" me parecían ser idénticos. Fue necesario que el destino obrase también sobre este concepto aquí abriéndome los ojos ante un engaño tan inaudito para la humanidad.

Si antes había yo conocido el partido socialdemócrata sólo como espectador en algunos de sus mítines, sin penetrar no obstante en la mentalidad de sus adeptos o en la esencia de sus doctrinas, bruscamente debía entonces ponerme en contacto con los productos de aquella "ideología". Y lo que quizás después de decenios hubiese ocurrido, se realizó en el curso de pocos meses, permitiéndome comprender que bajo la apariencia de virtud social y amor al prójimo se escondía una podredumbre de la cual ojalá la humanidad libre a la tierra cuanto antes, porque de lo contrario posiblemente sería la propia humanidad la que de la tierra desapareciese.

Fue durante mi trabajo cotidiano en el solar donde tuve el primer roce con elementos socialdemócratas. Ya desde un comienzo me fue poco agradable aquello. Mi vestido era aún decente, mi lenguaje no vulgar y mi actitud reservada. Mucho tenía que hacer con mi propia suerte para que hubiese concentrado mi atención en lo que me rodeaba. Buscaba únicamente trabajo a fin de no perecer de hambre y poder así, a la vez, procurarme los medios necesarios a la lenta prosecución de mi instrucción personal. Probablemente no me habría preocupado de mi nuevo ambiente a no ser porque al tercero o cuarto día de iniciarme en el trabajo, se produjo un incidente que me indujo a asumir una determinada actitud. Se me había propuesto que ingresase en la organización sindicalista. Por entonces nada conocía aún acerca de las organizaciones obreras y me habría sido imposible comprobar la utilidad o inconveniencia de su razón de ser.

Cuando se me dijo que debía hacerme socio, rechacé de plano la proposición, expresando que no tenía idea de lo que se trataba y que por principio no me dejaba imponer nada. En el curso de las dos semanas siguientes alcancé a empaparme mejor del ambiente, de tal suerte que poder alguno en el mundo me hubiese compelido a ingresar en una agrupación sindicalista, sobre cuyos dirigentes había llegado a formarme entre tanto el más desfavorable concepto.

A mediodía, una parte de los trabajadores acudía a las fondas de la vecindad y el resto quedaba en el solar mismo consumiendo su exigua merienda. Yo, ubicado en un aislado rincón, bebía de mi frasco de leche y comía mi ración de pan, pero sin dejar de observar cuidadosamente el ambiente o reflexionando

sobre la miseria de mi suerte. Mientras tanto, mis oídos escuchaban más de o necesario y a veces me parecía que intencionadamente aquellas gentes se aproximaban hacia mí como para inducirme a adoptar una actitud precisa. De todos modos, aquello que alcanzaba a oír bastaba para irritarme en sumo grado. Allá se negaba todo: La nación no era otra cosa que una invención de los "capitalistas"; la patria, un instrumento de la burguesía destinado a explotar a la clase obrera; la autoridad de la ley, un medio de subyugar el proletariado; la escuela, una institución para educar esclavos y también amos; la religión, un recurso para idiotizar a la masa predestinada a la explotación; la moral, signo de estúpida resignación, etc.

Nada había pues, que no fuese arrojado en el lodo más inmundo.

Al principio traté de callar, pero a la postre me fue imposible. Comencé a manifestar mi opinión, comencé por objetar; más, tuve que reconocer que todo sería inútil mientras yo no poseyese por lo menos un relativo conocimiento acerca de los puntos en cuestión. Y fue así como empecé a investigar en las mismas fuentes de las cuales procedía la pretendida sabiduría de los adversarios.

Leía con atención libro por libro, folleto por folleto, y día tras día pude replicar a mis contradictores, informado como estaba mejor que ellos de su propia doctrina, hasta que un momento dado debió ponerse en práctica aquel recurso que ciertamente se impone con más facilidad a la razón: El terror, la violencia. Algunos de mis impugnadores me conminaron a abandonar inmediatamente el trabajo amenazándome con tirarme desde el andamio. Como me hallaba solo, consideré inútil toda resistencia y opté por retirarme.

¡Que penosa impresión dominó mi espíritu al contemplar cierto día las inacabables columnas de una manifestación proletaria en Viena! Me detuve casi dos horas observando pasmado aquel enorme dragón humano que se arrastraba pesadamente. Lleno de desaliento regresé a casa. En el trayecto vi en una cigarrería el diario "Arbeiterzeitung" órgano central de la antigua democracia austriaca. En un café popular, barato, que solía frecuentar con el fin de leer periódicos, encontraba también esa miserable hoja, pero sin que jamás hubiera podido resolverme a dedicarle más de dos minutos, pues, su contenido obraba en mi ánimo como si fuese vitriolo.

Aquel día, bajo la depresión que me había causado la manifestación que acababa de ver, un impulso interior me indujo a comprar el periódico, para leerlo esta vez minuciosamente. Por la noche me apliqué a ello, sobreponiéndome a los ímpetus de cólera que me provocaba aquella solución concentrada de mentiras.

A través de la prensa socialdemócrata diaria, pude, pues, estudiar mejor que en la literatura teórica el verdadero carácter de esas ideas. ¡Que contraste!¡Por una parte las rimbombantes frases de libertad, belleza y dignidad, expuestas en esa literatura locuaz, de moral humana hipócrita, reflejando trabajosamente una honda sabiduría –todo esto escrito con profética seguridad- y por el otro lado, la prensa diaria, brutal, capaz de toda villanía y de una virtuosidad única en el arte de mentir en pro de la doctrina salvadora de la nueva humanidad! Lo primero destinado a los necios de las "esferas intelectuales" medias y superiores y lo segundo –la prensa- para la masa.

Penetrar el sentido de esa literatura y de esa prensa tuvo para mí la trascendencia de inclinarme más fervorosamente a mi pueblo. Conociendo el efecto de semejante obra de envilecimiento, sólo un loco sería capaz de condenar a la víctima. Por fin comprendí la importancia de la brutal imposición de subscribirse únicamente a la prensa roja, concurrir con exclusividad a mítines de filiación roja y también de leer libros rojos solamente. La Psiquis de las multitudes no es sensible a lo débil ni a lo mediocre; guarda semejanza con la mujer, cuya emotividad obedece menos a razones de orden abstracto que al ansia instintiva e indefinible hacia una fuerza que la integre, y de ahí que prefiera someterse al fuerte a dominar al débil. Del mismo modo, la masa se inclina más fácilmente hacia el que domina que hacia el

que implora, y se siente más íntimamente satisfecha de una doctrina intransigente que no admita paralelo, que del roce de una libertad que generalmente de poco le sirve.

SI FRENTE A LA SOCIALDEMOCRACIA SURGIESE UNA DOCTRINA SUPERIOR EN VERACIDAD, PERO BRUTAL COMO AQUELLA EN SUS MÉTODOS, SE IMPONDRÍA LA SEGUNDA, SI BIEN CIERTAMENTE, DESPUÉS DE UNA LUCHA TENAZ.

Como la socialdemocracia conoce por propia experiencia la importancia de la fuerza, cae con furor sobre aquellos en los cuales supone la existencia de ese casi raro elemento, e inversamente, halaga a los espíritus débiles del bando opuesto, cautelosa o abiertamente, según la calidad moral que tengan o que se les atribuya. La socialdemocracia teme menos a un hombre de genio, impotente y falto de carácter, que a uno dotado de fuerza natural, aunque huérfano de vuelo intelectual. Esta es una táctica que responde al preciso cálculo de todas las debilidades humanas y que tiene que conducir casi matemáticamente al éxito, si es que el partido opuesto no sabe que el gas asfixiante se contrarresta sólo con el gas asfixiante. A los espíritus pusilánimes hay que recalcarles que en esto se trata del ser o del no ser.

EL MÉTODO DEL TERROR EN LOS TALLERES, EN LAS FABRICAS, EN LOS LOCALES DE ASAMBLEAS Y EN LAS MANIFESTACIONES EN MASA, SERÁ SIEMPRE CORONADO POR EL ÉXITO MIENTRAS NO SE LE ENFRENTE OTRO TERROR DE EFECTOS ANÁLOGOS.

***

COMO CONSECUENCIA DEL HECHO DE QUE LA BURGUESÍA EN INFINIDAD DE CASOS, PROCEDIENDO DEL MODO MAS DESATINADO E INMORAL, OPONÍA RESISTENCIA HASTA A LAS EXIGENCIAS MAS HUMANAMENTE JUSTIFICADAS, AUN SIN ALCANZAR O SIN ESPERAR SIQUIERA PROVECHO ALGUNO DE SU ACTITUD, EL MÁS HONESTO OBRERO RESULTABA IMPELIDO DE LA ORGANIZACIÓN SINDICALISTA A LA LUCHA POLÍTICA.

El rechazo rotundo de toda tentativa hacia el mejoramiento de las condiciones de trabajo para el obrero, tales como la instalación de dispositivos de seguridad en las máquinas, la prohibición del trabajo para menores, así como también la protección para la mujer –por lo menos en aquellos meses en los cuales lleva en sus entrañas al futuro ciudadano- contribuyó a que la socialdemocracia, que recibía complacida todos esos casos de despiadado proceder, cogiese a las masas en su red. Nunca podrá reparar nuestra "burguesía política" esos errores, pues negándose a dar paso a todo propósito tendente a eliminar anomalías sociales, sembraba odios y justificaba aparentemente las aseveraciones de los enemigos mortales de toda la nacionalidad en el sentido de ser el partido socialdemócrata el único defensor de los intereses del pueblo trabajador.

En mis años de experiencia en Viena me vi obligado, queriendo o sin quererlo, a definir mi posición en lo relativo a los sindicatos obreros.

El hecho de que la socialdemocracia supiera apreciar la enorme importancia del movimiento sindicalista le aseguró el instrumento de su acción y con ello el éxito. No haber comprendido aquello le costó a la burguesía su posición política. Había creído que con una "negativa" impertinente podría anular un desarrollo lógico inevitable.

Es absurdo y falso afirmar que el movimiento sindicalista sea en sí contrario al interés patrio. Si la acción sindicalista tiende y logra el mejoramiento de las condiciones de vida de aquella clase social que constituye una de las columnas fundamentales de la nación, obra no sólo como no-enemiga de la patria o del Estado, sino "nacionalistamente" en el más puro sentido de la palabra .

Mientras existan entre los patrones individuos de escasa comprensión social o que incluso carezcan de sentimiento de justicia y equidad, no solamente es un derecho, sino un deber el que sus dependientes, representando una parte de la nacionalidad, velen por los intereses del conjunto frente a la codicia o el capricho de uno solo.

MIENTRAS EL TRATO ASOCIAL O INDIGNO DADO AL HOMBRE PROVOQUE RESISTENCIAS, Y MIENTRAS NO SE HAYAN INSTITUIDO AUTORIDADES JUDICIALES ENCARGADAS DE REPARAR DAÑOS, SIEMPRE EL MAS FUERTE VENCERÁ EN LA LUCHA, POR ELLO ES NATURAL QUE LA PERSONA QUE CONCENTRA EN SÍ TODA LA FUERZA DE LA EMPRESA, TENGA AL FRENTE A UN SOLO INDIVIDUO EN REPRESENTACIÓN DEL CONJUNTO DE TRABAJADORES.

De ese modo la organización sindicalista podrá lograr un afianzamiento de la idea social en su aplicación práctica de la vida diaria, eliminando con ello motivos que son causa permanente de descontento y quejas.

La socialdemocracia jazz pensó mantener el programa inicial del movimiento corporativo que había abarcado. Y en efecto fue así. Bajo su experta mano, en pocos decenios supo hacer de un medio auxiliar creado para defensa de derechos sociales, un instrumento destructor de la economía nacional. Los intereses del obrero no debían obstaculizar los propósitos de la socialdemocracia en lo más mínimo.

Ya a principios del presente siglo, el movimiento sindicalista había dejado de servir a su idea inicial; año tras año fue cayendo cada vez más en el radio de acción de la política socialdemócrata para ser a la postre sólo un ariete de la lucha de clases. Debía a fuerza de constantes arremetidas demoler los fundamentos de la economía nacional laboriosamente cimentada y con ello prepararle la misma suerte al edificio del Estado. La defensa de los verdaderos intereses del se hacía cada vez más secundaria, hasta que por último la habilidad política acabó por establecer la inconveniencia de mejorar las condiciones sociales y el nivel cultural de las masas, so pena de correr el peligro de que una vez satisfechos sus deseos, esas

muchedumbres no pudieran ser ya utilizadas indefinidamente como una fuerza autómata de lucha.

***

A medida que fui formando criterio sobre el carácter exterior de la socialdemocracia, aumentó en mí el ansia de penetrar la esencia de su doctrina. De poco podía servirme en este orden la literatura propia del partido porque cuando trata de cuestiones económicas es errónea en asertos y demostraciones, y es falaz en lo que a sus fines políticos se refiere.

SOLO EL CONOCIMIENTO DEL JUDAÍSMO DA LA CLAVE PARA LA COMPRENSIÓN DE LOS VERDADEROS PROPÓSITOS DE LA SOCIALDEMOCRACIA.

Me sería difícil, sino imposible, precisar en qué época de mi vida la palabra judío fue para mí por primera vez motivo de reflexiones. En el hogar paterno, cuando aún vivía mi padre, no recuerdo siguiera haberla oído. Creo que el anciano habría visto un signo de retroceso cultural en la sola acentuada pronunciación de aquel vocablo. Durante el curso de su vida, mi padre había llegado a concepciones más o menos universalistas, conservándolas aún en medio de un convencido nacionalismo, de modo que hasta en mí debieron tener su influencia.

Tampoco en la escuela se presentó motivo alguno que hubiese podido determinar un cambio del criterio que formé en el seno de mi familia.

Fue a la edad de catorce o quince años cuando debí oír a menudo la palabra "judío", especialmente en conversaciones de tema político, y sentía cierta repulsión cuando me tocaba presenciar pendencias de índole confesional. La cuestión por entonces no tenía pues para mí otras características.

En la ciudad de Linz vivían muy pocos judíos que en el curso de los siglos se habían europeizado exteriormente y yo hasta los tomaba por alemanes. Lo absurdo de esta suposición me era poco claro, ya que por entonces veía en el aspecto religioso la única diferencia peculiar. El que por eso se persiguiese a los judíos, como creía yo, hacía que muchas veces mi desagrado frente a exclamaciones deprimentes para ellos subiese de punto. De la existencia de un odio sistemático contra el judío no tenía todavía idea en absoluto.

Después estuve en Viena.

Sobrecogido por el cúmulo de mis impresiones de las obras arquitectónicas de aquella capital y por las penalidades de mi propia suerte no pude en el primer tiempo de mi permanencia allí darme cuenta de la conformación interior del pueblo en la gran urbe; y fue así que no obstante existir en Viena alrededor de 200.000 judíos, entre sus dos millones de habitantes, yo no me había dado cuenta de ellos.

Mal podría afirmar que me hubiera parecido particularmente grata la forma en que debí llegar a conocerlos. Yo seguía viendo en el judío sólo la cuestión confesional y por eso,

fundándome en razones de tolerancia humana mantuve aún entonces mi antipatía por la lucha religiosa. De ahí que considerase indigno de la tradición cultural de un gran pueblo el tono de la prensa antisemita de Viena. Me impresionaba el recuerdo de ciertos hechos de la Edad Media, que no me habría agradado ver repetirse.

Como esos periódicos carecían de prestigio –el motivo no sabía yo explicármelo entonces- veía la campaña que hacían más como un producto de exacerbada envidia que como resultado de un criterio de principio, aunque éste fuese errado. Corroboraba tal modo de pensar el hecho de que los grandes órganos de prensa respondían a esos ataques en forma infinitamente más digna o bien optaban por no mencionarlos siquiera, lo cual me parecía aún más laudable.

Leía asiduamente la llamada prensa mundial ("Neue freie Presse", "Wiener Tageblatt", etc.) y me asombraba siempre su enorme material de información, así como su objetividad en el modo de tratar las

cuestiones; pero lo que frecuentemente me chocaba era la forma servil en que adulaban a la Corte. Casi no había suceso de la vida cortesana que no fuese presentado la público con frases de desbordante entusiasmo o de plañidera aflicción, según el caso. Otra cosa que me llegaba a los nervios era el repugnante culto que esa prensa rendía a Francia.

De vez en cuando leía también el "Volksblatt", por cierto periódico mucho más pequeño, pero que en estas cosas me parecía más sincero. No estaba de acuerdo con su recalcitrante antisemitismo, bien que algunas veces encontraba razonamientos que me movían a reflexionar.

En todo caso a través de esas incidencias fue como llegué a conocer paulatinamente al hombre y al movimiento político que por entonces influían en los destinos de Viena: El Dr. Karl Lueger y el partido cristiano-social.

Cuando llegué a Viena era contrario a ambos porque los consideraba "reaccionarios".

Empero, una elemental noción de equidad hizo variar mi opinión a medida que tuve oportunidad de conocer al hombre y su obra. Poco a poco se impuso en mí la apreciación justa para luego convertirse en un sentimiento de franca admiración. Hoy, más que entonces, veo en el Dr. Lueger al más grande de los burgomaestres alemanes de todos los tiempos.

¡Cuántas ideas preconcebidas tuvieron también que modificarse en mí al cambiar mi modo de pensar respecto al movimiento cristianosocial! Y si con ello cambió igualmente mi criterio acerca del antisemitismo, ésta fue sin duda la más trascendental de las transformaciones que experimenté entonces; ella me costó una intensa lucha interior entre la razón y el sentimiento, y sólo después de largos meses, la victoria empezó a ponerse del lado de la razón. Dos años más tarde, el sentimiento había acabado por someterse a ésta, para, en adelante, ser su más leal guardián y consejero.

Debió, pues, llegar el día en que ya no peregrinaría por la gran urbe hecho un ciego, como en los primeros tiempos, sino con los ojos abiertos, contemplando las obras arquitectónicas y las gentes. Cierta vez, al caminar por los barrios del centro, me vi de súbito frente a un hombre de largo caftán y de rizos negros. ¿Será un judío?, Fue mi primer pensamiento. Los judíos en Linz no tenían ciertamente esa apariencia. Observé al hombre sigilosamente y a medida que me fijaba en su extraña fisonomía, estudiándola rasgo por rasgo, fue transformándose en mi menta la primera pregunta en otra inmediata. ¿Será también un alemán?.

Como siempre en casos análogos, traté de desvanecer mis dudas, consultando libros. Con pocos céntimos adquirí por primera vez en mi vida algunos folletos antisemitas. Todos, lamentablemente, partían de la hipótesis de que el lector tenía ya un cierto conocimiento de causa o que por lo menos comprendía la cuestión; además, su tono era tal, debido a razonamientos superficiales y extraordinariamente faltos de base científica, que me hizo volver a caer en nuevas dudas. La cuestión me parecía tan trascendental y las acusaciones de tal magnitud que yo – torturado por el temor de ser injusto- me sentía vacilante e inseguro.

Naturalmente que ya no era dable dudar de que o se trataba de elementos alemanes de una creencia religiosa especial, sino de un pueblo diferente en sí; pues desde que me empezó a preocupar la cuestión judía, cambió mi primera impresión sobre Viena. Por doquier veía judíos y cuanto más los observaba, más se diferenciaban a mis ojos de las demás gentes. Y si aún hubiese dudado, mi vacilación hubiera tenido que tocar definitivamente a su fin, debido a la actitud de una parte de los judíos mismos.

Se trataba de un gran movimiento que tendía a establecer claramente el carácter racial del judaísmo; el sionismo.

Aparentemente apoyaba esa actitud sólo un grupo de los judíos, en tanto que la mayoría la condenaba; sin embargo, al analizar las cosas de cerca, esa apariencia se desvanecía, descubriéndose un mundo de

subterfugios de pura conveniencia, por no decir mentiras. Porque los llamados judíos liberales rechazaban a los sionistas, no porque ellos no fuesen judíos, sino únicamente porque éstos hacían una pública confesión de su judaísmo que aquellos consideraban improcedente y hasta peligrosa. En el fondo se mantenía inalterable la solidaridad de todos.

Aquella lucha ficticia entre sionistas y judíos liberales, debió pronto causarme repugnancia porque era falsa en absoluto y porque no respondía al decantado nivel cultural del pueblo judío.

¡Y qué capítulo especial era aquel de la pureza material y moral de ese pueblo! Nada me había hecho reflexionar tanto en tan poco tiempo como el criterio que paulatinamente fue incrementándose en mí acerca de la forma cómo actuaban los judíos en determinado género de actividades. ¿Había por virtud un solo caso de escándalo o de infamia, especialmente en lo relacionado con la vida cultura, donde no estuviese complicado por lo menos un judío?

Un grave cargo más pesó sobre el judaísmo ante mis ojos cuando me di cuenta de sus manejos en la prensa, en el arte, la literatura y el teatro. Comencé por estudiar detenidamente los nombres de todos los autores de inmundas producciones en el campo de la actividad artística en general. El resultado de ello fue una creciente animadversión de mi parte hacia los judíos. Era innegable el hecho de que las nueve décimas partes de la literatura sórdida, de la trivialidad en el arte y el disparate en el teatro gravitaban en el debe de una raza que apenas si constituía una centésima parte de la población total del país.

Con el mismo criterio comencé también a apreciar lo que en realidad era aquella mi preferida “prensa mundial”, y cuanto más sondeaba en este terreno, más disminuía el motivo de mi admiración de antes. El estilo se me hizo insoportable, el contenido cada vez más vulgar y por último la objetividad de sus exposiciones me parecía más mentira que verdad. ¡Eran, pues, judíos los autores!

Ahora vivía bajo otro aspecto la tendencia liberal de esa prensa. El tono moderado de sus réplicas o su silencio de tumba ante los ataques que se le dirigía, debieron reflejárseme como un juego a la par hábil y villano. Sus críticas glorificantes de teatro estaban siempre destinadas al autor judío y jamás una apreciación negativa recaía sobre otro que no fuese un alemán.

Precisamente por la perseverancia con que se zahería a Guillermo II y por otra parte se recomendaba la cultura y la civilización francesas, podía deducirse lo sistemático de su acción. El sentido de todo era tan visiblemente lesivo al germanismo, que su propósito no podía ser sino deliberado.

¿Quién tenía interés en ello? ¿Era acaso todo obra de la casualidad?

En Viena, como seguramente en ninguna otra ciudad de la Europa occidental, con excepción quizá de algún puerto del sur de Francia, podía estudiarse mejor las relaciones del judaísmo con la prostitución y más aún, con la trata de blancas. Caminando de noche por el barrio de Leopoldo, a cada paso era uno – queriendo o sin quererlo – testigo de hechos que quedaron ocultos para la gran mayoría del pueblo alemán hasta que la guerra de 1914 dio a los combatientes alemanes en el frente oriental oportunidad de poder ver, mejor dicho, de tener que ver, semejante estado de cosas.

Sentí escalofríos cuando por primera vez descubría así en el judío al negociante, desalmado calculador, venal y desvergonzado de ese tráfico irritante de vicios de la escoria de la gran urbe.

Desde entonces no pude más y nunca volví a tratar de eludir la cuestión judía; por el contrario, me impuse ocuparme en delante de ella. De este modo, siguiendo las huellas del elemento judío a través de todas las manifestaciones de la vida cultural y artística, tropecé con él inesperadamente donde menos lo hubiera podido suponer: ¡Judíos eran los dirigentes del partido socialdemócrata!

Con esta revelación debió terminar en mi un proceso de larga lucha interior.

***

Gradualmente me fui dando cuenta que en la prensa socialdemócrata preponderaba el elemento judío; sin embargo, no di mayor importancia a este hecho puesto que la situación de los demás periódicos era la misma. Otra circunstancia sin embargo debió llamarme más la atención: No existía diario, donde interviniesen judíos, que hubiera podido calificarse, según mi educación y criterio, como un órgano verdaderamente nacional.

En cuanto folleto socialdemócrata llegaba a mis manos examinaba el nombre de su autor: Siempre era un judío. Examiné casi todos los nombres de los dirigentes del partido socialdemócrata; en su gran mayoría pertenecían igualmente al "pueblo elegido", lo mismo si se trataba de representantes en el Reichsrat que de los secretarios de las asociaciones sindicalistas, de los presidentes de las organizaciones del partido que de los agitadores populares. Era siempre el mismo siniestro cuadro y jamás olvidaré los nombres: Austerlitz, David, Adler, Ellenbogen, etc.

Claramente veía ahora que el directorio de aquel partido, a cuyos pequeños representantes combatía yo tenazmente desde meses atrás, se hallaba casi exclusivamente en manos de un elemento extranjero y al fin supe definitivamente que el judío no era alemán. Ahora sí que conocía íntimamente a los pervertidores de nuestro pueblo.

Un año de permanencia en Viena me había bastado para llevarme al convencimiento de que ningún obrero, por empecinado que fuera, no dejaría de acabar por rendirse ante conocimientos mejores y ante una explicación más clara. En el transcurso del tiempo me había convertido en un conocedor de su propia doctrina y yo mismo podía utilizarla ahora como un arma a favor de mis convicciones.

Casi siempre el éxito se inclinaba hacia el lado mío.

Se podía salvar a la gran masa aunque solamente a costa de enormes sacrificios de tiempo y de perseverancia.

Pero a un judío, en cambio, jamás se le podría liberar de su criterio. Cuando alguna vez se lograba reducir a uno de ellos, porque observado por los presentes no le había ya quedado otro recurso que asentir, y hasta se creía haber adelantado con ello por lo menos algo, grande debía ser la sorpresa que al día siguiente se experimentaba al constatar que el judío no recordaba ni lo más mínimo de lo acontecido la víspera y seguía repitiendo los dislates de siempre. Muchas veces quedé atónito sin saber qué es lo que debía sorprenderme más: La locuacidad del judío o su arte de mistificar.

Me hallaba en la época de las más honda transformación ideológica operada en mi vida: De débil cosmopolita debí convertirme en antisemita fanático.

Una vez más – esta fue la última- vinieron a embargarme reflexiones abrumadoras.

Estudiando la influencia del pueblo judío a través de largos períodos de la historia humana, surgió en mi mente la inquietante duda de que quizás el destino por causas insondables, le reservaba a este pequeño pueblo el triunfo final. ¿Se le adjudicará acaso la tierra como premio, a ese pueblo, que vive eternamente sólo para esta tierra? ¿Es que nosotros poseemos realmente el derecho de luchar por nuestra propia conservación o es que también esto tiene en nosotros sólo un fundamento subjetivo?

El destino mismo se encargó de darme la respuesta al engolfarme en la penetración de la doctrina marxista para de este modo estudiar minuciosamente la actuación del pueblo judío.

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la Naturaleza y coloca en lugar del privilegio eterno de la fuerza y del vigor, la masa numérica y su peso muerto. Niega así en el hombre el mérito individual e impugna la importancia del nacionalismo y de la raza abrogándose con esto a la humanidad la base de su existencia y de su cultura. Esa doctrina, como fundamento del universo, conduciría fatalmente al fin de todo orden natural concebible por la mente humana. Y del mismo modo

que la aplicación de una ley semejante en la mecánica del organismo más grande que conocemos, provocaría el caos, sobre la tierra no significaría otra cosa que la desaparición de sus habitantes.

Si el judío con la ayuda de su credo marxista llegase a conquistar las naciones del mundo, su diadema sería entonces la corona fúnebre de la humanidad y nuestro planeta volvería a rotar desierto en el éter como hace millones de siglos.

La Naturaleza eterna venga inexorablemente la trasgresión de sus preceptos.

ASÍ CREO AHORA ACTUAR CONFORME A LA VOLUNTAD DEL SUPREMO CREADOR: AL DEFENDERME DEL JUDÍO LUCHO POR LA OBRA DEL SEÑOR.

CAPÍTULO TERCERO: REFLEXIONES POLÍTICAS DE LA ÉPOCA DE MI PERMANENCIA EN VIENA

Tengo la evidencia de que en general el hombre, excepción hecha de casos singulares de talento, no debe actuar en política antes de los 30 años, porque hasta esa edad se está formando en su mentalidad una plataforma desde la cual podrá él analizar los diversos problemas políticos y definir su posición frente a ellos. Sólo entonces, después de haber adquirido una concepción ideológica fundamental y con ella logrado afianzar su propio modo de pensar acerca de los diferentes problemas de la vida diaria, debe o puede el hombre, conformado por lo menos así espiritualmente, participar en la dirección política de la colectividad en que vive.

De otro modo corre el peligro de tener que cambiar un día de opinión en cuestiones fundamentales o de quedar – en contra de su propia convicción- estratificado en un criterio ya relegado por la razón y el entendimiento. El primer caso resulta muy penoso para él personalmente, pues, si él mismo vacila no puede ya esperar le pertenezca en igual medida que antes la fe de sus adeptos, para quienes la claudicación del Führer, significa desconcierto y no pocas veces les provoca el sentimiento de una cierta vergüenza frente a sus adversarios políticos.

En el segundo caso ocurre aquello que hoy se observa con mucha frecuencia: En la misma escala en que el Führer perdió la convicción sobre lo que sostenía, su dialéctica se hace hueca y superficial, en tanto que se deprava en la elección de sus métodos. Mientras él personalmente no piensa ya arriesgarse en serio en defensa de sus revelaciones políticas (no se inmola la vida por una causa que uno mismo no profesa) las exigencias que les impone a sus correligionarios se hacen sin embargo cada vez mayores y más desvergonzadas, hasta el punto de acabar por sacrificar el último resto del carácter que inviste al Führer y descender así a la condición del "político", es decir, a aquella categoría de hombres cuya única convicción es su falta de convicción, aparejada a una arrogante insolencia y un arte refinadísimo para el mentir. Si para desgracia de la humanidad honrada tal sujeto llega a ingresar en el Parlamento, entonces hay que tener por descontado el hecho de que la política para él se reduce ya sólo a una "heroica lucha" por la posesión perpetua de este "biberón" de su propia vida y de la de su familia. Y cuanto más pendientes estén de ese biberón la mujer y los hijos, más tenazmente luchará el marido por sostener su mandato parlamentario. Toda persona de instinto político es para él, por ese solo hecho, un enemigo personal; en cada nuevo movimiento cree ver el comienzo posible de su ruina; en todo hombre de prestigio otro amenazante peligro.

He de ocuparme detenidamente de esta clase de sabandijas parlamentarias.

También el hombre que haya llegado a los 30 años tendrá aún mucho que aprender en el curso de su vida, pero esto únicamente a manera de una complementación dentro del marco ya determinado por la concepción ideológica adoptada en principio. Los nuevos conocimientos que adquiera no significarán una innovación de lo ya aprendido, sino más bien un proceso de acrecentamiento de su saber, de tal modo que sus adeptos jamás tendrán la decepcionante impresión de haber sido mal orientados; por el

contrario, el visible desarrollo de la personalidad del Führer provocará en ellos complacencia, en la convicción de que el perfeccionamiento de éste refluye a favor de la propia doctrina. Ante sus ojos esto constituye una prueba de la certeza del criterio hasta aquel momento sostenido.

Un Führer que se vea obligado a abandonar la plataforma de su ideología general por haberse dado cuenta de que esta era falsa, obrará honradamente sólo, cuando reconociendo lo erróneo de su criterio, se halle dispuesto a asumir todas las consecuencias. En tal caso deberá por lo menos renunciar a toda actuación política ulterior, pues, habiendo errado ya una vez en puntos de vista fundamentales, está expuesto por una segunda vez al mismo peligro. De todos modos ha perdido ya el derecho de requerir y menos aún el de exigir la confianza de sus conciudadanos.

El grado de corrupción de la plebe, que por ahora se siente habilitada para “actuar” en política, evidencia cuán rara vez se sabe responder en los tiempos actuales a una prueba tal de decoro personal.

Apenas si entre tantos puede uno tan sólo ser el predestinado.

Seguramente en aquellos tiempos, me había ocupado de política más que muchos otros, sin embargo, tuve el buen cuidado de no actuar en ella; me concretaba a hablar en círculos pequeños abordando temas que me subyugaban y que eran motivo de mi constante preocupación. Este modo de actuar en ambiente reducido tenía en sí mucho de provechoso, porque si bien es cierto que así aprendía menos a “discursear” en cambio, llegaba a conocer a las gentes en su moralidad y en sus concepciones, a menudo infinitamente primitivas. En aquella época continué ampliando mis observaciones sin perder tiempo ni oportunidad y es probable que, en este orden, en ninguna parte de Alemania se ofrecía entonces un ambiente de estudio más propicio que el de Viena.

***

Las preocupaciones de la vida política en la antigua monarquía del Danubio abarcaban, en general, contornos más vastos de mayor expectativa que en la Alemania de esa misma época, excepción hecha de algunos distritos de Prusia, Hamburgo y la costa del Mar del Norte.

Bajo la denominación “Austria” me refiero en este caso a aquel territorio del gran Imperio de los Habsburgo que, debido a sus habitantes de origen alemán, significó en todo orden no solamente la base histórica para la formación de tal Estado, sino que en el conjunto de su población representaba también aquella fuerza que a través de los siglos generó la vida cultural en ese organismo político de estructura tan artificial como era el Imperio Austro-Húngaro. Y a medida que el tiempo avanzaba, más dependía precisamente de la conservación de ese núcleo, la estabilidad de todo el Estado.

No quiero engolfarme aquí en detalles porque no es este el propósito de mi libro; quiero solamente consignar en el marco de una minuciosa apreciación aquellos sucesos que, siendo la eterna causa de la decadencia de pueblos y Estados, tienen también en nuestro tiempo su trascendencia, aparte de que contribuyeron a cimentar los fundamentos de mi ideología política.

***

Entre las instituciones que más claramente revelaban – aún ante los ojos no siempre abiertos del provinciano – la corrosión de la monarquía austriaca, se encontraba en primer término aquélla que más llamada estaba a mantener su estabilidad: El Parlamento o sea el Reichsrat, como en Austria se le denominaba.

Manifiestamente, al norma institucional de esta corporación radicaba en Inglaterra, el país de la “clásica democracia”. De allá se copió toda esa dichosa institución y se la trasladó a Viena, procurando en lo posible no alterarla.

En la Cámara de diputados y en la Cámara alta celebraba su renacimiento el sistema inglés de la doble

cámara; sólo los "edificios" diferían entre sí. Barry, al hacer surgir de las aguas del Támesis el palacio del Parlamento inglés, había recurrido a la historia del Imperio Británico con el fin de inspirarse para la ornamentación de los 1200 nichos, consolas y columnas de su monumental creación arquitectónica. Por sus esculturas y arte pictórico, el Parlamento inglés resultó así erigido en el templo de gloria de la nación.

Aquí se presentó la primera dificultad en el caso del Parlamento de Viena. Cuando el danés Hansen había concluido el último pináculo del palacio de mármol destinado a los representantes del pueblo, no le quedó otro recurso que el de apelar al arte clásico para adaptar motivos ornamentales. Figuras de estadistas y de filósofos griegos y romanos hermosean esta teatral residencia de la "democracia occidental" y a manera de simbólica ironía están representados sobre la cúspide del edificio cuadrigas que se separan partiendo hacia los cuatro puntos cardinales, como cabal expresión de lo que en el interior del Parlamento ocurría entonces.

Las "nacionalidades" habrían tomado como un insulto y como una provocación el que en esa obra se glorificase la historia austriaca. En Alemania mismo, reciente todavía el fragor de las batallas de la guerra mundial, se resolvió consagrar con la inscripción : "Al Pueblo Alemán", el edificio del Reichstag en Berlín, construido por Paul Ballot.

Sentimientos de profunda repulsión me dominaron aquel día en que, por primera vez, cuando aún no había cumplido los veinte años, visitaba el Parlamento austriaco para escuchar una sesión de la Cámara de diputados. Siempre había detestado el Parlamento, pero de ningún modo la institución en sí. Por el contrario, como hombre amante de las libertades, no podía imaginarme otra forma posible de gobierno. Y justamente por eso era ya un enemigo del Parlamento austriaco. Su forma de actuar la consideraba indigna del gran prototipo inglés. Además, a esto había que añadir el hecho de que el porvenir de la raza germana en el Estado austriaco dependía de su representación en el Reichsrat. Hasta el día en que se adopto el sufragio universal de voto secreto, existía en el Parlamento austriaco una mayoría alemana, aunque poco notable. Ya entonces la situación se había hecho difícil, porque el partido social-demócrata, con su dudosa conducta nacional al tratarse de cuestiones vitales del germanismo, asumía siempre una actitud contraria a los intereses alemanes a fin de no despertar recelos entre sus adeptos de las otras "nacionalidades" representadas en el Parlamento. Tampoco ya en aquella época se podía considerar a la socialdemocracia como un partido alemán. Con la adopción del sufragio universal tocó a su fin la preponderancia alemana, inclusive desde el punto de vista puramente numérico.

En adelante, no quedaba pues obstáculo alguno que detuviese la creciente desgermanización del Estado austriaco. El instinto de conservación nacional me había hecho repugnar, ya entonces, por esa razón, aquel sistema de representación popular en la cual el germanismo, lejos de hallarse representado era más bien traicionado. Sin embargo, esta deficiencia, como muchas otras, no era atribuible al sistema mismo, sino al Estado austriaco.

Un año de paciente observación bastó para que yo cambiase radicalmente mi modo de pensar en cuanto al carácter del parlamentarismo. Una vez más el estudio experimental de la realidad me preservó de anegarme en una teoría que a primera vista, les parece seductora a muchos y que a pesar de ello no deja de contarse entre las manifestaciones de decadencia de la humanidad.

La democracia del mundo occidental de hoy es la precursora del marxismo, el cual sería inconcebible sin ella. Es la democracia la que en primer término proporciona a esta peste mundial el campo de nutrición de donde la epidemia se propaga después.

Cuánta gratitud le debo al destino por haber permitido que me adentrase también en esta cuestión cuando todavía me hallaba en Viena, pues, es probable que si yo hubiera estado en aquella época en Alemania, me la habría explicado de una manera demasiado sencilla. Si desde Berlín hubiese podido percatarme de lo grotesco de esa institución llamada "Parlamento", quizás habría caído en la concepción opuesta,

colocándome – no sin una buena razón aparente- al lado de aquellos que veían el bienestar del pueblo y del Imperio, en el fomento exclusivista de la idea de la autoridad imperial, permaneciendo ciegos y ajenos a la vez a la época en que vivían y al sentir de sus contemporáneos.

Esto era imposible en Austria. Allá no se podía caer tan fácilmente de un error en otro, porque si el Parlamento era inútil, aun menos capacitados eran los Habsburgo.

Lo que más me preocupó en la cuestión del parlamentarismo fue la notoria falta de un elemento responsable. Por funestas que pudieran ser las consecuencias de una ley sancionada por el Parlamento, nadie lleva la responsabilidad, ni a nadie es posible exigirle cuentas. ¿O es que puede llamarse asumir responsabilidades al hecho de que después de un fiasco sin precedentes, dimita el gobierno culpable o cambie la coalición existente o, por último, se disuelva el Parlamento? ¿Puede acaso hacerse responsable a una vacilante mayoría? ¿No es cierto que la idea de responsabilidad presupone la idea de la personalidad?

¿Puede prácticamente hacerse responsable al dirigente de un gobierno por hechos cuya gestión y ejecución obedecen exclusivamente a la voluntad y al arbitrio de una pluralidad de individuos?

¿O es que la misión del gobernante – en lugar de radicar en la concepción de ideas constructivas y planes – consiste más bien en la habilidad con que éste se empeñe en hacer comprensible a un hato de borregos lo genial de sus proyectos, para después tener que mendigar de ellos una bondadosa aprobación?

¿Cabe en el criterio del hombre de Estado poseer en el mismo grado el arte de la persuasión, por un lado, y por otro la perspicacia política necesaria para adoptar directivas o tomar grandes decisiones?

¿Prueba acaso la incapacidad de un Führer el solo hecho de no haber podido ganar a favor de una determinada idea el voto de mayoría de un conglomerado resultante de manejos más o menos honestos?

¿fue acaso alguna vez capaz ese conglomerado de comprender una idea, antes de que el éxito obtenido por la misma, revelara la grandiosidad que ella encarnaba?

¿No es en este mundo toda acción genial una palpable protesta del genio contra la indolencia de la masa?

¿Qué debe hacer el gobernante que no logra granjearse la gracia de aquél conglomerado, para la consecución de sus planes?

¿Deberá sobornar? ¿O bien, tomando en cuenta la estulticia de sus conciudadanos, tendrá que renunciar a la realización de propósitos reconocidos como vitales, dimitir el gobierno o quedarse en él, a pesar de todo?

¿No es cierto que en un caso tal, el hombre de verdadero carácter se coloca frente a un conflicto insoluble entre su persuasión de la necesidad y su rectitud de criterio, o mejor dicho su honradez?

¿Dónde acaba aquí el límite entre la noción del deber para con la colectividad y la noción del deber para con la propia dignidad personal?

¿No debe todo Führer de verdad rehusar a que de ese modo se le degrade a la categoría de traficante político?

¿O es que, inversamente, todo traficante deberá sentirse predestinado a “especular” en política, puesto que la suprema responsabilidad jamás pesará sobre él, sino sobre un anónimo e inaprensible conglomerado de gentes?

Sobre todo, ¿no conducirá el principio de la mayoría parlamentaria a la demolición de la idea-Führer?

Pero ¿es que aún cabe admitir que el progreso del mundo se debe a la mentalidad de las mayorías y no al cerebro de unos cuantos?

¿O es que se cree que tal vez en lo futuro se podría prescindir de esta condición previa inherente a la cultura humana?

¿No parece, por en contrario, que ella es hoy más necesaria que nunca?

Difícilmente podrá imaginarse el lector de la prensa judía, salvo que hubiese aprendido a discernir y examinar las cosas independientemente, qué estragos ocasiona la moderna institución del gobierno democrático-parlamentario; ella es ante todo la causa de la increíble proporción en que ha sido inundado el conjunto de la vida política por lo más descalificado de nuestros días. Así como un Führer de verdad renunciará a una actividad política, que en gran parte no consiste en obra constructiva, sino más bien en el regateo por la merced de una mayoría parlamentaria, el político de espíritu pequeño, en cambio, se sentirá atraído precisamente por esa actividad.

Pero pronto se dejarán sentir las consecuencias si tales mediocres componen el gobierno de una nación. Faltará entereza para obrar y se preferirá aceptar la más vergonzosa de las humillaciones antes que erguirse para adoptar una actitud resuelta, pues, nadie habrá allí que por sí solo esté personalmente dispuesto a arriesgarlo todo en pro de la ejecución de una medida radical. Existe una verdad que no debe ni puede olvidarse: Es la de que tampoco en este caso una mayoría estará capacitada para sustituir a la personalidad en el gobierno. La mayoría no sólo representa siempre la ignorancia, sino también la cobardía. Y del mismo modo que de 100 cabezas huecas no se hace un sabio, de 100 cobardes no surge nunca una heroica decisión.

Cuanto menos grave sea la responsabilidad que pese sobre el Führer, mayor será el número de aquellos que, dotados de ínfima capacidad, se creen igualmente llamados a poner al servicio de la nación sus imponderables fuerzas. De ahí que sea para ellos motivo de regocijo el cambio frecuente de funcionarios en los cargos que ellos apetecen y que celebren todo escándalo que reduzca la hilera de los que por delante esperan.... La consecuencia de todo esto es la espeluznante rapidez con que se producen modificaciones en las más importantes jefaturas y repartos públicos de un organismo estatal semejante, con un resultado que siempre tiene influencia negativa y que muchas veces llega a ser hasta catastrófico.

La antigua Austria poseía el régimen parlamentario en grado superlativo. Bien es cierto que los respectivos “premiers” eran nombrados por el monarca, sin embargo, eso no significaba otra cosa que la ejecución de la voluntad parlamentaria. El regateo por las diferentes carteras ministeriales podía ya calificarse como propio de la más alta democracia occidental. Los resultados correspondían a los principios aplicados; especialmente la substitución de personajes representativos se operaba con intervalos cada vez más cortos, para al final convertirse en una verdadera cacería. En la misma proporción descendía el nivel de los “hombres de Estado” actuantes hasta no quedar de ellos, más que aquel bajo tipo del traficante parlamentario, cuyo mérito político se aquilataba tan sólo por su habilidad en urdir coaliciones, es decir, prestándose a realizar aquellos infames manejos políticos que son la única prueba de lo que en el trabajo práctico pueden realizar esos llamados representantes del pueblo. Viena

ofrecía un magnífico campo de observación en este orden.

Aquello que de ordinario denominamos “opinión pública” se basa sólo mínimamente en la experiencia personal del individuo y en sus conocimientos; depende más bien casi en su totalidad de la idea que el individuo se hace de las cosas a través de la llamada “información pública”, persistente y tenaz. La prensa es el factor responsable de mayor volumen en el proceso de la “instrucción política”, a la cual, en este caso se le asigna con propiedad el nombre de propaganda; la prensa se encarga ante todo de esta labor de “información pública” y representa así una especie de escuela para adultos, sólo que esa “instrucción” no está en manos del Estado, sino bajo las garras de elementos que en parte son de muy baja ley. Precisamente en Viena tuve en mi juventud la mejor oportunidad de conocer a fondo a los propietarios y fabricantes espirituales de esa máquina de instrucción colectiva. En un principio debí sorprenderme al darme cuenta del tiempo relativamente corto en que este pernicioso poder era capaz de crear cierto ambiente de opinión, y esto incluso tratándose de casos de una mixtificación completa de las aspiraciones y tendencias que, a no dudar, existían en el sentir de la comunidad. En el transcurso de pocos días, esa prensa sabía hacer de un motivo insignificante una cuestión de Estado notable e inversamente, en igual tiempo, relegar al olvido general problemas vitales o, más simplemente, sustraerlos a la memoria de la masa.

De este modo era posible en el curso de pocas semanas henchir nombres de la nada y relacionar con ellos increíbles expectativas públicas, adjudicándoles una popularidad que muchas veces un hombre verdaderamente meritorio no alcanza en toda su vida; y mientras se encumbran estos nombres que un mes antes apenas si se habían oído pronunciar, calificados estadistas o personalidades de otras actividades de la vida pública dejaban llanamente de existir para sus contemporáneos o se les ultrajaba de tal modo con denuestos, que sus apellidos corrían el peligro de convertirse en un símbolo de villanía o de infamia.

Esta es la chusma que en más de las dos terceras partes fabrica la llamada “opinión pública”, de donde surge el parlamentarismo cual una Afrodita de la espuma.

Para pintar con detalle en toda su falacia el mecanismo parlamentario sería menester escribir volúmenes. Podrá comprenderse más pronto y más fácilmente semejante extravío humano, tan absurdo como peligroso, comparando el parlamentarismo democrático con una democracia germánica realmente tal.

La característica más remarcable del parlamentarismo democrático consiste en que se elige un cierto número, supongamos 500 hombres o también mujeres en los últimos tiempos, y se les concede a éstos la atribución de adoptar en cada caso una decisión definitiva. Prácticamente, ellos representan por sí solos el gobierno, pues, si bien designan a los miembros de un gabinete encargado de los negocios del Estado, ese pretendido gobierno no cubre sino una apariencia; en efecto, es incapaz de dar ningún paso sin antes haber obtenido la aquiescencia de la asamblea parlamentaria. Por esto es por lo que tampoco puede ser responsable, ya que la decisión final jamás depende de él mismo, sino del Parlamento. En todo caso un gabinete semejante no es otra cosa que el ejecutor de la voluntad de la mayoría parlamentaria del momento. Su capacidad política se podría apreciar en realidad únicamente a través de la habilidad que pone en juego para adaptarse a la voluntad de la mayoría o para ganarla en su favor.

Una consecuencia lógica de este estado de cosas fluye de la siguiente elemental consideración: La estructura de ese conjunto formado por los 500 representantes parlamentarios, agrupados según sus profesiones o hasta teniendo en cuenta sus aptitudes, ofrece un cuadro a la par incongruente y lastimoso. ¿O es que cabe admitir la hipótesis de que estos elegidos de la nación pueden ser al mismo tiempo brotes privilegiados de genialidad o siquiera de sentido común? Ojalá no se suponga que de las papeletas de sufragio, emitidas por electores que todo pueden ser menos inteligentes, surjan simultáneamente centenares de hombres de Estado. Nunca será suficientemente rebatida la absurda creencia de que del

sufragio universal pueden salir genios; primeramente hay que considerar que no en todos los tiempos nace para una nación un verdadero estadista y menos aun de golpe, un centenar; por otra parte, es instintiva la antipatía que siente la masa por el genio eminente. Más probable es que un camello se deslice por el ojo de una aguja que no que un gran hombre resulte "descubierto" por virtud de una elección popular.

Todo lo que de veras sobresale de lo común en la historia de los pueblos suele generalmente revelarse por sí mismo.

Dejando a un lado la cuestión de la genialidad de los representantes del pueblo, considérese simplemente el carácter complejo de los problemas pendientes de solución, aparte de los ramos diferentes de actividad en que deben adoptarse decisiones, y se comprenderá entonces la incapacidad de un sistema de gobierno que pone la facultad de la decisión final en manos de una asamblea, de entre cuyos componentes sólo muy pocos poseen los conocimientos y la experiencia requeridas en los asuntos que han de tratarse. Y es así cómo las más importantes medidas en materia económica resultan sometidas a un forum cuyos miembros en sus nueve décimas partes carecen de la preparación necesaria. Lo mismo ocurre con otros problemas, dejando siempre la decisión en manos de una mayoría compuesta de ignorantes e incapaces. De ahí proviene también la ligereza con que frecuentemente estos señores deliberan y resuelven cuestiones que serían motivo de honda reflexión aun para los más esclarecidos talentos. Allí se adoptan medidas de enorme trascendencia para el futuro de un Estado como si no se tratase de los destinos de toda una nacionalidad sino solamente de una partida de naipes, que es lo que resultaría más propio entre tales políticos. Sería naturalmente injusto creer que todo diputado de un parlamento semejante se halla dotado de tan escasa noción de responsabilidad. No. De ningún modo. Pero es el caso que aquel sistema, forzando al individuo a ocuparse de cuestiones que no conoce, lo corrompe paulatinamente. Nadie tiene allí el coraje de decir: "Señores, creo que no entendemos nada de este asunto; yo a lo menos no tengo idea en absoluto". Esta actitud tampoco modificaría nada porque, aparte de que una prueba tal de sinceridad quedaría totalmente incomprendida, no por un tonto honrado se resignarían los demás a sacrificar su juego.

El parlamentarismo democrático de hoy no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. Sólo así puede hacerse política partidista en el sentido malo de la expresión y sólo así también consiguen los verdaderos agitadores permanecer cautelosamente en la retaguardia, sin que jamás pueda exigirse de ellos una responsabilidad personal. Ninguna medida, por perniciosa que fuese para el país, pesará entonces sobre la conducta de un bribón conocido por todos, sino sobre la de toda una fracción parlamentaria. He aquí porque esta forma de la Democracia llegó a convertirse también en el instrumento de aquella raza, cuyos íntimos propósitos, ahora y por siempre, temerán mostrarse a la luz del día. Sólo el judío puede ensalzar una institución que es sucia y falaz como él mismo.

En oposición a ese parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del Führer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. Una democracia tal no supone el voto de la mayoría para resolver cada cuestión en particular, sino llanamente la voluntad de uno solo, dispuesto a responder de sus decisiones con su propia vida y hacienda.

Si se hiciese la objeción de que bajo tales condiciones difícilmente podrá hallarse al hombre resuelto a sacrificarlo personalmente todo en pro de una tan arriesgada empresa, habría que responder: "Dios sea loado, que el verdadero sentido de una democracia germánica radica justamente en el hecho de que no pueda llegar al gobierno de sus conciudadanos, por medios vedados, cualquier indigno arrivista o emboscado moral, sino que la magnitud misma de la responsabilidad a asumir, amedrenta a ineptos y pusilánimes".

Y si no obstante todo esto, un individuo de tales características intentase deslizarse, podrá fácilmente ser identificado y apostrofado sin consideración: “Apártate, cobarde, que tus pies no profanen las gradas del frontispicio del Panteón de la Historia, destinado a héroes y no a mojigatos”.

***

Había llegado a estas conclusiones después de dos años de concurrir al Parlamento austriaco. En adelante no volví a frecuentarlo. El régimen parlamentario fue una de las principales causas de la progresiva decadencia del antiguo Estado de los Habsburgo. A medida que por obra de ese régimen se destruía la hegemonía del germanismo en Austria, se intensificaba el sistema de explotar el antagonismo de las nacionalidades entre sí.

Después de la guerra franco-prusiana de 1870 la casa de los Habsburgo se lanzó con ímpetu máximo a exterminar lenta pero implacablemente el “peligroso” germanismo de la doble monarquía austro-húngara. Este debía ser, pues, el resultado final de la política de eslavización.

Empero, estalló la resistencia de la nacionalidad que estaba destinada al exterminio y esto en una forma sin precedentes en la historia alemana contemporánea. Hombres de sentir nacionalista y patriótico se hicieron rebeldes, pero no rebeldes contra el Estado mismo, sino rebeldes contra un sistema de gobierno del cual tenían el convencimiento de que conduciría a la ruina a su propia raza.

Por primera vez en la historia contemporánea alemana se hacía una diferenciación entre el patriotismo dinástico general y el amor por la patria y el pueblo.

Fue mérito del movimiento pangermanista operado en la parte alemana de Austria, allá por el año 1890, haber establecido en forma clara y terminante que la autoridad del Estado tiene el derecho de exigir respeto y cooperación sólo cuando responde a las necesidades de una nacionalidad o cuando por lo menos no es perniciosa para ésta.

La autoridad del Estado no puede ser un fin en sí misma, porque ello significaría consagrar la inviolabilidad de toda tiranía en el mundo.

Si por los medios que están al alcance de un gobierno se precipita una nacionalidad en la ruina, entonces la rebelión no sólo es un derecho, sino un deber para cada uno de los hijos de ese pueblo.

La pregunta: ¿Cuándo se presenta un tal caso? No se resuelve mediante disertaciones teóricas, sino por la acción y por el éxito.

Como todo gobierno, por malo que fuese y aun cuando hubiese traicionado una y mil veces los intereses de una nacionalidad, reclama para sí el deber que tiene de mantener la autoridad del Estado, el instinto de conservación nacional en lucha contra un gobierno semejante tendrá que servirse, para lograr su libertad o su independencia, de las mismas armas que aquel emplea para mantenerse en el mando. Según esto, la lucha será sostenida por medios “legales” mientras el poder que se combate no utilice otros; pero no habrá que vacilar ante el recurso de los medios ilegales si es que el opresor mismo se sirve de ellos.

En general, no debe olvidarse que la finalidad suprema de la razón de ser de los hombres no reside en el mantenimiento de un Estado o de un gobierno; su misión es conservar la raza. Y si esta misma se hallase en peligro de ser oprimida o hasta eliminada, la cuestión de la legalidad pasa a plano secundario. Entonces poco importará ya que el poder imperante aplique en su acción los mil veces llamados medios “legales”; el instinto siempre en grado superlativo, el empleo de todo recurso.

Solo así se explican en la Historia ejemplos edificantes de luchas libertarias contra la esclavitud – interna o externa – de los pueblos.

El derecho humano priva sobre el derecho político.

Si un pueblo sucumbe en la lucha por los derechos del hombre, es porque al haber sido pesado en la balanza del destino resultó demasiado liviano para tener la suerte de seguir subsistiendo en el mundo terrenal. Porque quién no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está predestinado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la providencia.

El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes.

***

Debieron serme un objeto clásico de estudio y de honda trascendencia el proceso de la formación y el ocaso del movimiento pangermanista, por una parte, y por la otra el asombroso desarrollo del partido cristiano-social en Austria.

Comenzaré por establecer un paralelo entre los dos hombres considerados como fundadores y leaders de esos dos partidos: Georg von Schoenerer y el Dr. Karl Lueger.

Como personalidades, ambos sobresalían notoriamente entre las llamadas figuras parlamentarias. Su vida había sido limpia e intachable en medio de la corrupción política general.

En un principio, mis simpatías estaban del lado del pangermanista Schoenerer y poco después fueron paulatinamente inclinándose también hacia el leader cristiano-social. Comparando la capacidad de ambos, Schoenerer me parecía ser, en problemas fundamentales, un pensador más certero y profundo. Con mayor claridad y exactitud que ningún otro, previó el lógico fin del Estado Austriaco. Si se hubiese prestado oído a sus advertencias respecto de la monarquía de los Habsburgo, especialmente en Alemania, jamás hubiera sobrevenido la fatalidad de la guerra mundial. Pero, si bien Schoenerer penetraba la esencia de los problemas, erraba en cambio cuando se trataba de aquilatar el valor de los hombres.

Aquí radicaba lo ponderable del Dr. Lueger. Lueger era un extraordinario conocedor de los caracteres humanos, teniendo muy especial cuidado en no verlos mejor de lo que en realidad eran. Por eso él podía contar con las posibilidades efectivas de la vida mejor que Schoenerer, que para esto tenía poca comprensión.

En teoría era evidente cuanto sobre el pangermanismo sostenía, pero le faltaba la energía y la práctica indispensables para trasmitir sus conclusiones teóricas a la masa del pueblo, esto es, simplificándolas de acuerdo con la concepción limitada de esta masa. Sus conclusiones era, pues, meras profecías sin visos de realidad.

La ausencia de la capacidad de distinguir caracteres humanos debía lógicamente conducir también a errores en la apreciación de la fuerza que encierran los movimientos de opinión así como las instituciones seculares. Schoenerer había reconocido indudablemente que en aquel caso se trataba de concepciones fundamentales, pero no supo comprender que, en primer término, sólo la gran masa del pueblo podía prestarse a luchar en pro de tales convicciones de índole casi religiosa.

Infortunadamente, Schoenerer se dio cuenta sólo en muy escasa medida, de que el espíritu combativo de las llamadas clases “burguesas” era extraordinariamente limitado por depender de intereses económicos que infundían al individuo el temor de sufrir graves perjuicios, determinando así su inacción.

La falta de comprensión en lo tocante a la importancia de las capas inferiores del pueblo fue también la causa de una concepción totalmente deficiente del problema social.

En todo esto el Dr. Lueger era la antítesis de Schoenerer. Sabía hasta la saciedad que la fuerza política combativa de la alta burguesía era en nuestra época tan insignificante que no bastaba para asegurar el triunfo de un nuevo gran movimiento; por eso consagraba el máximo de su actividad política a la labor de ganar la adhesión de aquellas esferas sociales cuya existencia se hallaba amenazada, siendo esto más bien un acicate que un menoscabo para su espíritu combativo. El Dr. Lueger optó también por servirse de

medios de influencia, ya existentes, para granjearse el apoyo de instituciones prestigiosas con el propósito de obtener de esas viejas fuentes de energía el mayor provecho posible a favor de su causa.

Fue de este modo que, en primer término, cimentó su partido sobre la clase media, amenazada de desaparecer, y con ello logró asegurarse un firme grupo de adictos animados de gran espíritu de lucha y también de sacrificio. Su actitud extraordinariamente sagaz con respecto de la iglesia católica, le había captado en corto tiempo las simpatías de la clerecía joven en una medida tal que el viejo partido clerical se vio forzado a ceder el campo, o bien, obrando más cuerdamente, a adherirse al nuevo movimiento para, de este modo, recuperar poco a poco sus antiguas posiciones.

Sin embargo, sería injusto en extremo considerar únicamente esto como lo esencial del carácter de Lueger; puesto que al lado de sus condiciones de táctico hábil estaban las de reformador grande y genial; por cierto, dentro del marco de un exacto conocimiento de su propia capacidad.

Era una finalidad de enorme sentido práctico la que perseguía aquel hombre verdaderamente meritorio. Quiso conquistar Viena. Viena era el corazón de la monarquía y de esta ciudad recibía los últimos impulsos de vida el cuerpo enfermo y envejecido de ya desfalleciente organismo del Estado. Cuanto más restablecía sus energías ese corazón, tanto más debía revivir el resto del cuerpo. En principio, la idea era naturalmente justa pero no podía surtir efectos sino durante un tiempo determinado.

Es aquí donde radicaba el punto débil de este hombre.

La obra que realizó como burgomaestre de Viena es inmortal en el mejor sentido de la palabra; pero con ella no pudo ya salvar la monarquía – era demasiado tarde.

Su adversario Schoenerer había visto esto con más claridad.

Todo lo que Lueger emprendió en el terreno práctico, lo logró admirablemente; en cambio no logró alcanzar lo que ansiaba como resultado.

Schoenerer no consiguió lo que deseaba, pero aquello que él temía se realizó en forma terrible.

Así ninguno de los dos llegó a coronar su suprema finalidad perseguida. Lueger no pudo salvar la monarquía austriaca, ni Schoenerer librar al germanismo en Austria de la ruina que le esperaba.

Hoy nos es infinitamente instructivo estudiar las causas que determinaron el fracaso de aquellos dos partidos. Esto es esencial ante todo para mis amigos, teniendo en cuenta que las circunstancias actuales se asemejan a las de entonces, para poder evitar el incurrir en errores que ya una vez condujeron, a uno de los movimientos, a la ruina y a la infructuosidad el otro.

***

La situación de los alemanes en Austria era ya desesperante al iniciarse el movimiento pangermanista. De año en año había ido convirtiéndose el Parlamento en un factor de lenta destrucción del germanismo. Todo intento salvador de última hora y aunque sólo de efecto pasajero, podía vislumbrarse únicamente en la eliminación del Parlamento.

¿Y cómo destruir el parlamento? ¿Entrando en él, para “minarlo por dentro”, como corrientemente se decía, o combatirlo por fuera, atacando la institución misma del parlamentarismo?

Para empeñar la lucha desde afuera contra un poder semejante, era preciso revestirse de coraje indomable y hallarse dispuesto a cualquier sacrificio. Para esto, empero, era menester el concurso de los hijos del pueblo.

El movimiento pangermanista carecía precisamente del apoyo de las masas populares y no le quedaba por lo tanto otra solución que la de ir al parlamento mismo. Parecía también más factible dirigir el ataque a la raíz misma del mal, que no arremeter desde fuera. Por otra parte, se creía que la inmunidad

parlamentaria reforzaría la seguridad de cada una de las personalidades pangermanistas, acrecentando la eficacia de su acción combativa. En la realidad los hechos se produjeron de manera muy diferente.

El forum ante el cual hablaban los diputados pangermanistas no había aumentado, por el contrario, más bien había disminuido; pues el que habla lo hace sólo ante un público que quiere comprender al orador, oyéndole directamente o a través de la prensa que refleja lo que él haya expuesto.

El forum más amplio, de auditorio directo, no está en el hemiciclo de un parlamento. Hay que buscarlo en la asamblea pública, porque allí hay miles de gentes que se arremolinan con el exclusivo fin de escuchar lo que el orador ha de decirles, en tanto que en el plenario de una Cámara de diputados se reúnen sólo unos pocos centenares de personas, congregadas allí, en su mayoría, para cobrar dietas y de ningún modo para dejarse iluminar por la sabiduría de uno u otro de los señores "representantes del pueblo".

Los diputados pangermanistas podían quedarse roncos de tanto hablar; su esfuerzo resultaba siempre estéril. Y en cuanto a la prensa, guardaba un silencio de tumba o mutilaba los discursos hasta el punto de hacerlos incongruentes y llegando incluso a tergiversarlos en su sentido, proporcionando así a la opinión pública una pésima sinopsis de la esencia del nuevo movimiento.

Más grave que todo esto era el hecho de que el movimiento pangermanista había olvidado que para contar con el éxito, debía recapacitar desde el primer momento que en su caso no podía tratarse de un nuevo partido, sino más bien de una nueva concepción ideológica. Únicamente algo análogo habría sido capaz de imprimir la energía interior necesaria para llevar a cabo esa lucha gigantesca. Solamente los más calificados y los de mayor entereza eran los llamados a ser los leaders de esa ideología.

La desfavorable impresión que reflejaba la prensa no era contrarrestada en modo alguno mediante la acción personal de los diputados en mítines y la palabra "pangermanismo" acabó por adquirir pésima reputación ante los oídos del pueblo. Desde tiempos inmemoriales la fuerza que impulsó las grandes avalanchas históricas de índole política y religiosa, no fue jamás otra que la magia de la palabra hablada.

La gran masa cede ante todo al poder de la oratoria. Todos los grandes movimientos son reacciones populares, son erupciones volcánicas de pasiones humanas y emociones afectivas aleccionadas, ora por la diosa cruel de la miseria, ora por la antorcha de la palabra lanzada en el seno de las masas – pero jamás por el almíbar de literatos estetas y héroes de salón.

Únicamente un huracán de pasiones ardientes puede cambiar el destino de los pueblos; más despertar pasión es sólo atributo de quien en sí mismo siente el fuego pasional.

Que cada escritor quede junto a su tintero ocupado de "teorías" si su saber y su talento le bastan para eso: Que para Führer ni nació, ni fue elegido.

***

La grave controversia que el movimiento pangermanista tuvo que sostener con la iglesia católica, no respondía a otra causa que a falta de comprensión del carácter anímico del pueblo.

El establecimiento de parroquias checas, fue sólo uno de los muchos recursos puestos en práctica hacia el objetivo de la eslavización general de Austria. En distritos netamente alemanes se impusieron curas checos que comenzaron por subordinar los intereses de la iglesia a los de la nacionalidad checa, convirtiéndose así en células generadoras del proceso de la desgermanización austriaca.

Desgraciadamente la reacción de la clerecía alemana ante semejante proceder resultó casi nula, de suerte que el germanismo fue desalojado lenta pero persistentemente gracias al abuso de la influencia religiosa, por una parte, y debido a la insuficiente resistencia, por otra.

La impresión general no podía ser otra que la de tratarse de una brutal violación de los derechos

alemanes por parte de la clerecía católica como tal. Parecía, pues, que la Iglesia no solamente era indiferente al sentir de la nacionalidad germana en Austria, sino que, injustamente, llegaba a colocarse al lado de sus adversarios. Como decía Schoenerer, el mal tenía su raíz en el hecho de que la cabeza de la iglesia católica se hallaba fuera de Alemania, lo cual, desde luego, motivaba una marcada hostilidad contra los intereses de la nacionalidad nuestra.

Georg Schoenerer no era hombre que hiciera las cosas a medias. Había asumido la lucha contra la Iglesia con el íntimo convencimiento de que sólo así se podía salvar la suerte del pueblo alemán en Austria. El movimiento separatista contra Roma (Los-von-Rom Bewegung) tenía la apariencia de ser el más poderoso, pero a su vez el más difícil procedimiento de ataque destinado a vencer la resistencia del adversario.

Si la campaña resultaba victoriosa, entonces habría tocado también a su fin la infeliz división religiosa existente en Alemania y así habría ganado enormemente en fuerza interior la nacionalidad alemana.

Pero ni la premisa ni la conclusión de esa lucha estaban en lo cierto.

Mientras el sacerdote checo adoptaba una posición subjetiva con respecto a su pueblo y objetiva frente a la Iglesia, el sacerdote alemán se subordinaba subjetivamente a la Iglesia y permanecía objetivo desde el punto de vista de su nacionalidad; un fenómeno que podemos observar por desgracia en miles de otros casos. No se trata aquí de una herencia exclusivamente propia del catolicismo, sino de un mal que entre nosotros es capaz de corroer en poco tiempo casi toda institución estatal o de la concepción idealista.

Comparemos, por ejemplo, la conducta observada por nuestros funcionarios del Estado frente al propósito de un resurgimiento nacional, con la actitud que asumirían en un caso semejante iguales elementos de otro país. ¿Y qué norma nos ofrece el criterio que hoy sustentan católicos y protestantes frente al semitismo, criterio que no responde ni a los intereses nacionales ni a las necesidades verdaderas de la religión? No hay pues paralelo posible entre el modo de obrar de un rabino en todos los aspectos que tienen una cierta importancia para el semitismo bajo el aspecto racial y la actitud observada por la mayoría de nuestros religiosos, sea cual fuere su confesión, frente a los intereses de su raza. Este fenómeno se repite siempre que se trate de defender una idea abstracta.

"Autoridad del Estado", "democracia", "pacifismo", "solidaridad internacional", etc., etc., son todas ideas que entre nosotros se convierten por lo general en conceptos tan netamente doctrinarios y tan inflexibles, que cualquier juicio respecto de las necesidades vitales de la nación resulta subordinado a ellas.

El protestantismo obrará siempre en pro del fomento de los intereses germanos toda vez que se trate de puridad moral o del acrecentamiento del sentir nacional, en defensa del carácter, del idioma y de la independencia alemanes, puesto que todas estas nociones se hallan hondamente arraigadas en el protestantismo mismo; pero al instante reaccionará hostilmente contra toda tentativa que tienda a salvar la nación de las garras de su más mortal enemigo, y esto porque el punto de vista del protestantismo con respecto al semitismo está más o menos dogmáticamente precisado.

Mientras el pueblo contó durante la guerra de 1914 con dirigentes resueltos, cumplió su deber en forma insuperable. El pastor protestante como el sacerdote católico, ambos contribuyeron decididamente a mantener el espíritu de nuestra resistencia no sólo en el frente de batalla, sino ante todo, en los hogares. En aquellos años, especialmente al iniciarse la guerra, no dominaba en efecto, en ambos sectores religiosos otro ideal que el de un único y sagrado imperio alemán, por cuya existencia y porvenir elevaba cada uno sus votos de fervorosa devoción.

El movimiento pangermanista debió haberse planteado en sus comienzos una cuestión previa: ¿Era factible o no conservar el acervo germánico en Austria bajo la égida de la religión católica? Si se

contestaba afirmativamente, este partido político jamás debió mezclarse en cuestiones religiosas o hasta de orden confesional, y sí, por el contrario, era negativa la respuesta, entonces debió haber surgido una reforma religiosa, pero nunca un partido político.

Los partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas mientras éstas no socaven la moral de la raza; del mismo modo, es impropio inmiscuir la religión en manejos de política partidista.

Cuando dignatarios de la Iglesia se sirven de instituciones y doctrinas para dañar los intereses de su propia nacionalidad, jamás debe seguirse el mismo camino ni combatírseles con iguales armas.

Las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Führer político como inviolables; de lo contrario, debe renunciar a ser político y convertirse en reformador, si es que para ello tiene capacidad.

Un modo de pensar diferente, en este orden conduciría a una catástrofe, particularmente en Alemania.

Estudiando el movimiento pangermanista y su lucha contra Roma, llegué en aquellos tiempos, y aún más todavía en el transcurso de años posteriores, a la persuasión de que la poca comprensión revelada por el movimiento para el problema social, le hizo perder el concurso de la masa del pueblo de espíritu verazmente combativo. Ingresar en el parlamento le significó sacrificar su poderoso impulso y gravarlo con todas las taras propias de aquella institución; su acción contra la iglesia católica lo había desacreditado en numerosos sectores de la clase media y también de la clase baja, restándole así infinidad de los mejores elementos de la nación.

***

Allí donde el movimiento pangermanista cometía errores, la actitud del partido cristianosocial era precisa y sistemática. Este conocía la importancia de las masas y logró asegurarse por lo menos el apoyo de una parte de ellas, subrayando públicamente desde un comienzo el carácter social de su tendencia. Evitaba toda controversia con las instituciones religiosas y así le fue posible asegurarse el apoyo de una organización tan poderosa como la Iglesia. También reconoció la importancia de una propaganda amplia y se hizo especialista en el arte de influir en el ánimo de la gran masa de sus adeptos.

El hecho de que a pesar de su fuerza, este partido no fue capaz de alcanzar el anhelado propósito de salvar a Austria, se explica por los errores de método en su acción, y también por la falta de claridad en los fines que perseguía.

El anti-semitismo del partido cristiano-social se fundaba en concepciones religiosas y no en principios racistas. La misma causa determinante de este primer error constituía el origen del segundo. Si el partido cristiano-social quiere salvar a Austria –decían sus fundadores- no puede invocar el principio racista, porque eso significaría provocar en corto tiempo la disolución general del Estado. Según la opinión de los “leaders” del partido, la situación exigía, ante todo en Viena, evitar en lo posible incidencias disociadoras y más bien fomentar todos los motivos que tendían a la unificación.

Ya en aquella época, Viena estaba tan saturada de elementos extranjeros, especialmente de checos, que tratándose de problemas relacionados con la cuestión racial, sólo una marcada tolerancia podía mantenerlos adictos a un partido que no era antigermanista por principio. El propósito de salvar a Austria imponía no renunciar al concurso de esos elementos; así es cómo mediante una lucha de oposición contra el sistema liberalista de Manchester, se intentó ganar ante todo a los pequeños artesanos checos, representados en gran número en Viena; se pensaba que de esta manera, por encima de todas las diferencias raciales de la vieja Austria, se habría encontrado un lema para la lucha contra el judaísmo desde el punto de vista religioso.

Es claro que una acción contra los judíos sobre una base semejante podía causarles a éstos sólo una

relativa inquietud, pues, en el peor de los casos, un chorro de agua bautismal era siempre capaz de salvar al judío y su comercio.

Abordada la cuestión tan superficialmente, jamás podía llegarse a un serio y científico análisis del problema fundamental y sólo se conseguía apartar a muchos de los que no concebían un antisemitismo de esas características.

Este modo de hacer las cosas a medias anulaba el mérito de la orientación antisemita del partido cristiano-social. Era un seudo anti-semitismo de efectos más contraproducentes que provechosos; se adormecía despreocupadamente creyendo tener al adversario cogido por las orejas mientras en realidad era éste quien tenía al contrario sujeto por la nariz.

Si el Dr. Carl Lueger hubiese vivido en Alemania, se le habría colocado entre las primeras cabezas de nuestro pueblo, pero el hecho de haber actuado en un Estado imposible como era Austria constituyó la ruina de su obra y la suya propia. Cuando murió, ya empezaron a arreciar llamaradas en los Balcanes, de modo que el destino clemente le ahorró ver aquello que él había creído poder evitar.

Empeñado en buscar las causas de la incapacidad de uno de los movimientos y las del fracaso del otro, llegué a la íntima persuasión de que a parte de la imposibilidad de poder aun lograr una consolidación del Estado austriaco, ambos partidos habían incurrido en los siguientes errores:

En principio, el movimiento pangermanista tenía, indudablemente razón en su propósito de regeneración alemana, pero fue infeliz en la elección de sus métodos. Había sido nacionalista, mas, por desgracia, no lo suficientemente social para ganar en su favor el concurso de las masas.

Su antisemitismo descansaba sobre una justa apreciación de la trascendencia del problema racista y no sobre concepciones de índole religiosa. En cambio su lucha contra una determinada confesión –contra Roma- era errada en principio y falsa tácticamente.

El movimiento cristiano-social poseía una concepción vaga acerca de la finalidad de un resurgimiento alemán, pero como partido demostró habilidad y tuvo suerte en la selección de sus métodos; conocía la importancia de la cuestión social, pero erró en su lucha contra el judaísmo y no tenía la menor noción del poder que encarnaba la idea nacionalista.

Mi antipatía contra el Estado de los Habsburgo creció cada vez más en aquella época.

Estaba convencido de que este Estado tenía que oprimir y poner obstáculo a todo representante verdaderamente eminente del germanismo y sabía también que, inversamente, favorecía toda manifestación anti-alemana.

Repugnante me era el conglomerado de razas reunidas en la capital de la monarquía austriaca; repugnante esa promiscuidad de checos, polacos, húngaros, rutenos, servios, croatas, etc. y, en medio de todos ellos, a manera de eterno bacilo disociador de la humanidad, el judío y siempre el judío. Todas estas razones provocaron en mí el deseo cada vez más ferviente de llegar finalmente allí, adonde desde mi juventud me atraían anhelos secretos e íntimas afecciones.

Confiaba en hacerme más tarde un nombre como arquitecto y así ofrecerle a la nación leales servicios dentro del marco –pequeño o grande- que el destino me reservase. Finalmente, aspiraba a estar entre aquellos que tenían la suerte de vivir y actuar allí donde debía cumplirse un día el más fervoroso de los anhelos de mi corazón: La anexión de mi querido terruño a la patria común: El Reich Alemán.

Pero Viena debió ser y quedar para mí simbolizando la escuela más dura y a la vez la más provechosa de mi vida. Había llegado a esta ciudad cuando era todavía adolescente y me marchaba convertido en un hombre taciturno y serio. Allí asimilé, en general, los fundamentos para una concepción ideológica y, en particular, un método de análisis político; posteriormente, jamás me abandonaron esos conocimientos, no

haciendo después otra cosa más que completarlos. Por esto me he ocupado aquí más detalladamente de aquella época que me proporcionó el primer material de estudio, precisamente en aquellos problemas que son básicos dentro de nuestro partido, el cual surgiendo de los más modestos principios, tiene ya hoy apenas transcurridos cinco años, las características de un gran movimiento popular. No sé cuál sería ahora mi modo de pensar respecto al judaísmo, la social-democracia –mejor dicho, todo el marxismo- el problema social, etc., si ya en mi juventud, debido a los golpes del destino y gracias a mi propio esfuerzo, no hubiese alcanzado a cimentar una sólida base ideológica personal.

CAPÍTULO CUARTO: MUNICH

En la primavera de 1912 me trasladé definitivamente a Munich.

¡Una ciudad alemana! ¡Qué diferencia de Viena! Me descomponía la sola idea de pensar lo que era aquella Babilonia de razas. En Munich el modo de hablar era muy parecido al mío y me recordaba la época de mi juventud, especialmente al conversar con gentes de la Baja Baviera.

Había, pues, mil cosas que me eran o que se me hicieron queridas y apreciadas. Pero lo que más me subyugó fue el maravilloso enlace de fuerza nativa con el fino ambiente artístico de la ciudad, es decir, eso que se puede observar en la perspectiva única que se ofrece desde la Hofbräuhaus al Odeón y desde la pradera de la Oktoberfest a la Pinacoteca, etc. Y si hoy tengo predilección por Munich como en ningún otro lugar en el mundo, es sin duda porque esa ciudad está indisolublemente ligada a la evolución de mi propia vida.

Aparte de la práctica de mi trabajo cotidiano, en Munich volvió a interesarme, sobre todo, el estudio de los sucesos políticos de actualidad y, particularmente, aquellos relacionados con la política externa. Estos últimos considerados a través de la política aliancista alemana con Austria e Italia, que ya desde mi permanencia en Viena era conceptuada por mí como un total error.

En Austria, los únicos partidarios de la idea de la alianza eran los Habsburgo y los austro alemanes.

Los Habsburgo, por frío cálculo y necesidad, y los alemanes de allá por buena fe y por ingenuidad política; por buena fe, porque creían que con la Triple Alianza se le prestaría al Reich Alemán en sí un gran servicio, contribuyendo a garantizar su seguridad y su potencia; por ingenuidad política, porque no solamente su esperanza era irrealizable, sino porque, por el contrario, cooperaba más bien con ello a encadenar al Reich a un Estado ya cadavérico, que más tarde debía arrastrar al abismo a ambos países. Y era ingenuidad, ante todo, porque los austro alemanes, en virtud de aquella alianza, fueron cayendo cada vez más en el proceso de la desgermanización.

Si en Alemania se hubiese estudiado con mayor claridad la historia y la psicología de los pueblos, seguramente nunca se hubiera podido creer que un día llegasen a formar un frente común el Quirinal y la Corte de los Habsburgo. Italia se hubiese convertido en un volcán antes que un gobierno suyo se atreviera a movilizar –salvo que fuese como adversario- ni un solo italiano a favor del tan fanáticamente odiado Estado de los Habsburgo. Más de una vez fui en Viena mismo testigo del apasionado desprecio y del odio profundo con que el italiano se hallaba “ligado” al Estado austriaco. Demasiado grande para olvidarlo –aunque se hubiese querido- era el pecado que la casa de los Habsburgo cometió en el curso de los siglos, atentando contra la libertad y la independencia italianas. La voluntad de olvidar aquello no existía ni en el ánimo del pueblo ni en el del Gobierno. Por eso para Italia existían sólo dos posibilidades de convivencia con Austria; o la alianza o la guerra. Eligiendo lo primero, podía Italia prepararse tranquilamente para lo segundo.

La política aliancista de Alemania resaltó como absurda y peligrosa sobre todo desde el momento en que las relaciones entre Rusia y Austria se aproximaban más y más a la posibilidad de un conflicto bélico.

¿Cuál fue por último la razón para concertar una alianza con Austria? Ciertamente no fue otra que la de velar por el futuro del Imperio alemán en condiciones distintas a lo que habría sido estando éste solo. Mas, ese futuro del Reich no podría ser otro que el mantenimiento de la posibilidad de subsistencia del pueblo alemán.

El problema, por lo tanto, se reducía a lo siguiente: ¿Cómo acondicionar la vida de la nación alemana hacia un futuro factible y cómo darle a ese proceso los fundamentos indispensables y la necesaria seguridad dentro del marco de las relaciones generales del poderío europeo?

Analizadas con claridad las condiciones inherentes a la actividad de la política externa alemana, se debía llegar a esta conclusión: Alemania cuanta anualmente con un aumento de población que asciende, más o menos, a 900.000 almas, de manera que la dificultad de abastecer la subsistencia de este ejército de nuevos súbditos tiene que ser año tras año mayor, para acabar un día catastróficamente si es que no se sabe encontrar los medios de prevenir a tiempo el peligro del hambre.

Cuatro era los caminos a elegir para contrarrestar un desarrollo de tan funestas consecuencias:

1º- Siguiendo el ejemplo de Francia, se podía restringir artificialmente la natalidad y de este modo evitar una superpoblación.

La naturaleza misma suele también oponerse al aumento de población en determinados países o en ciertas razas, y esto en épocas de hambre o por condiciones climáticas desfavorables, así como tratándose de la escasa fertilidad del suelo. Por cierto que la naturaleza obra sabiamente y sin contemplaciones; no anula propiamente la capacidad de procreación, pero sí se opone a la conservación de la prole al someter a ésta a rigurosas pruebas y privaciones tan arduas, que todo el que no es fuerte y sano, vuelve al seno de lo desconocido. El que sobrevive a pesar de los rigores de la lucha por la existencia, es entonces mil veces experimentado, fuerte y apto para seguir generando, de tal suerte que el proceso de la selección puede empezar de nuevo. La disminución del número implica así la vigorización del individuo y con ello, finalmente, la consolidación de la raza.

Otra cosa es que el hombre por sí mismo se empeñe en restringir su descendencia y haga que, en lugar de la lucha por la vida –que solo deja en pie al más fuerte y al más sano- surja, en lógica consecuencia, el prurito de “salvar” a todo trance también al débil y hasta el enfermo, cimentando el germen de una progenie que irá degenerando progresivamente, mientras persista ese escarnio de la naturaleza y sus leyes.

Eso quiere decir que quien cree asegurar la existencia al pueblo alemán, por medio de una limitación voluntaria de la natalidad, le roba a éste automáticamente el porvenir.

2º- Un segundo camino era aquél que aún hoy oímos proponer y ensalzar con demasiada frecuencia: La colonización interior. Se trata aquí de una idea bien intencionada de muchos, pero al propio tiempo mal interpretada por los más y capaz de ocasionar el mayor de los daños imaginables.

Indudablemente, la productividad de un determinado suelo es susceptible de ser acrecentada hasta un cierto límite, pero no más que hasta un cierto límite y de ningún modo indefinidamente. Resultaría entonces, que durante un tiempo más o menos largo se podría compensar el aumento de la población alemana mediante una intensificación del cultivo agrícola y de la consiguiente mejora del rendimiento de nuestro suelo; mas, frente a esa posibilidad está el hecho de que generalmente las necesidades de la vida aumentan con más celeridad que la población misma. Las exigencia del hombre en lo que respecta a alimentación e indumentaria son mayores de año en año y no es posible establecer ya un paralelo con lo que fueron, por ejemplo, las necesidades de nuestros antepasados hace cien años. Es, pues, erróneo considerar que todo aumento de la producción supone un crecimiento de población.

La naturaleza no conoce fronteras políticas, sitúa nuevos seres sobre el globo terrestre y contempla el libre juego de las fuerzas que obran sobre ellos. Al que entonces se sobrepone por su empuje y carácter, le concede el supremo derecho a la existencia.

Un pueblo que se reduce al plan de colonización "interior", mientras otras razas abarcan extensiones territoriales cada vez más dilatadas sobre el globo, se será obligado a recurrir a la voluntaria restricción de su natalidad, precisamente en una época en que los demás pueblos sigan multiplicándose permanentemente. Como sensiblemente por lo general, las naciones más capacitadas o mejor dicho las únicas que representan razas de valía cultural y que son conductoras de todo el progreso humano, renuncian, en su alucinación pacifista, a la adquisición de nuevos territorios, bastándoles con su "colonización interna", en tanto que otras naciones de nivel inferior saben asegurarse potestad sobre enormes dominios coloniales, tendría que llegarse a la lógica conclusión de que el mundo será un día dominado por aquella parte de la humanidad culturalmente rezagada, pero que es capaz de una mayor fuerza de acción.

Jamás podrá insistirse lo bastante en aquello de que toda colonización interna alemana está en primer término destinada sólo a corregir anomalías sociales y a evitar que el suelo sea objeto de la especulación general.

Con lo anteriormente anotado, quedarían todavía por mencionarse dos medios conducentes a garantizar pan y trabajo para la población alemana en continuo aumento.

3º- Podrían adquirirse nuevos territorios para ubicar allí anualmente el superávit de millones de habitantes y de este modo mantener la nación sobre la base de la propia subsistencia.

4º- O bien decidirse a hacer que nuestra industria y nuestro comercio produzcan para el consumo extranjero, dando la posibilidad de vivir a costa de los beneficios resultantes.

No quedaba, pues, por elegir más que entre la política territorial o la colonial y comercial.

Estas dos posibilidades fueron consideradas, estudiadas, preconizadas y también combatidas desde muy diversos puntos de vista hasta que finalmente se optó por la última de ellas.

Ciertamente que la más conveniente de ambas hubiera sido la primera.

La adquisición de nuevos territorios colonizables, para el excedente de nuestra población, ofrece infinidad de ventajas, ante todo sí se tiene en cuenta el porvenir y no el presente.

Indudablemente una tal política territorial por parte de Alemania no puede llenar su cometido, en el Camerún, por ejemplo, pero si es posible, y hoy día casi exclusivamente, en Europa.

Muchos Estados europeos semejan en la actualidad una pirámide invertida. Su superficie territorial en Europa es de proporciones sencillamente ridículas en relación a sus dominios coloniales, su comercio exterior, etc. Bien se puede decir: El vértice en Europa y la base en el mundo entero, contrariamente a lo que ocurre con los Estados Unidos de Norte América, cuya base radica en su propio continente no tocando el resto del mundo, sino por su vértice. De allí emana la enorme potencialidad de esta nación y, tratándose de Europa, la escasa vitalidad de muchos países europeos con inmensos dominios coloniales.

El caso de Inglaterra mismo no prueba lo contrario, pues al considerar el Imperio Británico, se suele muy fácilmente dejar de asociar la existencia del mundo anglosajón. Desde luego, la situación de Inglaterra, por el solo hecho de su comunidad de cultura y lengua con los Estados Unidos de Norte América, no es susceptible de compararse con la de ningún otro país europeo.

En consecuencia, al única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial reside para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el continente mismo. Las colonias no responden a ese propósito si es que no se prestan para ser pobladas en gran escala por elementos europeos. En el siglo

XIX ya no era posible adquirir por medios pacíficos zonas apropiadas a la colonización. Una política colonial semejante habría sido, pues, sólo factible si se empeñaba una tenaz lucha, que en realidad habría resultado más provechosa aplicada a adquirir territorios en el propio continente y no en los países de ultramar.

Y si esa adquisición quería hacerse en Europa, no podía ser en resumen sino a costa de Rusia.

Por cierto que para una política de esa tendencia, había en Europa un solo aliado posible: Inglaterra.

Únicamente contando con el apoyo de este país, hubiese podido darse comienzo a la nueva cruzada del germanismo. El derecho, a invocarse en este caso, no habría sido menos justificado que el de nuestros antepasados.

Para ganar la aquiescencia inglesa ningún sacrificio pudo haber sido demasiado grande. La cuestión hubiera sido renunciar a posesiones coloniales y a la aspiración del poderío marítimo, ahorrándole así la lucha de competencia a la industria británica.

Solamente una orientación fija y clara era capaz de conducir a ese resultado. Renunciar al comercio mundial y a las colonias; renunciar a mantener una marina alemana de guerra y concentrar en cambio toda la potencialidad militar del Estado en el ejército. Naturalmente que la consecuencia inmediata podría haber sido una momentánea limitación, pero se hubiera tenido la garantía de un porvenir grande y poderoso.

Hubo un momento en que Inglaterra habría estado dispuesta a tratar la cuestión, puesto que comprendía perfectamente que Alemania, en vista del creciente aumento de su población, se vería obligada a buscar una solución para su problema y encontrarla, ya sea con Inglaterra en Europa o sin Inglaterra en el mundo.

Fue seguramente bajo esta impresión que a fines del siglo pasado se intentó desde Londres un acercamiento hacia Alemania. Por primera vez se puso entonces de manifiesto eso que en los últimos años hemos podido observar en Alemania en forma realmente alarmante: Se sentía desagrado a la sola idea de que tendrían que sacar para Inglaterra las “castañas del fuego”, como si alguna vez se hubiese dado el caso de una alianza sobre una base que no fuese la de la recíproca conveniencia. Y con Inglaterra no era difícil llegar a una negociación semejante. La diplomacia inglesa fue siempre lo suficientemente inteligente para no ignorar que toda concesión supone reciprocidad.

Imagínese por un momento la enorme trascendencia que para Alemania habría tenido el que una hábil política exterior alemana hubiese adoptado el “rol” que el Japón se adjudicó en 1904.

Jamás se hubiera producido una “conflagración mundial”.

Pero sensiblemente no se optó por seguir ese camino.

En pie quedaba ya únicamente la cuarta posibilidad enunciada: Industria y comercio mundial – poderío marítimo y dominio colonial.

Si una política territorial europea era sólo factible contra Rusia, teniendo a Inglaterra como aliada, inversamente, una política colonial de expansión y de comercio mundial, era únicamente concebible en contra de Inglaterra, con el apoyo de Rusia. Mas, en tal caso se debían asumir las consecuencias sin contemplación alguna y, ante todo, desentenderse cuanto antes de Austria.

Considerada desde todo punto de vista, fue para Alemania, ya a fines del siglo pasado, una incalificable locura la alianza con Austria.

Pero no se había pensado en ningún momento aliarse con Rusia en contra de Inglaterra, ni mucho menos con Inglaterra en contra de Rusia, pues, ambos casos hubieran significado a la postre, la guerra. Y

precisamente para evitarla, se resolvió optar por la política del comercio y de la industria. En el propósito de la "conquista pacífico-económica" del mundo, se carecía tener la receta para acabar de una vez para siempre con la política de violencia empleada hasta entonces.

Es probable que algunas veces no se estuviera tan seguro del camino elegido, especialmente cuando de tiempo en tiempo llegaban desde Inglaterra amenazas inexplicables. A esto se debió que Alemania se decidiera a construir una flota de guerra, no destinada a agredir ni destruir el poderío británico, sino simplemente a "defender" la mencionada "paz universal" y la conquista "pacífica" del mundo.

De ahí que esa flota fuese creada bajo una escala en todo sentido más modesta que la de Inglaterra, no sólo en el número de unidades, sino también en lo concerniente al desplazamiento de éstas y su armamento, dejando entrever también aquí la intención realmente "pacífica" que se abrigaba.

El tema de la "conquista pacífico-económica" del mundo fue indudablemente el mayor de los absurdos entronizados como principio directriz de la política del Estado. Semejante contrasentido se hizo aún más notable por la circunstancia de no haberse vacilado en tomar a Inglaterra como referencia para la posibilidad de llevar a cabo una tal conquista. El daño con que, por su parte, contribuyeron a ocasionarnos nuestra concepción tan académica de la Historia y la rutinaria enseñanza de la misma, jamás podrá ser reparado y constituye la prueba incontestable, de que infinidad de gentes "aprenden" historia sin entenderla ni mucho menos poderla interpretar.

Debió verse en la política de Inglaterra la refutación evidente de aquella teoría; pues ningún otro país supo preparar mejor ni más brutalmente que Inglaterra sus conquistas económicas valiéndose de la espada, para después defenderlas resueltamente. ¿No es acaso típica característica del arte de gobierno británico sacar de su poder político beneficios económicos y viceversa: Transformar sin demora toda nueva conquista económica en poderío político? Y qué error es el suponer que Inglaterra misma fuese quizá demasiado cobarde para arriesgar la propia sangre a favor de su política económica. El que la nación inglesa careciese de un ejército constituido por el pueblo, no probó en modo alguno lo contrario; porque en esto no depende la situación de la forma que tenga la institución armada en sí, sino más bien ante todo, de la decisión y voluntad con que es puesta en acción en el momento dado. Inglaterra contó en todo tiempo con el abastecimiento bélico indispensable a sus necesidades y luchó siempre con aquellas armas que el éxito exigía. Se sirvió de mercenarios, mientras los mercenarios bastaron y apeló también resueltamente al concurso de la sangre de los mejores elementos de la nación cuando ya no quedaba otro medio que ese sacrificio para asegurar la victoria. Pero siempre quedó invariable su decisión para la lucha, junto a la tenacidad y la inflexible conducción de la misma.

Recuerdo claramente el gran asombro que se reflejó en las fisonomías de mis camaradas, cuando en Flandes nos vimos por primera vez, cara a cara, con los "tommíes". Después de los primeros combates cada uno de nosotros pudo convencerse de que aquellos escoceses nada tenían de común con aquellos otros que se tenía a bien caracterizar en nuestras hojas humorísticas y en las informaciones de prensa.

***

Bastaba considerar la insensatez de esta política de conquista "pacífico-económica" del mundo para percatarse, igualmente a todas luces, del absurdo que entrañaba la Triple Alianza.

El valor de la Triple Alianza era ya psicológicamente insignificante, porque la consistencia de una alianza tiende a disminuir en la misma proporción en que ella se concreta al sólo mantenimiento de un estado de cosas existente; mientras que en el caso inverso, una alianza será tanto más fuerte cuanto mayor sea la expectativa de las partes contrayentes por lograr finalidades tangibles y de carácter expansivo, gracias a esa alianza. Aquí, como en todo, la pujanza no radica en la acción defensiva sino en el ataque.

Para Alemania fue una suerte que la guerra de 1914 viniera indirectamente por el lado de

Austria, de manera que los Habsburgo se vieron así compelidos a tomar parte en ella; si hubiese ocurrido lo contrario, Alemania se habría quedado sola.

Muy pocos en aquella época pudieron darse cuenta de la magnitud de los peligros y las dificultades que trajo consigo la alianza con la monarquía del Danubio.

En primer término, Austria tenía demasiados enemigos, ansiosos de heredar los despojos de aquel decrépito Estado y no era de extrañar que en el transcurso del tiempo hubiera nacido un cierto odio contra Alemania, considerando a ésta como el obstáculo para la tan esperada y anhelada ruina de la monarquía austriaca. Se había llegado a la conclusión de que sólo se podía llegar a Viena pasando por Berlín.

En segundo término, Alemania perdió, gracias a esta política suya, las mejores y más auspiciosas posibilidades de pactar otras alianzas. En efecto, en lugar de éstas, se produjo una situación de creciente tensión con Rusia y hasta con Italia misma; sin embargo, en Roma la opinión general se mostraba favorable a Alemania, en tanto que en el corazón del último italiano fermentaba – y muchas veces llegaba a desbordarse – un sentimiento hostil hacia Austria.

Por último, en tercer lugar, esta alianza debía entrañar en el fondo un grave peligro para Alemania, si se tiene en cuenta la circunstancia de que cualquier potencia europea realmente adversa al Reich de Bismark, podía en todo tiempo lograr con facilidad la movilización de una serie de Estados contra Alemania, ofreciéndoles a éstos ventajas materiales a costa de los aliados de Austria. Contra la monarquía del Danubio estaban predispuestos todos los países de la Europa Oriental, pero Italia y Rusia en grado superlativo.

Ya en los contados pequeños círculos que frecuentaba yo en Munich, no oculté jamás mi convicción de que esa infeliz alianza con un Estado destinado fatalmente a la ruina, iba a conducir también al desastre catastrófico de Alemania, si es que ésta no sabía desligarse a tiempo de aquélla. Tampoco dudé ni un momento de aquella mi firme persuasión cuando el estallido de la guerra mundial pareció haber anulado toda reflexión y cuando el delirio del entusiasmo cívico absorbía hasta a aquellos estratos oficiales para los cuales no debió existir otra cosa que un frío cálculo de la realidad. Aún hallándome en la línea de fuego, sostuve siempre mi opinión, siempre que se trataba del problema, de que la alianza austro-alemana debía ser disuelta (y cuanto antes lo fuera, tanto mejor para Alemania) y también que como tributo a ello, la monarquía de los Habsburgo no significaría ningún sacrificio comparado con la posibilidad de obtener de ese modo una disminución en el número de los adversarios de la nación alemana; pues no había sido para defender una dinastía corrupta, sino para salvar a la nación alemana, para lo que millones de hombres llevaban el casco de acero.

En varias ocasiones, antes de la guerra, se tuvo la impresión de que, por lo menos en uno de los sectores políticos de Alemania, cundía cierta duda sobre la conveniencia de la política aliancista seguida por el Gobierno. De cuando en cuando los círculos conservadores alemanes dejaban oír su voz de prevención contra el exceso de confianza existente, pero esto, como todo lo razonable, debió caer en el vacío.

***

Con la marcha triunfal de la técnica y de la industria alemanas y por otra parte con el creciente desarrollo del comercio, fue desapareciendo cada vez más la noción de que todo esto sólo era posible bajo la égida de un Estado poderoso. Por el contrario, hasta se había llegado en muchos círculos a sostener la convicción de que el Estado mismo debía su existencia a esas manifestaciones y que representaba, en primer término una institución económica regida de acuerdo a principios económicos y, por lo tanto, dependiente también en su conjunto de la economía; en total, un estado de cosas que se ponderaba como

el mejor y el más natural del mundo.

El Estado nada tiene que ver con un criterio económico determinado o con un proceso de desarrollo económico. Tampoco constituye una reunión de gestores financieros económicos en un campo de actividad con límites definidos que tiende a la realización de cometidos económicos, sino que es la organización de una comunidad de seres moral y físicamente homogéneos, con el objeto de mejorar las condiciones de conservación de su raza y así cumplir la misión que a esta le tiene señalada la Providencia. Esto y no otra cosa significan la finalidad y la razón de ser de un Estado.

El Estado judío no estuvo jamás circunscrito a fronteras materiales; sus límites abarcan el universo, pero conciernen a una sola raza. Por eso el pueblo judío formó siempre un Estado dentro de otro Estado. Constituye uno de los artificios más ingeniosos de cuantos se han urdido, hacer aparecer a ese Estado como una "religión" y asegurarle de este modo la tolerancia que el elemento ario está en todo momento dispuesto a conceder a un dogma religioso. En realidad la religión de Moisés no es más que una doctrina de la conservación de la raza judía. De ahí que ella englobe casi todas las ramas del saber humano convenientes a su objetivo, sean éstas de orden sociológico, político o económico.

***

Toda vez que el poder político de Alemania experimentaba un cambio ascendente, la situación económica mejoraba también; pero cuando la actividad económica se convertía en el objetivo exclusivo de la vida nacional, ahogando virtudes idealistas, el Estado sufría un derrumbamiento, para arrastrar luego consigo a la economía.

Si uno se preguntase, cuáles son en realidad las fuerzas que crean o que, por lo menos, sostienen un Estado, se podría, resumiendo, formular el siguiente concepto: Espíritu y voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad. Que estas virtudes nada tienen de común con la economía, fluye de la sencilla consideración de que el hombre jamás va hasta el sacrificio por esta última, es decir, que no se muere por negocios, pero sí por ideales.

La persuasión dominante en la época de la anteguerra, de que al pueblo alemán podía serle factible acaparar el mercado mundial o llegar hasta conquistar el mundo, por medios pacíficos, fue un signo clásico de haber desaparecido las virtudes realmente conformadoras y sostenedoras del Estado, así como también los resultantes de esas virtudes: Discernimiento, fuerza de voluntad y espíritu de acción. El corolario de tal estado de cosas debió ser la guerra mundial y sus consecuencias.

***

Meditando infinidad de veces sobre todos estos problemas que se me revelaron a través de mi modo de pensar con respecto a la política aliancista alemana y a la política económica del Reich en los años de 1912 a 1914, puede darme cuenta cada vez más claramente de que la clave de todo estaba en aquel poder que, ya antes, conociera en Viena, pero desde puntos de partida muy diferentes al actual: La doctrina y la ideología marxistas, así como la influencia de su acción organizada.

Por segunda vez en mi vida debí engolfarme en el estudio de esta doctrina demoledora pero con la circunstancia de que esta vez dediqué mi atención al propósito de dominar ese flagelo mundial. Estudié el sentido, la acción y el éxito de las leyes de emergencia de Bismark, del mismo modo que sometí de nuevo a un riguroso examen la relación existente entre el marxismo y el judaísmo.

En diversos círculos, que en parte sostienen hoy lealmente la causa nacionalsocialista, empecé, en los años de 1913 y 1914, a poner de manifiesto la convicción que me animaba de que el problema capital para el porvenir de Alemania, residía en la destrucción del marxismo- La desgraciada política alemana de alianzas se me reveló como una de las muchas consecuencias derivadas de la obra disociadora de esta doctrina. Lo espeluznante era precisamente el hecho de que el veneno marxista estaba minando casi

insensiblemente la totalidad de los principios básicos propios de una sana concepción del Estado y de la economía nacional, sin que los afectados mismos se percatasen en lo más mínimo del grado extremo en que su proceder era ya un reflejo de esa ideología que solía impugnarse enérgicamente. También algunas veces se ensayó un tratamiento contra la endemia reinante, pero casi siempre confundiendo los síntomas con la causa misma, y como esta última no se conocía o no se quería conocer, la lucha contra el marxismo obraba cual la terapéutica en un charlatán.

CAPÍTULO QUINTO: LA GUERRA MUNDIAL

Nada me había contristado tanto en los agitados años de mi juventud como la idea de haber nacido en una época que parecía erigir sus templos de gloria exclusivamente para comerciantes y funcionarios. Las fluctuaciones de la historia universal daban la impresión de haber llegado a un grado tal de aplacamiento, que bien podía creerse que el futuro pertenecía realmente sólo a la "competencia pacífica de los pueblos" o lo que es lo mismo, a una tranquila y mutua ratería con exclusión métodos violentos de defensa. Los diferentes Estados iban asumiendo cada vez más el papel de empresas que se socavaban recíprocamente y que también recíprocamente se arrebataban clientes y pedidos, tratando de aventajarse los unos a los otros por todos los medios posibles, y todo esto en medio de grandes e inofensivos aspavientos.

Semejante evolución no solamente parecía persistir, sino que por recomendación universal debía también en el futuro transformar el mundo en un único gigantesco bazar en cuyos halls se colocarían, como signos de la inmortalidad, las efigies de los especuladores más refinados y de los funcionarios de administración más desidiosos. De vendedores podían hacer los ingleses, de administradores los alemanes, y de propietarios no otros, por cierto, que los judíos.

¿Por qué no nací unos cien años antes, V. Gr. En la época de las guerras libertarias, en que el hombre valía realmente algo, aún sin tener un "negocio"?

***

Cuando en Munich se difundió la noticia del asesinato del Archiduque Francisco Fernando (estaba en casa y oí sólo vagamente lo ocurrido) me invadió en el primer momento el temor de que tal vez el plomo homicida procediese de la pistola de algún estudiante alemán que, irritado por la constante labor de eslavización que fomentaba el heredero del trono austriaco, hubiese intentado salvar al pueblo alemán de aquel enemigo interior. No era difícil imaginarse cual hubiera podido ser la consecuencia de esto: Una nueva era de persecuciones que para el mundo entero hubieran sido "justificadas" y de "fundado motivo". Pero cuando poco después me enteré del nombre de los supuestos autores del atentado y supe, además, que se trataba de elementos servios, me sentí sobrecogido de horror ante la realidad de esa venganza del destino insondable.

El amigo más grande de los eslavos cayó bajo el plomo de un fanático eslavo.

El que en los años anteriores al atentado hubiese tenido ocasión de estudiar detenidamente el estado de las relaciones entre Austria y Serbia, no podía dudar ni un instante de que la piedra había empezado a rodar y que ya era imposible detenerla.

Es injusto hacer pesar hoy críticas sobre el gobierno vienés de entonces acerca de la forma y del contenido de su ultimátum a Serbia. Ningún poder en el mundo hubiese podido obrar de otro modo, en igualdad de circunstancias y condiciones. Austria tenía en su frontera Sudeste un irreconciliable enemigo que provocaba sistemáticamente a la monarquía de los Habsburgo y que no habría cejado jamás hasta encontrar el momento preciso para la ansiada destrucción del imperio austro-húngaro. Había sobrada razón para suponer que el caso se produciría a más tardar con la muerte del viejo emperador Francisco José.

Evidentemente es injusto atribuirles a los círculos oficiales de Viena el haber instado a la guerra, pensando que quizá se hubiera podido evitar todavía. Esto ya no era posible; cuando más se habría podido aplazar por uno o dos años. Pero en esto residía precisamente la maldición que pesaba sobre la diplomacia alemana y también sobre la austriaca, que siempre tendía a dilatar las soluciones inevitables para luego verse obligadas a actitudes decisivas en el momento menos oportuno. Se puede estar seguro de que una nueva tentativa para salvar la paz habría conducido tan sólo a precipitar la guerra seguramente en una época todavía más desfavorable.

La socialdemocracia se había empeñado desde decenios atrás en realizar la más infame agitación belicosa contra Rusia y el partido católico, había hecho del Estado austriaco, por razones de índole religiosa, el punto de referencia capital de la política alemana. Por fin había llegado el momento de soportar las consecuencias de tan absurda orientación. Lo que vino, debió venir fatalmente. El error del gobierno alemán, deseando mantener la paz a toda costa, fue el de haber dejado pasar siempre el momento propicio para tomar la iniciativa, aferrado como estaba a su política aliancista con la que creía servir a la paz universal y que a la postre, la condujo únicamente a ser la víctima de una coalición mundial que, a su ansia de conservar la paz, opuso una inquebrantable decisión de ir a la guerra.

Estalló una gigantesca lucha libertaria, gigantesca como ninguna otra en la Historia.

Apenas hubo comenzado la fatalidad, cundió en la gran masa del pueblo la persuasión de que esta vez no iba a tratarse de la suerte aislada de Serbia o de Austria, sino de la existencia de la nación alemana.

Dos ideas pasaron por mi mente cuando la noticia del atentado de Sarajevo se había difundido en Munich; primero, que la guerra sería al fin inevitable y segundo, que al Estado de los Habsburgo no le quedaba otro recurso que mantener en pie el pacto de alianza con Alemania,

pues, lo que siempre yo más había temido era la posibilidad de que un día la misma Alemania resultase envuelta en un conflicto, quizá justamente debido a ese pacto, pero sin que Austria fuese la causante directa, de modo que el Estado austriaco, por razones de política interna, hubiese carecido de la energía suficiente para adoptar la decisión de respaldar a su aliado. La mayoría eslava del Imperio austro-húngaro hubiera comenzado inmediatamente a sabotear un propósito tal y hubiese preferido en todo caso precipitar la ruina del Estado antes que prestarle a su aliado el concurso a que se hallaba obligado. En aquella desgraciada ocasión tal peligro estaba eliminado. La vieja Austria debía entrar en acción queriendo o sin quererlo.

Mi criterio personal en cuanto al conflicto era claro y sencillo: Para mí Austria no se empeñaba por obtener una satisfacción por parte de Servia, sino que al arrastrar consigo a la nación alemana la obligaba a luchar por su existencia, por su autonomía y por su porvenir. La obra de Bismark debía ponerse a prueba: Aquello que nuestros abuelos había alcanzado en las batallas de Weissenburgo, Sedán, y París a costa del heroico sacrificio de su sangre, tenía que lograrlo ahora de nuevo el joven Reich alemán. Coronada victoriosamente la lucha, nuestra nación habría vuelto a colocarse por virtud de su pujanza exterior en el círculo de las grandes potencias.

Sólo entonces podría Alemania constituirse en un poderoso baluarte de la paz, sin tener que restringir a sus hijos el pan cotidiano por amor a la paz universal.

***

El 3 de Agosto de 1914 presenté una solicitud directa ante S.M. el Rey Luis III de Baviera, pidiéndole la gracia de ser incorporado a un regimiento bávaro. Seguramente la Cancillería del Gabinete tenía mucho que hacer en aquellos días, por eso fue mayor aun mi alegría cuando a la mañana siguiente me era dado recibir la noticia de mi admisión.

Debía, pues, comenzar para mí, como por cierto para todo alemán, la época más sublime e inolvidable de

mi vida. Ahora, ante los sucesos de la gigantesca lucha, todo lo pasado debía hundirse en el seno de la nada. Y llegó el día en que partimos de Munich rumbo al frente para cumplir con nuestro deber.

Así vi por primera vez el Rhin, cuando a lo largo de su apacible corriente nos dirigíamos al Oeste a defender de la ambición del enemigo secular el río de los ríos alemanes.

Después en Flandes, marchando silenciosamente a través de una noche fría y húmeda y cuando empezaba a disiparse las primeras brumas de la mañana, recibimos de súbito el bautismo de fuego; los proyectiles – que silbaban sobre nuestras cabezas- caían en medio de nuestras filas azotando el mojado suelo. Pero antes de que la ráfaga mortífera hubiera pasado, un hurra de doscientas gargantas salió al encuentro de esos primeros mensajeros de la muerte.

Es muy posible que los voluntarios del Regimiento List aún no hubiesen aprendido a combatir, pero a morir si habían aprendido y morían como viejos soldados.

Este fue el comienzo. Y así continuó año tras año; más lo romántico de la guerra fue reemplazado por el horror de las batallas. Poco a poco decayó el entusiasmo y el terror a la muerte ahogó el júbilo exaltado de los primeros tiempos. Había llegado la época en que cada uno se debatía entre el instinto de la propia conservación y el imperativo del deber. Tampoco yo debí quedar exento de esa lucha interior. Siempre que la muerte acosaba, un algo indefinible pugnaba por rebelarse en el individuo, presentándose ante la debilidad humana como la voz de la razón y no siendo en verdad más que la tentación de la cobardía que, disfrazada así, intentaba doblegar al hombre. Pero cuanto más se empeñaba ese impulso, aconsejando rehuir el peligro y cuanto más insistentemente trataba de seducir, tanto más vigorosa era la reacción del individuo, en el que, después de larga pugna interior acababa por imponerse la conciencia del deber. Ya en el invierno de 1915 – 1916 había yo definido íntimamente el problema: La entereza lo había dominado todo y así como en los primeros tiempos fui capaz de lanzarme jubiloso y riendo al asalto, ahora mi estado de ánimo era sereno y resuelto. Lo perdurable era precisamente esto. El destino podía, pues, ahora sometthough a las más severas pruebas sin que nos fallasen los nervios ni perdiéramos la razón. ¡El joven voluntario se transformó en veterano!

La misma evolución se había operado en todo el ejército alemán, experimentado y recio por virtud del eterno batallar. Ahora, después de dos y tres años de lucha constante, saliendo de una batalla para entrar en otra, siempre combatiendo contra un adversario superior en número y armamentos, sufriendo hambre y soportando privaciones de todo género, había llegado la hora de probar la eficacia de aquel ejército único.

Transcurrirán milenios y jamás se podrá cantar el heroísmo sin dejar de rememorar el ejército alemán de la gran guerra. Descorriendo el velo del pasado, emergerá siempre la visión del frente férreo de los grises cascos de acero – frente inquebrantable, firme – monumento de inmortalidad. Y mientras haya alemanes, nunca olvidarán que aquellos héroes fueron hijos de la patria alemana.

***

Entonces era yo soldado y no quise hacer política, pues tampoco el momento era realmente a propósito para ello. Sin embargo, no pude menos que formar criterio con respecto de ciertos hechos que afectaban a toda la nación y que particularmente debían interesarnos a nosotros los soldados.

Fue un error incalificable en los primeros días de Agosto de 1914 el haber tratado de identificar al obrero alemán con el marxismo. En aquel momento el obrero alemán estaba ya desligado de las garras de esa ponzoña. Se tuvo, sin embargo, la candidez de afirmar que el marxismo se había hecho “nacional”. El marxismo, cuyo supremo objetivo es y será siempre la destrucción de todo Estado nacional no judío, debió ver con horror que el mes de Julio de aquel año el proletariado alemán al cual tenía cogido en su red, despertó para ponerse hora por hora, con creciente celeridad, al servicio de la patria. En pocos días

quedó desvanecida toda la apariencia de ese infame engaño al pueblo y de un momento a otro la banda de dirigentes judíos se vio sola y abandonada, como si no existiera huella del absurdo y del desvarío que infiltraron en la psicología de las masas durante 60 años. Fue un instante sombrío para los defraudadores de la clase obrera del pueblo alemán; pero tan pronto como esos dirigentes se percataron del peligro que corrían, se cubrieron hasta las narices con el manto de la mentira y fingieron participar de la exaltación cívica nacional.

Había llegado el momento de arremeter contra toda la fraudulenta comunidad de estos judíos envenenadores del pueblo. El deber de un gobierno celoso de su misión, hubiera sido – al ver que el obrero alemán se sentía reincorporado a la nacionalidad – acabar despiadadamente con los agitadores que minaban la estabilidad de la nación.

Ya que en el frente de batalla rendían el tributo de su vida los mejores elementos de la patria, lo menos que en retaguardia se debía hacer era exterminar a las sabandijas venenosas.

Pero en lugar de eso fue el mismo Emperador Guillermo II quien tendió la mano a los criminales de siempre e hizo que esos pérfidos de la nación tuviesen la oportunidad de recapacitar y de cohesionarse.

Toda concepción ideológica, sea de índole religiosa o política – es difícil a veces establecer límites en esto – lucha menos en sentido negativo por la destrucción del mundo de ideas del adversario, que en sentido positivo para imponer el suyo propio. Su lucha en estas condiciones es más un ataque que una defensa. Desde luego, lleva ya ventaja por el simple hecho de precisar su objetivo que representa el triunfo de la propia idea, en tanto que en el caso contrario, sólo muy difícilmente puede determinarse a punto fijo cuando es dado considerar como cosa hecha y segura la finalidad negativa de destruir una doctrina opuesta.

Todo intento de combatir una tendencia ideológica por medio de la violencia está predestinado al fracaso, a menos que la lucha no haya asumido el carácter de agresión en pro de una nueva concepción espiritual. Sólo cuando están en abierta lucha dos ideologías, puede el recurso de la fuerza bruta, empleada con persistencia y sin contemporización alguna, lograr la decisión a favor de la parte a la cual sirve.

He aquí por qué fracasó siempre la lucha contra el marxismo. Esa fue también la razón por la que falló y debió fallar a la postre la legislación anti-socialista de Bismark. Se carecía de la plataforma de una nueva concepción ideológica por cuyo éxito se habría podido empeñar la lucha.

Pues, aquello de que la farsa de una llamada “autoridad del Estado” o el lema “tranquilidad y orden”, constituían la base apropiada para impulsar ideológicamente una lucha de vida o muerte, no podía caber en la proverbial “sabiduría” de los altos funcionarios ministeriales.

En 1914 hubiera sido realmente factible una acción eficaz contra la socialdemocracia, pero la falta absoluta de un substituto práctico, hacía dudar sobre el tiempo que habría podido mantenerse la lucha.

En este orden era enorme el vacío existente.

Mucho antes de la guerra tenía yo esta opinión y por eso no pude decidirme a enrolarme en ninguno de los partidos políticos militantes. En el curso de los sucesos de la guerra se consolidó mi criterio gracias a la probada imposibilidad de empeñar resueltamente la lucha contra la socialdemocracia, lucha para la cual hubiera sido menester un movimiento de opinión que fuese algo más que un simple partido “parlamentario”.

Ante mis camaradas íntimos expuse claramente mi modo de pensar sobre esta cuestión.

Por primera vez surgió entonces en mi mente la idea de que un día me ocuparía tal vez de política. Y este fue justamente el motivo por el cual yo reiteraba en el pequeño círculo de mis amigos el propósito de que, pasada la guerra, actuaría como orador político, sin perjuicio de atender a mi trabajo profesional.

CAPÍTULO SEXTO: PROPAGANDA DE GUERRA

Habituado a seguir con marcada atención el curso de los acontecimientos políticos, la actividad de la propaganda me había interesado siempre en grado extraordinario. Veía en ella un instrumento que justamente las organizaciones marxistas y socialistas dominaban y empleaban con maestría. Pronto debí darme cuenta de que la conveniente aplicación de recurso de la propaganda constituía realmente un arte, casi desconocido para los partidos burgueses de entonces. El movimiento cristiano-social, especialmente en la época de Lueger, fue el único capaz de servirse de ese instrumento con una cierta virtuosidad, lo cual le valió muchos de sus éxitos.

Durante la gran guerra empezó a observarse a qué enormes resultados podía conducir la acción de una propaganda bien llevada. Aquello que nosotros habíamos descuidado, lo supo explotar el adversario con increíble habilidad y con un sentido de cálculo verdaderamente genial.

Para mi vida política fue una gran enseñanza la propaganda de guerra del enemigo.

¿Existió en realidad una propaganda alemana de guerra?

Sensiblemente debo responder que no. Todo lo que se había hecho en este orden fue tan deficiente y erróneo desde un principio que no reportaba provecho alguno y que a veces llegaba a resultar incluso contraproducente.

Deficiente en la forma, psicológicamente errada en su carácter. Tal es la conclusión a que se llega examinando con detenimiento la propaganda alemana de guerra.

La propaganda es un medio y debe ser considerada desde el punto de vista del objetivo al cual sirve. Su forma, en consecuencia, tienen que estar acondicionada de modo que apoye al objetivo perseguido. La finalidad por la cual habíamos luchado en la guerra fue la más sublime y magna de cuantas se puede imaginar para el hombre. Se trataba de la libertad y de la independencia de nuestro pueblo, se trataba de asegurar nuestra subsistencia en el porvenir – se trataba del honor de la nación. El pueblo alemán luchó por el derecho a una humana existencia, y apoyar esa lucha debió haber sido el objetivo de nuestra propaganda de guerra.

En el momento en que los pueblos de este planeta luchan por su existencia, es decir, cuando se les hace inminente el problema decisivo del ser o no ser, quedan reducidas a la nada las consideraciones humanitaristas o estéticas. Por lo que al humanismo respecta, ya Moltke dijo que, en la guerra, radicaba en la celeridad del procedimiento, es decir, que el humanitarismo suponía en consecuencia el empleo de los medios de lucha más eficaces, según eso, las armas más crueles eran humanitarias, si es que aceleraban la consecución de la victoria y sólo eran buenos aquellos métodos capaces de contribuir a asegurarle a la nación la dignidad de su autonomía.

En una lucha tal, de vida o muerte, debió haber sido ésta la única orientación posible para la propaganda de guerra. Si de eso se hubiesen percatado las autoridades llamadas responsables, jamás se habría podido caer en la inseguridad de la forma y modo de empleo de aquel recurso, que también es un arma y un arma verdaderamente terrible, en manos de quien sabe servirse de ella.

Toda acción de propaganda tiene que ser necesariamente popular y adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del más limitado de aquellos a los cuales está destinada. De ahí que su grado netamente intelectual deberá regularse tanto más hacia abajo, cuanto más grande sea el conjunto de la

masa humana que ha de abarcarse. Mas cuando se trata de atraer hacia el radio de influencia de la propaganda a toda una nación, como exigen las circunstancias en el caso del sostenimiento de una guerra, nunca se podrá ser lo suficientemente prudente en lo que concierte a cuidar que las formas intelectuales de la propaganda sean, en lo posible, simples.

La capacidad de asimilación de la gran masa es sumamente limitada y no menos pequeña su facultad de comprensión, en cambio es enorme su falta de memoria. Teniendo en cuenta estos antecedentes, toda propaganda eficaz debe concretarse sólo a muy pocos puntos y saberlos explotar como apotegmas hasta que el último hijo del pueblo pueda formarse una idea de aquello que se persigue. En el momento en que la propaganda sacrifique ese principio o quiera hacerse múltiple, quedará debilitada su eficacia por la sencilla razón de que la masa no es capaz de retener ni asimilar todo lo que se le ofrece. Y con esto sufre detrimento el éxito, para acabar a la larga por ser completamente nulo.

Fue un error fundamental poner en ridículo al adversario, como lo hacía la propaganda de las hojas humorísticas de Austria y Alemania; error fundamental, porque el individuo al verse, cuando llegaba el momento, cara a cara con el enemigo, cambiaba por completo de convicción, lo cual por cierto debió traer muy graves consecuencias. Bajo la impresión inmediata de la resistencia que oponía el adversario, el soldado alemán se sintió defraudado por aquellos que hasta entonces habían ilustrado su criterio, y en lugar de experimentar una reacción de mayor espíritu combativo o por lo menos una consolidación del mismo, se produjo el fenómeno contrario; sobreviniendo un momentáneo desaliento.

Opuestamente a esto, la propaganda de guerra de los ingleses y de los americanos era psicológicamente adecuada porque al pintar a los alemanes como a bárbaros, como si fuesen los hunos, predisponían a sus soldados a los horrores de la guerra y contribuían así a ahorrarles decepciones. El arma más temeraria que hubiese podido emplearse contra ellos no les debía entonces parecer más que una comprobación de lo ya oído, acrecentándose de este modo su fe en la rectitud de las apreciaciones de su gobierno y ahondando por otra parte su furor y su odio contra el enemigo maldito.

Así fue como el soldado inglés jamás tuvo la impresión de haber sido falsamente informado desde su país, muy al contrario de lo que sensiblemente ocurría con el soldado alemán, que acabó por rechazar en general como “embustes” las informaciones que recibía desde retaguardia.

La finalidad de la propaganda no consiste en compulsar los derechos de los demás, sino en subrayar con exclusividad el propio, que es el objeto de esa propaganda. Error capital fue el de discutir la cuestión de la culpabilidad de la guerra considerando que no sólo Alemania era la responsable del estallido de la catástrofe. Mejor se habría obrado imputando totalmente la culpa al enemigo, aún en el caso de que Alemania hubiese sido verdaderamente culpable lo cual, en realidad, no era cierto.

La masa del pueblo es incapaz de distinguir dónde acaba la injusticia de los demás y dónde comienza la suya propia.

La gran mayoría del pueblo es, por naturaleza y criterio, de índole tan femenina, que su modo de pensar y obrar se subordina más a la sensibilidad anímica que a la reflexión. Esa sensibilidad no es complicada, por el contrario es muy simple y rotunda. Para ella no existen muchas diferenciaciones, sino un extremo positivo y otro negativo: Amor u odio, justicia o injusticia, verdad o mentira, pero jamás estados intermedios.

Todo esto lo supo comprender y tomar en cuenta en forma realmente genial la propaganda inglesa. Allá no había en efecto razones de dos filos que condujesen a la duda. Una prueba del admirable conocimiento de la emotividad primitiva de la gran masa constituía su propaganda de las “atrocidades alemanas” perfectamente adaptada a las circunstancias y que aseguró, en forma tan inescrupulosa como genial, las condiciones necesarias para el mantenimiento de la moral en el teatro de la guerra, aún en el

caso de las mayores derrotas. Otra prueba de la propaganda inglesa en este orden era la contundente sindicación que se hacía del enemigo alemán considerándole como el único culpable del estallido de la guerra. Una mentira que, sólo gracias a la parcializada e impúdica persistencia con que era difundida, pudo adaptarse al sentir apasionado y siempre extremista de las muchedumbres y por eso mereció su crédito.

La variación en la propaganda no debe alterar jamás el sentido de aquello que es el objeto de esa propaganda, sino que desde el principio hasta el fin, debe significar siempre lo mismo.

Puede el motivo en cuestión ser considerado desde puntos de vista diferentes, mas es condición esencial que toda exposición entrañe en resumen, invariablemente, la misma fórmula. Sólo de esta suerte es posible hacer que la propaganda sea eficaz y uniforme.

El éxito de toda "réclame", sea en el campo del comercio o en el de la política, supone una acción perseverante y la constante uniformidad de su aplicación. Al cabo de cuatro años y medio estalló en Alemania una revolución cuyo lema provenía de la propaganda de guerra enemiga.

Inglaterra se había percatado de algo más al considerar que el éxito del arma espiritual de la propaganda, dependía de la magnitud de su empleo y que ese éxito compensaba plenamente todo esfuerzo económico.

La propaganda era considerada allí como un arma de primer orden, en tanto que entre nosotros no significaba otra cosa que el último mendrugo para políticos sin situación o bien la posibilidad de un puestecillo de retaguardia para héroes modestos.

Por eso, en conjunto, el resultado de la propaganda alemana de guerra fue igual a cero.

CAPÍTULO SÉPTIMO: LA REVOLUCIÓN

En el verano de 1915 cayeron sobre nuestras líneas los primeros manifiestos lanzados por aviadores enemigos.

A parte de algunas variaciones en la forma de su redacción, el contenido era siempre el mismo: Que la miseria en Alemania aumentaba a diario; que la guerra duraría indefinidamente y que las posibilidades del triunfo para Alemania eran cada vez menores; que el pueblo alemán anhelaba por eso la paz, siendo sólo el "militarismo" y el "Kaiser" los que se oponían a ello; que el mundo entero, bien informado de estos antecedentes, no hacía la guerra propiamente contra el pueblo alemán, sino exclusivamente contra el único culpable: El Emperador Guillermo II; que la lucha no terminaría hasta que este enemigo de la humanidad pacífica hubiera sido eliminado, pero que las naciones libres y democráticas acogerían, después de la guerra, al pueblo alemán en el seno de la Liga de la paz mundial, al cual quedaría asegurada en el momento en que el "militarismo" prusiano fuera destruido, etc, etc.

En general tales experimentos provocaban por entonces sólo hilaridad entre nosotros.

Pronto debió llamarnos especialmente la atención uno de los aspectos de esa propaganda.

Era el hecho de que en cada sector del frente donde actuaban bávaros, los volantes enemigos instigaban sistemáticamente contra Prusia, afirmando, por una parte, que Prusia era la única culpable y responsable de la guerra, y por otra, que contra Baviera precisamente no existía la más mínima animadversión; pero que, claro, era imposible prestarle ayuda, mientras estuviese al servicio del militarismo prusiano, sacando para este las castañas del fuego.

Ya en 1915 comenzó a producir ciertos resultados esa forma de influenciación. La excitación contra Prusia se hizo visible entre la tropa, sin que desde las esferas comandantes se dejase sentir una contracción eficaz.

A partir de 1916 la propaganda enemiga obtuvo éxitos manifiestos; asimismo las cartas quejumbrosas

que venían desde los hogares, hacía tiempo que surtían su efecto.

Sugestivas revelaciones se hicieron notorias desde aquel año. Los combatientes protestaban y “refunfuñaban”, mostraban su descontento sobre muchos aspectos y hasta se exacerbaban con razón. Mientras ellos en el frente sufrían hambre y privaciones y los suyos en el hogar soportaban todo género de miserias, en otras partes reinaba la abundancia y la disipación.

Evidentemente que incluso en el mismo teatro de operaciones no todo andaba en orden. Pero con todo, estas cosas no dejaban de ser cuestiones de orden “interno”. El mismo soldado que minutos antes vituperaba y gruñía, cumplía luego silenciosamente su deber, y la misma compañía que había mostrado su descontento, se aferraba después a la trinchera que tenía que defender, como si el futuro de Alemania hubiese dependido de aquellos cien metros de barrosas zanjas. ¡Ese era todavía el frente del viejo y glorioso ejército de héroes!

Los últimos días de Septiembre de 1916 mi división entró a actuar en la batalla del Somme. Para nosotros fue esta la primera de las monstruosas batallas de material que debieron seguir y cuya impresión muy difícilmente se puede describir – aquello era más infierno que guerra.

El 7 de Octubre caí herido.

Habían transcurrido dos años desde la última vez que estuve en la patria, un lapso infinitamente largo bajo los rigores de la guerra. A medida que nuestro tren se aproximaba a la frontera cada uno de nosotros sentía una profunda inquietud interior.

Fui enviado al hospital militar de Beelitz, cerca de Berlín, ¡Qué cambio! Del barro de la batalla del Somme a las blancas camas de aquel maravilloso edificio.

Desgraciadamente este ambiente debió serme también nuevo en otro sentido. El espíritu inquebrantable del ejército en el frente parecía no tener ya cabida allí. En este lugar oí por primera vez algo que se desconocía en el frente: La ponderación de la propia cobardía.

Restablecido, en cuanto pude caminar, se me dio permiso para trasladarme a Berlín.

Pobreza amarga se revelaba en todas partes. La ciudad de los millones padecía hambre.

Dominaba el descontento. En los sitios frecuentados por soldados el estado de ánimo era parecido al que reinaba en el hospital. Se recibía la impresión de que aquellos elementos buscaban deliberadamente esos lugares para propagar su pesimismo.

Aún mucho más decepcionantes eran las circunstancias de Munich. Creí no volver a reconocer aquella ciudad cuando después de abandonar el hospital de Beelitz, fui allí destinado a un batallón de reserva. Por doquier: Malhumor, decaimiento, vituperios. Hasta en el mismo batallón se notaba una depresión profunda. Contribuía a ello el trato demasiado torpe que se daba a los evacuados por parte de viejos oficiales instructores, que jamás habían estado en el frente y que por lo mismo sólo muy relativamente eran capaces de armonizar con los combatientes veteranos, que poseían ciertas particularidades adquiridas durante su permanencia en el teatro de la guerra, que resultaban incompresibles para los jefes de la tropa de reserva. Contrariamente, era natural que el oficial venido del frente mereciese por parte de esa tropa mayor respeto que un comandante de etapas. Pero aún prescindiendo de todo esto, el estado general de ánimo era miserable: El emboscarse se consideraba casi como una prueba de inteligencia superior, en cambio, la firme lealtad como una característica de debilidad moral o de estupidez. Las oficinas estaban ocupadas por elementos judíos; casi todo amanuense era un judío y todo judío un amanuense. Me asombraba ver aquí tantos “combatientes” del pueblo elegido y no podía menos que comparar su número con los escasos representantes que de ellos había en el frente.

En el aspecto económico, la situación era todavía peor, pues ahí es donde el elemento judío había llegado

a hacerse realmente “indispensable”.

Mientras el judío esquilmaba a toda la nación y la sojuzgaba, se agitaba al pueblo bávaro contra los “prusianos”. Yo veía en esa agitación la más genial artimaña del judío para desviar la atención general concentrada sobre su persona.

La maldita discordia existente entre los Estados federales del Reich se me había hecho insoportable y me sentía dichoso ante la idea de volver al frente de batalla, para lo cual ya al llegar a Munich había presentado mi solicitud.

A principios de Marzo de 1917 me encontraba nuevamente en mi regimiento.

***

La depresión reinante en el ejército parecía haber alcanzado su punto culminante a fines de 1917. Después del desastre ruso, todo el ejército cobró nuevos bríos y nuevas esperanzas; pero ante todo la derrota italiana ocurrida en el otoño de ese año, provocó un maravilloso efecto, pues en esa victoria nuestra, pudo verse una prueba de la posibilidad de romper también la resistencia enemiga no sólo en el frente ruso. Otra vez una fe grandiosa invadió los corazones de millones de hombres y así, llenos de confianza, esperábamos la primavera de 1918.

Pero mientras en el teatro de operaciones se hacían los últimos preparativos para poner término a la eterna lucha; mientras inacabables convoyes, transportando hombres y material bélico, se dirigían hacia el frente occidental y cuando, en fin, las tropas recibían instrucciones para la gran ofensiva, debió producirse en Alemania la mayor de las iniquidades de toda la guerra.

¡Se había organizado la huelga de municiones!

Cierto es que esta huelga no alcanzó el éxito anhelado, al tratarse del encarecimiento de elementos bélicos en el frente, porque estalló prematuramente, de suerte que la falta de municiones no fue tan grande como para poder llevar al ejército a la ruina tal como lo previera el plan de los organizadores. Mucho más desastroso, en cambio, fue el efecto moral que causó.

Había que preguntarse, primero: ¿Por qué el ejército seguía luchando si es que el pueblo mismo no quería la victoria? ¿A qué conducían entonces los enormes sacrificios y las privaciones?

El soldado peleaba por la victoria, y el país le oponía la huelga. Y segundo: ¿Cuál fue la impresión producida en el ánimo del enemigo?

En el invierno de 1917-1918 aparecieron por primera vez nubarrones en el firmamento del mundo aliado. El miedo, el horror, se había infiltrado en el ánimo de los combatientes adversarios, fanáticamente convencidos hasta aquel momento. Se temía la primavera venidera. Porque si hasta aquel momento no se había conseguido romper la resistencia alemana concentrada sólo parcialmente en el frente occidental, ¿cómo contar con la victoria ahora que parecía acumularse para la ofensiva en ese frente, toda la energía guerrera de la nación asombrosamente heroica?

En tales circunstancias estalló la guerra en Alemania.

El mundo quedó estupefacto en el primer momento, pero enseguida, como librándose de una pesadilla, la propaganda anti-alemana se lanzó a explotar aquella ventaja en la hora suprema. Súbitamente se había encontrado el recurso capaz de levantar el ánimo deprimido de las tropas aliadas. De nada les servirá a los alemanes –se decía- obtener cuantas victorias quiera, puesto que en su país no habrá de ser el ejército vencedor quien haga su entrada triunfal, sino la revolución

Esta es la creencia que comenzó a inculcar en el alma de sus lectores la prensa inglesa, francesa y americana, mientras la acción de una habilísima propaganda levantaba la moral de las tropas en el frente.

Este fue el resultado de la huelga de municiones que, en los pueblos enemigos, reconfortó la fe en la victoria eliminando a su vez la desesperación enervante que cundía en el frente aliado y haciendo, en consecuencia, que miles de soldados alemanes tuvieran que pagar aquel error del pueblo con el tributo de su sangre. Los promotores de tan infame huelga fueron luego nada menos que los aspirantes a los más altos cargos públicos en la inmediata Alemania de la revolución.

***

Había tenido la suerte de poder tomar parte en las dos primeras y en la última de las ofensivas del ejército en el frente occidental.

De ellas conservo las más hondas impresiones de mi vida, hondas precisamente porque en 1918 por última vez la lucha perdía su carácter defensivo para trocarse en acción de ataque, como al comienzo de la guerra en 1914.

***

En el verano de 1918 se notaba una pesada atmósfera en todo el frente. La discordia reinaba en la patria. ¿Y por qué? Múltiples rumores circulaban en los diversos sectores de las tropas del ejército en campaña. Se decía que ya la guerra no tenía más perspectivas y que sólo los locos podían confiar todavía en la victoria; que el pueblo alemán no tenía ya interés en mantener la resistencia y que únicamente los capitalistas y la monarquía estaban interesados en ello. Todo esto venía desde la patria y era comentado en el frente.

Al principio los combatientes reaccionaron aunque débilmente ante aquella propaganda. ¿Qué nos importaba el sufragio universal? ¿Acaso para eso habíamos luchado durante cuatro largos años?

Los probados elementos del frente de batalla eran muy poco susceptibles de adaptarse a la nueva finalidad de guerra que predicaban los señores Ebert, Scheidemann, Barth, Liebknecht y otros. No podía comprenderse cómo de un momento a otro los emboscados resultaban con derecho a atribuirse, por encima del ejército, la hegemonía del Estado.

Mi punto de vista personal fue firme desde el primer momento; odiaba profundamente a toda esa caterva de miserables y defraudadores políticos partidistas. Hacía mucho tiempo que veía claramente que la obra de esa camada de individuos no buscaba en realidad el bienestar de la nación, sino simplemente el propósito de llenar sus bolsillos vacíos. Y el hecho de que ellos fuesen capaces de sacrificar a todo el pueblo y si era necesario llevar también a Alemania a la ruina, hizo que los considerase ya desde entonces, maduros para la horca. Ceder ante sus deseos implicaba sacrificar los intereses del pueblo trabajador en provecho de un grupo de timadores, y satisfacerlos, sólo era posible al precio de renunciar a Alemania. Así pensaba – como yo- la gran mayoría del ejército en campaña.

En Agosto y Septiembre aumentaron rápidamente los síntomas de disociación, a pesar de que el efecto de la ofensiva enemiga no podía compararse jamás con el horror de las batallas de nuestra acción defensiva de otros tiempos. Las batallas del Somme y de Flandes han quedado en este orden como algo sin precedentes para la posteridad.

A fines de Septiembre, mi división volvió a ocupar por tercera vez las mismas posiciones que otrora asaltáramos con nuestros jóvenes regimientos de voluntarios.

¡Qué de recuerdos!

Ahora, en el otoño de 1918, los hombres habían cambiado: Se hacía política entre la tropa.

El veneno que venía de la retaguardia, comenzó a hacer también aquí, como en todas partes, su ponzoñoso efecto. Las nuevas reservas fracasaron completamente - ¡venían de la retaguardia!

En la noche del 13 al 14 de Octubre los ingleses empezaron a lanzar granadas de gas en el frente sur del sector Ypres. Empleaban el gas "cruz amarilla" cuyos efectos no nos eran todavía conocidos por propia experiencia. Yo debí, pues, aquella noche experimentarlos también. Hacía la media noche ya una parte de nuestra tropa quedó inutilizada y algunos camaradas malogrados para siempre. Al amanecer, también yo fui presa de terribles dolores que de cuarto en cuarto de hora se hacían más intensos. A las 7 de la mañana, tropezando y tambaleándome me dirigía hacia la retaguardia llevando aun mi último parte de guerra del campo de batalla.

Algunas horas más tarde mis ojos estaban convertidos en ascuas y las tinieblas dominaban en torno mío.

En estas condiciones se me trasladó al hospital de Pasewalk, en Pomeramia, donde debía pasar la época de la revolución.

Rumores desfavorables venían a menudo desde los círculos de la marina, donde se decía que fermentaban los ánimos. Pero todo esto me parecía ser más el producto de la fantasía de unos cuantos, que un asunto de trascendencia. Bien es cierto que en el hospital mismo todo el mundo hablaba de una ansiada pronta conclusión de la guerra, pero nadie imaginaba que esa conclusión habría de producirse de improviso. Yo estaba imposibilitado de leer periódicos.

En el mes de Noviembre aumentó la efervescencia general.

Y un día la catástrofe irrumpió bruscamente. Los marinos llegaron en camiones, proclamando la revolución. Unos cuantos mozalbetes judíos, eran los cabecillas de esta lucha por la "libertad, la belleza y la dignidad" de la existencia de nuestro pueblo. ¡Ni uno solo de ellos había estado en la línea de fuego!

Mi salud había experimentado mejoría en la última temporada. El dolor punzante en las cavidades de los ojos fue desapareciendo y poco a poco puede volver a distinguir vagamente los contornos de los objetos. Me alentaba la confianza de recobrar la vista, pensando que por lo menos quedaría habilitado para ejercer alguna profesión. Naturalmente había perdido la esperanza de poder algún día volver a dibujar como en los años de mi juventud. Estaba, pues, en vías de restablecimiento cuando ocurrió aquello tan horrible.

El 10 de Noviembre vino el Pastor del Hospital para dirigirnos algunas palabras; fue entonces cuando lo supimos todo. El venerable anciano parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern había dejado de llevar la corona imperial alemana y que el Reich se había erigido en "república". Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda, que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a la merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones; que el armisticio debía ser aceptado confiando en la generosidad de nuestros enemigos de antes, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas.

Desde el día en que me vi ante la tumba de mi madre, no había llorado jamás. Cuando en mi juventud el destino me golpeaba despiadadamente, mi espíritu se reconfortaba; cuando en los largos años de la guerra, la muerte arrebataba de mi lado a compañeros y camaradas queridos, habría parecido casi un pecado el sollozar ¡morían por Alemania! Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas deslizándose imperceptiblemente, comenzara a corroer mis ojos y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista, estuviera a punto de desesperar –la voz de la conciencia clamó en mí: ¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más que tú? Y mudo soporté mi destino. Pero ahora era diferente, porque ¡todo sufrimiento material desaparecía ante la desgracia de la patria!

Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed, durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre

las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿Acaso habían muerto para eso los soldados de Agosto y Septiembre de 1914 y luego seguido su ejemplo, en aquel mismo otoño, los bravos regimientos de jóvenes voluntarios? ¿Acaso para eso cayeron en la tierra de Flandes aquellos muchachos de 17 años? ¿Pudo haber sido la razón de ser del sacrificio ofrendado a la patria por las madres alemanas, cuando con el corazón sangrante despedían a sus más queridos hijos, para jamás volverlos a ver? ¿Debió suceder todo esto para que ahora un montón de miserables se apoderase de la patria?

Cuanto más me empeñaba, en aquella hora, por encontrar una explicación para el fenómeno operado, tanto más me ruborizaban la vergüenza y la indignación. ¿Qué significaba para mí todo el tormento físico en comparación de la tragedia nacional?

Los que siguieron fueron días de horrible incertidumbre y noches peores todavía –sabía que todo estaba perdido. Confiar en la generosidad del enemigo podía ser solamente cosa de locos o bien de embusteros o criminales. Durante aquellas vigilias germinó en mí el odio contra los promotores del desastre.

Guillermo II había sido el primero que, como emperador alemán, tendiera la mano conciliadora a los dirigentes del marxismo, sin darse cuenta de que los villanos no saben del honor. Mientras en su diestra tenían la mano del Emperador con la izquierda buscaban el puñal.

Con los judíos no caben compromisos; para tratar con ellos no hay sino un "sí" o un "no" rotundos. ¡Había decidido dedicarme a la política!

CAPÍTULO OCTAVO: LA INICIACIÓN DE MI ACTIVIDAD POLÍTICA

A fines de Noviembre de 1918 me trasladé a Munich para incorporarme de nuevo al batallón de reserva de mi regimiento, que ahora estaba sometido al "Consejo de soldados". Allí el ambiente me fue tan repugnante que opté por retirarme cuanto antes. En compañía de un leal camarada de guerra, Schmiedt Ernst, fui a Trauenstein y permanecí allí hasta la disolución del campamento.

En Marzo de 1919 volvimos a Munich.

La situación en esta ciudad se había hecho insostenible y tendía irresistiblemente a la prosecución del movimiento revolucionario. La muerte de Eisner precipitó los acontecimientos y acabó por establecerse una pasajera dictadura soviética, mejor dicho una hegemonía judaica, tal como la habían soñado, en sus orígenes, los promotores de la revolución Durante esta época infinidad de planes pasaron por mi mente.

En el curso de la nueva dictadura muy pronto mi actuación me valió la mala voluntad del Consejo Central. En efecto, en la mañana del 27 de Abril de 1919 debí ser apresado, pero los tres sujetos encargados de cumplir la orden no tuvieron suficiente valor ante mi carabina preparada, y se marcharon como habían venido.

Pocos días después de la liberación de Munich fui destinado a la comisión investigadora de los sucesos revolucionarios del regimiento 2 de infantería.

Esta fue mi primera actuación de carácter más o menos político.

Algunas semanas más tarde, recibí la orden de tomar parte en un curso para los componentes de la institución armada. En este curso el soldado debía adquirir ciertos fundamentos inherentes a la concepción ciudadana. Para mí tuvo esta organización la importancia de brindarme la oportunidad de conocer a algunos camaradas que pensaban como yo y con los cuales pude cambiar detenidamente ideas sobre la situación reinante. Todos sin excepción participábamos del firme convencimiento de que no serían los partidos del crimen novembrino, es decir, el partido del Centro y el socialdemócrata los que salvarían a Alemania de la ruina inminente; por otra parte sabíamos también que las llamadas asociaciones "burgo-nacionales" jamás serían capaces de reparar, aún animadas de la mejor voluntad, lo ya sucedido.

De ahí que en nuestro pequeño círculo surgiese la idea de formar un nuevo partido. Los principios que entonces nos inspiraron fueron los mismos que más tarde iban a aplicarse prácticamente en la organización del "Partido Obrero Alemán". El nombre del movimiento que se iba a crear debía ofrecer desde un principio la posibilidad de acercamiento a la gran masa, pues faltando esta condición, toda labor resultaría infructuosa y sin objeto. Así es como nos vino a la mente el nombre de "partido social-revolucionario" y esto porque las tendencias de la nueva organización significaban realmente una revolución social.

La causa fundamental radicaba sin embargo en lo siguiente: Si bien ya en otros tiempos me había ocupado del estudio de problemas económicos, mi interés por estos quedó circunscrito sólo a los límites que corresponden al análisis de la cuestión social en sí. Poco después se amplió este marco gracias al examen que hice de la política aliancista del Reich que, en buena parte, era el resultado de una errónea apreciación de la económica nacional, así como de la falta de un cálculo claro sobre las posibles condiciones básicas de la subsistencia del pueblo alemán en el futuro. Todas estas ideas descansaban sobre el criterio de que en todo caso el capital no era más que el resultado del trabajo y que por eso éste se hallaba sometido, como el trabajo mismo, a las fluctuaciones de todos aquellos factores que fomentan o dificultan la actividad humana. Se pensaba que justamente en esto estribaba la importancia nacional del capital el cual, a su vez, dependía tan enteramente de la grandeza, de la autonomía y del poder del Estado, es decir, de la nación, que esa sola subordinación del capital a un Estado soberano y libre, obligaría al capital a actuar por su parte a favor de esa soberanía, poder, capacidad, etc., de la nación.

Bajo estas condiciones era relativamente sencilla y fácil la misión del Estado con respecto al capital: Se debía cuidar únicamente de que éste se mantuviera al servicio del Estado y no pretendiese convertirse en el amo de la nación. Este modo de pensar podía circunscribirse entre dos límites; por una parte fomentar una economía nacional, vital y autónoma y por otra garantizar los derechos sociales del obrero.

Al principio no había podido yo distinguir con la claridad deseada la diferencia existente entre el capital propiamente dicho, resultado del trabajo productivo, y aquel capital cuya existencia y naturaleza descansan exclusivamente en la especulación. Me hacía falta, pues, una sugestión inicial que aún no había llegado hasta mí.

Esta sugestión la recibí al fin y muy amplia, gracias a uno de los varios conferenciantes que actuaron en el ya mencionado curso del regimiento 2 de infantería: Gottfried Feder.

Después de escuchar la primera conferencia de Feder, quedé convencido de haber encontrado la clave de una de las premisas esenciales para la fundación de un nuevo partido.

***

En mi concepto, el mérito de Feder consistía en haber sabido precisar rotundamente el carácter tanto especulativo como económico del capital bancario y el de la Bolsa, y de haber, a su vez puesto en descubierto la eterna condición de su razón de ser: El interés porcentual. Las exposiciones de Feder eran tan ajustadas a la verdad en los problemas fundamentales, que sus críticos impugnaban menos la exactitud teórica de la idea, que la posibilidad de su aplicación teórica.

No es tarea del teorizante establecer el grado posible de realización de una idea, sino saber exponer esta misma idea; es decir que el teorizante tiene que preocuparse menos del camino a seguir que de la finalidad perseguida. Lo decisivo es, pues, la exactitud de una idea en principio y no la dificultad que ofrezca su realización. El teorizante de un movimiento ideológico puntualiza la finalidad de éste; el político aspira a realizarla. El primero se subordina en su modo de pensar a la verdad eterna, en tanto que el segundo somete su manera de obrar a la realidad práctica. En la primera conferencia de Gottfried Feder sobre la "abolición de la esclavitud del interés" me di cuenta inmediatamente de que se trataba de una verdad teórica de trascendental importancia para el futuro del pueblo alemán. La separación radical entre el capital bursátil y la economía nacional, ofrecía la posibilidad de oponerse a la internacionalización de la economía alemana, sin comprometer al mismo tiempo, en la lucha contra el capital, la base de una autónoma conservación nacional. Yo presentía demasiado claro el desarrollo de Alemania, para no saber que la lucha más intensa no debía ya dirigirse contra los pueblos enemigos, sino contra el capital internacional. En las palabras de Feder descubrí un lema grandioso para esa lucha del porvenir. El curso de acontecimientos ulteriores debió encargarse de probarnos cuán cierta fue nuestra previsión de aquel tiempo. Los iluminados entre nuestros políticos burgueses ya han dejado de burlarse de nosotros; ellos mismos ven hoy –siempre que no se trate de deliberados falseadores de la verdad- que el capitalismo internacional de la Bolsa no sólo fue el mayor instigador de la guerra, sino que también ahora, en la post-guerra, no cesa en su empeño de hacer de la paz un infierno. Para mí y para todos los verdaderos nacionalsocialistas no existe más que una doctrina: La de nacionalidad y patria.

EL OBJETIVO POR EL CUAL TENEMOS QUE LUCHAR ES EL DE ASEGURAR LA EXISTENCIA Y EL INCREMENTO DE NUESTRA RAZA Y DE NUESTRO PUEBLO; EL SUSTENTO DE SUS HIJOS Y LA CONSERVACIÓN DE LA PUREZA DE SU SANGRE; LA LIBERTAD Y LA INDEPENDENCIA DE LA PATRIA, PARA QUE NUESTRO PUEBLO PUEDA LLEGAR A CUMPLIR LA MISIÓN QUE EL SUPREMO CREADOR LE TIENE RESERVADA.

Nuevamente comencé a asimilar conocimientos y llegué a penetrar el contenido de la obra del judío Karl Marx en el curso de su vida. Su libro "El Capital" empezó a hacérseme comprensible y asimismo, la lucha de la socialdemocracia contra la economía nacional, lucha que no persigue otro objetivo que preparar el terreno para la hegemonía del capitalismo internacional.

***

Aún en otro sentido fueron estos cursos de gran trascendencia para mí.

Cierto día tomé parte en la discusión, refutando a uno de los concurrentes que se carecía obligado a argumentar largamente a favor de los judíos. La gran mayoría de los miembros presentes del curso aprobó mi punto de vista. El resultado fue que días después se me destinó a un regimiento de guarnición de Munich con el carácter de "oficial instructor".

La disciplina de la tropa en aquel tiempo dejaba aún mucho que desear. Se dejaban sentir todavía las consecuencias de la época de desmoralización del “Consejo de soldados”. Sólo paulatina y cuidadosamente se podía volver a inculcar disciplina militar y subordinación, en lugar de “voluntaria” obediencia –como graciosamente se solía llamar en la época de pocilga de Kurt Eisner, La tropa debía aprender a pensar y sentir nacional y patrióticamente. Tal era la orientación en mi nuevo campo de actividad. Comencé mi labor con entusiasmo y cariño.

Y tuve éxito: En el curso de mis conferencias, pude volver a inducir por el camino de su pueblo y de su patria, a muchos cientos, quizá miles de camaradas. “Nacionalicé” la tropa y así me fue dado consolidar en general el espíritu de disciplina. También aquí tuve un grupo de camaradas adictos a mis ideas que más tarde debieron ayudarme a cimentar las bases del nuevo movimiento.

CAPÍTULO NOVENO: EL PARTIDO OBRERO ALEMÁN

Cierto día recibí de mi superior la orden de investigar la realidad del funcionamiento de una organización de apariencia política que, bajo el nombre de “Partido Obrero Alemán”, tenía el propósito de celebrar una asamblea en aquellos días inmediatos y en la cual iba a hablar Gottfried Feder. Se me dijo que yo debía constituirme allí, para después dar un informe acerca de aquella organización.

Más que explicable era la curiosidad que en el ejército se sentía entonces por todo lo relacionado con los partidos políticos. La revolución le había concedido al soldado el derecho a actuar en política, derecho del cual se servían en mayor escala precisamente los menos expertos.

Tan pronto como el partido del Centro y la Socialdemocracia llegaron a darse cuenta, con profundo pesar suyo por cierto, de que las simpatías del soldado, alejándose de los partidos revolucionarios, comenzaban a inclinarse hacia el movimiento de restauración nacional, surgió para ellos la conveniencia de abrogar ese derecho y prohibirle a la tropa toda actividad política.

La burguesía, realmente afectada de debilidad senil, creía en serio que el ejército volvería a ser lo que fue, esto es, un baluarte de la capacidad defensiva alemana, en tanto que el partido del Centro y el marxismo pensaban que era preciso romper al ejército el peligroso diente del “veneno nacional”. Empero, un ejército falto de espíritu nacional, queda eternamente reducido a la condición de una fuerza de policía que no representa una tropa capaz de enfrentarse con el enemigo.

Me decidí pues a visitar la ya mencionada asamblea del “Partido Obrero Alemán”, que hasta entonces me era totalmente desconocido.

Cuando Feder concluyó su conferencia en la asamblea, yo ya había observado bastante y me disponía a marcharme, pero en esto me indujo a quedarme el anuncio de que habría tribuna libre. Al principio la discusión parecía sin importancia, hasta que de pronto un “profesor” tomó la palabra para criticar los fundamentos de la tesis de Feder, acabando –después de una enérgica réplica de Feder- por situarse en el “terreno de las realidades” y recomendar encarecidamente al nuevo partido, como punto capital de su programa, la lucha de Baviera para su “separación” de Prusia. Con desvergonzado aplomo afirmaba aquel hombre que en tales circunstancias la parte germana de Austria se adheriría inmediatamente a Baviera; que las condiciones de paz impuestas por los Aliados serían mejores y otros absurdos más.

No pude por menos de tomar también la palabra para dejarle oír al “sesudo” profesor mi opinión sobre este punto, con el resultado de que antes de que yo concluyese de hablar, mi interlocutor abandonó el local como perro escaldado que huye del agua fría.

No había aún transcurrido una semana cuando con gran sorpresa mía, recibí una tarjeta en que se me anunciaba haber sido admitido en el partido obrero alemán y que para dar mi respuesta se me instaba a concurrir el miércoles próximo a una reunión del comité del partido.

Ciertamente me sentí bastante asombrado de ese procedimiento de “ganar” prosélitos y no supe si tal cosa debía causarme enfado o provocarme hilaridad. Jamás se me había ocurrido incorporarme a un partido ya formado, puesto que yo mismo anhelaba fundar uno propio.

Estuve a punto de comunicarles por escrito mi negativa, pero triunfó en mí la curiosidad y así me decidí a presentarme el día indicado para exponer personalmente mis razones.

Y llegó el miércoles. El local donde debía realizarse la anunciada reunión era el paupérrimo restaurante “Das Alte Rosenbad”, situado en la Herrnstrasse. Bajo la media luz que proyectaba una vieja lámpara de gas se hallaban sentados en torno a una mesa cuatro hombres jóvenes.

Quedé sorprendidos cuando se me informó de que el “presidente del partido para todo el Reich” vendría

enseguida y que por este motivo se me insinuaba retardar mi exposición. Al fin llegó el esperado presidente; era el mismo que presidió la asamblea en ocasión de la conferencia de Feder.

Entretanto mi curiosidad había vuelto a subir de punto y esperaba impaciente el desenvolvimiento de la reunión. Previamente me fueron dados a conocer los nombres de los concurrentes; el presidente de la "organización del Reich" era un señor Harrer, el de la organización local de Munich, Antón Drexler. Luego se procedió a la lectura del protocolo de la última sesión y se le ratificó la confianza al secretario. Después se pasó a discutir la aceptación de nuevos miembros, es decir, que debía deliberarse sobre el caso de la "pesca" de mi persona.

Comencé por orientarme sobre los detalles de la organización del partido, pero fuera de la enumeración de algunos postulados no había nada: Ningún programa, ni un volante de propaganda, en fin, nada impreso; se carecía de tarjetas de identificación para los miembros del partido y por último hasta de un pobre sello. En realidad, sólo se contaba con fe y buena voluntad. Desde aquel momento desapareció para mí todo motivo de hilaridad y tomé la cosa en serio.

Lo que aquellos hombres sentían lo sentía también yo: Era el ansia hacia un nuevo movimiento que fuese algo más de lo que era un partido tal como entonces indicaba, en el sentido corriente esta palabra. Me hallaba seguramente frente a la más grave cuestión de mi vida: Declarar mi adhesión o resolverme por la negativa.

Aquella risible institución, con sus contados socios, me parecía tener por los menos la ventaja de no estar petrificada como cualquier otra "organización" y de ofrecerle al individuo la posibilidad de desenvolver una actividad personal efectiva. Aquí se podía laborar y comprendí que cuanto más pequeño era el movimiento tanto más fácil resultaba encaminarlo bien. Además, en este círculo se podía precisar el carácter, la finalidad y el método, cosa en principio, impracticable tratándose de los partidos grandes.

Juntamente con mis reflexiones creció en mí la convicción de que podía precisamente de un pequeño movimiento como aquél podía surgir un día la obra de la restauración nacional –pero jamás de los partidos parlamentarios, aferrados a viejas concepciones o de los otros que participaban de las granjerías del nuevo régimen de gobierno. Porque lo que aquí debía proclamarse era una nueva ideología y no un nuevo lema electoral.

Me hice pues miembro del Partido Obrero Alemán y obtuve un carné provisional marcado con el número 7.

CAPÍTULO DÉCIMO: LAS CAUSAS DEL DESASTRE

La fundación del Reich pareció aureolada por la grandiosidad de un acontecimiento que exaltó a la nación entera. Después de una seria incomparable de victorias y como premio al heroísmo inmortal surgió al fin –para los hijos y los nietos- la realidad de un Reich.

¡Que apogeo comenzó entonces!

La independencia exterior aseguraba el pan cotidiano en el interior. La nación había alcanzado ingentes bienes materiales y la dignidad del Estado y con él, la del pueblo todo, se hallaba resguardada y garantizada por un ejército.

Tan profunda es ahora la caída que afecta al Reich y al pueblo alemán, que todo el mundo –como dominado por el vértigo, da en el primer momento la impresión de haber perdido los sentidos y el entendimiento. Apenas si es posible rememorar lo que fue el alto nivel de antes, tan brumosos de ensueño y casi irreales parecen ahora la grandeza y el esplendor de aquellos tiempos, comparados con la miseria de hoy.

Sólo así se explica también que, cegados por lo que fue aquel apogeo, se hubiesen olvidado de buscar los

síntomas del formidable desastre que ya antes debieron haber existido latentes en alguna forma. Es indudable que esos síntomas existieron realmente. Sin embargo, muy pocos trataron de deducir una cierta enseñanza de ese estado de cosas.

Por cierto que suele verse y descubrirse más fácilmente el síntoma externo de una enfermedad que la causa interna de la misma. De ahí que aún hoy la mayoría de nosotros vea principalmente la causa del desastre alemán en la crisis económica general y sus consecuencias que afectan personalmente a casi todos; razón ésta de peso para que cada uno se haga idea de la magnitud de la catástrofe. La gran masa sabe aquilatar todavía mucho menos la trascendencia político-cultural y moral del desastre. Y aquí es donde para muchos se anulan por completo la sensibilidad y la razón.

Que esto ocurra en la gran masa es al fin comprensible, pero que también los círculos intelectuales consideren el desastre alemán primordialmente como una "catástrofe económica" y que, en consecuencia, esperen de la economía el saneamiento nacional, es una de las causas que ha impedido hasta el presente la realidad de un resurgimiento. Sólo cuando se llegue a comprender que, también en este caso, a la economía le corresponde únicamente un papel secundario, en tanto que factores políticos y de orden moral y racial tienen que considerarse como primordiales, podrá penetrarse el origen de la calamidad actual y con ello encontrar los medios y la orientación conducentes al saneamiento de la nación.

La explicación más sencilla y por lo mismo la mayormente difundida consiste en afirmar que la guerra perdida constituye la razón de toda la desgracia reinante.

Frente a esta aseveración se debe establecer lo siguiente: Si bien es cierto que el haber perdido la guerra fue de terrible trascendencia para el futuro de nuestra patria, ese echo por sí solo no es una causa, sin a su vez la consecuencia de una serie de causas.

Que el desgraciado fin de esa lucha sangrienta debió conducir a resultados desastrosos, era cosa perfectamente clara para todo espíritu perspicaz y exento de malevolencia.

Lamentablemente hubieron hombres a quienes pareció faltarles esa perspicacia en el momento dado y otros que, contrariando su propia convicción, pusieron esta verdad en duda y la negaron.

Estos últimos fueron en su mayoría aquellos que al ver cumplido su secreto anhelo debieron darse cuenta bruscamente de que ellos mismos habían contribuido a aquello que en aquel momento era la catástrofe. Ellos pues y no la perdida guerra son los culpables del desastre. En efecto, el haber perdido la guerra no fue más que el resultado de los manejos de aquellas gentes y no, como quieren afirmar ahora, la consecuencia de un comando "deficiente". Tampoco el ejército enemigo estaba compuesto de cobardes; el adversario sabía también morir heroicamente. En número, fue superior al ejército alemán desde el primer día de la guerra y para su pertrechamiento técnico, tenía a su disposición los arsenales del orbe entero. Por consiguiente, es innegable el hecho de que las victorias alemanas obtenidas en el curso de cuatro años de lucha contra todo un mundo, se debieron, aparte del espíritu heroico y de la portentosa organización del ejército alemán, exclusivamente a la probada capacidad de los jefes directores. Lo formidable de la organización y del comando del ejército alemán no tiene precedentes en la Historia.

El que este ejército sufriera un desastre no fue la causa de nuestra actual desgracia.

¿O es que las guerras perdidas deben ocasionar fatalmente la ruina de los pueblos que las pierden?

Brevemente se podría responder que esto es posible siempre que la derrota militar testifique la corrupción moral de un pueblo, su cobardía, su falta de carácter, en fin, su condición de indignidad. No siendo así, la derrota militar impulsará más bien a un futuro de mayor resurgimiento, en lugar de ser la lápida de la existencia nacional.

Numerosos son los ejemplos que la Historia ofrece confirmando la verdad de este aserto.

La derrota militar del pueblo alemán no fue sensiblemente una catástrofe inmerecida, sino la realidad de un castigo justificado por la ley de la eterna compensación. ¿Acaso no se hicieron en muchos círculos, en forma desvergonzada, manifestaciones de regocijo por la desgracia de la patria? ¿Y no es cierto también que hubo gente que hasta se preció de haber logrado que el ejército combatiente se doblegase? Para colmo de todo, hubo quien llegó a atribuirse a sí mismo la culpabilidad de la guerra, contrariando su propia convicción y su mejor conocimiento de causa.

¡No, rotundamente no! La manera cómo el pueblo alemán recibió su derrota, permite juzgar muy claramente que la verdadera causa de nuestro desastre radicaba en otro estado de cosas y no en la pérdida netamente militar de algunas posiciones o el fracaso de una ofensiva; porque si realmente el ejército combatiente hubiese cedido y hubiese ocasionado con esto la desgracia de la patria, el pueblo alemán habría recibido la derrota de modo muy diferente.

Entonces el infortunio que vino lo habríamos soportado apretando los dientes, o bien quejándonos dominados por el dolor. El furor y cólera habrían llenado los corazones contra el adversario convertido en vencedor por el azar de la suerte o por la voluntad del Destino. En tales circunstancias no se habría reído ni bailado; nadie se habría atrevido a ponderar la cobardía ni a glorificar la derrota; nadie se habría mofado de las tropas combatientes ni deshonrado sus banderas y cocardas.

El desastre militar no fue en realidad otra cosa que el resultado de una serie de síntomas morbosos que ya en los tiempos de la anteguerra afligieron a la nación alemana. Esta fue la primera consecuencia catastrófica, visible para todos, de un envenenamiento moral y de un menoscabo del instinto de la propia conservación y de las condiciones inherentes a ella. Todo esto había comenzado a minar, ya desde años atrás, los fundamentos de la Nación y del Reich.

Fue necesaria toda la increíble ficción del judaísmo y de su organización de lucha marxista, para tratar de hacer pesar la culpabilidad de la derrota justamente sobre el hombre que con energía y voluntad sobrehumanas se empeñara en contener la catástrofe, que ya él viera venir, a fin de ahorrarle a la Patria horas de humillación y de vergüenza. Al señalar a Ludendorff como responsable de la pérdida de la guerra, se arrebató el arma del derecho moral de manos del único acusador peligroso que hubiera podido erguirse contra los traidores a la patria.

Casi es posible considerar como designio favorable para el pueblo alemán el que la época de su estado patológico latente hubiese sido bruscamente sellada con una tan terrible catástrofe; pues, en el caso contrario, la nación habría sucumbido, sin duda, lenta, pero, por lo mismo, más fatalmente. La dolencia se hubiese hecho crónica, mientras que un estado agudo como se presentó al producirse el desastre, se hizo por lo menos claramente visible a los ojos de muchos.

No fue por casualidad por lo que el hombre dominó más fácilmente la peste que la tuberculosis. La una viene en olas violentas de muerte, arrasando la humanidad; la otra en cambio se desliza lentamente; una induce al terror, la otra a una creciente indiferencia. Consecuencia lógica fue que el hombre afronte la primera con todo el máximo de sus energías, en tanto que se empeña en combatir la tuberculosis valiéndose solamente de medios débiles. Así el hombre doblegó a la peste, mientras que la tuberculosis lo domina a él. El fenómeno es el mismo al tratarse de enfermedades que afectar al organismo de un pueblo.

Verdad es que en los largos años de paz anteriores a la guerra se revelaron ciertas anomalías. Habían muchos síntomas de decadencia que debieron incitar a serias reflexiones.

***

A causa del extraordinario crecimiento de la población alemana antes de la guerra, el problema de la

subsistencia se hizo cada vez más grave, ocupando el primer plano de toda orientación y de toda actividad política y económica. Desgraciadamente no fue posible decidirse por la única solución eficaz que existía sino que se creyó alcanzar la finalidad anhelada por medios más sencillos. El haber renunciado a la idea de adquirir nuevos territorios y optado por la descabellada idea de conquistar económicamente el mundo, debió conducir, a la postre, a un grado de industrialización desmedido y perjudicial.

La primera consecuencia de significación trascendental provocada por este estado de cosas fue el debilitamiento de la clase agricultora. En la misma proporción que se reducía aquella clase del pueblo, aumentaba la masa del proletariado en las ciudades, hasta quedar roto el equilibrio.

Consiguientemente, se puso también en evidencia el brusco contraste entre el pobre y el rico. La ostentación y la miseria vivían tan cerca una de otra, que las consecuencias fueron y debieron ser lógicamente muy funestas. La pobreza y el paro creciente comenzaron su siniestro juego, sembrando el descontento y la exacerbación entre las gentes. El resultado parecía ser la división política de clases y, pese al apogeo económico, de día en día fue mayor y más profundo el decaimiento moral.

Pero más grave que todo esto eran otros efectos que la preponderancia económica de la nación había traído consigo. En razón directa al hecho de que la economía había llegado a convertirse en el árbitro del Estado, el factor dinero era el dios a quien todo el mundo tenía que servir doblegándose. Había empezado una terrible desmoralización, terrible porque precisamente se presentó en una época en la cual la nación necesitaba más que nunca de un espíritu heroico para afrontar la hora crítica que parecía avecinarse. Alemania debía estar dispuesta a defender un día con la espada, la tentativa que hacía de asegurar a su pueblo el pan cotidiano por medio de una "pacífica actividad económica".

La hegemonía del dinero estaba sensiblemente sancionada por aquella autoridad que era la más llamada a oponerse a ello: S.M. el Kaiser actuó infortunadamente al inducir en especial a la nobleza a que formase parte del círculo de los nuevos capitalistas. Ciertamente que en disculpa suya debe reconocerse que lamentablemente Bismark mismo no se percató del peligro que existía en ese sentido. Pero era un hecho que, con esto, el espíritu idealista fue prácticamente supeditado al poder del dinero y era claro también que las cosas una vez así encaminadas deberían en poco tiempo anteponer la nobleza de la finanza a la nobleza de la sangre.

***

La internacionalización de la economía alemana había sido iniciada ya antes de la guerra mediante el sistema de las sociedades por acciones. Menos mal que una parte de la industria alemana trató a todo trance de librarse de correr igual suerte; pero al fin tuvo que ceder también ante el ataque concentrado del capitalismo avariento que contaba con la ayuda de su más fiel asociado: El movimiento marxista.

La persistente guerra que se hacía a la industria siderúrgica de Alemania marcó el comienzo real de la internacionalización de la economía alemana tan anhelada por el marxismo que pudo colmarse con el triunfo marxista en la revolución de Noviembre de 1918. Justamente ahora que escribo estas páginas, es también cosa lograda el ataque general dirigido contra la empresa de los Ferrocarriles del Reich que pasa a manos de la finanza internacional. Con esto ha alcanzado la socialdemocracia "internacional" otro de sus importantes objetivos.

El extremo a que había llegado esa "economización" de la nación alemana, lo evidencia a todas luces el hecho de que pasada la guerra, uno de los dirigentes más caracterizados de la industria y del comercio alemanes declaró que únicamente la economía como tal, sería capaz de restablecer la posición de Alemania. Esta opinión emitida ante todo el mundo por un Stinnes ocasionó la más increíble confusión, porque con asombrosa rapidez fue tomada como lema por todos los improvisados y charlatanes "hombres

de Estado" que el destino había lanzado sobre Alemania desde el estallido de la revolución.

***

La educación alemana de la ante-guerra adolecía de muchos defectos. Tenía una orientación particularista concretada al aprendizaje puramente "teórico", dándole una importancia menor a la "práctica". Aún menos valor se le adjudicaba a la formación del carácter del individuo y mucho menos todavía a la tarea de fomentar el sentimiento de la satisfacción en la responsabilidad; finalmente, era nula la importancia dada a la educación de la voluntad y del espíritu de decisión. Los frutos de este sistema educacional no representaban realmente mentalidades fuertes, sino más bien dóciles "eruditos", como por lo general se nos consideraba a los alemanes antes de la guerra juzgándosenos según ese criterio. Al alemán se le quería porque era elemento utilizable, en cambio se le respetaba poco, debido justamente a que no poseía la suficiente entereza de carácter. No sin razón perdió, pues, el alemán, más fácilmente que cualquier súbdito de otros pueblos su nacionalidad y su patria. ¿No lo dice todo el gracioso proverbio alemán "En la mano el sombrero, se pasa por el mundo entero"?

Precisamente nefasta resultó esa docilidad al determinar también la forma única bajo la cual podía uno presentarse ante el monarca. Esa forma exigía: No contradecir jamás, sino convenir con todo lo que S.M. se dignase manifestar. Aquí es donde justamente debía revelarse la dignidad del hombre libre, pues de lo contrario la institución monárquica encontraría un día su tumba en ese servilismo. Todos los hombres rectos –y estos son sin duda los más valiosos del Estado- debieron sentir repulsión frente a un criterio tan absurdo. Porque para ellos la Historia es la historia y la Verdad es la verdad, aunque se trate de monarcas.

Es tan rara para los pueblos la suerte de reunir en una misma persona a un gran monarca y a un gran hombre, que deben darse por satisfechos cuando el destino inexorable les evita por lo menos lo peor. De esto se infiere que el valor y la significación de la idea monárquica no radican en la persona del monarca mismo, salvo en el caso de que la Providencia quiera coronar a un héroe genial como Federico el Grande o a un espíritu sabio como Guillermo I. Esto sucede una vez cada siglo y escasamente con mayor frecuencia. Por lo demás, la idea respalda a la persona, haciendo descansar la razón de ser de esa forma de gobierno en la institución misma. Pero con ello, el propio monarca queda incluido en el círculo de los servidores del Estado y no es más que una rueda en ese mecanismo al que también él está subordinado.

OTRA DE LAS CONSECUENCIAS DE NUESTRA ERRADA EDUCACIÓN DE LA ANTEGUERRA FUE EL TEMOR A LA RESPONSABILIDAD Y LA CONSIGUIENTE FALTA DE ENTEREZA PARA ABORDAR PROBLEMAS VITALES. BIEN ES VERDAD QUE EL PUNTO DE PARTIDA DE ESTE DEFECTO RADICA ENTRE NOSOTROS, EN GRAN PARTE, EN LA INSTITUCIÓN PARLAMENTARIA.

En los círculos periodísticos se suele llamar a la Prensa el "gran poder" en el Estado.

Evidentemente su significación es extraordinaria y jamás podrá ser bastante apreciada. Es, pues, la prensa, el factor que continúa obrando en el proceso educativo del adulto. En términos generales, tres son los grupos en que se podría dividir el público lector de periódicos.

1º Los crédulos que admiten todo lo que leen.

2º Aquellos que ya no creen en nada.

3º Los espíritus críticos, que analizan lo leído y saben juzgar.

Numéricamente, el primer grupo es el más considerable; abarca la gran masa del pueblo y representa, por lo tanto, la clase menos intelectual de la nación. Pertenecen también a este grupo esa especie de haraganes que serían capaces de pensar pero que por pura negligencia aceptan todo lo que ya han

elaborado los demás.

El segundo es numéricamente mucho más pequeño que el anterior; está compuesto en parte de elementos que, en un principio, participaban del primer grupo y que después de funestas y amargas decepciones, optaron por cambiar diametralmente de criterio, acabando por no creer en nada de lo que leyesen. Estas gentes son muy difíciles de tratar, porque hasta frente a la verdad misma, se mostrarán siempre escépticas, resultando así elementos anulados para todo trabajo positivo.

El tercer grupo, finalmente, es el más pequeño de todos y está constituido por lectores verdaderamente inteligentes, acostumbrados a pensar con independencia por naturaleza y educación. Leen la prensa trabajando constantemente con la imaginación y animados de espíritu crítico con respecto al autor. Estos lectores gozan del aprecio de los periodistas, bien es cierto, con explicable reserva.

Naturalmente que para los componentes de este último grupo no entraña peligro alguno ni tienen trascendencia los absurdos que pueden consignarse en las columnas de un periódico. Hoy, que la cédula electoral de la masa decide situaciones, el centro de gravedad descansa precisamente en el grupo más numeroso, y éste es el primero: Un hato de ingenuos y de crédulos.

Una de las tareas primordiales del Estado y de la nación es evitar que este sector del pueblo caiga bajo la influencia de pésimos educadores, ignorantes o incluso mal intencionados. El Estado tiene por lo tanto la obligación de controlar su educación y oponerse al abuso. La prensa, ante todo, debe ser objeto de una estricta vigilancia, porque la influencia que ejerce sobre esas gentes es la más eficaz y penetrante de todas, ya que no obra transitoriamente, sino en forma permanente. En lo sistemático y en la eterna repetición de su prédica estriba el secreto de la enorme importancia que tiene. Jamás debe el Estado dejarse sugestionar por la cháchara de la llamada “libertad de prensa”. Rigurosamente y sin contemplaciones el Estado tiene que asegurarse de este poderoso medio de la educación popular y ponerlo al servicio de la nación.

¿Y cuáles eran las primicias que ofrecía a sus lectores la prensa alemana de la anteguerra?

¿No era aquel acaso el peor veneno que uno pueda imaginarse? ¿Se recuerda aún, cuan exagerado fue el pacifismo que se inyectó en el corazón de nuestro pueblo, precisamente en una época en que el resto del mundo se preparaba ya lenta, pero decididamente a estrangular a Alemania? ¿No se ridiculizaba la moral y las costumbres, tachándolas de anticuadas, hasta lograr que nuestro pueblo se “modernizara” también? ¿No fue la prensa la que en constante agresión, minaba los fundamentos de la autoridad estatal hasta el punto de que bastó un simple golpe para derrumbarlo todo?

Finalmente, ¿no fue esa misma prensa la que desacreditó al ejército mediante una crítica sistemática, saboteando el servicio militar obligatorio e instigando a negar créditos para el ramo de guerra, etc.?

La labor de la llamada prensa liberal fue obra de los sepultureros de la nación alemana y del Reich. Nada diremos de las gacetas marxistas consagradas a la mentira; para ellas la falsedad es una necesidad vital, como para el gato los ratones. Su misión se concreta a dislocar el poder racial y nacional del pueblo, para prepararlo a llevar el yugo de la esclavitud del capitalismo internacional y de sus gerentes, los judíos.

Pero, ¿qué hizo el Estado ante semejante envenenamiento colectivo de la nación? Nada, absolutamente nada. Unos ridículos decretos y algunas penas impuestas por infamias en extremo violentas. ¡He ahí todo!

La lucha de represión de los gobiernos alemanes de entonces contra aquella prensa –en su mayor parte de origen judío- que corrompía paulatinamente al pueblo, no respondía a una línea recta de conducta ni estaba respaldada por la entereza necesaria, aparte de que, sobre todo, carecía de una finalidad precisa. Se obraba sin plan ninguno, apresando a veces, durante semanas e incluso meses tan sólo alguna "víbora" periodística que había mordido ya demasiado; pero el nido mismo de los reptiles permanecía intacto.

El judío era sin embargo demasiado perspicaz para permitir que toda su prensa agrediese simultáneamente. Una parte de ella debía respaldar a la otra. En efecto, mientras los periódicos judío-marxistas se lanzaban groseramente contra todo lo que podía ser sagrado para el hombre y combatían del modo más infame al Estado y al Gobierno, instigando, en los grandes sectores del pueblo, a unos contra otros, las gacetas judías burgo-demócratas sabían cubrir la apariencia de una famosa objetividad. Esa prensa cuidaba de no emplear expresiones crudas o frases destempladas; rechazaba toda acción de violencia, apelando siempre a la lucha con armas "espirituales", una lucha que, por sarcasmo, eran justamente los menos "espirituales" los que la proclamaban.

Pero, precisamente para nuestra medianía intelectual escribe el judío su llamada "prensa de la inteligencia". Periódicos como la "Frankfurter Zeitung" y el "Berliner Tageblatt" están destinados a ese público lector; su tono se halla convenientemente regulado para ese público y sobre él ejercen su influencia. Con frases sonoras y giros pomposos saben adormecer a sus lectores e imbuirles la creencia de que su labor de prensa es realmente de índole científica o hasta si se quiere en servicio de la moral. De este modo pudo el veneno infiltrarse insensiblemente en la sangre de nuestro pueblo y obrar sin que el Estado hubiese sido capaz de dominar el mal. Las irrisorias medidas de represión adoptadas, no hicieron otra cosa que dejar traslucir la inminente decadencia del Imperio. NO HAY QUE OLVIDAR QUE UNA INSTITUCIÓN QUE YA NO TIENE LA DECISIÓN FIRME DE DEFENDER POR TODOS LOS MEDIOS SU ESTABILIDAD, HA CLAUDICADO PRÁCTICAMENTE.

***

Un ejemplo más, que pone de relieve la insuficiencia y la debilidad que caracterizaron el Gobierno alemán de la anteguerra, al tratarse de problemas vitales de la nación, es que paralelamente a la infección que sufría el pueblo, en un sentido político y moral, lo minaba desde años atrás una no menos siniestra corriente de envenenamiento orgánico.

La sífilis comenzó a propagarse en gran escala, especialmente en las ciudades populosas, mientras que la tuberculosis, por su parte, hacia su cosecha mortal en todo el país. A pesar de que en ambos casos las consecuencias eran graves para la nación, no se adoptaron medidas radicales. En particular, frente al peligro de la sífilis, la actitud del gobierno y del parlamento no puede calificarse sino como una completa capitulación. También en este caso sólo podía ser eficaz la lucha contra las causas generadoras de la enfermedad y la simple acción contra sus manifestaciones.

La causa principal de la propagación de la sífilis hay que buscarla en la prostitución del amor, cuyos resultados, aunque no condujesen a ese terrible flagelo, entrañarán siempre un grave peligro para la nación, puesto que bastan sus estragos morales para encauzar paulatina, pero irremediablemente a un pueblo hacia la ruina. Es innegable el hecho de que la población de nuestras grandes ciudades está prostituyendo más y más su vida sexual y entregándose así a la sífilis en proporción cada vez mayor. Los resultados más claramente notorios de esta infección colectiva, pueden encontrarse, por un lado, en los manicomios y por el otro, desgraciadamente – en la infancia.

La disculpa, de que tampoco otros países se hallen en mejores condiciones, mal podía modificar el hecho de la propia decadencia. Y en este caso precisamente es donde cabe preguntar: ¿Qué país será el primero, y tal vez el único, que llegue a dominar el peligro, y qué naciones en cambio serán sus victimas fatales? Tampoco este problema significa otra cosa que la piedra de toque del valor de la raza, y como el problema atañe en primer término a la descendencia, está incluido entre aquellas verdades según las cuales se dice con terrible razón que los pecados de los padres se vengan hasta la décima generación. Una verdad que se refiere exclusivamente a los crímenes contra la sangre y contra la raza.

LOS PECADOS CONTRA LA SANGRE Y LA RAZA CONSTITUYEN EL PECADO ORIGINAL DE ESTE MUNDO Y EL OCASO DE UNA HUMANIDAD VENCIDA.

Deplorable en extremo era la situación de la Alemania de la anteguerra frente a la gravedad de este problema. ¿Qué se hizo para contener la infección de nuestra juventud en las grandes ciudades? ¿Qué se hizo para contrarrestar eficazmente la prostitución y la corrupción de la vida sexual? ¿ Y qué se hizo, en fin, ante la creciente propagación sifilítica en el pueblo, resultante de ese estado de cosas?

La respuesta fluye fácil con sólo puntualizar lo que debió haberse hecho.

EN TODOS LOS CASOS, DONDE SE TRATA DE LLENAR NECESIDADES O COMETIDOS APARENTEMENTE IMPOSIBLES, SE IMPONE CONCENTRAR LA ATENCIÓN COMPLETA DE UN PUEBLO HACIA EL PROBLEMA EN CUESTIÓN, PRESENTÁNDOLO TAL COMO SI DE SU SOLUCIÓN DEPENDIESE EL SER O EL NO SER. Sólo así podrá un pueblo hacerse capaz y apto para la realización de esfuerzos y de hechos verdaderamente eminentes. Este principio tiene también su validez para el individuo en particular, siempre que aspire a grandes cometidos.

La prostitución es un oprobio para la humanidad y no se la puede destruir mediante prédicas morales o por la sola virtud de sentimientos piadosos. Su limitación y finalmente su desaparición suponen, como cuestión previa, descartar una serie de condiciones preliminares, siendo la primera de todas la de facilitar la posibilidad del matrimonio, de acuerdo con la naturaleza humana, a una edad menos tardía que en la actualidad. El grado a que ha llegado el desvarío y la incomprensión en muchas gentes de nuestros tiempos, nos prueba el hecho, no raro, de madres de la "buena sociedad" que, según dicen, se sentirían satisfechas si sus hijas tuviesen por esposos a hombres que ya se "rompieron los cuernos", etc. La descendencia será entonces el resultado palpable de esas "racionales" uniones conyugales. Si aún se tiene en cuenta que además la natalidad queda restringida a un mínimun coartando el fenómeno de la selección natural y, como por otra parte, debe cuidarse la vida incluso del más miserable ser humano, sólo queda por interrogar, ¿para qué subsiste la institución del matrimonio y con qué finalidad?

Así degeneran los pueblos civilizados precipitándose poco a poco en la ruina.

Tampoco el matrimonio puede ser considerado como un fin en sí mismo, sino que debe servir a un objetivo más elevado, cual es la multiplicación y la conservación de la especie y de la raza. Esta es su razón de ser y su misión primordial.

La importancia enorme que entraña esta cuestión debería comprenderse sobre todo en una época en que la llamada república "socialista", por su incapacidad para solucionar el problema de la vivienda, impide

sencillamente la realización de infinidad de matrimonios y da con ello pábulo a la prostitución. Otra de las causas que obstaculiza el matrimonio en edad oportuna, radica en nuestro absurdo sistema de la distribución de sueldos, sin considerar el factor familia y la subsistencia de ésta.

Quiere esto decir, resumiendo lo anterior, que sólo será posible abordar con verdadera eficacia la lucha contra la prostitución, el día en que, mediante una fundamental reforma de las condiciones sociales, se haga factible el matrimonio a una edad menor de lo que en la actualidad ocurre. En esto consiste lo esencial de la solución del problema.

En segundo término incumbe a la educación y a la enseñanza la tarea de desarraigar una serie de defectos que hoy casi no se toman en cuenta.

La educación, por ejemplo, debe tender a que el tiempo libre de que dispone el educando sea empleado en un provechoso entrenamiento físico. A esa edad no tiene él derecho alguno a barloventear por calles ni cinemas, sino que debe dedicarse, aparte de sus cotidianas labores, a fortalecer su joven organismo para que, cuando un día ingrese en la lucha por la existencia, la realidad de la vida no lo encuentre desprevenido. Encaminar y realizar, orientar y dirigir: Esa es la tarea de la educación para la juventud y su rol no consiste exclusivamente en insuflar sabiduría.

Es también su cometido anular la concepción errónea de que el ejercicio físico es cuestión personal de cada uno. No existe la libertad de pecar a costa de la progenie y con ello, de la raza.

Paralelamente al proceso de la educación del cuerpo, debe iniciarse la lucha contra el emponzoñamiento del alma. El conjunto de nuestra vida de relación semeja en la actualidad un vivero de ideas y de estimulantes sexuales. Basta analizar el contenido de los programas de nuestros cinemas, varietés y teatros para llegar a la irrefutable conclusión de que todo esto no es precisamente el alimento espiritual que conviene a la juventud. Nuestra vida de relación tienen que ser liberada del perfume estupefaciente, así como del pudor fingido, indigno del hombre.

Solo después de la ejecución de estas medidas, puede contarse con la posibilidad de una acción médico-profiláctica de resultado eficaz. Pero tampoco aquí puede tratarse de procedimientos a medias, sino de las más radicales decisiones. Es un contrasentido el dar a enfermos incurables la posibilidad constante, por decirlo así, de contagiar a los sanos. ¿Qué sentimiento de humanidad es ese según el cual por no hacer daño a uno solo se deja que otros cien sucumban...? El imperativo de hacer imposible a los seres defectuosos la procreación de una descendencia también defectuosa, es un imperativo de la más clara razón y significa, en su aplicación sistemática, la más humana acción de la humanidad. Ahorrará sufrimientos a millones de seres inocentes y determinará finalmente para el porvenir un mejoramiento progresivo. Se deberá proceder sin piedad, si el caso lo requiere, al aislamiento de enfermos incurables, bárbara medida para el infeliz afectado, pero una bendición para sus contemporáneos y para la posteridad.

***

Del mismo modo que hace sesenta años habría sido inconcebible un descalabro político de la magnitud del actual, no menos inconcebible hubiera sido el derrumbamiento cultural que empezó a revelarse a partir de 1900 en concepciones futuristas y cubistas. Sesenta años atrás hubiese resultado sencillamente imposible una exposición de las llamadas “expresiones dadaístas” y sus organizadores habrían ido a parar a una casa de orates, en tanto que hoy, llegan incluso a presidir instituciones artísticas.

Anomalías semejantes llegaron a observarse en Alemania casi en todos los dominios del arte y de la cultura. Daba la triste medida de nuestra decadencia interna el hecho de que no era posible permitir que la juventud visitase la mayoría de estos seudo-centros artísticos, lo cual quedaba pública y descaradamente establecido al utilizarse la conocida placa de prevención: “Entrada prohibida para menores”.

Considérese que se tienen que observar medidas de precaución precisamente en aquellos lugares que debían estar destinados sobre todo a la ilustración y educación de la juventud y no a la diversión de círculos viejos y pervertidos. ¿Qué hubiera exclamado Schiller ante tal estado de cosas y con qué indignación hubiese Goethe vuelto las espaldas?

¿Pero qué son Schiller, Goethe, o Shakespeare en comparación con esos nuevos “genios” del arte alemán

actual? Figuras anticuadas y en desuso, figuras superadas, en suma. La característica de esta época, es pues, la siguiente: No se conforma con traer impurezas, sino que por añadidura vilipendia también todo lo realmente grande del pasado. Ya al terminar el siglo XIX, casi en todos los dominios del Arte, principalmente en los ramos del teatro y de la literatura, se produjeron ya muy pocas obras de importancia y se solía más bien degradar lo bueno de tiempos pasados, presentándolo como mediocre y superado.

***

Aún debe mencionarse otro aspecto crítico: A fines del siglo pasado nuestras ciudades fueron perdiendo cada vez más el carácter de emporios de cultura para descender a la categoría de simples conglomerados humanos. La escasa conexión existente entre el proletariado actual de nuestras grandes urbes y el lugar mismo donde éste vive, evidencia que en tal caso no se trata efectivamente más que de un punto ocasional de residencia del individuo. Proviene esto del frecuente cambio de lugar debido a las condiciones sociales, cambio que no le da al obrero el tiempo necesario para crear una relación más estrecha con el medio donde habita; por otro lado, sin embargo hay que buscar también la razón de ese estado de cosas en el hecho de que las ciudades actuales son insignificantes y pobres en todo lo que a la cultura general se refiere. Esas ciudades no son otra cosa que un hacinamiento de enormes bloques de viviendas de alquiler, y nadie podrá sentir cariño por una ciudad que no ofrece un mayor atractivo que otra similar, carente de toda nota propia y en la cual se prescindió de todo cuanto representa arte.

***

El análisis de la vida religiosa en Alemania antes de la guerra, da la medida del disgregamiento general que reinaba. Hacía tiempo que también en este aspecto grandes sectores de la opinión nacional carecían de una convicción unitaria e ideológicamente eficiente. No juega un rol tan negativo el que se desliga oficialmente de su religión, como aquel otro que es totalmente indiferente. Mientras nuestras dos confesiones cristianas (la católica y la evangélica) mantienen misiones en Asia y África, con el objeto de ganar nuevos prosélitos, esto es, empeñados en una actividad de modestos resultados frente a los progresos que realiza allá el mahometismo, pierden en Europa mismo millones y millones de adeptos convencidos, los cuales se hacen en absoluto indiferentes a la vida religiosa, o van por su propio camino. Sobre todo desde el punto de vista moral, son muy poco favorables las consecuencias.

Merece remarcarse también la lucha cada vez más violenta contra los fundamentos dogmáticos de las respectivas confesiones, fundamentos sin los cuales sería inconcebible la conservación práctica de una fe religiosa en este mundo humano. La gran masa de un pueblo no se compone de filósofos y es principalmente para las masas para quienes la fe constituye la única base de una ideología moral. Los diversos sustitutos no han probado su eficiencia ni su conveniencia, para que se hubiera podido ver en ellos una provechosa compensación de las creencias religiosas existentes. Para que la doctrina religiosa y la fe puedan realmente abarcar las grandes capas sociales, es necesario que la autoridad absoluta que fluye del fondo de esa fe, sea el fundamento de su eficiencia. Lo que para la vida general significan las costumbres, sin las cuales sólo cientos de miles de hombres de nivel intelectual superior vivirían racionalmente, mientras otros millones no - lo representan les leyes para el Estado y los dogmas para las religiones.

Sólo mediante los dogmas, la concepción puramente espiritual, vacilante y de interpretación infinitamente variable, llega a precisarse y adquirir una forma concreta, sin la cual jamás podría convertirse en fe. Lo contrario significaría que la idea no es susceptible de ser jamás exaltada por encima de una concepción metafísica, o mejor, por encima de una opinión filosófica.

Por eso la acometida dirigida contra los dogmas se asemeja mucho a la lucha contra los fundamentos legales del Estado; y del mismo modo que esta lucha acabaría en una anarquía estatal completa, la acción

antidogmática tendría por resultado un nihilismo religioso, carente de todo valor.

Para el político, la apreciación del valor de una religión debe regirse menos por las deficiencias quizá innatas en ella, que por la bondad cualitativa de un substituto doctrinal visiblemente mejor. Pero mientras no se haya encontrado un tal substituto, sólo los locos y los criminales podrían atreverse a demoler lo existente.

Las peores anomalías, sin embargo, provienen del abuso de la convicción religiosa con fines políticos. Si la vida religiosa en Alemania antes de la guerra, había adquirido para muchos un sabor desagradable, no se debía esto a otra cosa más que al abuso cometido con el cristianismo por un partido político llamado "cristiano" y por el descaro con que se trató de identificar la religión católica con un partido también político.

Esta funesta suplantación procuró mandatos parlamentarios a una serie de inútiles, en tanto que a la Iglesia no le trajo consigo sino daños.

El resultado de semejantes anomalías tenía que soportarlo la nación entera, pues, las consecuencias emergentes del debilitamiento de la vida religiosa vinieron a producirse precisamente en una época en que ya todo había empezado a ceder y vacilar, amenazando con el derrumbamiento de los tradicionales fundamentos de la moral y de las buenas costumbres.

***

También en el campo de la actividad política veía el espíritu observador anomalías que, si no eran eliminadas o corregidas a tiempo, podían y debían considerarse fatalmente como signos de una inminente decadencia del Imperio. La falta de orientación de la política alemana tanto interna como externa, no escapaba a la penetración de nadie que deliberadamente hubiese querido darse cuenta de la situación. En los círculos oficiales de gobierno se notaba frente a las revelaciones de un Houston Steward Chamberlain la misma indiferencia que hoy se observa.

Ya en tiempos anteriores a la guerra muchos se habían dado cuenta de que justamente aquella institución que debía encarnar la vitalidad del Reich – el Parlamento, el Reichstag- era la más vulnerable de todas.

Una de las muchas afirmaciones faltas de reflexión que hoy se suelen oír con frecuencia, es aquella de que el parlamentarismo en Alemania había fracasado " a partir de la revolución de 1918". Muy fácilmente se despierta así la impresión de que antes de esa época era otro el rol del parlamento.

Siempre fue mediocre todo lo subordinado a la influencia del parlamento de entonces, sea cual fuese el aspecto que se considere. Mediocre y deficiente era la política aliancista del Reich. Y mediocre también la política que se hacia frente a Polonia; se optó por las provocaciones, sin abordar jamás en serio el problema mismo. El resultado no fue ni favorable al germanismo ni conciliatorio con Polonia, pero sí significó la enemistad con Rusia. Mediocre fue igualmente la solución que se dio a la cuestión de Alsacia y Lorena. En lugar de triturar de una vez para todas la cabeza de la hidra francesa y de conceder, por otra parte, igualdad de derechos a los alsacianos, no se hizo ni lo uno ni lo otro. Aunque tampoco hubiera sido posible lograr nada, puesto que en las filas de los grandes partidos militaban también los mayores traidores de la patria; Watterlé, por ejemplo, en el partido del Centro.

Todo esto había sido todavía soportable si semejante estado de mediocridad general no hubiese acabado también por hacer víctima suya a aquella entidad de la cual dependía en último término la existencia del Reich: El ejército. El crimen que con esto cometió el llamado "parlamento alemán" basta y sobra para hacer pesar para siempre sobre él la maldición del pueblo Alemán.

***

Mientras el judaísmo, mediante su prensa marxista y demócrata, difundía por el mundo la mentira del

"militarismo alemán", tratando de culpar a Alemania por todos los medios, los partidos marxistas y demócratas por su parte se oponían sistemáticamente al plan de una amplia instrucción militar del pueblo alemán. El monstruoso crimen que con ello se cometió, saltaba a primera vista para todo aquél que sólo hubiese pensado que en el caso de una guerra, la nación entera debía ponerse bajo las armas y que por la misma causa –la infamia de esos ilustres personajes de la llamada "representación nacional"- millones de alemanes serían lanzados contra el enemigo en condiciones de insuficiente e incluso mala preparación militar.

Si tratándose de las fuerzas de tierra se instruía un número de reclutas demasiado reducido, igual deficiencia se notaba con respecto de las fuerzas navales, haciendo poco menos que nula la institución destinada a la defensa nacional. Ya en la orientación adoptada para el programa de organización naval, el Almirantazgo renunció a la posibilidad de la acción ofensiva, colocándose así desde un principio en el plano de la defensiva. Quería decir, pues, que con esto se renunciaba automáticamente a la posibilidad del éxito definitivo que radica y que radicará siempre en la acción ofensiva.

Si en la batalla de Skagerrak las unidades alemanas hubiesen tenido el mismo desplazamiento, igual cantidad de artillería y la misma velocidad que las naves inglesas, la flota británica habría hallado su tumba bajo el huracán de las granadas alemanas de calibre 38 que eran de mayor precisión y eficacia que las del adversario.

Y lo que, pese a estas deficiencias, alcanzó sin embargo como gloria inmarcesible la armada alemana, no hay que atribuirlo sino a la buena calidad del marino alemán y también a la capacidad y al incomparable heroísmo de los oficiales y de sus subordinados.

Quién medite sobre todo el sacrificio que significó para la nación el punible descuido de gentes totalmente faltas de responsabilidad; quién reflexione sobre las vidas inmoladas en vano y la suerte de los mutilados, así como también en la vergüenza única y la infinita miseria de que ahora somos víctimas; quién sepa, en fin, que todo eso vino sólo para abrir el camino hacia las carteras ministeriales a unos ambiciosos sin escrúpulos, cazadores de puestos públicos; quién recapacite sobre todo esto comprenderá que a tales seres humanos no se les puede dar ciertamente otro calificativo que el de canallas y criminales.

***

Había también muchos aspectos ventajosos frente a las deficiencias mencionadas y frente a otras más de la vida alemana de la época anterior a la guerra. Analizando imparcialmente las circunstancias, se debe llegar a la conclusión de que la mayoría de nuestros defectos eran también en gran parte propios de otros países y pueblos, los cuales con frecuencia nos superaban enormemente en este respecto, pero sin poseer nuestras cualidades realmente buenas.

Entre las fuentes incontaminadas de la nación debemos puntualizar tres instituciones que eran ejemplares y hasta se pueden decir únicas en su género.

En primer término, la constitución misma del Estado y la caracterización que ella había alcanzado en la Alemania contemporánea. Por cierto que en esto debe prescindirse de la personalidad de algunos monarcas, afectados de todas las debilidades humanas. Varios de esos monarcas preferían rodearse de aduladores más que de espíritus rectos y se dejaban aconsejar por aquellos.

De valor indiscutible era sin duda la estabilidad del Estado en su conjunto, bajo la forma monárquica de gobierno, así como el hecho de que hasta los últimos cargos públicos quedaban a cubierto de la especulación de políticos ambiciosos. Luego la dignidad de la institución estatal en sí y la autoridad resultante de ella aparte de la relevante posición del cuerpo administrativo del Reich y ante todo la del ejército por estar sobre el plano de los compromisos políticos de partido.

A esto se añadía aún la ventaja de que el poder del Estado estaba encarnado en la persona del monarca, constituyendo así el símbolo de una responsabilidad que éste asumía en escala superior a la del conglomerado casual de una mayoría parlamentaria. Sobre todo se debió a esto la idoneidad proverbial de la administración pública alemana. Por último, lo que en materia de arte y de ciencia fomentaron los monarcas alemanes, en particular durante el siglo XIX, ha quedado como digno de ejemplo y la época actual no puede en ningún caso ser comparada con la de entonces en ese orden.

***

Sin embargo es al ejército a quien corresponde el rol de factor cualitativo por excelencia en la época en que la desmoralización se iniciaba y comenzaba a cundir en el organismo nacional. Lo que el pueblo alemán le debe al ejército se resume en una sola palabra: Todo.

El ejército inculcó el sentimiento de la responsabilidad absoluta y fomentó también el espíritu de decisión.

Contrariamente a lo que ocurría en la vida corriente, saturada de codicia y de materialismo, el ejército educó al pueblo hacia el ideal y hacia la devoción por la patria y por su grandeza. El ejército fue una escuela de educación del pueblo, unido frente a la división de clases y quizá su único defecto fue el de

haber instituido el sistema del servicio voluntario de un año; defecto decimos, porque debido a ese sistema se dañaba el principio de la igualdad absoluta, colocando al individuo de mayor preparación intelectual fuera del marco común, lo contrario de lo cual es lo que precisamente habría sido lo provechoso. Ante la carencia del sentido real de la vida que dominaba en nuestras clases elevadas y su alejamiento de su mismo pueblo, habría sido el ejército precisamente el único capaz de influir benéficamente, evitando, por lo menos dentro de sus filas, todo aislamiento de la clase llamada intelectual.

Al ejército del antiguo Imperio hay que reconocerle como su más alto mérito el que en una época en que predominaba el criterio de la "mayoría general de cabezas", supo imponer cabezas sobre la mayoría. Frente al principio judío-demócrata de la ciega idolatría por el número, el ejército mantuvo inconmovible el principio de la fe en la personalidad. De este modo formó eso que tanta falta hace en los tiempos actuales: Hombres. Al fango de un apoltronamiento y afeminamiento generales regresaban anualmente de las filas del ejército 350.000 jóvenes pletóricos de energías, que en un período de instrucción militar de dos años habían adquirido una acerada constitución física. El joven que durante ese tiempo había practicado la obediencia podía entonces aprender a mandar. Ya en el ademán se reconocía al hombre que había sido soldado.

Esa fue la alta escuela de la nación alemana y no en vano se concentraba sobre ella el odio mortal de aquellos que, por envidia y ambición, anhelaban y necesitaban para sus fines, la impotencia del Reich y la ausencia de la capacidad defensiva de sus ciudadanos.

Junto a la forma constitutiva del Estado y a la ponderada calidad del ejército, la incomparable organización administrativa del antiguo Reich integraba el conjunto de las tres instituciones ejemplares del Imperio.

Alemania era el país mejor organizado y mejor administrado del mundo. Al funcionario alemán podía tachársele fácilmente de rutinarismo burocrático, más, no por eso en los demás países las circunstancias eran diferentes; por el contrario, eran quizá peores. Lo que esos Estados no poseían era la admirable estabilidad del mecanismo administrativo y la incorruptible honradez y lealtad de los funcionarios con que contaba el Reich.

Sobre su constitución estatal, su ejército y su organización administrativa descansaba la fuerza y el poderío admirables del antiguo Imperio.

***

Si se considera que frente a las deficiencias que existieron en Alemania antes de la guerra, habían también poderosos aspectos favorables, llegaremos a la conclusión de que la causa inicial del desastre de 1918 debe buscarse en otro terreno diferente, y en efecto este es el caso. La última y la más profunda razón que determinó la ruina del Imperio, residía en el hecho de no haber reconocido oportunamente la trascendencia que tiene el problema racial en el porvenir de los pueblos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO: LA NACIONALIDAD Y LA RAZA

Hay verdades que están tan a la vista de todos que, precisamente por eso, el vulgo no las ve o por lo menos no las reconoce. Así peregrinan los hombres en el jardín de la Naturaleza y se imaginan saberlo y conocerlo todo pasando, con muy pocas excepciones, como ciegos junto a uno de los más salientes principios de la vida; el aislamiento de las especies entre sí.

Basta la observación más superficial para demostrar cómo las innumerables formas de la voluntad creadora de la Naturaleza están sometidas a la ley fundamental inmutable de la reproducción y multiplicación de cada especie restringida a sí misma. Todo animal se apareja con un congénere de su misma especie. Sólo circunstancias extraordinarias pueden alterar esa ley.

Todo cruzamiento de dos seres cualitativamente desiguales da un producto de término medio entre el valor cualitativo de los padres; es decir que la cría estará en nivel superior con respecto a aquel elemento de los padres que racialmente es inferior, pero no será de igual valor cualitativo que el elemento racialmente superior de ellos.

También la historia humana ofrece innumerables ejemplos en este orden; ya que demuestra con

asombrosa claridad que toda mezcla de sangre aria con la de pueblos inferiores tuvo por resultado la ruina de la raza de cultura superior. La América del Norte, cuya población se compone en su mayor parte de elementos germanos, que se mezclaron sólo en mínima escala con los pueblos de color, racialmente inferiores, representa un mundo étnico y una civilización diferentes de lo que son los pueblos de la América Central y la del Sur, países en los cuales los emigrantes, principalmente de origen latino, se mezclaron en gran escala con los elementos aborígenes. Este solo ejemplo permite claramente darse cuenta del efecto producido por la mezcla de razas. El elemento germano de la América del Norte, que racialmente conservó su pureza, se ha convertido en el señor del Continente americano y mantendrá esa posición mientras no caiga en la ignominia de mezclar su sangre.

Todo cuanto hoy admiramos –ciencia y arte, técnica e inventos- no es otra cosa que el producto de la actividad creadora de un número reducido de pueblos y quizá, en sus orígenes, de un solo pueblo. Todas las grandes culturas del pasado cayeron en la decadencia debido sencillamente a que la raza de la cual habían surgido envenenó su sangre.

***

Si se dividiese la Humanidad en tres categorías de hombres: Creadores, conservadores y destructores de cultura, tendríamos seguramente como representante del primer grupo sólo al elemento ario. Él estableció los fundamentos y las columnas de todas las creaciones humanas; únicamente la forma exterior y el colorido dependen del carácter peculiar de cada pueblo.

Casi siempre el proceso de su desarrollo dio el siguiente cuadro: Grupos arios, por lo general en proporción numérica verdaderamente pequeña, dominan pueblos extranjeros y desarrollan, gracias a las especiales condiciones de vida del nuevo ambiente geográfico (fertilidad, clima, etc.) así como también favorecidos por el gran número de elementos auxiliares de raza inferior disponibles para el trabajo, la capacidad intelectual y organizadora latente en ellos. En pocos milenios y hasta en siglos logran crear civilizaciones que llevan primordialmente el sello característico de sus inspiradores y que están adaptadas a las ya mencionadas condiciones del suelo y de la vida de los autóctonos sometidos. A la postre empero, los conquistadores pecan contra el principio de la conservación de la pureza de la sangre que habían respetado en un comienzo. Empiezan a mezclarse con los autóctonos y cierran con ello el capítulo de su propia existencia.

Una de las condiciones más esenciales para la formación de culturas elevadas fue siempre la existencia de elementos raciales inferiores, porque únicamente ellos podían compensar la falta de medios técnicos, sin los cuales ningún desarrollo superior sería concebible. Seguramente la primera etapa de la cultura humana se basó menos en el empleo del animal doméstico que en los servicios prestados por hombres de raza inferior.

Fue después de la esclavización de pueblos vencidos cuando comenzó a afectar también a los animales el mismo destino y no viceversa, como muchos suponen; pues, primero fue el vencido quién debió tirar del arado y sólo después de él vino el caballo. Únicamente los locos pacifistas pueden ser capaces de considerar esto como un signo de iniquidad humana, sin darse cuenta de que ese proceso evolutivo debió realizarse para llegar al final a aquel punto desde el cual los apóstoles pacifistas propagan hoy sus disparatadas concepciones.

El progreso de la Humanidad semeja el ascenso por una escalera sin fin, donde no se puede subir sin haberse servido antes de los primeros peldaños. El ario debió seguir el camino que la realidad le señalaba y no aquel otro que cabe en la fantasía de un moderno pacifista.

Se hallaba precisado con claridad el camino que el ario tenía que seguir. Como conquistador sometió a los hombres de raza inferior y reguló la ocupación práctica de estos bajo sus órdenes conforme a su

voluntad y de acuerdo con sus fines. Mientras el ario mantuvo sin contemplaciones su posición señorial fue, no sólo realmente el soberano, sino también el conservador y propagador de la cultura.

La mezcla de sangre y, por consiguiente, la decadencia racial son las únicas causas de la desaparición de viejas culturas; pues, los pueblos no mueren por consecuencia de guerras perdidas sino debido a la anulación de aquella fuerza de resistencia que sólo es propia de la sangre incontaminada.

***

Si se inquieren las causas profundas de la importancia predominante del arrianismo, se puede responder que esa importancia no radica precisamente en un vigoroso instinto de conservación, pero sí en la forma peculiar de manifestación de ese instinto. Subjetivamente considerada, el ansia de vivir se revela con igual intensidad en todos los seres humanos y difiere sólo en la forma de su efecto real. El instinto de conservación en los animales más primitivos se limita a la lucha por la propia existencia. Ya en el hecho de la convivencia entre el macho y la hembra, por sobre el marco del simple ayuntamiento, supone una amplificación del instinto de conservación natural. Casi siempre el uno ayuda al otro a defenderse, de modo que aquí aparecen, aunque infinitamente primitivas, las primeras formas de espíritu de sacrificio. Desde el marco estrecho de la familia, nace la condición inherente a la formación de asociaciones más o menos vastas y por último la conformación de los mismos Estados.

Sólo en muy mínima escala existe esta facultad entre los seres humanos primitivos, hasta tal punto, que estos no pasan de la etapa de la formación de la familia. Cuanto mayor sea la disposición para supeditar los intereses de índole puramente personal, tanto mayor será también la capacidad que tenga el hombre para establecer vastas comunidades.

Este espíritu de sacrificio, dispuesto a arriesgar el trabajo personal y si es necesario la propia vida en servicio de los demás, está indudablemente más desarrollado en el elemento de la raza aria que en el de cualquier otra. No sólo sus cualidades enaltecen la personalidad del ario, sino también la medida en la cual está dispuesto a poner toda su capacidad al servicio de la comunidad. El instinto de conservación ha alcanzado en él su forma más noble al subordinar su propio yo a la comunidad y llegar al sacrificio de la vida misma en la hora de la prueba. El criterio fundamental del cual emana este modo de obrar lo denominan –por oposición al egoísmo- idealismo. Bajo este concepto entendemos únicamente el espíritu de sacrificio del individuo a favor de la colectividad, a favor de sus semejantes.

Justamente en épocas en las cuales el sentimiento idealista amenaza desaparecer, nos es posible constatar de una manera inmediata una disminución de aquella fuerza que forma la comunidad y proporciona así las condiciones inherentes a la cultura. Tan pronto como el egoísmo impera en un pueblo, se deshacen los vínculos del orden y los hombres imbuidos por la ambición del bienestar personal se precipitan del cielo al infierno.

La posteridad olvida a los hombres que laboraron únicamente en provecho propio y glorifica a los héroes que renunciaron a la felicidad personal.

***

El antípoda del ario es el judío.

Sus cualidades intelectuales han sido ejercitadas en el curso de los milenios. El nivel cultural corriente le proporciona al individuo –sin que muchas veces él mismo se dé cuenta de ello- un cúmulo tal de conocimientos preliminares que con este bagaje queda habilitado para poder encaminarse por sí solo. Como el judío jamás poseyó una cultura propia, los fundamentos de su obra intelectual siempre fueron tomados de fuentes ajenas a su raza, de modo que el desarrollo de su intelecto, tuvo lugar en todos los tiempos dentro del ambiente cultural que le rodeaba.

Nunca se produjo el fenómeno inverso.

Porque si bien el instinto de conservación del pueblo judío no es menor, sino más bien mayor que el de otros pueblos, y aunque también sus aptitudes intelectuales despiertan la impresión de ser iguales a las de las demás razas, en cambio le falta en absoluto la condición esencial inherente al pueblo culto; el sentimiento idealista.

El espíritu de sacrificio del pueblo judío no va más allá del simple instinto de conservación del individuo. Su aparente gran sentido de solidaridad no tienen otra base que la de un instinto gregario muy primitivo, tal como puede observarse en muchos otros seres de la naturaleza.

Notable en este aspecto es el hecho de que ese instinto gregario conduce al apoyo mutuo únicamente mientras un peligro común lo aconseje conveniente o indispensable. Es, pues, un error fundamental deducir que por la sola circunstancia de asociarse para la lucha o mejor dicho para la explotación de los demás, tengan los judíos un cierto espíritu idealista de sacrificio.

Tampoco en esto impulsa al judío otro sentimiento que el del puro egoísmo individual.

Por eso también el Estado judío –debiendo ser el organismo viviente, destinado a la conservación y multiplicación de una raza- constituye, desde el punto de vista territorial, un Estado sin límite alguno. Porque la circunscripción territorial determinada de un Estado supone en todo caso una concepción idealista de la raza que lo constituye y ante todo supone tener una noción cabal del concepto trabajo. En la misma medida que se carece de este criterio, falla también toda tentativa de formar y hasta de conservar un Estado territorialmente limitado. En consecuencia, le falta a ese Estado la base primordial sobre la cual puede erigirse una cultura, porque la aparente cultura que posee el judío no es más que el acervo cultural de otros pueblos, ya corrompido en gran parte en manos judías.

Al juzgar el judaísmo desde el punto de vista de su relación con el problema de la cultura humana, no se debe olvidar, como una característica esencial, que jamás existió ni hoy, consiguientemente puede existir, un arte judío.

Como el pueblo judío nunca poseyó un Estado con una circunscripción territorial determinada y tampoco, en consecuencia, tuvo una cultura propia, surgió la creencia de que se trataba de un pueblo que cabía clasificarlo entre los nómadas. Este es un error tan profundo como peligros. El nómada vive indudablemente en una circunscripción territorial definida, sólo que no cultiva el suelo como campesino arraigado, sino que vive del producto de su ganado, peregrinando como pastor en sus territorios. La razón determinante de este modo de vivir hay que buscarla en la escasa fertilidad del suelo que no le permite radicarse en un lugar fijo.

No, el judío no es un nómada; pues, hasta el nómada tuvo ya una noción definida del concepto “trabajo”, que habría podido servirle de base para una evolución ulterior siempre que hubiesen concurrido en él las condiciones intelectuales necesarias. El judío fue siempre un parásito en el organismo nacional de otros pueblos, y si alguna vez abandonó su campo de actividad no fue por voluntad propia, sino como un resultado de la expulsión que de tiempo en tiempo sufriera de aquellos pueblos de cuya hospitalidad había abusado. “Propagarse” es una característica típica de todos los parásitos, y es así como el judío busca siempre un nuevo campo de nutrición.

En la vida parasitaria que lleva el judío, incrustada en el cuerpo de naciones y Estados, está la razón de eso que un día indujera a Schopenhauer a exclamar que el judío es el “gran maestro de la mentira”. Su vida en medio de otros pueblos puede, a la larga, subsistir, solamente si logra despertar en ellos la creencia de que, en su caso, no se trata de un pueblo, sino de una “comunidad religiosa”, aunque muy singular.

Esta es por cierto su primera gran mentira.

Para poder vivir como parásito de pueblos, tiene que recurrir el judío a la mixtificación de su verdadero carácter. Ese juego resultará tanto más cabal cuanto más inteligente sea el judío que lo ponga en práctica; y hasta es posible que una gran parte del pueblo que le concede hospitalidad llegue a creer seriamente que el judío es en verdad un francés, un inglés, un alemán o un italiano con la sola diferencia de su religión.

Los primeros judíos llegaron a las tierras de Germania durante la invasión de los romanos, como siempre en calidad de mercaderes. En el vaivén de las invasiones de los bárbaros, desaparecieron aparentemente, de suerte que se puede considerar la época de la organización de los primeros estados germánicos como el comienzo de una nueva y definitiva judaización del centro y del norte de Europa. El proceso del desarrollo que se inicia siempre que elementos judíos se ven frente a pueblos arios, donde quiera que sea, tiene en todos los casos las mismas o muy parecidas características.

Con el establecimiento de las primeras colonizaciones hace el judío súbitamente su aparición. Paulatinamente se introduce en la vida económica, no como productor, sino exclusivamente como intermediario. Su habilidad mercantil de experiencia milenaria, lo coloca en un plano de gran ventaja con relación al ario, todavía ingenuo e ilimitadamente franco. Comienza por prestar dinero. Los negocios bancarios y del comercio acaban por ser de monopolio exclusivo.

El tipo del interés usurario que cobra provoca al fin resistencias, excita indignación su creciente descaro y su riqueza mueve a envidia. Su tiranía expoliadora llega a tal punto, que se producen reacciones violentas contra él; pero ninguna persecución es capaz de apartarlo de sus métodos de explotación humana, ni se puede lograr expulsarlo, porque pronto vuelve a aparecer y es el mismo de antes. Para evitar por lo menos lo peor, se comienza a proteger el suelo contra la mano avarienta del judío, dificultándosele la adquisición de terrenos.

Cuanto más aumenta el poder de las dinastías, mayor es su empeño de acercarse a ellas.

Por último, no necesita más que dejarse bautizar para entrar en posesión de todas las ventajas y derechos de los hijos del país. El judío hace este negocio con bastante frecuencia para beneplácito, por una parte, de la Iglesia que celebra la ganancia de un nuevo feligrés y, por otra de Israel que se siente satisfecho del fraude consumado. Aun en tiempos de Federico el Grande a nadie se le habría ocurrido ver en los judíos otra cosa que un pueblo “extraño” y el mismo Goethe se horrorizaba ante la idea de que en el futuro la ley no prohibiese el matrimonio entre cristianos y judíos. ¡Por Dios! que Goethe no ha sido ni un reaccionario ni un ilota. Lo que expresó no fue más que la voz de la sangre y de la razón. Pese a los vergonzosos manejos de las Cortes, el pueblo se percata intuitivamente de que el judío es un cuerpo extraño en el organismo nacional y lo trata como a tal.

Pero debió cambiar este estado de cosas. En el transcurso de más de un milenio ha llegado el judío a dominar en una medida tal el idioma del pueblo que le da hospitalidad, que cree poder arriesgarse a acentuar menos que antes su semitismo y en cambio decantar más su “germanismo”. Con esto se produce el caso de una de las mixtificaciones más infames que se puede imaginar. La raza no radica en el idioma, sino exclusivamente en la sangre; una verdad que nadie conoce mejor que el judío mismo, el cual justamente da poca importancia a la conservación de su idioma, en tanto que le es capital el mantenimiento de la pureza de su sangre.

La razón por la cual el judío se decide en convertirse de un momento a otro en un “alemán”, surge a la vista: Su aspiración única tiende a la adquisición del goce pleno de los derechos del “ciudadano”.

Previamente empieza por reparar ante los ojos del pueblo el daño que hasta aquí le había inferido. Inicia su evolución como “benefactor” de la humanidad. Corto tiempo después comienza a tergiversar las cosas, presentándose como si hasta entonces hubiese sido la única víctima de las injusticias de los demás

y no viceversa. Algunas gentes excesivamente tontas creen en la patraña y no pueden menos que compadecer al “pobre infeliz”.

Algo más todavía: El judío se hace también intempestivamente liberal y se muestra un entusiasta del progreso necesario a la humanidad. Poco a poco llega a hacerse de ese modo el portavoz de una nueva época.

Pero lo cierto es que él continua destruyendo radicalmente los fundamentos de una economía realmente útil al pueblo. Indirectamente, adquiriendo acciones industriales, se introduce en el círculo de la producción nacional; convierte esta en un objeto de fácil especulación mercantilista, despojando a las industrias y fábricas de su base de propiedad personal. De aquí nace aquel alejamiento subjetivo entre el patrón y el trabajador que conduce más tarde a la división política de las clases sociales.

A fin de cuentas, gracias a la Bolsa, crece con extraordinaria rapidez la influencia del judío en el terreno económico. Asume el carácter de propietario por lo menos el de controlador de las fuentes nacionales de producción.

Para reforzar su posición política, el judío trata de eliminar las barreras establecidas en el orden racial y civil que todavía le molestan a cada paso. Se empeña, con la tenacidad que le es peculiar, a favor de la tolerancia religiosa y tiene en la francmasonería, que cayó completamente en sus manos, un magnífico instrumento para cohonestar y lograr la realización de sus fines. Los círculos oficiales, del mismo modo que las esferas superiores de la burguesía política y económica, se dejan coger insensiblemente en el garlito judío por medio de lazos masónicos. Pero el pueblo mismo no cae en la fina red de la francmasonería; para reducirlo sería menester valerse de recursos más torpes, pero no por eso menos eficaces.

Junto a la francmasonería está la prensa como una segunda arma al servicio del judaísmo.

Con rara perseverancia y suma habilidad sabe el judío apoderarse de la prensa, mediante cuya ayuda comienza paulatinamente a cercar y a sofisticar, a manejar y a mover el conjunto de la vida pública, porque él está en condiciones de crear y de dirigir aquel poder que bajo la denominación de “opinión pública” se conoce hoy mejor que hace algunos decenios.

Mientras el judío parece desbordarse en el ansia de "luces", de "progresos", de "libertades", de "humanidad", etc., practica íntimamente un estricto exclusivismo de su raza. Si bien es cierto que a menudo fomenta el matrimonio de judías con cristianos influyentes, sabe en cambio mantener pura su descendencia masculina. Envenena la sangre de otros, en tanto que conserva incontaminada la suya propia. Rara vez el judío se casa con una cristiana, pero sí el cristiano con una judía. Los bastardos de tales uniones tienen siempre del lado judío. Esta es la razón por la cual, ante todo una parte de la alta nobleza, está degenerando completamente. Esto lo sabe el judío muy bien y practica por eso sistemáticamente este modo de "desarmar" a la clase dirigente de sus adversarios de raza. Para disimular sus manejos y adormecer a sus víctimas no cesa de hablar de la igualdad de todos los hombres, sin diferencia de raza ni color. Los imbéciles se dejan persuadir.

La etapa final de este desarrollo significa la victoria de la democracia o como el judío lo interpreta: La hegemonía del parlamentarismo

***

El enorme desarrollo económico conduce a una modificación de las clases sociales. Es manifiesta la proletarización del artesano, porque debido a que las pequeñas industrias manuales van desapareciendo paulatinamente se le hace cada vez más difícil la posibilidad de asegurarse un medio de vida independiente. Surge el tipo del "obrero de fábrica", cuya característica esencial es la de que prácticamente no es capaz de llegar en el ocaso de su vida a contar con una existencia propia; es un desheredado en el sentido más lato de la palabra y sus últimos días son un tormento.

Ya se presentó en otra época una situación parecida que exigía imperiosamente solución, y ésta fue encontrada. A la clase de los campesinos y artesanos había venido a sumarse la de los empleados, particularmente los del Estado. También estos eran unos desheredados en el verdadero sentido de la palabra. El Estado encontró, a la postre, un remedio contra tan insana situación instituyendo el sistema de las pensiones o sea el pago de sueldos en el retiro. Poco a poco siguieron el ejemplo del Estado las empresas particulares, de tal modo que hoy casi todos los empleados regulares de ocupación no manual, cuentan con una pensión, naturalmente, siempre que la empresa respectiva hubiese adquirido o sobrepasado un cierto grado de desarrollo.

Y fue precisamente la garantía para la vejez que ofrecía el Estado a sus servidores, la que pudo fomentar en el funcionario alemán aquella desinteresada lealtad profesional que, antes de la guerra, constituyera una de las mejores cualidades de la organización administrativa en Alemania.

Obrando inteligentemente, fue posible arrancar de la miseria social a toda una clase desposeída de fortuna, para después engranarla, en el conjunto de la vida nacional.

El mismo problema, pero esta vez en proporciones mucho mayores, se le había vuelto a presentar al Estado y a la nación. Millones de gentes emigraban del campo a las grandes ciudades para ganarse el sustento diario como obreros de fábrica en las industrias de reciente creación.

Mientras la burguesía no se preocupa de problema tan trascendental y ve con indiferencia el curso de las cosas, el judío se percata de las ilimitadas perspectivas que allí se le brindan para el futuro y, organizando por un lado, con absoluta consecuencia, los métodos capitalistas de la explotación humana, se aproxima, por el otro, a las víctimas de sus manejos para luego convertirse en el leader de la "lucha contra sí mismo"; es decir, "contra sí mismo" sólo en un sentido figurado, porque el "gran maestro de la mentira", sabe presentarse siempre como un inocente atribuyendo la culpa a otros. Y como por último tienen el descaro de guiar él mismo a las masas, éstas no se dan cuenta de que podría tratarse del más infame de los fraudes de todos los tiempos.

Veamos cómo procede el judío en este caso: Se acerca al obrero y para granjearse la confianza de éste, finge conmiseración hacia él y hasta parece indignarse por su suerte de miseria y pobreza. Luego se esfuerza por estudiar todas las penurias reales o imaginarias de la vida del obrero y tiende a despertar en él el ansia hacia el mejoramiento de sus condiciones. El sentimiento de justicia social que en alguna forma existe latente en todo ario, sabe el judío aleccionarlo, de modo infinitamente hábil, hacia el odio contra los mejor situados, dándole así un sello ideológico absolutamente definido hacia la lucha contra los males sociales. Así funda el judío la doctrina marxista. Presentando esta doctrina como íntimamente ligada a una serie de justas exigencias sociales, favorece la propagación de éstas y provoca, por el contrario, la resistencia de los bien intencionados contra la realización de exigencias proclamadas en una forma y con características tales, que ya desde un principio aparecen injustas y hasta imposibles de ser cumplidas.

De acuerdo con los fines que persigue la lucha judía y que no se concretan solamente a la conquista económica del mundo, sino que buscan también la supeditación política de éste, el judío divide la organización de doctrina marxista en dos partes, que, separadas aparentemente, son en el fondo un todo indivisible: El movimiento político y el movimiento sindicalista.

El movimiento sindicalista es de propaganda y ofrece ayuda y protección al obrero –y con esto la posibilidad de alcanzar condiciones mejores de vida- en la dura lucha por la existencia que tiene que sostener debido a la ambición o a la miopía de muchos patronos. Si el obrero no quiere abandonar la representación de sus derechos vitales al ciego capricho de individuos en parte irresponsables o hasta faltos de sentimiento humano, en una época en que la comunidad organizada del pueblo, es decir, el Estado, poco o nada se preocupa de su situación, no le queda otro recurso que asumir por sí mismo la defensa de sus intereses. En la misma medida en que la llamada burguesía nacional, cegada por la pasión de intereses materiales, opone los mayores obstáculos a esa lucha social –no solo embarazando, sino saboteando inclusive todo intento dirigido a disminuir la duración de la jornada de trabajo, inhumanamente larga, la protección a la mujer, la abolición del trabajo para menores, el mejoramiento de las condiciones sanitarias en los talleres y en las viviendas, el judío, más perspicaz que el burgués, aparenta preocuparse de los oprimidos. Poco a poco se convierte en el leader del movimiento sindicalista y esto con tanta más facilidad, cuanto que él no trata seriamente de la supresión de anomalías sociales, sino que se reduce a la formación de un cuerpo de incondicionales adictos, como fuerza combativa para destruir la independencia económica de la nación

En corto tiempo logra el judío desplazar de ese campo de actividad a todo competidor. La resistencia y la penetración de los que tienen el buen sentido de hacer frente a la seductora actitud judía, resultan a la larga rotas por el terror. Enorme es el éxito de esta táctica.

El judío destruye, efectivamente los fundamentos de la economía nacional, sirviéndose de la organización sindicalista, que podría ser bienhechora para la nación.

Paralelamente avanza el desarrollo de la organización política. Opera en común con el movimiento sindicalista al hacer que éste se encargue de preparar a las masas y de inducirlas, por la fuerza, a ingresar en la actividad política, cuyo enorme aparato de organización es fomentado por la inagotable fuente financiera de la organización sindicalista que es el órgano de control de la actuación política del individuo y juega el papel de azuzador en los grandes mítines y manifestaciones. Finalmente la organización sindicalista deja de lado la cuestión económica y pone al servicio de la idea política su principal arma de lucha, que es el paro en la forma de huelga general.

Mediante la organización de una prensa, cuyo contenido está adaptado al nivel espiritual de los menos instruidos, el movimiento político sindicalista tiene finalmente en su mano una institución inductora que predispone a las esferas sociales más bajas de la nación a cometer las más temerarias acciones. Esta

prensa no tiene por misión el propósito de sacar a los hombres del fango de una baja pasión para situarlos en un plano superior, sino que por el contrario, procura fomentar los más viles instintos de la masa.

Sobre todo esta prensa es la que, mediante una campaña de difamación rayana en el fanatismo, denigra todo aquello que puede considerarse como el sostén de la autonomía nacional, del nivel cultural y de la independencia económica de la nación. Fustiga con particular saña a todos los espíritus fuertes que no quieren someterse a la arrogante hegemonía del judaísmo o a aquellos que, por sus cualidades geniales, creen los judíos ver en ellos un peligro.

El desconocimiento que reina en el seno de las masas acerca de la verdadera índole del judío y la falta de penetración instintiva de nuestras clases superiores, permiten que el pueblo sea presa fácil de esa campaña de difamación judía. Mientras las clases superiores, por cobardía innata, se apartan del hombre que resulta víctima de las calumnias y difamaciones del judío, suele la gran masa del pueblo, por estulticia o simplicidad mental, creer en estas calumnias.

Políticamente el judío acaba por sustituir la idea de la democracia por la de la dictadura del proletariado. El ejemplo más terrible en ese orden, lo ofrece Rusia, donde el judío, con un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas feroces a treinta millones de personas, con el solo fin de asegurar de este modo a una caterva de judíos, literatos y bandidos de bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo.

***

Analizando los orígenes del desastre alemán, resalta como causa principal y definitiva el desconocimiento que se tuvo del problema racial y ante todo del problema judío.

Las derrotas sufridas en el campo de batalla en Agosto de 1918 habrían sido muy fáciles de sobrellevar, pues no estaban en relación con la magnitud de las victorias que nuestro pueblo había alcanzado.

Toda derrota puede ser la madre de una futura victoria. Toda guerra perdida puede convertirse en la causa de un resurgimiento ulterior; toda miseria puede ser el semillero de nuevas energías humanas y toda opresión puede engendrar también las fuerzas impulsoras de un renacimiento moral, más esto, sólo mientras la sangre se mantenga pura.

La pérdida de la pureza de la sangre destruye para siempre la felicidad interior; degrada al hombre definitivamente y son fatales sus consecuencias físicas y morales.

Todo el aparente florecimiento del antiguo Imperio no podía disimular la decadencia moral de éste y todo empeño aplicado a buscar un afianzamiento efectivo del Reich, debió fracasar ante el caso omiso que se hacía del problema más importante. Por eso en Agosto de 1914 no se lanzó a la guerra un pueblo preparado para la lucha; la exaltación que se produjo fue solamente el último destello del instinto de conservación nacional frente a la creciente atonía popular bajo la influencia pacifista-marxista. Como tampoco en aquellos días trascendentales se supo definir al enemigo interior, toda resistencia exterior debió resultar inútil. La providencia no premió a la espada victoriosa, sino que obró la ley de la eterna compensación.

De esta convicción surgieron para nosotros los principios básicos y la tendencia del nuevo movimiento; persuadidos como estábamos, esos fundamentos eran los únicos capaces de detener la decadencia del pueblo alemán y, a la vez, cimentar la base granítica sobre la cual podrá un día subsistir aquel Estado que represente no un mecanismo de intereses económicos extraño a nosotros, sino un organismo propio de nuestro pueblo.

Un Estado germánico en la nación alemana.

CAPÍTULO DUODÉCIMO: LA PRIMERA FASE DEL

DESARROLLO DEL PARTIDO OBRERO ALEMÁN NACIONALSOCIALISTA

Si al finalizar la primera parte de este libro describo la fase inicial del desarrollo de nuestro movimiento y menciono brevemente una serie de cuestiones relacionadas con esa primera etapa, no o hago animado del propósito de realizar una disertación sobre sus fines ideológicos; pues, ellos son tan magnos que sólo pueden ser tratados en un volumen especial. Por eso en la segunda parte, habré de ocuparme a fondo de sus fundamentos programáticos, procurando delinear un cuadro de eso que nosotros entendemos bajo el concepto "Estado". Con el término "nosotros", me refiero a los centenares de miles de hombres que, en el fondo, ansían lo mismo, pero sin poder precisar con palabras aquello que hondamente preocupa a su imaginación. En efecto, lo remarcable en todas las grandes reformas consiste siempre en que el campeón de la idea es uno solo, en tanto que son millones los sostenedores de la misma. Su aspiración es a menudo, ya desde siglos atrás, un ferviente deseo de cientos de miles, hasta que llega el día en que aparece el hombre que proclama ese querer colectivo y que, encarnando una nueva vida, conduce a la victoria al viejo anhelo.

El hecho de que en la actualidad millones de hombres sientan íntimamente el deseo de un cambio radical de las condiciones existentes, prueba la profunda decepción que domina en ellos.

Testigos de ese hondo descontento son sin duda los indiferentes en los torneos electorales y también los muchos que se inclinan a militar en las fanáticas filas de la extrema izquierda. Y es precisamente a éstos a quienes tiene, sobre todo, que dirigirse nuestro joven movimiento.

El problema de la reconstitución del poderío político de Alemania es, desde luego, una cuestión primordial que afecta al saneamiento de nuestro instinto de conservación nacional y esto porque la experiencia demuestra que toda política exterior de acción preparatoria, así como la valorización de un Estado, dependen en menor escala de los elementos bélicos disponibles que de la capacidad de resistencia moral, ya evidenciada o simplemente supuesta, de una nación. La importancia que adquiere un país como aliado se valora por la notoria presencia de un vibrante espíritu de conservación nacional y de un heroísmo hasta el sacrificio, y no por la simple posesión material de elementos bélicos inanimados, pues, una alianza no se pacta con armas, sino con hombres. Por eso el pueblo inglés será siempre considerado en el mundo como el más valioso aliado, mientras de su gobierno y de la voluntad de acción de sus masas se pueda esperar el concurso de aquella energía y de aquella tenacidad capaces de llevar la lucha iniciada a término victorioso, valiéndose de todos los medios y sin límites de tiempo ni de sacrificios. En este caso es indiferente el potencial de guerra del momento en relación con el de otros Estados.

Un joven movimiento que se impone como finalidad la reconstrucción del Estado alemán con soberanía propia, debe por entero concentrar su actividad en la tarea de ganar la adhesión de las masas. Desde el punto de vista netamente militar, será de fácil comprensión, ante todo para un Oficial, el hecho de que una guerra exterior no puede ser factible con batallones de estudiantes, sino que además de los cerebros de un pueblo, es menester también de sus puños.

Tampoco se debe perder de vista que una defensa nacional apoyada exclusivamente en los círculos llamados pensantes, conduciría a despojar a la nación de un bien irreemplazable. La joven generación intelectual alemana que en otoño de 1914 cayera en las llanuras de Flandes debió después hacer enorme falta.

Había sido pues la élite de la nación y su pérdida no fue posible compensarla en el curso de toda la guerra. No solamente la lucha es irrealizable cuando los batallones que se lanzan al ataque no cuentan en sus filas con la masa obrera, sino que resulta también utópica la preparación de carácter técnico sin la espontánea cohesión interior del organismo nacional.

***

Fue por eso por lo que ya en el año 1919 nos hallábamos persuadidos de que el nuevo movimiento debía lograr previamente como objetivo capital, la nacionalización de las masas. De ahí resultaron, desde el punto de vista táctico, una serie de postulados:

1º. Ningún sacrificio social resultará demasiado grande, cuando se trate de ganar a las masas para la obra del resurgimiento nacional. Quiere esto decir que un movimiento que aspira a reincorporar al obrero de Alemania al seno del pueblo alemán, tampoco debe detenerse ante sacrificios económicos, mientras éstos no impliquen una amenazar para la autonomía y la conservación de la economía nacional.

2º. La educación nacional de la gran masa puede llevarse a cabo únicamente en forma indirecta, mediante un mejoramiento social, ya que sólo gracias a éste, son susceptibles de crearse aquellas condiciones económicas que permitan al individuo participar del acervo cultural de la nación.

3º. Jamás puede lograrse la nacionalización de las masas por la acción de procedimientos a medias o por la simple observancia de un llamado punto de vista objetivo; esa nacionalización sólo es posible por obra de un criterio intolerante y fanáticamente parcial en cuanto a la finalidad perseguida. La gran masa de un

pueblo no está constituida por profesores ni diplomáticos. Quién se proponga ganar a las masas, debe conocer la llave que le abra la puerta de su corazón. Esa llave no se llama objetividad, esto es, debilidad, sino voluntad y fuerza.

4º. El éxito en la labor de ganar el alma popular depende de que simultáneamente con la acción de la lucha positiva por los propios ideales, se logre anular a los enemigos de estos ideales.

En todos los tiempos el pueblo considera la acción resuelta contra un adversario político como una prueba de su propio derecho, y contrariamente, ve en la abstención de aniquilar al enemigo un signo de inseguridad de ese derecho y hasta la ausencia del mismo.

La gran masa no es más que una parte de la Naturaleza y no cabe en su mentalidad comprender el mutuo apretón de manos entre hombres que afirman perseguir objetivos contrapuestos. Lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del débil o su incondicional sometimiento.

5º. La incorporación en la comunidad nacional, o simplemente en el Estado, de un grupo convertido en clase social, no se produce por el descenso de nivel de las clases superiores existentes, sino por la exaltación de las esferas inferiores. Tampoco pueden ser gestoras de este proceso las clases superiores; eso está reservado sólo a las clases inferiores que luchan por su derecho de igualdad. La burguesía actual no llegó a engranarse en el Estado por obra de la nobleza, sino gracias a su propio esfuerzo y a su propia directiva.

El mayor de los obstáculos que se opone al acercamiento del obrero de nuestros días a la comunidad nacional, no radica en la representación de sus intereses corporativos, sino en la actitud hostil, a la nación y a la patria que asumen sus dirigentes internacionales. Guiadas bajo una orientación fanáticamente nacional en cuestiones políticas y en aquéllas que afectan a los intereses del pueblo, las mismas asociaciones sindicalistas podrían –prescindiendo de las controversias locales de índole netamente económica- convertir a millones de obreros en valiosísimos elementos de la nacionalidad.

Un movimiento de opinión que aspira honradamente a reincorporar al obrero alemán al seno de su pueblo, arrancándolo de la utopía del internacionalismo, tienen antes que rebelarse vigorosamente contra el criterio que domina particularmente en las esferas de los patronos industriales y que consiste en comprender bajo el concepto de "comunidad nacional" un incondicional sometimiento, desde el punto de vista económico del obrero al patrón, aparte de que creen ver una agresión contra la comunidad en toda reclamación por justificada que sea, que el obrero haga, velando por sus vitales intereses económicos.

Indudablemente el obrero atenta contra el espíritu de una verdadera comunidad nacional en el momento en que, apoyado en su poder, plantea exigencias perturbadoras, contrarias al bien público y a la estabilidad de la economía nacional; del mismo modo, no atenta menos contra esa comunidad el patrón que por medios inhumanos y de explotación egoísta, abusa de las fuerzas nacionales de trabajo, llenándose de millones a costa del sudor del obrero.

La fuente en la cual nuestro naciente movimiento deberá reclutar a sus adeptos será, pues, en primer término, la masa obrera. La misión de nuestro movimiento en este orden consistirá en arrancar al obrero alemán de la utopía del internacionalismo, libertarle de su miseria social y redimirle del triste medio cultural en que vive, para convertirle en un valioso factor de unidad, animado de sentimientos nacionales y de una voluntad igualmente nacional en el conjunto de nuestro pueblo.

Además, el objetivo que perseguimos no es invertir la estructura del campo de opinión, en sí nacional, sino ganar el campo anti-nacional. Tal punto de vista es fundamentalmente esencial para la acción táctica de todo nuestro movimiento.

6º. Este criterio nuestro unilateral, pero justamente por eso, claramente definido, tienen que revelarse también en la propaganda del movimiento, aparte de que es indispensable por razones de la propaganda misma.

La propaganda tienen que responder en su forma y en su fondo al nivel cultural de la masa, y la eficacia de sus métodos deberá apreciarse exclusivamente por el éxito obtenido. En una asamblea popular no es el mejor aquel orador que espiritualmente se acerca más a los auditores de la clase pensante, sino aquél que

sabe conquistar el alma de la muchedumbre.

7º. Jamás se alcanzará el objetivo de un movimiento político de reforma por medio de una labor de difusión meramente informativa o llegando a influenciar a los poderes dominantes, sino únicamente mediante la posesión del mando político. Pero un golpe de Estado no puede considerarse triunfante por el solo hecho de que los revolucionarios se apoderen del gobierno, sino sólo cuando de la realización de los propósitos y objetivos, que encarna una tal acción revolucionaria, surge para la nación un bienestar mayor que en el régimen anterior; cosa que por supuesto no se puede afirmar de la "revolución alemana", como se vino a llamar el golpe de bandolerismo efectuado en el otoño de 1918.

Mas, si la conquista del poder político es condición previa para llevar a la práctica propósitos de reforma, lógico es que un movimiento animado de tales propósitos se considere, desde el primer momento de su existencia, como una corriente de la masa y no como un club de "tés literarios" o como un círculo provinciano de palique político.

8º. El nuevo movimiento es antiparlamentario por su carácter y por la índole de su organización; es decir que en general, así como dentro de su propia estructura, rechaza el principio de decisión por mayoría, principio que degrada al Führer a la condición de simple ejecutor de la voluntad y de la opinión de los demás. En pequeño y en grande, encarna nuestro movimiento el principio de la autoridad absoluta del Führer que, a su vez, supone una máxima noción de responsabilidad.

Constituye una de las más elevadas tareas del movimiento, hacer de este principio la norma determinante, no sólo dentro de sus propias filas, sino también en el mecanismo de todo el Estado. Quien sea Führer, tendrá que llevar junto a su ilimitada autoridad suprema, la carga de la mayor y de la más pesada de las responsabilidades.

9º. Nuestro movimiento no ve su cometido en la restauración de una forma determinada de gobierno en oposición a alguna otra. Si no en el establecimiento de aquellos principios fundamentales, sin los cuales, ni monarquía ni república pueden contar con una existencia garantizada. No es su intención fundar una monarquía o consolidar una república, sino crear un Estado germánico.

10º. La cuestión de la organización interna del movimiento es cuestión convencional y no de principio. No es la mejor aquella organización que interpone entre la jefatura del movimiento y sus prosélitos un aparatoso sistema intermediario, sino la que se sirve del menos complicado mecanismo; pues no debe olvidarse que la tarea de organización consiste en transmitir a un cúmulo de hombres una determinada idea –que primero surgió en la mente de uno solo- y velar a su vez por la aplicación práctica de la misma.

Para la organización interna del movimiento privaron las siguientes directivas:

a) Concentración de toda la labor primeramente en un solo punto: Munich. Formación de una comunidad de adeptos leales a toda prueba y luego, perfeccionamiento de la escuela de los futuros propagadores de la idea. Adquisición de la autoridad necesaria por medio de éxitos políticos, grandes y notables, en la sede central.

b) Formación de grupos locales en otras ciudades, inmediatamente después de haber quedado consagrada la autoridad de la jefatura centran en Munich.

c) Así como un ejército sin jefes, sea cual fuese su sistema, carece de eficacia, así también es inútil una organización política no dotada de su respectivo Führer.

Para ser el Führer se requiere capacidad, no únicamente entereza, sin olvidar no obstante que debe darse mayor importancia a la fuerza de voluntad y de acción que a la genialidad en sí. Lo ideal pues será la conjunción de las condiciones de capacidad, decisión y perseverancia.

11º. El futuro de un movimiento depende del fanatismo, si se quiere, de la intolerancia con que sus

adeptos sostengan su causa como la única justa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante.

Es un gran error creer que la potencialidad de un movimiento se acreciente por efecto de la fusión con otro movimiento análogo. Ciertamente toda expansión en este orden significa numéricamente un aumento, dando al observador superficial la impresión de haberse vigorizado también el poder del movimiento mismo; pero la verdad, es que éste se adjudica los gérmenes de un debilitamiento que no tardará en hacerse manifiesto.

La magnitud de toda organización poderosa que encarna una idea, estriba en el religioso fanatismo y en la intolerancia con que esa organización, convencida íntimamente de la justicia de su causa, se impone sobre otras corrientes de opinión. Si una idea es justa en el fondo y así armada inicia su lucha, será invencible en el mundo: Toda persecución no conducirá sino a aumentar su fuerza interior.

La grandeza del Cristianismo no se debió a componendas con corrientes filosóficas más o menos semejantes de la antigüedad, sino al inquebrantable fanatismo con que proclamó y sostuvo su propia doctrina.

12º. Los secuaces de nuestro movimiento no deben temer el odio ni las vociferaciones de los enemigos de nuestra nacionalidad y de nuestra ideología; por el contrario, deberán más bien ansiarlas. La mentira y la calumnia son manifestaciones propias de ese odio. Aquél que no es calumniado y denigrado por la prensa judía no es alemán de verdad, ni es verdadero nacionalsocialista.

La mejor medida para aquilatar el valor de su criterio, la sinceridad de su convicción y la entereza de su carácter, es el grado de aversión con que es combatido por el enemigo mortal de nuestro pueblo.

13º. Nuestro movimiento está obligado a fomentar por todos los medios el respeto a la personalidad. No debe olvidarse que el valor de todo lo humano radica en el valor de la personalidad; que toda idea y que toda acción son el fruto de la capacidad creadora de un hombre y que, finalmente, la admiración por la grandeza de la personalidad, representa no sólo un tributo de reconocimiento para ésta, sino también un vínculo que une a los que sienten gratitud hacia ella.

La personalidad es irreemplazable.

***

Nada nos había hecho sufrir más, en la primera época de la formación de nuestro movimiento, que el que nuestros nombres fuesen desconocidos y sin importancia para la opinión pública, hecho que desde luego ponía en duda la posibilidad de nuestro éxito. En efecto, la opinión pública nada sabía de nosotros, ni nadie en Munich, con excepción de nuestros pocos adeptos y los amigos de éstos, sabía de la existencia de nuestro partido ni siquiera su nombre.

Se imponía, pues, salir al fin del círculo estrecho y ganar nuevos prosélitos, procurando a todo trance la difusión del nombre de nuestro movimiento.

Una vez al mes y posteriormente cada quince días, organizábamos “asambleas”. Las invitaciones se escribían a máquina y en parte también a mano. Recuerdo todavía cómo yo mismo en aquel primer tiempo, distribuí un día personalmente en las respectivas casas, ochenta de estas invitaciones, y recuerdo también cómo esperamos aquella noche la presencia de las “masas populares” que debían venir.... Con una hora de retraso, el “presidente” se decidió al fin a inaugurar la “asamblea”. Otra vez, no éramos más que siete, los siete de siempre.

Gracias a pequeñas colectas de dinero en nuestro círculo de pobres diablos, logramos reunir los medios necesarios para poder anunciar una asamblea mediante un aviso del diario independiente de entonces “Münchener Beobachter”. La asamblea debía realizarse en el “Hofbräuhaus Kéller” de Munich. A las 7

de la noche, se hallaban presentes 111 personas.

La asamblea quedó abierta. Un profesor de Munich pronunció el primer discurso, luego debía yo tomar la palabra por primera vez en público. Hablé durante treinta minutos y aquellos que antes había sentido instintivamente, quedó comprobado por la realidad; tenía condiciones para hablar.

Al finalizar mi discurso, el público en el estrecho recinto, estaba como electrizado y el entusiasmo tuvo su primera manifestación en el hecho de que mi llamada a la generosidad de los presentes dio por resultado una colecta de 300 marcos.

El presidente del partido de entonces, señor Harrer, era periodista de profesión y como tal, indudablemente, un hombre de amplia ilustración. Pero, en su calidad de jefe de partido, pesaba sobre él el gravísimo defecto de no saber hablar para las masas. Minucioso y exacto, como en su trabajo profesional, carecía sin embargo del vuelo espiritual necesario, quizás precisamente debido a esa falta de talento oratorio. El señor Drexler, presidente del grupo regional de Munich en aquel tiempo, era un simple obrero, asimismo incapacitado para la oratoria y que tampoco tenía nada de soldado.

No había servido en el ejército, ni durante la guerra fue combatiente, de modo que a él, débil e indeciso por naturaleza, le faltaba la única escuela capaz de forjar, de caracteres pusilánimes espíritus varoniles. Ambos no eran hombres de la talla de los que llevan en el corazón, no sólo la fe fanática en el triunfo de una causa, sino que, animados de inquebrantable energía y hasta de brutal inexorabilidad, si ello es necesario, son capaces de vencer los obstáculos que pueden embarazar el triunfo de la nueva idea. A este fin podían sólo prestarse hombres que, mental y físicamente, hubiesen adquirido aquellas virtudes militares que quizás podríamos condensar en estos términos: La agilidad del galgo, la resistencia del cuero y la dureza del acero de Krupp. Entonces era yo todavía soldado activo con casi seis años de servicio, de manera que aquel círculo debió considerarme al principio como algo entraño en su seno. En mi vocabulario no regían las palabras: “no es posible” o “será imposible”, “no debe aventurarse”, “es todavía muy peligroso”, etc.

El caso era naturalmente peligroso. Por cierto que los defraudadores marxistas del pueblo, debieron odiar en grado superlativo un movimiento cuya definida finalidad era ganar aquel sector social que hasta aquel momento se hallaba al exclusivo servicio de los partidos internacionales de judíos marxistas y traficantes de la Bolsa. Desde luego, el solo nombre “Partido Obrero Alemán”, constituía una provocación.

Durante todo el invierno de 1919-1920 fue para mí una lucha continua el empeño de consolidar la confianza en la voluntad de vencer que debía animar al joven movimiento y acrecentarlo hasta aquel fanatismo que, convertido en fe, sería después capaz de trasladar montañas.

Entre tanto, el número de los que frecuentaban nuestras asambleas había ascendido a más de 200 y el éxito fue brillante lo mismo en el aspecto exterior, que en el orden económico. Quince días más tarde, la cifra había subido a más de 400.

***

Jamás podré prevenir suficientemente a nuestro joven movimiento sobre el peligro de caer en la red de los llamados “trabajadores silenciosos”. Estos no sólo son cobardes, sino también incapaces y haraganes. Todo hombre que está enterado de una cosa, que se da cuenta de un peligro latente, y que ve la posibilidad de remediarlo, tiene necesariamente la obligación de asumir en público una actitud franca en contra del mal, buscando su curación, en lugar de concretarse a obrar “silenciosamente”.

La mayoría de los “trabajadores silenciosos” se dan ínfulas de saber, ¡Dios sabe qué!

Ninguno de ellos sabe nada, pero tratan de sofisticar al mundo entero con sus artificios; son perezosos, pero despiertan por medio de su decantado trabajo “silencioso” la impresión de que tienen una actividad

enorme y diligente. En una palabra, son embusteros y traficantes políticos, que detestan el trabajo honrado de los otros.

Incluso el más simple agitador que tiene el coraje de defender su causa abierta y varonilmente ante los adversarios en la taberna, labora más que mil de esos hipócritas, mentirosos y pérfidos.

***

A principios del año 1920 induje a organizar el primer mitin. El presidente del partido, señor Harrer, creía no poder apoyar mi iniciativa en cuanto al momento elegido y se decidió en consecuencia, como hombre correcto y honrado, a dejar la presidencia. Antón Drexler fue el sucesor; yo personalmente me había reservado la organización de la propaganda, poniéndome resueltamente a la obra.

Para el 4 de Febrero de aquel año quedó fijada la fecha de realización de la primera gran asamblea popular de nuestro movimiento, todavía casi desconocido hasta entonces. Los preparativos los dirigí yo mismo.

El rojo fue el color elegido; era el más provocador y el que naturalmente más debía indignar e irritar a nuestros detractores, haciéndonos ante ellos inconfundibles por otra razón. A las 07:30 de la noche debía inaugurarse la asamblea. Quince minutos antes ingresé en la sala de la “Hofbräuhaus”, situada en la Plaza de Munich. Mi corazón saltaba de alegría, pues el enorme local se hallaba materialmente repleto de gente en un número mayor a 2.000 personas.

Más de la mitad de la sala parecía hallarse ocupada por comunistas y elementos independientes.

Tomé la palabra a continuación del primer orador. Pocos minutos más tarde menudeaban las interrupciones; en el fondo de la sala se producían escenas violentas. Un grupo de mis fieles camaradas de la guerra y otros pocos adeptos más, se enfrentaron con los perturbadores y sólo paulatinamente pudo restablecerse el orden. Seguí hablando. Media hora después, los aplausos comenzaron a imponerse a los gritos y exclamaciones airadas, y, finalmente, cuando exponía los 25 puntos de nuestro programa, me hallaba frente a una sala atestada de individuos unidos por una nueva convicción, por una nueva fe y por una nueva voluntad. Quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán un día la espada que le devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana.

Y junto al resurgimiento que veía venir, se levantaba inexorable, contra el perjurio del 9 de Noviembre de 1918, la diosa de la venganza.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO: IDEOLOGÍA Y PARTIDO

Era natural que el nuevo movimiento únicamente pudiese esperar asumir la importancia necesaria y obtener la fuerza requerida para su gigantesca lucha, en el caso de que desde el primer momento lograra despertar en el alma de sus partidarios, la sagrada convicción de que dicho movimiento no significaba imponer a la vida política un nuevo lema electoral, sino hacer que una concepción ideológica nueva, de trascendencia capital, llegara a preponderar.

Se debe considerar cuán paupérrimos son los puntos de vista de los cuales emanan generalmente los llamados “programas políticos” y la forma cómo éstos son ataviados de tiempo en tiempo con ropajes nuevos. Siempre es el mismo e invariable motivo el que induce a formular nuevos programas o a modificar los existentes: La preocupación por el resultado de la próxima elección. Se reúnen comisiones que “revisan” el antiguo programa y redactan uno “nuevo”, prometiendo a cada uno lo suyo. Al campesino, se le ofrece para su agricultura; al industrial, para su manufactura; al consumidor, facilidades de compra; los maestros de escuela recibirán aumento de sueldo; los funcionarios mejoramiento de pensiones; viudas y huérfanos gozarán de la ayuda del Estado en escala superlativa; el tráfico, será fomentado; las tarifas, experimentarán considerable reducción y hasta los impuestos quedarán poco menos que abolidos.

Apoyados en estos preparativos y puesta la confianza en Dios y en la proverbial estulticia del cuerpo electoral, inician los partidos su campaña por la llamada “renovación” del Reich.

Pasadas las elecciones, el “señor representante del pueblo”, elegido por un período de cinco años, se encamina todas las mañanas al congreso y llega, por lo menos, hasta la antesala donde encuentra la lista de asistencia. Sacrificándose por el bienestar del pueblo, inscribe allí su ilustre nombre y toma, a cambio de ello, la muy merecida dieta que le corresponde como insignificante compensación por este su continuado y agobiante trabajo.

Al finalizar el cuarto año de su mandato, o también en otras horas críticas, pero especialmente cuando se aproxima la fecha de la disolución de las cortes, invade súbitamente a los señores diputados un inusitado impulso y las orugas parlamentarias salen, cual mariposas de su crisálida, para ir volando al seno del “bien querido” pueblo. De nuevo se dirigen a sus electores, les cuentan de sus labores fatigantes y del malévolo empecinamiento de los adversarios. Dada la granítica estupidez de nuestra humanidad, el éxito no debe sorprendernos.

Guiado por su prensa y alucinado por la seducción del nuevo programa, el rebaño electoral, tanto “burgués” como “proletario”, retorna al establo común para volver a elegir a sus antiguos defraudadores.

¡Nada más decepcionante que observar todo este proceso en su desnuda realidad!

La lucha política, en todos los partidos que se dicen de orientación burguesa, se reduce en verdad a la sola disputa de escaños parlamentarios, en tanto que las convicciones y los principios se echan por la borda cual sacos de lastre; los programas políticos están adaptados, por cierto, a tal estado de cosas. Esos partidos carecen de aquella atracción magnética que arrastra siempre a las masas bajo la dominante impresión de amplios puntos de vista y bajo la fuerza persuasiva de fe incondicional y de coraje fanático para luchar por ellos.

***

Antes de entrar a ocuparte de los problemas y objetivos del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista deseo precisar el concepto “Völkish” (racista) y su relación con nuestro movimiento.

El concepto “völkish” se presenta susceptible de una elástica interpretación y es ilimitado, tal como ocurre, por ejemplo, con el término “religiös” (religioso). También el concepto “völkish” entraña en sí ciertas verdades fundamentales, las cuales, aun teniendo la trascendencia más eminente, son sin embargo tan vagas en su forma, que cobran valor superior al de una simple opinión más o menos autorizada cuando se las engasta como elementos básicos en el marco de un partido político.

LA REALIZACIÓN DE ASPIRACIONES DE CONCEPCIÓN IDEOLÓGICA Y TAMBIÉN LA DE LOS POSTULADOS QUE DE ELLAS DE DERIVAN, NO SON RESULTADO NI DE LA PURA SENSIBILIDAD NI DEL SOLO ANHELO DEL HOMBRE, COMO TAMPOCO V. GR. LA CONSECUCIÓN DE LA LIBERTAD, ES EL FRUTO DEL ANSIA GENERAL POR ELLA.

TODA CONCEPCIÓN IDEOLÓGICA, POR MIL VECES JUSTA Y ÚTIL QUE FUESE PARA LA HUMANIDAD, QUEDARÁ PRÁCTICAMENTE SIN VALOR EN LA VIDA DE UN PUEBLO, MIENTRAS SUS PRINCIPIOS NO SE HAYAN CONVERTIDO EN EL ESCUDO DE UN MOVIMIENTO DE ACCIÓN, EL CUAL A SU VEZ, NO PASARÁ DE SER UN PARTIDO, MIENTRAS NO HAYA CORONADO SU OBRA CON LA VICTORIA DE SUS IDEAS Y MIENTRAS SUS DOGMAS DE PARTIDO NO CONSTITUYAN LAS LEYES BÁSICAS DEL ESTADO DENTRO DE LA COMUNIDAD DEL PUEBLO.

A la representación abstracta de una idea justa en principio, que da el teorizante, debe sumarse la experiencia práctica del político. Al investigador de la verdad tiene que complementarle el conocedor de la psiquis del pueblo para extraer y conformar del fondo de la verdad eterna y del ideal, lo humanamente posible para el simple mortal. Del seno de millones de hombres, donde el individuo adivina con más o menos claridad las verdades proclamadas y quizás, si hasta en parte las aprende, surgirá el hombre que con apodíctica energía forme de las vacilantes concepciones de la gran masa, principios graníticos por cuya verdad exclusiva luchará hasta que del mar ondeante de un mundo libre de ideas emerja la roca de un común sentimiento unitario de fe y voluntad.

El derecho universal de obrar así, se funda en la necesidad, en tanto que tratándose del derecho individual es el éxito el que en ese caso justifica el proceder.

***

La concepción política corriente en nuestros días, descansa generalmente sobre la errónea creencia de que, sin bien se le pueden atribuir al Estado energías creadoras y conformadoras de la cultura, el mismo, en cambio, nada tiene de común con premisas raciales, sino que podría ser más bien considerado como un producto de necesidades económicas o, en el mejor de los casos, el resultado natural del juego de fuerzas políticas. Este criterio, desarrollado lógica y consecuentemente, conduce no sólo al desconocimiento de energías primordiales de la raza, sino también a una deficiente valoración de la persona, ya que la negación de la diversidad de razas, en lo tocante a sus aptitudes generadoras de cultura, hace que ese error capital tenga necesariamente que influir también en la apreciación del individuo. Aceptar la hipótesis de la igualdad de razas, significaría proclamar la igualdad de los pueblos y consiguientemente la de los individuos.

Según eso, el marxismo internacional no es más que una noción hace tiempo existente y a la cual le dio el judío Karl Marx la forma de una definida profesión de fe política. Sin la previa existencia de ese emponzoñamiento de carácter general, jamás habría sido posible el asombroso éxito político de esa doctrina. Karl Marx fue, entre millones, realmente el único que con su visión de profeta descubriera en el fango de una humanidad paulatinamente envilecida, los elementos esenciales del veneno social, y supo reunirlos, cual un genio de la magia negra, en una solución concentrada para poder destruir así con mayor celeridad, la vida independiente de las naciones soberanas del orbe. Y todo esto, al servicio de su propia raza.

Frente a esa concepción, ve la ideología nacionalracista, el valor de la humanidad en sus elementos raciales de origen. En principio considera el Estado sólo como un medio hacia un determinado fin y cuyo objetivo es la conservación racial del hombre. De ninguna manera, por tanto, en la igualdad de las razas, sino que por el contrario, al admitir su diversidad, reconoce también la diferencia cualitativa existente

entre ellas. Esta persuasión de la verdad, le obliga a fomentar la preponderancia del más fuerte y a exigir la supeditación del inferior y del débil, de acuerdo con la voluntad inexorable que domina el universo. En el fondo, rinde así homenaje al principio aristocrático de la Naturaleza y cree en la evidencia de esa ley, hasta tratándose del último de los seres racionales. La ideología racista distingue valores, no sólo entre las razas, sino también entre los individuos. Es el mérito de la personalidad lo que para ella se destaca del conjunto de la masa obrando, por consiguiente, frente a la labor disociadora del marxismo, como fuerza organizadora. Cree en la necesidad de una idealización de la humanidad como condición previa para la existencia de ésta. Pero le niega la razón de ser a una idea ética, si es que, ella, racialmente, constituye un peligro para la vida de los pueblos de una ética superior, pues en un mundo bastardizado o amestizado, estaría predestinada a desaparecer para siempre toda noción de lo bello y digno del hombre, así como la idea de un futuro mejor para la humanidad.

La cultura humana y la civilización están inseparablemente ligadas a la idea de la existencia del hombre ario. Su desaparición o decadencia sumiría de nuevo al globo terráqueo en las tinieblas de una época de barbarie. El socavamiento de la cultura humana por medio del exterminio de sus representantes, es para la concepción de la ideología racista el crimen más execrable.

***

LA CONCRECIÓN SISTEMÁTICA DE UNA IDEOLOGÍA, JAMÁS PODRÁ REALIZARSE SOBRE OTRA BASE QUE NO FUESE UNA DEFINICIÓN PRECISA DE LA MISMA Y TENIENDO EN CUENTA QUE LO QUE PARA LA FE RELIGIOSA REPRESENTAN LOS DOGMAS, SON LOS PRINCIPIOS POLÍTICOS PARA UN PARTIDO EN FORMACIÓN.

POR TANTO, SE IMPONE DOTAR A LA IDEOLOGÍA RACISTA DE UN INSTRUMENTO QUE POSIBILITE SU PROPAGACIÓN ANÁLOGAMENTE A LA FORMA CÓMO LA ORGANIZACIÓN DEL PARTIDO MARXISTA LE ABRE PASO AL INTERNACIONALISMO.

Esta es la finalidad que persigue el partido obrero alemán nacionalsocialista.

Personalmente, vi mi misión en la tarea de extraer del amplio e informe conjunto de una concepción ideológica general, los elementos que son substanciales y darles formas más o menos dogmáticas, de modo que, por su clara precisión, se presten para cohesionar unitariamente a aquellos que juren la idea. En otros términos: EL PARTIDO OBRERO ALEMÁN NACIONALSOCIALISTA TOMA DEL FONDO DE LA IDEA BÁSICA DE UNA CONCEPCIÓN RACISTA GENERAL, LOS ELEMENTOS ESENCIALES PARA FORMAR CON ELLOS –SIN PERDER DE VISTA LA REALIDAD PRÁCTICA, LA ÉPOCA QUE VIVIMOS Y EL MATERIAL HUMANO EXISTENTE, ASÍ COMO LAS FLAQUEZAS INHERENTES A ÉSTE- UNA PROFESIÓN DE FE POLÍTICA, LA CUAL, A SU VEZ, PUEDA HACER DE LA COHESIÓN DE LAS GRANDES MASAS, RÍGIDAMENTE ORGANIZADAS, LA CONDICIÓN PREVIA PARA LA VICTORIOSA EVIDENCIACIÓN DE LA IDEOLOGÍA RACISTA.

CAPÍTULO SEGUNDO: EL ESTADO

Ya en los años de 1920 y 1921, los círculos anticuados de la burguesía, acusaron incesantemente a nuestro movimiento de mantener una posición negativa frente al Estado actual, y de esta acusación la politiquería partidista de todos los sectores hizo derivar el derecho de iniciar, por todos los medios, la lucha opresora contra la joven e incómoda protagonista de una nueva concepción ideológica. Por cierto que deliberadamente se había olvidado de que el mismo burgués de nuestros días era ya incapaz de imaginar bajo el concepto "Estado" un organismo homogéneo y tampoco existía, ni podía existir, una definición concreta para el mismo. A esto se agrega que en nuestras universidades, suelen haber a menudo "difundidores" en forma de catedráticos de Derecho Público, cuya "suprema tarea" consiste en

elucubrar explicaciones e interpretaciones sobre la existencia, más o menos dichosa del Estado al cual deben el pan cotidiano. Cuanto más obtusa sea la contextura de un Estado, tanto más impenetrable, alambicado e incompresible, resulta el sentido de las definiciones de su razón de ser.

En términos generales, se puede distinguir tres criterios diferentes:

a) El grupo de los que ven en el Estado simplemente una asociación, más o menos espontánea, de gentes sometidas al poder de un gobierno. En el solo hecho de la existencia de un Estado, radica, para ellos, una sagrada inviolabilidad. Apoyar semejante extravío de cerebros humanos, supone rendir culto servil a la llamada autoridad del Estado. En un abrir y cerrar de ojos, se transforma en la mentalidad de esas gentes el medio en un fin.

b) El segundo grupo, no admite que la autoridad del Estado represente la única y exclusiva razón de ser de éste, sino que, al mismo tiempo, le corresponde la misión de fomentar el bienestar de sus súbditos. La idea de "libertad", es decir, de una libertad generalmente mal entendida, se intercala en la concepción que esos círculos tienen del Estado. La forma de gobierno ya no parece inviolable por el solo hecho de su existencia; se la analiza más bien desde el punto de vista de su conveniencia. Por lo demás, es un criterio que espera del Estado, sobre todo, una favorable estructuración de la vida económica del individuo; un criterio, por tanto, que juzga desde puntos de vista prácticos y de acuerdo con nociones generales del rendimiento económico. A los representantes principales de esta escuela, los encontramos en los círculos de nuestra burguesía corriente y con preferencia en los de nuestra democracia liberal.

c) El tercer grupo es numéricamente el más débil y cree ver en el Estado un medio para la realización de tendencias imperialistas, a menudo vagamente formuladas dentro de este Estado, de un pueblo homogéneo y del mismo idioma.

***

Fue muy triste observar en los últimos cien años cómo infinidad de veces, pero con la mejor buena fe, se jugó con la palabra "germanizar". Yo mismo recuerdo cómo en mi juventud precisamente esta palabra sugería ideas increíblemente falsas. En los círculos pangermanistas mismos, se podía escuchar, en aquellos tiempos, la absurda opinión de que en Austria, los alemanes, llegarían buenamente a conseguir la germanización de los eslavos de dicho país.

Es un error casi inconcebible creer que, por ejemplo, un negro o un chino se convierten en germanos porque aprendan el idioma alemán y estén dispuestos en lo futuro a hablar la nueva lengua o dar su voto por un partido político alemán.

Desde luego, esto habría significado el comienzo de una bastardización y con ello, en el caso nuestro, no una germanización, sino más bien la destrucción del elemento germano.

Como la nacionalidad o mejor dicho, la raza, no estriba precisamente en el idioma, sino en la sangre, se podría hablar de una germanización sólo en el caso de que, mediante tal proceso, se lograse cambiar la sangre de los sometidos, lo cual constituiría no obstante, un descenso del nivel de la raza superior.

Que enorme es ya el daño que, indirectamente, se ha ocasionado a nuestra nacionalidad, con el hecho de que debido a la falta de conocimiento de muchos americanos, se toma por alemanes a los judíos, que hablando alemán, llegan a América.

LO QUE A TRAVÉS DE LA HISTORIA PUDO GERMANIZARSE PROVECHOSAMENTE, FUE EL SUELO QUE NUESTROS ANTEPASADOS CONQUISTARON CON LA ESPADA Y QUE COLONIZARON DESPUÉS CON CAMPESINOS ALEMANES. Y SI ALLÍ SE INFILTRÓ SANGRE EXTRAÑA EN EL ORGANISMO DE NUESTRO PUEBLO, NO SE HIZO MÁS QUE CONTRIBUIR

CON ELLO A LA FUNESTA DISOCIACIÓN DE NUESTRO CARÁCTER NACIONAL, LO CUAL SE MANIFIESTA EN EL LAMENTABLE SUPERINDIVIDUALISMO DE MUCHOS.

Por eso el primer deber de un nuevo movimiento de opinión, basado sobre la ideología racista, es velar porque el concepto que se tiene del carácter y de la misión del Estado adquiera una forma clara y homogénea.

No es el Estado en sí el que crea un cierto grado cultural; el Estado puede únicamente cuidar de la conservación de la raza de la cual depende esa cultura.

EN CONSECUENCIA, ES LA RAZA Y NO EL ESTADO LO QUE CONSTITUYE LA CONDICIÓN PREVIA DE LA EXISTENCIA DE UNA SOCIEDAD HUMANA SUPERIOR.

Las naciones o mejor dicho las razas que poseen valores culturales y talento creador, llevan latentes en sí mismas, esas cualidades, aun cuando, temporalmente, circunstancias desfavorables no permitan su desarrollo. De eso se infiere también que es una temeraria injusticia presentar a los germanos de la época anterior al cristianismo como hombres “sin cultura”, es decir, bárbaros, cuando jamás lo fueron, pues el haberse visto obligados a vivir bajo condiciones que obstaculizaron el desenvolvimiento de sus energías creadoras, se debió a la inclemencia de su suelo nórdico. De no haber existido el mundo clásico, si los germanos hubiesen llegado a las regiones meridionales de Europa, más propicias a la vida, y si, además, hubiesen contado con los primeros medios técnicos auxiliares, sirviéndose de pueblos de raza inferior, la capacidad creadora de cultura, latente en ellos, hubiera podido alcanzar un brillante florecimiento, como en el caso de los helenos. Pero la innata fuerza creadora de cultura que poseía el germano, puede atribuirse únicamente a su origen nórdico. Llevados a tierras del sur, ni el lapón ni el esquimal podrían desarrollar una elevada cultura. Fue el ario, precisamente a quien la Providencia dotó de la bella facultad de crear y organizar, sea porque él lleve latentes en sí mismo esas cualidades o porque las imprima a la vida que nace según las circunstancias propicias o desfavorables del medio geográfico que lo rodea.

Nosotros los nacionalsocialistas, tenemos que establecer una diferencia rigurosa entre el Estado, como recipiente y la raza como su contenido. El recipiente tiene su razón de ser sólo cuando es capaz de abarcar y proteger el contenido; de lo contrario, carece de valor.

EL FIN SUPREMO DE UN ESTADO RACISTA, CONSISTE EN VELAR POR LA CONSERVACIÓN DE AQUELLOS ELEMENTOS RACIALES DE ORIGEN QUE, COMO FACTORES DE CULTURA, FUERON CAPACES DE CREAR LO BELLO Y LO DIGNO INHERENTE A UNA SOCIEDAD HUMANA SUPERIOR. NOSOTROS, COMO ARIOS, ENTENDEMOS EL ESTADO COMO EL ORGANISMO VIVIENTE DE UN PUEBLO QUE NO SÓLO GARANTIZA LA CONSERVACIÓN DE ÉSTE, SINO QUE LO CONDUCE AL GOCE DE UNA MÁXIMA LIBERTAD, IMPULSANDO EL DESARROLLO DE SUS FACULTADES MORALES E INTELECTUALES.

Aquello que hoy trata de imponérsenos como Estado, generalmente no es más que el monstruoso producto de un hondo desvarío humano que tiene por consecuencia una indecible miseria.

Nosotros los nacionalsocialistas, sabemos que, debido a este modo de pensar, estamos colocados en el mundo actual en un plano revolucionario y llevamos, por tanto, el sello de esta revolución. Mas, nuestro criterio y nuestra manera de actuar, no deben depender, en caso alguno, del aplauso o de la crítica de nuestros contemporáneos, sino, simplemente, de la firme adhesión a la verdad, de la cual estamos persuadidos. Sólo así podremos mantener el convencimiento de que la visión más clara de la posteridad no solamente comprenderá nuestro proceder de hoy, sino que también reconocerá que fue justo, y lo ennoblecerá.

Si nos preguntásemos cómo debería estar constituido el Estado que nosotros necesitamos, tendríamos que

precisar, ante todo, la clase de hombres que ha de abarcar y cual es el fin al que debe servir.

Desgraciadamente nuestra nacionalidad ya no descansa sobre un núcleo racial homogéneo.

El proceso de la fusión de los diferentes componentes étnicos originarios, no está tampoco tan avanzado como para poder hablar de una nueva raza resultante de él. Por el contrario, los sucesivos envenenamientos sanguíneos que sufrió el organismo nacional alemán, en particular a partir de la guerra de los Treinta años, vinieron a alterar la homogeneidad de nuestra sangre y también de nuestro carácter. Las fronteras abiertas de nuestra patria al contacto de pueblos vecinos no germanos, a lo largo de las zonas fronterizas, y ante todo el infiltramiento directo de sangre extraña en el interior del Reich, no dan margen, debido a su continuidad, a la realización de una fusión completa.

Al pueblo alemán le falta aquel firme instinto gregario que radica en la homogeneidad de la sangre y que en los trances de peligro inminente salvaguarda a las naciones de la ruina. El hecho de la inexistencia de una nacionalidad, sanguíneamente homogénea nos ha ocasionado daños dolorosos. Dio ciudades residenciales a muchos pequeños potentados, pero al pueblo mismo le arrebató en su conjunto el derecho señorial.

Significa una bendición el que gracias a esa incompleta promiscuidad, poseamos todavía en nuestro organismo nacional grandes reservas del elemento nórdico germano de sangre incontaminada, y que podamos considerarlo como el tesoro más valioso de nuestro futuro.

EL REICH ALEMÁN, COMO ESTADO, TIENE QUE ABARCAR A TODOS LOS ALEMANES E IMPONERSE LA MISIÓN, SON SÓLO DE COHESIONAR Y DE CONSERVAR LAS RESERVAS MÁS PRECIADAS DE LOS ELEMENTOS RACIALES ORIGINARIOS DE ESTE PUEBLO, SINO TAMBIÉN, LA DE CONDUCIRLOS, LENTA Y FIRMEMENTE, A UNA POSICIÓN PREDOMINANTE.

***

Es posible que para muchos de nuestros actuales burocratizados dirigentes del gobierno, sea más tranquilizador laborar por el mantenimiento de un estado de cosas existente, que luchar por el advenimiento de uno nuevo. Más cómodo les parecerá siempre ver en el Estado un mecanismo destinado llanamente a conservarse a sí mismo y que, por ende, vela también por ellos, ya que su vida "pertenece al Estado", como acostumbran a decir.

En consecuencia, al luchar nosotros por una nueva concepción que responde plenamente al sentido primordial de las cosas, encontraremos muy pocos camaradas en el seno de una sociedad envejecida no sólo orgánicamente, sino también espiritualmente, por desgracia. Por excepción, quizá algunos ancianos con el corazón joven y la mente fresca todavía, vendrán de esos círculos hacia nosotros, pero jamás aquellos que ven el objeto esencial de su vida en la conservación de un estado de cosas ya establecido.

ES UN HECHO QUE, CUANDO EN UNA NACIÓN, CON UNA FINALIDAD COMÚN, UN DETERMINADO CONTINGENTE DE MÁXIMAS ENERGÍAS SE SEGREGA DEFINITIVAMENTE DEL CONJUNTO INERTE DE LA GRAN MASA, ESOS ELEMENTOS DE SELECCIÓN LLEGARÁN A EXALTARSE A LA CATEGORÍA DE DIRIGENTES DEL RESTO. LAS MINORÍAS HACEN LA HISTORIA DEL MUNDO, TODA VEZ QUE ELLAS ENCARNAN, EN SU MINORÍA NUMÉRICA, UNA MAYORÍA DE VOLUNTAD Y DE ENTEREZA.

Por eso lo que hoy a muchos les parece una dificultad, es, en realidad, la premisa de nuestro triunfo. Justamente en la magnitud y en las dificultades de nuestro cometido radica la posibilidad de que sólo los más calificados elementos de lucha han de seguirnos en nuestro camino. Esta selección será la que garantice el éxito.

***

Todo cruzamiento de razas conduce fatalmente, tarde o temprano, a la extinción del producto híbrido mientras en el ambiente coexista, en alguna forma de unidad racial, el elemento cualitativamente superior representado en este cruzamiento. El peligro que amenaza al producto híbrido desaparece en el preciso momento de la bastardización del último elemento puro de raza superior.

En esto se dunda el proceso de la regeneración natural que, aunque lentamente, contando con un núcleo de elementos de raza pura y siempre que haya cesado la bastardización, llega a absorber, poco a poco, los gérmenes del envenenamiento racial.

UN ESTADO DE CONCEPCIÓN RACISTA, TENDRÁ EN PRIMER LUGAR, EL DEBER DE LIBRAR AL MATRIMONIO DEL PLANO DE UNA PERPETUA DEGRADACIÓN RACIAL Y CONSAGRARLO COMO LA INSTITUCIÓN DESTINADA A CREAR SERES A LA IMAGEN DEL SEÑOR Y NO MONSTRUOS, MITAD HOMBRE, MITAD MONO.

Toda protesta contra esta tesis, fundándose en razones llamadas humanitarias, están en una abierta oposición con una época en la que, por un lado, se da a cualquier degenerado la posibilidad de multiplicarse, lo cual supone imponer a sus descendientes y a los contemporáneos de éstos indecibles penalidades, en tanto que, por el otro, se ofrece en droguerías y hasta en puestos de venta ambulante, los medios destinados a evitar la concepción en la mujer, aún tratándose de padres completamente sanos. En el Estado actual de "orden y tranquilidad", es pues un crimen ante los ojos de las famosas personalidades nacional-burguesas el tratar de anular la capacidad de procreación de los sifilíticos, tuberculosos, tarados atávicos, defectuosos y cretinos; inversamente, nada tiene para ellos de malo ni afecta a las "buenas costumbres" de dicha sociedad, constituida de puras apariencias y miope por inercia, el hecho de que millones de los más sanos restrinjan prácticamente la natalidad.

¡Qué infinitamente huérfano de ideas y de nobleza es todo este sistema! Nadie se inquieta

ya por legar a la posteridad lo mejor, sino que llanamente, se deja que las cosas sigan su curso...

ES DEBER DEL ESTADO RACISTA, REPARAR LOS DAÑOS OCASIONADOS EN ESTE ORDEN. TIENE QUE COMENZAR POR HACER DE LA CUESTIÓN RAZA EL PUNTO CENTRAL DE LA VIDA GENERAL. TIENE QUE VELAR POR LA CONSERVACIÓN DE SU PUREZA Y TIENE TAMBIÉN QUE CONSAGRARSE AL NIÑO COMO AL TESORO MÁS PRECIADO DE SU PUEBLO. ESTÁ OBLIGADO A CUIDARSE DE QUE SOLO LOS INDIVIDUOS SANOS TENGAN DESCENDENCIA. DEBE INCULCAR QUE EXISTE UN OPROBIO ÚNICO: ENGENDRAR ESTANDO ENFERMO O SIENDO DEFECTUOSO; PERO QUE FRENTE A ESTO, HAY UNA ACCIÓN QUE DIGNIFICA: RENUNCIAR A LA DESCENDENCIA. POR EL CONTRARIO DEBERÁ CONSIDERAR EXECRABLE EL PRIVAR A LA NACIÓN DE NIÑOS SANOS. EL ESTADO TENDRÁ QUE SER EL GARANTIZADOR DE UN FUTURO MILENARIO FRENTE AL CUAL NADA SIGNIFICAN, Y NO HARÁN MÁS QUE DOBLEGARSE, EL DESEO Y EL EGOÍSMO INDIVIDUALES. EL ESTADO TIENE QUE PONER LOS MÁS MODERNOS RECURSOS MÉDICOS AL SERVICIO DE ESTA NECESIDAD. TODO INDIVIDUO NOTORIAMENTE ENFERMO Y ATÁVICAMENTE TARADO, Y COMO TAL, SUSCEPTIBLE DE SEGUIR TRASMITIENDO POR HERENCIA SUS DEFECTOS, DEBE SER DECLARADO INEPTO PARA LA PROCREACIÓN Y SOMETIDO AL TRATAMIENTO PRÁCTICO. POR OTRO LADO, EL ESTADO TIENE QUE VELAR POR QUE NO SUFRA RESTRICCIONES LA FECUNDIDAD DE LA MUJER SANA COMO CONSECUENCIA DE LA PÉSIMA ADMINISTRACIÓN ECONÓMICA DE UN RÉGIMEN DE GOBIERNO QUE HA CONVERTIDO EN UNA MALDICIÓN PARA LOS PADRES LA DICHA DE TENER UNA PROLE NUMEROSA.

AQUEL QUE FÍSICA Y MENTALMENTE NO ES SANO, NO DEBE, NO PUEDE PERPETUAR SUS MALES EN EL CUERPO DE SU HIJO. ENORME ES EL TRABAJO EDUCATIVO QUE PESA SOBRE EL ESTADO RACISTA EN ESTE ORDEN, PERO SU OBRA APARECERÁ UN DÍA COMO UN HECHO MÁS GRANDIOSO QUE LA MÁS GLORIOSA DE LAS GUERRAS DE ESTA NUESTRA ÉPOCA BURGUESA. EL ESTADO TIENE QUE PERSUADIR AL INDIVIDUO, POR MEDIO DE LA EDUCACIÓN, DE QUE ESTAR ENFERMO Y ENDEBLE NO ES UNA AFRENTA, SINO SIMPLEMENTE UNA DESGRACIA DIGNA DE COMPASIÓN; PERO QUE ES UN CRIMEN Y POR CONSIGUIENTE, UNA AFRENTA, INFAMAR POR PROPIO EGOÍSMO ESA DESGRACIA, TRASMITIÉNDOLA A SERES INOCENTES.

El Estado deberá obrar prescindiendo de la comprensión o incomprensión, de la popularidad o impopularidad que provoque su modo de proceder en este sentido.

Apoyada en el Estado, la ideología racista logrará, a la postre, el advenimiento de una época mejor, en la cual los hombres, no se preocuparán más que de la selección de perros, caballos y gatos, sino de levantar EL NIVEL RACIAL DEL HOMBRE MISMO; UNA ÉPOCA EN LA CUAL UNOS, RECONOCIENDO SU DESGRACIA, RENUNCIEN SILENCIOSAMENTE, EN TANTO QUE LOS OTROS DEN GOZOSOS SU TRIBUTO A LA DESCENDENCIA.

Que esto es factible, no se puede negar en un mundo donde cientos de miles se imponen voluntariamente el celibato sin otro compromiso que el precepto de una religión.

Cuando una generación adolece de defectos y los reconoce y hasta los confiesa, para luego conformarse con la cómoda disculpa de que nada se puede remediar, quiere decir que esa sociedad hace tiempo que inició su decadencia.

Nosotros no debemos hacernos ninguna ilusión. ¡No! Bien sabemos que nuestro mundo burgués de hoy es ya incapaz de ponerse al servicio de ninguna elevada misión de la humanidad porque, sencillamente, en cuanto a calidad, es pésima su condición. Y es pésima debido menos a una maldad intencionada, que a

una incalificable indolencia y a todo lo nocivo que de ello emana.

He aquí también la razón porque aquellos clubes que abundan bajo la denominación genérica de “partidos burgueses”, hace tiempo que no son otra cosa que comunidades de intereses creados de determinados grupos profesionales y clases, de suerte que su máximo objetivo se concreta ya sólo a la defensa más apropiada de intereses egoístas.

Ocioso es, por cierto, querer explicar que un gremio tal de “burgueses políticos” pueda prestarse a todo menos a la lucha, especialmente si el sector adversario no se compone de timoratos sino de masas proletarias fuertemente aleccionadas y dispuestas a todo.

***

Si consideremos como el primer deber del Estado la conservación, el cuidado y el desarrollo de nuestros elementos sociales, en servicio y por el bien de la nacionalidad, lógico es pues que ese celo protector no debe acabar con el nacimiento del pequeño congénere, sino que el Estado tiene que hacer de él un elemento valioso, digo de reproducirse después.

FUNDÁNDOSE EN ESTA CONVICCIÓN, EL ESTADO RACISTA NO PARTICULARIZA SU MISIÓN EDUCADORA A LA MERA TAREA DE INSUFLAR CONOCIMIENTOS DEL SABER HUMANO. NO, SU OBJETIVO CONSISTE, EN PRIMER TÉRMINO, EN FORMAR HOMBRES FÍSICAMENTE SANOS. SEGUIDAMENTE, EN SEGUNDO PLANO, ESTÁ EL DESARROLLO DE LAS FACULTADES MENTALES Y AQUÍ, A SU VEZ, EN EL FOMENTO DE LA FUERZA DE VOLUNTAD Y DE DECISIÓN, HABITUANDO AL EDUCANDO A ASUMIR GUSTOSO LA RESPONSABILIDAD DE SUS ACTOS. COMO COROLARIO VIENE LA INSTRUCCIÓN CIENTÍFICA.

EL ESTADO RACISTA DEBE PARTIR DEL PUNTO DE VISTA DE QUE UN HOMBRE, SI BIEN DE INSTRUCCIÓN MODESTA PERO DE CUERPO SANO Y DE CARÁCTER FIRME, REBOSANTE DE VOLUNTAD Y DE ESPÍRITU DE ACCIÓN, VALE MÁS PARA LA COMUNIDAD DEL PUEBLO QUE UN SUPERINTELECTUAL ENCLENQUE.

Por tanto, el entrenamiento físico, en el Estado racista, no constituye una cuestión individual, ni menos algo que incumbe sólo a los padres, interesando a la comunidad sólo en segundo o tercer término, sino que es una necesidad de la conservación nacional representada y garantizada por el Estado. Del mismo modo que en lo tocante a la instrucción escolar interviene hoy el Estado en el derecho de la autodeterminación del individuo y le supedita al derecho de la colectividad, sometiendo al niño a la instrucción obligatoria, sin previo consentimiento de los padres, así también, pero en una escala mayor, tiene el Estado racista que imponer un día su autoridad frente al desconocimiento o a la incomprensión del individuo en cuestiones que afectan a la conservación del acervo nacional. Su labor educativa deberá estar organizada de tal suerte, que el cuerpo del niño sea tratado convenientemente desde la primera infancia, para que así adquiera el temple físico necesario al desarrollo de su vida. Tendrá que velar, ante todo, porque no se forme una generación de sedentarios.

La escuela, en el Estado racista, deberá dedicar a la educación física infinitamente más tiempo del actualmente fijado. No debería transcurrir un solo día sin que el adolescente deje de consagrarse por lo menos durante una hora por la mañana y durante otra por la tarde al entrenamiento de su cuerpo, mediante deportes y ejercicios gimnásticos. En particular, no puede prescindirse de un deporte que justamente ante los ojos de muchos que se dicen “racistas” es rudo e indigno: El pugilato. Es increíble cuán erróneas son las opiniones difundidas en este respecto en las esferas “cultas”, donde se considera natural y honorable que el joven aprenda esgrima y juegue a la espada, en tanto que el boxeo lo conceptúan como una torpeza. ¿Y por qué? No existe deporte alguno que fomente como este él espíritu de ataque y la facultad de rápida decisión, haciendo que el cuerpo adquiera la flexibilidad del acero. No es más brutal que dos jóvenes diluciden un altercado con los puños que con una lámina de aguzado acero. Tampoco es menos noble que un hombre agredido se defienda de su agresor con los puños, en vez de huir para apelar a la policía.

El tipo humano ideal que busca el Estado racista, no está representado por el pequeño moralista burgués o la solterona virtuosa, sino por la retemplada encarnación de la energía viril y por mujeres capaces de dar a luz verdaderos hombres. Es así como el deporte no sólo está destinado a hacer del individuo un hombre fuerte, diestro y audaz, sino también a endurecerle y enseñarle a soportar inclemencias.

Si toda nuestra esfera superior de intelectuales no hubiese sido educada tan exclusivamente en medio de reglas de atildado trato y hubiese aprendido también a boxear, jamás habría sido posible la revolución de 1918, revolución hecha por rufianes, desertores y otros maleantes. Porque lo que a estos les dio el triunfo no fue el fruto de su osadía, ni de su fuerza de acción, sino más bien el resultado de la cobarde y miserable falta de entereza por parte de los que entonces dirigían el Estado y eran los responsables.

NUESTRO PUEBLO ALEMÁN, QUE ACTUALMENTE YACE EN LA RUINA EXPUESTO A LAS PATADAS DEL RESTO DEL MUNDO, NECESITA JUSTAMENTE AQUELLA FUERZA DE SUGESTIÓN QUE ENGENDRA LA CONFIANZA EN SÍ MISMO. ESTE SENTIMIENTO DE CONFIANZA EN SÍ MISMO, TIENE QUE SER INCULCADO DESDE LA NIÑEZ. TODA LA EDUCACIÓN Y LA INSTRUCCIÓN DEL JOVEN DEBEN ESTRIBAR EN LA TAREA DE CIMENTAR LA CONVICCIÓN DE QUE EN NINGÚN CASO ÉL ES MENOS QUE OTROS.

MEDIANTE SU VIGOR FÍSICO Y SU AGILIDAD, DEBE RECOBRAR LA FE EN LA INVENCIBILIDAD DE SU RAZA, PUES, AQUELLO QUE OTRORA CONDUJERA AL EJÉRCITO ALEMÁN A LA VICTORIA, FUE LA SUMA DE CONFIANZA QUE POSEÍA EN SÍ MISMO CADA UNO DE SUS COMPONENTES Y, A SU VEZ, TODOS EN EL COMANDO. LO QUE HA DE LEVANTAR DE NUEVO LA PUEBLO ALEMÁN, ES SIN DUDA LA CONVICCIÓN DE LA POSIBILIDAD DE VOLVER AL GOCE DE SU LIBERTAD. PERO ESTA CONVICCIÓN NO PUEDE SER SINO EL RESULTADO DE UN SENTIMIENTO COMÚN ARRAIGADO EN EL ALMA DE MILLONES.

Tampoco en esto debemos hacernos ilusiones, porque si enorme fue en magnitud el desastre sufrido por nuestro pueblo, no menos enorme tienen que ser el esfuerzo que hagamos para que un día quede dominada la calamidad que nos aflige. Sólo gracias a un supremo esfuerzo de la voluntad nacional y sólo gracias, también, a un sumum de ansia libertaria y de pasión ardiente, ha de poderse compensar lo que hoy nos falta.

***

El Estado racista tiene que llevar a cabo y supervigilar el entrenamiento físico de la juventud, no únicamente durante los años de la vida escolar; su obligación se extiende también al periodo postescolar, en que debe velar que mientras el joven se halle en el desarrollo, ese desarrollo se efectúe en bien suyo. Es un absurdo admitir que terminado el periodo escolar cese súbitamente el derecho de supervigilancia del Estado sobre la vida de sus jóvenes ciudadanos, para volver a ponerlo en práctica cuando el individuo entra a prestar su servicio militar. Ese derecho es una obligación y como tal tiene carácter permanente.

Es indiferente la forma en que el Estado prosiga esta educación. Lo esencial es que lo haga buscando los medios más convenientes. En líneas generales, esa educación podría constituir una especie de preparación previa para el servicio militar, de manera que el ejército no tenga ya necesidad, como hasta ahora, de iniciar al joven en las más elementales nociones de los ejercicios reglamentarios, y así no incorporaría ya reclutas del tipo corriente de hoy, sino que, simplemente, convertiría en soldado al conscripto ya de antemano excelentemente entrenado.

El objetivo principal de la instrucción militar tendrá que ser, empero, el mismo que otrora constituyera el mayor mérito del antiguo ejército: El lograr que esa escuela haga del joven un hombre; allí no aprenderá a obedecer solamente, sino a adquirir asimismo las condiciones que lo capaciten para poder mandar un día. Deberá aprender a callar no sólo cuando se le reprenda con razón, sin también –si es necesario- en el caso inverso.

Cumplido el servicio militar, dos documentos deben extendérsele:

1º. SU DIPLOMA DE CIUDADANO, como título jurídico que lo habilite para ejercer en adelante una actividad pública;

2º. SU CERTIFICADO DE SALUBRIDAD, como testimonio de sanidad corporal para el matrimonio.

Análogamente al procedimiento que se emplea con el muchacho, el Estado racista puede orientar la educación de la muchacha, partiendo de puntos de vista iguales. También en este caso tiene que recaer la atención ante todo sobre el entrenamiento físico; inmediatamente después, conviene fomentar las

facultades morales y por último las intelectuales. La finalidad de la educación femenina es inmutablemente, moldear a la futura madre.

***

con qué frecuencia había motivo en la guerra para quejarse de que nuestro pueblo fuese tan poco capaz de guardar discreción. ¿Cuán difícil fue por esto substraer al conocimiento del enemigo secretos importantes?. Pero debemos preguntarnos, ¿qué hizo la educación alemana de la anteguerra para inculcar en el individuo la noción de la discreción y si se trató siquiera de presentarla como una varonil y valiosa virtud? Para el criterio de nuestros educadores actuales todo esto es sólo una bagatela, una bagatela sin embargo que le cuesta al Estado innumerables millones en concepto de gastos judiciales, ya que el 90 por 100 de todos los procesos por difamación o motivos análogos, proviene únicamente de la falta de discreción. Expresiones irresponsablemente lanzadas van de boca en boca con igual desparpajo; nuestra economía nacional sufre constantemente perjuicios, debido a imprudentes revelaciones sobre métodos especiales de fabricación, etc., a tal punto que, hasta los mismos preparativos secretos relacionados con la defensa del país, resultan ilusorios, porque sencillamente el pueblo no aprendió a guardar reserva, sino, más bien, a divulgarlo todo. Por cierto que en una guerra ese prurito de hablar puede conducir a la pérdida de batallas y a contribuir así notablemente al desenlace desfavorable de la contienda. También aquí se debe compartir la persecución de que aquello que no se ejercitó en la juventud mal puede saberse practicar en la vejez. Hoy en día, en la escuela, es igual a cero el desarrollo consciente de las buenas y nobles cualidades del carácter.

En lo futuro, se impone darle a este aspecto toda la significación que merece. LEALTAD, ESPÍRITU DE SACRIFICIO Y DISCRECIÓN son virtudes INDISPENSABLES a un gran pueblo; virtudes cuya enseñanza y cultivo, en la escuela, tienen más importancia que muchas de las asignaturas que llenan los programas escolares.

El Estado racista, en consecuencia, al lado del trabajo de entrenamiento corporal debe dar, dentro de su labor educativa, una máxima significación a la formación del carácter. Numerosos defectos morales que en la actualidad pesan sobre nuestro pueblo, podrían ser, si no extirpados completamente, por lo menos atenuados en gran parte, gracias a las ventajas de un sistema de educación bien orientado.

***

Todos nos hemos lamentado a menudo de que en aquellos funestos tiempos de Noviembre y Diciembre de 1918, todas las autoridades hubieran claudicado y de que, desde el monarca al último divisionario ya nadie tuviese la entereza de obrar por propia iniciativa. También este terrible hecho fue el resultado de nuestra educación, pues, en esta catástrofe, no hizo más que revelarse, en una medida desfigurada hasta la enormidad, aquella falla que, en pequeño, era común a todos. Esa falta de voluntad y no precisamente la carencia de armas, es lo que hoy nos hace incapaces de una resistencia verdadera. Tal defecto está arraigado en el alma de nuestro pueblo, oponiéndose a toda decisión que entrañe un riesgo y como si lo magno de una acción no se manifestase justamente en la osadía. Sin darse cuenta, un general alemán encontró la fórmula clásica para definir semejante ausencia de voluntad: "Yo acostumbro a obrar –decía- sólo cuando cuento con 51 por 100 de probabilidades de éxito". Aquí, en estos "51 por 100" radica la causa del trágico desastre alemán. Aquél que exige previamente del destino la garantía del éxito, renuncia desde luego al mérito de una acción heroica, ya que ésta estriba precisamente en la persuasión de que, ante el peligro fatal de una situación dada, se opta por el paso que quizás pudiera resultar salvador.

Bien se puede decir que corresponde a la misma línea de conducta el temor a la responsabilidad que flota en el ambiente. También en este caso el error está en la falsa educación de nuestra juventud, error que después llega a saturar el conjunto de la vida pública y que encuentra, por último, su culminación inmortal en la institución del gobierno parlamentario.

DEL MISMO MODO QUE EL ESTADO RACISTA TENDRÁ UN DÍA QUE DEDICAR UNA MÁXIMA ATENCIÓN A LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD Y DEL ESPÍRITU DE DECISIÓN, DEBERÁ IGUALMENTE IMBUIR, DESDE UN COMIENZO, EN LOS CORAZONES DE LA JUVENTUD LA SATISFACCIÓN DE LA RESPONSABILIDAD Y EL VALOR DE RECONOCER LA PROPIA CULPA.

***

Con escasas modificaciones, podrá el Estado racista incorporar a su sistema educacional el plan de la instrucción científica vigente que constituye en realidad el principio y el fin de toda labor educativa del Estado actual.

ANTE TODO, EL CEREBRO JUVENIL NO DEBE, POR LO GENERAL, SER SOBRECARGADO DE CONOCIMIENTOS QUE, EN UNA PROPORCIÓN DE UN 95 POR 100, NO SON APROVECHADOS POR ÉL Y SON, POR CONSIGUIENTE, OLVIDADOS.

Tómese, por ejemplo, el tipo normal del empleado público de 35 a 40 años de edad, que haya cursado en un Gymnasium o en otro establecimiento de humanidades (Oberrealschule); si se examinan los conocimientos que penosamente adquirió en la escuela, se verá cuán poco quedó de todo aquello!

En particular, se impone una reforma en el método de enseñar la historia. Probablemente en país alguno se aprende más historia que en Alemania, y tampoco, en el mundo, habrá un pueblo que, a semejanza del nuestro, sepa servirse tan pésimamente de las lecciones que ella ofrece. En un 99 por 100 de los casos, es ínfimo el resultado de la forma actual de la enseñanza en este ramo de la ciencia. A menudo la memoria retiene sólo algunas fechas y nombres, en tanto que es notoria la falta absoluta de una orientación grande y clara. Todo lo esencial, es decir, aquello que en realidad debe aprenderse, sencillamente, no se enseña; queda librado a la intuición más o menos genial del alumno, deducir de un cúmulo de fechas y de la sucesión de los hechos, las causas determinantes de los procesos históricos.

Es justamente en la enseñanza de la historia en la que se debe proceder a una simplificación de los programas. La utilidad de este estudio consiste en precisar las grandes líneas de la evolución humana, ya que no se aprende historia con la sola finalidad de enterarse de lo que fue, sino para encontrar en ella una fuente de enseñanza necesaria al porvenir y a la conservación de la propia nacionalidad. No se diga que el estudio a fondo de la historia supone el conocimiento minucioso de fechas, como base para la deducción de las grandes líneas. Esta deducción incumbe a los investigadores científicos.

POR LO DEMÁS, ES TAREA DE UN ESTADO RACISTA, VELAR PORQUE, AL FIN, SE LLEGUE A ESCRIBIR UNA HISTORIA UNIVERSAL DONDE EL PROBLEMA RACIAL OCUPE LUGAR PREDOMINANTE.

En la enseñanza de la historia cabe sobre todo no prescindir del estudio de la época clásica.

La historia romana, debidamente apreciada en sus grandes aspectos, es y será siempre el mejor maestro de todos los tiempos.

***

La segunda modificación indispensable en los programas escolares, bajo el Estado racista, se refiere a lo siguiente:

Signo característico de la época materialista en que vivimos es el hecho de que nuestra instrucción se concrete más y más a las ciencias exactas, es decir, las matemáticas, la física, la química, etc. Por necesario que esto fuese en tiempos en que dominan la técnica y la química, no por eso deja de entrañar un inminente peligro el exclusivismo científico creciente de la instrucción general, en una nación. Por el contrario, la instrucción general debería ser siempre de índole idealista.

Conviene establecer una diferenciación precisa entre la instrucción general y las especializaciones profesionales; y por lo mismo que estas últimas están amenazadas de descender cada vez más a un plano de servicio exclusivo al dios Amon, la instrucción general de orientación idealista debería ser mantenida a manera de contrapeso.

También, en este caso, es necesario grabar firmemente el principio de que la industria y la técnica, el comercio y las profesiones, pueden florecer solamente mientras una comunidad nacional, inspirada en fines idealistas, les dé las condiciones inherentes a su desarrollo. Pero estas condiciones no radican en el egoísmo materialista, sino en un espíritu altruista, dispuesto al sacrificio.

***

Como el Estado actual no representa en sí más que una simple forma, es muy difícil educar hombres con esa orientación y menos aun imponerles deberes. Una forma es susceptible de romperse fácilmente. De todos modos, el concepto "Estado" carece hoy de un sentido claro y no queda otro camino que el de la educación "patriótica" corriente. En la Alemania de la anteguerra, descansaba este "patriotismo" en una glorificación poco inteligente y a menudo muy sosa de minúsculos potentados, lo cual implicaba desde luego renunciar al culto que se debía a las figuras realmente eminentes de nuestro pueblo.

Es obvio anotar que en estas condiciones no era posible concebir un entusiasmo nacional verdadero. A nuestros hombres-símbolos no se les supo presentar como a héroes máximos ante los ojos de la generación del presente, haciendo que la atención general se concretase a ellos, creándose así un sentimiento cívico común.

Desde que la revolución derrotista de 1918 hiciera su entrada triunfal en Alemania y el patriotismo monárquico tocara, con ello, a su fin, el objeto de la enseñanza de la historia en nuestras escuelas no es otro realmente que la mera adquisición de conocimientos. El Estado, tal como ahora existe, no requiere del sentimiento nacional y lo que anhela tampoco lo logrará jamás. Si en una época regida por el principio de las nacionalidades, no pudo existir un decidido patriotismo dinástico, mucho menos factible es ahora el entusiasmo republicano. Y no debe caber duda alguna de que, bajo el lema "Por la república" el pueblo alemán nunca habría permanecido cuatro largos años en los campos de batalla.

ES EVIDENTE QUE LA REPÚBLICA ALEMANA DEBE SU TRANQUILA EXISTENCIA A LA DOCILIDAD CON QUE POR DOQUIER ACEPTA VOLUNTARIAMENTE CUANTO TRIBUTO SE LE IMPONE O LA FACILIDAD CON QUE SUSCRIBE TODO PACTO QUE IMPLIQUE UN RENUNCIAMIENTO NACIONAL.

Es lógico que esta república goce de simpatías en el resto del mundo; un débil es siempre más agradable para los que de él se sirven, que un espíritu fuerte. A la república alemana se la quiere y se la deja vivir por la sencilla razón de que no se podría encontrar un mejor aliado para la obra de esclavización de nuestro pueblo. El Estado alemán racista tendrá que luchar por su existencia. Es evidente que no podrá mantenerse ni defender su vida por la sola virtud de suscribir un Plan Dawes. El Estado racista requerirá para su existencia y seguridad justamente de todo eso de lo cual hoy se cree que se puede prescindir. Cuanto más incomparable y valioso se haga este Estado en su forma y en su fondo, mayor será la emulación y la resistencia que le opongan sus detractores. Sus ciudadanos mismos y no sus armas, serán entonces sus mejores medios de defensa; no lo protegerán barricadas sino la muralla viva de hombres y mujeres plenos de amor supremo a la patria y de fanático entusiasmo nacional.

El tercer aspecto a considerar en lo concerniente a la instrucción es este:

TAMBIÉN LA CIENCIA TIENE QUE SERVIR AL ESTADO RACISTA COMO UN MEDIO HACIA EL FOMENTO DEL ORGULLO NACIONAL. SE DEBE ENSEÑAR DESDE ESTE PUNTO DE VISTA NO SÓLO LA HISTORIA UNIVERSAL, SINO TODA LA HISTORIA DE LA CULTURA

HUMANA. NO BASTARÁ QUE UN INVENTOR APAREZCA GRANDE ÚNICAMENTE COMO INVENTOR, SINO QUE DEBE APARECER TODAVÍA MÁS GRANDE COMO HIJO DE SU NACIÓN.

LA ADMIRACIÓN QUE INSPIRA TODO HECHO MAGNO, DEBE TRANSFORMARSE EN EL ORGULLO DE SABER QUE EL PROMOTOR DEL MISMO FUE UN COMPATRIOTA. DEL INNUMERABLE CONJUNTO DE LOS GRANDES HOMBRES QUE LLENAN LA HISTORIA ALEMANA, SE IMPONE SELECCIONAR LOS MÁS EMINENTES PARA INCULCARLOS EN LA MENTE DE LA JUVENTUD, DE TAL MODO QUE ESOS NOMBRES SE CONVIERTAN EN COLUMNAS INCONMOVIBLES DEL SENTIMIENTO NACIONAL.

Para que este sentimiento nacional sea legítimo desde un comienzo y no consiste en una mera apariencia, justo es que en los cerebros plasmables de la juventud se cimiente un férreo principio:

QUIÉN AMA A SU PATRIA PRUEBA ESE AMOR SÓLO MEDIANTE EL SACRIFICIO QUE POR ELLA ESTÁ DISPUESTO A HACER. UN PATRIOTISMO QUE NO ASPIRA SINO AL BENEFICIO PERSONAL, NO ES PATRIOTISMO. TAMPOCO ES NACIONALISMO, EL NACIONALISMO QUE ABARCA SÓLO DETERMINADAS CLASES SOCIALES. LOS HURRAS NADA PRUEBAN Y NO LE DAN DERECHO A LLAMARSE PATRIOTA A QUIEN ASÍ EXCLAMA, SI NO ESTÁ IMBUIDO DE LA NOBLE SOLICITUD DE VELAR POR LA CONSERVACIÓN DE SU RAZA. SOLAMENTE PUEDE UNO SENTIRSE ORGULLOSO DE SU PUEBLO CUANDO YA NO TENGA QUE AVERGONZARSE DE NINGUNA DE LAS CLASES SOCIALES QUE FORMAN ESTE PUEBLO. PERO CUANDO UNA MITAD DE ÉL VIVE EN CONDICIONES MISERABLES E INCLUSO SE HA DEPRAVADO, EL CUADRO ES TAN TRISTE, QUE NO HAY RAZÓN PARA SENTIR ORGULLO.

SÓLO CUANDO UNA NACIÓN ES, MATERIAL Y MORALMENTE, SANA EN TODAS SUS PARTES CONSTITUTIVAS, PUEDE LA SATISFACCIÓN DE PERTENECER A ELLA, QUE EXPERIMENTA EL INDIVIDUO, EXALTARSE CON DERECHO A LA CATEGORÍA DEL ELEVADO SENTIMIENTO QUE DENOMINAMOS ORGULLO NACIONAL. PERO ESTE NOBLE ORGULLO PUEDE SENTIRLO ÚNICAMENTE AQUÉL QUE ES CONSCIENTE DE LA GRANDEZA DE SU PUEBLO.

EL MIEDO QUE EL "CHAUVINISMO" LE INSPIRA A NUESTRA ÉPOCA CONSTITUYE EL SIGNO DE SU IMPOTENCIA. ES EVIDENTE QUE EL MUNDO DE HOY VA CAMINO DE UNA GRAN REVOLUCIÓN. Y TODO SE REDUCE AL INTERROGANTE DE SI ELLA RESULTARÁ EN BIEN DE LA HUMANIDAD ARIA O EN PROVECHO DEL JUDÍO ERRANTE.

MEDIANTE UNA APROPIADA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD, PODRÁ EL ESTADO RACISTA CONTAR CON UNA GENERACIÓN CAPAZ DE RESISTIR LA PRUEBA EN LA HORA DE LAS SUPREMAS DECISIONES.

SERÁ VENCEDOR AQUEL PUEBLO QUE PRIMERO OPTE POR ESTE CAMINO.

***

LA CULMINACIÓN DE TODA LABOR EDUCACIONAL DEL ESTADO RACISTA CONSISTIRÁ EN INFILTRAR INSTINTIVA Y RACIONALMENTE EN LOS CORAZONES Y LOS CEREBROS DE LA JUVENTUD QUE LE ESTÁ CONFIADA, LA NOCIÓN Y EL SENTIMIENTO DE RAZA. NINGÚN ADOLESCENTE, SEA VARÓN O MUJER, DEBERÁ DEJAR LA ESCUELA ANTES DE HALLARSE PLENAMENTE COMPENETRADO CON LO QUE SIGNIFICA LA PURIDAD DE LA SANGRE Y SU NECESIDAD. ADEMÁS, ESTA EDUCACIÓN, DESDE EL PUNTO DE VISTA RACIAL, TIENE QUE ALCANZAR SU PERFECCIÓN EN EL SERVICIO MILITAR, ES DECIR, QUE EL TIEMPO QUE DURE ESTE SERVICIO HAY QUE CONSIDERARLO COMO LA ETAPA FINAL DEL PROCESO NORMAL DE LA EDUCACIÓN DEL ALEMÁN EN GENERAL.

Si en el Estado racista ha de tener capital importancia la forma de la educación física e intelectual, no menos esencial será para él la selección de los elementos mejores. Este aspecto se toma hoy en cuenta muy superficialmente. Por lo general, es sólo a los hijos de familias de alta situación económica y social a quienes, desde luego, se conceptúa dignos de recibir una instrucción superior. El talento juega aquí un rol secundario. Propiamente se puede apreciar sólo de modo relativo. Es posible, por ejemplo, que un muchacho campesino, aunque de instrucción inferior con respecto al hijo de una familia que ocupa desde generaciones atrás un rango elevado, posea más talento que éste. El hecho de que el niño burgués revele mayores conocimientos, nada tiene que ver en el fondo con el talento mismo, sino que radica en el cúmulo notoriamente más grande de impresiones que este niño recibe ininterrumpidamente como resultado de su múltiple educación y del cómodo ambiente de vida que le rodea.

En la actualidad existe quizá un solo campo de actividad donde realmente influye menos el origen social que el talento innato: El Arte. En él se evidencia manifiestamente que el genio no es atributo de las esferas superiores y ni de la fortuna. No es raro que los más grandes artistas procedan de las más pobres familias.

Se pretende afirmar que lo que tratándose del arte es innegable, no cabe en las llamadas ciencias exactas. Si bien, a base de un cierto entrenamiento mental, es posible infiltrar en el cerebro de un hombre de tipo corriente, conocimientos superiores a los de su medio; pero todo esto no es más que ciencia muerta y, por tanto, estéril. Este hombre resultará una enciclopedia viviente, mas, será un perfecto inútil en todas las situaciones difíciles y momentos decisivos de la vida.

SOLO ALLÍ DONDE SE AÚNEN LA CAPACIDAD Y EL SABER, PUEDEN SURGIR OBRAS DE IMPULSO CREADOR. Si en los últimos decenios el número de inventos importantes aumentó extraordinariamente, sobre todo en los Estados Unidos, no fue sin duda por otra razón que por la circunstancia de que allí –más que en Europa- un porcentaje considerable de talentos procedentes de las esferas sociales inferiores, tiene la posibilidad de lograr una instrucción superior. La facultad inventiva no depende, pues, de la simple acumulación de conocimientos, sino de la inspiración del talento.

También en este orden el Estado racista tendrá un día que dejar sentir su acción educativa.

EL ESTADO RACISTA NO TIENE POR MISIÓN EL MANTENIMIENTO DE LA INFLUENCIA DE UNA DETERMINADA CLASE SOCIAL; SU TAREA CONSISTE MÁS BIEN EN LA SELECCIÓN DE LOS MÁS CAPACITADOS DENTRO DEL CONJUNTO NACIONAL, PARA LUEGO PROMOVERLOS A LA POSICIÓN DE DIGNIDAD QUE MERECEN.

Además, el rol del Estado racista no se reduce solamente a la obligación de dar al niño en la escuela primaria una determinada instrucción, sino que le incumbe también el deber de fomentar el talento, orientándolo convenientemente. Ante todo, tiene que considerar como su más alto cometido, el abrir las puertas de los establecimientos fiscales de instrucción superior a todos los dotados de talento, sea cual fuere su origen social.

Aun por otra razón tiene que obrar en este sentido la previsión del Estado: Los círculos intelectuales en Alemania, se han hecho tan exclusivistas y están tan esclerosados que han perdido todo contacto vivo con las clases inferiores. Este exclusivismo resulta doblemente nefasto: Primero, porque estos círculos carecen de comprensión y simpatía para la gran masa, y segundo, porque les falta fuerza de voluntad, la cual es siempre menos firme en los círculos intelectuales con espíritu de casta, que en la pueblo mismo.

La preparación política, así como el pertrechamiento técnico para la guerra mundial, fueron deficientes, no porque nuestros hombres de gobierno hubiesen tenido escasa instrucción, sino justamente por lo contrario, pues, aquellos hombres eran superinstruídos, atestados de saber y de espiritualidad, pero huérfanos de todo instinto sano y privados de energía y audacia. Fue una fatalidad que nuestro pueblo hubiera tenido que luchar por su existencia bajo el gobierno de un canciller que era un filósofo sin carácter. Si en lugar de un Bethmann-Hollweg hubiésemos tenido por Führer a un hombre popular de recia contextura, no se habría vertido en vano la sangre heroica del granadero raso. Ese mismo exagerado culto de lo puramente intelectual entre nuestros elementos dirigentes, fue el mejor aliado para la chusma revolucionaria de 1918.

La iglesia católica ofrece un ejemplo del cual se puede aprender mucho. En el celibato de sus sacerdotes radica la obligada necesidad de reclutar siempre las generaciones del clero entre las clases del pueblo y no de entre sus propias filas. Pero precisamente este aspecto de la institución del celibato no se sabe apreciar a menudo en su verdadera importancia. Al celibato se debe la asombrosa lozanía del gigantesco organismo de la iglesia católica, con su ductilidad espiritual y su férrea fuerza de voluntad.

SERÁ MISIÓN DEL ESTADO RACISTA, VELAR PORQUE SU SISTEMA EDUCACIONAL PERMITA UNA CONSTANTE RENOVACIÓN DE LAS CAPAS INTELECTUALES SUBSISTENTES MEDIANTE EL AFLUJO DE ELEMENTOS JÓVENES PROCEDENTES DE LAS CLASES INFERIORES.

El Estado tiene la obligación de seleccionar del conjunto del pueblo, con máximo cuidado y suma minuciosidad, aquel material humano notoriamente dotado de capacidad por la naturaleza, para luego utilizarlo en servicio de la colectividad.

CUANDO DOS PUEBLOS DE ÍNDOLE IDÉNTICA ENTRAN EN COMPETENCIA, EL TRIUNFO LE CORRESPONDERÁ AL QUE EN LA DIRECCIÓN DEL ESTADO TENGA REPRESENTADOS A SUS MEJORES VALORES, Y EL VENCIDO SERÁ EN CAMBIO AQUEL CUYO GOBIERNO NO SEMEJE MÁS QUE UNA GRAN PESEBRERA COMÚN PARA DETERMINAR DOS GRUPOS O CLASES SOCIALES, SIN QUE SE HAYAN TOMADO EN CUENTA LAS APTITUDES INNATAS QUE DEBERÍA REUNIR CADA UNO DE LOS ELEMENTOS DIRIGENTES.

En cuanto al concepto trabajo, el Estado racista tendrá que formar un criterio absolutamente diferente del que hoy existe.

VALIÉNDOSE, SI ES NECESARIO, DE UN PROCESO EDUCATIVO QUE DURE SIGLOS, DARÁ AL TRASTE CON LA INJUSTICIA QUE SIGNIFICA MENOSPRECIAR EL TRABAJO DEL OBRERO. COMO CUESTIÓN DE PRINCIPIO, TENDRÁ QUE JUZGAR AL INDIVIDUO NO CONFORME AL GÉNERO DE SU OCUPACIÓN, SINO DE ACUERDO CON LA FORMA Y LA

BONDAD DEL TRABAJO REALIZADO. Esto parecerá monstruoso en una época en que el amanuense más estúpido, por el solo hecho de que trabaja con la pluma, está por encima del más hábil mecánico-técnico.

Esta errónea apreciación no estriba, como ya se ha dicho, en la naturaleza de las cosas, sino que es el producto de una educación artificial, que no existió antes. La actual situación anti-natural se funda pues en los morbosos síntomas generales que caracterizan el materialismo de nuestros tiempos.

En su ausencia, todo trabajo tienen un doble valor: El PURAMENTE MATERIAL Y EL IDEAL. El primero no depende de la importancia del trabajo hecho, materialmente aquilatado, sino de su necesidad intrínseca. La comunidad tiene que reconocer, idealmente hablando, la igualdad de todos, desde el momento en que cada uno, dentro de su radio de acción –sea cual fuere- se esfuerza por cumplir lo mejor que puede.

LA RECOMPENSA MATERIAL LE SERÁ ACORDADA A AQUÉL CUYO TRABAJO ESTÉ EN RELACIÓN CON EL PROVECHO QUE REDUNDE A FAVOR DE LA COMUNIDAD; LA RECOMPENSA IDEAL, EN CAMBIO, DEBE CONSISTIR EN LA APRECIACIÓN QUE PUEDE RECLAMAR PARA SÍ TODO AQUEL QUE CONSAGRE AL SERVICIO DE SU PUEBLO LAS APTITUDES QUE LE DIO LA NATURALEZA Y QUE LA COLECTIVIDAD SE ENCARGÓ DE FOMENTAR.

***

Es posible que el oro se haya convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a inclinarse ante dioses superiores. Y es posible también que muchas cosas del presente deban su existencia a la sed de dinero y de fortuna; mas, es evidente que muy poco de todo esto representa valores cuya no-existencia podría hacer más pobre a la humanidad.

También en esto, le corresponde un cometido especial al movimiento nacionalsocialista, que, en la actualidad, predice el advenimiento de una época que daría a cada uno lo que necesite para su existencia, cuidando, sin embargo, como cuestión de principio, que el hombre no viva pendiente únicamente del goce de bienes materiales. Esto encontrará un día su expresión en forma de una gradación sabiamente limitada de los salarios, de tal suerte que hasta el último de los que trabajen honradamente pueda contar en todo caso, como ciudadano y como hombre, con una existencia honesta y ordenada.

Y qué no se diga que éste sería un estado de cosas ideal, impracticable en el mundo en que vivimos, e imposible de ser jamás logrado.

TAMPOCO NOSOTROS SOMOS TAN INGENUOS COMO PARA CREER QUE SE PODRÍA LLEGAR A CREAR UNA ÉPOCA EXENTA DE ANOMALÍAS. PERO ESTA CONSIDERACIÓN NO SALVA EL IMPERATIVO QUE SE TIENE DE COMBATIR ERRORES RECONOCIDOS COMO TALES, CORREGIR DEFECTOS Y ASPIRAR A LA CONSECUCIÓN DE LO IDEAL. LA DURA REALIDAD SE ENCARGARÁ POR SÍ SOLA DE IMPONERNOS MÚLTIPLES LIMITACIONES. Y JUSTAMENTE POR ESO, EL HOMBRE DEBE EMPEÑARSE EN SERVIR AL FIN SUPREMO SIN DEJARSE ARREDRAR EN SU PROPÓSITO, POR LA MISMA RAZÓN QUE NO SE PUEDE RENUNCIAR A LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA, PORQUE ESTOS INCURREN EN ERRORES, NI MENOS DETESTAR LOS MEDICAMENTOS PORQUE, PESE A ELLOS, SIGUEN EXISTIENDO ENFERMEDADES.

Cuídese mucho de saber apreciar debidamente la fuerza de un ideal.

CAPÍTULO TERCERO: SÚBDITOS Y CIUDADANOS

En general, la institución que hoy erróneamente se llama “Estado” distingue sólo dos clases de

individuos: Los ciudadanos y los extranjeros. Ciudadanos son aquellos que, en virtud de su nacimiento o por efecto de su naturalización, poseen los derechos de la ciudadanía. Extranjeros son todos los que gozan de esos derechos en otro Estado.

El derecho de ciudadanía se adquiere en primer lugar, como ya se ha dicho anteriormente, por haber nacido el individuo dentro de la circunscripción territorial de un Estado. Los aspectos de raza y de nacionalidad de origen, no juegan aquí rol alguno. Un negro, por ejemplo, procedente de un protectorado colonial alemán, con residencia fija, en Alemania, engendra, según ese criterio, en su hijo, un “ciudadano alemán”, y del mismo modo todo niño judío, polaco, africano o asiático, nacido en Alemania, puede ser declarado, sin mayor trámite, ciudadano de este país.

Aparte de la ciudadanización por nacimiento, ese mismo derecho es susceptible de adquirirse más tarde. Todo el proceso de tal sistema de ciudadanización, no es muy diferente del trámite prescrito para el ingreso de un nuevo miembro en un club de automóviles. Un rasgo de pluma basta para hacer de cualquier mongol “un alemán” auténtico.

No es que solamente se omita considerar el origen racial de semejante nuevo ciudadano, sino que hasta se prescinde de tomar en cuenta su estado de sanidad corporal. Nada importa que el sujeto esté más o menos carcomido por la sífilis; para el "Estado" actual, él es un bienvenido como conciudadano, siempre que no sea una carga económica o un peligro político.

Bien sé que todo esto se oye con desagrado; mas, difícilmente podrá imaginarse la existencia de algo que sea más ilógico y más absurdo que nuestro actual derecho de ciudadanía.

Existe una nación extranjera en la cual se deja ya sentir, por lo menos tímidamente, la iniciación de un mejor criterio: Es en los Estados Unidos de Norte América, donde se nota el empeño de buscar en este orden el consejo de la razón. Al prohibir terminantemente la entrada en su territorio de inmigrantes afectados de enfermedades infecto-contagiosas y excluir de la naturalización, sin reparo alguno, a los elementos de determinadas razas, los EE.UU. reconocen en parte el principio que fundamenta la concepción racial del Estado nacionalsocialista.

El Estado nacionalsocialista clasifica a sus habitantes en tres grupos: Los ciudadanos, los súbditos y los extranjeros.

En principio, el hecho de nacer en territorio alemán no supone más que la calidad de súbdito, calidad que como tal no capacita para investir cargos públicos, ni menos para actuar en política, sea activa o pasivamente, participando en elecciones. Es fundamental establecer la raza y la nacionalidad de cada súbdito.

El súbdito joven de nacionalidad alemana, tiene que absorber el ciclo de instrucción escolar, que es obligatorio para los alemanes. De este modo se somete a la educación que conforma el carácter de todo connacional alemán, conciente de su raza y de su patria. Después deberá cumplir con los requisitos de entrenamiento físico que prescribe el Estado, para ingresar finalmente en el servicio del ejército. La preparación que se da en este período es de un carácter general.

Concluido el período del servicio militar, le será entregada solemnemente al adulto la CARTA DE CIUDADANÍA, que vendrá a constituir para él, el título más valioso de su vida terrenal. Con esto ingresa en el goce de todos los derechos ciudadanos y de los privilegios inherentes, pues el Estado debe hacer una cortante diferenciación entre los que, como patriotas, son los sostenes y defensores de su existencia y de su grandeza, y aquellos elementos que se establecen en el territorio de un Estado con fines únicamente "utilitaristas".

Tendrá que conceptuarse más dignificante ser ciudadano de este Reich, aún como simple barrendero, que el hacerse rey en un Estado extranjero.

No obstante, el rango de dignidad impone sagrados deberes. A los hombres deshonestos o faltos de carácter, a los criminales y traidores a la patria, etc., podrá privárseles del honor de la ciudadanía y hacer que vuelvan a la categoría de simples súbditos.

La joven alemana tiene la condición de súbdito y adquiere el derecho de ciudadanía por virtud del matrimonio. El Estado puede también conceder este derecho a las mujeres alemanas que vivan del ejercicio autorizado de una profesión u oficio.

CAPÍTULO CUARTO: LA PERSONALIDAD Y LA CONCEPCIÓN NACIONALISTA DEL ESTADO

UNA IDEOLOGÍA QUE, RECHAZANDO EL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO DE LA MASA, SE EMPEÑE EN CONSAGRAR ESTE MUNDO A FAVOR DE LOS MEJORES PUEBLOS, ES DECIR A FAVOR DEL HOMBRE SUPERIOR, ESTÁ LÓGICAMENTE OBLIGADA A RECONOCER

TAMBIÉN EL PRECEPTO ARISTOCRÁTICO DE LA SELECCIÓN DENTRO DE CADA NACIÓN, GARANTIZANDO ASÍ EL GOBIERNO Y LA MÁXIMA INFLUENCIA DE LOS MÁS CAPACITADOS EN SUS RESPECTIVOS PUEBLOS. ESTA CONCEPCIÓN SE FUNDA EN LA IDEA DE LA PERSONALIDAD Y NO EN LA MAYORÍA.

Ha entendido muy superficialmente y nada sabe de lo que nosotros llamamos una ideología (Weltanschauung) aquel que cree que un Estado nacionalsocialista se distingue de otros Estados en el aspecto puramente mecánico, por efecto de una mejor estructuración de su vida económica, es decir, por virtud de una compensación más equitativa entre riqueza y pobreza o por el rol más influyente de la gran masa social en el proceso económico de la Nación o, por último, mediante salarios justos a base de anular un sistema de diferencias demasiado grandes en este orden.

Todo esto no ofrece la menor seguridad de subsistencia ni menos aun de grandiosidad. Un pueblo que se aferrase a tales reformas, verdaderamente externas, no habrá logrado nada que le garantice una posición de vanguardia en el concierto de las naciones. Un movimiento de opinión que ve su cometido únicamente en un proceso de compensación general, aunque seguramente justificado, no alcanzará a efectuar en realidad una reforma magna del estado de cosas existente, y ello es debido a la sencilla razón de que toda su labor queda a la postre limitada a aspectos superficiales, sin poder darle al pueblo aquella contextura moral que le permita, con una seguridad que casi pudiéramos llamar matemática, desarraigar definitivamente aquellos defectos bajo los cuales sufrimos hoy.

Para una mejor comprensión, será conveniente, tal vez, lanzar una mirada retrospectiva sobre los orígenes verdaderos y las causas determinantes del desarrollo de la cultura humana.

El primer paso que exteriormente alejó de modo visible al hombre, del mundo animal, fue el ingenio. Seguramente, las primeras medidas inteligentes que aplicó el hombre en su lucha contra los animales, se derivaron, en su origen de la acción individual de sujetos particularmente capacitados. También en aquellos tiempos constituyó indudablemente la personalidad, el punto de partida de decisiones y de hechos que después fueron adoptados por la Humanidad entera como las realidades más naturales; justamente lo mismo que ocurrió con determinado principio militar convertido hoy –digámoslo- en el fundamente de toda estrategia, y que originariamente debió su concepción a la idea de un solo cerebro, adquiriendo valor universal a través de los años y quizá hasta de los milenios, como algo perfectamente inherente al hombre.

Una segunda iniciativa vino a complementar la primera; el hombre había aprendido a poner al servicio de su lucha por la existencia, otros elementos y hasta seres vivos; y he aquí como nació la verdadera actividad creadora del hombre, cuyos frutos constituyen la realidad que ahora experimentamos por doquier. Los inventos materiales, comenzando por el uso de la piedra tallada como arma, que condujeron a la domesticación de animales, y le dieron al hombre fuego artificialmente producido y así sucesivamente, hasta llegar a los múltiples y asombrosos descubrimientos de nuestros días, permiten reconocer en el individuo al representante de todo ese trabajo creador y esto con tanta más claridad, cuanto menos distantes se hallen de nuestro tiempo o cuanto más importantes y transcendentales sean. En el fondo, todos estos inventos contribuyen a situar al hombre cada vez más sobre el nivel del mundo animal, hasta alejarlo radicalmente de éste. La finalidad que llenan con ello no es otra, en su más hondo sentido, que la de servir a la constante evolución de la especie humana. Del mismo modo, el trabajo de elucubración puramente teórico, que escapa a toda medida, pero que sin embargo es condición inherente a la totalidad de los descubrimientos materiales, aparece también como producto exclusivo de la personalidad. No es la masa quien inventa, ni es la mayoría la que organiza o piensa; siempre es el individuo, es la personalidad, la que por doquier se revela.

Una comunidad humana, reúne las características de hallarse bien organizada, si sabe fomentar del mejor

modo posible las fuerzas creadoras del hombre y utilizarlas provechosamente en servicio de la comunidad. DEBERÁ ENCARNAR LA ASPIRACIÓN DE COLOCAR CABEZAS POR ENCIMA DE LA MASA Y HACER QUE, CONSIGUIENTEMENTE, ÉSTA SE SUBORDINE A AQUÉLLAS.

Según esto, la comunidad organizada no solamente no está facultada para impedir que las cabezas surjan del seno de la masa, sino que, por en contrario, debe entrar en la modalidad de su carácter, el impulsar y facilitar esa revelación. La selección de aquellas cabezas se opera ante todo en virtud de la misma dura lucha por la vida.

La administración del Estado, así como el poder que representa la organización militar de la nación, están igualmente regidas por la idea del rol que juega la figura de la personalidad.

Dentro del estado de cosas actual, subsiste todavía en el espíritu de las instituciones mencionadas, la idea de la personalidad con el atributo de autoridad para con los subordinados y la obligación de responsabilidad para con los superiores. La vida política, en cambio, se ha alejado completamente de la observación de este principio fundamental. Y así como, mientras toda la cultura humana no constituye más que el resultado de la actividad creadora de la personalidad, el valor del principio mayoritario hace su aparición de efecto decisivo en el seno de la comunidad y ante todo en el gobierno, empezando de este modo a envenenar paulatinamente, desde las altas esferas, el conjunto de la vida nacional, vale decir, destruyéndola en realidad. También la influencia disociadora del judío en el organismo de pueblos extraños al suyo, es imputable, en el fondo, sólo a su eterno empeño de socavar, en las naciones que le dieron acogida, el significado de la personalidad y exaltar en su lugar la importancia de la masa. Así el principio de organización constructiva, peculiar a la raza aria, es reemplazado por el principio destructor que vive en el judío, convertido de este modo en el "fermento de descomposición" de pueblos y de razas y, en un sentido más amplio, en el factor de disolución de la cultura humana.

El marxismo representa el espécimen de la aspiración judía con su tendencia de anular la significación preponderante de la personalidad, para sustituirla por el número de la masa.

Políticamente corresponde a esa orientación y se nos manifiesta comenzando desde las más íntimas células de la administración comunal, hasta las más elevadas esferas gubernamentales del Reich; económicamente, encarna el sistema de un movimiento sindicalista que no sirva a los verdaderos intereses del trabajador, sino exclusivamente a los propósitos disociadores del judaísmo internacional.

LA IDEOLOGÍA NACIONALSOCIALISTA, TIENE QUE DIFERENCIARSE FUNDAMENTALMENTE DE LA DEL MARXISMO EN EL HECHO DE RECONOCER NO SÓLO EL VALOR DE LA RAZA, SINO TAMBIÉN LA SIGNIFICACIÓN DE LA PERSONALIDAD, CONSTITUYENDO AMBAS LAS COLUMNAS BÁSICAS DE TODA LA ESTRUCTURA DE SU CONSTRUCCIÓN.

El Estado nacionalsocialista tiene que velar por el bienestar de sus ciudadanos reconociendo, en todos los aspectos, la significación que encarna la personalidad y fomentando así en cada dominio de la actividad humana aquel grado máximo de capacidad productiva que, a su vez, le permite al individuo un máximo grado de beneficio.

LA MEJOR CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE UN ESTADO Y SU FORMA DE GOBIERNO, ES AQUELLA QUE CON LA SEGURIDAD MÁS NATURAL LLEVA A SITUACIONES DE IMPORTANCIA PREPONDERANTE EN INFLUENCIA DIRECTORA, A LOS MÁS CALIFICADOS ELEMENTOS DE LA COMUNIDAD NACIONAL.

Desaparecen las decisiones por mayoría y sólo existe la personalidad responsable. Bien es cierto que junto a cada hombre dirigente hay consejeros que asesoran, pero LA DECISIÓN DEFINITIVA CORRESPONDE ADOPTARLA A UNO SOLO.

Por principio, no admite el Estado nacionalsocialista que en ramos especiales, por ejemplo en cuestiones de índole económica, se solicite el consejo o el dictamen de gentes que, debido a su preparación profesional y género de actividad, no tienen idea del asunto del cual se trata. Es por esta razón que, desde luego, subdivide sus corporaciones representativas en CÁMARAS POLÍTICAS Y CÁMARAS PROFESIONALES. Para garantizar una labor fecunda de cooperación entre esas cámaras, existe –como instancia de selección- un senado permanente, al cual están todas ellas subordinadas.

En cámara ni senado alguno, tendrá lugar jamás una votación, porque son organizaciones de trabajo y no máquinas de sufragio. Cada miembro tiene voto consultivo, pero no voto de decisión, el cual es sólo atributo nato del respectivo presidente responsable.

Este principio de conexión irrestringida entre la noción de la absoluta responsabilidad, por una parte, y la noción de autoridad absoluta, por la otra, dará lugar a la formación paulatina de una selección del elemento Führer, algo que hoy, en la época del parlamentarismo irresponsable, es sencillamente inconcebible.

En lo que respecta a la posibilidad de llevar a la práctica estas concepciones, pido no olvidar que el principio parlamentario de decisión por mayoría, no dominó en la humanidad en todos los tiempos; por el contrario, hizo su aparición sólo en períodos muy cortos de la Historia que significaron siempre épocas de decadencia para pueblos y Estados.

Pero no se debiera creer que por virtud de medidas de gobierno puramente teóricas, fuese factible provocar una tal transformación que, lógicamente, no podría limitarse a la sola Constitución del Estado, sino que tendría que penetrar también en toda la legislación, es decir, abarcar la totalidad de la vida civil. Una revolución de características semejantes sólo se produce y podrá producirse por obra de un movimiento cimentado en el espíritu de esas ideas renovadoras, que encarne ya en sí el alma del futuro Estado.

De ahí que el movimiento nacionalsocialista debe identificarse ya en la actualidad, con tales ideas y llevarlas a la práctica dentro de su propia organización a fin de que, en el momento dado, se encuentre en condiciones, no únicamente de señalarle al gobierno esas mismas directrices, sino también de poner a disposición de éste, el cuerpo ya conformado de su tipo ideal de Estado.

CAPÍTULO QUINTO: IDEOLOGÍA Y ORGANIZACIÓN

El estado nacionalsocialista, cuyo cuadro he tratado de delinear a grandes rasgos, no podrá, en el fondo, considerarse como tal por el solo hecho de reconocer todo lo que es indispensable a su existencia. El saber qué apariencia ha de tener el Estado nacionalsocialista no es lo esencial; es más importante el problema de su formación. De ningún modo se puede esperar que los partidos militantes de hoy, que son en primer término los beneficiarios del Estado actual, se resuelvan por impulso propio a un cambio radical de cosas y decidan modificar espontáneamente su criterio político. Eso aparece todavía manos factible, si se tiene en cuenta que los elementos realmente dirigentes de esos partidos son judíos y nada más que judíos.

Intentando llevar a la práctica la visión ideal de un Estado nacionalsocialista, se impone buscar, independientemente de los poderes de la vida pública actual, una fuerza nueva que quiera y que esté capacitada a afrontar la lucha, por este ideal. Y lucha es en efecto y así la consideramos aquí, pues, la primera tarea no consiste en crear una concepción nacionalsocialista del Estado, sino, ante todo, en eliminar la concepción judaica existente. En este caso, como en muchos otros de la Historia, el obstáculo capital no estriba en la conformación del nuevo estado de cosas, sino en la dificultad de abrir paso a este estado. Prejuicios e intereses creados, formando una cerrada falange, se oponen por todos los medios al triunfo de una idea que consideran incómoda o que les parece amenazante.

Por ingrata que le fuese al individuo una doctrina naciente, de grande y trascendental significación ideológica, tendrá que aplicar sin reparo la sonda de la crítica más severa, como su arma primordial de lucha.

Da una prueba de escasa penetración en el desarrollo de los procesos históricos, el manifiesto interés que tienen los seudo-nacionalistas al afirmar que en ningún caso intentan desplegar actividad de CRÍTICA NEGATIVA, sino únicamente de TRABAJO CONSTRUCTIVO. También el MARXISMO persiguió una finalidad y también él sabe de un TRABAJO CONSTRUCTIVO (aunque en su caso se trate sólo de instituir el despotismo de la finanza judía internacional). Pero no por eso anteriormente, durante setenta años, dejó el marxismo de ejercitar su crítica demoledora y disociante, hasta que el antiguo Estado monárquico, debió derrumbarse, corroído por ese ácido que obraba sin cesar. Entonces fue cuando el marxismo comenzó su pretendida obra "constructiva".

Una ideología que irrumpe, tiene que ser intolerante y no podrá reducirse a jugar el rol de un simple "partido junto a otros", sino que exigirá imperiosamente que se la reconozca como exclusiva y única, aparte de la transformación total –de acuerdo con su criterio- del conjunto de la vida pública. No podrá, por tanto, admitir la coexistencia de ningún factor representativo del antiguo régimen imperante.

Esta intolerancia es también propia de las religiones. Tampoco el Cristianismo se redujo sólo a levantar su altar, sino que, obligadamente, tuvo que proceder a la destrucción de los altares paganos. Únicamente, gracias a esa fanática intolerancia, pudo surgir la fe apodíctica, cuya condición previa consiste, precisamente en la intolerancia.

Una concepción ideológica saturada de un infernal espíritu intolerante, podrá ser rota solamente por una idea que, siendo pura en principio y verídica en absoluto, esté impulsada por el mismo espíritu de intolerancia y sostenida por una voluntad no menos fuerte que la que anima a aquélla.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS SE PRESTAN A COMPROMISOS; LAS CONCEPCIONES IDEOLÓGICAS JAMÁS.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS CUENTAN CON COMPETIDORES; LAS CONCEPCIONES IDEOLÓGICAS SUPONEN Y PROCLAMAN SU INFALIBILIDAD.

Una concepción ideológica llevará sus principios al triunfo, sólo cuando en las filas de sus adeptos reúna a los elementos de más entereza y de mayor fuerza de acción de su época y de su pueblo, haciendo de ellos la falange de una organización apta para la lucha. Pero para esto es necesario que esta concepción ideológica –tomando en cuenta a estos elementos, puntualice en su mundo general de ideas, ciertos postulados que, por su precisión y presentados en una forma apropiada, puedan servir de credo a la nueva comunidad humana. Mientras que el programa de un partido netamente político no es más que una receta para el buen resultado de las próximas elecciones, el programa de una concepción ideológica representa la fórmula de una declaración de guerra contra el orden establecido, contra el estado de cosas existente, en fin, contra el criterio dominante de la época.

No se requiere que individualmente cada uno de los que luchan por esta ideología esté al corriente y conozca exactamente el pensar íntimo y las reflexiones políticas de los dirigentes del movimiento. Así como en la práctica tendría poca eficacia un ejército donde cada soldado fuese un general, no precisamente por su rango, sino por poseer la misma instrucción y la misma penetración que el jefe, así también no triunfará un movimiento político, representante de toda una ideología, si es que no aspira a ser otra cosa que un mero receptáculo de "geniales". No. Este movimiento necesita también indispensablemente del concurso del soldado raso, sin el cual no es posible mantener la cohesión de la disciplina interior.

Es peculiar al carácter de una organización, que ésta sólo pueda subsistir, cuando una jefatura inteligente

tenga a su disposición un vasto sector de la masa, de orientación más sentimental que racional. Sería más difícil, a la larga, disciplinar una compañía de 200 hombres, todos igualmente capacitados e inteligentes, que otra que cuente con 190 elementos de mentalidad inferior a la de los 10 restantes, mejor instruidos.

La socialdemocracia supo sacar de esa conclusión un máximo provecho. También su organización abarca un ejército de oficiales y soldados. El ARTESANO ALEMÁN, licenciado del servicio militar, pasó a ser su SOLDADO y EL INTELECTUAL JUDÍO a ser el oficial.

Eso que nuestra burguesía solía observar con asombro, es decir, el hecho de que sólo las llamadas multitudes ignaras eran partidarias del marxismo, fue en realidad la condición básica que le aseguró a éste el triunfo. En efecto, mientras los partidos burgueses con su intelectualismo estratificado, representaban un conjunto indisciplinado y nulo, el marxismo formó de su material humano poco inteligente, un ejército de soldados políticos, que seguían al dirigente judío con la misma ciega obediencia que otrora a su oficial alemán en el ejército del Reich.

JAMÁS SE QUISO COMPRENDER QUE LA POTENCIALIDAD DE UN PARTIDO POLÍTICO NO RESIDE EN LA INTELIGENCIA NI EN LA INDEPENDENCIA ESPIRITUAL DE CADA UNO DE SUS MIEMBROS, SINO MÁS BIEN EN LA OBEDIENCIA DISCIPLINADA CON QUE ELLOS SE SUBORDINAN A SUS DIRIGENTES. LO DECISIVO ES LA CAPACIDAD PERSONIFICADA EN LA JEFATURA MISMA. Quiere esto decir, por consiguiente, que para llevar a la victoria una ideología, se impone previamente la transformación de ésta en un movimiento de lucha, cuyo programa deberá lógicamente tener muy en cuenta el material humano de que dispone.

SI LA IDEA NACIONALSOCIALISTA, SALIENDO DE SU PROPÓSITO POCO DEFINIDO DE HOY, QUIERE ALCANZAR UN DÍA UN ÉXITO BRILLANTE, TIENE QUE REMARCAR DETERMINADAS TESIS TOMADAS DE SU AMPLIO CONJUNTO IDEOLÓGICO. Por eso el programa de nuestro movimiento está condensado en veinticinco puntos fundamentales, que, en primer término, tienen el objeto de proporcionar al hombre del pueblo un cuadro general de las aspiraciones que encarna nuestra lucha. Esos veinticinco puntos constituyen, por decirlo así, un catecismo político que, por una parte, tiene a ganar adeptos a favor de la causa, y por la otra, se presta a reunir a éstos y cohesionarlos, identificarlos bajo la noción de un deber común.

En el caso de una teoría política que evidentemente es justa en sus líneas generales, resulta menos peligroso conservar una fórmula, aunque ya no responda enteramente a la realidad, que modificarla y dejar de este modo librado a la discusión pública y a sus temerarias consecuencias, el dogma del movimiento, considerado hasta entonces como granítico. Esto es imposible mientras el movimiento luche para imponerse. Lo esencial no debe buscarse jamás en la fórmula exterior, sino siempre en el sentido interior, es decir, en el fondo, que es inmutable. En propio interés del movimiento no se puede sino desear que éste mantenga la energía necesaria para salvaguardar aquel sentido interior, apartando todos los factores que podrían ocasionar inseguridad en la convicción de los adeptos e incluso deserciones.

También en esto la iglesia católica debe servirnos de ejemplo, ya que a pesar de que su cuerpo doctrinal está en colisión en muchos puntos –y en parte inmotivadamente, con el estudio de las ciencias exactas y la investigación, jamás se resigna a sacrificar ni un ápice del contenido de su doctrina. Con razón supo conocer que su fuerza de resistencia no consiste en adaptarse con más o menos habilidad a los resultados siempre variables de la investigación científica en el transcurso del tiempo, sino en el hecho de un aferramiento inquebrantable a sus dogmas ya expuestos, que son los que le dan al conjunto el carácter de una fe. He ahí por qué la Iglesia católica se mantiene hoy más firme que nunca.

El Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista recibió, con su programa de las veinticinco tesis, un fundamento que debe serle inconmovible. Ni ahora ni en el futuro, no es ni será tarea de los miembros de nuestro movimiento ocuparse de criticar o de alterar los puntos de ese programa; les incumbe más bien la

obligación de mantener su lealtad hacia ellos. La mayoría de nuestros correligionarios sabe que la esencia del movimiento reside menos en la letra muerta de nuestros principios, que en la interpretación, que nosotros, los nacionalsocialistas, le damos. Nuestro movimiento debió, en sus comienzos el nombre que hoy lleva, al reconocimiento de estas verdades, también de ellas surgió más tarde el programa del partido y es además en este reconocimiento unánime, donde igualmente radica el secreto de su difusión.

Ya es una consecuencia de la acción del movimiento nacionalsocialista el hecho de que, en la actualidad, todo género de asociaciones, sociedades y simples grupos, y si se quiere hasta "grandes" partidos reclamen para si el derecho de adjudicarse la palabra "völkisch" (racista). Sin nuestra influencia, jamás se le habría ocurrido a ninguna de tales organizaciones ni siquiera pronunciar esa palabra; probablemente no habrían tenido ni la más remota idea de su significación y en particular sus hombres dirigentes habrían carecido de toda relación con el sentido profundo que este concepto entraña. Solo gracias a la labor del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista se le dio una significación substancial al vocablo "völkisch", que se difundió después en labios de gentes de toda catadura. Sobre todo nuestra brillante acción de propaganda ha demostrado la fuerza que encierra el pensamiento racista, hasta tal punto que los demás partidos, imbuidos por su ansía de ganar adeptos, afirman que también ellos persiguen fines semejantes.

No menos peligrosos son los que trafican como pseudoracistas forjando planes fantásticos y que no tienen otro fundamento que alguna monomanía. En el mejor de los casos, estas gentes no pasan de ser estériles teorizantes que, a menudo, creen poder disfrazar su vacuidad espiritual con la presencia de una luenga barba y la aparatosidad de un germanismo extravagante.

En contraste con todos estos infructuosos ensayos, vale la pena de rememorar aquella época en que el joven movimiento nacionalsocialista comenzó su lucha.

CAPÍTULO SEXTO: NUESTRA LUCHA EN LOS PRIMEROS TIEMPOS - LA IMPORTANCIA DE LA ORATORIA

Perduraba aun la resonancia de nuestra primera asamblea realizada el 24 de Febrero de 1920 en la sala de fiestas de la Hofbräuhaus, de Munich, cuando comenzaron los preparativos para una próxima reunión. Contrariamente al criterio hasta entonces sustentado sobre el riesgo que entrañaba efectuar pequeñas asambleas políticas una vez al mes y quizás cada quince días, resolvimos que en adelante debía llevarse a cabo semanalmente un gran mitin.

En aquella época la sala de fiestas de la Hofbräuhaus llegó a tener para nosotros, nacionalsocialistas, una significación casi sacramental. Cada semana un mitin y cada vez más concurrida la sala y cada vez, también, más ferviente el auditorio. En nuestras conferencias discutíamos sobre la "culpabilidad de la guerra", tema del cual nadie se ocupaba en aquellos tiempos; nos interesábamos igualmente por los tratados de paz y, en fin, por todo aquello que, ideológicamente o desde el punto de vista de la agitación política, parecía conveniente o necesario.

Un mitin popular de grandes proporciones formado por excitados elementos proletarios y no por flemáticos burgueses y donde se tenía por tema el "Tratado de Versalles", era considerado entonces como un ataque contra la república y como el síntoma de una tendencia reaccionaria si no monárquica. Ya a las primeras palabras que implicaban una crítica para el "Tratado de Versalles" se podía oír en el auditorio la exclamación violenta de la frase estereotipada: ¿Y qué es el Tratado de Brest-Litowsk? "¡Brest-Litowsk!" continuaba gritando la muchedumbre hasta quedar ronca o bien hasta que el orador renunciaba a su propósito de persuadir. Ante un pueblo semejante, uno habría podido darse con la cabeza contra la pared de desesperación. Era un pueblo sordo, reacio a querer comprender que Versalles constituía una deshonra y un oprobio, y que hasta se resistía a reconocer que ese Tratado significaba una inicua expoliación contra la nación alemana. El trabajo destructor del marxismo y el veneno de la

propaganda enemiga habían anulado la razón de aquellas gentes. En realidad no había derecho para quejarse puesto que la culpa pesaba gravemente sobre nuestra burguesía. ¿Qué había hecho ella para atajar tan terrible obra disociadora y combatirla imponiéndose el deber de abrir paso a la verdad, mediante una labor de difusión popular bien encaminada y minuciosa?

En aquella época era para mí claro el hecho de que para el insignificante núcleo de nuestro movimiento, en sus comienzos, debía dilucidarse la cuestión de la culpabilidad de la guerra, estableciendo la verdad histórica. Ya en aquellos días, sin temer a la impopularidad, al odio ni a la lucha, asumí una actitud abiertamente contraria al criterio dominante con respecto a las grandes cuestiones de un principio, en las cuales toda la opinión pública sostenía un punto de vista erróneo.

Existe naturalmente, sobre todo para un movimiento todavía incipiente, la gran tentación de adherirse y vociferar con los demás cuando un adversario mucho más poderoso ha logrado, gracias a su arte de seducción, inducir al pueblo a una resolución absurda o a adoptar una actitud falsa. Y esto precisamente cuando unas pocas razones, aunque sólo de mera apariencia, juzgadas desde el punto de vista del propio movimiento, podían colaborar en aquel mismo sentido. Más de una vez, experimenté casos en os cuales fue necesario el máximum de energía para impedir que la nave de nuestro movimiento se lanzase o mejor dicho, resultase arrastrada por la corriente general artificialmente provocada. Nosotros no hemos “impetrado”, por cierto, la gracia de las masas, sino que por doquier hemos afrontado los desvaríos de este pueblo.

En corto tiempo había aprendido algo muy importante, esto es, a arrebatarle al enemigo de la mano el arma de su réplica. Pronto se hizo notorio que nuestros adversarios, particularmente sus oradores controversistas, aparecían en escena con un “repertorio” determinado y en el cual se repetían siempre los mismos argumentos contra nuestros asertos, de tal modo que la sistematicidad del procedimiento permitía deducir que se trataba de un definido y unitario entrenamiento. Y así era en efecto. Aquí nos fue dado conocer la extraordinaria disciplina de la propaganda puesta en acción por nuestros adversarios, y aun hoy me siento orgulloso de haber encontrado el medio de neutralizar la eficacia de esta propaganda y de anular también a sus mismos autores. Dos años más tarde me había hecho maestro en este arte.

En cada uno de los discursos, era esencial orientarse previamente acerca del probable contenido y la forma de las objeciones que podrían ser formuladas en el curso de la discusión.

Convenía desde un comienzo mencionar las posibles impugnaciones del adversario y demostrar su inconsistencia.

Esa fue la razón por la que hoy, después de mi primera conferencia sobre el “Tratado de paz de Versalles”, que dicté para la tropa de mi regimiento en mi calidad de “educador”, optara por cambiar el tema hablando en lo sucesivo simultáneamente acerca de los “tratados de paz de Brest-Litowsk y de Versalles”; pues, a poco tiempo y, a decir verdad, ya en el curso de la primera de mis nuevas conferencias, pude constatar que la gente no tenía en realidad ni la menor idea de lo que era el Tratado de Brest-Litowsk, pero que sin embargo, gracias a la hábil propaganda de sus partidos políticos, había sido posible presentar a éste y no al de Versalles, como uno de los actos de violencia más vergonzosos del mundo. La persistencia con que semejante mentira era difundida entre la gran masa del pueblo, hizo que millones de alemanes creyesen ver en el Tratado de Versalles una justa compensación para el crimen cometido por nosotros en Brest-Litowsk, considerando, en consecuencia, injusta toda oposición al Tratado de Versalles. Y ésta fue también una de las causas que contribuyó a que en Alemania se arraigara aquella tan desvergonzada como monstruosa palabra: “reparación”. Simulación canallesca que aparecía realmente ante los ojos de millones de nuestros azuzados compatriotas como la patentización de una justicia superior. ¡Horrible, pero fue así!

En mis conferencias confrontaba ambos tratados, los comparaba, punto por punto, demostrando cuán

inmensamente humano era en verdad el Tratado de Brest-Litowsk frente a la inhumana crueldad del de Versalles. El resultado debió ser sorprendente. Traté el tema en asambleas de dos mil personas, donde a menudo se concentraba sobre mí la mirada hostil de mil ochocientos. Pero tres horas más tarde me vía rodeado de una muchedumbre poseída de indignación sagrada y de furia inaudita. Una vez más se desarraigaba de los corazones y de los cerebros de miles una gran mentira para en su lugar quedar inculcada una verdad.

Estas asambleas tuvieron para mí, además, la ventaja de haber ido yo adaptándome poco a poco al carácter de un orador de grandes mítines; se me había hecho corriente, el tono patético y la mímica que se requiere para hablar en una gran sala ante un auditorio integrado por miles de seres.

Al servicio de nuestra labor de difusión pusimos también la propaganda impresa y por eso las primeras asambleas se caracterizaron por la circunstancia de que las mesas se hallaban cubiertas de volantes, periódicos, revistas, folletos, etc., etc. Sin embargo a la palabra hablada le atribuíamos importancia capital, porque en realidad sólo ella es capaz de incoar grandes evoluciones, y esto debido a simples razones de orden psicológico.

El orador tiene en el auditorio al cual se dirige un punto permanente de referencia, siempre que sepa leer en la expresión de sus oyentes hasta qué punto estos son capaces de seguirle y comprender sus ideas y que sepa ver también si la impresión y el efecto producido por sus palabras, conducen al propósito deseado. El escritor, en cambio, nada sabe de sus lectores. En consecuencia, no podrá concentrarse a un determinado público situado al alcance de sus ojos, sino que deberá dar a sus exposiciones un carácter general.

Un impreso de tendencia determinada será leído en la mayoría de los casos únicamente por gentes que ya se cuentan entre los adeptos de esa corriente. Un volante o un anuncio puede quizás, debido a su concisión, contar con la posibilidad de atraer pasajeramente la atención de una persona que piensa de modo diferente.

Mejores perspectivas de éxito tiene en este orden la propaganda gráfica en todas sus formas incluso el film. Un gráfico proporciona en tiempo mucho más corto, quisiera decir casi de golpe, una explicación que por escrito se obtendría sólo después de penosa lectura.

El orador se dejará influenciar siempre por la masa, de modo que, instintivamente, fluyen de sus labios justamente aquellas palabras que él necesita para tocar el alma de sus oyentes. Si ve que no le comprenden, formulará sus conceptos en formas tan primitivas y claras que indudablemente el último de todos ha de entenderle; si se percata de que no son capaces de seguirle, entonces desarrollará sus ideas tan cuidadosa y lentamente que el más supino de entre ellos no quedará en zaga; y si, finalmente, nota que sus oyentes no parecen hallarse convencidos de la veracidad de lo expuesto, optará por repetir lo mismo cuantas veces sea necesario, siempre en forma de nuevos ejemplos, refutando el mismo las objeciones que, sin serle manifestadas, capta él en el seno del auditorio, replicándolas y desmenuzándolas hasta que en definitiva, el último sector de oposición revele, a través de su actitud y de la expresión de los que lo forman, que ha capitulado ante la lógica argumentación del orador.

Además no es raro que se trate de destruir en las gentes prejuicios que no tienen arraigo en su intelecto, sino que inconscientemente están basados únicamente en el instinto. Vencer esa barrera de animadversión instintiva, de odio apasionado y de repulsión preconcebida, es mil veces más difícil que rectificar una opinión científica deficiente o errónea. Las concepciones falsas y la deficiente instrucción, son susceptibles de corregirse mediante la enseñanza; en cambio jamás se rectificarán por el mismo medio, las resistencias del sentimiento. Sólo una llamada a esas fuerzas misteriosas, es capaz de obrar sobre estas resistencias. Muy difícilmente puede lograrlo el escritor, pues quizás sea este poder, privilegio exclusivo del orador.

Lo que al marxismo le dio el asombroso poder sobre las muchedumbres, no fue de ningún modo la obra escrita, de carácter judío, sino más bien la enorme avalancha de propaganda oratoria que, en el transcurso de los años, se apoderó de las masas. Entre cien mil obreros alemanes no hay, por término medio, cien que conozcan la obra de Marx, obra que desde un principio fue estudiada mil veces más por los intelectuales y ante todo por los judíos que por los verdaderos adeptos del marxismo situados en las vastas esferas inferiores del pueblo; ya que tampoco esta obra fue escrita para la masa, sino exclusivamente para los dirigentes intelectuales de la máquina judía de conquista mundial, máquina que se cebó luego con un combustible muy diferente: La prensa. Esto es lo que distingue a la prensa marxista de nuestra prensa burguesa. La prensa marxista está escrita por agitadores, en tanto que la burguesía, aun queriendo hacer también agitación se sirve sólo de "plumíferos".

Corresponde plenamente a la falta de sentido práctico de la mentalidad alemana, la creencia de que lógicamente el escritor tiene que ser de inteligencia superior al orador.

Tal criterio resulta graciosamente ilustrado por el comentario de un periódico nacionalista, al decir que a menudo decepciones ver publicado el discurso de un orador notable. Esto me recuerda una crítica análoga que conocí durante la guerra. Se analizaba minuciosamente los discursos de Lloyd George, por entonces ministro de municiones, para llegar a la ingeniosa conclusión de que aquellos discursos, moral y científicamente considerados, eran de valor secundario y por lo demás productos banales y simples. Yo mismo recibí en forma de un pequeño folleto algunos de los discursos de Lloyd George y no pude menos de reír a carcajadas pensando que, naturalmente, un vulgar emborronador de cuartillas no podía tener capacidad para comprender aquellas piezas maestras de captación psicológica de las masas. El tal escritorcillo juzgaba aquellos discursos exclusivamente a través de la impresión que habían producido en su mente presuntuosa, cuando en realidad el gran demagogo inglés concretaba sus discursos únicamente al propósito de ejercer la mayor influencia posible sobre la masa de sus oyentes y, en un sentido más amplio, sobre la totalidad de las clases bajas del pueblo. Considerados desde este punto de vista, los discursos de Lloyd George constituían admirables producciones porque testimoniaban un conocimiento verdaderamente asombroso de la psicología de las multitudes.

Compárense estos discursos con el impotente balbuceo de Bethmann-Hollweg. Lo cierto es que aparentemente los discursos de éste eran de más sentido intelectual, pero en realidad no demostraban otra cosa que la incapacidad de aquel hombre para hablar a su pueblo. Que Lloyd George era en ingenio no sólo equivalente, sino mil veces superior a un Bethmann.Hollweg, lo comprobó el hecho de que Lloyd George encontró para sus discursos aquella forma y aquella expresión que debieron abrirle el corazón de su pueblo y que a la postre redujeron a ese pueblo a su incondicional voluntad.

El sobresaliente talento político de este inglés se manifiesta precisamente en la sencillez de su lenguaje, en lo elemental de sus formas de expresión y en el empleo de ejemplos simples y fácilmente comprensibles.

***

LA ASAMBLEA POPULAR ES, DESDE LUEGO, INDISPENSABLE PORQUE EL INDIVIDUO QUE, COMO FUTURO PROSÉLITO DE UN NACIENTE MOVIMIENTO, SE SIENTE HURAÑO AL PRINCIPIO, ENTREGÁNDOSE FÁCILMENTE AL TEMOR DEL AISLAMIENTO ENCUENTRA ALLÍ EL CUADRO DE UNA COMUNIDAD NUMEROSA, LO CUAL TIENE, PARA LA MAYORÍA DE LAS GENTES, INFLUENCIA RECONFORTANTE Y ALENTADORA.

El mismo individuo formando parte de una compañía o de un batallón, rodeado de todos sus camaradas, se lanzará más desaprensivamente al asalto que cuando se halle solo. Agrupado, se sentiría siempre protegido hasta cierto punto, aunque, prácticamente, mil razones demuestren lo contrario.

El sentimiento de comunidad que inspira la manifestación colectiva no sólo alecciona al individuo, sino que cohesiona y contribuye también a crear el espíritu de cuerpo. La voluntad, el ansia y también la energía de miles, se acumula en cada uno. El hombre que, lleno de dudas y vacilaciones, entra en una tal asamblea, sale de ella íntimamente reconfortado: Se convirtió en miembro de la comunidad.

¡Jamás debe olvidar esto el movimiento nacionalsocialista!

CAPÍTULO SÉPTIMO: LA LUCHA CONTRA EL FRENTE ROJO

En los años 1919 y 1920 y también en 1921, concurrí personalmente a los llamados mítines burgueses. Siempre me produjeron igual repulsión que en mi niñez la cucharada prescrita de aceite de bacalao. Se debe tomar y se dice que es muy bueno, pero su gusto es horrible.

He conocido a los profetas de una concepción ideológica burguesa y no me sorprende, sino que más bien comprendo ahora, por qué no dan importancia a la palabra articulada. Por entonces visité reuniones de demócratas, de nacionalistas alemanes, del partido populista alemán y del partido populista bávaro (el partido católico de Baviera). Lo que resalta a primera vista era la homogeneidad del auditorio que se componía casi exclusivamente de los miembros del respectivo partido. El conjunto, falto de toda disciplina, parecía más un club de aburridos jugadores de cartas que un mitin del pueblo que acababa de sufrir una gran revolución. Los oradores mismo hacían por su parte todo lo posible para mantener esa atmósfera pacífica. Discurseaban o, mejor dicho, leían discursos del estilo de un ingenioso artículo de prensa o de una disertación científica, evitando toda expresión de tono fuerte y dejando escapar sólo de vez en cuando algún pobre chiste académico ante el cual los miembros del directorio reían consabidamente, no a carcajadas, sino con mesura y con la reserva del caso.

Cierta vez concurrí a una asamblea en la Sala de Wagner de Munich con motivo de conmemorar la batalla de las naciones en Leipzig. En la tribuna se hallaba reunida la mesa directiva: A la izquierda, uno de monóculo, a la derecha otro de monóculo y en medio de ambos uno sin monóculo. Los tres de levita, dando la impresión que se trataba o de un tribunal de justicia que tenía que dictar una sentencia de muerte o de un bautizo solemne; en todo caso más parecía una ceremonia religiosa que otra cosa. El pretendido discurso, que, impreso, habría producido quizá mejor efecto, lo produjo sencillamente desastroso, pues, apenas transcurridos tres cuartos de hora, toda la concurrencia estaba como dominada por un sueño hipnótico.

***

Ciertamente, en comparación con tales reuniones, las asambleas nacionalsocialistas no eran asambleas “pacíficas”. En ellas se estrellaban las corrientes de dos concepciones ideológicas diferentes y concluían no con canciones patrióticas mecánicamente entonadas, sino con la explosión fanática del sentimiento de patria y de raza.

Ya desde el principio fue una necesidad establecer rigurosa disciplina en nuestras reuniones y a asegurar autoridad absoluta al dirigente de la asamblea. Pues lo que nosotros exponíamos no era la laxa charlatanería de un “conferencista” burgués, sino algo que, en el fondo y la forma se prestaba siempre a provocar la réplica del adversario. Y adversarios habían en nuestras asambleas. Con que frecuencia venían en grupos compactos presididos por algunos agitadores y reflejando en sus fisonomías la convicción: “Hoy daremos al traste con ustedes”. Y cuantas veces pedía todo de un hijo y sólo la singular energía del dirigente de la asamblea y la brutal decisión de nuestros encargados de hacer guardar el orden, podían poner coto a los propósitos de nuestros adversarios.

Y tenían motivo suficiente para sentirse provocados.

Bastaba ya el color rojo de nuestras proclamas para atraerlos al local de nuestras asambleas. La burguesía corriente se mostraba extremadamente indignada al pensar que también nosotros nos hubiésemos apoderado del rojo de los bolchevistas, y creía ver en esto algo de doble sentido.

Habíamos elegido el color rojo para nuestras proclamas, después de minuciosa y honda reflexión, buscando con ello provocar a los de izquierda, hacer que montasen en cólera y así inducirles a que concurrieran a nuestras asambleas, aunque sólo fuese con la intención de molestarnos; mas de este modo nos daban la ocasión de hacerles escuchar nuestra palabra.

Cuán gracioso nos fue, en aquellos años, constatar de cerca, en el cambio continuo de la táctica de nuestros adversarios, la desorientación y la impotencia que les dominaba. Se dirigían llamadas al "proletariado consciente de su clase" invitándola a concurrir en masa a nuestras asambleas para reducir con el puño proletario a los representantes de la "agitación monárquica y reaccionaria".

Nuestras asamblea estaban repletas de obreros ya tres cuartos de hora antes de que comenzasen. Semejaban un barril de pólvora, capaz de explotar en cualquier momento, teniendo ya la mecha encendida. Mas, los hechos se produjeron siempre de otro modo. Aquellas gentes entraban como adversarios y salían, si no convencidos de nuestra causa, por lo menos imbuidos de espíritu reflexivo y hasta crítico, respecto de su propia doctrina.

Cuando al fin de dos, tres y muchas veces de ocho y diez asambleas, quedó establecido que el sabotear nuestras reuniones era más fácil en la teoría que en la práctica y que el resultado de cada una de nuestras asambleas, significaba un nuevo desmembramiento de las fuerzas rojas, se lanzó el lema contrario: "¡Proletarios, socios y socias. No concurráis a las asambleas de los agitadores nacionalsocialistas!"

La misma táctica, eternamente vacilante, podía observarse también en la prensa roja. De pronto, se ensayaba ignorarnos por completo para luego persuadirse de la ineficacia de ese método y volver a echar mano del procedimiento contrario. Se había comenzado por tratarnos como a verdaderos criminales de la humanidad. Artículo tras artículo, puntualizando nuestra pretendida criminalidad, documentándola siempre de nuevo con historias de escándalos y otras cosas, aunque todas inventadas de A a Z, completaban la obra difamatoria.

Entonces adopté el punto de vista que fuera como fuese –y se mofasen o renegasen de nosotros, ya nos presentasen como polichinelas o como criminales- lo importante era que nos mencionaran, que se ocupasen constantemente de nosotros y que, poco a poco, resultáramos ante los ojos del obrero, realmente como el único poder al cual se combatía. Lo que en verdad éramos somos y lo que en verdad queríamos, ya habríamos de mostrárselo un buen día a la jauría israelita de la prensa.

Una de las razones por la que en aquellos tiempos no se llegó a sabotear directamente nuestras asambleas, fue también, por cierto, la increíble cobardía de los dirigentes de nuestros adversarios. En todas las situaciones críticas se concretaban a destacar por delante a unos cuantos mozalbetes mientras ellos esperaban fuera del local el resultado del proyectado sabotaje.

En aquel tiempo, nos vimos forzados a velar nosotros mismos por el mantenimiento del orden en nuestras reuniones, ya que jamás podían contar con la protección de las autoridades; contrariamente, sabíamos por experiencia que esa protección favorecía siempre a los perturbadores pues, el único resultado efectivo de la intervención de la autoridad, esto es, la policía, era la disolución de la asamblea, es decir, su clausura. Y no otro era en verdad el intento y la finalidad que perseguían los saboteadores enemigos. A decir verdad, la policía ha hecho escuela de una práctica que, por su ilegalidad, constituye lo más monstruoso que uno pueda imaginarse.

Cuando, por medio de amenazas, las autoridades se dan cuenta de que existe el peligro de que se sabotee una reunión, en lugar de arrestar a los provocadores, se prohíbe a los inocentes la realización de la

asamblea; procedimiento del cual el tipo corriente de autoridad policíaca se siente muy orgulloso calificándolo como “medida preventiva para evitar una infracción de la ley”.

En relación con todo esto había que considerar aún lo siguiente: TODA ASAMBLEA PROTEGIDA ÚNICAMENTE POR LA POLICÍA, DESACREDITA A SUS ORGANIZADORES ANTE LOS OJOS DE LA GRAN MASA.

Nuestro joven partido debía, pues, velar por sí, defenderse así mismo y destruir también por sí sólo al terrorismo del adversario.

Dos condiciones garantizaban la seguridad de nuestras asambleas:

I) UNA MANO DIRIGENTE ENÉRGICA Y PSICOLÓGICAMENTE APROPIADA.

II) LA PRESENCIA DE UN GRUPO ORGANIZADO PARA HACER GUARDAR EL ORDEN.

Cuando, por entonces, los nacionalsocialistas celebrábamos una asamblea, nosotros mismos y no otros éramos los soberanos. Más de una vez ocurrió que un puñado de nuestros camaradas se impuso heroicamente sobre una masa furiosa y violenta de elementos rojos.

Seguramente que a la postre habría podido ser dominado aquel puñado de quince o veinte hombres, pero los otros sabían muy bien que antes, se les hundiría el cráneo al doble o al triple número de ellos. Y a esto no querían arriesgarse.

Como brillaban los ojos de mis muchachos cuando les explicaba la necesidad de su misión y les recalcaba que la mayor sabiduría del mundo será siempre inútil mientras no se halle respaldada por una fuerza que la proteja y defienda, y que la dulce diosa de la paz puede aparecer sólo al lado del dios de la guerra, como que toda obra grande de esa paz, necesita la protección y el apoyo de la fuerza. Alcancé a inspirarles una idea mucho más viva de la que tenían sobre el servicio militar obligatorio. No en el sentido estereotipado del espíritu de viejos y anquilosados funcionarios al servicio de la autoridad muerta de un Estado que había dejado de ser, sino con plena conciencia del deber que le impone al individuo el sacrificio de su vida por la existencia del conjunto de su pueblo, en todo tiempo y en todo caso.

¡Y como actuaron esos muchachos después!

Como enjambre de avispas caían sobre los perturbadores de nuestras asambleas, fuese cual fuere la proporción numérica de éstos, sin temor a ser heridos, dispuestos a todo sacrificio y plenos siempre de la gran idea de abrirle paso a la sagrada misión de nuestro movimiento.

Ya en el verano de 1920 nuestra organización destinada al mantenimiento del orden fue adquiriendo poco a poco formas precisas y en la primavera de 1921 se formaron compañías de a cien hombres, subdivididas a su vez en grupos. Y esto resultó indispensable por lo mismo que, entre tanto, la actividad asambleísta del partido había ido aumentando constantemente.

***

La organización de nuestras tropas de orden, trajo consigo la solución de una cuestión muy importante: Hasta entonces el movimiento no poseía una insignia especial ni menos una bandera del partido. La ausencia de tales símbolos suponía inconvenientes no sólo momentáneo, sino que también era, para el porvenir, cosa inadmisible. Los inconvenientes consistían, ante todo, en el hecho de que nuestros correligionarios carecían en absoluto de un signo exterior que revelase su pertenencia y que, por otra parte, caracterizara el movimiento con una enseña como símbolo opuesto al emblema de la Internacional.

Más de una vez tuve en mi juventud ocasión de darme cuenta y penetras instintivamente la enorme significación psicológica que entraña un tal símbolo. Después de la guerra, vi en Berlín un mitin marxista delante del palacio real. Un mar de banderas rojas, de brazaletes rojos y de flores rojas, daban a esta

demostración, aproximadamente de ciento veinte mil personas, un aspecto exterior muy imponente, y yo mismo sentía y comprendía la facilidad con que el hombre del pueblo se deja dominar por la magia seductora de un espectáculo de tan grandiosa apariencia.

La clase burguesa que, políticamente no tiene ni representa en verdad concepción ideológica alguna, carecía por consiguiente de un símbolo propio; constaba de "patriotas" y llevaba por doquier los colores del Reich de la postguerra.

La bandera negro-blanco-rojo del antiguo imperio fue nuevamente adoptada por los llamados partidos nacionalburgueses.

NO CABE DUDA DE QUE EL SÍMBOLO DE UNA ÉPOCA QUE FUE DOMINADA POR EL MARXISMO EN CONDICIONES Y CIRCUNSTANCIAS POCO GLORIOSAS, MAL PUEDE SERVIR DE EMBLEMA PARA DESTRUIR, EN NOMBRE DE ÉSTE, ESE MISMO MARXISMO. POR SAGRADOS Y QUERIDOS QUE FUESEN LOS ANTIGUOS COLORES PARA TODO BUEN ALEMÁN QUE COMBATIÓ BAJO SUS PLIEGUES Y VIÓ EL SACRIFICIO DE TANTOS, ESOS COLORES DE BELLEZA ÚNICA Y DE FACTURA LOZANA Y FRESCA, NO SE PRESTABAN PARA CONSTITUIR EL SÍMBOLO DE UNA LUCHA DEL PORVENIR.

Contrariamente a los políticos burgueses, siempre sostuve dentro de nuestro movimiento el punto de vista de que para la nación alemana significaba una verdadera suerte haber perdido la antigua bandera. Desde el fondo de nuestros corazones deberíamos dar gracias al destino de que haya querido preservar a nuestra gloriosa bandera de guerra de todos los tiempos, del oprobio de servir de sábana para la prostitución más vergonzosa.

Nosotros, los nacionalsocialistas, no podemos ver en la antigua bandera del Reich un símbolo expresivo de nuestra propia actividad, pues, no aspiramos a hacer resucitar el Imperio que cayó víctima de sus propios defectos, sino más bien a erigir un nuevo Estado. El movimiento que, en este sentido, lucha ahora contra el marxismo, tenía desde entonces, que llevar en su bandera el símbolo del nuevo Estado.

La cuestión de nuestra bandera, es decir, lo relacionado con su aspecto, nos preocupó por entonces muy intensamente. De todos lados recibíamos sugestiones bien intencionadas, pero carentes de valor práctico. Por mi parte me pronuncié por la conservación de los antiguos colores, no sólo porque, como soldado, son para mí lo más sagrado de la vida, sino también por su efecto estético ya que mejor que cualquier otra combinación armonizan con mi propio modo de sentir. Yo mismo, después de innumerables ensayos, logré precisar una forma definitiva: Sobre un fondo rojo, un disco blanco y en el centro de éste, la cruz gamada en negro. Igualmente, después de largas experiencias, pude encontrar una relación apropiada entre la dimensión de la bandera y la del disco y entre la forma y tamaño de la esvástica. Y así quedó.

Inmediatamente se mandaron confeccionar brazaletes de a misma combinación para nuestras tropas de orden, esto es, un brazalete rojo sobre el cual aparece el disco blanco y la esvástica negra. También la insignia del partido fue creada siguiendo las mismas directrices.

En el verano de 1920 lucimos por primera vez nuestra bandera. Correspondía admirablemente a la índole de nuestro naciente movimiento: Jóvenes y nuevos eran ambos.

¡Y ES REALMENTE UN SÍMBOLO! No sólo porque mediante esos colores, ardientemente amados por nosotros y que tantas glorias conquistaron para el pueblo alemán, testimoniamos nuestro respeto al pasado, sino porque eran también la mejor encarnación de los propósitos del movimiento. Como socialistas nacionales, vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el ROJO, la idea social del movimiento; en el BLANCO la idea nacionalista y en la SVÁSTICA la misión de luchar por la victoria del hombre ario y al mismo tiempo, por el triunfo de la idea del trabajo productivo, idea que es y será

siempre antisemita.

Dos años más tarde, cuando nuestra tropa de orden se había convertido en una “sección de asalto” (SA Sturm Abteilung) que abarcaba muchos miles de hombres, se hizo necesario darle a esta organización de lucha de la nueva concepción ideológica, un símbolo especial de la victoria: EL ESTANDARTE**.**

***

Por entonces no existía, fuera de los partidos marxistas, ningún partido, especialmente de carácter nacional, que hubiese podido preciarse de organizar mítines populares tan imponentes como los nuestros. La sala de Münchener-Kindl-Keller en Munich, que puede dar cabida a cinco mil personas, estuvo más de una vez atestada hasta reventar; quedaba un solo local cuya enorme capacidad había hecho que no nos atreviéramos aun a tomarlo como lugar de reunión, en el Circo Krone.

En los últimos días de Enero de 1921, volvieron a presentarse graves incidencias para Alemania. La Convención de París, que obligaba al Reich a pagar la absurda suma de cien mil millones de marcos oro, debía ser puesta en vigencia en forma del ultimátum de Londres.

Con este motivo, una cooperativa de las llamadas asociaciones nacionalistas, existente desde hacía largo tiempo en Munich, había querido organizar un mitin general de protesta.

Entretanto, pasaron los días insensiblemente; los grandes partidos no habían tomado ni la menor nota del tremendo suceso y la cooperativa misma no pudo resolverse a fijar la fecha de la demostración proyectada.

El martes, 10 de Febrero de 1921, exigí urgentemente una definitiva decisión. Se me había pedido que esperara hasta el miércoles y ese día insistí en obtener de todos modos una clara información sobre si la asamblea tendría al fin lugar y cuándo. La respuesta fue nuevamente evasiva e imprecisa. Se decía que se tenía la "intención" de reunir la cooperativa para el miércoles siguiente.

Ante semejante estado de cosas, se me había agotado la paciencia y acabé por organizar yo mismo el mitin de protesta. El miércoles al medio día, dicté a máquina, en diez minutos, el texto de la proclama y al mismo tiempo ordené alquilar para el día siguiente, jueves 3 de Febrero, el local del Circo Krone.

Por entonces, esto significaba exponerse a un enorme riesgo; no sólo porque era dudoso llegar a llenar tan enorme local, sino también porque se corría el peligro del sabotaje. Pero una sola cosa era segura: Que el fracaso podía significar un retroceso de varios años para el desarrollo del movimiento.

Para pegar las proclamas no disponíamos más que de un solo día, esto es, el jueves mismo. Por desgracia, llovía ya por la mañana y parecía fundado el temor de que en tales circunstancias, mucha gente prefería quedarse en casa a concurrir con lluvia y nieve a una asamblea donde posiblemente habría muertos y heridos.

Dos camiones, que hice alquilar, fueron decorados de rojo y provistos de algunas banderas nuestras; cada uno de los camiones iba ocupado por quince o veinte correligionarios, con la orden de recorrer diligentemente las calles de la ciudad, distribuir volantes, en una palabra, hacer propaganda para el mitin de la noche. Esta fue la primera vez que se vio circular camiones con banderas rojas conduciendo elementos no marxistas.

A las siete de la noche, el local del circo no estaba todavía suficientemente concurrido.

Cada diez minutos se me informaba por teléfono y me sentía un tanto inquieto. No obstante, al poco tiempo vinieron informaciones más favorables.

Cuando entré en el amplio local, experimenté la misma sensación de alegría que un año antes al realizarse nuestra primera reunión en la sala de fiestas de la Hofbräuhaus en Munich.

Tuve que abrirme paso entre el apiñado público y cuando llegué a la tribuna pude darme cuenta de la magnitud del éxito. Más de 5.600 entradas habían sido vendidas y si a esto se añadía el número de los sin trabajo, estudiantes pobres y los elementos de nuestra guardia encargada de mantener el orden, posiblemente la concurrencia pasaba de 6.500 personas.

"El porvenir o la ruina". Tal era el tema de mi conferencia. Hablé aproximadamente por espacio de dos horas y media, y ya, después de los primeros treinta minutos, supe que el mitin alcanzaría un éxito grandioso, porque sentía el contacto con aquellos miles de individuos. A partir de la primera hora, los aplausos con exclamaciones espontáneas cada vez mayores, empezaron a interrumpir mi discurso para luego, después de la segunda hora, volver a aplacarse y quedar el público sumido en aquel silencio religioso que, en ocasiones posteriores, tantas y tantas veces debí volver a experimentar en aquel mismo local. En cuanto hubo pronunciado la última palabra, estalló el entusiasmo popular en máximo fervor patriótico, cantando el himno nacional "Deutschland ubre alles".

Las gacetas burguesas publicaron fotografías y comentarios mencionando únicamente que se había tratado de una demostración "nacional" y omitiendo en su "modestia característica" citar los nombres de los organizadores.

Después de aquella iniciación en 1921, intensifiqué considerablemente nuestra actividad asambleísta en Munich, optando por celebrar en adelante no sólo una reunión, sino muchas veces dos y hasta tres por semana, en el verano y al finalizar el otoño. Nuestros mítines se realizaron siempre en el local del Circo

Krone y con íntima satisfacción pudimos constatar que cada vez teníamos el mismo éxito.

El resultado fue una creciente adhesión al movimiento y un aumento notable del número de miembros del partido.

***

Es natural que ante semejantes éxitos no quedaran inactivos nuestros adversarios. Y es así como se resolvieron a llevar a cabo en un último esfuerzo un acto de terrorismo que definitivamente pusiese fin a nuestra actividad asambleísta.

Para el encuentro decisivo, habían elegido una de nuestras reuniones en la sala de fiestas de la Hofbräuhaus, donde yo debía hablar. En efecto, el 4 de Noviembre de 1921, entre las 6 y 7 de la tarde, recibí las primeras informaciones concretas anunciando que nuestra asamblea de aquella noche sería saboteada a toda costa.

Fue atribuible a una infeliz circunstancia, no haber podido tener antes tal comunicación.

Aquel mismo día habíamos desocupado nuestra venerable oficina en la Sterneckergasse en Munich, para trasladarnos a otra, es decir, habíamos dejado el antiguo local, sin poder aun instalarnos en el nuevo, debido a que en éste se hacían todavía trabajos preparatorios. El teléfono tampoco estaba expedito y he aquí porque resultaron en vano muchas tentativas encaminadas a informarnos telefónicamente sobre el proyectado sabotaje.

La consecuencia de esto fue que nuestra asamblea de aquella noche iba a estar protegida solamente por un grupo escaso de nuestra guardia de orden. Su número no pasaba de cuarenta y seis. Como nuestra organización de alarma no estaba todavía suficientemente perfeccionada, hubiera sido imposible por la noche, en el término de una hora, disponer de un conveniente refuerzo.

Cuando a las ocho menos cuarto llegué al vestíbulo de la Hofbräuhaus, no podía ya dudarse de la intención de nuestros adversarios. La sala se hallaba repleta y por eso la policía clausuró la entrada. Nuestros enemigos, que habían tenido buen cuidado de venir muy temprano, llenaban la sala, mientras que nuestros adeptos quedaron en su mayor parte fuera. El pequeño grupo de las S.A. esperaba en el vestíbulo y ordené formar a los cuarenta y seis hombres que la componían. Les dije a mis muchachos que seguramente aquella noche, por primera vez, tendrían que probar, a sangre y fuego, su fidelidad al movimiento y que ninguno de nosotros debería salir del local salvo que nos sacasen muertos; dije que yo personalmente quedaría en la sala y que jamás podría imaginar que uno solo de ellos fuese capaz de abandonarme; finalmente, subrayé que si viese que alguno se portaba como un cobarde yo mismo le arrancaría el brazalete y la insignia del partido. Luego les insté a reaccionar inmediatamente contra la menor tentativa de sabotaje, sin olvidar ni por un momento que la mejor forma de defensa es siempre el ataque. La exclamación “¡Heil!” pronunciada tres veces, más vigorosamente que nunca, fue la respuesta a mis palabras.

Una vez en la sala, puede apreciar la situación con mis propios ojos. Los concurrentes estaban apiñadamente sentados y me esperaban ya con penetrantes miradas. Infinidad de fisonomías llenas de odio se tornaban hacia mí, en tanto que otros me dirigían insultos seguidos de irónicas gesticulaciones. Estaban convencidos de su superioridad numérica y querían demostrarlo.

A pesar de todo, la asamblea fue inaugurada y empecé mi discurso.

Más o menos después de hora y media –había podido hablar durante ese tiempo no obstante las constantes interrupciones- un pequeño error psicológico que cometí al contestar una interrupción, y de lo cual yo mismo me di cuenta apenas hube respondido, dio ocasión a la señal de ataque. Gritos furiosos y de repente un hombre que salta sobre una silla y exclama: “¡Libertad!” A la señal dada los “campeones”

de la libertad comenzaron su obra.

Pocos instantes después dominaba en el local el bramido de una inmensa horda humana sobre la cual volaban cual descargas de obuses infinidad de vasos de cerveza, y en medio de todo, el crujir de silletazos, vasos que se estrella, chillidos estridentes y silbatina.

El espectáculo era salvaje. Yo quedé de pie en mi puesto y desde allí pude observar cómo todos mis muchachos cumplieron su deber admirablemente.

Apenas había principiado la danza entraron mis "hombres de asalto", como desde entonces les llamé. Cual lobos, en grupos de ocho o diez, caían sucesivamente sobre sus adversarios y poco a poco fueron éstos arrollados y echados del recinto. No habían transcurrido cinco minutos cuando vi que casi todos los míos sangraban y estaban heridos. A cuántos de ellos me fue dado conocerles precisamente entonces. A la cabeza, mi bravo Maurice, además, mi actual secretario privado Hess y muchos otros que, aun gravemente heridos, atacaban siempre de nuevo mientras podían mantenerse en pie. En uno de los rincones, al fondo de la sala, quedaba todavía un considerable bloque de adversarios que oponía tenaz resistencia. Inesperadamente detonaron dos tiros de revólver disparados desde la entrada de la sala, y con esto se inició un tremendo tiroteo.

A partir de este momento era imposible precisar de donde venían los disparos, pero una cosa pude establecer claramente: Desde aquel instante el ardor combativo de mis muchachos sangrantes había llegado al paroxismo, acabando por arrojar de la sala vencidos a los últimos perturbadores.

Pasaron aproximadamente veinticinco minutos. En la sala parecía como si hubiese estallado una granada. Muchos de mis correligionarios heridos, fueron curados de urgencia, otros fueron transportados por la ambulancia, pero a pesar de todo habíamos quedado dueños de la situación. Hermann Esser, que aquella noche presidía la reunión, declaró: "La asamblea continúa.

La palabra la tiene el conferenciante" Y continué hablando. Ya habíamos clausurado la reunión cuando entró de prisa y muy excitado un oficial de policía, moviendo nerviosamente los brazos y gritando: "La asamblea queda disuelta". Sin querer tuve que reírme, ante semejante alarde auténticamente policiaco.

Realmente, mucho habíamos aprendido aquella noche y nuestros adversarios mismos no olvidaron jamás la lección recibida.

CAPÍTULO OCTAVO: EL FUERTE ES MÁS FUERTE CUANTO ESTÁ SOLO

En el capítulo precedente, he mencionado la existencia de una cooperativa de asociaciones alemanas nacionalracistas. Ahora deseo ocuparme brevemente del problema.

Por lo general se comprende bajo la denominación "cooperativa de trabajo" un grupo de asociaciones que, con el fin de facilitar su labor, se someten ente sí a recíprocas obligaciones, eligiendo un directorio común con más o menos facultades, para luego poder llevar a cabo una acción conjunta. De esto se infiere que ha de tratarse de sociedades, asociaciones o partidos cuyos propósitos y procedimientos no se diferencien demasiado los unos de los otros. Existe la difundida convicción de que una tal cooperativa alcanza un enorme incremento de fuerza de acción y que, automáticamente, transforma en una potencia a los grupos que la componen, por sí solos débiles y pequeños.

ESTA CREENCIA ES ERRÓNEA EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS.

A mi modo de ver, es interesante y necesario para una comprensión mejor de la cuestión, dilucidar cómo se forman las sociedades, asociaciones, etc. Un hombre proclama una verdad, preconiza la solución de un determinado problema, expone una finalidad y crea por último un movimiento destinado a servir a su propósito. Así es cómo se funda una asociación o un partido que, de acuerdo con su respectivo programa, debe conducir a la supresión de anomalías existentes o a determinar un nuevo estado de cosas.

Tan pronto como ha quedado iniciado, un movimiento de esta índole, entra prácticamente en posesión de un cierto derecho de prioridad.

Sería natural y comprensible que todos aquellos que persiguen una misma finalidad, se incorporen a un tal movimiento reformándolo para, de esta manera, servir mejor a la idea común.

El que esto no sea así, puede atribuirse a dos causas. La primera querría yo calificarla de casi trágica, en tanto que la segunda, tiene un fondo miserable y hay que buscarla en la flaqueza de la naturaleza humana.

La causa trágica, reside en que cuando se trata del cumplimiento de un determinado cometido, los hombres no se concretan a reunirse en una agrupación única, a pesar de que por lo general en el mundo toda acción grandiosa marca la realización de un deseo ha tiempo latente en millones de corazones; un anhelo acariciado por muchos en silencio.

Corresponde al carácter de los grandes problemas contemporáneos el que miles de individuos se empeñen en su solución y que muchos de ellos se consideren predestinados o bien que el destino mismo proponga varias soluciones a la prueba de selección, para hacer que a la postre, en el libre juego de fuerzas, se incline la victoria final a favor del más fuerte, esto es, del más apto y capaz de resolver el problema. Sin embargo, la persuasión de que justamente ese hombre es el predestinado exclusivo, suele la más de las veces llegar tarde a la conciencia de los demás.

Es así como en el transcurso de los siglos y muchas veces dentro de una misma época, aparecen hombres diferentes que crean movimientos encaminados a defender finalidades comunes o por lo menos consideradas como análogas por la gran masa.

Lo trágico está en que aquellos hombres, sin conocerse entre sí, aspiran a llegar al mismo objetivo por caminos totalmente diferentes. Íntimamente convencidos de su propia misión, se creen obligados a ir cada uno asiladamente por su ruta.

Pero, ¿cómo podrá apreciarse desde fuera si el rumbo elegido es bueno o malo, si al no darse paso al libre juego de fuerzas, se sustrae al juicio doctrinal de hombres infatuados de su saber, la decisión definitiva, para dejarla librada a la irrefutable prueba del éxito visible que, en último análisis, confirmará siempre la conveniencia y utilidad de una acción?

En la Historia vemos que, a juicio de la mayoría, las dos posibilidades que se hubieran podido elegir para solucionar el problema alemán y cuyos gestores principales eran Austria y Prusia –los Habsburgo y los Hohenzollern- debieron haber sido desde un comienzo fusionadas en una sola. Siguiendo ese criterio se debió, contando con energías cohesionadas, confiar indiferentemente en la conveniencia de cualquiera de las dos posibilidades. En tal caso se habría optado por el camino de la parte más representativa que por entonces era Austria; pero está fuera de duda que la orientación austriaca nunca hubiera conducido a la creación de un Reich alemán.

La cuestión de la fundación de ese Reich, no fue el fruto de una voluntad común puesta al servicio de un procedimiento también común, sino más bien el resultado de una lucha consciente y a veces inconsciente por la hegemonía política, lucha de la cual surgió a la postre la Prusia vencedora. Y quien no niegue la verdad, ofuscado por la política partidista, tendrá que reconocer que la pretendida sabiduría humana jamás hubiera llegado a una decisión tan sabia como aquella a que llegó la sabiduría de la vida, esto es, que el libre juego de fuerzas, quiso que fuera realidad. En efecto, ¿quién hubiera creído seriamente, hace doscientos años, en los países alemanes, que la Prusia de los Hohenzollern y no el reino de los Habsburgo iba a convertirse un día en el núcleo creador y directriz del nuevo Reich? En cambio, ¿quién podría hoy desconocer que de ese modo obró mejor el destino? ¿Y quién sería capaz de figurarse un Reich alemán basado en los principios de una dinastía corrupta y degenerada, como la de los

Habsburgo?.

No, el desarrollo natural debió colocar al mejor en el puesto que le correspondía, ciertamente después de una lucha de siglos.

Así fue y así será eternamente.

Por eso no es de lamentar que, en un comienzo, hombres de lucha, diferentes, se encaminen en pos del mismo objetivo. El más vigoroso y el más diligente se revelará entonces y será el vencedor.

***

Existe aún a menudo una segunda causa, por la que en la vida de los pueblos, movimientos análogos en apariencia tratan de alcanzar, por caminos diferentes, un objetivo aparentemente también análogo. Esta causa es no sólo trágica, sino infinitamente miserable.

Radica en la infeliz mezcla de emulación, envidia, ambición e inclinación a la ratería, características que desgraciadamente se encuentran reunidas en ciertos sujetos de la humanidad.

Bastará que uno vaya por un nuevo camino para que muchos haraganes paren presintiendo algún buen bocado al fin de la jornada. Ahora bien, creado el nuevo movimiento y formulado su programa, afluyen tales gentes aseverando que persiguen el mismo objetivo. Pero de ningún modo los guía un propósito sincero al incorporarse a un tal movimiento y reconocer la prioridad de éste, sino que se concretan a robarle su programa para luego fundar a base de él un partido propio.

Ciertamente la fundación de toda aquella serie de grupos, partidos, etc., llamados "nacionalistas" que tuvo lugar en los años de 1918-19, fue el resultado del natural desenvolvimiento de las cosas y sin mala intención por parte de sus impulsores. Ya en 1920, la N.S.D.A.P. y la D.S.P. habían nacido inspirándose ambas en los mismos propósitos, pero no obstante independientemente la una de la otra. Por cierto que Julius Streicher estuvo al principio íntimamente convencido de la misión y del futuro de su movimiento; empero, tan pronto como llegara a reconocer de manera clara e indubitable el vigor y el crecimiento de la N.S.D.A.P., mayores a los de su propio partido, suspendió sus actividades e instó a sus correligionarios a que se engranasen en el movimiento triunfante de la N.S.D.A.P. y continuaron luchando desde esas filas por el objetivo común. Decisión sumamente correcta, aunque muy grave desde el punto de vista personal.

De esta suerte no resultó pues ninguna división durante aquella primera época de nuestro movimiento. Lo que hoy caracterizamos con la palabra "división nacionalista de partidos" debe exclusivamente su existencia a la segunda de las causas que he mencionado.

Repentinamente surgieron programas políticos plagiados del nuestro; se proclamaron principios tomados del conjunto de nuestras ideas; se precisaron objetivos por cuya consecución hacía años que luchábamos y se eligieron, por último, caminos ya trillados por la N.S.D.A.P.

Todo lo que era incapaz de mantenerse en pie sobre sus propias bases, acabó por fusionarse en cooperativas de trabajo, partiendo seguramente de la convicción de que ocho cojos, apoyados mutuamente, pueden constituir un gladiador.

Jamás debe olvidarse que todo lo realmente grande en este mundo, no fue obra de coaliciones, sino el resultado de la acción triunfante de uno solo. Las grandes revoluciones ideológicas de trascendencia universal son imaginables y factibles únicamente como luchas titánicas de grupos individuales y nunca como empresas fruto de coaliciones.

En consecuencia, el Estado nacionalsocialista jamás será creado por la voluntad convencional de una "cooperativa nacionalista", sino sólo gracias a la férrea voluntad de un movimiento único que sepa imponerse por encima de todos los demás.

CAPÍTULO NOVENO: IDEAS BÁSICAS SOBRE EL OBJETIVO Y LA ORGANIZACIÓN DE LAS S.A.

La revolución de 1918 en Alemania, abolió la forma monárquica de gobierno, disoció el ejército y la administración pública y quedó librada a la corrupción política. Con esto se destruyeron también los fundamentos de lo que se denomina la autoridad del Estado, la cual reposa casi siempre, sobre tres elementos que, esencialmente, son la base de toda autoridad.

EL PRIMER FUNDAMENTO INHERENTE A LA NOCIÓN DE AUTORIDAD ES SIEMPRE LA POPULARIDAD. Pero una autoridad que sólo descansa sobre este fundamento es en extremo débil, inestable y vacilante. De ahí que todo representante de una autoridad cimentada exclusivamente en la popularidad; tenga que esforzarse por mejorar y asegurar la base de esta autoridad mediante la formación del poder.

EN EL PODER, ESTO ES, EN LA FUERZA, VEMOS REPRESENTADO EL SEGUNDO FUNDAMENTO DE TODA AUTORIDAD; DESDE LUEGO, UN FUNDAMENTO MUCHO MÁS ESTABLE Y SEGURO, PERO SIEMPRE MÁS EFICAZ, QUE LA POPULARIDAD.

REUNIDAS LA POPULARIDAD Y LA FUERZA, PUEDEN SUBSISTIR UN DETERMINADO TIEMPO Y CON ESTO, SE CREA EL FACTOR TRADICIÓN QUE ES EL TERCER FUNDAMENTO QUE CONSOLIDA LA AUTORIDAD. SÓLO CUANDO SE AÚNAN LOS TRES

FACTORES; POPULARIDAD, FUERZA Y TRADICIÓN, PUEDE UNA AUTORIDAD CONSIDERARSE INCONMOVIBLE.

***

Si bien es cierto que la revolución logró demoler, con su impetuoso golpe, el edificio del antiguo Estado, no es menos cierto que esto se debió, en último análisis, a la circunstancia de que el equilibrio normal, dentro de la estructura de nuestro pueblo, se hallaba ya destruido por la guerra.

Cada pueblo, en su conjunto, consta de tres grandes categorías: Por una parte, un grupo extremo formado por el mejor elemento humano, en el sentido de la virtud y que se caracteriza por su valor y su espíritu de sacrificio; en el extremo opuesto, la hez de la humanidad, mala en el sentido de ser el espécimen del egoísmo y el vicio. Entre ambos extremos, se sitúa la tercera categoría, que en la vasta capa media de la sociedad, en la cual no se refleja ni deslumbrante heroísmo, ni bajo instinto criminal.

LOS PERÍODOS DE FLORECIMIENTO DE UN PUEBLO SE CONCIBEN ÚNICAMENTE GRACIAS A LA HEGEMONÍA ABSOLUTA DEL EXTREMO POSITIVO REPRESENTADO POR LOS BUENOS ELEMENTOS.

LOS PERÍODOS DE DESARROLLO NORMAL Y REGULAR, O LO QUE ES LO MISMO, DE UNA SITUACIÓN ESTABLE, SE CARACTERIZAN Y SUBSISTEN MIENTRAS DOMINAN LOS ELEMENTOS DE LA CATEGORÍA MEDIA, EN TANTO QUE LOS DOS EXTREMOS SE EQUILIBRAN O SE ANULAN RECÍPROCAMENTE.

FINALMENTE, LAS ÉPOCAS DE DECADENCIA DE UN PUEBLO, SON EL RESULTADO DE LA PREPONDERANCIA DE LOS ELEMENTOS MALOS.

Concluida la guerra, Alemania ofrecía el siguiente cuadro: La clase media, la más numerosa de la nación, había rendido cumplidamente su tributo de sangre; el extremo bueno se había sacrificado casi íntegramente con heroísmo ejemplar; el extremo malo, en cambio, acogiéndose a leyes absurdas y, por otra parte, debido a la no aplicación de las sanciones del código militar, quedó desgraciadamente intacto.

Esta hez, bien conservada, de nuestro pueblo, fue la que después hizo la revolución y pudo hacerla sólo porque el extremo bueno de la nación había dejado de ser.

Sin embargo, difícilmente podía una autoridad apoyarse en forma duradera sobre la “popularidad” de los saqueadores marxistas. La república “antimilitarista” necesitaba soldados.

Mas, como el sostén primordial y único de su autoridad de Estado, es decir, su popularidad, radicaba sólo en una comunidad de rufianes, ladrones, salteadores, desertores y emboscados –en una palabra, en aquella categoría que hemos venido en llamar el extremo malo de la nación- vano esfuerzo era el tratar de reclutar en estos círculos hombres dispuestos a sacrificar la propia vida en servicio del nuevo ideal, ya que aquellos no aspiraban en modo alguno a CONSOLIDAR EL ORDEN Y EL DESENVOLVIMIENTO DE LA REPÚBLICA ALEMANA, SINO SIMPLEMENTE AL PILLAJE A COSTA DE LA MISMA. Los que verdaderamente personificaban el pueblo, podían gritar hasta desgañitarse sin que nadie les respondiese desde aquellas filas.

Por aquel entonces se presentaron numerosos jóvenes alemanes dispuestos a vestir de nuevo el uniforme de soldado, para ponerse –como se les había hecho creer- al servicio de la “tranquilidad y el orden”. SE AGRUPARON COMO VOLUNTARIOS EN FORMACIONES LIBRES Y AUNQUE SENTÍAN ENSAÑADO ODIO CONTRA LA REVOLUCIÓN MARXISTA, INCONSCIENTEMENTE EMPEZARON A PROTEGERLA CONSOLIDÁNDOLA PRÁCTICAMENTE.

El auténtico organizador de la revolución y su verdadero instigador –el judío internacional- había medido justamente las circunstancias del momento. El pueblo alemán no estaba todavía madura para ser

arrastrado al sangriento fango bolchevique, como ocurrió con el pueblo ruso. En buena parte se debía esto a la homogeneidad racial existente en Alemania entre la clase intelectual y la clase obrera; además, a la sistemática penetración de las vastas capas del pueblo con elementos de cultura, fenómeno que encuentra paralelo sólo en los otros Estados Occidentales de Europa y que en Rusia es totalmente desconocido. Allí, la clase intelectual estaba constituida, en su mayoría, por elementos de nacionalidad extraña al pueblo ruso o por lo menos de raza no eslava.

Tan pronto como en Rusia fue posible movilizar la masa ignara y analfabeta en contra de la escasa capa intelectual que no guardaba contacto alguno con aquélla, estuvo echada la suerte de este país y ganada la revolución. El analfabeto ruso quedó con ello convertido en el esclavo indefenso de sus dictadores judíos, los cuales eran lo suficientemente perspicaces para hacer que su férula llevase el sello de la "dictadura del pueblo".

***

Si independientemente de los defectos evidentes del antiguo Estado, tomados como causa, nos preguntamos el porqué del éxito de la revolución de 1918 como acción en sí, llegaremos a estas conclusiones:

1º. PORQUE LA NOCIÓN DEL CUMPLIMIENTO DEL DEBER Y LA OBEDIENCIA ESTABAN ESTRATIFICADAS EN NOSOTROS.

2º. A CAUSA DE LA COBARDE PASIVIDAD OBSERVADA POR NUESTROS LLAMADOS PARTIDOS CONSERVADORES.

A esto conviene añadir:

Que el anquilosamiento de las nociones del cumplimiento del deber y de la obediencia, tenía su honda raíz en la índole de nuestra educación carente de sentido nacional y orientada netamente hacia el Estado. De ahí resulta el desconcierto entre medios y fines. La conciencia y la noción del cumplimiento del deber, así como la obediencia, no son fines en sí, como tampoco el Estado es un fin en sí mismo; todos juntos deben constituir los medios conducentes a facilitar y garantizar la existencia en este mundo a una comunidad de seres psíquica y físicamente afines.

EN LA HORA CRÍTICA EN QUE UN PUEBLO, DEBIDO A LOS MANEJOS DE UNOS CUANTOS MALHECHORES, SUCUMBE VISIBLEMENTE PARA QUEDAR A MERCED DE LA MÁS DURA HUMILLACIÓN, LA OBEDIENCIA Y EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER PARA CON AQUELLOS, ES FORMULISMO DOCTRINARIO, ES LOCURA. SEGÚN EL CONCEPTO NACIONALSOCIALISTA, EN TALES MOMENTOS NO OBRA LA OBEDIENCIA PARA CON SUPERIORES PUSILÁNIMES, SINO LA LEALTAD PARA CON LA COMUNIDAD DEL PUEBLO. APARECE ENTONCES EL DEBER DE LA RESPONSABILIDAD PERSONAL FRENTE AL CONJUNTO DE LA NACIÓN.

La revolución triunfó porque nuestro pueblo, mejor dicho nuestros gobernantes, habían perdido el concepto vivo de estas nociones, para dar paso a una concepción puramente doctrinaria y formalista de las mismas.

En lo concerniente al segundo punto, habría que subrayar lo siguiente:

La causa profunda de la pusilanimidad de los partidos “conservadores”, fue, en primer lugar, la desaparición del sector activo y bien intencionado de nuestro pueblo, el cual se desangró durante la guerra. Prescindiendo de todo esto, nuestros partidos burgueses, que podemos clasificar como las únicas instituciones políticas cimentadas sobre la plataforma del antiguo Estado, se hallaban persuadidos de que debían defender sus convicciones exclusivamente en el terreno intelectual y por medios intelectuales, ya que el empleo de la fuerza material era facultad privativa del Estado. Pero en el momento en que en el mundo de la democracia burguesa, surgió el marxismo, constituía un solemne absurdo apelar a la lucha con “armas espirituales”; absurdo que después debió acarrear tremendas consecuencias.

Las únicas organizaciones que en aquellos tiempos habrían tenido el valor y la fuerza necesarias para enfrentarse con el marxismo y sus masas soliviantadas, era, en un comienzo, los cuerpos de voluntarios, más tarde las agrupaciones de auto-defensa, las guardias civiles, etc., y, por último las ligas tradicionalistas.

LO QUE A LOS MARXISTAS LES DIO EL TRIUNFO, FUE LA PERFECTA COHESIÓN EXISTENTE ENTRE SU VOLUNTAD POLÍTICA Y EL CARÁCTER BRUTAL DE SU ACCIÓN. EN CAMBIO, LO QUE PRIVÓ A LOS SECTORES NACIONALISTAS DE TODA INFLUENCIA EN LOS DESTINOS DE ALEMANIA, FUE LA FALTA DE UNA COLABORACIÓN EFICIENTE ENTRE EL PODER DE LA FUERZA Y LA VOLUNTAD DE UNA GENIAL ASPIRACIÓN

POLÍTICA.

Cualquiera que hubiese sido la aspiración de los partidos “nacionalistas”, el valor de éstos debía ser siempre nulo, porque esos partidos no contaban con ningún poder para defenderla, y mucho menos para imponerla en la calle.

Las ligas de defensa disponían de todo poder y dominaban prácticamente la calle, pero carecían de una idea política y también de una finalidad política definida.

Fue el judío el que con asombrosa habilidad, supo lanzar, mediante su prensa, la idea del "carácter apolítico" de las ligas de defensa, ensalzando y proclamando siempre, con no menos refinamiento, la índole puramente espiritual de la lucha política. Millones de alemanes ingenuos repetían semejante farsa, sin presentir, ni en lo más mínimo, que de ese modo, se desarmaban prácticamente ellos mismos y caían, indefensos, en manos del judío.

Pero también esto, es susceptible de una explicación natural: La falta de una idea grande e innovadora significa siempre la limitación de la FUERZA COMBATIVA. LA CONVICCIÓN DE TENER EL DERECHO DE VALERSE HASTA DE LAS ARMAS MÁS BRUTALES, HA DE IR UNIDA PERMANENTEMENTE A LA FE FANÁTICA EN LA NECESIDAD DEL TRIUNFO DE UN NUEVO ORDEN DE COSAS REVOLUCIONARIO EN EL MUNDO. HE AQUÍ LA RAZÓN PORQUÉ JAMÁS APELARÁ AL ÚLTIMO RECURSO AQUEL MOVIMIENTO QUE NO LUCHA EN PRO DE FINES Y DE IDEALES ELEVADOS.

La revelación de una nueva gran idea, fue el secreto del éxito de la Revolución francesa; asimismo a la idea debe su triunfo la revolución rusa y sólo por la idea, también, ha podido ganar el fascismo la fuerza necesaria para someter venturosamente un pueblo a una reforma de vastas proporciones.

Paulatinamente, el marxismo logró obtener, con la consolidación de la Reichswehr el apoyo indispensable para su autoridad y, obrando lógica y consecuentemente, comenzó a disolver las ligas nacionales de defensa que ya le parecían peligrosas y superfluas.

***

Con la fundación de la N.S.D.A.P. apareció por primera vez un movimiento cuyo objetivo no radicaba, como en el caso de los partidos burgueses, en una restauración mecánica del pasado, sino en la aspiración de erigir un Estado orgánicamente nacional, en lugar del absurdo mecanismo estatal existente.

DESDE EL PRIMER DÍA, EL JOVEN MOVIMIENTO SOSTUVO EL PUNTO DE VISTA DE QUE SU IDEA DEBÍA SER PROPAGADA POR MEDIOS ESPIRITUALES, PERO QUE ESA ACCIÓN ESPIRITUAL TENDRÍA QUE ESTAR GARANTIZADA EN CASO NECESARIO POR LA FUERZA DEL PUÑO.

Fiel a su convicción sobre la enorme importancia encarnada en la nueva doctrina, consideró natural que ningún sacrificio sería demasiado grande al tratarse de la consecución de sus fines.

Es lección eterna de la Historia, que una concepción ideológica apoyada en el terror jamás podrá ser reducida por virtud de procedimientos legales de la autoridad establecida, sino únicamente por obra de otra concepción ideológica nueva y de acción no menos audaz y resuelta de aquélla. Oír esta verdad les será siempre desagradable a los funcionarios encargados de velar por la seguridad del Estado. El poder público podrá garantizar el orden y la tranquilidad sólo cuando el Estado se halle identificado con la ideología dominante.

Aquel Estado que, incondicionalmente, capituló ante el marxismo, el 9 de Noviembre de 1918, no podrá reaparecer de la noche a la mañana como el vencedor de ese mismo marxismo; por el contrario: Burgueses sabihondos, ocupando carteras ministeriales, chochean ya hoy preconizando la conveniencia de no gobernar contra el proletariado: Mas, al identificar al obrero alemán con el marxismo, no solamente incurren en una cobarde mixtificación de la verdad, sino que, mediante su interpretación capciosa, tratan también de disimular su propia incapacidad frente a la idea y la organización marxista.

***

He explicado cómo en la vida práctica de nuestro joven movimiento fue formándose paulatinamente una

guardia para la protección de nuestros mítines, y cómo ésta adoptó poco a poco el carácter de una fuerza de orden, tendiendo, finalmente, a constituir toda una organización.

El primer cometido de esta fuerza de orden era, pues, limitado. Al principio: Consistía en la tarea de facilitar la realización de los mítines los cuales, no mediando esa fuerza, habrían sido saboteados sin dificultad por los adversarios. Ya en aquella época, estaba nuestra fuerza de orden entrenada, para la ciega ejecución del ataque, pero no porque se hubiera hecho un culto del "laqui" como se solía decir en ciertos necios círculos nacionalistas, sino, llanamente, porque aquella fuerza supo comprender que hasta el hombre más genial puede quedar anulado ante los golpes de este "laqui", como en efecto no es raro en la historia el caso de eminentes cabezas que sucumbieron bajo el puño de ilotas minúsculos. Nuestra organización no trataba de imponer la violencia como finalidad sino que quería salvaguardar de la violencia a los predicadores de la finalidad ideal. Y al mismo tiempo, entendiendo que no estaba obligada a amparar a un Estado que no defendía a la nación; se encargó de proteger a esa nación contra los que amenazaban destruir el pueblo y el Estado.

Como su nombre indica, la sección de asalto (S.A. Sturm-Abteilung) no representa más que una sección de nuestro movimiento, esto es, un eslabón, del mismo modo que la propaganda, la prensa, los institutos científicos, etc., no constituyen otra cosa que eslabones del partido.

El pensamiento capital que privó en la organización de nuestra "sección de asalto" fue siempre, junto al propósito del entrenamiento físico, el hacer de ella una fuerza moral inquebrantable, hondamente compenetrada con el ideal nacionalsocialista y consolidada en grado máximo por su espíritu de disciplina. Nada debía tener de común con una organización aburguesada y menos aun con el carácter de una sociedad secreta.

La causa de mi oposición tenaz, en aquellos tiempos, al intento de hacer que la "sección de asalto" de la N.S.D.A.P. se presentase a manera de una liga de defensa, tenía su razón de ser en lo siguiente:

Desde un punto de vista puramente objetivo, no es posible realizar la educación militar de un pueblo mediante instituciones privadas, salvo que se cuente con enormes subvenciones del Estado. Pensar de otro modo supondría atribuirse a sí mismo demasiada capacidad. Desde luego, está fuera de discusión el hecho de que, a base de la llamada "disciplina voluntaria" se pueda crear, pasando de un cierto límite, organizaciones que tengan importancia militar. Aquí hace falta el instrumento esencial del mando, es decir, la sanción disciplinaria. Bien es cierto que en otoño de 1918 o, más propiamente en la primavera de 1919, fue factible formar "cuerpos de voluntarios", que tenían no sólo la ventaja de contar entre sus componentes una mayoría de excombatientes educados, por tanto, en la escuela del antiguo ejército, sino también la circunstancia de que las obligaciones impuestas al individuo, lo sometían incondicionalmente a la disciplina militar, por lo menos durante un tiempo limitado.

Aun en la hipótesis de que, no obstante las dificultades puntualizadas, lograse una liga de defensa instruir militarmente, año por año, un cierto número de alemanes, esto es, en el orden moral, físico y técnico; el resultado, a pesar de todo, tendría que ser inevitablemente nulo en un Estado que, consecuente con su tendencia política, no deseara, e incluso detestase una tal militarización por estar en contradicción absoluta con el objetivo intimo que persiguen sus dirigentes que son al propio tiempo sus corruptores.

Esta es la situación en el presente. ¿O es que acaso no pondría en ridículo al régimen de gobierno actual, querer dar sigilosamente instrucción militar a algunas decenas de miles de hombres, siendo ese mismo régimen el que pocos años antes abandonara ignominiosamente a ocho millones y medio de soldados de admirable preparación y cuyos servicios a la patria fueron rechazados y correspondidos con vejámenes? ¿Cómo, entonces formar soldados para un Estado que otrora vilipendiara y escupiera a los soldados más gloriosos, permitiendo que se les arrancasen del pecho sus condecoraciones y se les arrebatasen las cocardas, pisotearan sus banderas y denigrasen sus méritos? ¿Acaso dio jamás ese Estado paso alguno

que tendiera a restaurar el honor mancillado del antiguo ejército sancionando a sus disociadores y detractores?

¡Ciertamente que no! Por el contrario, vemos hoy entronizados a esos elementos en los más altos puestos públicos.

Analizando el problema de la conveniencia o inconveniencia de crear ligas voluntarias de defensa, no podría dejar de preguntarme: ¿Para qué se instruye a la juventud? ¿A que fin servira y en que momento deberá ser movilizada?

Si el estado actual tuviese alguna vez que echar mano de reservas preparadas de esta manera, jamás lo haría en defensa de los intereses nacionales contra el enemigo externo, sino únicamente en servicio de los opresores de la nación en el momento en que estallase el furor del pueblo engañado, traicionado y vendido.

Desde luego, ya por esa sola razón la S.A. no debía tener nada de parecido con una organización militar. Era simplemente un medio protector y educativo del movimiento nacionalsocialista y su cometido residía en un campo totalmente diferente al de las llamadas ligas de defensa. Tampoco debía constituir una organización secreta, porque el objetivo de las organizaciones secretas tiene que ser fatalmente contrario a la ley.

LO QUE NOSOTROS, LOS NACIONALSOCIALISTAS, NECESITÁBAMOS Y NECESITAREMOS SIEMPRE, NO SON CIEN O DOSCIENTOS CONSPIRADORES DESALMADOS, SINO CIENTOS DE MILES DE FANÁTICOS ADEPTOS, QUE LUCHEN POR NUESTRA IDEOLOGÍA. NUESTRA OBRA NO HA DE REALIZARSE EN CONCILIÁBULOS, SINO EN IMPONENTES DEMOSTRACIONES POPULARES Y TAMPOCO VALIÉNDOSE DEL PUÑAL, EL VENENO, LA PISTOLA, SINO CONQUISTANDO EN ABIERTA LID EL DOMINIO DE LA CALLE. TENEMOS QUE ENSEÑARLE AL MARXISMO QUE EL FUTURO DUEÑO DE LA CALLE HA DE SER EL NACIONALSOCIALISMO, QUE UN DÍA SERÁ TAMBIÉN EL DUEÑO DEL ESTADO.

El peligro de las organizaciones secretas estriba también actualmente en el hecho de que sus miembros desconocen por completo la magnitud de su cometido y se hacen la idea de que la suerte de un pueblo podría realmente, tornarse favorable de súbito, gracias a la perpetración de un asesinato político. Tal criterio puede tener justificación histórica únicamente cuando un pueblo gime bajo la tiranía de algún opresor genial, del cual se sabe que sólo su personalidad extraordinaria la que garantiza la consistencia interior y la temeridad del régimen imperante.

En los años de 1919 y 1920 existía el peligro de que miembros de organizaciones secretas, inspirándose en los grandes ejemplos de la Historia y hondamente conmovidos por la infinita desgracia nacional, intentaran vengarse de los corruptores de la patria, en la creencia de que así se pondría fin a la miseria del pueblo. Pero era absurdo semejante propósito, por la sencilla razón de que el marxismo no había triunfado gracias al genio superior y la significación personal de un solo individuo, sino más bien debido a la incalificable flaqueza moral y la cobarde inacción del mundo burgués. Al fin y al cabo, es todavía comprensible capitular ante un Robespierre, un Dantón o un Marat, pero siempre será vergonzoso someterse a un famélico Scheidemann, a un obeso Erzberger o un Friedrich Ebert y a otros minúsculos políticos. Vano hubiera sido eliminar a alguno de ellos, porque el resultado no habría hecho más que acelerar la entronización de otro no menos sanguinario y ávido que el antecesor.

***

Si la S.A. no debía ser una organización de índole militar, ni tampoco una intuición secreta, fuerza era deducir de esto las conclusiones siguientes:

1ª. SU INSTRUCCIÓN TENÍA QUE EFECTUARSE CONSULTANDO LA CONVENIENCIA DEL

PARTIDO Y NO DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR.

Tratándose del entrenamiento físico, no debía darse importancia capital a la práctica de ejercicios militares, sino más bien a la actividad deportiva. He considerado siempre más importantes el boxeo y el jiu-jitsu que un curso de tiro, que, siendo deficiente, habrá de resultar forzosamente malo. El entrenamiento corporal tiene que inculcar en el individuo la convicción de su superioridad física y darle, con ella, aquella confianza que radica eternamente en la conciencia de la propia fuerza; además, deben enseñársele aquellas destrezas deportivas que sirvan de armas para la defensa del movimiento nacional-socialista.

2ª. PARA EVITAR DESDE EL PRIMER MOMENTO QUE LA S.A. TUVIERA UN CARÁCTER SECRETO, NO BASTABA QUE SU UNIFORME LA REVELASE DE MODO INCONFUNDIBLE, SINO QUE YA LA MAGNITUD DE SUS EFECTIVOS TENÍA QUE SEÑALARLE EL CAMINO QUE CONVINIERA AL PARTIDO Y QUE FUESE DEL DOMINIO PÚBLICO. No debería reunirse furtivamente, sino por el contrario, marchar al aire libre, estableciendo con esto una práctica que destruyera definitivamente todas las leyendas que la acusaban de ser una "organización secreta".

3º. LA FORMA DE LA ORGANIZACIÓN DE LA S.A. ASÍ COMO SU UNIFORME Y EQUIPO, NO DEBÍAN COPIARSE DE LOS MODELOS DEL ANTIGUO EJÉRCITO, SINO ELEGIRSE CONFORME A LAS NECESIDADES DEL COMETIDO QUE EL INCUMBÍA.

***

Tres sucesos fueron de trascendental importancia para el desenvolvimiento de la S.A.:

1º. LA GRAN DEMOSTRACIÓN DE PROTESTA DE TODAS LAS ASOCIACIONES PATRIÓTICAS, REALIZADA EN EL VERANO DE 1922 EN LA KONIGSPLATZ DE MUNICH CONTRA LA LEY DE PROTECCIÓN DE LA REPÚBLICA.

También el movimiento nacionalsocialista había tomado parte en aquella demostración. El desfile general de la N.S.D.A.P. estuvo precedido por seis grupos de a cien hombres de la S.A. de Munich, seguidos de las secciones políticas de los miembros del partido. Teníamos además dos bandas de música y llevábamos, más o menos, quince banderas. La llegada de los nacionalsocialistas a la gran plaza de reunión, ya ocupada hasta la mitad, despertó entusiasmo desbordante en la multitud. Tuve el honor de ser uno de los oradores que dirigieron la palabra a aquel gentío que pasaba de sesenta mil personas.

El éxito del mitin fue portentoso, sobre todo porque, pese a las amenazas de los rojos, se demostró por primera vez que también el Munich nacionalsocialista era capaz de salir a la calle.

2º. EL DESFILE DE OCTUBRE DE 1922 EN COBURGO.

Diferentes asociaciones nacionalsocialistas habían acordado celebrar en Coburgo una reunión el "Día Alemán". Yo también recibí una invitación con la recomendación expresa de llevar conmigo algunos acompañantes.

En efecto, como "acompañantes" seleccioné ochocientos hombres de la S.A., formando catorce secciones, las cuales debían ser trasladadas, en tren especial, de Munich a la ciudad de Coburgo, que desde hacía poco se hallaba bajo la jurisdicción de Baviera. Era la primera vez que un tren especial de esa índole corría en Alemania. En todas las estaciones del trayecto, donde se agregaban nuevos elementos de la S.A. nuestro tren era motivo de gran expectación.

Llegados a Coburgo, fuimos recibidos por una delegación del comité organizador de la reunión y se nos entregó un pliego que, a manera de "convenio", contenía una orden de los sindicatos obreros de la ciudad, es decir, del partido independiente y del comunista, prohibiéndosenos desfilar en columnas cerradas y con banderas desplegadas y música (habíamos Rechacé de planos condiciones tan denigrantes

y no dejé de expresarles a los señores de la delegación mi extrañeza por el hecho de que se mantuvieran tratos y celebrasen acuerdos con aquellas gentes. Declaré terminantemente que la S.A. formaría al instante en secciones para marchar por las calles de la ciudad con música y flameantes banderas.

Y así fue.

Ya en la plaza de la estación nos esperaba una exaltada muchedumbre de varios miles que vociferaba, apostrofándonos con los "cariñosos" apelativos de asesinos, bandidos, criminales, etc., etc. La joven S.A. mantuvo su disciplina ejemplar. Había formado en secciones delante del edificio de la estación y demostraba una total indiferencia ante los denuestos del populacho. Debido a la timidez de las autoridades policíacas, nuestro desfile, en una ciudad que desconocíamos completamente, no fue dirigido hacia el alojamiento preparado para nosotros en la periferia de la población, sino hacia el Hofbräuhauskeller, situado muy cerca del centro de la ciudad. Apenas había acabado de entrar en el patio del Hofbräuhauskeller nuestra última sección, una gran multitud trató de seguirnos y en medio de ensordecedores gritos, quiso penetrar en el local, impidiéndolo la policía que clausuró la entrada. Como la situación se hiciera insoportable, ordené a la S.A. formar de nuevo, la arengué brevemente y exigí de la policía la inmediata apertura de las puertas. Al fin, después de largo vacilar, se accedió a mi demanda.

Reanduvimos de nuevo el camino, para poder llegar a nuestro alojamiento y fue en este trayecto, donde los representantes del verdadero socialismo, de la igualdad y de la fraternidad, apelaron al recurso de las piedras.

Esto debió poner punto final a nuestra paciencia. Durante diez minutos, llovieron piedras a derecha e izquierda, y un cuarto de hora más tarde no quedaba en la calle un solo comunista.

Por la noche se produjeron todavía graves choques. Patrullas de la S.A., encontraron horrendamente maltratados a elementos nacionalsocialistas que habían sido asaltados aisladamente. La reacción de los nuestros no se dejó esperar. Al día siguiente estaba dominado el terror rojo bajo el cual Coburgo sufría desde años atrás.

Con la característica hipocresía del judío marxista, se quiso incitar de nuevo, por medio de volantes, a hombres y mujeres, "camaradas del proletariado internacional", para que otra vez se lanzasen a la calle. Tergiversando completamente la verdad de los hechos, se afirmaba que nuestras "hordas de asesinos" habían dado comienzo a una guerra de exterminio contra los "pacíficos" obreros de Coburgo. A la 1,30 de aquel día, debía realizarse la gran "demostración popular" integrada por decenas de miles de obreros de todos los alrededores de Coburgo, como decían sus organizadores. Resuelto a eliminar definitivamente el terror rojo, hice formar a las 12 a la S.A., que, entretanto, había engrosado sus filas hasta alcanzar un efectivo de mil quinientos hombres, y con ella, me puse en marcha pasando por la plaza donde iba a tener lugar la anunciada demostración comunista.

Pero en vez de decenas de miles no vimos allá más que unos pocos centenares, los cuales ante nuestra presencia se mantuvieron más o menos tranquilos y hasta se retiraron en parte.

Entonces pudimos notar cómo la atemorizada población recobraba poco a poco su serenidad, se revestía de valor y hasta osaba saludarnos con aclamaciones. Por la noche, cuando nos dirigíamos a la estación, en muchos lugares del trayecto estalló, a nuestro paso, un júbilo espontáneo.

Una vez en la estación, el personal ferroviario nos declaró inesperadamente que no conducía el tren. Comencé por hacer saber a algunos de los organizadores del sabotaje que, en tal caso, apresaría a cuanto pícaro cayese en mi poder y que el tren partiría manejado por nosotros mismos, sin descuidarnos, por cierto, de llevar en la locomotora, en el tender y en cada carro unas docenas de los famosos "camaradas de la solidaridad internacional". Tampoco omití llamar la atención de esos señores sobre el hecho de que el viaje a cargo nuestro, significaría, naturalmente, una muy arriesgada empresa y no sería raro que todos

resultásemos descalabrados, aunque nos consolaba pensar que, por lo menos, no nos solos iríamos al otro mundo sino, que en igualdad y confraternidad, nos acompañarían los señores comunistas.

Ante mi actitud resuelta, el tren partío puntualmente y a la mañana siguiente llegamos a Munich sanos y salvos.

La experiencia hecha en Coburgo nos había enseñado, pues, cuán útil era introducir el uso de un uniforme regular en la S.A., y esto, no sólo para fortalecer el espíritu de cuerpo, sin también para evitar confusiones y evitar el no poder reconocerse entre sí. Hasta entonces la S.A. había llevado únicamente un brazalete como distintivo; después vino el uso de la blusa y la conocida gorra.

Otra experiencia adquirida en Coburgo, fue mostrarnos la necesidad que había de ir anulando sistemáticamente el terror rojo y restablecer la libertad de reunión en aquellos lugares donde, desde años atrás, se hacía imposible toda demostración de otros partidos.

3º) LA OCUPACIÓN DEL RUHR POR LOS FRANCESES EN LOS PRIMEROS MESES DE 1923 TUVO ENORME TRASCENDENCIA PARA EL DESARROLLO DE LA S.A.

Esta ocupación, que no nos vino de sorpresa, engendró la fundada esperanza de que, al fin, terminaría la política cobarde de las sumisiones y que, con ello las ligas de defensa asumirían un rol perfectamente definido. Tampoco la S.A., que ya por entonces abarcaba en su organización muchos miles de hombres jóvenes y fuertes, debía quedar privada de prestar su concurso a este servicio nacional. En la primavera y durante el verano de 1923, se operó la transformación de la S.A., en una organización militar de combate.

La conclusión del año 1923 que a primera vista fue triste para Alemania, constituyó, sin embargo, considerada desde un elevado aspecto, una necesidad, puesto que en este año se acabó de una vez con aquella transformación militar de la S.A. perjudicial al movimiento e inutilizada por la actitud que asumió el Gobierno del Reich. Así surgió, para nuestro ideal nacionalsocialista la posibilidad de retornar un día al punto en que, anteriormente, habíamos tenido que dejar el verdadero camino.

La N.S.D.A.P., constituida sobre bases nuevas, en 1925, tiene que reconstruir, educar y organizar su S.A. de acuerdo con los principios ya mencionados en el comienzo de este capítulo.

La N.S.D.A.P., vuelve a sus sanas concepciones de antes y vuelve también a ver como tarea suprema, el propósito de crear con su S.A. un instrumento que refuerce y sostenga la lucha ideológica del movimiento.

La N.S.D.A.P., no ha de tolerar que la S.A. descienda a la categoría de una liga de defensa, ni tampoco al nivel de una organización secreta; tiene que esforzarse, más bien, por hacer de ella una guardia de cien mil hombres del ideal nacionalsocialista y por lo tanto, del ideal racial en su sentido más hondo.

CAPÍTULO DÉCIMO: LA MÁSCARA DEL FEDERALISMO

En el invierno de 1919 y más todavía en la primavera y el verano de 1920, el joven partido nacionalsocialista se vio obligado a definir su posición frente a un problema que, durante la guerra, habría asumido extraordinaria importancia. En la breve descripción contenida en la primera parte de este libro, acerca de los síntomas que pude constatar personalmente sobre el desastre alemán que se avecina, hice referencia a la índole especial de la propaganda ejercitada tanto por los franceses como por parte de los ingleses, para fomentar la antigua querella entre el Norte y el Sur de Alemania. En la primavera de 1915 aparecieron sistemáticamente en el frente alemán los primeros volantes de agitación contra Prusia, señalándose a este país como al único culpable de la guerra.

En 1916 alcanzó esta campaña un grado de desarrollo consumado a la par hábil y villano.

Pronto comenzó a dar sus frutos aquella agitación hecha entre los alemanes del Sur contra los del Norte, y que estaba calculada para estimular los más bajos instintos.

Es fuerza hacer a las autoridades responsables de entonces, tanto en el gobierno como en el ejército –pero ante todo en el comando bávaro- un reproche que no pueden eludir: Y este es que, en criminal olvido del cumplimiento de su deber, no obrasen con la entereza necesaria, frente a semejante campaña. ¡Nada se hizo! Por el contrario, incluso parecía que en algunos sectores no se veía con desagrado aquella campaña, pensándose con evidente limitación mental, que, mediante aquella funesta influencia, no sólo se oponía una barrera al desenvolvimiento de unidad alemana, sino que con ello, se producía también, automáticamente, una intensificación de la tendencia federalista. ¡Raramente ha de encontrarse en la Historia un caso de deliberado descuido con efectos más graves! El debilitamiento que se creía infligir a Prusia afectó a toda Alemania y su consecuencia fue precipitar el desastre, que significó no sólo la ruina del conjunto nacional de Alemania, sino asimismo la de cada uno de los Estados alemanes en particular.

Munich, la ciudad donde con más violencia ardía el odio artificialmente concitado hacia Prusia, debió ser la primera en lanzar el grito revolucionario contra su tradicional monarquía.

Pero sería un error atribuir exclusivamente a la propaganda de guerra enemiga el origen de ese espíritu hostil a Prusia. La forma increíblemente insensata en que estaba organizada nuestra economía de guerra, que, con una centralización rayana en el absurdo, mantenía bajo su tutela todo el territorio del Reich, y lo explotaba, fue una de las causas principales que engendraron aquel sentimiento antiprusiano; pues, para la concepción de la gente del pueblo, los comités de aprovisionamiento, que tenían su central en Berlín, estaban identificados con la capital y, a su vez, Berlín con Prusia.

Demasiado malicioso era el judío, para no haberse dado cuenta, ya entonces, de que la infame campaña de explotación que él mismo había organizado contra el pueblo alemán, bajo la capa de los comités, de aprovisionamiento, provocaría y debía provocar resistencia. Mientras esa resistencia no implicó para él un peligro, no tenía porqué temerla; pero a fin de prevenir una explosión de las masas movidas por la

desesperanza y la indignación, descubrió que no podía haber receta mejor que la de desviar el furor popular en otro sentido, como medio de neutralizarlo.

¡Luego vino la revolución!

El judío internacional, Kurt Eisner, comenzó a intrigar en Baviera contra Prusia. Dando al movimiento revolucionario bávaro un cariz deliberadamente hostil contra el resto de Alemania, no obraba ni en lo más mínimo animado del propósito de servir intereses de Baviera, sino, llanamente, como un ejecutor del judaísmo. Explotó los instintos y antipatías del pueblo bávaro para poder, por ese medio, desmoronar más fácilmente a Alemania. Pero pronto el Reich en ruina habría caído en manos del bolchevismo.

Óptimos frutos produjo el arte con que los agitadores bolcheviques supieron presentar la eliminación de la república del Consejo de Soldados como una victoria del "militarismo prusiano" sobre el pueblo bávaro "anti-militarista y antiprusiano". Cuando en Munich se realizaron alas elecciones para la dieta constituyente de Baviera, Kurt Eisner contaba en su favor escasamente con diez mil adeptos y el partido comunista apenas si llegaba a tres mil, en tanto que al producirse el fracaso de la república comunista, el número de ambos grupos había alcanzado ya un total aproximado de cien mil.

Desde aquella época, me empeñé personalmente en la lucha contra la descabellada agitación de los Estados alemanes entre sí. En toda mi vida no creo haber emprendido jamás obra más popular que aquella campaña mía de resistencia contra la animadversión existente contra Prusia. Durante el gobierno del consejo de soldados tuvieron lugar en Munich los primeros mítines donde se excitaba el odio contra el resto de Alemania, en especial contra Prusia, en una forma tal, que no sólo entrañaba peligro de vida para el alemán del Norte que se arriesgase a concurrir a un mitin de aquellos, sino que aquellas demostraciones concluían casi siempre con la estúpida vonciglería de "¡Abajo Prusia!", "¡Separémonos de Prusia!", ¡"Guerra a Prusia"!, etc., estado de ánimo que hallaba su expresión cabal en el grito de guerra de un "insuperable" representante de los altos intereses de Baviera en el Reichstag, que decía: PREFERIMOS MORIR COMO BÁVAROS ANTES QUE PERECER COMO PRUSIANOS.

La campaña que yo había iniciado, apoyado, al principio, únicamente por unos cuantos de mis camaradas de la guerra, debió ser luego fomentada por el joven movimiento nacionalsocialista como un deber sagrado. Aun hoy me llena de orgullo poder decir que, en aquellos tiempos –contando sólo casi exclusivamente con nuestros correligionarios bávaros, dimos al traste, poco a poco, pero de modo seguro, con aquel brote separatista, mezcla de ignorancia y traición.

Obvio sería explicar que la agitación del sentimiento anti-prusiano, nada tenía que ver con el federalismo alemán. Desde luego, sorprendía el hecho de una "actividad federalista" empeñada en disolver o disgregar un Estado federal alemán ya existente. Un federalista sincero, para quien la concepción Bismarkiana del Reich unido, no representara una mentida frase, mal podía, desear la disgregación del Estado prusiano, creado y perfeccionado por el mismo Bismark, y menos, todavía, alentar abiertamente aspiraciones separatistas.

No era contra los autores de la constitución de Weimar –que dicho sea de paso fueron en su mayoría alemanes del Sur y judíos-, contra quienes se dirigían las injurias y ataques de esos seudo-federalistas; su acción iba contra los elementos representativos de la antigua Prusia conservadora, esto es, justamente contra lo antagónico del espíritu de Weimar. La circunstancia de que en aquella campaña se tuviera buen cuidado de no aludir a los judíos, no debe sorprendernos mayormente, pero nos dará la clave del enigma.

Así como antes de la revolución de 1918, el judío supo desviar de sus comités de aprovisionamiento o mejor dicho de sí mismo, la atención pública, aleccionando contra Prusia a las muchedumbres y en particular al pueblo bávaro, así también, después de la revolución, debía él cubrir de nuevo de cualquier modo el botín de su pillaje que, ahora, era diez veces mayor. Y otra vez ganó su juego, en este caso, sembrando rencillas y odios entre los elementos nacionales de Alemania; así intrigó A LOS BÁVAROS DE TENDENCIA CONSERVADORA CONTRA LOS PRUSIANOS NO MENOS CONSERVADORES. EL BÁVARO, NO VEÍA EL BERLÍN DE LOS CUATRO MILLONES DE

ACTIVOS E INCANSABLES HABITANTES, SINO AQUEL OTRO FLOJO Y CORROMPIDO, DE LOS MÁS DETESTABLES BARRIOS DEL OESTE. ¡PERO SU ODIO NO IBA CONTRA AQUEL MUNDO MALSANO; SU OBJETIVO ERA LA CIUDAD "PRUSIANA"!. ¡Aquello eral realmente desesperante!

Lentamente se inició un cambio en este estado de cosas. Es evidente que ya en el invierno de 1918-19, comenzó a dejarse sentir un algo colectivo que podía interpretarse como antisemitismo. Más tarde, gracias al impulso del movimiento nacionalsocialista, se abordó el problema judío de manera activa, ante todo, porque sacando este problema de la esfera limitada de círculos burgueses, se supo hacer de él, el motivo propulsor de un gran movimiento popular.

Pero tan pronto como esto fue posible, el judío empezó a organizar su defensa. Volvió a recurrir a su vieja táctica. Con asombrosa celeridad, lanzó en el seno mismo del movimiento la chispa de la discordia y sembró así, el germen de la desunión. La única posibilidad de embargar la atención pública con otros problemas y detener el ataque concentrado contra el judaísmo, residía –dada la situación reinante- en promover LA CUESTIÓN DEL ULTRAMONTANISMO Y PROVOCAR, DE ESTA SUERTE, LA CONSABIDA LUCHA ENTRE EL CATOLICISMO Y EL PROTESTANTISMO. Jamás podrán reparar el daño causado aquellos hombres que agitaron esta cuestión en el seno del pueblo alemán. En todo caso, el judío alcanzó el objetivo deseado: Católicos y protestantes habían entrado en reñida controversia y el enemigo mortal del mundo ario y de la cristiandad toda, se reía ante sus mismas narices.

Considérese cuán funestas son las consecuencias que a diario trae consigo la bastardización judaica de nuestro pueblo y reflexiónese también de que este envenenamiento de nuestra sangre, sólo al cabo de siglos –o tal vez jamás- podrá ser eliminado del organismo nacional. Millares de nuestros conciudadanos pasan como ciegos ante el hecho del emponzoñamiento de nuestra raza, practicado sistemáticamente por el judío. Y las dos iglesias cristianas, -la católica y la protestante- se muestran ambas indiferentes frente a esta profanación y destrucción. Para el futuro de la humanidad, no radica la importancia del problema en el triunfo de los protestantes sobre los católicos, o de los católicos sobre los protestantes, sino en saber si la raza aria subsistirá o desaparecerá.

La situación de la iglesia en Alemania, no permite comparación alguna con Francia, España o Italia. En todos estos países se puede propagar, por ejemplo, la lucha contra el clericalismo o contra el ultramontanismo, sin correr el riesgo de que tal empeño resulte una disociación en el seno del pueblo francés, del español o del italiano. Cosa semejante, sería imposible en Alemania, porque seguramente los protestantes no tardarían en inmiscuirse en la lucha. Una crítica que en otros países sería sustentada exclusivamente por los católicos frente a las intromisiones de índole política cometidas por los dignatarios de su propia iglesia, en Alemania asumiría de hecho el carácter de una agresión del protestantismo contra el catolicismo. Así se explica que se pudiese soportar toda crítica, aunque fuese injusta, con tal de que viniera de sus propios feligreses, en tanto que se rechazara de plano en cuanto procediera de otro sector religioso.

Aquellos que, en el año de 1924, creyeron que la lucha contra el "ultramontanismo" constituía el supremo cometido del movimiento nacionalracista, no han destruido el ultramontanismo, pero sí han roto la unidad de la causa nacionalracista. También debo oponerme a admitir que en las filas de nuestro movimiento haya algún ingenio que suponga poder realizar lo que el mismo Bismark no pudo. Será siempre el más alto deber de los dirigentes del nacionalsocialismo, combatir enérgicamente todo intento que tienda a poner el movimiento nacionalsocialista al servicio de aquellas luchas y separar ipso facto de nuestras filas a los propagandistas de propósitos semejantes. EL MÁS FERVIENTE PROTESTANTE PUEDE ALINEARSE AL LADO DEL MÁS FERVIENTE CATÓLICO, sin que jamás surjan para él problemas de conciencia por su convicción religiosa. Por el contrario, la gigantesca lucha común que

sostenían ambos contra el destructor del mundo ario les ha enseñado el respeto y la estimación mutuos. Y fue, precisamente en aquellos años, cuando el movimiento realizó una tenaz oposición contra el partido del Centro (partido Católico), no por motivos religiosos, sino exclusivamente por razones de índole nacional, racial y económica.

***

La lucha entre el federalismo y el unitarismo, que tan astutamente supieron suscitar los judíos en los años 1919 a 1921, obligó al movimiento nacionalsocialista, aun siendo contrario a esta lucha, a definir también su posición frente a las cuestiones esenciales resultantes de dicha controversia. ¿Debía Alemania ser Estado federal o unitario? A mi modo de ver lo segundo me parece lo más importante.

¿Qué es un Estado federal?

Por un Estado federal, entendemos una asociación de países soberanos que, en virtud de su propia soberanía, se fusionan voluntariamente, renunciando, cada uno de ellos a favor del conjunto, a aquella parte de sus propias prerrogativas capaz de posibilitar y garantizar la existencia de la federación constituida.

Esta fórmula teórica no tiene en la práctica aplicación absoluta en ninguno de los Estados federales del mundo y aun menos, en los Estados Unidos de Norte América. No fueron los Estados los que constituyeron la unión Federal Americana, sino que fue esta la que, previamente, dio forma a una gran parte de esos llamados Estados. Los amplios derechos privativos conferidos o, mejor dicho, reconocidos a los diferentes territorios americanos, no sólo correspondían al carácter de esta confederación de países, sino que estaba, ante todo, en relación con la magnitud de sus dominios y la extensión de la superficie territorial del conjunto, que es casi la de un continente.

Por eso, en el caso de la Unión Americana, no se puede hablar de la soberanía política de los Estados, sino únicamente de sus derechos o mejor dicho de sus privilegios determinados y garantizados constitucionalmente.

Tratándose de Alemania, tampoco tiene aplicación exacta la definición dada, y esto a pesar del hecho indudable de que los respectivos países, existieron antes aisladamente, constituidos como Estados soberanos, habiendo nacido de la reunión de ellos el Reich Alemán. Más, la formación del Reich, no se debió a la libre voluntad o a la cooperación de esos Estados, sino a la influencia de la hegemonía de uno sólo de ellos: Prusia. Desde luego, ya la sola gran diferencia territorial existente entre los diversos Estados alemanes, no permite establecer un paralelo v. gr. con la institución federal americana. Esa diferencia territorial entre los más pequeños Estados de antaño y los grandes o, mejor dicho, el mayor de todos, evidencia la desigualdad de capacidades y por otra parte, la falta de uniformidad del aporte de cada uno a la fundación del Reich, o sea a la constitución del Estado federal.

La cesión que los respectivos Estados hicieron de sus derechos de soberanía a favor de la creación del Reich, fue espontánea sólo en una mínima parte; por lo demás, prácticamente no existían tales derechos o si existieron, fueron llanamente anexionados bajo la presión del poder de Prusia. Bien es verdad que, en esto, Bismark no partió del principio de dar al Reich todo lo que buenamente se hubiese podido tomar de los diversos Estados, sino que exigió de ellos únicamente aquello que para el Reich era indispensable; con un criterio, por cierto, a la par moderado y sabio: Contemplaba por un lado con un respeto máximo las costumbres y la tradición, y por el otro, le granjeaba de este modo al nuevo Reich un mayor contingente de afección y de colaboración entusiasta por parte de cada uno de los estados confederados. Pero sería fundamentalmente erróneo querer atribuir este proceder de Bismark a la convicción que él podía tener de que, con lo hecho, se hallaría el Reich, para todos los tiempos, en posesión de una suma suficiente de derechos soberanos. Bismark por el contrario no tuvo tal convicción. Su propósito no fue otro que dejar para el futuro aquello que por el momento, era difícil de realizar y de sobrellevar. En efecto, con el tiempo, vino creciendo la soberanía del Reich a costa de la soberanía de los Estados confederados. El tiempo justifico la previsión de Bismark.

El desastre de Alemania en 1918 y la destrucción del Estado monárquico, precipitó el curso de este desarrollo. Si con la eliminación del régimen monárquico y de sus representantes, se había asestado un rudo golpe al carácter federal del Reich, aun más fuerte debió ser el efecto,

al aceptar Alemania las obligaciones resultantes del Tratado de “paz” de Versalles.

Era natural y lógico que los Estados confederados perdiesen toda soberanía sobre el control de sus finanzas, desde el momento en que al Reich se le impuso, como consecuencia de la guerra perdida, una obligación financiera que jamás habría llegado a cumplirse mediante contribuciones parciales de los

Estados. Las medidas posteriores conducentes a la centralización de los servicios de correos y ferrocarriles, fueron consecuencias inevitables de la esclavización de nuestro pueblo, paulatinamente iniciada por los tratados de paz.

El Reich de Bismark era libre y estaba exento de obligaciones exteriores. No pesaban sobre él cargas financieras tan graves y al propio tiempo tan improductivas, como lo es la del Plan Dawes para la Alemania actual. Su incumbencia, en el interior, se limitaba a aspectos contados y absolutamente necesarios. Es natural que así se pudiera renunciar a mantener una administración financiera propia y vivir de las contribuciones de los Estados confederados; y es natural que corroborase admirablemente el sentimiento de adhesión de los Estados hacia el Reich, el hecho de que éstos continuaran en el ejercicio del derecho soberano de administrar sus propias rentas, aparte de la circunstancia de que, relativamente, era poco elevada la cifra de sus contribuciones al Reich.

El Estado alemán de la posguerra, se ve, pues ahora obligado, para poder subsistir, a cercenar cada vez más los privilegios de los respectivos países del Reich, no solamente por razones de índole material, sino también de orden ideal. Al exigir de sus súbditos hasta el último tributo, como consecuencia de su política financiera de exacción, este Estado tiene necesariamente que privarles también hasta de los últimos derechos, si es que no quiere que el descontento general conduzca un día al estallido de una rebelión.

En contestación al estado de cosas anteriormente reflejado, nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos una regla fundamental que observar: UN REICH NACIONAL Y VIGOROSO QUE EN SU POLÍTICA EXTERIOR CUIDE Y PROTEJA EN EL MÁS AMPLIO SENTIDO, LOS INTERESES DE SUS SÚBDITOS, PUEDE OFRECER LIBERTAD INTERNA SIN RIESGO PARA LA ESTABILIDAD DEL ESTADO. PERO BAJO OTRAS CIRCUNSTANCIAS, UN GOBIERNO NACIONAL FUERTE PUEDE TAMBIÉN LLEGAR A COARTAR CONSIDERABLEMENTE LAS LIBERTADES INDIVIDUALES LO MISMO QUE LAS DE LOS PAÍSES CONFEDERADOS, SIN DETRIMENTO DE LA IDEA DEL REICH Y SIEMPRE QUE EL CIUDADANO RECONOZCA EN ESTAS MEDIDAS UN MEDIO HACIA LA GRANDEZA NACIONAL.

Es indiscutible que todos los Estados del mundo tienden en su organización interna a una cierta centralización administrativa, y Alemania no será en esto una excepción a la regla. La importancia particular de cada uno de ls países que forman una confederación, disminuye crecientemente tanto en el ramo de comunicaciones, como en el de orden administrativo. El tráfico y la técnica modernos, reducen de día en día, distancias y extensiones. Quien se inhiba de las consecuencias resultantes de hechos consumados, será, pues, un rezagado.

***

SI BIEN PARECE NATURAL UN CIERTO GRADO DE CENTRALIZACIÓN, SOBRE TODO EN LOS SERVICIOS DE COMUNICACIONES, NO MENOS NATURAL CONSIDERAMOS LOS NACIONALSOCIALISTAS EL DEBER DE ASUMIR UNA FIRME ACTITUD CONTRA UNA EVOLUCIÓN SEMEJANTE EN EL ESTADO ACTUAL, CUANDO LAS MEDIDAS PERTINENTES NO BUSCAN OTRO OBJETIVO QUE EL DE COHONESTAR Y FACILITAR UNA POLÍTICA EXTERIOR DESASTROSA. Justamente porque el Reich actual ha procedido a la llamada estatización de los ferrocarriles, correos, finanzas, etc., no obedeciendo a razones de elevado interés nacional, sino únicamente a la finalidad de tener en sus manos los recursos y la garantía necesarias para satisfacer su política de condescendencia con los Aliados, debemos los nacionalsocialistas hacer cuanto esté a nuestro alcance para obstaculizar y si es posible impedir la realización de una tal política.

PERO OBRANDO ASÍ, NUESTRA NORMA SERÁ SIEMPRE DE NOBLE POLÍTICA NACIONAL Y JAMÁS DE TENDENCIA MEZQUINA Y PARTICULARISTA.

Esta consideración, es indispensable para evitar que, entre nuestros correligionarios, surja la creencia de que nosotros los nacionalsocialistas tratamos de negarle al Reich el derecho de encarnar una soberanía mayor que la de los Estados que lo forman. Sobre este derecho no puede ni debe existir entre nosotros duda alguna, pues, DESDE EL MOMENTO EN QUE EL ESTADO EN SÍ NO SIGNIFICA PARA NOSOTROS MÁS QUE UNA FORMA, SIENDO LO ESENCIAL SU CONTENIDO, ES DECIR, LA NACIÓN, EL PUEBLO, CLARO ESTÁ QUE TODO LO DEMÁS, TIENE QUE SUBORDINARSE OBLIGADAMENTE A LOS SOBERANOS INTERESES DE LA NACIÓN. ANTE TODO, DENTRO DEL CONJUNTO NACIONAL REPRESENTADO POR EL REICH NO PODEMOS TOLERAR LA AUTONOMÍA POLÍTICA O EL EJERCICIO DE SOBERANÍA DE NINGUNO DE LOS ESTADOS EN PARTICULAR. Un día ha de acabar y acabará el desatino de mantener, por parte de los Estados confederados, sus llamadas representaciones diplomáticas en el exterior y entre ellos mismos. Mientras subsistan anomalías semejantes, no hay porqué asombrarse de que el extranjero ponga siempre en duda la estabilidad del Reich y obre de acuerdo con ello.

De todos modos, la importancia de los diversos países del Reich, tendrá en el futuro que gravitar, con preferencia, en el campo de la actividad cultural. El monarca que más hizo por el prestigio de Baviera no fue ningún testarudo particularista, contrario al sentimiento unitario nacional, sino un hombre que, junto a su afección por el Arte, aspiraba a la gran patria alemana – el Rey Luis I.

Por encima de todo, se cuidará de preservar al ejército de influencias regionalistas. El Estado nacionalsocialista venidero, no deberá caer en el pasado error, de atribuir a la institución armada un cometido que no le corresponde ni puede ser propio de ella.

EL EJÉRCITO ALEMÁN NO ESTÁ EN EL REICH PARA SERVIR DE ESCUELA A LA CONSERVACIÓN DE PECULIARISMOS REGIONALES, SINO MÁS BIEN PARA FORMAR UNA INSTITUCIÓN DONDE TODOS LOS ALEMANES, APRENDAN A COMPRENDERSE RECÍPROCAMENTE Y A ADAPTARSE LOS UNOS A LOS OTROS.

Todo aquello que en la vida nacional pudiera significar antagonismo, ha de saberlo allanar el ejército obrando como el factor de unificación. Deberá, además, sacar al joven conscripto del horizonte estrecho de su campanario y situarlo en el ambiente de la nación. No serán las fronteras de su terruño las que él vea; sino las de la patria, pues, son éstas las que un día tendrá él que defender. Por eso, es improcedente dejarlo en su propio terruño en lugar de hacer que conozca otras partes de Alemania durante el tiempo de su servicio militar.

La doctrina nacionalsocialista no está llamada a servir aisladamente los intereses políticos de determinados Estados en la confederación del Reich, sino que aspira a ser un día la soberana de toda la nación. Ella tendrá que reorganizar y orientar la vida de un pueblo, y, por tanto, atribuirse imperativamente el derecho de pasar sobre fronteras establecidas por una evolución política que nosotros condenamos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO: PROPAGANDA Y ORGANIZACIÓN

Inmediatamente después de haber ingresado en el partido obrero alemán, tomé a mi cargo la dirección de la propaganda. Consideraba este ramo como el más importante del momento. La propaganda debía preceder a la organización y ganar a favor de ésta el material humano necesario a su actividad. Siempre fui enemigo de métodos de organización precipitados y pedantes, porque generalmente el resultado no es otro que un mecanismo muerto.

Por dicha razón, conviene más difundir previamente una idea mediante la propaganda dirigida desde una central durante un cierto tiempo y luego examinar el material humano paulatinamente reclutado, estudiándolo cuidadosamente a fin de seleccionar a los más capacitados para dirigentes. No será raro observar de esta manera, que algunos de los elementos aparentemente insignificantes, merecen considerarse como hombres que reúnen condiciones para Führer.

SERÍA TOTALMENTE ERRÓNEO QUERER ENCONTRAR EN EL ACOPIO DE CONOCIMIENTOS TEÓRICOS, LAS PRUEBAS CARACTERÍSTICAS DE APTITUD Y COMPETENCIA INHERENTES A LA CONDICIÓN DE FÜHRER.

Con frecuencia ocurre lo contrario.

Los grandes teorizantes, sólo muy raramente son también grandes organizadores, y esto porque el mérito del teorizante y del programático reside, en primer término, en el conocimiento y definición de leyes exactas de índole abstracta, en tanto que el organizador tendrá que ser ante todo un psicólogo.

Más raro todavía es el caso de que un gran teorizante sea al mismo tiempo un gran Führer.

Para ello tiene más capacidad el AGITADOR –y se explica-, aunque esta verdad la oigan con desagrado

muchos de los que se consagran con exclusividad a especulaciones científicas. Un agitador, capaz de difundir una idea en el seno de las masas, será siempre un psicólogo, aun en el caso de que no fuese sino un demagogo. En todo caso, el agitador podrá resultar un mejor Führer que un teorizante abstraído del mundo y extraño a los hombres. Porque conducir significa: SABER MOVER MUCHEDUMBRES.

El don de conformar ideas, nada tiene de común con la capacidad propia del Führer. Obvio sería discutir qué es lo que tiene mayor importancia: ¿o concebir ideales y plantear finalidades de la humanidad o realizarlas? Como pasa a menudo en la vida, también en este caso, lo uno y lo otro. La más bella concepción teórica quedará sin objetivo ni valor práctico alguno si falta el Führer que mueva las masas en aquel sentido. E inversamente ¿de qué serviría la genialidad del Führer y todo su empuje, si el teorizante ingenioso no precisase de antemano los fines de la lucha humana? Pero lo más raro, en este planeta, es hallar encarnados en una misma persona, al teorizante, al organizador y al Führer. Esta conjunción, es la que revela al hombre grande.

***

Como ya dije, durante la primera época de mi actividad en el movimiento, me dediqué por entero a la propaganda. Gracias a ella, debió crearse, poco a poco, un pequeño núcleo de hombres imbuidos en la nueva doctrina, formando así el material que después iba a dar los primeros elementos básicos de una organización.

EL COMETIDO DE LA PROPAGANDA, CONSISTE EN RECLUTAR ADEPTOS, EN TANTO QUE EL DE LA ORGANIZACIÓN ES GANAR MIEMBROS.

ADEPTO A UNA CAUSA, ES AQUEL QUE DECLARA HALLARSE DE ACUERDO CON LOS FINES A QUE TIENDE LA MISMA; MIEMBRO ES EL QUE LUCHA POR ELLA.

LA ADHESIÓN RADICA EN EL SOLO CONOCIMIENTO DE LA IDEA, MIENTRAS QUE SER MIEMBRO SUPONE EL CORAJE DE REPRESENTAR PERSONALMENTE LA VERDAD RECONOCIDA COMO TAL Y PROPAGARLA.

EL CONOCIMIENTO EN SU FORMA PASIVA CORRESPONDE A LA MENTALIDAD DE LA MAYORÍA HUMANA QUE ES NEGLIGENTE Y COBARDE; EL SER MIEMBRO OBLIGA A LA ACCIÓN Y ES PROPIO ÚNICAMENTE DE LA MINORÍA.

SEGÚN ESO, LA PROPAGANDA TENDRÁ QUE LABORAR INCESANTEMENTE A FIN DE GANAR ADEPTOS. Y LA ORGANIZACIÓN CONCRETARSE RIGUROSAMENTE A SELECCIONAR DEL CONJUNTO DE LOS ADEPTOS SÓLO A LOS MÁS CALIFICADOS PARA CONFERIRLES LA CALIDAD DE MIEMBROS.

***

LA PROPAGANDA ORIENTA LA OPINIÓN PÚBLICA EN EL SENTIDO DE UNA DETERMINADA IDEA Y LA PREPARA PARA LA HORA DEL TRIUNFO, EN TANTO QUE LA ORGANIZACIÓN PUGNA POR ESE TRIUNFO MEDIANTE LA COHESIÓN ACTIVA, CONSTANTE Y SISTEMÁTICA DE AQUELLOS CORRELIGIONARIOS QUE REVELAN DISPOSICIONES Y APTITUDES PARA IMPULSAR LA LUCHA HASTA UN FINAL VICTORIOSO.

***

EL TRIUNFO DE UNA IDEA, SERÁ POSIBLE TANTO MÁS PRONTO CUANTO MÁS VASTAMENTE HAYA OBRADO EN LA OPINIÓN PÚBLICA LA ACCIÓN DE LA PROPAGANDA Y CUANTO MAYOR HAYA SIDO TAMBIÉN EL EXCLUSIVISMO, LA RIGIDEZ

Y LA FIRMEZA DE LA ORGANIZACIÓN, QUE ES LA QUE PRÁCTICAMENTE SOSTIENE LA LUCHA.

SE INFIERE DE ESTO QUE EL NÚMERO DE ADEPTOS JAMÁS PODRÁ SER DEMASIADO GRANDE; EL NÚMERO DE MIEMBROS, EN CAMBIO, ES SUSCEPTIBLE DE RESULTAR MÁS FÁCILMENTE DEMASIADO GRANDE, QUE DEMASIADO PEQUEÑO.

***

EL ÉXITO DECISIVO DE UNA REVOLUCIÓN IDEOLÓGICA HA DE LOGRARSE SIEMPRE QUE LA NUEVA IDEOLOGÍA SEA INCULCADA A TODOS E IMPUESTA DESPUÉS POR LA FUERZA, SI ES NECESARIO. POR OTRA PARTE, LA ORGANIZACIÓN DE LA IDEA, ESTO ES, EL MOVIMIENTO MISMO, DEBERÁ ABARCAR SOLAMENTE EL NÚMERO DE HOMBRES INDISPENSABLE AL MANEJO DE LOS ORGANISMOS CENTRALES EN EL MECANISMO DEL ESTADO RESPECTIVO.

***

EL SUPREMO DEBER DE LA ORGANIZACIÓN ESTRIBA EN VELAR PARA QUE POSIBLES DIVERGENCIAS SURGIDAS EN EL SENO DE LOS MIEMBROS DEL MOVIMIENTO, NO CONDUZCAN A UNA DIVISIÓN Y CON ELLO, A UN DEBILITAMIENTO DE LA LABOR DEL CONJUNTO. DEBE CUIDAR, ADEMÁS, DE QUE EL ESPÍRITU DE ACCIÓN NO DESAPAREZCA, SINO MÁS BIEN SE RENUEVE Y SE CONSOLIDE CONSTANTEMENTE.

LAS ORGANIZACIONES, ES DECIR, LOS CONJUNTOS DE MIEMBROS QUE SOBREPASAN UN CIERTO LÍMITE, PIERDEN PAULATINAMENTE SU FUERZA COMBATIVA Y NO SON CAPACES DE IMPULSAR CON INTERÉS Y DINAMISMO LA PROPAGANDA DE UNA IDEA Y MENOS DE SABER UTILIZARLA CONVENIENTEMENTE.

POR ESO ES ESENCIAL QUE EN EL MOMENTO EN QUE EL ÉXITO SE HA PUESTO DEL LADO DEL MOVIMIENTO, ÉSTE –OBRANDO POR SIMPLE INSTINTO DE CONSERVACIÓN-SUSPENDE AUTOMÁTICAMENTE LA ADMISIÓN DE NUEVOS MIEMBROS Y AMPLIFIQUE EN EL FUTURO SU ORGANIZACIÓN SÓLO A BASE DE SUMO CUIDADO Y MINUCIOSO EXAMEN DE LOS RESPECTIVOS ELEMENTOS. ÚNICAMENTE ASÍ PODRÁ EL MOVIMIENTO MANTENER SU NÚCLEO INCÓLUME Y SANO.

LUEGO, HARÁ QUE BAJO TALES CIRCUNSTANCIAS, SEA EXCLUSIVAMENTE ESTE NÚCLEO EL QUE GUÍE Y CONDUZCA EL MOVIMIENTO, ES DECIR, EL QUE DETERMINE LA PROPAGANDA DESTINADA A LOGRAR QUE SE LE RECONOZCA UNIVERSALMENTE Y QUE –COMO DUEÑO DEL PODER- ADOPTE PROCEDIMIENTOS NECESARIOS A LA REALIZACIÓN PRÁCTICA DE SUS IDEAS.

***

TODOS LOS GRANDES MOVIMIENTOS, SEAN DE ÍNDOLE RELIGIOSA O POLÍTICA, DEBIERON SU ÉXITO DE IMPOSICIÓN AL CONOCIMIENTO Y APLICACIÓN DE ESTOS PRINCIPIOS; SOBRE TODO, NO SE CONCIBEN ÉXITOS PERDURABLES SIN LA OBSERVANCIA DE TALES LEYES.

***

Como dirigente de la propaganda del partido, me esforcé no solamente en preparar el terreno para el gran desarrollo ulterior de nuestro movimiento, sino que gracias a un criterio radical en esta labor, me empeñé también por que la organización recibiera siempre los mejores elementos; ya que cuanto más extrema y fustigante era mi propaganda, tanto más atemorizados se sentían los débiles y tímidos, impidiéndose de

esta suerte su ingreso en el núcleo central de nuestra organización.

¡Y en verdad, fue así!

Hasta mediados de 1921, bastó para la iniciación del movimiento, aquella actividad puramente propagandística. En el verano del mismo año, sucesos especiales aconsejaron la conveniencia de adaptar la organización al éxito cada vez más evidente de la propaganda.

En los años de 1919 y 1920, se hallaba a cargo de la dirección del movimiento, un comité elegido por las asambleas de miembros, las cuales a su vez estaban prescritas por los estatutos del partido. Ese comité encarnaba, aunque resultase paradójico, precisamente aquello que el movimiento se proponía combatir con todo rigor: EL PARLAMENTARISMO.

Las sesiones del comité, de las cuales se llevaba protocolo y donde las resoluciones eran adoptadas por mayoría, representaban realmente un parlamento en pequeño.

Semejante absurdo no comulgaba conmigo y muy pronto dejé de asistir a las reuniones.

Cumplía con mi deber de propaganda y esto era todo, por lo demás, no admitía que ningún ignorante tratase de inmiscuirse en mi ramo, de la misma manera que yo tampoco intentaba arrogarme ingerencias en las atribuciones de los demás. Aquel absurdo debió tocar a su fin en el momento en que, aprobados los nuevos estatutos y llamado a ocupar la presidencia del partido, contaba yo con la autoridad suficiente.

El presidente es responsable de la marcha de todo el movimiento. Le incumbe la distribución de labores entre los miembros del comité, dependiente de él, y entre los colaboradores que fuesen necesarios. Cada uno, a su vez, es responsable único del cometido que se le confíe y está directamente subordinado al presidente, el cual debe velar por la cooperación de todos, ya sea seleccionando elementos o dando directivas generales.

Esta ley de la responsabilidad, como cuestión de principio, se hizo poco a poco carne dentro del movimiento.

UN MOVIMIENTO QUE, EN UNA ÉPOCA DONDE REINA LA NORMA MAYORITARIA EN TODO, ACATE EL PRINCIPIO DE LA AUTORIDAD DEL FÜHRER Y LA RESPONSABILIDAD INHERENTE A ESTE PRINCIPIO, SUPERARÁ UN DÍA CON SEGURIDAD MATEMÁTICA EL ESTADO SUBSISTENTE Y SERÁ EL VENCEDOR.

***

En Diciembre de 1920 tuvo lugar la adquisición del "Völkischer Beobachter". Este periódico que, como su nombre indica, defendía en general los intereses nacionalracistas, debía ahora convertirse en el órgano oficial del partido. Durante el primer tiempo aparecía dos veces por semana; en 1923, como publicación diaria y, finalmente en Agosto, adoptó el formato conocido que hoy tiene.

Daba mucho que pensar el hecho de que, frente al poderío de la prensa judía, no existiese casi ningún periódico nacionalista de importancia efectiva. En gran parte esto era atribuible –como más tarde tuve ocasión de constatar personalmente en infinidad de casos prácticos- a la contextura comercial poco hábil de las empresas de índole nacionalracista en general. Se dejaban absorber demasiado por el criterio de que la convicción debía privar sobre el esfuerzo productivo; un punto de vista totalmente errado, si se tiene en cuenta que precisamente el esfuerzo productivo es el que representa la más bella expresión del modo de pensar, que no debe tener nada de externo y superficial.

Si honesto era el contenido del "Völkischer Beobachter", la administración de la empresa era comercialmente imposible. También aquí partíase de la opinión errada de que los periódicos nacionalracistas debían ser sostenidos mediante contribuciones voluntarias de los círculos nacionalracistas, en lugar de reflexionar que, al fin y al cabo, un periódico tiene que abrirse paso en

competencia con los demás y que es indigno querer cubrir negligencias o errores de la gerencia de la empresa, por medio de donativos de patriotas bien intencionados.

Por mi parte, me esforcé por innovar aquel estado de cosas, de cuya gravedad me había dado cuenta, y la casualidad favoreció mi propósito, permitiéndome conocer al hombre que, desde entonces, ha prestado meritísimos servicios a la causa nacionalracista, no sólo como gerente de la empresa, sino también como el administrador del partido. En 1914, es decir, en el frente, había conocido (entonces era yo subordinado suyo) a este nuestro actual gerente. Max Amann. Durante los cuatro años de la guerra, tuve ocasión de observar casi constantemente las extraordinarias condiciones de capacidad, diligencia y escrupulosidad que caracterizaban al que después debió ser mi colaborador.

Cuando en el verano de 1921, nuestro movimiento atravesaba una difícil crisis y me hallaba descontento del trabajo de algunos empleados, especialmente de uno de ellos, de muy pésimo recuerdo, apelé a mi antiguo camarada de regimiento, pidiéndole que tomara a su cargo la administración del partido. Amann ocupaba por entonces una posición respetable y sólo después de larga reflexión, se decidió a aceptar mi llamada, aunque bajo la expresa condición de reconocer la autoridad de uno solo y no ponerse jamás a merced de un comité de sabihondos.

Corresponde al mérito perdurable de este nuestro primer gerente, hombre de amplia preparación comercial, el haber introducido corrección y orden en el mecanismo administrativo del partido, quedando desde entonces estas características como ejemplares. Se trabajaba cual en una empresa privada: El personal de empleados debía distinguirse por su propio esfuerzo y de nada valía tratar de cobijarse en la calidad de correligionario. Es natural que un movimiento que tan acremente reprueba la corrupción política reinante en la administración del Estado marxista, tenga que mantener exento de vicios su propio aparato administrativo.

El año 1921 tuvo, además, la trascendencia de que en mi calidad de presidente del partido, conseguí, poco a poco, anular en nuestras diversas reparticiones, la influencia de un sinnúmero de miembros del comité. Había gentes dominadas por el prurito de la crítica y que vivían en una especie de permanente preñez de excelentes planes, ideas, proyectos, métodos, etc. Su mayor y máxima aspiración era, generalmente, constituir un comité de control que no tenía otro fin que espiar el trabajo honrado de los demás.

El procedimiento más eficaz para neutralizar tan inútiles comités que no hacían más que incubar resoluciones prácticamente irrealizables, consistía en encomendarles un trabajo efectivo cualquiera. ¡Qué risible era entonces ver como se esfumaba insensiblemente todo ese conjunto de individuos! Esto me hacía pensar en el Reichstag. Con qué presteza desaparecerían también de allí todos los señores diputados, si en lugar de su locuacidad se les impusiese una labor positiva, es decir, un trabajo que tuviese que ser realizado bajo la responsabilidad personal de cada uno de esos ladrones!

En el curso de dos años, conseguí difundir más y más mi modo de pensar y hoy el movimiento nacionalsocialista está plenamente compenetrado con él. El éxito material de aquel método mío de organización, quedó revelado el 9 de Noviembre de 1923. Cuando cuatro años atrás ingresé en el movimiento, no se disponía ni de un simple sello: Cuatro años más tarde –al producirse la disolución del partido y la confiscación de sus bienes- nuestro activo económico, incluyendo los objetos de valor y el periódico, ascendía a la suma de 170.000 marcos oro.

CAPÍTULO DUODÉCIMO: EL PROBLEMA DE LOS SINDICATOS OBREROS

En nuestro propósito de estudiar aquellos métodos que más pronto y más fácilmente podían abrir a nuestro movimiento el camino hacia el corazón de las masas, tropezábamos siempre con la objeción de que el obrero jamás llegaría a pertenecernos enteramente, mientras la representación de sus intereses de

orden profesional y económico continuase en manos de individuos y de organizaciones políticas de orientación diferente.

Ya en la primera parte de este libro, he emitido mi opinión acerca del carácter, objetivo y conveniencia de los sindicatos obreros. Sostuve el punto de vista de que mientras no cambie –sea por efecto de medidas proteccionistas del Estado (generalmente infructuosas) o gracias a la influencia de una nueva educación-, la actitud que el patrón mantiene frente al obrero, no le quedará a éste otro recurso que asumir por sí solo la defensa de sus intereses, fundándose en el derecho que tiene como factor igualmente necesario en la vida económica de la nación. Subrayé además, que esto respondía en absoluto a la conveniencia de la comunidad toda, si es que por tal procedimiento se lograba ahorrar al conjunto nacional los graves daños resultantes de las injusticias sociales. Esta necesidad –dije también- tendrá que considerarse como justificada mientras, entre los patronos, existían hombres no sólo faltos de todo sentimiento para con los deberes, sino carentes de comprensión hasta para los más elementales derechos humanos.

***

Cuatro son las preguntas que nos habíamos planteado a este respecto:

I) ¿SON NECESARIOS LOS SINDICATOS OBREROS?

A mi modo de ver, dentro del estado de cosas actual, son indispensables y se cuentan entre las más importantes instituciones económicas de la nación.

II) ¿DEBERÁ LA N.S.D.A.P. ORGANIZAR POR SÍ MISMA SINDICATOS OBREROS O INDUCIR A SUS MIEMBROS A PARTICIPAR EN CUALQUIER FORMA DE LA ACTIVIDAD SINDICALISTA?

El movimiento nacionalsocialista, que ve el objetivo de su lucha en la erección del Estado racial-nacionalsocialista, debe estar persuadido de que todas las instituciones de ese futuro Estado, tienen que emerger necesariamente del seno del movimiento mismo. Será el mayor de los errores creer que la sola posesión del mando y sin contar de antemano con un cierto contingente de hombres preparados, sobre todo ideológicamente, haga que ipso facto y de la nada, pueda llevarse a cabo un nuevo plan de reorganización. También aquí tiene valor intrínseco el principio de que la forma exterior, de fácil creación mecánica, es siempre menos importante que el espíritu encarnado en esta forma.

Por tanto, no se debe imaginar que súbitamente han de extraerse de una cartera los proyectos destinados a una nueva estructuración del Estado, para luego desde “arriba” ponerlos en práctica por virtud de un mero decreto. Se puede, naturalmente, ensayar, pero, el resultado no será viable y a menudo aparecería tan sólo como un “niño muerto al nacer”.

Esto me recuerda el origen de la Constitución de Weimar y la tentativa de obsequiar al pueblo alemán, juntamente con aquella constitución con una nueva bandera que no tenía la menor relación con la historia de nuestro pueblo durante los últimos cincuenta años.

También el Estado nacionalsocialista tiene que ponerse a cubierto de experimentos semejantes. Podrá emerger únicamente de una organización ya existente desde tiempo atrás y que encarne el espíritu de su esencia misma, para crear un vital Estado nacionalsocialista.

Desde luego, ya este elevado punto de vista, obliga a nuestro movimiento a reconocer la necesidad de desplegar una actividad propia, cuando se trata de la cuestión sindicalista.

III) ¿QUÉ CARÁCTER DEBERÁ REVESTIR UN SINDICATO OBRERO NACIONALSOCIALISTA? ¿CUÁLES SON SUS FINES Y CUÁLES NUESTRAS OBLIGACIONES?

La institución sindicalista dentro del nacionalismo no es un órgano de lucha de clases, sino un portavoz de representación profesional. El Estado nacionalsocialista no distingue "colases" y conoce, en el sentido político, únicamente ciudadanos con derechos absolutamente iguales y consiguientemente con deberes generales iguales; y junto al ciudadano al súbdito que carece por entero de derechos políticos.

EL SINDICALISMO EN SÍ, NO ES SINÓNIMO DE "ANTAGONISMO SOCIAL"; ES EL MARXISMO QUIEN HA HECHO DE ÉL UN INSTRUMENTO PARA SU LUCHA DE CLASES

El marxismo creó con ello el arma que emplea el judío internacional para destruir la base económica de los Estados nacionales, libres e independientes, y lograr, de este modo, la devastación de sus industrias y de su comercio nacionales, tendiendo a la postre a esclavizar pueblos autónomos para ponerlos al servicio de la finanza judía que no conoce fronteras entre los Estados.

EL SINDICALISMO NACIONALSOCIALISTA, POR EL CONTRARIO, TIENE, GRACIAS A LA CONCENTRACIÓN ORGANIZADA DE CIERTOS GRUPOS DE ELEMENTOS QUE PARTICIPAN EN EL PROCESO ECONÓMICO DE LA NACIÓN, EL DEBER DE ACRECENTAR LA SEGURIDAD DE LA ECONOMÍA NACIONAL Y DE REFORZARLA MEDIANTE LA EXTIRPACIÓN CORRECTIVA DE TODAS AQUELLAS ANOMALÍAS QUE, A FIN DE CUENTAS, EJERCEN UNA INFLUENCIA DESTRUCTORA SOBRE EL ORGANISMO NACIONAL, DAÑANDO LA VITALIDAD DEL PUEBLO Y CON ELLO, LA DEL ESTADO MISMO, PARA DETERMINAR, POR LO TANTO, LA CATÁSTROFE DE TODA LA ECONOMÍA.

EL OBRERO NACIONALSOCIALISTA DEBE SABER QUE LA PROSPERIDAD DE LA ECONOMÍA NACIONAL, SIGNIFICA SU PROPIA FELICIDAD MATERIAL. POR SU PARTE, EL PATRÓN NACIONALSOCIALISTA DEBE ESTAR PERSUADIDO DE QUE LA FELICIDAD Y EL CONTENTO DE SUS OBREROS SON CONDICIÓN PREVIA PARA LA EXISTENCIA Y EL INCREMENTO DE SU PROPIA CAPACIDAD ECONÓMICA. AMBOS, PATRONOS Y OBREROS NACIONALSOCIALISTAS, SON LOS REPRESENTANTES Y ADMINISTRADORES DEL CONJUNTO DE LA COMUNIDAD NACIONAL.

Para el sindicalismo nacionalsocialista, la huelga es un recurso que puede y que ha de emplearse sólo mientras no exista un Estado racial nacionalsocialista, encargado de velar por la protección y el bienestar de todos, en lugar de fomentar la lucha entre los dos grandes grupos – patronos y obreros- y cuya consecuencia, en forma de la disminución de la producción, perjudica siempre los intereses de la comunidad. Incumbe a las CÁMARAS DE ECONOMÍA la obligación de garantizar el ininterrumpido funcionamiento de la actividad económica nacional, subsanando necesidades y corrigiendo anomalías. Lo que hoy implica una lucha de millones mañana encontrará solución en las CÁMARAS PROFESIONALES y en un PARLAMENTO ECONÓMICO CENTRAL.

Dejarán de estrellarse los unos contra los otros –obreros y patronos- en la lucha de salarios y tarifas, que daña a ambos, y de común acuerdo, arreglarán sus divergencias ante una instancia superior imbuida en la luminosa divisa del bien de la comunidad y del Estado.

El objetivo del sindicalismo nacionalsocialista, reside en la educación y preparación hacia ese fin, que puede definirse así: EL TRABAJO COMÚN DE TODOS EN PRO DE LA CONSERVACIÓN Y SEGURIDAD DE NUESTRO PUEBLO Y DE SU ESTADO, CONFORME A LAS APTITUDES Y ENERGÍAS DE CADA UNO, DESARROLLADAS EN EL SENO DE LA COMUNIDAD NACIONAL.

IV) ¿CÓMO LLEGAREMOS A ORGANIZAR LOS SINDICATOS OBREROS?

Generalmente es más fácil edificar en terreno nuevo que en uno antiguo donde ya existe una obra similar. Desde luego, sería absurdo suponer un sindicato obrero nacionalsocialista, junto a otros sindicatos obreros de índole diferente. Tampoco existe la posibilidad de un entendimiento o de un compromiso hermanando tendencias parecidas, sino únicamente el imperio del DERECHO ABSOLUTO Y EXCLUSIVO.

Había dos procedimientos para lograr esta afinidad:

A) SE PODÍA FUNDAR UNA INSTITUCIÓN SINDICALISTA PROPIA PARA LUEGO HINCAR LA LUCHA CONTRA EL SINDICALISMO INTERNACIONAL MARXISTA, O

B) PENETRAR EN EL SENO DE LOS SINDICATOS MARXISTAS Y TRATAR DE SATURARLOS DEL NUEVO ESPÍRITU Y TRANSFORMARLOS EN INSTRUMENTOS DE LA NUEVA IDEOLOGÍA.

Aquí se imponía aplicar la experiencia de que, en la vida, resulta preferible dejar de lado una cosa, antes de hacerla mal o a medias por falta de elementos apropiados.

Rechacé de plano todos aquellos experimentos que tenían por descontado el fracaso.

Habría considerado un crimen restarle al obrero, de su miserable salario, una cierta suma destinada al fomento de una institución de cuya utilidad, en provecho de sus miembros, yo no estaba persuadido.

En 1922, procedimos de acuerdo con este criterio. Otros partidos creyeron solucionar el problema fundando sindicatos obreros. A nosotros se nos echaba en cara, como el signo más claro de nuestra concepción errónea y limitada, el hecho de que no tuviésemos una tal organización.

Pero estas agrupaciones sindicalistas no tardaron en desaparecer de modo que, el resultado final, fue el mismo que en nuestro caso, sólo, con la diferencia de que nosotros no habíamos defraudado a nadie ni nos habíamos engañado a nosotros mismos.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO: LA POLÍTICA ALIANCISTA DE ALEMANIA DESPUÉS DE LA GUERRA

El desconcierto reinante en el manejo de los asuntos exteriores del Reich, debido a la falta de directivas fundamentales para una política aliancista conveniente, no sólo continuó después de la guerra, sino que llegó a alcanzar caracteres peores. Si antes de 1914 podía considerarse en primer término como origen de nuestros errores de política externa, la confusión de conceptos políticos, en la posguerra la causa residía en la ausencia de un sincero propósito. Era natural que aquellos círculos que habían logrado con la revolución su objetivo destructor no tuviesen interés en realizar una política aliancista que tendiera a restablecer la autonomía del Estado alemán.

Mientras el partido obrero alemán nacionalsocialista no pasó de ser una agrupación pequeña y poco conocida, los problemas de la política exterior podían parecerles de importancia secundaria a muchos de nuestros correligionarios. Se debía esto sobre todo al hecho de que justamente nuestro movimiento sostuvo y sostiene siempre, en principio, la convicción de que la libertad exterior no viene del cielo ni menos es el resultado de fenómenos naturales, sino más bien, eternamente, el fruto del desarrollo de fuerzas interiores propias.

ÚNICAMENTE LA ELIMINACIÓN DE LAS CAUSAS DEL DESASTRE DE 1918 Y LA ANULACIÓN DE LOS QUE CON ELLA SE BENEFICIARON, PODRÁ ESTABLECER LA BASE DE NUESTRA LUCHA LIBERTARIA.

Pero tan pronto como el marco de ese pequeño e insignificante círculo cobró amplitud y la joven institución adquirió la importancia de una asociación, debió surgir lógicamente la necesidad de definir posiciones frente a los problemas de la política exterior del Reich. Había que fijar directivas que no solamente no resultasen contrarias a las concepciones fundamentales de nuestra ideología, sino que fuesen la expresión de ésta.

El principio básico y esencial que siempre debemos tener presente al tratar esta cuestión es el de que también la política exterior no es más que un medio hacia un fin, pero un fin al servicio de nuestra propia nacionalidad. Ninguna consideración de política externa podrá hacerse desde otro punto de vista que no sea la reflexión siguiente: ¿LA ACCIÓN PROPUESTA BENEFICIARÍA A NUESTRO PUEBLO, AHORA O EN EL PORVENIR, O BIEN LE SERÁ PERJUDICIAL?

He aquí la única opinión preconcebida que debe ponerse en juego cuando d esta cuestión se trata. Puntos de vista de política partidista, de orden religioso, humano y, en general, de cualquier otra índole, quedan totalmente fuera de lugar.

***

Si antes de la guerra fue objetivo de la política exterior de Alemania asegurar el sustento de nuestro pueblo y de sus hijos, preparando los caminos que conducían a este fin, así como ganando el concurso de aliados convenientes, hoy el problema es el mismo con una sola diferencia: EN LA ANTEGUERRA EL LEMA ERA LA CONSERVACIÓN DEL ACERVO NACIONAL ALEMÁN A BASE DEL PODERÍO QUE ENCARNABA EL ESTADO EXISTENTE. AHORA SE TRATA DE RESTITUIRLE PREVIAMENTE A LA NACIÓN, EN FORMA DE UN ESTADO LIBRE, LA FUERZA QUE NECESITA COMO CONDICIÓN ESENCIAL HACIA LA REALIZACIÓN POSTERIOR DE UNA POLÍTICA EXTERNA PRÁCTICA EN EL SENTIDO DE GARANTIZAR LA CONSERVACIÓN, EL DESARROLLO Y EL SUSTENTO DE NUESTRO PUEBLO EN EL FUTURO.

En otros términos: LA FINALIDAD DE UNA POLÍTICA EXTERIOR ALEMANA EN EL PRESENTE, TIENE QUE TENDER A RECOBRAR LA LIBERTAD PARA EL MAÑANA. LA CUESTIÓN DE LA REINTEGRACIÓN DE LOS TERRITORIOS QUE PERDIÓ UN ESTADO SERÁ SIEMPRE, EN PRIMER TÉRMINO, LA CUESTIÓN DEL RESTABLECIMIENTO DEL PODER POLÍTICO Y DE LA AUTONOMÍA DE LA MADRE PATRIA. POR ESO EN UN CASO DADO, LOS INTERESES DE TALES TERRITORIOS TIENEN QUE SER RELEGADOS SIN MIRAMIENTO FRENTE AL INTERÉS ÚNICO DE RECOBRAR LA LIBERTAD DEL TERRITORIO CENTRAL.

NO POR VIRTUD DE ARDOROSAS PROTESTAS, SINO POR LA ACCIÓN DE UNA ESPADA DE GOLPE CONTUNDENTE, VUELVEN AL SENO DE LA PATRIA COMÚN LOS PAÍSES OPRIMIDOS.

FORJAR ESTA ESPADA ES OBRA DE LA POLÍTICA INTERIOR DEL GOBIERNO DE UNA NACIÓN: GARANTIZAR ESE PROCESO Y BUSCAR ALIADOS, ES TAREA QUE INCUMBE A LA POLÍTICA EXTERIOR.

En la primera parte de este libro he impugnado la deficiencia de nuestra política aliancista de la anteguerra. De las cuatro posibilidades de entonces, que tendían a la conservación y el sustento del pueblo alemán, se había elegido la última que era la peor de todas. En lugar de una sana política colonial y comercial, que fue tanto más descabellada por haberse creído que así se podía esquivar un conflicto armado. Se quiso simultáneamente tomar asiento en todas las sillas y el resultado no pudo ser otro que el de caer al suelo entre dos de ellas. El estallido de la guerra vino a constituir el último testimonio de la errada política internacional del Reich.

El buen camino hubiera sido en aquel tiempo, el que ofrecía la tercera posibilidad: CONSOLIDACIÓN

CONTINENTAL DEL REICH MEDIANTE LA ADQUISICIÓN DE NUEVOS TERRITORIOS EN EUROPA.

***

Como no se quería saber nada en absoluto de una preparación sistemática para la guerra se renunció a la expansión territorial en Europa y se sacrificó –dedicándose a la política colonial y comercial- la posibilidad de aliarse con Inglaterra, sin buscar tampoco, como era lógico el apoyo de Rusia, y es así cómo Alemania acabó por caer en la guerra mundial abandonada de todos salvo de la decadente monarquía de los Habsburgo.

Un sereno examen de las condiciones actuales del poderío político europeo, conduce a la siguiente conclusión:

Desde hace trescientos años la historia de nuestro continente ha sido notablemente influenciada por las miras políticas de Inglaterra, dirigidas a asegurarse indirectamente, mediante la relación de fuerzas de compensación recíproca, entre los Estados europeos, el apoyo conveniente para el logro de los grandes fines de su política mundial.

La tendencia tradicional de la diplomacia británica, comparable, en Alemania, únicamente con la tradición del ejército prusiano, obró sistemáticamente desde la época del gobierno de la reina Elisabeth, en el sentido de impedir por todos los medios, y si era necesario también por las armas, que una potencia europea sobrepasase del marco general de las demás naciones. Los medios de fuerza que Inglaterra solía emplear en tales casos, variaban según la situación y el cometido propuesto, en tanto que su decisión y su entereza permanecían siempre inalterables.

Producida la independencia política de sus dominios coloniales en Norte América, Inglaterra redobló sus esfuerzos a fin de consolidar la garantía de su seguridad en Europa. Fue así como después del aniquilamiento de España y los Países Bajos, como potencias marítimas, el Estado inglés concentró todas sus energías contra Francia ávida de supremacía, hasta que con la caída de Napoleón I pudo considerarse descartado el peligro de la hegemonía de esta potencia militar tan temible para Inglaterra.

El cambio de frente de la política inglesa en contra de Alemania se operó paulatinamente debido, por una parte, a la circunstancia de que faltando una unidad nacional alemana, no existía desde luego un peligro evidente para Inglaterra, y por otra, al hecho de que la opinión pública de un país, convenientemente influenciada hacia un determinante propósito, sólo puede adaptarse poco a poco a los fines de una nueva política.

Ya el resultado de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, había definido la posición de Inglaterra. Sencillamente Alemania no supo aprovecharse de las fluctuaciones que en varias oportunidades sufriera la orientación inglesa a causa de la importancia económica que adquirían los Estados Unidos y el desarrollo del poderío ruso en Europa; y así fue acrecentándose cada vez más la tendencia primitiva de la política británica.

Inglaterra veía en Alemania una potencia cuya significación comercial y con ella su posición en la política mundial –debido ante todo a su enorme industrialización- había aumentado en una medida tal, que ya podía nivelarse el poderío político y comercial de ambas naciones. La conquista "pacífico-económica" del mundo, considerada por nuestros gobernantes como la última palabra de la suprema sabiduría, fue para la política inglesa el punto de partida de la resistencia organizada en contra. El que esa resistencia se manifestara en forma de una acción amplia y sistemática, respondía plenamente al carácter de una política cuya finalidad no consistía en el mantenimiento de una paz mundial dudosa, sino en la consolidación de la hegemonía británica en el orbe.

Asimismo respondía a su prudencia tradicional en el modo de apreciar la capacidad del adversario y el

justo cálculo de la propia momentánea impotencia, el hecho de que Inglaterra buscara el concurso de todos los Estados que desde el punto de vista militar, podían ser convenientes a su política. Pero no es posible calificar de "inescrupulosa" esta conducta ya que el vasto preparativo que requiere una guerra no se juzga por aspectos contemplativos, sino por los de orden utilitario.

OBRA DE LA DIPLOMACIA DE UN PUEBLO ES VELAR POR QUE ÉSTE NO SUCUMBA POR MERO HEROÍSMO, SINO QUE SEA CONSERVADO PRÁCTICAMENTE. TODO MEDIO QUE CONDUZCA A ESTA FINALIDAD HA DE SER APROPIADO, Y EL NO EMPLEARLO DEBERÁ CONSIDERARSE COMO UNA CRIMINAL OMISIÓN EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER.

La revolución alemana de 1918, fue, para la política inglesa, el desahogo de la preocupación que la amenaza de una hegemonía germánica en el mundo, había creado contra la tranquilidad de la Gran Bretaña.

A partir de ese momento Inglaterra tampoco tuvo ya interés en que Alemania desapareciese del mapa de Europa; por el contrario, el tremendo desastre alemán de aquellos días de Noviembre de 1918 colocó a la diplomacia inglesa frente a una nueva situación inesperada:

¡ALEMANIA VENCIDA Y FRANCIA ELEVADA A LA CATEGORÍA DE LA PRIMERA POTENCIA CONTINENTAL DE EUROPA!

El aniquilamiento del poderío alemán no debía sino refluir en provecho de los enemigos de Inglaterra. Sin embargo, en el trascurso de Noviembre de 1918 al verano de 1919 ya no era posible un nuevo cambio de frente de la política inglesa que en el curso de la larga guerra, pusiera tantas veces a prueba el fanatismo y las energías de la gran masa de su pueblo. Francia se había atribuido el derecho de obrar y podía imponer su voluntad. La única nación que en aquellos meses de negociaciones y de regateos hubiese podido determinar un cambio en aquel estado de cosas, era Alemania misma que sufría las convulsiones de la guerra civil y que por boca de sus pseudoestadistas, proclamaba una y mil veces hallarse dispuesta a aceptar cualquier dictado.

LA ÚNICA FORMA POSIBLE DE ACTUAR QUE LE QUEDABA A INGLATERRA, COMO MEDIO DE IMPEDIR QUE EL PODERÍO FRANCÉS CRECIESE DEMASIADO, ERA PARTICIPAR DE LA RAPACIDAD DE FRANCIA.

REALMENTE, INGLATERRA NO ALCANZÓ LA FINALIDAD QUE HABÍA PERSEGUIDO CON LA GUERRA; pues, no solamente no logró poner atajo a la preponderancia de una potencia europea sobre las demás del continente, sino que más bien la fomentó en grado superlativo.

La Francia de hoy es, como potencia militar, la primera del continente y no tiene serio rival alguno. Hacia el Sur, sus fronteras con España e Italia son poco menos que infranqueables; hacia Alemania, están garantizadas por la impotencia de nuestra patria y, por último, sus costas se extienden ampliamente frente a los nervios vitales del Imperio británico. Aparte de que esos centros de la vida inglesa son blancos fáciles para aviones y artillería de largo alcance, las grandes vías del comercio inglés estarían a merced de la guerra submarina.

EL DESEO PERPETUO DE INGLATERRA ES EL MANTENIMIENTO DE CIERTO EQUILIBRIO DE FUERZAS ENTRE LOS ESTADOS EUROPEOS, COMO UNA CONDICIÓN PRIMORDIAL PARA LA HEGEMONÍA BRITÁNICA EN EL MUNDO.

EL DESEO PERPETUO DE FRANCIA, NO ES OTRO QUE EL DE EVITAR LA FORMACIÓN DE UNA POTENCIA HOMOGÉNEA ALEMANA; EL MANTENIMIENTO EN ALEMANIA DE UN SISTEMA DE PEQUEÑOS ESTADOS DE FUERZAS COMPENSADAS, NO SOMETIDOS A UN GOBIERNO CENTRAL, Y, FINALMENTE, LLEGAR A APODERARSE DE LA RIBERA IZQUIERDA DEL RHIN, COMO MEDIO DE CREAR Y DE ASEGURAR SU SUPREMACÍA EN

EUROPA.

La máxima aspiración de la diplomacia francesa será eternamente contraria a la máxima tendencia de la política británica.

***

No hay estadista que siendo inglés, americano o italiano, hubiese pensado jamás en "pro" de Alemania. Todo ingles, como hombre de Estado, será naturalmente inglés ante todo, el americano, americano, y tampoco encontraremos a un italiano dispuesto a hacer otra política que no fuese italianófila. Por eso, quien crea que se pueden cimentar alianzas con naciones extranjeras a base de la sola simpatía que los gobernantes de éstas tengan por Alemania o es un asno o un insincero. LA HABILIDAD DE UN ESTADISTA DIRIGENTE SE REVELA JUSTAMENTE EN EL HECHO DE ENCONTRAR SIEMPRE PARA LA REALIZACIÓN DE LAS NECESIDADES DE SU PAÍS, EN UN DETERMINADO MOMENTO, AQUELLOS ALIADOS QUE, VELANDO TAMBIÉN POR SUS PROPIOS INTERESES, TIENEN QUE SEGUIR EL MISMO CAMINO.

¿Cuáles son pues los Estados que actualmente carecen de un interés vital en que el poderío económico militar de Francia llegue a una situación de absoluta hegemonía, como consecuencia de la completa anulación de una Europa central alemana? ¿Y cuáles los que, debido a las condiciones inherentes a su propia existencia, y siguiendo la orientación tradicional de su política, vislumbran en el desarrollo de una situación tal, una amenaza para el porvenir?

Desde luego, conviene deslindar claramente un hecho: La clave de la política exterior francesa residirá siempre en el propósito de apoderarse de la frontera del Rhin y consolidar el dominio de este río a favor de Francia al precio de una Alemania en escombros.

SI INGLATERRA NO ADMITE A ALEMANIA COMO POTENCIA MUNDIAL, FRANCIA, EN CAMBIO, NO TOLERA POTENCIA ALGUNA QUE SE LLAME ALEMANIA. ¡QUE DIFERENCIA ESENCIAL! NOSOTROS NO LUCHAMOS HOY POR UNA POSICIÓN DE PODERÍO MUNDIAL; LUCHAMOS SIMPLEMENTE POR LA EXISTENCIA DE NUESTRA PATRIA, POR LA UNIDAD DE NUESTRA NACIÓN Y POR EL PAN COTIDIANO PARA NUESTROS HIJOS. SI PARTIENDO DE ESTE PUNTO DE VISTA, TRATAMOS DE BUSCAR ALIADOS EN EUROPA, SÓLO DOS ESTADOS DEBERÁN TOMARSE EN CUENTA: INGLATERRA E ITALIA.

Inglaterra no quiere una Francia cuyo puño militar, libre de todo estorbo en Europa, se constituya en árbitro de una política que por A o por B tendrá que chocar con intereses ingleses.

Es comprensible que Inglaterra jamás desee que Francia, adueñándose de las enormes minas de hierro y de carbón de la Europa occidental, adquiera elementos básicos para una situación de predominio económico en el mundo.

Tampoco Italia puede ni podrá ver con simpatía la consolidación de la supremacía francesa en Europa. El porvenir de Italia dependerá siempre de un desenvolvimiento político que territorialmente gire en torno de los intereses del Mediterráneo. Lo que a Italia indujera a entrar en la guerra, no fue de ningún modo el propósito de contribuir al engrandecimiento de Francia, sino únicamente la intención de asestarle un golpe mortal a Austria –su odiada rival en el Adriático-. Todo nuevo afianzamiento del poderío francés en el continente significa para Italia un obstáculo para el porvenir; y no se olvide que entre las naciones, las afinidades raciales no son capaces de borrar trivialidades.

***

¿PERO ES QUE PODRÁ CONVENIRLES A OTROS ESTADOS ALIARSE CON LA ALEMANIA ACTUAL?

¡Seguramente que no! Una potencia que cuida su reputación y que de una alianza espera algo más que simples comisiones de dinero para ávidos parlamentarios, no pactará con la Alemania de hoy ni podría hacerlo. EN NUESTRA INCAPACIDAD ALIANCISTA DEL PRESENTE RADICA, EN ÚLTIMO ANÁLISIS, LA CAUSA PROFUNDA DE LA SOLIDARIDAD QUE UNE A NUESTROS ENEMIGOS RAPACES.

Mayor atención merece todavía otro hecho de importancia fundamental para la conformación de las alianzas europeas:

Si consideramos el problema desde puntos de vista políticos netamente británicos, resulta mínimo el interés de Inglaterra en el aniquilamiento creciente de Alemania, tanto más grande es en cambio la expectativa que cifra en tal desarrollo el judaísmo internacional de la Bolsa. La contradicción existente entre la política oficial o mejor dicho, tradicional, de la Gran Bretaña y la tendencia que encarnan las fuerzas judías preponderantes en la Bolsa, tiene su más clara expresión en la actitud divergente de ambas frente a los problemas de la política exterior.

CONTRARIAMENTE A LOS INTERESES DEL ESTADO BRITÁNICO, LA FINANZA JUDÍA QUIERE NO SÓLO LA TOTAL DESTRUCCIÓN ECONÓMICA DE ALEMANIA, SINO TAMBIÉN SU COMPLETA ESCLAVIZACIÓN POLÍTICA.

ASÍ ES COMO EL JUDÍO SE HA CONSTITUIDO ACTUALMENTE EN EL MÁS GRANDE INSTIGADOR DE LA DEVASTACIÓN ALEMANA. TODO LO QUE LEEMOS POR DOQUIER EN EL MUNDO EN CONTRA DE ALEMANIA PROCEDE DE INSPIRACIÓN JUDÍA, DEL MISMO MODO QUE ANTES Y DURANTE LA GUERRA, FUE LA PRENSA JUDÍA DE LA BOLSA Y DEL MARXISMO LA QUE FOMENTÓ SISTEMÁTICAMENTE EL ODIO CONTRA NOSOTROS HASTA LOGRAR QUE ESTADO TRAS ESTADO, ABANDONASEN LA NEUTRALIDAD Y, SACRIFICANDO EL INTERÉS VERDADERO DE LOS PUEBLOS, SE PUSIERAN AL SERVICIO DE LA COALICIÓN BÉLICA MUNDIAL FRAGUADA CONTRA ALEMANIA.

Saltan a la vista los razonamientos del proceder judío. La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante nacionalracista, logrando con ello la posibilidad de someter al yugo internacional de la finanza judía las fuentes de producción alemana, no es más que el preludio de la propagación de la tendencia judía de conquista mundial.

Como tantas veces en la Historia, Alemania constituye también en este caso, el punto central de una lucha gigantesca. Si nuestro pueblo y nuestro Estado sucumben bajo la presión de esos tiranos, ávidos de sangre y de dinero, el orbe entero será presa de sus tentáculos de pulpo; más, si Alemania alcanza a liberarse de ese atenazamiento, podrá decirse que para todo el mundo quedó anulado uno de los mayores peligros.

POR LO GENERAL, EL JUDAÍSMO INCRUSTADO EN EL ORGANISMO NACIONAL DE LOS DIFERENTES PUEBLOS, SABE EMPLEAR SIEMPRE AQUELLAS ARMAS QUE, TENIENDO EN CUENTA LA MENTALIDAD DE LAS RESPECTIVAS NACIONES, PARECEN SER LAS MÁS EFICACES Y LAS QUE MAYOR ÉXITO PROMETEN.

En Alemania, son las ideas más o menos "cosmopolitas" o pacifistas, en una palabra, las tendencias internacionales, las que utiliza el judío en su lucha por el poder; en Francia, explota el chovinismo con bien medido cálculo; en Inglaterra, opera desde puntos de vista económicos y de política mundial.

Sólo en Francia, existe, hoy más que nunca, una íntima convivencia entre los propósitos de la Bolsa, manejada por judíos, y las aspiraciones de una política nacional-chovinista. Y es justamente esta identidad la que encierra un inmenso peligro para Alemania, haciendo de Francia nuestro más temible enemigo. El pueblo francés que cada vez va siendo en mayor escala presa de la bastardización negroide, entraña, debido a su conexión con los fines de la dominación judía en el mundo, una amenaza inminente para la raza blanca en Europa. La contaminación de sangre negra en el Rhin, en el corazón mismo de Europa, responde a la sádica sed de venganza del chovinista francés, enemigo secular de nuestro pueblo, y no menos, al frío cálculo del judío que, de este modo, quiso dar comienzo a la bastardización del continente europeo en su núcleo central y al infestar la raza blanca con una humanidad inferior, despojarla de los fundamentos de su soberana existencia.

AQUELLO QUE FRANCIA COMETE HOY EN EUROPA, ESTIMULADA POR SU SED DE VENGANZA Y SISTEMÁTICAMENTE GUIADA POR EL JUDÍO, CONSTITUYE UN PECADO CONTRA LA EXISTENCIA DE LA HUMANIDAD BLANCA, Y UN DÍA CAERÁ SOBRE ESTE PUEBLO LA MALDICIÓN DE UNA GENERACIÓN ENTERA QUE HABRÁ RECONOCIDO, EN LA DESHONRA DE LA RAZA, EL PECADO ORIGINAL DE LA HUMANIDAD.

***

Es natural que también para nosotros los nacionalsocialistas, resulte difícil en nuestras propias filas, proclamar a Inglaterra como un posible aliado de Alemania en el futuro. La prensa judía, en nuestro país, supo concentrar siempre la animadversión sobre Inglaterra y más de un buen ingenuo alemán cayó en el ardid judío. La cháchara de esta prensa giraba en torno de un supuesto resurgimiento de nuestro poderío marítimo, protestaba contra el robo de nuestras colonias y no omitía recomendar la necesidad de reconquistarlas. Con todo esto no hacía otra cosa que suministrar el material que luego el judío bellaco se encargaba de remitir a sus compinches en Inglaterra, con fines de práctico aprovechamiento, en su propaganda germanófoba. Que hoy no estamos para luchar por poderíos marítimos ni cosas parecidas, es una persuasión que ya debe ir infiltrándose en las huecas cabezas de nuestros políticos burgueses. Orientar en este sentido las fuerzas de la nación sin tener asegurada previamente nuestra posición en Europa, constituyó, ya antes de la guerra, una locura. En la actualidad, una idea semejante se cuenta entre aquellas torpezas que, políticamente consideradas, merecen calificarse con la palabra crimen.

Cuántas veces podrá llegarse al límite de la desesperación, viendo cómo los instigadores judíos sabían entretener a nuestro pueblo con motivos hoy por hoy completamente secundarios; promoviendo demostraciones y protestas mientras, en aquellos mismos días, Francia desgarraba el tronco alemán pedazo a pedazo, despojándonos sistemáticamente de los fundamentos de nuestra autonomía. Aquí debo mencionar particularmente un tema del cual el judío sabía servirse en aquellos años con extraordinaria habilidad: La cuestión del Tirol sur.

¡Sí, la cuestión del TIROL!

Quisiera subrayar que yo, personalmente, me cuento entre aquellos que desde Agosto de 1914 a Noviembre de 1918 –cuando se definía la suerte de Alemania y, con ella, la suerte del Tirol sur- actuaron allí donde, realmente, tuvo lugar la defensa de este territorio: En el ejército. Yo también había combatido en aquellos años, no para que este territorio fuese, como los otros del suelo alemán, nuestro.

NO CABE DUDAR DE QUE LA REINTEGRACIÓN DE TERRITORIOS PERDIDOS NO SE

REALIZA POR LA SOLA VIRTUD DE INVOCACIONES SOLEMNES AL TODOPODEROSO O POR ESPERANZAS PIADOSAS EN LA JUSTICIA DE UNA LIGA DE NACIONES, SINO ÚNICAMENTE CON LAS ARMAS.

SI ALEMANIA QUIERE PONER FIN AL PELIGRO DE EXTERMINIO QUE LA AMENAZA EN EUROPA, DEBERÁ TENER CUIDADO DE NO REINCIDIR EN LOS ERRORES DE LA ANTEGUERRA, HACIÉNDOSE ENEMIGA DEL MUNDO ENTERO.

FUE LA FANTÁSTICA CONCEPCIÓN DE UNA ALIANZA NIBELUNGUESCA CON EL CADAVÉRICO ESTADO DE LOS HABSBURGO, LA QUE PRECIPITÓ A ALEMANIA A LA RUINA. DEJARSE LLEVAR DE SENTIMENTALISMOS, FRENTE A LAS POSIBILIDADES DE NUESTRA ACTUAL POLÍTICA EXTERIOR, SERÁ EL MEJOR MEDIO DE IMPEDIR PARA SIEMPRE EL RESURGIMIENTO ALEMÁN.

***

Nadie pretenderá afirmar que el oprobio de la época que vivimos es expresión típica del carácter de nuestro pueblo. Lo que hoy vemos en torno nuestro y experimentamos íntimamente, no es más que el resultado horripilante de la influencia devastadora del perjurio cometido el 9 de Noviembre de 1918. Tampoco en estos tiempos han desaparecido completamente los buenos elementos fundamentales de nuestro pueblo: Sólo que yacen inertes en el fondo. Más de una vez, aparecieron cual relámpagos en el oscuro firmamento, virtudes luminosas de las cuales la Alemania del porvenir, se acordará un día como de los primeros signos reveladores de una incipiente convalecencia.

Al lamentar el estado actual de nuestra patria debemos preguntarnos: ¿Y qué hicieron nuestros gobernantes para que renaciese en este pueblo el espíritu del orgullo nacional, de la entereza varonil y del odio sagrado?

Cuando en 1919 se le impuso a la nación alemana el Tratado de Versalles, con justa razón habría podido esperarse que, precisamente ese instrumento de opresión sin límites, estimularía hondamente el grito libertario de Alemania. LOS TRATADOS DE PAZ, CUYAS IMPOSICIONES FLAGELAN A LOS PUEBLOS, CONSTITUYEN NO RARAS VECES EL PRIMER REDOBLE DE TAMBOR QUE ANUNCIA EL LEVANTAMIENTO FUTURO.

¡Que enorme partido se habría podido sacar del Tratado de Versalles! En manos de un gobierno dispuesto a la acción, habría podido convertirse este instrumento de exacción inaudita y de la humillación más vergonzosa, en un medio de aguijonear hasta el grado máximo los sentimientos nacionales. Cómo se habría podido imprimir en el cerebro y en el alma de nuestro pueblo cada uno de los puntos de aquel Tratado hasta que en la conciencia de sesenta millones de hombres y mujeres estallase el sentimiento del oprobio y del odio comunes, en una única inmensa llamarada, para que, luego, de sus ascuas surgiera, dura como el acero, una voluntad y con ella el clamor:

¡QUEREMOS DE NUEVO, ARMAS!

Todo se omitió y nada se hizo. ¿Quién ha de sorprenderse ahora de que nuestro pueblo no sea lo que debió ni lo que pudo ser? ¿Si el resto del mundo no ve en nosotros más que al alguacil, al perro sumiso que lame reconocido las manos que acabaron de fustigarle?

Seguramente la posibilidad de que en el presente se busque la alianza de Alemania, está gravemente comprometida por los errores de nuestro propio pueblo, pero aún mucho más, por la culpa de nuestros gobiernos.

***

La psicosis antialemana general, sembrada y fomentada por la propaganda de guerra en los demás países,

subsistirá lógicamente mientras el Reich no recobre, mediante un evidente resurgimiento del espíritu de la conservación nacional, las características de un Estado capaz de jugar su rol sobre el tablero de la política europea y ser digno de consideración.

UNA NACIÓN, EN SITUACIÓN ANÁLOGA A LA NUESTRA, SERÁ TOMADA EN CUANTA COMO ALIADO POSIBLE, SOLO, CUANDO EL GOBIERNO Y LA OPINIÓN PÚBLICA DE LA MISMA, PROCLAMEN Y SOSTENGAN FANÁTICAMENTE LA VOLUNTAD DE INICIAR SU CRUZADA LIBERTARIA. Tal es pues la condición que, previamente, ha de llenarse para provocar un cambio favorable en la opinión pública de los otros Estados.

Pero hay otro aspecto que considerar todavía: La modificación de un determinado criterio, arraigado en un pueblo, representa por sí misma, una difícil labor y serán muchos los que, al principio, no comprendan el nuevo objetivo.

De ahí que sea un crimen y un absurdo a la vez, proporcionar, con nuestros propios errores, a esos elementos adversos, armas para su contra-acción. Pues, nadie que reflexione tranquilamente podrá negar que la algazara que tiende a adquirir una nueva flota, la restitución de nuestras colonias, etc., no es realmente más que una tonta vonciglería sin valor práctico alguno, además, la forma en que se explotan políticamente en Inglaterra, estos desopinados brotes de protestadores sistemáticos, ora inofensivos, ora desorbitados, pero siempre, indirectamente, al servicio de los que son nuestros irreductibles enemigos, no puede calificarse de favorable a Alemania.

TAMBIÉN AQUÍ TIENE EL NACIONALISMO UNA MISIÓN QUE CUMPLIR: ENSEÑAR A NUESTRO PUEBLO A SABER DESECHAR CUESTIONES SECUNDARIAS Y CONCRETARSE SÓLO A LO MÁS IMPORTANTE, SIN OLVIDAR QUE EL OBJETIVO POR EL CUAL DEBEMOS LUCHAR HOY, ES LA EXISTENCIA DE ESTE PUEBLO NUESTRO Y QUE EL ÚNICO ENEMIGO AL QUE DEBEMOS HERIR DE MUERTE ES Y SERÁ AQUEL QUE NOS RAPTE EL DERECHO A ESA EXISTENCIA.

POR DUROS QUE HUBIESEN SIDO LOS GOLPES RECIBIDOS, NO PUEDEN CONSTITUIR MOTIVO SUFICIENTE PARA SUSTRAERSE A LA RAZÓN Y, EN INSENSATO RESENTIMIENTO, QUERELLARSE CONTRA EL MUNDO ENTERO, EN LUGAR DE HACER FRENTE CON FUERZAS CONCENTRADAS, AL ENEMIGO MÁS PELIGROSO.

FUERA DE ESTO, EL PUEBLO ALEMÁN CARECE DE UN DERECHO MORAL PARA REPROBAR LA CONDUCTA DEL MUNDO ADVERSO A ALEMANIA, MIENTRAS NO HAYA SENTADO EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS A AQUELLOS ALEMANES CRIMINALES QUE VENDIERON Y TRAICIONARON SU PROPIA PATRIA.

¿Sería imaginable que los representantes de los verdaderos intereses de aquellas naciones que están en situación de pactar una alianza con Alemania, logren imponer su criterio frente a la voluntad del judío que es el enemigo mortal de los Estados nacionales y autónomos?

LA GUERRA QUE LA ITALIA FASCISTA SOSTIENE, QUIZÁS INCONSCIENTEMENTE (AUNQUE YO NO LO CREO), CONTRA LAS TRES PRINCIPALES ARMAS DEL JUDAÍSMO, ES LA MEJOR PRUEBA DE LA FORMA EN QUE –AUNQUE SÓLO SEA POR PROCEDIMIENTOS INDIRECTOS- SE HAN DE ROMPER LOS DIENTES PONZOÑOSOS A ESA POTENCIA QUE SE EXTIENDE POR ENCIMA DE LOS ESTADOS. LA PROHIBICIÓN DE LAS SOCIEDADES MASÓNICAS SECRETAS, LA PERSECUCIÓN PUESTA EN PRÁCTICA CONTRA LA PRENSA INTERNACIONALIZADA DEL PAÍS, ASÍ COMO LA PROGRESIVA DESTRUCCIÓN DEL MARXISMO, FRENTE A LA CONSOLIDACIÓN CRECIENTE DE LA CONCEPCIÓN FASCISTA DEL ESTADO, HARÁN, EN EL CURSO DE LOS AÑOS, QUE EL GOBIERNO ITALIANO PUEDA

CONSAGRARSE MÁS Y MÁS A LOS INTERESES DE SU PROPIO PUEBLO, SIN DEJARSE INFLUENCIAR POR EL SILBIDO DE LA HIDRA JUDAICA UNIVERSAL.

Más difícil se presenta el problema en Inglaterra. En este país de la “democracia liberal” por excelencia, ejerce el judío una dictadura casi absoluta, valiéndose de la opinión pública. Pero no por eso es menos evidente la lucha constante que allá se libra entre los representantes de los intereses del Estado británico y los defensores de la dictadura internacional del judaísmo. La violencia con que a menudo chocan ambas corrientes, pudo observarse claramente, por primera vez después de la guerra, en la divergente actitud que, con respecto al problema japonés, adoptaron en Inglaterra el gobierno y la prensa.

Concluida la guerra mundial, comenzó a recrudecer la recíproca quisquillosidad existente entre los Estados Unidos y el Japón, y era natural que las grandes potencias europeas no quedasen indiferentes ante el peligro inminente de un nuevo conflicto. Los vínculos de afinidad racial no son obstáculo para impedir que Inglaterra vea siempre con cierto sentimiento –mezcla de temor y envidia- el acrecer del poderío internacional de la Unión Norteamericana en todos los dominios de la actividad económica y política. Parece que la colonia de antaño –hija de la gran metrópoli- va camino de convertirse en una nueva soberana del mundo. Comprensible es, pues, que Inglaterra revise hoy, llena de dudas, sus antiguos pactos de alianza y comience a vislumbrar con inquietud el álgido momento en que ya no se dirá: ”GRAN BRETAÑA, LA REINA DE LOS MARES” SINO “LOS MARES DE LA UNIÓN”.

Inglaterra recurre por esto, ansiosa, al concurso del puño amarillo. Mientras el gobierno inglés –pese al hecho del frente común que la Gran Bretaña y América formaron en los campos de guerra europea- no se resolvía a alojar sus vínculos con el aliado de allende el Asia, toda la prensa judía atacaba pérfidamente aquel pacto.

En los Estados europeos de hoy, el judío no ve más que instrumentos suyos a quienes sojuzgar, sea por el medio indirecto de la llamada democracia occidental o, directamente la dominación del bolchevismo ruso. Pero no solamente el viejo mundo ha caído en las garras del judío, sino que también al nuevo le amenaza igual destino: Judíos son los árbitros de la potencialidad económica de los Estados Unidos.

Demasiado bien sabe el judío que, gracias a sus milenaria adaptación puede socavar pueblos europeos y bastardizarlos, pero comprende, al propio tiempo, que nunca llegaría a someter a la misma suerte a un Estado nacional asiático de la índole del Japón. Finge ser alemán, inglés, americano, francés, más para convertirse en amarillo asiático tendría que salvar un abismo. Y he aquí porqué, sirviéndose del concurso de otros Estados de constitución semejante, intenta romper el bloque del Estado nacional Japonés para librarse de tan peligroso adversario.

Como antaño contra Alemania, instiga hoy a los pueblos contra el Japón y no será raro que, llegado el momento, mientras la diplomacia británica crea apoyarse todavía en la alianza japonesa, la prensa judía de Inglaterra exija por su parte, romper lanzas con el aliado y preparar contra éste la guerra de devastación bajo el pretexto de la democracia y con el grito de batalla de: ¡Abajo el militarismo y el imperialismo japonés!

El judío, en Inglaterra, se ha vuelto pues insubordinado. ¡En consecuencia, también allí comenzará la lucha contra el peligro mundial del judaísmo!

El movimiento nacionalsocialista en Alemania, deberá velar para que, por lo menos en nuestra propia patria, se defina al enemigo mortal y para que la lucha contra él, sirva también a los demás pueblos de guía luminosa hacia un porvenir más risueño en pro de la humanidad aria.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO: ORIENTACIÓN POLÍTICA HACIA EL ESTE

Dos razones me inducen analizar de modo especial las relaciones entre Alemania y Rusia: Primeramente,

por tratarse quizás de la cuestión más importante de toda la política exterior alemana, y en segundo lugar, por constituir la piedra de toque que d la medida de la capacidad política del pensar clarividente y del justo modo de obrar del joven movimiento nacionalsocialista.

En términos generales haré todavía la consideración siguiente:

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL ESTADO RACISTA, TIENE QUE ASEGURAR A LA RAZA QUE ABARCA ESE ESTADO, LOS MEDIOS DE SUBSISTENCIA SOBRE ESTE PLANETA, ESTABLECIENDO UNA RELACIÓN NATURAL, VITAL Y SANA, ENTRE LA DENSIDAD Y EL AUMENTO DE LA POBLACIÓN, POR UN LADO, Y LA EXTENSIÓN Y LA CALIDAD DEL SUELO EN QUE SE HABITA, POR OTRO.

SÓLO UN TERRITORIO SUFICIENTEMENTE AMPLIO, PUEDE GARANTIZAR A UN PUEBLO LA LIBERTAD DE SU VIDA. ADEMÁS, NO HAY QUE PERDER DE VISTA QUE, A LA SIGNIFICACIÓN QUE TIENE EL TERRITORIO DE UN ESTADO COMO FUENTE DIRECTA DE SUBSISTENCIA, SE AÑADE LA IMPORTANCIA QUE DEBE REUNIR DESDE EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO-MILITAR. AÚN CUANDO UN PUEBLO TENGA ASEGURADA LA SUBSISTENCIA GRACIAS AL SUELO QUE POSEE, SERÁ NECESARIO TODAVÍA, PENSAR EN LA MANERA DE GARANTIZAR LA SEGURIDAD DE ESTE SUELO; SEGURIDAD, QUE RESIDE EN EL PODER POLÍTICO GENERAL DE UN ESTADO, EL CUAL DEPENDE, A SU VEZ, EN GRAN PARTE, DE LA POSICIÓN GEOGRÁFICO MILITAR DEL PAÍS.

Bajo tales circunstancias, sólo como potencia mundial, podrá el pueblo alemán defender su futuro. Casi por espacio de dos mil años, ha sido historia universal la defensa de los intereses de nuestro pueblo, que es como propiamente deberíamos llamar a nuestra actividad, más o menos acertada, de política exterior.

Nosotros mismos hemos sido testigos de ello: Pues la gigantesca conflagración de los pueblos, en los años de 1914 a 1918 –denominada la Guerra Mundial- no fue otra cosa que la lucha del pueblo alemán por su existencia sobre la tierra.

El pueblo alemán entró en aquella lucha como una seudo-potencia mundial y digo seudo, porque, en realidad, no era una potencia. Si en 1914, hubiese sido otra en Alemania, la relación entre la superficie de su territorio y la densidad de su población, la nación alemana hubiese podido considerarse efectivamente como una potencia mundial y la guerra, prescindiendo de un sinnúmero de otros factores, hubiera podido concluir favorablemente.

ALEMANIA NO ES, EN EL PRESENTE, UNA POTENCIA MUNDIAL. Aun cuando nuestra actual importancia militar, fuese superada un día, ya no tendríamos derecho a pretender tal título.

Considerando la cuestión desde el punto de vista netamente territorial, el área de Alemania aparece insignificante en comparación con la de las llamadas potencias mundiales. No tomemos el caso de Inglaterra como prueba de lo contrario, pues el territorio de la metrópoli en Europa no es, a decir verdad, más que la gran capital del imperio británico mundial que abarca casi una cuarta parte de la superficie del globo.

Luego debemos considerar por orden de magnitud como naciones gigantescas: La Unión Norteamericana, Rusia y China; todas ellas, circunscripciones territoriales diez veces mayores al área del Reich actual. Francia mismo, debería contarse entre estos Estados. No sólo engrosa su ejército, en proporción cada vez más grande con elementos de las reservas de color que pueblan sus enormes colonias, sino que también la bastardización negroide de su raza, hace progresos tan rápidos, que ya casi se puede hablar de la génesis de un Estado africano sobre suelo Europeo. La política colonial de Francia no es susceptible de compararse con la de la antigua Alemania. Si esta revolución de Francia, continuase por espacio de tres siglos llegaría a desaparecer hasta el último resto de la sangre de los francos,

absorbida por un Estado de mulatos europeo-africanos, en formación.

La antigua política colonial alemana, ni aumentó la zona de población de raza alemana, ni menos hizo el criminal intento de reforzar el poderío del Reich con el aporte de sangre negra. La organización militar de los ascarios en el África Oriental Alemana, estaba en realidad destinada solamente a la defensa de la colonia misma. Jamás –aun prescindiendo de la circunstancia de que, durante la conflagración mundial, era cosa prácticamente imposible- abrigó Alemania la idea de traer tropas de color a un teatro de guerra europeo, y tampoco habría pensado hacerlo, bajo condiciones más favorables, en tanto que los franceses, consideraron siempre esta idea como uno de los motivos determinantes de su actividad colonial.

En la actualidad, vemos una serie de potencias que superan notablemente el poderío de Alemania, no sólo en la cifra de su población sino, sobre todo haciendo residir su potencia política en el dominio territorial que poseen.

Nos hallamos fuera de todo concurso en relación a los grandes Estados del mundo y esto es debido a la fatal orientación de la política exterior de nuestro pueblo.

EL MOVIMIENTO NACIONALSOCIALISTA TIENEN QUE IMPONERSE LA MISIÓN DE SUBSANAR LA DESPROPORCIÓN EXISTENTE ENTRE LA DENSIDAD DE NUESTRA POBLACIÓN Y LA EXTENSIÓN DE NUESTRA SUPERFICIE TERRITORIAL, -SUPERFICIE TERRITORIAL QUE DEBE SER CONSIDERADA DESDE EL DOBLE PUNTO DE VISTA DE FUENTE DE SUBSISTENCIA Y DE APOYO DEL PODER POLÍTICO- Y TAMBIÉN, LA DE HACER QUE DESAPAREZCA LA DESPROPORCIÓN QUE REINA ENTRE NUESTRO GRAN PASADO HISTÓRICO Y LA TRISTE PERSPECTIVA DE NUESTRA IMPOTENCIA, EN EL PRESENTE.

***

La potencialidad de una nación, no puede apreciarse en sí misma, sino, únicamente, valiéndose de la comparación con otros Estados. Pero es justamente esta comparación la que demuestra que el acrecentamiento del poderío de otras naciones, no sólo fue más regular, sino que, en su efecto final, alcanzó, también, resultados mucho más considerables que en Alemania.

Considerando que, en cuanto a espíritu heroico, ningún pueblo ha superado al nuestro, que es, seguramente, el que, en conjunto, hizo mayores sacrificios de sangre en la lucha por su existencia, habrá que admitir que el fracaso de sus esfuerzos, puede sólo atribuirse a la forma errónea de su aplicación.

Si en conexión con estos antecedentes, examinamos los acontecimientos políticos de nuestro pueblo durante los últimos mil años, rememoramos las numerosas guerras y luchas libertarias y, por último, analizamos el resultado de toda esta historia, tendremos que confesar que de este mar de sangre, emergieron, propiamente, sólo tres realidades culminantes que bien merecen considerarse como los frutos perdurables de sucesos perfectamente definidos de la política exterior y de la política alemana en general:

I) La colonización de la Marca Oriental llevada a cabo principalmente, por los Bayuwares.

II) La conquista y la penetración del territorio al Este del Elba.

El tercer suceso trascendental de nuestra actividad política, fue la formación del Estado de Prusia y, con ello, el fomento sistemático de un especial concepto político y del instinto de la propia conservación y defensa del ejército alemán, a base de organización y de acuerdo con las necesidades de la época. Fue, precisamente, gracias al régimen de disciplina de la institución militar prusiana por lo que el pueblo alemán –disociado y superindividualizado por la diversidad de sus componentes-, pudo recobrar, por lo menos, una parte de su casi perdida capacidad de organización.

Merece subrayarse, que la importancia de los éxitos políticos, realmente tales, que alcanzó nuestro pueblo en sus luchas milenarias, la comprenden y aprecian muchísimo mejor nuestros adversarios que nosotros mismos. Para nuestro modo de obrar del presente y del futuro, tiene una máxima significación el saber distinguir entre los éxitos políticos efectivos de nuestro pueblo y lo que fue la sangre nacional sacrificada en vano.

NOSOTROS, LOS NACIONALSOCIALISTAS, JAMÁS DEBEMOS ASOCIARNOS AL PATRIOTERISMO CORRIENTE DE NUESTRO ACTUAL MUNDO BURGUÉS. SOBRE TODO, ENTRAÑA UN GRAVÍSIMO PELIGRO EL QUE NOS CONSIDEREMOS LIGADOS, NI AUN EN LO MÁS MÍNIMO, A LA ÚLTIMA ETAPA DE LA EVOLUCIÓN DE LA ANTEGUERRA.

La única conclusión que debemos sacar del pasado, es la de orientar nuestra acción política en un doble sentido:

EL SUELO COMO OBJETIVO DE NUESTRA POLÍTICA EXTERIOR Y UN NUEVO FUNDAMENTO UNITARIO IDEOLÓGICAMENTE CONSOLIDADO, COMO FINALIDAD DE POLÍTICA INTERNA.

***

LA PRETENSIÓN DE RESTABLECER LAS FRONTERAS DE 1914, CONSTITUYE UNA INSENSATEZ POLÍTICA DE PROPORCIONES Y CONSECUENCIAS TALES, QUE LA REVELAN COMO UN CRIMEN, Y ESTO, AUN SIN CONSIDERAR EN ABSOLUTO EL HECHO DE QUE ENTONCES LAS FRONTERAS DEL REICH, PODÍAN SERLO TODO MENOS LÓGICAS. EN EFECTO, NO ERAN NI PERFECTAS EN LO TOCANTE A ABARCAR EL CONJUNTO TERRITORIAL HABITADO POR ELEMENTOS DE NACIONALIDAD ALEMANA, NI MENOS RAZONABLES DESDE EL PUNTO DE VISTA DE SU CONVENIENCIA ESTRATÉGICO-MILITAR. NO HABÍAN SIDO, PUES, EL RESULTADO DE UNA ACCIÓN DE POLÍTICA MEDITADA, SINO SIMPLEMENTE, FRONTERAS PROVISORIAS FIJADAS EN EL CURSO DE UNA EVOLUCIÓN TOTALMENTE INCONCLUSA O, SI SE QUIERE, FRONTERAS RESULTANTES EN PARTE DE LA PURA CASUALIDAD.

Esta pretensión responde enteramente al criterio de nuestro mundo burgués, que tampoco, en esto, posee ni una sola idea de orientación política para el futuro, sino que vive en el pasado, esto es, en lo más inmediato. Por lo tanto, es comprensible que la visión política de esta gente, no vaya más allá de 1914. Al proclamar ellos la reivindicación de aquellas fronteras como objetivo de su política, no hacen otra cosa que fomentar la solidaridad decadente de nuestros adversarios, y sólo así se explica que, ocho años después de una guerra en la cual tomaron parte Estados de las miras más heterogéneas pueda mantenerse todavía, más o menos firme, la coalición de los vencedores de entonces.

Todos estos Estados, sacaron provechos del desastre alemán. El temor a nuestro poderío, relegó a segundo plano la ambición y la envidia de las grandes potencias entre sí. Vislumbraban en una repartición común, en lo posible, de las heredades de nuestro Reich, la mejor garantía contra un futuro levantamiento alemán. El malestar de conciencia y el miedo que sienten ante la vitalidad de nuestro pueblo, constituyen el cemento más duradero para mantener, aun hoy, cohesionados a los miembros de esta coalición. Sólo los espíritus infantiles pueden entregarse a pensar que una reconsideración del dictado de Versalles sea factible por obra de imploraciones o de artimañas, aparte de que una tentativa tal, supondría la intervención de un Talleyrand que no poseemos. Además, los tiempos han cambiado desde el Congreso de Viena:

YA NO SON LOS PRÍNCIPES Y SUS “MAÎTRESSES” LOS QUE HOY REGATEAN FRONTERAS: ES EL INEXORABLE JUDÍO COSMOPOLITA EL QUE AHORA LUCHA PARA IMPONER SU

HEGEMONÍA SOBRE LOS PUEBLOS.

Las fronteras del año 1914 no tienen valor alguno para el futuro de la nación alemana. No fueron una garantía en el pasado, ni tampoco constituirían una fuerza para el porvenir. A base de ellas, el pueblo alemán no podrá recobrar su unidad interior y menos todavía asegurar sus subsistencia; fuera de esto, aquellas fronteras, consideradas desde el punto de vista militar, no aparecen convenientes ni siquiera satisfactorias y no lograrían, finalmente, mejorar la situación en que actualmente nos encontramos frente a las demás potencias, es decir, las verdaderas potencias mundiales. La ventaja que nos lleva Inglaterra no disminuiría, tampoco llegaríamos a la potencialidad de los Estados Unidos, ni sufriría menoscabo notable la importancia política de Francia en el mundo.

Sólo una cosa sería evidente: El intento de restaurar las fronteras de 1914 conduciría – aun en caso favorable- a un desangramiento tal de nuestro pueblo, que en el momento preciso de adoptar resoluciones y realizar hechos que tendiesen a asegurar realmente la vida y el porvenir de la nación, ya no se dispondría de ninguna reserva valiosa. Por el contrario, en medio de la embriaguez de un éxito superficial, se renunciaría a toda finalidad posterior ante la satisfacción de haber reparado el honor nacional y abierto algunas puertas al desarrollo comercial, por lo menos durante cierto tiempo.

Frente a todo esto, nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos que sostener inquebrantablemente nuestro objetivo de política exterior, que es ASEGURAR AL PUEBLO ALEMÁN EL SUELO QUE EN EL MUNDO LE CORRESPONDE. Y esta es la única acción que ante Dios y nuestra posteridad alemana puede justificar un sacrificio de sangre; ante Dios, porque sobre la tierra hemos sido puestos con la misión de la lucha eterna por el pan cotidiano; ante nuestra posteridad, porque no se verterá la sangre de un solo ciudadano sin que este sacrificio signifique la vida de otros mil ciudadanos de la Alemania futura. Ningún pueblo sobre la tierra, posee ni un solo metro cuadrado de terreno en virtud de una voluntad o de un derecho superior.

LAS FRONTERAS DE LOS ESTADOS LAS CREAN LOS HOMBRES Y SON ELLOS MISMOS LOS QUE LAS MODIFICAN.

El hecho de que un pueblo llegue a apoderarse de una extensión territorial excesiva, no supone el reconocimiento perpetuo sobre la misma. Ello pone, a lo sumo, en evidencia la fuerza de los conquistadores y la impotencia de los conquistados. Y solo en esta fuerza reside el derecho de posesión. Del mismo modo que nuestros antepasados no recibieron como don del cielo el suelo sobre el cual vivimos, sino que lo ganaron con riesgo de su vida, así también no será por concesión graciosa por lo que nuestro pueblo obtenga, en el futuro, el suelo y con él, la seguridad de su subsistencia; sino únicamente por obra de una espada victoriosa.

A pesar de que también nosotros reconocemos la necesidad de llegar a un arreglo con Francia, todo sería inútil, en principio, si el objetivo de nuestra política exterior debiese quedar colmado con esa avenencia. Ella tendrá su razón de ser, solamente si ofrece un apoyo para el ensanchamiento territorial de la nación alemana en Europa. Pues no es en la posesión de dominios coloniales en lo que debemos ver la solución de este problema, sino exclusivamente en la adquisición de una zona de territorio que aumente la extensión de la madre patria, proporcionando, de este modo, a los nuevos pobladores, no sólo la posibilidad de mantener una comunidad íntima con esta patria de origen, sino también de asegurar al conjunto, las ventajas resultantes de la fusión territorial.

***

NOSOTROS, LOS NACIONALSOCIALISTAS, HEMOS PUESTO DELIBERADAMENTE PUNTO FINAL A LA ORIENTACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR ALEMANA DE LA ANTEGUERRA. COMENZAREMOS AHORA ALLÍ DONDE HACE SEIS SIGLOS SE HABÍA QUEDADO ESTA

POLÍTICA. DETENDREMOS EL ETERNO ÉXODO GERMÁNICO HACIA EL SUR Y EL OESTE DE EUROPA Y DIRIGIREMOS LA MIRADA HACIA LAS TIERRAS DEL ESTE. CERRAREMOS AL FIN LA ERA DE LA POLÍTICA COLONIAL Y COMERCIAL DE LA ANTEGUERRA Y PASAREMOS A ORIENTAR LA POLÍTICA TERRITORIAL ALEMANA DEL PORVENIR.

El destino mismo, parece querer mostrarnos el derrotero. El haber abandonado a Rusia en manos del bolchevismo, despojó al pueblo ruso de aquella clase pensante que, hasta entonces, había creado y garantizado su existencia como Estado. Más de una vez, pueblos inferiores, guiados por soberanos y organizadores de origen germánico, llegaron a constituir poderosas naciones que subsistieron mientras pudo conservarse el núcleo racial dirigente. Hacía siglos que Rusia se había mantenido gracias al núcleo germánico de sus esferas superiores, núcleo del cual se puede decir que hoy está exterminado completamente. En su lugar, se ha impuesto el judío; pero así como es imposible que el pueblo ruso sacuda por sí solo el yugo israelita, no es menos imposible que los judíos logren sostener, a la larga, bajo su poder el gigantesco organismo ruso.

El judío mismo no es elemento de organización, sino fermento de descomposición. El coloso del Este está maduro para el derrumbamiento. Y el fin de la dominación judaica en Rusia, será al mismo tiempo, el fin de Rusia como Estado. Estamos predestinados a ser testigos de una catástrofe que constituirá la prueba más formidable para la verdad de nuestra teoría racista.

NUESTRO COMETIDO –LA MISIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONALSOCIALISTA- HA DE SER LLEVAR NUESTRO PUEBLO A LA PERSECUCIÓN POLÍTICA DE QUE NO DEBE ESPERAR VER COLMADO SU OBJETIVO FUTURO EN EL DELIRIO DE UNA NUEVA CAMPAÑA TRIUNFAL DE ALEJANDRO, SINO MÁS BIEN EN LA FAENA LABORIOSA DEL ARADO ALEMÁN, AL CUAL LA ESPADA TIENE QUE PROPORCIONAR ÚNICAMENTE EL SUELO.

***

Es natural que el judaísmo oponga tenaz resistencia a una tal política alemana. El judío se da cuenta mejor que nadie de la trascendencia de este proceder, para su futuro. Y es este hecho, justamente, el que debería inducir hacia la nueva orientación a los hombres de verdadero sentir nacional. Pero por desgracia son también círculos nacionalistas y hasta “nacionalracistas” los que se declaran en abierta oposición a la idea de una tal política orientada hacia el Este, haciendo en su apoyo la consabida invocación de una consagrada figura de nuestra historia. Se cita a Bismark para cohonestar una política absurda y al propio tiempo perjudicial a los intereses del pueblo alemán. Afirmase que: Bismark dio siempre importancia a mantener buenas relaciones con Rusia.

En efecto fue así, pero sólo condicionalmente, pues, a Bismark jamás se le habría ocurrido querer fijar como definitiva, en principio, la táctica de un determinado camino político.

EN CONSECUENCIA, LA PREGUNTA NO DEBE SER: ¿QUÉ ES LO QUE BISMARK QUISO? SINO MÁS BIEN: ¿QUÉ ES LO QUE BISMARK HARÍA EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS? JUSTAMENTE ESTA INTERROGACIÓN ES LA MÁS FÁCIL DE RESPONDER. GUIADO POR SU HABILIDAD POLÍTICA, JAMÁS HABRÍA PACTADO ALIANZA CON UN ESTADO PREDESTINADO A LA RUINA.

Además, ya Bismark vio en su época con recelos la política colonial y comercial alemana, debido a que, por el momento, le preocupaba solamente la manera más segura de facilitar la consolidación del Imperio creado por él. Esta fue también la única razón la cual él celebraba la existencia del apoyo ruso que le permitía operar libremente hacia el Oeste. Pero aquello que entonces fue provechoso para Alemania, hoy le sería perjudicial.

Ya en los años 1920-1921, cuando el joven movimiento nacionalsocialista comenzaba a perfilarse

lentamente en el horizonte político, y cuando acá y acullá se le saludaba ya como el movimiento libertario de la nación alemana, se intentó, desde diferentes sectores, establecer una cierta conexión entre éste y las corrientes libertarias de otros países. Esto respondía a la orientación de la "liga de naciones oprimidas", propagada por muchos. Se trataba ante todo, de representantes de algunos Estados balcánicos y luego el Egipto y la India, que a mí me dieron siempre la impresión de charlatanes pretenciosos, huérfanos de toda base real. Y no pocos fueron los alemanes, particularmente en los círculos nacionalistas, que se dejaron seducir por semejantes fatuos orientales ya que creían ver, sin más ni más, en cualquier simple estudiante hindú o egipcio, un "representante" de la India o de Egipto. Jamás pudieron comprender esas gentes que se trataba en la mayoría de los casos de individuos sin solvencia y, sobre todo, no autorizados por nadie para celebrar ningún acuerdo con persona alguna, de modo que el resultado práctico de mantener relaciones con tales sujetos, no podía ser más que nulo.

Era ya de suyo grave, que la política aliancista del Reich en la época de la anteguerra, hubiese acabado –debido a la falta de un propósito propio de acción ofensiva- por constituir una "sociedad defensiva" con Estados veteranos ha tiempo relegados por la historia mundial. Tanto la alianza con Austria, como la pactada con Turquía, tenían muy poco de satisfactorio. Mientras las más grandes potencias militares e industriales del orbe se asociaban en torno a un plan activo de agresión, nosotros nos empeñábamos en reunir unos cuantos Estados viejos y ya impotentes, para tratar de afrontar con aquellas ruinas, la acción de la coalición mundial. Alemania pagó muy caro el error de su política exterior; sin embargo, esta experiencia no parece haber sido lo suficientemente amarga para prevenir que nuestros eternos ilusionistas caigan en el error de siempre. Ya se trate de una liga de pueblos oprimidos, de una sociedad de naciones o de cualquiera otra nueva quimérica intervención, siempre se hallarán a pesar de todo, miles de espíritus crédulos.

Conservo fresco el recuerdo de las expectativas pueriles y no menos incomprensibles que surgieron, bruscamente en los círculos nacionalracistas allá por los años 1920-1921; se decía que Inglaterra se hallaba en la India al borde de la catástrofe. Unos cuantos titiriteros asiáticos o, si se quiere, también, verdaderos "campeones de la libertad" hindú, que por entonces pululaban en Europa, habían logrado convencer incluso a gente sensata de la absurda idea de que el imperio británico estaba efectivamente frente a la ruina inminente en la India, que es el gozne –por decirlo así- de su poderío colonial.

Es realmente infantil suponer que en Inglaterra no se hubiese sabido apreciar en su justo valor la significación que tiene la India para la unión británica mundial. Y sólo demuestra no haber aprendido nada de las enseñanzas de la guerra, ni menos llegado a comprender y reconocer la entereza anglosajona, el imaginar que Inglaterra pudiese resignarse a perder la India sin antes arriesgarlo todo. Por otra parte, constituye una prueba de la completa ignorancia que manifiesta el alemán respecto a la manera cómo el inglés sabe penetrar y administrar ese enorme dominio.

INGLATERRA PERDERÍA LA INDIA, SÓLO CUANDO EN SU MECANISMO ADMINISTRATIVO RESULTASE ELLA MISMA VÍCTIMA DE UN PROCESO DE DESCOMPOSICIÓN RACIAL (EVENTUALIDAD QUE PARA LA INDIA QUEDA POR EL MOMENTO FUERA DE TODA DISCUSIÓN) O BIEN SI FUESE VENCIDA POR UN ENEMIGO PODEROSO. Pero los agitadores hindúes no lo conseguirán jamás. ¡Por propia experiencia sabemos nosotros hasta la saciedad, cuán difícil es llegar a reducir a Inglaterra! Aun prescindiendo de esto, yo como germano preferiré siempre, a pesar de todo, ver la India bajo la dominación inglesa que bajo otra cualquiera.

No menos insignificantes son las esperanzas cifradas en el mitológico levantamiento del Egipto contra Inglaterra.

Como nacionalista que aprecia el valor humano conforme a principios raciales y sabe de la inferioridad de esas llamadas "naciones oprimidas", no puedo, desde luego, identificar la suerte de mi pueblo con la

de esos países.

Exactamente el mismo criterio tenemos que mantener con respecto a Rusia. La Rusia actual despojada de su clase dirigente de origen germano, no puede –aparte de lo que en sí persiguen sus nuevos soberanos- servir jamás de aliado en la lucha libertaria del pueblo alemán.

DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR SERÍAN REALMENTE CATASTRÓFICAS LAS CIRCUNSTANCIAS, EN EL CASO DE UNA GUERRA DE ALEMANIA Y RUSIA, COALIGADAS CONTRA LA EUROPA OCCIDENTAL Y, PROBABLEMENTE, CONTRA TODO EL RESTO DEL MUNDO. LA LUCHA SE DESARROLLARÍA SOBRE TERRITORIO ALEMÁN sin que Alemania recibiese de Rusia ni el más mínimo concurso eficaz.

Además, en el caso de una tal guerra, Rusia tendría que arrollar previamente a Polonia para poder llevar el primer soldado ruso a un frente de batalla germánico. Pero, propiamente, no se trataría, en primer término, de recibir soldados del aliado ruso, sino ante todo, material bélico. El rol de Rusia sería totalmente nulo como factor técnico y habría de repetirse lo que pasó en la guerra mundial, en la que la industria alemana fue esquilmada para atender a nuestros gloriosos aliados, de modo que la guerra técnica tuvo que sostenerla Alemania casi sola. A la motorización general del mundo, que caracterizará la guerra del futuro en una medida asombrosa, casi nada podríamos oponer nosotros. Es un hecho que en este tan importante ramo, Alemania manifiesta un vergonzoso atraso y que de lo poco que posee, tendría que proveer todavía a Rusia, país que, hoy mismo, no cuenta con una fábrica propia capaz de producir un automóvil en forma.

Fuera de todo esto, no debe olvidarse jamás que el judío internacional, soberano absoluto de la Rusia de hoy, no ve en Alemania un aliado posible, sino sólo un Estado predestinado a la misma suerte política.

Alemania constituye para el bolchevismo el gran objetivo inmediato de su lucha. Se requiere todo el vigor de una idea nueva, encarnando una misión, para arrancar una vez más a nuestro pueblo de la estrangulación de esta serpiente internacional y poner atajo a la contaminación de nuestra sangre, a fin de que las energías de la nación, de este modo libertadas, puedan ser dedicadas a garantizar la seguridad de la patria alemana, previniendo hasta en el más lejano futuro, catástrofes como las últimas. Y si se persigue esta finalidad sería una locura aliarse con un Estado que tiene por soberano al enemigo mortal de nuestro porvenir.

Confieso francamente, que ya en la época de la anteguerra, me habría parecido más conveniente que Alemania, renunciando a su insensata política colonial y, consiguientemente, al incremento de su flota mercante y de guerra, hubiese pactado con Inglaterra en contra de Rusia y pasado así de su trivial política cosmopolita, a una política europea resuelta, de tendencia territorial en el continente.

No olvido la amenaza constante y provocativa que la Rusia paneslavista de entonces, osara hacer a Alemania; no olvido los frecuentes ensayos de movilización, cuyo objeto no era otro que provocarnos; tampoco puedo olvidar el estado de ánimo de la opinión pública rusa, que ya antes de la guerra, exageraba sus ataques llenos de odio contra nuestro pueblo y el Imperio, y menos aún puedo olvidar la actitud de la gran prensa que en Rusia, deliraba por Francia.

Pero no obstante todo esto, habría existido antes de la guerra todavía una segunda posibilidad: La de tratar de apoyarse en Rusia para hacer frente a Inglaterra. Hoy son otras las circunstancias. El proceso de consolidación en el que al presente, se encuentran empeñadas las grandes potencias, es para nosotros el último toque de alarma instándonos a reaccionar, a fin de que nuestro pueblo vuelva del sueño a la dura realidad, y nos muestre el único camino del porvenir capaz de conducir el Reich a una época de nueva prosperidad.

Si el movimiento nacionalsocialista, haciendo conciencia de la magnitud y de la importancia de esta

misión, se desembaraza de ilusiones y deja prevalecer solamente la razón, es posible entonces que un día, la catástrofe de 1918 se convierta en una infinita bendición para el futuro de nuestro pueblo. Del desastre puede llegar la nación alemana a una orientación totalmente nueva de su política exterior y luego, interiormente consolidada por una nueva ideología, alcanzar una definitiva estabilización de política internacional. Entonces podrá por fin Alemania tener aquello que Inglaterra tiene y que la misma Rusia poseyó y que a Francia le permitió adoptar decisiones siempre análogas y siempre convenientes en el fondo a la defensa de sus intereses: UN TESTAMENTO POLÍTICO.

El testamento político de la nación alemana, para su conducta de política externa, ha de rezar lógicamente como sigue:

NO TOLERAR JAMÁS LA FORMACIÓN DE DOS POTENCIAS CONTINENTALES EN EUROPA. VER SIEMPRE EL PELIGRO DE UNA AGRESIÓN CONTRA ALEMANIA EN CUALQUIER TENTATIVA DE ORGANIZAR ANTE LAS FRONTERAS ALEMANAS UNA SEGUNDA POTENCIA MILITAR, AUNQUE SÓLO FUESE EN FORMA DE UN ESTADO CAPAZ DE LLEGAR A SERLO, Y VER TAMBIÉN EN ELLO, NO SÓLO EL DERECHO, SINO TAMBIÉN EL DEBER DE IMPEDIR POR TODOS LOS MEDIOS Y HASTA VALIÉNDOSE DEL RECURSO DE LAS ARMAS, LA CREACIÓN DE TAL ESTADO, Y SI ÉSTE YA EXISTIESE, DESTRUIRLO SENCILLAMENTE. VELAR POR QUE LA POTENCIALIDAD DE NUESTRO PUEBLO NO RESIDA EN DOMINIOS COLONIALES, SINO EN EL SUELO PATRIO DEL CONTINENTE MISMO. NO CONSIDERAR JAMÁS ASEGURADO EL REICH, MIENTRAS ÉSTE NO SEA CAPAZ DE DARLE A CADA NUEVO DESCENDIENTE DE NUESTRO PUEBLO, A TRAVÉS DE LOS SIGLOS, LA PARCELA QUE LE CORRESPONDE. FINALMENTE, NO OLVIDAR NUNCA QUE EL MÁS SAGRADO DE LOS DERECHOS SOBRE LA TIERRA, ES EL DERECHO AL SUELO QUE SE QUIERE LABRAR CON EL PROPIO ESFUERZO, Y EL MÁS SAGRADO DE LOS SACRIFICIOS LA SANGRE QUE POR ESE SUELO SE VIERTE.

***

En el capítulo anterior he señalado a Inglaterra e Italia como los dos únicos Estados de Europa hacia los cuales podría ser deseable y promisorio el acercamiento de Alemania.

Brevemente delinearé ahora la importancia militar de una alianza tal.

Las consecuencias resultantes de este pacto, significarían en todo orden, militarmente hablando, lo diametralmente opuesto de lo que sería en el caso de una alianza con Rusia. LO PRIMORDIAL ES EL HECHO DE QUE UN ACERCAMIENTO A INGLATERRA E ITALIA, NO IMPLICA EN SÍ EL PELIGRO DE UNA GUERRA. Francia que sería la única potencia interesada en asumir una actitud opuesta al pacto, prácticamente no estaría en condiciones de hacerlo**;** PUES, YA NO TENDRÍA LA INICIATIVA DE OBRAR PORQUE ESTARÍA EN MANOS DE LA NUEVA LIGA EUROPEA ANGLO-ALEMÁNITALIANA.

PERO TAL VEZ TENDRÍA UNA SIGNIFICACIÓN MAYOR EL HECHO DE QUE LA NUEVA COALICIÓN, AGRUPARÍA PAÍSES DOTADOS DE UNA CAPACIDAD TÉCNICA SUSCEPTIBLE HASTA CIERTO PUNTO DE UNA RECÍPROCA COMPLEMENTACIÓN.

Seguramente, son grandes las dificultades que se oponen a la realización de una liga semejante; mas, cabría preguntar si la formación de la Entente fue obra menos difícil. AQUELLO QUE EL FUE POSIBLE A UN EDUARDO VII, CONTRARIANDO EN PARTE INTERESES NATURALES, PODREMOS LOGRARLO TAMBIÉN NOSOTROS SI ES QUE, CONVENCIDOS DE LA NECESIDAD DE UNA TAL EVOLUCIÓN, ADAPTAMOS A ELLA NUESTRO PROCEDER INTELIGENTEMENTE CONCEBIDO.

Naturalmente que hoy por hoy estamos a merced del ladrido furioso de los enemigos interiores de nuestro pueblo. Nosotros, los nacionalsocialistas, jamás hemos de dejar que se nos impida proclamar aquello que, de acuerdo con nuestra más íntima convicción, sea indispensable.

Ciertamente, que la actualidad, tenemos que ir contra la corriente de la opinión pública sugestionada por el ardid judío, que, sabe explotar la ingenuidad alemana, y es cierto también, que, muchas veces, el oleaje se estrella terriblemente contra nosotros; mas, es sabido, que quien va con la corriente pasará menos apercibido que aquel que se lanza contra ella. Hoy por hoy, somos un simple escollo, pero, en contados años, el destino podrá convertirnos en un dique donde se rompa la corriente general, para seguir por un nuevo lecho.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO: EL DERECHO DE LA LEGÍTIMA DEFENSA

Depuestas las armas en Noviembre de 1918, se inició una política que según toda previsión humana, debía conducir paulatinamente a un completo sometimiento de Alemania.

Ejemplos de la Historia demuestran que los pueblos que depusieron sus armas sin que hubiesen mediado causas máximas para ello, prefieren después aceptar las mayores violencias y humillaciones antes que intentar un cambio de su suerte apelando de nuevo al recurso de la fuerza.

La decadencia de Cartago, es el terrible prototipo de la lenta agonía de un pueblo precipitado por sí mismo a la ruina.

El curso de los acontecimientos, a partir de 1918, nos prueba palmariamente que la esperanza que en Alemania se abrigaba de poder alcanzar la clemencia del vencedor, sometiéndonos voluntariamente a él, ha influenciado del modo más funesto el criterio político y la conducta de las masas. Esto nos permite explicar que el mismo período de siete años que, de 1806 a 1813, bastara para animar con nuevas energías y espíritu de lucha a la Prusia totalmente aniquilada de entonces, no sólo ha transcurrido inútilmente, para la Alemania de hoy, sino que, por el contrario, ha traído consigo un creciente debilitamiento nacional: Siete años después de la revolución de 1918 se firmaba el Tratado de Locarno.

El proceso de lo que ocurrió, no fue otro que el ya mencionado: Una vez acordado el oprobioso armisticio, no se tuvo ni energía ni coraje para oponer de súbito resistencia a las medidas opresoras que nos impusieron sucesivamente los adversarios. ¡Eran demasiado inteligentes para haberlo exigido todo de un golpe!

Alternativamente se sucedieron en Alemania edictos de desarme y de esclavización, inhabilitándonos políticamente y extorsionándonos en lo económico, para engendrar, al fin de cuentas, aquel estado anímico que hacía ver una felicidad en el dictamen de Dawes y un triunfo para Alemania, en el Tratado de Locarno.

A más tardar en el invierno de 1922-1923, todo el mundo debió haber podido darse cuenta de que Francia, aun después del Tratado de Paz, continuaba persiguiendo, con férrea tenacidad, el objetivo de guerra que se había propuesto desde un principio. Porque nadie admitirá seguramente que Francia, en la lucha más decisiva de su historia, hubiese sacrificado en cuatro años y medio de guerra la cara sangre de su pueblo con la sola expectativa de recibir después el pago de reparaciones por los daños causados. La reconquista misma de Alsacia-Lorena no hubiera bastado para justificar la entereza del comando francés, si en aquella lucha no se hubiese tratado de realizar ya una parte del verdadero gran programa futuro de la política exterior de Francia, consistente en lograr el desmembramiento de Alemania en un bodrio de pequeños Estados. Esta fue la finalidad por la que luchó la Francia chovinista, si bien es verdad, poniendo a su pueblo en manos del judío internacional.

Este objetivo de guerra francés, habría sido factible por la guerra misma, si la lucha –como en París se

carecía al principio- se hubiese desarrollado sobre territorio alemán. Imagínese por un momento que las sangrientas batallas de la gran guerra, no hubiesen tenido lugar en el Somme, en Flandes, en Artois, en las inmediaciones de Varsovia, Nishnij, Nowgorod, Kowno, riga y otros lugares más, sino en Alemania, en la cuenca del Ruhr, del Meno, del Elba, en las inmediaciones de Hannover, Leipzig, Nuremberg, etc., y tendrá que convenirse que, en tales circunstancias, habría sido posible la devastación de Alemania. Esta es también la única razón que permite afirmar que nuestros camaradas y hermanos no vertieron su sangre totalmente en vano.

Bien es cierto que en Noviembre de 1918 se produjo con la rapidez del rayo, el desastre de Alemania; sin embargo, mientras la catástrofe cundía en los lares de la patria, los ejércitos alemanes acampaban todavía en pleno territorio enemigo. La primera preocupación de Francia en aquellos días no fue la disolución de Alemania, sino la cuestión de saber cómo se conseguiría desalojar de los territorios ocupados de Francia y de Bélgica a los ejércitos alemanes. De ahí que al concluir la guerra, fuera una tarea primordial para el gobierno francés desarmar a estos ejércitos y procurar se replegasen hacia Alemania cuanto antes; y luego, en segundo término, podía pensarse en el objetivo esencial de la guerra.

***

Inversamente a lo que ocurría con Francia, para Inglaterra la guerra había terminado en realidad victoriosamente a base de la destrucción del poderío colonial y comercial de Alemania y su consiguiente degradación a la categoría de Estado de segunda clase. No sólo no tenía interés en el aniquilamiento total de la nación alemana, sino que, por el contrario, había razón suficiente para que deseara en el futuro la existencia de un rival de Francia en Europa. La política francesa debió pues proseguir mediante una “decidida labor de paz”, aquello que la guerra había comenzado y la frase de Clemenceau al decir que para él, “la paz no era más que la continuación de la guerra” cobró entonces máxima actualidad.

Ya en el invierno de 1922 – 1923 se debió saber cuál era el propósito que Francia perseguía.

***

En Diciembre de 1922, pareció agudizarse en grado amenazante, la situación entre Francia y Alemania. Francia intentaba poner en práctica nuevas temerarias extorsiones y para ello, necesitaba garantías. Con la OCUPACIÓN DE LA CUENCA DEL RUHR, se creía en Francia romper definitivamente la moral de Alemania y colocarnos, al mismo tiempo, en una situación económica tal, que nos viéramos constreñidos a aceptar hasta las más pesadas cargas.

Con la ocupación del Ruhr, el destino le tendió una vez más la mano al pueblo alemán para que se levantara; pues, aquello que en el primer momento, debió presentársenos como una tremenda calamidad, encerraba, en el fondo, una posibilidad infinitamente promisora para poner fin a los sufrimientos de Alemania.

Desde el punto de vista de la política internacional, la ocupación del Ruhr significó el primer alejamiento entre Inglaterra y Francia, no sólo por parte de la diplomacia británica que había pactado, considerado y mantenido la alianza francesa con el criterio práctico del frío calculador, sino también en vastos sectores del pueblo inglés, dominaba aquel estado de ánimo. Fue, en particular, en los círculos financieros, donde se mostraba indisimulable desagrado por el nuevo formidable incremento del poderío francés en el continente. En efecto, vista la cuestión en el sentido político-militar, Francia asumía en Europa una posición como no la había tenido antes ni la misma Alemania, y en lo económico, adquirió igualmente fundamentos que le asignaban una situación poco menos que de privilegio junto a su posición de poderoso competidor político. Las minas más importantes de hierro y carbón de Europa, se hallaban en manos de una nación que, a diferencia de Alemania, había cuidado hasta entonces sus propios vitales intereses con decisión y dinamismo y que en la guerra puso de relieve ante el mundo entero la seguridad

que le ofrecía su ejército. Con la ocupación de la zona carbonífera del Ruhr, Francia le arrebató a Inglaterra todo el éxito que había obtenido de la guerra, y el dueño de la victoria no fue ya entonces, la sagaz diplomacia inglesa, sino el mariscal Foch y la Francia que él encarnaba.

También en Italia, se trocó en franco odio el estado de ánimo poco favorable que existía allá a partir de la conclusión de la guerra. Se presentó el gran momento histórico en que los aliados de ayer podían ser los enemigos de mañana. Y si esto no ocurrió y los Aliados no se fueron a las manos, como en el caso de la segunda guerra balcánica, fue exclusivamente, debido a la circunstancia de que Alemania no contaba con un Enver Pascha sino con un Wilhelm Cuno, como canciller del Reich.

No sólo en el orden de la política exterior, sino también en el de la política interna, se le presentó a Alemania, con la ocupación del Ruhr por los franceses, una gran posibilidad para el futuro. Un considerable sector de nuestro pueblo que, bajo el influjo constante de los embustes de su propia prensa, seguía viendo en Francia al campeón del progreso y de las libertades, debió quedar repentinamente curado de semejante desvarío. La primavera de 1923 tuvo la misma trascendencia que el año 1914, cuando al declararse la guerra, se esfumaban de los cerebros de nuestros obreros los sueños de solidaridad internacional, para hacer que volviesen al mundo real de la lucha por la existencia donde un ser vive a expensas del otro y donde el exterminio del más débil representa la vida del más fuerte.

No se trató de impedir la ocupación de Ruhr por medio de medidas militares. Sólo un perturbado habría podido aconsejar cosa semejante. Pero, bajo la impresión del atropello que cometía Francia y mientras lo perpetraba se pudieron y debieron asegurar –sin tomar en consideración el Tratado de Versalles despedazado por los franceses mismos- aquellos recursos militares que más tarde, habrían servido para respaldar la posición de nuestros delegados; pues, no cabía la menor duda de que el día menos pensado, habría de resolverse ante la mesa de una conferencia internacional cualquiera, la suerte de aquel territorio ocupado por Francia. Y tampoco debía perderse de vista que hasta los más calificados negociadores, pueden contar sólo con escaso éxito si no llevan por escudo la entereza de su pueblo.

¿No era acaso, una calamidad consumada tener que ver la eterna comedia de las conferencias internacionales que, a partir de 1918 solían preceder a la imposición de los respectivos dictados? ¿Y aquel denigrante espectáculo que se ofrecía al mundo entero, invitándosenos, como por ironía, a tomar asiento en la mesa de conferencias, para luego presentarnos resoluciones y programas acordados de antemano y sobre los cuales bien es cierto que se podía discurrir, pero sin admitirse modificación alguna?

Si en la primavera de 1923 se hubiese querido tomar el hecho de la ocupación del Ruhr como un motivo para restablecer nuestra institución armada, previamente habría sido necesario darle a la nación armas morales, incrementando su fuerza de voluntad y eliminando, al propio tiempo, a los destructores de las energías nacionales.

Del mismo modo que en 1918 tuvimos que pagar sangrientamente el error de no haber triturado en los años 1914 y 1915, de una vez para todas, la cabeza de la víbora marxista, así también debió vengarse ahora en la forma más tremenda, el hecho de que en la primavera de 1923 dejásemos pasar inaprovechada la ocasión de acabar definitivamente con la obra de los marxistas traidores a la patria y verdugos del pueblo.

Sólo los elementos burgueses pudieron ser capaces de concebir que el marxismo hubiese cambiado y que los protervos dirigentes revolucionarios de 1918 –aquellos que para poder encaramarse mejor a los diferentes puestos político, pisotearon fríamente la honra de dos millones de hombres caídos por la patria- estuvieran en 1923 dispuestos a ponerse al servicio de la causa nacional. ¡Idea increíble y realmente absurda la de esperar que los traidores de ayer pudieran convertirse repentinamente en los campeones de la lucha libertaria alemana! ¡Muy lejos estaban éstos de pensar así!

LA TRAICIÓN A LA PATRIA ES EN EL MARXISTA LO QUE, EN LA HIENA, LA AVIDEZ POR LA CARROÑA.

Los destinos de los pueblos no se manejan con guantes, y he aquí porqué en 1923 debió obrarse con brutal energía para exterminar los áspides que emponzoñaban nuestro organismo nacional.

Con que frecuencia me esforcé, en aquellos tiempos, tratando de convencer, por lo menos a los llamados círculos nacionales, acerca de la trascendencia del momento; insistí siempre en que se cooperase al movimiento nacionalsocialista, dándole la oportunidad de liquidar cuentas con el marxismo; pero prediqué en el desierto. Todos, incluso el jefe de la Reichswher los sabían todo mejor que yo, para verse, al final, ante la capitulación más humillante que conocen los tiempos.

Ya entonces, pude darme cuenta de que la burguesía alemana había llegado al fin de su misión y que no estaba predestinada a jugar ningún rol más.

En aquella época –lo confieso francamente- sentí profunda admiración por el hombre del sur, allende los Alpes, que poseído de amor ardiente por su pueblo, no hizo causa común con los enemigos interiores de Italia, sino, más bien se empeño en destruirlos por todos los medios. Lo que colocará a Mussolini entre los grandes hombres de la Historia, es su inquebrantable resolución de no haber tolerado el marxismo en Italia y haber salvado a su patria, al destruir el internacionalismo. ¡Cuán diminutos aparecen, en comparación con él, nuestros actuales pseudoestadistas en Alemania!

Con la actitud que adoptó la burguesía y debido a la consideración que gozaba el marxismo, era una utopía la idea de toda resistencia activa en 1923. Querer enfrentarse con Francia, teniendo al enemigo mortal en las propias filas, constituía, desde luego, una locura. Una Alemania liberada de ese fatal enemigo de su existencia y de su futuro, habría sido capaz de energías que nadie en el mundo hubiera podido ahogar. EL DÍA EN QUE EL MARXISMO HAYA SIDO ANULADO EN ALEMANIA, SUS CADENAS QUEDARÁN ROTAS PARA SIEMPRE. Jamás –a través de nuestra Historia- fuimos vencidos por nuestros adversarios, sino eternamente por nuestros propios vicios y por enemigos cobijados por nosotros mismos.

En aquella hora trascendental de 1923, el cielo quiso enviarle al pueblo alemán un hombre "providencial":¡el señor Cuno! Propiamente, el no era un estadista ni político de profesión y naturalmente aun menos todavía de nacimiento, sino más bien un experto en negocios. Toda una maldición para Alemania, porque aquel comerciante conceptuaba también la política como una empresa económica y obraba de acuerdo con ello.

"Francia ha ocupado el Ruhr. ¿Y qué había allí? Carbón. ¿En consecuencia, Francia ocupaba el ruhr por el carbón?" Pues entonces nada más racional para el señor Cuno, que el recurso de la huelga como medio de impedir que los franceses obtengan carbón, lo cual –según la opinión del mismo señor Cuno- conduciría seguramente a que un día, en vista de la irrentabilidad de la empresa, quedase desocupado el Ruhr.

Para provocar la huelga, se requería naturalmente, de los agitadores marxistas, por ser los obreros los que en primer lugar debían proceder al paro. Se imponía por lo tanto, constituir un frente unitario entre el

obrero (que en la mente del tipo de estadista burgués es siempre sinónimo de marxista) y todos los demás alemanes. Los marxistas respondieron ipso facto al llamamiento, por la sencilla razón de que así como Cuno necesitaba de los agitadores marxistas para formar su "frente unitario", no menos necesario era para éstos el dinero de Cuno. Ambos podían estar satisfechos. Cuno obtuvo su "frente" constituido por charlatanes nacionales y por especuladores antinacionales, y por su parte, los traficantes internacionales, podían gracias a los dineros del fisco, servir su objetivo supremo, es decir, destruir la economía nacional y esta vez a expensas del mismo Estado. ¡Fue una idea genial querer salvar una nación por medio de una huelga pagada!

SI EL SEÑOR CUNO, EN LUGAR DE INCITAR A UNA HUELGA GENERAL, SUBVENCIONADA POR EL GOBIERNO PARA FORMAR UN FRENTE UNITARIO, HUBIESE EXIGIDO DE CADA UNO DE LOS ALEMANES DOS HORAS MÁS DE TRABAJO DIARIO, EL FRAUDE QUE SIGNIFICABA ESE FAMOSO "FRENTE UNITARIO", HABRÍA ACABADO AL TERCER DÍA. ¡NO SE LIBERTAN LOS PUEBLOS POR LA INACCIÓN, SINO MEDIANTE SACRIFICIOS!

Ciertamente que esta llamada "resistencia pasiva" no debió durar largo tiempo, pues, sólo un hombre totalmente ignorante en materia de guerra podía imaginarse que valiéndose de recursos infantiles, fuese factible desalojar un ejército de ocupación. Y la desocupación del Ruhr habría sido lo único capaz de justificar un procedimiento cuyo coste llegó a los millares y que contribuyó capitalmente a la total destrucción de la moneda nacional.

Era natural que los franceses pudiesen instalarse cómodamente y con cierto sosiego al ver que la resistencia alemana se servía de tales medios. Sabían que tan pronto como esta resistencia pasiva en el Ruhr, se hiciese realmente peligrosa para Francia, las tropas de ocupación pondrían con admirable facilidad y en menos de ocho días, un fin sangriento a todo aquel juego infantil.

La formación del frente unitario, fue un hecho clásico, que nos obligó a los nacionalsocialistas, a oponernos tenazmente contra semejante propósito llamado nacional. En aquellos meses fui atacado con frecuencia por elementos cuyo sentimiento nacional no era más que una mezcla de estulticia y apariencia.

Eran gentes que vociferaban con los demás sólo porque tenían la ocasión de poder revelar su "patriotismo", sin peligro alguno. Yo consideré aquel mísero frente unitario como una de las más risibles manifestaciones políticas, y la historia se encargó de darme la razón.

En el momento en que las organizaciones sindicalistas habían llenado su caja con los dineros procedentes del gobierno de Cuno, y cuando la resistencia pasiva que, hasta entonces, se había apoyado en la huelga, debió pasar a la acción activa, las hienas marxistas escaparon repentinamente del hato nacional de borregos que siempre fueron. Por su parte, el señor Cuno retornó tranquilamente a sus actividades navieras, en tanto que Alemania registraba en sus anales una amarga experiencia más y una gran esperanza menos.

Cuando al producirse el vergonzoso fracaso del Ruhr, después del sacrificio de millares, en bienes materiales, y de la vida de miles de jóvenes alemanes que tuvieron la ingenuidad de dar crédito a los dirigentes del Reich, se capitulara en forma tan depresiva para Alemania, estalló vibrante la indignación del país contra semejante traición hecha a nuestro desgraciado pueblo. En millones de cerebros surgió entonces con claridad meridiana el convencimiento de que sólo una transformación radical de todo el sistema político imperante, sería capaz de salvar Alemania.

Aquel Estado que conculcó todos los preceptos de lealtad y fe, que escarneció los derechos de sus ciudadanos, que defraudó los sacrificios de millones de sus más fieles hijos y que, finalmente, despojó también hasta del último céntimo a otros millones, no podía merecer otra cosa que el odio de sus súbditos. Y este sentimiento de odio contra los corruptores del pueblo y de la patria, estallará un día de

todos modos.

Aquí debo repetir la frase final de mi última declaración hecha ante los tribunales de Leipzig en el gran proceso de la primavera de 1924: “Los jueces de este Estado pueden condenarnos tranquilamente por nuestras acciones; más, la Historia que es encarnación de una verdad superior y de un mejor derecho, romperá un día sonriente esta sentencia, para absolvernos a todos nosotros de culpa y pecado” Pero esa misma Historia emplazará también ante su tribunal a aquellos que, imperando hoy en el mundo, hallan leyes y derechos, precipitan nuestro pueblo en la ruina y que, además, en medio de la desgracia de la patria, colocan sus intereses personales por encima de los de la comunidad.

Omito relatar en este libro aquellos acontecimientos que precedieron al 8 de Noviembre de 1923 y las consecuencias resultantes. Deliberadamente no lo hago, porque de ello nada constructivo se puede esperar para el porvenir. Ante la infinita desgracia común que aflige a nuestra patria, tampoco quisiera ahora resentir y con esto quizá alejar, a aquellos que, en el futuro, tendrán que formar el gran frente unitario de los alemanes leales de corazón contra el frente común de los enemigos de nuestro pueblo. Bien sé que llegará el tiempo en que hasta los que ayer estuvieron contra nosotros, recordarán reverentes a los que, como nacionalsocialistas, rindieron por el pueblo alemán el caro tributo de su sangre, y entre los cuales quiero citar también al hombre que, como uno de los mejores, consagró su vida en la poesía, en la idea y por último en la acción, al resurgimiento del pueblo suyo y nuestro:

DIETRICH ECKART

EL TESTAMENTO POLÍTICO DE ADOLF HITLER
- NOTAS RECOGIDAS POR MARTIN BORMANN -

1

Pitt y Churchill - Pitt prepara la grandeza del Imperio, Churchill cava su tumba - Europa ha perdido su primacía - La Gran Bretaña debió aceptar una paz blanca - El Tercer Reich estaba condenado a provocar la guerra – La desdicha y la adversidad, origen de grandes levantamientos

Cuartel General del Führer, 4 de Febrero de 1945

Churchill se toma a sí mismo por Pitt. ¿Vaya error el suyo! Pitt tenía treinta y cuatro años en 1793. Churchill, por desgracia, es un anciano apenas lo suficientemente bueno para ejecutar las consignas del demente de Roosevelt.

En primer lugar, las situaciones no son comparables de ninguna manera. Es preciso volverse a colocar, en las condiciones de la época. Pitt poseía toda la razón desde el punto de vista de Inglaterra, para no transigir con Napoleón. Al obstinarse como lo hizo, en condiciones imposibles, Pitt conservaba las probabilidades que tenía su país de representar el papel que fue el suyo en el siglo XIX. Era una política de vida. Al negarse a celebrar un entendimiento conmigo, Churchill ha arrastrado a su país a una política de suicidio. Ha cometido el mismo error que cometen los generales que dirigen una guerra según las normas de la guerra anterior. En esto se trata de esquemas que no podrían ponerse unos encima de los otros. El hecho nuevo lo representa la existencia de esos gigantes que son los Estados Unidos y Rusia. La Inglaterra de Pitt aseguraba el equilibrio mundial, frustrando toda hegemonía en Europa, impidiendo, pues, que Napoleón realizara sus fines. La Inglaterra de Churchill, por el contrario, debería permitir la unificación de Europa para mantener dicho equilibrio.

Por mi parte, me he esforzado por obrar, al principio de esta guerra, como si Churchill pudiera ser capaz de comprender esta gran política. Era capaz de comprenderla, en un momento de lucidez. Pero desde hacía demasiado tiempo se encontraba ligado con los judíos. Mi idea, al no ser demasiado duro con los ingleses, consistía en no crear la irreparable en el oeste. Más tarde, al atacar al este, al reventar el absceso comunista, he abrigado la esperanza de suscitar una reacción hacia el buen sentido de parte de los occidentales. Les proporcionaba la ocasión, sin participar en ella; de contribuir a una obra de salubridad, dejándonos a nosotros solos el cuidado de desintoxicar al occidente. Pero el odio que sienten esos hipócritas hacia un hombre de buena fe es más fuerte que su instinto de conservación. Había estimado muy por lo bajo la potencia de la dominación judía sobre los ingleses de Churchill. Prefieren, en efecto, hundirse en la decadencia, más bien que aceptar al nacional-socialismo. En todo rigor, hubiesen admitido un antisemitismo de fachada de parte nuestra. Pero nuestra voluntad inquebrantable de mirar a su base misma la potencia judía en el mundo, no, ¡no tienen un estómago lo bastante sólido como para digerir eso!

El genio de Pitt consiste en haber practicado una política realista, en funciones de datos y antecedentes del momento mismo; una política que ha permitido el impulso extraordinario de su país, y que le aseguró la supremacía mundial durante el curso de todo el siglo XIX. La copia servil de esa política, y eso sin tener en cuenta las circunstancias que no son ya las mismas, lo que ha hecho Churchill alcanza los límites de lo absurdo más completo. ¡Vaya si el mundo ha caminado desde el gran Pitt! Si los cambios fueron relativamente lentos durante un siglo, la primera guerra mundial los ha precipitado, acelerándolos, y la guerra actual nos ha conducido a plazos de vencimiento.

A principios del siglo XIX, desde el punto de vista de la potencia, la única que contaba era Europa. Los

grandes imperios asiáticos habían caído en una somnolencia que se parecía al sueño de la muerte. El Nuevo Mundo apenas llegaba a ser una excrecencia de Europa, y nadie, razonablemente, podía prever el destino prodigioso de las trece colonias inglesas que acababan de emanciparse. ¡Trece! A mí, que no soy supersticioso, ¡eso me incitaría a serlo!

¡Ese Estado nuevo de cuatro millones de habitantes, que se engrandece desmesuradamente en el espacio de cien años, para llegar a convertirse, a principios del siglo XX, en potencia mundial!

En el periodo decisivo que se sitúa entre 1930 y 1940, la situación se veta del todo distinta a lo que era en el tiempo de Pitt y Napoleón. Europa, exhausta por la gran guerra, había perdido su primacía; su papel director no se le reconocía ya. Todavía continuaba siendo uno de los centros de atracción dei planeta; pero iba perdiendo más y más su importancia - a medida que se aumentaba la potencia de los Estados Unidos de Norteamérica, la del coloso ruso-asiático, y, por fin, la del Imperio del Sol Naciente.

Si el destino le hubiese deparado a una Inglaterra envejecida y esclerótica un nuevo Pitt, en lugar de ese medio-americano borrachón y enjudaizado, ese nuevo Pitt hubiese de inmediato comprendido que la política tradicional de equilibrio de Inglaterra debería ejercitarse a otra escala, a escala mundial. En lugar de mantener, de suscitar y de excitar las diversas rivalidades en Europa, con el fin de que allí persistan las divisiones, Inglaterra, por lo contrario, debía dejar que se efectuara la unificación de Europa, ya que no la estimulara. Aliada a una Europa unida, la Gran Bretaña conservaba la posibilidad de representar un papel de árbitro en los negocios del mundo.

Todo pasa como si la Providencia hubiese querido castigar a Albión de los numerosos crímenes que ha cometido en el curso de su historia, los tales crímenes que han hecho su fuerza. La llegada de Churchill, en un periodo decisivo para Inglaterra y gata Europa, representa el castigo escogido par la Providencia. Era el hombre que necesitaba la élite degenerada de la Gran Bretaña. A ese Barnum senil fue a quien le tocó decidir lo que sería la suerte de un inmenso imperio, y al mismo tiempo la de Europa. Nos cabe el derecho de preguntarnos si el pueblo inglés.,. a través de la degeneración de sus élites, ha conservado las cualidades que justificaron su dominación sobre el universo. Yo lo dudo mucho, porque en dicha pueblo no se produjo ningún sobresalto, a lo que parece, para responder a los errores de sus jefes. Sin embargo, numerosísimas ocasiones se han presentado que le hubiesen permitido, a Inglaterra, lanzarse audazmente par un camina nuevo y fecundo.

Le hubiera sido posible, si lo hubiera querido, ponerle fin a la guerra a principios de 1941. Había afirmado su voluntad de resistencia en los cielos de Londres; tenía anotadas en su activa las humillantes derrotas de los italianos en el África del Norte. La Inglaterra tradicional hubiese concertado la paz. Pero los judíos no lo han tolerado. Sus hombres testaferros, los que obraban en su nombre, Churchill y Roosevelt, ¡ahí estaban para impedirla!

Y, sin embargo, esta paz hubiera permitido mantener a los Estados Unidos apartados de los negocios de Europa. asta, bajo la direccion del Reich, se hubiese unificada rápidamente; cosa muy fácil una vez eliminado el veneno judío. Francia e Italia, derrotadas cada una a su vez y a pocas meses de distancia, por las dos potencias germánicas, se hubieran visto bastante bien libradas, con poco costo. Una y otra hubiesen debido renunciar a una política de grandezas, para la que ya no había ocasión. Hubieran también renunciado, y por el mismo motivo, a sus pretensiones en el África del Norte y en el Cercano Oriente; lo cual le hubiese permitido a Europa iniciar una política audaz de amistad hacia los del Islam. Por cuanto a Inglaterra, desembarazada de sus preocupaciones europeas, podía consagrarse por entero a la salud de su Imperio. Alemania, por fin, con sus retaguardias muy bien resguardadas, podía arrojarse por completo a consumar lo que constituía su tarea esencial, la meta de mi vida y la razón de ser del nacional-socialismo: El aniquilamiento del bolchevismo. Eso llevaba consigo, como consecuencia, la conquista de grandes espacios al este, los que debían asegurar el porvenir del pueblo alemán.

Las leyes de la vida implican una lógica que no se confunde necesariamente con nuestra lógica. Nosotros estábamos dispuestos a compromisos, preparadas a lanzar nuestras fuerzas en la balanza para hacer que durase el Imperio británico. Y ello, a pesar de que el último de los hindúes, en el fondo, ene es mucho más simpático que no importa cuál de todos esos insulares arrogantes. Los alemanes se sentirán felices, más tarde, por no haber contribuido a la supervivencia de una realidad anticuada, que al mundo futuro le costaría mucho esfuerzo el perdonarles. Podemos profetizar, desde hoy, sea cual fuere el resultado final de esta guerra, el término del Imperio británico. Se encuentra herido de muerte. El porvenir del pueblo inglés es morirse de hambre y de tuberculosis en su isla maldita.

Ninguna relación entre la obstinación británica y la resistencia empecinada del Reich. Por principio de cuentas, Inglaterra tenía oportunidad de escoger; nada la constreñía a lanzarse a la guerra. No solamente se ha inmiscuido en ella, sino que la ha provocado. No hay necesidad de explicar que los polacos, si no hubiesen sido empujados por los ingleses y franceses belicosos, y éstos excitados por los judíos, no se hubieran sentido con la vocación del suicida.

De todos modos, Inglaterra, aun después de haber cometido este error, podía todavía haber retirado su apuesta del juego, bien fuera después de la liquidación de Polonia, o después de la derrota de Francia. Tal cosa no hubiera, sin duda, sido muy honorable para ella; pero en ese dominio su amor propio no tiene demasiadas cosquillas.

No necesitaba más que dejarles a sus ex-aliados toda la responsabilidad de su defección, como ella y Francia lo hicieron con Bélgica en Mayo de 1940. Por otra parte, nosotros los hubiéramos ayudado a salvar las apariencias.

A principios de 1941, la Gran Bretaña podía, en mejores condiciones aún, después de sus éxitos en África y habiendo reafirmado su prestigio, retirarse del juego y celebrar una paz blanca con nosotros. ¿Por qué prefirió aceptar la ley de sus aliados judíos y norteamericanos, en realidad más voraces que sus peores adversarios?

Porque Inglaterra no ha dirigido su propia guerra, ha hecho la guerra que le impusieron sus imlplacables aliados.

Pero Alemania no paseía el derecha de escoger. Desde que hubimos afirmado nuestra voluntad de reunir por fin a todos los alemanes en un gran Reich, asegurándole a éste las condiciones de una independencia verdadera, o dicho de otra manera, la posibilidad de vivir, todos nuestros enemigas juntos y de golpe se levantaron en centra nuestra.

La guerra se convertía en inevitable por el solo hecho de que el medio de evitarla hubiera consistido, para nosotros, en traicionar los intereses fundamentales del pueblo alemán. Nosotros no nos podíamos contentar con que él tuviera apenas cierta apariencia de independencia. Eso es bueno para los suecos y para los suizos, que siempre se encuentran listos para hacer gárgaras con fórmulas huecas, con tal de que se llenen los bolsillos. La República de Weimar no pretendía otra cosa. ¡Mas he ahí una ambición que no le podía convenir al Tercer Reich!

Estábamos condenados a enfrascarnos en la guerra. Nuestra única preocupación consistía, pues; en escoger el instante menos desfavorable; y queda por dicho que, una vez comprometidos, ya no se podía pensar para nada en retroceder. Nuestros adversaríos no tan sólo detestan la doctrina nacional-socialista. Lo que le tienen a mal al nacional-socialismo es el haber permitido la exaltación de las cualidades del pueblo alemán.

Desean; por lo tanto, la destrucción del pueblo alemán, y no hay ninguna mala comprensión a ese respecto. Par una vez, el odio se muestra más fuerte que la hipocresía. ¡Muchas gracias al adversario por el servicio que nos hace al exponernos con tanta claridad el fondo de su pensamiento!

A este odio total que nos sumerge, nosotros no podemos contestar más que con la guerra total. Supuesto luchamos para sobrevivir, luchamos con desesperación. Suceda lo que suceda, continuaremos hasta la muerte nuestro combate por la vida misma. Alemania saldrá de esta guerra más fuerte que nunca, e Inglaterra mucho más débil que nunca jamás.

La historia nos demuestra que, para Alemania, las desdichas y la adversidad constituyen, a menudo, el preludio indispensable a los grandes encumbramientos. Los sufrimientos del pueblo alemán en el curso de esta guerra, y él ha padecido incomparablemente más que no importa qué otro pueblo, son los mismos que le ayudarán, si la suerte se decide por nosotros, a coronar su victoria. Y en caso de (loe la Providencia lo abandonara, a pesar de sus sacrificios y de su empecinamiento, entonces es que lo habrá condenado a pruebas bastante más grandes para permitirle afirmar su derecho a la vida.

2

El último cuarto de hora - Voluntad de exterminar a Alemania - Leónidas y sus trescientos espartanos – Muerte milagrosa de la zarina Isabel - La victoria al bote-pronto - La guerra ha comenzado el 30 de Enero de 1933.

Cuartel General del Führer, 6 de Febrero de 1945

Después de cincuenta y cuatro meses de una lucha gigantesca, llevada por una parte y por la otra con un encarnizamiento sin precedente, el pueblo alemán se encuentra solo enfrente de la coalición que pretende aniquilarlo.

Por todas partes, la guerra se desencadena con furia en nuestras mismas fronteras. Se aproxima más y más. El adversario ha reunido todas sus fuerzas con miras al asalto final. No se trata de vencernos; se busca aplastarnos por completo. Se trata de deservir nuestro Reich, de borrar nuestro Weltanschauung, de subyugar al pueblo alemán, para castigarlo por su fe nacional-socialista. Nos hallamos en el último cuarto de hora.

La situación es grave, muy grave. Parece desesperada. Pudiéramos ceder a la fatiga, al agotamiento; dejarnos ir hundiendo en el descorazonamiento; y hasta perder la noción de las debilidades de nuestros enemigos. Esas debilidades, sin embargo, existen. Tenemos enfrente de nosotros a una coalición disparatada, reunida por el odio y los celos, cimentada en el pavor pánico que les inspira a todos esos judaizantes la doctrina nacionalsocialista.

La única probabilidad que nos queda, a nosotros, enfrente de ese magma informe, consiste en depender de nosotros mismos. En oponer a ese conjunto heteróclito un gran cuerpo exangüe, pero homogéneo, animado por el valor que ninguna adversidad logrará desmoronar. Un pueblo que resiste como resiste el pueblo alemán, no podría consumirse en un brasero de esa índole. Por el contrario, en él se forja una alma más inquebrantable, más intrépida que nunca. Cualesquiera que puedan ser, en el curso de los días por venir, nuestros reveses, el pueblo alemán encontrará en ellos nuevas fuerzas, y suceda lo que pudiere suceder en el futuro inmediato, conocerá amaneceres gloriosos.

La voluntad de exterminio que lleva a esa jauría de perros al festín de los despojos obliga nuestra respuesta, nos indica con claridad la vía que hemos de seguir, la única que nos queda. Debemos continuar la lucha con la rabia de la desesperación, sin volver el rostro atrás, siempre de frente al adversario, defendiendo paso a paso el suelo de la patria. De ese modo, mientras se siga luchando subsistirá la esperanza, y ello nos impide, pues, pensar en que los fuegos están arreglados de antemano. Y si, a pesar de toda, el destino quisiera que, en el curso de la historia, fuésemos una vez más aplastados por fuerzas superiores a las nuestras, que sea con la cabeza alta y con el sentimiento de que el honor del pueblo alemán ha permanecido sin mancha. Un combate desesperado lleva consigo, eternamente, un valor de ejemplo. ¡Que se acuerden de Leónidas y de sus trescientos espartanos! De todos modas, no cabe dentro de nuestro modo de ser el dejarnos degollar como corderas. Se nos exterminará, quizás, ¡pero sin llevarnos al matadero!

No, no existe jamás situación desesperada. ¡Cuántas veces, en la historia del pueblo alemán, se han producido reversiones imprevistas! Federico II se encontró arrinconado, durante la guerra de los Siete Años, expuesto a los peores extremos. Durante el curso del invierno de 1762, había decidido que si no se producía ningún cambio antes de tal día fijado por él, se entregaría en brazos de la muerte por medio del veneno. Ahora bien, algunos días antes de ese plaza, la Zarina murió inopinadamente, y la situación cambió de manera milagrosa. Al igual del gran Federico, nos enfrentamos can una coalición. Pues bien, una coalición no constituye una realidad estable. Una coalición no existe más que por la voluntad de

algunos hombres. Que desaparezca un Churchill, de repente, ¡y todo puede cambiar! La élite inglesa cobrará acaso conciencia del abismo que se abre ante ella; podría tender un sobresalto. ¡Esos ingleses, por los cuales hemos combatido indirectamente, y que serían los beneficiarios de nuestra victoria . . . ! Todavía podemos apoderarnos de la victoria al bote-pronto. i Ojalá se nos conceda el tiempo indispensable para esa acción. Porque se trata simplemente de no morir. Para el pueblo alemán, sería una victoria el simple hecho de seguir viviendo en la independencia. Eso bastarla para justificar esta guerra, la cual no hubiera sido entonces una guerra inútil. Por lo demás; ¡era ineluctable!: Los adversarios de la Alemania nacional-socialista me la habían impuesto desde Enero de 1933.

3

Las empresas coloniales agotan a los pueblos - Los nuevos mondas no son más que excrecencias del antiguo - Fracaso de los blancas - Materialismo, fanatismo, alcoholismo y sífilis - Hijos desnaturalizados - Una dirección única cara la expansión alemana: El este - Europa para los europeos - El rebastecimiento del Asia prolífica.

Cuartel General del Führer, 7 de Febrero de1945

Un pueblo que desee prosperar debe permanecer ligado a su tierra. Un hombre no debe jamás perder contacto con el suelo sobre el cual tuvo el privilegio de nacer. Sólo habrá de alejarse temporariamente y siempre con la idea de volver a él. Los ingleses, que por necesidad fueron colonizadores y, además, grandes colonizadores, se han conformado a esta regla generalmente.

De todos modos, considero importante para los continentales no extenderse más que a condición de que se asegure la continuidad del suelo entre el país conquistador y las regiones conquistadas. Esta necesidad de estar arraigado es propia de los continentales, sobre todo, y pienso que constituye una verdad para los alemanes en particular. Eso explica, sin duda, el que nosotros no hayamos poseído realmente la vocación colonial. Que se tome la antigüedad o la historia moderna, resulta visible que las empresas allende los mares no han hecho más que empobrecer a la larga a las naciones que se han dedicado a ellas. Todas se han desgastado en ellas. Todas, por una justa retribución de los acontecimientos, han acabado por sucumbir bajo el empuje de las fuerzas que habían suscitado o bien despertado. ¿Dónde hallar mejor ejemplo que el de los helenos?

Lo que es verdad para los griegos antiguos, también lo es para la época moderna y para los europeos. Es indudable que la concentración sobre uno mismo constituye para los pueblos una necesidad. Basta abarcar un periodo suficientemente amplio para descubrir en los hechos una confirmación de esta idea.

España, Francia e Inglaterra se han vuelto anémicas, desvitalizándose y vaciándose en sus empresas coloniales vanas. Los continentes a los que España e Inglaterra les dieron vida, que crearon pieza por pieza, han adquirido ahora una vida propia y resueltamente egoísta. Perdieron no sólo el recuerdo de sus orígenes, sino también su idioma. Sin embargo, son mundos fabricados a los cuales les falta una alma, una cultura, una civilización originales. Desde ese punto de vista., no vienen siendo otra cosa más que simples excrecencias. Se puede hablar del éxito de nuevas poblaciones en el caso de los continentes prácticamente inhabitados. Ello explica a los Estados Unidos de Norteamérica; ello explica a Australia. ¿Éxitos? Estamos de acuerdo. Pero únicamente sobre un plan material. Resultan construcciones artificiales, cuerpos sin edad, de los cuales se ignora si han sobrepasado la edad de la infancia o si han principiado a resentir la senilidad. En los continentes habitados, el fracaso fue todavía más notable. Allí los blancos no se han impuesto más que por la fuerza, y su acción sobre los habitantes fue casi nula. Los hindúes han seguido siendo hindúes; los chinos, chinos; los musulmanes, musulmanes. Ningunas transformaciones profundas, sobre el plano religioso menos que sobre los otros, y a pesar del esfuerzo gigantesco de las misiones cristianas. Muy raros son los casos de conversiones, y en ello casi siempre se

puede sospechar de su sinceridad, a menos que se trate de simples de espíritu. Los blancos, a pesar de todo, les han llevado algo a esos pueblos, lo peor que hubiesen podido llevarles, las llagas de este mundo nuestro: El materialismo, el fanatismo, el alcoholismo y la sífilis. Respecto a lo demás, por que esos pueblos poseían algo propio superior a lo que les podíamos dar, han permanecido siendo ellos mismos. Además, lo que se intentó por la fuerza produjo resultados todavía peores. La inteligencia nos ordenaría que nos abstuviésemos de emplear esfuerzos de esa naturaleza, cuando sabemos que resultarán vanos. Un solo éxito anotaremos al activo de los colonizadores: Han suscitado el odio en todas partes. Ese odio que empuja a todos esos pueblos, que nosotros despertamos, a arrojarnos lejos de ellos. ¡Hasta parece que sólo se despertaron para tal cosa!

¡Que se me diga si la colonización ha hecho aumentar el número de cristianos en el mundo! ¿En dónde están las conversiones en multitud que constituyen el éxito del Islam? Veo, aquí y allá, isletas de cristianos, que lo son de nombre, más que de hecho. !He ahí todo el éxito de esa magnífica religión cristiana, detentadora de la verdad suprema!

Si consideramos bien todo, la política colonial de Europa se salda por un fracaso completo. Tengo en cuenta un éxito aparente, y eso desde el punto de vista material: Quiero hablar de ese monstruo que lleva por nombre los Estados Unidos. ¡Y, verdaderamente, es un monstruo! En tanto que Europa -su madre- lucha desesperadamente para alejar de ella al peligro bolchevique, los Estados Unidos, guiados por ese judaizante de Roosevelt, no encuentran nada mejor por hacer sino poner toda su fabulosa potencia material al servicio de los bárbaros asiáticos que pretenden aplastarla. Por lo que toca a lo pasado, no podemos menos que expresar visible disgusto ante la idea de millones de buenos alemanes que se han expatriado a los Estados Unidos y que constituyen ahora la estructura misma de ese país. Pues bien, no tan sólo son alemanes perdidos para la madre patria; también se han convertido en enemigos; enemigos peores que los otros. El alemán expatriado; si conserva sus cualidades sobre un plano de seriedad y de trabajo, no tarda en perder su alma. ¡No hay nada más desnaturalizado que un alemán desnaturalizado!

Debemos de velar, en el porvenir, para que se impidan esas hemorragias de sangre alemana. Asimismo, hacia el este, siempre hacia el este, es hacia donde hemos de canalizar los desbordamientos de nuestra natalidad. Tal es la dirección indicada por la naturaleza para la expansión de los germanos. La dureza del clima que encuentran en esos lugares, les da a los nuestros la posibilidad de conservar sus cualidades de hombres duros. También les da, por efecto de las comparaciones que se imponen a su espíritu, la nostalgia de la madre patria.

Trasplantad a un alemán a Kiev; permanece un alemán perfecto. Trasplantadlo a Miami, y lo convertiréis en un degenerado absoluto: Es decir, en un norteamericano.

Si la política colonial no es una vocación alemana, ésa sería una razón para que Alemania no se sienta solidaria de los países que practican dicha política, y para que se abstenga en toda circunstancia de otorgarles su apoyo para esos fines. Deberíamos imponerle a Europa una doctrina de Monroe aplicable a Europa: "¡Europa para los europeos! ". Y eso significaría que los europeos no intervengan en los asuntos de los otros continentes.

Los descendientes de los convictos de Australia nos deben inspirar una indiferencia total. Si su vitalidad es insuficiente para permitirles aumentar con ritmo apropiado la densidad de su población, que no se dirijan a nosotros. Por mi parte, no veo ningún inconveniente en que el vacío de su continente atraiga el exceso del Asia prolífica. Que se las entiendan entre sí. Repito, insisto en que no es asunto nuestro.

4

"Había que arrastrar a Franco a la guerra" - Hemos colaborado a pesar nuestro a la victoria de los curas españoles - Decadencia irremediable de los países latinos - Era preciso ocupar Gibraltar.

Cuartel General del Führer, 10 de Febrero de 1945

Me he preguntado, a veces, si no cometimos un gran error cuando, en 1940, no hemos arrastrado a España a la guerra. Bastaba una nada para empujarla; pues, en suma, ardía en deseos de entrar, en seguida de los italianos, en el club de los vencedores.

Franco, evidentemente, consideraba que su intervención valía un precio elevado. Sin embargo, pienso que, a despecho del sabotaje sistemático de su cuñado jesuítico, hubiese aceptado acompañarnos en nuestra empresa en condiciones razonables: La promesa de algún pedacito de Francia para la satisfacción

de su orgullo, y un trozo substancial de Argelia para el interés material: Pero como España no podía aportarnos nada tangible, he juzgado que su intervención directa en el conflicto no era deseable. Por supuesto que ello nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Pero, por otra parte, constituía la certeza de añadirnos kilómetros de costas que defender sobre el Atlántico, desde San Sebastián hasta Cádiz. Y, suplementariamente, con esta consecuencia posible: La renovación de la guerra civil, suscitada por los ingleses. En esa forma, nos hubiésemos encontrado ligados a la vida y a la muerte de un régimen que, menos que nunca, goza de mi simpatía, ¡un régimen de acaparadores capitalistas maniobrados por la clerigalla! No le puedo perdonar a Franco el no haber sabido, en cuanto terminó la guerra civil, reconciliar a los españoles, el haber hecho a un lado a los falangistas, a quienes España debe la ayuda que le hemos prestado, y el haber tratado como a bandidos a los antiguos adversarios que estaban muy lejos de ser rojos todos. No es ninguna solución el poner fuera de la ley a la mitad de un país, mientras que una minoría de salteadores se enriquece a costa de todos . . . con la bendición del clero. Estoy seguro de que entre los presuntos rojos españoles había muy pocos comunistas. A nosotros nos han engañado, porque jamás hubiese yo aceptado, sabiendo de qué se trataba en realidad, que nuestros aviones sirvieran para aplastar a pobres muertos de hambre, y para restablecer en sus privilegios horribles a los curas españoles.

En suma, el mejor servicio que España podía prestarnos en este conflicto, ya nos lo ha prestado: Obrar de modo que la Península Ibérica quedara excluida de él. Ya era bastante con arrastrar la bala de cañón italiana. Sean cuales fueren las cualidades del soldado español, España, en su estado de impreparación y de desamparo, nos habría estorbado considerablemente, en lugar de ayudarnos.

Pienso que esta guerra ha establecido por lo menos una cosa, a saber: La decadencia irremediable de los países latinos. Nos han demostrado definitivamente que no están comprendida ya dentro de la carrera, que están descalificados; y que carecen por completo del derecho de opinar en el arreglo de los asuntos del mundo.

Lo más sencillo hubiese sido ir a ocupar el peñón de Gibraltar por nuestros comandos, con la complicidad de Franco, pero sin entrada en la guerra por parte suya. De seguro que Inglaterra no le hubiese declarado la guerra a España tomando esa ocupación como pretexto. Se hubiera considerado más que complacida con que permaneciese fuera de la beligerancia. En cuanto a nosotros, eso nos evitaba el riesgo de un desembarque británico efectuado sobre las costas de Portugal.

5

El problema judío planteado de modo realista - El extranjero inasimilable - Una guerra típicamente judía - El fin del judío vergonzante y el advenimiento del judío glorioso - El antisemitismo no desaparecerá más que con los judíos - Contra los odios de raza - Fracaso del mestizaje - Justo orgullo de los prusianos - Aticismo de los austriacos - El tipo del alemán moderno - Hablando con propiedad, no hay ninguna raza judía - Superioridad del espíritu sobre la carne! - Yo he sido leal con respecto a los judíos.

Cuartel General del Führer, 13 de Febrero de 1945

El mérito del nacional-socialismo consiste en que ha sido el primero en plantear el problema judío de modo realista.

Los judíos han suscitado siempre el antisemitismo. Los pueblos que no son judíos, en el transcurso de los siglos y desde los egipcios hasta nosotros, todos han reaccionado de la misma manera. Llega un momento en que se cansan de que los explote el judío abusivo. Resoplan y bufan como animales que se sacuden la gusanera.

Reaccionan brutalmente; acaban por rebelarse. Trátase de una reacción instintiva. Es una reacción de

xenofobia en relación con el extranjero que rehúsa adaptarse, fundirse; que se incrusta, que se impone y que nos explota. El judío es, por definición, el extranjero inadmisible y que además se niega a asimilar. Es lo que distingue al judío de los otros extranjeros: Pretende tener, en nuestra casa, los derechos de un miembro de la comunidad, y continuar siendo judío. Considera como algo que se le debe esta posibilidad de jugar simultáneamente sobre los dos tapetes, y es el único en el mundo que reivindica un privilegio tan exorbitante.

El nacional-socialismo ha planteado el problema judío sobre el plan de los hechos, denunciando la voluntad de dominación de los judíos; iniciando ataques en contra de ellos sistemáticamente, en todos los dominios; eliminándolos de todas las posiciones usurpadas por ellos; persiguiéndolos por todas partes con la voluntad bien establecida de lavar al mundo alemán del veneno judío. Para nosotros se ha tratado de una cura de desintoxicación indispensable, llevada a cabo hasta el último límite, sin lo cual todos nosotros hubiéramos sido asfixiados y sumergidos.

Una vez que esta operación tuviera éxito en Alemania, contábamos con probabilidades de que se convirtiera en la mancha de aceite. Eso hubiese sido hasta fatal, porque resulta de toda normalidad que la salud triunfe de la enfermedad. Los judíos, desde luego, cobraron conciencia de tal riesgo, y tal es la razón por la cual se decidieron a jugarse el todo por el todo en la lucha a muerte que nos declararon a nosotros. Les era indispensable abatir al nacional-socialismo, sin importarles el precio que se pagara: Aunque se destruyera el planeta. Nunca ninguna guerra ha sido tan típicamente judía como ésta; ni tampoco, tan exclusivamente, una guerra judía.

En todo caso, los he obligado a arrojar por tierra el antifaz. Y aun cuando nuestra empresa se salde por un fracaso, este mismo fracaso no podrá ser más que provisional. Por mi parte, yo le habré abierto al mundo los ojos sobre la realidad judía.

Una de las consecuencias de nuestra actitud resulta ser que hemos vuelto agresivos a los judíos. Ahora bien, en esa forma serán menos peligrosos que bajo la apariencia de su estado hipócrita. Vale cien veces más el judío que confiesa su raza que el judío vergonzante que pretende no diferir de nosotros sino en la religión. Si yo gano esta guerra, le pongo un término a la potencia judía en el mundo, la hiero de muerte. Si pierdo esta guerra, tal cosa tampoco asegura su triunfo; porque ellos perderán la cabeza. Aumentarán su arrogancia a tal punto que provocarán, por ello mismo, el choque de retroceso. Continuarán, por supuesto y así está entendido, apostando en los dos tapetes, reivindicando en todos los países las ventajas de los nacionales, sin renunciar al orgullo de proseguir siendo, por añadidura, miembros de la raza elegida. Será el fin del judío vergonzante, al que reemplazará el judío glorioso -tan apestoso como el otro, ¡si no más!-. De modo que el antisemitismo no podrá desaparecer, supuesto que los mismos judíos lo alimentarán y reanimarán sin cesar. Sería necesario que desapareciese la causa, para que desapareciera la reacción de defensa. Podemos poner toda nuestra confianza en los judíos. ¡El antisemitismo no desaparecerá más ve con ellos!

Una vez que dijimos esto, fuera de todo sentimiento de odio racial, no sería de desearse para ninguna raza que se mezclase con otras razas. El mestizaje sistemático no ha dado nunca jamás buenos resultados, y eso sin negar algunos éxitos fortuitos. Prueba de vitalidad, prueba de salud por parte de una raza es el deseo de conservarse pura. A mayor abundamiento, es normal que cada uno experimente el orgullo de su raza, y ello no implica desprecio alguno con respecto a las otras. Yo no he pensado nunca que un chino o un japonés fuesen inferiores nuestros. Pertenecen a viejas civilizaciones, y acepto hasta que su pasado sea superior al nuestro.

Les concedo toda la razón de sentirse orgullosos de él, como nosotros estamos orgullosos de la civilización a la cual pertenecernos. Llego hasta a pensar que; cuanto más orgullosos continúen siendo de su raza los chinos y los japoneses, con mayor facilidad me podré entender con ellos.

Este orgullo, basado sobre el hecho de pertenecer a una raza, no existe fundamentalmente en el alemán. Esto se explica por estos tres últimos siglos de divisiones internas, por las guerras de religión, por las influencias extranjeras que ha resentido, por la influencia del cristianismo, porque el cristianismo no es una religión natural a los alemanes, es una religión importada y que no corresponde a su genio propio. El orgullo de la raza, en el alemán, cuando se manifiesta y adopta hasta un aire agresivo, no es más que una reacción compensadora del complejo de inferioridad que padecen muchos alemanes. Ni necesidad hay de explicar que eso no se aplica a los prusianos. Ellos, desde la época del gran Federico, han adquirido ese orgullo tranquilo y sencillo que es como el signo de las gentes que están seguras de sí mismas, y que son lo que son sin ostentación. Por el hecho mismo de las cualidades que les son propias, los prusianos eran capaces, y lo han demostrado, de realizar la unidad alemana. El nacional-socialismo ha intentado darles a todos los alemanes ese orgullo, de inculcárselo, y el cual constituía hasta ahora la característica de los prusianos únicamente.

Los austriacos llevan en la sangre un orgullo análogo al de los prusianos, nacido del hecho de que, durante siglos, no han sido dominados por otros pueblos, y que, por el contrario, hayan sido ellos los que durante un periodo muy largo conservaran el mando y a quienes se obedecía. Han acumulado la experiencia que otorga el dominio y el poder, y en eso es en donde necesitamos ver la razón del aticismo que nadie les disputa.

El nacional-socialismo fundirá en su crisol todas las particularidades del alma alemana. De allí saldrá el tipo del alemán moderno, trabajador, concienzudo, seguro de sí, pero sencillo, orgulloso, no de lo que representa a título individual, sino de que pertenece a un gran conjunto que provocará la admiración de los otros pueblos.

Este sentimiento de superioridad, por el solo hecho de ser alemán, no implica ningún deseo de aplastamiento en relación con los otros. A veces, hemos exaltado ese sentimiento con cierta exageración; pero tal cosa era indispensable en función del punto de partida, y se necesitaba que empujáramos a los alemanes un poco brutalmente en la buena vía. Un exceso en un sentido provoca, casi siempre, un exceso del sentido contrario.

Ello está en la naturaleza de las cosas. Todo lo cual, a mayor abundamiento, no se podría llevar a cabo en un solo día. Requiere el lento trabajo del tiempo. Federico el Grande es el verdadero creador del tipo prusiano. En realidad, se han necesitado dos o tres generaciones para encarnar a ese tipo, para que el estilo prusiano se convierta en carácter propio de cada prusiano.

Nuestro racismo no es agresivo más que por lo que respecto a la raza judía. Hablamos de una raza judía por simple comodidad de lenguaje, porque no existe, si hemos de expresarnos de modo exacto, y desde el punto de vista de la genética, una raza judía. A pesar de todo, existe una realidad de hecho a la cual, sin el menor titubeo, se le puede conceder esta denominación y la cual está admitida hasta por los mismos judíos. Trátase de la existencia de un grupo humano espiritualmente homogéneo, del cual los judíos de todas partes del mundo poseen la conciencia de formar parte, cualesquiera que sean los países cuyos ciudadanos sean desde el punto de vista administrativo. A ese grupo humano es al que llamamos la raza judía. Ahora bien, no se trata de ninguna manera de una comunidad religiosa, ni de un lazo constituido por pertenecer a una religión común, aun cuando la religión hebraica les sirva de pretexto.

La raza judía, antes que todo, es una raza mental. Aunque tenga por origen la religión hebraica, aunque haya sido en parte modelada por ella, no es, a pesar de ello, de esencia puramente religiosa; porque engloba del mismo modo a los ateos determinados que a los practicantes sinceros. A lo anterior, hemos de añadirá el lazo constituido por las persecuciones padecidas en el curso de los siglos; pero acerca de las cuales los judíos olvidan siempre que ellos mismos son los que no han cesado de provocarlas. Antropológicamente, los judíos no reúnen los caracteres que harían ele ellos una raza única. Sin embargo, es indudable que cada judío conserva en sus venas algunas gotas de sangre específicamente judía. De otra manera, sería imposible: Explicar la permanencia, en todos ella, de ciertas características físicas que les pertenecen por sello propio, y que hallamos invariablemente en tipos judaicos muy distintos; por ejemplo, en los polacos y en el judía marroquí: Su nariz indecente, sus ventanillas viciosas, etc. Y esto no parece que se pueda explicar por la índole de villa, que llevan, siempre muy semejantes; de generación en generación, en los ghettos principalmente. Una raza mental, he ahí algo mucho más sólido, mucho más durable, que . una raza, sin más ni más.

Transplantemos a un alemán a los Estados Unidos, y lograremos hacer a un norteamericano. El judío, por dondequiera que vaya, permanece siendo un judío. Es un ser inasimilable por naturaleza. Y precisamente, este carácter mismo, el que lo convierte en impropio para la asimilación, es el que define su raza. ¡He ahí una prueba de la superioridad del espíritu sobre la carne!

Su ascensión relampagueante, en el transcurso del siglo xlx, les ha dado a los judíos el sentimiento de su poder, y los ha incitado a quitarse la careta. De esa roa riera, buena suerte para nosotros es el poderlos combatir en su calidad de judíos confesos y agresivamente orgullosos de serlo: Supuesta la credulidad del pueblo alemán; no podemos menos que felicitarnos de este acceso de sinceridad de parte de nuestros enemigos mortales.

Me he mostrado leal hacia los judíos; les di; en vísperas de la guerra, un último aviso. Les previne que, si precipitaban de nuevo al mundo a una guerra, no se les perdonaría en esta ocasión: Que exterminaríamos definitivamente esa gusanera de Europa. A esta. advertencia mía contestaron con una declaración de guerra, afirmando que en dondequiera que hubiese un judío habría, por definición, un enemigo inexpiable de la Alemania nacional-socialista.

Hemos reventado si absceso judío, como a todos los otros. El mundo futuro nos quedará reconocido eternamente.

6

Demasiado temprano o demasiado tarde - El tiempo nos falta porque nos falta el espacia - Un estado revolucionario emprende una política de pequeño burgués - Equivocación respecto a la colaboración can Francia - Debíamos haber emancipado al proletariado francés y liberado a las colonias francesas - Yo tenía toda la razón en Mein Kampf

Cuartel General del Führer, 14 de Febrero de 1945

La fatalidad de esta guerra consiste en que para Alemania comenzó a la vez demasiado pronto y algo, también, demasiado tarde. Desde el punto de vista militar, nuestro interés radicaba en que principiase un año más pronto. Debí haber tomado la iniciativa en el 38, en lugar de dejármela imponer en 1939, supuesto que, de todos modos, era ineluctable. Pero no pude hacer nada, pues los ingleses y los franceses ¡aceptaron en Munich todas mis exigencias!

En lo que respecto a lo inmediato, fue un poco demasiado tarde 1. Pero, desde el punto de vista de nuestra preparación moral, fue demasiado pronto. No había tenido tiempo todavía para formar a los hombres de mi política. Hubiera necesitado veinte años para lograr la madurez de esa nueva élite, esa élite de jóvenes que se hubiesen bañado desde la infancia en la filosofía nacional-socialista. Nuestro drama, el nuestro, el de los alemanes, se condensa en que nunca tenemos tiempo. Todas las circunstancias nos aguijan. Y si el tiempo nos falta hasta ese punto, es porque, ante todo, nos falta el espacio. Los rusos, dentro de sus vastas extensiones, pueden permitirse el lujo de no apresurarse nunca. El tiempo trabaja para ellos. Trabaja contra nosotros. Por otra parte, aun en el caso de suponer que la Providencia me hubiese concedido una existencia personal lo bastante larga como para conducir a mi pueblo al grado de desarrollo necesario por la senda del nacionalsocialismo, de seguro que los adversarios de Alemania no lo hubiesen permitido. Hubieran intentado destruirnos antes de que una Alemania, cimentada por una fe unánime, nacional-socialista de corazón y de espíritu, se hubiese convertido en invencible.

A defecto de hombres formados según nuestro ideal, ha sido preciso que nos sirviéramos de hombres tal como existían. ¡Y eso se ve en el resultado! Por el hecho mismo de ese divorcio entre la concepción y la realización, la política de guerra de un estado revolucionario como el Tercer Reich se convirtió, por la fuerza de las cosas, en una política de pequeños burgueses reaccionarios. Nuestros generales y nuestros diplomáticos, con algunas raras excepciones, son hombres de otros tiempos. Lo cual es verdadero tanto en los que nos sirven de buena voluntad como en los otros. Unos nos sirven mal, por incapacidad o por simple falta de entusiasmo; los otros por voluntad deliberada de sabotaje.

El error de nuestra política fue más completo en lo que respecto a Francia. No había por qué colaborar con ellos. Abetz se ha creído original convirtiéndose en el campeón de esta idea, y empujándonos por esa vía.

Creíase muy avanzado de los hechos, y en realidad estaba retrasado. Se figuró que nos la teníamos que

ver con la Francia de Napoleón; es decir, con una nación capaz de comprender y apreciar el alcance de un gesto noble. Omitió ver lo que sucede; es decir, que Francia, en el transcurso de cien años, ha cambiado de rostro.

Se le ha transformado en el de una prostituta. Francia es una vieja puta que no ha cesado de engañarnos, de burlarse de nosotros y de chantajearnos.

Nuestro deber consistía en liberar a la clase obrera, en ayudarles a los obreros de Francia a que llevaran a cabo su revolución. Necesitábase zarandear implacablemente a una burguesía de fósiles, desprovista de alma como está desprovista de patriotismo. ¡He ahí a los amigos que nuestros genios de la Wilhelmstrasse nos han deparado en Francia, solamente pequeños calculistas, que se pusieron a amarnos mucho cuando concibieron la idea de que nosotros ocupábamos a su país para defenderles las cajas fuertes, y que estaban muy decididos a traicionarnos en cuanto se presentara la primera ocasión, con tal de poderlo hacer sin riesgos de ninguna clase!

Por lo que respecto a las colonias francesas, no hemos sido menos estúpidos. ¡Siempre la obra de nuestros genios de la Wilhelmstrasse! Diplomáticos de estilo clásico, militares del antiguo régimen, ennoblecidos, ¡he ahí a los auxiliares que teníamos para hacer una revolución a escala de Europa entera! Nos obligaron a conducir la guerra como si se tratase del siglo xlx. A ningún precio debimos de jugar la carta francesa en contra de los pueblos que soportaban el yugo de Francia. Deberíamos, por el contrario, de ayudarlos a libertarse de esa tutela, y, en caso necesario, hasta de empujarlos en tal sentido. Nada nos impedía, en 1940, efectuar este gesto en el Cercano Oriente y en África del Norte. Pues bien, nuestra diplomacia se dedicó a consolidar el poder de los franceses lo mismo en Siria que en Túnez, en Argelia como en Marruecos. Nuestros gentlemen preferían, por supuesto, mantener relaciones con franceses distinguidos, más bien que con revolucionarios hirsutos; con oficiales de fuete en mano, que no pensaban más que en traicionarnos, y no con los árabes, que hubiesen sido nuestros compañeros leales. Vamos, el cálculo de esos maquiavelos de profesión no se me escapa. ¡Conocían su oficio; cuentan con tradiciones! No han pensado más que en la magnífica jugada que les hacían a los ingleses, porque todavía siguen pensando en el famoso antagonismo tradicional que oponen los franceses a los ingleses desde un punto de vista colonial. Es precisamente lo que yo decía: ¡se creen siempre bajo el reinado de Guillermo II, y en el mundo de la Reina Victoria, en el de los aguzados que se llamaban Delcassé y Poincaré!

Ahora bien, tal antagonismo ha dejado de ser fundamental. Es más apariencia que realidad, y sólo porque entre nuestros adversarios también existen aún diplomáticos de la vieja escuela. En realidad, Inglaterra y Francia son asociados que juegan su juego personal con encarnizamiento, que no reculan jamás ante cualesquier malicias hechas a la amistad, pero que se reúnen siempre a la hora del peligro. El odio tenaz del francés con respecto al alemán tiene algo de sumamente profundo, algo diferente. Hay en ello para nosotros una gran lección que hemos de recordar.

De dos cosas, una representaba Francia. O bien abandonaba a su aliada, a Inglaterra, y, en ese caso, no presentaba ningún interés para nosotros más que como aliada eventual, porque es seguro que nos hubiese abandonado del mismo modo, a la primera ocasión. O bien, lo único que hacía era simular por agudeza y habilidad ese cambio de aliado, y entonces se presentaba a nuestra vista como más temible. Se han tenido, por parte nuestra, sueños absolutamente ridículos en lo tocante a ese país. No había en este asunto más que una fórmula verdaderamente deseable: Adoptar, con respecto a Francia, una política de rigurosa desconfianza. Sí, sé que yo no me he equivocado en lo que se refiere a Francia. Dije en Mein Kampf con verdadera clarividencia, lo que necesitábamos pensar. Y sé muy bien por qué, a pesar de cuantas solicitudes me pudieron hacer, no he aceptado nunca cambiar ni una tilde de mis conceptos de hace veinte años.

La decisión más grave de esta guerra - Ninguna posibilidad de paz con los ingleses, antes de haber aniquilado al ejército rojo - El tiempo trabaja en contra nuestra - El chantaje de Stalin - Arreglo de la cuenta rusa en los primeros días buenos.

Cuartel General del Führer, 15 de Febrero de 1945

Ninguna decisión más grave hube de tomar, en el curso de esta guerra, que la de atacar a Rusia. Siempre había estado diciendo que deberíamos de evitar la guerra en dos frentes, y ninguna persona puede dudar, por otra parte, que yo haya meditado más que nadie sobre la experiencia rusa de Napoleón. Entonces, ¿por qué esta guerra en contra de Rusia, y por qué en la fecha que escogí?

Ya habíamos perdido la esperanza de ponerle fin a la guerra con una invasión de éxito en Inglaterra. Ahora bien, este país, conducido por unos jefes estúpidos, se hubiera negado a aceptar nuestra hegemonía en Europa y a celebrar con nosotros una paz blanca; mientras hubiese subsistido en el continente una gran potencia fundamentalmente hostil Reich. La guerra debería entonces eternizarse, una guerra en la cual, tras los ingleses, los norteamericanos participarían cada vez con mayor actividad. La importancia del potencial representado por los Estados Unidos, el progreso incesante realizado en los armamentos - por nuestros adversarios al mismo tiempo que por nosotros-, la proximidad de las costas inglesas, todo eso significaba que nosotros no podíamos empecinarnos, razonablemente, en una guerra de larga - duración. Porque el tiempo - ¡siernpre el tiempo! - debería encarnizarse cada vez más en contra nuestra. Para decidir a los ingleses a terminar, para obligarlos a concertar la paz, se necesitaba, pues, quitarles la esperanza de oponernos sobre el continente a un adversario de nuestra talla, o dicho con otras palabras; al ejército rojo. No teníamos en dónde escoger; para nosotros era una obligación ineluctable eliminar del tablero europeo al factor ruso. Para ello contábamos con otra razón, la segunda, tan valiosa como la anterior, y que podía bastar por sí misma: Si inmenso peligro que Rusia representaba para nosotros por el simple hecho de existir. En efecto, era fatal que algún día nos atacara.

Nuestra probabilidad de vencer a Rusia, la única, consistía en tomarle la delantera, porque la idea de una guerra defensiva en contra de los rusos resultaba insostenible. Nosotros no podíamos ofrecerle al ejército rojo la ventaja del terreno; prestarle nuestras supercarreteras para el ímpetu de sus máquinas de guerra invasoras, nuestros caminos de hierro para transportar a sus tropas y su material. Podíamos vencerlos en su casa, habiendo tornado nosotros mismos la iniciativa de las operaciones, en sus cenagales y pantanos; pero no sobre el suelo de un país civilizado como el nuestro. No hubiera sido más que prepararles un trampolín para que saltaran sobre Europa y la arrasaran.

¿Por qué en 1941? Porque era preciso tardarnos lo menos posible, y tardar tanto menos cuanto que, en el oeste, nuestros adversarios no cesaban de acrecentar su potencia: Por otra parte, Stalin mismo no permanecía inactivo. Sobre los dos frentes, el tiempo trabajaba en contra nuestra. La pregunta no es, por lo tanto, "¿Por qué ya el 22 de Junio de 1941?", sino "¿Por qué no más antes?". Sin las dificultades creadas por los italianos con su campaña idiota de Grecia, yo hubiese atacado a los rusos algunas semanas más pronto. El problema fue para nosotros el inmovilizarlos el mayor tiempo posible. Mi verdadera pesadilla, durante el curso de las últimas semanas, me la produjo el temor de que Stalin me tomase la delantera, privándome de la iniciativa.

Otra razón todavía era que las materias primas retenidas por los rusos nos eran absolutamente indispensables.

A pesar de sus compromisos, demoraban sus entregas cada vez más, y podían interrumpirse por completo de un dio al otro. Lo que iban a dejar de entregarnos de buena voluntad, era preciso que nosotros fuésemos a apoderarnos por nosotros mismos, y por la fuerza. Tomé mi decisión inmediatamente después de la visita de Molotov a Berlín, en Noviembre, porque sabía desde entonces que, en un plazo más o menos breve, Stalin nos abandonaría para pasarse a los del campo enemigo. ¿Ganar tiempo con el fin de estar mejor preparados? No, porque eso nos haría perder la iniciativa. Y, ¡no, todavía más!, porque el precario respiro que nos hubiéramos asegurado, habría sido necesario pagarlo excesivamente caro. Hubiera significado ceder al chantaje de los bolcheviques en lo que respecto a Finlandia, a Rumania, a Bulgaria y a Turquía. Ahora bien, ello estaba por completo fuera de la cuestión. No le correspondía como papel al Tercer Reich, defensor y protector de Europa, sacrificar a esos países amigos sobre el altar del comunismo. Semejante comportamiento nos hubiera deshonrado, y, por otra parte, hubiésemos recibido nuestro castigo por ese acto. Habría sido un cálculo muy miserable desde el punto de vista de la moral, así como del de la estrategia. Hiciéramos lo que hiciésemos, la guerra con Rusia no dejaba de presentarse

como inevitable, y corríamos el riesgo suplementario de emprenderla en las condiciones más desastrosas.

Había decidido, inmediatamente después de la partida de Molotov, que les arreglaríamos las cuentas a los rusos en cuanto aparecieran los primeros días buenos y favorables.

8

Un pueblo que, por instinto, no gusta de las empresas coloniales - Luisiana y México.

Cuartel General del Führer, 15 de Febrero de 1945

Hemos faltado a nuestro deber y desconocido nuestros intereses al no liberar, desde 1940, al proletariado francés. Del mismo modo, al no liberar a los protectorados franceses de allende el mar.

El pueblo de Francia no nos hubiese tomado a mal, con seguridad, el que lo descargásemos del fardo del Imperio. En ese dominio, el pueblo de aquel país siempre ha manifestado mejor sentido común que sus supuestas élites. Mejor que sus élites posee el instinto del verdadero interés de la nación. Bajo Luis XV, al igual que bajo Jules Ferry, se ha rebelado en contra de lo absurdo de las empresas coloniales. Nunca he sabido que Napoleón hubiese sido impopular por haber negociado con la Luisiana. Como punto contrario, ¡sorprende el desafecto que se ganó su incapaz sobrino, por emprender una guerra en México!

9

Ciertos franceses fueron europeos valerosos - El precio de la clarividencia y de la buena fe.

Cuartel General del Führer, 15 de Febrero de 1945

Nunca he amado ni a Francia ni a los franceses, y no he dejado de proclamarlo. Sin embargo, reconozco que hay entre ellos algunos hombres de valor. Resulta indudable, en el curso de estos últimos años, que muchos franceses han jugado con sinceridad completa y un gran valor la carta de Europa. Lo que prueba la buena fe de esos precursores, es el salvajismo con que sus propios compatriotas les han hecho pagar su clarividencia y su fe.

10

Uno de mis errores: Mi amistad por lo que respecto a Italia - Nuestro aliado italiano nos ha molestado casi en todas partes - Una política equivocada en lo que concierne al Islam - Fracasos deshonrosos de los italianos - Los italianos han contribuido a hacernos perder la guerra - La vida no perdona nunca a la debilidad.

Cuartel General del Führer; 17 de Febrero de 1945

Juzgando fríamente los acontecimientos, haciendo abstracción de todo sentimentalismo, debo reconocer que mi amistad indefectible hacia Italia y por el Duce podrían llevarse al debe de mi cuenta de errores. En efecto, es visible que la alianza italiana les ha prestado mayores servicios a nuestros enemigos que los prestados a nosotros mismos. La intervención de Italia, en realidad, no nos trajo más que una ayuda mínima en comparación con las dificultades numerosas que nos suscitó. ¡Contribuirá, si no la ganamos a pesar de todo, a hacernos perder la guerra!

El servicio más grande que Italia podía habernos prestado era permanecer alejada del conflicto. Esta abstención le hubiese valido, de nuestra parte, todos los sacrificios, todos los obsequios. Que se hubiera detenido en ese papel, y la habríamos colmado de favores. En caso de victoria, hubiésemos repartido con ella todas las ventajas y, además, la gloria. Hubiéramos colaborado, de todo corazón, a la creación del mito histórico de la supremacía de los italianos, hijos legítimos de los romanos. ¡Todo habría sido mejor y preferible y no tenerlos como combatientes a nuestro lado!

La intervención de Italia, en Junio del 40, para darle la coz del asno a un ejército francés en licuefacción, tuvo como único efecto el de opacar una victoria que nuestros derrotados habían ya aceptado deportivamente.

Francia reconocía que los ejércitos del Reich la habían vencido; pero no deseaba haberlo sido por el Eje.

Nuestro aliado italiano nos ha obstaculizado casi en todas partes. Eso fue lo que nos impidió, en África del Norte, por ejemplo, iniciar una política revolucionaria. Por la tuerza de las cosas, ese espacio se convertía en una exclusiva italiana, y en realidad, con ese titulo lo reivindicó el Duce. Nosotros, solos, hubiésemos podido emancipar a los países musulmanes dominados por Francia. Y eso habría tenido una resonancia enorme en Egipto y en el Cercano Oriente, subyugados por los ingleses. Por haber ligado nuestra suerte a la de los italianos, tal cosa se tornó en algo imposible como política. Todo el Islam vibraba con el anuncio de nuestras victorias. Los egipcios, los iraquenses y el Cercano Oriente se encontraban listos a sublevarse, todos juntos.

¿Qué podíamos hacer para ayudarlos, para empujarlos, en caso indispensable, como hubiera sido – nuestro interés y nuestro deber? La presencia a nuestro lado de los italianos nos paralizaba, y creaba un malestar entre nuestros amigos del Islam, porque no veían en nosotros más que a cómplices, voluntarios o no, de sus opresores. Ahora bien, los italianos, en esas regiones, son más odiados todavía que los franceses y los ingleses.

El recuerdo de las bárbaras represalias en aquellos países sigue aún viviente. Y, por otra parte, la pretensión ridícula del Duce de que se le considere como la Espada del Islam conserva el eco de la enorme carcajada burlona que provocó antes de la guerra. Este título, que conviene a Mahoma y a un gran conquistador como Omar, se lo hizo proclamar Mussolini por unos pobres diablos a quienes había pagado o aterrorizado. Había una estupenda política por emprenderse con respecto al Islam. ¡Se nos echó a perder!, como tantas otras cosas que se nos echaron a perder, ¡por fidelidad a la alianza italianal!

Los italianos, pues, sobre ese teatro de operaciones, nos han impedido jugar una de nuestras mejores cartas: La que consistía en emancipar a todos los protegidos franceses y en sublevar a los países oprimidos por los británicos. Dicha política hubiese despertado el entusiasmo en todo el Islam. En efecto, tal es una de las particularidades del mundo musulmán, que 1ó que toca a unos, para bien o para mal, lo resienten todos los otros, desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico.

En el plano moral, el efecto de nuestra política se convirtió en problema desastroso. Por una parte, hemos herido, sin ventaja alguna para nosotros, el amor propio de los franceses. Por la otra; eso nos ha obligado a mantener la dominación ejercida por ellos en su Imperio, debido al simple temor de que el contagio se extendiese al África del Norte italiano, y que ésta no reivindicase de igual manera su independencia. Puedo decir con toda razón que este resultado es desastroso porque, ahora, todos esos territorios se encuentran ocupados por los anglo-norteamericanos. Nuestra absurda política. hasta les permitió a los ingleses, ¡los hipócritas!, aparecer como libertadores en Siria, en la Cirenaica y Tripolitania.

Desde el punto de vista puramente militar, ¡vaya si eso deja de ser brillante! La entrada de Italia en la guerra les aseguró a nuestros adversarios, casi de manera inmediata, sus primeras victorias, lo que le permitió a Churchill reanimarles el valor a sus compatriotas, devolviéndoles las esperanzas a todos los anglófilos a través del mundo entero. Aunque incapaces ya de sostenerse en Abisinia y en la Cirenaica, los italianos tuvieron el aplomo, sin preguntarnos nuestra opinión y hasta sin avisárnoslo, de arrojarse a una campaña inútil en absoluto en contra de Grecia. Sus fracasos tan deshonrosos han suscitado, en contra nuestra, el odio burlón de ciertos balcánicos. En eso, y no en otra cosa, es en donde hay que buscar las causas de la resistencia de los yugoslavos, y la voltereta en la primavera de 1941. Y, por supuesto, ello nos condujo, en desacuerdo con todos nuestros proyectos, a intervenir en los Balcanes, de donde resultó el retardo catastrófico en el desencadenamiento de la guerra en contra de Rusia. En esos sitios mellamos algunas de nuestras mejores divisiones. Por último, nos obligó asimismo a ocupar territorios inmensos para los cuales, sin tal causa, no se hubiesen necesitado nuestras tropas. Los países balcánicos se hubiesen amurallado en una neutralidad benevolente hacia nosotros. En cuanto a nuestros

paracaidistas, ¡hubiera preferido yo dejarlos caer sobre Gibraltar más bien que sobre Corinto o sobre Creta! ¡Ah, si los italianos se hubiesen mantenido alejados de la guerra! ¡Si hubieran permanecido en estado de nobeligerancia!

Con el supuesto de la amistad y los intereses que nos ligan, ¡qué valor tan grande hubiese tenido su comportamiento para nosotros! Hasta los mismos Aliados se habrían regocijado, porque, aun cuando no tuvieran una idea muy elevada de la potencia militar de Italia, no hubiesen podido creer en semejante debilidad por parte suya. Habrían considerado como una suerte estupenda neutralizar la fuerza que les atribuían. Pero, como tampoco podían tenerle mucha confianza, tal duda los hubiera obligado a inmovilizar cuerpos de tropas numerosísimos en sus cercanías, con la mira de atajar el riesgo de una intervención siempre amenazante, siempre posible, si es que no probable. Eso representaba para nosotros un gran número de soldados británicos inmovilizados, sin beneficiarse con ninguna experiencia de la guerra, ni con la de algunas victorias: En resumen, una especie de "guerra curiosa y extraña" que se habría prolongado para beneficio nuestro únicamente.

Una guerra que dura beneficia al adversario en la medida en que le permite aguerrirse. Siempre abrigué la esperanza de dirigir esta guerra sin darle al adversario ni la oportunidad, ni el tiempo de aprender nada en lo absoluto del arte de combatir. Tal fue el resultado que hemos obtenido en Polonia, en Escandinavia, en, Holanda, en Bélgica y en Francia: Victorias rápidas con pérdidas mínimas por una y otra parte; victorias netas y limpias, que llevaban consiga, sin embargo, el aniquilamiento de nuestros adversarios.

Si la guerra se hubiese quedado como guerra manejada por Alemania, y no por el Eje, habríamos podido atacar a Rusia desde el 15 de Mayo de 1941. Fortalecidos por no tener en nuestro activo más que victorias totales e indiscutibles, podíamos terminar la campaña antes del invierno.¡Todo cambiaba!

Por reconocimiento (porque no puedo olvidar la actitud del Duce en el momento del Anschluss), siempre me he abstenido de criticar y de juzgar a Italia. Por el contrario, siempre me he dedicado a tratarla como a igual. Las leyes de la vida nos muestran desgraciadamente que es un error tratar de igual a igual a los que no son en realidad nuestros iguales. El Duce era mi igual. Quizás hasta me fuera superior desde el punto de vista de sus ambiciones con respecto a su pueblo. Pero lo que cuenta no son las ambiciones, sino las hechos. Nosotros, los alemanes, hemos de recordar siempre que, en casos semejantes, nos está mucho mejor la soledad. Nada tenemos que ganar y sí que perder todo, ligándonos estrechamente con elementos débiles y escogiendo, a mayor abundamiento, socios que han suministrado pruebas frecuentes de su versatilidad. A menudo he manifestado que allí donde se encuentra Italia está la victoria. ¡Debería haber dicho que en donde se encuentra la victoria, allí exactamente encontramos a Italia!

Mi apego a la persona del Duce no ha cambiado, ni mi amistad instintiva por el pueblo italiano. Pero lamento mucho no haber escuchado a la razón que me ordenaba una amistad brutal con respecto a Italia. La debí haber manifestado, asimismo, en interés propio y personal del Duce como del de su pueblo. Sé con toda certeza que no me hubiese perdonado esta actitud; sé que me hubiera ofendido, ofuscado: Pero por causa de mi mansedumbre, ocurrieron cosas que no debieron haber pasado, cosas que no eran fatales. ¡La vida no perdona nunca a la debilidad!

11

Un pretexto a o para Roosevelt - Nada podía impedir la entrada en la guerra de los Estados Unidos – La obsesión del peligro amarillo - Solidaridad con los japoneses.

Cuartel General del Führer, 18 de Febrero de 1945

La intervención del Japón en la guerra no oscurece en absoluto con sus sombras nuestro punto de vista, por más que sea evidente que los japoneses le hayan suministrado a Roosevelt, de esa manera, un

pretexto para lanzar a los Estados Unidos en contra nuestra. Pero Roosevelt, empujado por la judería, se hallaba por completo decidido a entrar en la guerra para aniquilar al nacional-socialismo, y no tenía ninguna necesidad de que le suministrasen un pretexto. Cualesquier pretextos indispensables para vencer la resistencia de sus aislacionistas, él poseía toda la capacidad para fabricarlos por sí mismo. Una falsedad más no lo hubiese molestado en lo más mínimo.

¡Seguro que la amplitud del desastre de Pearl Harbor sí que fue una estupenda suerte para él! Era exactamente lo que necesitaba para arrastrar a sus conciudadanos a la guerra total, y para aniquilar en su país la oposición de los últimos que resistieran. Hizo cuanto pudo para provocar a los japoneses. Fue una nueva edición, en una escala más vasta, de la maniobra que le produjo tan buen éxito a Wilson en el transcurso de la primera guerra mundial: El torpedeo del Lusitania, provocado diabólicamente, preparó el estado sicológico de los norteamericanos para entrar en la guerra en contra de Alemania. Si la intervención de los norteamericanos no pudo ser evitada en 1917, resulta obvio y evidente que veinticinco años más tarde dicha intervención se hallaba inscrita en la lógica de los acontecimientos. Era absolutamente ineluctable.

No fue sino hasta 1915 cuando la judería mundial decidió apostar a fondo y en total sobre los Aliados. Pero en nuestro caso, ya en 1933, desde el nacimiento del Tercer Reich, la misma judería nos declaró tácitamente la guerra: Ahora bien, la influencia de los judíos no ha hecho más que crecer en los Estados Unidos en el transcurso de este último cuarto de siglo. La entrada de los Estados Unidos en la guerra, siendo fatal, a nosotros nos tocó una suerte estupenda; inapreciable, el que del mismo golpe se alineara de nuestro lado un aliado del valor del Japón. También fue una suerte del mismo orden para los judíos. En ella encontraron ocasión, tan largamente esperada en su fuero interno, de implicar directamente a los Estados Unidos en su guerra; y lograrlo fue, en realidad, un golpe maestro por parte suya, obteniendo la unanimidad de los norteamericanos. Éstos, tras sus desilusiones de 1919, manifestaban muy pocos deseos de intervenir de nuevo en una guerra europea. Como desquite de ello, se encontraban como nunca obsesionados por la idea del peligro amarillo. Cuando algo se atribuye a los judíos, se les atribuye también a los ricos, y entonces se les puede atribuir los designios más maquiavélicos. En vista de lo ocurrido, estoy certísimo de que han visto muy lejos, y que previeron la posibilidad de que tina potencia de raza blanca fuese la que destruyera a ese Imperio del Sol Naciente, convertido ya en una potencia mundial, y desde antes y siempre refractario a su contaminación.

Para nosotros, el Japón será siempre un aliado y un amigo. Esta guerra nos habrá enseñado a estimarlo y a respetarlo cada vez más. Debería incitarnos a estrechar los lazos que nos unen con él. Mucho es de lamentarse que los japoneses no hubiesen entrado en guerra en contra de Rusia, y el mismo día que nosotros. Si ése hubiera sido el caso, los ejércitos de Stalin no sitiarían a Breslau en este momento, ni acampanan en Budapest.

Hubiésemos liquidado al bolchevismo antes del invierno de 1941, y Roosevelt habría titubeado, con seguridad, para enfrentarse con adversarios de nuestra talla. Del mismo modo, podemos lamentarnos de que los japoneses no hubieran tomado a Singapur ya para 1940, inmediatamente después de la derrota de Francia.

Los Estados Unidos, en vísperas de una elección presidencial, se habrían hallado en la imposibilidad de intervenir. También ese aspecto constituyó una encrucijada de la guerra, y de las decisivas.

A pesar de todo los japoneses y nosotros permanecemos absolutamente solidarios. Venceremos juntos, o desapareceremos juntos. En el caso de que nosotros desapareciéramos primero, ¡no alcanzo a ver bien a los rusos que continúen utilizando el mito de la "solidaridad asiática" en favor de los japoneses!

Hubiera sido preciso ocupar Gibraltar en 1940 - Debilidad congénita de los países latinos - Los ingleses engañados por Francia - Malas comprensiones con el Duce - La funesta campaña de Grecia.

Cuartel General del Führer, 20 de Febrero de 1945

Debimos apoderarnos de Gibraltar en el estío de 1940, inmediatamente después del aniquilamiento de Francia, aprovechándonos a la vez del entusiasmo que ` habíamos despertado en España y del choque resentido por Inglaterra.

Pero la dificultad, en ese momento, habría sido el impedirle a España que entrase en la guerra a nuestro lado, del mismo modo que, algunas semanas antes, nos fue imposible oponernos a que Italia volase en auxilio de nuestra victoria.

Estos países latinos no nos acarrean buena suerte. Su petulancia está en proporción directa con su debilidad, y eso descompone todo el juego. No logramos detener a los italianos en sus deseos de brillar sobre los campos de batalla. Y a pesar de todo, estábamos muy bien dispuestos a concederles un certificado de heroísmo y los beneficios de la gloria militar, así como todas las ventajas de una guerra ganada; pero, ¡bajo la única y sencilla condición de que no participasen en ella! Por lo que respecto a los ingleses, a ellos su aliada latina los ha engañado aún más que a nosotros la nuestra.

Resulta evidente, en efecto, que Chamberlain no hubiera entrado en la guerra si se hubiese dado cuenta del grado de descomposición en que se encontraba Francia. Porque ésta debería, en el espíritu de los ingleses, soportar todo el peso de la guerra terrestre en el continente. Nada era más fácil para Chamberlain, tras haber derramado algunas lágrimas de cocodrilo sobre la suerte de Polonia, dejar que a ese país lo destazaran en piezas.

Los países latinos acumulan la debilidad material con la presunción más ridícula. Que se trate de la Italia amiga o de la Francia enemiga, sus debilidades comunes a ambas nos habrán sido fatales de igual manera. Las únicas malas interpretaciones que hayan existido entre el Duce y yo han tenido por origen las precauciones que me vi obligado a veces a tomar. A pesar de la confianza total que tenga en él, necesité dejarlo ignorar mis intenciones cada vez que alguna indiscreción hubiese podido perjudicar nuestros proyectos. Si yo tenía confianza en Mussolini, él la ponía, y grande, en Ciano, el cual carecía de secretos para las mujeres hermosas que mariposeaban en torno suyo. Gestamos obligados a saberlo! En cuanto a nuestros adversarios, pagaban por saber tales cosas, y a causa de todo ello muchos secretos llegaban hasta nuestros oídos.

Contaba, pues, con magníficas razones para no decirle todo al Duce. Muy de lamentarse es que no lo haya comprendido así, y que, por el contrario, me lo hubiera tenido a mal y me pagara en la misma moneda.

Decididamente, ¡los latinos nos resultan unos cargantes! Mientras que me dirigía a Montoire para dar mi autorización a una política ridícula de colaboración con Francia; después, a Hendaya, para padecer el beso de un amigo traidor y falso, un tercer latino (y éste siendo mi amigo) se aprovechaba del hecho de que yo estuviera ocupado en otra parte para poner en movimiento su funesta campaña en contra de Grecia.

13

La necesidad de la paz para consolidar al Tercer Reich - El hombre abstracto y las doctrinas utopistas – El nacional-socialismo es una doctrina realista, valedera únicamente cara Alemania - La guerra, si hubiese estallado en 1938, habría sido una guerra localizada - Lo que hubiera pasado - Doble golpe para los occidentales.

Cuartel General del Führer, 21 de Febrero de 1945

Nosotros teníamos necesidad de la paz para edificar nuestra obra. Yo siempre he querido la paz. Se nos ha aculado a la guerra, imponiéndonosla por la voluntad de nuestros adversarios. Y, virtualmente, la amenaza de guerra existía desde el mes de Enero de 1933, después de la toma de posesión del poder.

Por una parte están los judíos, y todos aquéllos que, de modo espontáneo, les siguen los pasos. Por otra, los que adoptan en política una perspectiva realista de las cosas. Eso representa en el mundo, durante todo el curso de la historia, a dos familias de espíritus absolutamente inconciliables.

Hay, de un lado, todos aquellos que desean la felicidad de un hombre abstracto, que persiguen la quimera de una fórmula de alcance universal. Del otro están los realistas. El partido nacional-socialista no se

interesa más que por la humanidad alemana, sólo busca la felicidad del hombre alemán.

Los universalistas, los idealistas, los utopistas, apuntan demasiado alto. Al prometer un paraíso inaccesible, engañan a todo el mundo. Sea cual fuere su marbete, si toman el nombre de cristianos, de comunistas, de humanitarios; si son sinceros y estúpidos o manipuladores de hilos y cínicos, en realidad todos no son más que fabricantes de esclavos. Dentro del orden de las cosas posibles, yo siempre he concebido un paraíso a nuestro alcance. Y eso significa un mejoramiento de la suerte que le corresponda al pueblo alemán.

Me he limitado a prometer lo que podía cumplir, y abrigaba la intención de cumplir. Ésa es una de las razones del odio universal que me he concitado. A1 no proclamar ningunas promesas imposibles, como todos mis adversarios, faltaba a las reglas del juego. Me mantenía a distancia del sindicato de los conductores de pueblos cuya meta, tácita e inconfesable, es la explotación de la credulidad humana.

La doctrina nacional-socialista, lo he proclamado siempre, no es una doctrina de exportación. Fue concebida para el pueblo alemán. Toda empresa inspirada por el nacional-socialismo incluye necesariamente objetivos limitados y accesibles. No puedo, pues, creer ni en la paz indivisible ni en la guerra indivisible.

Fue en vísperas de Munich cuando me di cuenta, verdaderamente, de que los adversarios del Tercer Reich deseaban a toda costa despedazarnos y desollarnos, y que no existía ninguna posibilidad de transacción con ellos. Cuando el gran burgués capitalista de Chamberlain, armado de su paraguas engañoso, se molestó para venir a discutir en Berghof con este advenedizo de Hitler, ya bien sabía que nos iba a hacer una guerra sin cuartel. Estaba dispuesto a decirme no importa qué, con la esperanza de adormecerme. Su solo y único objeto al emprender ese viaje, era el de ganar tiempo. En aquel momento, nuestro interés hubiera sido el de atacar nosotros primero y de inmediato. Nos era indispensable declarar la guerra en 1938. Era la última oportunidad para nosotros de obtener que se localizara la guerra.

Pero han dejado ir todas por una. Han cedido, como villanos, a todas nuestras exigencias. En esas condiciones, resultaba verdaderamente difícil tomar la iniciativa de las hostilidades. Se nos escapó en Munich una ocasión única de ganar fácilmente y con toda rapidez una guerra inevitable.

Aun cuando nosotros tampoco estuviésemos listos, si nos encontrábamos, a pesar de todo, mejor preparados que nuestros adversarios. En Septiembre de 1938 fue la época menos desfavorable para atacar. ¡Y qué posibilidad de limitar el conflicto!

Debimos provocar entonces la explicación que se imponía por medio de las armas, y sin tener en cuenta las disposiciones en que se encontraban nuestras adversarios de cedernos en todo. Al resolver por las armas el problema de los sudetes, liquidábamos a Checoslovaquia, dejándole toda la culpa a Benes. La solución de Munich no podía ser más que provisional, supuesto que es evidente que nosotros no podíamos tolerar en el corazón de Alemania el absceso que constituía la existencia, por pequeña que fuese, de una Checo independiente. Hemos reventado dicho absceso en Marzo de 1939, pero en condiciones sicológicas más desfavorables que mediante las armas en 1938. Porque, . por primera vez; incurríamos nosotros en culpa a los ojos de la opinión pública mundial. Ya no nos limitábamos a anexar a un grupo de alemanes al Reich, sino que establecíamos un protectorado sobre una población no alemana.

La guerra, desencadenada en 1938, hubiera sido una guerra rápida, para la emancipación de los sudetes, de los eslovacos, de los húngaros y hasta de los polacos dominados por los checos. La Gran Bretaña y Francia, sorprendidas y desbordadas por el ritmo de los acontecimientos, habrían permanecido en pasividad, y ello con mayor razón cuanto que la opinión mundial se hubiera puesto de nuestra parte. Por último, Polonia, principal apoyo de la política francesa en la Europa Oriental, hubiera estado de nuestro

lado. La Gran Bretaña y Francia; al declararnos la guerra con ese motivo, hubiesen ' perdido fachada. Estoy seguro, en todo caso, que no la habrían declarado, lo que, de todos modos, no les hubiera impedido perder la cara. Habiendo hablado las armas, hubiésemos podido arreglar ulteriormente los otros problemas territoriales pendientes en Europa Oriental y en los Balcanes, sin provocar la intervención por parte de esos dos países, ya para entonces desacreditados a los ojos de sus protegidos. En lo que a nosotros se refiere, ganábamos de ese modo el tiempo necesario para consolidarnos, y retardábamos durante varios años la guerra mundial, por poco que se presentase como fatal.

Es posible pensar que, en el seno de las naciones bien provistas, la esclerosis y la gota de las comodidades se hubiesen sobrepuesto al odio congénito que alimentaban hacia nosotros, y eso con tanta mayor facilidad cuanto que se habrían percatado que, realmente, todas nuestras reivindicaciones iban orientadas hacia el este.

Nuestros adversarios se hubieran hasta engañado a sí mismos con la esperanza de vernos agotar en esa clase de esfuerzos. De todas maneras, efectuaban así un doble golpe: Se aseguraban la paz en el oeste, por una parte, y, por la otra, se beneficiaban con el debilitamiento de los rusos, cuya potencia en marcha constituía igualmente una preocupación para ellos, aunque en menor grado que la nuestra.

14

Drama de la guerra con la América - Contribución de los alemanes a la grandeza de los Estados Unidos – El fracaso del New Deal y la guerra - Posibilidades de coexistencia pacífica entre los Estados Unidos y Alemania - Los norteamericanos se volverán antisemitas - Roosevelt, ídolo falso - Nada de política colonial; una gran política continental.

Cuartel General del Führer, 24 de Febrero de 1945

Esta guerra con la América es un drama. Es ilógica carece de fundamentos reales.

Las casualidades de la historia son las que han querido, al mismo tiempo que yo tomaba el poder en Alemania, que Roosevelt, el hombre escogido por los judíos, haya asumido el mando en los Estados Unidos. Sin los judíos, y sin su hombre de trasmano y acción, ; todo hubiera podido ser diferente. Porque todo debería llevar a Alemania y a los Estados Unidos, si no a comprenderse y a simpatizarse, por lo menos a soportarse recíprocamente, sin que tal cosa exija esfuerzos especiales de su parte. Los alemanes, en efecto, han contribuido poderosamente a poblar la América del Norte. Nosotros somos quienes hemos llevado la aportación más grande de sangre nórdica a los Estados Unidos. Y es un hecho, asimismo, que Steuben representó un papel determinante en la guerra de Independencia.

La última gran crisis económica amagó a Alemania y a los Estados Unidos simultáneamente, por decirlo así, y con la misma brutalidad. Nos libramos de ella por medios muy semejantes en todo. La operación, aunque bastante difícil, fue un éxito por nuestra parte. Por cuanto a ellos, en donde resultaba extraordinariamente fácil de llevarse a cabo, obtuvo resultados mediocres en manos de Roosevelt y de sus consejeros judíos. El fracaso del New Deal entra con mucho en sus frenesíes guerreros. Los Estados Unidos podrían prácticamente vivir en economía autártica, y nuestros sueños propios serían lograrlo. Disponen, ellos, de un territorio inmenso que ofrece salidas simples a todas sus energías. Por lo que respecto a Alemania, esperamos poder asegurarle un día una independencia económica total, en un espacio que se ajuste a la medida de su potencial humano. Un gran pueblo tiene necesidad de un espacio grande.

Alemania no espera nada de los Estados Unidos, y éstos no tienen nada qué temer, en absoluto, de Alemania.

Todo concuerda para que coexistamos, cada uno por sí, en perfecta armonía. Lo que nos echa a perder

todo, desdichadamente, es la judería mundial, que ha escogido aquel país para instalarse con su bastión más fuerte.

Es eso, y únicamente eso, lo que trastorna nuestras relaciones y nos envenena todo por completo.

No les doy más de veinticinco años a los norteamericanos para que comprendan por sí mismos qué estorbo constituye para ellos esta judería parasitaria, pegada a su piel y que se nutre con su sangre. Esa judería es la que los arrastra a las aventuras que, en el fondo, no les importan, en donde se trata de intereses que no son los suyos. ¿Qué razones tendrían los norteamericanas que no son judíos, para compartir los odios de los judíos y para caminar como remolques suyos? Es fatal que, de aquí a un cuarto de siglo, los norteamericanos se conviertan en violentos antisemitas o, si no, los devorarán a ellos.

Si debemos perder esta guerra, eso significaría que los judíos nos han vencido. Su victoria, entonces, sería total. Me apresuro a añadir que no sería más que momentánea. En ese caso, de seguro que Europa no habrá de ser en donde se emprenda de nuevo la lucha en contra de ellos, sino ciertamente en los Estados Unidos. Se trata de un país joven aún, que no ha adquirido la madurez que la edad confiere, al que le falta el sentido político con exageración. Para los norteamericanos, todo ha sido, hasta hoy, escandalosamente fácil. Las experiencias y las dificultades los harán quizás madurar. ¿Qué eran en el momento en que nació su país?

Individuos, llegados de todas partes; que se precipitaban a la conquista de la fortuna y que disponían, para mitigar su hambre, de un continente inmenso por roturar. Sólo muy poco a poco, sobre todo en espacios tan enormes, se llega a afirmar una conciencia nacional. Ahora bien, esta colección de individuos pertenecientes a todas las razas, todavía no enlazados entre ellos mismos por el cimiento de un espíritu nacional, ¡qué presa destinada para la rapacidad de los judíos!

Los excesos a que se han entregado en nuestra patria, y a los cuales el nacional-socialismo les puso término, no son nada si se les compara a los que se dedicarán y se dedican siempre en mayor escala, a lo ancho de su nuevo terreno para cacerías. Los norteamericanos no tardarán en percatarse de que han adorado en Roosevelt a un ídolo falso, y que, en realidad, este judaizante es un malhechor: Del mismo modo desde el punto de vista de los Estados Unidos que desde el de la humanidad entera. Los ha conducido por sendas que no son las suyas, y, particularmente, haciéndolos representar un papel activo en un conflicto que no les concierne para nada. Un mínimo de instinto político les hubiera inspirado la idea de permanecer en su aislamiento espléndido, de no representar en este conflicto más que un papel de árbitros. Con un poco de madurez y un poco más de experiencia, hubiesen comprendido, sin ninguna duda, que su principal interés era parapetarse, frente a una Europa desgarrada, en una neutralidad vigilante. Interviniendo, se han hundido todavía más bajo el peso de sus explotadores judíos. Éstos sí que conocen al mundo y saben perfectamente lo que hacen; pero sólo desde su punto de vista particular de judíos.

El presidente de los Estados Unidos, durante este periodo crucial, si el destino hubiese querido que fuera otro y no Roosevelt, habría podido ser un hombre capaz de adaptar la economía norteamericana a las necesidades del siglo XX y de convertirse en el presidente más grande después de Lincoln. La crisis de 1930 no fue más que una crisis de crecimiento, pero a escala mundial. El liberalismo económico demostraba que no era más que una fórmula anticuada. Bastaba, habiendo comprendido la significación de esta crisis y de su alcance, con hallarle los remedios apropiados. He ahí el papel al cual se hubiera limitado un gran presidente de los Estados Unidos, y que le hubiera valido una situación sin par en el tablero de ajedrez del mundo. No cabe la menor duda de que debió interesar a sus compatriotas en los grandes problemas internacionales, abrirles los ojos sobre lo que ocurre en este planeta; pero meterlos en la baraúnda como lo hizo ese criminal de Roosevelt, ¡era una locura!

Éste ha abusado cínicamente de su ignorancia, de su ingenuidad, de su credulidad. Les ha hecho ver el

mundo a través de la óptica judía, y los ha arrastrado sobre una vía que les será fatal, si no se recuperan a tiempo.

Los asuntos de los norteamericanos no son de los que a nosotros nos importen, y lo que pudiera sucederles me dejaría por completo indiferente, si su comportamiento no tuviese una repercusión directa sobre nuestro destino y sobre el de Europa.

Otra particularidad que hubiera podido acercarnos a los Estados Unidos, es que ni ellos ni nosotros tenemos una política colonial. Los alemanes no han tenido nunca, verdaderamente, la vocación imperialista. Yo considero las tentativas de fines del siglo XIX como un accidente en nuestra historia. Nuestra derrota de 1918 habrá resultado, por lo menos, en la consecuencia feliz de detenernos en ese camino fatal, en el cual los alemanes se dejaban influir, de manera muy tonta, por el ejemplo de los franceses y de los ingleses, celosos de sus éxitos, de cuyo cortísimo plazo se encontraban ignorantes.

Esa justicia hemos de rendirle al Tercer Reich: Que no ha sentido la nostalgia de ese pasado abolido ya. Por el contrario, se volvió resuelta y valerosamente hacia el porvenir, hacia la constitución de grandes conjuntos homogéneos, hacia una gran política continental. Ahora bien, la verdadera tradición de los norteamericanos es semejante del todo: Nada de mezclarse en los asuntos de los otros continentes, y prohibirles a los demás que se entrometan en los negocios del Nuevo Mundo.

15

A los alemanes el tiempo los aguija inevitablemente - Los rusos cuentan con todo el tiempo como suyo – Un pueblo con un basado trágico - Ni la obra de un hombre, ni la de una generación - Los alemanes no han cesado de luchar por su existencia.

Cuartel General del Führer, 25 de Febrero de 1945

Es un hecho y una realidad que nosotros echamos a perder todo siempre por la necesidad en que nos encontramos de obrar con rapidez. Ahora bien, obrar con rapidez, en nuestro caso, es obrar con precipitación.

Para tener el don de la paciencia, necesitaríamos tambíen el tiempo y el espacio, y no disponemos del uno ni del otro. Los rusos cuentan con la suerte de disfrutar de uno y otro, sin hablar de la predisposición a la pasividad, que es el signo, la marca del temperamento eslavo.

Luego, por encima de todo y gracias a la religión marxista, tienen todo lo que se necesita para hacer que un pueblo sea paciente. Prometen la felicidad sobre la tierra (lo cual distingue a la religión marxista de la religión cristiana), pero en lo futuro. El judío Mardoqueo Marx, como buen judío, aguardaba al Mesías. Ha transpuesto al Mesías en el materialismo histórico, colocando la felicidad terrestre al término de una evolución casi sin fin.

La felicidad está a vuestro alcance, os prometen; pero es preciso que dejéis que se concluya la evolución, sin apresurarla. Con un truquito como ése, ¡se domina a los hombres! Lo que Lenin no tuvo el tiempo de llevar a cabo, a Stalin le toca el turno de ocuparse de ello, lv así los siguientes! El marxismo es muy fuertes, mas, ¿qué pensar del cristianismo, otro hijo del judaísmo, que, por su parte, puede permitirse el lujo de conceder la dicha a sus fieles en el otro mundo? ¡Eso es mucho más fuerte, incomparablemente!

Yo, yo soy el prisionero de esa fatalidad que debo terminar durante el tiempo de una vida cortísima. Lo único que tengo a mi servicio es una ideología realista, suspendida de unos hechos tangibles, tributaria de ciertas promesas que deben encarnarse, y que me impide prometer la luna y las estrellas. Allí, en donde los otros disponen de la eternidad, yo apenas cuento con unos cuantos años. Ellos saben que tendrán sucesores que se encargarán de su obra en el punto exacto en donde la hubieren dejado; que ahondarán con el mismo arado en el mismo surco. Por lo que a mí respecto, estoy todavía preguntándome si, entre mis sucesores inmediatos, se encontrará un hombre predestinado para recoger la antorcha que se me habrá escapado de las manos.

La otra fatalidad, para mi, consiste en estar al servicio de un pueblo con un pasado trágico, tan inestable como el pueblo alemán, tan versátil, y que pasa, según las circunstancias, de un extremo al otro con una facilidad desconcertante. El ideal, en mi caso, hubiera sido asegurar, desde un principio, la existencia del pueblo alemán; formar, en seguida, a una juventud profundamente nacional-socialista; después ..., dejarles a las generaciones futuras la tarea de la guerra inevitable, por poco que la potencia adquirida para entonces por el pueblo alemán, no hubiese hecho retroceder a nuestros adversarios. De ese modo, Alemania hubiera estado preparada, material y moralmente. Hubiera dispuesto dé una administración, de una diplomacia y de un ejército formados desde la infancia según nuestros principiase La obra qué yo emprendí para promover al pueblo alemán al sitio que le correspondía y le era debido, no podrá desgraciadamente ser la obra de un solo hombre, ni siquiera de una sola generación. Sea como fuere, le he dado la noción de su grandeza y le he infundido el sentimiento exaltante de la reunión de todos los alemanes en el seno de un gran Reich indestructible. He sembrado la buena semilla. Le he hecho comprender, al pueblo alemán, la significación de la lucha que sostiene por su existencia. Nada podrá impedir que esta cosecha no se levante en un dio próximo. Alemania es, en verdad, un pueblo joven y

fuerte. Es un pueblo que tiene todo su porvenir ante él.

16

Churchill no ha sabido comprender - Lo irreparable podía evitarse - Obligación de atacar a los rusos, con el fin de prevenir su ataque - Los italianos nos impidieron entrar en campaña en tiempo útil – Consecuencias catastróficas de nuestro retardo - Ilusión de un entendimiento posible con Stalin.

Cuartel General del Führer, 26 de Febrero de 1945

En suma, mi decisión de arreglarle las cuentas a Rusia se tomó desde el instante en que se me impuso la convicción de que Inglaterra se obcecaría. Churchill no ha sabido apreciar el deportismo de que di pruebas evitando el crear lo irreparable entre los ingleses y nosotros. En efecto, hemos evitado aniquilarlos en Dunkerque. Hubiese sido preciso poderles hacer comprender que la aceptación, por ellos, de la hegemonía alemana sobre el continente, a la cual se habían opuesto ellos siempre y que yo acababa de realizar sin dolor; produciría para ellos las consecuencias más favorables.

Fue ya para el £m de Julio, precisamente un mes después del anonadamiento de Francia, cuando me percaté de que la paz se nos escapaba una vez más. Algunas semanas más tarde, bien sabía yo que no tendríamos éxito en invadir a la Gran Bretaña, antes de las tempestades del equinoccio, a causa de que no nos habíamos podido asegurar de golpe el dominio del cielo. Por lo tanto, sabía que no lograríamos nunca invadir a la Gran Bretaña.

La actitud de los soviéticos durante el verano de 1940, el hecho de que hubiesen absorbido a los países bálticos y la Besarabia mientras nosotros nos encontrábamos ocupados en el oeste, no me dejaba ninguna ilusión en lo que respecto a sus designios. Aun suponiendo que hubiese conservado alguna, la visita de Molotov, en Noviembre, habría bastado para disiparla. Las proposiciones que me presentó Stalin, tras el regreso de su ministro, no podían engañarme. Stalin, ese imperturbable chantajeador, quería simplemente ganar tiempo y consolidar sus bases de partida en Finlandia y en los Balcanes. Trataba de jugar con nosotros como el gato con los ratones.

El drama para mí radicaba en la imposibilidad de atacar antes del 15 de Mayo; y, de todos modos, para lograr éxito desde el primer golpe, hubiera sido preciso no emprender la guerra más tarde. Pero Stalin pudo haber desencadenado mucho antes tal guerra. Con ese motivo, durante todo el invierno y, particularmente, desde la primavera de 1941, viví con la obsesión de que los rusos no me fuesen a ganar con la iniciativa. En efecto, las derrotas italianas en Albania y en la Cirenaica habían provocado un huracán de rebeliones en los Balcanes, lesionando, aunque indirectamente, la fe que entonces tenían en nuestra invencibilidad tanto nuestros enemigos como nuestros amigos.

Ninguna otra causa existe para el cambio de frente de Yugoslavia, lo cual nos obligó a enzarzar en la guerra a los Balcanes. Pues bien, eso era precisamente lo que yo, a no importa qué precio, me había esforzado por evitar. Una vez comprometidos en ese camino, hubiésemos podido sentirnos tentados de seguir más adelante.

Queda por dicho que, en la primavera de 1941, sólo una muy pequeña parte de las fuerzas que íbamos a lanzar sobre Rusia nos hubiera permitido liberar rápidamente al Cercano Oriente. Pero el peligro consistía en que, al alejarnos hasta ese punto de nuestras bases, les dábamos a los rusos, indirectamente, la señal de atacarnos. Lo hubiesen hecho en el transcurso del verano, o, cuando muy tarde, en otoño, y en condiciones tan desastrosas para nosotros que nos arrebataban toda esperanza de obtener la victoria.

Los soviéticos tienen la paciencia del elefante cuando se trata de democracias enjudiadas. Saben que, fatalmente, con un plazo más o menos corto y sin recurrir a la guerra, llegarán a dominarlas: A causa de sus contradicciones internas, a causa de las crisis económicas de que no podrían escaparse, a causa de su

permeabilidad a la intoxicación marxista. Pero también saben que, cuando se trata del Tercer Reich, no sucede lo mismo. Saben que, en todos los dominios, y más aún en la paz y no en la guerra, nosotros los sobrepasamos en categoría de clase, j en todo!

La paciencia de los soviéticos se explica por la filosofía que practican; la cual les permite evitar los riesgos y esperar el tiempo propicio que necesitan para realizar sus designios: Un año, una generación, un siglo si fuese indispensable. El tiempo no les cuesta nada. El marxismo les promete, en efecto, a los esclavos que subyuga, el paraíso terrestre; pero no para hoy, ni para mañana; simplemente para un futuro indeterminado.

A pesar de esta paciencia, que significa el origen de su fuerza, los soviéticos no hubiesen podido, de ninguna manera, asistir impasibles a la liquidación de Inglaterra; porque entonces se arriesgaban a encontrarse solos frente a frente con nosotros, permaneciendo neutrales los Estados Unidos y el Japón. Y ello representaba para ellos la certidumbre de que, a la hora y en el terreno escogido por nosotros, les hubiéramos arreglado, con ventaja para nosotros, la cuenta antigua que todavía está pendiente entre nosotros. Si hube de tomar la decisión de terminar por las armas con el bolchevismo, y eso precisamente el dio del aniversario de la firma del pacto de Moscú, tengo el derecho de pensar que Stalin había tomado una decisión análoga con respecto a nosotros, aun hasta antes de firmar dicho pacto.

Durante todo un año, alimenté la esperanza de que un entendimiento sincero, si no amigable, podía establecerse entre la Rusia de Stalin y el Tercer Reich. Me imaginaba que, después de quince años de poder, el realista de Stalin se hubiese desembarazado de la brumosa ideología marxista, y que no la conservaría más que como un veneno reservado exclusivamente para el uso externo. El modo brutal con que decapitó al alto mando judío, que le había prestado el servicio de apresurar la descomposición del imperio de los zares, podía darle alas a nuestra. esperanza. Yo pensaba que él no deseaba permitirle a esos intelectuales judíos que provocaran del mismo modo la descomposición del imperio totalitario que había sido su obra, ese imperio staliniano que no era en el fondo más que el heredero espiritual del de Pedro el Grande.

Por una parte y por otra, con un espíritu implacable de realismo, ambos hubiésemos podido crear las condiciones de un entendimiento durable: Delimitando exactamente las zonas de influencia atribuibles a cada uno, limitando rigurosamente nuestra colaboración al dominio económico y, de tal suerte, que cada uno de nosotros recibiera una ventaja, un beneficio. Un entendimiento, en suma, ¡con los ojos muy bien abiertos y con el dedo en el gatillo!

17

La última oportunidad de Europa - Napoleón y la conquista de la paz - Los tormentas de Napoleón y los míos - Inglaterra siempre al través de nuestro camino - Las que viven de las divisiones de Europa.

Cuartel General del Führer, 26 de Febrero de 1945

Yo he representado la última probabilidad de Europa. Europa no podía hacerse a resultas de una reforma decidida voluntariamente. No podía ser conquistada por los halagos y la persuasión. Había que violarla para poseerla.

Europa no puede construirse más que sobre ruinas. No sobre ruinas materiales, sino sobre la ruina conjunta de los intereses privados, de las coaliciones económicas; sobre la ruina de las ideas estrechas, de los particularismos anticuados y del estúpido espíritu de campanario. Hay que hacer a Europa en interés de todos y sin consideración de personas. Napoleón lo había comprendido perfectamente bien.

Estoy en posibilidad de imaginarme, mejor que nadie, lo que fueron los tormentos de Napoleón,

obsesionado por la conquista de la paz y obligado a continuar la guerra sin cesar, con la eterna esperanza de obtenerla por fin. En el estío de 1940, padecí los mismos tormentos. Siempre esa misma Inglaterra que se atraviesa en medio de los intereses del continete. Se ha envejecido y se ha debilitado. Lo único que ha logrado es convertirse en más malvada y más viciosa. Por último la apoyan, en esta acción negativa y contra natura, los Estados Unidos inspirados, a su vez, y excitados por toda esa judería internacional que ha vivido y que espera continuar viviendo de nuestras disensiones.

Una derrota que sólo puede ser total - Imagen del Reich descuartizado por sus vencedores - Una Alemania de transición - Resurrección de la Alemania. eterna - Una regla de conducta para las almas fieles - El primer pueblo del continente - Inglaterra e Italia si... - Una Francia legendaria y fatalmente enemiga - En espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos y africanos - Los Estados Unidos y Rusia frente a frente – Una Rusia desembarazada del marxismo - Caducidad del coloso norteamericano - El derecho de los pueblos hambreados - Las oportunidades de supervivencia para un pueblo valeroso.

Cuartel General del Führer, 2 de Abril de 1945

Si hemos de ser vencidos en esta guerra, no se puede tratar para nosotros más que de una derrota total.

Nuestros adversarios, en efecto, han clarineado sus metas, de modo que sepamos que no hemos de abrigar ningunas ilusiones con respecto a sus intenciones. Que se trate de los judíos, de los bolchevistas rusos o de la manada de chacales que gañen tras ellos, sabemos que no depondrán las armas sino hasta después de habernos destruido, aniquilado, pulverizado junto con la Alemania nacional-socialista. Por lo demás, resulta fatal que un combate desdichado, en una guerra como ésta, en la que se enfrentan dos ideologías tan contrarias, tenga por conclusión una derrota total. Es una lucha que debe continuarse, por una parte y por la otra, hasta el agotamiento; y sabemos, en lo que a nosotros respecto, que combatiremos hasta la victoria o hasta la última gota de sangre.

Este pensamiento es muy cruel. Me imagino con horror a nuestro Reich descuartizado por sus vencedores; nuestras poblaciones entregadas a los desbordamientos de los salvajes bolcheviques y de los gangsters norteamericanos. Esta perspectiva no me quita para nada la fe invencible que tengo en el porvenir del pueblo alemán. Cuanto más suframos, ¡más será esplendente la resurrección de la Alemania eterna! Una vez más nos servirá la particularidad que tiene el alma alemana de entrar en un letargo, cuando su afirmación amenaza la existencia misma de la nación. Pero, yo personalmente, yo no soportaré vivir en esa Alemania de transición que vendrá tras nuestro III Reich vencido. Lo que hemos conocido en 1918, como ignominia y traición, no sería nada en comparación de lo que necesitaremos imaginarnos. ¿Cómo concebir que, después de doce años de nacional-socialismo, tal eventualidad podría producirse? ¿Cómo concebir que el pueblo alemán, privado en lo adelante de la élite que lo ha conducido a las cimas del heroísmo, pudiera revolcarse en el fango, durante años y años?

¿Qué palabra a la orden del día en ese casos ¿Qué regla de conducta para los que conserven su alma inquebrantablemente fiel? Replegado en sí mismo, adolorido, sin vivir más que en vela, el pueblo alemán debería esforzarse por respetar espontáneamente las leyes raciales que nosotros le hemos dado. En un mundo que se encontrará cada vez más pervertido por el veneno judío, un pueblo, inmunizado contra ese veneno, debiera terminar por salir avante. Desde ese punto de vista, el hecho de haber eliminado a los judíos de Alemania y de la Europa Central permanecerá como un título de reconocimiento durable por lo que toca al nacional-socialismo.

La segunda preocupación debe consistir en el mantenimiento de la unión indisoluble entre todos los alemanes.

Cuando todos estamos reunidos es cuando nuestras cualidades florecen: Cuando cesamos de ser prusianos, bávaros, austriacos o renanos para no ser más que alemanes. Los prusianos, tomando la iniciativa de reunir a los alemanes en el Reich de Bismark, han permitido a nuestro pueblo que se afirmara, en el espacio de algunos decenios, como el primero de los pueblos del continente. Yo mismo, al unirlos a todos en el III Reich nacionalsocialista, hice de ellos los constructores de Europa. Suceda lo que

hubiere de suceder, los alemanes no deben olvidar nunca que lo esencial para ellos será eliminar siempre cualesquier elementos de discordia entre ellos, y buscar con una perseverancia infatigable lo que tienda a unificarlos.

Por lo que se refiere al extranjero, es imposible establecer reglas rígidas, porque los términos del problema cambian constantemente. Hace veinte años escribía yo que en Europa no hay más que dos aliados posibles para Alemania: Inglaterra e Italia. La manera en que el mundo ha evolucionado en el transcurso de este periodo, no ha permitido encarnar en los hechos la política que, lógicamente, hubiese debido nacer de esta comprobación. Si los ingleses conservaban aún la potencia imperial, ya no tenían las cualidades morales necesarias para conservar su imperio. Aparentemente, dominaban al mundo. En realidad, ellos mismos estaban dominados por la judería. Italia, por su parte, había reanudado las ambiciones de Roma. Poseía las ambiciones, pero sin las otras características: Un alma templada con fortaleza y la potencia material. Su solo triunfo en el juego consiatía en ser dirigida por un romano verdadero. ¡Qué drama para ese hombre! ¡Y qué drama para ese país! Para los pueblos, del mismo modo que para los hombres, es trágico tener ambiciones privadas del soporte material indispensable, privadas hasta por lo menos de la posibilidad de crear dicho apoyo.

Queda Francia. Escribí hace veinte años lo que pensaba de ella. Francia permanece como enemiga mortal del pueblo alemán. Su delicuescencia y sus crisis de nervios han podido, a veces, llevarnos a convertir en mínima la importancia de sus gestos. Aunque siguiera volviéndose cada vez más débil, lo cual está dentro del orden de las probabilidades, tal cosa no debe cambiar en nada nuestra desconfianza. La potencia militar de Francia no es ya más que apenas un recuerdo, y es muy cierto que, desde ese punto de vista, no nos inquietará nunca jamás. Esta guerra, sea cual fuere su resultado, tendrá por lo menos el mérito de hacer pasar a Francia al rango de potencia de quinto orden. Sin embargo, si continúa siendo peligrosa para nosotros, será por su potencial ilimitado de corrupción y por su arte de practicar el chantaje. Así, pues, ¡desconfianza y vigilancia!

¡Que los alemanes se cuiden mucho de jamás dejarse adormecer por esa sirena!

Si no podemos, en lo relativo al extranjero, regirnos por principios rígidos, porque siempre hay lugar de adaptarnos a las circunstancias, cierto es en todo caso que Alemania reclutará continuamente a sus amigos más seguros entre los pueblos fundamentalmente resistentes al contagio judío. Estoy persuadido de que los japoneses, los chinos y los pueblos regidos por el Islam, estarán siempre más cerca de nosotros que Francia, por ejemplo, a pesar del parentesco de la sangre que corre en nuestras venas. La desdicha quiere que Francia haya degenerado en el transcurso de los siglos y que sus élites fueran subvertidas por el espíritu judío. Eso ha tomado tales proporciones que resulta irreparable. Francia está condenada a hacer una política judía.

En caso de la derrota del Reich, y en espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos, africanos y, quizás, sudamericanos, no quedarán en el mundo más que dos potencias capaces de enfrentarse con validez: Los Estados Unidos y la Rusia soviética. Las leyes de la historia y de la geografía condenan a estas dos potencias a medirse una con otra, bien sea sobre un plano militar, o bien simplemente sobre el plano económico e ideológico. Esas mismas leyes los condenan a ser los adversarios de Europa. Una y otra de estas dos potencias tendrán necesariamente el deseo, a plazo más o menos corto, de segurarse el apoyo del único gran pueblo europeo que subsistirá después de la guerra: El pueblo alemán. Lo proclamo con toda la fuerza de que soy capaz: Es indispensable que, a ningún precio, los alemanes acepten representar el papel de un peón en el juego de los norteamericanos o de los rusos.

Es difícil dictaminar en este momento qué puede ser lo más pernicioso para nosotros; en un plano ideológico, entre el americanismo judaizante y el bolchevismo. Los rusos, en efecto, por la fuerza de los acontecimientos, pueden desprenderse por completo del marxismo judío; para no encarnar más que el

eterna paneslavismo, en su expresión más feroz y más salvaje. En cuanto a los norteamericanos, si no logran sacudirse rápidamente el yugo de los judíos neoyorkinos (que tienen la inteligencia del mono chango que asierra la rama del árbol sobre la cual está encaramado), pues bien, no tardarán en hundirse, aun antes de haber llegado a la edad de la razón. El hecho de que en ellos se junten tanta potencia material con tanta caducidad de espíritu, evoca la imagen de un niño que padece gigantismo. Podemos preguntarnos si, en su caso, se trata de una civilización enana, destinada a deshacerse con tanta rápidez como la que le tomó formarse.

Si la América del Norte no tiene éxito en construirse una doctrina un poco menos pueril que la que por ahora le sirve de passepartout, a base de grandes principios huecos y de la ciencia que le dicen cristiana, podernos preguntarnos si seguirá siendo por mucho tiempo un continente en los que los blancos predominen. Así se habría demostrado que ese coloso de pies de barro apenas era capaz, después de un ascenso como flecha, de trabajar en su autodestrucción. ¡Qué magnífico pretexto para los pueblos de raza amarilla ese derrumbamiento súbito! Desde el punto de vista del derecho y de la historia, tendrían exactamente los mismos argumentos (o la misma ausencia de argumentos) que tenían los europeos del siglo xvl, para invadir a este continente. Sus muchedumbres prolíficas y mal alimentadas les conferirían el único derecho que reconocen los historiadores, el derecho que tienen los hambrientos de calmar su hambre: ¡con la condición de que ese derecho esté apoyado por la fuerza!

De lo que deducimos que, en este mundo cruel en el que nos han hundido dos grandes guerras, es muy evidente que los únicos pueblos blancos que tengan probabilidades de sobrevivir y de prosperar serán los que saben sufrir y que guardan el valor de luchar, aun sin esperanzas, hasta la muerte. A estas cualidades, sólo podrán pretender los pueblos que hubieren sido capaces de extirpar por sí mismos el veneno mortal judío.



30 DISCURSOS DE ADOLF HITLER

LLAMAMIENTO DEL GOBIERNO DEL REICH AL PUEBLO ALEMÁN

(1 de Febrero de 1933)

Más de 14 años han transcurrido desde el infortunado día en que el pueblo alemán, deslumbrado por promesas que le llegaban del interior y del exterior, lo perdió todo al dejar caer en el olvido los más excelsos bienes de nuestro pasado: La unidad, el honor y la libertad. Desde aquel día en que la traición se impuso, el Todopoderoso ha mantenido apartada de nuestro pueblo su bendición. La discordia y el odio hicieron su entrada. Millones y millones de alemanes pertenecientes a todas las clases sociales, hombres y mujeres, lo mejor de nuestro pueblo, ven con desolación profunda cómo la unidad de la nación se debilita y se disuelve en el tumulto de las opiniones políticas egoístas, de los intereses económicos y de los conflictos doctrinarios.

Como tantas otras veces en el curso de nuestra historia, Alemania ofrece desde el día de la Revolución un cuadro de discordia desolador. La igualdad y la fraternidad prometidas no llegaron nunca, pero en cambio perdimos la libertad. A la pérdida de unidad espiritual, de la voluntad colectiva de nuestro pueblo, siguió la pérdida de su posición política en el mundo.

Calurosamente convencidos de que el pueblo alemán acudió en 1914 a la gran contienda sin la menor noción de haberla provocado, antes bien movido por la única preocupación de defender la nación atacada, la libertad y la existencia de sus habitantes, vemos en el terrible destino que nos persigue desde Noviembre de 1918 la consecuencia exclusiva de nuestra decadencia interna. Pero el resto del mundo se encuentra asimismo conmovido desde entonces por crisis no menos graves.

El equilibrio histórico de fuerzas, que en el pasado contribuyó no poco a revelar la necesidad de una interna solidaridad entre las naciones, con todas las felices consecuencias económicas que de ella resultan, ha sido roto.

La idea ilusoria de vencedores y vencidos destruye la confianza de nación a nación y, con ello, la economía del mundo. Nuestro pueblo se halla sumido en la más espantosa miseria.

A los millones de sin trabajo y hambrientos del proletariado industrial, sigue la ruina de toda la clase media y de los pequeños industriales y comerciantes. Si esta decadencia llega a apoderarse también por completo de la clase campesina, la magnitud de la catástrofe será incalculable. No se tratará entonces únicamente de la ruina de un Estado, sino de la pérdida de un conjunto de los más altos bienes de la cultura y la civilización, acumulados en el curso de dos milenios.

Amenazadores surgen en torno a nosotros los signos que anuncian la consumación de esta decadencia. En un esfuerzo supremo de voluntad y de violencia trata el comunismo, con sus métodos inadecuados, de envenenar y disolver definitivamente el espíritu del pueblo, desarraigado y perturbado ya en lo más íntimo de su ser, para llevarlo de este modo a tiempos que, comparados con las promesas de los actuales predicadores comunistas, habrían de resultar mucho peores todavía que no lo fue la época que acabamos de atravesar en relación con las promesas de los mismos apóstoles en 1918.

Empezando por la familia y hasta llegar a los eternos fundamentos de nuestra moral y de nuestra fe, pasando por los conceptos de honor y fidelidad, pueblo y patria, cultura y riqueza, nada hay que sea respetado por esta idea exclusivamente negativa y destructora. 14 años de marxismo han llevado a Alemania a la ruina. Un año de bolchevismo significaría su destrucción. Los centros de cultura más ricos y más ilustres del mundo quedarían convertidos en un caos. Los males mismos de los últimos 15 años no podrían ser comparados con la desolación de una Europa en cuyo corazón hubiese sido levantada la barbarie roja de la destrucción. Los millares de heridos, los incontables muertos que esta guerra interior han costado hasta hoy a Alemania, pueden ser considerados como el relámpago que presagia la tormenta

cercana.

En estas horas de preocupación dominante por la existencia y el porvenir de la nación alemana, nosotros, los hombres de los partidos y las ligas nacionales, hemos recibido el llamamiento del anciano jefe de nuestros ejércitos en la guerra mundial, para que, una vez más, en el hogar de la patria ahora, como antes en el frente, nos aprestáramos a luchar bajo sus órdenes por la salvación del Reich. Al sellar para este fin con nuestras manos una alianza común, respondiendo a la generosa iniciativa del Presidente del Reich, hacemos como jefes de la Nación, ante Dios, ante nuestras conciencias y ante nuestro pueblo, la promesa de cumplir con decisión y perseverancia la misión que en el Gobierno Nacional nos ha sido confiada.

La herencia que recogemos es terrible. La tarea que hemos de acometer en busca de una solución es la más difícil que, de memoria humana, ha sido impuesta a hombres de estado alemanes. La confianza que a todos nos inspira es, no obstante, ilimitada: Porque tenemos fe en nuestro pueblo y en los valores imperecederos que atesora. Campesinos, obreros y burgueses, han de aportar conjuntamente las piedras necesarias para la edificación del nuevo Reich.

El Gobierno Nacional considerará, por tanto, como su primera y principal misión, el restablecimiento de la unidad en el espíritu y en la voluntad de nuestro pueblo. Vigilará y defenderá los cimientos en que se funda la fuerza de nuestra nación. El cristianismo, como base de nuestra moral, y la familia, como célula germinal del pueblo y del estado, gozarán de su protección más decidida. Por encima de todas las clases y estamentos se propone devolver a nuestro pueblo la conciencia de su unidad nacional y política y de los deberes que de ella se derivan. Quiere hacer del respeto a nuestro gran pasado y del orgullo por nuestras viejas tradiciones la base para la educación de la juventud alemana. Con ello declara una guerra sin cuartel al nihilismo espiritual, cultural y político. Alemania no debe ni quiere hundirse en el comunismo anarquista.

En lugar de los instintos turbulentos se propone el Gobierno elevar de nuevo la disciplina nacional a la categoría de elemento rector de nuestra vida. Al hacerlo así prestará el Gobierno su máxima atención a todas aquellas instituciones que son los verdaderos baluartes de la fuerza y de las energías nacionales.

El Gobierno Nacional resolverá el gran problema de la reorganización económica de nuestro pueblo por medio de dos grandes planes cuadrienales:

Protección eficaz a la clase campesina como medio para mantener la base de la subsistencia material y, con ello, de la vida misma de la nación.

Protección eficaz a los obreros alemanes por medio de una campaña enérgica y general contra el paro forzoso.

En 14 años los partidos de la revolución de Noviembre han arruinado a la clase campesina alemana.

En 14 años han creado un ejército de millones de obreros en paro forzoso.

El Gobierno Nacional llevará a cabo con férrea decisión e infatigable constancia el plan siguiente:

Dentro de cuatro años el campesino alemán debe haber sido arrancado de la miseria.

Dentro de cuatro años el paro forzoso debe haber sido definitivamente vencido.

Con ello han de producirse, al propio tiempo, las condiciones previas para el florecimiento de las demás actividades económicas.

A la par que esta tarea gigantesca de saneamiento de nuestra economía, el Gobierno Nacional acometerá el saneamiento del Reich, de los estados autónomos y de los municipios, en su administración y su sistema tributario.

Únicamente así llegará a ser una realidad de carne y hueso el mantenimiento del Reich sobre la base del

principio federativo.

La colonización interior y el servicio obligatorio de prestaciones de trabajo al Estado figuran entre los pilares básicos de este programa.

Pero la preocupación por el pan cotidiano irá también acompañada del cumplimiento de los deberes sociales en los casos de enfermedad y de vejez.

En la economía de la administración, el fomento del trabajo, la protección a nuestra clase campesina, así como en el aprovechamiento de las iniciativas individuales reside al propio tiempo la mejor garantía para evitar cualquier experimento que pueda poner en peligro nuestra moneda.

En política exterior, entenderá el Gobierno Nacional que su principal misión consiste en la defensa de los derechos vitales de nuestro pueblo, unida a la reconquista de su libertad. Dispuesto a acabar con la situación caótica que Alemania atraviesa, contribuirá con ello a incorporar en la comunidad de las naciones, un Estado de igual valor que los demás, pero al mismo tiempo también con iguales derechos. El Gobierno se siente a este respecto animado por la grandeza del deber que le incumbe de contribuir en nombre de este pueblo libre e igual a los demás, al mantenimiento y consolidación de una paz que el mundo necesita hoy más que nunca.

Con decisión y fieles a nuestro juramento queremos acudir directamente al pueblo alemán, vista la incapacidad del actual Reichstag para hacerlo, al objeto de que nos preste su apoyo en la tarea que nos proponemos realizar.

Al llamarnos, el Presidente del Reich, Mariscal von Hindemburg, nos ha dado la orden de ofrecer a la nación, con nuestra unanimidad, la posibilidad de rehacerse.

Apelamos, por consiguiente, al pueblo alemán para que venga a refrendar, con su propia firma, este acto de consolidación.

El Gobierno del levantamiento nacional quiere trabajar y trabajará.

Los 14 años de ruina nacional no son obra suya. Quiere, al contrario, volver a llevar la nación alemana por caminos ascensionales.

Está decidido a reparar en 4 años los daños que durante 14 han sido causados.

Pero lo que el Gobierno no puede hacer es someter esta labor de regeneración a la aprobación de aquellos que provocaron la catástrofe.

Los partidos marxistas y sus colaboradores han dispuesto de 14 años para poner a prueba sus capacidades.

El resultado es un campo de ruinas.

Pedimos ahora al pueblo alemán que nos conceda un plazo de cuatro años antes de juzgar y de juzgarnos.

Fieles a la orden del Mariscal estamos dispuestos a comenzar la labor.

Quiera Dios conceder su gracia a nuestra obra, orientar rectamente nuestra voluntad, bendecir nuestras intenciones y colmarnos con la confianza de nuestro pueblo. ¡No combatimos en nuestro interés propio, sino por Alemania!

El Gobierno del Reich.

Adolf Hitler, von Papen, Freiherr von Neurath, Dr. Frick, Graf Schwerin von Krosigk, Dr. Hugenberg, Seldte, Dr. Günther, von Blomberg, Eltz von Rübenach, Hermann Goering.

DISCURSO EN EL SPORTPALAST DE BERLÍN ANTE 60.000 SS Y SA

(3 de Febrero de 1933)

Mis SA y SS:

Se despunta ya la gran época que hemos ansiado. Alemania está despierta después de una lucha de 14 años, cuya grandeza y sacrificio el mundo exterior no puede imaginar. Todo lo que hemos ambicionado, nuestras predicciones y profecías, son ya realidad; la hora en que el pueblo alemán vuelve en sí, nuevamente torna a ser dueño de su propio destino, y se levanta, no por donación del mundo, por gracia de nuestros enemigos, sino por su propia fuerza, por su propia voluntad, por su propia acción.

Hay algo maravilloso en este movimiento y su desarrollo característico, nacido de lo profundo de la aflicción de la guerra, y de la mayor desgracia de la decadencia alemana, antes una idea, hoy una realidad.

Es maravilloso volver a recordar el camino que recorrió la idea de este movimiento hasta llegar a la realización actual. Es también a veces necesario recordar este camino a fin de tomar de él experiencias para el camino venidero.

Hay muchos hoy entre nosotros que atestiguan que lo sucedido en Alemania fue también el deseo y la esperanza de otros.

Mis SA y SS:

Ciertamente en la imaginación, lo que nosotros queríamos también existió antes. No hay idea de la cual pueda decirse con justicia que haya nacido en un instante. Todo lo que se piensa, lo ha pensado alguien con anterioridad, todo lo que aparece en la imaginación humana, fue también por otros imaginado. Pero lo importante es que tal imaginación, pensamiento o idea, encuentre el camino de salir del débil terreno de lo irreal para llegar a realizarse, que tal idea encuentre los cuerpos y organización se logre crear lentamente la fuerza que permita convertir en realidad lo imaginado.

Después de la catástrofe de 1918 al volver a nuestros hogares, fuimos presa de un sufrimiento interior que habían sentido ya nuestras generaciones pasadas, pero que en nuestra época nos era extraño.

Pero si hoy muchos dicen que lo que deseamos no es nuestra voluntad, que otros también querían e ideaban lo mismo, a pesar de todo esto, esta voluntad es nuestra, pues por nuestro intermedio, por el vuestro, mis camaradas, pudo encontrar el camino de la realización.

Lo que otros pensaban y querían fue su problema y lo sigue siendo: Siempre quedó solo en el espíritu y en la imaginación. Lo que nosotros queríamos, mis camaradas, es hoy realidad y esta realidad es por lo tanto nuestra, aunque otros hayan aspirado a lo mismo y quizá hayan tenido semejante mentalidad. No hay idea alguna que posea por sí sola la seguridad de su realización; para realizarla es preciso separarla del terreno de la imaginación, de la perspectiva y del pensamiento, y conducirla al campo de la pelea y de la lucha. Debe entonces crearse su representación del pueblo mismo, y debe como representante vivo iniciar la batalla con total amplitud para la conquista de los hombres.

Esto se inició hace 14 años; lo mismo fue imaginado posiblemente por otros antes que nosotros, pero nosotros lo hemos convertido en realidad; de la ruptura de la lucha de clases, profesiones y castas, del fin de la decadencia del pueblo y de la fuerza del Estado, hemos construido como idea una nueva aspiración como demostración de nuestro programa e iniciamos él darle forma de dogma por el cual se manifiestan millones de individuos.

Y así nació de una idea antes limitada una organización de perfil agudo, y de la agudeza de su perfil debió reconocerse que no se trataba de hacer percibir pensamientos en la vida popular, prometerles obediencia, sino que este reconocimiento debía llegar también a obtener la fuerza de la realización, pues solo ella puede crear el derecho en esta tierra.

Después del desastre de 1918, cuando iniciamos la búsqueda de nuestro derecho por todas partes, algo fue claro para nosotros nacionalsocialistas.

El derecho no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos; sólo podremos encontrarlo en nuestra propia fuerza.

En todos los tiempos sólo la fuerza pudo levantar una exigencia de voluntad. Nunca la debilidad recibió del mundo el derecho de existencia. Por eso hemos reconocido claramente: Es necesario que la organización que representa a nuestra nueva comunidad popular, sea por sí misma factor de poderío, que pueda un día realizar lo que auspiciamos, sin esperar auxilio extraño.

Desde un principio fue nuestra intención imprimir al movimiento este convencimiento: Nadie nos va a regalar algo, nos va a apoyar ni a conceder lo que no seamos capaces de darnos nosotros mismos por nuestra fuerza. Por ello nacieron un día las SA y SS.
El enemigo quería acabar con el movimiento por medio del terror, tenía el poder en su mano, podía vencer a cualquiera que se atreviera a exhibir alguna idea contraria a sus intereses.

Cientos de miles de nuestros políticos plebeyos consideraban al Estado y sus organizaciones como factores destinados a ser amparo y protección de sus voluntades políticas. En aquel entonces me aparté de tal mentalidad y contemplé al pueblo desde el punto de vista del Estado y me dije: Aquí, del pueblo mismo, hay que crear el arma y la defensa con que alcanzar nuestro objetivo.

Si queremos conquistar nuestro círculo, la fuerza necesaria sólo la obtendremos del circulo mismo; debemos crear la fuerza y tener el valor de presentarnos nosotros mismos en su defensa, sin esperar que el terreno que vamos a conquistar nos proteja o nos dé amparo. Ni vamos tampoco a pensar que un día como Estado o fuerza sostenedora del Estado, seremos más fuertes que antes como fuerza de lucha por el Reich.

Así nació entonces de un puñado de hombres esta pequeña corporación SA, camaradas fieles que se pusieron a mi disposición convencidos que debía nacer un nuevo Reich, y que no podía nacer sino de un nuevo pueblo, de modo que debía ir a las masas inagotables para conformar la nueva Organización de nuestra vida.

Dos razones existieron para la fundación de las SA y SS.

Primero.- Nosotros, nacionalsocialistas, quisimos protegernos por nosotros mismos; no queríamos ir a mendigar auxilio extraño; teníamos el convencimiento de que la propia protección de una idea y del movimiento que la transporta sólo puede estar en el valor, en la fidelidad convencida de los partidarios y no en la policía, en los soldados, ni en las leyes, tribunales o justicia, ni en objetividad o apreciación de derecho.

La protección está en el propio valor, en la propia fuerza y en la constancia y resistencia.

Segundo.- ¿Cómo queremos alcanzar la meta grandiosa de la nueva Alemania si no creamos un nuevo pueblo alemán? ¿Cómo ha de nacer este nuevo pueblo si no podemos vencer por nosotros mismos todo lo que vemos de corrupción que rodea a nuestro pueblo? No se forma un Estado desde fuera; lo que tiene verdadero valor secular y milenario sólo puede crecer del interior.

Vemos ante nosotros al pueblo repleto de innumerables prejuicios, desquiciado, aún en desunión, los unos debilitados por orgullo de castas, los otros lacerados por el odio de clases; donde miremos sólo encontramos prejuicios, envidia y odio, celos, desacuerdos y falta de raciocinio; y de todo esto debe nacer hoy un pueblo.

¿Cómo podemos empezar? Yo no puedo esperar que repentinamente, como golpe de varita mágica, la Providencia nos otorgue lo que nosotros mismos no alcanzamos. Así he comenzado a enseñar en una

pequeña organización, lo que ha de constituir esencia popular del Estado venidero, hombres que sé desprendan de su medio, que dejen atrás todas las pequeñeces de la vida que son de importancia aparente, hombres que vuelvan en sí hacia una nueva tarea, que dispongan del valor, que puedan ya atestiguar por su apariencia, que nada desean tener con todas las imaginaciones de eterno ardor y disolvencia que envenenan la vida popular.

Por otra parte, en el convencimiento que es necesario ejercitar en pequeño lo que se hará más tarde, este joven movimiento debe decidirse valeroso por sus caudillos luchadores; esperemos que un día la totalidad del pueblo alemán se decida por la disciplina de la cual sabemos que es única capaz de formar un pueblo fuerte e indestructible.

La fe en la conducción, en la autoridad, que hemos mil veces experimentado por la historia, es sólo capaz de levantar a un pueblo sobre las masas absurdas y dementes hacia un nuevo ideal. Hemos intentado educar al movimiento dentro del espíritu que debía tener Alemania, y antes que nada en los SA y después al segundo grupo los SS que representan el espíritu de nuestro frente.

Nuestro triunfo lo debemos a nuestra constancia y de ello debemos también tomar lección para el porvenir. El año 1932 parecía habernos acumulado una lucha excesiva; queríamos dudar de la justicia, de la providencia, pero no nos dejamos oprimir. Y vino entonces la época en que debíamos decir: ¡no! Y una segunda vez cuando la puerta parecía abierta, de nuevo debimos decir no, de nuevo tuvimos que negarnos, de aquella manera no podía salir adelante.

Hasta que por tercera vez llegó la hora en que se nos dio lo que podíamos y debíamos exigir, la época en que el movimiento Nacionalsocialista penetró en el grandioso período histórico de los acontecimientos trascendentales. Por ello, os doy las gracias a vosotros, que habéis permanecido fieles y valientes a mis espaldas.

Las exigencias que dirijo hoy a mis camaradas son las de siempre. Hay dos grandes tareas a realizar. Después de haber conquistado el poder, debemos conquistar al pueblo alemán. Las masas de nuestros millones de conciudadanos trabajadores deben conquistarse para la nueva comunidad a fin de que, de los 6.000.000 de hombres se llegue a ocho o diez millones.

La nueva generación debe aceptar grandes sacrificios a fin de enmendar los daños causados por las generaciones anteriores.

El ejército pardo no caerá en el olvido ni con el transcurso de los siglos.

Si permanecéis en el futuro fieles y obedientes a mis espaldas, ninguna fuerza del mundo será capaz de aniquilar a este movimiento. Seguiremos nuestro camino de victoria y el valor, la obediencia y disciplina mostrados por nuestros camaradas muertos será para nosotros una consigna. Marcharemos en la historia como las tropas de asalto del resurgimiento alemán. ¡Marchamos hacia un gran destino!

El pueblo alemán en alas de la revolución nacional, solicita nuevamente su derecho al Todopoderoso Creador; sabemos que este movimiento es portador del más gran legado que existe, y demostraremos también que poseemos la dignidad para esta gigantesca empresa. Los que lucharon 14 años con honor no podrán jamás ser deshonrados; este es el voto que ofrendamos en conmemoración de los caídos por nosotros y por Alemania.

Heil a los SA y SS, artífices del triunfo del movimiento Nacionalsocialista.

DISCURSO EN EL SPORTPALAST DE BERLÍN

(10 de Febrero de 1933)

Compatriotas, hombres y mujeres alemanes:

El 30 de Enero de este año ha sido formado el nuevo gobierno de concentración nacional. Con ello ha entrado el Movimiento Nacionalsocialista y yo en el poder. Con ello se han logrado los objetivos por los que luchamos el pasado año.

La República de Weimar fue la que empezó el crimen de la inflación, y después de esta ira de robos, con ayuda de su Ministro Hilferdings empezó el desbarajuste espantoso. Porcentajes de incrementos imposibles, los cuales ningún estado hubiera aceptado, son el pan de cada día de la República en su sistema social. Y con ello empieza la destrucción de la producción. La destrucción mediante esas teorías marxistas de mercado y la anormalidad en nuestra política de impuestos, la cual hará el resto. Entonces vemos como todo se derrumba paso a paso. Como poco a poco se apagan miles de existencias desesperadas. Como año tras año aumentan las suspensiones de pago. Como se celebran cientos de miles de subastas obligatorias. Los puestos de trabajo se van a pique, no se puede seguir existiendo. Ello llega a las ciudades. El ejército de parados empieza a crecer: Un millón, dos, tres, cuatro millones, seis millones, hoy, ciertamente, deben de ser ya siete u ocho millones. Han destruido todo lo que podían destruir con su trabajo durante 14 años, en los cuales no han sido interrumpidos por nadie. Hoy puede apreciarse todo este sufrimiento con una sola comparación. Un País, Turingia. Los ingresos totales de sus comunidades son de 26 millones de marcos. De esta cantidad tienen que sacar para su organización, conservación de monumentos, todo lo que han de gastar las escuelas para utensilios de enseñanza. Deben sacar también para sus necesidades en obras benéficas. 26 millones de ingresos totales, y solamente para estas obras benéficas hacen falta 45 millones. Así está hoy la situación en Alemania bajo el régimen de los partidos, los cuales han arruinado durante 14 años a nuestro pueblo.

Sólo podemos preguntarnos: ¿Durante cuanto tiempo todavía? Por esto, porque estoy convencido de que ahora, si no se quiere llegar tarde, hay que empezar por la salvación, por esto me he declarado de acuerdo, el 30 de Enero en utilizar al Movimiento que creció de 7 hombres a 12 millones, para salvar a nuestra patria y a nuestro pueblo alemán.

Nuestros contrarios preguntan ahora por nuestro programa. Mis compatriotas, yo podría hacerles a ellos la misma pregunta. ¿Dónde ha estado vuestro programa? ¿Queríais hacer lo que habéis hecho con Alemania? ¿Era este vuestro programa? ¿O no queríais esto? ¿Quién os impidió hacer lo contrario? De repente no quieren acordarse de que han tenido el poder durante 14 años.

Pero nosotros se lo recordaremos, nosotros seremos al mismo tiempo los fiscales. Y nos preocuparemos de que su conciencia no se derrumbe, que sus recuerdos no se nublen. Si ellos dicen: "Díganos su programa detallado", entonces solo les puedo dar como respuesta: “En todos los tiempos, hubiera sido suficiente un programa, con pocos pero concretos puntos para un régimen. Después de vuestra destrucción, hemos de reestructurar por completo al pueblo alemán, igualmente como fue destruido hasta su base. ¡Este es nuestro programa!".

Y aquí se levantan ante nosotros una serie de grandes compromisos, el mejor y, por tanto, primer punto de nuestro programa: No queremos mentir y no queremos engañar. Desde el principio rehuí presentarme ante el pueblo y hacerle promesas baratas. Nadie puede levantarse para testificar contra mí sobre que alguna vez haya dicho que el resurgir de Alemania es cosa de pocos días. Siempre y siempre predije: El levantamiento de la nación alemana es volver a recuperar la fuerza y salud interior del pueblo alemán.
Así como yo he trabajado durante 14 años, sin interrupción y sin perder la esperanza en la construcción de este Movimiento, y así como a mí me ha sido posible hacer de siete personas, doce millones, así quiero y queremos construir y trabajar por el levantamiento de nuestro pueblo alemán. Así como este Movimiento hoy ha sido encargado de tomar el mando del Reich alemán, así volveremos a llevar algún día a este Reich alemán hacia la vida y hacia la grandeza. Estamos decididos a no dejarnos interrumpir por nada.

Así llegamos al segundo punto de nuestro programa. No les quiero prometer que este levantamiento de nuestro pueblo llegue por sí mismo. Queremos trabajar pero el pueblo ha de ayudar. No se ha de pensar nunca que, de pronto, libertad, felicidad y suerte, sean un regalo del cielo. Todo tiene sus raíces en la propia voluntad, en el propio trabajo.

Y, en tercer lugar, queremos dejar guiar todo nuestro trabajo por el conocimiento. No creemos nunca en la ayuda ajena, nunca la ayuda se encuentra en el exterior de nuestra nación. Solamente en sí mismo está el futuro de nuestro pueblo. Solamente nosotros mismos levantaremos a este pueblo alemán con propio trabajo, con propia eficacia, con propia constancia, entonces volveremos a subir. Igual que los Padres de Alemania, no por ayuda ajena, sino por sí mismos, la hicieron grande.

En el cuarto punto de nuestro programa, no queremos hacer esta reestructuración basándonos en teorías que inventó algún raro cerebro, sino bajo leyes eternas que siempre tienen validez. No en teorías de clase, no en puntos de vista de clase. Estas leyes las resumimos bajo el quinto punto de nuestro programa:

Las bases de nuestra vida están en los valores que nadie nos puede robar, a excepción de nosotros mismos. Ellos son nuestra carne y nuestra sangre, nuestra voluntad y nuestra tierra. Pueblo y tierra, estas dos son las raíces de las que sacaremos nuestra fuerza, y sobre las cuales construiremos nuestros proyectos.

Y así llegamos al sexto punto, meta de nuestra lucha. El mantenimiento dé nuestro pueblo y de su tierra, el mantenimiento de este pueblo en el futuro con el conocimiento que solamente él puede darnos un verdadero sentido por la vida. No vivimos para las ideas, no para las teorías, no para los programas de partidos fantásticos. No. Vivimos y luchamos por el pueblo alemán, para el mantenimiento de su existencia, para realizar su propia lucha en la vida. Y estamos convencidos de que solamente de esta forma, podemos ayudar a aquello que otros tanto quieren poner en primer lugar: La paz mundial.

Esta siempre tiene las mismas bases. Pueblos fuertes, los cuales la desean y protegen.

Una cultura mundial se construye sobre la cultura de las naciones y de los pueblos. Un mercado mundial, solamente es posible por medio de un mercado de naciones individuales sanas. Partiendo de nuestro pueblo, levantaremos una piedra en la reestructuración del mundo.

El siguiente punto dice: Porque vemos en el mantenimiento del pueblo y de su lucha por la vida nuestra mayor meta, hemos de hacer desaparecer las causas de nuestra destrucción y para ello, reconciliar a las clases alemanas.

Una meta que no se consigue en seis semanas ni en cuatro meses, habiendo trabajado otros 70 años en su destrucción. Pero es una meta que no debemos perder nunca de vista, mientras trabajemos por reconstruir esta comunidad, debemos hacer desaparecer, poco a poco las causas de esta destrucción.

Los partidos de la lucha de clases han de convencerse de que, mientras Dios me dé vida; haré todo lo posible para destruirlos con todas mis fuerzas y con toda mi voluntad. Nunca, nunca, abandonaré este deber: Hacer desaparecer al marxismo y sus sicarios de Alemania. Y jamás estaré dispuesto en esto a llegar a un compromiso.

Alguien debe ser el vencedor: O el marxismo o el pueblo alemán. ¡Y Alemania ganará!

Mientras reconciliamos a las clases queremos volver a llevar, directa o indirectamente, a este pueblo alemán, unido hacia las fuentes eternas de su fuerza. Queremos educarles desde la infancia, para hacerles creer en Dios y para hacerles creer en su pueblo. Queremos reestructurar el campesinado como base de nuestro pueblo.

Luchar por el futuro alemán es luchar por la mina alemana y por el campesino alemán. Él nos alimenta, él ha sido el sufrimiento eterno durante miles de años y él debe ser mantenido.

Sigo hacia el segundo pilar de nuestro pueblo: Hacia el trabajador alemán. El que en el futuro ya no será un extraño. No lo debe ser para el Reich alemán, y al cual le abriremos las puertas para que pueda entrar en la comunidad del pueblo alemán como base de la nación.

Queremos asegurar al espíritu alemán la posibilidad de su desarrollo, queremos que reaparezca la personalidad con todo su valor, la fuerza de creación. Con esto queremos acabar con una democracia podrida, y en su puesto queremos colocar el conocimiento eterno. Todo lo que es grande solo puede nacer de la fuerza de la personalidad individual. Lucharemos contra la aparición de un nuevo sistema parlamentario-democrático. Y así pasamos, enseguida, al punto doce: La reaparición de la limpieza en nuestro pueblo. Junto a esta limpieza en todos los campos de nuestra vida; la limpieza de nuestra organización, la limpieza de nuestra vida social, la limpieza de nuestra cultura, también queremos la restauración del honor alemán y del respeto ante él. Queremos crear en los corazones el conocimiento hacia la libertad; pero también queremos hacer feliz a nuestro pueblo con la verdadera cultura alemana, con una arquitectura alemana, con una música alemana, que nos devolverá nuestra alma y queremos despertar con ello el respeto hacia las grandes tradiciones de nuestro pueblo. Despertar el respeto ante las producciones de nuestro pasado, la gran admiración hacia los hombres de la historia. Queremos devolver a nuestra juventud este Reich maravilloso del pasado. Con respeto se han de arrodillar ante aquellos que vivieron antes que nosotros, trabajaron y crearon aquello sobre lo que hoy podemos vivir.

Y queremos educar a esta juventud en el respeto hacia aquellos que un día dieron el mayor sacrificio por la vida de nuestro pueblo y su futuro. Lo peor que se ha hecho en estos catorce años ha sido que dos millones de muertos fueron engañados en su sacrificio. Y estos dos millones han de levantarse ante los ojos de nuestra juventud, como eternos guardianes, para vengarlos.

Queremos educar a nuestra juventud en el respeto hacia nuestra vieja armada. Se la debe volver a recordar, a amar. Debe volver a ser la fuerza de nuestra nación, el sentido del esfuerzo que ha realizado nuestro pueblo durante su historia.

Este programa será el programa de la reestructuración nacional en todos los campos de la vida, rechazando cada uno que atentara contra la nación.

Hermano y amigo para todos es el que quiere ayudar a luchar para el levantamiento de su pueblo, de nuestra nación. Con ello quisiera daros la última consigna, mis compatriotas:

El 30 de Enero tomamos el poder. Muchos peligros acechan a nuestro pueblo. ¡Los queremos evitar y los evitaremos! A pesar de muchas sonrisas, podremos hacer desaparecer a este contrario. Y así también acabaremos con las causas de su régimen. Para poder tranquilizar a Dios y a nuestra conciencia, nos hemos vuelto a entregar al pueblo. Él nos ha de ayudar. Si este pueblo nos abandona ahora, entonces, no nos mantendremos. Iremos por el camino para que el pueblo alemán no se pudra.

Pero queremos que la reestructuración del pueblo alemán no se identifique solamente con algunos nombres y personas, sino que esté enlazada con el nombre del propio pueblo alemán. Que no sea solo el régimen quien trabaje, sino que detrás se encuentre una masa de millones que, ayudados de su fuerza, quieran reforzarse a sí mismos y ayudarnos a nosotros en esta gran obra.

Sé, que si hoy se abrieran muchas tumbas, los espíritus del pasado, aquellos que lucharon y murieron por Alemania, saldrían y detrás nuestro estaría su sitio.

Todos estos grandes hombres de nuestra historia, sé que hoy están detrás de nosotros y ponen sus miradas en nuestra obra y en nuestro trabajo.

Durante 14 años los partidos de la destrucción y de la Revolución de Noviembre, han desecho y destruido a nuestro pueblo. Tengo derecho, entonces, a presentarme ante la nación y decirle: Pueblo alemán, danos cuatro años y, entonces, juzga por ti mismo. Pueblo alemán, danos cuatro años y, juro, que así como he ocupado este puesto así lo dejaré. No lo hice por un sueldo o por dinero, ¡lo hice por ti mismo!. Ha sido la decisión más difícil de mi vida. La he tomado porque estoy convencido de ello. He tomado esta decisión porque estoy seguro que no se puede esperar más. He tomado esta decisión, porque estoy convencido de que, al fin, nuestro pueblo volverá a recobrar el sentido común y que, aunque millones todavía nos odien, llegará la hora en que marcharán detrás de nosotros, porque comprenderán que verdaderamente representamos lo mejor y que no tuvimos jamás otra meta ante los ojos que servir a aquello, que es para nosotros lo más grande del mundo.

No puedo apartarme de la fe en mi pueblo; no puedo alejarme del convencimiento de que esta Nación volverá de nuevo a superarse, no puedo desprenderme del cariño hacia este pueblo mío. Y abrigo firmemente la convicción de que, llegará el momento en que estos millones que actualmente nos odian, estarán detrás de nosotros para saludar en nuestra unión, al nuevo Reich creado en común, conquistado con fatigas y logrado con amarguras; el nuevo Reich alemán de la grandeza, el honor, la fuerza y la justicia. ¡Amén!

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL REICH VON HINDEMBURG, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO REICHSTAG EN LA IGLESIA DE LA GUARNICIÓN DE POSTDAM

(21 de Marzo de 1933)

Por mi decreto del 1 de Febrero de este año dispuse la disolución del Reichstag, al objeto de que el pueblo alemán pudiera pronunciarse directamente sobre el nuevo gobierno de concentración nacional. En las elecciones para el Reichstag del 5 de Marzo nuestro pueblo dio una clara mayoría a ese Gobierno llamado al poder por mi confianza y con ello le procuró la base constitucional para su labor.

Difíciles y diversas con las tareas que les aguardan, a Vd. señor Canciller y a Uds. Señores Ministros del Reich, en política interior y en política exterior, en la economía nacional y en el plano internacional. Habrán de resolverse graves cuestiones y deberán ser tomadas decisiones importantes. Me consta que tanto el Canciller como el Gobierno acometerán la solución de estos problemas con firme voluntad y espero de Uds. los miembros del nuevo Reichstag, que, reconociendo la realidad de la situación y sus necesidades, se coloquen detrás del Gobierno y pongan cuanto esté de su parte para facilitarle su labor.

El lugar donde nos encontramos hoy reunidos nos invita a volver nuestras miradas hacia la vieja Prusia que, inspirándose en el temor de Dios, se hizo grande gracias al trabajo y al cumplimiento del deber, a su valor nunca desmentido y a su patriotismo acrisolado, y realizó sobre esta base la unidad de los pueblos germánicos. Ojalá que el viento del viejo espíritu de este lugar de gloria anime también a la generación presente y nos haga libres del egoísmo y de la discordia partidista para unirnos y llevarnos hacia el recobramiento de una conciencia nacional y hacia la renovación espiritual en beneficio de una Alemania unida, libre, digna y grande.

Con la expresión de este deseo saludo al Reichstag en el comienzo de la nueva legislatura y cedo la palabra al Sr. Canciller.

DISCURSO DE ADOLF HITLER CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO REICHSTAG EN LA IGLESIA DE LA GUARNICIÓN DE POSTDAM

(21 de Marzo de 1933)

¡Señor Presidente del Reich! ¡Señoras y señores, diputados del Reichstag!

Desde hace años vive nuestro pueblo bajo el peso de hondas preocupaciones.

Después de un período de orgullosa ascensión, de florecimiento y de prosperidad en todos los aspectos de nuestra vida, han vuelto a penetrar en nuestro país, como tantas otras veces en el pasado, la miseria y la pobreza.

A pesar de su industria y amor al trabajo, de su decisión, de su inteligencia y buena voluntad, buscan en vano millones de alemanes el pan de cada día.

La vida económica languidece, la hacienda está desorganizada, millones de hombres carecen de trabajo.

El mundo sólo conoce el aspecto externo de nuestras ciudades, pero no ve las miserias y calamidades.

Dos mil años hace que nuestro pueblo vive acompañado de ese incierto destino. A las pocas épocas de prosperidad siguen una y otra vez las de decadencia. Las causas fueron siempre las mismas. Dominado por la descomposición interna, dividido espiritualmente, disperso en la voluntad y, por lo tanto, impotente para la acción, el pueblo alemán se encuentra desprovisto de energías para afirmar su propia existencia. Sueña con la justicia en un mundo ideal y pierde el contacto con la realidad.

Pero cuanto mayor es la decadencia del pueblo y del Estado y más débil, por consiguiente, la defensa y protección de la vida nacional, con tanta mayor fuerza se ha procurado siempre hacer de la pobreza una virtud. La teoría del valor peculiar de cada uno de los grandes linajes o familias germánicas era como un obstáculo para llegar al reconocimiento de la necesidad de formar una voluntad común. Finalmente no les quedaba a los alemanes más camino abierto que el de la exploración de su propio espíritu. Pueblo de músicos, de poetas y pensadores, soñaba en un mundo que para los demás pueblos era la realidad misma y únicamente ante los embates sin piedad de la miseria y de la desgracia, llegaba a surgir de la emoción artística la nostalgia de un nuevo impulso, de una nueva afirmación nacional y, con ello, de una vida nueva.

Cuando a las ansias intelectuales de la nación alemana hizo seguir Bismarck la unidad política, pareció que había de haber terminado para siempre el largo período de discordias y guerras civiles entre alemanes. Fiel a la proclama del Emperador, nuestro pueblo contribuyó a fomentar los bienes de la paz, de la cultura y de la civilización humana. El sentimiento de su fuerza estuvo siempre unido a la responsabilidad profundamente sentida por la vida común de las naciones europeas.

Esta época de unidad política y militar de los pueblos alemanes coincide con los comienzos de un proceso ideológico de disolución de la conciencia nacional, cuyas funestas consecuencias se hacen sentir todavía.

Y esta decadencia interna de la nación se convirtió una vez más, como tantas otras, en aliada del mundo exterior. La revolución de Noviembre de 1918 terminó un combate al cual la nación alemana acudió llevada por el sacratísimo convencimiento de que con ello no hacía más que defender su libertad y su derecho a la vida.

La culpabilidad de Alemania en la guerra es una calumnia, porque ni el Emperador ni el Gobierno, ni el pueblo habían querido la guerra. Únicamente la caída de la nación, el desmoronamiento general, pudieron obligar a una generación débil a aceptar contra su leal deber y su sagrado convencimiento la imputación de nuestra culpabilidad.

Este derrumbamiento fue seguido de la decadencia en todos los órdenes. Moral y materialmente, intelectual y económicamente, nuestro pueblo descendió cada día más bajo.

Y lo peor de todo fue la destrucción de la fe en la propia tuerza, la degradación de nuestras tradiciones y, con ello, la ruina de toda base firme para la confianza.

Crisis interminables han trastornado desde entonces la vida de nuestro pueblo.

Pero la felicidad y la riqueza del resto del mundo no han aumentado tampoco por el hecho de que haya quedado política y económicamente roto un eslabón esencial en la comunidad de los Estados.

De la extravagante teoría que pretende perpetuar la noción de vencedores y vencidos surgió la locura de las reparaciones y a consecuencia de ella la catástrofe de la economía mundial.

Mientras de este modo el pueblo y la nación alemana se hundían en la división y en las discordias internas y la vida económica marchaba hacia la ruina, empezaba por otra parte la nueva concentración de los alemanes que, animados por la fe y la confianza en sí mismos, trataban de formar una nueva comunidad.

A esa joven Alemania confiasteis. Vos, Señor Mariscal, el día 30 de Enero de 1933 con generosa decisión, el Gobierno del Reich.

Convencidos de que el pueblo debe dar también su asentimiento al nuevo orden de la vida alemana; los hombres que formamos este Gobierno Nacional acordamos dirigir un último llamamiento a la Nación.

El día 5 de Marzo tomó el pueblo su decisión y, en su mayoría, expresó su adhesión a nuestra causa. En un levantamiento único y en el curso de pocas semanas ha restablecido el honor nacional y gracias a vuestra comprensión, señor Presidente del Reich, ha consumado la unión entre los símbolos de la antigua grandeza y de la energía juvenil.

Al presentarse el Gobierno Nacional, en esta hora solemne por primera vez ante el nuevo Reichstag, anuncia al propio tiempo su voluntad inquebrantable de acometer y llevar a cabo la gran obra de reorganizar él pueblo y el Estado alemanes.

Consciente de actuar como intérprete de la voluntad nacional, espera el Gobierno de los partidos que integran la representación popular, que al cabo de quince años de sufrimientos y miserias sean capaces de superar los estrechos doctrinarismos y dogmas partidistas y se sometan a la férrea ley que la crisis y sus amenazadoras consecuencias a todos nos imponen.

La obra que el destino exige de nosotros ha de elevarse soberanamente sobre la pequeñez y la estrechez de los recursos de la política cotidiana.

Queremos restablecer en la Nación alemana la unidad de pensamiento y de voluntad.

Queremos conservar los eternos fundamentos de nuestra vida, a saber: Nuestra personalidad como pueblo y las energías y valores a ella inherentes.

Queremos ajustar la organización y el Gobierno del Estado a los principios que en todo tiempo fueron condición previa para la grandeza de los pueblos y de las naciones.

Queremos aliar la confianza en las sanas y rectas normas naturales de la conducta con la firmeza en la evolución política tanto interior como exterior. En lugar de las continuas vacilaciones queremos establecer un gobierno firme que devuelva a nuestro pueblo una inquebrantable autoridad.

Nos proponemos tomar en cuenta todas las experiencias que en la vida individual y colectiva, no menos que en la vida económica, hayan demostrado, en el curso de los milenios, su carácter beneficioso para la Humanidad.

Queremos restablecer la primacía de la política, llamada a organizar y dirigir la lucha por la vida de la nación.

Pero queremos también atraernos todas las fuerzas verdaderas, vivas del pueblo, porque en ellas vemos el sostén del porvenir de Alemania y a la vez que nos esforzaremos en unir a todos los hombres de buena voluntad, procuraremos reducir a la impotencia a cuantos pretendan causar perjuicio al pueblo alemán.

Sobre la base de los pueblos germánicos, de sus estamentos y profesiones, de lo que hasta hoy se han llamado clases, queremos fundar una nueva comunidad, con derecho a establecer entre los diversos intereses vitales el justo equilibrio exigido por el porvenir común de todos ellos. Campesinos, burgueses y obreros han de volver a formar un pueblo alemán.

Ese pueblo ha de convertirse en eterno y fiel guardador de nuestras creencias y de nuestra cultura, de nuestro honor y nuestra libertad.

Frente al mundo, y recordando la magnitud de los sacrificios de la guerra, queremos ser sinceros amigos de la paz que cure por fin las heridas de todos.

El Gobierno nacional está decidido a llenar la misión aceptada ante el pueblo alemán. Se presenta, por lo tanto, al Reichstag, animado del ferviente deseo de encontrar en él un apoyo en el cumplimiento de esta tarea. Procurad, señoras y señores, como representantes elegidos del pueblo, ajustar vuestros actos al espíritu de los tiempos y colaborar a la gran obra de la regeneración nacional.

Entre nosotros se encuentra hoy una anciana testa. Nos levantamos para inclinarnos ante Vos, señor Mariscal.

Tres veces luchasteis en el campo del honor por la existencia y el porvenir de nuestro pueblo.

Como teniente en los ejércitos del Rey y por la unidad alemana, en las legiones del viejo emperador alemán por la gloriosa realización del Reich, y en la mayor de las guerras de todos los tiempos como mariscal de campo por la conservación del Reich y la libertad de nuestro pueblo.

Fuisteis testigo del nacimiento del Reich, de la obra del gran canciller, de la maravillosa ascensión de nuestro pueblo y fuisteis después nuestro conductor en la época extraordinaria cuyas luchas hubimos de vivir nosotros mismos por decreto del destino.

Hoy, señor Mariscal, permite la Providencia que seáis protector del nuevo alzamiento de nuestro pueblo. Vuestra vida maravillosa es para todos nosotros símbolo de la fuerza vital indestructible de la nación alemana. Así os está agradecida la juventud alemana y agradecidos os están también aquellos que estiman vuestro asentimiento a la obra del levantamiento de Alemania como una bendición. Que esta energía logre también comunicarse a la nueva representación de nuestro pueblo, cuya apertura tiene ahora lugar.

Quiera también la Providencia concedernos el valor y la constancia que en este recinto sagrado para todo alemán sentimos en torno a nosotros, hombres que luchamos por la libertad y la grandeza de nuestro pueblo, reunidos al pie de la tumba del más grande de sus Reyes.

DISCURSO DE ADOLF HITLER CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO REICHSTAG

(21 de Marzo de 1933)

Hombres y mujeres del Reichstag alemán:

De acuerdo con el Gobierno del Reich, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y el Partido Nacionalista han tenido la iniciativa de someter a vuestra deliberación una ley para combatir la crisis en el pueblo y en él Reich. Los motivos para esta medida extraordinaria son las siguientes:

En Noviembre de 1918 las organizaciones marxistas se apoderaron mediante una revolución del poder ejecutivo. Los monarcas fueron destronados; las autoridades del Reich y de los “países” depuestas, y de este modo la constitución quebrantada. El logro de la revolución en sentido material libró a los autores de la garra de la justicia. La legitimación moral la buscaban en la afirmación de que Alemania, es decir, su Gobierno, era responsable de la guerra.

Esta afirmación era falsa a todas luces. Pero las consecuencias de estas falsas imputaciones que se movían dentro de los intereses de nuestros antiguos enemigos fueron la opresión violentísima de todo el pueblo alemán y el quebrantamiento de las seguridades que se nos dieron en los 14 puntos de Wilson llevó a Alemania, es decir, al pueblo trabajador alemán a una época de infortunio sin límites.

Cuantas promesas hicieron los hombres que en Noviembre de 1918 se revelaron, si no como extravíos conscientes, como ilusiones no por eso menos condenables. Las "conquistas de la revolución" no fueron, en general, agradables más que para una mínima parte de nuestro pueblo, mientras que para la inmensa mayoría, al menos en cuanto ésta tenía que ganarse el pan cotidiano con su honrado trabajo, fueron de una tristeza infinita. Es comprensible que el instinto de conservación de los partidos y de los hombres culpables de ese proceso, encuentre miles de paliativos y disculpas. La mera comparación de lo conseguido por término medio en los últimos catorce años con las promesas anteriormente proclamadas es aniquiladora para los regidores responsables de ese crimen sin ejemplo en la historia alemana.

En el transcurso de los últimos 14 años ha sufrido nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida una decadencia que apenas cabe imaginar mayor. Teniendo en cuenta los valores de nuestro pueblo alemán, así como el acervo ya existente, político y económico, no puede decirse qué es lo que en ese tiempo podría haber sido peor.

El pueblo alemán, a pesar de su lentitud para la impresión y la toma de posición políticas se ha apartado cada vez más de las ideologías de los partidos y de las sociedades responsables a sus ojos de ese estado de cosas.

Al fin y al cabo, el número de alemanes que sentían íntimamente la constitución de Weimar, no obstante la sugestiva significación y el desconsiderado ejercicio del Poder, no era más que un fragmento de la nación entera.

El signo característico de estos 14 años fue también que -prescindiendo de naturales oscilaciones- la línea evolutiva se dirige constantemente hacia abajo. El deprimente conocimiento de esto fue una de las causas de la desesperación general. Él hizo ver la necesidad de apartarse radicalmente de las ideas, de las organizaciones y poco a poco la causa profunda de nuestra decadencia.

Por eso el movimiento nacionalsocialista a pesar de la más horrible represión, pudo ir ganando cada vez más el espíritu y la voluntad de los alemanes para la lucha defensiva. En pocas semanas, y en unión de las demás sociedades nacionales, apartó las fuerzas que dominaban desde Noviembre de 1918 colocando mediante una revolución el Poder público en manos del Gobierno Nacional. El 5 de Marzo dio el pueblo alemán su asentimiento a este acto.

El programa de la reconstrucción del pueblo y del Reich se desprende de la magnitud de la crisis de nuestra vida política, moral y económica. Penetrado del convencimiento de que este desmoronamiento tiene sus causas en males internos de nuestro organismo nacional, la finalidad del Gobierno de la revolución nacional es alejar de nuestra vida popular aquellos achaques que pudieran impedir en lo futuro aquella verdadera resurrección.

La decadencia de la nación en incontables y opuestas ideologías, sistemáticamente provocada por el error marxista, supone la destrucción de la base de toda posible Comunidad de vida.

La disolución ataca todos los fundamentos del orden social. La completa contraposición de unos a otros en cuanto a los conceptos de Estado, sociedad, religión, moral, familia, economía, abre diferencias que conducen a la guerra de todos contra todos.

Partiendo del liberalismo del siglo pasado, este proceso encuentra naturalmente su término en el caos comunista.

La movilización de los instintos primitivos lleva a una conexión entre las concepciones de una idea política y los actos de verdaderos criminales. Empezando por los saqueos, los incendios, los siniestros ferroviarios, los atentados, etc. todo encuentra en la idea comunista su sanción moral.

Sólo los métodos de terrorismo individual de la masa han costado en pocos años al movimiento nacionalsocialista más de 350 muertos y decenas de miles de heridos.

El incendio del Reichstag, abortado intento de una vasta acción, no es más que un signo de lo que Europa tendría que esperar del triunfo de esa diabólica doctrina.

Si hoy determinada prensa, especialmente fuera de Alemania pretende identificar con esta infamia el levantamiento nacional en Alemania, conforme a la falsedad política que el comunismo elevó a principio, esto no puede hacer más que robustecerme en mi resolución de no omitir nada, para que, con la mayor rapidez, se expíe este crimen con la ejecución pública del incendiario culpable y de sus cómplices.

Ni el pueblo alemán ni el resto del mundo se han dado suficiente cuenta de las proporciones que tenía la acción premeditada por esa organización. Sólo la fulminante intervención del Gobierno impidió una evolución que de haber tenido una salida catastrófica hubiera conmovido a toda Europa. Muchos de los que hoy fraternizan, dentro y fuera de Alemania, con los intereses del comunismo, por odio al resurgimiento nacional, hubieran sido ellos mismos víctimas de semejante evolución.

La suprema misión del Gobierno nacional será extirpar por completo y eliminar de nuestro país este fenómeno, no sólo en interés de Alemania, sino en interés del resto de Europa.

El Gobierno nacional no perderá de vista que no se trata aquí del problema negativo de esas organizaciones, sino de la labor positiva de ganar al obrero alemán para el Estado nacional. Sólo el restablecimiento de una verdadera comunidad del pueblo que se alce sobre los intereses y las diferencias de estados y de clases puede a la larga privar de base de sustentación a esos extravíos del espíritu humano. La formación de ese frente ideológico del cuerpo nacional alemán es tanto más importante cuanto que sólo él hace posible el mantenimiento de relaciones amistosas con las potencias extranjeras, sin consideración a las tendencias o a los principios ideológicos imperantes en ellas, ya que la extirpación del comunismo en Alemania no es una cuestión privada alemana. El resto del mundo puede tener también en ello un gran interés, pues la explosión de un caos comunista en el espesamente poblado Reich alemán acarrearía consecuencias políticas y económicas, especialmente en el resto de la Europa occidental, cuyas proporciones son inimaginables. El interno desmoronamiento de nuestra comunidad popular condujo necesariamente a un debilitamiento cada vez más grave de la autoridad del alto mando del Estado. La depresión del prestigio del Gobierno, resultante necesaria de ese Estado interno de incertidumbre, llevó a diferentes partidos en algunas regiones ideas incompatibles con la unidad. Con toda consideración a las tradiciones de las regiones no puede uno desechar el acerbo conocimiento de que el grado de fraccionamiento de la vida pública en el pasado no sólo no fue provechoso para nuestro pueblo frente al mundo y frente a la vida, sino que fue verdaderamente pernicioso.

No es misión de un Gobierno superior entregar posteriormente las formaciones orgánicas al principio teórico de un unitarismo desenfrenado. Pero es su deber poner fuera de toda duda esa unidad de espíritu y de voluntad del mando de la nación y, de este modo, la idea del Reich en sí.

La prosperidad de nuestros municipios y regiones, necesita, como la existencia de cada individuo alemán, la protección del Estado. Por consiguiente, el Gobierno del Reich no se propone eliminar las regiones con una ley de poderes discrecionales. Pero adoptará aquellas medidas que, de ahora y para siempre, garanticen igualdad de intención política en el Reich y en las regiones. Cuanto mayor sea el acuerdo de espíritus y de voluntades, tanto menor interés tendrá en lo sucesivo el Reich en forzar la vida particular de cada región cultural y económicamente. Completamente imposible es esa mutua denigración que se presentó en los últimos tiempos entre Gobiernos del Reich y de los países valiéndose del moderno instrumento de la propaganda popular. No soportaré, en ningún caso, y el Gobierno del Reich adoptará todas las medidas para que, en lo sucesivo, no haya ministros de Gobiernos alemanes que a la faz del mundo, en asambleas públicas e incluso utilizando la radiotelefonía, se acusen o se denigren

mutuamente.

Conduce también a un total desprecio de las corporaciones legislativas a los ojos del pueblo el que, aun en tiempos normales, en el espacio de cuatro años, ya en el Reich, ya en las diferentes regiones, haya sido llamado el pueblo a las urnas 20 veces. El Gobierno del Reich encontrará modo de conseguir que la expresión de la voluntad de la nación hecha una vez para el Reich y para las regiones produzca consecuencias uniformes. Una amplia reforma del Reich no será más que el resultado de una evolución vital. Su finalidad debe ser la construcción de una constitución que funda la voluntad del pueblo con la autoridad de un mando verdadero. La legitimación de una reforma constitucional semejante procederá del pueblo mismo.

El Gobierno de la revolución nacional considera como su deber fundamental, respondiendo al sentido del voto de confianza que el pueblo le dio, alejar del influjo en la conformación de la vida nacional aquellos elementos que premeditadamente la niegan. La igualdad teórica ante la ley no puede llevar a tolerar en nombre de ella a los que por principio menoscaban las leyes e incluso a entregarles la libertad de la nación en nombre de doctrinas democráticas. El Gobierno, empero, reconocerá la igualdad ante la ley de todos aquellos que se alisten contra ese peligro detrás de los intereses nacionales en el frente de nuestro pueblo y no fallen en el apoyo al Gobierno.

Desde luego nuestra inmediata tarea será la de llamar a la responsabilidad a los directores espirituales de esas tendencias aniquiladoras y la de salvar, en cambio, a las víctimas seducidas.

En los millones de obreros alemanes que reverencian esas ideas de insensatez y de suicidio vemos especialmente el resultado, y no otra cosa, de una imperdonable debilidad de los Gobiernos anteriores que no impidieron la difusión de ideas cuya realización práctica sometieron a castigo ellos mismos. El Gobierno no se dejará extraviar por nadie en la resolución de resolver este problema. Ahora es cuestión del Reichstag tomar por su parte una posición franca. Esto no modifica en nada la suerte del comunismo y de las organizaciones que fraternizan con él. El Gobierno Nacional no inspira para ello sus medidas bajo otro ángulo que el de precaver de una miseria sin nombre al pueblo alemán y. ante todo, a sus millones de hombres trabajadores.

Por eso el Gobierno Nacional, ante este estado de cosas, considera por ahora la cuestión de una restauración monárquica como fuera de discusión. El intento de resolver este problema por sí mismo en alguna región sería considerado como un ataque a la unidad del Reich y se procedería en consecuencia.

Al mismo tiempo que esta desinfección política de nuestra vida pública procurará el Gobierno del Reich un enérgico saneamiento moral del pueblo.

Todo el aparato educativo, teatro, film, literatura, prensa, radiodifusión, servirá de medio para este fin y será considerado como conviene. Todos tienen que servir para el mantenimiento de los valores eternos que viven en la esencia de nuestro pueblo. El arte será siempre expresión y espejo de la aspiración y de la realidad de una época. La contemplación burguesa lleva rápido camino de desaparecer en el mundo. El heroísmo se alza apasionadamente como venidera personificación y venidero guía de destinos políticos. Es misión del arte la de ser expresión de ese determinante espíritu de la época. La sangre y la raza volverán a ser fuentes de la intuición artística. Misión del Gobierno es la de procurar que, precisamente en un tiempo de restringido poder político, encuentren imperiosa expresión cultural los íntimos valores vitales y la voluntad de vida de la nación. Esta resolución obliga a la reconocida admiración de nuestro gran pasado. En todos los terrenos de nuestra vida histórica y cultural hay que echar puentes que vayan del pasado al futuro. La veneración de los grandes hombres hay que grabarla otra vez en la juventud alemana como santo legado. Al decidir el Gobierno proceder a la desinfección política y moral de nuestra vida pública, crea y fija las premisas para una profunda y verdadera vuelta a la vida religiosa.

Las ventajas de índole político-personal que pudieron resultar de compromisos con organizaciones ateístas no compensan ni con mucho las consecuencias que se hacen patentes en la destrucción de valores morales de todos.

El Gobierno nacional ve en las dos confesiones cristianas los factores más importantes para el mantenimiento de nuestro pueblo. El Gobierno nacional respetará los acuerdos concertados entre ellas y las regiones.

Sus derechos no serán conculcados. Pero el Gobierno nacional espera que a la inversa, la labor que el Gobierno se ha asignado en la renovación nacional y moral de nuestro pueblo encuentre el mismo

acatamiento. Ante las demás confesiones se presentará con imparcial justicia. No puede, empero, tolerar que la pertenencia a una determinada confesión o a una raza determinada pueda constituir una liberación de obligaciones legales de la generalidad o incluso una carta abierta para cometer o tolerar delitos impunemente. La preocupación del Gobierno es la sincera colaboración entre la Iglesia y el Estado; la lucha contra una ideología materialista en pro de una verdadera comunidad popular sirve a los intereses de la nación alemana lo mismo que el bien de nuestra fe cristiana.

Nuestro derecho debe servir en primer término al mantenimiento de esa comunidad popular. A la inamovilidad de los jueces por una parte ha de corresponder elasticidad de fallo en beneficio de la sociedad. No el individuo sino el pueblo debe ser centro de la preocupación legal.

La traición al país y al pueblo debe ser en el futuro extirpada con toda desconsideración.

El terreno sobré el que se asienta la justicia no puede ser otro que el terreno sobre el que se asienta la nación. Por eso no debe aquella perder nunca de vista la gravedad de la resolución de quienes son responsables de la conformación de la vida de la nación bajo el duro dictado de la realidad.

Grandes son también los cometidos del Gobierno nacional en el terreno de la vida económica.

Aquí determinará una ley toda la acción; el pueblo no vive para la economía y la economía no existe para el capital, sino que el capital sirve a la economía y la economía al pueblo.

Por principio el Gobierno no defenderá los intereses del pueblo alemán por el rodeo de una burocracia económica oficialmente organizada, sino mediante el vivo fomento de la iniciativa privada y mediante el reconocimiento de la propiedad.

Entre la intención productiva, por una parte, y el trabajo productivo, por otra, hay que establecer una justa compensación. La administración debe respetar con el ahorro los frutos de la capacidad, de la aplicación y del trabajo. El problema de nuestras finanzas públicas no es, en último extremo, más que el problema de una administración económica. La preconcebida reforma fiscal debe conducir a una simplificación en el reparto y de este modo a una disminución de gastos y de cargas. Por principio hay que levantar el molino de los impuestos en la corriente y no en el manantial. Estas medidas determinarán una aminoración de las cargas mediante la simplificación de la administración. Esta reforma fiscal que ha de realizarse en el Reich y en las regiones no es una cuestión del momento, sino de un tiempo que señalarán las exigencias. El Gobierno, por principio evitará experimentos con la moneda.

Pero ante todo, nos encontramos frente a dos tareas económicas de primer rango. La salvación del campesino alemán debe llevarse a cabo a cualquier precio.

El aniquilamiento de esta clase en nuestro pueblo tendría las más graves consecuencias imaginables. El restablecimiento de la rentabilidad de la explotación agrícola es posible que sea dura para el consumidor, pero el golpe que se asestaría a todo el pueblo alemán si el campesino se hundiera no puede ni remotamente compararse con esa dureza. Sólo en conexión con la rentabilidad de nuestra agricultura -la cual hay que conseguir por todos los medios- puede resolverse la cuestión de la protección contra el embargo o la liberación de deudas. Si no se consigue esto, el aniquilamiento de nuestro campesino conduciría no sólo al derrumbamiento de la economía alemana en absoluto, sino ante todo al desplomamiento del pueblo alemán. Su saneamiento es además la primera condición para el esplendor de nuestra industria, del comercio interior alemán y de la exportación. Sin el contrapeso del campesino alemán hubiese invadido ya a Alemania la locura comunista, destruyendo así definitivamente la economía alemana. Lo que la economía general, incluso nuestra industria de exportación, debe al sano instinto del campesino alemán no puede pagarse con sacrificios de carácter económico cualesquiera que sean. Por eso en lo sucesivo nuestra gran preocupación será la colonización del suelo alemán.

Por lo demás, el Gobierno nacional se da perfecta cuenta de que la definitiva conjura de la crisis, tanto de

la economía campesina como urbana, depende de la inserción del ejército de los sin trabajo en el proceso de la producción.

Aquí radica la segunda e ingente tarea económica, la cual no puede ser resuelta más que en medio de una paz general imponiendo sanos y naturales principios económicos y cuantas medidas sean necesarias, aunque, por el momento, no puedan aspirar a la popularidad. La procuración de trabajo y el trabajo obligatorio son medidas aisladas en el cuadro del ataque general.

La posición del Gobierno nacional respecto a la clase media es análoga a la que tiene respecto al campesino.

Su salvación no puede lograrse más que dentro de la política económica general. El Gobierno nacional está decidido a resolver esta cuestión a fondo. Reconoce como su misión histórica la de proteger y alentar a los millones de obreros alemanes en la lucha por sus derechos a la existencia. Como Canciller y nacionalsocialista me siento unido a ellos como a antiguos compañeros de mi juventud. La elevación de la capacidad de consumo de esas masas será uno de los medios esenciales de la reanimación económica.

Aun conservando nuestra legislación social, habrá que dar un primer paso para su reforma. Por principio la utilización de toda fuerza de trabajo debe hacerse en servicio de la generalidad. El dejar ociosas millones de horas de trabajo humano es una locura y un crimen que conduce a la depauperación de todos. Cualesquiera que sean tos valores que se creen empleando nuestras fuerzas de trabajo excedentes, pueden representar bienes vitales indispensables para millones de hombres que hoy degeneran en la necesidad y en la miseria. La capacidad organizadora de nuestro pueblo tiene que resolver esta cuestión y la resolverá.

Ya sabemos que la situación geográfica de Alemania, pobre en materias primas, no permite una completa autocracia para nuestro Reich. Hay que repetir insistentemente que nada dista tanto del Gobierno como una hostilidad hacia la exportación. Ya sabemos que necesitamos la conexión con el mundo y que el mercado de productos alemanes en el mundo alimenta a muchos millones de compatriotas.

Sabemos también cuales son las condiciones para un sano intercambio de actividades entre los pueblos de la tierra, pues Alemania estuvo obligada durante años a actividades que no tenían reciprocidad. De ahí resulta que la misión de mantener a Alemania como miembro activo del intercambio comercial es no tanto de índole político-comercial como político-financiera. En tanto que no se nos conceda una ordenación de nuestras deudas exteriores, objetiva y proporcionada a nuestras fuerzas, nos veremos desgraciadamente forzados a mantener nuestro régimen obligatorio de divisas. El Gobierno del Reich está también obligado en nombre de éste a mantener las barreras erigidas en las fronteras contra la huida de capitales. Puesto que el Gobierno del Reich se deja guiar por estos principios es de esperar seguramente que la creciente comprensión del extranjero facilite la inclusión de nuestro Reich en la pacífica competencia de las naciones. Para fomentar el tráfico logrando un equilibrio razonable de todos sus intereses se dará a principios del mes próximo el primer paso con una reforma del impuesto sobre automóviles. La conservación de los Ferrocarriles alemanes y su vuelta a manos del Reich -tan rápida como sea posible- es una tarea que nos obliga, no sólo económicamente, sino también moralmente. El Gobierno nacional atenderá celosamente al desarrollo de la comunicación aérea como medio de comunicación pacífica entre los pueblos.

Para toda esta actividad necesita el Gobierno el apoyo, no sólo de las fuerzas de todo el pueblo en general a las cuales está decidido a apelar en grandes proporciones, sino también a la abnegada fidelidad y el trabajo del funcionario profesional. Sólo en urgencia extrema de las finanzas públicas se efectuarán intromisiones y aun entonces la suprema ley de nuestra acción será una estricta justicia.

La defensa de las fronteras del Reich y, por consiguiente, la vida de nuestro pueblo y la existencia de

nuestra economía radica hoy en nuestra Reichswehr que, conforme a las cláusulas impuestas en el tratado de Versalles, hay que considerar como al único ejército verdaderamente desarmado del mundo. A pesar de la pequeñez a que se le sometió y del armamento insuficiente en absoluto el pueblo alemán puede mirar con orgullosa satisfacción a su Reichswehr. En circunstancias gravísimas surgió este pequeño instrumento de nuestra defensa nacional. Su espíritu es el portador de nuestras mejores tradiciones militares. Con rigurosa escrupulosidad cumplió así el pueblo alemán las obligaciones que le impuso el tratado de paz, y en cuanto a los barcos de reemplazo que se nos concedieron para nuestra flota sólo una parte -bien puedo decir desgraciadamente- ha sido construida.

Alemania espera desde hace años inútilmente que los demás cumplan las promesas de desarme que nos hicieron. Es sincero deseo del Gobierno nacional poder prescindir de un aumento del ejército alemán y de nuestras armas en cuanto que el resto del mundo se manifieste inclinado, por fin, a cumplir su obligación de desarmar radicalmente. Porque Alemania no quiere más que los mismos derechos de vida y la misma libertad.

El Gobierno nacional quiere educar al pueblo alemán en este espíritu de voluntad para la libertad. El honor de la nación, el honor de nuestro ejército, el ideal de la libertad deben volver a ser sagrados para el pueblo alemán.

El pueblo alemán quiere vivir en paz con el mundo. Por eso precisamente el Gobierno del Reich propugnará por todos los medios que se ponga término definitivamente a la separación de los pueblos de la tierra en dos categorías. Mantener abierta esta herida lleva al uno a la desconfianza, al otro al odio y, de esta manera, a una inseguridad general.

El Gobierno nacional está dispuesto a tender una mano para una sincera inteligencia a todo pueblo decidido a cerrar de una vez y para siempre el triste pasado. La crisis del mundo no puede desaparecer más que creando los fundamentos de relaciones políticas estables y renaciendo la mutua confianza entre los pueblos.

Para conjurar la catástrofe económica es necesario:

1.- un gobierno autoritario a todo trance en el interior para restablecer la confianza en la estabilidad de las cosas.

2.- un afianzamiento de la paz a largo término echo por las grandes naciones para restablecer la confianza de los pueblos entre sí.

3.- el definitivo triunfo de los principios de la razón en la organización y dirección de la economía, así como una general liberación de reparaciones e imposibles servicios de deudas e intereses.

Desgraciadamente nos encontramos ante el hecho de que la Conferencia de Ginebra a pesar de largas deliberaciones no ha llegado hasta ahora a ningún resultado práctico. La decisión sobre las medidas a adoptar para un verdadero desarme ha sido siempre diferida por la inclusión de cuestiones técnicas y de problemas que no tienen nada que ver con el desarme. Este procedimiento es estéril.

El estado de injusticia que supone el desarme unilateral y la consiguiente inseguridad nacional de Alemania no puede subsistir a la larga.

Reconocemos como indicio de responsabilidad y de buena voluntad que el Gobierno británico haya intentado con su proyecto de desarme llevar finalmente la Conferencia a rápidas resoluciones. El Gobierno del Reich apoyará todos los esfuerzos que tiendan a lograr un efectivo desarme general y satisfagan la reclamación que hace tiempo viene haciendo con justicia Alemania sobre el desarme.

Desde hace 14 años estamos desarmados y desde hace 14 meses esperamos el resultado de la Conferencia del desarme. Aun más vasto es el plan del Jefe del Gobierno italiano que, magnánima y sagazmente, intenta asegurar a toda la política europea una evolución tranquila y consecuente. Concedemos a este plan la más seria significación y estamos dispuestos a colaborar sobre su base con toda seriedad para reunir a las cuatro grandes potencias Inglaterra, Francia, Italia y Alemania en una labor conjunta, pacífica, que animosa y resueltamente ataque los problemas de cuya solución depende la suerte de Europa.

Por esto nos mueve a especial gratitud la comprensiva cordialidad con que en Italia se ha saludado el levantamiento nacional. Deseamos y esperamos que la igualdad de ideales espirituales sea el fundamento para un constante afincamiento de las relaciones amistosas entre ambos pueblos.

Asimismo, el Gobierno del Reich que ve en el Cristianismo el inquebrantable fundamento de la moral y de las buenas costumbres del pueblo, concede grandísimo valor a las amistosas relaciones con la Santa Sede y trata de darles expresión. Respecto a nuestro pueblo hermano, Austria, notamos el sentimiento de participación en sus preocupaciones y en sus necesidades. El Gobierno del Reich siente en sus actos la

conciencia de unión en el destino de todos los pueblos de origen alemán. La posición frente a cada una de las demás potencias extranjeras resulta de lo anteriormente dicho. Pero incluso allí donde las mutuas relaciones están sujetas a dificultades nos afanaremos por allanarlas. Desde luego jamás podrá ser la base de una inteligencia la distinción entre vencedor y vencido.

Estamos, convencidos de que es posible ese allanamiento de dificultades en nuestras relaciones con Francia si los Gobiernos estudian por ambas partes los problemas que les atañen con verdadera amplitud de miras. El Gobierno del Reich está dispuesto a sostener con la Unión Soviética relaciones amistosas provechosas para ambas partes. Precisamente el Gobierno de la revolución nacional se considera en situación de hacer con la Rusia soviética una política positiva. La lucha contra el comunismo en Alemania es una cuestión privada en la cual no toleraremos jamás intromisiones de fuera. Las relaciones internacionales con las demás potencias con las cuales nos unen intereses comunes permanecerán intactas. Nuestra relación con los demás países merecerá también en lo sucesivo nuestra más seria atención, especialmente nuestra relación con los grandes Estados transmarinos, con los cuales está Alemania unida hace tiempo por vínculos amistosos y por intereses económicos.

Lugar especial en nuestro corazón ocupa la suerte de los alemanes que viven más allá de las fronteras del Reich, que están unidos a nosotros por idioma, cultura y costumbres y que luchan penosamente por la conservación de sus bienes. El Gobierno nacional está decidido a defender por todos los medios a su alcance los derechos garantizados internacionalmente a las minorías alemanas.

Saludamos el plan de la conferencia económica mundial y estamos conformes con su próxima celebración. El Gobierno del Reich está dispuesto a colaborar en dicha Conferencia para llegar, por fin, a resultados positivos.

La cuestión más importante es el problema de nuestras deudas exteriores a corto y largo plazo.

La modificación total de las circunstancias en los mercados del mundo requiere una adaptación a ellas. Sólo de una colaboración confiada puede surgir el remedio eficaz para la general preocupación. Diez años de paz sincera serán más provechosos para el bienestar de las naciones que 30 años de atascamiento en los conceptos de vencedores y vencidos.

Para colocarse en situación de cumplir las tareas contenidas en este marco, el Gobierno, por medio de los dos partidos, nacionalsocialista y nacionalista, ha presentado al Reichstag la ley de poderes discrecionales.

Una parte de las medidas proyectadas requiere la mayoría de las modificaciones constitucionales. La realización de esas tareas y su solución es necesaria. Contradiría el espíritu del levantamiento nacional y no bastaría para el fin propuesto que el Gobierno suplicase y ganase de caso en caso el consentimiento del Reichstag para sus medidas. El Gobierno no está guiado aquí del propósito de disolver el Reichstag como tal. Al contrario, se reserva para el futuro dar cuenta al Reichstag de sus medidas o de buscar su aprobación.

Pero la autoridad y el cumplimiento de la misión padecerían si en el pueblo pudiera surgir la duda sobre la estabilidad del nuevo régimen. El Gobierno del Reich considera como imposible en las actuales circunstancias de profunda excitación de la nación otra sesión del Reichstag. Apenas si revolución de tan grandes proporciones transcurrió tan disciplinada y tan incruenta como este levantamiento del pueblo alemán en estas semanas. Mi voluntad y mi firme propósito son procurar también en lo futuro esa tranquila evolución.

Por eso es tanto más necesario que se le conceda al Gobierno nacional aquella soberana posición, única adecuada en un tiempo como éste para impedir toda otra evolución. El Gobierno no hará de esa ley facultativa más uso que el necesario para llevar a cabo las medidas vitalmente necesarias. No está amenazada ni la existencia del Reichstag ni la del Consejo de Estado. La función y los derechos del Presidente del Reich quedan intactos. La suprema misión del Gobierno será siempre la de conseguir la interna conformidad para sus fines. La existencia de las regiones no está anulada. Los derechos de las

Iglesias no sufrirán menoscabo ni variará su posición respecto al Estado. El número de casos en los que haya necesidad interna para recurrir a tal ley es escaso en sí. Tanto más, sin embargo, insiste el Gobierno en la aprobación de la ley. El Gobierno brinda a los partidos del Reichstag la posibilidad de una evolución pacífica y de una inteligencia en el futuro resultante de ella. Pero el Gobierno está también dispuesto y decidido a aceptar la notificación de la negativa y con ello el reto de oposición. Ahora, señores, elegid vosotros mismos entre la paz y la guerra.

DISCURSO EN LA CÁMARA ALTA ANTE LA AGRICULTURA ALEMANA

(5 de Abril de 1933)

¡Señor Presidente! ¡Señores!:

Si podemos celebrar hoy otra sesión bajo la bandera negro-blanco-roja y bajo el símbolo del renacimiento nacional en Alemania es quizá porque el campesino alemán ha tomado grandísima parte en este nuevo curso histórico de nuestro Destino. Se habla tanto de los motivos que determinan individualmente las acciones de los Gobiernos y se olvida que todas las medidas adoptadas en ciertos tiempos tienen una misma raíz. Las acciones de años que están detrás de nosotros han partido también de una raíz y, exactamente ocurrirá con las de aquel tiempo que yace ante nosotros, que también de una raíz tendrán que partir.

Al hablar aquí en nombre del Gobierno nacional, quiero hablar de la tendencia de que éste necesita. Nos llamamos hoy un Gobierno del levantamiento alemán, de la revolución nacional. Queremos decir con ello que este Gobierno se siente y considera conscientemente como una representación de los intereses del pueblo alemán. Debe ser asimismo una representación de los campesinos alemanes, pues no puedo defender los intereses de un pueblo si al fin no reconozco la fuerza más importante en una clase social que significa efectivamente el porvenir de la nación.

Si paso la vista por sobre todos los fenómenos aislados de la economía, por sobre todas las transformaciones políticas, al fin queda siempre la cuestión esencial de la conservación de la nacionalidad en sí. Esta cuestión sólo podrá ser resuelta favorablemente cuando haya quedado resuelto el problema de la conservación de los campesinos. Qué un pueblo podía existir sin ciudadanos, nos lo enseña la historia, que no es capaz de vivir sin campesinos, lo hubiera demostrado en un tiempo la historia si hubiese persistido el antiguo sistema. Todas las oscilaciones son al fin tolerables, todos los reveses de la suerte pueden ser conllevados siempre que exista una clase campesina fuerte. En tanto que un pueblo pueda contar con una clase campesina fuerte, sacará de ella, una vez y todas, nuevos bríos y nuevas fuerzas. Creédmelo, señores, la revolución que yace tras nosotros no hubiera sido posible si parte del pueblo del campo no hubiese militado en nuestras filas. Hubiera sido imposible conquistar sólo en las ciudades todas aquellas posiciones de salida que también en nuestras acciones nos han dado el peso de la legalidad. Al campesino alemán debe, pues, el pueblo alemán la renovación, el levantamiento y con ello la revolución que ha de conducir al saneamiento general de las condiciones alemanas.

Todo Gobierno que no pare mientes en la importancia de este fundamento portante, no podrá ser más que un Gobierno del momento. Podrá dominar y gobernar por espacio de algunos años, pero nunca llegará a obtener éxitos duraderos ni mucho menos eternos, puesto que estos exigen que se comprenda una vez y otra la necesidad de la conservación del propio espacio de vida y, por consiguiente, de la propia clase campesina. Este reconocimiento fundamental exige la necesidad de obrar en numerosos sectores y la esencia de innumerables resoluciones individuales; servirá de idea fundamental y se sobrepondrá constantemente a todas nuestras acciones y a nuestras resoluciones.

Pensando de manera tan fundamental no se perderá jamás el suelo bajo los pies, darán siempre y primeramente con lo justo, aun cuando los hombres, que todos lo somos, no hayan elegido y hallado temporalmente, una vez que otra, lo justo y verdadero. Creo por tal razón que este Gobierno, viendo su misión en la conservación de la nacionalidad alemana, la cual, a su vez, está atendida principalmente a la conservación del campesino alemán, no tomará nunca resoluciones falsas. Puede que aquí y allá yerre en sus medios, pero no lo hará nunca en lo esencial y fundamental.

Es cuestión de valor no ver solamente las cosas tal cual ellas son. Habrá que romper con muchas

tradiciones antiguas, habrá en algunos casos que verse precisado a oponerse a la opinión pública. Podrá hacerse esto tanto mejor y tanto más pronto, mientras más cerrado esté un bloque de la nación detrás del Gobierno.

Una cosa es imposible: Que un regimiento sea capaz al fin de pelear hacia todas direcciones. Si es que un Gobierno lucha por la conservación de la nacionalidad alemana y consiguientemente por la del campesino alemán, es precisamente esta nacionalidad la que ha de secundar las acciones y los hechos del Gobierno. Esto le da entonces aquella estabilidad interior que necesita para adoptar resoluciones que por el momento son difíciles de defender, pero que forzosamente hay que adoptar y cuyo éxito no podrán ver en el acto nuestros hermanos obcecados en un principio, pero de quienes se sabe que acabarán por contribuir a la salvación de toda la nación.

Si los campesinos alemanes han encontrado hoy una gran fusión, el hecho de poner grandes masas del pueblo detrás del Gobierno facilitará grandemente la actuación de éste en lo futuro. Creo que en este Gobierno no hay nadie que no esté animado del sincero deseo de llegar a esta estrecha colaboración. En la solución de este problema vemos al mismo tiempo la salvación del pueblo alemán en lo futuro, no sólo para 1933 ó 1934, sino para los tiempos más remotos.

Estamos dispuestos a adoptar aquellas medidas, y a ponerlas en práctica en los próximos años, de las cuales sabemos que las generaciones venideras las reconocerán como justas y las fijarán definitivamente.

Ya era tiempo de encontrar la fuerza para adoptar resoluciones a las cuales debemos, en el más profundo y último sentido, la salvación de la nación alemana.

Estamos dispuestos a echar sobre nuestros hombros tan difícil lucha. Por la ley de autorización se ha conseguido que la acción de salvación del pueblo alemán se libere y desprenda por primera vez de las intenciones y consideraciones de partido de la que ha sido hasta ahora la representación del pueblo. Podremos hacer ahora con ella lo que creamos necesario para el porvenir de la nación pensándolo despacio y con sangre fría. Se han creado las presuposiciones puramente legales para su consecución. Eso sí que es necesario que el pueblo tome parte activa en nuestra labor. Que no crea que la nación no tiene ya necesidad de tomar parte en la formación de nuestro destino por la sencilla razón de que el Parlamento no es ya capaz de intervenir, inhibiéndolas, en las resoluciones. Todo lo contrario, lo que queremos es que el pueblo alemán vuelva en sí precisamente ahora y se ponga detrás del Gobierno cooperando vivamente. Se ha de llegar al punto de que cuando volvamos a apelar nuevamente a la nación, pasados unos cuatro años, no nos dirijamos a hombres que han dormido, sino que encontremos a un pueblo que en estos años ha despertado finalmente de su hipnosis parlamentaria y posea los reconocimientos necesarios para comprender las eternas presuposiciones de la vida.

Sé que la labor que nos espera contiene problemas de enorme gravedad. No sólo porque al cabo de 15 años de no apreciar las presuposiciones más naturales de la vida debemos empezar con los principios más sencillos de la razón, sino porque durante este tiempo ha tenido lugar un inaudito enlazamiento de intereses y no se puede dar un solo paso sin tropezar con corrupciones que hay que exterminar a toda costa, ya sean de carácter espiritual o material. Sea como se quiera, este problema tiene que ser resuelto, y se resolverá. Si el pueblo alemán conoce detrás de sí milenarios de un destino lleno de vicisitudes, no ha de ser la voluntad de la Providencia el que antes de nosotros se haya luchado y sacrificado para que las futuras generaciones echen a perder su vida ellas mismas y no puedan entrar en los milenios del porvenir. Las grandes luchas del pasado hubieran sido inútiles si dejásemos de luchar por el futuro.

Los sacrificios que nosotras mismos hemos hecho por la conservación del Reich, han sido pesados. La generación que peleó en la guerra mundial ha sufrido lo indecible. No es justo poner sólo esto en la cuenta, pues debemos pensar en lo que han hecho, sufrido y batallado las generaciones que nos precedieron. Debemos contar la suma total de los sacrificios hechos antes de nosotros, no para que una

generación capitule ante el destino y se extingan las de los tiempos futuros, sino en la esperanza de que cada generación cumpla, por su parte, con su deber en esta eterna sucesión de generaciones.

Ante nosotros se levanta hoy este deber exhortándonos a su cumplimiento. Por espacio de 15 años se han cometido los más graves pecados, sin excepción alguna, unos conscientemente activos, otros pasivamente por toleración. A nosotros nos toca proceder juntos y de acuerdo para borrar las huellas de este tiempo.

El problema podrá ser muy grande, pero si ha de ser resuelto, habrá que resolverlo. Rige también aquí la eterna máxima: Donde reina una voluntad inquebrantable, podrá quebrantarse igualmente una época de penuria.

DISCURSO ANTE DOS MILLONES DE TRABAJADORES EN EL DÍA DEL TRABAJO NACIONAL

(1 de Mayo de 1933)

¡Ciudadanos y ciudadanas!:

"Ha llegado Mayo". Así reza una canción alemana. Por espacio de muchos siglos el primer día del mes de Mayo no ha sido solamente el símbolo de la entrada de la primavera, sino también el día de la alegría y de las fiestas y diversiones. Vino una época que se posesionó de este día y que convirtió el día de la vida germinativa y del placer lleno de esperanzas en un día de las contiendas y de la lucha interior. Una teoría que se había apoderado de nuestro pueblo intentó convertir el día de la naturaleza despertante, de la entrada visible de la primavera, en un día del odio, de lucha fraternal, de la discordia y los sufrimientos. Pasaron décadas sobre tierras alemanas y cada vez más parecía que este día debía documentar la separación y el desgarramiento de nuestro pueblo. Pero al fin llegó el día en que todos se dieron cuenta de lo que pasaba a su alrededor, después de haber sufrido nuestro pueblo lo indecible, un día de recogimiento y de volver a comprenderse los alemanes.

Y ahora, podemos cantar la antigua canción popular: ¡El Mayo ha llegado, el despertar de nuestro pueblo es un hecho! El símbolo de la lucha de clases, de las continuas querellas y discordias, vuelve a ser el símbolo de la gran unión y el levantamiento de la nación. Por esta razón hemos elegido el día de la naturaleza despertante, para todos los tiempos venideros, como día de la recuperación de nuestra propia fuerza y vigor y al mismo tiempo como día de aquella labor creadora que no conoce límites estrechos y que no está ligada a organizaciones obreras ni a fábricas ni oficinas, de una labor que queremos reconocer y fomentar en todas partes donde sea realizada en buen sentido para el ser y la vida de nuestro pueblo.

Espantosa es la miseria que el pueblo alemán tiene tras sí. Y no porque haya faltado la diligencia. ¡No! Millones de nuestro pueblo siguen trabajando como antes, millones de campesinos marchan tras el arado como antes, millones de obreros trabajan en el tornillo de banco, ante el retumbante yunque. ¡Millones de nuestro pueblo trabajan, y otros millones anhelan trabajar, mas no pueden! Decenas de millares ponen fin voluntariamente a una existencia que para ellos no parece contener más que dolores y miseria. Lo truecan por el otro mundo donde esperan encontrar más y mejores cosas que en la tierra. Tremenda es la desgracia que ha venido a buscarnos, dejando en todas partes el abatimiento y hasta la desesperación. Y nosotros nos preguntamos, ¿por qué?

Es una crisis política. El pueblo alemán está en vías de decaimiento, todas sus fuerzas vitales las necesita para la lucha interior. La confianza en la fuerza de la propia voluntad, la propia fuerza, ha desaparecido. Millones dirigen la mirada hacia el resto del mundo con la esperanza de recibir de allá la dicha y la salvación. El pueblo decae y en este decaimiento desaparece su fuerza vital, la fuerza para la afirmación de la vida. Los resultados de esta lucha de clases lo vemos alrededor de nosotros y debajo de nosotros y queremos aprender de ellos, pues una cosa hemos reconocido como primera presuposición para el restablecimiento de nuestro pueblo: ¡El pueblo alemán ha de volver a conocerse mutuamente!

Los millones de hombres divididos en profesiones, separados en clases artificiales, que, atacados de presunciones profesionales y locura de clases, no pueden comprenderse unos a otros, tienen que encontrar el camino de unos a otros. Una tarea extraordinaria, poderosa, ¡lo sabemos!. Cuando la locura ha sido defendida y predicada como idea política por espacio de 70 años, cuando la destrucción de la solidaridad popular ha sido casi una ley política 70 años seguidos, es difícil, sumamente difícil, querer cambiar el sentido de los hombres de un golpe. Sin embargo, no debemos desanimarnos ni desesperar. Lo que construyeron las manos del hombre, pueden derribarlo las manos del hombre, lo que inventó en

un tiempo la insensatez humana, puede vencerlo y rehacerlo de nuevo una prudente sensatez.

Sabemos que este proceso de encontrarse unos a otros y comprenderse mutuamente no es cuestión de semanas o meses, ni siquiera de unos pocos años. Tenemos, empero, la inquebrantable voluntad de cumplir esta misión ante el pueblo alemán, estamos resueltos a conducir a los alemanes unos a otros, hasta empleando la fuerza si necesario fuese.

He aquí el sentido del 1 de Mayo, que a partir de hoy ha de ser celebrado en Alemania a través de los siglos, que en el día de hoy se encuentren unos a otros cuantos actúan en el gran engranaje de nuestra labor creadora nacional, y que una vez al año se estrechen las manos convencidos de que nada puede hacerse en tanto no contribuyan todos a la realización de esta labor. Y así hemos elegido como lema de este día la máxima siguiente:

¡Honrad el trabajo y respetad al obrero!

Para millones es hoy difícil volverse a encontrar por sobre el odio y los errores procreados artificialmente en tiempos pasados. Hay un credo que nos permite recorrer fácilmente este camino. Que trabaje quien quiera y donde quiera, mas no puede ni debe olvidar que su compañero, el que cumple su deber lo mismo que él, es indispensable, que la nación no existe por el trabajo de un gobierno, de una clase determinada o por obra de su inteligencia, sino que sólo vive por el trabajo común de todos. Si millones creen poder sacar de la naturaleza del trabajo una deducción acerca de la dignidad de su portador, se encuentran en un amargo error. Hay decenas de millares entre nosotros que quieren hacer depender el respeto al individuo de la clase de trabajo que éste hace. ¡No! Lo decisivo no ha de ser lo que él crea o hace, sino como lo hace. Que entre nosotros hay millones que trabajan año por año, sin la esperanza de adquirir jamás riquezas, digo más, sin ganar lo suficiente para llevar una vida sin apuros, no ha de ser motivo para los demás para no creerse dignos de ellos, pues sólo su idealismo y abnegación son los que permiten y facilitan el ser y la vida de la colectividad. ¡Desgraciados de nosotros si llegase a desaparecer este idealismo en nuestro pueblo y el valor de los hombres se quisiese medir únicamente por los bienes terrenales que le ha deparado la suerte! El valor de nuestro pueblo no sería ya entonces tan grande ni su existencia tan larga.

No es útil el explicar al obrero su importancia, el demostrar al campesino la necesidad de su existencia, el ir al intelectual, al trabajador mental para hacerles ver la importancia de su cometido y de su labor Lo necesario es enseñar a cada clase social la importancia de la otra. Y así es preciso que vayamos a las ciudades a proclamar y anunciar la necesidad y la esencia del campesino alemán, que salgamos al campo y vayamos en busca de nuestra intelectualidad para hacerle ver la importancia de los obreros y trabajadores alemanes. Vamos a ver al obrero y al campesino para enseñarles que sin la inteligencia alemana no hay vida alemana; que todos ellos juntos deben formar una gran comunidad: Inteligencia, frente y puño, obreros, campesinos y ciudadanos.

Este 1 de Mayo ha de transmitir al mismo tiempo al pueblo alemán el reconocimiento de que: La aplicación y el trabajo solos no crean la Vida si no se desposan con la fuerza y la voluntad de un pueblo. Aplicación y trabajo, fuerza y voluntad, actuando conjuntamente, sólo cuando detrás del trabajo se levante el puño fuerte de la nación para proteger y amparar, puede venir la verdadera bendición.

Hay más, este día ha de hacerle comprender al pueblo alemán: ¡Pueblo alemán! Serás fuerte cuando seas uno, cuando hayas arrancado de tu corazón tus discordias y el espíritu de lucha de clases. Podrás poner detrás de tu trabajo una fuerza inaudita cuando enlaces tu trabajo con la voluntad de vivir de todo tu nacionalismo.

Tenemos la firmísima resolución de que todo alemán, sea quien sea, rico o pobre, hijo de sabios o de obreros de fábrica, vaya una vez en su vida al trabajo manual para conocerlo, para que algún día pueda

mandar aquí con más facilidad por haber aprendido ya antes a obedecer. No pensamos en eliminar el marxismo únicamente por fuera, exteriormente; estamos resueltos a privarlo de las presuposiciones. Queremos ahorrar los trastornos mentales a las generaciones que vienen detrás de nosotros.

Los trabajadores de la cabeza y de la mano no deben estar nunca unos contra otros. Por esta razón exterminamos la soberbia y la presunción que se apoderan tan fácilmente del individuo y le hacen ver con desprecio a los camaradas que "sólo" trabajan en el tornillo de banco, junto a la máquina o detrás del arado. Pero no basta que cada alemán conozca esta clase de trabajo, precisa también que el obrero manual sepa, a su vez, que también hay necesidad del trabajo mental. También a él hay que hacerle ver que nadie tiene derecho a menospreciar a los demás y creerse superior a ellos, sino que todo el mundo debe estar preparado para la gran comunidad.

En este año realizaremos por primera vez esta gran idea ética que enlazamos con el servicio de trabajo obligatorio. Y sabemos que algún día, cuando hayan transcurrido 40 años, habrá experimentado la palabra trabajo manual para millones de seres humanos la misma transformación que sufrió en un tiempo el concepto de lansquenete, en cuyo lugar hubo de ponerse el de soldado alemán.

Otra de las grandes misiones que pensamos llevar a la práctica en este año es la liberación de la iniciativa creadora de los fatales influjos de los acuerdos de mayoría. No sólo en el Parlamento, no, también en la economía. Sabemos que nuestra economía no podrá prosperar en tanto no se encuentre una síntesis entre la libertad del espíritu creador y el deber con respeto del pueblo todo. Nuestra misión consistirá asimismo, por tanto, en conceder a los tratados la importancia que les corresponde.

El hombre no vive para los tratados y contratos, sino que estos existen para facilitar la vida del hombre. Finalmente haremos este año todos los esfuerzos posibles para recorrer la primera etapa del camino de una administración económica orgánica, partiendo del reconocimiento fundamental de que: "No hay encumbramiento que no empiece en la raíz de la vida nacional y económica, en el campesino". De aquí parte el camino que conduce al obrero y finalmente a la inteligencia.

Empezaremos, pues, con el labrador procurando en primer término que su economía emprenda el camino del restablecimiento. Sabemos que esta es la primera condición para el saneamiento general de toda la administración económica. Por espacio de 14 años consecutivos se ha hecho precisamente lo contrario. Las consecuencias las estamos viendo ahora. No se socorrió al ciudadano, ni al obrero, ni a las clases medias, todos ellos estuvieron al borde del aniquilamiento.

De aquí nace otra nueva tarea: La eliminación de la falta de trabajo procurando ocupación a los que no la tienen. La procuración de trabajo la dividimos en dos grupos. Primeramente la procuración de trabajo privado. Aquí emprenderemos este año una gran obra, la referente a la restauración de los edificios y casas alemanas para que centenares de millares tengan trabajo. En este momento y en este sitio vamos a apelar por primera vez al pueblo alemán diciéndole: ¡alemanes! No creáis que el problema de la procuración de trabajo se vaya a resolver en las estrellas. Vosotros tenéis también que ayudar y contribuir a su solución. Tenéis por confianza y prudencia que hacer lo que pueda dar trabajo. Cada uno tiene el deber personal de no vacilar en la creación de lo que necesita, de no esperar para mandar hacer lo que alguna vez tiene que mandar hacer. Cada empresario, cada propietario de casa, cada hombre de negocios, cada particular, tiene la obligación de acordarse del trabajo alemán. Si el mundo propala hoy falsas afirmaciones contra nosotros, si se proscribe el trabajo alemán, debemos esperar que el alemán se haga cargo él mismo de su trabajo. Este es un llamamiento que, dirigido a millones de individuos, es el primero que puede dar trabajo a millones de personas. Nos esforzamos igualmente por crear este mismo año posibilidades para grandes obras públicas. Planteamos un programa que no queremos legar a la posteridad, el programa de la construcción de nuevas carreteras, una obra gigantesca que requiere millares de millones. Quitaremos del camino las resistencias que se opongan a esta empresa y daremos

principio a la tarea en grande. Iniciaremos con ello una serie de obras públicas que nos ayuden a reducir cada vez más el número de parados.

¡Queremos trabajar y trabajaremos! Todo depende al fin del pueblo alemán mismo, de vosotros, de la confianza que tengáis en nosotros, depende de la fuerza con que os confeséis partidarios del Estado nacional. Únicamente cuando todos seáis uno en la voluntad de salvar a Alemania, podrá encontrar el ciudadano alemán la salvación de su patria.

Sabemos que aun tenemos que vencer poderosas dificultades. Sabemos también que todo trabajo humano tiene que ser al fin inútil si no resplandece sobre él la bendición de la Providencia. Mas nosotros no somos de aquellos que lo dejan todo cómodamente para la otra vida. Nada nos regalan. Así como el camino de los 13 años pasados ha sido hasta hoy un camino de eternas luchas, un camino que casi nos ha hecho desesperar a menudo, así el camino hacia un futuro mejor será bien difícil. ¡El mundo nos persigue, se vuelve contra nosotros, no quiere reconocer nuestro derecho a la vida, no quiere que sea verdad nuestro derecho de protección de la patria!

¡Camaradas alemanes! Si el mundo está así contra nosotros, con tanta mayor razón debemos formar una unidad, con tanta mayor razón debemos asegurarle: ¡Podéis hacer lo que queráis! ¡Pero nunca nos doblegareis, jamás nos obligaréis a reconocer un yugo! ¡El llamamiento a igualdad de derechos no lo apartareis de nuestro pueblo! El pueblo alemán ha vuelto en sí. ¡No tolerará en su seno a quienes no estén por Alemania! ¡Queremos merecer honradamente el nuevo encumbramiento de la nación por medio de nuestra aplicación, de nuestra perseverancia, de nuestra inconmovible voluntad! No imploramos del Omnipotente: "Señor, hacednos libres". Queremos ser activos, trabajar, tratarnos como hermanos, luchar juntos, para que algún día llegue la hora en que podamos presentarnos ante el Señor y podamos decirle: "Señor, ya ves, nos hemos cambiado". El pueblo alemán no es ya el pueblo sin honra, de la desvergüenza, de la anarquía, de la pusilanimidad y de la incredulidad. No, Señor, el pueblo alemán es ya otra vez fuerte en su voluntad, fuerte en su perseverancia, fuerte para sobrellevar todo sacrificio. "Señor, ¡no nos apartamos de Vos! Bendice nuestra lucha por nuestra libertad y con ello por nuestro pueblo y nuestra Patria".

DISCURSO CON MOTIVO DEL CONGRESO DEL FRENTE ALEMÁN DEL TRABAJO EN BERLÍN

(10 de Mayo de 1933)

En la Vida de los pueblos no puede haber grandes revoluciones si es que -casi me atrevo a decir- no hay absoluta necesidad de ellas.

No puede hacerse una revolución realmente seria si el pueblo no aspira a ella en su interior, si determinadas circunstancias no obligan a emprenderla. Nada más fácil que cambiar exteriormente la forma de gobierno. Transformar interiormente a un pueblo será posible únicamente cuando se haya efectuado más o menos un determinado proceso de desarrollo, cuando un pueblo sienta -si bien tal vez no tan claramente, por lo menos en la subconciencia- que el camino emprendido no es el justo y quisiera dejarlo, mas no puede porque la pesadez y la inercia de la masa le impiden hallar el nuevo camino, hasta que sobreviene un impulso de cualquier parte o hasta que un movimiento que se ha percatado ya de la nueva ruta obliga al pueblo a seguir este nuevo camino. Tal vez quiera hacerlo en el primer momento, o haga como que no quiere, pero a fin de cuentas emprenderá el camino cuando sienta en su interior, consciente o inconscientemente, que la ruta seguida hasta aquí no es la verdadera, la que le conviene. Entre todas las crisis por las que atravesamos, y que dan una idea completa, no hay que negar que la más sensible para el pueblo sea la crisis económica.

La crisis política, la moral, no la sienten algunos sino muy raras veces. El hombre medio no ve en su tiempo lo que afecta a la totalidad, sino que en la mayoría de los casos sólo ve lo que se refiere a su propia persona. De aquí que el presente no comprenda casi nunca la decadencia política o la moral mientras ésta no se haga extensiva de cualquier manera a la vida económica. Si esto llegara a tener lugar, ya no se tratará de cualquier problema abstracto, de un problema que pueda observarse o estudiarse en otra parte, sino que llegará el día en que el individuo se sienta afectado por la misma cuestión y se irá convenciendo de la imposibilidad de persistir en la misma situación a medida que vaya notando en su propia persona las consecuencias de la crisis. Se hablará entonces de una crisis económica, de una penuria económica, y, partiendo de esta misma crisis, se tendrá la posibilidad de hacerla comprender, de hacer sentir la penuria que de otro modo suele permanecer oculta por mucho tiempo en cada ser humano.

Es natural que la crisis económica no sea reconocida en el acto en sus diversas causas, que no se vea aquí cuanto acabe por condicionar esta crisis. Es de comprender asimismo que cada uno quiera echarle la culpa al otro, y que se quiera hacer responsables a la generalidad, a las corporaciones, etc. de lo que uno mismo es también responsable. Es una gran dicha el que se vaya logrando entonces, poco a poco, aclarar

tal crisis de suerte que vayan siendo cada vez más los que reconocen las verdaderas causas, lo cual es necesario para hallar los caminos que conducen a la curación.

No basta decir que la crisis económica alemana es una consecuencia de una crisis mundial, de la miseria económica que impera por doquier, pues de la misma manera podrá encontrar cualquier otro pueblo la misma disculpa y las mismas razones para fundar su penuria. Claro está que esta miseria no podrá entonces tener sus raíces en cualquier parte de la tierra, sino dentro de los pueblos, como siempre. Sólo hay una cosa probable, la de que esta raíz sea quizá la misma en muchos pueblos, pero sin la esperanza de poder contrarrestar la miseria por el solo hecho de comprobar que existe una miseria determinada en el correr de los tiempos. Desde luego que es necesario poner al descubierto estas raíces en el interior de un pueblo y curar la miseria ahí donde verdaderamente se la puede curar.

Desgraciadamente el alemán tiene siempre la propensión a dirigir la mirada en tales épocas en lontananza en vez de concentrarla en su propio ser. La larga educación de nuestro pueblo para inculcarle conceptos internacionales lo hace que en estos tiempos de crisis se dedique a la solución de este problema siguiendo puntos de vista internacionales, digo más, da lugar a que muchos de nosotros crean que no es posible hacer frente a esta desgracia sin proceder a la aplicación de métodos internacionales. Nada más erróneo que esto. Natural es que los achaques internacionales que aquejan a todos los pueblos sean curados por ellos mismos. Todo ello no varía el hecho de que cada pueblo debe emprender la lucha por sí y, ante todo, de que un pueblo no debe ser librado de esta penuria mediante medidas internacionales caso de no adoptar por sí solo las medidas necesarias.

Las propias medidas pueden estar naturalmente en el marco de las de carácter internacional, si bien este propio modo de proceder no debe hacerse depender del de los demás.

La crisis de la economía alemana no es de las que se expresan en nuestros coeficientes económicos, sino que es en primer lugar una crisis que encuentra igualmente su expresión con las otras en el curso interior, en la naturaleza de nuestra organización, etc. de la vida económica de Alemania.

En este caso podemos hablar de una crisis que ha llegado a afectar a nuestro pueblo más que a los otros.

Es la crisis que vemos en relación entre el capital, la economía y el pueblo.

Bien crasamente vemos esta crisis en la relación entre nuestro obrero o empleado y nuestro patrón. La crisis ha llegado aquí a un nivel que no ha alcanzado en ningún otro país de la tierra. Si no se resuelve ahora, todas las demás tentativas que se hagan para contrarrestar los peligros de la miseria económica serán inútiles a la larga.

Si examinamos la esencia del movimiento obrero alemán tal como se ha venido desarrollando en los últimos cincuenta años, daremos con tres causas que implican este desarrollo peculiar, raro.

La primera causa yace en el cambio que ha sufrido la forma de servicio de nuestra economía en sí.

Esta causa la vemos aparecer en todo el mundo del mismo modo como se presenta en Alemania. A principios del siglo pasado y más aún en nuestros días, ha tenido lugar una transformación de nuestra antigua forma económica de pequeña burguesía -si se me permite la expresión- en sentido de la industrialización, perdiéndose así, definitivamente la relación patriarca entre patronos y obreros. Este proceso se acelera desde el momento en que las acciones pasan a ocupar el puesto de la propiedad personal. Vemos el comienzo del enajenamiento entre el que crea con la cabeza y el que lo hace con la mano, pues esta es en resumidas cuentas la única diferencia que decide real y efectivamente.

No es la palabra propiedad la que debe ser aquí considerada como característica, pues sabemos que una gran cantidad de hombres de los que fundaron nuestra producción no vino primitivamente de la propiedad, sino del trabajo, que la fuerza del puño llegó a intensificarse en ellos hasta convertirse en

genialidad de la mente, que fueron inventores u organizadores por la gracia de Dios, a quienes nosotros debemos en parte nuestra vida, siendo así que sin las capacidades de estos hombres no nos hubiera sido posible alimentar ni mantener a 65 millones de habitantes en la limitada superficie donde moramos.

De otra manera hubiéramos seguido siendo país de exportación bruta de trabajo. País de exportación, incluso naturalmente del espíritu oculto bajo este concepto: Abonos culturales para el resto del mundo. El no haber sido así lo debemos a la gran cantidad de hombres de nuestro pueblo que supieron levantarse de la sima y que, merced a sus muchas capacidades, a su gran ingenio, pudieron proporcionar y asegurar el pan a millones de individuos. No se trata pues, de que desde un principio podamos decir: Contratistas y patronos, sino que la salida consiste en que el espíritu, como ocurre siempre en la vida del hombre, se levanta, imperante, sobre la fuerza ordinaria. Este espíritu no ha sido entre nosotros algo así como una prerrogativa del nacimiento, sino que lo encontramos en todas las clases y en todas las condiciones de la vida. Bien puede decirse que todas las clases sociales de Alemania han contribuido a ello.

El desmoronamiento que hemos podido ver paulatinamente ha dado lugar a que de un lado se revelaran los intereses especiales de obreros y empleados, dando con ello principio a la desgracia de nuestro desarrollo económico. Al emprender este camino, forzosamente tenía que venir la separación. Impera aquí una ley:

Una vez pisado un camino determinado, un camino extraviado, va uno separándose cada vez más del camino de la razón. Lo hemos visto prácticamente por espacio de 70 años. El camino hubo de separarse tanto de la razón natural, que los pensadores, que eran a la vez guías por este camino, hubieran confesado, de haber sido interrogados, que el camino era, en verdad, una locura. Lo han confesado individualmente. Únicamente en el imperio de la organización no han podido encontrar de nuevo el camino de la razón.

Todo lo contrario: El camino los separa forzosamente, favorecido -según se ha dicho- por la despersonalización de la propiedad.

De esta manera el camino queda -si se me permite la frase- consolidado científicamente en la apariencia. Poco a poco se va produciendo una ideología que cree poder mantener a la larga el concepto de la propiedad, bien que los usufructuarios prácticos de este concepto no están formados sino por un porcentaje mínimo de la nación. Surgió al revés la opinión de que el concepto de la propiedad debía ser rechazado por ser tan reducido el porcentaje de usufructuarios prácticos. Provino de aquí la discusión sin fin y la guerra por el concepto de propiedad privada y por la “propiedad” en sí. Esta lucha dio lugar en lo sucesivo a que se separaran más y más los dos exponentes de la vida económica.

Lo que se desarrolló ahora, es en parte poco o nada natural. Desde el momento en que los dos interesados creen que su misión no tiene nada en común, no cabe duda que frente al contratista sólo puede existir el obrero organizado, claro es entonces que a la fuerza que representa el contratista sólo puede oponerse la reunida del obrero o el empleado.

Una vez emprendido el camino, lógicamente habrá que poner la organización de los obreros y empleados ante la de los contratistas. Claro está que ambas organizaciones no se ocuparán una en otra, tolerándose, sino que más bien velarán por sus intereses, al parecer separados, por los medios de combate de que disponen, es decir: El paro forzoso y la huelga. En esta lucha, algunas veces vencerán los unos, otras los otros. Toda la nación será en ambos casos la que ha de pagar el precio de la lucha, la que ha de sobrellevar el perjuicio.

El resultado final será que las dos organizaciones en vías de construcción se harán más embarazosas o engorrosas en vista del carácter de los alemanes de propender a la burocratización y producirá un aparato cada vez más grande. El aparato acabará finalmente por no servirles a los interesados, sino que estos

serán los que tengan que servir al aparato, y la lucha proseguirá para poder fundamentar la existencia del aparato, aún cuando a veces venga la razón bruscamente y diga: Todo es una locura; la ganancia, medida por las víctimas, es ridícula; los sacrificios hechos por el aparato, contados en conjunto, son mucho más grandes que la ganancia posible. Los aparatos tendrán entonces que demostrar cuan necesarios son atizando la lucha de los interesados unos contra otros, pudiendo acontecer que los aparatos, dándose cuenta de lo que pasa, acaben por entenderse y reconciliarse.

En otros términos: El aparato A dirá: Cuanto me alegro de que esté aquí el aparato B, pues hallo siempre los medios para entenderme con el aparato B. Si no existiera este aparato y en su lugar lucharan fanáticos honrados, la cosa sería mil veces peor. Conocemos a las gentes del aparato B y sabemos perfectamente como hemos de tratarlas. Siempre hay un camino viable. Al César lo que es del César, al pueblo lo que es del pueblo, y a la organización obrera lo que es de la organización obrera. Ya se encontrará entonces un recurso para coexistir "pacíficamente". Todo llegará a ser a veces un mal espectáculo; se ladrarán recíprocamente, se pelearán unos con otros, pero al final de cuentas no se harán nada, no se matarán, tampoco podrán hacerlo, puesto que de lo contrario no podrán existir ni las organizaciones obreras ni las sociedades y asociaciones de patronos. Todo, en resumen, vive a costa de la generalidad.

Esta lucha, emprendida mediante un derroche de medios, fuerzas de trabajo, etc. es una de las causas de la catástrofe provocada lentamente, pero con seguridad.

La segunda causa es el encumbramiento del marxismo.

El marxismo como concepto universal de la descomposición vio con mirada perspicaz en el movimiento de las organizaciones obreras la posibilidad de emprender la agresión y la lucha contra el Estado y la sociedad humana con un arma absolutamente aniquiladora. No para ayudar al obrero. ¿Qué es el obrero, de cualquier país que sea, para estos apóstoles internacionales? ¡Nada, absolutamente nada!

¡No lo Ven! ¡Cómo que no se trata de obreros, sino de literatos extraños al pueblo, de la chusma extraña al pueblo!

Se han dado perfecta cuenta de que con el movimiento de las organizaciones obreras y los excesos provocados del otro lado es corno puede obtenerse un buen instrumento para emprender la lucha al mismo tiempo que para alimentarse, pues en todos estos últimos decenios se ha alimentado la socialdemocracia política de esta lucha y de los medios para organizarla.

Hubo que inculcar a la organización obrera la idea: Tú eres un instrumento de la lucha de clases, y esta encuentra, a fin de cuentas, su guía únicamente en el marxismo. ¡Ya nada más natural que rendirle tributo al guía! ¡Y el tributo se ha recogido con creces! Los señores no se han contentado con un 10, sino con tipos de interés mucho más grandes.

Esta lucha de clases conduce a la proclamación de la organización obrera como puro instrumento para la representación de los intereses económicos de los obreros y consiguientemente para fines de la huelga general. La huelga general surge aquí por primera vez como factor político de gran fuerza y muestra lo que el marxismo había esperado efectivamente de esta arma: No un medio para salvar al obrero, todo lo contrario, un instrumento de combate para el aniquilamiento del Estado enemigo del marxismo. Hasta donde ha podido llegar semejante locura, de ello tenemos los alemanes un ejemplo terrible e instructivo: La guerra.

Numerosos Líderes de la socialdemocracia, completamente transformados interiormente por el nuevo espíritu de los nuevos tiempos, arguyen ahora con la memoria un tanto debilitada: Es que la socialdemocracia luchó también en los campos de batalla.

¡No, el marxismo no ha peleado nunca, el que ha peleado ha sido el obrero alemán!

En 1914, el obrero alemán, en un reconocimiento interior brusco –casi me atrevo a decir clarividente- se retiró del marxismo para incorporarse de nuevo a su pueblo, sin que pudieran evitarlo los leaders del marxismo que habían visto venir esta fatalidad. Algunos de ellos, muy pocos, regresaron en esta hora con el corazón al seno de su pueblo. Sabemos que un gran hombre que ha intervenido decisivamente en la historia de los pueblos, Benito Mussolini, supo encontrar en estos momentos el camino de su pueblo. También en Alemania ha habido algunos que hicieron lo mismo. La gran masa de los leaders políticos no ha sacado para sí las consecuencias, ateniéndose al poderoso levantamiento del obrero alemán, no fue inmediatamente, voluntariamente, al frente: Esta transformación interior espiritual parece que se les ahorró en aquellos tiempos, no obstante afirmar hoy lo contrario: Perecieron obreros. Los leaders se han conservado cuidadosamente en un 99 por ciento.

No figuran con el porcentaje de muertos y heridos que vemos en todo el pueblo. Creyeron que su actuación política era mucho más importante. En aquella época, 1914/15, vieron su misión con una discreta reserva, y más tarde en el mando de un determinado número de outsiders, vieron su misión con una reserva paulatina frente al problema nacional. Finalmente llegó el cumplimiento en la revolución.

Sólo podemos decir a esto:

Si el movimiento de las organizaciones obreras hubiera estado entonces en nuestras manos, si hubiera estado en mis manos, pongo por ejemplo, si se hubiera desarrollado con la misma finalidad errónea corno ocurrió entonces, nosotros los nacionalsocialistas hubiésemos puesto esta gigantesca organización al servicio de la patria. Hubiésemos declarado: Conocernos naturalmente los sacrificios, estamos dispuestos a hacerlos nosotros mismos, no queremos evitarlos, lo que queremos es luchar con los demás, ponemos nuestra suerte y nuestra vida en manos de la poderosa Providencia, como han de hacerlo los otros. Lo hubiésemos hecho sin más no más.

Has de saber, obrero alemán: No se trata ahora de decidir sobre Alemania como Estado, del Imperio como forma de gobierno, no se decide sobre la monarquía, no sobre el capitalismo, ni el militarismo, sino sobre el ser o no ser de nuestro pueblo, y nosotros los obreros alemanes hacemos el 70 por ciento de este pueblo. ¡Sobre nosotros se decide!

He aquí lo que debía saber y se podía saber en aquel entonces. Debíamos saberlo. Hubiésemos sacado todos las consecuencias para nuestra propia vida y naturalmente que también hubiésemos sacado las consecuencias para el movimiento de las organizaciones obreras. Hubiésemos dicho: Obrero alemán, lo que queremos es defender tus derechos. Seguramente que entonces hubiésemos tenido que hacerle frente al Estado, es decir, hubiésemos protestado contra los excesos y la desvergonzada conducta de las sociedades de guerra.

Hubiésemos protestado contra esta chusma de chanchulleros y hubiésemos intervenido para hacer entrar en razón a estos canallas, hasta empleando sogas en caso de necesidad.

Hubiésemos derribado a cuantos se hubiesen negado a servir a la Patria. Hubiésemos dicho: Al hacer frente ahora es porque no anhelamos otra cosa que la victoria de nuestro pueblo, no la victoria de una forma de gobierno, sino la victoria para la conservación de nuestra vida. Y si perdemos la guerra, no ha perdido una forma de gobierno, sino que se le ha quitado el pan a millones de hombres. Y los primeros que pierdan el pan no serán seguramente los capitalistas y los millonarios, sino los obreros manuales, la masa pobre y empobrecida.

Fue un crimen el no haber procedido de esta manera. No se hizo porque hubiera sido proceder contra el sentido interno del marxismo, pues éste no quería otra cosa que el aniquilamiento de Alemania. Hubo de esperar hasta creer que el pueblo y el Reich, desmoralizados por la enorme superioridad numérica, no serían capaces de arrostrar tos ataques de dentro. Cayeron entonces sobre ellos.

¡Y Alemania fue vapuleada, llevándose la peor parte el obrero alemán!

La suma de sufrimientos, miseria y desgracias que han pasado desde entonces por millones de pequeñas familias obreras y pequeños hogares domésticos pesa gravemente sobre la responsabilidad de los criminales de Noviembre de 1918. No han de quejarse ahora de nada. No hemos ejercido ninguna venganza. Si hubiésemos querido hacerlo, hubiésemos tenido que matarlos a decenas de millares.

Hablan mucho de que también los socialdemócratas estuvieron en los campos de batalla. ¡Los obreros alemanes estuvieron en los campos de batalla! Pero si en aquel tiempo hubiesen abrigado sentimientos socialdemócratas en momentos de obcecación -no ha sucedido tal cosa, y quien haya estado en el frente como soldado sabe perfectamente que nadie pensaba entonces en ningún partido-, si hubiese sido así: Que vileza la de estos jefes de robar a sus propias gentes, a las víctimas de esta lucha, el fruto de estos sacrificios, de hurtar con ello a sus propias gentes tanta miseria, tantos sufrimientos de muerte, penas, hambre y noches de insomnio. No podrán remediar jamás los males que infligieron a nuestro pueblo con semejante crimen. Y, ante todo, nunca podrán reponer los daños que causaron al obrero alemán sometiéndolo por espacio de muchos decenios a un aislamiento mental cada vez más terrible, cargándolo en Noviembre de 1918, por la vil acción de grupos mezquinos e irresponsables, con una acción de la que él no podía ser responsable. Desde los días de Noviembre de 1918 se viene consolidando en millones de alemanes la creencia de que el obrero alemán tiene la culpa de nuestra desgracia. Él, que tantos y tan indecibles sacrificios tuvo que hacer, que tuvo que llenar nuestros regimientos con millones de sus soldados, fue señalado bruscamente como el responsable de los hechos cometidos por los aniquiladores perjuros, embusteros y degenerados de la patria. ¡No podía haber cosa peor! Desde aquel momento dejó de existir para muchos millones de hombres en Alemania la comunidad nacional. Millones se entregaban a la desesperación y otros clavaban la mirada en lo incierto sin poder encontrar de nuevo el camino hacia el pueblo. Con la comunidad nacional se quebranto automáticamente la economía alemana, ya que la economía no es una cosa en sí, sino más bien un fenómeno vivo, una de las funciones del cuerpo del pueblo, y su proceder y todo su curso son determinados por hombres. Si los hombres llegan a ser exterminados de esta manera, no habrá por que extrañarse de que también la economía vaya siendo destruida paulatinamente. La locura del pensar individualmente se suma a la locura del pensar de la colectividad y acaba por destruir algo cuya destrucción infligirá a la totalidad los más graves perjuicios.

La causa tercera del desarrollo fatal yace en el propio Estado.

Algo hubiera habido que tal vez hubiese podido ponerse frente a estos millones: Este algo hubiese sido el Estado si éste no hubiera degenerado en juguete de los grupos interesados. No es pura casualidad el que el desarrollo total se efectúe paralelamente a la democratización de nuestra vida pública. Esta democratización dio lugar a que el Estado cayera primeramente en manos de determinadas clases sociales identificadas con la propiedad en sí, con los patronos como tales. La gran masa del pueblo tenía más y más la sensación de que el Estado no era una institución objetiva, puesta por encima de los acontecimientos, que no encarnaba ninguna autoridad objetiva, sino que más bien era el flujo del querer económico y de los intereses económicos de grupos determinados dentro de la nación, y que la dirección del Estado justificaba tal aseveración. La victoria de la burguesía política ya no era otra cosa que la victoria de una clase social producida por leyes económicas, de una clase que carecía, a su vez, de todas las condiciones necesarias para una dirección política efectiva, que hacía que la dirección política dependiera de los fenómenos y sucesos eternamente variables de la vida económica y de los efectos de ésta en el terreno de la sugestión de las masas, de la preparación de la opinión pública, etc. En otros términos: El pueblo tenía, con razón, la sensación de que en todos los ramos de la vida tiene lugar una selección natural, partiendo siempre de la capacidad para este ramo determinado de la vida, menos para uno: El de la dirección política. En el ramo de la dirección política se echó mano repentinamente de un resultado de selección que debe su existencia a un proceso enteramente diferente.

Mientras que entre los soldados es muy natural que sea jefe únicamente quién ha recibido una instrucción debida, no era lógico que sólo pudiera ser guía político quien tuviese la instrucción necesaria y demostrase la capacidad para serlo, sino que más bien se fue extendiendo la opinión de que bastaba pertenecer a una determinada clase de la sociedad, nacida de leyes económicas, para sentir la aptitud indispensable para regir un pueblo. Hemos conocido las consecuencias de este error. La clase que se arrogaba esta dirección ha sufrido un tremendo fracaso en las horas críticas y ha resultado ser completamente inútil en los momentos más graves que ha tenido la nación.

Todo batallón alemán ha realizado otro trabajo. No se olvide que este nuestro pueblo tenía entonces millones de hombres frente al enemigo, y nadie ignora cuan grandes son la energía y la fuerza de voluntad que debe tener el individuo para llevar a la tropa -pongamos por ejemplo- de la reserva al frente de batalla, siempre con la muerte ante los ojos, avanzando siempre en la zona de fuego sin vacilar ni titubear. Y en casa presenciamos el triste espectáculo de ver que la dirección política retrocede ante un puñado de cobardes desertores, de unos miserables que carecen de valor para ponerse ante el enemigo, y que la patria capitula ante estos cobardes. No se nos venga ahora con que no había otro camino. ¡Sólo para estos dirigentes no había más camino que éste!

Para cualquier otra dirección hubiera estado bien marcada la ruta y no hubiera habido después necesidad de decir que la capitulación había obedecido a órdenes dadas desde arriba. En ciertos momentos del desarrollo, de la evolución histórica, no hay ni puede haber órdenes que obliguen al hombre o al gobernante a capitular ante el infortunio o a dejar el campo ante semejante inferioridad.

Creo que si alguien hubiese tenido derecho a capitular, hubiera sido en millares y millares de casos el soldado alemán, quien, merced a una diplomacia alemana no muy prudente ni hábil, tuvo la desgracia de afrontar por espacio de cuatro años y medio, los ataques de un ejército casi siempre mayor en número y que a pesar de todo -por hallarse en la creencia de que luchaba y peleaba por su pueblo- no pudo sacar otras consecuencias que las que puede sacar un soldado decente, a saber: Vencer o morir.

No, no ha sido ninguna casualidad: Una evolución errónea resulta ser definitivamente el 9 de Noviembre una evolución errada, una construcción errada acaba de revelarse estos días como una construcción errónea, y sólo resta saber, lo cual es cuestión de tiempo, si esta construcción acabaría definitivamente con Alemania o si Alemania tendría otra vez la fuerza y la energía necesarias para vencer esta construcción. Creo que nos encontramos en el período en que esta construcción ha sido vencida definitivamente.

Pero al propio tiempo nos encontramos en el período en que debemos abordar la cuestión relativa a la reconstrucción de nuestra economía alemana, no sólo para reflexionar radicalmente acerca de la misma, sino también para resolverla radicalmente viéndola no por fuera y por arriba, sino investigando las causas internas de la decadencia y resueltos a eliminarías. Creemos que debemos empezar aquí primeramente por donde ha de estar hoy el principio, a saber: Por el propio Estado.

Hay que levantar una nueva autoridad, y esta autoridad ha de ser independiente de las corrientes momentáneas del espíritu de la época, independiente ante todo de las corrientes que revela el egoísmo reducido y limitado económicamente. Ha de erigirse una conducción estatal que represente una autoridad real y efectiva, una autoridad que no dependa de ninguna clase social. Hay que establecer una dirección estatal en la que todo ciudadano tenga la fe y la confianza de que no quiere otra cosa que la dicha del pueblo alemán, el bien de este pueblo, una dirección de la que pueda decirse con razón que es independiente hacia todos lados.

Se ha hablado tanto de la época absolutista de los pasados tiempos, del absolutismo de Federico el Grande y de la época democrática de nuestros tiempos parlamentarios. Los tiempos pasados eran los más objetivos vistos con los ojos del pueblo, pudiendo velar por los intereses de la nación de una manera más

objetiva, al paso que los tiempos posteriores fueron degenerando más y más en la pura representación de intereses de cada clase social. Nada puede demostrarlo mejor que la divisa: El dominio de la burguesía ha de ser substituido por el del proletariado, es decir, se trata únicamente de un cambio de la dictadura de clases, mientras que nosotros queremos la dictadura del pueblo, o sea, la dictadura de la totalidad, de la comunidad.

No vemos que lo decisivo en una posición social sea una clase social; esto pasa en el sino y en el tiempo de los milenios. Esto viene y desaparece. Lo que queda es la sustancia en sí, una sustancia de carne y de sangre: Nuestro pueblo. Es lo que es y lo que permanece, y sólo ante él debe uno sentirse responsable. Sólo entonces se creará la primera condición para la curación de nuestras profundas heridas económicas. Sólo entonces se reavivará para millones de seres humanos la convicción de que el Estado no es la representación de los intereses de un grupo o una clase social y de que el Gobierno no es el agente de un grupo o de una clase social, sino el agente del pueblo en sí. Si de uno u otro lado hay hombres que no pueden o creen no poder someterse o rendirse a ello, la nueva autoridad tendrá que salirse con las suyas ya sea contra un lado o contra el otro. Tendrá que hacer ver a todos que no deriva su autoridad de la buena voluntad de cualquier clase social, sino de una ley: ¡la necesidad de la conservación de la nacionalidad en sí!

Es necesario, además, eliminar cuantos sucesos abusen conscientemente de la debilidad humana para poder emprender con su auxilio una empresa mortal. Al declarar yo hace 14, 15 años y repetir desde entonces ante la nación alemana que mi misión ante la historia alemana la veo en la destrucción del marxismo, no he dicho una frase huera, sino un sagrado juramento que pienso cumplir mientras circule una gota de sangre por mis venas.

Esta confesión, la confesión de un solo hombre, la he hecho confesión de una poderosa organización. Una cosa sé ahora: Si la suerte se me llevase de este mundo, esta lucha sería continuada y no acabaría nunca, este movimiento lo garantiza. Esta lucha no es ninguna lid que pudiera terminarse con un mal arreglo amigable. ¡En el marxismo vemos al enemigo de nuestro pueblo, al enemigo que aniquilaremos, que exterminaremos hasta la última raíz, consecuentemente, inexorablemente!

Sabemos asimismo que en la vida económica suelen chocar a menudo los intereses de unos contra otros, o parecen estar en pugna unos con otros, que el obrero se siente perjudicado, que lo es a menudo y que también el patrono se ve acosado, que a menudo también lo está, que lo que para unos parece ser una ganancia, lo tienen otros por desgracia propia, lo que para unos es un éxito, significa a veces para otro la ruina segura. Lo sabemos y lo vemos, y sabemos también que los hombres sufren y han sufrido siempre sus consecuencias. Pero precisamente por esto resulta ser muy peligroso el que una organización no persiga otro objetivo que aprovecharse conscientemente de estos terribles fenómenos de la vida para destruir al pueblo entero. Por ser así, conviene destruir una organización y exterminar una teoría que abusa de estas debilidades naturales, de debilidades que radican en la insuficiencia de los hombres, pues sabemos perfectamente que la meta de toda esta evolución, digo mal, de esta lucha entre el puño y la frente, entre la masa, es decir, el número y la calidad es: Destrucción de la calidad de la frente. Esto no es seguramente una bendición para el número, ni un encumbramiento del obrero, sino que viene a significar: Miseria, penuria, la ruina definitiva.

Vemos la crisis económica y no somos tan pueriles para creer que todas estas dificultades puedan quedar eliminadas de la noche a la mañana, con sólo anhelar algo mejor. Ponemos también la insuficiencia humana en juego, la cual hará siempre una mala jugada a los hombres y desnaturaliza con frecuencia las mejores ideas, la mejor voluntad. Mas nosotros tenemos la firme voluntad y el inquebrantable propósito de no dejar que llegue a tal punto, sino de luchar y seguir luchando -toda la vida es una lucha continua contra tales eventos, de poner la razón en su lugar y hacer que el interés común pase a primer término. Si

se malogra por el momento, ¡lo que hoy no se logra, deberá lograrse mañana! Y si alguien replicare: ¿Cree usted que cesarán algún día los sufrimientos? Le contestare: Si, señor, cuando llegue la época en que no haya hombres insuficientes en el mundo. Pero como temo que la insuficiencia de los hombres no acabará jamás, los sufrimientos no cesarán nunca. No es posible arreglar las cosas para toda la eternidad desde una sola generación.

Cada pueblo tiene la obligación de cuidar de sí mismo. Cada época tiene la misión de arreglar sus cuitas por sí sola. No crean ustedes que vamos a quitárselo todo al porvenir. No y no, tampoco queremos educar a nuestra juventud para que se convierta en sucio parásito de la vida o para disfrutar cobardemente lo que otros han creado. No, lo que desees poseer tendrás que ganarlo de nuevo, tendrás que lanzarte una vez y otra a la lucha. Para esto queremos educar a los hombres. No queremos infundirles desde un principio la falsa teoría de que esta lucha es algo innatural o indigno del hombre; todo lo contrario, queremos inculcarles la idea de que esta lucha es la eterna condición para la selección, que sin la eterna lucha no habría hombres en la tierra. ¡No, lo que hacemos ahora, lo hacemos para nosotros!

Dominando hoy la crisis estamos laborando para el porvenir, puesto que mostramos a nuestros descendientes cómo han de hacerlo cuando les llegue su tiempo, así como nosotros debemos aprender del pasado lo que tenemos que hacer hoy. Si la generación anterior a nosotros hubiese pensado de igual manera, según nos quieren hacer creer, de seguro que nosotros no estaríamos aquí. No puedo decir que para lo futuro sea bueno lo que he creído falso para lo pasado. Lo que la vida me da a mí y a nosotros, ha de ser justo para la vida de nuestros descendientes, de modo que estamos obligados a obrar con arreglo a esto.

Debemos pues, proseguir la lucha hasta la última consecuencia contra los acontecimientos que han corroído al pueblo alemán en los últimos 17 años, que nos han causado tan terribles perjuicios y que, de no haber sido vencidos, hubieran aniquilado a Alemania. Bismark dijo una vez que el liberalismo era el entrenador de la socialdemocracia. No es preciso que diga aquí que la socialdemocracia es el entrenador del comunismo.

El comunismo es el entrenador de la muerte, de la muerte del pueblo, de la ruina.

Hemos emprendido la lucha contra él y la continuaremos hasta el fin. Como ya tantas veces en la historia de Alemania, así ahora se verá que el pueblo alemán va adquiriendo, a medida que aumenta la miseria, mayor fuerza y nuevos bríos para hallar el camino hacia arriba y hacia adelante. ¡También esta vez lo encontrará, digo más, estoy convencido de que lo ha encontrado ya!

Paso ahora a la tercera medida: La liberación de las asociaciones consideradas primeramente como dadas, del influjo que creen ver en ellas y poseer en estas asociaciones una última posición de retirada. ¡Qué no se entreguen a falsas conjeturas! Lo que ellos construyeron lo tenemos nosotros por falso. Vemos que el genio alemán despertó aquí lentamente en millones de individuos, contra la propia voluntad de estos arquitectos, un sentimiento que hubo de exteriorizarse en la institución de organizaciones poderosas. Ellos mismos hubieran destruido las organizaciones. Se lo recibimos, mas no para conservarlo todo para lo por venir, sino para salvarle al obrero alemán los céntimos ahorrados que ha invertido en la obra y para que actúe con los mismos derechos en la formación del nuevo estado de cosas, para darle la posibilidad de intervenir como factor investido de iguales derechos que los demás. ¡Se ha de crear un nuevo Estado con él, nunca contra él!

No ha de tener la sensación de ser considerado como paria, como proscrito o estigmatizado. ¡Bien al contrario! Desde un principio, en la gestación y formación del nuevo Estado, queremos inculcarle el sentimiento de ser alemán que goza y disfruta de los mismos derechos y prerrogativas que el resto de sus conciudadanos. El mismo derecho no es en mis ojos otra cosa que el complacerse en tener los mismos derechos y obligaciones.

No se hable siempre, únicamente de derecho, háblese también del deber.

El obrero alemán debe disipar en los millones del otro lado la creencia de que ni el pueblo alemán ni su revolución le importa un ardite. Seguramente que habrá elementos que no quieran tal cosa. También los hay del otro lado de nuestro pueblo. Sobre todos ellos pasará la suerte a la orden del día.

Se encontrarán en Alemania hombres que con toda sinceridad y de todo corazón no quieran otra cosa que la grandeza de su pueblo. Ya se entenderán unos con otros, y de fijo se entenderán, y si alguna vez llegase a retornar la duda y a hacerles una mala jugada la dura realidad, gustosamente actuaremos nosotros de corredores, de agentes de cambio y bolsa.

La misión del Gobierno consistirá entonces en volver a juntar las manos que están ahora a punto de soltarse, haciendo como agente honrado y probo, y repitiendo al pueblo alemán una y otra vez: No debéis reñir, no debéis juzgar por las apariencias, no debéis abandonaros por la sencilla razón de que la evolución haya seguido tal vez en el decurso de los siglos caminos que nosotros no podemos tener por felices, sino que todos vosotros debéis tener siempre presente que vuestro deber es la conservación de vuestra nacionalidad. ¡Ya se encontrará entonces un camino, se precisa hallar un camino! No puede decirse: Se ha hecho imposible el camino hacia la vida de la nación porque la hora opone quizás dificultades. Pasará la hora, mas la vida ha de ser y será.

Con ello adquiere un gran sentido moral el movimiento obrero alemán en su totalidad. Al proceder a la construcción de un nuevo Estado, de un Estado que sea el resultado de muy grandes concesiones de ambos lados, queremos enfrentar dos contrayentes que abrigan sentimientos nacionales en su corazón, dos contrayentes que sólo ven a su pueblo ante sí, dos contrayentes dispuestos a toda hora a posponerlo todo para alcanzar este provecho común, pues sólo siendo esto posible desde un principio creo barruntar el éxito de tamaña acción.

Aquí decide también el espíritu del cual ha nacido el hecho. No ha de haber vencedores y vencidos fuera de un solo vencedor: Nuestro pueblo alemán.

Vencedor de las clases sociales y vencedor sobre lo intereses de cada uno de estos grupos de nuestro pueblo. Con ello contribuiremos y llegaremos al refinamiento del concepto de trabajo, trabajo éste que, como es natural, no puede hacerse de la noche a la mañana. Así como este concepto ha sufrido sendas modificaciones a través de los siglos, así en este caso tendremos necesidad de muchos siglos para poder transmitir al pueblo alemán todos estos conceptos en su forma prístina. El objetivo perseguido impertérritamente por el movimiento que representamos yo y mis compañeros de armas será elevar la palabra obrero a un gran título de honor de la nación alemana. No en balde hemos incluido esta palabra en la denominación de nuestro movimiento, y no porque esta palabra nos haya apartado alguna vez un gran provecho. ¡Al contrario! Lo que nos trajo fue odio y hostilidad de una parte, e incomprensión de otra. Hemos elegido esta palabra porque con la victoria de nuestro movimiento queríamos elevar victoriosos el vocablo.

La hemos elegido para que en este vocablo se encuentra al final, además del concepto pueblo, la segunda base: La unión de los alemanes, pues nadie que abrigue una voluntad noble podrá hacer profesión de otra cosa que de esta palabra.

Soy de por sí enemigo de aceptar títulos honoríficos, y no creo que algún día haya quien me eche en cara lo contrario. Lo que no sea absolutamente necesario que haga, no lo hago. Nunca quisiera mandarme hacer tarjetas de visita con títulos que le conceden a uno gloriosamente en este mundo que habitamos. No quisiera en mi lápida sepulcral otro nombre que el mío seco y escueto. Probable es que por los caminos que me ha trazado el sino esté yo más que nadie capacitado para comprender la esencia, el ser y la vida toda de las diversas clases del pueblo alemán, no porque haya podido observar esta vida desde arriba,

sino por haberla vivido en persona, por haberme hallado en medio de ella, por haberme arrojado la suerte caprichosa, o tal vez providencial, dentro de esta gran masa del pueblo y de los hombres. Por haber trabajado yo luengos años como simple trabajador para ganarme el sustento cotidiano, y por haber estado por segunda vez en esta gran masa como soldado raso, y porque a la vida plugo confundirme con otras clases de nuestro pueblo, al punto de poder decir que las conozco mucho mejor que tantísimas personas que nacieron en ellas. Así es que la suerte parece haberme predestinado a mí más que a ninguno a ser el -permítaseme emplear esta palabra para mí- el corredor o agente honrado, el agente honrado en todos los sentidos.

Aquí no estoy interesado personalmente; ni dependo del Estado ni de ningún cargo público, como tampoco dependo de la economía ni de la industria, ni de ninguna organizaci6n obrera. Soy un hombre independiente y no me he propuesto otro objetivo que serle útil al pueblo alemán en la medida de mis fuerzas, a ser útil aquí precisamente a millones de hombres que tal vez por su buena fe, su ignorancia y la maldad de sus antiguos leaders son los que más han sufrido.

Siempre he creído y dicho que no puede haber cosa mejor que ser abogado de todos aquellos que no pueden defenderse bien ellos mismos.

Conozco la gran masa del pueblo y sólo quisiera decirles una cosa a nuestros intelectuales: Todo Estado que queráis levantar exclusivamente sobre las bases del intelecto es de construcción endeble.

Conozco este intelecto: Siempre cavilando, siempre investigando, pero también eternamente inseguro, eternamente vacilante, móvil, nunca firme. Quien quiera construir únicamente sobre este intelecto un imperio, se convencerá bien pronto de que no construye nada sólido ni estable. No es pura casualidad el que las religiones sean más estables que las formas de Estado. En los más de los casos suelen hundir más profundamente sus raíces en el seno de la tierra; serían inimaginables sin esta gran masa del pueblo. Sé que las clases intelectuales suelen ser atacadas muy fácilmente de la arrogancia de querer medir este pueblo por el rasero de sus conocimientos y de su llamada inteligencia; y, sin embargo, hay aquí cosas que a menudo no ve la inteligencia de los inteligentes porque no puede verlas Esta gran masa es seguramente tarda en el pensar y obrar, a veces retrógrada y poco amovible, no muy ingeniosa ni tampoco genial, pero tiene algo: Tiene fidelidad, tiene perseverancia, tiene estabilidad.

Puedo decir: La victoria de esta revolución no hubiera sido nunca un hecho si mis compañeros, la gran masa de nuestros pequeños conciudadanos, no nos hubieran asistido haciendo alarde de una fidelidad sin igual y de una perseverancia inconmutable.

Nada mejor puedo imaginarme para nuestra Alemania que lograr que estos hombres, que están fuera de nuestras filas de combate, entren en el nuevo Estado y se conviertan en uno de sus más fuertes y poderosos cimientos.

Dijo una vez un poeta: “Alemania estará en el apogeo de su grandeza el día en que sus hijos más pobres sean sus ciudadanos más fieles”. He conocido a estos pobres hijos por espacio de cuatro años y medio como soldados de la gran guerra; los he conocido, he conocido a aquellos que quizá nada tenían que ganar para sí y que sólo obedeciendo a la voz de la sangre, por el hecho de sentirse alemanes, llegaron a ser héroes.

Ningún pueblo tiene más derecho que el nuestro a levantar monumentos a su soldado desconocido. Esta impávida guardia, que se mantuvo firme en tantas y tantas batallas sangrientas, que nunca vaciló ni retrocedió, que ha dado tantos ejemplos de inaudito valor, de fidelidad, disciplina y obediencia sin límites, tenemos que conquistarla para el Estado, debemos ganarla para el Reich que viene, para nuestro tercer Reich. Esto es, sin duda alguna, lo más precioso que podemos darle.

Precisamente porque conozco este pueblo mejor que cualquiera que conoce a la vez el resto del pueblo,

estoy dispuesto en este caso, no sólo a hacerme cargo del papel de agente honrado, sino que me siento feliz de que la suerte me haya deparado este papel.

¡No sentiré nunca mayor orgullo en mi vida que el poder decir cuando cierre los ojos para siempre: He ganado, luchando, al obrero alemán, para el Reich de los alemanes!

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(17 de Mayo de 1933)

Señores diputados:

En nombre del Gobierno del Reich he solicitado del Señor Presidente del Reichstag la convocatoria del mismo al objeto de poder pronunciarme ante esa asamblea sobre los problemas que hoy preocupan, no sólo a nuestro pueblo, sino al mundo entero.

Estos problemas, que los señores Diputados conocen, son de tan gran importancia que de su feliz solución depende la pacificación política y la salvación económica del mundo.

Al expresar a este respecto, en nombre del Gobierno alemán, el deseo de que el tratamiento de esos problemas quede sustraído a todo género de apasionamiento, surge este deseo en primer término de un convencimiento que a todos domina, a saber, que el origen profundo de la crisis actual reside precisamente en las pasiones que, desatadas después de la guerra, han oscurecido la clara visión y el juicio de los pueblos.

Porque es en los defectos del Tratado de Paz donde hay que buscar la causa de los problemas de nuestros días, en ese Tratado que no supo en su día encontrar para el porvenir una soluci6n elevada, clara y razonable de los problemas entonces planteados. El Tratado no resolvió en forma permanente, capaz de resistir a una crítica razonable, ninguno de los problemas, o de las reclamaciones formuladas por los pueblos en el terreno nacional, económico o jurídico. Es comprensible, por lo tanto, que la idea de revisión, además de afirmarse constantemente al margen del Tratado y en vista de los efectos de su aplicación, apareciera ya como necesaria a los autores del mismo y quedara jurídicamente prevista en el texto del documento.

Al referirme ahora brevemente a los problemas que dicho Tratado hubiese debido resolver, me inspiro en la consideración de que el fracaso sufrido en este punto forzosamente tenía que dar lugar a situaciones perjudiciales para la vida política y económica de los pueblos como las posteriormente surgidas.

Los problemas políticos son los siguientes: Durante muchos siglos respondieron los estados europeos y sus fronteras a concepciones de carácter exclusivamente político. La marcha victoriosa de la idea nacional y del principio de las nacionalidades en el curso del pasado siglo y la indiferencia hacia esas nuevas ideas y nuevos ideales por parte de Estado que respondían a otros principios, fueron la semilla de numerosos conflictos. Ninguna misión más elevada hubiese podido corresponder, llegado el término de la guerra mundial, a una verdadera conferencia de paz que la de establecer un nuevo ajustamiento y un nuevo orden de los estados europeos basados hasta el límite máximo de lo posible en el reconocimiento de este hecho y de este principio. Cuanto más se hubiesen ajustado dentro de este orden nuevo, las fronteras de los estados a las de los pueblos, tanto mejor se hubiese contribuido con ello a eliminar un gran número de posibilidades de conflicto para el porvenir. Más aún, esta reorganización territorial de Europa sobre la base de las verdaderas fronteras de los pueblos, hubiese podido ser la solución histórica, dictada por la visión del porvenir, y susceptible de representar para vencedores y vencidos una a modo de compensación por los sangrientos sacrificios de la guerra, ya que con ella se hubiesen echado los cimientos de una verdadera paz mundial.

Pero en lugar de ello, en parte por desconocimiento y en parte cediendo al dictado de la pasión y del

odio, se adoptaron soluciones que por su falta de lógica y de equidad llevaban en sí mismas la perpetuación del germen de nuevos conflictos.

Los problemas económicos que la Conferencia de la Paz tenía que resolver eran como sigue:

La alarmante situación económica de Europa se ve caracterizada por el exceso de población en el oeste europeo y la escasez en esta región de ciertas primeras materias, que precisamente son indispensables en las regiones que, por razón de su alta cultura, gozan de un nivel de vida elevado. Si los autores del Tratado de Paz se hubiesen propuesto la verdadera pacificación de Europa por un periodo humanamente previsible, en lugar de dejarse absorber por conceptos estériles y peligrosos como los de arrepentimiento, castigo, reparación, etc. Hubiesen reconocido la verdad profunda de que la falta de posibilidades de existencia ha constituido y constituirá siempre una fuente de conflictos entre los pueblos.

En lugar de predicar la idea de aniquilamiento hubiesen debido elevarse hasta un nuevo orden de relaciones políticas y económicas internacionales justo en toda la medida de lo posible para las necesidades de existencia de cada uno de los pueblos.

No es prudente privar de los medios de vida a un pueblo, sin parar mientes en que su población no deja por ello de esta obligada a vivir en el mismo territorio. Que la ruina económica de un pueblo de 65 millones de almas pueda redundar en beneficio de otros pueblos es una idea absurda. No tardarían los pueblos que de tal modo procedieran en darse cuenta de que, por una ley natural de causa y efecto, habían de ser llevados a la misma catástrofe que ellos pretendían desencadenar. La idea de las reparaciones y su aplicación práctica quedará un día inscrita en la historia universal como el ejemplo típico de los estragos que la pasión puede provocar en contra de la común prosperidad de los pueblos.

En realidad la política de reparaciones sólo podía ser ejecutada por medio de la exportación alemana. Pero en tanto que Alemania fuese considerada como una empresa internacional exportadora, la exportación de los países acreedores había de resultar perjudicada. Los beneficios económicos de los pagos por reparaciones habían de estar, por lo tanto, fuera de toda proporción con los perjuicios que las mismas reparaciones tenían que determinar en la economía particular de cada país.

La tentativa de querer desviar este proceso y limitar las exportaciones alemanas por medio de créditos de compensación que permitieran hacer frente a los pagos, era igualmente falta de previsión y falsa en último término. La conversión de las obligaciones políticas en obligaciones de carácter particular implicaba la creación de un servicio de intereses imposible de cumplir sin llegar a los mismos resultados que se trataba de evitar. Lo peor, fue, sin embargo, la perturbación de la vida económica interior de los pueblos, y su eventual estancamiento, como consecuencia de esa obligación de exportar a toda costa. La lucha en los mercados mundiales a fuerza de abaratar cada vez más los precios condujo a un exceso de racionalización de la economía.

Los millones y millones de obreros alemanes sin trabajo son el último resultado de este proceso.

Si, al contrario, se pretendía que Alemania hiciese frente a las reparaciones únicamente con prestaciones en especie, el perjuicio que por este procedimiento había de acarrearse a la producción interior de los países así favorecidos no iba tampoco a ser menor. En efecto, no es posible imaginar siquiera prestaciones de tal importancia sin poner en grave peligro la propia producción de los países a los cuales iban destinadas.

Es culpa del Tratado de Versalles haber inaugurado una era en la que la sana economía parece amenazada de muerte por las fantasías financieras.

Alemania ha cumplido obligaciones que le fueron impuestas, a pesar de la injusticia que ellas encerraban y de sus consecuencias fácilmente previsibles, con una fidelidad casi suicida.

La crisis económica mundial es la prueba incontrovertible de la exactitud de esta aseveración.

La necesidad de restablecer el sentido internacional del derecho con carácter general, fue un problema asimismo desconocido por el Tratado de Versalles, ya que precisamente para poder motivar el conjunto de sus estipulaciones fue preciso presentar a Alemania como culpable.

Este procedimiento inaceptable reduce a la máxima simplicidad las causas de los conflictos humanos para el porvenir: La culpa será siempre de los vencidos, porque el vencedor tendrá siempre la posibilidad de hacerlo constar así en el preámbulo del tratado de paz.

Este acto ha tenido consecuencias terribles porque fue tomado como base para transformar en estado jurídico permanente la relación de fuerzas existente al final de la guerra. Los conceptos de vencedores y vencidos pasaron a ser el fundamento de un nuevo derecho y de un nuevo orden social internacional.

La descalificación de un gran pueblo en nación de segundo grado y de segunda clase fue proclamada en el momento mismo en que había de surgir a la vida una Sociedad de Naciones.

Este tratamiento impuesto a Alemania no podía conducir a la pacificación del mundo. Se estimó entonces que era necesario desarmar a los vencidos y privarles de medios de defensa. Este procedimiento -sin precedentes en la historia de las naciones europeas- es además ineficaz para suprimir los peligros y posibilidades de conflicto. Al contrario, dic lugar a una serie de amenazas, exigencias y sanciones que provocando, a su vez, una inseguridad e intranquilidad incesantes, amenazaban con ser causa de la ruina económica mundial. Cuando en la vida de los pueblos cesa la reflexión sobre los riesgos que ciertas acciones pueden llevar consigo, nada tiene de extraño que la sinrazón triunfe fácilmente sobre la razón. La Sociedad de Naciones no ha conseguido, hasta ahora por lo menos, prestar, en tales ocasiones, ninguna ayuda real a los que, precisamente por débiles y desarmados, más podían necesitarla. Los tratados destinados a establecer la paz en la vida de los pueblos carecen de verdadero contenido si no se basan en un reconocimiento leal y sincero de la igualdad de derechos entre todas las partes.

En esto reside precisamente la causa principal de la agitación que desde hace años domina en el mundo.

Por otra parte, la solución razonable y definitiva de los problemas hoy planteados interesa a todos por igual. Ninguna nueva guerra europea podría dar lugar a que las actuales circunstancias, poco satisfactorias, fuesen substituidas por otras mejores.

¡Al contrario! Ni política, ni económicamente, podría la aplicación de la fuerza crear en Europa una situación menos mala que la actual. Aun en el caso de que un éxito decisivo permitiera establecer un nuevo orden europeo basado en la violencia, el resultado final no podría ser otro que una mayor perturbación del equilibrio y el germen para que, de un modo o de otro, surgieran más tarde nuevas rivalidades y complicaciones. Nuevas guerras, nueva inseguridad y una nueva crisis económica serían la consecuencia. La explosión de esta locura sin fin habría de llevar consigo la ruina del presente orden político y social. Europa se hundiría en el caos comunista y quedaría abierta una crisis de incalculables dimensiones y de duración imposible de prever.

El Gobierno nacional de Alemania siente el profundo deseo de colaborar sincera y activamente a la obra de impedir que tal catástrofe pueda producirse.

En éste, además, el verdadero sentido de la revolución que ha tenido lugar en Alemania y cuyos tres puntos de vista principales en modo alguno contradicen con los intereses del resto del mundo:

Primero: Impedir la revolución comunista amenazante, creando un Estado nacional, inspirado en la idea de la reconciliación de clases y manteniendo el principio de la propiedad privada como base de nuestra cultura.

Segundo: Resolver el más delicado de los problemas sociales, el del paro forzoso, reintegrando a la

producción el ejército lamentable de millones de obreros parados.

Tercero: Restablecer la estabilidad y la autoridad en la dirección del Estado al objeto de que este gran pueblo, contando con un Gobierno apoyado en la confianza y en la voluntad de la nación, pueda de nuevo volver a concertar tratados con el resto del mundo.

Al hablar en este momento como alemán nacionalsocialista consciente de sí mismo, quiero declarar en nombre del Gobierno y de todo el movimiento nacionalista que precisamente la joven Alemania y nosotros sus representantes, estamos animados de la mejor voluntad para comprender idénticos sentimientos y aspiraciones. La joven generación alemana que hasta ahora sólo ha conocido en la vida las miserias, privaciones y penalidades de su propio pueblo, ha sufrido demasiado, bajo la locura imperante para poder abrigar la intención de causar a los demás pueblos análogos sufrimientos.

Ligados a nuestro propio pueblo por un amor y una fidelidad sin límites, respetamos al mismo tiempo, y como fruto de nuestra convicción, los derechos nacionales de los demás pueblos y, desde lo más profundo de nuestro corazón, deseamos vivir en paz y amistad con ellos.

Nos es extraña, por lo tanto, toda idea de "germanización". El supuesto corrientemente admitido en el pasado siglo de que era posible convertir polacos o franceses en alemanes lo rechazamos en absoluto.

Pero con idéntica energía estamos dispuestos a oponernos a toda tentativa en sentido contrario. Admitimos las naciones europeas que nos rodean como un hecho natural. Franceses, polacos etc. son nuestros vecinos y sabemos que no hay hecho histórico imaginable capaz de modificar esta realidad.

Ojalá que en el Tratado de Versalles hubiesen sido tenidas en cuenta esas realidades en cuanto a Alemania se refiere. El objetivo de una paz duradera no puede consistir en abrir nuevas heridas o en mantener abiertas las existentes, sino en cerrarlas y curarlas. De haber sido estos problemas tratados en su día con la debida reflexión, no hubiese sido difícil encontrar en la frontera oriental alemana una solución igualmente equitativa para las exigencias comprensibles de Polonia y para los derechos naturales de Alemania. En el Tratado de Versalles no se ha encontrado esta solución. A pesar de ello ningún Gobierno alemán tratará de romper por su sola iniciativa un convenio que no es posible suprimir si no se le reemplaza con otro mejor.

Pero al admitir el carácter jurídico del Tratado, debe entenderse que este reconocimiento tiene un sentido general. No solamente los vencedores, sino también los vencidos pueden exigir los derechos que del Tratado se derivan. El derecho a reclamar la revisión de un tratado está reconocido en el tratado mismo. Como motivo y medida para esta reclamación desea el Gobierno alemán aducir únicamente los resultados de las experiencias hasta la fecha acumuladas, así como las consideraciones que se imponen a todo razonamiento crítico y lógico. En lo político y en lo económico las experiencias recogidas en el curso de 14 años son igualmente claras. La miseria de los pueblos, en lugar de disminuir, ha aumentado. La raíz profunda de esta miseria reside en la división del mundo entre vencedores y vencidos como base escogida para todos los tratados y para el nuevo orden de cosas. La consecuencia más lamentable de este punto de vista la encontramos en la indefensión impuesta a ciertas naciones frente a los armamentos crecientes de otras. Alemania reclama desde hace años el desarme general y ello por los siguientes motivos:

Primero: La demanda de igualdad de derechos formulada por Alemania es conforme a la moral, al derecho y a la razón. Su legitimidad está reconocida en el mismo tratado de paz y su cumplimiento va indisolublemente unido a la obligación de desarmar impuesta a Alemania como prólogo del desarme mundial.

Segundo: La descalificación de un gran pueblo no puede, de otra parte, ser históricamente mantenida por tiempo indefinido. Un día u otro tiene que terminar.. ¿O hay quien cree que puede hacerse víctima a una gran nación de tal injusticia perpetuamente? ¿Que representan las ventajas de un momento frente a la marcha continua de los siglos? El pueblo alemán subsistirá, lo mismo que el francés o el polaco. Tal es la enseñanza de la historia.

¿Qué valor tiene el éxito de una opresión pasajera, mantenida sobre un pueblo de 65 millones de habitantes, frente a la fuerza de este hecho inconmovible? Ningún estado está en mejores condiciones para comprender los nuevos estados nacionales europeos que la Alemania de la revolución nacional, surgida al impulso de una idéntica voluntad. Nada quiere Alemania para sí que no esté dispuesta también a dárselo a los demás.

Si Alemania reclama hoy una positiva igualdad de derechos, encaminada a lograr el desarme de los demás pueblos, es en el cumplimiento de los tratados por su parte donde encuentra el derecho moral para formular dicha reclamación. Porque Alemania se ha desarmado y ello bajo la inspección del más riguroso control internacional. Seis millones de carabinas y fusiles fueron entregados o destruidos, 130.000 ametralladoras, cantidades formidables de cañones para ametralladoras, 91.000 cañones, 38.750.000

granadas y enormes existencias de armas y municiones de toda clase hubo que destruir o entregar el pueblo alemán.

El territorio de Renania fue desmilitarizado, las fortificaciones alemanas arrasadas, nuestros buques fueron entregados al enemigo, nuestros aviones destruidos, nuestro sistema de servicio militar cambiado y con ello imposibilitada la formación de reservas. Incluso las armas defensivas más indispensable nos fueron denegadas.

Cuando hoy, frente a estos hechos impresionantes e indiscutibles, se pretende con excusas y subterfugios verdaderamente lamentables que Alemania ha eludido de algún modo el cumplimiento del tratado o llegado incluso a rearmarse, me siento obligado a rechazar desde este lugar semejante pretensión como desleal y contraria a la verdad.

No menos inexacta es la pretensión de que Alemania ha dejado de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado en materia de efectivos. No es cierto que las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialista estén en relaciones con el Ejército, de modo que vengan a constituir fuerzas o reservas militares instruidas.

La irresponsable ligereza con que tales afirmaciones son formuladas, podrá quedar puesta de manifiesto con un sólo ejemplo: El año pasado tuvo lugar en Brünn un proceso contra miembros del Partido Nacionalsocialista de Checoslovaquia. Peritos jurados del ejército checoeslovaco declararon entonces que los acusados mantenían relaciones con el Partido Nacionalsocialista de Alemania, se encontraban respecto a él en una situación de dependencia y, aun cuando simples miembros de una sociedad deportiva, debían ser equiparados a los miembros de las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas alemanas, fuerzas que constituían una reserva del ejército alemán organizada e instruida por éste.

En aquel tiempo, no obstante, ni las secciones de asalto ni las escuadras de defensa, lo mismo que el Partido Nacionalsocialista propiamente dicho, mantenían relación alguna con el ejército; eran al contrario perseguidas como una organización enemiga del Estado, más tarde prohibidas y finalmente disueltas. Más aún, los miembros del Partido Nacionalsocialista, de las secciones de asalto y escuadras de defensa, no sólo eran excluidos de toda función oficial en el Estado, sino que ni siquiera podían trabajar como simples obreros en los servicios auxiliares del ejército. Pero los nacionalsocialistas de Checoslovaquia fueron condenados, en virtud de esas falsas indicaciones, a severas penas.

En realidad, las secciones de asalto y escuadras de defensa del Partido Nacionalsocialista han surgido sin ayuda de nadie, sin apoyo financiero del Estado y muy especialmente del Ejército, sin instrucción militar ni armamento militar de ningún género, respondiendo a necesidades y consideraciones únicamente inspiradas en el interés del Partido. Su finalidad era y sigue siendo la eliminación del peligro comunista. Su instrucción nada tiene que ver con la instrucción militar, orientada como está hacia la propaganda, el fomento de la cultura popular, la influencia psicológica sobre las masas y la lucha contra el terror comunista. Son, al propio tiempo, instituciones destinadas a crear un verdadero espíritu de solidaridad social que permita superar las antiguas rivalidades de clase y a remediar la crisis económica.

Los Cascos de Acero son una organización inspirada en los sentimientos de tradición y de camaradería que prevalecían en el frente de batalla y consagrada a la defensa contra la revolución comunista que desde Noviembre de 1918 nos amenaza. La importancia de este peligro no pueden comprenderla, es cierto, aquellos países que no han tenido, como Alemania, un Partido Comunista organizado de varios millones y no han sufrido bajo su influencia terrorista. La verdadera finalidad que estas organizaciones persiguen nos lo dicen el carácter real de la lucha que han sostenido y el número de sus víctimas. En pocos años han tenido que lamentar las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas por sí solas, a consecuencia de actos de terror y criminales agresiones comunistas, más de 350 muertos y

unos 40.000 heridos. Si ahora en Ginebra se trata de equiparar estas organizaciones constituidas únicamente para fines de política interior a las fuerzas militares, no hay motivo para no hacer lo mismo con los bomberos, las sociedades gimnásticas, los serenos, los clubes náuticos y otras sociedades deportivas.

Pero si, al revés de lo que ocurre con estos hombres completamente desprovistos de instrucción militar, las reservas militares propiamente dichas de los demás ejércitos dejan de ser tenidas en cuenta, si se ignoran las reservas armadas e instruidas de los demás países y se cuentan, en cambio, cuando se trata de Alemania, los miembros desarmados de organizaciones políticas, entonces nos encontramos ante procedimientos que merecen, por mi parte, la más enérgica protesta.

Si el mundo se propone destruir la confianza en el derecho y la justicia, esos medios no pueden ser más adecuados.

En nombre del Gobierno alemán tengo que declarar lo que sigue: Alemania se ha desarmado. Ha cumplido todas las obligaciones que le fueron impuestas por el Tratado de Versalles hasta más allá de las fronteras de la equidad y la sana razón. Su ejército comprende 100.000 hombres. Los efectivos y el carácter de la policía responden a un convenio internacional.

La policía auxiliar establecida en los días de la revolución tiene carácter exclusivamente político. Su misión consistió en sustituir durante los primeros días del nuevo régimen aquella parte de la antigua policía que podía ser considerada como insegura. Su disolución, después del triunfo completo de la Revolución, ha comenzado ya y quedará completamente terminada antes de fin de año.

Alemania tiene con ello moralmente derecho a exigir que las demás potencias empiecen también, por su parte, a cumplir las obligaciones que del Tratado de Versalles se derivan. El principio de la igualdad de derechos reconocido a Alemania el pasado mes de Diciembre no ha sido hasta ahora puesto en práctica. A la tesis de nuevo defendida por Francia según la cual la igualdad de derechos debe corresponder a su seguridad, tengo que oponer estas dos preguntas:

1.- Alemania ha contraído hasta ahora todas las obligaciones referentes a la seguridad que resultan de la firma del Tratado de Versalles, del Pacto Kellog, de los tratados de arbitraje, de la declaración de renuncia a la fuerza, etc. ¿Cuales son las garantías concretas que Alemania puede ofrecer además, fuera de sus obligaciones internacionales?

2.- Frente a esto, ¿con qué garantías cuenta Alemania? Según los datos facilitados a la Sociedad de Naciones Francia tiene 3.046 aviones en servicio, Bélgica 350, Polonia 700 y Checoslovaquia 670. A estas cifras hay que añadir un número incalculable de aviones de reserva, millares de tanques, millares de cañones de grueso calibre y todos los medios técnicos necesarios para la guerra de gases asfixiantes. ¿No tendría mucho más derecho, Alemania, desarmada y sin defensa, a reclamar seguridad que los estados armados y unidos entre sí por coaliciones?

A pesar de ello Alemania está dispuesta en todo momento a contraer nuevos compromisos internacionales de seguridad siempre que otras naciones estén dispuestas a hacer lo mismo en beneficio de Alemania. Alemania estaría, además, francamente, conforme en prescindir de toda su organización militar y en destruir las pocas armas que le fueron dejadas, siempre que las naciones vecinas quisieran también hacer lo propio. Pero si los otros estados no se avienen a ejecutar el desarme que el Tratado de Versalles les impone, Alemania está entonces obligada a mantener por lo menos su demanda de igualdad de derechos.

El Gobierno alemán ve en el plan inglés una base posible para resolver esta cuestión. Pero cree, a este respecto, que debe exigir que no se le imponga la destrucción de su actual sistema militar concederle por lo menos una igualdad de derechos cualitativa. Alemania debe pedir además que la transformación del actual ejército alemán, cuya forma actual nosotros no queríamos, pero que nos fue impuesta por el extranjero, se realice paso a paso y al compás de los progresos del desarme en los otros Estados.

Alemania está dispuesta, en principio, a aceptar para el establecimiento de su seguridad nacional un período de transición de cinco años en la espera de que transcurrido dicho período tenga lugar la equiparación real de Alemania a los demás estados. Alemania está asimismo dispuesta sin reservas a renunciar a las armas ofensivas siempre que dentro de un determinado periodo las naciones armadas, por su parte, destruyan también las armas de esta clase y el empleo de las mismas quede prohibido por un convenio internacional. Alemania no tiene más que un deseo: Mantener su independencia y poder

defender sus fronteras.

Según las declaraciones del Ministro de Guerra francés en 1932 las tropas coloniales francesas pueden ser inmediatamente empleadas en la defensa del territorio de Francia. Con ello quedan estas tropas sumadas a las fuerzas militares metropolitanas.

Es justo, por consiguiente, que sean tenidas en cuenta como parte integrante del ejército francés. Pero mientras, por una parte, esto no se hace, se quieren tener en cuenta, cuando de los efectivos militares alemanes se trata, asociaciones y organizaciones de carácter popular cuyas finalidades son exclusivamente educativas y deportivas y cuya instrucción militar en sencillamente nula. En los demás países, no obstante, tales organizaciones no han de ser tenidas en cuenta en relación con las fuerzas del ejército. Este proceder es, desde luego, inaceptable. Alemania estaría dispuesta en todo momento, caso de establecerse un control internacional de los armamentos de carácter general, y siempre que los demás estados se hallaran dispuestos a hacer lo mismo, a someter a dicho control las organizaciones citadas, para demostrar así al mundo de un modo irrecusable que no tienen carácter militar. El Gobierno alemán no se opondrá a ninguna prohibición de armamentos, por radical que sea, siempre que sea aplicada también a todos los demás países.

Todas estas demandas no postulan la intención de rearme. Son exclusivamente una petición de desarme para los demás estados. Saludo de nuevo con complacencia en nombre del Gobierno alemán el previsor e importante proyecto del Jefe del Gobierno italiano para establecer entre las cuatro grandes potencias europeas, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, por medio de un plan especial, una relación más estrecha de colaboración y confianza. El Gobierno alemán hace suya con íntima convicción la concepción de Mussolini y entiende que el aplicarla facilitaría un entendimiento permanente. El Gobierno alemán dará toda clase de facilidades en este sentido, siempre que las demás naciones se hallen dispuestas también a vencer las dificultades que puedan presentarse.

La propuesta del Presidente de los Estados Unidos Roosevelt, llegada a mi conocimiento esta última noche, obliga, por tanto, al Gobierno alemán a la más profunda gratitud. El Gobierno alemán acepta el método propuesto para resolver la crisis internacional, pues entiende que sin una solución previa de la cuestión del desarme, toda idea de reconstrucción económica sería a la larga quimérica. Estamos dispuestos a colaborar sin pensar en el propio provecho en la obra de ordenar la situación política y financiera del mundo y tenemos el convencimiento, como ya he dicho al principio, de que la única tarea a la que hoy vale la pena consagrarse es la de asegurar la paz del mundo.

Me siento en el deber de declarar que la causa de los actuales armamentos de Francia y Polonia de ningún modo puede residir en el temor que inspire a dichas naciones una posible invasión alemana. Este temor sólo podría tener su fundamento en la existencia de armas ofensivas. Pero son precisamente estas armas ofensivas las que Alemania no posee, ni artillería pesada, ni tanques, ni aviones de bombardeo, ni gases asfixiantes.

La única nación que, con fundamento, podría sentir el temor de una invasión es Alemania, a la cual, además de serle prohibidas las armas ofensivas, le fueron limitadas las defensivas, impidiéndosele incluso la construcción de fortificaciones para defender sus fronteras.

Alemania está en todo momento dispuesta a. renunciar a las armas ofensivas siempre que el resto del mundo haga lo propio. Alemania está dispuesta a participar en todo Pacto solemne de no-agresión porque no piensa atacar a nadie y si, solamente, en su seguridad.

Alemania aceptaría con satisfacción la generosa propuesta del Presidente norteamericano, encaminada a garantizar la paz de Europa con el poder de los Estados Unidos, y ve en ella un elemento tranquilizador para cuantos desean sinceramente la paz. No tenemos mayor deseo que el de contribuir a curar

definitivamente las heridas de la guerra y del Tratado de Versalles. Para lograrlo Alemania no quiere seguir otro camino que el prescrito en los mismos tratados. El Gobierno alemán desea discutir por medios pacíficos y legales con las demás naciones todos los graves problemas planteados. Sabemos que toda acción militar en Europa, aún en el caso de un éxito completo, acarrearía sacrificios completamente fuera de proporción con los beneficios.

El Gobierno y el pueblo alemán no aceptarán, sin embargo, bajo ningún pretexto la obligación de dar su firma para nada que represente perpetuar la descalificación de Alemania. Toda tentativa de influir sobre el Gobierno o sobre el pueblo por medio de amenazas no tendrá la menor eficacia. Es posible imaginar que Alemania contra todo principio del derecho y de la moral sea de nuevo violentada, pero es inimaginable e imposible que un acto de esta naturaleza obtenga la sanción legal de nuestra firma.

Cuando en artículos de periódico y en discursos que son de lamentar aparece contra Alemania la amenaza de sanciones, hemos de creer que este monstruoso procedimiento es el castigo que quiere imponérsenos por el hecho de exigir que se cumpla la parte de los tratados referente al desarme. Este proceder solo podría conducir a la definitiva inutilización moral y material de los tratados mismos. Pero Alemania no renunciaría tampoco en este caso a sus pacíficas demandas. Las consecuencias políticas y económicas, el caos en que Europa se encontraría precipitada por un proceder semejante, constituiría una inmensa responsabilidad para aquellos que tales medios emplearon contra un pueblo que no hace daño a nadie.

Toda tentativa semejante y, asimismo, toda tentativa para violentar la voluntad de Alemania imponiéndole por la simple fuerza de la mayoría una decisión contraria al sentido evidente de los tratados, sólo podría ser dictada por la intención de alejamos de las conferencias internacionales. El pueblo alemán posee hoy, suficiente carácter para, en este caso, no querer imponer su colaboración a las demás naciones y, por muy doloroso que esto fuera, aceptar la única consecuencia posible.

Resultaría asimismo muy difícil para nosotros poder continuar formando parte de la Sociedad de Naciones como pueblo constantemente repudiado y difamado.

El Gobierno y el pueblo alemán se dan cuenta de la importancia de la presente crisis. Años hace que desde Alemania han salido voces de aviso sobre las consecuencias políticas y económicas a que habían de llevar los métodos aplicados. Si se sigue por los caminos y con los procedimientos hasta ahora empleados, el final no es dudoso. Después de los éxitos aparentes logrados por tal o cual país, serán mayores todavía las catástrofes políticas y económicas para todos. Evitarlas es nuestro deber supremo.

Para lograrlo nada se ha hecho hasta ahora decisivo. Se nos dice que el régimen que nos ha precedido había gozado en el mundo de ciertas simpatías. Los efectos de estas simpatías en y para Alemania ya hemos visto cuales eran. Millones de existencias, profesiones enteras en la ruina y un imponente ejército de obreros en paro forzoso, un desolador desengaño cuya profundidad y extensión quisiera hoy dar a comprender al mundo por medio de una sola cifra:

Desde el día de la firma de ese tratado, obra de paz que había de ser la piedra angular de una nueva era de bienestar para todos los pueblos, 224.900 seres humanos se han suicidado en Alemania casi exclusivamente por motivos económicos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, testigos incorruptibles, acusadores contra el espíritu y el cumplimiento de un tratado cuya aplicación fue esperada, no solo por el resto del mundo, sino también por millones de alemanes, como una promesa de bendición y ventura.

Ojalá que las otras naciones puedan también comprender la voluntad inquebrantable de Alemania para poner fin a un período de humanos errores y encontrar el camino que conduzca finalmente a la reconciliación de todos sobre la base de la igualdad de derechos.

DISCURSO EN LA CANCILLERÍA DEL REICH

(6 de Julio de 1933)

Los partidos políticos han quedado ya definitivamente eliminados. He aquí un acontecimiento histórico de cuya importancia y alcance no se dan muchos, perfecta cuenta. Debemos eliminar ahora los últimos restos de la democracia, en particular los métodos de votación y los acuerdos de las mayorías, tal como se ven hoy con frecuencia en las comunidades, en las organizaciones económicas y en los comités de trabajo, y que en todas partes hacen valer la responsabilidad de la personalidad individual.

A la conquista del poder exterior ha de seguir la educación interior del individuo. Hay que tener cuidado de no adoptar de hoy a mañana resoluciones puramente formales y esperar, de ellas, una solución definitiva. Los hombres son capaces de doblar fácilmente la forma exterior y darle su propio sello espiritual. Sólo podrá transmutarse cuando haya personas adecuadas para ello. Son más las revoluciones ganadas en el primer asalto, que las ganadas captadas y detenidas.

La revolución no es ningún estado permanente, no debe convertirse en estado duradero. Hay que conducir la corriente libre de la revolución al lecho seguro de la evolución. Lo más importante de tal caso es la educación del hombre.

El estado actual debe ser mejorado, y los hombres que lo encarnan deben ser educados en el concepto del Estado nacionalsocialista. No hay que destituir a un economista cuando sea un buen economista, más no nacionalsocialista, sobre todo si el nacionalsocialista que se va a poner en su lugar no sabe nada de economía.

Lo decisivo en la economía son los conocimientos, el saber. La misión del nacionalsocialista es garantizar el desenvolvimiento de nuestro pueblo. Pero no hay que andar buscando si aún hay algo que revolucionar, nuestra misión es más bien asegurar posición tras posición, a fin de sostenerla y ocuparla paulatinamente de una manera ejemplar. Tenemos que ceñir a esto nuestros actos por muchos años y contar en intervalos muy largos. Con disposiciones unificadoras teóricas no le proporcionaremos pan a ningún obrero. La Historia no emitirá su juicio sobre nosotros según que hayamos destituido y encarcelado al mayor número posible de economistas, sino según lo que hayamos logrado para proporcionar trabajo.

Tenemos hoy el poderío absoluto para imponer nuestra voluntad. Pero conviene que las personas destituidas sean substituidas por otras mejores. Al economista hay que juzgarlo en primer término según sus facultades y capacidades económicas, y claro está que debemos mantener en orden el aparato económico. Con comisiones, organizaciones, construcciones y teorías económicas no eliminaremos nunca la falta de trabajo. Lo que importa ahora no son programas o ideas, sino el pan diario para cinco millones de hombres. La economía es un organismo vivo que no se puede transformar de un golpe. La economía se desarrolla conforme a leyes primitivas que arraigan en la naturaleza humana. Los porta-bacilos intelectuales que procuran penetrar ahora en la economía, ponen en peligro al Estado y al pueblo. No hay que rechazar la experiencia práctica por estar contra una idea determinada. Si nos presentamos con reformas ante el pueblo, tenemos que demostrar que entendemos las cosas y las podemos dominar.

¡Nuestra misión es: Trabajo, trabajo y más trabajo!

De la consecución de trabajo obtendremos la más fuerte autoridad. Nuestro programa no se ha hecho para hacer hermosos gestos, sino para conservarle la vida al pueblo alemán. Las ideas del programa no nos obligan a proceder como locos y revolverlo todo, sino realizar prudente y precavidamente nuestro ideario. La seguridad política será a la larga tanto más grande cuanto más logremos cimentarla económicamente. Los gobernadores regionales están obligados a cuidar y serán responsables de que no haya organizaciones ni partidos, de cualquier naturaleza que sean, que se arroguen facultades gubernamentales, que destituyan a personas y ocupen cargos cuya competencia incumbe exclusivamente

al Gobierno del Reich, o sea al Ministro de la Economía en todo lo que a esta se refiera. El Partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del ejecutivo. Hay que impedir que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados o tal vez en organizaciones. Ya no hay más autoridad de una región o territorio parcial del Reich, sino únicamente del concepto de pueblo alemán.

DISCURSO EN LA CANCILLERÍA DEL REICH

(14 de Octubre de 1933)

Cuando el pueblo alemán, confiando en las seguridades dadas por los catorce puntos del Presidente Wilson, rindió sus armas en Noviembre de 1918, marcaba el final de una guerra de la cual eran responsables los hombres de estado pero no sus pueblos.

La nación alemana luchó tan heroicamente porque peleaban con la sagrada convicción de que se les había atacado sin razón, y que por lo tanto la verdad estaba de su lado. De la magnitud de los sacrificios que el pueblo alemán -que tuvo que apoyarse únicamente en sus propios recursos- realizó durante aquellos años, otras naciones raramente pueden tener idea. Si en los días que siguieron al armisticio, el mundo hubiera tendido su mano al oponente vencido con un espíritu de justicia, el género humano se habría ahorrado sufrimientos sin límite e incontables frustraciones.

Fue el pueblo alemán el que sufrió el más profundo desencanto. Nunca una nación vencida se esforzó tan seriamente en ayudar a reparar las heridas de sus antiguos enemigos, como lo hizo la nación alemana en los largos años durante los cuales se cumplieron las condiciones que se le habían impuesto. Si todos estos sacrificios no llevaron a una real y duradera paz entre las naciones, el motivo se encuentra en la naturaleza del tratado, el cual, en su intento de perpetuar la discriminación entre vencedores y vencidos, no podía sino perpetuar el odio y la enemistad. Las naciones podrían esperar de la guerra más grande de todos los tiempos, que se aprendiese la lección y que, especialmente en lo que respecta a las naciones europeas, ninguna ganancia podía compararse con la inmensidad del sacrificio, y como en ese tratado, la nación alemana fue castigada con la destrucción de sus armamentos para hacer así posible el desarme mundial, incontables millones creyeron que esta demanda era el signo de un creciente desarrollo.

El pueblo alemán destruyó sus armas, creyendo que sus antiguos enemigos cumplirían su parte de las obligaciones del tratado. El pueblo alemán cumplió la parte de su contrato con fanática sinceridad. El material aéreo, naval y terrestre fue destruido en número incontable. En lugar de un ejército que llegó a tener un millón de hombres, se estableció un pequeño ejército profesional, cuyas armas, totalmente inadecuadas, estaban establecidas de acuerdo con las demandas de los poderes victoriosos. Los destinos políticos de la nación estuvieron durante ese tiempo en las manos de aquellos hombres cuya perspectiva estaba dirigida hacia el mundo de los estados victoriosos.

La nación alemana tenía el derecho a esperar que, sólo por esta razón, el resto del mundo cumpliría su palabra de la misma manera que el pueblo alemán, con el sudor de su frente, con profundas aflicciones y bajo terribles privaciones, fue cumpliendo sus partes del acuerdo.

Ninguna guerra puede congelar la corriente de los tiempos, ninguna paz puede ser la perpetuación de la guerra. Debe venir el tiempo en el que los vencedores y los vencidos encuentren de nuevo la forma de un común entendimiento y de una mutua confianza.

Durante una década y media la nación alemana había esperado con la esperanza de que el final de la guerra nos llevaría al final del odio y la enemistad. El objeto del Tratado de Versalles, sin embargo, no parecía dar al género humano una paz duradera, sino que perpetuaba para siempre el odio.

Los resultados eran inevitables. Cuando el derecho se somete a la fuerza, un estado permanente de inseguridad será la consecuencia y dicho estado estorba e interfiere en todas las funciones normales de la

vida de la nación. Cuando se concluyó el Tratado, se olvidaron de que el mundo no puede ser reconstruido con el esclavizado trabajo de la nación vencida, sino sólo con la confiada cooperación de todos, y a este fin, la primera necesidad era la destrucción de la psicosis de guerra. Esta claro que la cuestión problemática de la culpabilidad de la guerra no puede ser establecida históricamente por los vencedores, obligando a los vencidos a firmar una confesión de su culpa. Seguramente, esta culpabilidad, puede verse mejor en el mismo contenido del tratado.

La nación alemana estaba profundamente convencida de que no era suya la responsabilidad del estallido de la guerra.

Los otros actores de esta tragedia probablemente tenían la misma convicción. Por lo tanto, es mucho más necesario entonces que todos nos esforzásemos para que no se desarrollara un sentimiento de enemistad a través de este general convencimiento de inocencia, y de que el recuerdo de esta catástrofe no sirviera de cultivo artificial de tal sentimiento. La perpetuación artificial de los términos "vencedor" y "vencido", no debe permitirnos crear una permanente desigualdad que llenó a unos de un sentimiento de disculpa y a los otros de una eterna amargura.

Es muy probable que después de una enfermedad, que haya sido creada artificialmente durante tanto tiempo, ciertos síntomas poco agradables hayan hecho su aparición en el cuerpo humano.

La pérdida de una actividad comercial fue sucedida de una no menos peligrosa fiebre en el mundo de la política.

¿Cuál era el sentido de la Guerra Mundial si produjo no sólo a los vencidos, sino a los vencedores, únicamente una serie de catástrofes económicas? La prosperidad de las naciones no se había incrementado y su fortuna política, así como la satisfacción popular, no había recibido ningún profundo cambio en cuanto a una mejora. Los ejércitos de parados crecieron en la nueva sociedad, y así como las estructuras económicas de las naciones se habían derrumbado hasta sus mismos cimientos, empezaron también a aparecer alarmantes grietas en las estructuras sociales.

Fue Alemania la que más tuvo que sufrir los resultados de este tratado, y la inseguridad general que se había producido, afectó a Alemania más que a otras naciones.

El número de parados creció hasta llegar a un tercio del número normal de empleo en el país. Esto significaba que en Alemania, con una población de 65 millones, contando las familias de los parados, 26 millones de personas no solo no tenían medios de subsistencia, sino que el futuro no les tenía reservado absolutamente nada.

Era solo cuestión de tiempo el momento en que este ejército económicamente de parias, se convertiría en un ejército de fanáticos política y socialmente extraños al mundo.

Una de las más antiguas naciones del mundo civilizado, permaneció, con seis millones de comunistas, al borde de la catástrofe, que únicamente los estúpidos no veían. Una vez el fuego rojo se hubiera extendido sobre Alemania, los países occidentales de Europa habrían aprendido pronto que no era un asunto de indiferencia el que en el Rhin y en el Mar del Norte, una creciente y revolucionaria fuerza asiática cayera sobre ellos, o que el país estuviera poblado por unos pacíficos campesinos alemanes y trabajadores que tan solo deseaban ganarse el pan diario en amistad con sus vecinos del mundo occidental.

Al salvar a Alemania de esta amenazante catástrofe, el movimiento nacionalsocialista, salvó no sólo al país, sino que hizo un servicio histórico a toda Europa.

Y la revolución nacionalsocialista tenía un solo ánimo: La restauración del orden en el país, el proveer de trabajo y paz a las masas hambrientas y la proclamación del honor, lealtad y decencia como las bases principales de la moral nacional, y esto no podía hacer daño a otras naciones sino que era un bienestar

para todos. Si el nacionalsocialismo no hubiera representado los más altos ideales, nunca hubiera tenido éxito y no hubiese podido salvar al país de la catástrofe. Hemos permanecido fieles a estos ideales, no sólo durante la lucha por el poder, sino desde que hemos conseguido este poder.

Nosotros fuimos los que luchamos contra toda la degeneración y deshonorabilidad que se había desarrollado en nuestra nación desde el fatídico Tratado de Versalles. Fue nuestro movimiento el que se ocupó de restaurar los modelos de honor, verdad y decencia, sin respetar a los individualistas.

Hemos conducido durante ocho meses una valiente campaña contra este comunismo que amenaza nuestra nación entera, nuestra cultura, nuestro arte y nuestra moral pública. Hemos acabado con los que niegan a Dios. Hemos de agradecer humildemente al Todopoderoso, el que no haya permitida que nuestra lucha contra el paro y el desastre y la salvación del campesino alemán, haya sido en vano.

Dentro de la estructura del programa para el cual habíamos pensado emplear cuatro años, hemos logrado, en ocho cortos meses, reintegrar en el proceso de producción a dos millones y cuarto de los seis millones de parados.

El mejor testigo de estos tremendos logros es la propia nación alemana. Y ello prueba al mundo lo sólidamente que permanece al lado del régimen que no tiene otro propósito que, a través de su pacífico empeño y su tenaz moral, el cooperar en la reconstrucción del mundo que todavía hoy es infeliz.

Sin embargo, el mundo al que no dañamos en absoluto y al que sólo le pedimos que nos deje trabajar en paz, nos ha sumergido durante meses en un mar de mentiras y calumnias. Mientras en Alemania estaba en proceso la revolución, que, al revés de las revoluciones francesas y alemanas, no incurrió en masacres y asesinatos, ni destruyó edificios ni obras de arte como en los tiempos de la comuna de Paris o las revoluciones rojas de Baviera y Hungría, sino al contrario, no rompió un solo vidrio de una tienda, no saqueó ni un solo almacén ni dañó una sola casa. Agitadores sin escrúpulos han extendido una corriente de historias atroces que sólo pueden ser comparadas con aquellas que se manufacturaron en los comienzos de la guerra.

Miles de americanos, ingleses y franceses han visitado Alemania estos meses, y han sido capaces de testificar como testigos de que no hay ningún país en el mundo en donde la ley y el orden sean mejor mantenidos que en la Alemania del presente. De que en ningún país del mundo la persona y la propiedad están más respetadas que en Alemania, de que, por otra parte, no hay quizá ningún país en el mundo donde se oponga una lucha más rigurosa contra aquellos elementos criminales que creen tener libertad para desarrollar sus más bajos instintos en detrimento de sus conciudadanos. Estos elementos y sus comunistas sostenedores, están haciendo lo máximo para poner a las gentes honestas y decentes unas contra otras.

El país alemán no tiene razón para envidiar al resto del mundo la adquisición de estos elementos. Estamos convencidos de que unos pocos años serán suficientes para abrir los ojos a los miembros decentes de las otras naciones y que conozcan el valor real de estos “valiosos” elementos, los cuales en el papel efectivo de refugiados políticos, han desaparecido de la escena de sus más o menos escrupulosas actividades económicas.

Pero... ¿qué hubiera dicho el mundo de nosotros si hubiésemos tratado de establecer un “juicio jurídico” en favor de un individuo que hubiera intentado quemar el Parlamento Británico, un juicio cuyo único propósito sería el poner a la justicia británica y sus administradores por debajo del nivel de tal canalla? Como alemán y nacionalsocialista no estaría interesado en defender, en Alemania, a un extranjero que en Inglaterra hubiera tratado de minar el Estado y sus leyes o quizá destrozar el prototipo de la Constitución Británica.

Y aunque este individuo fuera alemán -de cuya desgracia espero que Dios nos libre- no deberíamos

protegerlo, sino solo lamentar profundamente el que tal infortunio cayera sobre nosotros, y desear una sola cosa, principalmente, que la justicia británica librara al mundo de tal peste.

Pero, por otra parte, tenemos suficiente para indignarnos del espectáculo de que oscuros elementos tengan el único propósito de intentar deshonrar a la Suprema Corte de Justicia Alemana, y lamentamos profundamente el que tales métodos sean usados para indisponernos con otras naciones, de las cuales sabemos que son, en realidad, muy superiores a tales elementos, naciones con las que deseamos tener una sinceras relaciones de amistad y respeto.

Estos individuos inferiores y perniciosos han tenido éxito en producir en el mundo una psicosis. He aquí un ejemplo claro: A aquellos elementos que hacen tanto ruido sobre la opresión y la tiranía del desafortunado pueblo alemán por los dirigentes nacionalsocialistas, protestan por otro lado, con una absoluta desvergüenza, diciendo que las propuestas alemanas de paz, no tienen valor porque han sido hechas por unos cuantos ministros nacionalsocialistas o por el Canciller del Reich mientras que el pueblo alemán clama por la guerra.

Así se presenta a la nación alemana al mundo, unas veces como digna de lástima, miserable y oprimida, y otras veces, cuando les conviene a tales elementos, como brutal y agresiva.

Me congratulo del sentido de justicia que apuntó el Primer Ministro francés Daladier en la última charla, al expresarse con frases de conciliación y comprensión, por las cuales se ha ganado la gratitud de incontables millones de alemanes.

La Alemania nacionalsocialista no tiene otro deseo que el dirigir la competición de las naciones europeas, una vez más hacia aquellos canales en los cuales ha dado a la humanidad entera, un ejemplo de honorable rivalidad y al mismo tiempo unos tremendos principios de civilización, cultura y arte que hoy enriquecen y embellecen el mundo.

También nos congratulamos de corazón de las seguridades que el Gobierno Francés, bajo su presente líder nos ha dado, diciendo que no desea ofender o humillar a la nación alemana. Solo lamentamos el hecho demasiado trágico de que estas dos naciones, frecuentemente en su historia, hayan vertido la sangre de su mejor juventud en el campo de batalla.

Hablo en nombre de la nación alemana entera cuando digo que todos nosotros deseamos sinceramente apartar una enemistad cuyos sacrificios están fuera de toda proporción de cualquier posible ganancia.

El pueblo alemán está convencido de que su honor ha permanecido puro y constante después de mil batallas, y en forma igual ve en el soldado francés únicamente a su antiguo, pero glorioso enemigo. Nosotros, y la nación alemana entera, deberíamos estar felices al pensar que podemos ahorrar a nuestros hijos y a los hijos de estos, lo que nosotros como hombres honorables hemos tenido que contemplar en los largos y amargos años que nosotros mismos tuvimos que sufrir. La historia de los últimos ciento cincuenta años, con todos sus variados cambios y suertes, nos debería haber enseñado al menos una lección: La de que los cambios importantes y permanentes no pueden ser adquiridos con el sacrificio de la sangre. Yo, como nacionalsocialista, y todos mis seguidores, rechazamos absolutamente, sin embargo -por medio de nuestros principios nacionales- el conquistar con el coste de la sangre de aquellos que amamos y nos son queridos, hombres y mujeres de una nación extranjera, los cuales, en cualquier caso, nunca nos querrán. Sería un día de incalculable bendición para la humanidad entera si las dos naciones, de una vez por todas, abandonaran la idea de la fuerza en sus relaciones mutuas.

La nación alemana está preparada para hacerlo.

Mientras valientemente sostenemos los derechos que los tratados nos dan, también declaro igualmente, con el mismo valor, que en el futuro no habrá para Alemania conflictos territoriales entre los dos países.

Después del retorno del Sarre al Reich sería absurdo pensar en una guerra entre los dos estados. Para tal guerra, desde nuestro punto de vista, no habrá jamás ninguna excusa moral o razonable.

Porque nadie puede pedir que millones de jóvenes vidas sean destruidas en orden a corregir las actuales fronteras. Tal corrección sería de una magnitud problemática e incluso de más problemático valor.

Pero cuando el Primer Ministro francés Daladier pregunta porque la juventud alemana desfila en formaciones regulares, entonces yo contesto que no lo hacen en forma de demostración contra Francia, sino para demostrar y dar prueba de la determinación política que fue necesaria para derrotar al comunismo y para mantener quieto al comunismo. Solo hay en Alemania una fuerza armada, y esta es su ejército. Por otro lado, la organización nacionalsocialista solo conoce un enemigo y este es el comunismo. Pero el mundo debe aceptar el hecho de que, con la finalidad de proteger a nuestra nación de este peligro, el país alemán escoja estas formas para su organización interna, las cuales nos garantizan el éxito.

Si el resto del mundo se atrinchera a sí mismo en fortalezas indestructibles, construye enormes escuadras aéreas, construye gigantescos carros de combate e inmensas armas de tiro, no pueden hablar de amenazas cuando la Alemania nacionalsocialista marcha en filas completamente desarmadas, dando así a la comunidad nacional una visible expresión de protección efectiva.

Pero cuando el Primer Ministro francés pregunta porque Alemania demanda armas que, después de todo, serán abolidas más tarde, está en un error.

La nación alemana y el Gobierno Alemán no han pedido armas, sino igualdad de derechos. Si el mundo decide que todas las armas, hasta la más pequeña, han de ser abolidas, estamos preparados a efectuarlo de una vez. Si el mundo decide que ciertas armas han de ser destruidas, estamos preparados a renunciar a ellas desde el principio, pero si el mundo autoriza ciertas armas para todas las naciones, entonces, en principio, no estamos preparados para permitirnos a nosotros mismos ser excluidos de esto como una nación inferior.

Si nosotros, por lo tanto, mantenemos honorablemente nuestra convicción, debemos tener la confianza de las otras naciones, mucho más que si estuviésemos dispuestos, a pesar de nuestra convicción, para aceptar términos humillantes y deshonrosos. Con nuestra firma representamos a la nación entera. Deshonrados y frágiles negociadores son simplemente repudiados por su propia nación.

Si estamos preparados para concertar tratados con ingleses, franceses o polacos, deseamos concertarlos con hombres que piensen, ellos mismos, como ingleses, franceses o polacos, y que actúen en nombre de su nación. Porque no deseamos concluir pactos con agentes subordinados sino con naciones.

Y si no tomamos acciones contra negociadores sin escrúpulos, no son estos agitadores, sino, lamentablemente las naciones, las que tendrán que expiar con su sangre por los pecados de estos envenenadores de la atmósfera internacional.

Antaño los gobiernos alemanes confiaron en la Liga de Naciones con la esperanza de que ésta pudiera ser un forum para un justo discernimiento de los intereses nacionales, y, al fin y al cabo, para una honesta reconciliación entre antiguos oponentes.

Pero el requisito fundamental para ello era el reconocimiento de la restauración final de igualdad de derechos para la nación alemana.

La nación alemana tomó parte en la Conferencia de Desarme con la misma condición.

El ser descalificado al grado de miembro sin igualdad de derechos en tal institución o conferencia, significó una incalificable humillación para una nación de sesenta y cinco millones de habitantes con sentido del honor y, para un gobierno, con un igualmente fuerte sentido del honor.

La nación alemana ha cumplido de sobra sus obligaciones con respecto al desarme. Ahora ha llegado el turno de los estados fuertemente armados el cumplir obligaciones similares en un grado no menor. El gobierno alemán no toma parte en esta Conferencia con el propósito de regatear unas pocas armas para la nación alemana, sino para cooperar como un factor con iguales derechos en el apaciguamiento general del mundo. Alemania no tiene menos derecho a la seguridad que otras naciones. Si el primer ministro inglés Mr. Baldwin lo representa de una forma tan obvia, según la que, para Inglaterra el desarme sólo puede ser comprendido como el desarme de los estados más altamente armados, simultáneamente con un incremento del propio armamento inglés a un mismo nivel, entonces no sería correcto reprochar a Alemania, el que como miembro de la Conferencia con iguales derechos, mantenga el mismo punto de vista en su propio caso. Alemania pide que esto no constituya ninguna amenaza para los otros estados. Ya que los trabajos defensivos de otras naciones están concebidos para resistir las más poderosas armas defensivas, Alemania no pide ninguna arma ofensiva sino únicamente aquellas armas defensivas que no están prohibidas ni aún para el futuro.

Y en este caso, también Alemania está preparada desde el principio para contentarse cuantitativamente con un mínimo, que está fuera de toda proporción en relación con los gigantescos almacenes de armas defensivas y ofensivas de sus antiguos enemigos.

La descalificación internacional de nuestra nación, entendida según el hecho de que los derechos elementales están garantizados para cada nación y denegadas sólo a nosotros, lo sentimos como la perpetuación de una discriminación que es para nosotros intolerable.

Ya establecí en mi discurso de paz en Mayo que bajo tales condiciones, lamentándolo, no estaríamos por más tiempo en situación de permanecer en la Liga de Naciones o tomar parte en conferencias internacionales.

Los líderes de la Nueva Alemania no tienen nada en común con los traidores burocráticos de Noviembre de 1918.

Todos nosotros, justamente como cualquier inglés decente y cualquier decente francés cumplimos nuestras obligaciones con nuestra patria con riesgo de nuestras vidas. No somos responsables de la guerra, ni somos responsables de lo ocurrido durante ella. Solo nos sentimos nosotros mismos responsables de lo que cada hombre de honor ha de hacer cuando su nación lo necesita, que es simplemente lo que nosotros hicimos.

Nos unimos a nuestra nación con el mismo infinito amor que nos lleva de todo corazón a desear con las otras naciones, una comprensión que nos esforzamos en lograr. Sin embargo, como representantes de una honorable nación y también como hombres de honor, es imposible para nosotros ser miembros de una institución en unos términos que sólo pueden ser aceptados por un hombre que carezca en absoluto de sentido del honor.

En lo que a nosotros respecta, carece de interés el que en el pasado fuese posible formar parte de acuerdos internacionales en términos tan humillantes. No vale la pena examinar la cuestión. Los representantes de Alemania podían ser los más destacados, pero sin duda no estaban apoyados por los mejores de nuestro pueblo.

Creemos que el mundo ha de tener interés en negociar con hombres de honor y no con elementos de dudoso carácter, y concluir acuerdos, pero en ese caso se han de tener en cuenta los honorables sentimientos de tales regímenes, estando empero contentos, como lo estaríamos nosotros, de estar asociados con hombres de honor.

Esto es fundamental, pues únicamente en esta atmósfera se lograrán las medidas que nos guíen a un real apaciguamiento de las naciones, pues el único espíritu posible en tales conferencias ha de ser el de una

honesta comprensión, de otra forma los mejores deseos están condenados al fiasco desde un principio.

Desde que supimos que los representantes oficiales de un buen número de grandes poderes no estaban dispuestos a considerar la verdadera igualdad de derechos para la Alemania actual, fue también imposible para nuestra Alemania continuar en compañía de otras naciones en tal situación indigna.

Los tratados hechos por la fuerza, si se ponen en práctica, traen como consecuencia lógica la ruptura de la Ley Internacional.

El Gobierno alemán está profundamente convencido de que su llamada a todo el país alemán probará al mundo entero que el amor a la paz que tenemos, así como los puntos de vista en cuanto al concepto del honor, representan los anhelos de paz y el código de honor de una nación entera.

De cara a probar este aserto, he decidido pedir al Presidente del Reich la disolución del Parlamento alemán y por medio de una elección genera, combinada con un plebiscito, dar la posibilidad a la nación alemana de hacer una declaración histórica no sólo en el sentido de probar los principios del Gobierno sino también en una incondicional asociación con él.

Tal vez el mundo se convenza, con esta declaración, que en la lucha por la igualdad de derechos y el honor, la nación alemana declara que mantiene los mismos idénticos puntos de vista que su gobierno, y que ambos están inspirados de corazón del único deseo de cooperar a poner fin a una era de errores trágicos y de lamentables querellas y luchas entre aquellos que, como habitantes de un continente de la más grande importancia cultural, tienen una común misión que cumplir en el futuro para la humanidad entera.

Tal vez esta demostración de nuestra nación en favor de la paz y el honor tenga éxito en base a suministrar a las relaciones internas de los estados europeos los requisitos necesarios, no sólo para poner fin a las luchas y disputas mantenidas durante siglos, sino también para construir de nuevo una mejor comunidad de naciones, y especialmente el reconocimiento de una alta labor común fundamentada en unos derechos comunes de igualdad.

DISCURSO EN EL SPORTPALAST DE BERLÍN

(24 de Octubre de 1933)

Mis compatriotas:

Cuando en esta vida se han de tomar decisiones difíciles, es siempre bueno mirar hacia atrás, hacia el pasado, para comprobar si la decisión a tomar es correcta y si está avalada por los hechos del pasado, así como prever lo que en el futuro pueda suceder.

Por todo ello primero quiero repasar el pasado, no para abrir viejas heridas, sino simplemente para comprobar hechos. Hemos de actuar así y no podemos hacerlo de otra manera, sino queremos entregar al mundo nuestra existencia como gran pueblo y con ello nuestra seguridad.

De la historia hemos aprendido que, a la larga, el derecho a la vida solo es concedido a aquellos pueblos que están dispuestos a defender su existencia y su honor ante todo el mundo.

Cuando la revolución del año 1918 forzó a la rendición, la dimos en el nombre de muchos alemanes, a un presidente de estado comprensivo, el presidente Wilson. Así terminó una lucha que el pueblo alemán, no nos cansaremos de repetirlo, no quiso nunca. Si el pueblo alemán y con él su gobierno hubiesen querido la guerra, entonces ésta se hubiera manifestado en circunstancias totalmente diferentes.

No queremos ahora discutir sobre quién tuvo en realidad la culpa. Fue una desgracia de la que fueron los hombres culpables. Sin embargo, algo tenemos claro: Nuestro pueblo no quiso la guerra, se produjo sobre nosotros como se produciría sobre otros pueblos. El pueblo alemán únicamente defendía su vida y

su existencia con valor. Y si entonces estuvimos convencidos de que teníamos que defender nuestra libertad, el Tratado de Paz de Versalles no vino sino a confirmarlo al mostrarnos lo que nos esperaba con la derrota.

¿Qué es lo que hizo entonces el pueblo alemán? Nada diferente de lo que hicieron también otros pueblos: Cumplir con su deber. El hecho de que al final tuviésemos que rendirnos, fue para nosotros una gran desgracia, pero no un deshonor.

Nos defendimos con valor hasta el último momento. Únicamente cuando vimos que toda defensa era inútil por culpa de la revolución de nuestra patria, decidimos rendirnos en base a las promesas que nos fueron hechas. Sabíamos de sobra que el poder de ordenar la paz lo detentaría el vencedor, pero es claro que el vencedor no puede interpretar dicho poder como un aval moral que le permite declarar al pueblo vencido como de segunda clase para toda la vida, especialmente cuando la rendición se basó en las promesas hechas al pueblo alemán.

Nosotros nos rendimos en un momento en el cual existía el peligro de que toda Europa fuese entregada al bolchevismo y es éste un hecho que no solamente vemos hoy, sino que se veía en aquel entonces, pues frecuentemente una rendición militar puede convertirse en desgracia irremediable para todo un pueblo, perdiendo su estabilidad y sumiéndose en el caos y, un hecho de esta naturaleza, no puede ser indiferente a los demás pueblos.

Cuando un pueblo es destruido, es debido a un virus que, una vez creado, continúa con su labor destructora. Este peligro de infección no ha disminuido desde entonces, sino que más bien se ha agravado. Las consecuencias de esta enfermedad la hemos de ver claramente. Una Europa del Este totalmente comunista sería irremediablemente catastrófica, pues si en una zona donde a 82 campesinos les corresponden 18 habitantes de ciudad, se ha llegado a tal extremo que millones de personas no pueden comer, que no ocurriría en una zona donde a cada 25 campesinos les corresponden 75 personas de la ciudad. La catástrofe sería impresionante.

Cuando firmamos el Tratado de Paz esperábamos que el resto del mundo se diera cuenta de este problema, pero no fue así. Se pactó la paz, sin tener en cuenta la realidad ni la propia razón. ¿Cómo es posible obligar al vencido, negarle todo honor y declararle culpable para siempre? Esta paz no fue tal, sino que sirvió únicamente para eternizar el odio entre los pueblos.

Cuando leemos los 440 artículos de que consta el Tratado, en la mayoría de ellos enrojecemos de vergüenza. Esa paz no es comparable a ningún hecho similar de tiempos pasados.

En 1870, por ejemplo, nadie puede dudar de la causa de la guerra y, tampoco, de que nosotros fuimos los vencedores, pero... ¿qué es a lo que obligamos nosotros a los vencidos? Únicamente la pérdida de una región que fue en el pasado territorio alemán; unas reparaciones económicas absolutamente ridículas en relación con la riqueza de los vencidos de entonces y pagadera en tres años y en absoluto, ninguna cláusula que despreciara el honor del pueblo vencido, nada en absoluto que pudiese en el futuro ser una afrenta para los vencidos. Tampoco, indudablemente, ningún entorpecimiento para su propia evolución, para sus posibilidades y ni un mínimo intento de mantener hundido su ejército para todos los tiempos. No, ninguna de estas cosas tuvo lugar. Después de tres años Francia fue libre otra vez por completo.

Sin embargo el último Tratado de Paz muy poco tuvo que ver con estas cláusulas mencionadas basadas en la razón. ¿Qué tiene sino que ver con la razón el constatar que no se puede borrar del mundo a un pueblo de 65 millones de habitantes quitándoles por otro lado toda posibilidad de vivir? Este Tratado se asentó sobre un error capital, el que la desgracia de unos sería la suerte de los otros. Se pensó que el hundimiento del mercado de los unos iba a constituir el florecimiento del mercado contrario. Hoy día este razonamiento ha cambiado, pues se ha podido comprobar que es imposible excluir a una nación de 65

millones de habitantes del mercado internacional, sin que el resto del mundo no se vea afectado. El paso de los años ha demostrado que un hecho así tarde o temprano había de afectar a todos y a todos afectó.

El lema: “Perjudica hasta donde puedas a tu enemigo” se ha demostrado inútil en el mercado internacional. De este lema surgió el tema de las reparaciones por un lado y el del mercado internacional por el otro. Se nos cargó con el deber de las reparaciones por un lado y por el otro se nos quitaron todos los medios para poder cumplirlas. He ahí una contradicción que será absolutamente incomprensible en el futuro a los historiadores.

¿Cuando se ha pactado en el mundo alguna vez una paz donde simplemente se dice: "este pueblo se obliga a pagar lo que a continuación se exige"?, pero... ¿qué es lo que se exige? Nunca se llegó a este respecto a una conclusión definitiva. Las cantidades se movían entre 100 y 200 billones, cantidades que, por su misma naturaleza eran imposibles de pagar, pero que bastaron para llevar a cabo una destrucción total de la vida económica del mundo entero. Porque una cosa estaba clara, y es que esas exigencias nunca podrían ser cumplidas. Si se quería pagar se tenía que cambiar la culpabilidad política por la económica, pero ello significaría únicamente el cambiar la contribución antigua por dividendos. Lo que se traduciría en que los dividendos tendrían el mismo efecto que antes las contribuciones. El pueblo alemán tenía que echarse enseguida sobre el mercado mundial, tenía que producir con más fuerza. Los otros pueblos, gracias a sus deudas de la guerra harían exactamente lo mismo. Así vivimos durante 15 años una lucha impresionante por el mercado mundial. Pero todo ello no era hecho para hacer felices a los pueblos, para poder facilitarles la vida, no, sino para pagar reparaciones y dividendos, los cuales únicamente se podían pagar con valores internacionales.

Es entonces cuando empieza aquella lucha que llega al extremo haciendo que un pueblo tras otro se vea obligado a las nacionalizaciones, lo cual les impone nuevas cargas de capitales y saca más y más trabajadores del proceso productivo. Cuanto más avanza este proceso, más grande se hace la competencia por los mercados mundiales. Entonces se añade a ello la guerra de los valores y entonces las naciones amenazadas por un peligro fantasma, se destruirán unas contra otras.

El proceso de la ruina del mercado internacional lo hemos dejado atrás hace ya 14 años. Los resultados ahí están. Esta paz que tenía que curar al mundo de sus heridas, esta paz en verdad ha empujado al mundo a una verdadera desgracia. Ejércitos de millones de parados son los testigos vivientes del poco espíritu de los que inventaron el Tratado. Ahora, cuanto menos, se ha instaurado una mayor justicia que se ha vengado de esos irrazonables, no únicamente de los vencidos sino también de los vencedores. No existe otro veredicto más claro y concluyente sobre este Tratado de Paz que el hecho de que, no sólo se vieron perjudicados los vencidos, sino que la desgracia de éstos no dio a los vencedores ningún provecho. Y todo ello es debido a que, a la larga, no es posible edificar el orden mundial sobre el odio universal. A la larga no se puede construir una unidad en Europa en la cual no tengan todos los mismos derechos. Esto es a la larga, repito, incomprensible y tarde o temprano llevará a la destrucción de una unidad de esta clase.

Nadie puede negar que después de 13 años, este Tratado de Paz no haya llevado la paz a Europa, sino que ha llevado intranquilidad eterna, desconfianza, odio, inseguridad, desesperación. Y así como se actuó sin consideraciones de mercado, en forma igual se actuó políticamente. Veamos solo un ejemplo: Entre Polonia y Alemania se construyó el corredor. En aquel momento hubiese sido posible encontrar otra solución. En Europa hay alemanes y en Europa hay polacos. Ambos se han de acostumbrar a vivir como vecinos. Ni los polacos pueden borrar del mapa a Alemania, ni nosotros borrar a Polonia. Sabemos que ambos existen y que ambos han de vivir conjuntamente. ¿Por qué se les puso entonces entre sus vidas un objeto de disputa? En aquel momento los poderosos podían hacer cualquier cosa ¿por qué tuvieron que hacer esto? Lo hicieron solamente para eternizar el odio, lo hicieron solamente para separar a dos pueblos que podrían vivir juntos en paz. Es indudable que hubiese podido encontrarse otro camino haciendo justicia a ambos países, pero no se quiso hacer. Esta paz tenía un único pensamiento: ¿Cómo podemos -en forma artificial- mantener la guerra entre los países? Es claro e indudable que de esta manera no se llega a contentar al mundo ni a callar a los ejércitos, sino que este camino conduce a una guerra más grande y a una evolución cada vez mayor de los ejércitos.

Sabemos también lo que entonces se prometió. Se dijo: "El mundo está armado únicamente porque los alemanes están armados, por lo tanto los alemanes se han de desarmar, para que el mundo entero también

pueda hacerlo". Muy bien, nosotros nos hemos desarmado. Nadie puede negarlo en una u otra forma. Jamás un pueblo ha destruido y llevado a la chatarra, casi se podría decir que en forma suicida, todas sus armas como el pueblo alemán lo hizo. Entonces nosotros éramos un pueblo fuerte, teníamos uno de los más grandes ejércitos y nos desarmamos casi hasta llegar a cero. El mundo podría habernos seguido en este proceso de no haberlo evitado en forma artificial. Lo podría haber hecho con más facilidad, no pudiendo alegar que Alemania era belicista. 13 años tuvieron para entenderse con el pueblo alemán, en una época en que no gobernábamos nosotros, sino nuestros adversarios, hombres del mismo espíritu, demócratas, pacifistas mundialistas. ¿Por qué no se desarmaron? ¿No pretenderán decir ahora que el mundo se sentía amenazado de la Alemania de entonces? ¿No pretenderán ahora decir que desde el gobierno de Ebert hasta nuestros días, debido a sus bases democráticas, hubieran podido ser los gobiernos alemanes una amenaza para el resto del mundo democrático?

A los gobiernos anteriores se les puede reprochar de todo, pero una cosa nadie les podrá reprochar que hubieran tenido ganas de lucha y de guerra. No, primero se hizo un Tratado irrazonable y entonces se tuvo la sensación de que para guardar este Tratado eran necesarios ejércitos impresionantes. No es que todos los estados tuvieran tanto miedo de Alemania, esto sería demasiado honor para nosotros. No, ellos no se desarmaron. Pero resultaba agradable decir: Todos nos desarmaríamos si no fuera porque existe Alemania. Ellos no se desarmaron y de esta manera entraron en la carrera de armamentos. En cambio el pueblo alemán siempre cumplió todos los pactos. La pregunta es simple; ¿Qué razón tiene una exigencia cualquiera, si el firmante sabe de antemano que no la va a cumplir? ¿Qué razón tiene todo esto? Solamente una: Llevar al mundo a una perpetua desconfianza, no permitir el apaciguamiento del mundo, llenarlo de odio y de esperanzas por un lado y, por el otro, desilusionarlos al mismo tiempo. A la larga sobre estos principios es imposible edificar la unión de los pueblos y, también a la larga, sobre todo en Europa, los pueblos solamente pueden vivir si vuelven a una unión de esta clase. El tiempo demostrará que es imposible a unos vivir sin los otros.

Las consecuencias de todo lo ocurrido han sido dos. Por un lado una situación desesperada para nuestro pueblo y, por otro, una desesperación moral no menor. El mundo, por desgracia, no parece haberse dado cuenta de este hecho. En la mayoría de los casos nuestra desesperación solamente ha sido juzgada en forma artificial. Se hubieran tenido que tomar la molestia de entrar en nuestros cuarteles, en nuestras regiones más obreras, en nuestras ciudades proletarias, en las regiones de más sufrimiento, en la media Alemania, en Sachsen, y entonces se harían otras ilusiones sobre las realidades de su Tratado de Paz. Nosotros las conocemos. La economía de todo un país se ha destruido; millones de personas han perdido sus ahorros, cientos de miles sus existencias, todo un sector de campesinos ha ido, poco a poco, a la ruina, la clase media fue proletarizada, disminuyendo enormemente su Standard de vida. Al final nos encontramos con 6 a 7 millones de parados. Todavía hoy es descorazonador saber que casi 4 millones no tienen trabajo pero hace apenas unos meses a 11 millones de población laboral correspondían 6 de parados. Este es el terrorífico resultado de una conciencia política en toda Europa, un resultado que no se limita a Alemania, sino que también se ha impuesto en las demás naciones. También en los otros países pudimos contemplar como la desgracia se multiplicaba poco a poco, como el desempleo tomaba formas similares.

A Alemania se añadió la pérdida de confianza de todo el pueblo, al contemplar la destrucción de nuestra estable situación financiera. Todo el pueblo alemán fue desposeído y llevado a la casi total destrucción. Y aquí tenemos que volver a repetir: ¿Cree el mundo, creen las personas que escriben sobre Alemania, que se puede aguantar eternamente un ejército de millones de parados sin que esto lleve a la destrucción total? Esta gente actúa como si para nosotros hubiese sido una distracción luchar contra todo esto, pero nosotros lo que hemos hecho es reanudar la lucha para poder detener la ruina total.

El camino que eligió Europa era el camino directo hacia el bolchevismo. Lo que hubiera significado este

bolchevismo para Europa no hace falta decirlo.

Es evidente que en Alemania si es que había de llegar alguna salvación, se imponía reanudar la lucha contra los acontecimientos. Nosotros la hemos reanudado. Hacemos así lo mismo que ya hizo Italia en iguales circunstancias. Hemos intentado apartar a Alemania del precipicio y esto no ha sido fácil, ha sido realmente muy difícil. El pueblo alemán eligió un nuevo sistema para vencer su desgracia. Cuando nosotros el 30 de Enero formamos un gobierno, sabíamos que no empezaba con él un tiempo de reposo, sino una época de interminable trabajo. No teníamos frente a nosotros una esplendorosa herencia, sino un derrumbamiento en todos los aspectos de la vida.

Teníamos que proceder con mucho valor y teníamos que tener una confianza absoluta para poder iniciar este trabajo. Hemos formulado un programa cuyo lema reza: Trabajar para arreglar poco a poco lo que se ha destruido.

Hemos levantado un programa gigante con una sola meta: Lucha contra el marxismo, lucha contra los comunistas. Pues en ellos vemos la destrucción del pueblo alemán y sobre todo la ruina del trabajador alemán.

Si yo me puse en contra del comunismo no fue por defender a 100.000 burgueses. Importaba poco si estos desaparecían o no, lo hicimos porque vimos a todo el pueblo alemán en la ruina, a millones de sus trabajadores. Nadie podrá negar que tomemos esta lucha heroicamente.

Como segundo punto de nuestro programa nos propusimos luchar inmediatamente contra la destrucción política latente. Hemos formulado un programa y el que se oponga a su realización será nuestro enemigo y acabaremos con él. En base a ello hemos redactado el siguiente punto de nuestro programa: La lucha contra la lucha de clases. Tampoco en este caso se nos puede acusar diciendo: “os habéis puesto únicamente en contra de un solo bando”. No, hemos destruido a todos los que únicamente defendían su clase queriendo con ello hacer carrera política. De la misma manera que nos dirigimos a los trabajadores explicándoles: “Camarada, has de volver a tu pueblo con el que has de vivir y sin el cual te destruirás y no refugiarte en tu clase”, igualmente nos pusimos ante nuestros intelectuales y les dijimos: “Dejad el recuerdo de vuestra clase, dejad la soledad del partidismo. No creáis que sois mejores”. Y así acabamos con sus partidos como acabamos con los otros. Poco a poco volvimos a despertar en el pueblo alemán la confianza, sobre todo la confianza en su propia fuerza. Son miles las personas que ven de nuevo el futuro de otra manera. Un nuevo espíritu ha entrado en nuestro pueblo. El pueblo alemán vuelve a creer en una vida nueva.

Pero además, también hemos iniciado la lucha por una nueva justicia. Queremos volver a restituir la confianza en nuestra justicia, y para ello nuestra base se asienta en que todos son ante la justicia iguales y no hemos vacilado ni un segundo en entrar hasta los Ministerios del Reich y castigar a quien actuaba mal sin tener en cuenta ni quien era ni de que ejercitaba. No menos queremos iniciar ahora la lucha para una mejor moral y tampoco en este caso actuamos teóricamente. Todo lo que hemos limpiado en Alemania en estos meses es increíble. Y este proceso de limpieza no se detendrá. Igualmente hemos iniciado la lucha contra el aparcamiento de la Iglesia. Sin que por ello nos atemos a ninguna confesión determinada, hemos impulsado de nuevo la religiosidad, porque estábamos convencidos de que el pueblo necesitaba y necesita esta creencia, por ello hemos acabado con las organizaciones que no eran de Dios, no quedándonos en meras declaraciones. Y, sobre todo, hemos expulsado a sus curas de los partidos políticos y los hemos devuelto a la Iglesia. Es nuestro deseo que nunca más vuelvan a una zona que les quita honradez y en la que necesariamente se encontrarán enfrentados a millones de personas las cuales aunque en su fuero interno quieren ser creyentes, desean ver a los curas sirviendo a Dios y no a un partido político.

Pero sobre todo nos hemos impuesto una obligación gigante, llevar al trabajador alemán a la nación

alemana. Si en un futuro se nos plantea la pregunta: “¿Cuál es la que consideráis la más importante acción?” Entonces responderemos que haber conseguido integrar de nuevo al trabajador alemán en la nación y hacérselo ver diciéndole: “La nación no es un simple nombre, del cual tu no tienes parte, sino que eres tu mismo el soporte de esta nación, no te puedes separar de ella pues tu vida se halla unida con la de todo tu pueblo y esto no sólo es la raíz de tu fuerza sino también la raíz de tu vida”. Y esto nos llena de orgullo, pues hemos llevado a millones de personas que estaban llenos de recelos y que marchaban por mal camino, al buen camino de su nación a fin de que hagan de ella su soporte y se sientan orgullosos.

Había millones que no querían estar apartados. A ellos les abrimos la nación y les unimos con todos aquellos que, al igual que ellos mismos verían en su nación lo más estimable, lo que tenía que ser defendido por todos, porque para todos era la base para su propia vida. De esta manera se iniciaba la lucha por la mutua comprensión entre las diversas clases. Poco a poco hemos ido acercando unos a otros, y a los que me digan,”pero todavía no se ha conseguido ni mucho menos”, les contestaré: “Este movimiento es joven todavía. El movimiento acabará lo que ha iniciado", y es entonces cuando empezó nuestra lucha por la economía actual. Empezamos a destruir leyes, a rebajar impuestos que obstaculizaban la evolución de la economía. Hemos empezado a fomentar el tráfico. Una gran red de autopistas se construye en Alemania pensada para los años del futuro. Los canales son también ampliados y las actuales carreteras son igualmente ampliadas. Intentamos reconstruir nuestras propiedades. Hemos empezado la lucha por la renovación de nuestras finanzas. Ambiciosos proyectos económicos se han realizado o están en fase de realización. Al propio tiempo hemos saneado también el cuerpo burocrático, hemos agarrado la corrupción y dondequiera que la hemos encontrado la hemos eliminado. Hemos corregido todo lo injusto, sueldos demasiado elevados han sido reducidos. En cuanto al cuerpo diplomático, ese sí que ha sido bien limpiado. Ha sido un trabajo gigante, que ha durado meses y meses. Al mismo tiempo hemos iniciado la tarea de crear un Ministerio de Trabajo para protección de los parados y para fomento del empleo. Una enorme organización ha sido puesta en marcha. A las mujeres y a las jóvenes las hemos convencido de que se casen, sacándolas por vía de consecuencia de las fábricas para poder poner en su sitio a hombres. Hemos edificado la enseñanza del pueblo sobre una nueva base; para la salud del pueblo hemos creado centros nunca habidos. Ha sido un programa gigante en todos los campos, pero no nos hemos limitado a enunciarlo teóricamente. Puedo asegurar que desde hace 8 meses trabajamos día y noche para la realización del programa. Si logramos reducir el desempleo otra vez a dos millones y medio de personas, no habrá sido poco. Nuestros enemigos habrán de tomar buena nota. ¿Qué es lo que no habrían podido hacer ellos? Pero partiendo de mejores bases arrojaron nuestro pueblo al paro.

Solamente puedo decir una cosa, y es que aunque fallemos en algún aspecto podremos siempre afirmar en nuestra historia que no hemos sido ni cobardes ni vagos, sino que pusimos todos nuestros esfuerzos en la tarea. Sin embargo es imposible, en unos pocos meses, arreglar lo que otros destruyeron en 14 años. No, todo necesita su tiempo.

También hemos estabilizado el gobierno. Aquí no pasa como en otras naciones donde el gobierno no sabe si vivirá mañana porque los partidos no se ponen de acuerdo. Tenemos el valor de cargar a nuestro pueblo con el peso que le corresponde llevar. Estamos decididos a no capitular. Llegará el tiempo en el cual no se dirá. ¿Es que en aquel tiempo todos se ponían de acuerdo? Sino que se dirá: Gracias a Dios que habéis hecho todo esto, pues gracias a vosotros se ha podido levantar nuevamente la nación. Esto es lo que Importa.

Miramos al futuro y podemos mirar bien lejos, porque mientras el buen Dios nos deje aquí; difícil le será a cualquier persona eliminarnos.

Y el mundo... ¿qué hace? Pues en estos ocho meses se ha limitado a intentar humillarnos ante los demás. Pero... ¿Qué es lo que les hemos hecho? ¿Por qué no nos dejan en paz? Van diciendo: “Allí pasan cosas terribles”. No, lo terrible pasó en Alemania por culpa del Tratado de Versalles. Por culpa del Tratado de Paz de Versalles más de 200.000 personas se quitaron la vida en Alemania, y eran personas honorables, personas honorables que no podían seguir viviendo porque este Tratado les quitó todas las perspectivas de vida y posibilidades. ¿Cuándo, pregunto, se ha producido una revolución sin terror como la nuestra?

En los días en los cuales se produjo la revolución, había más orden en nuestro país que en cualquier otro en tiempos normales. ¿Cuantas banderas, enseñas honorables de Alemania, no han sido arrancadas de consulados alemanes? Pero... ¿Cual será el Estado que pueda decir que alguna de sus banderas haya sido retirada de nuestros edificios?

Pero aunque hubiera existido el terror, también podríamos aguantar la comparación con él habido en otras revoluciones. Claro que también tuvimos que poner barricadas en las calles, pero esto no fue hecho porque el pueblo quisiera tirar piedras al gobierno, sino solamente porque gritaba a favor del mismo animándole. Siempre puedo mezclarme con el pueblo sin escolta policial. Todo el mundo sabe a donde voy y donde estoy en cada momento. No tengo ningún miedo de un ataque del pueblo contra mi persona. Al contrario, de lo único que tengo realmente miedo es que algún día cualquier niño pueda ser arrollado por mi coche.

Y si menciono la Revolución Francesa, entonces únicamente puedo decir que nosotros no hemos construido ninguna guillotina ni organizado ninguna "Vendeé" en Alemania. Incluso los elementos más horribles han sido expulsados de la nación. Pero lo que ocurre es que en el resto del mundo tampoco los quieren.

En Inglaterra se dijo que recibirían a todos los que estaban en apuros con los brazos abiertos, como era el caso de los judíos que huían. Inglaterra puede hacerlo. Inglaterra tiene grandes regiones. Inglaterra es rica. Nosotros somos pequeños y superpoblados, no tenemos posibilidades de vida. Pero sería mucho más bonito todavía si Inglaterra para acogerlos no hiciera necesario que llevase cada uno 1.000 libras y que dijera: “Todos pueden entrar, como nosotros lo hicimos durante 30 ó 40 años”. Por suerte aunque nosotros declarásemos también que nadie podía entrar en nuestro país si no era trayendo para nosotros 1.000 libras, no tendríamos pese a todo el problema de los judíos.

Con ello demostramos de nuevo que nosotros, los bárbaros, somos de nuevo los más humanos, según demuestran los hechos. Además somos tan espléndidos que ofrecemos a los judíos un nivel de vida mucho más alto del que tenemos nosotros mismos. Pero junto al pueblo elegido, tenemos también al pueblo reprimido, al pueblo alemán y para él al fin y al cabo estamos aquí.

Pero esto no es ni mucho menos terror. Además, el pueblo alemán no ha sido nunca partidario de estos métodos, ni en el pasado ni en el presente. Si miramos hacia atrás veremos que, no hace tanto tiempo, la Revolución de las Comunas de París se hizo con mucho fuego, con muchos asesinatos y muchos fusilamientos. No quisiera tampoco poner a la revolución rusa como ejemplo. La verdad es que no deberían hablar de terror cuando se refieren a nosotros. Nuestro pueblo sigue tranquilamente su trabajo. En nuestras ciudades reina más tranquilidad que nunca en el pasado. Las personas son más felices de lo que hayan sido en los últimos años. La única desgracia que nos persigue está fuera de nosotros: Es el odio de nuestros enemigos.

Sin lucha, naturalmente, no hubiésemos podido llegar al poder, pero hemos llevado esta lucha con tanta disciplina, como ninguna revolución anterior a la nuestra a excepción de la fascista. Sólo los “emigrantes” tienen otra opinión. Es más fácil ir por el mundo político con banderas y frases. Es muy bonito andar por el mundo contando mentiras mientras en Alemania te busca la justicia. Sin embargo y en relación con la pequeña parte de emigrantes que de verdad están fuera por razones políticas, hemos de

decir: “Somos felices de que se hayan marchado”. No decimos: “Entregádnoslos”, al contrario decimos: “¡Quedaros con ellos, cuanto más tiempo mejor!”. Hasta ahora esta gente no había podido coaccionar las opiniones de otros países, pero ahora sí lo ha logrado. Podemos pensar que existe un libro negro, donde todo el pueblo alemán es acusado y humillado. Al respecto sólo puedo decir una cosa: ¿Que dirían los gobiernos de otros países si esto se realizara en Alemania? ¿Qué dirían si en Alemania pudiera existir una propaganda que acusase a un ministro inglés de haber quemado el parlamento. Se declararía: “Esto no lo permitimos”. Pues nosotros tenemos los mismos sentimientos de honor y no queremos que esa gentuza nos calumnie. Solamente queremos pedir a los otros pueblos que no crean a estos elementos, cuya única misión es crear odio entre las naciones.

Pero además, tampoco para los otros pueblos ha de constituir precisamente un honor que un pueblo tan grande como Alemania sea calumniado en tal manera. Creo firmemente que defiendo el honor de mi pueblo cuando defiendo el de los otros. No es ningún honor para un pueblo dejar que se critique a otro que únicamente cumple con su trabajo y que permita que difundan calumnias unos elementos que nunca hicieron ningún trabajo honrado sino que vivían únicamente del odio creado por ellos mismos y que aprovechaban en su favor. ¿Y que vamos a decir de que se organice un boicot contra nosotros? ¿Que inutilidad económica es esta de organizar un boicot? Un éxito de este boicot significaría que entonces podríamos comprarles menos que ahora. El resultado: La estupidez económica. Creo que este es el razonamiento del mundo entero, por cuyo motivo dicho boicot no ha tenido éxito, y los pueblos de honor se van librando de estas ideas. Me alegra que, tanto en Inglaterra como en América, este boicot tenga cada día menos seguidores.

Pero... ¿hasta cuando durará esta discriminación hacia nuestro pueblo? ¡O se nos dan los mismos derechos y entonces lo seremos, o no se nos dan y no lo seremos! ¡Que no nos vengan ahora con juegos de palabras, esto lo rechazamos! Nuestro honor lo apreciamos demasiado para venderlo así por las buenas. Hemos esperado 15 años y no es nuestra culpa que no podamos confiar más en promesas. Hubo un tiempo en que creímos en las promesas del presidente Wilson. El mundo no podrá decir que esas promesas se hayan cumplido y cuando entramos en la Sociedad de Naciones también creímos en la igualdad de derechos. El mundo, de nuevo, no puede negar que tampoco la tuvimos. Al menos nunca por medio de hechos. Y si ahora se declara que esta igualdad de derechos no se nos puede dar porque tenemos “espíritu guerrero”, he de manifestar que pronto dirán, si viene al caso, todo lo contrario.

Por una lado dirán que “Alemania es disciplinada” y que “el pueblo es oprimido por unos locos” -esos somos nosotros- que afirmarán que “los locos hablan de paz, pero el pueblo tiene tantas ganas de guerra que no podemos confiar en él”. Dirán una cosa u otra según les convenga.

El mundo duda de nuestros deseos de paz, pero si hacemos declaraciones a favor de ella se dice que dichas declaraciones no merecen crédito, que se precisan pruebas. Si entonces preguntamos por las pruebas que necesitan se nos dice que Francia se siente amenazada. Bien, declaramos ante todo el pueblo que estamos dispuestos a tender nuestra mano a los franceses para reunirnos de nuevo y entonces la prensa dice que esto lo hacemos para alejamos de Inglaterra, añadiendo que se trata de una “nueva intriga” que estamos proyectando. Pero bueno, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Yo lo sé, ¡defender nuestro honor fuertemente y no abandonarlo nunca!

Según todo lo dicho la conferencia de desarme tiene por objeto una política por la cual los estados armados seguirán armándose más mientras la desarmada Alemania ha de proseguir en un desarme, hasta comprobar el absoluto desarme al cabo de unos años. A esto sólo podemos decir: ¡Nunca seguiremos estos sistemas!

Creemos en la paz, no vemos, tampoco, un peligro de guerra. Queremos vivir en paz con Inglaterra, queremos vivir en paz con Francia y también queremos vivir en paz con Polonia. Con Italia hace tiempo que mantenemos buenas relaciones. Sentimos admiración por aquel gran hombre de estado, admiramos su misión y le damos gracias por su ayuda. Queremos vivir en paz con todo el mundo, pero también queremos que los demás tomen de una vez consecuencias de esto y que sean consecuencias claras.

No dejaremos que nos traten de cualquier manera ni volveremos a firmar nunca algo que no debamos firmar porque vaya en contra de nuestro honor, y nadie nos podrá amenazar para que lo hagamos. No podemos obrar de otra manera. Si algún pueblo tiene ese derecho, ese es el pueblo alemán. No podemos actuar de otra forma. Tenemos tras nosotros 15 años de sufrimientos, hemos podido ver hacia donde ha sido llevado nuestro pueblo. Este camino no queremos, no podemos tomarlo de nuevo. Hagan lo que hagan nunca nuestro pueblo alemán obrará sin honor. Sabemos que detrás nuestro está la nación alemana. Si hay hombres dispuestos a firmar bajo su responsabilidad cosas que luego no puedan cumplir, o que se hallen contra su honor, que lo hagan entre ellos. Nosotros no podemos hacerlo pues ello significaría dañar a la nación que se alía detrás de nosotros. Yo personalmente puedo declarar que preferiría morir antes que firmar algo que fuese incomprensible e imposible para nuestro pueblo alemán.

Ruego al pueblo alemán que si alguna vez cometiera un error o si el pueblo llegara a pensar que no puede aprobar mis actos, que me eliminen. Lo aceptaré tranquilamente. ¡Pero nunca haré una cosa que vaya contra mí mismo y contra el honor de mi pueblo! ¡Queremos la paz, queremos comprensión, pero también queremos nuestro honor y nuestra igualdad de derechos! ¡No queremos ser tratados por más tiempo como una nación de segunda clase!

Espero que el pueblo alemán coincida conmigo ahora. Nunca he temblado ante el pueblo, siempre he mantenido la opinión de que mis hechos puedan ser siempre apoyados por la nación. Se nos puede juzgar, se me puede juzgar a mí, se puede juzgar nuestra política, pero yo sé como será ese juicio. El pueblo alemán estará detrás de nosotros, porque su honor es también el nuestro. El mundo verá que el honor del pueblo alemán no es malo. Es por esto que esta vez les ruego -ciertamente por primera vez en mi vida- que nos den sus votos. Nunca antes hemos pedido votos, ahora se lo ruego, no por mí, sino por el pueblo alemán. Lleven a todos los camaradas a las urnas para que así decidan el futuro de su pueblo y el de sus hijos. Por primera vez en 14 años ahora les pido sus votos, les pido que den este “si” a la política de igualdad de derechos, del honor y de la verdadera paz, y al mismo tiempo den su voto para el Reichstag, el cuál será la garantía de esta política. A la larga no puede salvarse un pueblo

económicamente si éste vegeta política y moralmente. Solamente conocemos una meta en este mundo: "No al odio hacia otros pueblos; sino amor hacia la nación alemana".

DISCURSO EN LA BUERGERBRAEUKELLER DE MUNICH

(9 de Noviembre de 1933)

Camaradas alemanes:

Cuando hoy hace 10 años se intentó por segunda vez en Alemania -para desgracia del estado-, liberarlo de su lamentable situación, no se trató de un acontecimiento casual. Si hombres maduros se hallan dispuestos a dar su vida por un ideal, están dispuestos a morir por él, es indudable que no se trata de un acto sin relevancia. Si este intento tuvo lugar fue debido a la apurada situación del pueblo alemán que con ello quiso intentar cambiarlo.

El intento fue en vano y no lo conseguimos; unas horas después nos faltaron las bases sobre las cuales se había previsto este intento. Lo que dije entonces en el proceso puedo repetirlo hoy: Nunca pensamos en levantarnos contra el Ejército de nuestro pueblo, con él creíamos que era factible alcanzar el objetivo. Un destino trágico lo calificaron algunos cuando se vino abajo todo. Inteligencia y sabiduría queremos llamarlo hoy nosotros. A los 10 años sabemos que con corazón limpio y mucho valor personal nos aprestamos a la acción, pero también sabemos hoy -mejor que entonces- que el tiempo no había llegado ni estaba maduro. Pero, a pesar de ello, estoy convencido de que entonces actuamos así cumpliendo una fuerza superior que nos impulsaba a hacerlo y que era imposible actuar de otra forma. Nosotros, que entonces estábamos dispuestos a acabar con éste régimen de deshonor, y también los otros, los que creían entonces tener que oponerse a esto a fin de mantener un estado, llevamos aquella noche al joven movimiento al conocimiento de toda la nación y, al día siguiente, al conocimiento de todo el mundo. Aquel día abrimos los ojos a todo el pueblo alemán y llevamos y encauzamos ese heroísmo que más adelante necesitaríamos. Pero lo más importante es que si no hubiésemos obrado así hubiéramos permanecido en la legalidad sin ser un movimiento revolucionario. Todos hubiesen dicho entonces: Tú hablas como los demás y, como los demás, no haces nada. Sin embargo gracias a ese día, gracias a esa decisión hemos podido más tarde resistir toda la oposición que se nos ha hecho durante 9 años pudiendo decir que nosotros sí somos un movimiento revolucionario y que al llegar al poder acabaremos con el actual estado, lo obligaremos a rendirse ante nosotros pero siempre dentro de la estricta legalidad. Puede parecer una contradicción pero el tiempo nos ha dado la razón. En 1923 era ya demasiado tarde para poder solucionar la desgracia alemana. Quizá en 1920 hubiese sido factible todavía. Además las bases espirituales e ideológicas para un cambio radical en el orden económico, no estaban suficientemente asentadas y los que creían en ellas eran todavía muy pocos.

Los días 8 y 9 de Noviembre no sólo han llevado el nombre de una revolución a toda Alemania, sino de un nuevo “'Weltanschauung”. Desde aquel día vimos como el ámbito de nuestro movimiento rebasaba las estrechas fronteras de nuestra región para extenderse por toda Alemania. Lo que entonces pasó, era simplemente el despertar, el amanecer de nuestro país.

Así pues hoy podemos mirar sin tristeza ni pesadumbre aquel pasado, pese a las vidas que costó de fieles camaradas, pues aquellos combatientes que cayeron entonces fueron el ejemplo que siguieron los que habían de morir más tarde, sin ellos no habría habido otros dispuestos a caer en la lucha. Aquel sacrificio inicial fue pues la siembra de la cual germinó más tarde el nuevo estado. Por primera vez nuestro movimiento vertió su sangre, por primera vez mostró la frente altiva al estado con valor y honor, no para luego arrepentirse de ello, sino sabiendo y decidiendo perfectamente lo que hacía. Fue entonces cuando edificamos la base para la victoria final y es por ello que hemos de mirar hacia atrás con fidelidad y dando gracias, sintiéndonos dichosos de que se haya realizado lo que ya en el proceso subsiguiente declaré, que fuésemos conscientes de que nuestra hora había llegado, que al fin lograríamos la unidad de Alemania y que incluso los que nos dispararon, marcharían en nuestras filas y que el Ejército que no

había tomado parte en este acto sangriento, nos daría la mano y así nosotros y el Ejército formaríamos este nuevo estado.

Al cabo de 10 años podemos observar esto con alegría y legítimo orgullo. Lo hemos conseguido. Y por ello el año 1923 es para nosotros un agradable recuerdo en nuestra vida, un recuerdo que nos conmueve profundamente, un recuerdo que nos muestra los caminos del destino y también lo acertado del mismo y nos da el convencimiento de que para el futuro no ha sido inútil, no han sido inútiles los sacrificios y podemos así hablar de victoria. No creo que la providencia nos tuviera previsto todo esto si al fin quisiera acabar con nosotros. Ahora de nuevo nos encontramos en una lucha difícil. El 12 de Noviembre el Ejército ha de decir ante todo el mundo si en el futuro permanecerá con su honor y no firmará pactos que no puede cumplir, si quiere la paz al tiempo que quiere su honor. Nuestro pueblo ha de responsabilizarse el 12 de Noviembre ante todo el mundo. Quiero así quitarle al mundo la posibilidad de decir que únicamente un jefe de estado es el que dice que no, es el que quiere la paz; quiero mostrar al mundo que todo el pueblo alemán piensa de la misma forma y que nuestra decisión es inalterable. No se trata sólo de dar el voto, sino también de dejar testimonio no sólo para el presente sino también para el futuro. Es imposible a la larga llevar adelante un estado y lograr grandes éxitos si no se cuenta detrás con todo el pueblo. Es al propio pueblo al que le corresponde declarar ante el mundo. El jefe del estado únicamente puede ser el representante, el que los conduce. La fuerza ha de estar anclada en el mismo pueblo, y es a esta fuerza a la que apelamos, la cual ha existido durante miles de años.

Antes fuimos un pueblo fragmentado, hoy somos una nación unida. Antes hubo gobiernos débiles, hoy somos un régimen fuerte, ayer nos pudieron declarar a todos culpables, hoy esto es imposible. Si este mundo es incapaz de responsabilizarse de sus diferencias, que piensen empero que no podrán descargar la culpa sobre Alemania. ¡Obligarnos a firmar un nuevo "Diktat" no les será posible nunca más!. A este respecto el gobierno alemán tomará una única base de apoyo: Entendemos como conferencias aquellos encuentros entre naciones con igualdad de derechos y bajo decretos de estas conferencias entendemos los tomados por naciones con iguales derechos. La “Sociedad de Naciones” no nos volverá a ver en tanto no hayan suprimido la discriminación de que es objeto nuestro pueblo. El pueblo alemán no quiere la guerra, el pueblo alemán quiere tranquilidad, quiere trabajo y ser feliz según sus posibilidades. Al tomar esta postura estamos actuando en favor del mundo entero.

No se cuentas veces he hablado en este local, pero una cosa si está clara, ¡jamás me he contradicho! Siempre hablé claramente. Esta ha sido mi forma de actuar durante 14 años y ¿piensan que ahora que el destino me ha elegido Canciller voy a cambiar de pronto? ¡No! Este día 8 de Noviembre de hace 10 años no hubiera sido posible si antes hubiera yo declarado: Si alguna vez llegamos al poder, haremos exactamente lo mismo que hicieron aquellos que hemos decidido sacar. Ningún hombre hubiera seguido entonces, y los que cayeron hubieran caído inútilmente.

Sé positivamente que si los caídos estuvieran hoy entre nosotros dirían que su herencia ha sido llevada a cabo. Hacia ellos nos hemos de dirigir y nunca olvidarlo. Y no podemos olvidarlo porque sabemos que si nuestro movimiento se ha hecho grande ha sido por su fidelidad a sus principios. Pueblos sin carácter no tienen sitio en este mundo. Una nación grande, de 65.000.000 ha de defender sus derechos sobre firmes bases. Estas bases las hemos de mantener y defender.

Creo que ya ahora podemos observar en el mundo una cosa: La ira de los que nos odian ha crecido, pero el respeto de los que quieren una verdadera paz, un verdadero entendimiento, ha aumentado igualmente.

Del recuerdo de aquellos diez años pasados hemos de sacar la esperanza de que al igual que nuestra actitud durante estos 10 años ha posibilitado la reconciliación con los que eran enemigos de Alemania, llegará también la reconciliación con aquellos pueblos en los cuales todavía hoy se nos calumnia. Si nosotros creemos que tarde o temprano los pueblos defenderán los intereses comunes unidos, hemos de

creer necesariamente que los pueblos con honor nunca querrán unirse a los que carecen de él. Nosotros queremos esa unión y por ello queremos nuestro honor, y esto no ha de ser un gran obstáculo pues solamente en este sentido discurre el camino de la verdadera igualdad de derechos y con ello vamos hacia una organización común en defensa de los intereses de las grandes naciones y pueblos.

Nueve años después de aquel 9 de Noviembre se ha logrado por tercera vez el resurgir del Reich. Se ha borrado la vergüenza de los 15 años pasados. Por primera vez por fin todos los alemanes pueden marchar juntos para conseguir sus objetivos. Si la nación reconoce esto, entonces en la historia de Alemania quedará este 12 de Noviembre como la fecha de la reconquista del honor alemán, también para el extranjero.

A vosotros, mi viejo Ejército, que me habéis sido fieles durante todos estos años, a vosotros os quiero pedir un favor. Hace un momento se dijo aquí que todo esto solamente fue posible porque el Führer se mantuvo fuerte. Mis camaradas de la SS, mis camaradas de la SA, correligionarios. Yo pude mantenerme fuerte porque vosotros me fuisteis fieles. Solamente por esto, por esto y nada más. ¿En que para toda la fuerza de un hombre si no se apoya en la fidelidad de sus camaradas? Vosotros fuisteis fieles. Yo he sido fuerte gracias a vosotros, por ello hoy no os tengo que rogar. Pero la nación alemana ha de tomar ejemplo de vuestra fidelidad en este 12 de Noviembre.

DISCURSO EN LA SALA DE MOTORES DE LA EMPRESA SIEMENS

(10 de Noviembre de 1933)

Compatriotas, trabajadores alemanes:

Si hoy os hablo a vosotros y a millones de otros trabajadores alemanes, lo hago porque tengo más derecho que cualquier otro. He nacido entre vosotros, he estado entre vosotros en el pasado, durante cuatro años y medio he estado, durante la guerra, también con vosotros y por ello os hablo hoy, a los que pertenezco, con los que todavía me encuentro unido y por los que, al fin y al cabo, estoy ahora luchando.

Para mí mismo la lucha no sería necesaria, tampoco lucharía por una clase o por un tipo de sociedad. Mi lucha está dirigida a la masa de millones de nuestro pueblo trabajador. Me dirijo a vosotros en una hora histórica. Una vez el pueblo alemán fracasó en una situación así y las consecuencias fueron terribles. No quisiera que de nuevo el pueblo alemán cometiera el mismo error. Las consecuencias serían de nuevo terribles para muchos, muchos años.

En mi juventud fui un obrero igual que vosotros y fue luego cuando a base de trabajo y estudios llegué a ser lo que soy, sin embargo dentro de mi ser sigo siendo el de entonces.

Cuando después de la guerra entré en la vida política, lo hice con el convencimiento de que nuestro pueblo estaba mal aconsejado por su gobierno, con el convencimiento de que debido a esto nuestro pueblo alemán iba hacia un destino horrible. Pude hacerlo con tranquilidad interior y con derecho, toda vez que no me contaba entre los que, de una manera u otra eran responsables de la guerra.

Yo era tan poco responsable de la guerra como cualquiera entre vosotros, ya que entonces era, igual que vosotros, un desconocido sobre el cual el destino pasaba con monotonía. Así pues no me contaba entre lo que entonces se volcaron contra la nación. Yo estaba convencido de que debíamos defender el destino de la patria si no se quería que, tarde o temprano, el pueblo tuviese que pasar por situaciones horribles. Esto es lo que me separó de los demás en aquella época crítica en que todos se hallaban contra Alemania.

Cuando la guerra acabó me tomé el derecho, como soldado del frente -el cual creo tenía- de defenderos a vosotros. Antes nunca había hablado en público ni me había metido en asuntos políticos. Era un simple humano que intentaba ganarse el pan de cada día, pero cuando vi al final de la guerra que el gobierno no cumplía lo que había prometido a la nación, sino que actuaba justamente al contrario, decidí actuar y en

unión de otros seis modestos trabajadores creé el movimiento según mis propias ideas, convencido de que la afirmación de que únicamente por medio de la lucha de clases se puede mejorar el destino de una clase, era absolutamente falsa. Esta afirmación, en un ámbito mucho mayor, la hemos vivido cuando el Tratado de Versalles.

Este Tratado se asentó sobre dos premisas totalmente falsas:

1.- El final de una guerra, en la cual naturalmente siempre ha de haber vencedores y vencidos, se había de convertir en una norma inmutable, es decir, ya para siempre uno había de ser el vencedor, que poseía la razón y el perdedor sería para siempre el vencido. Esta era una tesis equivocada sobre la cual nunca iba a poderse edificar una "Sociedad de Naciones".

2.- La segunda premisa, igualmente errónea, es la de creer que un pueblo va mejor a costa de que otro vaya peor. Es esto una gran equivocación. Estas dos premisas, las cuales fueron la base del Tratado de Versalles, han tenido terribles consecuencias, no solamente para los alemanes sino también para otros pueblos. El mundo no ha vivido en paz como se pretendía, desde entonces el mundo se ha visto envuelto cada vez más en desgracias y más desgracias.

Igualmente fue equivocada la idea de gravar la economía de un país con grandes cargas y, al mismo tiempo, destruirla quitándole todas las posibilidades. Hemos podido ver como Alemania, para poder hacer frente a sus obligaciones, se vio obligada a lanzarse al mercado de exportación con todas las consecuencias anexas, empezando entonces la más grande lucha de mercados internacionales, de forma que la culpabilidad política fue transformada poco a poco en culpabilidad económica y que la deuda en divisas daba los mismos resultados que el pago de reparaciones. Vimos entonces como llegó la "nacionalización", como millones de personas ahorraban, siempre perseguidos por la misma idea: Hemos de exportar a toda costa para conseguir divisas. El mercado ha sido con ello destruido poco apoco y así se creó el ejército de parados. Fue entonces cuando reconocí que nunca podríamos salir de esta locura si la manteníamos en nosotros mismos, si manteníamos entre nosotros la teoría de que un pueblo ha de estar económicamente mal para que otro pueda vivir. ¿Qué diferencia existe entre la teoría de la lucha de clases y la de la lucha de pueblos? Ninguna. Es la misma. Es la misma locura pensar que a una clase le va a ir mejor cuando a otra le vaya peor.

Fue entonces cuando me convencí en mi fuero interno de que al pasar de "clase" a "pueblo" lograríamos encontrarnos a nosotros mismos. Era natural que a esto se opusieran muchos intereses, los de los que mantenían la lucha de clases. Pero no podíamos dejar morir a un pueblo para que estas organizaciones viviesen, pues un pueblo no vive de teorías, ni de programas, tampoco vive de organizaciones, sino que todo esto ha de estar al servicio de la vida del pueblo y así hoy podemos ver como también puede eliminarse la discordia entre los pueblos.

La discordia entre los pueblos es obra de un club internacional desarraigado, de esas personas que igual tienen su casa aquí que en ningún sitio o en cualquier otro. Hoy pueden vivir en Bruselas, pasado mañana en París y después en Praga, en Viena o en Londres, los cuales en cada uno de estos sitios encuentran su patria. Pueden desarrollar su trabajo en todas partes, mientras que los pueblos están enraizados en su tierra, vinculados a la posibilidades de vida de sus estados, de sus naciones. El campesino está unido a la tierra. El trabajador está encariñado con su fábrica. Si esta es destruida, ¿quién le ayudará? ¿Qué quiere decir "solidaridad internacional de clases"?. Son teorías de una época en la cual las desgracias por doquier y los pueblos tienen que luchar denodadamente por su existencia. La fuerza de todos nosotros no está dentro de ese fantasma internacional, está en nuestra patria. Mantener esta fuerza y reforzarla siempre más ha sido siempre mi meta.

Es por ello que creé un movimiento completamente nuevo, en el cual por encima de todos los prejuicios habría que construir una nueva comunidad alemana, porque no podía entender que muera un pueblo en

luchas fraticidas únicamente para que así vivan diferentes organizaciones. Contra este fenómeno he iniciado la lucha y he creado un programa cuya base es que las diferencias sociales, sus posesiones y pertenencias y su cuna tuviesen poca importancia. Todo esto son conceptos perecederos que tienen muy poca importancia si los comparamos con la vida eterna y la existencia de un pueblo. El pueblo es en sí una fuente de vida eterna, siempre va creando nueva vida y esta fuente ha de ser preservada y mantenerse sana. ¿De qué me sirve una teoría si veo a 7 millones de personas sin trabajo? ¿Serían felices si yo difundiera teorías? Primero he de intentar dar trabajo y pan de nuevo y yo sabía al respecto que este deber solamente podría cumplirse si conseguía unir la fuerza de todo el pueblo para este fin.

He sabido siempre perfectamente que un programa de esta naturaleza, que quiere unir los conceptos de nacionalismo y socialismo, no podía cumplirse en pocos años, que era precisa una gran enseñanza y que correspondía al futuro estado dicha enseñanza. Hemos empezado seis o siete, hoy somos el movimiento más grande de Alemania, y ello no es debido a la casualidad o a la facilidad del camino seguido, se ha debido a que las ideas sobre las que edificábamos eran correctas. Solamente esto es lo que me ha posibilitado llegar hasta aquí, porque, queridos trabajadores, habéis de pensar que cuando un hombre se plantea así una nueva existencia con el propósito de crear un movimiento, no le vienen los éxitos volando, esto es natural. Se precisa mucha constancia y fuerza para poder empezar una obra así. Ahora bien, una cosa sí puedo decirles y es que si yo tenía este convencimiento, solamente lo tenía porque conocía al pueblo y porque nunca dudé de la calidad del pueblo alemán. No han sido disquisiciones intelectuales las que me han dado el valor para empezar con esta obra de gigantes sino que el valor ha sido posible únicamente por conocer al trabajador y al campesino alemán. Siempre he sabido que sobre esto se levantaría el Reich alemán y que entonces también se nos unirían los trabajadores del espíritu.

¡Realmente era un programa gigante! Pero cuando el 30 de Enero, después de 14 años de lucha se me ha nombrado canciller, no tenía más que un deseo: Cumplir este programa. No precisaba un título. Mi nombre, que creé con mis propias fuerzas, era mi título. Solamente deseo que el futuro haga aparecer la persona capaz de continuar con serenidad y honradez mi programa.

En esta joven nación hemos trabajado duro y hemos conseguido cosas nuevas. Quizá haya algunos entre vosotros que no me podrán perdonar que haya destruido los partidos marxistas. A ellos les digo, amigos míos, también he destruido a los otros partidos. No he eliminado la representación de los trabajadores. No, lo que he eliminado es la representación del clasismo. Nunca he dicho que en el nuevo estado el trabajador no deba tener nunca más representantes. Al contrario, estoy convencido que solamente la igualdad de derechos para todos puede crear una situación soportable para todos. Pero bajo esta idea nunca entenderé el interés de llegar a la lucha de clases. Este no puede ser el resultado de nuestro esfuerzo y trabajo en común, sino que de un esfuerzo y un trabajo común ha de resultar una vida social agradable para todos.

Yo dije: Cuatro años me tenéis que dar de tiempo. Cuando llegué al poder en Alemania tenía 6.200.000 de parados y ahora son 3.710.000. Esto en sólo nueve meses es mucho, es algo de lo que se puede presumir. No nos hemos cruzado de brazos, sino que hemos trabajado día tras día, y si algunos me dicen que sí, pero que el nivel de vida no ha mejorado, entonces debo replicarles que fui a lo primero y lo primero era llevar el trabajo al pueblo, lo próximo será aumentar la fuerza del consumo. Esto es de interés común. Al ciudadano alemán le he de decir que no piense que sus intereses mejorarán cuando a otro le vaya mal. Todo lo contrario, cuando mayor fuerza de consumo tengan todos, mejor les irá a los demás. Es falso que la desgracia de unos traiga la suerte a los otros. Todo lo contrario, el lograr desarrollar la fuerza de todo un pueblo en su totalidad se convierte en un beneficio común.

Es un trabajo inmenso de enseñanza, el cual hemos ya iniciado, pero sé muy bien que no ha acabado todavía, pero si veo a gentes de izquierdas o derechas encerradas ensimismadas pensando, “a nosotros no

nos conseguiréis nunca", pienso, me da igual, a vuestros hijos sí los tendremos. A estos los educaremos desde el principio hacia el ideal.

Hemos empezado también la lucha contra la corrupción y casi me da vergüenza contarles los resultados pues siempre temo que el pueblo alemán sea comparado a esta gentuza, pero la única manera de volver a dar trabajo y pan al pueblo alemán es volviendo al orden en base a que exista interiormente paz y sosiego.

Que nadie crea que yo esté tan loco que desee una guerra. No sé cuantos jefes de estado han participado en una guerra como soldados. Yo sí lo he hecho, yo conozco la guerra, pero de entre todos aquellos que hoy calumnian al pueblo alemán, ninguno hay que haya oído silbar las balas. En estos nueve meses no hemos hecho otra cosa que ocuparnos de nuestro pueblo, solamente hemos estudiado nuestro problemas, solamente queríamos solucionarlos. Tengo el convencimiento de que lo mejor que podrían hacer otros jefes de estado es ocuparse de sus propios asuntos. En estos nueve meses no he tomado ni una sola decisión que pudiese herir a ningún jefe de estado o calumniar a su pueblo. Al contrario, en estos nueve meses permanentemente he declarado que los pueblos deben de una vez entrar en razón y no dejarse llevar por un reducido número de personas que crean todas estas calumnias. He declarado que lo único que desea el pueblo alemán es ser feliz según sus propios deseos. Que nos dejen en paz que nosotros no nos metemos en los asuntos de los otros y no queremos que se metan en nuestros asuntos.

Si hay alguien realmente que puede sentirse amenazado, estos somos nosotros. ¡Nosotros lo que queremos es paz y entendimiento, no otra cosa! Queremos dar la mano a nuestros antiguos enemigos y marcar así una nueva línea en esta triste época de la humanidad.

Se dice que no hablo en serio. ¿Qué he de hacer para que me creáis?, replico. Queridos camaradas, pienso que en una época así hay que ser inflexible y no desviarse de nuestro derecho. Estoy convencido de que todos los problemas de la vida pueden solucionarse cuando las personas implicadas en ellos así lo desean gozando todos de los mismos derechos. Así ocurre en el proceso económico. ¿Os imagináis que en el proceso económico un representante o negociante no tuviera ningún derecho y el otro los tuviera todos? Todos sabéis que hay pueblos que tienen todos los derechos y otros que no tienen ninguno. ¡Esto no puede continuar! Si alguna cosa hay que puede hacer peligrar la paz es esta injusta distribución de los derechos, tanto en la vida individual como en la mundial. Pero yo sería un mentiroso en Alemania si les prometiera una mejora económica, sin exigir al mismo tiempo más derechos e igualdad en el mundo. Una cosa no funciona sin la otra y les puedo asegurar que también aquí solamente defiendo el derecho de la nación alemana. Mientras esté ocupando este puesto me comportaré de tal forma que nadie nunca pueda decirme: "Antes decías cosas distintas de las que ahora haces". Si el mundo quiere imponer dictados, esto se hará sin mi firma. Y si el mundo dice: "Sí, estamos obligados a ello porque no podemos tener confianza en vosotros", yo contestaré: "¿Por qué? ¿Cuándo ha roto su palabra el pueblo alemán? Siempre ha mantenido su palabra, y casi con demasiada fidelidad. Si en la guerra mundial no hubiésemos estado demasiado fielmente al lado de nuestros aliados, posiblemente nos hubiera ido mejor".

Queremos aquí protestar por esta forma de juzgar al pueblo alemán según la opinión expresada por los que han emigrado. Nosotros no actuamos así, no insultamos a ingleses o franceses según lo que diga el primero que venga. Este tipo de gente no son precisamente elementos valiosos en una nación. Por este motivo hemos convocado este llamamiento del 12 de Noviembre. Durante cientos de años el extranjero ha estado seguro de tener colaboradores en Alemania. Primero fueron duques sin carácter, que fríamente vendían a su pueblo, después fueron partidos con ideas mundialistas. Siempre tuvieron colaboradores. Ahora quiero enseñar a nuestros enemigos que ya no existen colaboradores en Alemania. Lo único que hoy se constata aquí es la solidaridad del pueblo entre sí. Durante miles de años ha fijado su destino en base a desacuerdos permanentes y los resultados han sido terribles. Pienso que es ya la hora de intentar

fijar este destino apoyándonos en la unión. Y esto lo comprobaremos ahora intentando fijar nuestro destino por medio de una unión sin límite alguno.

Estoy convencido de que en Alemania muchas coaliciones no están proyectadas a favor de nuestro pueblo, por ello podéis ver en mi al hombre que está por encima de esas coaliciones. Para mi cada uno de vosotros es igual. Igual me interesan los intelectuales que la burguesía o los proletarios. Sólo me interesa el pueblo alemán, solamente a él pertenezco, solamente por él lucho. Y es este pueblo alemán el que quiero mostrar al mundo el 12 de Noviembre, así; tal cual es, a fin de que se convenzan de que no se trata de las palabras de una persona individual sino que detrás está todo el pueblo. Por este motivo os quiero hacer un ruego: Defended esta frase de la igualdad de derechos, igual que habéis luchado por iguales derechos en los trabajadores alemanes. De la misma manera hoy tenemos que luchar por el derecho a la vida de todo nuestro pueblo, hemos de defenderlo y no podemos excluir este deber de nuestro honor

Esto es lo que debe hacerles comprender mi decisión cuando declaro a los grandes estados mundiales: “Estamos dispuestos a participar en cada conferencia, estamos dispuestos a participar en cada pacto internacional, pero únicamente con igualdad de derechos”. Nunca me he metido, como persona privada, en una sociedad elegante que no me aceptaba y no me veía con igualdad. Yo nunca he necesitado de esto y el pueblo alemán ha de tener el mismo carácter. No estamos en una asamblea como limpiabotas con menor derecho, si esto ha de seguir así el mundo no nos verá en ninguna nueva conferencia.

Hoy el destino me ha dado más poder del que cualquier presidente alemán haya tenido en cientos de años. Me es imposible ahora tirar por la borda por lo que he luchado durante tantos años, y si os pido que el 12 de Noviembre estéis a mi lado hombro con hombro para esta decisión, con este gabinete, podréis preguntar: “¿Nos necesitas?”. Os puedo responder que yo, personalmente, no lo necesito, yo puedo prescindir de ello. Yo no lo necesito, es el pueblo alemán el que lo necesita.

Ahora os corresponde poneros delante del mundo y declarar: “No queremos otra cosa que la paz, no queremos otra cosa que tranquilidad, no queremos otra cosa que dedicarnos a nuestros deberes. Queremos, empero, los mismos derechos y no dejaremos que venga cualquiera y nos robe nuestro honor”. Si nosotros el 12 de Noviembre, y con nosotros toda la nación, cumplimos con nuestro deber, entonces, quizá por primera vez en la historia de Alemania, estará claro para el mundo que tendrá que contar con nosotros de otra forma, que no podrá poner sus esperanzas en nuestras disensiones internas y en nuestra interior discordia, que tendrá que contentarse con aquello que existe, es decir, con el pueblo alemán.

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(30 de Enero de 1934)

Diputados, hombres del Reichstag alemán,

Si nosotros hoy, volviendo la vista hacia atrás, llamamos al año 1933 el año de la revolución nacionalsocialista, día llegará en que un sereno juicio de sus hechos y acontecimientos incorpore como justificada esta denominación a la historia de nuestro pueblo No se considerará como decisiva para ello la mesurada forma en que se cumplió externamente esta revolución sino, más bien, la interna grandeza de la transformación operada en este año en el pueblo alemán en todos los terrenos y en todas las direcciones de su vida.

En doce meses escasos, fue desalojado y sustituido por otro todo un mundo de conceptos e instituciones.

Lo que en este breve espacio de tiempo se ha verificado a los ojos de todos, no era sino fantástica utopía la víspera misma del memorable 30 de Enero de 1933 para la abrumadora mayoría seguramente de nuestro pueblo y, especialmente, para los sostenes, portavoces y representantes del anterior estado de cosas.

Y tan admirable acontecimiento histórico sería ciertamente inconcebible si la orden para su realización no se debiera más que a la ocurrencia de cualquier espíritu caprichoso o al juego del azar.

No. Las premisas de este acontecimiento encontraron necesariamente origen y forma en el proceso de largos años. Una necesidad tremenda clamaba auxilio de tal modo que el momento no esperaba más que la voluntad dispuesta a ejecutar el mandato histórico.

Acrecienta la fuerza de esta afirmación el hecho de que hacía decenios que casi el mundo entero estaba lleno de análogas tensiones que descargaban en incesantes fuegos y tempestades, ya trémulos, ya bramadores, buscando soluciones que respondiesen y se adaptasen a las normas de cada pueblo. También el período del externo bienestar burgués que, desde los últimos sones de la revolucionaria Marsellesa hasta el comienzo de nuestro siglo, parecía dar al mundo el sello de una aparente y satisfecha abundancia, estaba lleno de constantes signos de íntima y nerviosa incertidumbre, de una inquieta búsqueda de fundamentos más satisfactorios para la vida interior de los pueblos. Porque lo que antes, durante siglos y siglos, había conocido la Humanidad como fenómenos revolucionarios no era más, si se prescinde de las contiendas de índole religiosa, que vicisitudes en la pugna de fuerzas por el poder externo, lucha por el mando dentro de los Estados o, a lo sumo, por el engrandecimiento de su poder hacia fuera. Pero desde que las luchas religiosas, a consecuencia probablemente de la extinción de una verdadera fuerza viva e impulsora en las confesiones, perdieron su poder renovador, irresistible, fascinante, empezaron a buscarse otros conocimientos, otras ideas arraigadas en el tiempo, que colmasen filosóficamente a la Humanidad.

Y mientras el mundo burgués seguía soñando con la economía como única señora y regente del proceso total de la vida, y veía en ella la exclusiva raíz de toda felicidad terrena, el hombre, a quien en lo íntimo ya no le satisfacía esto, buscaba un sentido mejor para su vida, empezando así a llenar con violentísimos altercados ideológicos la época del sumo bienestar y de la suma holgura burguesa.

La inconsecuencia del ideal económico y político de la democracia burguesa llevó necesariamente al campo donde se debatían esas fuerzas la consecuente teoría marxista. Así ocurrió que, mientras los pueblos consumían aún los frutos materiales del individualismo burgués y liberal, los apóstoles de la nueva doctrina predicaban políticamente la igualdad de todos los valores. Pero la democracia parlamentaria tenía que caer, a la larga, inevitablemente, en mortal hostilidad con el valor de la personalidad, incluso en el terreno meramente económico.

No podía ser más que cuestión de tiempo el que la doctrina de la idea igualitaria marxista, que avanzaba resueltamente, acabara por penetrar eh los últimos baluartes de la política ante la economía, para aventar definitivamente la ideología política y económica de la época burguesa.

Sin la guerra mundial se hubiera producido también este proceso, pero sin duda alguna la guerra lo aceleró considerablemente.

Para comprender lo ocurrido este año en Alemania hay que tener en consideración dos fenómenos:

Primero: La espantosa guerra minó la resistencia de la autoridad del mando en la Alemania de entonces y a su quebrantamiento siguió el derrumbe no sólo en el interior, sino también en el exterior. El elemento activo de este proceso es el marxismo; el pasivo y corresponsable de él, la democracia burguesa.

Segundo: El tratado de Versalles aniquila la independencia y la libertad del Reich en su proyección externa al deshacer y acabar con toda fuerza y toda capacidad de resistencia.

El efecto es esa serie interminable de presiones políticas y económicas que contribuyeron a la caótica marcha de las cosas en Alemania.

De aquí resulta la siguiente situación:

En política interior: La revuelta de Noviembre de 1918 barrió de un golpe la sedicente autoridad del Estado en el compromiso legitimista burgués.

La inaudita y cobarde capitulación de las autoridades responsables ante el motín de desertores marxistas e internacionalistas quebrantó en el pueblo la adhesión a la antigua forma de gobierno y a sus hombres representativos, adhesión seguramente prestada hasta entonces en un 90 por ciento.

Repuesta la nación del ominoso acto, educada desde siempre en la obediencia en cualquier forma, empezó a considerarse obligada, cuando menos, a una pasiva tolerancia frente a los nuevos detentadores del poder.

La debilidad numérica e inherente al nuevo régimen condujo a aquella singular alianza entre los teorizantes del marxismo y los practicantes del capitalismo, híbrida, extraña y corrupta alianza que necesariamente había de imprimir sus rasgos característicos en la vida política lo mismo que en la vida económica.

A través del Centro se une la democracia burguesa más o menos orlada de nacionalismo al descarado internacionalismo marxista y engendra aquellos gobiernos parlamentarios que se iban sucediendo en lapsos de tiempo cada vez más cortos y que enajenaron y dilapidaron el capital económico y político que la nación había atesorado.

Durante 14 años sufre Alemania un desmoronamiento sin igual en la historia.

Hay una subversión en todos los conceptos. Lo que era bueno deviene malo y lo que era malo bueno. Se desprecia al héroe y se honra al cobarde. Se castiga al honrado y se premia al holgazán. Para el decente no hay más que escarnio y para el depravado alabanza. El fuerte incurre en la reprobación y, en cambio, se glorifica al débil. El mérito en si no vale nada. En su lugar aparece el número, es decir, la inferioridad y la negaci6n del valor. Con la misma desfachatez con que se niega el porvenir histórico se profana infamemente el pasado.

Con impudente osadía se ataca, se ridiculiza o se desprestigia la fe en la nación y en sus derechos. Al amor a lo bello lo sustituye un culto consciente de lo inferior y de lo feo. Lo que es sano deja de ser norte de la aspiración humana y en el centro de lo que se llama nueva cultura aparece lo deforme, lo enfermo, lo degradado.

Se socavan y se precipita el desplome de los pilares en que se apoyaba la existencia del pueblo. Y

mientras millones de existencias de la clase media y campesina eran las víctimas de la ruina provocada a sabiendas, una burguesía bonachona y atontada ayudó como celoso peón político a preparar el postrer derrumbe.

Porque, ¿quién puede creer seriamente que una nación puede mantenerse eternamente en semejante estado de decadencia sin que una día se presenten las últimas y extremas consecuencias? No. Esto tenía que llevar al caos comunista

Pues en la misma medida en que el mando de la nación se alejaba conscientemente de todas las aportaciones y normas de la razón, cayendo, en cambio, en la insensatez marxista, la comunidad del pueblo tenía que sufrir una constante y progresiva desintegración.

Las positivas fuerzas conservadoras empezaron a ceder y a desparramarse y únicamente las fuerzas negativas, destructoras, se fusionaron en una unidad horrenda para el ataque general contra los últimos restos que aún quedaban en pie.

La atomización de la vía política y cultural, la decadencia, cada vez más rápida, de la orgánica estructura de la nación, la parálisis de su funcionamiento, quebrantó la confianza en la vocación y, por consiguiente, en la autoridad de los que se dispusieron a conducir al pueblo. Del general desmoronamiento de todos los conceptos básicos sobre las cláusulas esenciales de nuestro común pacto nacional y social, resultó una disminución de la confianza y, consiguiente y necesariamente, de la fe en la posibilidad de un porvenir mejor. En estas circunstancias, la catástrofe económica tenía que seguir fatalmente a la decadencia política y cultural.

Merecimiento singular y exclusivo del movimiento nacionalsocialista es que esta postración económica, con la horrible miseria de las masas, no diera nuevo impulso a la aceleración de la catástrofe política, sino que, antes bien, condujera a una agrupación de conscientes campeones de una ideología nueva, constructiva y, por lo tanto, realmente positiva.

Por eso, a partir del año 1930 no había más que este dilema: O, como lógica continuación del proceso iniciado, el triunfo había de corresponder al comunismo, con todas sus incalculables consecuencia, no sólo para Alemania sino para el mundo entero, o el nacionalsocialismo había de lograr vencer en el último momento al internacionalismo adversario.

Prueba de la incomprensión del mundo burgués para el espíritu de esta lucha que exigía imperiosamente una solución definitiva, es que todavía, hasta hace doce meses creía (el mundo burgués), seriamente en Alemania, poder salir al final triunfante, como neutral inactivo en esta contienda de dos ideologías que se llevaba con el más enconado ánimo de aniquilamiento.

Las exigencias que esta lucha impuso a nuestro movimiento fueron enormes. Se necesitaba tanta altivez de espíritu para soportar el escarnio y la burla, como heroísmo y valentía para defenderse de las calumnias y ataques cotidianos. En este tiempo cayeron, muertos o heridos, diez mil combatientes nacionalsocialistas. Innumerables fueron los que entraron en las prisiones, centenares de miles se vieron obligados a abandonar su trabajo o perdieron de una u otra forma sus medios de vida. Pero de estas luchas surgió la inconmovible guardia de la revolución nacionalsocialista, el tropel de millones de las organizaciones del Partido, las formaciones de asalto (SA) y los escalones de protección (SS) del nacionalsocialismo.

Sólo a ellos debe el pueblo alemán el haberse librado de una vesania1 que, de haber conseguido la victoria, no sólo hubiera dejado en el paro a los 7 millones sino que hubiese entregado a la inanición, no tardando, a 30 millones.

En política exterior: Cuando en Noviembre de 1918, el pueblo alemán, emocionado y sobrecogido por las promesas que le hizo el presidente Wilson, abatió las armas en el tratado de Compiègne, vivía, lo mismo que hoy, en la íntima, inconmovible persuasión de ser inocente en la explosión de aquella guerra. No influye para nada en este hecho la firma arrancada a unos hombres débiles, contra su propia conciencia, y erigida en reconocimiento de la culpabilidad alemana. Por eso, la inmensa mayoría del pueblo alemán se abandonó entonces a la creencia de que la deposición de las armas significaba, no sólo el fin de aquella guerra, sino la preservación de una calamidad semejante para todo porvenir humanamente previsible.

Si en esa ocasión no hubiera el odio aturdido la razón, la horrible experiencia pretérita habría sido para todos una lección saludable para evitar en lo futuro la repetición de algo análogo mediante una

colaboración más eficaz de todos. Y sólo entonces hubieran sido, en último extremo, al menos para generaciones venideras, sacrificios de bendición los inmensos sacrificios de la guerra más espantosa de todos los tiempos.

El Tratado de Versalles destruyó fundamental y brutalmente esas esperanzas.

El intentar fijar para siempre como base de regulación jurídica en la vida internacional el cuadro de fuerzas que resultó al final de la guerra, perpetuó el odio por un lado y la enconada amargura por otro. Desechando las anteriores experiencias humanas y las objeciones de exhortadores verdaderamente sensatos, se creyó servir mejor al futuro cargándole con las maldiciones del pasado. Sólo así se explica que después de esa dura lección para la Humanidad, en virtud de semejante obra de paz, no pudiera sobrevenir una paz verdadera, sino una intranquilidad mayor.

Las desatinadas cargas políticas y económicas de este tratado destruyeron fundamentalmente la confianza del pueblo alemán en todas las instancias de la justicia de este mundo.

Esto avivó necesariamente, en muchos millones de hombres, el sentimiento de odio contra un orden de cosas que permitía la difamación y la discriminación de un gran pueblo, sencillamente porque una vez tuvo la desgracia de sucumbir tras heroica resistencia en una guerra que le impusieron.

Los impulsores de la revolución comunista vieron enseguida las inauditas probabilidades que ese tratado y sus consecuencias prácticas proporcionaban para revolucionar al pueblo. Al escribir el Partido Comunista en la propia bandera la lucha contra Versalles, logró movilizar hombres que en el colmo de la desesperación creían no poder encontrar más salida que en el caos. El mundo; empero, parecía no notar que, mientras se obstinaba ciegamente en el cumplimiento literal de imposibilidades incomprensibles y francamente absurdas, en Alemania se verificaba un proceso que, en forma de señal para la revolución comunista mundial, presentaría en breve tiempo a las llamadas potencias vencedoras, en lugar del útil esclavo del Tratado, un pestífero agente patógeno.

Por eso el movimiento nacionalsocialista se granjeó, no sólo en el pueblo alemán sino también en Europa y en el mundo entero, el merecimiento de haber impedido con su triunfo un proceso que hubiera dado, si no, el definitivo golpe de gracia a la última esperanza de curación de las dolencias de nuestro tiempo.

Frente al hecho de esta total catástrofe que amenazaba, surgían por sí mismos cometidos de verdadera magnitud histórica. No era uno de los obligados cambios de Gobierno lo que podía salvar a la nación del abismo, sino únicamente una reforma interior de grandes proporciones, penetrante y honda. No eran problemas económicos y de política exterior lo que había que resolver. Eran problemas de raíz más profunda: Problemas espirituales y problemas de raza.

El organismo nacional amenazado de descomposición tenía que recibir de un nuevo contrato social el postulado para la constitución de una nueva comunidad. Pero las tesis fundamentales de este contrato no podían encontrarse más que en aquellas leyes eternas en que se basa toda vida constructiva.

Clara y terminantemente había que colocar sobre todo lo accesorio la significación de la sustancia nacional en sí y la de su conservación. Ni qué decir tenía que dentro de esta sustancia radicaban aquellas condiciones singulares, para nosotros verdaderas, que son provechosas y útiles para su conservación o que, por el contrario, son perjudiciales. Ahora bien, la voluntad de conservar esta sustancia tiene que encontrar esa adecuada expresión que se manifiesta como voluntad popular patente y viva y sea también de eficacia práctica.

El concepto de democracia es sometido, pues, a minucioso examen y esclarecimiento. Porque la nueva dirección del Estado es, desde luego, una expresión mejor de la voluntad popular que la de la anticuada democracia parlamentaria.

El nuevo Estado entonces, por su parte, no puede asignarse otra misión que la de cumplir adecuadamente las condiciones necesarias para la perpetuación del pueblo. Al desprenderlas de todo concepto puramente formal, republicano o democrático, el Gobierno de este Estado será Gobierno del pueblo en la misma medida en que la dirección del pueblo, emanada de internos postulados nacionales, es también Gobierno del Estado. Por consiguiente, los problemas políticos, culturales y económicos hay que verlos desde la misma perspectiva, tratarlos y resolverlos con idéntica visión. Entonces, esa idea nacional conducirá a la superación de todos los conflictos de clase hasta ahora existentes que, frente a los eternos fundamentos de la raza, son constantemente mudables, a más de insignificantes, por transitorios, y conducirá también a una posición clara y fundamental respecto a los problemas de política exterior.

La concepción racial nacionalsocialista y las tesis étnicas que la sustentan no llevan a la desestimación o al menosprecio de otros pueblos sino, más bien, al conocimiento de la tarea a cumplir para dar a la conservación y a la perpetuación del propio pueblo el único sentido que debe tener.

Esa concepción lleva necesariamente al respeto natural de la vida y de la idiosincrasia de otros pueblos. Esa concepción libera, pues, los actos de política exterior de todo intento de someter gentes extrañas para poderlas gobernar o incluso para incorporarlas como mera masa numérica al propio pueblo, mediante la coerción idiomática. Esa nueva concepción obliga a una abnegación tan grande y tan fanática por la vida y, por consiguiente, por el honor y por la libertad del propio pueblo, como obliga al respeto del honor y de la libertad de los demás. Esa concepción puede, por eso, proporcionar una base muchísimo mejor para la aspiración de pacificar verdaderamente el mundo que la clasificación de las naciones en vencedoras y vencidas, en naciones con plenos derechos y naciones sometidas, sin ellos, clasificación concebida y adoptada con mero espíritu de fuerza.

De una interna revolución de esta índole en el pensamiento del pueblo puede surgir también, por una parte, la decisión autoritaria y, por otra, la confianza instintivamente certera como condición previa para remediar la crisis económica.

Pues no hay duda de lo siguiente:

El pueblo alemán tiene unos millones de excelentes hombres sin trabajo, los cuales quieren trabajar.

El pueblo alemán tiene una masa de millones de hombres de gran capacidad y destreza intelectual y manual.

El pueblo alemán siente además en esa masa de millones de seres el deseo de un nivel más alto de vida y de cultura.

Y, finalmente, el pueblo alemán contiene en su suelo la posibilidad de un aumento de la producción de sus sustancias alimenticias y en el subsuelo la posibilidad de aumentar sus productos industriales.

Es, por consiguiente, un problema de conocimiento, de voluntad y de energía compaginar el deseo y aspiración a esos bienes con la posibilidad de producirlos.

Cuando la autoridad de un régimen y la confianza de todo un pueblo se unen para una acción resuelta, podrán también solucionar ese gravísimo problema, porque tienen el deber de solucionarlo.

Y nosotros estamos dispuestos a no retroceder ante la solución de esta tarea sino a atacarla.

Cuando hace un año, el 30 de Enero, nuestro feldmariscal, el venerado Presidente del Reich, por una resolución verdaderamente magnánima, después de todo lo que había pasado, me confió la formación y la jefatura del Gobierno alemán, el Partido Nacionalsocialista echó sobre sí una responsabilidad tanto mayor cuanto que su visible participación en el Gobierno, y por consiguiente, su influjo no parecía corresponder en un principio a las proporciones de su responsabilidad. Sólo en dos Ministros en un Gabinete distanciado de mí personalmente y distanciado, ante todo, del movimiento, me presenté

entonces a la nación con la promesa de acometer las tareas que la Historia y la Providencia nos imponían y resolverlas con amplitud.

En aquel momento no me sentí más que como representante y campeón de mi pueblo. Estaba convencido de que aunque en aquel instante fueran innumerables los que carecían de comprensión para el profundo sentido de nuestro movimiento, nuestra obra efectiva obtendría en corto tiempo el asentimiento intuitivo de la nación. Y desde aquella hora histórica ni un solo instante dejé de interpretar el encargo que se me había confiado como encargo de todo el pueblo alemán aun cuando, a la sazón, consciente o inconscientemente, millones de gentes no se diesen o no quisiesen darse clara cuenta de aquel hecho.

Por eso no he visto jamás en el mero poder exterior el menor sustitutivo de la confianza de la nación, sino que me he esforzado noblemente en convertir la autoridad que radica en el poder en fuerza de confianza. De aquí que pueda confesar con orgullo que, de la misma manera que el Partido Nacionalsocialista tenía sus raíces exclusivamente en el pueblo, nosotros, como Gobierno nunca pensamos más que en el pueblo, con el pueblo y para el pueblo.

Y única y exclusivamente de esta íntima unión con el pueblo alemán nació en nosotros la fuerza para combatir y eliminar fenómenos en los que teníamos que ver no sólo una carga externa sino, a la larga, la definitiva anulación de nuestro pueblo.

Cuando yo, durante 14 largos años de lucha por el poder, declaraba incesantemente la guerra sin cuartel al partidismo burgués y marxista como condición previa para el renacimiento alemán, no era sólo la gran mayoría de mis adversarios políticos la que reputaba aquel objetivo como engendro de una fantasía extraviada, como una insensatez.

Hombres del Reichstag Alemán.

Más de 70 años vivieron los partidos a expensas de la nación y, si bien accidentalmente estuvieron sometidos a transformaciones, en lo esencial parecían ser inmortales. Todavía más: Su importancia crecía sin cesar. Desde el año 1918 la vida constitucional de la nación se organizó sobre ellos -fermentos de la descomposición estatal- y los proclamó cimientos de la vida pública. Durante 70 años estuvieron aumentando su significación dentro del Estado y, finalmente, haciendo entre ellos comercio del poder como exclusivo objeto de su aspiración y de sus intereses. Los partidos imponían su espíritu a la legislación alemana, espíritu que rebajó al Reich hasta convertirlo en el esbirro de sus intereses. Inútil que el Reich perdiese una guerra: Los partidos apenas si eran afectados por ello. Inútil que el pueblo alemán perdiese su libertad: Los partidos reclamaban entonces con más fuerza sus derechos. Y cuando, por fin, el pueblo alemán iba camino de la miseria desoladora, de la desaparición misma, los partidos, más erguidos que nunca, se convirtieron en verdaderos tiranos de la vida pública.

Pues bien, ¡hombres del Reichstag alemán! En un año de revolución nacionalsocialista hemos derribado a esos partidos. No sólo está quebrantada su fuerza, no, es que están eliminados y borrados de nuestro pueblo alemán. Todos: Los satélites que giraban en torno a la segunda y tercera internacional, los que representaban la burguesa clase media, y los intereses del catolicismo, y la misión de un socialismo evangélico, y los fines de la finanzo-cracia, hasta la mísera representación de nuestro descastado intelectualismo, todos han desaparecido.

En este año sobre las ruinas de ese mundo hundido, se ha alzado victoriosamente la fuerza vital de nuestro pueblo.

¿Qué significa frente a la fuerza de este sólo hecho toda la legislaci6n de decenios?

¡Antes se habían formado nuevos Gobiernos; desde hace un año, empero, estamos forjando un nuevo pueblo!

Y lo mismo que vencimos las manifestaciones de descomposición política de nuestro pueblo hemos emprendido este año la lucha contra las manifestaciones de ruina económica.

Cuando el 24 de Marzo di a las organizaciones del Partido la orden de que el 2 de Mayo, al día siguiente a la Fiesta del Trabajo nacional, ocupasen las casas de los Sindicatos y transformasen esos dos lugares de la demencia internacional de clases en baluartes del trabajo nacional, no lo hice para arrebatar al obrero alemán una institución valiosa para él, sino para allanarle a todo el pueblo el camino hacia una paz de trabajo, que había de ser en el futuro beneficiosa para todos.

Al dar pues este paso, les arrancábamos también de las manos, por otra parte, las armas para la lucha económica de clases.

En la legislación que, en general, ha quedado terminada en un año, hemos fijado ya definitivamente los rasgos esenciales de un estado de cosas donde, en lugar del derecho violento del más fuerte económicamente se impondrán los altos intereses de la comunidad de todos los hombres trabajadores.

Pues claramente vemos que la gigantesca tarea que nos marca, no sólo la crisis económica del presente sino la escrutadora mirada en el porvenir, no puede llevarse a cabo sino colocando el interés de todos por encima del egoísmo individual e imponiendo su voluntad como ultima providencia.

Con evidente previsión de este singular proceso, nosotros, los nacionalsocialistas, creamos tenazmente en este terreno, con la institución de la célula de fábrica la base organizadora para que los ejércitos de la clase trabajadora alemana no cayeran, desorganizados y sin rumbo, en el desconcierto, sino que, con mano firme, fueran compactamente introducidos en el mundo de los nuevos hechos.

Y estamos convencidos de que esta obra gigantesca de superación de las organizaciones de clase políticas y económicas no ha terminado, interiormente ni mucho menos, sino que será la tarea latente que nos ocupe en años venideros lo mismo que en los doce meses transcurridos. Sólo hay algo inconmovible: Lo que ha sido no volverá a ser jamás.

No menos profunda es la explicación del nuevo Estado con las dos iglesias cristianas.

Penetrados del deseo de asegurarle al pueblo alemán los grandes valores religiosos, éticos y morales anclados en las dos confesiones cristianas, eliminamos las organizaciones políticas robusteciendo, en cambio, las instituciones religiosas. Pues un acuerdo con un Estado fuerte nacionalsocialista es de más valor para la Iglesia que la lucha confesional de Asociaciones políticas a las cuales, la necesidad de coaliciones y compromisos obliga siempre a conseguir para sus adeptos ventajas personales a costa del abandono del ideal de una verdadera e íntima educación y consolidación religiosa del pueblo.

Pero todos tenemos la esperanza de que la fusión de las iglesias y confesiones evangélicas de los "países" alemanes en una Iglesia nacional evangélica puede satisfacer plenamente los anhelos de quienes creían que había que temer un desmayo de la fe por el desparramamiento de la vida evangélica.

Al mostrar este año el Estado nacionalsocialista su respeto ante la fuerza de las Iglesias cristianas, espera de éstas el mismo respeto ante la fuerza del Estado nacionalsocialista.

La obra histórica de fusionar campesinos, obreros y burguesía en una comunidad nacional perdería su sentido si la aspiración de esa comunidad recibiera órdenes y encargos de formas políticas de otra procedencia, de otro carácter y de tiempos pasados. La fuerza del Partido Nacionalsocialista estriba en que jamás ha olvidado la raíz de su existencia ni en su misma estructura interna. No fue para servir a un "país" ni a una estirpe determinados para lo que un día se fundara el Partido, sino para la nación alemana y para el pueblo alemán.

Por eso, desde un principio no reconoció para su conformación más que aquellos elementos que, en puridad, derivaban de las exigencias vitales del pueblo alemán. Por eso hoy no puede bajo ningún concepto reconocer los pasados intereses dinásticos y el resultado de la política de esos intereses como compromisos eternamente respetables del pueblo alemán y de su expresión orgánica en la vida del Estado.

Las estirpes alemanas son los cimientos, queridos por Dios, de nuestro pueblo.

Son una parte de su sustancia y permanecerán por lo tanto mientras haya un pueblo alemán.

En cambio, las formaciones políticas de los diferentes Estados son producto de actos del hombre en pasados tiempos, actos probablemente buenos unas veces, pero también deplorables otras. Son obra humana y, por tanto, perecedera. De la misma manera que no hay en este mundo condición que junto a lo malo no revele también algo bueno, así aquí sería posible hallar sin trabajo, incluso en las historias de la peor política dinástica, páginas meritorias. Ahora que lo decisivo no es lo que dichas formaciones puedan aducir en provechoso aislamiento para su justificación. Lo decisivo es la cuestión de los daños inferidos al pueblo alemán y a su historia considerada en conjunto. Y decisivo es aquí también el hecho de que esas formaciones no fueron creadas antaño por un sentimiento de contribución a la grandeza alemana, sino casi exclusivamente en nombre de una política familiar, egoísta y violenta.

Si después de esta política, gracias a muchas correcciones del destino, no llegó a poder aniquilar

definitivamente a Alemania como nación, no fue merecimiento de los representantes de esa política, sino de quienes, de tarde en tarde, unas veces conscientes, otras, inconscientes instrumentos de la Providencia, proclamaban y defendían los eternos derechos de los pueblos frente a esas construcciones artificiosas.

Y aunque esta política de linaje se valiese de calidades latentes en la estirpe, no realzó con ello la importancia de ésta en el mundo ni enriqueció así sus posibilidades de vida, sino que, más bien, la condenó, en general, casi siempre a una insignificancia desdorosa.

A los principios de una política exclusivamente principesca el nacionalsocialismo opone el principio de la conservación y del estímulo del pueblo alemán, de esos millones de campesinos, obreros y burgueses predestinados en este mundo a un hado común, bendecidos en la misma dicha o condenados al mismo infortunio.

Por eso quiero protestar aquí de la afirmación hecha recientemente de que Alemania no puede volver a ser feliz más que bajo sus casas reinantes.

¡No! Somos un pueblo y queremos vivir en un Reich.

Y lo que tantas veces pecó contra ello en la historia alemana, no podía considerarse llamado por la desgracia de la voluntad divina sino, desgraciadamente muchas veces, como la Historia enseña, por la eficacia del favor y el auxilio de los peores enemigos.

Por eso, con plena conciencia mantuvimos este año la autoridad del Reich y la autoridad del Gobierno frente a aquellos que, como menguado séquito y herencia de la política del pasado, creían poder declarar también al Estado nacionalsocialista su tradicional resistencia.

Una de las horas más felices de mi vida fue aquella en la cual se puso de manifiesto que todo el pueblo alemán prestaba su asentimiento a esta política de exclusiva defensa de sus intereses.

Con todo respeto a los valores de la Monarquía, con toda veneración a los verdaderamente grandes emperadores y reyes de nuestra historia alemana, la cuestión de la definitiva forma de Gobierno del Estado alemán está hoy fuera de toda discusión. Pero cualquiera que sea la decisión que un día adopte la nación y sus jefes no hay que olvidar jamás esto: El que encarne la suma representación de Alemania recibe su llamamiento del pueblo alemán y está obligado exclusivamente a él.

Yo mismo me considero únicamente mandatario de la nación para llevar a cabo las reformas que un día permitan adoptar la última resolución sobre la Constitución definitiva del Reich.

Esta gigantesca empresa de la conformación de nuestro organismo nacional y de la modelación de nuestro nuevo Reich será también en lo sucesivo la suprema tarea de la dirección nacionalsocialista del Estado. ¡Lo que en los doce meses pasados se ha hecho de labor preliminar en este sentido constituye verdaderamente una revolución histórica!

En el ámbito de esta revolución se efectuó la transposición y corrección de numerosas instituciones de nuestra vida pública, sin perder jamás de vista el ya indicado principio básico: El mantenimiento y el estímulo de nuestro espíritu de pueblo. Tan necesarias fueron las intervenciones en la administración como las intervenciones en la justicia. El saneamiento de nuestra vida pública de manifestaciones decadentes conduce a una reforma de nuestra prensa, cinematografía y teatro. Se ha intentado sobre todo impregnar la vida cultural de un sentido más noble, devolver el arte al pueblo alemán, amoldar la ciencia y la educación al nuevo espíritu.

Trasladar los principios fundamentales del movimiento nacionalsocialista al campo de la Economía era tanto más difícil cuanto que aquí se presentaban de antemano tres cuestiones de solución inmediata:

1.- Era preciso, para salvar al campo de la total ruina a que estaba expuesto, intervenir en los mercados y en los precios, dando legalmente al campesino un sostén fuerte e indestructible.

2.- La corrupción general, más difundida cada vez, obligaba a una inmediata y radical depuración de nuestra vida económica que la librase de los fenómenos de una especulación y una piratería sin escrúpulos.

3.- La necesidad de reintegrar al trabajo a seis millones y medio de hombres en paro impedía por sí misma entregarse a teorías que en su tornasolada belleza hacen olvidar con demasiada facilidad su

irrealidad actual y, por consiguiente, su invalidez. Pues en el momento de la llegada al poder de la revolución nacionalsocialista había en Alemania un hombre sin trabajo por cada dos ocupados. Si -lo que ya no era sólo de temer, sino de esperar-, el número de los “sin trabajo” hubiera aumentado, se hubiera producido en breve una inversión de esa proporcionalidad y, con ello, una situación desesperada.

Esos seis millones y medio de “sin trabajo” no se hartan exponiéndoles, a modo marxista, hermosas teorías, sino procurándoles verdadero trabajo.

Así pues, nosotros emprendimos este año el primer ataque general contra el paro.

En la cuarta parte del tiempo que me fijé antes de las elecciones de Marzo reintegré a un trabajo útil a la tercera parte de los desocupados El ataque se hizo concéntricamente, por todas partes, facilitando así el triunfo.

Al volver hoy la vista al año transcurrido nos disponemos, pertrechados con la experiencia ganada en él, a comenzar el nuevo ataque contra esta calamidad. El juego simultáneo del impulso estatal y de la iniciativa y energía privadas fue sólo posible gracias a la renacida confianza del pueblo en el mando y en la estabilidad de un positivo orden y seguridad económicos y jurídicos.

Hay enemigos que creen aminorar la gloria de nuestra labor con la observación de que todo el pueblo ha tomado parte en ella. Naturalmente. Este es el supremo orgullo que tenemos: El haber logrado realmente agrupar al pueblo y ponerle al servicio de su renovación. Pues sólo de esta manera podíamos dar cima a tareas ante las cuales fracasaron muchos Gobiernos, que tenían que fracasar por faltarles esa confianza.

Y sólo fue finalmente posible también poner en íntima relación con nuestros fundamentos ideológicos esa gigantesca labor práctica emprendida en parte someramente.

La fórmula primitiva: El pueblo no está ahí para la economía ni la economía para el capital sino que el capital tiene que servir a la economía y ésta al pueblo, se mantuvo ya este año como suprema norma sobre todas las medidas del Gobierno.

Y esta norma fue parte también, en primer término, para que se lograra que las grandes iniciativas prácticas y positivas del gobierno fueran seguidas comprensiva y animosamente. Así fue posible que mediante una reducción en los impuestos y los suplementos públicos inteligentemente aplicados se pudiese estimular la producción natural en una proporción que, doce meses antes, la mayor parte de nuestros críticos reputaba completamente inverosímil.

Algunas de las medidas iniciadas no serán comprendidas en toda su significación hasta días venideros. Así ocurre en primer lugar con el impulso dado a la motorización del tráfico alemán en relación con la construcción de autopistas. La antigua rivalidad entre ferrocarriles y automóviles ha encontrado aquí una solución que será un día de gran provecho para todo el pueblo alemán.

Ya sabíamos que para poner en marcha nuestra economía en este primer año, había que empezar por facilitar una ocupación primitiva que elevase la capacidad adquisitiva de la gran masa para ir animando poco a poco la producción en esferas más complicadas. En todo caso se intentó poner en orden la vida financiera del Reich, de los “países” y de los municipios, completamente destruida, acudiendo a amplias medidas, por un lado y al ahorro más enérgico por otro.

Las proporciones del renacimiento económico se desprenden elocuentísimamente de la enorme disminución de nuestros “sin trabajo” y de la no menos importante elevación de los ingresos totales del pueblo, como acusan ya las estadísticas.

La necesidad de poner en marcha a todo trance la producción nacional y de disminuir el número de los “sin trabajo” obligó a renunciar a varias cosas que hubieran sido también deseables.

Natural es que, no obstante, nuestra actividad de este año haya sido atacada por innumerables enemigos. Es esta una carga que hemos sabido soportar y que sabremos soportar también en el futuro.

Las imposturas de depravados exiliados que en su mayor parte abandonaron, no por razones políticas sino criminales, el clima que les parecía ya peligroso de su antiguo campo de operaciones, y que con

malvada astucia y una criminal falta de conciencia intentaron movilizar contra Alemania un mundo crédulo, caerán por su base, toda vez que de los demás países vienen constantemente a Alemania decenas de miles de hombres y mujeres respetables y dignos quienes, con sus propios ojos, pueden comparar el cuadro que pintan esos "perseguidos" internacionalistas con la verdadera realidad.

El que haya todavía una parte de ideólogos comunistas que crean necesario dar vuelta a la rueda de la Historia y se sirvan para ello de una infrahumanidad, que confunde el concepto de libertad política con la expresión de criminales instintos no nos preocupa tampoco mucho. Hemos terminado con esos elementos cuando ellos estaban en el poder y nosotros en la oposición Mucho mejor podremos tenerlos a raya en lo sucesivo cuando ellos están en la oposición y nosotros en el poder.

También una parte de nuestra intelectualidad burguesa cree no poder avenirse a la dura realidad. Ahora que, verdaderamente, es más conveniente tener a esta desarraigada inteligencia de enemiga que de adepta, pues se aparta de todo lo sano y sólo lo patológico despierta su interés y recibe su estímulo.

A estos enemigos del nuevo gobierno quisiera añadir también un pequeño "cliché" de esos incorregibles retrógrados a cuyos ojos los pueblos no son otra cosa que factorías mostrencas que no esperan más que uno de esos enviados de Dios bajo cuya égida han de encontrar la única pacificación interna posible.

Finalmente cuento asimismo entre ellos ese pequeño grupo de ideólogos nacionales que cree que la nación no podría ser feliz más que borrando las experiencias y los resultados de una historia dos veces milenaria para comenzar de nuevo su camino en una mentida piel de oso.

Todos esos enemigos juntos no llegan siquiera en Alemania a dos millones y medio frente a más de cuarenta millones fieles al nuevo Estado y a su gobierno. Esos dos millones no hay que contarlos ni mucho menos como oposición, pues no son sino un confuso conglomerado de las más diversas opiniones e ideas, completamente incapaz de seguir un fin político común, cualquiera que sea, y capaz sólo de una conjunta negación del Estado de hoy.

Más peligrosas que éstos son, en cambio, dos categorías de hombres en los cuales tenemos que ver un verdadero lastre para el Reich actual y futuro.

Son, en primer término esas aves migratorias de la política que aparecen allí donde se haga verano, sujetos débiles de carácter pero verdaderos fanáticos de la coyuntura, que irrumpen sobre todo movimiento triunfante y que con descompasada gritería y un comportamiento cabal tratan de antemano de impedir o de responder a la averiguación de su procedencia y actividad anterior.

Son peligrosos porque, bajo la máscara del nuevo sistema buscan la satisfacción de sus meros egoísmos, deviniendo así verdadero lastre para un movimiento por el que, durante años enteros, hicieron duros sacrificios hombres dignos que quizá no pensaron siquiera que jamás encontraran compensación al sufrimiento y las privaciones padecidos por el pueblo.

Una importante tarea futura será, especialmente, la de limpiar al Estado y al Partido de esos importunos parásitos. En cambio, muchos hombres íntegros en el fondo, que por razones comprensibles e imperiosas no pudieron sumarse al movimiento, encontrarán el camino de éste sin temor a ser confundidos con aquellos turbios elementos.

Otro pesado lastre es el ejército de quienes de antemano, y por ley de herencia, nacieron al lado negativo de la función vital del pueblo. Aquí tendrá que apelar el Estado a medidas francamente revolucionarias.

Es un gran merecimiento del movimiento nacionalsocialista el que, este año pasado, haya procedido por vía legislativa al primer ataque contra la lenta decadencia que amenazaba al pueblo. A las objeciones que se hacen principalmente por parte de la Iglesia y a la oposición contra esta legislación tengo que replicar lo siguiente:

Hubiera sido más conveniente, más sincero y, sobre todo, más cristiano no haber seguido en los decenios anteriores a los que aniquilaban conscientemente lo sano de la vida en lugar de incitar contra los que no quieran más que evitar todo lo enfermo.

El dejar de hacer en este terreno no es sólo crueldad contra las inocentes víctimas individuales sino también una crueldad contra la totalidad del pueblo. Si las cosas hubiesen seguido el curso de los últimos cien años, el número de los asistidos por la Beneficencia pública se aproximaría un día amenazadoramente al de los que, en último extremo, son los únicos que llevan el peso de la conservación de la comunidad.

No son las iglesias las que alimentan estos ejércitos de desgraciados sino el pueblo el que tiene que hacerlo. Si las iglesias se declarasen dispuestas a tomar bajo su cuidado y amparo estos enfermos hereditarios, de buen grado accederíamos a renunciar a su esterilización. Pero mientras el Estado esté condenado a recaudar anualmente entre sus ciudadanos ingentes sumas, cada vez mayores -actualmente sobrepasa en Alemania la cantidad anual de 350 millones, en total-, para el mantenimiento de esos desgraciados enfermos de la nación, entonces está obligado a procurarse un remedio que preserve de la transmisión en el futuro de un inmerecido sufrimiento y que impida que de esa manera haya que privar a millones de hombres sanos de lo más necesario muchas veces para la vida, con el fin de conservar artificialmente a hombres enfermos.

¡Hombres del Reichstag alemán! Por grandes que sean los resultados del año de la Revolución nacionalsocialista y de la dirección del Estado en sus manos, es todavía más digno de notar el hecho de que este gran cambio pudiera verificarse en nuestro pueblo: Primero, con una rapidez vertiginosa y segundo, casi sin derramamiento de sangre.

Es destino de la abrumadora mayoría de las revoluciones el de perder bajo sus pies, en la precipitación de su avance impetuoso, la tierra firme, para acabar estrellándose en cualquier parte contra las duras realidades.

Pero nosotros hemos podido dirigir tan admirablemente, en general, esta resurrección nacional, que, apenas si se había antes, si se exceptúa la revolución fascista en Italia.

Las causas radican en el hecho de que no fue el pueblo llevado a la desesperación pero desorganizado quién alzó la bandera de la rebelión y arrimó la tea incendiaria al Estado existente, sino un movimiento brillantemente organizado el que luchaba con hombres disciplinados durante largos años. Este es el imperecedero merecimiento del Partido Nacionalsocialista y sus organizaciones; este es el merecimiento de las SA “Guardia Parda”.

La “Guardia Parda” ha preparado la resurrección alemana casi sin derramamiento de sangre, ejecutándola y llevándola a término con una mesura sin ejemplo.

Este milagro no fue, empero, concebible más que por la adhesión voluntaria y absoluta de quienes al frente de organizaciones análogas aspiraban a los mismos fines, o de los que, como oficiales, representaban la fuerza armada alemana.

Es un singular proceso histórico el que entre las fuerzas de la revolución y los jefes responsables de un ejército sumamente disciplinado, pudiese llegarse a una alianza tan cordial al servicio del pueblo, como la que se forma entre el Partido Nacionalsocialista y yo como su Jefe, por una parte, y los oficiales y soldados del Ejército y de la Marina alemanes, por otra.

Si el Casco de Acero se fue acercando en estos doce meses más y más al nacionalsocialismo, para dar finalmente a esta fraternidad la más hermosa expresión de una fusión con él, el Ejército y su mando permanecieron durante el mismo tiempo fieles y adictos, sin restricción, al nuevo Estado, facilitando en último extremo el triunfo de nuestra labor ante la historia.

Pues no era una guerra civil lo que podía salvar a Alemania sino la unánime agrupación de todos aquellos que ni aun en los peores años habían perdido la fe en el pueblo y en el Reich alemanes.

Para terminar con este año de revolución, tan grande en política interior, quiero señalar todavía como singular indicio de la poderosa fuerza de cohesión de nuestro ideal, el que en un Gabinete al cual en Enero de 1933 no pertenecían más que tres nacionalsocialistas, continúan aún todos los ministros, con excepción de uno solo, que salió por propia voluntad y a quien yo veo con gran satisfacción elegido en nuestra lista como un verdadero patriota alemán. Así pues, los hombres del gobierno constituido el 30 de Enero de 1933, han cumplido entre ellos lo que pedían a todo el pueblo alemán: Olvidando antiguas diferencias, laborar en común por el renacimiento de nuestro pueblo y por el honor y la libertad de nuestro Estado.

La lid por la nueva conformación interna del pueblo alemán y de su Reich, lid que encontró su máxima expresión en la fusión del Partido y del Estado, del pueblo y del Reich, no ha concluido. Fieles a la proclama que hicimos al entrar hace un año en el Gobierno, continuaremos en ella, con lo cual están ya fijados de antemano para el futuro los cometidos de nuestra voluntad y nuestra acción de política interior: Robustecimiento del Reich mediante la agrupación de todas las fuerzas en forma organizada que recupere al fin lo que el egoísmo y la incapacidad dejaron desatendido durante quinientos años. Estímulo del bienestar de nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida y una cultura de base moral.

El Reichstag alemán aprobando en esta misma sesión una nueva Ley de Gobierno, tendrá que dar el legal poder discrecional para continuar la revolución nacionalsocialista.

Cuando el 30 de Enero me confió el Presidente del Reich la jefatura del nuevo gobierno, no me animaba a mí -y conmigo no sólo a los miembros del Gabinete sino a todo el pueblo alemán- más que el voto ardiente de que el Todopoderoso nos concediera el reconquistar para el pueblo alemán el honor y la igualdad de derechos ante el mundo. Como sinceros partidarios de una verdadera política de conciliación creíamos que ésta era la mejor manera de contribuir a una verdadera paz entre los pueblos. Esta idea la hemos erigido en principio de toda nuestra política internacional. El nuevo Estado alemán se presenta ante todos los pueblos y Estados animado fundamentalmente del único deseo de vivir con ellos en paz y amistad. Estábamos convencidos de que habría de ser posible otra vez hablar en este mundo de diferencias en la vida de las naciones, sin que hubiese que pensar enseguida en la fuerza.

Uno de los graves resultados del tratado de paz de Versalles, es el de haber provocado necesariamente, por la perpetuación del concepto de vencedores y vencidos, el peligro de una perpetuación de la idea de que las discrepancias de criterio y las oposiciones de intereses en la vida internacional, son cosa prohibida en absoluto a la parte débil o que debe ser replicada mediante la fuerza de las armas por los más poderosos. La idea de que por vía de sanciones que obligan a soportar los Tratados, puedan seguirse infiriendo nuevas injusticias al que una vez quedó desposeído de sus derechos, no puede conducir más que a una cruel amargura para la moral de las relaciones internacionales. Pues, por experiencia, la humillante sumisión del vencido en vez de aplacar al vencedor suele excitarle a nuevos desafueros.

Durante catorce años intentó el pueblo alemán, mediante una política de cumplimiento ciertamente suicida, reconciliarse con enemigos irreconciliables y cooperar por su parte a la erección de una nueva comunidad de Estados en Europa.

Los resultados fueron tristísimos. No es una prueba de lo contrario la atenuación introducida en la política de reparaciones porque fue después de la ruina, no sólo de la economía alemana sino, en gran parte también, de la economía mundial, cuando se decidió poner fin por medio de convenios a un procedimiento que, en rigor, por la carencia de toda sustancia en Alemania, había encontrado ya, sin más ni más, su fin y liquidación.

Al decidir el nuevo Gobierno alemán llevar al terreno político también esta lucha por la igualdad alemana de derechos, estaba convencido de que, ante todo, aportaba con ello una contribución al saneamiento de las relaciones económicas mundiales. Pues sin una completa desintoxicación de las relaciones políticas de los pueblos entre sí y, por consiguiente, de la atmósfera política no se puede llegar tampoco económicamente a una colaboración leal.

Esta colaboración será necesaria cuando en los años venideros se quiera proceder seriamente a resolver los grandes problemas que plantean: Por una parte, el desplazamiento y las alteraciones de los mercados y, por otra, la subsistente necesidad de exportar de determinadas naciones.

El Gobierno alemán parte fundamentalmente del pensamiento de que para el anudamiento de relaciones con los demás países es, naturalmente indiferente, la clase de constitución y la forma de Gobierno que los pueblos hayan querido darse. Es una cuestión primigenia para cada pueblo regir su vida interior según su propio entender. Pero por eso también es cuestión exclusiva del pueblo alemán, la de elegir por propio impulso el contenido espiritual y la forma constructiva de su organización y de su dirección política.

Durante muchos meses hemos tenido que comprobar dolorosamente que la diferencia que se manifiesta entre nuestra ideología y la de los otros pueblos, se tomó como pretexto para colmar al pueblo y al Estado alemanes con agravios numerosos e injustos oponiéndole una desconfianza que nada justifica.

Nosotros no hemos podido compartir esta manera de ver. Durante los doce meses pasados fue nuestra entera preocupación la de cuidar las relaciones del pueblo alemán con los demás Estados en un espíritu predispuesto a la conciliación y al entendimiento, aunque entre las concepciones políticas de esos países y las nuestras existieran grandes e infranqueables diferencias.

Tanto respecto a los Estados de constitución democrática como a los de tendencia antidemocrática, nuestro propósito fue siempre el mismo: El de encontrar medio y camino para el allanamiento de discrepancias y la colaboración internacional.

Sólo así es comprensible que, a pesar de la gran diferencia de las dos ideologías imperantes, el Reich se afanase también este año en seguir fomentando sus relaciones amistosas con Rusia. Si en su último gran discurso expresaba Stalin el temor de que en Alemania actuaran fuerzas antisoviéticas, por mi parte tengo que corregir desde aquí este concepto, en el sentido de que de la misma manera que en Rusia no se toleraría una tendencia nacionalsocialista alemana, Alemania no tolerará una tendencia ni siquiera una propaganda comunista. Cuanto mayor sea la claridad y la precisión con que se presenten y sean respetados por ambos Estados estos hechos, tanto más natural puede ser la atención que se preste a los intereses comunes a ambos países. Por eso vemos también complacidos el deseo de estabilizar las relaciones en el Este mediante un sistema de pactos, siempre que los puntos en que se inspiren no sean tanto de índole táctico-política, cuanto al servicio de la afirmación de la paz.

Por esta razón y con estos propósitos se ha esforzado también en el primer año el Gobierno alemán en establecer nuevas y mejores relaciones con el Estado polaco.

Cuando el 30 de Enero me encargué del Gobierno, me parecieron más que insatisfactorias las relaciones entre ambos países. Se corría el peligro de que las indudables diferencias existentes, producto en parte de las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles y, en parte, de la mutua irritabilidad originada de ellas, fuese forjando poco a poco una hostilidad que, fácilmente, de prolongarse, podía adquirir el carácter de una recíproca tara política hereditaria.

Prescindiendo de los peligros inminentes que latían en él, este proceso impediría para siempre una colaboración beneficiosa para ambos pueblos. Alemanes y polacos tendrán que avenirse, unos y otros, al hecho de su existencia misma. Por eso es más conveniente que un estado de cosas que mil años de historia no ha podido hacer desaparecer y que tampoco después de nosotros se haría desaparecer, reciba

una conformación que reporte el máximo provecho para las dos naciones.

Me pareció necesario además demostrar con un ejemplo concreto que, aun en el caso de diferencias indudables, no debían éstas impedir el encontrar para la vida internacional esa forma de trato reciproco que beneficia más a la paz y, por consiguiente, al bienestar de ambos pueblos, que la paralización política, y finalmente económica, que sigue necesariamente al permanente estado de acecho de una mutua desconfianza.

Me pareció también justo intentar en tal caso tratar los problemas pertinentes a ambos países en una franca y leal conversación entre dos, antes que hacerla constantemente materia de deliberación entre terceros y cuartos. Por lo demás, cualesquiera que sean las diferencias entre ambos países en el futuro, ¡el intento de disiparlas con acciones guerreras no estaría en ninguna relación, por sus efectos catastróficos, con la ventaja posible!

De ahí la satisfacción del Gobierno alemán al encontrar en el Jefe del Estado polaco, el mariscal Pilsudski, la misma amplitud de miras y al poder fijar la posición de ambos en un Tratado que a la vez que beneficioso para los pueblos polaco y alemán, era una alta aportación al mantenimiento de la paz general.

El Gobierno alemán está inclinado y dispuesto a cuidar también en el sentido de este Tratado las relaciones político-económicas con Polonia, de tal modo, que en este terreno pueda seguir, asimismo, al estado de estéril reserva, un tiempo de provechosa colaboración.

Nos llena de especial satisfacción que en este mismo año consiguiera el gobierno nacionalsocialista de Danzig llegar a un esclarecimiento análogo en sus relaciones con el vecino Estado polaco.

Dolorosamente para el Gobierno alemán, las relaciones del Reich con el actual Gobierno austriaco no son, ni mucho menos, satisfactorias. La culpa no es nuestra. Decir que el Reich alemán se propone violentar al Estado austriaco, es absurdo y no puede probarse de ningún modo.

Pero es natural que una idea que abarca y mueve hasta lo más profundo de toda la nación alemana, no haga alto ante las fronteras de un país que no sólo es alemán por su población, sino que por su historia fue durante muchos siglos, como Marca oriental alemana, parte integrante del imperio alemán y cuya capital tuvo el honor durante quinientos años de ser residencia del emperador alemán y cuyos soldados marcharon aún en la guerra mundial, al lado de regimientos y divisiones alemanes.

Pero, aun prescindiendo de esto, no tiene ese hecho nada de particular si se considera que casi todos los pensamientos y concepciones europeos de espíritu revolucionario, actuaron siempre, hasta ahora, fuera del recinto de sus propios países. Así, las ideas de la Revolución francesa, rebasando los límites del Estado, penetraron en los pueblos de la misma manera que hoy la idea nacionalsocialista ha sido recogida por el germanismo austriaco como es lógico, dada la comunión espiritual y psíquica con todo el pueblo alemán.

Si el actual gobierno austriaco considera necesario sofocar este movimiento apelando a los más extremos medios del poder, claro que esto es cosa suya. Pero entonces tiene que cargar también personalmente con la responsabilidad de los resultados de su propia política y reconocerlos. El gobierno alemán no procedió a sacar las consecuencias de la actitud del gobierno austriaco contra el nacionalsocialismo hasta el momento en que fueron afectados por ella los ciudadanos alemanes que vivían en Austria o que residían en ella temporalmente.

No puede exigirse del Gobierno alemán que envíe a sus ciudadanos como huéspedes a un país cuyo Gobierno ha hecho ver inequívocamente que el nacionalsocialista en sí es un elemento indeseable.

De la misma manera que nosotros no podríamos contar en Alemania con un turismo norteamericano e inglés, si a los viajeros de estos países se les arrancase en territorio alemán las banderas y signos de su soberanía nacionales, de la misma manera no tolerará el Gobierno alemán este humillante trato de sus ciudadanos cuando van a otro país, y alemán por añadidura.

Pues los signos de soberanía y las banderas con la cruz gamada son símbolos del nuevo Estado alemán.

¡Y los alemanes que viajan hoy por el extranjero son siempre, prescindiendo de los exiliados, nacionalsocialistas!

Al quejarse el gobierno austriaco de que Alemania impida a sus ciudadanos viajar por un país cuyo Gobierno es tan hostil para todo el que siga la ideología aquí imperante, debería pensar que, de no haber recurrido a estas medidas, se hubiera producido necesariamente un estado de cosas que hubiese sido realmente insoportable. Y como el actual ciudadano alemán es demasiado orgulloso y consciente de sí mismo, para dejarse arrancar sin resistencia los distintivos de su honor nacional, no queda otro remedio que evitar nuestras visitas a tal país.

Tengo que rechazar enérgicamente la afirmación del Gobierno austriaco, de que por parte de Alemania se emprenda o se proyecte siquiera un ataque contra el Estado austriaco, de cualquier índole que sea. Si decenas de miles de emigrados políticos austriacos toman desde la Alemania actual viva participación en los acontecimientos de su patria, esto no deja de ser lamentable en algunas manifestaciones, pero tanto menos de impedir por parte del Reich cuanto que hasta ahora el resto del mundo no pudo evitar de ninguna manera la activa participación que los emigrados alemanes en el extranjero tomaban en la evolución alemana.

Si el Gobierno austriaco se queja de una propaganda política contra Austria hecha desde Alemania, con

más razón podría quejarse el Gobierno alemán de la propaganda política hecha contra Alemania desde otros países por los exiliados políticos que en ellos viven.

El que la prensa alemana se publique en idioma alemán y por consiguiente pueda ser leída por el Gobierno austriaco, es tal vez lamentable para éste, pero eso no puede evitarlo el Gobierno alemán.

En cambio, si en países no alemanes se publican, en tiradas de millones de ejemplares, periódicos alemanes que se envían a Alemania, el Gobierno alemán tiene una razón evidente para protestar, porque no puede explicarse por qué han de editarse en Praga o en París periódicos berlineses.

Lo difícil que es evitar una actuación de los exiliados políticos en la madre patria, lo demuestra irrefutablemente el hecho de que, aun allí donde la Sociedad de Naciones administra soberanamente un país, no puede reprimirse, como es bien manifiesto, la intromisión de los círculos de exiliados, en la anterior madre patria. Hace pocos días todavía que la policía política detuvo en la frontera de la región del Sarre a dieciséis comunistas que intentaban meter de contrabando en Alemania grandes cantidades de material y de propaganda contra el Estado desde ese dominio de la Sociedad de Naciones. Luego si esto es posible en "leña tierna", por decirlo así, difícilmente puede reprochársele a Alemania esos hechos análogos que se afirman de ella.

El Gobierno alemán no se querella contra los Estados circundantes por la propaganda antialemana de los exiliados que se tolera en ellos y que llegó hasta representar una farsa judicial para escarnio del Tribunal Supremo alemán, y que, todavía hoy encuentra su última expresión en una desenfrenada incitación al boicot. El Gobierno alemán puede renunciar a la querella, porque se considera como el inconmovible representante y el sostenedor de la confianza y de la voluntad de la Nación. Y tiene esta seguridad íntima porque, para su propia tranquilidad y para ilustración del resto del mundo, no dejó de apelar varias veces durante un año, al pueblo alemán para que confirmase esa confianza por vía plebiscitaria y eso sin estar de ninguna manera obligado a ello.

El valor de los ataques dirigidos contra el actual Gobierno austriaco desaparecería inmediatamente si el Gobierno pudiera resolverse a hacer asimismo un llamamiento al pueblo alemán en Austria, para testimoniar ante el mundo la identidad de su voluntad con la del Gobierno.

No creo que, por ejemplo, el gobierno de Suiza, que también cuenta con millones de ciudadanos de nacionalidad alemana, tenga queja alguna sobre un intento de intromisión de círculos alemanes en sus cuestiones internas. La razón me parece encontrarla en que allí hay un Gobierno sostenido visiblemente por la confianza del pueblo suizo y que no necesita, por consiguiente, buscar en la política exterior la causa de sus dificultades internas.

Sin querernos inmiscuir en lo más mínimo en los asuntos particulares de otros Estados, creo, sin embargo, deber decir esto: Con la fuerza sólo no puede sostenerse a la larga ningún sistema. Por eso en el futuro será siempre también capital preocupación del Gobierno nacionalsocialista alemán, comprobar repetidamente de nuevo hasta qué punto la voluntad de la nación está encarnada en el Gobierno director. Y de aquí que en este sentido nosotros los bárbaros, somos en rigor mejores demócratas.

Por lo demás yo, que reconozco con orgullo al país hermano de Austria como mi patria y la patria de mis antepasados, protesto de la idea de que el espíritu germano del pueblo austriaco necesite hostigación alguna por parte del Reich.

Creo conocer todavía hoy bastante a mi patria y a su población, para saber que el latido que mueve a 66 millones de alemanes en el Reich, mueve también su corazón y su ser en Austria.

Ojalá logre el Destino encontrar la solución a este triste estado de cosas y la senda que conduzca a una franca y leal reconciliación. El Reich está siempre dispuesto a tender la mano para llegar a un verdadero entendimiento, a base del respeto a la libre voluntad del germanismo austriaco.

En estas consideraciones de política internacional, no puedo pasar por alto el que en este año experimentó una múltiple consolidación en las relaciones de ambos Estados, la tradicional amistad con la Italia fascista, siempre cultivada por el nacionalsocialismo, y la alta consideración que el gran caudillo de

ese pueblo goza también entre nosotros. El pueblo alemán reconoce con gratitud las muchas pruebas de una justicia tan política como serena que recibió de la actual Italia durante y después de las negociaciones de Ginebra.

La visita del secretario de Estado italiano Suvich nos dio por primera vez la ocasión para expresar débilmente en Berlín también estos sentimientos para el pueblo italiano y su eminente estadista, tan próximo ideológicamente a nosotros.

De la misma manera que el Gobierno nacionalsocialista alemán procuró este año llegar a un entendimiento con Polonia, nos esforzamos sinceramente en atenuar las diferencias entre Francia y Alemania y encontrar el camino de un definitivo entendimiento, si fuera posible mediante una general liquidación de conflictos.

La lucha por la igualdad de derechos alemanes que jamás abandonaremos como empresa por el honor y el derecho de nuestro pueblo, no podía terminarse mejor, a mi parecer, que, con la reconciliación de las dos grandes naciones que en los últimos siglos derramaron tantas veces la sangre de sus mejores hijos en los campos de batalla, sin haber modificado esencialmente con ella el estado definitivo de las cosas.

Por eso creo también que este problema no puede ser mirado exclusivamente a través de la lente de fríos políticos y diplomáticos profesionales, sino que tiene que encontrar su solución final, únicamente por la vehemente resolución de aquellos que quizá un día estuvieron frente a frente como enemigos pero que en la estimación fundada en el heroísmo recíproco podían encontrar un puente hacia un futuro que no debe conocer la repetición de pasados dolores bajo ningún concepto, si es que Europa no ha de ser llevada de hecho al borde del abismo.

Francia teme por su seguridad. Nadie en Alemania la amenaza, y estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para demostrarlo.

Alemania exige igualdad de derechos.

Nadie en el mundo tiene derecho a negársela a una gran nación y nadie será capaz para impedirlo a la larga.

En cuanto a nosotros, testigos vivos de la espantosa guerra, nada se halla más distante de nuestras intenciones que la idea de relacionar estos sentimientos y aspiraciones comprensibles en ambas partes, con un deseo probable de medir nuevamente las fuerzas de ambos pueblos en el campo de batalla, lo cual habría de conducir necesariamente a un caos internacional.

Con este ánimo, con el espíritu de la necesaria y deseable colaboración de ambas naciones, he intentado también proponer una solución ya a las cuestiones que con facilidad pueden, si no, provocar de nuevo un caldeamiento de las pasiones.

Mi propuesta de que Alemania y Francia liquidasen de acuerdo y desde ahora el problema del Sarre, responde a las siguientes consideraciones:

1. Esta cuestión es la única cuestión territorial todavía pendiente entre ambos países. El Gobierno alemán, después de la solución de este problema, está dispuesto y decidido a aceptar también interiormente la fórmula exterior del Pacto de Locarno, pues entonces entre Francia y Alemania no habría ya cuestión territorial alguna.

2. El Gobierno alemán teme que, a pesar de que el plebiscito dará una inmensa mayoría en favor de Alemania, sobrevenga no obstante -atizado especialmente por los círculos irresponsables de exiliados- un reavivamiento de las pasiones nacionales por la propaganda para el plebiscito, lo cual, toda vez que el resultado consta de antemano, no es necesario y sería, por consiguiente de lamentar.

3. Cualquiera que sea el resultado del plebiscito, en todo caso quedará necesariamente en una de las dos

naciones el sentimiento de una derrota. Y aunque luego en Alemania: Ardiesen fuegos de júbilo, desde el punto de vista de la conciliación de ambos países nos complacería más que pudiera llegarse de antemano a una solución satisfactoria por igual para ambas partes.

4. Tenemos el convencimiento de que si Francia y Alemania hubiesen arreglado y resuelto previamente en un común proyecto de tratado esta cuestión, toda la población del Sarre hubiese acogido en un plebiscito, con abrumadora mayoría, ese arreglo, con el resultado de que se hubiese dado cumplimiento al derecho de la población del Sarre a la emisión de su voto sin que ninguna de las dos naciones interesadas necesitara sentir como derrota o como victoria la expresión del plebiscito y sin que la propaganda tuviera posibilidad para una nueva perturbación en el recíproco acuerdo incipiente entre los pueblos alemán y francés.

Por eso lamento hoy todavía que por parte de Francia se haya creído no poder dar curso a este pensamiento. Pero, no obstante, no pierdo la esperanza de que, a pesar de todo, la voluntad de llegar a una verdadera reconciliación y de enterrar definitivamente la corriente histórica de la guerra se va robusteciendo cada vez más en ambos países y acabará por imponerse.

Si se logra esto, la paridad de derechos inquebrantablemente exigida por Alemania no se considerará ya en Francia como un ataque a la seguridad de la nación francesa, sino como el derecho natural de un gran pueblo con el cual no sólo vive en amistad política sino con el cual posee tan innumerables intereses comunes.

Con gratitud acogemos el afán del Gobierno Británico para prestar su ayuda a una iniciación de relaciones amistosas de esta índole. El proyecto de una nueva propuesta de desarme que me presentó ayer el embajador inglés será examinado por nosotros con la mejor voluntad, con el espíritu que en mi discurso de Mayo procuré exponer como el dominante de nuestra política internacional.

Si en este año transcurrido el Gobierno alemán se vio obligado a abandonar la Conferencia del Desarme y la Sociedad de Naciones, ello fue debido a que el curso que tomaba la cuestión del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos, en conexión con una estipulación internacional de armamentos, cuestión que afectaba profundamente a Alemania, no era ya compatible con lo que en Mayo tuve que presentar como exigencia mínima fundamental, invariable, no sólo de la segundad nacional de Alemania sino del honor nacional de nuestro pueblo.

Y en este momento tengo que repetir ante el mundo entero que no habrá poder ni amenaza que pueda mover jamás al pueblo alemán a renunciar a los derechos que no pueden negarse a una nación soberana.

Y puedo asegurar además, que esta nación soberana no tiene otro deseo que el de aplicar animosamente la fuerza y el peso de sus valores políticos, morales y económicos, a la curación de las heridas que el pasado infligió a la comunidad humana y, además, a la colaboración de aquellas naciones culturales que, como justamente dijo un estadista inglés, con las obras de su ingenio y de su trabajo, hacen hermosa y verdaderamente digna de vivirse esta vida.

Tras un año de revolución nacionalsocialista, el Estado alemán y el pueblo alemán han madurado interior y exteriormente para aceptar parte de la responsabilidad en la prosperidad y felicidad de los pueblos que la Providencia adjudicó a tan gran nación y que, por lo tanto, los hombres no pueden negarle.

La disposición para este verdadero cumplimiento del deber internacional no puede encontrar más hermosa expresión simbólica que la persona del anciano mariscal, que como oficial y como victorioso jefe luchó por la grandeza de nuestro pueblo en guerras y batallas y que hoy, como Presidente del Reich, es venerable garantía del trabajo en pro de la paz, que a todos nos anima.

DISCURSO CON MOTIVO DE LA

INAUGURACIÓN DE LA CRUZADA DEL TRABAJO

(21 de Marzo de 1934)

Trabajadores alemanes:

No creo que jamás Gobierno alguno se haya hecho cargo de una herencia peor que la que nosotros tomamos el 30 de Enero de 1933.

Desde la revuelta de Noviembre de 1918 se fue precipitando a nuestro pueblo, paso a paso, en la decadencia. Todo lo que parecía contraponerse a aquella línea que llevaba derecha a la perdición, se reveló siempre, al poco tiempo, como falacia y espejismo. La menor mejoría que se presentara en la primavera, nunca fue otra cosa que una alternativa en las vicisitudes de la coyuntura de un sistema y de una economía que iban al desastre, era ponderada por los Gobiernos como éxito propio.

Es preciso rememorar la situación en que nos encontrábamos en Enero del año pasado.

El campo camino de la ruina; la clase media arruinada ya en su mayor parte. La carga de los impuestos insoportable. El número de quiebras creciendo constantemente. Una legión de agentes ejecutivos ocupados en cobrar coercitivamente deudas públicas y particulares. Las finanzas del Reich, de los lander y de los municipios completamente desequilibradas, la capacidad adquisitiva del pueblo en continuo descenso. Y por encima de todo, irguiéndose como un peligro inminente, el azote de la necesidad, el paro.

Había más de seis millones de alemanes sin ganar nada, lo cual en la práctica venía a significar que cada dos alemanes que trabajaban tenían que mantener a otro.

A esto se añadía, como mal mayor, la falta de esperanza en un cambio de cosas. Se había perdido la confianza y la fe en un porvenir mejor. Los millones de alemanes perseguidos por el infortunio económico escrutaban el gris y horroroso porvenir, sumidos en inconsolable desesperación. Y dondequiera que se mirase, la lucha de los partidos, la eterna disensión, la eterna disputa, la corrupción, el soborno, la informalidad y la indisciplina cerniéndose sobre todo. Cuando más grave era la necesidad tanto más peligrosos resultaban los partidos políticos y sus jefes, farsantes y embaucadores que operaron infamemente en el cuerpo alemán.

Un maremágnun de concepciones e ideas, de pareceres y convicciones desgarró al pueblo alemán y determinó el desaliento de esta época. Así pues, al recibir por fin el poder el 30 de Enero del año pasado tras una lucha de 14 años llena de sacrificios contra los destructores de nuestro Reich y de nuestro pueblo, estábamos abocados a lo peor.

¿Qué era lo que había que hacer y cómo había que hacerlo?

Compatriotas: ¡Cuántos no hubo entonces que exhortaban al pueblo para que evitase al nacionalsocialismo sosteniendo que nos faltaban capacidades y que nuestro triunfo sería el aniquilamiento completo de la economía alemana!

Pero, a despecho de críticos y censuradores, al presentarnos hoy ante la nación, al iniciar la segunda campaña anual contra la crisis económica alemana, podemos aducir una labor que no hace más que un año era considerada imposible por ellos mismos.

¿Cómo fue esto posible?

He aquí los principios que entonces nos guiaban y las resoluciones que tomamos y quisimos llevar a la práctica.

1.- Si en una época de tan horrible decadencia en todos los órdenes, y especialmente en el económico, se procede a una subversión del Estado, bajo ningún concepto debe conducir al caos.

Nosotros quisimos hacer una revolución y la revolución hicimos. Sólo almas pequeñas pueden ver exclusivamente en la destrucción el espíritu de una revolución. Nosotros, por el contrario, la vimos en una renovación gigantesca.

Y si hoy podemos mirar confiadamente al porvenir no es sino porque, gracias a la disciplina del Partido Nacionalsocialista, de sus combatientes y adeptos, logramos realizar con perfecto plan y orden una de las mayores revoluciones de la historia universal.

Es mejor título de gloria haber aventado un mundo sin los fenómenos consiguientes a un voraz incendio, que hacer una revolución que termine en el caos y, por tanto, en el propio aniquilamiento. El pueblo alemán no nos ha llamado para que seamos nosotros quienes le precipitemos en la muerte sino para que le señalemos el camino de otra vida mejor.

La disciplina de la revolución nacionalsocialista fue, pues, la premisa para el logro de la salvadora acción política y económica de nuestro movimiento.

2.- La magnitud de la calamidad obligaba a magnas resoluciones. Y magnas resoluciones no pueden tomarse más que a largo plazo. Como todo lo grande de este mundo, su realización requiere tiempo.

Pero para ello era necesario dar al nuevo régimen una estabilidad insólita pues sólo Gobiernos estables, seguros de su existencia y duración, pueden decidirse a resoluciones verdaderamente enérgicas y amplias.

3.- La estabilidad interna de un Gobierno es siempre manantial de confianza y tranquilidad de un pueblo. Cuando la masa ve que sobre ella hay un Gobierno convencido de sí mismo se transmite a ella una parte de ese convencimiento. Y así, a la audacia de los planes de la dirección del Estado, responde una audacia análoga en la buena disposición para cumplirlos hasta el fin.

Y el buen ánimo y la confianza son las condiciones fundamentales para el éxito de todo renacimiento económico.

4.- Para ello había que estar decidido a obrar con circunspección pero, si era necesario, también con dureza.

Estábamos dispuestos a hacer cuanto fuera humanamente posible. Queremos hacer todo lo que podamos a nuestro leal saber y entender. Por eso no estamos dispuestos a consentir que cualquier elemento pernicioso o cualquier desalmado enemigo de nuestro pueblo pueda entregarse a su labor destructora.

Para poder criticar hay que haber aprendido algo. Y lo que se ha aprendido se demuestra con los hechos.

A los hombres que nos precedieron les concedió el destino catorce años de tregua para poder demostrar con actos su verdadera capacidad. Y quien durante catorce años ha fracasado como ellos fracasaron, ha arruinado un pueblo próspero como ellos le arruinaron, le ha llevado a la miseria y a la desesperación como ellos le llevaron, no tiene derecho a presentarse de repente, en el año decimoquinto, como crítico de quienes quieren enmendar, y de hecho enmendaron, yerros de ellos. Ocasión para obra tuvieron en catorce años.

Hoy no se la dejamos ya para que sigan palabreando.

5.- No podemos hacerlo tampoco porque la gran obra no puede llevarse a término más que con la ayuda de todos.

Es un error pensar que un Gobierno puede realizar por sí solo el milagro de una renovación. Es preciso que ese Gobierno consiga alistar al pueblo al servicio de su misión.

Los eternos pesimistas y los rezongones por principio no han salvado todavía ningún pueblo y, en cambio, han destruido muchas naciones, muchos Estados y muchos Imperios.

De aquí nuestra decisión de no ocuparnos de ellos y de no contar más que con quienes están denodadamente dispuestos a emprender con nosotros y a llevar a término la lucha por la resurrección alemana.

6.-Y lucha tenía que ser.

Pues no hay milagro que, venido de lo alto o del exterior, le vaya a dar al hombre lo que no gane él mismo.

El cielo no ha ayudado nunca más que a aquél que se ha afanado honradamente y que no confió en otros sino que puso su fe en el propio esfuerzo. Pero para esto hace falta el valor de contar con el tiempo preciso para la labor emprendida.

Cuando durante 14 años se ha estado destruyendo un pueblo, sólo un insensato puede suponer que en pocas semanas o en pocos meses pueda ponerse remedio a los daños inferidos.

7.- Teníamos el convencimiento de que la salvación del pueblo alemán debía comenzar por la salvación del labrador. Porque, si un hombre cualquiera se ve obligado a abandonar su puesto o pierde su negocio, un día puede encontrar una nueva ocupación o crearse con tenacidad y esfuerzo un nuevo medio de vida. Pero si es un labrador el que llega a perder su heredad está generalmente perdido para siempre.

Y ¡ay del pueblo donde esta clase perece! Toda calamidad puede atajarse fácilmente. Sólo una puede dar fin a un pueblo: Donde falta el pan terminan todos los experimentos y teorías.

No en vano está incluida en la oración dominical cristiana la petición del pan de cada día.

8.- La lucha para la salvación de la clase media es en primer término una lucha contra el paro.

Y el paro es el problema gigantesco que aguarda solución de nosotros y ante el cual todo retrocede.

Desde el primer día que ocupamos el Poder sabíamos que era preciso atajar ese mal y estábamos decididos a posponerlo todo, sin consideración alguna, a la lucha contra aquella calamidad.

Es ya en sí horrible que, en un pueblo, se malgasten y disipen en la nada miles de millones de horas de trabajo.

Millones de hombres necesitan vestido, calzado, vivienda, enseres y alimento y otros millones de hombres quisieran trabajar y crear.

Pero los unos no pueden satisfacer sus necesidades y los otros no encuentran posibilidad de producir los medios para acallarlas.

La Providencia nos ha creado pueblo inteligente, capaz de resolver los más arduos problemas, y el alemán es laborioso y apto para todo trabajo. Los ingenieros y técnicos alemanes, nuestros físicos y químicos figuran entre los mejores del mundo.

El obrero alemán no es superado por ningún otro. ¿No ha de sernos posible entonces a nosotros procurar trabajo a los unos para remediar la necesidad de los otros?

¿Hemos de estar condenados a ver a millones de hombres en la imposibilidad de producir las cosas que otros millones necesitan?

Nosotros solucionaremos este problema porque tenemos que solucionarlo.

El pueblo alemán de mañana no pagará el ocio de ninguno de sus individuos, pero les dará a todos la posibilidad de ganarse su pan con un trabajo honrado ayudando y contribuyendo a la elevación del nivel general de vida. Porque nadie puede consumir nada que no se deba al esfuerzo conjunto.

Nosotros pretendemos que se eleve el nivel de vida en todas las clases sociales de nuestro pueblo y para ello procuraremos que en nuestra producción se den las condiciones previas.

Si se consigue incorporar cinco millones de parados a una producción práctica, esto significa que, por de pronto, la fuerza total de consumo del pueblo alemán aumentó mensualmente, cuanto menos, en 400 millones o sea cinco mil millones al año. Pero, en realidad, el efecto es todavía mayor.

¡Cometido inmenso ante cuya solución todo lo demás palidece!

Sabíamos perfectamente que para cada cual la proporción de los ingresos era lastimosa y que, en último extremo, los ingresos imponen el tenor de vida y el tenor de vida de un pueblo está determinado por la suma total de lo producido por él y de lo que, por consiguiente, tiene a su disposición.

Por firme, pues, que sea nuestra resolución de elevar la capacidad adquisitiva de la masa dentro del marco de la elevación de nuestra producción, nuestra tarea actual está encaminada exclusivamente a incorporar el último hombre a esa producción.

Tengo la dicha de ver que el trabajador alemán ha comprendido esto, a pesar de que, en parte, cobra salarios verdaderamente imposibles. Es triste, en cambio, la incomprensión de algunos patronos para estas cuestiones. Quizá porque esperan poder traducir de un singular aumento de dividendos la reanimación actual de la economía alemana.

Pero desde ahora sabremos oponernos con toda energía a cualquier intento de esta índole.

Estos fueron los principios que inspiraron nuestra acción el año pasado. Ellos fueron los que marcaron el camino que seguimos de hecho.

Empezamos por terminar con todas las teorías porque si bien es interesante que los médicos debatan sobre los medios posibles para combatir una enfermedad, para el enfermo lo primero y principal es recobrar su salud. La teoría que lo consiga será para él no sólo la más importante sino la verdadera

De ahí que comenzáramos por desembarazar a la Economía de teorías, por un lado, y por otro, del caos de decretos abrumadores, de disposiciones restrictivas, sobre cuyo acierto o sobre cuyo error no se puede discutir siquiera porque, en todo caso, lo primero que hubieran hecho habría sido asfixiar la Economía.

Hemos procurado además librar a la producción, paso a paso, de aquellas cargas que, como absurdas disposiciones tributarias, estrangulaban la vida económica. En este sentido, y en un campo, el de la motorización, hemos conseguido quizá el éxito más grande y eficaz, éxito al que han seguido en otros terrenos otros no menos significativos.

Estábamos resueltos también a no hacer por principio más regalos a la Economía sino a emplear todos los medios disponibles únicamente en la consecución práctica y positiva de trabajo.

El industrial inteligente, activo y ordenado encontrará ahí campo de actividad; el indolente, torpe, desordenado o innoble debe perecer. Lo decisivo es que los medios que el Estado pueda movilizar no se distribuyan como regalos sino que se les coloque convenientemente para que fecunden realmente la producción.

Que es lo que en gran escala hemos hecho con éxito incuestionable. La iniciativa tomada para ello por el Estado no tuvo otro propósito ni más finalidad que la de despertar la iniciativa económica privada y la de ir colocando paulatinamente así la vida económica sobre propia base.

Para llenar ampliamente las exigencias de la futura evolución del tráfico se proyectó y se dio comienzo a la magna obra de las nuevas autopistas alemanas.

Pero además de esto hemos intentado crear un orden social mejor facilitando entre otras cosas en grandes proporciones y con medidas oficiales la celebración de nuevos matrimonios con lo cual sustrajimos a la producción numerosas mujeres las cuales devolvimos a la familia y al hogar.

Nada de esto hubiera sido posible sin la firmeza de nuestra moneda, pues nuestras medidas no fueron

resultado de experimentos alocados, antes bien, al mismo tiempo logramos mejorar decisivamente y ordenar la situación financiera del Reich, de los lander y de los municipios. El fruto de nuestra actividad puede resumirse en el siguiente hecho que es a la vez justificación de aquélla:

En el primer año de actuación del Gobierno popular nacionalsocialista se incorporaron al trabajo y por consiguiente a la producción 2.700.000 parados.

Y hoy, el 21 de Marzo, empieza la nueva batalla para el trabajador alemán de la frente y del puño.

Como el año pasado, también éste quisiera inscribir al frente las palabras: ¡Guerra al paro! ¡Procurad trabajo y así procurareis pan y vida!

Este año tenemos que llevar la campaña contra el paro con mayor fanatismo todavía y con mayor energía que el año anterior. Rigurosa y desconsideradamente tenemos que rechazar a todo el que atente contra esta idea y contra su realización.

Ojalá llegaran a comprender todos en Alemania que únicamente una concepción verdaderamente socialista puede facilitar la solución de este problema común.

Ojalá que todos consiguieran remontarse sobre su egoísmo y renunciaran al culto del yo.

El salario y el dividendo, por doloroso que pueda ser en el primer caso, tienen que rendirse ante la superior evidencia de que ante todo hay que crear los valores que vamos a consumir después.

Ojalá que, especialmente, todo patrono comprenda que el cumplimiento de las tareas económicas que pesan sobre nosotros no es posible más que si todos se ponen al servicio de ellas sacrificando personales egoísmos. Y ojalá vean también que un fracaso en esta obra no sólo lanzaría al paro nuevos millones de hombres sino que sería el desplome y el fin de nuestra economía y por tanto quizá del pueblo alemán.

Por esto, sólo un demente puede atentar villanamente, en provecho propio, a la obra de remediar esa necesidad común. Si se evita esto podemos mirar con absoluta confianza el porvenir pues el gigantesco programa nacional de creación de puestos de trabajo que proyectamos y elaboramos el año anterior necesita en parte muchos meses para pasar del proyecto a la realización.

Antes de empezar con el verdadero trabajo hay que realizar una labor ingente. Un ejemplo lo tenemos en las autopistas. Sólo para levantar los planos fue precisa una legión de topógrafos, ingenieros, dibujantes y obreros. Pero la construcción de los tramos se irá sucediendo con mayor rapidez cada vez.

Este año ya se destinarán 750 millones de marcos a la realización de esa obra que un día las generaciones venideras considerarán como empresa maestra en las comunicaciones creadas por el hombre.

Y sólo el año pasado se prepararon para este año de 1934 planes para cuya realización se presupuestaron y se aseguraron mucho más de mil millones de marcos.

Simultáneamente se emplean sumas cuantiosas para la reducción de los impuestos que matan la producción y este año se beneficiará la Economía alemana de unos 300 millones en bonos de contribución.

Con objeto de facilitarles el matrimonio a 200.000 mujeres se han dispuesto 150 millones de marcos para préstamos matrimoniales. Y, por otra parte, el número de auxiliares domésticos aumentará mediante medidas oficiales no menos amplias.

Una considerable cantidad de millones servirá para la reducción de impuestos y para rebajar la contribución territorial agrícola.

El programa de creación de puestos de trabajo que el Gobierno tiene ya fijado en detalle será el mayor que hasta ahora se ha conocido en Alemania.

Además será un programa de aligeramiento de nuestra economía, a la vez que un programa de regulación de toda nuestra vida financiera.

Pues por ingentes que sean los recursos necesarios no pueden salir y no saldrán de la prensa de emisión de billetes. Para nosotros es inconcebible una inflación por el estilo de la del Gobierno de Noviembre. Todos los gastos corrientes se cubrirán con las partidas del presupuesto ordinario. Los capitales de explotación serán financiados en el momento oportuno con el presupuesto de empréstitos.

Para allegar estos medios es condición primera y principal la confianza del pueblo y el auxilio del Ahorro. Con satisfacción podemos consignar que en el año transcurrido las imposiciones del Ahorro se elevaron en unos mil millones de marcos.

Hemos conseguido además aumentar de tal manera el curso de los valores de interés fijo que, de hecho, se produjo una reducción del nivel de interés.

También en el futuro continuaremos aligerando el servicio de deudas, fomentando la formación de capitales sin que para ello nos valgamos de medios que en modo alguno afecten al respeto de la propiedad o de los derechos contraídos.

Tampoco el ahorro alemán tendrá que sufrir desengaño alguno en el futuro, por parte del Gobierno, ya por intromisiones arbitrarias de éste, ya por impremeditaciones financieras. Nosotros protegemos el rendimiento de todo trabajo honrado, todo honrado ahorro y toda propiedad honrada; mas para el logro de esta gran empresa se necesita una cosa y es la cooperación de todos y la ayuda del uno para el otro.

Y si 40 millones de hombres se suman a una sola voluntad y llevan a la acción el propósito, no puede menos de resultar el éxito de una fuerza tan inconmensurable como esa.

Mis trabajadores alemanes, hoy nos encontramos otra vez ante un acto simbólico.

La campaña de primavera contra la calamidad de nuestro paro ha comenzado.

Mientras nos encontramos aquí reunidos, allá en el Norte de Alemania, en Niederfinow, se inaugura el mayor elevador de barcos del mundo, una obra gigantesca de la ingeniería, del trabajo y de la capacidad

creadora alemana.

Vosotros estáis congregados aquí en el comienzo de la construcción de una de las grandiosas y nuevas carreteras destinadas a proporcionar a la economía alemana las rutas de tráfico más modernas.

¡Plan enorme y símbolo de la grandeza de la tarea que se nos impuso!

El Gobierno concibió y decidió la obra. Ingenieros, topógrafos, maestros de obras y constructores hacen las labores preliminares. Un ejército de trabajadores alemanes la llevará a efecto. Su utilidad redundará un día en beneficio de todos los alemanes.

En este queremos pensar nosotros a quienes el destino reservó la coadyuvación de esta obra cualquiera que sea el sitio en que uno se encuentre. Porque es un hermoso sentimiento el de poder colaborar en una obra que no sirve los intereses de uno solo y que no es propiedad de uno solo sino que pertenece a todos y servirá igualmente para todos durante siglos enteros.

Ya sé, mis trabajadores alemanes, que las palabras y los discursos se disipan y el afán y la pena permanecen. Pero hasta ahora, en el mundo no ha caído nada del cielo y así, y no de otra manera, ocurrirá siempre. De la preocupación y del esfuerzo surge la vida.

Y si hoy nuestra preocupación es la de dar trabajo y ganancia a millones de hombres, mañana nuestra preocupación será la de aumentar su capacidad adquisitiva y mejorar su nivel de vida.

Pero nada conseguiremos si no nos consagramos a ello con todas nuestras fuerzas y con la resolución de acometer la próxima tarea con el mismo ímpetu.

Ojalá que por fin lleguen a ver los demás pueblos y sus gobernantes que el deseo y la voluntad del pueblo alemán y de su Gobierno son los de coadyuvar con libertad y paz a la erección de un mundo mejor.

Así, con el espíritu de esta gran empresa de solidaridad, queremos empezar la nueva cruzada del trabajo del año 1934. La meta nos está marcada.

¡Trabajadores alemanes! ¡Manos a la obra!

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(13 de Julio de 1934)

Senadores, hombres del Reichstag alemán:

Por orden del gobierno del Reich les ha convocado hoy el Presidente del Reichstag Sr. Hermann Goering, a fin de darme la posibilidad, ante este forum elegido por la nación, de aclarar hechos al pueblo, los cuales, por más que sean tristes y amenazadores, han entrado ya en nuestra historia para siempre.

De una cantidad de hechos y culpabilidades personales, de una serie de equivocaciones e insuficiencias humanas y de una serie de errores humanos, se ha producido, en nuestro joven Reich, una crisis, la cual rápidamente podría haber causado daños y habernos destruido con consecuencias no previsibles. Explicar su nacimiento y la forma en que fue vencida es mi deber explicárselo a Vdes. y a nuestro pueblo. El contenido será muy abierto, únicamente por su importancia deberé recortar un poco, en parte para salvaguardar los intereses del Reich y en parte para evitar que estos hechos signifiquen, al otro lado de nuestras fronteras, un deshonor.

Tumultos en la calle, luchas en barricadas, terror en masa y programas de destrucción individualistas tienen en tensión hoy en día a casi todo el mundo. También en Alemania todavía hoy algunos locos y delincuentes intentan seguir con este destructivo quehacer.

Desde la destrucción de los partidos comunistas hemos visto, aunque cada vez con menor fuerza, algunos intentos de volver a empezar de movimientos u organizaciones comunistas con carácter más o menos anarquista. Sus métodos son siempre los mismos. Explican el presente y al mismo tiempo propagan el

paraíso comunista del futuro llevando, en el fondo, únicamente una guerra para el infierno, ya que las consecuencias de su victoria para Alemania no traerían más que destrucción.

La prueba de sus talentos y la fuerza de su poder les ha quedado desvelado ya por el pueblo alemán en el cual, la mayoría de los trabajadores alemanes han superado ya esta postura destinada a hacer felices a esos judíos internacionalistas. El Estado nacionalsocialista hará en su interior, si fuera necesario, una guerra de cientos de años para acabar con los últimos restos de este veneno del pueblo.

Pero además de estos hay un segundo grupo de descontentos. Aquellos que el 30 de Enero fueron relevados del gobierno y se vieron sin futuro. Sin embargo parece que no quieran comprender lo ocurrido pensando que el tiempo cubrirá con el manto del olvido su incapacidad y entonces tendrán derecho a volver a entrar en el recuerdo del pueblo. Pero dado que su incapacidad no era debida a las circunstancias de entonces, sino que era congénita desde su nacimiento, es imposible que hoy día puedan mostrar un trabajo positivo, pues su única capacidad consiste en una crítica falaz. El pueblo tampoco se interesa por ellos y el estado nacionalsocialista nunca podría ser amenazado con su actividad.

El tercer grupo de elementos destructivos se compone de aquellos revolucionarios que en 1918 fueron expulsados de sus buenas relaciones con el Estado y cortándoles las raíces perdieron cualquier relación humana con la sociedad. Se hicieron revolucionarios en el sentido de que admiraban la revolución y consideraban que debía ser permanente. Nosotros ya sufrimos bajo esta gran tragedia cuando como soldados honrados de pronto nos hallamos ante un montón de personas dementes e imprevisibles que llegaron empero a tomar el Estado.

Todos nosotros fuimos educados en su día para el respeto de las leyes y la autoridad, teníamos que ser fieles a sus órdenes y exigencias, ahora, en cambio, la revolución de los desertores nos relevó de tales principios. Era imposible respetar a estas gentes. Precisamente el honor y la educación nos obligaban a no hacerles caso El amor a la nación y a la patria nos obligó a declararles la guerra y acabar con la inmoralidad de sus leyes haciéndonos así nosotros revolucionarios.

Sin embargo, ser revolucionarios no nos ha librado de nuestras obligaciones, del respeto a las leyes naturales del derecho soberano de nuestro pueblo que debimos colocar sobre nosotros y respetar. No queremos violar la igualdad de derechos de nuestro pueblo, sino que lo único que queremos es hacer huir a los que violan la naturaleza. Por ello, cuando por fin, legitimados por la confianza de nuestro pueblo, tomamos la responsabilidad de la lucha de 14 años, no lo hicimos para dejar sueltos nuestros instintos y llevarlos a un caos, sino únicamente para fundar un nuevo y mejor orden.

Para nosotros era la revolución, la que destrozó la segunda Alemania, no otra cosa que un inmenso nacimiento que llamó a la vida al Tercer Reich. Quisimos volver a tener un nuevo Estado, del cual cada alemán estaría orgulloso, queríamos anunciar un nuevo régimen, del cual todos podrían hablar con respeto. Quisimos así inventar leyes apropiadas a nuestro pueblo, reforzar la autoridad de manera que cualquier hombre respetuoso la aceptase. La revolución no es para nosotros un estado permanente.

Si a la evolución natural de un pueblo se le opone con brutalidad una barrera infranqueable, entonces la evolución interrumpida artificialmente se librará del obstáculo con un acto de violencia para lograr su libertad y volver a la evolución natural. Por ello no existe un estado permanente en una revolución, en toda caso una evolución agraciada provocada por elementos revolucionarios.

Entre los diversos expedientes que tuve que leer la semana pasada, encontré el diario de un hombre el cual en 1918 fue arrojado al camino de la lucha contra las leyes y que ahora vive en un mundo en el cual las leyes no tienen más objeto que causar polémicas entre sí; un documento trágico, una conspiración permanente en la cual, sin saberlo, había encontrado en el nihilismo su última creencia. Incapaces de cualquier trabajo en común, dispuestos a oponerse a cualquier forma de orden, llenos de odio contra toda

autoridad, encuentran su ocupación en destruir todo lo existente.

Muchos de ellos habían marchado con nosotros en el pasado en contra del Estado de entonces, pero la mayoría, ya en los tiempos de lucha se adscribieron a fracciones disidentes nacionalsocialistas. El último resto parecía estar acabado después del 30 de Enero. No existía ninguna relación con el movimiento nacionalsocialista toda vez que éramos objeto de su oposición patológica. Por sus principios son enemigos de cualquier autoridad y por lo tanto incorregibles. Hechos que parecen reforzar al Estado alemán, les llenan del mayor odio pues toda su oposición parte del mismo principio: No ven ante sus ojos al Estado alemán, al pueblo alemán, sino la institución de orden que tanto odian. No tienen el deseo de ayudar al pueblo, sino la esperanza de que el gobierno fracase en su trabajo por la salvación del pueblo. No están pues capacitados para dar su beneplácito a un acto cualquiera, sino que están imbuidos de la creencia de que por principio hay que ir contra cualquier victoria.

Pero no quiero tampoco olvidar un cuarto grupo, el cual en ocasiones, quizá sin saberlo, mantiene una actividad verdaderamente destructiva. Son aquellas personas que pertenecen a un grupo social bastante pequeño y que mientras no hacen nada tienen ocasión para comentarlo y criticarlo todo, llevando con ello algo de diversión y cambio a sus inútiles vidas, pues mientras la mayoría de las naciones han de ganarse día a día su pan con duro trabajo, existen en diversas clases sociales todavía gentes en las cuales su única ocupación es no hacer nada, para luego recuperarse de este su trabajo de no hacer nada.

Ya que estas personas, por su no actividad, no tienen ninguna relación con la masa de la nación, su vida se desarrolla únicamente en el círculo de sus iguales. Cada discusión que se registra en este círculo se mastica varias veces y es discutida una y otra vez con las mismas palabras. Piensan, ya que están convencidos de su inactividad y entre los suyos todos son iguales, que esto les ocurre a todos. El pensamiento de su círculo lo confunden con el pensamiento de todos. Sus preocupaciones creen que son las de todos. En verdad estos grupos son sólo un Estado dentro del Estado, sin ningún contacto vivo con la realidad, con las esperanzas y preocupaciones de la masa del pueblo. Pero son peligrosos, porque son los que llevan el virus de la intranquilidad, de la inseguridad, de los rumores, de las mentiras y sospechas, calumnias, etc. y así llevan por fin a un estado de nervios que impide ver la realidad.

Así como en cualquier otro pueblo, también hace esta gente sus maldades en Alemania. Para ellos era la revolución nacionalsocialista una discusión interesante, igual de interesante que la discusión sobre los enemigos del Estado nacionalsocialista. Una cosa sin embargo es clara: El trabajo de la reconstrucción de nuestro pueblo, y con ello el trabajo de todo nuestro pueblo solamente es posible si éste goza de una tranquilidad interior, de disciplina y de orden, si sigue a su gobierno y, sobre todo, si le tiene confianza, pues únicamente la confianza y la fe hacia el Estado han hecho posible que se empezaran las grandes obras y deberes que nos fueron impuestos en el pasado, y solucionarlos.

Si el nacionalsocialismo tuvo que enfrentarse desde el principio con todos estos grupos, en los últimos meses empezamos a considerar que no se les podía tomar a broma. Las primeras palabras de la nueva revolución, del nuevo cambio, de la subversión eran últimamente tan intensas, que solamente un Estado sin cerebro se hubiera abstenido de hacer nada o habría permanecido impasible. No era posible no tomar en serio lo que no eran palabras necias y sin sentido sino que últimamente se hallaban en boca de miles de personas y en otros tantos escritos.

Hace solamente tres meses el Gobierno estaba seguro de que se trataba de simple palabrería de reaccionarios políticos. Anarquistas-marxistas los cuales carecían de cualquier base. A mediados de Marzo ordené tomar precauciones ante una posible nueva ola de propaganda. Había que inmunizar al pueblo alemán de un nuevo envenenamiento. Al mismo tiempo di la orden a diferentes sectores a fin de que siguiendo la palabrería de la nueva revolución se hallasen sus inicios y los culpables de su difusión.

De ello resultó que en las filas de algunos mandos de la SA había tendencias que daban que pensar

seriamente.

1.- En contra de mi concreta orden, el anterior jefe Rohm había engrosado de tal forma la SA y encendido su ánimo que tal actitud tenía que ser necesariamente peligrosa.

2.- La enseñanza de la ideología nacional-socialista había disminuido en las filas de los jefes de la SA.

3.- La relación entre el Partido y la SA se iba distanciando poco a poco. Por medio de un plan se pudo comprobar que era objetivo de la SA alejarse más y más de nuestra misión, para poder servir a otras obligaciones e intereses.

4.- Para ascender a Jefe de la SA, después lo hemos comprobado, eran precisos, únicamente, conocimientos externos e intelectuales. Gran cantidad de hombres que habían sido nombrados por mí dimitían cada vez en mayor número, mientras que gente entrada en 1933 tenía cada vez más privilegios. En ocasiones bastaban unos meses en la SA para lograr un ascenso, el cual viejos miembros de la SA no podían alcanzar durante años.

5.- La presencia de estos Jefes en la SA no tenía nada que ver con el movimiento y era completamente anti-nacionalsocialista e incluso, en algunos casos, verdaderamente repugnante.

Pero fue imposible hacer la vista gorda, pues precisamente en estos círculos la intranquilidad y sus fuentes estuvieron alimentadas en la falta de práctica del nacionalsocialismo, manteniéndose en base a una cortina de nuevas exigencias revolucionarias.

De estas anomalías y otras avisé al Jefe Rohm, sin haber observado desde entonces ninguna mejora ni alguna disposición para preverla.

En los meses de Abril y Mayo aumentaron estas quejas. Por primera vez en este tiempo recibí comunicados por escrito y archivos de las discusiones que había efectuado el Führer de la SA en concreto y de las cuales únicamente se podía extraer un sentimiento de vergüenza. Por primera vez constaba en estas actas que durante las discusiones se notaban indicios de la necesidad de una nueva revolución.

A los diversos jefes se trataba de prepararlos interior y exteriormente para esta nueva revolución. El Jefe Rohm intentó desmentir tales circunstancias una y otra vez, y las presentó como acusaciones falsas a la SA.

Estas actas llevaron a graves circunstancias a los testigos, los cuales fueron maltratados duramente, siendo la mayoría de las filas de los viejos SA.

A finales de Abril quedó claro en el gobierno y entre algunos mandos del Partido, que diversos jefes de la SA engañaban expresamente a las organizaciones políticas diversas o, al menos, nada hacían para impedirlo a los que sí actuaban así. El intento de atajar esto por camino legal, no obtuvo resultados en ninguno de sus intentos. El Stabschef Rohm aseguró, una y otra vez, que había tomado medidas para acabar con todos estos grupos, pero nunca se observó una mejoría.

En el mes de Mayo llegaron a las jefaturas del Partido cada vez más actas conteniendo acusaciones hacia altos jefes de la SA, basadas en hechos que no podían ser desmentidos. Desde discusiones odiosas hasta extremos indescriptibles, ahí había de todo.

El Presidente Goering se había cuidado ya antes de que en Prusia, la autoridad y el pensamiento nacionalsocialistas prevaleciesen sobre determinados elementos. En otras zonas las jefaturas del Partido estaban obligadas a enfrentarse con situaciones que llegaban a límites no imaginados jamás. Algunos responsables fueron detenidos. En su día ya dije que un régimen autoritario tenía grandes obligaciones. Si se exige a un pueblo que tenga fe en su Gobierno, entonces corresponde a ese Gobierno el merecerlo. Faltas y errores se pueden arreglar. Excesos de bebida o molestias a personas pacíficas y tranquilas no se pueden permitir a un Jefe. Por ello siempre he exigido que el comportamiento de los diversos Jefes

nacionalsocialistas sea de más grandes responsabilidades que otro cualquiera. El que exige que se le tenga un gran respeto ha de exigirlo haciéndose acreedor a él. Es por ello que no quiero que los nacionalsocialistas sean juzgados más benignamente por esos excesos, sino al contrario, que sean juzgados más severamente que el hombre de la calle.

La firme decisión del Gobierno nacionalsocialista de acabar con estos hechos que manchan su honor y sus responsables, ha llevado a grandes enfrentamientos con la dirección de la SA. Estos enfrentamientos llevaron a discusiones constantes entre el Sr. Rohm y yo, en las cuales, por primera vez, empecé a desconfiar de la lealtad de este hombre.

Después de que en cuatro ocasiones me había obstinado en no pensarlo, después de que durante años y años había protegido a este hombre por su fidelidad, ahora por fin tenía que considerar las serias acusaciones -especialmente gracias a Rudolf Hess- las cuales me impedían proteger por más tiempo a este hombre por más que hubiera querido pensar que eran falsas.

Desde el mes de Mayo no podía haber ya ninguna duda de que el Sr. Rohm estaba ocupado en grandes proyectos que podían llevar a la catástrofe. Si en este tiempo no tomé enseguida una decisión fue por las siguientes causas:

1.- No podía creer tranquilamente que un comportamiento basado en la fidelidad se había transformado todo en mentiras.

2.- Todavía tenía la esperanza de poder ahorrar al movimiento y a la SA este deshonor y acabar con todo esto sin grandes luchas.

Pero por fin y a finales de Mayo cada día aumentaban los hechos deshonrosos. El Stabchef Rohm se alejó no solo interiormente del Partido, sino también con toda la vida exterior. Todos los fundamentos en los que nos hemos desarrollado perdieron su validez. La vida que empezaron a vivir el Stabschef Rohm y su círculo era, para cualquier Partido Nacionalsocialista, inaguantable. No sólo era horrible que él y con el otros, rompieran toda moralidad y educaci6n, sino que lo peor era que este veneno se iba extendiendo cada vez en mayores proporciones. Y pero todavía resultó el hecho de que dentro de la SA fue formándose una secta que tenía toda la apariencia de una organización que representaba un peligro no solo para el Partido sino para la seguridad del Estado.

Las comprobaciones efectuadas durante el mes de Mayo en grupos concretos de la SA nos llevaron a un horrible descubrimiento. Personas sin consideración hacia el Estado ni hacia el nacionalsocialismo habían sido ascendidos a jefes de la SA solamente porque formaban parte del mencionado círculo. Algunos, bien conocidos por ustedes -como es el caso del Jefe Schmidt de Breslau-, descubrieron un cuadro de situaciones que eran verdaderamente inaguantables. Mi orden para tomar medidas contra esto fue teóricamente cumplida pero en la práctica boicoteada. Poco a poco se formaron en el Mando de la SA tres grupos: Un pequeño círculo fuertemente unido y dispuesto a todo y que estaba ciegamente en manos del Stabschef Rohm. Se hallaban en primer lugar el Jefe de la SA Ernst de Berlín, Heines de Silesia, Hayn de Sajonia, Heydebreck de Pomerania. Al lado de estos se encontraba un segundo grupo de Jefes que interiormente no pertenecían a este círculo y que solamente por disciplina castrense seguían obedeciendo al Stabschef Rohm y, frente a todos estos, había un tercer grupo que se oponía decididamente a todo esto y que poco a poco fueron eliminados de sus puestos. El primero de este grupo fue el actual Stabschef Lutze, así como el Jefe de la SS Himmler

Sin informarme de ello, sin tener yo la más ligera idea al respecto, el Sr. Rohm mantuvo relaciones con un elemento totalmente corrupto, como fue el caso del Sr. v.A. (Werner v. Alvensleben), para que le tuviera en contacto con el General Schleicher. El General Schleicher fue el hombre que permitió al Stabschef Rohm convertir en realidad sus deseos interiores.

Él era de la opinión de que: Primero, el régimen actual era inaguantable; segundo, que todos los movimientos, especialmente el Ejército, tenían que reunirse en una sola agrupación con los movimientos nacionales: Tercero, que para esto era el único hombre capaz de conseguirlo el Stabschef Rohm; cuarto, el Sr. von Papen había de ser eliminado y que en todo caso el estaría dispuesto a ocupar el puesto de Canciller produciéndose otros muchos cambios. Por todo ello empezó la búsqueda de personas para este nuevo gobierno, partiendo siempre de la base de que yo mismo, al menos por el momento, permanecería en mi puesto.

La realización de los propósitos del Sr. Schleicher tenía que contar con oposiciones ya desde el punto segundo. Nunca me habría sido posible humanamente dar mi aprobación al cambio de los ministros del Reich para poner en su lugar, por ejemplo, al Sr. Rohm.

Durante 14 años siempre he asegurado que las organizaciones de lucha del Partido eran instituciones

políticas y por ello nada tenían que ver con el Ejército. Otra actitud ahora sería contraria a esta tesis y a mi política durante 14 años por lo que me sería imposible llamar a la cumbre al Stabschef en vez de a Goering.

Por otro lado también me habría sido imposible dar el visto bueno a la consulta del Sr. Schleicher, pues cuando estos propósitos estuvieron claros, la imagen interior del Stabschef Rohm había decaído tanto para mí, que ya solo por ello no habría consentido tal cosa. Pero además, y ante todo, estaba claro que la máxima autoridad del Ejército es el Mariscal y Presidente del Reich. Yo le había jurado fidelidad. Su persona para todos nosotros es intocable. La promesa que le hice de mantener al Ejército como un instrumento no político del Reich, era para mí lo más importante, tanto por haber dado mi palabra como por mis mismos principios. Igualmente me habría, sido imposible dar un paso así por nuestro Ministro del Ejército. Todos estamos contentos de ver en él a un hombre honorable de principio a fin. El ha logrado unir en lo más profundo de su corazón al Ejército con la revolución de ayer y el Estado de hoy. El ha reconocido fielmente un principio por el cual yo mismo estaría dispuesto a luchar hasta la muerte, a saber: En el Estado solamente existe una organización armada: El Ejército; y solamente una organización política: El Partido nacionalsocialista. Cualquier pensamiento que comportase ceder a los deseos del General Schleicher significaría una actitud infiel hacia el Mariscal de Campo y Ministro del Reich e igualmente contra el Ejército. Así como el General von Blomberg cumple con su deber en el Estado nacionalsocialista así también lo cumplen los oficiales y soldados. No se les puede ahora pedir que cada cual tome una postura por separado en relación con nuestro movimiento y hasta el momento todos han cumplido con sus deberes hacia el Estado.

Igualmente no podría hacer desaparecer, sin más ni más, a aquellos que el 30 de Enero juraron firmemente salvar al Estado y al pueblo. Hay responsabilidades que no pueden ser heridas y creo firmemente que sobre aquellos hombres que unieron sus nombres a la nación, no se puede ser infiel, pues entonces hacia el interior y el exterior daríamos una imagen de falta de confianza y principios.

Dado que el propio Stabschef Rohm carecía de la seguridad de que yo aprobase su plan, se elaboró un proyecto destinado a llevarlo a término por la fuerza. Los preparativos se hicieron a gran escala.

Quiero manifestar para el presente y el futuro que esos hombres no podían ya, de ninguna manera, tener derecho a proclamar la "Weltanschauung" nacionalsocialista. Su vida se había podrido tanto como la vida de aquellos que habíamos sustituido ya en 1933.

La presencia de estos hombres se me hizo imposible, me era imposible invitarles a mi casa o visitarles en la del Stabschef en Berlín. Lo que hubiera sido de Alemania en caso de ser gobernada por una secta así es imposible imaginarlo.

La importancia del peligro se pudo medir sobre todo por la intensidad de los rumores que llegaban desde el extranjero. La prensa francesa e inglesa cada vez hablaba más de un cambio en Alemania, y la proliferación de noticias hacía ver que se había facilitado información al exterior en el sentido de que iba a empezar en Alemania la verdadera revolución nacionalsocialista y que el régimen existente era incapaz de continuar.

El General von Bredow, el cual mantenía relaciones con el extranjero, trabajaba únicamente como sector de información de aquellos círculos, permitiendo que se abusara de ellos.

A finales de Junio estaba ya decidido a acabar y poner fin a este movimiento antes de que la sangre de miles de inocentes fuera derramada.

Ya que el peligro y la situación de los implicados se había hecho más y más tensa, teniendo algunos sectores del Partido que tomar postura, pensé que era imposible mantener al Stabschef en su puesto y le hice dimitir el sábado 30 de Junio. Deteniéndolo junto a los más destacados implicados, a la espera de

acontecimientos.

Puesto que dudaba que el Stabschef se presentara dado lo delicado de la situación, pensé en tomar yo mismo parte en el asunto y presentarme en su puesto de mando. Apoyándome en mi autoridad y en mi poder de decisión -gracias a Dios siempre presente-, quise detener personalmente al Stabschef a las 12 del mediodía, expulsándolo de su cargo, a la vez que llamar la atención a los demás para que entraran de nuevo en el buen camino.

El 29 de Junio sin embargo, recibí información sobre grandes preparativos, por lo cual suspendí mi previsto viaje a Westfalia a fin de estar preparado. A la 1 de la madrugada recibí de Berlín y Munich dos informaciones alarmantes. La primera indicaba que a las 4 de la madrugada se había ordenado en Berlín una alarma y que incluso se habían requisado camiones, estando ya la actividad en marcha que tenía por objeto tomar a las 5 la sede del gobierno. El Jefe Ernst había suspendido su viaje a Wiessee, para tomar personalmente el mando de la acción. La segunda información alarmante provenía de la SA de Munich a la que se había retenido en los cuarteles por la noche sin permitirles marchar a sus domicilios. Esto era ya el colmo puesto que el mando de la SA soy yo y no otros.

Bajo estas circunstancias sólo me quedaba una posibilidad. Si podía evitarse la desgracia había que actuar rápidamente. Solamente una actitud rápida y sin contemplaciones podía ser capaz de acabar con los revolucionarios. Ya no cabían dudas respecto a si era preferible acabar con unos cientos de revolucionarios y conspiradores o que ellos acabaran con miles de inocentes. Pues era indudable que si la acción del delincuente Ernst empezaba a desarrollarse las consecuencias serían imprevisibles. Como toda la operación fue hecha en mi nombre, se daba el caso de que a los revolucionarios les había sido posible llevarse cuatro blindados de la policía, los cuales no tenían la más mínima idea de lo que ocurría, si bien a través de la policía de Silesia y Sajonia ya se había difundido la intranquilidad y la inseguridad.

Pero todo estaba claro y era evidente que al Stabschef únicamente se le podía oponer un solo hombre. Me fue infiel a mí y solamente yo podía llamarle la atención sobre esto. A la 1 de la madrugada recibí las últimas informaciones alarmantes y a las 2 tome un avión hacia Munich. El Presidente del Consejo de Ministros Goering ya había recibido anteriormente de mí la orden de ocuparse de Berlín y Prusia en caso de tener que actuar y con puño de hierro logró atacar a los que atentaban contra el Estado nacionalsocialista antes de que su acción pudiera ser importante.

Conjuntamente con el ministro Goebbels y el nuevo Stabschef tomamos las decisiones para la acción a llevar a cabo en Munich. Si pocos días antes todavía estaba dispuesto a esperar y tener consideración, a estas horas ya no podía tenerla. Si alguien me acusa de no arreglar las cosas a base de un juicio reglamentario, únicamente les puedo decir que en esos momentos era yo el responsable de la nación alemana y por tanto juez en nombre de ella. Las acciones revolucionarias han sido siempre combatidas con decisión. Solamente un Estado no actuó así en la guerra y este Estado por ello mismo se derrumbó: Alemania.

Yo no quise entregar el joven Reich al mismo destino que el viejo. La nación ha de saber que la propia existencia -que debe ser garantizada por el orden y la seguridad interior- no puede ser amenazada por nadie sin que por ello reciba el justo castigo. Y todos han de saber para el futuro que el que levante la mano contra el Estado encontrará en la muerte su castigo. Y a cada nacionalsocialista le corresponde saber que ningún rango ni ninguna situación le impedirán recibir su justo castigo. A miles de nuestros adversarios los perseguí por su corrupción. Me acusaría gravemente internamente si entre nosotros los permitiera.

Ningún pueblo ni ningún gobierno tiene la culpa cuando los que aquí llamamos Kutisker, etc. o el pueblo francés Stavinsky, aparecen contra los intereses de una nación. El propio pueblo sería culpable si no acabara con esos sujetos. Si me culpan en el sentido de que únicamente un juicio celebrado normalmente

hubiera podido dar el resultado apetecido de culpabilidad y resolver el problema, protesto airadamente. ¡El que se levante contra la Alemania es traidor a su patria! Y el que se levanta contra su propia patria no ha de ser juzgado por la importancia de su delito sino por el hecho en sí. Aquel que se atreva a soliviantar a su propia gente con palabras de infidelidad y falsedades a fin de levantarla contra el pueblo, no puede esperar otra cosa que ser la primera víctima de su acción. No tengo interés en dejar acabar con los pequeños e insignificantes y tener piedad para los grandes. No tengo porque comprobar si a esta gentuza, maleantes, destructores y envenenadores del aire de nuestro pueblo, se les ha aplicado la justicia correctamente o no, lo único que tengo que vigilar es que Alemania siga siendo lo que es.

Un periodista extranjero que reside aquí como invitado, ha levantado su protesta en nombre de las mujeres e hijos de los hombres fusilados. A este señor solamente le puedo dar una respuesta: Mujeres y niños son siempre las victimas inocentes de los actos criminales de los hombres. También yo me compadezco de ellos, pero creo que el mal que a ellos les ha correspondido ha sido mucho menor comparado con el que hubieran sufrido miles de mujeres, hombres y niños de nuestra patria si las actividades de esos maridos hubieran tenido éxito.

Un diplomático extranjero declaró que su encuentro con Schleicher y Rohm había tenido muy poco interés y ningún valor. Yo no tengo porque discutir con nadie de esto.

El dilucidar lo que es malo y peligroso y lo que no lo es en el terreno político es difícil de determinar, pero si dos traidores a la patria tienen un encuentro con un hombre de Estado extranjero, y si ellos mismos denominan la reunión como de trabajo, prescindiendo de la presencia de personal acreditado, entonces esos hombres han de ser fusilados en el acto, aunque sea cierto que solamente hablaran del tiempo y de monedas antiguas.

La penitencia por este crimen ha sido dura. 19 comandantes de la SA de elevado rango y 31 intermedios han sido fusilados como cómplices de ésta operación. Otros 13 mandos de la SA y civiles murieron al oponerse a su detención. Tres más se suicidaron. Cinco miembros del Partido, pero no pertenecientes a las SA, fueron fusilados por participación.

Finalmente aun fueron fusilados tres miembros de las SS que se hicieron reos de vergonzosos malos tratos a detenidos.

A fin de impedir que la pasión política y la indignación pudieran devenir en una justicia de linchamientos contra los complicados, una vez eliminado el peligro y considerada la revuelta como dominada, el mismo domingo, primero de Julio, se restableció la situación normal. Un cierto número de actos violentos, sin conexión ni relación con esta acción, serán trasladados a los juzgados ordinarios para su enjuiciamiento.

Aunque los sacrificios hayan sido duros, no han sido en vano, aunque a algunos les pueda parecer así. Además tengo yo la confianza de que, si alguna vez el destino me quita de mi sitio, mis sucesores no actuarían de otra forma, e igualmente si ellos tuvieran que ceder el sitio a un tercero tampoco actuaría de otra manera pues igualmente esa persona sería responsable de todo su pueblo. Si ahora leo las informaciones falsas que en la prensa de todo el mundo han sido escritas, llenas de mentiras, no puedo aceptar como disculpa el que ahora vengan diciendo que en esa situación era imposible escribir otra cosa, aunque en ocasiones hubiese bastado una llamada telefónica a determinados centros para poder verificar las noticias dadas. Especialmente cuando se informó de que había personas del Gabinete del Reich entre los revolucionarios, esto podría haber sido desmentido rápidamente. La información de que el Presidente de Ministros von Papen o el Ministro Seldte u otros señores del Gabinete del Reich estaban entre los revolucionarios se podía desmentir rápidamente con el hecho de que uno de los primeros objetivos de los revolucionarios era precisamente asesinarlos. Son igualmente falsas las informaciones tendentes a implicar a Príncipes alemanes en esta revolución. Por último cuando en los últimos días un periódico inglés publica la noticia de que yo mismo he sufrido un ataque de nervios, igualmente una pequeña

consulta hubiera sido suficiente para aclarar la verdad. A estos periodistas les puedo decir que ni en la guerra, ni después de ella, he sufrido ningún ataque de esta naturaleza, pero si que he sufrido el dolor del derrumbamiento de la fidelidad y la fe que puse en un hombre, por el cual yo mismo lo hubiera dado todo. Pero quiero al mismo tiempo confesar también que mi esperanza y mi fe en la SS nunca se ha visto defraudada y ahora también se me ha devuelto la fe en la SA. Tres veces tuvo la SA la desgracia de ser dirigida por un Jefe -la última incluso por un jefe Supremo- a los cuales creía tener que seguir y los cuales les engañaban, en ellos había depositado yo mi confianza y fue traicionada, sin embargo también tuve la satisfacción de comprobar que en las tres ocasiones los culpables estaban solos, sin el apoyo de nadie, pues tan grande era la traición por parte de las personas como grande era la fidelidad de las organizaciones comprometidas hacia mi persona. Si la SS tenía que cumplir estos días una penosa misión, no menos penosa era la situación de grupos de hombres y mujeres de la SA, con los cuales estoy unido por el lazo de las luchas comunes y que me hicieron siempre el Jefe más alto de su organización, pues yo nunca estaré de acuerdo en que se destruya algo que siempre ha estado unido a mí y a todo el movimiento nacionalsocialista y que fue una gran base para la reconstrucción del Reich.

La SA en estos días difíciles para ella y para mí, me ha mostrado su más grande fidelidad demostrando, por tercera vez, que tanto es la SA mía como yo soy de ellos. Dentro de pocas semanas la camisa parda volverá a estar en las calles de Alemania demostrando a todo el mundo que la Alemania nacionalsocialista vive ahora más fuertemente que antes una vez superada la crisis.

Cuando en Marzo de este año nuestra joven revolución venció en toda línea en Alemania, fue mi mayor preocupación el que se derramase la menor sangre posible. A millones de mis adversarios les ofrecí el perdón: Millones de ellos han llegado a nosotros desde entonces para trabajar conjuntamente y han trabajado fielmente para la renovación del Reich. Yo pensaba que no sería necesario volver a defender este Estado con las armas en la mano. Pero ya que el destino nos ha puesto esta prueba hemos de estar contentos de habernos mantenido fanáticamente y de que al igual que derramamos nuestra sangre en la lucha por el poder, ahora también ha sido sangre nuestra la que ha sido derramada en defensa de nuestros compatriotas.

Al igual que ofrecí hace año y medio el perdón a nuestros adversarios, también ahora quiero decirles a todos aquellos que fueron culpables, que quiero olvidar este acto de traición. Que ellos mismos reflexionen en su interior y busquen el perdón. Todos hemos de ser responsables del bien de nuestra patria: La paz interior y el orden.

Estas 24 horas han sido las más difíciles de mi vida, pero en ellas el destino me volvió a demostrar que tengo inconmoviblemente a mí lado lo que es más valioso para mí: El pueblo y el Reich alemán.

DISCURSO CON MOTIVO DE LA UNIÓN DEL SARRE AL REICH

(1 de Marzo de 1935)

Camaradas alemanes:

Hace dos años, en 1933, hablé por primera vez ante muchos miles de saarrenses, ante el monumento de Niederwald. Entonces, en medio de la más fuerte lucha para llegar a realizar nuestras ideas y bases de una nueva Alemania, estaba muy preocupado por el destino del Sarre.

Un año más tarde, me encontré en Coblenza con otros miles y también estaba lleno -como creo que todos- de gran preocupación por el futuro de esta parte arrancada al Reich. Fue entonces cuando, mutuamente, nos hicimos una promesa. Vosotros me prometisteis que cuando llegase la hora tomaríais parte hombre con hombre, mujer con mujer, por la causa del Reich alemán. Habéis cumplido vuestra promesa. Yo os prometí que Alemania no se olvidaría de vosotros jamás, y también Alemania cumplió su promesa, y en las dos ocasiones os pude asegurar, de todo corazón, que sería inmensamente feliz el día

que os pudiera devolver vuestra visita. Fue entonces cuando prometí también visitaros en la primera hora de vuestra libertad y por ello ahora me siento feliz de estar entre vosotros. Creo que podemos dar gracias al Cielo de que en nuestro tercer encuentro no haya venido como simple visitante sino que como Canciller del Reich alemán he venido a una región alemana. El último acto será dar conciencia de estos hechos y difundirlos internacionalmente. Y aunque el cielo ha oscurecido y ha empezado a llover, no nos ha afectado mucho la lluvia, pues aunque el cielo llore nosotros tenemos el sol en nuestros corazones.

Somos todos inmensamente felices de participar en este día de la suerte. En estos momentos millones de alemanes nos están escuchando. Desde aquí hasta Hamburgo, desde la Alemania del Este hasta Königsberg, en todas partes existe el mismo sentimiento: ¡Por fin, por fin estáis otra vez con nosotros!

Pero pienso también que hoy es un día de suerte para toda Europa. Ha sido ésta una decisión que ha merecido la aprobación, en que se ha concretado un día y respetado el resultado. Esta región, que fácilmente hubiera podido ser causa de desavenencias eternas, ha vuelto a Alemania, de la cual había sido ilegalmente separada. Ha sido un día de suerte para Europa en especial porque con la vuelta del Sarre a Alemania ha podido ser evitada una guerra en la cual dos naciones habrían tenido que sufrir mucho. Esperamos que por medio de este acto de sensatez, la relación de Alemania con Francia, por fin entrará en buenos y razonables cauces, pues así como nosotros queremos la paz, también hemos de esperar que la gran nación vecina la desee igualmente. Ha de ser posible que dos grandes pueblos se den la mano, para, con su trabajo conjunto, acabar con las desgracias que Europa debe enterrar bajo su peso.

Este día, además, ha de servir de gran lección, gran lección para todos aquellos que, por ignorancia, creen que la verdadera historia se basa en terror y miedo, y piensan que con estos medios pueden desnudar a los pueblos, arrancarles un trozo y con él un trozo de su alma. Han de comprender todos los hombres de Estado que esto no tiene sentido, que es imposible dividir a pueblos y Estados pues al final la sangre es siempre más fuerte que cualquier documento y lo que fue escrito con tinta ha de ser borrado con sangre.

Este sentido deberá prevalecer por encima de todo claramente. Vosotros, con vuestro voto, al Reich también os habéis ganado un puesto en la historia. En un período difícil en la lucha por la reconstrucción del Reich, con vuestro voto me habéis facilitado mi labor, y Dios puede ser testigo de que esta labor solamente tiene una gran meta: Hacer libre a Alemania y llevarla por el camino de la felicidad.

Así pues tenéis vosotros todos los derechos pues os los habéis ganado y hoy ha de ser un gran día para vosotros, por ello soy feliz de estar aquí, y nos ha de llenar un sentimiento de alegría y felicidad, reanudando mañana nuestros trabajos, los grandes trabajos para nuestro Reich, pues sabemos que lo ya conseguido, aunque parezca mentira, solamente es el principio de lo que todavía tenemos que hacer. Así pues no entráis en una casa ya terminada, sino que entráis en una comunidad de personas recientemente elaborada. Vosotros habéis de ayudar a construir y trabajar, y podéis estar orgullosos y felices de poder participar en la construcción de nuestro nuevo hogar alemán. Es algo maravilloso lograr realizar la unión de un pueblo. Lo que durante cientos de años fue en el pasado un sueño, ahora es una realidad por primera vez. Primero, ciertamente, tuvimos que pasar grandes dificultades a fin de prepararnos para este momento. De vez en cuanto me asalta el presentimiento de que todo tuvo que ser así para poder llegar a estos días felices que de otro modo nunca habrían llegado. ¿Qué es la gloria externa, todas las riquezas exteriores en comparación con este gran tesoro que puede llegar a poseer un pueblo? No lograríamos entendernos con el mundo, ni él con nosotros, si primero no lo lográsemos aquí. Hemos seguido este camino con seriedad, hemos intentado expulsar de nuestro interior la arrogancia, las clases. Nos hemos cuidado de medir a las personas por sus valores interiores alejando lo exterior y superficial, el rango, el trabajo, fortuna, educación y capital, todo lo que puede separar a las personas, y en vez de ello hemos buscado el carácter, la conciencia, la honradez y así hemos sido felices. Hemos encontrado grandes riquezas, pudiendo considerar a nuestros compatriotas como verdaderos en el pleno sentido de la palabra.

Como testigo de esta unión he venido aquí, como testigo y como combatiente de esta lucha que une hoy a millones de alemanes. Sé que el cielo no regala nada ya terminado. Nos lo hemos de ganar duramente y sé también que esta meta no ha sido ni mucho menos totalmente lograda, pero nos acercamos a ella con el corazón ardiente y sabiendo que el cielo ha bendecido nuestro intento de alcanzarla, porque una cosa si puedo decir. Los enemigos míos y del pueblo alemán han de tener en cuenta una cosa: Hace 15 años empecé la lucha por Alemania con un puñado de personas, y fue difícil superar el límite de ese puñado inicial para lograr entrar en el pueblo y formar un Reich alemán. Quince años de lucha, y si ahora mido los resultados obtenidos debo dar gracias al cielo, él ha bendecido nuestra lucha. No ha sido estéril. Quince años de lucha por un pueblo, quince años de lucha por un Reich y ahora puedo, en nombre de este pueblo y en nombre de este Reich recibiros de nuevo en vuestra patria. Y si hoy he venido a vosotros es sólo el primer contacto, volveré y volveré a hablaros, solamente que ahora ya no pasará tanto tiempo. Hoy me hubiera sido imposible estar sentado en Berlín o en otro lugar. He venido porque mi corazón me ha llevado hacia vosotros, para deciros lo feliz que soy y lo feliz que es todo el pueblo alemán. Volveré, espero volver muchas veces a hablaros. Es un camino extraño el que ha recorrido este movimiento. Al principio era un pequeño movimiento y se ha convertido ahora en multitudinario. Ha continuar este trabajo estáis ahora invitados. Os ruego que hagáis ofrenda de vuestro honor, que no habéis perdido durante 15 años, al Reich. Durante 15 anos habéis tenido fe. Ahora os pido que tengáis también fe en el nuevo Reich, tenéis que creer en su futuro, tenéis que creer en sus obligaciones y en los resultados, tenéis que creer en el éxito de este trabajo, tenéis que creer en la libertad, creer en lo grande y eterno de nuestro pueblo. Si durante estos 15 años no hubierais tenido fe en vuestra firmeza, ¿qué os hubiera quedado? Si durante estos 15 años no hubierais tenido esta fe ¿quién os hubiera guiado?

La fe puede mover montañas, la fe puede también liberar a los pueblos. La fe puede volver a fortalecer a las naciones y llevarlas otra vez hacia arriba por más que se hayan hundido y vosotros habéis sido fieles durante quince años, por ello otra vez os ruego: ¡Ofrendad esta fidelidad al nuevo Reich! Fuisteis fieles y fidelidad se os ofrecía, fuisteis fieles a promesas sin pararse a medirlas materialmente, y es por ello que os ruego que continuéis siendo fieles en vuestro trabajo, en el trabajo que vais a empezar en este nuevo Reich, sed fieles a este movimiento, fieles a la unión del pueblo alemán y no miréis jamás lo que prometen los que ahora están fuera, no olvidéis nunca que fuimos fieles cuando a Alemania le iba muy mal. Entonces levantamos la bandera. Cuando Alemania fue herida gravemente en su honor, levantamos nuestras banderas de la fe, las banderas de nuestros deberes para con Alemania. Entonces no dijimos: “Nos avergonzamos de ser alemanes”, sino que proclamamos: “Estamos orgullosos más que nunca de ser alemanes”. Y a esta Alemania es a la que os pido que ofrendéis vuestras fuerzas. ¿Qué es de la persona que no se pone una meta y lucha por ella fanáticamente? La fe es una fuerza muy poderosa si es usada firmemente y para alcanzar los objetivos fijados. Nuestra fe era levantar de nuevo a Alemania, y lo podéis ver: ¡Hemos vencido!

Cuando Alemania se derrumbó gravemente herida en su honor, fue cuando creció nuestra fe, nuestra fe en lograr la unión alemana. Cuando Alemania se dividió en clases, entonces creció nuestra fe en poder sobreponernos a ello y crear nuestra nación. Y nuestra fe ha triunfado. Alemania se ha unificado y una nueva bandera ha sido izada bajo la cual marchan millones al mismo paso, bajo la cual marcha toda la nación alemana. Por ello os ruego que esa fe mantenida quince años la traigáis con vosotros al nuevo Reich y la pongáis como base para serle fiel y estar a su servicio. Si entráis así en nuestro Reich, un Reich que es nuestro, pues nadie nos lo regaló, que fue levantado por el pueblo alemán, entonces seréis felices. Seréis felices no por haber recibido un regalo sino por haber conseguido algo maravilloso con vuestro propio trabajo. No se puede recibir la felicidad como un regalo. La mayor felicidad que puede ser regalada es la convicción de haber elaborado algo propio con el propio trabajo. Vais a participar de esta felicidad como nosotros ya participamos hoy al estar orgullosos de saber que esta bandera fue concebida

y levantada por nosotros hace 15 años y que, gracias a nuestro trabajo, en todos los lugares donde hay alemanes es un símbolo de unidad. Somos felices sabiendo que nada nos ha sido regalado, sino que lo hemos conseguido con miles de luchas, con trabajo sin descanso, gracias a nuestra fidelidad y a nuestra fe.

Vosotros seréis igual de felices dentro de 15 ó 20 años cuando Alemania sea libre del todo, cuando Alemania, como Estado de la Paz, pero también de la libertad y el honor, pueda volver a ofrecer a sus hijos el pan de cada día. Y seréis felices y orgullosos de saber que habéis trabajado para ello, para poder llevar a nuestro pueblo a esta situación, por ello hemos de apartar la vista del pasado y dirigirla al futuro de nuestro pueblo. Seréis entonces cuando vemos nuestros deberes, los cuales nos han sido impuestos, y somos felices por ellos, pues no queremos ser un pueblo al que se le regaló algo, sino que queremos concluir nuestros días con el convencimiento de que hemos cumplido con nuestro deber. En esto está la mayor felicidad.

Si hoy dirigimos la vista hacia el futuro, entonces vemos como meta este nuevo Reich, esta nueva unión de nuestro pueblo, esta nueva Alemania a la cual le gusta tanto la paz como le gusta ser Fiel, llena siempre de honor y felicidad. Por esta Alemania que así vemos frente a nosotros hemos de hacer un juramento. A esta Alemania queremos jurarle en esta hora de fiesta que le seremos fieles mientras tengamos aliento y juntos, mujeres, hombres y niños lo proclamaremos así: ¡Nuestra Alemania, nuestro pueblo y nuestro Reich. Sieg Heil, Sieg Hiel, Sieg Heil!

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(21 de Mayo de 1935)

Diputados, hombres del Reichstag:

Ante el deseo del Gobierno del Reich; el Presidente del Reichstag, nuestro camarada Goering, ha convocado esta sesión para que, en mi calidad de representante de la nación alemana, pueda hacer ante vosotros aquellas declaraciones que considero necesarias para comprender la actitud y las decisiones del Gobierno alemán respecto a las grandes cuestiones actuales que a todos nos inquietan.

Con este propósito me dirijo a vosotros y, al mismo tiempo, a todo el pueblo alemán. Además me dirijo a todos cuantos, en el resto del mundo, ya por deber, ya por interés, se esfuerzan también por penetrar en nuestra manera de concebir los problemas que también a ellos les preocupan. Me complace hacer aquí estas declaraciones porque es la mejor manera de evitar el peligro que, según nos dice la experiencia, radica en la interpretación casi siempre discrepante de conversaciones sostenidas entre dos o en un pequeño círculo y que después, como es natural, no pueden darse a la publicidad más que fragmentariamente.

Considero especialmente beneficiosa esta forma de hacer una declaración semejante porque no sólo me da el derecho sino que me impone precisamente el deber de una franqueza absoluta y el de hablar con toda sinceridad de los diferentes problemas. La nación alemana tiene el derecho de exigirlo de mí y yo estoy decidido a inclinarme ante él. Muchas veces oigo lamentarse en los países anglosajones de que Alemania se ha alejado precisamente de aquellos principios políticos democráticos que son especialmente sagrados para esos países. Esta idea se basa sobre un craso error. También Alemania tiene su Constitución democrática. El actual Gobierno del Estado nacionalsocialista tiene también el mandato del pueblo y se siente asimismo responsable ante él. No importa el número de votos que en los diferentes países correspondan a un diputado. Hay países en que se necesitan 20.000 votos; en otros bastan 10.000 ó 5.000; en otros, 60.000 ó más.

El pueblo alemán ha elegido con 38 millones de votos un solo representante. Esta es quizá una de las diferencias esenciales entre nosotros y los demás pueblos. Pero esto significa que yo me considero tan responsable ante el pueblo alemán como un Parlamento cualquiera. Yo actúo en virtud de su confianza y por mandato suyo. Por esto el pueblo alemán tiene el derecho a esperar de una declaración como la de hoy que se le expongan franca y escuetamente cuestiones que si interesan al resto del mundo, interesan con igual intensidad por lo menos al pueblo alemán. Y me complazco en ello porque:

Como Führer y Canciller de la nación y como Jefe del Gobierno tengo que tomar desgraciadamente a veces decisiones que ya son bastante graves de por sí, pero cuya gravedad la aumenta todavía el hecho de que a mí no me es dado compartir mi responsabilidad ni, sobre todo, descargarla en otros. Por eso tengo al menos el deseo de que la nación penetre en los pensamientos que me mueven para facilitarle así la comprensión de las resoluciones y medidas inspiradas en ellos. Y cuanto más graves son estas resoluciones, tanto más quisiera, como alemán, desprender mis actos de todo instinto de flaqueza o de temor y ponerlos de acuerdo con mi conciencia frente a mi Dios y al pueblo a quien me hace servir.

Cuando hace dos años, el 30 de Enero, el Presidente del Reich, de eterna memoria, me encargó la formación de un nuevo Gobierno y la dirección de los asuntos del Estado, millones de alemanes -y entre ellos algunos patriotas- dudaban del éxito de la tarea que se me había encomendado. Perversa alegría o preocupación dominaban simultáneamente al pueblo alemán, entonces tan dividido todavía. Porque nuestra situación no parecía ser prometedora más que para el enemigo interior; los verdaderos amigos, en cambio, la consideraban indeciblemente triste. La vida nacional estaba gravísimamente amenazada en sus numerosos aspectos, pues aunque para muchos, comprensiblemente, la catástrofe económica lo dominaba todo, sin embargo para el profundo observador era claro que no constituía más que una consecuencia, el necesario efecto económico de una serie de causas interiores, parte de orden social, parte de organización política, pero sobre todo de carácter moral. Frente a la abrumadora cantidad de tareas, frente a la situación aparentemente desesperada y frente a la insuficiencia de todos los medios, suponía un gran valor no desmayar y ponerse inmediatamente a la obra para el resurgimiento de la nación librándola de su sufrimiento y decadencia.

Económicamente nos encontrábamos ante la siguiente situación:

Después de una guerra de cuatro años, que ya de por sí había infligido a toda la economía nacional perjuicios terribles, los enemigos vencedores impusieron al pueblo alemán un dictado de paz que, falto de todo sentido político y económico, quiso perpetuar como fundamento jurídico de la vida de los pueblos, la proporción de fuerzas que se presentó al acabar la guerra. Sin tener en cuenta las condiciones y las leyes económicas de la vida, es más, en directa contraposición con ellas, se sofocan todas las posibilidades económicas por una parte y por otra se fijan exigencias cuyo cumplimiento está fuera de toda realidad. Bajo la denominación general de “reparaciones” se lleva a cabo la destrucción de la

Economía alemana. Del incomprensible abandono de la más elemental concepción económica, resultó la situación siguiente:

1.- La nación tiene un excedente de mano de obra.

2.- Siente la gran necesidad de recobrar el bienestar material que corresponde al alto nivel de vida a que estaba acostumbrada y que perdió por la guerra, la inflación y las reparaciones.

3.- Sufre de una escasez de víveres y de materias primas explicable por las condiciones peculiares de su territorio.

4.- El mercado internacional que necesitaría para reconstituirse es demasiado pequeño y además se va restringiendo prácticamente cada vez más en virtud de numerosas medidas y del natural desarrollo que va adquiriendo este movimiento.

No habla muy bien del talento económico de nuestros antiguos adversarios políticos el que no empezasen a ver la imposibilidad de seguir cumpliendo obligaciones ilimitadas, a veces francamente incomprensibles hasta que con su actitud no sólo se había aniquilado por completo la economía nacional alemana sino que había empezado a derrumbarse la economía de los demás países.

El resultado de este profundo error, fue para Alemania: Una industria paralizada; una agricultura destrozada; una clase media empobrecida; un comercio arruinado; el complejo económico lleno de deudas, la Hacienda pública quebrantada totalmente y seis millones y medio de parados registrados, en realidad más de siete millones y medio.

Si no se quería más que hacer frente a esta catástrofe económica era preciso tomar resoluciones rigurosísimas. La nación alemana podía antes aglomerar su riqueza de hombres en un espacio reducido gracias a las suficientes condiciones de vida que resultaban de su participación en la economía internacional. En tanto que se mantuvo esta situación, los 67 millones de almas que ocupaban el reducido territorio alemán no sólo tenían aseguradas sus propias necesidades vitales sino que representaban también un factor económico útil para el resto del mundo. El curso de la guerra y especialmente las consecuencias de la política de posguerra serán un día la refutación clásica aunque terrible de aquella opinión ingenua que desgraciadamente dominaba el pensamiento de algunos estadistas antes de la guerra, y según la cual el mejor modo de fomentar la economía de una nación era el aniquilamiento económico de otras.

Las cargas económicas de la paz impuestas a la nación alemana, por una parte, y por otra la desventaja en que se encuentra económicamente, tanto interior como exteriormente, obligan a todo Gobierno, quiéralo o no, a tener en cuenta estas realidades.

Todos estamos convencidos de que la aplicación absoluta de la idea de la autarquía económica en todos los Estados, tal y como amenaza instaurarse hoy, vista desde un punto más elevado ni es sensata ni en sus consecuencias puede ser más que perjudicial para todos los pueblos.

Considerándolo económicamente, es poco razonable hacer de países de por sí agrícolas y productores de materias primas, países forzadamente industriales y al contrario, obligar a Estados industriales superpoblados a una primitiva producción de materias primas o aun de sustitutivos de ellas. Esta evolución tendrá un día para Europa malas y desagradables consecuencias. Pero, desgraciadamente, no está en poder de Alemania modificar esa tendencia, absurda desde un elevado punto de vista económico. Precisamente, en la medida en que la carencia de mercados internacionales nos obliga a restringir nuestras compras, para no dejar sin trabajo la mano de obra alemana, habrá que intentar o producir nosotros mismos, mediante complicados procedimientos, las materias primas que nos falten o, si no es posible esto, buscar sustitutivos.

Mas este problema sólo puede ser resuelto mediante una economía dirigida metódicamente. Empresa peligrosa, por cuanto a toda economía sistemática suele seguir fácilmente la burocratización y, consiguientemente, la estrangulación de la iniciativa individual privada, eternamente creadora. Nosotros, empero, no podemos desear, en interés de nuestro pueblo, que una economía que se aproxima al comunismo y produce forzosamente la paralización de la energía productora, de jugar a la disminución del rendimiento total de nuestra mano de obra existente y haga que el standard de vida, lejos de mejorar, empeore notablemente. Este peligro aumenta aun más por el hecho de que toda economía sistemática tiende fácilmente a abolir la dura ley de la selección económica de los mejores y del aniquilamiento de los débiles o, por lo menos, a limitarlos a favor de una garantía de la conservación del promedio inferior a costa de la aptitud superior, de la mayor aplicación y valor y, por ende, a costa de la utilidad general.

Si nosotros, a pesar de esta reflexión, hemos seguido este camino, lo hemos hecho cediendo a la presión de las más duras de las necesidades. Lo que se ha conseguido en estos dos años y medio en los sectores que se ocupan de proporcionar trabajo sistemáticamente, de la reglamentación metódica del mercado y de la fijación ordenada de los precios y jornales, ha sido considerado como un imposible hasta hace pocos años. Si lo hemos conseguido, fue únicamente por haber puesto en juego la energía de toda la nación en favor de medidas al parecer tan secas. Para ello ha habido necesidad de crear toda una serie de presuposiciones materiales y psicológicas. Para asegurar el funcionamiento de la economía nacional ha sido preciso primeramente poner fin a la oscilación constante de jornales y precios. Fue menester, además, descartar todas las ingerencias no inspiradas en el interés económico supremo de la nación, es decir, suprimir las organizaciones de clases de ambos bandos que vivían a costa de una política de salarios y de precios. La destrucción de los sindicatos de lucha, lo mismo de los patronos que de los obreros, exigía también la desaparición de los partidos sostenidos por estos grupos de intereses y apoyados a su vez por ellos. Esta medida impuso la necesidad de adoptar una nueva constitución, constructiva y real, así como una nueva estructura interna del Reich y del Estado. Pero para que todo esto fuera más que una modificación puramente externa, se precisaba educar al pueblo a pensar y vivir en nuevas condiciones sociales. Problemas todos ellos capaces de llenar cada uno un siglo entero, y contra los cuales se han estrellado ya pueblos y naciones. Si se quiere realizar tal programa, que ha de lograrse en su totalidad o fracasar desde un principio en todo y por todo, hay que tener en cuenta que su realización depende de dos condiciones: De la absoluta tranquilidad del país y del tiempo de que se dispone.

Nosotros los alemanes lamentamos únicamente que el resto del mundo no se tome el trabajo de examinar objetivamente lo que ha acaecido en Alemania en estos últimos dos años y medio, y que no estudie el espíritu de una nueva concepción de la vida a la que deben atribuirse exclusivamente todos estos éxitos palpables.

El programa y la ejecución de las tareas que imprimen su sello peculiar a la actual Alemania proceden, en efecto, de la ideología nacionalsocialista, son obra del Partido Nacionalsocialista, de su organización, de la energía que le es propia y de la fuerza que de ella emana. En Alemania se han producido en estos dos últimos años una revolución que la mayor parte de la gente no ha llegado a comprender hasta ahora en su justo valor. La magnitud e intensidad de esta revolución no ha sufrido menoscabo alguno por la consideración con que ha sabido tratar a sus antiguos adversarios. Esta consideración no proviene en modo alguno de un sentimiento de debilidad, sino más bien de la convicción de una superioridad absoluta y de esa confianza en sus propias fuerzas que da siempre la victoria y que nada ni nadie puede hacer vacilar un solo momento.

Esta nueva Alemania no puede ser comparada, por consiguiente, con la Alemania de antaño. Sus ideas son tan nuevas como sus actos. El espíritu del patriotismo burgués y bullanguero, pertenece ya al pasado como factor determinante, como pertenecen igualmente al pasado las tendencias del internacionalismo

marxista. Si la Alemania actual se declara en favor de la paz, no lo hace seguramente por debilidad o cobardía, sino única y exclusivamente por la concepción tan distinta que el nacionalsocialismo tiene del pueblo y del Estado.

Considera, en efecto, que la asimilación, realizada por la fuerza, de un pueblo a otro pueblo que le es enteramente extraño, no sólo no es una finalidad política digna de ser imitada, sino que, más bien, constituye a la larga un peligro para la unidad interior y, por consiguiente, para la vitalidad de un pueblo. He aquí, porqué nuestra teoría rechaza dogmáticamente la idea de una asimilación nacional. Con esto queda refutada al mismo tiempo la opinión vulgar de una posible “germanización”. No es, pues, nuestro deseo ni nuestro propósito el quitar a las minorías extranjeras sus particularidades étnicas, su lengua o su cultura, para imponerles otra alemana que les es extraña. No damos instrucciones encaminadas a germanizar nombres no alemanes, todo lo contrario, no deseamos que tal cosa suceda. Nuestra doctrina étnica ve, pues, en toda guerra emprendida para subyugar y someter a un pueblo extranjero un acto que, tarde o temprano, ha de transformar y debilitar interiormente al vencedor, acabando por convertirlo en vencido.

Tampoco creemos que en Europa, en una época en que se ha proclamado el principio de las nacionalidades, puedan ser desposeídos de la suya pueblos de estructura típica, profunda e inconfundiblemente nacional.

En la historia de los últimos 150 años encontramos bastantes ejemplos que son, a la vez, una lección y una advertencia sobre el particular. Una guerra futura no aportará a los Estados nacionales de Europa -prescindiendo quizá de una debilitación pasajera del enemigo- otra ventaja que una exigua corrección de las fronteras étnicas, corrección de escasísima importancia si se compara con los sacrificios que cuesta.

Puede que el estado de guerra permanente creado por tales propósitos entre los diferentes pueblos, parezca ser útil a diversos intereses políticos y económicos, mas por lo que a los pueblos se refiere, sólo les reporta cargas y desgracias. La sangre derramada en el continente europeo desde hace 300 años no guarda la menor relación con las insignificantes transformaciones étnicas. Francia, en definitiva, sigue siendo Francia; Alemania, Alemania; Polonia, Polonia, e Italia, Italia. Los engrandecimientos de soberanía nacional, aparentemente esenciales, que el egoísmo dinástico, las pasiones políticas y el fanatismo patriótico han logrado alcanzar derramando ríos de sangre, no han tenido jamás otro resultado, desde el punto de vista nacional, que rasguñar únicamente la epidermis de los pueblos, sin poder modificar esencialmente su carácter fundamental. Si estos Estados hubiesen consagrado una pequeña parte de sus sacrificios a otros fines más puros, seguramente que el resultado habría sido más grande y duradero.

Al defender hoy, con toda sinceridad y franqueza, estas ideas en mi calidad de nacionalsocialista, no puedo menos que reforzarlas con la reflexión siguiente: Toda guerra destruye por lo tanto la flor de la nación. Ahora bien; como en Europa ya no hay espacio libre, la victoria, cualquiera que sea, no puede producir otra cosa -sin poder mitigar en modo alguno la miseria que aflige a las naciones europeas- que el aumento numérico, a lo sumo, de los habitantes de un Estado. Pero, si los pueblos conceden tanta importancia a este aumento, bien pueden conseguirlo, no con lágrimas ni torrentes de sangre, sino de una manera más sencilla y, ante todo, más natural.

Una sana política social puede dar a la nación, en pocos años, mediante el aumento de nacimientos, más hijos de su propia sangre que, los habitantes que pudiera aportarle un territorio conquistado y sometido por las fuerza de las armas.

¡No! La Alemania nacionalsocialista quiere la paz, la quiere y anhela inspirada en sus más íntimos ideales políticos. La quiere, asimismo, convencida de que ninguna guerra podría hacer desaparecer las causas esenciales de la miseria general que aflige a toda Europa, sino que más bien podría aumentarlas y recrudecerlas.

La actual Alemania vive dedicada a una constante labor para reponerse de los daños sufridos. Ninguno de nuestros proyectos de reconstrucción nacional podrá quedar terminado antes de 10 a 20 años. Ninguna de las tareas de orden ideal que nos hemos impuesto podrá ser realizada antes de 50 ó quizás 100 años. Yo fui el que inicié la revolución nacionalsocialista fundando este Partido que hasta ahora he dirigido con inquebrantable constancia y entusiasmo creciente. Sé que ninguno de nosotros verá más que la primera fase de este gran desarrollo evolutivo. ¡Qué otra cosa podría yo desear que la tranquilidad y la paz! Si se me objeta que este deseo es únicamente el de los dirigentes, he de responder: ¡Basta que los Jefes y los Gobernantes quieran la paz, los pueblos no han deseado nunca la guerra!

¡Alemania necesita la paz y quiere la paz! Oigo decir a un estadista inglés que una seguridad verbal no significa nada y que sólo en la firma al pie de tratados colectivos puede encontrarse la garantía de la seguridad. Yo ruego a Mister Eden que debe tener presente que en este caso se trata de una “seguridad”.

A veces es mucho más fácil firmar un tratado con reservas mentales acerca de la actitud definitiva con respecto a él, que hacer una promesa sincera ante la faz de toda una nación, declarándose por una política pro paz, puesto que rechaza toda presunción de guerra.

Yo hubiera podido poner la firma al pie de diez tratados, pero este hecho no hubiera tenido tanto valor como la declaración que hice a Francia con motivo del plebiscito del Sarre. Si yo, en mi calidad de Führer y Canciller de la nación alemana, doy ante el mundo y mi pueblo la seguridad de que, una vez resuelto el problema del Sarre, no exigirá Alemania ninguna reivindicación territorial a Francia, podrá estarse seguro de que esto es una aportación a la paz mucho mayor que cualquier firma al pie de cualquier tratado.

Creo que con esta declaración solemne, debería darse por terminada una contienda que ha durado ya tanto tiempo entre las dos naciones. Hicimos esta declaración convencidos de que este conflicto y los sacrificios que impone a ambos pueblos no están en armonía con la causa de la contienda, de ese territorio que sin haber sido nunca consultado, ha sido y seguirá siendo la causa de tantos sufrimientos y desgracias.

Si esta declaración, empero, no encuentra otra réplica que el haberse tomado "nota" de ella, no nos queda más remedio que tomar nosotros "nota" de la respuesta dada.

De todos modos, debo protestar aquí contra cualquier tentativa de juzgar de distinta manera el valor de las declaraciones según las conveniencias. Si el Gobierno alemán afirma en nombre del pueblo alemán que no desea otra cosa que la paz, puede estarse seguro de que esta declaración vale tanto como su firma al pie de cualquier fórmula especial de pacto, o de que ésta no puede tener mayor valor que la primera declaración solemne.

No deja de ser curioso que en la historia de los pueblos haya a veces verdaderas "inflaciones de ideas" que difícilmente pueden resistir a un riguroso examen de la razón. Desde hace algún tiempo vive el mundo sumido materialmente en una verdadera monomanía de "colaboración colectiva", seguridad colectiva, obligaciones colectivas, etc. que a primera vista parecer tener todas ellas un contenido concreto, pero que al examinarlas con detenimiento dan margen a múltiples interpretaciones.

¿Qué significa colaboración colectiva?

¿Quién puede comprobar lo que es colaboración colectiva y lo que no lo es?

¿No es cierto que el concepto de "Colaboración colectiva" viene interpretándose de distintos modos desde hace 17 años? Creo expresarme con propiedad al decir que los Estados vencedores, además de otros derechos, se han reservado en el Tratado de Versalles el de definir, sin derecho a réplica, lo que es y lo que no es "Colaboración colectiva".

Si me permito ahora criticar este método, es porque sólo así puede demostrarse claramente la necesidad ineludible de las últimas decisiones adoptadas por el Gobierno del Reich y facilitar la comprensión de nuestros verdaderos propósitos e intenciones.

La idea actual de colaboración colectiva de las naciones es, en principio y por esencia, obra exclusiva del Presidente Wilson. La política de anteguerra ha sido determinada más bien por la idea de alianzas entre naciones que tenían los mismos intereses y perseguían idénticos fines.

Se ha dicho, con razón o sin ella, que esta política era responsable de la guerra mundial, cuya terminación fue acelerada -a lo menos por lo que se refiere a Alemania- por la doctrina contenida en los 14 puntos de Wilson y los 3 que les siguieron ulteriormente. En estos puntos estaban contenidas las siguientes ideas para evitar a la humanidad la repetición de otra catástrofe análoga.

La paz no ha de ser una paz de derecho unilateral, sino una paz de igualdad para todos y, con ello, del derecho general. Ha de ser una paz de reconciliación, del desarme de todos y, por tanto, de la seguridad de todos, resultando de aquí, como coronación de la idea, la de una colaboración de todos los Estados y naciones en la Sociedad de Naciones.

Debo hacer constar aquí nuevamente que ningún otro pueblo al finalizar la guerra acogió con tanto anhelo estas ideas como el alemán. Sus sufrimientos y sacrificios eran infinitamente mayores que los de los demás pueblos participantes en la conflagración. Los soldados alemanes depusieron las armas confiando en esta promesa.

Cuando en 1919, se le dictó la Paz de Versalles al pueblo alemán no se hizo otra cosa que asestar primeramente el golpe de gracia a la colaboración colectiva de los pueblos, pues en lugar de la igualdad de todos se estableció una clasificación entre vencedores y vencidos, en lugar del mismo derecho para todos, una diferenciación entre pueblos con derechos y pueblos privados de todo derecho; en lugar de la reconciliación de todos, el castigo da los rendidos; en lugar del desarme universal, el desarme de los vencidos; en lugar de la seguridad de todos, la seguridad de los vencedores.

En el dictado de Versalles se hacía constar expresamente que el desarme de Alemania no era otra cosa que una medida que debía preceder para facilitar el desarme de los demás. En este único ejemplo puede demostrarse que la idea de la colaboración colectiva fue violada precisamente por quienes la defienden hoy con mayor empeño.

Las condiciones impuestas en el Tratado de Paz habían sido cumplidas por Alemania con verdadero fanatismo.

¡Quebrantamiento completo de su hacienda desde el punto de vista financiero, aniquilamiento total de su economía desde el punto de vista económico y un estado completamente indefenso desde el punto de vista militar! Repetiré aquí, una vez más, a grandes rasgos, los hechos, no desmentidos por nadie, del cumplimiento de los Tratados por parte de Alemania.

En el Ejército de tierra alemán se destruyeron:

1.- 59.000 cationes y tubos de cañón.
2.- 130.000 ametralladoras,
3.- 31.000 lanzaminas y tubos,
4.- 6.007.000 fusiles y carabinas,
5.- 243.000 cañones de ametralladoras,
6.- 28.000 cureñas,
7.- 4.390 cureñas de lanzaminas,
8.- 38.750.000 proyectiles,
9.- 16.550.000 granadas de mano y de fusil,
10.- 60.400.000 espoletas cargadas.
11.- 491.000.000 municiones para armas de mano,
12.- 335.000Tn. de vainas de proyectiles,
13.- 23.515Tn. de vainas de cartuchos,
14.- 37.600Tn. de pólvora,
15.- 79.000 calibres para munición,
16.- 212.000 teléfonos,
17.- 1.072 lanzallamas, etc. etc.

Se destruyeron además:

Trineos, talleres portátiles, carros para cañones antiaéreos, avantrenes, cascos de acero, mascarillas de gas, máquinas de la antigua industria de guerra, cañones de fusil, etc.

En el aire:

1.- 15.714 aviones de caza y de bombardeo,
2.- 27.757 motores de aviación.

Destrucción del armamento naval siguiente:

1.- 26 barcos de línea,
2.- 4 acorazados costeros,
3.- 4 cruceros acorazados,
4.- 19 cruceros pequeños,
5.- 21 barcos escuela y de tipo especial,
6.- 83 torpederos,
7.- 315 submarinos.

Fueron destruidos igualmente:

Vehículos de todas clases, elementos de combate a gas y en parte contra el gas, explosivos, reflectores y proyectores, aparatos de puntería, instrumentos para medir las distancias y el sonido, instrumentos ópticos de todas clases, arreos para caballerías, etc. todos los hangares para aviones y aeronaves.

Alemania ha iniciado así, en un espíritu de sacrificio sin límites, todas las condiciones necesarias para una colaboración colectiva en el sentido ideológico del Presidente Wilson.

Ahora bien; realizado el desarme de Alemania, todos, a su vez, debieran haber procedido por lo menos del mismo modo para el restablecimiento de la igualdad. Una prueba de la veracidad de esta manera de ver nosotros las cosas la tenemos en el hecho de que también en los otros pueblos y en los demás Estados no han faltado voces de advertencia y amonestación exigiendo el cumplimiento de esta obligación. Citaré aquí los nombres de algunos estadistas, los que seguramente no pueden ser considerados como amigos de Alemania, para refutar con sus declaraciones las de aquellos que, en una especie de olvido, no quieren ya saber que el Tratado de Paz contenía la obligación del desarme, no solamente para Alemania, sino también para los demás Estados.

Lord Robert Cecil, miembro de la Delegación británica en la Conferencia de la Paz y Presidente de la Delegación británica en la Conferencia del Desarme (Revue de Paris, 1924, núm. 5):

"Las disposiciones sobre el desarme contenidas en el Tratado de Versalles y en los demás Tratados de Paz empiezan con un preámbulo que dice así: "Para facilitar la iniciación de una limitación general de armamentos en todos los países, Alemania se compromete a observar estrictamente las siguientes disposiciones sobre el ejército de tierra, mar y aire". Este preámbulo contiene un convenio. Es una promesa solemne que los Gobiernos hacen a las democracias de todos los Estados que han firmado los Tratados de paz. Si no llegare a cumplirse, el sistema creado por los Tratados de Paz no podrá ser duradero y hasta el desarme parcial dejará de existir dentro de poco".

Paul Boncour dijo el 8 de Abril de 1927 en la tercera sesión de la Comisión de Desarme Preparatoria de la Sociedad de Naciones:

"Es cierto que el preámbulo de la Parte V del Tratado de Versalles se refiere a las reducciones de armamento que se le impusieron a Alemania como condición y a modo de medida precursora de una limitación general de armamentos. Esto distingue con mucha precisión las restricciones de armamento de Alemania de otras limitaciones análogas impuestas en el curso de la Historia después de terminadas las guerras y que, en general, resultaron ser bastante ineficaces. Esta disposición ha sido impuesta esta vez -y esto es precisamente lo que le da todo su valor- no a uno solo de los firmantes del Tratado, sino que más bien constituye un deber, una obligación moral y jurídica para los demás firmantes, de proceder a la limitación general de los armamentos".

Declaración de Henderson el 20 de Enero de 1931:

"Debemos convencer a nuestros Parlamentarios y pueblos de que todos los miembros de la Sociedad de Naciones han de ser obligados a seguir la política de desarme general por obligaciones solemnes que nos imponen el Derecho Internacional y el honor nacional.

"¿He de recordar al Consejo que el Art. 8 del Estatuto de los Preámbulos de la Parte V del Tratado de Versalles, los actos finales de la Conferencia de Locarno y los acuerdos tomados cada año desde 1920 por la Asamblea hacen ver que todos los miembros de la Sociedad tienen la misma responsabilidad en este caso? Todos nosotros hemos contraído obligaciones, y si no las cumplimos pondrán en duda nuestros propósitos de paz, en perjuicio de la influencia y el prestigio de la Sociedad de Naciones".

Declaración de Briand el 20 de Enero de 1931:

“En nombre de mi país me adhiero a las elocuentes palabras con que nuestro Presidente abre la sesión... Creo, lo mismo que vosotros -y ya he tenido oportunidad de repetirlo frecuentes veces- que los compromisos contraídos por las naciones firmantes del articulo 8 del Estatuto de la Sociedad de Naciones no pueden ni deben ser letra muerta. Constituyen una obligación sagrada, y la nación que quisiera rehuir su cumplimiento no haría otra cosa que deshonrarse”.

Declaración del Ministro de Negocios Extranjeros belga Sr. Vandervelde, miembro de la Delegación de la Paz belga, el 27 de Febrero de 1927:

“A partir de esta fecha nos encontramos ante el siguiente dilema: O las otras naciones reducen sus ejércitos en proporción al ejército de defensa alemán, o el Tratado de Paz queda sin efecto y Alemania puede exigir para sí el derecho de poseer fuerzas militares capaces de defender la integridad de su territorio. De estos hechos hay que sacar dos consecuencias: Una, que todas las medidas de inspección son poco eficaces y, otra, que el desarme no podrá efectuarse en su totalidad ni, en suma, llegar a ser un hecho”.

El mismo Ministro de Negocios Extranjeros el 29 de Diciembre de 1930 en el “Populaire”:

“Del Tratado de Versalles se haría un pedazo de papel inútil si no se cumpliesen las obligaciones morales y jurídicas del Tratado que impuso a la Alemania vencida su desarme con objeto de preparar el de los otros”.

Lord Robert Cecil en su discurso radiado el 31 de Diciembre de 1930:

"El desarme internacional pertenece a nuestros más importantes intereses nacionales. No una sola vez, sino reiteradas veces hemos asumido ya la obligación de reducir y limitar los armamentos de las naciones vencedoras en la Gran Guerra, siendo suplemento del desarme que impusimos como obligación a nuestros antiguos adversarios. Quebrantaremos toda fe en obligaciones internacionales si no llegamos a cumplir lo que hemos prometido, siendo para mí de importancia secundaria lo que tendríamos en este caso que responder si nuestros antiguos adversarios reclamasen para sí el derecho de rearme”.

Y otra vez Paul Boncour el 26 de Abril de 1930 en el “Journal":

“No hay, finalmente, necesidad de ser profeta. Basta tener ojos para percatarse de que en caso de fracasar definitivamente las negociaciones de desarme, o aun en el caso de tenerlas que aplazar constantemente, Alemania, libre así de toda obligación, procederá a librarse de este desarme y no tolerará más una limitación de armamento que el mismo Tratado de Paz ha calificado de condición y también de promesa para limitar generalmente el armamento. No nos queda otra elección”.

¿Y qué ha ocurrido?

Mientras que Alemania, fiel al Tratado impuesto, ha cumplido sus obligaciones, las otras naciones, los llamados Estados vencedores, dejaron de cumplir las cláusulas de este mismo Tratado.

Si se procura ahora disculpar este descuido alegando subterfugios, nada difícil es, por cierto, refutar tales excusas. Con bastante extrañeza oímos ahora de boca de estadistas extranjeros que, en efecto, había existido la intención de ejecutar estas cláusulas, pero que aun no había llegado la hora de su cumplimiento.

¡¿Cómo?!

Todas las condiciones previas para el desarme de los demás Estados eran ya una realidad.

1.- Alemania se había desarmado. No podían afirmar, no, que el Estado que habían reducido a la impotencia constituyese el menor peligro para ellos.

Y un desarme así hubiese dado a la Sociedad de Naciones una fuerza moral tan grande que ningún Estado hubiera podido atreverse a recurrir a la fuerza contra ninguno de los que participaran en ese desarme colectivo.

Aquella hubiese sido la mejor ocasión para convertir en hechos las palabras, tanto más cuanto que,

2.- También políticamente se daban todas las condiciones precisas pues Alemania era entonces una

democracia como jamás la hubo. Todo estaba exactamente copiado e imitado a la perfección de los grandes modelos existentes. No era el nacionalsocialismo el que regia Alemania. El mismo nacionalismo burgués puede decirse que había desaparecido. De la socialdemocracia a la democracia pasando por el Centro se tendía el arco de los partidos que por su ideología no sólo semejaban exteriormente a los de otros países sino que además se sentían unidos a ellos por sus programas. ¿A qué se esperaba entonces?

¿Cuándo podía presentarse una ocasión mejor para conseguir una colaboración colectiva que en aquel tiempo, cuando en Alemania regía exclusivamente aquel espíritu político que prestaba también sus características al mundo que la rodeaba? No, la ocasión era propicia, el momento había llegado; era la voluntad lo que faltaba.

Pero al comprobar la falta de cumplimiento del tratado de Versalles por parte de los otros signatarios, no voy a basarme en el hecho de que no se hayan desarmado. Es que si bien pueden perdonarse las reservas de aquella época para no cumplir las cláusulas del desarme, lo que ha de ser difícil es aducir razones que hayan podido dar pretexto a un rearme cada vez mayor.

Lo decisivo es esto:

No sólo no se han desarmado esos Estados sino que, al contrario, han completado, han perfeccionado y, por consiguiente, han aumentado considerablemente sus armamentos.

Ante esto, no desempeña ningún papel la objeción de que, en parte, se ha procedido a una reducción de efectivos, pues esa reducción quedó más que suficientemente compensada con el perfeccionamiento técnico y sistemático más moderno. Además, era cosa de juego subsanarla en cualquier momento.

Y, sobre todo, hay que tener en cuenta lo siguiente: En el transcurso de las negociaciones del desarme se ha intentado después dividir las armas más aptas para la defensa y armas más bien destinadas al ataque.

Tengo que hacer constar aquí que Alemania no tenía ninguna de las armas designadas como ofensivas. Todas habían sido completamente destruidas. Y hay que hacer constar, además, que precisamente las propias y destinadas para el ataque fueron las que los otros signatarios del Tratado de paz siguieron desarrollando, perfeccionando y aumentando de manera extraordinaria.

Alemania había destruido todos sus aviones. No sólo se encontraba indefensa respecto a armas aéreas activas sino que se encontró también desprovista de medios pasivos de defensa antiaérea.

Y al mismo tiempo los otros signatarios no sólo no destruyeron los aeroplanos que tenían, no, sino que, al contrario, desarrollaron la aviación extraordinariamente.

La velocidad de los aviones de caza, por ejemplo, que era de 200 Km./h. al terminar la guerra, aumentó, gracias a los constantes perfeccionamientos en los tipos modernos a 400 Km../h. El armamento aumentó de 2 ametralladoras a 3, 4 y 5 y, finalmente, se armaron de pequeños cañones ametralladores. La altura máxima pasó de 6.000 m. al terminar la guerra, a 9, 10 y 11.000 metros.

En lugar de destruir los aviones de bombardeo, como había hecho Alemania, se perfeccionaron diligentemente, se desarrollaron y se sustituyeron por tipos cada vez mayores y más perfectos. La capacidad de carga que, al terminar la guerra era de 500 a 1.000 Kg. por término medio, se elevó de 1.000 a 2.400. La velocidad media que era antes de 125 a 160 Km../h. se elevó a 250 ó 280 en aviones de bombardeo nocturnos y hasta 350 Km./h. en aviones de bombardeo diurnos. El techo máximo de servicio pasó de 3.000 a 4.000 metros al terminar la guerra hasta 6.000, 7.000 y, finalmente, 9.000 metros.

El armamento subió de 2, 3 y 4 ametralladoras a 4, 6 y hasta 8 ametralladoras llegando, por fin, hasta el cañón.

Los aparatos de puntería fueron tan genialmente perfeccionados que se declaró abiertamente poder destruir con mortal seguridad los objetivos designados. Completamente nuevo, es el aeroplano de vuelo

en picado.

El efecto de la explosión de las bombas fue cada vez más destructor, a partir de la guerra. Al deseo de una gasificación mejor respondieron nuevos inventos y para destruir los centros urbanos hay bombas incendiarias nocturnas modernas que, según afirman revistas técnicas de las diferentes fuerzas aéreas, no pueden extinguirse.

Los aparatos de navegación y orientación de estos aviones de bombardeo se han ido perfeccionando incesantemente, se anuncian aviones de bombardeo capaces de volar sin piloto y de lanzar bombas sobre sus objetivos indefensos, dirigidos por control remoto.

No sólo no disminuyó el número de aeródromos y de aeropuertos sino que aumentó en todas partes. Los buques de guerra fueron provistos de aviones. Y no solamente se ha dotado a algunos barcos con aviones de combate y de bombardeo en calidad de armas suplementarias, no; se procedió a la construcción de gigantescos portaaviones, un arma ofensiva, y todo esto bajo el signo del "desarme".

Esta ha sido la manera de cumplir la destrucción de aviones prescrita por el Tratado de Versalles y realizada por Alemania.

Alemania ha destruido sus carros de combate en cumplimiento de la obligación impuesta. Al hacerlo, destruía y suprimía también, fiel al Tratado, un "arma ofensiva".

Deber de los otros Estados hubiese sido comenzar entonces, por su parte, la destrucción de sus carros de combate. Pero no sólo no los destruyeron sino que los fueron perfeccionando constantemente tanto respecto a la velocidad como a la capacidad de resistencia y de ataque. La velocidad de los que, en tiempos de la guerra, era de 4 a 12 Km./h., aumentó hasta 30, 40, 50 y, por fin, hasta 60 kilómetros por hora.

Cuando ya hacía mucho tiempo que Alemania no tenía ni un solo remache de sus antiguos carros de combate, Francia pasó del tipo medio de 10 a 14 toneladas, al tipo pesado de unas 90 toneladas.

Mientras que, durante la guerra, cualquier carro podía ser perforado por un proyectil de 13 mm., los nuevos monstruos de guerra fueron dotados de planchas blindadas de 50 a 60 mm., y de esa manera quedaron invulnerables incluso para los proyectiles de la artillería de campaña. Simultáneamente con el terrible perfeccionamiento pasivo de este arma en lo que se refiere a velocidad, peso, blindaje y impermeabilidad contra gases, se desarrollaron enormemente las armas de ataque de esas máquinas de guerra. En lugar de ametralladoras o de cañones de 4 a 5 cm. se recurrió a hacer combinaciones. Carros con cañones de 7.5 cms. de 10 y 15 y más, no son ya una fantasía sino una terrible realidad.

Al mismo tiempo que Alemania destruía sus carros y esperaba el cumplimiento de la destrucción por parte de los otros, éstos han construido más de 13.000 carros nuevos y los han perfeccionado y agrandado hasta hacer de ellos armas espantosas. Según las disposiciones del tratado de Versalles, Alemania debía destruir toda su artillería pesada. También esto se hizo. Pero mientras los cañones pesados y los morteros alemanes iban a parar como chatarra a los altos hornos, los otros signatarios no sólo no procedían a análoga destrucción de la artillería pesada sino que, al contrario, también aquí asistimos al mismo desarrollo constructivo, al mismo mejoramiento, a la misma perfección.

Cuando ya hacía mucho tiempo que no existía ningún mortero del 42, se supo que las fábricas francesas habían logrado la construcción de uno de 54 cm. Como novedades, han surgido cañones de largo alcance con un radio de tiro de 60 a 120 kilómetros. La nueva artillería y la artillería más reciente, la pesada y la más pesada, se podrán desarmar y transportar cómodamente para aumentar su movilidad con ayuda de tractores y de remolques de cadena.

Esto ocurría con un arma que tiene verdaderamente un marcado carácter ofensivo y frente a la cual

Alemania no sólo no tenía arma que oponer, sino ni siquiera la posibilidad de una mera defensa.

Gases: Según el Tratado de Versalles, y como condición previa para el desarme de los otros signatarios, Alemania tuvo que destruir todo su armamento químico y lo hizo. En los demás se trabajaba en los laboratorios químicos y no, como seria lógico, para suprimir ese arma, sino, al contrario para perfeccionarla más y más. De cuando en cuando, se daba públicamente al mundo la asombrosa nueva del invento de otro gas aun más mortífero y de granadas y bombas con idéntico fin.

Submarinos: También aquí, conforme a las cláusulas del Tratado de Versalles, cumplió fielmente Alemania sus compromisos para facilitar el desarme general. Todo lo que tenía la menor semejanza con un submarino fue cortado con el soplete, destruido completamente y convertido en chatarra.

En tanto, el resto del mundo no sólo no siguió ese ejemplo ni mucho menos sino que, no contentándose con mantener su material de guerra lo completó, lo perfeccionó y lo aumentó constantemente.

El aumento del desplazamiento terminó siendo de 3.000 toneladas y en el refuerzo del armamento se llegó hasta el cañón de 20 cms. El número de tubos lanzatorpedos fue aumentado en cada submarino, elevando su calibre y ampliando el alcance y el efecto explosivo. El radio de acción de estos submarinos aumentó considerablemente respecto al de la guerra última; se llegó a una inmersión más profunda y se perfeccionaron ingeniosamente los periscopios.

Esta era la aportación que hacían al desarme los Estados que en el Tratado de Versalles se habían comprometido a seguir el ejemplo dado por Alemania y a destruir, por consiguiente, el arma submarina. Estos no son más que algunos ejemplos. Podríamos aumentarlos y completarlos a voluntad, en todos los sentidos. En conjunto, constituyen la prueba -que en todo momento puede comprobarse- de que, contra lo estipulado en el Tratado de Versalles, no sólo no se desarmó sino que, al contrario, se procedió al aumento y al perfeccionamiento constante de potentes armas de guerra.

Hízose, pues, precisamente lo contrario, no sólo en lo tocante a las intenciones del Presidente Wilson, sino también, según la opinión de destacados representantes de nuestros adversarios, en lo que atañe a las obligaciones asumidas por el hecho de haber firmado el Tratado de Versalles.

Si esto no es una evidente infracción de contrato, una infracción unilateral, después de haber cumplido el otro contratante sus obligaciones sin restricción alguna, difícil será ver en lo por venir el sentido que pueda tener firmar contratos.

No: ¡Para tal cosa no hay excusas ni componendas! ya que Alemania, dado el estado inerme en que ésta se encontraba, sin defensa y privada de armas, no era ni podía ser en ningún caso el menor peligro para los otros Estados.

Alemania, no obstante haber esperado inútilmente años enteros a que las otras naciones cumpliesen con el Tratado de Versalles, seguía dispuesta a prestarse a cualquier colaboración verdaderamente colectiva. Mr. Eden, Lord Guardasellos, estima que en todas partes estaban dispuestos a establecer una paridad en cuanto a la fijación cuantitativa de los efectivos. Tanto más es de lamentar, que de ello no se hayan sacado consecuencias prácticas. No fue Alemania la que hizo fracasar la realización del plan de un ejército de 200.000 hombres para todos los Estados europeos, sino las otras naciones que no querían proceder al desarme. Y por último tampoco fue Alemania, la que rechazó el proyecto de mediación inglesa en la primavera de 1934, sino el Gobierno francés, que el 17 de Abril de 1934 rompió las negociaciones en cuestión.

A veces se exterioriza una esperanza, la esperanza de que Alemania presente ella misma un plan constructivo. Ahora bien; yo mismo he presentado no una sola vez, sino ya reiteradas veces, proyectos de esta clase. Si se hubiese aceptado mi plan constructivo de un ejército de 300.000 hombres, nuestros cuidados no serían hoy tan grandes ni nuestras cargas tan pesadas. Pero es casi inútil presentar planes

constructivos cuando desde un principio se tiene la certeza de que serán rechazados.

Si me decido ahora, a pesar de todo, a presentar un bosquejo de nuestro ideario, lo hago únicamente porque me impele mi deber a no omitir nada que pueda dar a Europa la seguridad interior necesaria y a los pueblos europeos el sentimiento de su solidaridad. Pero ya que otras naciones, lejos de proceder al cumplimiento de las obligaciones de desarme que les imponía el Tratado de Paz, rechazaban todas las proposiciones que se les hacían en este sentido, vime obligado, como Führer de la nación alemana, responsable ante Dios y mi conciencia, y en vista de que formulaban convenios militares, de que Rusia elevaba su ejército de paz a novecientos sesenta mil hombres y de que Francia, según noticias recibidas, estaba en vísperas de introducir el servicio militar de dos años, vime precisado, repito, a restablecer yo mismo, impulsado por el instinto de conservación de mi Patria, la igualdad de derechos que se le había denegado internacionalmente a Alemania. No ha sido pues Alemania la que ha violado una obligación impuesta contractualmente, sino aquellas naciones que nos obligaron a actuar por nuestra propia cuenta en este caso. La introducción en Alemania, del servicio militar obligatorio y la publicación de la ley sobre la creación del nuevo ejército alemán no ha sido otra cosa, por consiguiente, que la vuelta de Alemania a un estado de igualdad de derechos, a una situación que no amenaza a nadie, pero que sí garantiza la seguridad e integridad de nuestro territorio.

No puedo menos de mostrar aquí mi extrañeza acerca del argumento que escuchamos de labios del Presidente de Ministros inglés, Mr. MacDonald, que ha dicho, a propósito del restablecimiento del ejército alemán, que los otros Estados habían hecho bien en aplazar el desarme. Si esta opinión llega a hacerse general, podremos contar en el futuro con sorpresas muy interesantes. En efecto, según esta opinión, toda infracción de contrato será sancionada ulteriormente por el hecho de que uno de los contratantes saque, por su parte, las mismas consecuencias.

A y B, por ejemplo, firman un contrato. B cumple su obligación, A infringe la suya. Al cabo de muchos años de amonestaciones declara también B que el contrato carece ya de todo valor para él, a lo que A se cree autorizado para hacer constar que con ello queda sancionada moralmente su infracción de contrato, ya que también B se retira de éste.

Quisiera ocuparme aquí brevemente de los reproches e imputaciones dirigidos contra el restablecimiento del Ejército Alemán.

Se afirma: Primero, que Alemania no está amenazada por nadie y segundo, que por consiguiente, no se comprende, por qué razón procede al rearme.

Cabe preguntar aquí ¿Por qué la parte contraria -que de todas maneras podía sentirse menos amenazada por una Alemania desarmada que ésta por aquella- no cesó, por su parte, con los armamentos hasta quedar también desarmada? Si se afirma que Alemania constituía con su rearme una amenaza para los demás Estados, puede argumentarse que el rearme de las otras naciones era una amenaza mucho más grande para una Alemania decaída y desarmada.

Aquí nos encontramos ante una alternativa: O el armamento constituye una amenaza para la paz, y entonces lo es para todos los Estados, o no es ninguna amenaza de guerra, y entonces no lo es para ninguno de ellos. No es admisible que un grupo de naciones vea en su propio armamento la paloma de la paz y en el de los contrarios el rayo de Júpiter. ¡Tanque es tanque y bomba es bomba! El concepto de dividir el mundo a perpetuidad en Estados con derechos desiguales, no podrá ser reconocido nunca sino por una sola de las partes, es decir, unilateralmente. La nación alemana no está dispuesta en ningún caso a consentir que se la considere y trate indefinidamente como nación de segunda categoría o de menores derechos. Tal vez nuestro amor a la paz sea más grande que el de otros pueblos, pues nosotros fuimos los que más sufrimos las consecuencias de esta malhadada guerra. Ninguno de nosotros abriga la intención de amenazar a nadie, pero todos estamos resueltos a asegurar y conservar la igualdad de derechos del

pueblo alemán. Y esta igualdad es una condición sine qua non para toda colaboración práctica y colectiva.

Mientras existan recelos con respecto a esta igualdad, podrá afirmarse desde un principio que la realización de una colaboración europea efectiva y fructífera es materialmente imposible. Alemania una vez en poder de derechos absolutamente iguales, no se negará nunca a tomar parte en trabajos que tiendan a establecer la paz entre los pueblos, a fomentar sus progresos y su bienestar económico. No puedo menos que hacer constar aquí que considero como deber ineludible el desaprobar ciertos procedimientos que, emanados del espíritu del Dictado de Versalles, son responsables de que hayan fracasado algunos esfuerzos hechos con las mejores intenciones del mundo.

El mundo vive actualmente en la era de las conferencias. Si el resultado de algunas de estas reuniones es absolutamente negativo, la causa de esta decepción hay que buscarla no pocas veces en el modo de preparar el programa y en los fines que se persiguen. Tal o cual gobierno se cree obligado -al igual que todos los demás- a hacer algo por la paz de Europa que se cree amenazada.

En vez de someter la idea general a todos los que han de tomar parte en su realización, exponiendo a la vez el deseo de conocer la opinión de cada uno de los Estados o de sus Gobiernos sobre los medios y métodos aplicables al proceso y a la solución de esta cuestión, no se hace otra cosa que elaborar un programa completo entre dos o tres Cancillerías. En tal caso no es posible substraerse a la impresión de que la redacción del contenido de las decisiones a tomar ha sido influida, en parte, por el deseo de provocar, gracias a una mezcla de lo posible e imposible, el fracaso seguro del proyecto a costa de los invitados posteriormente.

Después de haberse puesto de acuerdo dos o tres Estados acerca de los puntos fijados en un programa, hasta en sus más nimios detalles, no queda que hacer más que notificar el programa así elaborado al Estado invitado posteriormente, haciéndole saber que este programa es un todo indivisible y debe ser considerado como aceptado de una manera general y total o rechazado en su conjunto. Ahora bien; como en este programa pueden encontrarse, como es natural, ideas excelentes, el Estado que no da su asentimiento a todo el proyecto, asume la responsabilidad del fracaso del programa, incluso de las partes útiles. Este procedimiento me recuerda los métodos de ciertos distribuidores cinematográficos que, por principio, no alquilan las buenas películas sino mezcladas con las malas.

Para comprender esto hay que considerarlo como un fenómeno atávico cuyo origen se encuentra en las llamadas negociaciones de paz celebradas en Versalles. La receta es bien sencilla: Se establece un programa, se entrega a un tercero a modo de dictado y se declara que el todo es un tratado solemnemente firmado. He aquí la receta empleada para llevar la lucha más formidable de la historia universal al buen fin tan deseado y apetecido por los pueblos. Las consecuencias de este procedimiento no han podido ser más tristes, y no sólo para los vencidos, sino también para los vencedores.

Por lo que se refiere a Alemania, ante tales tentativas sólo tengo que declarar que:

No tomaremos parte en ninguna conferencia cuyo programa no haya sido elaborado desde un principio con nuestra colaboración. No pensamos de ninguna manera concurrir a banquete alguno en el que figuremos como convidados de segunda mesa, para presentarnos un menú ya preparado y que seamos precisamente nosotros los que tengamos que probar el primer plato. No quiero decir que no nos reservemos la libertad de ratificar posteriormente tratados elaborados en conferencias a las que no hemos asistido nosotros. ¡De ninguna manera! Es posible que un tratado nos parezca conveniente y útil en su forma definitiva, no obstante no haber tomado parte en su redacción o en la conferencia que lo ha erigido en ley para una serie de Estados. No vacilaremos en dar posteriormente a uno de estos tratados nuestro consentimiento y nuestra adhesión, toda vez que se desee y sea posible hacerlo. El Gobierno del Reich, sin embargo, se reserva él mismo el derecho de determinar este caso.

Debo recalcar que el método de elaborar programas para conferencias con el epígrafe “todo o nada” me parece falso y erróneo.

Tengo en general por nada práctico semejante principio en la vida política. Creo que se hubiera conseguido más en la pacificación de Europa conformándose de caso en caso con lo logrado. Casi no se ha discutido en los últimos años un proyecto de pacto en el que uno u otro punto no hubiera sido aceptado por todos sin ninguna clase de reservas. Pero al afirmar que existía solidaridad con los demás puntos, en parte más delicados y en parte absolutamente inadmisibles para diferentes Estados, se prefería dejar de hacer lo bueno y fracasar el todo.

Asimismo me parece arriesgado abusar de la tesis de la indivisibilidad de la paz como pretexto para planes destinados, no tanto a la seguridad colectiva como a contribuir, consciente o inconscientemente, a una preparación colectiva de la guerra. El conflicto mundial de 1914 debería ser aquí una advertencia terrible para nosotros. No creo que Europa pueda soportar por segunda vez una catástrofe semejante sin sufrir la más formidable conmoción. Este conflicto, empero, puede sobrevenir con tanta mayor facilidad cuanto menor vaya

siendo -debido a una red de inextricables obligaciones internacionales- la posibilidad de localizar conflictos pequeños y más grande el peligro de arrasar y comprometer a numerosos Estados y grupos de Estados. En cuanto a Alemania, creo conveniente no dejar la menor duda acerca de los siguientes puntos:

Alemania ha declarado solemnemente a Francia que, una vez pasado el plebiscito del Sarre, está

dispuesta a aceptar y garantizar las fronteras tal como estaban al celebrarse dicho plebiscito. Alemania ha celebrado con Polonia olvidando lo pasado, un pacto de no-agresión como nueva y valiosa aportación a la paz europea, pacto que no sólo cumpliremos ciegamente, sino que deseamos que se siga prorrogando y contribuya a estrechar y consolidar cada vez más nuestras relaciones amistosas. Lo hemos hecho sin perder un solo momento de vista que con ello renunciamos definitivamente a Alsacia-Lorena, regiones por las cuales hemos tenido ya dos grandes guerras. Sin embargo, lo hemos hecho para ahorrar al propio pueblo alemán nuevos sacrificios de sangre en lo sucesivo. Convencidos estamos de que con ello prestamos un gran servicio, no sólo a nuestro pueblo, sino también a esta región fronteriza. Queremos poner de nuestra parte cuanto esté en nuestras fuerzas para llegar a una verdadera paz y a una real amistad con el pueblo francés. Reconocemos al Estado polaco como foco, por decirlo así, de un gran pueblo animado de un profundo sentimiento nacional, lo reconocemos con toda la comprensión y toda la cordial amistad de sinceros nacionalistas. Mas si queremos ahorrarle al pueblo alemán un nuevo derramamiento de sangre, aún a costa de un sacrificio de nuestra parte, ni queremos ni podemos prestar nuestra sangre a intereses ajenos.

No pensamos ni tenemos la intención de vender ni contratar a nuestro pueblo, a padres e hijos para cualquier conflicto eventual en el que nosotros no seamos la causa ni hayamos contribuido a él.

La vida del soldado alemán es tan preciosa, y es tanto lo que amamos a nuestro pueblo, que en modo alguno creemos compatible con nuestro sentimiento de responsabilidad el contraer compromisos de asistencia de consecuencias indefinidas.

Así creemos servir mejor a la causa de la paz, pues sólo puede aumentar el sentimiento necesario de responsabilidad de cada Estado sabiendo desde un principio que en su conflicto no cuenta con grandes y poderosos aliados. Hay aquí, finalmente, cosas que son posibles y cosas que son imposibles.

A título de ejemplo quisiera hablar brevemente del pacto oriental que nos han propuesto.

El pacto, tal como nos ha sido presentado, contiene una obligación de asistencia que, en nuestra convicción, puede conducir a consecuencias y resultados imposibles de prever por ahora. El Reich alemán, y especialmente el actual Gobierno, no abrigan otro deseo que mantener relaciones pacíficas y amistosas con todas las naciones vecinas. Abrigamos estos sentimientos no sólo con respecto a los grandes Estados que nos rodean, sino también hacia los pequeños Estados vecinos. Digo más; en la existencia de estos Estados, toda vez que gocen de una efectiva independencia, vemos precisamente el factor de paz y neutralidad preciosos para nuestras fronteras, que desde un punto de vista militar, se hallan completamente abiertas y desprovistas de toda defensa. Por mucho que amemos y deseemos la paz, no nos será posible evitar que precisamente de Oriente sobrevengan conflictos peligrosos entre cualesquiera de aquellos Estados. Determinar quién es el culpable, es en tales circunstancias cuestión sumamente difícil de resolver. No hay en este mundo autoridad a quien Dios haya conferido la virtud de encontrar y exponer la eterna verdad.

El fin empieza a justificar todos los medios tan tarde como la furia de la guerra se extiende por los pueblos, y la humanidad pierde bien pronto la noción neta de lo que es justo e injusto. Han transcurrido ya más de 20 años desde que estalló la guerra mundial y cada nación vive en la sagrada convicción de que el derecho y la razón están de su parte y que la culpa la tienen exclusivamente sus adversarios. Me temo que las obligaciones de asistencia, al sobrevenir semejante conflicto, conduzcan, no tanto al reconocimiento del agresor, como quizá al apoyo del Estado que lo ha provocado y que más convenga a sus propios intereses. Tal vez sea más útil para la causa de la paz separarse inmediatamente de ambas partes interesadas al estallar el conflicto que comprometer desde un principio sus armas en una lucha futura por obra y gracia de un contrato.

Prescindiendo de estas consideraciones de principio hay aquí otro punto esencial. La actual Alemania es

un Estado nacionalsocialista.

La ideología que nos domina es diametralmente opuesta a la de la Rusia soviética.

El nacionalsocialismo es una doctrina que se refiere exclusivamente al pueblo alemán. El bolchevismo acentúa su misión internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas creemos que en definitiva el hombre no puede ser feliz más que dentro de su pueblo. Vivimos en la convicción de que la felicidad o la actividad creadora de Europa está indisolublemente unida a la existencia de un sistema de Estados nacionales independientes y libres. El bolchevismo predica la creación de un Imperio mundial y los Estados no son para él más que secciones de una central internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas reconocemos a cada pueblo el derecho de vivir su propia vida según sus necesidades y su idiosincrasia.

El bolchevismo, en cambio, sienta teorías doctrinarias que tienen que aceptar todos los pueblos cualesquiera que sean su carácter particular; su peculiar naturaleza, sus tradiciones etc.

El nacionalsocialista aboga por la solución de los problemas, cuestiones y tensiones sociales dentro de su propia nación con métodos conciliables con nuestra concepciones, tradiciones y condiciones generales humanas, espirituales, culturales y económicas.

El bolchevismo predica la lucha de clases internacional, la revolución internacional y mundial con las armas del terror y de la violencia.

El nacionalsocialismo combate por el allanamiento y la consecuente conciliación de los antagonismos y por la solidarización de todos para comunes empresas.

El bolchevismo enseña la superación del pretendido dominio de una clase por la dictadura violenta de otra clase.

El nacionalsocialismo no da ningún valor a una supremacía simplemente teórica de la clase trabajadora, pero se la da tanto mayor, en cambio, a la mejora práctica de sus condiciones de vida y de su nivel de vida.

El bolchevismo lucha por una teoría y sacrifica por ella millones de hombres, inapreciables valores de una cultura histórica y tradiciones para no conseguir, en comparación con nosotros, más que un ínfimo nivel de vida.

Como nacionalsocialistas nos llena de admiración y de respeto cuanto de grande se ha realizado en el pasado, no sólo en nuestro propio pueblo sino fuera de él también. Nos complace pertenecer a una comunidad europea que tan fuertemente imprimió al mundo actual el sello de su espíritu.

El bolchevismo rechaza esa obra cultural de la humanidad y sostiene que el comienzo de la verdadera historia de la cultura y de la humanidad hay que buscarla el DÍA del nacimiento del marxismo.

Nosotros los nacionalsocialistas quizá discrepemos en algún punto de organización de nuestras instituciones religiosas, pero no queremos jamás irreligión y falta de fe, ni pretendemos que nuestros templos se conviertan en clubes o cines.

El bolchevismo enseña el ateismo y obra en consecuencia. Nosotros los nacionalsocialistas vemos en la propiedad privada una fase superior en la evolución económica de la humanidad, que regula la administración de lo producido con arreglo a las diferencias de capacidades y que, en conjunto, hace posible y garantiza a todos las ventajas de un nivel más alto de vida.

El bolchevismo no sólo destruye la propiedad privada sino que mata también la iniciativa particular y el placer de la responsabilidad. De esta manera Rusia, el mayor país agrícola del mundo no ha podido evitar

que mueran de hambre millones de seres.

Semejante catástrofe en Alemania sería inconcebible porque, en último extremo, a diez habitantes de la ciudad corresponden en Rusia 90 campesinos mientras que en Alemania a 75 habitantes de la ciudad corresponden únicamente veinticinco campesinos.

Esta enumeración podría continuarse indefinidamente.

Nacionalsocialistas y bolcheviques estamos convencidos de que entre nosotros hay un abismo para siempre infranqueable.

Además, entre ambos hay más de 400 camaradas nacionalsocialistas asesinados, otros miles de nacionalsocialistas pertenecientes a otras organizaciones caídos en lucha en revueltas con los bolcheviques, miles de soldados y policías que en defensa del Reich y de los países alemanes contra las eternas rebeliones comunistas fueron muertos y martirizados, y más de 43.000 heridos sólo dentro del Partido Nacionalsocialista. Miles de ellos han quedado ciegos o impedidos para el resto de su vida.

En tanto que el bolchevismo no sea más que una cuestión rusa no nos interesa lo más mínimo. Que cada pueblo sea feliz a su manera. Pero en el momento en que el bolchevismo atraiga a Alemania a su órbita, seremos sus enemigos más encarnizados y más fanáticos.

Es un hecho que el bolchevismo se presenta y se considera a sí mismo como una idea y un movimiento revolucionario universal. Tengo aquí una selección de los acontecimientos revolucionarios de los últimos 15 años con los cuales la prensa bolchevique y la literatura y los estadistas y oradores prominentes del bolchevismo se declaraban solidarizados y de los cuales hasta llegaban a vanagloriarse.

1918. Noviembre. Revolución en Austria y Alemania.

1919. Marzo. Revolución proletaria en Hungría; rebelión en Corea.

1920. Septiembre. Ocupación de las fábricas por los obreros en Italia.

1921. Marzo. Rebelión de la vanguardia proletaria en Alemania.

1923. Otoño. Crisis revolucionaria en Alemania.

1924. Diciembre. Rebelión en Estonia.

1925. Abril. Rebelión en Marruecos.

1927. Julio. Rebelión en Viena.

1925. Abril. Explosión en la catedral de Sofía.

Desde 1925 Movimientos revolucionarios en China.

1926. Diciembre. En la India oriental holandesa (Java) se evita a tiempo una rebelión comunista.

1927. Incremento de la revolución en China; movimiento comunista de negros en los Estados Unidos; agentes comunistas en los países bálticos.

1928. Organizaciones comunistas en España, Portugal, Hungría, Bolivia, Letonia, Italia, Finlandia, Estonia, Lituania, Japón; Excesos comunistas en China; Fermentación comunista en Macedonia; Bombas comunistas en Argentina.

1929. Mayo. Barricadas en Berlín; Agosto -el Día del comunismo contra el Imperialismo; Agosto - Rebelión en Colombia; Septiembre -explosiones de bombas en Alemania; Octubre - Entrada de los bolcheviques rusos en Manchuria.

1930. Febrero. Desórdenes comunistas en Alemania; Marzo - el Día comunista de los parados; Mayo - Rebelión armada comunista en China; Junio, Julio -Lucha contra el movimiento comunista en Finlandia; Julio -Guerra civil comunista en China.

1931. Enero. Lucha contra las bandas comunistas en China; Enero -Revelaciones oficiales sobre los comunistas en los Estados Unidos; Mayo -Estalla la revolución en España; Junio, Julio - Otra vez lucha contra las bandas comunistas en China.

1931. Agosto. Lucha contra el comunismo en Argentina, se cierra la delegación comercial comunista para Sudamérica1 detenciones, etc. etc.

Es una serie inacabable, inacabable.

Si no me engaño, en el último discurso del Lord Guardasello he leído que nada está más lejos de los propósitos de la Unión soviética que tales tendencias y especialmente las de agresiones militares. Nadie se alegraría más que nosotros si en el futuro se demostrase que esa idea es cierta. Desde luego el pasado la contradice. Al atreverme a oponer a esa opinión la mía, siempre puedo aludir al éxito de mi propia lucha que al fin y al cabo no se debe a una incapacidad que por casualidad estuviera muy pronunciada en

mí. Yo creo que de estas cosas entiendo un poco.

Empecé mi lucha en Alemania al mismo tiempo que el bolchevismo celebraba su primer triunfo, es decir, la primera guerra civil en Alemania. Cuando después de 15 años, el bolchevismo contaba en nuestro país con 6 millones de partidarios, yo había logrado hasta 13 millones.

En la lucha decisiva sucumbió él. El nacionalsocialismo libró a Alemania y a la vez quizá a toda Europa de la catástrofe más horrible de todos los tiempo. Si en la Europa occidental se dispusiese para juzgar de estas cosas de las mismas experiencias prácticas de que yo dispongo, creo que también allí se llegaría a conclusiones totalmente distintas.

Si mi lucha en Alemania hubiese fracasado y la rebelión comunista hubiese triunfado, entonces ya sé que no se discutiría de seguro la grandeza de nuestra histórica empresa. Así, no puedo presentarme ante el resto del mundo más que como un monitor del cual se ríe. Pero, en todo caso, por lo que hace a Alemania mi conciencia y mi responsabilidad me obligan a hacer constar lo siguiente:

Las revueltas y las revoluciones comunistas alemanas no se hubiesen producido sin la preparación espiritual y material del bolchevismo mundial. Sus principales jefes no sólo fueron preparados y apoyados económicamente en Rusia para su acción revolucionaria en Alemania sino que se les festejaba, se les daban órdenes e incluso se les confería un grado del ejército ruso. Estos son hechos.

Alemania no tiene nada que ganar en una guerra europea. Lo que queremos es libertad e independencia. Por esto estábamos dispuestos también a firmar con todos nuestros vecinos pactos de no-agresión. Si excluimos de ellos a Lituania, no es porque deseemos una guerra con ella sino porque no podemos concertar tratados políticos con un Estado que desprecia las más primitivas leyes de la convivencia humana. Bastante triste es que el desparramamiento de los pueblos europeos haga difícil en muchos casos delimitar prácticamente las fronteras con arreglo a las nacionalidades y que ciertos tratados no hayan tomado en consideración, conscientemente, la homogeneidad nacional. Menos que nunca es entonces necesario que se martirice y maltrate a hombres que ya sufren el dolor de haber sido arrancados de su pueblo natural. Hace unas cuantas semanas leía en un gran diario internacional la observación de que Alemania podría renunciar fácilmente a la región de Memel puesto que de todas maneras, aquella ya es bastante grande. Ese noble y humanitario escritor olvida únicamente que, en último extremo, 140.000 hombres tienen también su derecho a la vida y que no se trata de que Alemania los quiera o no los quiera sino de si ellos quieren, o no, ser alemanes. Y lo son. Fueron arrebatados al Reich por un ataque cometido en plena paz y sancionado posteriormente, y en castigo de la adhesión que, a pesar de todo, sienten por el pueblo alemán son perseguidos, torturados y maltratados del modo más bárbaro. ¿Qué se diría en Inglaterra o en Francia si miembros de estas naciones sufriesen tan triste destino? Si se considera como un delito que merece castigarse el sentimiento de adhesión a un pueblo por parte de hombres a quienes se les arrancó a ese pueblo, contra todo derecho y todo orden natural, esto significa negar al hombre el derecho que se concede incluso al animal: El derecho del apego al antiguo señor y a la anterior comunidad natural. Ahora bien; 140.000 alemanes están despojados de este derecho en Lituania. Por esto, en tanto que los garantes responsables del Estatuto de Memel no hagan lo posible por su parte para que Lituania respete los primitivos derechos del hombre, por la nuestra no hay responsabilidad alguna de concertar con ese Estado un tratado cualquiera.

Salvando esta excepción -excepción que las grandes potencias responsables pueden hacer desaparecer- estamos dispuestos a intensificar en todo Estado europeo limítrofe, mediante pactos de no-agresión y de exclusión de la violencia, el sentimiento de seguridad que, al fin y al cabo, también repercute en nosotros. Pero no nos es posible completar tales tratados con compromisos de asistencia mutua incompatibles con nosotros ideológica, política y objetivamente. El nacionalsocialismo no puede llamar al pueblo alemán, es decir a los suyos, al combate para conservar un sistema que, al menos en nuestro propio Estado se

revela como el enemigo más encarnizado. Compromiso para la paz, sí. Asistencia del bolchevismo en la lucha no la queremos, no podríamos tampoco acordársela.

Por lo demás, en la conclusión de los pactos de asistencia que nos son conocidos vemos un proceso que no se diferencia en nada de las antiguas alianzas militares. Lamentamos esto especialmente porque la alianza militar concertada entre Francia y Rusia ha introducido, sin duda alguna, un elemento de inseguridad jurídica en el único tratado de seguridad mutua verdaderamente claro y valioso en Europa: En el tratado de Locarno. Las interpelaciones hechas desde diversos sitios en estos últimos tiempos a impulso seguramente de los mismos temores, sobre las consecuencias de esta nueva alianza prueban, tanto por las preguntas como por las respuestas, la abundancia de casos que puedan dar lugar a divergencia de opiniones. El gobierno alemán quedaría singularmente reconocido si se le diese una interpretación auténtica de las repercusiones y de los efectos que la alianza militar franco-rusa tiene sobre los compromisos contractuales de los diferentes signatarios del pacto de Locarno. Tampoco quisiera dejar ninguna duda sobre su propia opinión, según la cual esas alianzas militares son incompatibles con el espíritu y la letra del Estatuto de la Sociedad de Naciones.

Tan imposible como la aceptación de ilimitados compromisos de asistencia mutua es para nosotros la firma de pactos de no-intromisión, en tanto que no se defina precisamente este concepto. Porque nadie como nosotros los alemanes, se alegraría de que pudieran encontrarse, al fin, caminos o métodos para cortar e impedir la influencia de fuerzas extrañas en la interna vida política de los pueblos. Desde que terminó la guerra Alemania es víctima de continuas perturbaciones de ese género. Nuestro Partido Comunista era la sección de un movimiento político anclado en el extranjero y dirigido desde allí. Todas las rebeliones que hubo en Alemania recibían de fuera dirección espiritual y ayuda material. Claro que esto lo sabe todo el mundo, pero no parece haberse impresionado sobremanera.

Una legión de exiliados actúa contra Alemania en el Extranjero. En Praga, en París y en otras ciudades se imprimen continuamente periódicos revolucionarios en alemán y se les introduce subrepticiamente en Alemania. No es sólo en esos órganos donde se encuentran llamamientos a la violencia sino que también en otros grandes periódicos encuentran benévola acogida. Emisoras de radio clandestinas incitan desde allí a atentados en Alemania. A su vez, otras estaciones emisoras hacen propaganda en lengua alemana para las organizaciones terroristas prohibidas en Alemania. En el Extranjero, se constituyen públicamente tribunales que pretenden intervenir en la administración de justicia alemana, etc. etc. Pero tan grande como es nuestro interés en eliminar estas tentativas y estos métodos, tan grande nos parece el peligro de que, a falta de una definición precisa de estos hechos, el régimen que no dispone en el interior del Estado de otro fundamento jurídico que la fuerza, intente interpretar cualquier movimiento interior como una intromisión exterior y pida para mantenerse el auxilio armado que los tratados prevén. Difícilmente podrá rebatirse que las fronteras políticas en Europa no son y no pueden ser las fronteras espirituales.

Desde la introducción del cristianismo se han difundido ininterrumpidamente en la comunidad europea de pueblos y de destinos ciertas ideas que han tendido puentes sobre las fronteras estatales y nacionales y han creado elementos de unión. Cuando, por ejemplo, el miembro de un Gobierno extranjero lamenta que en la Alemania actual no se reconozcan ciertas ideas válidas en el Occidente, tanto más comprensible debería ser, en rigor, el que, a la inversa, las concepciones alemanas del Reich no puedan pasar sin dejar huella en tal o cual país germánico.

Alemania no tiene el propósito ni quiere inmiscuirse en los asuntos interiores de Austria ni anexionársela o unirse con ella de otro modo. Pero el pueblo alemán y el Gobierno alemán tienen el deseo, comprensible por el mero sentimiento de solidaridad de un común origen nacional, de que el derecho de autodecisión de los pueblos sea reconocido en todas partes, no sólo a los pueblos extranjeros sino también al pueblo alemán. Por mi parte, creo que, a la larga, no puede sostenerse un Gobierno que no

esté arraigado en el pueblo, que no emane de él y que no sea deseado por él.

Si entre Alemania y Suiza, alemana también en gran parte, no hay dificultades de este género, es sencillamente porque la independencia de Suiza es un hecho real y porque nadie duda de que su Gobierno es la expresión verdaderamente legal de la voluntad popular.

Nosotros los alemanes tenemos todo motivo de complacencia al ver en nuestra frontera un Estado con una gran parte de población alemana con gran consistencia interior y una verdadera y positiva independencia. El Gobierno alemán lamenta la tensión originada por el conflicto con Austria, tanto más, cuanto que, por ella ha surgido una perturbación de nuestras relaciones, antes tan buenas, con Italia, un Estado con el cual no tenemos, por lo demás, ninguna oposición de intereses.

Al pasar de estas consideraciones generales a una fijación más precisa de los problemas actuales, llego a la siguiente posición adoptada por el Gobierno alemán:

1.- El Gobierno alemán rechaza la resolución tomada en Ginebra el día 17 de Abril. No ha sido Alemania la que ha violado unilateralmente el Tratado de Versalles, sino que el Dictado de Versalles fue unilateralmente quebrantado, y con ello dejó de estar en vigor, por aquellas potencias que no supieron decidirse a desarmarse después de haber exigido a Alemania el desarme. La nueva discriminación aplicada a Alemania con dicha resolución, hace imposible para el Gobierno alemán el reingreso en dicha Institución mientras no se hayan creado las bases de una situación de derecho verdaderamente igual para todos los miembros. A este fin estima el Gobierno Alemán necesario establecer una clara línea de separación entre el Tratado de Versalles, basado en la diferenciación de las Naciones entre vencedores y vencidos y la Sociedad de Naciones que ha de basarse en la igualdad de derechos y de estimación para todos sus miembros.

Esta igualdad de derechos debe extenderse a todas las funciones y derechos posesivos de la vida internacional.

2.- A consecuencia del incumplimiento de las obligaciones de desarme por parte de los demás Estados, el Gobierno Alemán se ha emancipado por su parte de aquellos artículos que a consecuencia de la carga unilateral, contraria a los tratados, que imponen a Alemania, representan también una discriminación de la nación alemana por tiempo indefinido. Pero declara solemnemente que esta medida suya se refiere de un modo exclusivo a los puntos ya conocidos que imponían un tratamiento diferencial, moral y de hecho, al pueblo alemán. Los demás artículos que afectan a la vida común de las Naciones, incluidas las cláusulas territoriales, serán respetados absolutamente por el Gobierno alemán y las revisiones que resulten inevitables en el curso de los tiempos las realizará únicamente por medio de acuerdos pacíficos.

3.- El Gobierno del Reich no está dispuesto a firmar ningún tratado que le parezca imposible de cumplir, pero cumplirá de un modo estricto cualquier tratado firmado libremente, aun cuando lo haya sido antes de su llegada al poder. El Gobierno cumplirá y respetará especialmente todas las obligaciones resultantes del Pacto de Locarno, siempre y cuando los demás firmantes de dicho tratado mantengan por su parte la adhesión al mismo. El Gobierno alemán ve en el respeto de la zona desmilitarizada una contribución, extraordinariamente onerosa para un estado soberano, a la paz de Europa. Además se cree obligado a añadir, en este aspecto, que los aumentos continuos de tropas de la otra parte no pueden ser considerados como un complemento de sus propios esfuerzos.

4.- El Gobierno alemán está dispuesto en todo momento a participar en un sistema de colaboración colectiva para asegurar la paz europea, pero estima necesario tener en cuenta la ley de la eterna evolución haciendo posibles las revisiones de los tratados. En la posibilidad de que el régimen de tratados pueda desenvolverse según reglas, ve el Gobierno alemán un elemento de garantía para la paz, y en la asfixia de los cambios necesarios el germen de futuras explosiones.

5.- El Gobierno alemán estima que la reconstrucción de la colaboración europea no puede realizarse sobre la base de condiciones impuestas unilateralmente. Estima que, en vista de la frecuente diversidad de intereses, conviene darse por satisfecho con un mínimo, en lugar de hacer que la colaboración fracase precisamente por haberle sido señalado un objetivo máximo imposible de realizar. Está asimismo convencido el Gobierno alemán de que esta inteligencia inspirada en un gran fin sólo puede ser realizada paso a paso.

6.- El Gobierno alemán está dispuesto en principio a concluir pactos de no-agresión con cada uno de los Estados limítrofes y a ampliarlos con toda clase de cláusulas que tiendan al aislamiento de los beligerantes y a la localización de los focos de conflicto. Está asimismo especialmente dispuesto a contraer toda clase de obligaciones que resulten de dichos pactos respecto al suministro de armas en tiempo de paz y en tiempo de guerra y que todas las demás partes también acepten y respeten.

7.- El Gobierno alemán está dispuesto a completar el pacto de Locarno con un pacto aéreo y a entrar en negociaciones con este fin.

8.- El Gobierno alemán ha dado a conocer las cifras de los efectivos de las nuevas fuerzas militares alemanas. En ningún caso está dispuesto a abandonarlas. En el cumplimiento de este programa por tierra, por mar, y en el aire no hay amenaza ninguna para otras naciones. Está el Gobierno alemán, sin embargo, dispuesto a limitar sus armamentos en la misma forma que otros estados quieran hacerlo. El Gobierno alemán ha comunicado ya por propia iniciativa determinadas limitaciones de sus planes. Con ello ha puesto de manifiesto del mejor modo su buena voluntad para evitar la competencia de armamentos ilimitada. La limitación del armamento aéreo al nivel de paridad con las demás grandes naciones occidentales tomadas una por una, hace posible fijar en todo momento una cifra tope que Alemania se obliga, desde ahora, a no sobrepasar.

La limitación de la marina al 35 por ciento de la flota inglesa, o sea un 15 por ciento menos que el tonelaje total de la flota francesa. Como quiera que en diversos comentarios de prensa se expresó la opinión de que estas exigencias sólo son un principio y que habrían de aumentar más tarde, especialmente con la posesión de colonias, declara el Gobierno alemán con carácter de compromiso, que esta exigencia alemana es definitiva y permanente. Alemania no tiene ni la intención ni la necesidad ni los medios de entrar en cualquier nueva rivalidad naval. El Gobierno alemán reconoce espontáneamente la importancia vital excepcional y, con ello, el derecho a una protección predominante del Imperio Británico por mar, de igual modo que, por otra parte, estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para proteger nuestra existencia y nuestra libertad continentales. El Gobierno alemán tiene la sincera intención de encontrar con el pueblo y el Estado británico un sistema de relaciones que haga imposible la repetición del único conflicto que hasta ahora ha existido entre ambas naciones.

9.- El Gobierno alemán está dispuesto a colaborar activamente en todos los esfuerzos que se realicen para la limitación práctica de los armamentos ilimitados. Como único camino para este fin ve el Gobierno alemán el de volver a los métodos del antiguo Convenio de la Cruz Roja en Ginebra.

Cree únicamente posible, para empezar, la condena y supresión progresiva de los métodos y medios de combate que por su esencia están en contradicción con el ya vigente Convenio de Ginebra de la Cruz Roja.

Cree el Gobierno alemán que del mismo modo como fueron prohibidas las balas dum-dum, y su empleo prácticamente evitado en términos generales, podría evitarse también el empleo de otras armas determinadas. Entiende bajo este aspecto el Gobierno alemán todas aquellas armas de combate que en primer lugar pueden ser causa de la muerte y de la destrucción de mujeres y niños, más que de los propios soldados.

El Gobierno alemán estima que el procedimiento de suprimir aviones y de autorizar el bombardeo es erróneo y falto de efectividad. Cree, en cambio, posible excluir con carácter internacional y como contrario al derecho de gentes el empleo de determinadas armas y de condenar a las naciones que las empleen como países colocados fueras de los derechos y leyes de la humanidad.

Cree además el Gobierno alemán que el método progresivo es también, en este respecto, el que más rápidamente puede conducir al éxito y propone la prohibición de lanzar bombas incendiarias, con gases y explosivas fuera de la zona de combate propiamente dicha.

Esta limitación puede conducir a la repudiación internacional completa del bombardeo aéreo. Mientras el bombardeo siga autorizado como tal, la limitación del número de aparatos de bombardeo es, en vista de la posibilidad de substituirlos rápidamente, ilusoria.

Si el bombardeo es condenado como una barbarie contraria al derecho de gentes, la construcción de aparatos de bombardeo terminará pronto por superflua e inútil.

Si el convenio de la Cruz Roja en Ginebra consiguió en su día impedir dar muerte a los heridos indefensos y a los prisioneros, habría de ser posible también prohibir, por medio de un convenio análogo, el bombardeo de la población civil indefensa y, finalmente, su prohibición total

Alemania ve en todo intento para resolver este problema según estos principios un medio mucho más eficaz para la tranquilidad y la seguridad de los pueblos que todos los pactos de asistencia y convenios militares.

10.- El Gobierno alemán está dispuesto a aceptar toda limitación que pueda conducir a la supresión de las armas más eficaces para el ataque. Estas armas comprenden la artillería de grueso calibre y los tanques de gran peso. Dadas las enormes fortificaciones de la frontera francesa, la supresión internacional de las armas de ataque más peligrosas colocaría automáticamente a Francia en posesión de una seguridad casi absoluta.

11.- Alemania se declara dispuesta a aceptar toda limitación en el calibre de la artillería de los acorazados, cruceros y torpederos. Asimismo está dispuesto el Gobierno alemán a aceptar toda limitación internacional del tonelaje de los buques. Finalmente está dispuesto el Gobierno alemán a aceptar la limitación del tonelaje de los submarinos y su supresión total si así se decide internacionalmente. Además de todo lo dicho asegura el Gobierno alemán una vez más que se adhiere a toda limitación efectiva, internacional y simultánea de los armamentos.

12.- El Gobierno alemán entiende que todas las tentativas realizadas en el campo internacional, o por medio de convenios entre varios Estados, al objeto de lograr que desaparezcan ciertas tensiones entre determinados países, resultarán inútiles mientras no se tomen medidas adecuadas para evitar el envenenamiento de la opinión pública de los pueblos por elementos sin responsabilidad que se sirven para este fin de la palabra, la imprenta, la cinematografía y el teatro.

13.- El Gobierno alemán está en todo momento dispuesto a tomar parte en un convenio internacional que de un modo efectivo impida las tentativas de intervención desde fuera en la vida interior de otros Estados. Pide sin embargo que este convenio tenga carácter internacional y favorezca a todos los países.

Como quiera que existe el peligro de que en países con Gobiernos que no cuentan con la confianza general de su pueblo, los levantamientos interiores sean presentados por parte interesada como ingerencias externas, aparece como necesario someter el concepto “ingerencia” a una definición internacional precisa.

¡Diputados! ¡Hombres del Reichstag alemán!

He procurado exponerles un cuadro de las concepciones que hoy nos animan. Por grandes que puedan ser

las preocupaciones sobre tal o cual punto, considero incompatible con mi sentimiento de responsabilidad como Führer de la Nación y Canciller del Reich, expresar ni siquiera una duda sobre la posibilidad de mantener la paz.

Los pueblos la quieren. Los Gobiernos deben encontrar la posibilidad de mantenerla. Creo que el restablecimiento de la fuerza defensiva de Alemania se convertirá en un elemento de esta paz. No porque tengamos la intención de aumentarla en proporciones descabelladas, sino porque el simple hecho de su existencia suprime en Europa un vacío peligroso. Alemania no tiene la intención de aumentar sus armamentos hasta el infinito. No poseemos 10.000 aviones de bombardeo ni pensamos en construirlos. Al contrario: Nos hemos impuesto nosotros mismos aquel límite que, según nuestro criterio, garantiza la defensa de la Nación, sin atentar contra la idea de la seguridad colectiva ni contra la reglamentación de la misma. Nadie sería más feliz que nosotros si, con esta reglamentación, se nos diera la posibilidad de emplear la industria de nuestro pueblo en producciones más útiles que la de instrumentos para la destrucción de bienes y vida humanas.

Creemos que si los pueblos del mundo pudieran ponerse de acuerdo para destruir de consuno, todas sus bombas incendiarias, de gases y explosivas, valdría esto mucho más que utilizarlas para destruirse mutuamente.

Al hablar así no lo hago ya como representante de un Estado sin defensa, al cual una acción de los demás en este sentido no le procuraría más que ventajas sin imponerle obligaciones. No tengo el propósito de participar en la discusión empezada recientemente en diversos lugares sobre el valor de los demás ejércitos o del propio, sobre el heroísmo magnifico de los propios soldados y la escasa valentía de los soldados extranjeros.

Todos nosotros sabemos cuantos millones de adversarios arrojados hasta el desprecio de la muerte encontramos por desgracia frente a nosotros en la guerra mundial. La historia podrá decir de nosotros los alemanes, una y otra vez que si no hemos sabido ser maestros en el arte del razonable vivir, sí lo hemos sido en el arte de morir cumpliendo nuestro deber. Me consta que los alemanes, si un día la Nación es atacada, bajo la impresión de la enseñanza de quince años en calidad de pueblo vencido, sabrán más que nunca cumplir con su deber. Esta firme convicción es para todos nosotros el peso de una gran responsabilidad y con ello una obligación altísima. No puedo terminar mi discurso de hoy ante vosotros, compañeros de lucha y hombres de confianza de la Nación, mejor que con una repetición de nuestra profesión de fe en la paz.

La naturaleza de nuestra nueva Constitución nos da la posibilidad de contrarrestar en Alemania las maniobras de los agitadores en pro de la guerra. Ojalá que les sea posible también a los demás pueblos dar valiente expresión a sus íntimos deseos. El que en Europa levante la antorcha de la guerra sólo puede desear el caos. Nosotros vivimos por nuestra parte convencidos de que en nuestro tiempo no se consumará el ocaso de Occidente, sino su resurrección. ¡Qué Alemania pueda contribuir a esa gran obra con una aportación imperecedera es nuestra firme esperanza y nuestra fe inquebrantable!

DISCURSO EN LA BUERGERBRAEUKELLER

(8 de Noviembre de 1935)

Camaradas:

En el verano de 1923 estaba bien claro para nosotros que el dado debía caer en un lado u en otro de Alemania. Entonces estábamos convencidos de que si estadísticamente éramos los más débiles, por nuestras convicciones éramos los más fuertes y en cualquier caso estábamos en un estrato superior. Cuando llegó el otoño la cuesti6n era ya diáfana y se podía ver como bajo la presión llegada de la zona del Rhur algunas personas sin escrúpulos estaban decididas a acabar con Alemania.

Fue entonces cuando decidimos -ahora lo podemos decir claramente- que si se llegaba tan lejos, por lo menos 24 horas antes seríamos nosotros los que, haciendo caso omiso de la ley, actuaríamos antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar. Porque una cosa estaba bien clara y es que en aquel tiempo de la inflación, el que en medio del derrumbamiento tuviera el valor de tomar la decisión, tendría sin duda a todo el pueblo detrás. Sabíamos que si era una nueva bandera la que se levantaba en Alemania, en el extranjero exclamarían que no podían permitir en el Estado otro partido que el "Movimiento de la Libertad" -como se denominó al derrumbamiento alemán-. Esto lo sabíamos y precisamente de este conocimiento nació el valor para intentarlo. Los detalles no hace falte que los explique hoy. Lo que ocurrió entonces difícilmente pueden muchos imaginarlo, sólo les diré que fue una de las decisiones más difíciles de mi vida y que aún hoy, al mirar hacia atrás, tenga una especie de sensación de mareo. La decisión de pasar a la acción en Alemania y hacer frente al poder el pleno, fue indudablemente una locura, pero una locura que precisaba valor y que era necesario hacer. Era imposible actuar de otra forma. Alguien tenía que levantarse en esa hora de constantes calumnias y señalando a los culpables mostrarles los valores nacionales. Importaba poco quien lo hiciera, pero en todo caso fuimos nosotros los que lo hicimos, fui yo quién lo hice.

En aquella ocasión el destino se portó bien con nosotros no permitiendo que nuestra acción contra el Estado alcanzase el éxito. Hoy sabemos que fue una suerte. Aquél día nos portamos con valor y virilmente. Fue el destino el que realmente actuó inteligentemente, sin embargo esa exhibición de valor no fue inútil, ya que de ella surgió el gran movimiento alemán, o mejor dicho, de esta acción se despertó el interés de toda Alemania hacia nuestro movimiento.

Mientras nuestros adversarios estaban convencidos de haber acabado con nosotros, realmente la semilla había sido esparcida por toda Alemania.

Cuando llegó el gran juicio era lógico y natural que todos -que éramos los mandos- defendiéramos esta lucha y nos hiciéramos responsables de nuestros actos, pero el miedo me asaltó pensando en los juicios siguientes destinados a más de 100 camaradas de rango inferior. Ellos habían de presentarse ante el juez cuando yo ya estaba en la cárcel y tenía miedo de que bajo la presión de la posible sentencia uno u otro se derrumbara y para salvarse declarase que él era inocente y que fue obligado no pudiendo hacer otra cosa. Se me llenó el corazón cuando vi los primeros informes de prensa sobre el juicio de Munich. Vi entonces que los hombres de la SA eran tan malos y tenían la misma cara que sus mandos y fue entonces cuando me convencí de que Alemania estaba salvada. El espíritu permanecía y nunca pudieron eliminarlo. De estos hombres salieron más tarde todos los que pertenecen a la más grande organización alemana. Este espíritu fue permanente y ello se ha demostrado sobradamente en miles de ocasiones y es esto lo que hemos de agradecer a nuestros caídos, pues ellos dieron el ejemplo en el momento más difícil de Alemania. Pues hay que tener en cuenta que mientras marchábamos, todos sabíamos que no se trataba de una marcha gloriosa. Estábamos convencidos de que era el final. Recuerdo a uno que al pie de la escalera me dijo: "Esto es el fin", y todos teníamos este convencimiento.

También ahora quiero recordar el caso de un hombre que hoy no está entre nosotros y al que rogué que no marchara al frente, me refiero al General Ludendorff el cual me contestó: “Iré delante”, colocándose en la primera fila.

Cuando la primera sangre fue derramada, el primer acto del drama alemán había terminado. No se podía hacer nada más, porque ahora la brutalidad legal estaba frente al movimiento nacional de liberación y había que llegar a la conclusión de que este camino era imposible seguirlo de nuevo en Alemania, se había terminado. Pero es precisamente ahora cuando viene el segundo mérito de los caídos. Nueve años tuve que luchar legalmente por el poder en Alemania. Esto también otros lo intentaron antes que yo, pero los otros en sus movimientos contaban únicamente con los más débiles y con los más cobardes, los cuales perecían ante la ilegalidad. Los revolucionarios estaban fuera de sus filas. Si yo no hubiera intentado en Noviembre de 1923 la revolución y si entonces no se hubiera derramado sangre matando a tantos, me habría sido imposible decir durante nueve años: “A partir de ahora sólo lucharemos legalmente”, de otra forma únicamente podría haber contado con una parte del pueblo. Fue esa actitud la que me dio la fuerza para seguir este camino sin dejarme detener por nadie.

Muchos se pusieron en contra mía, eso lo sabemos en la historia de nuestro Partido, y me decían: “¿Cómo se puede luchar legalmente?”, y yo les contestaba: “Señores míos. ¿Qué pretenden? ¿Enseñarme como se lucha? ¿Dónde estaban ustedes cuando empezamos la lucha? De ustedes no preciso ninguna enseñanza sobre revolución o legalidad. Todo esto lo he hecho yo. Ustedes no tuvieron valor o sea que ahora cállense”.

Y sólo así fue posible constituir un movimiento viril que a pesar de todo siguiese el único camino correcto que era posible tomar. Y a este hecho le debemos mucho, porque no vivimos solos en el mundo, alrededor tenemos estados grandiosos que ven con malos ojos cualquier movimiento alemán y nuestra existencia sólo la garantiza una firme weltanschauung y una sólida fuerza. Esto está bien claro, por ello nada conseguiríamos destruyendo el Ejército existente, sino que lo que hay que lograr es unirlo a la causa nacionalsocialista y a su pensamiento, para poder así consolidar la unidad destinada a hacer a Alemania grande y fuerte ante el mundo. Esto lo vi yo claramente en el mismo momento en que sonaron los últimos disparos. Si vuelven a leer mi discurso final del gran juicio podrán decir que poéticamente predije el destino. Si, lo dije, pero durante 9 años lo perseguí, y si pude luchar este tiempo para lograrlo esto sólo fue posible porque antes tuvo lugar esta acción, porque antes murieron muchos hombres por ello.

Así pues si ayer fue levantada en el Reich Alemán una nueva bandera, esto constituye un acontecimiento histórico. Piensen ustedes que la historia de Alemania se puede seguir desde hace dos mil años y en toda esa historia jamás este pueblo ha tenido esta unidad de forma y acción, orientada por una Weltanschauung y protegida por un Ejército, todo bajo una misma bandera. De verdad que los sudarios de esos dieciséis caídos hoy han de conmemorar su renacimiento, un renacimiento único en el mundo. Ellos han sido los libertadores de su pueblo, y es maravilloso constatar que gracias a esas víctimas caídas se haya logrado esta unidad alemana, que sólo tenemos que agradecerles a ellos, pues si en aquél tiempo no hubiésemos encontrado hombres capaces de dar su vida por este Reich, tampoco ahora habríamos logrado su unidad. Todos los que posteriormente se sacrificaron tenían como ejemplo esa sangre preciosa de estos primeros hombres, y es por ello que queremos ahora sacarlos de la oscuridad del olvido y colocarlos en el justo lugar dentro de este pueblo alemán.

Con estos caídos pensaban los adversarios haber acabado con el movimiento nacionalsocialista y, contrariamente, sólo lograron iniciar el río de sangre que desde entonces iba a correr más y más, y así hoy, donde se encuentra un alemán -y esto es algo maravilloso- ve otra señal de unidad que aquella que

ya llevaban nuestros camaradas del Partido de entonces en el brazo y, ciertamente, es un milagro haber logrado esta evolución de nuestro gobierno. A los que nos sucedan se les antojará una fábula. Un pueblo hundido y dividido y de entre él surge un pequeño grupo de hombres que empiezan su marcha, una marcha que empieza fanáticamente y recorre fanáticamente el camino. Unos cuantos años después de esas personas nacen ya grandes batallones, regimientos y divisiones, de grupos de pueblos surgen ya los "Gaus" (Provincias) y unos pocos años más y ese movimiento suministra los ministros del gobierno y siempre, permanecieron en la lucha en la calle y una y otra vez iban cayendo y siendo heridos, pero día a día el río se hace más grande y desemboca en el poder, y es entonces cuando pone su bandera sobre todo un Estado. Un maravilloso ciclo.

La historia en el futuro lo recordará como ejemplo único y maravilloso. Se buscarán ejemplos pero no serán hallados. No se encontrarán ejemplos de un pueblo y un Estado que en tan poco tiempo hayan alcanzado tanto.

Por eso nosotros somos felices de no tener que rememorarlo en libros, sino de haber sido elegidos por el destino para vivirlo. Nosotros, camaradas, podemos estar orgullosos de que la historia nos haya elegido a nosotros como protagonistas para una misión de esta índole.

Hace muchos años ya dije a nuestros camaradas: "Quizá llegue un día en que os preguntéis cuál será la recompensa. Camaradas, un día llegará en que estaréis orgullosos de vuestra militancia y la considerareis el símbolo de una nueva luz y podréis decir: Yo estuve ahí desde el principio", y es esto lo que nos une en forma tan estrecha, pues los que vengan luego lo aprenderán en los libros, pero nosotros estuvimos ahí, lo hicimos. Hay generaciones a las que se enseñan leyendas heroicas, nosotros hemos vivido esa leyenda, hemos marchado con los héroes. El que los nombres de cada uno de nosotros sean conservado para el mañana carece de importancia. Lo importante es que formamos una sola unidad y esta permanecerá. Nunca más desaparecerá de Alemania y de la sangre de esos primeros combatientes seguirá saliendo la fuerza para nuevos caídos y es por ello que siempre estaremos en deuda con los primeros que cayeron.

Este movimiento será ya para siempre, y siempre se habrá de acordar de aquellos a los que debe agradecimiento No se debe preguntar: "¿Cuantos fueron heridos?", Sino: "¿Cuantos marcharon?", es entonces cuando se percibe la grandeza de este ejemplo. Además se habrá de preguntar también: "¿Contra cuantos marcharon?", ¿O es que alguna vez se inició en Alemania una lucha contra tantos adversarios?. De verdad que es necesario mucho valor para ello, pero precisamente porque entonces mostraron valor nunca los olvidaremos.

Siempre tuve muy claro que si alguna vez el destino me deparaba el poder, sacaría a esos camaradas de sus cementerios para honrarles y mostrarlos a la nación y así como esa resolución siempre estuvo viva en mí, así hoy la he cumplido. Ahora ellos entran en la eternidad de Alemania. En aquella época no pudieron ver el nuevo Reich, sólo podían imaginarlo, pero ya que les fue imposible vivir este Reich y verlo, nosotros nos preocuparemos de que el Reich les vea a ellos y es por ello que no les he asignado una fosa donde reposar. No, igual que ellos en su día marcharon con el pecho descubierto, así ahora han de permanecer con sus ataúdes bajo el cielo de Dios, como perenne señal para el pueblo alemán. Para nosotros no están muertos, esos templos no son fosas, sino puestos de vigilancia permanente. Ahí están para Alemania y vigilan a nuestro pueblo.

Aquí reposan como testigos fieles de nuestro movimiento. Nosotros y nuestros adversarios cumplieron con su obligación hacia estos camaradas. No les hemos olvidado, les llevamos en nuestros corazones y tan pronto como nos ha sido posible nos hemos cuidado de que su sacrificio entrara de nuevo en las mentes de todo el pueblo y de que la nación alemana nunca olvide estos sacrificios.

A ustedes mismos, viejos luchadores míos, les quiero saludar ahora. Hace doce años estuvimos en esta

sala y ahora otra vez. Pero Alemania ha cambiado. Lo que predije hace doce años se ha cumplido. Hoy el pueblo alemán camina unido, tanto en la cumbre política como en su vida interior, como la empuñadura de una espada. Nos hemos convertido otra vez en un Estado fuerte, ya no estamos sometidos ante nadie. La bandera ondea hoy fuertemente y es símbolo de la resurrección del Reich alemán, del nuevo Reich. Y a ustedes, como en tantas otras ocasiones, les quiero volver a dar las gracias porque entonces se unieron a mí, se unieron a un desconocido y marcharon en sus filas y asistieron a sus reuniones. Por ello les ruego que rememoren aquel tiempo, ya que es maravilloso poder llevar dentro de uno mismo un recuerdo tan maravilloso. A lo largo de miles de años ha muy pocas naciones les ha sido posible lograr esto. Los caídos fueron elegidos por la suerte y ellos han de quedarse con esta bandera, como símbolo de la revolución nacionalsocialista.

¡Viva nuestra Alemania nacionalsocialista!

¡Viva nuestro pueblo!

¡Y vivan también los caídos de nuestro movimiento!

Alemania y sus hombres, vivos y muertos:

¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!

DISCURSO EN EL MUSEO DE BERLÍN

(30 de Enero de 1936)

Hombres de las tropas de asalto, nacionalsocialistas, miembros del Partido.

Si en este día miramos hacia atrás, no sólo debemos hacerlo hasta 1933; debemos ir más lejos, pues para muchos que no conocen nuestro movimiento, éste fue una sorpresa, pero para nosotros, mis viejos luchadores, sólo fue el momento del cumplimiento del deber.

Muchas personas, especialmente en el exterior, pueden haberse mostrado sorprendidas con respecto de la maravilla que se desarrollaba ante sus ojos el 30 de Enero de 1933 y durante las semanas siguientes. Pero yo y vosotros, mis camaradas, que estuvimos esperando juntos esa hora, teníamos esperanza y creíamos en ella.

Para nosotros no fue una sorpresa, sino simplemente la culminación de 14 años de lucha. No la habíamos iniciado a ciegas, sino con los ojos bien abiertos. Y por eso, al mirar hacia ese día, mi corazón se llena de gratitud profunda para aquellos que me permitieron vivir aquellas horas. Todos sois precursores y paladines de nuestro movimiento. Habéis presenciado el crecimiento de él: Su lucha y su éxito. Y yo mismo conduje esta lucha durante 14 años. Yo fundé las tropas de asalto y marché al frente de sus columnas. Aprendí a conoceros. Sé todo lo que sois y en todo lo que os habéis convertido para mí, y en todo lo que yo me he convertido para vosotros. En la historia, ningún otro jefe está unido a sus partidarios como nosotros. Juntos recorrimos el camino desde la nada hasta esta orgullosa altura. Lo que el mundo no comprende y considera como una maravilla o como un cambio de rumbo, nosotros sabemos que ha sido una lucha incesante y algunas veces llevada contra obstáculos que parecían insalvables. El mundo, en general, vio el 30 de Enero como el punto culminante de nuestro movimiento. Pero conocemos muchos de esos días. Cada aldea, villa o ciudad que conquistamos ha experimentado en esos días lo mismo que cada fábrica y taller.

Este 30 de Enero de 1933 no nos vino como regalo del cielo, sino que fue logrado después de amargas y sangrientas luchas. Y fue ese período de batalla que nos unió, y que enseñó al jefe y a los partidarios a entendernos los unos a los otros. Cuando llegó el 30 de Enero, subimos al poder no para conquistar a la nación alemana, pues ya la habíamos conquistado. Lo mejor estaba en nuestras filas. Sólo permanecen alejados de ella los de estrecha mentalidad y los escépticos. Pero sus filas han mermado. Los que aún se

oponen hoy a nosotros no lo hacen porque seamos nacionalsocialistas, sino porque hemos vuelto a hacer a Alemania libre y fuerte. Ellos son sólo enemigos de nuestro propio país, y sabemos que son de los tiempos de la Gran Guerra, época de la deplorable revuelta de 1918, y época de nuestra ruina.

Son los únicos que no quieren encontrarnos, que nunca podrán lograrlo y a quienes no deseamos. Así, después de 3 años de gobierno, tenemos que luchar todavía por el bien de nuestra nación, lucha que nunca terminará. Como la nación alemana en el pasado debió luchar por su posición en el mundo, así será en el futuro. Esta lucha será más fácil, mediante la existencia de nuestro movimiento.

La nación alemana, a través del movimiento nacionalsocialista, obtuvo el elemento de la unidad y la unanimidad, que tendrá consecuencias muy significativas y duraderas. Yo no soy sino su heraldo. Este movimiento nunca perecerá. Continuará dirigiendo a Alemania, y aunque nuestros adversarios no lo deseen, Alemania no volverá a la época de la ignominia

Vosotros, mis viejos luchadores y soldados políticos, haréis que este espíritu no muera. Estáis aquí y procedéis de todas las clases, todos los grupos y todas las confesiones; estáis resguardados por la unidad y no sabéis más que de Alemania y del servicio a vuestra nación. Levantareis las generaciones jóvenes, animadas por el mismo espíritu, que os mirarán como modelos.

Alemania nunca volverá a presenciar otro Noviembre de 1918. Nadie puede esperar volver a la rueda del mundo hacia atrás. Esta hora en que estamos reunidos es la hora de los recuerdos. También es la hora de contemplar nuestro futuro. Todos sabemos lo que nos ha hecho fuertes. No es una simple organización ni una alianza externa, sino la fuerza interna inherente a nuestro movimiento, que se trasplantó a centenares de miles de corazones. Algunos le llaman razón, otros instinto, y nosotros le llamamos fe, esperanza y confianza.

Sabemos que el nacionalsocialista no nace, sino que se educa, y debe educarse él mismo.

Sabemos que nuestro nacimiento y nuestros antecedentes familiares nos separan más bien que nos unen. Pero nos sentimos una nación y debemos establecer contacto entre unos y otros. De la misma manera que esta vieja guardia estrechó brazos y formó una unidad en todo el Reich, cada alemán debe en el futuro recibir la misma educación, a fin de ser un sincero espíritu nacionalsocialista. Este supremo principio lo debemos tener siempre presente. Una generación tras de la otra debe estar imbuida de ese ideal. Lo que no pueda conseguirse hoy será obtenido mañana. Debemos formar esos verdaderos ciudadanos que el país necesita en su lucha por la propia afirmación.

Al mismo tiempo que predicamos la paz, en el interior del país, queremos ser también una nación amante de la paz entre las demás naciones. No repetiremos nunca esto bastante. Buscamos la paz porque la amamos, pero insistimos en el honor porque no podemos vivir sin él.

Hemos mantenido este principio durante 14 años antes de que llegáramos al poder, y durante tres años 1o hemos venido cumpliendo ahora que estamos en el poder. En el futuro no renunciaremos a lo que ha sido la esencia de nuestras vidas durante 14 años. El mundo debe saberlo. Alemania amará la paz más que cualquier otra nación si el honor del pueblo alemán no sufre. Los que crean que pueden tratarnos como esclavos encontrarán que somos el pueblo más altivo de la tierra, del mismo modo que los nacionalsocialistas han sido altivos e intolerantes para tratar con las personas que dentro del país creían que podían amordazarnos o maltratarnos. No han sido capaces de seguir la evolución. Esperamos que la comprensión general de los derechos de los demás pueblos prevalezca cada día más en el mundo. Este es el primer requisito de una paz duradera y sincera entre las naciones.

Así, después de tres años en el poder llegamos al fin de la etapa inicial del gobierno nacionalsocialista. Lo que hemos realizado es grandioso. Nunca hubo en el curso de la historia alemana un período de tres años en que se haya hecho tanto ni llegado tan lejos. Creo que debemos buscar décadas y aún siglos para

encontrar acontecimientos tan revolucionarios como los realizados en tres años de gobierno nacionalsocialista.

Hemos realizado esto aunque la herencia que recibimos no era sólida, sino que estaba completamente dilapidada. Hoy podemos estar, los alemanes, orgullosos frente al mundo. Durante nuestra permanencia en el poder ha sido restablecido el honor de Alemania. Ya no somos esclavos sino ciudadanos libres.

Podemos recordar con orgullo los sucesos de estos tres años. Ellos constituyen una promesa para el futuro. Nuestra tarea no será más fácil en el año que se inicia. Hay algunos que creen poder perjudicar al nacionalsocialismo diciendo: "Sí, pero todo eso requiere sacrificios". Ah, sí, mi pequeño burgués: Nuestra lucha ha exigido siempre sacrificios. Lo que pasa es que Vd. no los ha compartido nunca. ¿Cree Vd. que la Alemania de hoy se ha convertido en una gran nación nada más que porque usted no hizo ningún sacrificio? ¡No!

Esta Alemania ha surgido porque nosotros estábamos dispuestos a hacer sacrificios. Así, si alguien nos dice que el futuro exigirá sacrificios, responderemos: ¡Sí!

El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de inactividad; es una doctrina de lucha. No es una doctrina de goce, sino una doctrina de esfuerzo y de lucha. Esa fue nuestra convicción antes de iniciar la batalla y siguió siendo nuestra convicción, durante años en el poder. No será alterada en el porvenir. Una cosa es definitiva; nuestra nación ha hecho siempre sacrificios para defender su existencia. Nunca ha recibido favores de nadie y sus sacrificios han sido a menudo en vano. De ahora en adelante, nuestro movimiento garantizará que esos sacrificios no serán en vano.

Así queremos en este día renovar nuestro principal voto: Luchar infatigablemente por nuestro país y por el Movimiento que orientan los principios de su política internacional. Aceptaremos sin temor la lucha que se nos imponga y tomaremos sin temor todas las resoluciones que haya que adoptar.

Esta decisión nos ha guiado hasta hoy y nos guiará en el futuro. En este día de recuerdos, mis camaradas de lucha, quiero darles la bienvenida en la capital del Reich, agradeciéndoles su fervor, su lealtad, su fe y los sacrificios hechos por mí y por Alemania. Les pido que me acompañen a vitorear con toda fuerza por todo nuestro bienestar en este mundo, por el que luchamos antaño victoriosamente, que no falseamos en los días de la derrota, que ensalzamos en los tiempos de ignominia y que son sagrados para nosotros en el minuto del éxito. Por el Reich alemán, por la Nación Alemana, por el Movimiento Nacionalsocialista: ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(7 de Marzo de 1936)

Hombres del Reichstag alemán:

A requerimiento mío, el Presidente del Reichstag, camarada Goering, ha convocado esta sesión para que el Gobierno haga ante vosotros una declaración sobre cuestiones que han de ser consideradas como importantes, como decisivas, no sólo por vosotros sino instintivamente por todo el pueblo alemán.

Cuando en los tristes días de Noviembre de 1918 se corrió el telón sobre la sangrienta tragedia de la gran guerra, respiraron en el mundo millones de hombres. Sobre los pueblos pasó, como un hálito de primavera, la esperanza de que así no sólo terminaba uno de los más lamentables trastornos de la historia universal sino que tomaba un nuevo giro histórico una época siniestra y llena de errores.

A través de todo el estrépito guerrero, de bárbaras amenazas, quejas, imprecaciones y condenas, llegaron a oídos de la Humanidad las palabras del Presidente norteamericano en las cuales se hablaba de una nueva época y de un mundo mejor. En 17 puntos se bosquejó a los pueblos una nueva organización para ellos y, por consiguiente, para la Humanidad. Cualesquiera que fuesen las objeciones que podían hacerse y que se hicieron a esos puntos, indudablemente encerraban algo que era la convicción de que restablecer mecánicamente el estado de cosas anterior, sus instituciones y sus ideas habría de llevar en poco tiempo a consecuencias análogas. Y ahí radicaba lo seductor de aquellas tesis, en que se intentaba con innegable amplitud de miras dar nuevas normas la comunidad de pueblos animándola de un nuevo espíritu de cual había de surgir y con el cual había de prosperar aquella institución llamada a ser como Liga de todas las Naciones, la que concertase a los pueblos, no sólo exteriormente sino, ante todo interiormente acercándolos entre sí en mutuo respeto y mutua comprensión.

Ningún pueblo se rindió como el alemán a la seducción de esas fantasías. El pueblo alemán tuvo el honor de luchar contra un mundo y la desgracia de sucumbir en esa lucha. Pero al sucumbir se le cargó con la culpabilidad en una guerra que este pueblo no había presumido ni había deseado. El pueblo alemán creyó en esas tesis con la fuerza de quien desespera de sí y del mundo. Así empezó una verdadera vía de la amargura. Todos hemos sido durante muchos años victimas de esa fe quimérica y objeto, por lo tanto, de pavorosas consecuencias. No es mi propósito hablar del horrible desengaño que se fue apoderando cada vez más de nuestro pueblo. No quiero hablar de la desesperación, del dolor y sufrimiento de los que para el pueblo alemán y para nosotros estuvieron henchidos estos años. Habíamos sido arrastrados a una guerra en cuya explosión fuimos tan culpables o tan inocentes como los otros pueblos. Pero precisamente por ser los que más sacrificamos fuimos los que nos rendimos más fácilmente a la fe de un tiempo mejor.

Y no sólo nosotros, los que sucumbimos, sino también los vencedores vieron como la imagen ilusoria de una nueva época y de una nueva evolución humana se transformaba en una realidad lamentable.

Diecisiete años han transcurrido desde que los hombres de Estado de entonces se reunieron en Versalles para proceder al establecimiento de una nueva organización mundial. Tiempo suficiente, éste, para poder emitir un juicio sobre las tendencias generales de una evolución. No es necesario que rebusquemos y revisemos en las fuentes de la actividad literaria o periodística, juicios críticos sobre aquella época para llegar a conclusiones decisivas; basta con volver la mirada al mundo actual, a su misma vida, a sus esperanzas y sus desilusiones, a sus crisis y a sus luchas para obtener una respuesta inequívoca en cuanto a la justa apreciación de ese proceso.

En lugar de la cordialidad, nacida de un paulatino allanamiento de las contraposiciones humanas, presenciamos el espectáculo de intranquilidad y desorden que no parecen amenguar sino desgraciadamente tomar incremento. Recelo y odio, envidia y egoísmo, desconfianza y sospecha son los sentimientos que palpable y visiblemente dominan a los pueblos. Aquella paz que iba a colocarse un día como clave de bóveda sobre el panteón amurallado de la guerra, se convirtió en semilla infernal de nuevas luchas. Adonde quiera que miremos, vemos desde entonces surgir desórdenes interiores y exteriores.

No pasa un año en que en algún punto cualquiera de la tierra no se oiga en lugar del repique de las campanas de la paz, el fragor de las armas. ¿Quién ha de admirarse de que ese trágico desengaño haya quebrantado también, en el alma de los pueblos la confianza en la justicia de un tal orden de cosas que parece fracasar tan catastróficamente? Nuevas concepciones intentan apoderarse de los hombres utilizando inmediatamente como paladines de nuevas conquistas a los neófitos ganados por aquellas. La historia comprobará un día que, desde la terminación de la gran guerra, el orbe ha sido teatro de conmociones espirituales, políticas y económicas como, por lo general, no se presentan más que milenariamente para dar a los pueblos y a los continentes una significación y un carácter especial. Considérese que, desde entonces, la tensión entre los pueblos se ha hecho más tirante que nunca. La revolución bolchevique imprime su sello a uno de los mayores países de la tierra y no sólo exteriormente sino colocándole espiritualmente en una oposición irreductible desde el punto de vista ideológico y religioso, con los pueblos y Estados circundantes. No son sólo las concepciones generales humanas, económicas y políticas las que se derrumban y sepultan bajo ellas a sus representantes, sus partidos, sus organizaciones y sus Estados, no; es un mundo de concepciones metafísicas el que se desploma; se destrona a Dios, se exterminan religiones e Iglesias, se prescinde brutalmente del más allá y se proclama como la única cosa existente, un mundo lleno de tormentos.

Caen imperios y monarquías, desarraigándose poco a poco hasta en el recuerdo de la misma manera que los pueblos vuelven a abandonar sus democracias parlamentarias para sustituirlas con nuevas concepciones políticas. Y paralelamente con ello, las máximas económicas que antes pasaban sencillamente como fundamento de la convivencia humana, son eliminadas substituidas por principios contrarios. Y con todo esto se cierne sobre los pueblos el pánico de la falta de trabajo y, por lo tanto, del hambre y de la miseria, precipitando a la maldición a millones de hombres. Y esta humanidad atónita ve que el dios de la guerra no ha depuesto sus armas, sino que, por el contrario, camina por la tierra más armado que nunca. Si antes, ejércitos de centenares de miles defendían los fines de una política imperialista de dinastías, de Gobiernos o de nacionalidades, hoy, son ejércitos de millones de hombres los que se arman para la guerra en nombre de nuevas ideas, de revoluciones mundiales, del bolchevismo y hasta del tabú de “nunca más guerra” y soliviantan con ello a los pueblos.

Diputados:

Al exponer ante vosotros y ante el pueblo alemán estos hechos, no lo hago tanto para despertar vuestra comprensión para la trascendencia de la época en que vivimos, como para mostraros la incapacidad espiritual y práctica de quienes se presentaban un día como llamados para dar al mundo nueva época de

pacífica evolución, de bendición y de prosperidad.

Y hay algo más que no quiero callar: Nosotros no tenemos responsabilidad en esta política, porque no teníamos poder ni fuerza para dar ideas al mundo ni leyes a la vida, en los tiempos de la humillación, tiempos en que fuimos maltratados por estar inermes. Eso fue obra de los poderosos dirigentes del mundo y Alemania durante más de 15 años figuró entre los regidos. Digo esto además porque quisiera abrir los ojos al pueblo alemán y quizá a otras naciones también, para que viesen que seguir principios erróneos por inexactos tiene que llevar a resultados no menos erróneos e inexactos.

El que nosotros como víctimas propiciatorias de este proceso hayamos sido afectados por él con singular crudeza, depende, en parte, como ya hemos dicho, de lo grave de nuestra caída. Pero el que todo el mundo incurriese en este tiempo en esas constantes desarmonías y crisis continuadas hay que atribuirlo al escaso juicio y penetración con que se vieron y se trataron los problemas de los pueblos aisladamente y en relación unos con otros.

El origen de todo esto está en aquel infausto Tratado que pasará a la historia como ejemplo de la miopía humana y de insensatas pasiones para demostrar cómo no pueden terminarse las guerras cuando se tiene el propósito de llevar a los pueblos a nuevas perturbaciones. A causa del espíritu de este tratado, y de su íntima conexión con el establecimiento de la Sociedad de Naciones, ésta nació ya con una tara y por tanto desprestigiada. Desde entonces existe una Contraposición entre los principios ideales de una verdadera Sociedad de Naciones, como comunidad de miembros libres e iguales y el mundo real en que el Tratado de paz clasificó a los pueblos en vencidos, es decir, sin derechos, y vencedores, o sea los únicos que gozaban de derechos.

La manera inadecuada con que se trataron numerosas cuestiones políticas y económicas de interés mundial se debe también al espíritu de este Tratado. Se trazaron fronteras siguiendo, no las necesidades concretas de la vida y teniendo en cuenta las tradiciones existentes, sino guiados por las ideas de venganza y lucro y, acompañados otra vez de los sentimientos de recelo y de temor frente al desquite que posiblemente podría inspirar esa política. Hubo un momento en que los estadistas tuvieron la posibilidad de iniciar una fraternal concordia apelando sencillamente a la razón y al corazón de los soldados que a millones luchaban en los ejércitos de los pueblos, concordia que quizá hubiese facilitado infinitamente para siglos y siglos la convivencia de las naciones y de los Estados. Pero lo que ocurrió fue lo contrario. Y lo peor es que el espíritu de odio de este tratado prendió en la mentalidad general de los pueblos de manera que infectó y empezó a imperar en la opinión pública y de este espíritu de odio surgió el triunfo de la insensatez que desconocía los problemas naturales de la vida de los pueblos e incluso los propios intereses destruyéndolos con el veneno de ciegas pasiones.

No puede desconocerse ni negarse que el mundo sufre hoy males sin cuento, mas lo peor es que a causa de su obcecación no quiere ver las causas de tales infortunios y parece complacerse en él, y en las informaciones públicas se pone en evidencia, con mayor o menor mala intención, hasta qué punto están amenazadas o en peligro las posibilidades de vida de uno u otro pueblo.

Es de lamentar por ejemplo, que el mundo no quiera tener comprensión para las graves dificultades vitales del pueblo alemán y aún nos hiere en lo vivo leer todos los días en numerosos órganos de la Prensa la satisfacción con que relatan las aflicciones que necesariamente acompañan la vida de nuestro pueblo. Pudiera pasar mientras se tratara de literatos sin importancia. Pero lo malo es que también los estadistas empiecen a ver en las señales visibles o presuntas de calamidad y de miseria de un pueblo, hechos satisfactorios para juzgar la situación general y el porvenir del mundo.

Esto empezó en el año 1918. Entonces comenzó a implantarse aquel arte político que crea problemas insensatamente para desmayar después en su solución o gritar sin tregua y temerosamente. Es la insensatez que desconoce en absoluto que desmembrar los organismos políticos en contra de la Historia

no elimina la verdadera existencia histórica de un pueblo sino que lo único que hace es dificultar o hacer imposible la defensa de los intereses vitales, la organización de sus condiciones de vida. Era esa insensatez con la que, por ejemplo, en el caso de Alemania, se aislaba. Con procedimientos verdaderamente científicos a una nación de 65 millones, se le arrebataban sus relaciones económicas, se confiscaban sus capitales en el Extranjero, se aniquilaba el comercio, se cargaba luego a este pueblo con una deuda astronómica incalculable y finalmente, para que pudiese pagar esa deuda se le concedían créditos extranjeros y para poder pagar el interés de los créditos se fomentaba a toda costa la exportación, se amurallaban al cabo los mercados, se arrastraba así a ese pueblo a un empobrecimiento y una miseria horribles y se le acusaba luego de falta de capacidad de pago o de mala voluntad. Esto se llamaba “sabia política”.

Diputados del Reichstag alemán: Al tratar tan minuciosamente estos problemas, lo hago porque tengo el convencimiento de que sin modificar la consideración espiritual en la conformación de nuestras relaciones internacionales jamás podremos llegar al resultado de una verdadera pacificación de la humanidad. Las fatales tensiones de espíritu que existen hoy en Europa se deben también a esa insensatez que clama al cielo y que cree poder pasar por alto las necesidades elementales de los pueblos. Hay hoy políticos que parecen no sentirse seguros más que cuando las condiciones internas en que se desenvuelve la vida de los pueblos vecinos es todo lo adversa posible. Y aún más; cuanto más adversa tanto más triunfal le parece el éxito de su política clarividente. Yo quisiera que el pueblo alemán aprendiese de esa insensatez y no incurriese en las mismas faltas.

Yo quisiera que la nación alemana aprendiese a ver en la existencia de los pueblos realidades históricas de las cuales el iluso puede prescindir con el deseo, pero de las cuales de hecho no puede prescindirse. Que aprendiera lo irrazonable que es querer poner en contradicción esas realidades históricas con las exigencias de sus imperativos vitales y de sus comprensibles derechos a la vida. Por eso querría que el pueblo alemán comprendiese los motivos intrínsecos de la política exterior nacionalsocialista, política que considera, por ejemplo, lamentable que un pueblo de 33 millones de habitantes no tenga acceso al mar más que por lo fue territorio del Reich, pero que también le parece absurdo por imposible, el querer negar sin más ni más a tan gran Estado el acceso al mar.

No puede ser el espíritu ni la finalidad de una política internacional de altas miras provocar estados de cosas que han de clamar necesaria e inmediatamente por su modificación. Es, desde luego, posible que apelando, sobre todo, a la “fuerza” puedan los políticos violentar los intereses naturales de la vida, pero cuanto más frecuentes sean estos casos y cuanto más graves, tanto mayor será la presión para la descarga de las fuerzas y de las energías acumuladas y violentadas. Esto conduce luego a la acumulación de medios de defensa siempre nuevos y aumenta con eso a su vez ineludiblemente la contrapresión de las energías vitales del pueblo en cuestión, que han de ser constreñidas. Y entonces el mundo se encuentra sumido en temerosa inquietud y presentimiento de amenazadoras explosiones sin querer reconocer que, en realidad, la culpa de ese peligroso proceso no está más que en la insensatez de sus llamados estadistas. ¡Cuantas preocupaciones se le hubieran ahorrado a la humanidad, y especialmente a los pueblos europeos, si se hubieran respetado las condiciones elementales y naturales de vida y se hubiesen tenido en cuenta, tanto en la configuración política del mapa europeo como en la colaboración económica!

Y esto me parece absolutamente necesario si quieren conseguirse en lo futuro resultados mejores y más satisfactorios que los conseguidos hasta ahora. Especialmente en Europa, pues los pueblos europeos no constituyen, en definitiva, más que una familia sobre la faz de la tierra. A veces algo pendenciera pero, a pesar de todo, unida entre sí por parentesco natural o por afinidad, inseparable espiritual, cultural y económicamente, e imposible de concebir disociada. Todo intento de considerar y de tratar los problemas europeos de otro modo que no sea el de las leyes de la sana y fría razón conduce a reacciones desagradables para todos. Vivimos en una época de interna igualdad social de los pueblos. El hombre de

Estado que no conozca el espíritu de nuestros tiempos y no intente suavizar y, si es posible, hacer desaparecer en su pueblo los enconos por medio de concesiones compensadoras sucumbirá un día ante las explosiones que provoque necesariamente esa compensación o, lo que es más probable, dejará un caótico campo de ruinas.

Será prudente el Gobierno que refrene la turbulenta sinrazón pero que también escuche el manifiesto impulso de la época y lleve sensatamente hacia aquella igualdad social que refrena a los unos sin rendirse ante los otros. Puede profetizarse hoy para Europa que allí donde este proceso no se trate con la cautela debida o donde no se logre dirigirle, los enconos aumentarán hasta que por fin, obedeciendo a los rasgos espirituales de esta época impulsen por sí mismos a la compensación. Pero también corresponde a la cordura de la reconstrucción y de la conservación de una familia de pueblos como es Europa aplicar esas leyes internas en un sentido también superestatal.

Es poco razonable imaginarse que en una casa tan estrecha como Europa puedan mantenerse a la larga una comunidad de pueblos con regímenes y concepciones jurídicas diferentes. Todo intento de esa índole conduce a una carga de las energías volitivas en los afectados por la injusticia y, por lo tanto, y naturalmente, a una carga de la psicosis de pánico en los culpables. Considero semejante evolución no sólo irrazonable sino también sin sentido y además muy peligrosa. La considero especialmente crítica cuando además añade a ella una campaña de excitaciones intelectuales que, partiendo de literatos de cortos vuelos y de perturbadores internacionalmente conocidos, moviliza al amparo de esa sinrazón la pasión de las masas populares hostigadas y alucinadas. Al expresar estos temores no hago mas que manifestar lo que millones de seres presienten, sienten o experimentan sin darse quizá cuenta de las profundas causas.

Pero yo, diputados del Reichstag, tengo derecho a exponer claramente ante vosotros estas ideas porque son al mismo tiempo la explicación de nuestra propia experiencia política, de nuestro trabajo dentro del pueblo y de nuestra actitud respecto al exterior.

Puesto que el resto del mundo suele hablar de una "cuestión alemana" será conveniente darse al mismo tiempo idea clara de la naturaleza de esa cuestión. Para unos esa "cuestión" está en el sistema alemán, en la diferencia completamente incomprendida del sistema respecto a otros sistemas, en el llamado "rearme" en el que se ve un peligro y en todo lo que como consecuencia de ese rearme cree verse como fata morgana. Esta cuestión estriba para muchos en la belicosidad que se le atribuye al pueblo alemán, en los latentes propósitos agresivos o en la diabólica habilidad para engañar a sus enemigos.

No, señores politicastros. La cuestión alemana es cosa completamente distinta. En Alemania viven 67 millones de hombres en un espacio muy reducido y no todo él fértil. Esto supone 136 habitantes por kilómetro cuadrado. Estos hombres no son menos diligentes que los de otros pueblos de Europa, pero tampoco tienen menos exigencias que ellos. No son menos inteligentes, pero tampoco son menos deseosos de vivir. Tienen tan pocas ganas de hacerse ametrallar a toda costa, heroicamente, por quimeras como las que tendrían los franceses o los ingleses. Pero tampoco son más cobardes y, en todo caso, no tienen menos honor que los ciudadanos de otros países europeos. Un día se vieron envueltos en una guerra en la que creían tan poco como los demás europeos y de la cual fueron tan poco responsables como los demás. El alemán que hoy cuenta 25 años tenía aproximadamente uno cuando se incubaba la guerra. Por consiguiente, apenas si podemos hacerle responsable de aquella catástrofe de pueblos. El alemán, hoy más joven, a quien hubiera podido caber responsabilidad, tenía, dada la edad electoral de entonces, 25 años. Por consiguiente está hoy en los 50 por lo menos. Esto significa que la inmensa mayoría de los hombres del pueblo alemán ha ido a la guerra sencillamente por necesidad, lo mismo que la masa del pueblo superviviente francés o inglés. Si fueron dignos, cumplieron entonces su deber, si tenían edad para ello, lo mismo que hizo el francés digno o el inglés digno. Si fueron indignos, no lo cumplieron y se enriquecieron quizá o trabajaron para la revolución. Pero éstos ya no están hoy entre nosotros sino que en su mayoría viven como emigrados en cualquiera de las naciones hospitalarias. Nuestro pueblo alemán tiene tantas virtudes como otros pueblos y, naturalmente, también tantos defectos. La cuestión alemana radicaba, pues, en el hecho de que, por ejemplo, en 1935 todavía este pueblo sufría una capitis diminutio como expiación por una falta que no había cometido, lo cual era insoportable para un pueblo celoso de su honor, doloroso para un pueblo trabajador e irritante para un pueblo inteligente. La cuestión alemana consiste además en que, mediante un sistema de actos, de medidas irrazonables, de azuzamientos llenos de odio, se nos procuraba dificultar la vida ya difícil de por sí. Y dificultarla no sólo artificialmente sino absurda e insensatamente pues el resto del mundo no sacaba el menor provecho de las dificultades con que debía luchar Alemania.

Al alemán le corresponde por cabeza 18 veces menos terreno que al ruso, por ejemplo. Esto solo explica lo dura que debe ser y que es la lucha por el pan cotidiano y que, sin la capacidad y el trabajo del campesino alemán y la aptitud organizadora del pueblo apenas podría concebirse que vivieran 67 millones de hombres. ¿Qué habrá que pensar entonces de la simplicidad de quienes, aún llegando quizá a reconocer esas dificultades, experimentan sin embargo una alegría infantil en la Prensa, en publicaciones o en conferencias, en relación a nuestra miseria y espían las menores manifestaciones de nuestras íntimas necesidades para proclamarlas triunfalmente ante el resto del mundo? Diríase que su felicidad consistiera en que esa necesidad nuestra aumentase y en que no lográsemos irla haciendo soportable con trabajo y con inteligencia.

No presienten que la cuestión alemana adquiría un aspecto completamente distinto si un día las aptitudes y la actividad de estos millones de hombres desapareciesen y dejando paso no sólo a la calamidad sino a

la insensatez política. He aquí una de las cuestiones alemanas, y al mundo tiene que interesarle forzosamente que la cuestión alemana de afianzamiento de las posibilidades de vida pueda resolverse con éxito de año en año de la misma manera que yo deseo que el pueblo alemán comprenda también y dé la importancia debida a la feliz solución de análogas cuestiones vitales en los demás pueblos, solución que también exige su propio interés.

El resolver esta cuestión en Alemania es en primer término asunto del mismo pueblo alemán y el resto del mundo no tiene por qué interesarse en ello. No afecta los intereses de los demás pueblos sino en cuanto el pueblo alemán, para solucionar ese problema está obligado a entrar en relaciones económicas con los otros pueblos, ya como comprador, ya como vendedor. Y de nuevo sería interés del mundo el comprender que cuando un pueblo de 40, de 50 y de 60 millones pide pan, no se trata del obcecado capricho del Régimen o de determinados Gobiernos sino de una natural manifestación del impulso vital. Y que pueblos satisfechos son más razonables que los que tienen hambre, y que no son sólo los propios Gobiernos los que deben estar interesadas en que sus ciudadanos tengan alimento suficiente sino también los Estados y los pueblos vecinos. Y que, por consiguiente, el facilitar el derecho a la vida, en el alto sentido de la palabra, es interés de todos. A la época anterior a la guerra le estaba reservado encontrar un principio opuesto y aún proclamarle como razón para la guerra, el principio de que una parte de la familia europea estaría tanto mejor cuanto peor le fuese a la otra.

El pueblo alemán no tiene necesidad de una ayuda especial para mantener su existencia. Lo que no quiere es estar en peores condiciones que otros pueblos. Y esto es una de las cuestiones alemanas.

La segunda es la siguiente:

Como, a consecuencia de las condiciones y de las circunstancias generales, sumamente adversas, la lucha económica por la existencia del pueblo alemán es muy dura y, a su vez, la inteligencia, la laboriosidad y, por consiguiente, el natural nivel de vida son muy altos, se necesita poner a contribución todas las fuerzas para solucionar la primera cuestión. Esto, si ha de lograrse, no puede ser más que consiguiendo dar a este pueblo la sensación exterior de que posee igualdad política de derechos y por lo tanto seguridad política. Es imposible, a la larga, tratar y querer guiar como a un ilota a un pueblo valeroso y con sentimiento del honor. Nada demuestra mejor el innato amor a la paz del pueblo alemán que el hecho de que, a pesar de su capacidad, a pesar de su valor que no le podrán negar sus mismos adversarios, a pesar de su gran población, no se haya asegurado más que una parte tan modesta de territorio y de bienes materiales. Pero precisamente este carácter reconcentrado del espíritu alemán, no sufre que se le prive indignamente de sus derechos o que se le maltrate.

Al querer perpetuar por razones de orden moral -lo que no tiene precedentes en la Historia- los resultados de la guerra, el Tratado de Versalles creó esta cuestión alemana que, mientras no se resuelva, supone una grave carga para Europa y que, resuelta, supondría para ésta una liberación.

E inmediatamente, después de la conclusión del Tratado de Versalles en 1919, yo me propuse solucionar en su día este problema. No porque yo tuviese animadversión alguna a Francia o a cualquier otro país, sino porque la injuria inferida al pueblo alemán, a la larga, ni puede, ni debe, ni quiere soportarla.

En 1932 se encontraba Alemania al borde del caos bolchevique. Lo que este caos en un Estado tan grande hubiera significado para Europa, tal vez tengan oportunidad algunos grandes estadistas europeos de estudiarlo en el futuro en otros lugares. De todas maneras, yo he logrado vencer esta crisis del pueblo alemán, que en ninguna parte se ha manifestado tan palpablemente como en el orden económico, movilizando los valores generales psíquicos y morales de la nación alemana El hombre que hubiera querido salvar a Alemania del bolchevismo, hubiera tenido que decidir y, por consiguiente, resolver primero la cuestión de la igualdad de derechos de Alemania, no para causarles un daño a los otros pueblos, sino todo lo contrario, para ahorrarles, tal vez una daño mayor evitando una ruina de cuyas consecuencias apenas hubiera podido darse cabal cuenta Europa. La recuperación de la igualdad de derechos de parte de Alemania no le ha causado seguramente el menor perjuicio al pueblo francés. La revolución roja y la quiebra del Reich alemán, en cambio, hubieran asestado al orden y a la economía europeos un golpe de cuyas consecuencias la mayor parte de los estadistas europeos no se da,

desgraciadamente, perfecta cuenta. Esta lucha por la igualdad de derechos de Alemania, lucha que vengo librando desde hace tres años, no es el planteamiento de una cuestión europea, sino su solución.

Es una desgracia, en verdad trágica, que precisamente el Tratado de Paz de Versalles haya venido a crear una situación en cuya conservación el pueblo francés creía erróneamente tener especial interés. Tan escasas como eran las ventajas reales que esta situación podía contener en sí para cada uno de los franceses, tan grande era la ficticia compenetración que parecía existir entre la descalificación versallesca del pueblo alemán y los intereses franceses. Probable es que la debilidad característica de los años de la post-guerra alemana y de nuestros Gobiernos, pero muy especialmente de nuestros partidos, tenga la culpa de que el pueblo francés y los estadistas franceses serios no hayan podido hacerse cargo debidamente de la inexactitud de este modo de ver las cosas, pues mientras más malos eran los diferentes Gobiernos de épocas pasadas tanto más tenían que temer el despertar nacional del pueblo alemán. Mientras mayor era el temor ante la conciencia nacional, tanto más natural aparecía su actitud ante la difamación internacional y general del pueblo alemán. Hay más; aquellos Gobiernos necesitaban materialmente este encadenamiento vergonzoso para sostener de esta manera su propio y triste régimen. A donde condujo este régimen a Alemania, lo mostraba claramente la ruina entonces amenazadora.

Difícil era, naturalmente, demostrar a nuestros vecinos, en quienes la costumbre de la no-igualdad de derechos había echado hondas raíces, que la recuperación de esta igualdad de parte de Alemania no sólo no era perjudicial, sino que, por el contrario, era, a fin de cuentas, de mucha utilidad desde el punto de vista internacional. Vosotros, Diputados, hombres del Reichstag, conocéis el difícil camino que he tenido que seguir desde aquel 30 de Enero de 1933 para redimir al pueblo alemán de su indigna situación, para asegurarle, paso a paso, la igualdad de derechos, sin alejarlo de la comunidad política y económica de las naciones europeas y, ante todo, sin engendrar una nueva enemistad de la liquidación de las consecuencias de otra antigua. Algún día podré exigir de la historia la confirmación de que en ningún momento de mi actuación en pro del pueblo alemán he olvidado las obligaciones que yo y todos nosotros estamos forzados a contraer ante la conservación de la cultura y la civilización europeas. Condición principal para la existencia de este continente, tan raro precisamente por la diversidad de sus culturas, es que no es imaginable sin la existencia de Estados nacionales libres e independientes. Cada pueblo europeo podrá estar convencido de haber contribuido más que los demás a nuestra cultura occidental. Pero, en total, no queremos desear que desaparezca lo que han dado los diferentes pueblos y tampoco vamos a discutir sobre el valor de cada una de estas sus aportaciones, sino que más bien debemos reconocer que de la rivalidad de las obras individuales de Europa proceden, sin duda alguna, las obras cumbre en los diferentes ramos de la cultura humana.

Por muy dispuestos que estemos a colaborar en este mundo cultural europeo, como miembro libre y con iguales derechos, no por eso desistiremos de seguir siendo lo que somos.

En estos últimos 3 años -a menudo, inútilmente, por desgracia- he intentado y vuelto a intentar tender un puente de entendimiento y comprensión hacia el pueblo francés. Conforme nos vamos alejando de la amargura de la Gran Guerra y de los años que la siguieron, más se borra lo malo en los recuerdos humanos, pasando a primer término lo bello de la vida, del juicio y de las experiencias.

El que antiguamente se hallaba frente a frente como enemigo encarnizado, se sabe apreciar hoy como valiente luchador en una gran contienda pasada y vuelve a verse como portador y mantenedor de un gran bien cultural que es humano y general.

¿Por qué no ha de ser posible acabar para siempre con una rivalidad que viene persistiendo ya siglos enteros sin objeto alguno y que a ninguno de ambos pueblos ha traído, podrá traer ni traerá una decisión definitiva, y substituirla por la consideración a una más alta razón? El pueblo alemán no está interesado en que el francés sufra y viceversa: ¿Qué provecho podría sacar Francia de la ruina de Alemania? ¿Qué

beneficio tiene el campesino francés de que al alemán le vaya mal o viceversa? O ¿cuál es la ventaja que al obrero francés ofrece la miseria del alemán? ¿Qué beneficio podría reportar a Alemania, al obrero alemán, a la clase media alemana y al pueblo alemán en general el que Francia fuera perseguida por la desgracia?

He procurado resolver las cuestiones de una teoría de lucha de clases llena de odio en el interior de Alemania en el sentido de una razón superior, y lo he conseguido. ¿Por qué no ha de ser posible sacar el problema de los antagonismos generales entre los pueblos y los Estados de Europa de la esfera de lo irrazonable y de lo apasionado y colocarlo bajo la luz apacible de una mayor prudencia?

De todas maneras yo he jurado luchar tenaz y valientemente por la igualdad de derechos de Alemania y obtenerla sea como sea, pero también he jurado fortalecer el sentimiento de responsabilidad por la necesidad de una recíproca consideración y colaboración europeas.

Si de parte de mis adversarios internacionales se me echa en cara que rehúso análoga colaboración con Rusia, debo declarar lo siguiente: No la rehúso ni la he rehusado con Rusia, sino con el bolchevismo que aspira a dominar el mundo. Soy alemán, amo a mi pueblo y le tengo apego. Sé que sólo puede ser feliz cuando la vida le sea posible con arreglo a su modo de ser y a su naturaleza No quiero que sobre el pueblo alemán, que no sólo ha podido llorar, sino también reír a sus anchas durante toda la vida, caiga el horror de la dictadura comunista internacional del odio. Tiemblo por Europa cuando pienso lo que ha de ser de nuestro viejo continente, de excesiva población, el día en que al imponerse ese concepto asiático del mundo, concepto destructor y revolucionador de todos los valores habidos hasta hoy, se suma en el caos de la revolución bolchevique. Tal vez sea yo para muchos estadistas europeos un agorero fantástico y de todas maneras molesto. Que ante los opresores bolcheviques internacionales paso por uno de sus mayores enemigos, es cosa que me honra y justifica mi conducta ante las generaciones venideras. No puedo evitar que otras naciones sigan el camino que creen deber seguir o por lo menos poder seguir, pero sí evitaré que también Alemania emprenda este camino de perdición. Y creo que esta perdición sería un hecho en el momento mismo en que el Estado entablare relaciones con los portavoces de semejante teoría destructora. Si yo mismo, como gobernante, estrechase mis relaciones con el bolchevismo, perdería toda autoridad moral para hacerle comprender al obrero alemán ese gravísimo peligro, que a mi tanto me conmueve, de un eventual caos bolchevique en Alemania. Como estadista y Führer del pueblo quiero darle el ejemplo de todo lo que espero y pido de cada uno de mis conciudadanos. No creo que el estrecho contacto con un ideario que es pernicioso para un pueblo pueda ser de provecho para estadistas. En la historia alemana de los últimos 20 años hemos tenido oportunidad de reunir experiencias en este terreno. El primer contacto con el bolchevismo en 1917 nos trajo un año más tarde a Alemania la revolución. El segundo contacto fue más que suficiente para que Alemania se viera casi al borde del caos comunista. Yo he roto estas relaciones y arrancado así a Alemania de este precipicio. Nada me obligará a seguir otro camino que el que me prescriben la experiencia, la prudencia y la previsión. Y sé también que esta convicción ha llegado a ser un ideario perfectamente arraigado en todo el movimiento nacionalsocialista. Los problemas sociales y las tiranteces en nuestro pueblo los resolveremos con tenaz persistencia por la vía de una evolución continua, asegurándonos así la bendición de un tranquilo desarrollo social que redunde en provecho de todos nuestros conciudadanos. Y los nuevos problemas que se nos impongan nos llenarán de alegría, de la alegría que siente quien no se cree capaz de vivir sin trabajo y sin problemas.

Al pasar esta orientación fundamental a la política general europea, resulta para mí la separación de Europa en dos mitades, a saber: La mitad compuesta de Estados autónomos e independientes, de pueblos a los que estamos ligados por numerosos vínculos de historia y cultura y con los que queremos seguir vinculados por los siglos de los siglos, lo mismo que con las naciones independientes de los continentes no europeos. Y la otra mitad: La que es regida por aquella teoría bolchevique intolerante y que pretende dominar a la Humanidad, que predica la destrucción de los valores indestructibles y sagrados, tanto temporales como eternos, para imponernos otro mundo que por su cultura, su aspecto y contenido se nos antoja en absoluto despreciable.

Con esta mitad no queremos tener más relaciones que las indispensables exigidas por los intereses políticos y económicos internacionales.

Hay algo infinitamente trágico en el hecho de que el resultado de los sinceros esfuerzos que venimos realizando hace ya tantos años para ganarnos la confianza, las simpatías y el cariño del pueblo francés sea una alianza militar cuyo principio lo acabamos de ver, pero cuyo fin, si la divina Providencia no

vuelve a ser más misericordiosa de lo que merecen los hombres, será, tal vez, de incalculables consecuencias.

En los últimos tres años me he esforzado por crear, lenta, pero continuamente, las bases para un entendimiento franco alemán, no quedando la menor duda de que entre las bases para esta concordia se encuentra la absoluta igualdad de derechos y, consiguientemente, la misma apreciación equitativa legal, del pueblo y del Estado alemanes. Conscientemente he visto en esta inteligencia no sólo un problema que ha de resolverse por la vía de los pactos, sino un problema que primeramente ha de ponerse psicológicamente al alcance de ambos pueblos, puesto que hay que prepararlo no sólo de una manera positiva, sino también instintiva. Por esta razón se me ha reprochado con alguna frecuencia que mis ofrecimientos de amistad no han contenido propuestas concretas.

Esto no es cierto.

Lo que haya podido proponerse concretamente para aflojar la tirantez de las relaciones franco alemanas, lo he propuesto yo de una manera valiente y concreta. No vacilé en su tiempo en adherirme a la propuesta concreta de limitar los ejércitos a doscientos mil hombres. Más tarde, cuando esta propuesta fue abandonada por los propios autores responsables, me dirigí con otra enteramente nueva y concreta al pueblo francés y a los Gobiernos europeos. También mi propuesta de 300.000 hombres fue rechazada.

He hecho otra serie de propuestas concretas para el desenvenenamiento de la opinión pública en cada nación y para la purificación de los procedimientos de guerra y, a fin de cuentas, para un desarme lento pero seguro. Una sola de estas propuestas alemanas ha sido realmente tenida en cuenta. El sentido realista de un Gobierno inglés ha aceptado la propuesta que hice para establecer una proporción duradera entre la flota inglesa y la alemana, una proporción que responde a las necesidades de la seguridad alemana y toma en consideración, por otra parte, los enormes intereses ultramarinos de un gran Imperio colonial. Y bien puedo decir que este convenio es hasta ahora el único intento práctico y de resultados positivos para la limitación de armamentos. El Gobierno del Reich está dispuesto a completar con Inglaterra este convenio mediante otro tratado cualitativo.

He expuesto el principio muy concreto de que los programas colectivos de una pacto manía general están condenados a fracasar con la misma seguridad que las propuestas generales de un desarme mundial que desde un principio ha demostrado ser irrealizable en tales circunstancias. He hecho constar a este respecto que estos problemas sólo pueden ser abordados de una manera lenta, únicamente en dirección de la resistencia que parezca ser la más pequeña. Partiendo de esta convicción, he desarrollado igualmente una propuesta concreta para un pacto del aire, basándose en la igualdad de fuerzas aéreas para Francia, Inglaterra y Alemania. El resultado fue primero de menosprecio de esta propuesta y luego la intromisión, en el campo del equilibrio europeo, de un nuevo factor asiático-europeo oriental, incalculable en su alcance militar.

Por espacio de muchos años me he ocupado, pues, de propuestas concretas y no puedo menos de declarar que la preparación psicológica para un entendimiento me ha parecido por lo menos tan importante como las llamadas propuestas concretas, y en este punto creo haber hecho yo más de lo que jamás hubiera podido esperar de mí cualquier sincero estadista europeo. La cuestión de las eternas revisiones de las fronteras europeas la he eliminado de la atmósfera de la discusión pública en Alemania.

Desgraciadamente se sustenta con demasiada frecuencia el punto de vista, y me refiero especialmente a los estadistas extranjeros, de que a esta actitud y a sus acciones no hay que concederles gran importancia. Puedo decir que también a mí me hubiera sido posible poner en mi programa, como alemán, el restablecimiento de las fronteras del año 1914 y defender mi actitud en la Prensa y en la Tribuna, tal como lo hicieron después del año 1871 algunos ministros y leaders franceses. Mis señores críticos no me han de negar también toda eficacia en este terreno. Es más difícil para un nacionalista convencer a un

pueblo de la necesidad de llegar a una inteligencia con sus vecinos que hacer lo contrario Seguramente, que para mí hubiera sido probablemente más fácil incitar los instintos hacia el desquite que despertar, y ahondar continuamente, el sentimiento de la necesidad de una inteligencia europea. He aquí lo que yo he hecho. He liberado a la opini6n pública alemana de ataques de esta naturaleza contra nuestros pueblos vecinos.

He alejado a la Prensa alemana de todo odio contra el pueblo francés. Me he esforzado por despertar en nuestra juventud la comprensi6n del ideal de semejante entendimiento, y seguramente no en vano. Cuando los deportistas franceses, hace pocas semanas, llegaron al estadio olímpico en Garmisch-Partenkirchen, habrán tenido quizá oportunidad de comprobar si, y hasta que punto, he conseguido realizar este cambio en la opinión del pueblo alemán.

Pero este íntimo deseo de buscar y llegar a tal concordia, es más importante que los esclarecidos intentos de hombres de Estado de envolver al mundo en una red de pactos impenetrables jurídica y prácticamente.

Este esfuerzo por mi parte, era doblemente difícil, porque simultáneamente tenía que librar a Alemania de los lazos de un tratado que le arrebataba la igualdad de derechos y en cuyo mantenimiento -con razón o sin ella, eso es secundario- ha creído el pueblo francés deber estar interesado.

Y precisamente, como nacionalista alemán, he tenido que hacer por mi pueblo otro sacrificio sumamente doloroso.

Hasta el momento, por lo menos en tiempos recientes, no se había, ni aun intentado, terminada una guerra, negar al vencido la soberanía de una considerable y antigua parte de sus dominios. Solamente en interés de la mutua transigencia, he soportado este sacrificio moral y político que nos imponía y deseaba seguir soportando por creer que un convenio debe ser cumplido, si existe la posibilidad de que ayude a desenvenenar la atmósfera política entre Francia y Alemania e Inglaterra y Alemania difundiendo el sentimiento de seguridad entre todos.

A menudo he hablado ya sobre el particular y también en esta tribuna, proclamando la idea de que nosotros no solamente estamos dispuestos a contribuir con tan dolorosas aportaciones a la paz europea, tanto tiempo como las demás partes cumplan igualmente con sus compromisos, sino que en dichas aportaciones vemos la única posibilidad de que la paz se consolide.

Para vosotros, diputados, el contenido y significado de esta propuesta es conocido. Ella debía anular en el porvenir la violencia por parte de Bélgica y Francia por un lado y Alemania del otro. A consecuencia de los tratados con que Francia estaba ya ligada, sobrevino desgraciadamente la primera carga, sin que el espíritu de ese pacto fuese quebrantado. Alemania participó en este convenio, aportando y sacrificando cuanto podía, pues mientras Francia fortificaba sus fronteras con bronce, hormigón y armamento, proveyéndolas de numerosa guarnición, a nosotros se nos obligaba constantemente a mantenernos totalmente indefensos en el oeste. Sin embargo, lo hemos conllevado con la esperanza de que con ello servíamos a la paz europea y a la buena inteligencia de los pueblos.

Las negociaciones entabladas en el pasado año entre Francia y Rusia, recientemente firmadas y ratificadas por la Cámara, están en contradicción con lo pactado. Por medio de este nuevo Pacto franco-soviético, y con el hecho de que Checoslovaquia, haya cerrado un tratado análogo con Rusia, se ha formado frente a la Europa Central un gigantesco bloque provisto de poderosa y amenazadora fuerza armada. Es al mismo tiempo imposible que estas dos naciones se comprometan en sus tratados, sin atención a la decisión ya existente o que pueda ser expuesta por consejo de la Liga de las Naciones, a decidir por sí mismas, caso de que se presentase un conflicto en la Europa del Este, y a resolver en consecuencia hasta que punto han de prestarse o negarse apoyo.

El que se afirme que en este Pacto, por medio de una limitación ulterior, será suprimida la más esencial obligación, es incomprensible. No es posible estipular en una cláusula un modo de proceder que constituye quebrantamiento expreso de un compromiso, por lo demás válido, confiriendo así a este modo de proceder un carácter obligatorio, y al mismo tiempo establecer en otra cláusula que no se deben violar los otros compromisos. En este caso no sería razonable establecer el primer compromiso, y por consiguiente su existencia se haría incomprensible.

Este problema, lo es político en primer término, y por ello se le debe considerar bajo su trascendental importancia.

Francia no ha cerrado este tratado con una de tantas potencias europeas. Ya antes del Pacto del Rhin, Francia había firmado convenios de mutuo acuerdo, tanto con Checoslovaquia como con Polonia. Ello no

causó conmoción en Alemania; no solamente porque estos Pactos se diferenciaban del franco-soviético en su acatamiento a las decisiones de la Liga de las Naciones, sino porque tanto la entonces Checoslovaquia, como especialmente Polonia, eran los primeros interesados en que sus países estuviesen representados en la política por nacionalistas. Alemania no tiene el deseo de atacar a estos países y tampoco cree, tengan interés estos países en declarar hostilidades contra Alemania. Sobre todo, Polonia ha de conservarse Polonia, y Francia igualmente Francia. La Rusia soviética es por el contrario la nación promotora y oficialmente organizadora en sus ideas para la revolución mundial, habiéndolo así declarado. No se puede prever si en tiempo más o menos cercano, Francia va a participar de estas mismas opiniones, y si el caso llegase -como gobernante alemán debo contar con ello- entonces este nuevo Estado bolchevique sería una sección de la Internacional del bolchevismo, es decir, que la orden de ataque o de neutralidad no dependería de dos diferentes naciones en armonía con sus propias apreciaciones, sino que emanaría de un solo punto y significaría una orden. En este caso, si se operase esta evolución, no sería París, sino Moscú, quien predominase.

Tan lejos está Alemania en condiciones de atacar a Rusia, como se encontraría Rusia en todo tiempo capaz de dirigir contra Alemania un conflicto, salvando el terreno que las separa y utilizando sus posiciones avanzadas. La definición de agresor sería entonces establecida de antemano, por su independencia respecto a los acuerdos del Consejo de la Liga de Naciones.

La seguridad u objeción de que Francia y Rusia no harán nada que pueda motivar sanciones -y estas por parte de Inglaterra o Italia- no tiene la menor importancia, porque no puede medirse, qué clase de sanciones podrían ser eficaces, contra tan potente bloque de fuerza militar e ideológica desmesuradas.

Durante largos años, hemos advertido con inquietud este desenvolvimiento. No porque nosotros tuviésemos que temer más que otros, sino porque un día podía estar acompañado de espantosas consecuencias para toda Europa. Nuestras primeras reflexiones sobre el particular se han querido desvirtuar, argumentando la imperfección del material de guerra ruso, su falta de condiciones para adaptarse a la lucha europea. Siempre hemos combatido esta opinión, no porque tuviésemos por cualquier motivo el convencimiento de nuestra inferioridad, sino porque todos sabemos que el número tiene también una influencia decisiva.

Por ello estamos especialmente agradecidos a la declaración que ha sido hecha en la Cámara francesa por el Sr. Herriot sobre la importancia de la agresividad militar de Rusia. Sabemos que esta explicación del Sr. Herriot ha sido dada por el mismo Gobierno de los Soviets, y estamos convencidos de que éste no puede dar falsas informaciones, lo mismo que no dudamos de la fidelidad, con que han sido transmitidas estas informaciones por el Sr. Herriot inspirador espiritual del pacto. Según estos datos ha podido por primera vez constatarse, que el ejército ruso en pie de paz posee fuerzas que alcanzan a 1.350.000 hombres, segundo que las fuerzas en pié de guerra y reservas forman un total de 17 millones y medio de hombres, tercero, que poseen el más fuerte armamento en tanques y, cuarto, que disponen de la más completa defensa militar aérea del mundo.

La intromisión en el campo de acción de la Europa central de este poderoso factor militar, que según dicen está admirablemente dirigido y siempre dispuesto a entrar en fuego, destruye el verdadero equilibrio europeo. Impide, además, toda posible apreciación sobre los necesarios medios de defensa terrestre y aérea para las naciones en cuestión y en especial del único probable adversario, es decir Alemania.

Esta gigantesca movilización del Este contra la Europa Central, no solamente está punto por punto contra del Pacto de Locarno, sino aún más del sentido de su espíritu. No somos nosotros solos, los que por estar amenazados directamente, lo prevén. Esta misma opinión la sustentan hombres perspicaces de todos los países y lo han exteriorizado en la prensa y en declaraciones políticas.

El 21 de Febrero, se dirigió a mí un periodista francés con el ruego de que le concediese una entrevista. Como me fue notificado que se trataba de uno de estos franceses que se esfuerzan lo mismo que nosotros, por encontrar un camino que conduzca al buen entendimiento de ambos pueblos, no quise excusarme, tanto más cuanto que hubiese sido considerado como un signo de menosprecio mío hacia el periodismo francés. He dado las explicaciones deseadas, tal como las he expuesto una y mil veces públicamente en Alemania, y una vez más, he intentado dirigirme al pueblo francés, invitándole a llegar a un acuerdo, que de todo corazón deseamos y cuya realización veríamos con verdadero gusto. Pero al mismo tiempo, me he visto obligado a hacer patente el profundo disgusto con que veo el desenvolvimiento amenazador que va tomando Francia después de la conclusión de un Pacto, para el cual tenemos la convicción de que no ha existido causa alguna, pero que en caso de realizarse, deberá traer y traerá seguramente un cambio radical de circunstancias. Esta entrevista, por motivos que nos son desconocidos, ha sido, como es sabido, mantenida secreta, haciéndose pública sólo un día después de la ratificación del Pacto en la Cámara francesa.

No hay duda que, según las declaraciones que hice en esta entrevista, estoy y estaré dispuesto a servir leal y sinceramente, también en lo futuro a este acercamiento franco-alemán, por creerlo un elemento necesario a la seguridad de Europa ante los infinitos peligros que preveo, y por que no puedo prometerme ni siquiera atreverme a vislumbrar ninguna otra actitud, que pueda traer posibles ventajas para ambos, sino que por el contrario, veo los graves peligros internacionales de interés general. Sin embargo, después de conocida la definitiva conclusión en examinar atentamente este Pacto, me veo forzado a examinar cuidadosamente la nueva situación creada por él, y deducir las consecuencias necesarias.

Estas consecuencias son gravísimas, causándonos a todos, y a mí especialmente, amargo pesar. Yo, por mi parte, estoy obligado, a hacer un sacrificio en aras de la paz europea, pero sin abandonar los intereses de mi propio pueblo. Estoy dispuesto a llevar a cabo y a aconsejarlo al pueblo alemán, todo sacrificio que encuentre comprensión y aprecio en la parte contraria. Pero desde el momento, en que pueda comprobarse que una de las partes no da valor o no estima estos sacrificios, resultaría como consecuencia, una pesada carga unilateral para Alemania, y con ella una descalificación que no podríamos tolerar. En esta hora histórica y en este mismo lugar quiero repetir, lo que dije en mi primer y extenso discurso del Reichstag de Mayo de 1933: Que el pueblo alemán está dispuesto a soportar privaciones y penalidades antes que prescindir de los imperativos de su honor, y de su libertad e igualdad de derechos.

Si el pueblo alemán ha de representar un valor en la labor de solidaridad europea, este valor sólo puede tenerlo como colaborador en posesión de su honor y con absoluta igualdad de derechos. En el instante en que pierda este valor moral, perdería con él todo valor práctico. No quiero ni engañarnos a nosotros mismos ni a los demás Estados presentando a un pueblo que no tendría entonces valor alguno, por haber perdido el sentimiento natural del honor.

Estoy convencido también de que aun en esta hora en que constatamos tan amargas realidades y en que debemos tomar tan graves decisiones, tenemos que luchar más que nunca por encontrar nuevos caminos que conduzcan a una verdadera solidaridad europea que a todos beneficie.

En mis propuestas concretas he seguido esforzándome en exponer el sentir del pueblo alemán que vela por su seguridad e independencia pero que está dispuesto a todo sacrificio, que conduzca a una real y sincera colaboración europea, sobre la base de igualdad absoluta.

Después de una continuada y dura lucha conmigo mismo, me he resuelto, en nombre del Gobierno alemán, a entregar al Gobierno francés y a las demás potencias signatarias del pacto de Locarno, el memorando siguiente:

Memorando:

Tan pronto como se conoció el Pacto firmado entre Francia y la Unión Soviética, el Gobierno alemán llamó la atención de los Gobiernos de las demás potencias signatarias del Pacto renano de Locarno sobre el hecho de que las obligaciones contraídas por Francia en el nuevo Pacto no son compatibles con el renano. El Gobierno alemán explicó entonces detalladamente su punto de vista, tanto jurídica como políticamente: Jurídicamente, en el memorando alemán del 25 de Mayo de 1935; políticamente, en repetidas entrevistas diplomáticas que siguieron a la publicación del memorando. Los Gobiernos interesados saben que ni sus contestaciones por escrito al memorando alemán ni los argumentos por ellos aducidos, ya por vía diplomática ya por públicas declaraciones, han podido modificar el punto de vista del Gobierno alemán

En efecto, toda la discusión que desde Mayo de 1935 se ha seguido, tanto diplomática como públicamente, sobre estas cuestiones, no ha podido hacer más que confirmar en todos sus detalles el punto de vista adoptado desde un principio por el Gobierno alemán,

1) Es indiscutible que el Pacto franco-soviético está dirigido exclusivamente contra Alemania

2) Es indiscutible que en él Francia ha contraído obligaciones para el caso de un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética, obligaciones que rebasan con mucho las emanadas del Estatuto de la Sociedad de Naciones. Aquéllas la obligan a proceder militarmente contra Alemania aun cuando no pueda justificar esto por una recomendación ni siquiera por una previa decisión del Consejo de la Sociedad de Naciones.

3) Es indiscutible que Francia en tal caso se reserva el derecho de decidir por sí misma quién es el agresor.

4) Con esto queda sentado que Francia ha contraído obligaciones respecto a la Unión Soviética que, prácticamente, la llevarán a proceder, en caso dado, como si no estuviesen en vigor ni los Estatutos de la Sociedad de Naciones ni el Pacto renano, basado en ellos.

Este resultado del Pacto franco-soviético no queda eliminado con la reserva hecha por Francia de que, en caso de una acción militar contra Alemania, no quiere estar obligada cuando por esa acción pudiera exponerse a una sanción por parte de las potencias garantes: Italia y Gran Bretaña. Frente a esta reserva está el hecho decisivo de que el Pacto renano no descansa solamente en los compromisos de garantía de la Gran Bretaña e Italia sino, en primer término, en los que determinan las relaciones entre Francia y Alemania.

Por consiguiente, lo que importa es si Francia, al aceptar las obligaciones del Tratado, se ha detenido en los límites que con relación a Alemania le impone el Pacto renano.

El Gobierno alemán se ve en la precisión de negarlo.

El Pacto renano debía tener por objeto asegurar la paz del Oeste de Europa de modo que Alemania por un lado y Francia y Bélgica por otro, desistiesen para siempre de recurrir a las armas entre ellas. Si al concertarse el Pacto se hicieron determinadas excepciones al principio de la renuncia a la guerra, excepciones que rebasaban el derecho de la legítima defensa, la razón política de ello es que, como todos saben, Francia había contraído ya antes determinados compromisos frente a Polonia y Checoslovaquia, los cuales no quería sacrificar a la idea de asegurar absolutamente la paz en el Oeste. Alemania, con tranquilidad de conciencia, se avino entonces a estas restricciones. No hizo objeción a los Tratados con Polonia y Checoslovaquia que el representante de Francia depositó en la mesa de Locarno, suponiendo, naturalmente, que estos tratados se ajustaban al Pacto renano y no contenían cláusula alguna sobre la interpretación del artículo 16 del Estatuto de la Sociedad de Naciones, como las que se hallan en el nuevo Pacto franco-soviético. El contenido de esos acuerdos particulares, comunicados en su tiempo al Gobierno alemán, respondían a esa exigencia. Es verdad que las excepciones admitidas en el Pacto renano no se refieren exclusivamente a Polonia y Checoslovaquia sino que están formuladas en abstracto.

Sin embargo, el sentido de todas las negociaciones entabladas al respecto no era más que el de conciliar la renuncia franco-alemana a la guerra y el deseo de Francia de mantener las obligaciones ya contraídas por ella. Si, por consiguiente, Francia hace ahora uso de las posibilidades de recurrir a la guerra, formuladas abstractamente en el Pacto renano, para concertar una nueva alianza contra Alemania con un Estado fuertemente armado, si continúa restringiendo tan decisivamente el alcance de la renuncia a la guerra, concertada por ella con Alemania, y si, además, como antes decimos, no mantiene siquiera los límites jurídicos formalmente establecidos, ha creado así una situación completamente nueva y destruido el espíritu y el hecho del sistema político del Tratado renano.

Los últimos debates y decisiones del Parlamento francés han evidenciado que Francia está resuelta, a pesar de las objeciones alemanas, a hacer entrar en vigor definitivamente el Pacto con la Unión soviética e incluso una entrevista diplomática ha demostrado que Francia se considera ya ligada a la firma de este pacto del 2 de Mayo de 1935. Frente a este curso de la política europea, el Gobierno alemán no puede permanecer inactivo abandonando o dejando indefensos los intereses del pueblo alemán que tiene el deber de defender.

El Gobierno alemán ha acentuado constantemente en las negociaciones de los últimos años que desea mantener y cumplir los compromisos del Pacto renano en tanto que los demás signatarios del mismo estén dispuestos a mantenerlo. Está claro que esta condición tan evidente no puede ya considerarse como cumplida por parte de Francia. Esta ha contestado a los reiterados ofrecimientos de amistad y seguridades de paz hechos por Alemania quebrantando el Pacto renano por una alianza militar con la Unión soviética que se dirige exclusivamente contra ésta. Con esto, el Pacto renano de Locarno ha perdido el espíritu que lo informaba y, prácticamente, ha dejado de existir.

Alemania, por tanto, no se considera ya ligada a este Pacto extinguido. El Gobierno alemán se ve, pues, obligado a enfrentarse con la nueva situación creada por esta alianza, agravada por el hecho de que el Pacto “franco-soviético" se completa con otro tratado de unión, exactamente paralelo, entre Checoslovaquia y la Unión soviética.

En interés del derecho elemental de un pueblo a la seguridad de sus fronteras y a cuidar de sus medios de defensa, el Gobierno del Reich ha establecido, a partir de hoy, la plena e ilimitada soberanía del Reich en la zona renana desmilitarizada. Mas, para precaver toda tergiversación de sus propósitos y para apartar toda duda sobre el puro carácter defensivo de esta medida, a la vez que para testimoniar su eterno y ardiente deseo de una efectiva pacificación de Europa entre naciones con idénticos derechos e igualmente respetadas, el Gobierno del Reich se declara dispuesto a concertar nuevos acuerdos para erigir un sistema que asegure la paz europea a base de las propuestas siguientes:

1.- El Gobierno del Reich se declara dispuesto a entrar inmediatamente en negociaciones con Francia y Bélgica para fijar por ambas partes, a los dos lados de la frontera, una zona desmilitarizada dando de antemano su asentimiento a todo proyecto de este género cualquiera que sea la anchura prevista de la zona y los efectos prácticos, a condición de una paridad absoluta.

2.- El Gobierno del Reich propone, con objeto de asegurar la integridad y la inviolabilidad de las fronteras en el Oeste concertar un pacto de no-agresión entre Alemania, Francia y Bélgica cuya duración está dispuesto a fijar en 25 años.

3.- El Gobierno del Reich está dispuesto a invitar a Inglaterra e Italia para que firmen este pacto como potencias garantes.

4.- El Gobierno del Reich está conforme, en caso de que el Real Gobierno de los Países Bajos lo desee y los otros países que entran en el convenio lo juzguen oportuno, a incluir en el citado sistema de tratados a los Países Bajos.

5.- El Gobierno del Reich está dispuesto, para reforzar estos convenios de seguridad entre las potencias del Oeste, a concluir un pacto aéreo que pueda prevenir eficaz y automáticamente el peligro de un ataque repentino.

6.- El Gobierno del Reich repite su oferta de concertar también pactos de no-agresión, análogos al concertado con Polonia con los países limítrofes del Este.

Puesto que el gobierno lituano ha modificado en los últimos meses, en cierto modo su actitud frente a la región de Memel, el Gobierno del Reich deja sin efecto la excepción que se proponía hacer respecto a Lituania y está dispuesto a firmar con ella un pacto de no-agresión siempre que se vaya realizando la garantizada autonomía del territorio de Memel.

7.- Una vez conseguida, al fin, por Alemania, la igualdad de derechos y posesionada de nuevo de su soberanía sobre el total territorio del Reich, el Gobierno considera desaparecido el motivo principal que hizo al Reich abandonar la Sociedad de Naciones y está, por consiguiente, dispuesto a entrar de nuevo en ella. A la vez manifiesta la esperanza de que, en un lapso de tiempo conveniente se trate amistosamente la cuestión de la igualdad de derechos en el aspecto colonial así como la cuestión de liberar el Estatuto de la Sociedad de Naciones de la influencia de las cláusulas del Tratado de Versalles.

Diputados del Reichstag: En este momento histórico, en que tropas alemanas acaban de reintegrarse a sus futuras guarniciones de tiempo de paz, en las provincias occidentales del Reich, nos unimos en doble y sagrada profesión de fe, emanada de lo más íntimo de nuestra conciencia:

Primero, haciéndonos el juramento de no retroceder ante ningún poder ni violencia, hasta recobrar el honor de nuestro pueblo, prefiriendo sufrir máxima privación en plena dignidad, a una capitulación que lo mancille y, segundo, prometiéndonos luchar, con más tesón que nunca, en pro de la solidaridad europea y, muy en especial, de un cordial entendimiento con nuestros vecinos del Oeste.

Después de tres años, creo que en el día de hoy podemos considerar como realizada la igualdad de derechos por la que hemos luchado. Creo que con esto desaparece el motivo principal que en su tiempo nos obligó al retraimiento del trabajo en común con los demás pueblos europeos.

Si estamos otra vez dispuestos a volver a este trabajo en común, es con el sincero deseo de que quizá este paso y una mirada retrospectiva a los años pasados, puedan contribuir a hacer más profunda la comprensión para el sentido de esta cooperación también en los restantes pueblos europeos.

En Europa, no pretendemos ya reivindicación territorial alguna. Sabemos sobre todo, que la tirantez producida bien sea a causa de falsas prescripciones territoriales, o por la desproporción del número de habitantes con relación al espacio que necesitan para sustentarse no puede desaparecer en Europa mediante una guerra.

Esperamos, sin embargo, que el sentido común humano, ayudará a suavizar lo doloroso de esta situación y por un camino lento pero evolutivo, cese la tirantez existente, mediante pacifico trabajo colectivo. Y muy especialmente encuentro en el día de hoy, la necesidad de reconocer la obligación en que estamos de conservar el honor y la libertad nacional que hemos recuperado. Deberes que tenemos no sólo frente a nuestro propio pueblo sino también frente a los demás Estados europeos.

En este lugar, quisiera recordar a los estadistas europeos las ideas que expresé en los 13 puntos de mi último discurso, asegurando, que nosotros los alemanes haremos con gusto cuanto nos sea posible y necesario, para la realización de estos ideales que no tienen nada de fantásticos.

¡Camaradas! Desde hace 3 años, estoy a la cabeza del Reich y por lo tanto del pueblo alemán. Grandes son los éxitos que en estos 3 años han coronado mis desvelos en pro de la Patria. En todos los terrenos de nuestra vida nacional, política y económica, se han mejorado las circunstancias.

Pero también debo confesar en este día, que durante este tiempo, me han agobiado un sin número de inquietudes, siguiendo a los días colmados de trabajo, incontables noches de desvelo. He logrado realizar mis deseos, en lo posible, porque jamás me sentí dictador de mi pueblo sino tan sólo su guía y como tal su representante.

Para alcanzar la íntima adhesión a mis ideales del pueblo alemán, tuve que sostener primero 14 años de lucha, y gracias a su confianza, fui encargado, por el venerado Mariscal de Campo, de las riendas del Gobierno. Pero también desde entonces he encontrado manantial de insospechadas energías en la dicha de sentirme indisolublemente unido con mi pueblo como hombre y como guía.

No puedo clausurar este periodo histórico de la rehabilitación del honor y libertad de mi pueblo, sin pedirle antes a él que a mí, así como a mis colaboradores y compañeros de lucha, nos concedan su aprobación ulterior, para todas aquellas resoluciones tomadas al parecer arbitrariamente y para las duras medidas y los grandes sacrificios exigidos.

Por esto, me he decidido en el día de hoy a disolver el Reichstag alemán para que el pueblo pueda pronunciarse acerca de mi actuación y la de mis colaboradores.

En estos 3 años, Alemania ha recuperado su honor, ha vuelto a encontrar su fe, ha vencido en gran parte su escasez económica y se ha encaminado por último, hacia el renacimiento de su cultura. Esto, creo poder afirmarlo ante mi Dios y mi conciencia.

Ahora ruego al pueblo alemán, que me fortalezca en mi fe por medio de su adhesión y me confiera su propia fuerza, para luchar valerosamente por su honor y libertad y velar por su bienestar económico.

Y por encima de todo, para combatir por la paz verdadera.

DISCURSO CON MOTIVO DEL PROYECTO DE PAZ DEL GOBIERNO ALEMÁN

(31 de Marzo de 1936)

Con sincero beneplácito ha sabido el Gobierno alemán por el embajador von Ribbentrop el deseo del Gobierno y del pueblo británicos de comenzar con la mayor prontitud posible la labor práctica conducente a una verdadera pacificación de Europa. Este deseo coincide con los íntimos propósitos y esperanzas del pueblo alemán y de su Gobierno.

Por esto, es tanto más de lamentar para éste el no poder encontrar en el proyecto de los delegados de las potencias de Locarno, entregado el 20 de Marzo, una base valedera y eficaz para iniciar y realizar una verdadera labor pacífica.

A ojos del pueblo alemán y a ojos de su Gobierno ese proyecto está falto de comprensión para las leyes del honor y de la paridad jurídica que fueron siempre en la vida de los pueblos la primera condición para concertar tratados libres y, por consiguiente, sagrados.

El Gobierno alemán cree que la augusta trascendencia de la misión a resolver le obliga a limitarse a lo estrictamente necesario en la comprobación de la parte negativa del memorando que se le entregó. Pero, en cambio, quiere facilitar, por su parte, el comienzo de una labor concreta en la seguridad de la paz europea, ampliando y aclarando las proposiciones que hiciera el 7 de Marzo.

El Gobierno alemán para que se comprenda su repulsa de algunos puntos discriminatorios, así como para justificar sus propuestas constructivas, tiene que hacer las siguientes declaraciones de principio:

El Gobierno alemán acaba de recibir del pueblo, un solemne mandato general para representar al Reich y a la nación alemana en sus dos compatibles aspiraciones:

1.- El pueblo alemán está decidido a defender a todo trance su libertad, su independencia y, por consiguiente, su igualdad de derechos. En la defensa de estos naturales principios internacionales de la vida pública ve un imperativo del honor nacional y una premisa para toda colaboración práctica entre los pueblos, a la cual no renunciará bajo ningún concepto.

2.- El pueblo alemán desea de todo corazón contribuir con todas sus fuerzas a la gran obra de una conciliación general y entendimiento entre las naciones europeas con objeto de asegurar la paz tan necesaria para este continente para su cultura y bienestar.

Estos son los deseos de nuestro pueblo alemán y éste es, por lo tanto el compromiso del Gobierno alemán.

El Gobierno alemán quisiera añadir todavía las siguientes observaciones a sus principios fundamentales expuestos en la nota provisional de 24 de Marzo de 1936:

A.- Alemania concertó en 1918 el armisticio en base de los 14 puntos de Wilson que no preveían limitación alguna de la soberanía alemana en el Rhin. Al contrario: El pensamiento capital que presidía esos puntos era el de erigir una paz duradera y mejor mediante un nuevo orden internacional. Sin consideración a vencedores ni vencidos, debía dar gran amplitud al derecho de los pueblos a disponer por sí mismos.

B.- En su discurso del 26 de Marzo acerca de la zona desmilitarizada dijo el Ministro británico de Negocios Extranjeros que aquélla, en último extremo, no se había establecido más que como compensación a la separación de la Renania que Francia pretendía, en rigor, en 1918. De esto se deduce que la desmilitarización de la zona no era más que consecuencia de una anterior violación de un compromiso que obligaba a su vez a los aliados.

C.- Las cláusulas del Tratado de Versalles concernientes a la desmilitarización se basaban, pues, en la violación de una promesa hecha a Alemania y no poseían, por consiguiente, más argumento jurídico que la fuerza. Del Tratado de Versalles pasaron al Pacto de Locarno después de una nueva violación jurídica, a saber, la ocupación de la cuenca del Ruhr que incluso juristas de la Corona de Inglaterra consideraron como una infracción de derecho.

D.- La sedicente "voluntaria renuncia" a la soberanía de Alemania en esas provincias occidentales del Reich es, por consiguiente, una consecuencia del Dictado de Versalles y una concatenación de máximas opresiones al pueblo alemán, derivadas de aquél, debiendo citarse especialmente la espantosa penuria y la angustiosa situación del Reich como efecto de la ocupación de la Renania.

Por eso, cuando por parte del Gobierno británico se dice hoy que, si bien se ha hablado de un Dictado de Versalles, jamás se ha hablado de un dictado de Locarno, el Gobierno alemán tiene que replicar preguntando: ¿Ha habido o puede haber siquiera en el mundo un pueblo grande que haya renunciado o que renunciaría voluntariamente y sin coacción exterior, unilateralmente a sus derechos soberanos y en este caso concreto al elemental derecho de defensa de sus propias fronteras?

No obstante, el pueblo alemán había soportado este estado de cosas durante 17 años y todavía el 21 de Mayo de 1935 declaraba el Canciller del Reich que "el Gobierno alemán considera la desmilitarización de dicha zona como una contribución en pro de la pacificación de Europa", de inaudita gravedad para un Estado soberano, y que el propio Gobierno "cumpliría todos los compromisos resultantes del Tratado de Locarno en tanto que los otros contratantes estuvieran dispuestos a cumplirlo".

Ya en su Nota provisional de 24 de Marzo de 1936 ha señalado el Gobierno del Reich el hecho de que el tratado militar concertado entre Francia y la Rusia soviética privaba al pacto de Locarno de base jurídica y, sobre todo, política y, por consiguiente, de su razón de existir. No es necesario volver a entrar en detalles sobre estos pues:

No hay duda de que la tendencia a cubrir Europa de una tupida red de alianzas militares contradice en absoluto el espíritu y el sentido de la instauración de una verdadera comunidad internacional. Se corre el gran peligro de que esa complicada red de alianzas militares origine un estado de cosas análogo a aquél que fue causa primordial de la guerra más espantosa y más insensata. No está en manos de un solo Gobierno impedir esa marcha iniciada por algunas grandes potencias, pero todo Gobierno tiene el deber de adoptar dentro de las fronteras del propio territorio de su soberanía precauciones contra las sorpresas que pudieran surgir de tan impenetrable política militar y gubernamental en Europa.

De ahí, que el Gobierno alemán en vista del anterior proceso que supone una anulación de las premisas y de los fundamentos jurídicos y políticos del pacto de Locarno declaró no estar ligado por su parte a dicho pacto y restableció la soberanía del Reich en todo su territorio.

El Gobierno alemán no puede someter el paso dado para la seguridad del Reich, que no afecta más que al territorio alemán y no amenaza a nadie, a la consideración de un árbitro que, aún en el mejor de los casos, no estaría en condiciones de juzgar más que la parte jurídica y de ninguna manera la política. Y máxime cuando el Consejo de la Sociedad de Naciones ha adoptado ya una resolución que prejuzga el enjuiciamiento jurídico de la cuestión.

El Gobierno alemán tiene además el convencimiento de que ese fallo no sólo no proporcionaría aportación positiva alguna para una verdadera solución constructiva del problema de la seguridad europea, sino que no serviría exclusivamente más que para dificultar, cuando no para impedir, dicha solución.

Por lo demás: O se cree posible una seguridad general de la paz europea y, en ese caso, la proyectada injerencia en la soberanía de un Estado no puede producir más que efectos contraproducentes, o no se cree posible ese afianzamiento de la paz y, entonces, esa decisión tendría tan sólo una importancia jurídica que, a lo sumo, se establecería a posteriori.

Por lo tanto el Gobierno alemán no puede ver en este punto ni en los demás de la propuesta de los delegados de las potencias de Locarno, que no suponen más que una carga unilateral para Alemania, una

aportación útil para la solución verdaderamente magnánima y constructiva del problema de la seguridad europea sino, a lo sumo, elementos de discriminación de un gran pueblo que hacen, por consiguiente, problemática la verdadera organización de la paz.

Por esto, el Gobierno alemán fiel al encargo que le dio el pueblo tiene que rechazar todas las propuestas de ese proyecto que gravan unilateralmente a Alemania y la discriminan por lo tanto.

Alemania, como lo revela su propuesta, no tiene el propósito de atacar jamás a Bélgica o a Francia. Sabido es, además, que, dado el gigantesco armamento francés y las enormes obras de fortificación de su frontera del Este, sería insensato semejante ataque aún desde el punto de vista puramente militar.

Por estas razones, es también incomprensible para el Gobierno alemán el deseo del Gobierno francés de que entablen negociaciones los Estados Mayores.

El Gobierno alemán no vería más que un grave precedente en el hecho de que esos acuerdos de los Estados Mayores se adoptaran antes de concluir los nuevos pactos de seguridad y cree que dichos acuerdos han de ser siempre consecuencia de las obligaciones políticas de asistencia que pesan sobre las potencias de Locarno y han de celebrarse entonces a base de estricta reciprocidad.

El Gobierno alemán considera además que para facilitar la solución de los problemas a resolver debería estructurarse prácticamente su complejidad atendiendo a los fines que se persiguen. Y entonces tiene que hacer las siguientes preguntas fundamentales:

¿Cuál ha de ser la finalidad de los esfuerzos de la diplomacia europea?

A.- ¿Ha de ser esta finalidad la de mantener o continuar bajo nuevas formas o modificaciones, cualesquiera que sean la clasificación de los pueblos europeos en pueblos privilegiados y pueblos inferiores, dignos o indignos, libres o encadenados, cuando esta clasificación se ha revelado como inadecuada para asegurar duraderamente la paz?

¿Ha de ser también finalidad de los esfuerzos diplomáticos europeos la de partir de ese propósito y, por medio de simples resoluciones mayoritarias, definir el pasado y sentenciar con objeto de encontrar la justificación jurídica que al parecer faltaba para que continuase el anterior estado de cosas?. O...

B.- Ha de encaminarse el esfuerzo de los Gobiernos europeos a conseguir a todo trance asentar las relaciones entre las naciones europeas sobre las bases realmente constructivas que permitan crear y afianzar una paz duradera.

El Gobierno alemán le debe a su pueblo la declaración categórica de que no participará más que en este segundo intento, el único constructivo a su parecer, y esto desde luego, por íntimo convencimiento y con todo el peso de la sincera y esperanzada voluntad de la nación que le asiste en pleno.

El Gobierno alemán estima que, en ese caso, la misión impuesta a los hombres de Estado europeos podría dividirse en 3 períodos:

A.- El de una paulatina pacificación de los espíritus durante la cual se podría precisar claramente el procedimiento de las negociaciones que han de iniciarse.

B.- El de las negociaciones propiamente dichas para asegurar la paz europea.

C.- El período posterior para estudiar los complementos que fueren de desear en la obra de la paz europea y que, ni por su materia ni por sus proporciones pueden fijarse precisamente o limitarse de antemano (cuestiones referentes al desarme, cuestiones económicas, etc.).

Para esto el Gobierno alemán propone el siguiente proyecto de paz:

1.- Para dar a los acuerdos venideros para la seguridad de la paz europea el carácter de Tratados sagrados, las naciones que participen en ellos no intervendrán más que con plena igualdad de derechos y

con plena consideración. El único imperativo para la firma de esos Tratados será tan solo el de la visible y por todos reconocida conveniencia de dichos acuerdos para la paz europea y, por consiguiente, para la felicidad social y el bienestar económico de los pueblos.

2.- Para acortar en lo posible, y en interés de la vida económica de los pueblos europeos, el tiempo de incertidumbre, el Gobierno alemán propone limitar el primer período, o sea hasta la firma de los pactos de no-agresión y, por lo tanto, de la garantizada seguridad de paz en Europa, a cuatro meses.

3.- El Gobierno alemán, presuponiendo que el Gobierno belga y el Gobierno francés procedan en el mismo sentido, asegura que durante ese tiempo no aumentará en ninguna forma las tropas que se encuentran en la Renania.

4.- El Gobierno alemán asegura que durante ese tiempo las tropas que se encuentran en Renania no se acercarán más a la frontera belga ni a la francesa.

5.- El Gobierno alemán propone, para garantizar estas seguridades recíprocas, el nombramiento de una Comisión compuesta de representantes de las dos potencias garantes, Inglaterra e Italia, y de una potencia neutral no interesada.

6.- Alemania, Bélgica y Francia están autorizadas para nombrar un representante en dicha Comisión. Alemania, Bélgica y Francia tienen el derecho de comunicar a la Comisión de garantía, para su estudio, todo eventual cambio de la situación militar dentro de ese período de 4 meses, cuando lo crean justificado por determinados hechos

7.- Alemania, Bélgica y Francia se declaran dispuestas a permitir en ese caso que dicha Comisión haga por medio de los agregados militares inglés e italiano las averiguaciones necesarias e informe sobre ellas a las Potencias interesadas.

8.- Alemania, Bélgica y Francia aseguran que tendrán plenamente en cuenta las objeciones que se hagan.

9.- Por lo demás el Gobierno alemán está dispuesto a aceptar, de pleno acuerdo con sus vecinos del Oeste, y a base de absoluta reciprocidad, cualquier restricción militar en la frontera occidental alemana.

10.- Alemania, Bélgica y Francia y las dos potencias garantes acuerdan que, inmediatamente, o, a más tardar, después de celebradas las elecciones francesas, entrarán en negociaciones, bajo la presidencia del Gobierno inglés para concertar un pacto de no-agresión o un pacto de seguridad durante 25 años entre Francia y Bélgica por una parte y Alemania por otra.

11.- Alemania está de acuerdo en que Inglaterra e Italia vuelvan a firmar como potencias garantes este convenio de seguridad.

12.- Si de estos convenios de seguridad se derivasen obligaciones especiales de asistencia militar, Alemania se declara dispuesta a aceptar por su parte dichas obligaciones.

13.- El Gobierno alemán repite aquí la propuesta de concertar un pacto aéreo como complemento y refuerzo de estos acuerdos de seguridad.

14.- El Gobierno alemán repite estar dispuesto a incluir también a Holanda en estos acuerdos de seguridad occidental europea, en caso de que este Estado lo deseare.

15.- Para dar a la obra de afianzamiento de la paz que, libremente llevan a cabo Alemania por un lado y Francia por el otro, el carácter de solución conciliadora de una discordia secular, Alemania y Francia se comprometen a hacer que en la educación de las respectivas juventudes así como en las publicaciones oficiales se evite cuanto pueda contribuir a envenenar las mutuas relaciones de los dos pueblos por la humillación, el menosprecio o la torpe intromisión en las cuestiones internas de uno de ellos. Alemania y Francia acuerdan nombrar una Comisión común en la Sociedad de Naciones encargada de transmitir a sus respectivos Gobiernos para su conocimiento y examen las quejas que pudieran presentarse.

16.- Alemania y Francia se comprometen, siempre en su deseo de dar a este acuerdo el carácter de un tratado sagrado, a hacerlo ratificar por un plebiscito de los mismos pueblos.

17.- Alemania se declara dispuesta a entrar por su parte en relación con los Estados de sus fronteras Sureste y Noroeste para invitarlos inmediatamente a concertar los pactos de no-agresión por ella

ofrecidos.

18.- Alemania se declara dispuesta a entrar inmediatamente o una vez concertados estos tratados, en la Sociedad de Naciones. El Gobierno alemán repite aquí su esperanza en que en el transcurso de un plazo prudencial y mediante pacíficas negociaciones se resuelvan las cuestiones de la igualdad de derechos respecto a las colonias y la liberación del estatuto de la Sociedad de Naciones de las cláusulas marcadas por el tratado de Versalles.

19.- Alemania propone designar un tribunal internacional de arbitraje al cual competa velar por la observancia de este complejo contractual y cuyas decisiones sean obligatorias para todos.

Una vez terminada esta gran obra de afianzamiento de la paz europea, el Gobierno alemán juzga absolutamente necesario el intento de atajar con medidas prácticas la desenfrenada carrera de armamentos lo cual sería no sólo un alivio para la Hacienda y la Economía de las naciones sino, ante todo, un término a la tensión de los espíritus.

Pero el Gobierno alemán no se promete nada del intento de soluciones universales que están condenadas de antemano a fracasar y que, por consiguiente, no pueden proponerlas más que aquellos que no están interesados en que se llegue a resultados prácticos. El Gobierno alemán cree que, respecto a esto, las negociaciones y los resultados conseguidos en la reducción de armamentos marítimos pueden servir de ejemplo y de estímulo.

El Gobierno alemán propone, pues, la convocación ulterior de Conferencias pero cada una con una misión bien precisa.

La misión primera y principal es, a su juicio, llevar la guerra aérea a aquella atmósfera moral y humana del respeto a la población civil y a los heridos acordado en su tiempo por la Convención de Ginebra. De la misma manera, que mediante acuerdos internacionales, se ha prohibido el matar a heridos indefensos y prisioneros, emplear balas dum-dum y hacer la guerra submarina sin advertencia, así tiene que lograr también una humanidad civilizada poner diques al bastardeamiento insensato en el empleo de las nuevas armas sin contradecir los fines de la guerra

El Gobierno alemán propone, por consiguiente, para esas Conferencias estas primeras cuestiones prácticas:

1.- Prohibición de arrojar bombas de gases venenosos e incendiarios.

2.- Prohibición de arrojar bombas de ninguna clase a poblados descubiertos que se encuentren fuera del alcance de la artillería media y pesada de los frentes combatientes.

3.- Prohibición de bombardear poblaciones con cañones de largo alcance, fuera de una zona de combate de 20 Km.

4.- Supresión y prohibición de construir tanques pesados.

5.- Supresión y prohibición de la artillería más pesada.

Si de las conversaciones y acuerdos resultase la posibilidad de otra limitación de armamentos, se tomaría en consideración.

El Gobierno alemán se declara desde ahora dispuesto a adherirse a cualquier arreglo de esta índole siempre que tenga validez internacional. El Gobierno alemán estima que, aunque no se dé mas que un primer paso en el camino del desarme, su trascendencia para las relaciones de los pueblos entre sí será extraordinaria, haciendo renacer con ello esa confianza que es condición previa para el bienestar público y el desenvolvimiento del comercio.

Para corresponder a los generales deseos de un restablecimiento de relaciones económicas más

favorables, el Gobierno alemán está también dispuesto a entrar inmediatamente después de concluido el Tratado político, y con arreglo al espíritu de las propuestas hechas, en un cambio de ideas sobre cuestiones económicas con los países en cuestión, contribuyendo en la medida de sus fuerzas al mejoramiento de la situación en Europa y de la Economía mundial inseparable de aquélla.

El Gobierno alemán cree haber hecho con el anterior proyecto de paz su aportación para la estructura de una nueva Europa sobre la base del mutuo respeto y a la confianza entre Estados soberanos. Muchas de las ocasiones que Alemania brindó en los últimos años para la pacificación de Europa se han malogrado. Ojalá que se alcance por fin este intento de solidaridad europea.

El Gobierno alemán tiene la firme convicción de que con el presente proyecto de paz ha allanado el camino para lograrla.

DISCURSO ANTE EL REICHSTAG

(30 de Enero de 1937)

Hombres del Reichstag alemán:

En un día de honda significación para el pueblo alemán se ha reunido el Reichstag. Cuatro años han transcurrido desde el momento en que comenzó la gran transformación y renovación interna que desde entonces se operó en Alemania. Cuatro años que pedí al pueblo alemán tanto para prueba como para fallo. ¿Qué ocasi6n mejor que ésta para enumerar uno por uno los éxitos y los progresos que estos cuatro años brindaron al pueblo alemán? Pero no es posible en este breve acto citar todo lo que podía considerarse como más notable en esta época, quizá la más asombrosa en la vida de nuestro pueblo. Esto es misión más bien de la Prensa y de la propaganda. Además este año se celebrará en Berlín, en la capital del Reich una Exposición en la que se intentará dar una idea de lo creado, de lo conseguido y de lo empezado más amplia y más detallada de lo que podría ser la que yo diera en un discurso de dos horas. Por esto quiero aprovechar esta histórica sesión de hoy del Reichstag alemán para recoger en una ojeada retrospectiva sobre los cuatro años transcurridos algunos de los conocimientos de las experiencias y de los efectos de índole general cuya comprensión importa no sólo a nosotros sino también a nuestros descendientes.

Quiero además tomar posición respecto a los problemas y tareas de cuya importancia debemos darnos clara cuenta nosotros y los demás para hacer posible una mejor convivencia y finalmente quisiera trazar en breves líneas los proyectos que abrigo en parte para un futuro inmediato y en parte para un futuro más remoto.

En la época en que como simple orador recorría la tierra alemana me preguntaron muchas veces elementos burgueses por qué creíamos en la necesidad de una revolución en vez de intentar mejorar el estado de cosas que nos parecía perjudicial e insano dentro de las normas existentes y colaborando con los demás partidos.

Que ¿por qué un nuevo Partido y porqué sobre todo una nueva revolución?

Mis respuestas de entonces estaban siempre inspiradas en estas consideraciones.

1.- El desconcierto, la decadencia a que habían llegado las concepciones de la vida y la lucha por la existencia no podían ser conjurados con un simple cambio de Gobierno. Estos cambios se habían verificado ya más que suficientemente antes de nosotros sin que por eso se presentase una mejora esencial en la calamidad alemana. Todas esas modificaciones gubernamentales no tenían positiva importancia más que para los actores del espectáculo pero para la nación fueron casi siempre de resultados puramente negativos. Durante mucho tiempo el pensamiento y la vida práctica de nuestro pueblo habían emprendido sendas tan antinaturales como de nocivos resultados. Una de las causas de

este estado de cosas radicaba en la organización misma del Estado y de la gobernación, extrañas ambas a nuestro carácter, a nuestra historia y a nuestras necesidades.

El sistema democrático parlamentario era inseparable de las manifestaciones generales de la época. Ahora bien, el remedio para un mal difícilmente puede lograrse participando en las causas que la producen sino eliminándolas radicalmente. Pero para ello la lucha política debía tomar necesariamente en las circunstancias dadas el carácter de una revolución.

2.- Una transformación y una reorganización revolucionaria de esa naturaleza no son concebibles en los sostenedores y representantes más o menos responsables del antiguo estado de cosas y por consiguiente tampoco en las organizaciones políticas de la anterior vida constitucional ni se concibe participando en esas instituciones sino únicamente mediante la creación y la lucha de un nuevo movimiento cuyo objeto y finalidad sean la necesaria reforma de la vida política, cultural y económica hasta en sus raíces más profundas dando para ello si es preciso su sangre y su vida.

Es digno de notarse aquí que el triunfo parlamentario de partidos medios apenas si modifican esencialmente el rumbo de la vida y el aspecto de los pueblos en tanto que una verdadera revolución nacida de arraigados principios ideológicos produce exteriormente también modificaciones hondas y generalmente perceptibles.

¿Y quien dudará que en estos cuatro años transcurridos se ha desencadenado verdaderamente en Alemania una revolución de imponente magnitud? ¿Quién puede comparar todavía esta Alemania de hoy con la que existía en aquel 30 de Enero, hoy hace cuatro años, cuando yo, a esta hora presté el juramento ante el venerable Presidente del Reich?

Ciertamente, cuando yo hablo de una revolución nacionalsocialista quizá el Extranjero precisamente y quizá también algunos de nuestros conciudadanos no lleguen a ver toda la profundidad y todo el carácter de esta transformación por la peculiaridad que tuvo en Alemania.

No digo que precisamente este hecho, que para nosotros es lo más sobresaliente en la forma de producirse la revolución nacionalsocialista y que nos debe llenar de singular orgullo, había de entorpecer más bien que favorecer la comprensión de este proceso histórico único, en el extranjero y en algunos de nuestros compatriotas. Y es que esta revolución nacionalsocialista empezó por ser una revolución de las revoluciones.

Quiero decir con esto lo siguiente: Durante miles de años se forjó y se impuso no sólo en cerebros alemanes sino más todavía en los cerebros del resto del mundo la idea de que la característica de toda verdadera revolución debía ser la eliminación sangrienta de los representantes de los poderes anteriores y al mismo tiempo una destrucción de las instituciones públicas y privadas y de la propiedad. La humanidad se ha acostumbrado así a reconocer en cierto modo revoluciones acompañadas de estos hechos como procesos legales, es decir, si no a aprobar el aniquilamiento tumultuoso de la vida y de la propiedad, cuando menos a perdonarlo como fenómenos sencillamente necesarios de estos hechos que por eso precisamente se llaman revoluciones.

Aquí radica quizá la gran diferencia entre la revolución nacionalsocialista y las demás revoluciones, si prescindo del levantamiento fascista en Italia.

La revolución nacionalsocialista puede decirse que ha sido completamente incruenta. En la época en que el Partido, venciendo seguramente resistencias muy fuertes en Alemania, se encargó del poder, no se produjo el menor daño. Con cierto orgullo puedo decir que fue quizá la primera revolución moderna en la que no se rompió un cristal siquiera.

Pero no querría que se me interpretase mal: Si esta revolución fue incruenta no quiere esto decir que no fuésemos lo bastante hombres para poder ver también la sangre.

Durante más de cuatro años fui soldado en la guerra más sangrienta de todas los tiempos. Durante ella no hubo situación ni hubo impresiones que me alterasen una vez los nervios. Lo mismo ocurre con mis colaboradores. Pero nosotros no vimos la misión de la revolución nacionalsocialista en destruir vidas o valores humanos sino más bien en organizar una vida nueva y mejor. Nuestro máximo orgullo es el de haber realizado la mayor revolución seguramente en nuestro pueblo con un mínimo de víctimas y de pérdidas. Sólo allí donde el sadismo asesino bolchevique creyó, aún después del 30 de Enero de 1933, que podía impedir violentamente el triunfo, la realización de la idea nacionalsocialista, respondimos también con la violencia y entonces, como es natural, fulminantemente. A otros elementos cuya indisciplina unida a su incapacidad política conocimos les pusimos en prisión preventiva devolviéndoles en general la libertad al poco tiempo. Y a unos cuantos cuya actividad política no era más que la máscara para una conducta criminal corroborada por numerosas penas de prisión y de presidio, les impedimos que continuasen su perniciosa labor destructiva sujetándolas por primera vez en su vida a una ocupación útil.

Yo no sé si hubo jamás una revolución tan radical como la nacionalsocialista que permitiese sin embargo que infinidad de funcionarios políticos de antes continuasen tranquilos y en paz en sus actividades, y que muchos de los más acerbos enemigos en altos puestos del Estado muchas veces percibiesen íntegramente

las rentas y pensiones que les correspondiesen.

Nosotros lo hemos hecho. Verdad es que no nos ha servido siempre, precisamente para el extranjero proceder de esta manera. Hace pocos meses pudimos ver cómo honorables ciudadanos británicos se creyeron en el deber de dirigirse a mí protestando de que se retuviera en un campo de concentración alemán a uno de los sujetos más criminales de Moscú. Quizá sea ignorancia mía el no saber si estos hombres honorables protestaron también en su día contra los sangrientos actos de terror cometidos en Alemania por esos criminales de Moscú, la actitud que tomaron frente al terrible lema "matad a los fascistas donde les encontréis" o si por ejemplo ahora manifestaron su indignación sobre las matanzas, violaciones e incendios de decenas y decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Si la revolución en Alemania se hubiese realizado según el ejemplo democrático de España, se les habrían quitado completamente afanes y cuidados a esos apóstoles extranjeros de la no-ingerencia. Quienes conocen el estado de cosas en España aseguran que el número de personas asesinadas bestialmente pasa de seguro de las 170.000. A juzgar por la obra de esos buenos revolucionarios españoles, la revolución nacionalsocialista, teniendo en cuenta el triple número de población habría tenido derecho para matar de 400.000 a 500.000 personas. El no haberlo hecho parece haber sido una omisión que, según vemos, se juzga adversamente en el mundo democrático.

Efectivamente habríamos tenido la fuerza para hacerlo. Pero quizá tuvimos mejores nervios que esos asesinos que huyen cobardemente en lucha abierta y no pueden matar más que a rehenes indefensos. Nosotros fuimos soldados y nos portamos entonces como debimos en la liza más sangrienta de todos los tiempos. Sólo el corazón -y puedo decir que la razón también- nos guiaron entonces. Por eso toda la revolución nacionalsocialista produjo en total menos víctimas que nacionalsocialistas habían matado sólo en 1932 en Alemania, sin revolución, nuestros enemigos los bolcheviques.

Ciertamente esto no fue posible más que siguiendo un principio que inspiró nuestra conducta en el pasado y que no queremos olvidar jamás en el futuro: La misión de una revolución o de un cambio cualquiera no puede ser la de engendrar un caos sino la de reemplazar lo malo con lo bueno. Claro que esto exige siempre que lo bueno exista realmente. Cuando hace 4 años, el 30 de Enero, me llamó el Presidente del Reich y me confió la formación de un nuevo Gobierno, teníamos tras nosotros una intensa lucha por el poder del Estado, lucha que habíamos librado con los medios estrictamente legales de entonces. El sostenedor de esta lucha fue el Partido Nacionalsocialista en el cual el nuevo Estado encontró ya un perfil ideal y formal antes de que pudiera proclamarlo de hecho. Todos los fundamentos y principios del nuevo Reich fueron fundamentos, ideas y principios del Partido Nacionalsocialista. El Partido Nacionalsocialista se había forjado la posición preeminente en el Reichstag en lucha legal para ganarse al pueblo y cuando, por fin, se le dio la dirección de hecho, hacía ya más de un año que según las normas democrático-parlamentarias hubiese podido reclamar el derecho a ella.

Pero el sentido de la revolución nacionalsocialista radica en que lo que este Partido pedía era la verdadera subversión de los principios y de las instituciones que habían regido hasta entonces. Y sólo cuando algunos ciegos creyeron que podían negar al movimiento llamado con justo título para gobernar el Reich la debida obediencia en el cumplimiento del programa que tenía la aquiescencia del pueblo, fue cuando con férrea mano hicimos doblar ante el nuevo Reich y ante el nuevo Derecho, ambos nacionalsocialistas la cerviz de estos elementos díscolos que se ponían fuera de la ley.

Pero con esto, camaradas y diputados del Reichstag, había terminado también la revolución nacionalsocialista. Pues desde el momento en que el Partido se aseguró el poder en el Reich, consideré natural que la revolución se encauzara en una evolución.

Ciertamente este proceso así iniciado supone una transformación radical ideológica y práctica que siguen rechazando todavía hoy algunos rezagados porque está fuera del horizonte espiritual de su inteligencia o

del estrecho egoísmo del propio interés. Y es que la doctrina nacionalsocialista ha obrado sin duda revolucionariamente en infinidad de terrenos de nuestra vida y ha intervenido en ellos en consecuencia.

Como principio, nuestro programa nacionalsocialista sustituye el concepto liberal de individuo y el concepto marxista de la Humanidad por otro: El del pueblo determinado por la sangre y por el suelo. Principio sencillo y lapidario, pero de enormes efectos. Por primera vez, quizá, en la historia se ha orientado en este país el espíritu en el sentido de que, entre todas las misiones que se nos han impuesto, la más excelsa y, por lo tanto, la más sagrada para el hombre, es la conservación de la estirpe que Dios le dio. Por primera vez fue posible en este Reich que el hombre aplicase los dones del conocimiento y del juicio que la Providencia le concediera al estudio de estos problemas que son para su propia existencia de una importancia más enorme que todas las guerras triunfales o las victoriosas batallas económicas. La revolución más grande del nacionalsocialismo es la de haber rasgado la puerta del conocimiento de que todas las faltas y errores de los hombres están condicionadas por el tiempo y por consiguiente son capaces de enmienda menos una sola: El error sobre la significación y la conservación de su sangre, de su linaje y, por lo tanto, de la forma que Dios le había dado y del alma que en él había infundido. Los hombres no tenemos que discutir por qué la Providencia ha creado las razas sino limitarnos a reconocer que castiga a quien desprecia su obra.

Indecible dolor y calamidad afligieron al hombre porque perdió en un falso intelectualismo ese conocimiento profundamente arraigado en el instinto. Hoy viven en nuestro pueblo millones y millones de personas para las cuales esta ley se ha hecho clara e inteligible. Y digo aquí proféticamente: Así como la teoría de la revolución de la Tierra alrededor del Sol modificó por completo la cosmografía, así la teoría de la sangre y de la raza del movimiento nacionalsocialista producirá una revolución en los conocimientos y, por ende, en la idea de la Historia en el pasado y en el futuro.

Lo cual no llevará a un alejamiento de los pueblos, sino al contrario, por primera vez, a una verdadera comprensión mutua. Pero impedirá también, desde luego, que el pueblo judío bajo la máscara de honrado ciudadano procure descomponer interiormente y por lo tanto dominar los demás pueblos.

Las consecuencias de este conocimiento del cual tenemos la convicción de ser verdaderamente revolucionario han sido de importancia trascendental para la vida alemana. Si por primera vez en nuestra historia el pueblo alemán encontró el camino hacia una unidad más amplia que nunca, fue al conjuro irresistible de esa revelación interior. Cayeron infinidad de prejuicios, apartáronse numerosos obstáculos que se revelaron inconsistentes, palidecieron malas tradiciones, desvalorizáronse viejos símbolos y sobre la impotencia de un fraccionamiento étnico, dinástico, ideológico, religioso y partidista se alza el pueblo alemán empuñando el lábaro de una unidad que da simbólicamente testimonio del triunfo, no de un principio político sino de un principio racial. Al servicio del triunfo de esta idea ha estado durante 4 años la legislación alemana. Así como el 30 de Enero de 1933, al encomendárseme la Cancillería se legalizaba una situación de hecho, es decir se encargaba la gobernación del Reich y la determinación del destino alemán al Partido que dominaba sin disputa en Alemania, así durante estos cuatro años la legislación alemana no ha sido sino la fijación en normas jurídicas de un mundo ideológico que se había abierto camino.

Para todos nosotros será seguramente el recuerdo más hermoso de la vida cómo se realizó entonces políticamente esa hermandad étnica del pueblo alemán. Como una tempestad de primavera recorrió hace cuatro años la tierra alemana. Las tropas de combate de nuestro movimiento que durante cuatro años defendieron la bandera de la cruz gamada contra un enemigo superior en número y que durante 14 largos años fueron avanzando con ella, la clavaron honda en el suelo del nuevo Reich.

En pocas semanas se habían liquidado y eliminado los restos políticos y los prejuicios sociales de un pasado milenario en Alemania.

¿O es que no puede hablarse de una revolución cuando en tres meses escasos desaparece un caos democrático parlamentario y se pone en su lugar un régimen de orden, de disciplina y de energía también como jamás le tuviera Alemania en esa unidad y en esa plenitud de poder? Tan grande fue la revolución que todavía hoy no ha comprendido el mundo superficial sus fundamentos espirituales. Se habla de democracias y dictaduras y no se ha visto siquiera que en este país se ha cumplido una revolución cuyo resultado hay que considerar como democrático en el más alto sentido de la palabra, si es que la democracia ha de tener un significado. Con indefectible aplomo nos orientamos hacia un sistema que -como en el resto de la vida- asegure también en el terreno de la gobernación política de la nación un proceso de selección natural e inteligente que lleve a ella las cabezas verdaderamente capaces de nuestro pueblo sin consideración a la cuna, a la procedencia, al nombre o a la fortuna sino únicamente conforme a las altas aptitudes que posean. La hermosa frase del gran Corso de que cada soldado llevaba en su mochila el bastón de mariscal, encontrará en este país su complemento político. ¿Hay un socialismo más hermoso, más grande y una democracia más verdadera que ese nacionalsocialismo que gracias a su organización permite que entre millones de muchachos alemanes pueda encontrar el camino que le lleve a la cúspide de la nación aquel de quien la providencia quiera servirse? Y esto no es mera teoría. Esto en la Alemania nacionalsocialista de hoy es una patente realidad para todos. Yo mismo, llamado por la confianza del pueblo para Führer, procedo de ese pueblo. Todos los millones de obreros alemanes saben que a la cabeza del Reich no se halla un literato extraño o un apóstol de la revolución internacional, sino un alemán salido de sus propias filas. Y muchos que un día fueron simples obreros y campesinos, ocupan hoy en este Estado nacionalsocialista funciones directrices y algunos de ellos en calidad de ministros, gobernadores y jefes regionales (Gauleiter) son los más altos rectores y representantes del pueblo.

Claro es que el nacionalsocialismo ve siempre aquí a todo el pueblo y nunca una sola clase. El objeto de la revolución nacionalsocialista no fue privar para siempre de derechos a una clase antes privilegiada, sino hacer de una clase sin derechos una clase igual a las demás. No fue propósito degradar a millones de ciudadanos haciendo de ellos trabajadores forzados sino hacer de esos trabajadores ciudadanos alemanes. Porque una cosa comprenderán todos los alemanes: Las revoluciones como actos de violencia no pueden ser mas que de corta duración. Si no pueden construir nada nuevo consumirán en sus excesos y en poco tiempo lo existente. Al violento acto de la toma de poder debe seguir inmediatamente una venturosa obra de paz. Pero el que elimina las clases para crear otras nuevas echa el germen de nuevas revoluciones. Lo que hoy es burgués y dicta, mañana será proletario condenado a trabajos forzados en Siberia y esperará un día su liberación lo mismo que el proletario le estuvo sometido antes y que cree dictar ahora. La revolución nacionalsocialista no se propuso jamás por esto llevar al poder a una clase del pueblo alemán para alejar a otra, sino al contrario: Su propósito fue únicamente asegurar a todo el pueblo alemán mediante su organización en masa la posibilidad no sólo de una actividad económica sino también de una actividad política. Claro que limitándose para ello a los elementos pertenecientes a nuestro pueblo y negando a una raza extraña influencias sobre nuestra vida política, espiritual o cultural y una posición económica de privilegio.

En esta compenetración étnica de nuestro pueblo y en el despertar de la inteligencia para ella, despertar debido al nacionalsocialismo radican las profundas causas del éxito maravilloso de nuestra revolución.

Ante este nuevo y gigantesco ideal palidecieron todos los ídolos y reminiscencias políticas, dinásticas, étnicas y partidistas del pasado. Así fue posible que en el curso de pocas semanas se hundiese todo el mundo de nuestros antiguos partidos sin que se notase ni un momento sensación de vacío. Y es que se había impuesto una idea nueva y mejor, un nuevo orden de cosas les había reemplazado. Una nueva organización de nuestro pueblo, de la nación que trabaja y que creaba, apartó, sencillamente, las viejas organizaciones y sociedades de patronos y de obreros. Y cuando se hubieron alejado los simbólicos testimonios del pasado alemán y por tanto del fraccionamiento y de la impotencia de Alemania, no fue

por resolución de un Comité como en 1918 o en 1919 y a ser posible mediante concurso para encontrar el nuevo símbolo del Reich, sino por la bandera que como emblema de la época de lucha nacionalsocialista nos guió en el resurgimiento y que desde entonces se ha convertido en signo de este mismo resurgimiento nacional en tierra, mar y aire.

Hasta qué punto el pueblo alemán comprendió y estimuló la importancia de este cambio y de esta transformación lo revela mejor que nada el asentimiento que la nación nos ha prestado tantas veces desde entonces. Porque de todos los que tan a menudo y con tanto gusto se afanan en presentar los Gobiernos democráticos como instituciones sostenidas por el pueblo a diferencia de las dictaduras, nadie tiene más derecho que yo a hablar en nombre de su pueblo.

Como resultado de esta parte de la revolución alemana voy a asentar lo siguiente:

1.- En el pueblo alemán no hay desde entonces más que un sustentador de la soberanía, y es el pueblo mismo.

2.- La voluntad de este pueblo encuentra su expresión en el Partido como organización política del mismo.

3.- Por consiguiente no hay más que un sólo legislador.

4.- No hay tampoco más que un sólo poder ejecutivo.

El que compare con esto la Alemania anterior al Enero de 1933 verá la gigantesca transformación que se encierra en esos breves hechos.

Esta transformación no es sino el resultado de la realización de un principio de la teoría nacionalsocialista según el cual la razón y la finalidad del pensamiento y de la conducta humanos no puede estar en la creación o conservación de una teoría, organización o función concebida por el hombre sino en la afirmación y desarrollo de los pilares étnicos creados por Dios. Por esto, el triunfo del movimiento nacionalsocialista colocó al pueblo por encima de toda organización, de toda teoría, de toda función, como lo esencial y permanente.

El sentido y la finalidad de la existencia de las razas creadas por la Providencia no podemos los hombres ni alcanzarlos ni establecerlos. Pero el sentido y la finalidad de las organizaciones humanas y de todas sus funciones puede medirse por la utilidad que tienen para la conservación del pueblo esencial y permanente. Por esto el pueblo es lo primario. Partido, Estado, Ejercito, Economía, Justicia, etc. son fenómenos secundarios, medios para el fin que es la conservación de ese pueblo. Y precisamente en la medida en que se cumplan sus funciones son justos y beneficiosos. Si no bastan para esa misión son nocivos y o hay que reformarlos o eliminarlos reemplazándolos por otros mejores. Sólo el conocimiento de este principio puede preservar al hombre de perderse en rígidas doctrinas donde no hay doctrina alguna, de falsear los medios como dogmas, allí la finalidad debe ser el único dogma.

Todos vosotros, hombres del Reichstag, comprendéis el sentido de lo que estoy diciendo. Pero yo hablo en este momento para todo el pueblo alemán y voy a ilustrar a la luz de algunos ejemplos la importancia que estos principios cobraron en el momento en que empezamos a aplicarlos a la vida práctica. Entonces será cuando muchos comprendan porque hablamos de una revolución nacionalsocialista aunque no se haya tratado aquí de destrucción de propiedad ni de exterminio.

Durante largo tiempo, en parte por la adopción de ideas extrañas, en parte por la falta de una concepción clara, nuestra vida jurídica cayó en una confusión elocuentemente manifestada en la incertidumbre de la íntima finalidad del Derecho. Dos polos caracterizan esta situación:

1.- La idea de que el derecho como tal lleva en sí su propia justificación y no permite por consiguiente el menor examen de la utilidad particular o general, El Derecho existe aunque el mundo zozobre en él.

2.- La idea de que el Derecho está llamado esencialmente a proteger al individuo en su persona y en su propiedad. Entre ambas asomó como tímido adorno la representación de grandes intereses sociales generalmente sólo como una concesión a la llamada razón de Estado.

La revolución nacionalsocialista ha asimilado frente a éste un punto de partida terminante e inequívoco al Derecho, a la Ciencia jurídica y a la Justicia.

La misión de la Justicia es contribuir a la conservación del pueblo poniéndole a seguro de aquellos elementos asociales que intenten sustraerse a las obligaciones comunes o atenten contra esos intereses generales. Así, desde ahora, en la vida jurídica alemana está también el pueblo sobre la persona y sobre la cosa.

Este simple hecho lleva en su aplicación a la mayor reforma que se haya efectuado hasta ahora en nuestra vida y en nuestra doctrina jurídica. Conforme a este punto de partida el primer efecto decisivo fue la proclamación no sólo de un único legislador sino también de un único poder ejecutivo. La segunda medida no está todavía terminada pero dentro de pocas semanas será anunciada al pueblo. Por primera vez desde esta gran perspectiva general se dará a la justicia alemana en un nuevo código penal los fundamentos que la pondrán para siempre al servicio de la conservación del pueblo.

Por grande que fuera el caos que encontramos en 1933 en los distintos aspectos de la vida social, fue no obstante superado por la ruina de la economía alemana. Este fue también el aspecto del derrumbe alemán que la amplia masa de nuestro pueblo conoció de una manera más clara e inmediata. El estado de cosas esta en vuestro recuerdo y en el de todo el pueblo alemán. Como documento de esta catástrofe encontramos ante todo dos fenómenos:

1.- Más de seis millones de parados.

2.- Una clase labradora condenada visiblemente a perecer.

El área total de las tierras agrícolas embargadas entonces era algo mayor que todo el país de Turingia. Así no podía asombrar que ante una reducción general de la producción por una parte y de la capacidad adquisitiva por otra, la inmensa mayoría de nuestra clase media estuviese condenada en breve a la catástrofe y por consiguiente al aniquilamiento. Todavía hoy podemos ver con posterioridad la gravedad que asignamos a ese aspecto de la crisis alemana en el hecho de que precisamente para remediar el paro forzoso y para evitar que continuase el desmoronamiento de la clase labradora alemana me hice dar el consabido plazo de cuatro años.

Tengo que consignar aquí también que en 1933 el nacionalsocialismo no recurrió a medidas tomadas por otros, prometedoras de cierto éxito, sino que el Partido fue encargado de la gobernación del Reich en el momento en que podía considerarse como fracasada la última posibilidad de salvación y cuando se habían demostrado como fallidos todos los intentos de reanimar la miseria económica.

Si hoy, a los cuatro años, me presento ante el pueblo alemán y ante vosotros, diputados, hombres del Reichstag alemán a rendir cuentas, no podréis negarme a mí ni al gobierno nacionalsocialista que no haya cumplido mi promesa de entonces.

No fue esta fácil empresa. No digo nada nuevo al aseverar aquí que precisamente los llamados “expertos” eran los que no creían entonces en la posibilidad de salvación.

Lo que sin embargo me indujo a creer en el renacimiento alemán y especialmente en el saneamiento de la economía frente a esta situación terrible y -como ya dije- sin perspectivas precisamente para los expertos, está fundado en dos razones.

1.- Siempre me inspiraron compasión los seres pusilánimes que ante cualquier situación difícil se encuentran dispuestos a pronosticar inmediatamente el hundimiento de un pueblo. ¿Qué quiere decir

hundimiento? El pueblo alemán vivió ya antes de la época en que adquirimos conciencia de su historia. Y aún cuando pasemos por alto completamente sus primeras vicisitudes, es evidente que durante esos 2.000 años más de una vez catástrofes indecibles e indecibles sufrimientos afligieron aquella parte de la humanidad que hoy llamamos pueblo alemán. Hambre, guerra y peste irrumpieron espantosamente en nuestro pueblo segando vidas de manera horrenda. Hay que tener una feb inquebrantable en la fuerza vital de una nación cuando se piensa que hace pocos siglos, en una guerra de 30 años, nuestro pueblo alemán se redujo de 18.000.000 a 4.000.000 millones! ¡Si pensarnos que este país antes floreciente fue saqueado, desgarrado y empobrecido, que sus ciudades fueron incendiadas, sus pueblos y aldeas devastados, y los campos abandonados y desiertos!. ¡Pero algunos decenios más tarde nuestro pueblo comenzó de nuevo a crecer, las ciudades a llenarse de nueva vida, los campos a labrarse y a resonar en ritmo gigantesco, el canto del trabajo que nos brindó nueva existencia y nueva vida!

Sigamos la parte que nos es conocida de los destinos de nuestro pueblo desde su más remota antigüedad hasta nuestros días y consideremos los aspavientos grotescamente ridículos de esos charlatanes insulsos que hablan inmediatamente de la ruina de la economía y al mismo tiempo del acabóse de la vida humana cuando en cualquier parte del mundo se desvaloriza un pedazo de papel. Alemania y el pueblo alemán han sabido ya arrostrar victoriosamente catástrofes muy duras. Reconozco que siempre fueron indispensables hombres que tomaran las medidas necesarias imponiéndose a la situación y sin consideración a elementos negativos o a quienes pretenden saberlo todo mejor. Un conjunto de medrosas liebres parlamentarias se presta mal en realidad para salvar a un pueblo de la miseria y de la desesperación.

Yo tenía la firme creencia y la sagrada convicción de que se lograría detener la catástrofe económica alemana en el momento en que llegara a creer en lo imperecedero de un pueblo y se asignara a la economía el papel que le corresponde como servidora en la vida del pueblo.

2.- Nunca fui economista, lo cual significa, ante todo, que jamás en mi vida fui un teórico.

Pero, desgraciadamente, he encontrado que los teóricos mas empedernidos han anidado siempre, precisamente allí donde la teoría no es nada y la vida práctica lo es todo.

Es natural que, en el curso del tiempo, también en la vida económica surgieran determinados principios empíricos y determinados métodos prácticos. Empero todos los métodos están ligados al tiempo. Querer hacer dogmas de los métodos significa despojar a la capacidad humana y a la energía en el trabajo de aquella fuerza elástica que es lo que permite cambiar los medios cuando varíen las condiciones. El intento de hacer un dogma de métodos económicos fue emprendido por muchos con esa rigurosa aplicación proverbial de los hombres de ciencia alemanes, elevándolo a materia de enseñanza con el nombre de Economía Nacional. Y según las comprobaciones de esta Economía Nacional, Alemania estaba irremisiblemente perdida. Es característico de todos los dogmáticos precaverse de la manera más rotunda contra todo dogma nuevo, es decir, contra todo nuevo conocimiento que rechacen como teoría. Desde hace 18 años podemos asistir al delicioso espectáculo de que nuestros dogmáticos de la economía son refutados por la práctica en casi todos los terrenos de la vida, lo cual no importa para que rechacen y maldigan a los vencedores prácticos de la ruina económica como representantes de teorías ajenas y por lo tanto falsas para ellos.

Ya sabéis el conocido caso en que un enfermo encuentra a su médico que diez años antes le había pronosticado solamente seis meses de vida y que a pesar del éxito obtenido en la curación por otro médico no pudo expresar su asombro más que declarando que esta únicamente pudo deberse a un tratamiento equivocado.

Diputados: La política económica alemana que inició el nacionalsocialismo 1933 se basa en algunos principios fundamentales. En las relaciones entre economía y pueblo lo único inalterable que existe es el

pueblo. Pero la actividad de la economía no es ningún dogma ni lo será jamás.

No existe ningún concepto de la economía ni opinión de la economía que pudieran reclamar en alguna forma infalibilidad. Lo decisivo es la voluntad de asignar siempre a la economía el papel de servir al pueblo y al capital el de servir a la economía.

Como sabemos el nacionalsocialismo es el adversario más enconado del concepto liberal de que la economía exista para el capital y el pueblo para la economía. Por eso desde el primer día estuvimos decididos a romper con la errónea conclusión de que tal vez la economía hubiera podido tener una vida propia, libre y sin fiscalización. Una economía libre, es decir, exclusivamente entregada a sí misma, no puede existir hoy ya. No solamente porque esta sería políticamente insoportable, no, sino porque originaría situaciones económicas imposibles.

Así como millones de seres aislados no pueden distribuir o ejercitar su trabajo según necesidades y conceptos propios, así tampoco la economía en conjunto puede actuar según conceptos propios o al servicio de intereses meramente egoístas. Porque tampoco se encuentra en condiciones hoy de soportar por sí misma las consecuencias de un fracaso. El desarrollo moderno de la economía concentra enormes masas de trabajadores en determinados ramos de la industria y en determinadas regiones. Nuevos inventos o la pérdida de mercados de venta pueden hacer sucumbir de un golpe industrias enteras.

Quizá el fabricante pueda cerrar las puertas de su fábrica y encontrar posiblemente un nuevo campo a su actividad. La mayor parte de las veces no perecerá fácilmente y, por otra parte, no se trata aquí más que de unos cuantos seres. Y frente a estos se encuentran centenares de miles de trabajadores con sus mujeres y niños! ¿Quién se interesa por ellos y quien les atiende?

¡La comunidad del pueblo!

Sí. La comunidad debe hacerlo. ¿Pero se puede acaso imputar únicamente a la comunidad del pueblo la responsabilidad de la catástrofe de la economía sin la influencia y la responsabilidad de aquella energía y vigilancia de la economía apropiada para evitar la catástrofe?

Diputados: Cuando la economía alemana en los años de 1932 a 1933 parecía sucumbir definitivamente entonces, vi con más claridad que en años anteriores lo siguiente:

La salvación de nuestro pueblo no es un problema de hacienda, sino exclusivamente un problema del empleo y de la utilización de nuestra mano de obra, por un lado, y por otro, de la explotación de la tierra y del subsuelo.

Este es en primer término un problema de organización. Por lo tanto, no se trata simplemente de frases hechas como p. ej.: Libertad de la economía, sino que se trata de dar, al trabajador, con todas las medidas a nuestro alcance, la posibilidad de una ocupación productiva. Mientras, la economía, es decir, la suma total de empresas, pueda lograrlo por sí misma, está bien.

Pero si estas no pueden ya, la comunidad del pueblo, es decir, en este caso, el Estado está obligado a cuidar por su parte del empleo de las energías disponibles con miras a una producción útil y a tomar las medidas necesarias para tal fin. Y aquí el Estado puede hacerlo todo, menos una cosa, que es lo que hizo: Dejar perder sencillamente, año tras año, más de doce mil millones de horas de trabajo.

Porque la comunidad popular no vive del valor ficticio del dinero sino de la producción real que es lo que da valor al dinero.

Esta producción es la garantía de una moneda y no un Banco o una caja de caudales llena de oro. Y si yo aumento esta producción elevo en realidad los ingresos de mis connacionales y si la reduzco los ingresos disminuyen cualesquiera que sean los salarios que se paguen.

Diputados: En estos cuatro años hemos aumentado extraordinariamente la producción alemana en todos

los terrenos. El aumento de esta producción reporta beneficio a todos los alemanes. Si hoy, p. ej., se extraen innumerables millones más de toneladas de carbón, no están destinadas a calentar a algunos miles de grados más las habitaciones de varios millonarios, sino para poder aumentar la parte que corresponde a millones de alemanes.

Así la revolución nacionalsocialista, gracias al empleo de una muchedumbre de millones de trabajadores que antes se encontraban en paro forzoso, logró un aumento tan gigantesco en la producción alemana que el aumento del ingreso nacional general, tiene asegurado el contravalor equivalente. Y solamente allí donde no podemos conseguir este aumento por causas que no podemos eliminar por escapar a nuestro radio de acción, se ha notado algunas veces escasez lo cual, sin embargo, es insignificante en comparación con el éxito total de la batalla económica nacionalsocialista.

La expresión más gigantesca de esta dirección planeada de nuestra economía es el Plan Cuatrienal.

Gracias a él se asegura una ocupación permanente en la economía alemana especialmente a las masas de obreros que afluyen de la industria de armamentos. En todo caso, una de las señales del grandioso desarrollo económico de nuestro pueblo, es el hecho de que en muchas ramas es dificilísimo hoy encontrar obreros especializados. Es para mi motivo de satisfacción porque así se contribuye a poner en claro la importancia del obrero como hombre y como mano de obra y porque con ello, -aunque por otros motivos- la actividad social del Partido y de sus asociaciones encuentra más fácil comprensión y halla un apoyo más fuerte y más espontáneo:

Considerando la misión de la economía en un sentido nacional tan alto, está de más la antigua división entre patronos y obreros. Tampoco el nuevo Estado será ni quiere ser patrono. Vigilará la colocación de obreros en cuanto sea necesario para el provecho común. Y vigilará el proceso de trabajo sólo en la medida que lo exija el interés general. Bajo ningún concepto tratará de burocratizar la vida económica. Toda iniciativa real y práctica beneficia a todos los connacionales en sus consecuencias económicas. A menudo no se puede apreciar de momento el valor que representa un invento o un famoso organizador económico para la comunidad total del pueblo Precisamente en el futuro será una de las tareas de la educación nacionalsocialista hacer comprender a todos nuestros connacionales el valor de cada uno, hacerles ver lo insustituible que es el obrero alemán y enseñar a éste lo insustituible que son el inventor y el verdadero "Wirtschaftsführer" (encauzador de la economía).

Es claro que en este orden de cosas no deben tolerarse ni huelgas ni lock-out. El Estado nacionalsocialista no conoce en la economía el derecho del más fuerte. Sobre los intereses de todos los contratantes prevalece el interés general de la nación, de nuestro pueblo.

Los resultados prácticos de nuestra política económica os son conocidos. Nuestro pueblo está poseído de un ardiente deseo de trabajar. Por todas partes surgen enormes obras de la producción y del tráfico. El comercio alemán florece como nunca. Mientras que en otros países huelgas y lock-outs perturban sin cesar continuidad de las producciones nacionales, trabajan nuestros millones de obreros conforme a la ley más augusta que puede haber en este mundo, la ley de la razón.

Después de haber logrado en estos 4 años la salvación económica, necesario es asegurar también en ciudades y campos resultados de esta labor económica. El primer peligro que amenaza las obras de la cultura humana está en las propias filas, en el momento en que falta la vinculación entre la grandeza de las empresas humanas y la manera de pensar de las personas que las crean, mantienen y cuidan de ellas.

El movimiento nacionalsocialista dio al Estado las normas para la educación de nuestro pueblo. Esta educación no principia ni termina en determinado tiempo. El desarrollo de la humanidad trajo consigo que a partir de determinado tiempo la educación del niño debe pasar de la familia, la célula más pequeña de la vida colectiva, a la comunidad misma.

La revolución nacionalsocialista ha establecido determinadas tareas para la comunidad independizándola ante todo de la edad: La educación del ser humano jamás puede tener fin. Por eso la misión del pueblo es cuidar de que esta educación y perfeccionamiento se haga en su interés y para su conservación.

Por eso tampoco podemos admitir que cualquier medio apto para esta instrucción y educación del pueblo pueda ser sustraído a este deber para con la comunidad. Educación juvenil, Juventud Hitleriana, Servicio del Trabajo, Partido, Ejército, todas estas son instituciones para la educación e instrucción de nuestro pueblo. El libro, el periódico, la conferencia, el arte, el teatro, el cinematógrafo, todos estos son medios de educación para el pueblo. Es enorme cuanto la revolución nacionalsocialista ha realizado en estos terrenos. Basta por pensar en esto:

Todos los organismos encargados de la educación inclusive la prensa, el teatro, el cinematógrafo y la literatura están dirigidos y constituidos hoy exclusivamente por alemanes.

¡Cuántas veces no hemos oído antes que la eliminación de los judíos de estas instituciones conduciría a su ruina o empobrecimiento! ¿Y qué ha pasado? En todos estos terrenos observamos un inmenso florecimiento de la vida cultural y artística. Nuestras películas son mejores que nunca, nuestras representaciones teatrales han alcanzado en nuestros teatros de primera categoría una altura sin par y única en el mundo. Nuestra prensa ha llegado a ser un enorme instrumento en la lucha de nuestro pueblo por la conservación de su carácter, contribuyendo a fortalecer la nación. La ciencia alemana trabaja con éxito, e imponentes obras de nuestra voluntad de construir y de crear serán un día los exponentes de esta nueva época.

Se ha conseguido una nunca vista inmunización del pueblo alemán contra todas las tendencias destructoras bajo las cuales sufren otros países. Algunas instituciones que aún hace poco años eran incomprendidas nos parecen en la actualidad muy naturales. Jungvolk (Infancia), Hitlerjugend (Juventud Hitleriana), BDM (Liga de la juventud femenina alemana). Frauenschaft (Organización de las mujeres), Arbeitsdienst (Servicio del Trabajo), SA (Sección de asalto), SS (Escuadrón de protección), NSKK (Cuerpo del servicio automovilístico del Partido Nacionalsocialista) y, ante todo, el Arbeitsfront (Frente del trabajo alemán) con su vasta organización constituyen las piedras angulares del soberbio edificio de nuestro Tercer Reich.

A este afianzamiento de la vida interior de nuestro pueblo alemán debía seguir la consolidación exterior. Y a este respecto, Diputados y hombres del Reichstag, creo que el resurgimiento nacionalsociatista ha consumado el milagro mayor de sus esfuerzos.

Cuando hace 4 años se me confió la cancillería y con ella la dirección de la nación, me hice cargo de la amarga tarea de devolver el honor a un pueblo al cual se había obligado a llevar durante quince años la vida de un paria entre las demás naciones.

El orden interior del pueblo alemán me puso en condiciones de reorganizar el ejército alemán y ambos factores me dieron la posibilidad de desasirme de las ligaduras que sentimos como el escarnio más agudo

con que jamás se había infligido a un pueblo. Al cerrar hoy este proceso tengo que hacer estas breves declaraciones:

Primero: El restablecimiento de la igualdad de derechos de Alemania era un hecho que concernía e interesaba exclusivamente a nuestro país. Con esto nada hemos quitado a ningún pueblo ni hemos hecho sufrir a nadie.

Segundo: Anuncio que en el espíritu del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos privaré al Reichsbank (Banco Nacional) y a los Ferrocarriles alemanes del carácter que hasta ahora han tenido y los pondré completamente bajo la soberanía del Gobierno del Reich.

Tercero: Declaro que con esto halla su natural liquidación aquella parte del tratado de Versalles que había quitado a nuestro pueblo la igualdad de derechos degradándolo a la categoría de pueblo inferior.

Cuarto: Con eso retiro ante todo, solemnemente, la firma alemana puesta debajo de aquella declaración arrancada contra su convicción, al débil gobierno de aquel entonces, que suscribió la culpabilidad de Alemania en la guerra.

Diputados. Hombres del Reichstag: Este restablecimiento del honor de nuestro pueblo, que encontró su expresión más manifiesta en la instauración del servicio militar obligatorio, en la reciente recreación de nuestra cuarta arma, en la reconstrucción de una armada alemana, en la ocupación de la Renania por nuestras tropas, fue la misión y el trabajo más difícil y arriesgado de mi vida. En el día de hoy debo agradecer humildemente a la Providencia, por cuya gracia yo, un simple soldado de la guerra mundial, logré reconquistar para nuestro pueblo honor y decoro.

Las medidas necesarias al respecto no podían alcanzarse por medio de negociaciones. Por lo demás, el honor de un pueblo no puede jamás ser objeto de transacciones ni para perderlo ni para recuperarlo. No se puede hacer otra cosa que arrebatarlo por una parte y arrebatarlo de nuevo, por otra.

El que yo hiciera todo lo necesario para ello sin consultar a ninguno de nuestros anteriores adversarios, ni siquiera informándolos se fundaba también en la convicción de que se facilitaba de este modo a las otras partes la aceptación, por lo demás ineludible, de nuestras decisiones. Quiero agregar a mis anteriores declaraciones aun otra: Que con esto ha pasado ya la época de las llamadas sorpresas. Como Estado con iguales derechos que los demás, Alemania, consciente de su misión europea, colaborará lealmente en 1a solución de los problemas que nos preocupan a nosotros y a la demás naciones.

Si ahora me pronuncio sobre estas cuestiones generales de actualidad será quizá lo más conveniente que lo haga refiriéndome a aquellas declaraciones que hace poco pronunció Mr. Eden en 1a Cámara de los Comunes.

Porque ellas contienen en lo esencial lo que hay que decir sobre las relaciones entre Alemania y Francia.

Quisiera expresar en esta ocasión mi profundo agradecimiento por la posibilidad de contestar que me dieron las palabras tan significativas como sinceras del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Creo haber leído exacta y correctamente estas palabras. No voy a perderme, naturalmente, en detalles, sino que quiero tratar de hacer resaltar las principales consideraciones del discurso de Mr. Eden para esclarecerlas o contestarlas.

Ante todo, trataré de rectificar un error que estimo lamentable. El error de que Alemania tenga alguna intención de aislarse, de permanecer indiferente ante los acontecimientos del resto del mundo y de no querer tomar en consideración las necesidades generales.

¿En qué se funda esta opinión de que Alemania haga una política de aislamiento?

Si se quiere deducir esta suposición, el aislamiento de Alemania, de pretendidas intenciones alemanas,

entonces he de hacer notar lo siguiente:

No puedo creer que jamás un Estado pueda tener la intención de declararse a sabiendas desinteresado políticamente en los acontecimientos del resto del mundo. Y especialmente cuando este mundo es tan pequeño como la Europa de hoy. Creo que si hay algún Estado que tenga que tomar tal actitud, a lo sumo lo hará bajo la presión de una voluntad extraña que se le imponga. En primer lugar aseguro al ministro, Sr. Eden, que nosotros los alemanes no queremos en absoluto aislarnos y que ni siquiera nos sentimos aislados. En los últimos años Alemania ha iniciado, reanudado y fortalecido un gran número de relaciones políticas y hasta puedo decir que ha estrechado con una serie de Estados vínculos de verdadera amistad. Contempladas desde nuestro punto de vista, nuestras relaciones con la mayoría de los Estados europeos son normales y hasta muy amistosas con gran número de ellos. Coloco en primer lugar las relaciones excelentes que nos unen sobre todo con aquellos Estados que por haber padecido semejantes sufrimientos a los nuestros han llegado a análogas conclusiones.

Mediante una serie de acuerdos hemos eliminado antiguas tensiones contribuyendo así esencialmente al mejoramiento de la situación europea. Recuerdo sólo nuestro pacto con Polonia, que beneficia a ambos estados, nuestro pacto con Austria, nuestras excelentes y estrechas relaciones con Italia, las amistosas con Hungría, con Yugoslavia, con Bulgaria, con Grecia, con Portugal, con España etc. y por último las no menos cordiales con una serie de Estados no europeos.

El pacto que ha suscrito Alemania con el Japón para combatir los manejos del Comunismo es una prueba palpable de lo poco que el gobierno alemán piensa en aislarse y cuán poco se siente aislado. Por lo demás he manifestado más de una vez el deseo y la esperanza de restablecer con todos nuestros vecinos igualmente buenas y cordiales relaciones. Alemania -lo repito aquí solemnemente- ha asegurado repetidas veces que, por ej., entre ella y Francia no puede surgir el más pequeño punto litigioso. Además el gobierno alemán ha asegurado a Bélgica y a Holanda que está dispuesto en cualquier momento a reconocer a estos Estados como inviolables territorios neutrales y ofrecerles garantía. En vista de estas declaraciones y del estado actual de cosas no comprendo bien por qué Alemania debería sentirse aislada o siquiera hacer política de aislamiento.

Pero tampoco desde el punto de vista económico hay en qué apoyarse para sostener que Alemania quiera sustraerse a la colaboración internacional. Quizá es lo contrario. Cuando considero los discursos de algunos estadistas, en los últimos meses, no puedo sustraerme a la impresión de que el mundo entero está esperando inundarnos con beneficios económicos y que sólo nosotros, políticos obstinados en el aislamiento, no queremos participar de estas ventajas.

Para rectificar esto voy a presentar algunos simples hechos:

1.- Desde hace tiempo el pueblo alemán se preocupa por conseguir mejores tratados comerciales con sus vecinos y por consiguiente un intercambio más activo de productos. Estos esfuerzos no fueron inútiles, pues efectivamente el comercio exterior de Alemania, no sólo no disminuyó desde 1932, sino que aumentó su volumen y su valor. Esto refuta contundentemente la opinión de que Alemania hace una política de aislamiento económico.

2.- No creo que pueda haber una duradera colaboración económica de los pueblos sobre otra base que la de un intercambio recíproco de productos y mercancías. Manipulaciones de crédito pueden quizá ejercer un efecto momentáneo, pero, a la larga, las relaciones económicas internacionales dependerán del volumen del intercambio recíproco de mercancías. Y no es que los otros países estén en condiciones de hacer grandes demandas o de ofrecer perspectivas para el incremento del intercambio económico, cuando se cumpliesen no sé qué presuposiciones. No hay que complicar las cosas más de lo que están. No perjudica a la economía mundial el que Alemania quizá no quiera participar en ella, sino que se ha enseñoreado un desorden en las distintas producciones de los pueblos así como en sus recíprocas

relaciones. De ninguna de las dos cosas tiene Alemania la culpa. Mucho menos la Alemania nacionalsocialista de hoy. Pues cuando nosotros subimos al poder, la crisis de la economía mundial era aún quizá peor que hoy.

Temo tener que desprender de las palabras de Mr. Eden que él considere como un indicio de rechazar las relaciones internacionales por parte de Alemania, la realización del plan cuatrienal alemán. Por eso quiero no dejar el menor resquicio a la duda sobre el hecho de que la decisión de llevar a cabo este plan, no admite ninguna modificación. Había imperiosos motivos que nos decidieron a él. Y no he encontrado en los últimos tiempos nada que haya podido hacerme renunciar a su ejecución.

Sólo ofrezco un ejemplo práctico:

La ejecución del plan cuatrienal asegurará por medio de la producción sintética de gasolina y de caucho en nuestra explotación del carbón un aumento anual de 20 a 30 millones de toneladas. Esto significa la ocupación de muchos millares de mineros durante todo el futuro de su vida. Y tengo que plantearme esta pregunta: ¿Qué estadista estaría en condiciones de garantizarme, en caso de no llevarse a la práctica el plan cuatrienal alemán, la compra de 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier otra entidad económica independiente del Reich? Y esta es la cuestión. Quiero trabajo y pan para mi pueblo. Y eso no transitoriamente acordándoseme, por ej., créditos sino a base de un sólido y duradero proceso de producción en el que yo pueda cambiar con los productos de los demás pueblos o, dentro del círculo de nuestra propia economía, con otros productos. Si Alemania quisiera lanzar al mercado mundial de hoy en adelante estos 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier manipulación, la consecuencia sería que otros países deberían disminuir probablemente su exportación carbonera. No sé si algún estadista de Inglaterra por ej. podría enfocar seriamente tal posibilidad para su pueblo. Y esto es lo decisivo.

Pues en Alemania hay una enorme cantidad de personas que no sólo quieren trabajar, sino también comer. Además nuestro pueblo tiene un alto “standard” de vida. Yo no puedo levantar el futuro de la nación alemana sobre promesas de un estadista extranjero, ó de alguna ayuda internacional, sino que debo levantarlo sobre el fundamento real de una producción constante que habrá de venderse en el interior o en el exterior. Y aquí radica quizá la diferencia entre mi desconfianza y las palabras optimistas del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Si Europa no despierta de la embriaguez de su infección bolchevique, temo que el comercio internacional a pesar de la buena voluntad de algunos hombres de Estado no aumente, sino más bien disminuya. Pues este comercio no se construye sobre la producción ininterrumpida y por eso segura, de un sólo país, sino sobre la producción de todos los pueblos. Por ahora lo cierto es que cada trastorno bolchevique conduce necesariamente a una destrucción mas o menos duradera de la producción sistemática. Y de ahí que no pueda yo juzgar el porvenir económico de Europa de una manera tan optimista como cree poder hacerlo Mr. Eden. Soy el jefe responsable del pueblo alemán y tengo que defender sus intereses como mejor sepa hacerlo. Pero estoy también obligado a apreciar las cosas tal como se presentan ante mis propios ojos.

La historia de mi pueblo nunca me absolvería, si yo por cualquier motivo que fuese omitiese algo indispensable para el porvenir de este pueblo. Me complazco, como todos nosotros, por cada aumento de nuestro comercio exterior. Pero en vista de la situación política poco clara no omitiré nada de lo que garantiza al pueblo alemán su existencia aún en el caso de que otros Estados lleguen a ser víctimas de la infección bolchevique. Debo también rechazar el que se considere este modo de pensar como un simple producto de mera fantasía. Por ahora tenemos los siguientes hechos: El Sr. Ministro inglés de Relaciones Exteriores nos presenta teóricamente perspectivas de vida, mientras que en la práctica tenemos acontecimientos muy distintos. La revolución en España ha obligado a huir de ese país a 15.000 alemanes causando grandes daños a nuestro comercio, los que no se disminuirían, sino, al contrario, en el

caso de que la revolución pasase a otros países.

En mi calidad de hombre de Estado responsable, debo contar con que puede ocurrir tal cosa. Por eso, mi decisión irrevocable es emplear la mano de obra nacional útil en una o en otra forma para la conservación de mi pueblo. El ministro, Sr. Eden, puede estar seguro de que nosotros aprovecharemos toda ocasión de fortalecer nuestras relaciones económicas con los demás pueblos, así como también toda ocasión para mejorar y ampliar nuestra economía interior.

Sin embargo, si el motivo para sostener que Alemania hace política de aislamiento fuera, -también tengo que ocuparme de esto- nuestra salida de la Sociedad de Naciones, debo recordar que la Liga de Ginebra nunca ha sido una verdadera sociedad de todas las naciones, porque algunas de las mayores o jamás formarán parte de ella o habían abandonado ya antes que nosotros sin que por eso nadie les hubiera atribuido una política de aislamiento.

Creo que Mr. Eden, en este punto, desconoce las intenciones e ideas alemanas. Nada está más lejos de nosotros, en lo económico que el deseo de romper las relaciones con otros pueblos o siquiera disminuirías. Lo contrario es más acertado. He tratado muchas veces de contribuir al mejor entendimiento en Europa asegurando a menudo al pueblo inglés y a su gobierno lo mucho que deseamos colaborar sincera y cordialmente con ellos. Cada uno de nosotros, todo el pueblo alemán, y yo con ellos.

Admito que en un punto parece haber una discrepancia efectiva e invencible entre la concepción del ministro inglés de Relaciones Exteriores y la nuestra.

Mr. Eden recalca que el gobierno británico no desea de ningún modo ver a Europa escindida en dos partes.

Creo que, por lo menos antes, nadie en Europa tuvo este deseo. Y hoy este deseo no es más que una ilusión. Pues es un hecho la escisión en 2 partes no sólo de Europa. sino del mundo entero. Es de lamentar que el gobierno británico no haya sostenido ya antes esa opinión de que debería evitarse a toda costa una escisión de Europa, pues en este caso no se hubiera concluido nunca el tratado de Versalles. Este tratado inició efectivamente la primera escisión de Europa: La división de las naciones en vencedoras y vencidas y sin derechos. Nadie ha sufrido más que el pueblo alemán por esta escisión. El haberla subsanado por lo menos en lo que atañe a Alemania, es en gran parte el mérito de la revolución nacionalsocialista en Alemania y por consiguiente también el mío.

La segunda escisión se produjo por la proclamación del dogma bolchevique, cuyo principio esencial es no circunscribirse a un solo pueblo, sino imponerse a todos.

No se trata aquí de una forma especial de vida particular al carácter del pueblo ruso, sino que se trata de la pretensión bolchevique de imponer la revolución en el mundo. Si el Sr. Ministro Eden no quiere ver el bolchevismo así como nosotros lo vemos, eso se debe quizá a la situación de la Gran Bretaña o a otras experiencias al respecto que nosotros desconocemos. Con todo, creo que no se nos podrá discutir la sinceridad de nuestras convicciones, a nosotros que no hablamos teóricamente sobre estas cosas. Para el Sr, Eden el bolchevismo es quizá una cosa con sede en Moscú, mientras que para nosotros este bolchevismo es una peste contra la cual hemos debido defendernos en Alemania con nuestra sangre. Una peste que trató de convertir a nuestro país en un caos sangriento como el actual de España y que comenzó asesinando rehenes como lo hacen ahora en el citado país. El nacionalsocialismo no intentó establecer un contacto con el bolchevismo en Rusia sino que fue el bolchevismo judío-internacional de Moscú el que trató de penetrar en Alemania. ¡Y lo intenta aún!

Y ante esta tentativa hemos sostenido y defendido en una reñida lucha no sólo la cultura de nuestro pueblo, sino quizá también la de toda Europa.

Si Alemania hubiese sucumbido ante esta barbarie en la última batalla decisiva, librada en los días de Enero y Febrero de 1933, y el campo bolchevique de ruinas y cadáveres se hubiese extendido sobre toda la Europa central, se habría tenido, quizá otro concepto en el Támesis acerca del espíritu de este terrible peligro que corría la humanidad. Y puesto que "Inglaterra tendría que defenderse en el Rhin", se encontraría ahora, indudablemente, en íntimo contacto con ese inocente mundo democrático de Moscú de cuyo candor nos intenta convencer hoy tan ardientemente. Voy a declarar una vez más y categóricamente: El bolchevismo es una teoría de la revolución mundial, es decir, de la destrucción del mundo. Aceptar en Europa esta teoría como un factor vital con igualdad de derechos equivale a entregarse a ella. Si otros pueblos quieren exponerse al contacto de ese peligro, es cosa que no incumbe juzgar a los alemanes. Pero en lo que se refiere a Alemania no quisiera dejar la menor duda de que nosotros: 1. Vemos en el bolchevismo un peligro intolerable para todo el mundo, 2. De que por todos los medios posibles procuraremos alejar este peligro de nuestro pueblo y 3. De que nos esforzaremos, por consiguiente, en inmunizar en lo posible al pueblo alemán contra esa infección.

Para ello es preciso también que evitemos toda estrecha relación con los portadores de estos bacilos virulentos y que no enturbiemos la vista al pueblo alemán para este peligro entablando otras relaciones que las absolutamente necesarias entre los Estados.

Considero la teoría bolchevique como el mayor veneno que pueda infectar a un pueblo. Deseo, pues, que mi propio pueblo no entre en contacto con esta teoría. Pero como ciudadano de este pueblo no quiero hacer yo mismo lo que condeno a mis conciudadanos. Yo exijo del obrero alemán que no mantenga ningún trato ni relaciones con estos perniciosos elementos internacionales y él por su parte no llegará a verme jamás brindando y bebiendo con ellos.

Por lo demás, cualquier relación contractual entre Alemania y la actual Rusia bolchevique carecería para nosotros de todo valor. Ni sería imaginable que alemanes nacionalsocialistas llegaran a cumplir alguna vez un deber de socorro para proteger el bolchevismo ni nosotros aceptaríamos jamás el auxilio de un Estado bolchevique, pues temo que el pueblo a quién se le presta tal auxilio encuentra en él su ruina.

Quisiera, además, decir algo acerca del concepto de que la Sociedad de Naciones pudiera acudir, como tal, en auxilio de cualquiera de los Estados que la integran en caso de encontrarse en peligro o de que su auxilio pudiera salvarlo. No, no lo creo. El ministro Sr. Eden dijo en su último discurso que lo decisivo son los hechos y no las palabras. Puedo hacer constar a este respecto que la característica principal de la Sociedad de Naciones hasta ahora no han sido tanto los hechos como precisamente las palabras. Sólo en una ocasión ha obrado y precisamente mejor hubiera sido tal vez no pasar de las palabras. Y esta única vez, el éxito -como se había previsto de antemano- ha fallado por completo.

Así como me veo obligado económicamente a contar, en primer término, con las propias fuerzas y las propias posibilidades para la conservación de mi pueblo, así lo estoy también políticamente. Y de esto, en verdad, no tenemos nosotros la culpa.

Tres veces he hecho ofertas concretas para la reducción o por lo menos para la limitación de los armamentos. Estas ofertas no fueron aceptadas. Me permito hacer constar que la propuesta más considerable que hice entonces fue la de reducir los ejércitos de Alemania y Francia a un efectivo común de 300.000 hombres, de que Alemania, Inglaterra y Francia pusieran al mismo nivel común su armamento aéreo y de que Alemania e Inglaterra firmaran un convenio relativo a la proporción de las flotas de guerra. De todo esto, tan sólo la última fue aceptada, realizando con ello la única aportación a una reducción efectiva de armamentos en el mundo. Las otras propuestas de Alemania encontraron su respuesta, por una parte, en una rotunda negativa y, por otra, en la celebración de aquellas alianzas por las que la fuerza gigantesca de la Rusia soviética fue lanzada al campo de juego de las fuerzas centroeuropeas. Mister Eden habla de los armamentos alemanes y espera una limitación de estos armamentos. Estas limitaciones fueron propuestas por nosotros mismos en su tiempo. Fracasaron ante el hecho de haber preferido lanzar contractual y efectivamente a la Europa central a la potencia militar más grande del mundo en vez de aceptar nuestra propuesta. Sería oportuno, al tratar de armamentos, mencionar en primer lugar el armamento de aquella potencia que suministra la medida para el de todos los demás.

Mister Eden cree que todos los Estados deberían tener en lo sucesivo únicamente el armamento necesario para su defensa. No sé si se ha tratado ya, y hasta qué punto, con Moscú acerca de la realización de esta hermosa idea y hasta dónde han llegado las promesas hechas por Rusia.

Creo, empero, deber decir una cosa: Es muy natural que la magnitud del armamento para una defensa sea determinada por la magnitud de los peligros que amenazan a un país. Apreciar este punto es cosa que incumbe a cada pueblo, que compete exclusivamente a este pueblo. Si la Gran Bretaña fija ahora la magnitud de su armamento, todo el mundo lo comprenderá en Alemania, pues naturalmente pensando que para medir la protección del Imperio británico nadie tiene derecho a hacerlo sino exclusivamente Londres. Así también debo hacer constar que la cuantía de la protección y consiguientemente del arma de defensa de nuestro pueblo es de nuestra exclusiva incumbencia y, por consiguiente, debe ser decidida exclusivamente en Berlín.

Creo que el reconocimiento general de estos principios no podrá contribuir a dificultar, sino a apaciguar la situación. De todas maneras Alemania se siente feliz de haber encontrado en Italia y el Japón una comprensiva amistad, y más feliz se sentiría aún sí se pudiese extender esta comprensión a toda Europa. De aquí que nadie haya celebrado tanto como nosotros el visible apaciguamiento de la situación en el Mediterráneo merced al convenio anglo-italiano. Creemos que de esta manera se llegará más pronto a un entendimiento para solucionar o por lo menos limitar la catastrófica situación que aflige a la desdichada España. Alemania no tiene allá otros intereses que el cultivo de aquellas relaciones económicas que el mismo Mister Eden dice ser muy importantes y útiles. Se ha intentado relacionar las simpatías de Alemania por la España nacional con ciertos deseos coloniales.

Alemania no reclama colonias a países que no le han quitado ninguna. Hay más: Alemania ha sufrido tanto con el peligro bolchevique, que no se aprovechará de este estado lamentable para arrancar lo más mínimo por fuerza o astucia a un pueblo infortunado en sus días de adversidad.

Nuestras simpatías por el General Franco y su gobierno emanan, en primer lugar, de un humano sentimiento de compasión y, en segundo término, de la esperanza de que mediante la consolidación de una España verdaderamente nacional se vigoricen las posibilidades económicas europeas, mientras que en caso contrario pudiera sobrevenir una catástrofe aún más grande. Estamos dispuestos, por consiguiente, a hacer cuanto pueda contribuir al restablecimiento del orden y la normalidad en España.

Creo también, no poder omitir las siguientes consideraciones:

En Europa ha surgido en los últimos años una serie de naciones nuevas que antiguamente, en sus discordias e impotencias, no habían tenido sino muy poca importancia económica y casi ninguna política. El origen de estos nuevos estados ha dado lugar como era de esperar a tiranteces. Una política, prudente, ha de parar mientes en estas realidades en lugar de pasarlas por alto. El pueblo italiano, el nuevo Estado italiano, son una realidad. El pueblo alemán y el Reich alemán, son igualmente una realidad. Y en nombre de mis propios conciudadanos quisiera decir así mismo que el pueblo polaco y el Estado polaco han llegado a ser también una realidad. También en los Balcanes han resurgido naciones y han creado sus propios Estados. Los pueblos de estos Estados quieren vivir y vivirán. Con esa necia división del mundo en países que poseen y países indigentes, no se resolverá ni se arreglará este problema, como tampoco será posible arreglar los problemas sociales de los pueblos mediante frases más o menos ingeniosas, Las exigencias vitales de los pueblos se han impuesto en el curso de los siglos mediante la fuerza por ellos emanada. Si en lugar de esta fuerza se pusiera otra institución reguladora, esta tendría que tomar sus decisiones partiendo de la consideración a las necesidades vitales naturales. Si la misión de la Sociedad de Naciones, por ejemplo, ha de ser garantizar el estado actual del mundo y asegurarlo por toda la eternidad, podrá imponérsele con la misma razón la misión de regular el flujo y reflujo o variar en el futuro el rumbo de la corriente del Golfo.

Pero seguramente que no podrá hacer ni lo uno ni lo otro. Su existencia, a la larga, depende de la magnitud del acierto y tino con que medite y realice reformas necesarias que afecten a las relaciones de los pueblos. El pueblo alemán se creó en un tiempo un imperio colonial sin haber despojado a nadie y sin haber violado ningún tratado. Y lo hizo sin provocar ninguna guerra. Este imperio colonial nos ha sido arrebatado. Las razones con que se intenta disculpar hoy este despojo, carecen de toda justificación.

Primero: “Los indígenas no quisieron estar con Alemania”. ¿Quién les ha preguntado si querían estar con algún otro, y cuándo en puridad de verdad, se les ha preguntado a los pueblos coloniales si tienen ganas y deseos de estar con las antiguas potencias coloniales?

Segundo: “Las colonias alemanas no han sido debidamente administradas por los alemanes”.

Alemania había adquirido estas colonias algunos decenios antes. Fueron civilizadas a costa de grandes

sacrificios y se hallaban precisamente en vías de desarrollo que hubiera dado ahora resultados muy diferentes a los de 1914, por ejemplo. De todas maneras, el desarrollo de nuestras antiguas colonias había llegado a tal grado, que bien valía la pena arrancárnoslas en sangrientas luchas.

Tercero: “Estas colonias carecen de valor positivo”.

Si es así, también los otros estados se darán cuenta de su falta absoluta de valor y no vemos el por qué no se nos devuelven.

Por lo demás: Alemania nunca ha pedido colonias para fines militares, sino única y exclusivamente para fines económicos.

Claro está que el valor de una región determinada puede bajar en épocas de prosperidad general, pero también resulta claro que esta apreciación puede experimentar un cambio inmediato en tiempos de miseria. Y Alemania vive actualmente sosteniendo una grave lucha por víveres y materias primas. Una compra suficiente sería imaginable únicamente en el caso de aumentar contínua y progresivamente nuestra exportación. La reivindicación de colonias por nuestro país, tan densamente poblado, es, pues, cosa natural y que volverá a repetirse una vez y otra.

Para terminar estas declaraciones quisiera exponer en pocos puntos un concepto sobre los caminos posibles que pudieran conducir a la paz efectiva, no sólo de Europa, sino aún más allá de sus limites:

1.- En interés de todas las naciones está que cada Estado cuente en el interior con condiciones políticas y económicas estables y ordenadas.

Son los postulados más importantes para que los pueblos puedan entablar entre sí relaciones económicas y políticas firmes y duraderas.

2.- Es necesario que las condiciones vitales de cada pueblo se vean y confiesen con franqueza y sinceridad. Sólo el mutuo respeto de estas condiciones vitales puede encontrar caminos para la satisfacción de las necesidades de la vida de todos.

3.- La Sociedad de Naciones -si quiere hacer justicia a su misión- tendrá que convertirse en un órgano de la razón evolutiva y no de inercia reaccionaria.

4.- Las relaciones de los pueblos entre sí podrán encontrar una feliz regulación y solución únicamente sobre la base del respeto mutuo y, consiguientemente, de la absoluta igualdad de derechos.

5.- Es imposible hacer responsable ya a una ya a otra nación, arbitrariamente, del aumento o limitación de armamentos, cuando lo necesario es ver estos problemas en todo aquel marco que crea sus presuposiciones y las determina así realmente.

6.- Es imposible llegar a una pacificación efectiva de los pueblos mientras no se ponga coto a las continuas provocaciones de una pandilla internacional irresponsable de envenenadores de fuentes y falsificadores de la opinión. Aún no hace muchas semanas vimos que una de estas pandillas organizadas de azuzadores e instigadores de guerra estuvo a punto de producir entre dos pueblos, mediante un diluvio de mentiras, una desconfianza que fácilmente hubiera podido tener fatales consecuencias.

He sentido muchísimo que el Presidente del Consejo de Ministros inglés no haya afirmado, de una manera categórica, que en las calumnias y mentiras lanzadas por estos instigadores de guerra internacionales en lo que respecta a Marruecos no ha habido una sola palabra de verdad. Gracias a la lealtad de un diplomático extranjero y de su gobierno logróse obtener una aclaración inmediata en este caso “eclatant”. Es fácil concebir que en otro caso análogo no fuera posible descubrir la verdad con tanta rapidez. ¿Qué sucedería entonces?

7.- Se ha comprobado que la regulación de los problemas europeos se efectúa convenientemente en el

marco y la medida posibles. Alemania se siente feliz de haber establecido hoy con Italia una relación estrecha y amistosa. ¡Ojalá se lograra entablar estas relaciones en forma análoga con otras naciones europeas!

El Reich alemán velará con su fuerte ejercito por su seguridad y su honor. Sin embargo, convencido de que para Europa no puede haber mayor bien que la paz, el Reich será siempre un adalid sincero y consciente de su responsabilidad, en pro de este ideal de paz europea.

8.- Redundará en beneficio de la paz europea que en el trato de las nacionalidades obligadas a vivir como minoría en pueblos extranjeros se tome en consideración recíproca la justificada susceptibilidad de la dignidad nacional y la conciencia de los pueblos.

Esto contribuirá considerablemente a mejorar las relaciones entre Estados obligados por el destino a existir uno junto a otro y cuyas fronteras nacionales no coinciden con las fronteras populares.

Quisiera, antes de terminar, precisar nuestra actitud acerca de un documento que el Gobierno británico dirigió al Gobierno alemán con motivo de la ocupación del Rhin. Permítaseme declarar, ante todo, que nosotros creemos y estamos convencidos de que el Gobierno inglés hizo entonces cuanto pudo para evitar una agudización de la crisis europea y de que el documento en cuestión debe su origen al deseo de contribuir a desenmarañar la situación de aquel entonces.

Sin embargo, por motivos que el Gobierno de la Gran Bretaña sabrá apreciar seguramente no le fue posible entonces al Gobierno alemán dar una respuesta a estas preguntas. Preferimos solucionar parte de estas cuestiones por la vía más natural, o sea mediante el desarrollo práctico de nuestras relaciones con nuestros Estados vecinos, y una vez restablecidas la plena soberanía alemana y la igualdad de derechos de Alemania quisiera declarar, para terminar, que Alemania jamás volverá a firmar un tratado que no sea compatible, por algún motivo cualquiera, con su honor, con el honor de la nación y del Gobierno que la representa, o que no concuerde con los intereses vitales de Alemania y no pueda, por consiguiente, ser cumplido a la larga.

Creo que esta declaración encontrará la aprobación de todos.

Espero con firme confianza, por lo demás, que la sensatez y la buena voluntad de los Gobiernos europeos conscientes de su responsabilidad lograrán, a despecho de sus adversarios, mantener la paz europea. Es el mayor bien que poseemos. Las aportaciones que Alemania pueda hacer para conseguirlo, las hará.

Al terminar esta parte de mis declaraciones echemos una brevísima mirada sobre los problemas del futuro.

A la vanguardia se encuentra el plan cuatrienal.

Exigirá esfuerzos poderosos, pero algún día será una bendición para nuestro pueblo. Comprende la consolidación de nuestra economía nacional en todos sus sectores. Su realización está asegurada. Los grandes trabajos iniciados antes de concebir el plan continuarán haciéndose. Su finalidad consistirá en hacer al pueblo alemán más sano y su vida más agradable. Como testimonio externo de esta gran época del renacimiento de nuestro pueblo se procederá al desarrollo sistemático de algunas de las grandes ciudades del Reich. A la cabeza figura la transformación de Berlín como real y verdadera Capital del Reich alemán. Para esto, he nombrado en el día de hoy, lo mismo que para la construcción de nuestras carreteras, un Inspector General de Construcción para Berlín, que tendrá a su cargo la estructuración de la Capital y cuidará de llevar al caos del desenvolvimiento constructivo de Berlín aquella gran línea que se ciñe al espíritu del movimiento nacionalsocialista y al carácter de la Capital germánica. Para la realización de este plan se ha previsto un período de 20 años.

¡Qué Dios todopoderoso nos dé la paz para poder terminar en ella esta poderosa obra!. Paralelamente se

procederá a la amplia transformación constructiva de la capital del movimiento, de la ciudad de los Congresos del Partido y de la ciudad de Hamburgo.

Esto no ha de servir más que de modelo para un desarrollo cultural general que deseamos al pueblo alemán como coronamiento a su libertad interior y exterior.

Y, finalmente, ha de ser misión del porvenir sellar para siempre, mediante una Constitución, la vida real de nuestro pueblo tal como se ha desarrollado estatalmente, erigiéndola así en ley fundamental imperecedera de todos tos alemanes.

Al dirigir una mirada retrospectiva hacia la gran obra que hemos realizado, comprenderán Vds. que mi primer impulso no puede ser otro que el de gratitud para con el Todopoderoso que nos ha permitido llevarla a buen término. El ha bendecido nuestro trabajo y conducido felizmente a nuestro pueblo a través de todos los peligros de que se hallaba sembrado este camino.

Tres amigos insólitos me han acompañado en mi vida. En mi juventud fue la miseria que me acompañó por espacio de muchos años. Cuando terminó la Gran Guerra. fue el profundo dolor por la desgracia de nuestro pueblo el que se apoderó de mi y me señaló mi camino. Desde este 30 de Enero de hace 4 años he conocido como tercer amigo la preocupación. La preocupación por el pueblo y el Reich confiado a mi dirección. No me ha dejado desde entonces y seguramente me seguirá acompañando hasta el fin de mi vida. Mas, ¿cómo podría sobrellevar un hombre esta preocupación si no contara, confiado en su misión, con la aquiescencia de quien está por encima de todos nosotros? Es el sino el que obliga a menudo a hombres con misiones extraordinarias a estar solos y abandonados. También quiero dar aquí las gracias a la Providencia por haberme permitido encontrar un puñado de colaboradores fidelísimos que han ligado su vida a la mía y que desde entonces luchan a mi lado por resucitar a nuestro pueblo. Me siento feliz por la juventud sana de nuestro pueblo, mi fe en el porvenir se convierte en grata y alegre seguridad. Y me compenetro fervientemente con el significado de la sencilla palabra que escribió Ulich von Hutten al coger la pluma por última vez: Alemania.

DISCURSO CON MOTIVO DEL XVII ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO NACIONAL

(24 de Febrero de 1937)

Compañeros y compañeras: Si nuestro Movimiento hizo posible una transformación tan gigantesca en Alemania, únicamente se debe a que primero cientos de miles y más tarde millones de personas creyeron ciegamente en este Movimiento, con el que se sintieron unidos para bien y para mal. Ahora bien, lo que pudo poner obstáculos a la fe de estos millones en el Movimiento estaba fundado precisamente en la magnitud única de su primitivo programa y, por consiguiente, en su conminación al combate, pues se comprende perfectamente que, cuanto menor sea el volumen y la hondura de un programa, tanto mayor será el número de los que acudan al Movimiento y con tanta mayor facilidad se afiliarán a él; sin embargo, también se alejarán de él con la misma facilidad. Pero cuando las personas encuentran por fin la senda que les conduce a un Movimiento que tiene un programa duro y maximalista, un programa que exige una fe inaudita y, al mismo tiempo, sacrificios, estas personas no se apartan ya con facilidad de un Movimiento de tal naturaleza.

Es aplicable a esto la hermosa frase de que los dioses protegen a quien exige de ellos lo imposible. Y lo que nosotros pedimos en los años 1919 y 1920 y, por primera vez, en una noche como la de hoy hace diecisiete años, se salía tanto de lo normal, era tan tremendo, que sólo se podían sentir atraídas hacia tal Movimiento las naturalezas realmente fanáticas, las almas llenas de fanatismo. Todo lo que era normal, burgués, pequeño, no podía encontrar en modo alguno el sendero que le condujera a nuestro Movimiento. También dijeron todos enseguida: Es una empresa demasiado osada; el programa es una locura; no habrá mortal alguno que pueda cumplirlo. Además, ¿quiénes son los que se atreven a anunciar una cosa así? Gracias a Dios, en aquella época esta llamada inteligencia espiritual estaba lejos de nosotros. En lugar de esa inteligencia, conseguimos algo de más valor, de mucho más valor; a saber: El afecto de un pueblo que tiene fe y un instinto seguro; de los miles, luego decenas de miles y más tarde centenares de miles de personas humildes que se sintieron atraídos por este programa, que no disponían de un tesoro de experiencias sobre el que fundar esos miles de objeciones que siempre aparecen. O que, por el contrario, quizá vinieron a nosotros por no haber pertenecido antes a partido alguno. Estas personas han formado en realidad la columna vertebral de nuestro Movimiento. Todos los que ya habían pertenecido anteriormente a dos o tres partidos, demostraron por su actividad anterior, siempre cambiante, lo poco que se podía confiar en ellos; lo demostraron de manera suficiente. Pero es que, sobre todo, habían pasado ya por demasiadas experiencias; estaban ya un poco escaldados; carecían ya de una fe ciega y, por consiguiente, dudaban de cualquier movimiento mientras éste no demostrara lo contrario. Naturalmente que con gente así no se puede conquistar el mundo; con gente así no se puede ir al asalto de un Estado ni alcanzar el cielo. La grandeza de nuestro programa y, digámoslo también tranquilamente, la grandeza de nuestras profecías mantuvo en aquella época lejos de nosotros aquella gente.

Si hoy, al cabo de diecisiete años, nos preguntamos: ¿estaba justificada en aquella época la magnitud de esta profecía?, creo que el presente nos da una sagrada absolución. Lo que prometimos entonces lo hemos cumplido ahora.... Y eso que sólo llevamos cuatro años en el poder. Habrá enemigos que todavía alienten en secreto la esperanza de que no se cumpla del todo esto o aquello; pero a esos puedo decirles únicamente: "¡Cálmense! No se llega a la cumbre con un paso, hay que andar un paso detrás de otro. Pero nosotros nos encontramos ya entre la mitad y las tres cuartas partes del camino de ascensión a ella. Llegaremos arriba, pueden ustedes estar completamente seguros". Ha transcurrido un tiempo muy corto, y yo he calculado que llevará mucho tiempo realizar todo el trabajo de este Movimiento. La imposición definitiva del programa durará en Alemania hasta que suba la nueva generación que actualmente está pasando por nuestras escuelas. Pero lo que hemos alcanzado ya nos causa a menudo la impresión de ser

casi un milagro. Todos tenemos conciencia de estar viviendo en una época infinitamente grande; y esta época es grande tan sólo porque son grandes las misiones que tenemos encomendadas, de una grandeza única. Y porque todos estamos a la altura de estas misiones; y porque hemos emprendido la realización de estas misiones; y porque estamos metidos de lleno en la realización de estas misiones históricas; y porque ya las hemos solucionado en parte.

Ahora, al volver la vista hacia el año 1933, tenemos muchas veces la impresión de que esta fecha ha quedado ya infinitamente atrás, porque, si consideramos los años pasados, nos damos cuenta del poco tiempo transcurrido. ¡Pero cuántas cosas han ocurrido en este corto espacio de tempo! ¡Qué inconmensurable transformación la vivida por nuestro pueblo en su economía y su política interna! ¡Qué acontecimientos más revolucionarios los sobrevividos en Alemania! ¡Qué nueva imagen se nos ofrece hoy en su nueva formación política, en su cohesión, en la superación de los miles de antiguas causas de desunión y partidismo! En el aspecto económico, ¡cuán distinto es el aspecto que Alemania ofrece en la actualidad!. De nuevo confianza y seguridad por doquier. Y todo este pueblo alemán se ha visto acometido ahora por la fiebre del trabajo: Antes eran miles de fábricas paradas, en el país había muchos mendigos y aumentaba sin cesar el paro; pero actualmente apenas encontramos un obrero calificado.

Quizá en estos momentos oigamos muchas veces, como si fuera una señal de que la economía no marcha bien, que no poseemos las suficientes materias primas. Tenemos muchas materias primas, muchas más que antes; pero también producimos hoy mucho más que antes. ¡Esa es la única razón!. ¿Creen ustedes acaso que nuestros altos hornos, que están volviendo a despedir humo sin descanso, creen ustedes que son alimentados -no lo sé, con ramas o cosas así? Se trata de carbón y de hierro. Se trata de minerales que sometemos a procesos de elaboración; pero en una cantidad distinta a la de antes. No necesito explicarles la razón; ya saben ustedes cuál es. Y tampoco ha disminuido la producción agrícola. Naturalmente, si viene un año lluvioso o tenemos una mala cosecha, “nosotros” no podemos impedirlo. Y tampoco podemos impedir que haya en determinadas estaciones del año animales tan insensatos como para poner menos huevos o dar menos leche.. Pero lo decisivo es que consumimos mucho más que antes, pues estos seis millones de personas a quienes hemos dado trabajo forman, con sus familias, casi un total de veinte millones de seres humanos que tienen un nivel de vida distinto al de antes. Y estas personas vuelven a comer. Y no hay duda alguna de que el pueblo alemán tiene hoy el aspecto de estar mucho mejor alimentado que hace cinco o seis años.

Pero este progreso nacional lo apreciamos con mayor fuerza aún si consideramos la ascensión de Alemania en el aspecto de la política exterior. Sé que unos años atrás habría sido considerada una fantasía el anuncio de lo que hoy se ha convertido en una realidad, de lo que es un hecho irrebatible. Supone un gran orgullo pensar que hace pocos días hemos sido invitados a tomar parte en el bloqueo de un país con nuestros buques de guerra. ¡Nosotros, que hace cuatro años estábamos bloqueados!. ¡Alemania se ha convertido hoy en un factor político que no puede dejar de ser tenido en cuenta! No sé si nos querrán, no lo supongo siquiera. Pero sí sé una cosa: Qué ya no nos pueden mirar por encima del hombro, que ya no pueden atropellarnos y que ya no pueden dejar de tenernos en consideración; eso es seguro!. Y en los largos años en que les he hablado desde aquí a ustedes, compañeros y compañeras, les he dicho siempre que, en definitiva, no importa tanto conseguir el cariño de nuestros enemigos. En la vida política, el cariño es una cosa sujeta a cambios, y por lo general no gozan de amor quienes son particularmente valiosos para los pueblos. Por consiguiente, se puede renunciar a él. Ahora bien, siempre les he indicado que es necesario conquistar el respeto del mundo que nos rodea. Y poco a poco hemos ido reconquistando ese respeto.

¡Alemania se ha vuelto a convertir hoy en una gran potencia europea y en una potencia mundial!. Cierto que esto no se debe al azar, no se funda, por supuesto, en la comprensión de nuestros antiguos enemigos o en una modificación de sus sentimientos. No, lo sabemos perfectamente: La causa es la reorganización

de un gran Ejército nacional alemán. Uno de los más atrevidos puntos del programa que anuncié entonces fue la reorganización de un Ejército nacional. Y hemos conseguido este milagro en cuatro años escasos. Puedo decir con razón que es un milagro. Y el mundo del mañana calificará de milagro también este logro. En un mundo amenazador, rodeados de enemigos y peligros por todas partes, hemos creado, partiendo de los últimos restos del Ejército imperial, un gran Ejército nacional alemán, un Ejército, además, nacionalsocialista; un Ejército que actualmente protege a nuestro Estado y a nuestro Reich.

Y quizá haya uno u otro -no de la parte nacionalsocialista, sino de la otra- que diga: "Este rearme, este rearme incesante". ¡Sí, sí, sí, sí, querido amigo, ahí está la diferencia! ¡En su época armaron al extranjero con las reparaciones; y yo estoy armando ahora a Alemania! ¡He ahí la diferencia!. Y existe una diferencia entre mandar cincuenta o sesenta mil millones a Ginebra u otro sitio cualquiera y poner esos millones a disposición de nuestras fábricas y talleres favoreciendo con ellos a nuestros compatriotas. Son muchos en el extranjero los que dicen: Sí, precisamente eso es lo que queréis.... cañones en lugar de mantequilla. Bueno, pues la consigna no es ésa, no es, ¡cañones o mantequilla!, sino que dice: ¡cañones o esclavitud! ¡No hay otra elección! Y a esto sólo puede haber una respuesta: Entonces..., ¡mejor los cañones!

Vivimos actualmente en un mundo que continuamente dice hablar en lenguas internacionales. Así, tenemos los idiomas esperantistas de la paz, de la comprensión entre los pueblos, de la reconciliación entre las naciones. Como ustedes saben, el lugar de enseñanza y donde se cuidan esta clase de cosas se encuentra en Ginebra. Y hemos honrado suficiente tiempo con nuestra presencia estos lugares, que no nos han sentado particularmente bien. No nos han entendido. Nosotros procedíamos al desarme, mientras los otros no pensaban siquiera en él. Al contrario, incluso nuestro desarme sirvió para rearmar a los demás. Tampoco esto nos ha sido abonado jamás en cuenta. Y se ha demostrado que esta manera de hablar no es precisamente muy bien entendida internacionalmente. Sólo se nos ha vuelto a comprender desde que poseemos un Ejército poderoso. Ahora podemos comenzar a entendernos con los demás.

Y está completamente claro que nosotros queremos únicamente la paz, aunque, naturalmente, una paz que nos permita vivir y que, sobre todo, garantice nuestra libertad y nuestro derecho a la autodeterminación. Y no nos engañemos en una cosa: No estamos dispuestos a renunciar al menor de nuestros derechos vitales, pues tenemos la convicción de que "una" renuncia dará siempre pie a otra nueva. Y como ya no hay forma de detenerse una vez que se comienza a resbalar, lo mejor es decir al principio: ¡No renuncio, sino que me afirmo en mi derecho!

Por lo demás, mis veteranos compañeros y compañeras, lo que estoy diciendo en estos momentos es tan sólo lo que hemos vivido todos en el interior de Alemania. También había partidos entre nosotros. Había partidos nacionalistas que decían: "¿Sabe usted? No se puede luchar con los métodos que usted emplea; así no se puede llegar a la meta. Hay... que trabajar sobre la base de la comprensión; hay que buscar el entendimiento pacífico; hay que trabajar en el sentido de que los demás vean que tenemos razón. Tenemos que hacerles ver las cosas. La lucha ha de ser, sobre todo, con armas espirituales. Lucha espiritual contra bolchevismo, explicaciones lógicas". En aquella época, mi pensamiento era el siguiente: ¡Naturalmente que explicaciones lógicas! Pero cuando alguien se pone el puño en la frente, el espíritu no puede entrar en su cabeza a menos que le aparte el puño!. Y, ustedes lo saben, durante todos estos años no hemos hecho otra cosa que explicar e ilustrar; exactamente lo mismo que hacemos en el campo internacional. Creo que no pronunciamos un discurso que no tienda de algún modo a facilitar aclaraciones al mundo que nos rodea. Pero resulta beneficioso que, además de las explicaciones lógicas, se disponga de un escudo protector, de un Ejército propio y de armas. Caso de que alguien considere una debilidad la explicación lógica, como ha sido efectivamente el caso en las luchas políticas internas, podrá comprobar entonces que existe la otra posibilidad, y seguramente le resultará más fácil convencerse de que no es en absoluto una debilidad. Por ello quisiera decir que vamos por este mundo con un ángel

amante de la paz, pero acorazado con hierro y bronce. Y si mantenemos el ramo de olivo en la mano derecha, tanto mejor será para que el enemigo vea nuestra espada en la izquierda. Quizá ello le sirva únicamente para mostrar más deseos de coger el ramo de olivo. Y eso es lo que deseamos, no otra cosa.

Y no es otra cosa tampoco lo que hemos querido dentro de nuestro país, pues también podríamos haber implantado un régimen de terror. Pero no lo hemos hecho, nos hemos ganado a nuestros compatriotas. Hay algunos locos, que no son muchos, y algunos otros -aparte de los criminales, que son los más- a los que no hay manera de convencer; pero tampoco nos molestan. Ya haremos entrar en vereda a toda esta gente en el futuro. Igualmente que hemos sabido hacerlo en el pasado. Para ello hemos establecido un programa fundado en los conceptos de honor, libertad e igualdad de derechos. Este programa lo hemos defendido con fanatismo durante estos cuatro años y hemos obtenido con él un éxito resonante, pues Alemania ha vuelto a ser hoy realmente un país libre. Entre nuestros enemigos internacionales había no pocas personas que creían poder hacer del Tratado de Versalles una especie de nueva Paz de Westfalia, una ley sagrada de vida para la nación alemana. Hemos acabado con este Tratado, que solo era un Diktat. Todos estos puntos han desaparecido.

Resulta muy fácil decirlo aquí ahora; pero pueden creerme ustedes que no fue tan fácil; fue una lucha muy, pero que muy dura, que destrozaba los nervios. Hemos tenido que esperar al último año para verla terminada. El día en que volvió a ser ocupada nuevamente la Renania y, finalmente, el día en que fue introducido el servicio militar obligatorio de dos años, desde ese momento quedó realmente anulado el Tratado de Versalles. Para nosotros, ha dejado de existir. Lo único que resta de él es la vigencia de las relaciones fronterizas existentes, y en ese sentido siempre hemos manifestado que nuestra intención es la de entendernos pacífica y amistosamente con nuestros vecinos. Ahora bien, en adelante ya nadie meterá baza en nuestros asuntos internos. Quizá algunos periodistas, pero eso no nos molesta; quizá también algunos diputados del Parlamento; pero ya conocemos a la perfección a estos politicastros y no nos molestan. Nadie volverá a meter baza en nuestra vida estatal. Actualmente somos ya los dueños de nuestra casa y de ahora en adelante cuidaremos celosamente este derecho. Que el mundo se entere.

Hemos vuelto a proponernos otro programa al que tenemos derecho, pues cuando en 1933 anuncié el primer programa, que tendría una duración de cuatro años, el programa era de una índole tremenda. Todos nuestros enemigos dijeron: “No sólo no podrán cumplirlo, sino que dentro de unos pocos meses ya no se hablará de ellos”. Ahora bien, no sólo hemos realizado este programa en un plazo muy breve, sino que hemos ido mucho más allá de lo anunciado. Si en 1933 hubiera declarado sin reservas todo lo que nos proponíamos hacer, probablemente me habrían tomado por loco. Por ello, y como medida de precaución, declaramos solo un poco de lo que teníamos previsto; así no asustaríamos al mundo.

Hoy tengo que establecer un nuevo programa, un nuevo programa ya conocido por ustedes en sus aspectos fundamentales. Por encima de todo está nuestra voluntad, nuestra firme decisión de continuar y continuar afianzando la seguridad del Reich. Y en este aspecto no me dejaré disuadir por nada y por nadie. Hay quien me dice: “Sí, seguro, pero ¿y si la escasez de mantequilla adquiere proporciones alarmantes?”. A esos les puedo responder sólo de una forma: ¿Cree usted de verdad que eso me preocupa?. ¡Pues si que está usted enterado de qué cosas me preocupan! Sí, he tenido preocupaciones, de índole muy distinta. Preocupaciones tales como: ¿cómo dar trabajo a seis millones de personas? ¿Cómo buscar el pan de cada día para seis millones de personas? ¿Cómo transformar un Ejército de cien mil hombres en un Ejército nacional? ¿Cómo hacer que adquiera la libertad un pueblo que carece de ella? ¿Cómo se puede ir adquiriendo de nuevo poco a poco la soberanía sobre todo el territorio alemán, y etcétera?

Sí, he tenido preocupaciones; pero nadie vaya a figurarse que voy a preocuparme siquiera lo más mínimo porque alguno me diga que recibe un cuarto en lugar de media libra de mantequilla. Esto me es completamente indiferente. ¡Eso no son preocupaciones!. Tampoco yo hubiera podido salvar a Alemania con “esa” gente. La gente que ha salvado a Alemania ha tenido que hacer otros sacrificios que no han sido esas ridiculeces. Y si, por lo que a mí hace, se quejan de la escasez de huevos, que se lo digan a las gallinas, pero no a mí!. Y ya saben ustedes que tenemos en Alemania a millones de trabajadores que se consideran felices de poder untar el pan simplemente con margarina. Eso es lo que me preocupa; pero el hecho de que actualmente haya en Alemania un diez por ciento, más o menos, de mantequilla me deja completamente frío. Tales objeciones no podrán disuadirme de mi propósito de fortalecer el Reich. Este fortalecimiento lo considero necesario, pues veo que es el signo de la época, y ustedes también lo ven, compañeros y compañeras de la vieja época. Por el mundo sólo puede andar tranquilo y confiado el que se sabe fuerte. ¡Y nosotros “no tenemos intención” de padecer las calamidades que ya hemos dejado atrás!

Y aunque haya gente que me diga: “Sí, pero... no se puede saber; a lo mejor, todo esto no es necesario”. ¡Es igual que lo digan! Son otros muchos los que dicen: “Piense usted en que todo pesa sobre las espaldas de los jóvenes alemanes. Primero al servicio del Trabajo y luego al Ejército, a servir dos años”.

¡Pues puede sentirse contento de pasar por esta escuela! ¡La mayor parte de nosotros hemos sido soldados durante seis años, y de ellos, cuatro y medio en la guerra! ¡Eso es prestar servicio!. No vacilaré lo más mínimo en exigir tal carga a la nación; tendrá que sobrellevarla. La libertad es más valiosa que dos años y medio de servicio. Y además, ¿qué nación no lograremos así? El muchacho que haya de hacer este sacrificio habrá de estar contento. Perderá dos años y medio, pero quizá le sean abonados en cuenta diez a cambio, pues terminará mucho más sano que cuando comenzó. El muchacho entrará en una buena escuela y se convertirá en todo un hombre. Y las muchachas habrán de estar contentas también, pues dispondrán de verdaderos hombres en lugar de antiguos mequetrefes. Cuando en el futuro se abran, todos los años, en el mes de Octubre, las puertas de los cuarteles, saldrán doscientos o trescientos mil hombres jóvenes, sanos como manzanas. Y todos se alegrarán de ello, lo mismo los muchachos que las muchachas. Y las muchachas se alegran realmente.. Siento curiosidad por saber a quién amarán más adelante nuestras muchachas, si a los que han prestado servicio o a los que no; pero lo sé de antemano. Creo que los que no prestan servicio militar serán en Alemania una especie de invitados a quienes nadie saca a bailar. ¡Todos ellos se quedarán sentados en los bancos!

Y si alguien me dijera: ¡Pero qué sacrificios tienen que hacer!. Eso no es ningún sacrificio. Entonces, ¿qué estoy haciendo yo? Aprovechar la capacidad de trabajo de los alemanes para mantener a nuestro pueblo y, en fin de cuentas, por consiguiente, valorar en beneficio de nuestro pueblo, para el futuro, esta capacidad de trabajo de los alemanes. Y en tal sentido no soy desconfiado hasta cierto punto: Soy “siempre” desconfiado. Sólo tengo una creencia y es la creencia en mi pueblo, una fe que siempre he tenido. Pero, por lo demás, estoy lleno de desconfianza. Que salen bien las cosas..., tanto mejor; que salen mal... pues ya se sabe: No nos puede pasar nada. Y esta es también una sensación maravillosa. Quien ha conocido la otra sensación, tal como la he conocido yo años y años, siempre preocupado por lo que pudiera ocurrir al día siguiente o al otro, por las desgracias que podrían sobrevenirle a uno, quien ha conocido alguna vez esta sensación, entonces comienza a saber perfectamente lo que significa: Ahora somos fuertes y no se nos podrá llevar más por donde otros quieran. Ahora comienza a saberlo.

Créanme ustedes, pasarán los años -escribirán; pero me tiene sin cuidado lo que la Prensa escriba-; pero no puede sucedernos nada más. Eso es lo maravilloso. Desde que Renania vuelve a ser nuestra; desde que hemos introducido el servicio militar obligatorio y ha vuelto a haber un Ejército alemán; desde que Alemania está de nuevo protegida por poderosas escuadras de aviación; desde que poseemos nuestra propia Arma de bombardeo; desde que contamos con nuestra propia Arma antiaérea; desde que tenemos nuestras propias Divisiones acorazadas...; desde entonces lo sé: Ahora, a partir de este momento, podemos dormir tranquilos. Y esto beneficia a todos, esto fortalece realmente los nervios. Y en esto veo para el futuro la seguridad de lo que somos y lo que estamos consiguiendo con nuestros esfuerzos.

Partiendo de este programa, he anunciado, además, toda una serie de ellos. Lo saben ustedes perfectamente, lo he apuntado ya recientemente. Tengo la intención de cuidar de manera especial unas cuantas ciudades alemanas: Munich, Berlín, Nuremberg y Hamburgo. Unos cuantos lugares en los que dejaremos el sello de nuestro genio, de nuestra gran época. Sé que cuando, hace siete años, compré la Casa Parda, esa pequeña Casa Parda que tenemos en la Briennerstrasse e introduje después algunas reformas en ella, es decir, hice poner un estandarte delante, a la izquierda y a la derecha, e hice que la limpiaran un poco por dentro, el “Bayerische Kurier” escribió: “Los del Partido Popular Bávaro no tenemos comprensión alguna para tales explosiones de manía de grandeza cesárea.”. ¿Qué pensará esa gente al andar por su querido Munich y verla aniquilada de tal suerte por la manía de grandeza cesárea?. Pero sólo puedo decir a esa gente “Idos al otro mundo a tiempo, pues en pocos años no conoceréis a esta ciudad ni a otras ciudades”. Reconstruiremos estas ciudades y las convertiremos en prototipos de una época grande. Y tengo el convencimiento de que con ello daremos el ejemplo para una evolución que continuará durante muchos siglos.

Y, además, he anunciado un gran programa al cual hemos de dedicar ahora nuestra total atención: El plan denominado cuatrienal. También a este respecto hay gente que dice: "¿Por qué siempre nuevos planes y nuevos esfuerzos, siempre teniendo que hacer algo nuevo? No hay reposo jamás. Siempre está comenzando alguna cosa en cuanto termina otra, etcétera..." Sí, si, eso ya lo oía yo en el año 1919. Y en el 1920 y en el 1921. Si en aquella época yo hubiera hecho caso a la gente que estaba diciendo continuamente: "A ver si tenemos reposo", probablemente Alemania sería a estas horas un cementerio. Creo que un pueblo sólo debe disfrutar de un reposo: El de la paz interior. Pero fuera de eso no puede haber otra cosa que esfuerzo, siempre y en todo momento esfuerzo. No se puede decir jamás: Ahora lo hemos alcanzado. No, hay que ponerse siempre nuevas metas tras las conseguidas. Pues sepan ustedes una cosa, y es que esta masa de millones de seres humanos pide alimentos. Ningún campesino puede decir: "Bueno, ya tengo la cosecha bajo techado. El par de años venideros no haré nada. Ahora me tumbo a descansar tranquilamente." Eso no es así. No es posible en la vida privada; tampoco es posible en la vida de las naciones. Tenemos que volver a empezar una y otra vez el trabajo para nuestro pueblo. Y este plan cuatrienal es realmente el más grande de los trabajos en beneficio de nuestra nación alemana, pues con él nos independizaremos del extranjero en los campos vitales más importantes.

¿Saben ustedes lo que esto significa?. Acaso existan economistas, es decir, hombres llenos de ciencia teórica y con muy poca experiencia práctica, que digan: "¿Por qué no seguimos participando en el comercio mundial?". No es culpa mía; yo quiero hacerlo en cualquier caso. Y también lo intensificamos sin parar. Pero la primera condición para una intensificación del comercio internacional, es que todos los pueblos y los Estados gocen de paz y orden para la producción. No puedo importar para Alemania monedas extranjeras, sino únicamente productos, exactamente en la misma forma que suministro al extranjero productos alemanes. Nosotros trabajamos de todos modos.

Creo que cuando se inaugure en Francia la Exposición Mundial de París, seremos los primeros en estar listos. Trabajamos. Así, a secas. Pero los demás, desgraciadamente, no todos quieren trabajar, sino que en estos momentos, ¿saben?, están metidos en importantes discusiones burguesas: Proletariado, burguesía, mientras otros grupos se pelean mutuamente y arruinan la economía con sus reyertas. Los unos hacen huelga, los otros obstaculizan la entrada al trabajo; la economía y el valor de la moneda se hunde; entonces viene la devaluación monetaria, se elevan los salarios, aumentan los precios, se vuelve a devaluar y de nuevo comienza el ciclo. Todo esto lo sabemos por experiencia. Y, tal como acostumbramos a hacer los alemanes, lo conocemos "a fondo".

También antaño aumentamos nosotros los salarios, los aumentamos sin cesar. No al doble, eso es una ridiculez. Aumentar los jornales en un diez, un veinte o un cincuenta por ciento...; no, nosotros aumentamos a 1.000 marcos el salario por hora. Y tampoco este aumento resultó suficiente. Lo elevamos a diez mil, cien mil, un millón, mil millones. Hasta que las cosas acabaron debido a que no se podía contar ya, y la gente humilde no era capaz de salir adelante con las sumas.

Ello hizo que se volviera entonces atrás y se comenzara de nuevo a contar en céntimos. Y ahora digo una cosa: Que seguiremos con los céntimos, con nuestro marco, con nuestro buen y sólido marco alemán. ¡No volvamos jamás otra vez al camino de los millones! Contemplemos a los demás cómo se portan ellos ahora. Podemos perfectamente imaginarnos en qué forma terminarán.

Nosotros tenemos nuestra política económica nacionalsocialista, una política cuya consigna es: El hombre no vive del salario, sino de la producción. Lo decisivo es el aumento de la producción. Si hoy sucede que en Francia se aumentan los salarios en un quince por ciento y el tiempo de trabajo, medido en semanas y de acuerdo con el tiempo de vacaciones, se disminuye en tres meses exactamente, o sea, un trimestre, ello se traduce en un quince por ciento menos de producción. También es una política económica. Pero yo lo hago al revés. Yo digo: Los mismos salarios, pero aumentando sin cesar la

producción. Y si hoy hemos incrementado en Alemania nuestra producción, la de carbón, por ejemplo, en treinta, treinta y cinco o cuarenta millones de toneladas, sí, ¿quién, mis queridos antiguos compañeros, quién es el que consume todo este carbón? ¿Saben ustedes? Aunque un industrial fuera el diablo en persona a aguantar calor, no podría resistir en su habitación dos o tres mil grados de temperatura. Este carbón es consumido ahora por la masa de nuestro pueblo. Y lo que es aplicable al carbón puede ser aplicado al aumento total de nuestra producción.

Y también aquí tengo que romperme la cabeza. Ahí tenemos la cuenca del Ruhr. Miles, decenas de miles, cientos de miles de mineros de carbón aún no tienen trabajo. Y luego tenemos que importar gasolina, una gasolina que tenemos que pagar casi enteramente en divisas. Si podemos cubrir los gastos de nuestra gasolina y nuestro caucho con la extracción de carbón, quizá entonces yo pueda aumentar la extracción anualmente en otras veinticinco o veintiocho millones de toneladas. Y además, daré ocupación, en las fábricas, para toda su vida, a unos 160.000 trabajadores alemanes; 160.000 trabajadores con sus familias. ¿Saben ustedes?, también esto es socialismo; pero no un socialismo insensato, sino un socialismo nacional, sensato. Y no hay duda en ningún aspecto; cualquiera que viaje por el extranjero y lo haga por Alemania se dará cuenta de la diferencia que hay.

En estos momentos tenemos un ejemplo magnífico. Está siendo montada en París una Exposición Universal en la que participaremos. También los rusos participan. Aunque sólo sea por ahorro de divisas, hacemos que sean nuestros obreros quienes construyan lo necesario; pero, además, ¿por qué razón no van a ver también París nuestros obreros? Que vean lo que ocurre por ahí: Unos hacen huelga, otros cierran. Que lo vean con sus propios ojos, que vean lo que ocurre en las calles. Nosotros hemos hecho desaparecer en Alemania la porra; aquí es ya desconocida; hay que dirigirse a cualquier otra nación para verla; para ver cómo actúa la educación burguesa o la educación de los Estados burgueses. Que lo vean, que lo vean. Y además, que vean también el nivel de vida, ¿por qué no? No sé, pero todos los obreros nuestros que marchan al extranjero con la organización KdF vuelven diciendo: "¡Dios mío, qué bien se está en Alemania! Ahora es cuando nos hemos dado cuenta por primera vez de lo maravillosamente que se está en Alemania". Cuanto más obreros exportemos ("sic"") al extranjero, tanto mejor para nosotros. Todos vuelven diciendo: "¡Quita, quita, qué nos van a contar a nosotros; que vengan y lo Vean!".

Por lo tanto, como he dicho, nuestros obreros montan en París la Exposición. La Rusia soviética no tiene en París un solo obrero que trabaje en ella. No porque no tengan obreros en Rusia para montar esta Exposición que en sí no es tan famosa. Pero es que en Moscú les han contado que en todo el mundo no hay más que un ferrocarril metropolitano, y que éste es el de Moscú. Les han contado que el mundo entero está pasando hambre, que todos lo pasan muy mal, que... Por lo tanto, nadie puede salir de Rusia, así como tampoco nadie puede entrar. En nuestra patria puede entrar todo el que quiera y mirar lo que le venga en gana; pero no así en Rusia. Créanme ustedes, nuestro socialismo es, en fin de cuentas, un socialismo auténtico, mientras que lo existente en Rusia es la mentira más grande que la Humanidad ha contemplado jamás. Una mentira de la que jamás hemos dudado nosotros, los nacional-socialistas; y por ello hemos luchado desde siempre contra esa banda.

Pero aún hay otra cosa digna de mención: Y es que los individuos que lucharon durante años contra nosotros se cuelgan ahora unos a otros o se matan mutuamente. El señor Radek, léase "Sobelsohn", pasó por ser un evangelista para nuestros comunistas alemanes; pero el antiguo evangelista es considerado hoy un traidor al socialismo, al comunismo; ha sido encerrado en la prisión y quién sabe lo que podrá ocurrirle. También es completamente indiferente para él. Nosotros no tenemos compasión alguna para esto, pues los que se matan unos a otros son los componentes de una pandilla. Pero un socialismo de esta clase es una catástrofe. Frente a este socialismo, nosotros hemos implantado un socialismo alemán, un socialismo sólido que, si no conduce tan rápidamente a la meta como el ruso, lleva con seguridad a ella. Al aumentar la producción en todos los sectores, aumentamos el consumo; al aumentar todavía más el consumo -y tenemos que elevarlo, pues de otra forma no podríamos elevar la producción-, hacemos que cada vez participen más personas en los bienes de nuestra nación. Y esto es lo que persigue también el plan cuatrienal.

Este plan cuatrienal pretende hacer que nuestra economía se independice de las bases fundamentales de su producción y, por consiguiente, de nuestra existencia común. ¡Y este plan cuatrienal se llevará a cabo! No necesito decírselo. Saben ustedes, mis viejos compañeros, que siempre se ha realizado lo que he prometido. Pero hay en Alemania mucha gente que todavía no me conoce hasta tal punto. Acaso esos digan: "¡Ah, quién sabe, a lo mejor se olvida!". O bien: "Quizá se harte al final; mejor será esperar un poco". ¿Por qué? Esto significa nuevos esfuerzos. "Ahora tenemos que construir nuevos altos hornos, tenemos que instalar nuevas fábricas, tenemos que realizar nuevos cálculos; y así siempre, sin punto de reposo. Ahora tenemos, podríamos tener ya por fin, una existencia segura y unos pingües ingresos; ahora marchan ya las cosas. ¿Vamos a estar siempre comenzando nuevas cosas?" Esos no me conocen, ninguno de quienes piensan así. Pueden tener el convencimiento de que se llevará adelante el plan cuatrienal y que, además, no necesitará de los cuatro años para su realización. Soy precavido, siempre digo un año

más de los que calculo que necesitamos; uno no sabe nunca lo que puede ocurrir. Pero el plan cuatrienal estará terminado por completo antes de acabar el tercer año. Las cosas marcharán entonces; mejor dicho: Las cosas marcharán con más facilidad.

Naturalmente que esto necesita de una concentración increíble. Muchos dicen: "Necesito hierro; pero, por desgracia, no lo recibiré hasta dentro de seis semanas, de dos meses o quizá de cuatro meses" A este sólo puedo decirle: "Eso te molestará a ti; pero me alegra a "mí", pues me digo: ¡fabuloso! Hemos llegado a un punto en que la producción apenas puede cumplimentar los pedidos" Los almacenes estaban "antes" llenos, no se podía vender nada. Y ahora apenas podemos producir lo que nos piden. A mis ojos, esto es señal de una economía muy sana. Además, naturalmente, siempre irán por delante los cometidos más necesarios. Así, ahora construiremos alrededor -digamos- de cuarenta fábricas gigantescas para la producción de gasolina, caucho y productos similares, en los que se comprende todo lo posible. Esto quedará listo en dos años; entonces resultará ya mucho más fácil, pues nuestros depósitos de hierro nos irán suministrando todo el material suplementario que necesitemos. Entonces tendremos ya nuestras gigantescas fábricas alemanas de metal ligero, entonces tendremos ya nuestras fábricas de caucho y gasolina. Y entonces continuaremos mirando hacia adelante. Todavía no sé lo que haré durante los cuatro años, pero ya se me ocurrirá alguna cosa a fin de que no nos oxidemos, a fin de que continuemos viviendo a medias por lo menos; pues solamente se está con vida mientras se es joven, y sólo se es joven mientras se puede trabajar.

Por eso hay que buscarse trabajo, para poder continuar siendo joven. Y para que la nación alemana continúe siendo joven como tal nación, sólo puedo desearle una cosa: ¡pueblo alemán, ten los ojos siempre puestos en la realización de nuevas tareas! Seguirás siendo joven mientras continúes realizando grandes proyectos. Cuando llegue la hora de que no puedas llevar a cabo grandes empeños, entonces, pueblo alemán, es que habrás envejecido y comenzarás a morir. Siempre ha sido así. Y por eso nuestro Movimiento es un Movimiento eternamente joven; por eso nuestro Ejército es un Ejército siempre joven, porque uno y otro se enfrentan continuamente con nuevas tareas, tienen, año tras año, nuevas misiones que cumplir. Por eso es eternamente joven el campesino, porque siempre tiene por delante nuevas tareas que realizar. Este es el secreto más grande de la salud humana.

Y todos sabemos perfectamente que, en última instancia, todo pueblo está vinculado a su espacio vital. Cierto que nuestros economistas nos han predicado otras teorías; pero en las horas más difíciles de nuestra vida hemos comprobado de una forma irrebatible hasta qué punto una nación depende de la base sobre la cual se asienta, de su suelo. Si antaño hubiéramos tomado las medidas que hoy estamos tomando, Alemania no habría llegado a la situación que más tarde tuvo que sufrir. Por ello tengo el convencimiento de que los compañeros del Partido, ese ejército de millones de hombres de auténticos nacionalsocialistas, serán, cada uno en su puesto, fanáticos defensores de los nuevos objetivos y proyectos. Tengo la convicción de que será precisamente el Partido el que empujará por doquier en este sentido, apartando del camino a cualquiera que venga con estúpidas criticonerías o niñerías. ¡Eso lo hemos vivido todos! Continúan siendo los mismos fenómenos. Ancianos de veinte, veinticinco o treinta años, ya fatigados al extremo; gente que siempre nos ha dicho: "Eso no marcha, ni aquello, ni lo de más allá". ¡Los conozco de siempre! Siempre me han profetizado que no resultaría. Si hubiera hecho caso a gente así, Alemania estaría hoy perdida por completo. Nosotros, los nacionalsocialistas, siempre hemos tenido fe en una posibilidad: "las cosas resultan cuando se quiere que resulten". Y nosotros lo queremos, estamos decididos a ello. Y ahora resultan las cosas más fáciles que antes.

Ahora bien, quisiera repetirles una vez más: Duros fueron los años que teníamos por delante. Duras fueron las decisiones a tomar, tratando, sin poder ni medios coercitivos, de que un pueblo volviera, poco a poco, a conquistar su posición en el mundo. Con frecuencia tuvimos semanas muy duras. Y días. Y horas. Y creo que habrá resultado más fácil leer las conclusiones o escucharlas, que adoptarlas o llevarlas

a cabo. A menudo costaba muchísimo trabajo, muchísimo; nos ha costado a todos incontables noches de insomnio. No era la preocupación, ¿saben ustedes?, por un par de ridículas libras de mantequilla, sino la preocupación por la existencia o el hundimiento de la nación alemana, por su futuro, por la paz de nuestro pueblo. Así transcurrieron las semanas, meses y años que ahora hemos dejado atrás, una época llena de preocupaciones, durísima. Pero ya ha quedado atrás. Hoy contemplo el futuro con tranquilidad y confianza. Sé que hemos vuelto a ser una potencia de categoría mundial. Nadie puede buscarnos pendencia y nadie nos la buscará. No es que quizá no trataran, en ciertas ocasiones de bienquistarnos; no tienen sino que leer los periódicos. Pero es que ya no pueden meterse con nosotros. Y es aquí, creo yo, donde vuelve a aparecer auténticamente nuestra vieja misión nacionalsocialista: La de continuar siendo, “sin descanso”, el soporte de la fe en el futuro alemán y, por lo tanto, del trabajo necesario para este futuro.

Esta ha sido siempre la vieja misión nacionalsocialista, pues ustedes saben bien qué aspecto tenía Alemania cuando ocupé por vez primera este sitio. ¡Qué fe y qué ganas de trabajar suponía en aquella época comenzar "siquiera" este trabajo! Ahora han transcurrido desde entonces diecisiete años. Y ha sido logrado este milagro increíble. Lo hemos logrado con nuestra unión, con nuestras peleas y luchas que no han cesado un momento, persiguiendo siempre metas nuevas; sólo a ello tenemos que agradecer el resurgimiento de la nación alemana. Creo que esta época de pasadas luchas es para nosotros, los nacionalsocialistas, la mejor enseñanza para nuestro comportamiento en el futuro.

Cada vez que vengo a esta sala para celebrar este día, me siento lleno de agradecimiento para con el incontable número de personas que antaño encontraron el camino para unirse a mí. Es una cosa maravillosa que en la dura época de lucha de los primeros años de nuestro Movimiento fuera encontrado el camino que conducía hacia él. Es una cosa maravillosa. Quizá más adelante ya ni siquiera pueda comprenderse qué fue lo que en aquella época atrajo a las personas para unirse a mí; cómo pudimos encontrarnos entonces. He ahí que se alza predicando una nueva fe en Alemania un hombre que no tiene nada detrás de él: Ni nombre, ni bienes, ni Prensa; nada, en definitiva nada. Y entonces se unen a él; se le unen mujeres y muchachas que ascienden con este hombre por el empinado camino que parecía conducir a la luz. Fue algo milagroso. Todos pensamos en esta época, yo pienso también con mucha frecuencia en esta época maravillosa de nuestra lucha. A pesar de los éxitos alcanzados hasta hoy, ¡cuán a menudo se acuerda uno, de pronto, de que, en realidad, la época más hermosa fue la de entonces!. La época en que se sabía que, cuando uno venía a nuestro Movimiento y no tenía que ser expulsado de él por soplón, era y "tenía que ser"' necesariamente una persona decente; pues en otro caso no podría haber venido en modo alguno. ¿Qué podría buscar nadie en aquella época entre nosotros? ¿Qué podría ganar, qué perspectivas siquiera podría tener de alguna ganancia? ¡Ninguna en absoluto! A lo sumo, que le persiguieran, o se rieran de él, o fuera objeto de burlas, o se le expulsara del lugar de trabajo. Esta fue la época maravillosa, la época de la vieja guardia del Partido Nacionalsocialista, la época que reunió a hombres de acero venidos de todas partes: De la ciudad y del campo, del torno y del arado, de la oficina y de la Universidad; la época de los viejos soldados del frente, soldados y oficiales; todos se fundieron en una hermandad y marcharon juntos. Tal fue el maravilloso tiempo del comienzo de nuestro alzamiento alemán.

¡Con cuánta frecuencia decíamos en aquella época: Alemania en su más honda humillación! Y, sin embargo, en la época de la más honda humillación de Alemania se llegó al punto culminante del levantamiento alemán, pues en aquella época volvió a brotar la fe del corazón alemán, la decencia del alma alemana. Fue en aquella época cuando comenzaron a alzarse miles primero y cientos de miles después, llenos de una nueva fe, la mirada fija en este nuevo Reich que comenzaba entonces. Y entonces lo sabíamos todos: Esta Alemania tiene que ser más hermosa que la anterior; tiene que ser mejor que la anterior; tiene que ser más fuerte que la anterior. Y hoy es más hermosa, mejor y más fuerte. ¡Intenten "ustedes" medir mis sentimientos! ¿Qué podía hacer un hombre que no encontrara partidarios? ¡Sería un predicador en el desierto! Que los primeros acudieran a mí; que se unieran a mí; que tuvieran en aquella época la fe ilusoria que parecía no tener fundamento alguno, la "fe en mí y en mi persona"; que después me siguieran año tras año; que luego continuaran conmigo cuando las cosas empezaron a ponerse realmente malas..., eso es lo maravilloso y ése es el motivo de nuestro éxito". Y eso es hoy y siempre para mí lo que me hace sentir o la causa de que yo sienta una honda emoción.

Siempre vuelvo a pensar, sobre todo cuando entro en esta sala, en aquel tiempo maravilloso de la gestación, fundación y auge del Partido Nacionalsocialista. Todos sabemos una cosa: Si nuestro Partido no se hubiera fundado, Alemania no habría resurgido, sino que se habría perdido por completo; pues no se puede estar sujeto eternamente a la servidumbre sin terminar por volverse uno mismo un esclavo.

Nosotros estuvimos muy cerca de ello; eran muchos ya los sectores que se habían conformado con este destino. Hoy resulta maravilloso saber que este gigantesco y magnífico desarrollo nació de aquel 20 o 24 de Febrero de 1920. Y todos nosotros tendremos ahora un sentimiento, lo tendremos todos y cada uno de nosotros, un sentimiento experimentado ora por uno ora por otro: Es una pena que no vivan para verlo tantos que antaño pelearon por ello "con fanatismo" a nuestro lado. Siempre digo que todos los que han podido ser testigos del resurgimiento de Alemania tienen en ello la recompensa por la lucha de aquella época. Tal como les profeticé en aquella época, todos hemos tenido la recompensa de este resurgimiento nacional. Sabemos que, por desgracia, muchos no han obtenido esta recompensa; que muchas almas leales fueron arrancadas de nuestro lado antes de que llegara este 30 de Enero y, sobre todo, antes de que diera comienzo y terminara de una manera definitiva el resurgimiento de Alemania, rompiendo las cadenas que le pusieron en Versalles. Esto es lo único que quizá nos haga sentir pena y dolor una y otra vez cuando llegan estos días.

Por lo demás, los nacionalsocialistas tenemos razón para estar sumamente orgullosos, orgullosos de nuestro Movimiento y de nuestro pueblo alemán; pues realmente son dignos de admiración un movimiento y un pueblo que en tan pocos años se han alzado de tal derrota. Y merecen también ser admirados por la posteridad. Nosotros, los que tuvimos la suerte de dirigir esta lucha de grandeza histórica por el resurgimiento interior de Alemania, de luchar por ella y, debo decirlo, de sufrir por ella, nosotros estamos todos llenos de felicidad.

Hoy no podemos sino volver la vista atrás y contemplar a este pueblo en los años de una ascensión incomprensible, y no podemos menos que dar las gracias a todos los que nos han ayudado en esta ascensión. Pueden todos los sacerdotes ponerse contra nosotros, pero hay una cosa que no podrán rebatir: ¡El Señor ha estado con nosotros, El nos ha guiado!. Se ha puesto de parte de la única Iglesia realmente confesional que existe, o sea el Movimiento nacionalsocialista, que tiene este credo: Creemos en Alemania y en nuestro pueblo y en nuestro Dios, que no nos abandonará si no somos desleales para con nuestro pueblo y nuestra misión..

Y esta lucha ha obtenido las bendiciones del Señor. Pues si realmente el Todopoderoso hubiera estado en contra nuestra, entonces, ustedes lo saben, yo no estaría hoy aquí ni ustedes estarían ahí. Mientras las bendiciones del Todopoderoso estén con nosotros, podré sostener la lucha del hombre débil e insignificante.

Esto tuvimos que decírnoslo siempre una y otra vez durante los largos años de lucha, y volvemos a decírnoslo hoy. Y por ello les ruego que hoy, al celebrar el decimoséptimo aniversario del Comienzo del resurgimiento de nuestro pueblo, me acompañen una vez más al lanzar nuestro viejo grito de combate: ¡Viva nuestra Alemania y el Movimiento nacionalsocialista! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

DISCURSO A LOS "KREISLEITER" EN LA FORTALEZA DEL PARTIDO DE VOGELSANG

(29 de Abril de 1937)

¡Compañeros! No siempre se da el caso de que las generaciones se encuentren en el centro de grandes acontecimientos históricos. Con frecuencia suelen transcurrir siglos sin que en este mundo se anuncie, prepare o realice algún acontecimiento de grandeza claramente evidente. Puede que en tales épocas la vida sea indeciblemente agradable para todo burgués normal. Se hacen negocios, se gana dinero, se vive, se come, se bebe, se duerme, se tienen niños y se muere con la tranquila seguridad de que la generación siguiente tendrá igualmente tan pocas inquietudes como la anterior, la propia (Leves risas). Acaso haya personas a quienes una existencia así les procure alegría. Creo que el pueblo alemán no se ha encontrado interiormente muy a gusto en tales épocas. Quizá tengamos también en el presente algunos pueblos,

algunas naciones, que todavía no se acaban de dar clara cuenta de la magnitud del movimiento actual, de trascendencia histórica mundial.

He ahí, por ejemplo, a los ciudadanos de pequeños países que nos rodean, cual es el caso de Escandinavia: Pescan sardinas, venden sardinas, comen sardinas y hacen un medio de vida de la pesca de sardinas, de su transporte, etcétera. La gente, come, bebe, se viste, toma parte en unas cuantas diversiones y se queda satisfecha al pensar que la generación siguiente disfrutará de la misma tranquilidad contemplativa y llevará también la misma existencia contemplativa, si Dios quiere. No creo que todas las personas de incluso estas naciones que nos rodean sean felices con esta vida. Al contrario, siempre estoy viendo como la juventud se siente atraída por nosotros, cómo después de una breve permanencia en Alemania apenas si quiere ya regresar a su tierra, cómo les emociona el saberse aquí partícipes de un movimiento histórico mundial, pues no existe duda alguna en tal aspecto: El mundo se encuentra actualmente en una evolución caracterizada por las crisis.

La que estamos viviendo es, sobre todo, la crisis de la democracia. Y por consiguiente, también la crisis de los Estados, de las formas estatales en sí, pues lo que hoy comprendemos bajo la palabra “Estado”, lo que se nos muestra como realidad bajo el concepto “Estado”, es la antítesis más natural del concepto “democracia”. Este Estado, al igual que todos, ha surgido por la eliminación de los puros intereses del capricho y también del egoísmo del individuo.

La democracia aspira a colocar al individuo en el centro de todo el acontecer nacional. Por lo tanto, es imposible que a 1a larga pueda escapar a la crisis que ha de resultar de tal disparidad de criterios.

En la actualidad, estamos viendo la crisis en el mundo que nos rodea. Dirijan la vista a Francia. El Estado francés no ha nacido de una libertad de establecimiento democrática, pero será esta libertad de establecimiento democrática la que hunda a este Estado si no aparece alguna otra nueva forma de Gobierno. También nosotros hemos vivido en Alemania este problema y hemos terminado por salir de tal crisis. Nosotros hemos sabido solucionarla de mano maestra. En Alemania, esta forma democrática ha sido sustituida por el Estado nacionalsocialista. En otros países es el comunismo el que vence, según se aprecia; pero también el comunismo acaba con la democracia. En fin de cuentas, de lo que se trata en esto países es del establecimiento de un judaísmo internacional dominador que, haciendo uso de los medios de violencia más brutales se injerta en los pueblos y los gobierna posteriormente. Hay otros países donde esta lucha está ya en período de gestación; en otros ha estallado ya claramente; en otros se está anunciando.

Ahora bien, hay algo que hemos de admitir como seguro: Esta lucha que yo califico de crisis de las democracias es una lucha inevitable, y terminará por surgir en todas las naciones del mundo, surgirá sin remedio, sin que tenga importancia en sí el tiempo que transcurre hasta dicho momento. Lo mismo si esta lucha estalla en Francia en 1937, o en 1940, o en 1970. el plazo no tiene importancia alguna. Tampoco la tendría aunque el estallido se produjera en el año 2000. Lo que es seguro es que, a la larga, el Estado no puede existir cuando está dirigido por una democracia parlamentaría. Esto es seguro. Y también lo es que del contraste existente entre el Estado y esta democracia parlamentaria nacerá un día una situación de crisis que conducirá a un estado de tensión, tras el cual, como es lógico, vendrá una distensión. Lo que no es seguro la forma en que los diversos Estados solucionarían particularmente este problema. Los unos lo solucionarían siendo víctimas de una dominación extranjera, digamos de una capa superior judía, es debido a que las fuerzas nacionales son demasiado débiles para una regeneración propia, para, digamos, vencer por sí mismas; otros pueblos tengan, quizá las energías suficientes para salir sin ayuda extraña de este problema, para resolverlo por sí mismos. El pueblo alemán ha resuelto esta cuestión. Nosotros hemos moderado la libertad del individuo al poner en el lugar de esta libertad desenfrenada individual la libertad refrenada de la comunidad, es decir, al establecer una disciplina, una autoridad, etcétera,

necesarias desde un más alto punto de vista. De esta manera, el Estado ha vuelto a cobrar en Alemania una dirección orgánica.

Al considerar esto, todos nos damos perfecta cuenta de que este Estado es la fuente de todo nuestro rendimiento. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos hallado una definición concreta para el Estado; decimos que el Estado no puede ser una organización, llamémosla X, de un número, también X, de personas, sino que únicamente tiene sentido cuando su cometido fundamental es el mantenimiento de una nacionalidad viva. Ha de ser no solamente el mantenedor de la vida de un pueblo, sino, sobre todo, el mantenedor del carácter, el mantenedor de la raza de un pueblo. De lo contrario, el Estado no tendrá, a la larga, sentido alguno, pues carece de sentido formar una organización por la organización en sí. Tal organización, que, como todas las organizaciones, llevan connatural en alguna forma, digamos, una sujeción de la libertad individual; tal organización, pues, sólo puede tener sentido cuando colabora en el mantenimiento de la vida de la totalidad de estos individuos, de su vida en este mundo; y sólo es imaginable cuando el Estado mismo se afinca en las realidades nacionales. El Estado tiene la misión de garantizar la existencia de la nacionalidad como tal y, por lo tanto, de garantizarla para el futuro. Así, pues, no conocemos un Estado con objetivos inconcretos, sino con objetivos claramente delimitados. Sólo que -y esto lo sabemos todos- cualquier rendimiento efectivo sólo es imaginable a condición de que tal Estado exista; es decir, sólo mediante la agrupación de todas las energías presentes en esta organización es posible llevar a cabo realizaciones realmente grandes y comunes.

Por ello, para nosotros no puede haber motivo alguno de discusión en la cuestión de, digamos, primacías en el Estado. O sea, para citar un ejemplo concreto: Jamás toleraremos que, en el Estado nacional, se ponga nada por encima de la autoridad de este Estado. Sea lo que fuere, ¡ni siquiera una Iglesia!. También tiene aplicación aquí este principio inmutable: La autoridad de este Estado, es decir, de esta comunidad nacional viva, está por encima de todo; todo lo demás tiene que subordinarse a esta autoridad. El que intente colocarse frente a esta autoridad terminará siendo doblegado, de una forma u otra, por el peso de ella. (Aclamaciones). Sólo es imaginable una autoridad, y ésta sólo puede ser la del Estado, presuponiendo que el fin primordial de este Estado sea la conservación, protección y permanente mantenimiento de una nacionalidad definida. Tal Estado es entonces la fuente de todas las realizaciones.

Lo que estamos viendo a nuestro alrededor, sólo es imaginable mediante el concurso de la capacidad de trabajo de millones de personas. Todos, en una forma hasta cierto punto natural, han experimentado una mejora por este freno puesto a su libertad personal. Puede que al individuo esto le moleste un poco, pues creo que en toda persona alienta siempre, de un modo espontáneo, el leve vestigio de un anárquico impulso de resistencia; sólo que esto no sirve de nada. Si creemos en la existencia de una misión humana, tenemos que creer en que el hombre ha de fundamentar y fortalecer tal misión por medio de realizaciones. Y si tenemos la esperanza puesta en las realizaciones humanas, habremos de darnos cuenta de una cosa: De que estas realizaciones sólo pueden ser obra de la comunidad. Y si pensamos en realizaciones de tipo comunitario, entonces habremos de reconocer que todas las realizaciones en común exigen de algún modo la concentración de las fuerzas de todos; que no se puede pensar sólo en decir: Id y haced lo que tenéis pensado hacer, sino que será necesario dar la orden: “Id y haced lo que os dicte la voluntad”.

Esta voluntad ha de brotar del pueblo, ha de tener su fundamento en el pueblo. Quisiera, a este respecto, hablar de una condición previa. Se habla con mucha frecuencia de la necesaria concentración del trabajo; pero tal concentración del trabajo es imaginable únicamente cuando antes ha existido ya una concentración de la voluntad. En la misma forma que, al realizar un trabajo, hemos de partir de una cierta uniformidad en los rendimientos, al referirnos a la voluntad hemos de intentar que exista una cierta uniformidad de pensamientos y, con ello, de proyectos, intenciones y decisiones. Sin esto, el pueblo incluso más eficiente es totalmente incapaz, como puro material humano, de llevar a cabo grandes

realizaciones.

Estamos comprobando hasta la saciedad un hecho verdaderamente lamentable; la mayoría de las personas carecen de capacidad para trasladar a grandes realizaciones los conocimientos que la vida diaria ofrece en multiplicidad de formas y facetas. Se sabe perfectamente que no se puede construir una casa si no existe quien haga el plano, si no hay un hombre que dirija la construcción del edificio; eso se sabe a la perfección. En cambio, la gente se figura que la formación de un Estado y el logro de las gigantescas realizaciones de una comunidad nacional pueden llevarse a cabo desde otros puntos de vista. Pero sólo pueden llevarse a cabo desde unos puntos de vista exactamente iguales. También en este caso ha de existir alguien que proyecte un plano, alguien se ha de preocupar de la realización de este proyecto y ha de haber una comunidad que sea utilizada unitariamente para la puesta en práctica de tal proyecto En caso contrario, no habría realización posible. De este proceder ha sido de donde han surgido en el pasado todas las realizaciones verdaderamente grandes de la Humanidad, y es lógico que, al final y de una forma natural, la suma total de esfuerzos comunes se refleje en cada uno de los individuos; que, por consiguiente, cuando la totalidad marcha en formación cerrada hacia delante, también cada individuo modifica su posición. También él avanza.

No es que yo ponga una mordaza a la libertad del individuo al decir: “A agruparse y a marchar hacia delante” y que, por consiguiente, el individuo sólo pueda marchar cuando está integrado en una formación. ¡No! No es sólo la comunidad la que avanza: El individuo avanza con ella también y, además, con mucha mayor decisión y seguridad que si cada uno fuera por su lado. Pues si a la totalidad de la masa de una nación se le dejara marchar con arreglo a la manera de pensar de la libertad democrática, entonces, compañeros, podemos imaginarnos qué aspecto ofrecería un pueblo así. No hay, pues, sino la dura alternativa: Lo uno o lo otro. Creo que un hormiguero sería en tal caso un milagro de organización y trabajo disciplinado, pues también tiene leyes que han de ser obedecidas. Pero si a los hombres se les dejara marchar a su antojo, si en la época actual se estableciera el principio de que cada uno hiciera lo que considerase justo, razonable, equitativo, etcétera, la Humanidad, en el camino del goce de su libertad, no marcharía hacia delante, sino que, por el contrario, perdería en poco tiempo, al destruirlo, todo lo que los hombres han alcanzado a través de los siglos por medio de un trabajo en común y disciplinado. Este trabajo en común ha sido útil a todos, ha hecho avanzar a todos; al fin y a la postre, toda realización de la comunidad redunda en beneficio de cada uno de sus componentes.

No necesito afirmar que poseemos en el Partido el mejor ejemplo de lo expuesto. Se podría decir: Sí, vea usted y compare: Ahí tiene usted el Partido demócrata, ahí es donde se encuentra precisamente la libertad; cada uno hace lo que quiere. Aquí tiene ahora una organización coercitiva donde cada uno hace lo que se le manda. ¿Vemos que estos demócratas irradien una dignidad personal completamente distinta? ¿Que representen algo totalmente distinto?. No, al contrario, lo que veo es que están todos completamente echados a perder, que carecen de valor, incluso considerados individualmente. No es sólo que no sirvan para nada como organización precisamente porque no tienen organización alguna; no, tampoco tienen presencia como personas, ni porte ni apariencia. Ya su aspecto exterior delata que “no sirven para nada, que no tienen capacidad alguna de resistencia frente a la vida, etcétera”, que se han afeminado.

Si hoy digo: He aquí un Ejército y consideramos que este Ejercito se basa en una brutal represión de la voluntad individual, ¿qué ocurriría con todos esos pobres soldados que lo constituyen? Todos tienen que obedecer: Tiene que obedecer el soldado raso, tiene que obedecer el cabo primero, tiene que obedecer el suboficial, tiene que obedecer el teniente. ¡Qué tristeza de hombres! ¡Pues no! Si hoy saco a estos hombres de sus puestos militares y pongo frente a ellos otros hombres que jamás hayan obedecido, el hombre que lo será realmente será el que sabe lo que es obedecer, mientras que el otro no será nada, ni siquiera considerado individualmente. Los otros no han conseguido nada, son únicamente un confuso

montón.

Todas las realizaciones logradas mediante esta voluntad, resultante del concurso de voluntades, redunda en beneficio del individuo. Participa de tales realizaciones. Mientras, digámoslo sin empacho, mientras obligo a millones de hombres y mujeres a trabajar, mientras les obligo a estar en las fábricas de tejidos, les estoy dando al mismo tiempo ropas para vestirse; al obligarles a que construyan casas, les facilito medios con que tener la suya; al obligarles a cultivar el suelo, tienen todos asegurados su trabajo; al obligarles a construir ferrocarriles, al obligarles a observar el horario de servicio, al obligarles a cambiar las agujas en el momento preciso, todos pueden viajar. Considerada en total, la vida humana es cada vez más hermosa, adquiere ininterrumpidamente mayor riqueza. Por ello es necesario comprender que no basta con hablar de una concentración del trabajo, sino que lo más importante es la concentración de las voluntades.

La concentración de las actividades humanas no es, al fin y al cabo, otra cosa que un mandamiento de la razón. Y por ello, la condición previa para una tal concentración, o sea el establecimiento de una autoridad, es simplemente un mandamiento de la razón o la razón a secas. Frente a esto quisiera decir que la democracia es, en sus últimas consecuencias, la destrucción de la concentración. Y por consiguiente, lo contrario de la razón: La locura. Podemos sentar el siguiente axioma. En el principio está siempre el pensamiento, la idea. Tras el pensamiento y la idea viene la palabra, que sirve para transmitir el pensamiento. Y luego viene el hecho, la realización. Si se invierte esta sucesión y se coloca la palabra a la cabeza, entonces la palabra acostumbra a matar al pensamiento y jamás se llega a la acción.

Ahora se me dirá: “Sí, ¿pero por qué no puede ser el primero también el pensamiento en las democracias?”'. El pensamiento no anida en la gran masa; esto es algo que tenemos que reconocer, algo que está completamente claro. Siempre que cualquier logro humano represente una mayor realización que la existente, hay que admitir que alguien tiene que haber dirigido el camino hacia ella. Y este alguien que va por delante es el portador del pensamiento, y no la gran masa que está detrás de él. El pionero es él, y no lo que le sigue. Y por ello sólo puede ser lógica y sensata toda organización que persiga de antemano colocar los cerebros más inteligentes en todos los campos decisivos para que todo el mundo obedezca después las directrices importantes señaladas por estos hombres.

Naturalmente, quizá esto sea duro. Lo es para el individuo aislado y, particularmente -esto lo recalco con fuerza-, para el hombre débil. Y horroroso para el ser antisocial. Siempre resulta duro cuando se dice: “Sólo uno puede mandar; uno ordena y los demás obedecen”. Porque entonces dicen: “¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es eso de que yo tengo que obedecer? ¿Por qué?” ¿Por qué? Porque sólo de esta forma se puede conseguir alguna cosa, y porque somos lo bastante hombres para darnos cuenta de que ha de ocurrir lo que es necesario. Y porque no se va a discutir con cada uno de los individuos. No tiene sentido alguno andar diciendo, a cada una de las personas: “Naturalmente, si tú no quieres, claro que no tienes por qué obedecer” ¡No, así no se puede ir a ningún sitio! La razón tiene un derecho y, por consiguiente, también un deber: El derecho de llegar a la fuerza dictatorial y el deber de obligar a los demás a obedecerla.

Por ello, quisiera recalcar que nuestro Estado no está edificado en modo alguno sobre el plebiscito, sino que nuestro deseo es convencer al pueblo de la necesidad de lo que está ocurriendo. Porque de esta forma haremos brotar continuamente en el pueblo nuevas y nuevas fuerzas que, por su parte, quizá no sólo se den cuenta de lo que he dicho sino, que acaso continúen pensando independientemente, siendo posible que estas fuerzas lleguen un día a manifestarse a su vez como auténticos talentos. Ahora bien, caso de que no fuera comprendida cualquier decisión necesaria, no se dirá entonces que no se lleva a cabo porque no es comprendida, sino que entonces entra en acción la autoridad de la razón y dice: ¡No se entenderá, pero se hace! ¡Se acabó!. Esto no tiene que proporcionar ninguna fe.

Considero que cuando un hombre tenga un pensamiento, cuando se dé cuenta de una necesidad, hable

entonces de ella con las personas que, por conveniencia, hubieran de conocer tales problemas en alguna forma; que hable con ellas sobre lo que piensa al respecto, que les informe, que escuche sus objeciones. Así, al oír objeciones, revisará y podrá dar mayor fuerza a sus argumentos. Ahora bien, llega el momento de poner en práctica el pensamiento.

Y aquí, en nuestro Movimiento, se ha de observar siempre este principio fundamental: Jamás un pensamiento saldrá fuera del círculo que pueda ser considerado más o menos competente para el estudio y puesta en práctica de tal pensamiento. Jamás un pensamiento será puesto a la llamada discusión pública; cuando alguien que esté situado en un puesto de responsabilidad crea que algo es necesario, entonces tendrá que hablar única y exclusivamente con las personas que, colocadas en puestos clave, sean necesarias a su vez para la realización de esta idea. Entonces podrá formarse un juicio. Sin embargo, el axioma es: El pensamiento, si es posible su realización, ha de convertirse en un hecho, es decir, ha de llegar a una decisión. Y en el momento en que tal decisión es manifestada, se acaba toda discusión. Este axioma entraña otro principio fundamental: Que no se puede fatigar al pueblo con lo que ha estado ya rompiendo la cabeza a los mejores hombres de la nación.

Voy a citarles sólo un ejemplo. Supongamos que un jefe del Partido ande dándole vueltas en la cabeza a una decisión sobre la que no han podido ponerse de acuerdo los mejores cerebros, y que este jefe hable de tal decisión con sus colaboradores más próximos, los cerebros a que me refiero. Y de pronto, este jefe somete a la consideración del pueblo el problema sobre el que no ha podido ponerse de acuerdo con sus mejores colaboradores. O sea, en otras palabras: Este jefe supone que la gente del pueblo es más inteligente que él y todos sus colaboradores escogidos, pues tal es el sentido que solamente puede tener una discusión de esta índole. No, esto es imposible.

A este respecto, voy a exponerles un ejemplo sacado del acontecer histórico: El año pasado, a finales de Febrero, vi claramente la necesidad de aprovechar con rapidez la situación histórica surgida y llevar a cabo en seguida la ocupación de la antigua zona desmilitarizada, ocupación prevista para más adelante. No hace falta decirles que la decisión tenía un alcance sumamente importante. Y, naturalmente, esta decisión fue consultada a todos los departamentos competentes. No vayan ustedes a imaginarse en absoluto que las opiniones fueran unánimes a este respecto, pues el alcance de la acción era enorme e imprevisibles las consecuencias. Era natural que hubiera toda clase de objeciones y argumentos en contra que llegaran incluso a modificar la propia opinión. Pero era necesario actuar de una y otra forma en un tiempo relativamente corto si no se quería dejar la acción para otro momento futuro. Según el antiguo modo democrático, la cuestión tendría que haber sido primero sometida al Parlamento, discutida después en el Parlamento, llevada después a la Asamblea Popular y discutida en la Asamblea Popular. En otras palabras: Los hombres de la calle habrían tenido que decidir al final sobre una cuestión en la que quizá no hubieran podido llegar a un acuerdo los cerebros más inteligentes de la nación, una cuestión de interés vital para la existencia de ésta. Pero esta gente humilde no está en modo alguno en situación de emitir juicios. El asunto habría sido llevado a la Asamblea Popular; la prensa habría escrito sobre él: Se habrían escrito artículos editoriales, tal como ocurre en los otros países. Ahora imagínense ustedes qué fatigas se echan sobre las espaldas de un pequeño gusano humano que un día tras otro está sujeto a la carga de su trabajo, que, por su instrucción, por sus alcances, por su concepción de la vida no puede en modo alguno estar en situación de ponderar de algún modo la importancia y trascendencia de estos problemas. ¡Pues sólo falta que también arrojen sobre él la carga de buscar una solución en este sentido!

A lo mejor me dicen: “Sí, pero usted ha hecho también un plebiscito”. Sí, pero antes he actuado. Lo primero que he hecho ha sido actuar. Después, no he querido otra cosa que mostrar al mundo entero que Alemania está detrás de mí; eso era lo que pretendía demostrar. Si hubiera tenido el convencimiento de que el pueblo alemán quizá no me siguiera en este camino, habría actuado de todos modos: Pero entonces no habría hecho plebiscito alguno. En tal caso, habría dicho: Eso corre por mi cuenta. Hay algo que no

ofrece lugar a dudas: Alguien ha de tomar la decisión, alguien ha de hallar la fuerza necesaria para adoptar una resolución. Y eso es aplicable a la vida entera, desde lo más pequeño a lo más grande. Yo no puedo echar la carga de tales decisiones sobre las espaldas de gentes que ni por su posición, ni por sus conocimientos, ni por sus alcances están ni pueden estar en condiciones de resolver problemas de esta índole.

En un verdadero Estado orgánico, el honor del que manda es la responsabilidad que con el mundo contrae. Todas las organizaciones verdaderamente grandes del mundo están basadas en tales puntos de vista, se asientan sobre tales principios. Todas. Siempre ha de existir uno que acepte la responsabilidad de la decisión. Y no puede andar convocando continuamente plebiscitos. Cuanto más simples son los acontecimientos, con tanta mayor claridad se aprecia la insensatez de estas democracias parlamentarias. Imaginémonos que la democracia parlamentaria, o sea ese revoltijo escogido que procede de la votación de la mayoría, es el que ha de decidir sobre los problemas de mayor importancia. Consideremos la vida cotidiana. Consideremos la casa esa que están haciendo allá abajo y hagamos construirla a base de votación de la mayoría, hagamos primero que la votación de la mayoría apruebe el plano y luego reunamos a obreros e inquilinos y que todos éstos voten sobre el plan aprobado. ¿Qué proyecto es el acertado? Claro, ustedes se echarán a reír, ustedes dirán que este proyecto es una idiotez. ¡Naturalmente que es una idiotez! ¡Naturalmente que no se puede dejar que los inquilinos ni los trabajadores voten sobre el plano de la casa! Eso lo sabemos todos. Pero, al parecer, es una cosa cargada de razón dejar que voten sobre la construcción, digamos, de un Estado, de un Reich, porque, esto, naturalmente es “mucho más fácil” de entender. Sí, es mucho más fácil gobernar a un pueblo de sesenta y ocho millones de personas.

Vean un ejemplo práctico: La entera evolución del pasado año y la visión del futuro han sido las que me han hecho establecer este plan cuatrienal. ¿Creen ustedes que habría sido posible someter a la discusión de la nación este plan cuatrienal? Inmediatamente les voy a explicar cuál habría sido el resultado. En primer lugar, todos los que actualmente funden hierro con un porcentaje de riqueza del cuarenta y seis y que en el futuro habrán de fundir hierro con un veintinueve por ciento de riqueza, vendrían a decirme: “Eso no puede ser”. ¿Por qué no puede ser?. Ha podido ser miles de años. “Sí, pero no ahora, porque precisamente nuestro hierro tiene una riqueza del cuarenta y seis por ciento”. Yo podría haberles dicho a este respecto: “Dentro de poco ya no lo tendrán, pues el mundo entero se volcará sobre el mercado del hierro” Y entonces me habrían replicado: “No lo creemos”. Y entonces tendría que haberles ofrecido una demostración. ¿Cómo podría habérselo demostrado? Pues tendría que haberles informado de cosas sobre las que precisamente no puedo hablar. Probablemente ello habría dado motivo a una mutua argumentación que no sólo habría asombrado, sino que quizá también habría sido del máximo interés para el mundo que nos rodea. Naturalmente, esta argumentación habría explicado cómo los alemanes fundamentamos las cosas. Entonces habrían acudido otros diciendo: “¡Naturalmente que no podemos hacer esto!” Y también fundándose en razonamientos perfectamente claros, pues no podemos exigir que un fabricante de nitrógeno diga de repente: “Considero más razonable y lógico dar desde ahora el producto un veinte por ciento más barato”. No, no podemos exigir tal cosa. Lo único que se puede hacer es considerarlo necesario desde un punto de vista más elevado y decir entonces: “Tiene que hacerse”. Pero no podemos exigírselo a cada uno, pues cada uno se considera con razón sobrada para exponer sus razonamientos. Y dirá: “A mi entender, eso es una locura; lo considero imposible”. O supongamos el caso de que yo pida a otro que apruebe la fabricación de combustible en Alemania, siendo así que precisamente este hombre se gana la vida comerciando en combustibles. No, no pueden ustedes pedir que este hombre diga: “Creo que es una idea fabulosa que sea Alemania misma la que se fabrique su combustible”. O que un comprador o negociante internacional en caucho vote sobre la construcci6n de fábricas de “buna” en Alemania. Naturalmente que dirá: “Eso es una locura, es completamente imposible”. Y lo dirá de todo corazón, según su leal saber y entender. Y me estoy refiriendo sólo a la flor

y nata de la inteligencia nacional. Pero da la casualidad de que en la nación no tenemos sólo inteligencias privilegiadas; también tenemos gente que no cuenta con tanta inteligencia, tenemos gente modesta, etcétera. ¿Qué dirán éstos? ¿Creen ustedes que el plan cuatrienal habría dado hasta hoy "un" paso siquiera? No se habría hecho nada en absoluto. Pero ya en este invierno tendremos listas las dos primeras fábricas gigantescas de buna con las que podremos cubrir todo nuestro consumo de caucho. El año que viene podremos cubrir con nuestras propias fábricas todo nuestro consumo de gasolina. ¡Esto sólo es posible cuando se "actúa"!

Estos son grandes problemas con los que nos enfrentamos y que han de ser resueltos. Y acaso estos grandes problemas sean los que con mayor claridad nos muestren que es imposible, "por principio", someter a discusión tales cosas. Supongan ustedes que la nación, por intermedio del Ejército, sometiera a los soldados la discusión de un plan de guerra, de un plan de campaña, pues, naturalmente, también sobre esto puede haber opiniones completamente distintas. Pero hay una norma en el Ejército, y es que sólo sea uno quien diga la última palabra, y que este uno sea siempre el entendido y jamás el incompetente. El entendido es el que tiene la última palabra, es "quien" determina. Puede que antes sea discutido y se delibere sobre ello; pero sólo uno toma la última decisión, y ésa es la que vale. Y entonces no se habla más. Si cogiéramos el otro camino, entonces comenzarían las discusiones. Unos cuantos no estarían conformes, y otra parte diría: Bueno, pues entonces hay que someter el asunto a la consideración de la nación; me refiero al caso de los soldados. Así, pues, en las cantinas o en sitios por el estilo se discutiría sobre el plan de campaña, o sobre la adopción de una nueva máscara de gas, o sobre temas similares. ¡Interesantes temas de conversación para los soldados! Ahora bien, me temo que no se sintieran muy felices en tales momentos. Basta con imaginarse a un bravo mozo campesino de Baviera cuando es llamado a filas. Primero resulta muy difícil enseñarle a marcar el paso y formar correctamente. Y encima tiene que decidir sobre un plan de campana.. ¡Sí, pueden ustedes reírse; pero eso es la democracia, en eso se basa precisamente la democracia!

Imagínense ustedes una cosa: Si el plan cuatrienal hubiera tenido que ser realizado en un Estado democrático, empleando medios democráticos y a base de Parlamentos democráticos, ¿qué habría tenido que hacer yo?. Primero, el asunto habría ido a parar a las fracciones parlamentarias, que al instante se habrían preguntado: ¿Cómo podemos poner una zancadilla al Gobierno? ¿Qué podríamos sacar con esto? Entonces habría comenzado la lucha. Los señores diputados -no es que los diputados sean idiotas, pero tampoco genios, según la experiencia del pasado ha demostrado-, así, pues, los señores diputados comenzarían ahora a estudiarlo. Y como, en general, el número de personas menos inteligentes es siempre algo mayor que el de los inteligentes de verdad, el número de los menos inteligentes, es decir, de las personas negativas en principio, habría sido seguramente mayor que el de los inteligentes, o sea de los positivos. Posiblemente la discusión habría dado lugar a una disolución del Parlamento. Y en tal momento es cuando el asunto comenzaría de verdad a entrar en acción. La Prensa escribiría sobre ello y todo sería sometido a la consideración de la nación entera. Pero, ¿qué significa esto de la nación entera? Que el asunto habría sido llevado hasta la última aldea campesina; que la elección de los diputados se efectuaría a base de estar "a favor" del plan cuatrienal o "en contra" del plan cuatrienal. Un plan cuatrienal es una cosa muy seria; probablemente habría costado hasta la disolución de tres Parlamentos. ¿Y quien elige a los diputados? Pues nuestros conciudadanos y conciudadanas. Cuando pienso en una, digamos, una buena muchacha que cuida de las vacas en la Alta Baviera, una muchacha sencilla, honrada, decente, etcétera, teniendo que decidir con su voto el plan cuatrienal.... En tal caso, sólo puedo decirles una cosa: Dios se apiade del pueblo que cometa tal estupidez. ¡una cosa así es únicamente cosa de los judíos! ¡Son los judíos quienes han ideado tal idiotez!

Es verdad que me podrían decir: Usted no tiene derecho a actuar sin consultar al pueblo. ¿Sabe usted? Creo que el pueblo no lo quiere en modo alguno. Pues el pueblo es hoy más feliz en Alemania que en cualquier otra parte del mundo. Únicamente se siente inseguro cuando carece de dirección. Pero en el momento en que cuenta con esa dirección, en ese momento es feliz del todo, pues, sabiendo con exactitud: "eso no lo comprendemos en modo alguno", tienen todos la sensación. "Señor, podemos confiar en nuestra jefatura; ya sabrá como hacerlo bien". Jamás con mayor intensidad que en la guerra he visto que es una estupidez la creencia de que el hombre no quiere por principio tener quien le mande. Hagan ustedes que una compañía tenga que enfrentarse con una situación crítica, y entonces esa compañía no tendrá sino un deseo: Un jefe competente. Y todo el mundo descansará en él. Y cuando el que manda es un hombre como debe serlo, todo un hombre, entonces sus hombres irán detrás de él como uno solo, sin que ninguno pregunte: ¿Por qué no nos piden nuestra opinión? ¡Ni uno solo piensa en ello! Al contrario, no quieren que les pregunten, lo que quieren es un jefe que les dirija y les dé órdenes que obedecer.

Ahora tenemos una capa intelectual que carece por completo de valía, una capa superficial, malformada en su educación, judaizante en parte. Naturalmente, esta capa social dice: "No podemos hacer eso". Poseo la suficiente experiencia con esta gente para saber que no tiene importancia alguna, que cualquier obrero de la calle tiene realmente mil veces más valor, pues éste trabaja y realiza algún cometido útil, en tanto que esa gente no hace más que charlatanear, no haciendo nada en realidad. Cuando uno pone a esta gente en cualquier sitio y les dice: "Bueno, haga usted alguna cosa, déjese ya de hablar y haga algo", entonces se lleva uno los mayores desengaños. Lo he comprobado cientos de veces en la vida real. No son ni serian capaces de llevar la jefatura del más pequeño grupo local; carecerían de toda facultad para ello; lo único que puede hacérseles es ponerles un bozal y decirles: "¡Usted, a callar; déjese de hablar, póngase detrás y en marcha! ¡vamos, adelante!"

Créanme ustedes: La crisis de la época presente sólo se puede dominar con un Estado que disponga de una auténtica jefatura. Al hablar de esto se comprende con toda claridad que el sentido de tal jefatura estriba en el intento de buscar en el pueblo, por un proceso de selección natural, y colocar en los puestos clave del Estado a los hombres aptos para desempeñar tal jefatura. Y ésta es la más hermosa y a mis ojos la más germánica de las democracias. ¿Pues qué otro pensamiento más hermoso puede haber para un pueblo sino tener conciencia de esto: Sin consideración a nacimiento, procedencia o cualquier circunstancia similar, de nuestras filas pueden elevarse los más capaces hasta ocupar los puestos más altos de la nación?. Lo único que necesitan es la capacidad para desempeñar los cometidos. Nos esforzamos en encontrar los hombres más capaces, siéndonos completamente indiferente lo que hayan sido sus padres o sus madres. Si son personas competentes, el camino está abierto para todos. Lo único que han de demostrar entonces es que aceptan con alegría la responsabilidad inherente a su cargo, o sea, han de demostrar que tienen realmente madera para el mando. No vale simplemente con poseer inteligencia, se ha de tener también ánimo para traducirla en hechos. Si a alguno se le coloca en su puesto, también habrá de tener coraje para decir: "Sí, tiene que ser hecho ahora; lo veo". Tendrá que discutirlo con sus hombres, con los responsables, con él, de la puesta en práctica de la idea; pero al fin y a la postre será el quien precisamente responda de su pensamiento y su realización. El ha de adoptar la decisión.

Esta es la forma de democracia más hermosa que existe. A mi modo de ver, es una felicidad para cada hombre y cada mujer, pues ninguno de ambos puede saber en modo alguno a qué estará destinado el hijo nacido de ellos. Sólo pueden saber una cosa: Que llegará a la categoría y desempeñará el cargo inherente a sus méritos. Quizá pueda haber nacido para llegar al lugar más elevado. La situación de los padres no será obstáculo alguno para que el hijo llegue a un puesto de lo más alto. Acaso quede también detenido

en una posición intermedia; pero siempre será empleado en el puesto donde pueda rendir y rinda mayor servicio a la nación. Y no se verá importunado en su trabajo por otros que no están iniciados, que no pueden realizarlo, que no tienen responsabilidad alguna, que no hacen otra cosa que parlotear. Este es el sentido de una tal jefatura.

Y es el Partido el que ha asumido ahora la tarea de formar a esta jefatura. Es su misión la de sacar del pueblo alemán un estrato dirigente capaz políticamente de gobernar a la nación, con dureza, sí, pero también con seguridad en el camino de su existencia. Naturalmente, en la época de lucha en sí implica siempre la selección de los mejores. El valiente, el animoso, el honrado, el idealista son precisamente los que acudieron a formar en las filas del Partido; los restantes permanecieron alejados de él. Y luego, tengo que decirlo, se pelearon también por la responsabilidad, pues en aquella época la responsabilidad era algo todavía arduo. Iba unido a menguas de ingresos, a los negocios, etcétera. ¡Qué jefes más valientes y decididos los de aquella época! Ahora, al mirar hacia el futuro, hemos de intentar seguir, de una forma en cierta manera ideológica, este proceso que antaño fue favorecido naturalmente por la lucha del Movimiento por la conquista del poder. Y hemos de continuar este proceso de una forma ciertamente similar.

Naturalmente que en el futuro no iremos a hacer artificialmente una oposición con el exclusivo objeto de ver quién es valiente o quién sale adelante. Al contrario, no toleraremos oposición alguna. A este respecto, aunque quizá apartándome un poco del tema principal, tengo que hacer una observación: Muchas veces -particularmente los periodistas lo hacen con gusto-, algunos escriben: “Pues sería conveniente tener una oposición”. La oposición la ha de llevar cada uno en su interior, es decir, ha de tener tan gran sentido de la responsabilidad que, cuando adopte una resolución, se pregunte “¿Se debe hacer? ¿No se debe hacer? ¿Es acertado o no? ¿Qué consecuencias tiene?” etcétera, etcétera. Segundo, ha de preguntar a las personas en quienes busca colaboración: “¿Tiene usted algo que exponer al respecto? ¿Cree usted que hay algo equivocado? Dígame su opinión contraria a este asunto”. Nuestra conducta sistemática en este sentido ha de ser que cada uno, cuando sea preguntado, conteste: “Sí, tengo mi opinión y considero que esto está equivocado”. Pero tan pronto como el otro dice: “Bien, ya he oído todas las opiniones y tomado buena nota de ellas; he resuelto que se haga”, entonces todo el mundo deja de formular objeciones inmediatamente y en seguida comenzará a colaborar para la realización del acuerdo tomado. Pero nosotros no podemos tolerar oposición alguna que no sea ésta, pues la oposición no haría sino actuar destructivamente una y otra vez. Ahora bien, con ello nos falta la posibilidad de averiguar de una manera normal, o sea por medio de la lucha quién es el realmente nacido con aptitudes especiales en tal o cual aspecto.

Así, pues, debemos emplear otro procedimiento. El proceso de selección natural para el futuro comienza con nuestra juventud. O sea, que ya juzgamos al muchacho de dos maneras. Uno de los juicios es el del profesor, que dice: “Conoce el abecedario, aprende, se sabe tal y tal cosa de memoria, ha aprendido tal cosa”, etcétera. También puede decir: “El muchacho es totalmente perezoso; por ejemplo, no quiere aprender francés o no estudia las matemáticas”, etcétera, y cosas así. Este es uno de los juicios. Está completamente claro que, naturalmente, no voy a hacer un profesor de francés de un muchacho que da la casualidad de que no quiere en absoluto aprender ese idioma. Eso es algo que se comprende sin necesidad de explicación Sin embargo, no podemos aceptar en modo alguno el juicio que antiguamente emitía el profesor en un caso así: Que, debido a esta causa, el muchacho era un muchacho subnormal, inútil en general para convivir en la sociedad.

Se comprende que el profesor de francés, que todo lo ve a través de su prisma. diga: “Toda mi vida enseñando francés y ahora resulta que este muchacho no quiere aprenderlo. ¿Acaso el muchacho vale para algo?” O que el profesor de matemáticas diga: “Las matemáticas son mi vida, tienen que serlo, pues las enseño cada día. Y mira tú por donde me sale un bala perdida que no quiere aprender matemáticas.

Ese no sirve para la sociedad, ese terminará un día en la cárcel". Sí, todos conocemos tales opiniones, ¿no?

Como he dicho, esto no es para nosotros la valoración única y determinante del muchacho, sino que, de paso, tenemos las Juventudes Hitlerianas, los cadetes. Y en la organización juvenil se dirige la mirada en otro sentido, a saber: La facultad de cada uno para mandar. Y ocurre con mucha frecuencia este caso: Ahí tenemos un muchacho que a lo mejor no es capaz en absoluto de aprender a calcular, pero que es un jefe nato. Ya tiene un pequeño grupo que depende de él. Y en el futuro se te juzgará no únicamente con arreglo a una faceta, sino también teniendo en cuenta la otra. Ahora quisiera decir sólo una cosa: Que cuando alguien pretende ser en el futuro un profesor de matemáticas, naturalmente que sólo al profesor de matemáticas corresponde juzgar en tal asunto y no al jefe de las Juventudes; eso está completamente claro. Pero cuando se trata de formar políticamente al muchacho para dirigir al pueblo, entonces vuelve a quedar atrás el profesor de matemáticas y se coloca más y más en primer término, en cuanto a juzgar la capacidad del muchacho, la Dependencia directiva de la juventud. Así tendremos una visión total de lo que es nuestra juventud. Claro que esto está comenzando ahora, y dentro de diez años se encontrará mejor que en estos momentos. Y con seguridad que ya estará acabado dentro de cien. Sabemos cómo hacerlo, los alemanes lo hacemos todo a fondo, y también esto lo haremos completamente a fondo. Dentro de cien años, estará todo esto completamente claro; ocurrirá como entre los militares, donde se sabe con precisión quien puede mandar un grupo y quién no. Tampoco en el Ejército se pregunta en absoluto si ha estudiado matemáticas uno que se pretende sea suboficial o similar, sino que se pregunta si es capaz de mandar un grupo o si, está en situación de mandar una sección. Se partía de unas suposiciones completamente distintas. Y eso es lo que sucederá en nuestro caso. De la suma total de muchachos que se ve son capaces en el aspecto político, iremos extrayendo individualmente a los que iremos sometiendo a pruebas de gran dureza, la primera y principal de las cuales será la hombría, la hombría personal, pues protesto contra la opinión de que los debiluchos que utilizan paraguas puedan llegar jamás a ser jefes políticos.

Por desgracia, en el Estado democrático, donde la selección se hace de forma completamente inversa, ha llegado a ser cosa corriente decir: El heroísmo es una cosa insensata, una necedad; pues, naturalmente, la democracia se basa en la sobreestimación del individuo aisladamente considerado, y para el individuo aisladamente considerado que se consagra al heroísmo, éste supone, naturalmente, un, digamos, perjuicio. Por ello, la heroicidad, el espíritu de sacrificio o cualquier otra cosa así, y también el sentido de responsabilidad, son a los ojos de la democracia casi un vicio que perjudica al individuo. En la democracia, el conjunto queda relegado a segundo término al comparársele con el individuo Y cuando alguien está manchado por este vicio de la heroicidad, entonces tiene que ser malo, o a lo menos necio. Pues no es ni más ni menos que una necesidad exponerse al peligro para salvar a otro, o a otros, o quizás a todos; esto es una necedad. Por ello, la institución más necia a los ojos de la democracia ha sido siempre el Ejército, pues está compuesto por hombres que han tenido la insensata ocurrencia de dejarse matar en beneficio de los demás. Un demócrata auténtico es siempre pacifista, y un pacifista no hará nunca tal cosa, aunque ciertamente abriga la esperanza de que haya tontos que lo hagan por él. Y por lo tanto, no se verá obligado a tener que hacerlo. Y así se ha ido formando poco a poco la opinión de que los tontos -tiene que haberlos, son los funcionarios de Policía, lo son también los soldados, hombres que, naturalmente, han de atrapar a delincuentes y gente así-, estos tontos, son los obligados a ser héroes, pues precisamente el heroísmo es cosa de tontos y, por lo tanto, son éstos los que se sacrifican por los demás. Ahora bien, el jefe político ha de ser un hombre inteligente, y todo hombre inteligente ha de ser cobarde, pues el hombre inteligente es cobarde, tanto más cuanto más inteligente; y, por lo tanto, el jefe político ha de ser, en lo posible, un cobarde. Además, naturalmente, no se encuentra uno después rodeado de gente extraña. Especialmente entonces es cuando el elemento judío se encuentra a sus anchas.

Hay que acabar de una vez y radicalmente con esta forma de pensar, pues la jefatura política es en todas las épocas la que determina por entero el derrotero de las naciones, es decir, la que decide sobre la forma de vivir y luchar. Y, sobre todo, decide la entrada de un pueblo en la guerra, pues ella es la que da la señal para la guerra. Es insoportable que los que hayan de dar la señal sean unos cobardes, mientras que los otros, los que han de llevarla a la práctica, hayan de ser los valientes; eso es insoportable. Es necesario que la jefatura política esté constituida por hombres valientes, también valerosos físicamente eso es necesario. Y es en este aspecto donde tenemos también la posibilidad de hacer pruebas para el futuro. Podrán decirme: "Pero, escuche, a lo mejor puede que en el futuro sea un jefe político y, sin embargo, no tuvo valor para arrojarse en paracaídas o hacer algo por el estilo". Entonces tendré que decir: " ¡No, no, no, no! ¡No, no!. No tengo nada contra ese hombre; por mí puede ser jefe de una asociación de pasteleros o algo por el estilo, no tengo nada en contra de ello. Pero sólo será jefe político si es valiente".

En la época de lucha, entonces sí que había oportunidad para averiguar esto. Entonces podía yo decir: ¡A la reunión! Ahí fuera hay diez mil comunistas gritando y arrojándole piedras; ahora es cuando puede saltar en paracaídas para caer en medio de la reunión. Pero, por desgracia, ahora no puedo hacer esto; ahora el hombre ha de demostrar de otra manera que es de verdad un hombre, que es valiente, que es decidido, que posee valor; eso es necesario. Solamente por este camino de una selección sistemática, de un llamamiento absoluto a la hombría, lograremos para el futuro una jefatura política que sea realmente dura y que -pueden ustedes estar seguros- será también respetada por la nación. Será especialmente respetada. Toda la nación alemana depositará mayor confianza cada vez en esta jefatura política, pues sabrá que la jefatura política está formada por entero por auténticos hombres. Hombres duros, hombres realmente valientes. Incluso aunque alguno de ellos puede que haga en alguna ocasión una tontería. ¿Quién no ha hecho alguna? Creo haber cometido personalmente la mayoría de las tonterías, pues, naturalmente, hube de hacer yo la mayor parte de las cosas (Ligeras risas). Los hombres que hacen muchas cosas cometerán siempre errores. Pero eso no importa en absoluto. Me serán perdonados al final. Lo decisivo es que detrás de cada resolución haya realmente un hombre de verdad: La nación tendrá entonces una confianza absoluta y seguirá a estos hombres aunque cometan equivocaciones. Cuando es una agrupación compacta y unida la que está detrás del guía, un error supone una ventaja mayor que esas llamadas verdades que ningún cobarde es capaz, sin embargo, de defender.

Hay un principio que ha de ser mantenido por encima de todo en el futuro, un principio que dice: Esta hombría se demuestra con la disciplina y la obediencia. Créanme ustedes si les digo que es una sabia y eterna máxima en el gobierno de los demás. Siempre oirán ustedes preguntar: "Pero, ¿es que no hay limitaciones en tal sentido?" Y tendré que contestar: ¡No! Podemos citar de nuevo los grandes ejemplos que suministra la Historia. ¿Adónde iría a para un Ejército que se rigiera en este aspecto por limitaciones, quizá únicamente debido a que antaño hubiera un Napoleón o a que quizá pudiera nacer otro en el futuro?. Lo primero que tengo que hacer al formar la organización es contar con que dentro de ella no hay tal o tales Napoleones, sino que los Napoleones son los jefes y los demás son los fusileros. Así tiene que ser. Y esto es aplicable desde el primero al último, de arriba a abajo. Caso de que entre la masa se encontrara realmente un genio, ya se hará ostensible alguna vez de una manera completamente normal.

Y el Estado orgánico no necesita tener miedo de los genios: En esto se diferencia de la democracia. Si en la democracia uno fuera "Gauleiter", por ejemplo, habría de tener un miedo cerval de que entre sus inferiores pudiera haber un talento terrible del que tuviera que decir: "Si el hombre continúa así, dentro de poco tiempo se habrá ido todo el mundo con él y entonces me sustituirá. ¡Zas! Ese será el pago de todo el trabajo que he hecho". Así, pues, hay que vigilar para que en la democracia no surjan talentos. Cuando en algún sitio aparece un talento hay que eliminarle con toda rapidez. En tal sitio, a eso se le llama instinto de conservación. Este no es absolutamente el caso en el Estado orgánico, pues se sabe

perfectamente que no se puede eliminar a nadie por mucho talento que se tenga. Al contrario, si pretende eliminar al otro peca contra la disciplina y la obediencia, con lo que demuestra que es apto para mandar. Y esto supone su fin.

Por ello, en el Estado orgánico existen muchas más probabilidades de que surjan talentos. No pueden resultar peligrosos para ningún jefe; al contrario, el jefe se apoya en ellos, se procura así colaboradores clásicos, brillantes. Y de estos colaboradores, sólo podrá pensar en llegar arriba, a ser algo, el que sea a su vez absolutamente leal y obediente, pues sólo así demuestra que él es el único capaz de llegar realmente un día a mandar. ¿Pues adónde iríamos a parar si el que no es capaz de ser leal y prestar obediencia pretendiera pedir más tarde lealtad y obediencia a él? Porque más tarde tendrá que pedirlas; sin ellas no se va a ningún lado. Esas son unas leyes férreas que han de ser observadas a todo trance.

Por principio no existe en el Partido exigencia alguna, eso no existe. ¿Qué quiere decir en el Partido la expresión "exigir"?. Por ejemplo, hace un par de días leí un artículo en un periódico -tendré que llamar al hombre para hablar con él unas brevísimas palabras sobre el asunto-; leí lo siguiente: "Exigimos que haya un distintivo en los establecimientos judíos". Y eso en el "periódico": ¡Exigimos!. Y ahora digo yo: ¿A quién se lo exige? ¿Quién puede ordenar tal medida? Sólo yo. Así, pues, el señor periodista, en nombre de sus lectores, exige que yo lo haga. En primer lugar, mucho antes de que el señor periodista tuviera siquiera sospecha de lo que significaba la cuestión judía, estaba ya yo tratando a fondo esta cuestión; segundo, este problema del distintivo se ha venido estudiando desde hace dos o tres años y, naturalmente, un día será implantado. Para todos nosotros, la meta final de nuestra política está muy clara. En mi caso, lo único que me guía siempre es no dar un paso que después quizá haya que retroceder, ni dar paso alguno que nos perjudique. Sepan ustedes que siempre llego hasta la frontera más extrema de la osadía, pero jamás la traspaso. Sólo es necesario tener olfato para, como quien dice, oler las cosas. ¿Qué puedo hacer todavía? ¿Qué no puedo hacer?. Lo mismo en la lucha contra el enemigo. Yo no me lanzo de repente contra un enemigo retándole con violencia a combatir; yo no digo: " ¡Lucha!", por el hecho de que no quiera luchar, sino que digo: "Te voy a aniquilar". Y ahora, "astucia, ayúdame para que pueda reducirle de manera que él no pueda lanzar el golpe y que sea él quien recibe el golpe en el corazón". ¡Así es!

Pero esto no lo puede decir la masa. Al fin y a la postre, hay que tener fe en que la jefatura que se ha propuesto una meta aspirará también a la realización de sus objetivos. Y entonces hay que observar un principio fundamental: Que todo jefe del Partido, sea el que fuere el puesto que ocupe, ha de exigir de sus inferiores que sean los expertos quienes se ocupen del caso correspondiente. Podría darse el caso, por ejemplo, de que alguien que estime pertinente tal o cual cosa se dirija al departamento competente, o que quizá tramite él personalmente el asunto y diga: "Creemos que acaso sea ahora necesario que esto se lleve a cabo". Entonces le contestarían: "No, todavía no es el momento" Pero está descartado que en este Movimiento se emplee la masa como elemento decisivo, ni siquiera como arma de presión. Nada de eso. Si "resbalásemos aquí una vez", entonces no habría ya detención posible, compañeros. Y ustedes, como "Kreisleiter", no deben tolerarlo en absoluto; eso por sistema. Siempre es uno el responsable, hay uno que decide. Cuando un jefe local o un jefe de barrio tengan una opinión, pueden dirigirse a su jefe inmediato; pero no puede reunir a los hombres de su grupo local, de su barrio, o de su célula, y decir: "Ahora vamos a exigírselo al "Kreisleiter" ". Igualmente tampoco pueden los "Kreisleiter" ir con exigencias a los "Gauleiter", ni un "Gauleiter" con todo su séquito venirme con exigencias a mí.

Estos principios han de ser fundamentales. Resumiendo, en el Movimiento no existe llamamiento alguno a la masa, salvo el de las esferas competentes. Entonces, nuestro llamamiento no se ha de hacer para estimular a la masa a que exija algo, sino para hacer comprensible a la masa alguna realización o prepararla para algo que va a ser realizado. Está perfectamente claro que nosotros deseamos mantener con el pueblo una relación lo más estrecha posible, sabiendo que toda resolución produce únicamente su

máximo impacto cuando tiene detrás de ella la masa más grande posible de la nación, y que, por consiguiente, resulta conveniente formular las decisiones de una forma tan lapidaria que el pueblo las entienda, que el pueblo diga: "Naturalmente, esto tiene que ser; sí, tienen toda la razón al hacerlo; sí, están acertados, que lo hagan; también nosotros lo queremos". Pero, más bien, cuando se adopte una resolución de tal naturaleza, el pueblo tiene que decir: "Hombre, hacía ya mucho tiempo que estábamos barruntando eso tenía necesariamente que ocurrir; gracias a Dios, es lo que tenía que ser".

También hay que estimular a la Prensa a que se someta exactamente a estos mismos principios. Esto es todavía más importante en este campo, pues precisamente el periodista no tiene responsabilidad alguna. Es la profesión menos responsable de todas las de hoy. Escriben, pero sin aceptar responsabilidad alguna. Y si las cosas salen al revés, entonces al día siguiente escriben lo contrario. Esto lo estamos viendo en otros países. Verán ustedes, haré una comparación hablándoles de Francia. Y hablo de Francia porque siempre empleo ejemplos de gran envergadura, que tienen que saltar a la vista, porque cuando se está tan, tan, digamos, tan impertinente en los ejemplos grandes, entonces es cuando uno puede imaginarse cómo se será en lo pequeño.

Vayamos al caso: En 1933 ó 1934 propuse a los jornales; entonces se queja de la elevación de los precios y después acusa al Gobierno de la depreciación de la moneda. franceses un Ejército de trescientos mil hombres. Trescientos mil hombres les digo... No necesito decirles que mi más ardiente esperanza era, naturalmente, la de que mi propuesta no fuera aceptada. Pero en aquella época tenía que andarme con pies de plomo, pasito a pasito, para no aparecer como un culpable delante del mundo entero. Así, pues, hice la propuesta. Y la ¿saben?, escribe en favor de la elevación de los Prensa francesa se precipitó entonces sobre el asunto y empezó a escribir: "Imposible, eso seria una traición, etc. Eso no se puede tomar en consideración en modo alguno". Total, vociferaron lo que quisieron. Quizá en aquel momento es cuando Francia hubiese tenido necesidad de un Gobierno que interviniera enérgicamente. Si yo hubiera estado en aquella época en Francia, habría pensado de esta forma; "'Nosotros tenemos tantos hombres, Alemania tiene tantos; son brutales y decididos; nadie puede saber... Mejor será aceptar la propuesta por lo que pudiera pasar.

Quizá más adelante podamos de nuevo algún día cambiar..." Creo que yo hubiera procedido de forma similar a esta. (Aplausos). Pero no, la Prensa francesa rugió a su gusto, todos los escritores escribieron. No aceptaron. Un año después anunciamos la implantación del servicio militar obligatorio. Y la "misma" Prensa, sí, los "mismos" periódicos, van y escriben ahora: "Fue una auténtica locura no haber aceptado hace año y medio la oferta de los alemanes. Aquel hubiera sido el momento oportuno! ¡Tendría que haber sido aceptada! ¿Por qué el Gobierno...? ¡Exigimos una comisión investigadora!". ¡Escribientes sinvergüenzas, descarados!. Pues, ¿saben ustedes?, esto esta ocurriendo todos los días. Por ejemplo, la Prensa francesa,

Naturalmente, no me comprendan ustedes mal, yo sólo lucho contra tales vicios en Alemania. Por principio, yo deseo la democracia para todos los demás países. Y pueden ustedes tener la seguridad de que si alguna vez, en el futuro, miro con simpatía, tratándose de algún Estado que quizá pudiera colocarse de algún modo enfrente de Alemania, si miro con simpatía -nada de apoyar a nadie, pues tal cosa sería una intromisión- a uno de esos jefes que se dan en llamar revolucionarios, será porque tenga el convencimiento de que tal jefe no llegará nunca al poder ni logrará imponerse jamás. Si estuviera convencido de haber uno que llegara a imponerse, entonces me pondría enteramente de parte del Gobierno democrático y legal. Nosotros tenemos sólo un deseo: El de impedir que en parte alguna se decida antes de tiempo esta crisis en beneficio de la sensatez; sino que nos basta con que los alemanes hayamos resuelto esta crisis y que hoy estemos muy por delante de los otros y esta distancia aumentará naturalmente de año en año. Y espero que esta distancia llegue a ser tan grande que después, digamos, los que defiendan en otras naciones nuestro punto de vista duden de la posibilidad de llevar a término la

tarea al vernos tan por delante y al verse ellos tan atrás.

Creo que es completamente necesario que cuidemos de que la Prensa observe exactamente el mismo rumbo. Como organismo de dirección vivo, el Partido tiene que regirse únicamente por las enseñanzas de la Historia. ¿"Adónde" iríamos a parar si hubiera periódicos militares en los que periodistas que no sean soldados formulen exigencias de carácter militar? ¿Adónde iría a parar la Iglesia si existieran periódicos eclesiásticos en los que los redactores o directores formularan exigencias, siendo así que tales hombres ni siquiera pertenecen a la Iglesia y en modo alguno son adalides de la fe? Por lo que se refiere a la Iglesia ¡qué más quisiera yo sino que ocurriera esto! (agitación y risas); pero con seguridad que no es el caso, que tal cosa no ocurre. En una evolución milenaria han aprendido lo que puede ser y lo que no debe ser, lo que es imposible. Y nosotros tenemos que aprender también de esta Historia milenaria, tenemos que estar decididos a amonestar a los pecadores tan pronto han cometido la falta, a hacerles ver la imposibilidad de su proceder. Y en caso necesario, a eliminarlos inmediatamente.

Bueno, quisiera una vez más resumir lo dicho. Entre nosotros, el primer mandamiento ha de ser siempre: Ante todo, pensar. Y han de ser los entendidos los que piensen; ellos no pueden decir: Dejemos que la masa piense por nosotros. No, el honor y el privilegio de los jefes de una nación, sea cualquiera el puesto que desempeñen, es precisamente que "ellos" son los que han de pensar. Después, se deliberará en las esferas correspondientes, y a continuación habrá que actuar. Ahora bien, estimo imposible que se comunique al pueblo cualquier problema mientras está en fase de deliberación, o sea cuando está tomando forma. Nuestra fuerza ha radicado siempre en que, cuando se ha dado algo al público, ya estaba todo previamente aclarado en sí. Pueden ustedes estar seguros de que, cuando hace un par de meses, el 30 de Enero, se dio la noticia de que Berlín va a ser ensanchado, esta comunicación iba ya precedida de un trabajo de dos años y medio. El proyecto está ya terminado y se encuentra en marcha la más grande de las realizaciones. Al decir que Hamburgo va a ser ensanchado, puedo decirles que se está edificando ya, que ya están siendo preparados los pilares del puente más grande del mundo, cuya construcción se ha comenzado ya. No se pueden hacer las cosas dando a conocer primero el problema, discutiéndolo después y decidiendo posteriormente si se lleva o no a la práctica. Tiene que estar aclarado ya cuando llega a conocimiento de la masa. Y esto tiene que ser así hasta en las esferas más pequeñas.

Y a este respecto quisiera mencionar algo completamente muy especial, a saber: Es necesario que todos los que dirigen posean una cierta tranquilidad interna, que tengan nervios firmes, que no sean exaltados -ello no tiene nada que ver con la energía-, que, sobre todas las cosas, no se lo tomen todo por lo trágico de buenas a primeras. Lo que quiero decir con esto es que hay miles de cosas que se toman por lo trágico y que en absoluto resultan trágicas en la vida práctica. Cuando estas cuestiones se contemplan desde una atalaya muy elevada, tiene uno que comprobar una y otra vez: Señor, pero si eso no es importante, si eso se resuelve por sí solo! Hay gente que me dice: "Bueno, ¿sabe usted? Si al jefe se le dice todo por escrito, parte de ello llegará a realizarse realmente". Bueno, si se llevara a efecto todo lo que se me escribe, ¿creen ustedes que las cosas irían mejor? Todo andaría de cabeza. Cuando un hombre disputa con otro en el Ejército, o tiene algún motivo de queja, ha de esperar veinticuatro horas, o al menos así tenía que hacerlo -pues creo que actualmente incluso se ha alargado el plazo-, para presentar la queja, pues se estimaba que las cosas adquirían un aspecto totalmente distinto después de transcurridas veinticuatro horas. Pero esto son trivialidades. Cuando se trata de cosas grandes, entonces hay que consultarlas con la almohada tres semanas o tres meses, o incluso seis meses. Así, cuando vienen a verme jefes, por ejemplo, con asuntos que no tienen entre sí ninguna relación, he de suponer que no lo han consultado adecuadamente con la almohada. Y por lo tanto, habrán de permitirme que entonces yo subsane tal omisión y que sea yo quien lo consulte adecuadamente con la almohada. Ello se debe a que yo no quisiera caer en el mismo error, sino que me tomo siempre el tiempo necesario cuando me llega algo de alguien que sé que lo ha escrito con tremendo apasionamiento en un momento de máxima excitación. Lo

cojo, lo pongo a un lado y después digo: “Querido Brückner, vuelva a presentármelo dentro de dos meses; volveré a examinarlo dentro de dos meses, antes no”. Por lo general, al cabo de dos meses el asunto ha cambiado por completo de cariz. Al cabo de dos meses veo de repente que ambos caballeros pasean cogidos del brazo.. Y así, sin más, el caso queda resuelto.

Yo les suplicaría que actuaran ustedes sistemáticamente de esta manera. Hay que tener un temple de acero. Nueve asuntos de cada diez se solucionan de la misma manera: Precisamente dejándolos correr. Se solucionan solos. Lo decisivo es lo que verdaderamente vale en lo fundamental. Es decir, que cuando se peca en algún sitio o de alguna forma contra lo fundamental, hay que proceder con la mayor energía. Si unos caballeros se lanzan a la cara unas cuantas observaciones desagradables, si se pelean por alguna cosa concreta, esto me tiene completamente sin cuidado Y en general me tiene sin cuidado el hecho de que alguien pueda cometer una falta. Pero no cuando alguien atenta contra la disciplina, atenta contra una cosa fundamental. Y, en ocasiones, eso le puede costar el cargo, la posición y todo lo que tenga. Siempre procederé en tal caso. Hay que ser duro en este aspecto, aunque ciertamente he de rogar que cuando se valore a un hombre no se ha de echar en el platillo únicamente lo negativo, sino también lo positivo, y que hay que ser ante todo increíblemente generoso en lo tocante a la condición humana. Cuanto más generoso sea el jefe, cuanto más humano, desde lo mínimo hasta lo máximo, tanto mas fácil le resultará el trato con los inferiores a él confiados. Podrá comprobar entonces que muchas cosas no tienen la intención que parece, que se hablan muchas cosas que después se piensan de otra manera, etc. No siempre son tan malas las cosas. Y, sobre todo, al valorar a un hombre hay que echar siempre en el platillo de la balanza la parte positiva derivada de sus actuaciones. Hay que tener también en cuenta las circunstancias, porque con frecuencia se escapan palabras sin pensar; hay que considerar las condiciones en que se ha realizado la acción, cómo ha ocurrido, etc. Y entonces se llega con frecuencia a una valoración distinta. Sólo cuando alguien intenta minar los principios de la disciplina, es decir, cuando, por ejemplo, intenta llevar a cabo una especie de exigencia de aire democrático, entonces hay que decirle: “¡Alto! Termine usted enseguida, pues de lo contrario sale usted volando “instantáneamente”. Si esto no es suficiente, márchese volando a otra parte cualquiera”.

En relación con esto hay una cosa particularmente importante. Y lo dice un jefe político con experiencia de la vida: ¡Jamás se ha de consignar por escrito, nunca, todo lo que pueda ser solucionado con la palabra!. Siempre siento miedo cuando viene a verme un caballero diciendo: “Tengo que formular una queja, he recibido esta carta”. En la mayoría de los casos él ha escrito también una carta, pues la correspondencia epistolar es de carácter reciproco. Y he observado siempre una cosa: Lo que jamás ocurriría de palabra cuando dos hombres pretendieran enfrentarse, ocurre con suma facilidad por medio de las cartas. Pasean por el despacho con aires de importancia, dicen a la taquimecanógrafa que se siente y comienzan a mostrarse enérgicos. Además, así se queda muy bien.

Y una nueva frase y una nueva provocación, mientras calculan ya el berrinche que se llevará el otro. Al otro, ciertamente, se le subirá la sangre a la cabeza, se sentará inmediatamente a la mesa, llamará a su taquimecanógrafa, que, como es lógico se habrá enterado, pues la entrada.... Y no hace falta decir que está obligado, aunque no sea más que por decencia..., a no ceder y a responder exactamente con la misma energía. Señores lo que ocurrirá al final -ya que no pueden escaparse de este mundo, no pueden irse de él- es que quizá se encuentren un día delante de la UschIA, o quizás en cualquier otro sitio. Y se darán explicaciones uno al otro. Quizá delante de mí. Pero les habría resultado más sencillo haberse dado antes estas explicaciones. Estamos viviendo en la era moderna, en la época de las comunicaciones técnicas, del teléfono.

Pero no para pasar el rato hablando por teléfono, sino para concertar citas a través de él. Si los dos caballeros se reunieran, la mayoría de los conflictos no llegarían a producirse. Hablarían entonces de manera completamente distinta al darse cuenta repentinamente de una cosa: ¡Pero si los dos somos

antiguos combatientes, si todo esto es ridículo, si sólo se trata de diferencias de opinión! Señor, cuando no se llega a un acuerdo en cuanto a diferencias de opinión, pues entonces se puede siempre decir: "Bueno, amigo mío, yo tengo otra opinión. Consultaremos a nuestros superiores y que sean ellos quienes decidan. A mí me es completamente indiferente, pero mi opinión en este sentido es otra". Y entonces el superior inmediato ha de adoptar precisamente la resolución. Pero tampoco esto tiene importancia, esto es cosa que puede ocurrir miles de veces.

Esto es aplicable también, sépanlo ustedes, a toda la jefatura nacional en sí. Se escribe demasiado. Se comienza escribiendo cartas de amor y se termina redactando cartas políticas.. Siempre hay algo lesivo en tales asuntos y es mucho mejor que las cosas se solucionen de manera directa, cara a cara, hablando como se debe. Por lo general, se encuentra entonces un camino mucho más fácil. No hay que andar con tantos escritos; hablando, hay mucha más posibilidad de aclarar un asunto, de eliminar obstáculos, etc. Además, se conocen mucho mejor las razones del contrario. Si yo hubiera tenido que escribir todo lo que he hablado durante mi vida... ¡Oh Dios mío, qué no habría tenido que escribir! Y también es una completa equivocación cuando se oye decir: "Tengo que escribir tal cosa, así quedará fijada para siempre".

Créanme ustedes, llevamos ya cuatro años en Berlín; seguramente llegará el momento en que resulte muy interesante, desde el punto de vista histórico, que yo hubiera hecho consignar en acta cada una de mis entrevistas y conversaciones. También se podría decir que yo debería haberlo hecho para establecer de una manera concreta quién hizo tal y tal cosa, etc. Pero no es eso lo que importa. Lo decisivo es que las cosas se hagan bien. Todo nos será cargado en la cuenta común. Si gobernamos con acierto a la nación, nos será sentado en cuenta. Al final se dirá: "Esto es lo que el Nacionalsocialismo ha hecho de Alemania". Cada fábrica que eche humo -la forma en que se ha conseguido que eche humo no tiene importancia después, lo decisivo es que lo eche, que se trabaje en ella- se reflejará más adelante en el haber de nuestra cuenta común. Ese ha sido el resultado del Nacionalsocialismo, que ha aportado a Alemania este cambio hacia la razón.

Considero, además, necesario que los jefes del Partido procuren en todo momento establecer con el pueblo una relación viva, la más viva de las uniones. No porque necesiten de tal enlace para adoptar decisiones o para imponerlas, sino porque es necesario poseer un conocimiento profundo del alma popular, de sus necesidades, etc. Y eso es lo maravilloso en nuestra organización: Que, gracias a sus ramificaciones, puede penetrar hasta en el último taller y la última vivienda: Que, mediante esta ramificación, ha creado, diría yo, un torrente circulatorio por cuyas miles de arterias fluye continuamente sangre viva hacia arriba y, con ella, también conocimiento hacia arriba. Y, recíprocamente, hacia abajo fluye energía, decisión y fuerza de voluntad y, sobre todo, comprensión. Nunca se puede cuidar lo bastante la unión con el pueblo modesto. A menudo lamento no estar ya, como antes, en situación de viajar sin descanso por toda Alemania, especialmente también en coche; pero ya no llego a tiempo a parte alguna. No es posible en modo alguno explicar lo que aprendí en los millones de kilómetros que hice atravesando Alemania de Norte a Sur y de Este a Oeste durante aquellos largos años.

Otra cosa que considero necesaria, particularmente en una organización que crece ininterrumpidamente, que cada día es mayor, es que los jefes del Partido vuelvan de vez en cuando al pueblo. Y tenemos la intención también de establecer que los jefes integrantes de nuestro, diría yo, Estado Mayor -sistemáticamente y más tarde, con seguridad, por un tiempo más largo- vuelvan a ser destinados -ahora ya en algunos campo- a prestar servicio. Es decir, mandados de nuevo a una fábrica, a un campo de labranza, a un astillero o a cualquier otro sitio con el fin de vivir por entero en el ambiente de la gente humilde. Han de volver a verlo y oírlo todo, a vivirlo de nuevo, para conocer el alma del pueblo y poder dominarla otra vez. No tenemos que capitular delante del alma del pueblo; pero tenemos que conocerla "a la perfección", ha de ser para nosotros un instrumento del que poder arrancar melodías. En cuanto a la

propaganda, no hemos de dar un sólo paso que pudiera ser interpretado erróneamente en el exterior; eso es necesario.

Tampoco debemos olvidar una cosa: Constituimos un círculo, somos una comunidad. Y significaría un gran peligro que en esta comunidad, que naturalmente tiene pensamientos y experiencias, etc., comunes; sería un gran peligro que en esta comunidad no entrase nada procedente del exterior, quisiera decir. No debe salir nada de ella, nada que sea decisivo; pero tiene que poder absorberlo todo. Y del exterior ha de conocer todo lo que ocurre en realidad, ha de tener conocimiento de la que es el alma popular. No quiero decir con esto que resulte más conveniente, cuando uno haya de tomar una resolución importante, meterse dentro del campo oportuno para llegar allí a la solución por medio de la discusión. Pero si resulta conveniente que el jefe abandone las alturas, pues ha de estar en posesión de la grandeza para adoptar después decisiones, tanto en lo pequeño como en lo muy grande.

También es importante otra cosa: "jamás" deberá el Partido descuidar la disposición de sus hombres a asumir la responsabilidad, y no sólo en un puesto, sino a través de la nación entera; pues solamente por medio de la disposición a asumir la responsabilidad se puede establecer en qué medidas las personas son realmente aptas para ejercer un cargo de dirección elevado. Somos una organización joven. La carga del Estado es muy pesada en este aspecto, tengo que manifestarlo expresamente, pues el Estado tiende en general a la centralización, es decir, a reglamentarlo todo de arriba a abajo. Ya he introducido muchas mejoras en tal sentido, pero todavía queda infinitamente mucho por hacer. Comienza con nuestra legislación. Hacemos leyes; pero, en realidad, buena parte de nuestras leyes son actualmente disposiciones para la ejecución de las mismas que no tienen en absoluto nada que ver con la ley. Ahora bien, se han mejorado muchas cosas y otras se irán mejorando en el transcurso de los años. Resulta muy difícil lograr que nuestra burocracia, particularmente la alta burocracia, se adapte a nuestro nuevo mundo de pensamientos. Antes, habían aprendido que cuando se hace una ley, esta ley ha de tener en consideración todo lo habido y por haber. Y antes, sobre todo antes de nosotros, mostraban todo su orgullo cuando podían decir: La nueva ley tiene dos mil seiscientos cuarenta y un artículos. Hubiera sido mucho mejor que sólo hubiese tenido seis artículos, y el resto hubieran sido disposiciones complementarias. Pero es que en aquella época teníamos el Parlamento, y el Parlamento quería también meter baza en la legislación, pues de otra forma no tendría voz ni voto en la ejecución de la ley. Por consiguiente, la ejecución tenía que estar contenida en la ley para, de esta forma, establecer ya también las disposiciones complementarias.

Es imprescindiblemente necesario que vayamos poco a poco abrumando a todos y cada uno con el peso de la responsabilidad. A veces vienen a verme personas que me dicen: "Tengo tanto trabajo que no sé por dónde empezar". Por principio, esto no debe ocurrir; este hombre ha de descargarse siempre de una parte de su responsabilidad para traspasarla a los demás. No se ha de ser tan egoísta ni mezquino como para querer asumir uno solo toda la responsabilidad. Basta con que asuma la importante. Así, pues, dirá a los demás: "Bueno, he dispuesto que se haga así. Ahora, haga usted esto, y usted haga esto, y usted esto"'. Todos los que son realmente hombres disfrutan asumiendo una responsabilidad y a los alemanes les agrada estar siempre haciendo alguna cosa.

Créanme ustedes si les digo que todo el secreto de los logros de nuestro Partido radica, puedo decirlo ya, en que siempre me he descargado de mucha parte de responsabilidad. Entre nosotros, un "Gauleiter" es también un hombre, tiene una responsabilidad. Y tengo en el Partido muchos jefes con una responsabilidad enorme. Hay quien se figura que estos jefes han de presentarse a mí todas las semanas; que el director de la "Editorial Central", tendría que presentarse a mí por lo menos una vez cada semana... Pero yo no soy un presidente de consejo administrativo. A mí me basta con que, durante el año, se me informe en general una o dos veces de cómo marcha el asunto. Si fuera mal, ya acudiría de todas maneras, eso lo sé a conciencia. Y además, el hombre ha de tener una responsabilidad. Tiene que ser al

fin y al cabo un hombre también: Y no sentirá placer alguno si... ¿Cómo voy, en definitiva, a contar realmente con hombres si no asumen responsabilidades...? Si yo dijera: "Señor, tiene usted que presentarse a mí todos los días a las diez menos cuarto de la mañana para la firma. Seré yo quien firme todo. Usted me expone todos los asuntos, etc." ¿Qué les parece? ¡Yo no estoy en modo alguno para eso! O si, por ejemplo, ordenara que se me presentara todos los días el director del Frente del Trabajo y le dijera. "Me tiene usted que informar todos los días con todo detalle..." Hay cosas que de todos modos las decido yo; eso está precisado. Además, en el pueblo alemán hay también tanto sentido de responsabilidad por el lado contrario, que de todos modos cada uno viene y dice: "¡Alto! Esto va ya demasiado lejos: Esto tiene que decidirlo otro". Y hay cosas de las que el hombre tiene que responder; eso es imprescindible. Si no se "atreve" por no tener confianza en sí mismo, entonces lo siento por él; pero es que no sirve.

Esto hay que observarlo desde arriba hasta abajo. Además, resulta muy beneficioso para los nervios. Por ejemplo, este año están ocurriendo muchas cosas; tengo que hacerme otra cura de nervios. Durante el año pasado, durante los años anteriores, he tenido que hacer tantas cosas ilegales y contrarias a la Sociedad de Naciones (ligeras risas), que no es de extrañar que tenga ahora los nervios un poco desquiciados.. Esto está completamente claro. Preocupaciones, preocupaciones, espantosas preocupaciones; todo ello, realmente, una espantosa carga de preocupaciones. Pero ahora voy a transferir a los demás muchas de mis preocupaciones; tengo que cuidar de mis nervios. Y lo que me ocurre a mí les ocurre exactamente igual a los caballeros que me rodean. Hay muchos que se destrozan los nervios únicamente por hacer demasiadas cosas que no tienen por qué hacerlas ellos. Que se las confíen a otros, y entonces no tendrán ya de qué preocuparse. Si uno de estos hombres dijera: "¡Pero es que no puedo confiárselo a otro!", es que entonces no se ha rodeado de los colaboradores idóneos. Tenemos en nuestra nación mucha gente deseosa de asumir alguna responsabilidad. Estos hombres experimentan una gran alegría, resucitan cuando se les encarga alguna cosa y se les dice: "A ver cómo hace esto. Dentro de un año a más tardar vuelva usted a decirme cómo anda el asunto". Estos hombres son mucho más felices que si se les dice cada día; "Ya ha vuelto a hacer usted otra cosa sin haber consultado en absoluto". Si yo procediera así, no podría confiar a nadie misión alguna.

Realmente hay que examinar con todo detenimiento qué es lo que se ha de guardar para uno mismo, lo que necesita de una última decisión, y lo que se puede confiar a los demás. Y entonces hay que ser generoso con éstos, hay que dejarles gozar de una posición en cierto modo soberana. Es una cosa comprensible, compañeros, que esto no puede realizarse de la noche a la mañana. El camino histórico, el naturalmente necesario al principio, es en general el de lograr, por medio de una cierta centralización, el desarrollo de una misma forma de pensar, de conseguir una uniformidad de opiniones. Hay cosas que, en general, se han de hacer de una forma completamente unitaria, cual es, por ejemplo, el adoctrinamiento, que ha de ser dirigido de una manera absolutamente unitaria. Sólo cuando las personas han sido formadas a base de una instrucción de carácter completamente unitario, pueden asumir responsabilidades; es decir, entonces pondrán en práctica lo que han aprendido. Ello hace que siempre haya al principio un cierto periodo de centralización; luego se ha de pasar a la descentralización, para disponer de hombres con ánimo de asumir responsabilidades. Estos hombres han de disponer de su propio campo de acción, y poder trabajar en él a su completa satisfacción.

Por lo tanto, no se ha de reglamentar por sistema todo lo que se "pueda" reglamentar, sino únicamente lo que se "tiene que" reglamentar. Este es un axioma que "ustedes" tienen que hacer también suyo. Hay que dejar sitio a la vida. Las cosas que no tienen que ser reglamentadas hay que dejarlas correr; ya se ajustarán por sí solas. Hay gente que dice: "¿Sabe usted? Este es un departamento cuya misión es averiguar todo lo que pueda ocurrir en los garajes. Recibimos informes de toda Alemania. O sea, lo mismo robos con fractura, que incendios, que colisiones dentro de los garajes, etc., etc. Por consiguiente,

tenemos ahora que dictar disposiciones muy detalladas en lo referente a construcción de garajes. Como se ha robado en determinados garajes, de ahora en adelante no deberá haber tal y tal cosa en los garajes. Como en algún garaje han chocado un par de vehículos al salir, de ahora en adelante tendrá que haber tal y tal cosa en todos los garajes. Como en un garaje ha estallado en alguna ocasión un bidón de gasolina, de ahora en adelante en los garajes... Si en algún garaje se ha declarado un incendio, por ello en los garajes... ¡Y así surge una "lombriz solitaria" de disposiciones que no tienen fin!. Y nosotros hacemos estas cosas a la perfección. Cuando a los alemanes les da por inclinarse al lado insensato, lo hacen también a fondo, ¡pero que muy a fondo!. Hoy es imposible construir en cualquier parte un garaje sin licencia. Por ejemplo, tenemos que, en una casa, el garaje está un poco bajo y los coches tienen que bajar. Un día llueve a cántaros, se atasca el sifón de depósito, se remansa el agua y tienen que ser avisados los bomberos para extraer el agua acumulada en el garaje. Y entonces: Disposición del Ayuntamiento de Munich: En lo sucesivo no se edificará garaje alguno donde haya que bajar a nivel inferior al de la calle. ¡Una completa insensatez!. Un locura. Y menciono sólo ejemplos aislados de adónde puede llevar esta reglamentación por la reglamentación en sí. Esto es para volverse loco.

Quisiera decir que, de hecho, hemos de permitir en este aspecto una cierta esfera de acción al criterio individual. Lo que no tiene que ser hecho, no debe ser hecho. Y no hay por qué molestar innecesariamente a nadie. La gente tiene también derecho a su libertad. Jamás diré: Por regla general, hay que privar a todo el mundo de cada hora que tenga libre. ¡No, no y no!. Le quito únicamente el tiempo que considero necesario para llevar a la gente a que piense y actúe, etc., de la misma manera. Por lo demás, me satisface ver que la gente no esté sobrecargada; que gocen de libertad.

Esto, compañeros, lleva poco a poco a una cierta seguridad en sí mismo, y esto es lo que una jefatura política ha de poseer desde el primero al último, una absoluta seguridad en sí misma. Sé que esto tendrá importancia especial en el futuro, pues los jefes veteranos, los procedentes de la época de lucha, ésos están totalmente seguros de sí, han alcanzado y conquistado su puesto; sí, su seguridad es absoluta. Pero éste será un cometido importante en el futuro, y todos ustedes, como educadores, han de lograr que cada jefe, sea cualquiera el puesto que desempeñe dentro del Partido, adquiera seguridad en sí mismo. Tiene que estar seguro de sí mismo, tener confianza en sí mismo. Ha de tener este convencimiento: Lo que hago, es que puedo hacerlo; y lo que puedo hacer, lo hago. Y no habrá cosa que me haga perder la calma sobre el particular.

Ahora bien, tal jefatura ha de saber igualmente ser la primera en los restantes órdenes de la vida. Nosotros hemos pasado por una época de lucha muy dura y, naturalmente, nos hemos vuelto un poco ásperos; es una cosa totalmente comprensible. Teníamos muy malos enemigos y había que hacerles frente. Por lo tanto, las palabras, el tono de ellas y el porte nuestro no fue siempre, digamos, a propósito para salones elegantes. Me imagino perfectamente que, por ejemplo, en los años 1920, 21, 22, 25 ó 26, muchos ciudadanos en si muy decentes se estremecieran de tal modo al entrar en una de nuestras reuniones, que hubieran de decirse: "Sí, claro que me gustaría a rabiar; pero no puedo". Eso lo sabemos todos, ¿no es verdad?. Por lo demás, en aquélla época dábamos valor a tales procedimientos porque precisamente no queríamos destacar por la elegancia de nuestros nobles modales; al contrario, queríamos conquistar la confianza de las masas, existiendo, como existía, un cierto ambiente favorable. Pero aquella época pasó.

El pueblo alemán entero se viste hoy con mucha elegancia. Si pasan ustedes por cualquier ciudad en domingo, verán a los muchachos que andan acicalados y a las muchachas vestidas con gran pulcritud, etc. El pueblo alemán ha vuelto a sentir la alegría de vivir Y nosotros tenemos precisamente un hombre para ello, para esa alegría... Ahora bien, naturalmente que la jefatura política ha de ser al mismo tiempo, digamos, una clase modelo también en cuanto a costumbres. Eso es imprescindiblemente necesario. Sé perfectamente que a muchos no les resultará fácil cambiar ahora de modales para incorporarse a la vida

actual. Pero no tiene otro remedio que ser así. Y particularmente a los que van creciendo ha de enseñárseles que los buenos modales no tienen por qué estar reñidos en absoluto con la energía ni con la decisión. Nuestra intención es la de educar en este aspecto al pueblo alemán. Particularmente, también en lo que afecta a los buenos modales para con las mujeres.

Oigo muchas veces que todavía existe la opinión de que la cortesía para con las damas es una especie de debilidad. Nada en absoluto. Vean ustedes: En toda mi vida política no me he dejado influir lo más mínimo por ninguna mujer, ¡pero que ni lo mas mínimo!. Pero, en otros terrenos, naturalmente que vamos a conceder a la mujer el derecho que tiene, claro que sí. Y además, las respetaremos y las trataremos con toda la cortesía que se merecen. Hemos de educar en este sentido a la juventud. Ello no significa en modo alguno debilidad; al contrario, hemos hecho una separación bien delimitada. No tenemos "Kreisleiter" femeninos, ¿verdad?, ni cosa que se le parezca. Todo esto está ya decidido así como así. Tampoco espero, hablando en sentido figurado, que esto llegue a darse en el Partido, que tengamos una cosa así. Al contrario, creo que se correrá tanto menos riesgo de ello, cuanto más -bueno, digámoslo, utilicemos la vieja expresión- cuanto más galantes sean los señores de la Creación para con las perlas de la Creación. Cuanto más corteses y educados sean los jóvenes con las mujeres, tanto mayor será el derecho de que gocen en todos los asuntos masculinos, el derecho de ser hombres y absolutamente hombres. Y, sobre todo, así apartamos a las mujeres de todos los asuntos masculinos. En lo más profundo de su ser, toda mujer siente el deseo, la necesidad de agradar al hombre, y nosotros no vamos a hacer que sientan repulsión.

He luchado siempre contra la forma de vestir demasiado puritana de las muchachas de nuestra Sección Femenina, etcétera. Siempre he sostenido la opinión de que no hemos de hacer repulsivas a nuestras mujeres, sino atractivas. Han de dar la impresión de que están "sanas"; pero no deben dar la impresión de ser, digamos, demasiado primitivas. En el vestir, no hay que retroceder de pronto a la Edad de Piedra; hay que mantenerse precisamente en la época en que vivimos. Mi opinión es que, si se ha de confeccionar un abrigo, también este abrigo se puede hacer elegante, que no por ello va a resultar más caro. Y una blusa puede tener también un corte bonito. ¿Por qué una muchacha que le guste ir bien vestida ha de encontrar en mí dificultades para que...?. ¿Es que realmente hay algo repugnante en el hecho de que se vista para aparecer bonita? Para ser sinceros, hemos de decir que a todos nos agrada verlas bonitas. Y creo que, precisamente por tratar a la mujer con delicadeza, la llevamos de antemano así a su esfera más natural; así las llevamos al terreno que les corresponde. Al fin y al cabo, su misión no consiste sólo en "embellecernos" la existencia, sino que llegará el día en que traigan también al mundo niños hermosos, con lo que serán la promesa más segura de que mañana tengamos un pueblo sano.

Y los niños, desde luego que no se afeminarán. Los chicos, ténganlo en cuenta, se largan de todos modos, llega un momento en que se largan de casa. Y luego ingresan en nuestras agrupaciones de cadetes, que se preocupan de que los muchachos se conviertan en jóvenes enteros y verdaderos, como debe ser. Y en cuanto a las chicas, ellas tienen que seguir siendo precisamente chicas. No pretendemos que se aproximen mutuamente ambos sexos a base de equipararlos, sino que pretendemos que tal acercamiento se lleve a cabo a base de una estimación mutua. Queremos para las chicas unos muchachos irreprochables, fuertes, crecidos sin tacha, valientes; y para los muchachos queremos unas chicas fabulosamente hermosas... bueno, y todo lo demás. Eso es lo que pretendemos. Creo que también aquí el Movimiento ha de ser el que dirija cada vez más. Y tampoco debe dejarse disuadir en tal sentido por quienes, a lo mejor invocando la moral, se ponen en contra de una tal alegría de vivir sana y natural. Lo que son estas gentes y lo que hay detrás de esa moral, lo están viendo ustedes en los procesos que, tras largas luchas interiores, pero acuciado por el afán de justicia, he ordenado incoar. Precisamente es eso lo que no queremos, sino que pretendemos forjar una nación sana hasta la médula, de hombres firmes y mujeres absolutamente femeninas. Esa es nuestra meta.

Y esto lleva inherente otra cosa: Que de esta forma somos los representantes de un estilo de vida realmente sano y, por consiguiente, también de una sana cultura física y moral. Nos estamos esforzando por conseguirlo y avanzamos de manera ejemplar en todos los sectores. ¿Saben ustedes? No podemos imaginarnos en modo alguno cómo sería nuestro pueblo si muchas, muchas décadas antes de nosotros no hubiera existido ya la educación militar. No hay duda alguna de que la educación militar ha inculcado un cierto hábito de limpieza en el muchacho. Hay cierta época en que todo joven -creo que es debido al atavismo, al retroceso atávico..., así como así, bueno, al tiempo de la época de las cavernas, etc, al pasado- en que todo joven es un poco sucio. El muchacho no se lava. A lo sumo cuando llega a cierta edad y tiene interés en causar impresión o despertar el interés de alguien, entonces es cuando quizá comienza a cambiar algo. Así, pues, hay cierta época en que los jóvenes son bastante descuidados en su aseo personal. Y ahí es donde el Ejército ha dado un resultado maravilloso. Poco a poco ha ido acostumbrando al joven a que se lave todos los días, a lavarse todo el cuerpo de cintura para arriba, a mantenerse limpio, a lavarse los dientes, a cortarse el pelo. Estoy convencido de que nuestro pueblo andaría por ahí como una comunidad de apóstoles si el Ejército no le hubiera metido en el cuerpo la costumbre de la limpieza.

Sí, ¿saben ustedes?, en otros países -no digan esto por ahí fuera, pero está Inglaterra, por ejemplo- el grueso de la masa no es tan limpia como nosotros, los alemanes. Esto tenemos que agradecérselo a nuestra educación. Y seguimos adelante por todas partes en este aspecto; por ejemplo, ahí está la construcción de nuevos buques para la "Fuerza por la Alegría"; por todas partes se está extendiendo la preocupación por la limpieza, etc. Nuestra intención es la de educar a todo el pueblo alemán con estilo. Pretendemos hacer de él un pueblo cada día más ordenado, más ejemplar, más correcto. Y para ello pretendemos introducir un nuevo estilo de vida.

Y en este particular no vayamos a figurarnos que el estilo de vida consiste en andar viniendo cada día con innovaciones y novedades en todos los campos. Lo primero es encontrar una plataforma. Después hay que continuar en ella, pues, de lo contrario no se logra ningún estilo de vida. Tampoco puede ser que en el campo del arte lleguen payasos diciendo: "Tengo una idea; veré que esta nueva idea..." A ése le diría yo: "¡So asno! ¡Ideas nuevas! ¿Qué sabrá usted de las ideas nuevas que ha habido ya en este mundo? Bien pequeña es la cantidad de personas que han tenido ideas realmente nuevas. Lo que tiene que hacer usted es regirse por las ideas existentes". En resumidas cuentas, mostrémonos contentos de tener bases que merecen la pena de que se las generalice. Únicamente de esta forma forjaremos un estilo de vida, un estilo cultural, un estilo artístico, es decir, una lenta y gradual legislación sobre esta vida y sobre las formas de vida que necesitamos como pueblo; exactamente en la misma forma en que utilizamos un lenguaje y no vamos por ahí todos interpretando sueños así como así..., ni diciendo como un dadaista: "He hecho un nuevo invento, tata, toto, o cualquier cosa por el estilo". También en este campo nos servimos de un idioma que hemos recibido en herencia. No todos se sirven igualmente bien de este idioma, en cuyo aspecto se puede aprender muchísimo. Es necesaria una mejora gigantesca. No es que con esto hable en favor del club actual de refinamiento de la lengua, pues leo muchas veces a fondo los periódicos y siempre tengo la impresión de que es más mala en ellos..., la lengua que se habla, el más malo de los alemanes. No, lo que nosotros únicamente queremos es que el pueblo alemán tenga en lo cultural un estilo concreto y correcto.

Y ahora quisiera añadir algo, a saber: Se habla de muchas clases de arte; pero hay "uno" del que nunca se hablará con la estimación suficiente. Me refiero al arte del silencio, al arte de no hablar, cuando es necesario, de cosas de las que precisamente no se debe hablar. Esto comienza siempre por las pequeñeces habituales: Hay cosas de las que no se tiene por qué hablar. Y termina en las cosas grandes. Desde mi punto de vista, los maestros más grandes en este campo son los ingleses. Cuando los ingleses movilizaron la Sociedad de Naciones en contra de Mussolini, apostaría yo a que ni uno solo de los treinta

millones de ingleses adultos dijo “una vez siquiera”' en aquella época: “En fin de cuentas, esto lo hacemos por nosotros”. Esto lo doy por descontado, incluso aunque estuvieran entre amigos. Todos ellos decían: “No tenemos interés alguno en Abisinia. Es asunto sólo de la Sociedad de Naciones; lo único que nosotros hemos hecho ha sido firmar para que haya paz; sólo para eso hemos dado nuestra firma, para mantén la paz, pues no tenemos interés alguno. De no ser por la Sociedad de Naciones, ¿qué nos va ni nos viene a nosotros Abisinia?”. Esto es demostrar gran inteligencia. Hay cosas, todos lo sabemos, de las que no se tiene por qué hablar jamás; no es necesario que demos explicaciones sobre esto.

Por consiguiente, no quisiera hoy dar una explicación de índole especial en relación con estas cosas. Ustedes ya lo saben de todos modos, todos ustedes saben a qué me refiero, Si arreglamos y reorganizamos determinadas cosas en Alemania, ¿es necesario que expliquemos por qué, por cuál razón, etc.?. Sabemos perfectamente que, si reorganizamos nuestro Ejército, es sólo para garantizarnos la paz. Y realizamos el plan cuatrienal, para, digamos, poder subsistir económicamente. Únicamente “así” se habla sobre el particular, eso lo sabemos todos y cada uno de nosotros. Hay otros pensamientos que jamás se traducen en palabras, y ello es aplicable también a otros campos, muchísimos. Este principio se ha de observar férreamente. Cada uno puede mirar a los ojos de los demás, en los que leerá que el otro piensa exactamente igual que él y que sabe exactamente lo mismo que él. Y a este respecto quisiera decir en general que el NSDAP, el Partido como tal, debe ser, considerado en el fondo, una comunidad del saber, de un saber determinado que ha de tener mayores y mayores vuelos a medida que transcurre el tiempo, de un saber que se enseña y que también se vive, de un saber asentado sobre experiencias y conocimientos eternos, etc. O sea, una comunidad que ha conocido la existencia de determinadas directrices fundamentales y las lleva entonces a la práctica. Esta comunidad del saber es también al mismo tiempo, ciertamente, la mas grande camaradería de la acción.

Y entonces el pueblo alemán sabrá una cosa: Que puede sentirse absolutamente seguro al estar guiado por una jefatura tal. Y se sentirá realmente feliz y contento. Cuando el pueblo alemán dirige hoy la vista al exterior, se da perfecta cuenta de cómo son gobernados los demás pueblos. Y ve estos derrumbamientos, estos terribles actos de locura en el terreno de la economía. ¿No es ciertamente una maravilla que los Estados que poseen las mayores reservas de oro tengan una moneda depreciadísima, mientras nosotros, sin divisas, sin oro, tenemos una moneda de lo más estable?. Créanme ustedes si les digo que el pueblo alemán se irá dando cada vez más cuenta de lo que tiene que agradecer a esta jefatura, a través del Movimiento. Irá dándose perfecta cuenta de que esta jefatura ha sacado prácticamente a la nación de un abismo sin fondo, de un abismo hacia el que los otros caminan a ciegas. No es nuestra intención impedir que los demás se precipiten en el abismo; no, que ellos también lo experimenten y saquen conclusiones. Pero el pueblo alemán sabe que ha sido salvado de caer en ese abismo. El pueblo alemán tiene hoy confianza absoluta en el Movimiento; puedo decir tranquilamente que está detrás del Movimiento en un cien por cien. Los únicos que no están detrás del Movimiento son los elementos que estamos descubriendo ahora en estos procesos, o los inquilinos de nuestros campos de concentración, o los reclusos, los presidiarios, los antiguos reclusos y antiguos presidiarios, o el montón existente de locos, necios e idiotas. El resto del pueblo alemán está en un cien por cien detrás del Movimiento y se siente feliz contando con esta jefatura.

Esta confianza inmensa del pueblo alemán debiera ser para nosotros un deber común: El deber de cumplir lealmente nuestras obligaciones, de obrar con lealtad entre nosotros, de ser siempre leales, fanáticamente leales. En realidad, quisiera terminar diciendo que todo lo que construyamos créanme ustedes que lo habremos construido sobre arena si en nuestra edificación no ponemos como el más fuerte de los cimientos una ilimitada lealtad recíproca, una increíble fidelidad mutua, una gran camaradería. Esto es lo decisivo. Ha de ser de manera que este Estado se distinga de los demás en que todos y cada uno, obrando de buena voluntad, sepan: De antemano cuento con una lealtad sin límites; está descartado

que en este Estado, donde todo se basa en la decencia, nadie intente sorprender a los demás; que nadie intente obtener mayores ventajas, aprovechar un momento de debilidad, etcétera. Eso no debe ser en modo alguno. Y cuando particularmente se ha de mostrar siempre lealtad es cuando exista la posibilidad de ser desleal.

Al hablar de esta lealtad en el sentido del Movimiento, entiendo que cada uno de sus miembros obre lealmente con los demás, que jamás intente aprovechar un momento de debilidad, que jamás intente actuar deslealmente respecto a los otros. Créanme ustedes que esto tiene al final su recompensa, una recompensa del ciento por uno. Precisamente desde el año 1933, quizá hayamos visto en un sector adónde nos ha conducido y qué nos ha dado y regalado esta gran lealtad. Piensen ustedes en esto: Cuando llegamos al poder, llegamos como un movimiento poderoso, que dominaba a toda la nación. Este movimiento que realmente dominaba a toda la nación era de hecho una revolución, una revolución tremenda. El resto del mundo estaba enfrente de nosotros. También en nuestras filas hubo en aquella época un hombre que creyó poder obrar deslealmente en un campo. Sintiéndolo mucho, tuve que acabar con este hombre, aniquilando en aquella ocasión a él y a todos los que le siguieron.

Ahora bien, ¿saben ustedes en lo que se ha traducido la lealtad que entonces y desde entonces ha sido la dueña y señora? A esa lealtad debemos el resurgimiento de Alemania, pues el Partido por sí solo no habría podido conseguirlo. ¿Qué podría ser Alemania si tuviera sólo el Partido, si al lado del Partido no estuviera la fuerza? En primer lugar, sin el Ejército no estaríamos aquí ninguno, pues todos salimos años atrás de esa escuela. Yo no sería hoy el Führer del pueblo alemán si no hubiera sido primero soldado. Todos los buenos principios que hoy defiendo fueron haciéndose poco a poco parte de mi ser durante mi permanencia en el Ejército; a él debo la dureza que ha templado mi espíritu, toda la dureza de que dispongo. Y ustedes, los más veteranos de mis compañeros de lucha, todos ustedes han pasado por esa Institución. Y todos tenemos realmente motivos para estar infinitamente orgullosos de esta institución de nuestro pasado histórico, lo mejor que Alemania ha tenido jamás hasta la fundación del Partido Nacionalsocialista. Hoy hemos conseguido que esta Institución vuelva a ser grande y poderosa ¿Cuál sería la vida de este pueblo si no se observara rígidamente el precepto de la lealtad más brutal?. ¿Dónde estaríamos hoy?. Quizá antaño “podríamos” haber emprendido el otro camino. ¿Qué tendríamos hoy? No exagero si afirmo que dispondríamos de un desordenado revoltijo carente de todo valor militar. Sepan ustedes que yo no tengo fe en la denominada “levée en masse”; no creo que la guerra se pueda hacer únicamente con la movilización, digamos, del entusiasmo, etc. No puedo saber si en tales momentos aparecerá o no un Napoleón en la nación; pero lo que sí sé es que un Napoleón golpeará con tanta mayor eficacia cuanto mejor sea el instrumento de que disponga. No podemos confiar en que el entusiasmo por sí solo pueda llevarnos un día a la victoria. El entusiasmo será tanto más beneficioso cuanto más expresión encuentre en una organización militar ordenada, limpia, brillante. Pero esto es únicamente posible cuando en tal Estado la lealtad es absoluta. Y esto es lo que hemos impuesto. Y a esto tenemos que agradecer también el hecho de que hoy estemos aquí, de que podamos estar aquí, de que pueda estar aquí esta fortaleza, de que podamos celebrar en ella esta reunión. De lo contrario, no estaríamos aquí; de lo contrario, podríamos pensar que serían otros los que estuvieran; es muy fácil que fuera posible. Esto ha de ser para todos nosotros un gran ejemplo de lo necesario que es elevar este mandamiento de la lealtad a la categoría de fundamento “indestructible” por sistema. En este campo no existe “ninguna” discusión ni ninguna consideración, etc., pues, a fin de cuentas, en ello estriba todo, nuestra existencia entera, nuestro presente y sobre todo, también nuestro futuro como alemanes.

Y si de alguna cosa lograda en mi vida estoy orgulloso, esta cosa es haber conseguido -en este Estado nacionalsocialista arropado por el símbolo del nuevo Reich, de la nueva ideología, de la nueva idea, de nuestro viejo Partido- reorganizar el nuevo Ejército alemán, haber creado las premisas políticas y generales necesarias para ello y haber establecido entre el Ejército y el Partido una unión cuyos

resultados, estoy convencido, serán mejores y mejores a medida que pase el tiempo. No en balde tengo el convencimiento de que en Alemania pueden existir sólo dos organizaciones: La organización política dirigente y la organización militar. Si estas dos organizaciones nuestras permanecen sanas y fuertes, entonces veo al pueblo alemán, respaldado por ellas, caminar hacia un futuro de grandeza. El resto del mundo marcha de cabeza hacia la crisis. Nosotros la hemos superado ya. La Providencia ha de decidir todavía cuándo ha de sonar la hora en que, de la discrepancia y las debilidades de los demás y de la fortaleza de nosotros, nuestro pueblo obtenga por fin en este mundo lo que tenemos justificación para exigir. Ahora bien, hay una cosa segura, y es que este logro sólo será una realidad cuando por encima de los símbolos de nuestro Reich, de todas las banderas y de todos los estandartes y de todos los guiones de campaña estén siempre las palabras fidelidad y lealtad. Esta es la condición primordial.

Para terminar, quisiera decir a ustedes en qué forma veo yo actualmente el mundo. Todos ustedes saben que nuestra posición respecto a España no es sólo la de unos espectadores desinteresados; y es así porque no nos es indiferente que este país pueda llegar a ser bolchevique y, con ello, antes o después, un secuaz de Francia. Al contrario, tenemos que desear que esta nación conserve a todo trance su postura de independencia. Por lo demás, nos es indiferente quién pueda gobernarla o qué principios y qué pensamientos puedan dominar en ella. No tenemos intención de propagar en esta nación el nacionalsocialismo; lo estimo imposible, superfluo e inimaginable del todo. Lo único deseable para nosotros es que no haya en España un Estado bolchevique que constituya una cabeza de puente entre Francia y África del Norte; este es nuestro deseo. Y nuestro interés se regula por tales consideraciones. Y como soy uno de esos hombres que en tales casos no se contentan con hablar, sino que también actúan, he dado a nuestro interés una expresión cuya medida me ha parecido conveniente y soportable por Alemania. No necesito decirles más sobre el particular. Pero todos ustedes saben que si un alemán presta servicio allí es porque es necesario para Alemania -visto a largo plazo-. Y que si alguien puede morir allí, muere por Alemania. Y si actualmente mueren por Alemania siete mil personas todos los años a causa de los accidentes de tráfico; y si la lucha por el triunfo del Movimiento ha costado cientos de caídos, y si en la lucha por Alemania cayeron dos millones de personas; y si han muerto muchos miles durante las luchas causadas por los disturbios en el interior, también en el futuro tendrán que seguir muriendo alemanes. ¡Ay del pueblo en donde los hombres no se muestren ya dispuestos a seguir sacrificándose por la comunidad necesaria y por los intereses de esa comunidad!

Sin embargo, por encima de esto tengo el convencimiento de que, para nosotros, no es conveniente que estalle demasiado temprano una catástrofe mundial que amenaza con explotar. Ello hace que yo, con el pleno convencimiento de que todo acontecimiento histórico incita a la imitación, no considere oportuno ni conveniente un derrumbamiento de España en estos momentos, porque un derrumbamiento de los restantes Estados europeos en estos momentos no sería oportuno ni conveniente tampoco para nosotros. Esto es producto de reflexiones completamente frías y de índole práctica. Ahora bien, ello no significa, a fin de cuentas, que de esta forma pueda demorarse el derrumbamiento europeo; no, no es ése el caso. La lucha entre democracia y Estado es inevitable; a la larga no puede haber Estados democráticos, pues el Estado es el vivo contraste de la democracia. Y una de dos: O vence la democracia, en cuyo caso se hunde el Estado, o la democracia tendrá que hundirse si los Estados pretenden subsistir. No hay compromiso alguno a este respecto. Por ello tendrá que venir la lucha de todas maneras. Lo único que esperamos es que esta lucha no se produzca hoy, sino que transcurran todavía años antes de que comience cuanto más tarde, tanto mejor. Pues la crisis de los demás se irá agravando a medida que Alemania se vaya, precisamente, fortaleciendo. De todos modos, nuestra situación hoy con respecto al resto del mundo permite no pensar absolutamente en una amenaza para Alemania; es decir, es imposible que haya hoy quien nos ataque o nos obligue a emprender una actuación que nosotros no deseemos emprender. En relación con los años pasados, esto supone un avance y un progreso cuya importancia no

resulta en estos momentos muy difícil de establecer detalladamente. En cuanto a tranquilidad de los nervios, esto supone infinitamente mucho para la jefatura de la nación.

Otra cosa que considero descartada es que se forme en Europa una coalición contra nosotros, la cual, mediante la unión de fuerzas de distintas procedencias, estuviera en situación de forzarnos a hacer alguna cosa en contra de nuestra voluntad. También esto lo considero descartado. Las relaciones que hemos establecido con toda una serie de Estados nos garantiza, al menos, la seguridad del mantenimiento de la paz, la cual no tenemos absolutamente interés alguno en que desaparezca. Al contrario, nuestro máximo interés, hoy y de ahora en adelante, ha de consistir en disponer, tras la supresión de las peores repercusiones del Tratado de Versalles, de la "época de tranquilidad" necesaria para alcanzar la madurez política, interior y militar del pueblo y el Reich, o sea, el fortalecimiento de ambos.

En el aspecto económico, no habrá nada que nos coaccione. El plan cuatrienal será llevado a vías de hecho. Este plan nos independizará del extranjero en los campos vitales más importantes. Los requisitos exigidos a nuestra economía son grandes, porque está completamente claro que han de ser satisfechos. A este respecto, sólo quisiera que ustedes reflexionaran sobre una cosa: La condición indispensable para el mantenimiento de una economía sana es su estabilidad y, sobre todo, la estabilidad de su moneda. Esta estabilidad de la moneda estará garantizada mientras toda persona pueda comprar, con el salario que recibe por su trabajo, los productos del trabajo de los demás; es decir, en otras palabras: Mientras exista un equilibrio de salarios y precios. Ahora bien, si la balanza ha de estar equilibrada por la igualdad de salarios y precios, otra cosa hay que considerar: Nuestro deber como alemanes, es, hoy, el de poner de nuevo a la nación en posesión de los necesarios medios militares Esto implica la ocupación de millones de alemanes en un trabajo no productivo en sí en el sentido de que los otros trabajadores no pueden comprar el resultado de este trabajo. O sea, que actualmente tienen que trabajar millones de alemanes sin que lo que elaboran -cañones, fusiles, ametralladoras, municiones, etcétera- pueda ser lanzado al mercado como producción comercial. Por lo tanto, la otra parte de la nación ha de forzar la marcha de su actividad productora; pues sólo a base de fomentar extraordinariamente la producción de artículos de consumo aumentando la actividad de los otros, ha de ser posible que los que perciben un salario por su trabajo en la producción de armamentos puedan comprar también otros productos aunque ellos no echen producto alguno de consumo en el plato común de la producción nacional, sino únicamente los valores, más elevados, inherentes a la independencia nacional y a una posterior y mayor seguridad de la vida alemana.

Por ello, hoy no puede pensarse siquiera en que tengan que hacerse cesiones en este sector. Si hoy me preguntaran: "¿No podría al menos quitar las horas extraordinarias? ¿No podría moderar un poco la intensidad del trabajo?", tendría que contestar a tales preguntas con un "no" rotundo. Esto lo podré hacer, o lo podremos hacer, cuando los millones de obreros que actualmente trabajan en la industria de producción de armamentos hayan pasado a un campo de producción de artículos de consumo, de manera que su trabajo pueda ser aplicado también al mercado común de la producción nacional. Sólo cuando llegue ese momento podrá ser posible, antes no.

Pero nadie puede dudar un solo instante de que será llevado a cabo este trabajo del rearme nacional. Será llevado a cabo hasta sus últimas consecuencias. Yo no hago las cosas a medias. ¡Quiero que, ya que Alemania soporta en general esta carga, nuestro pueblo no sea en este aspecto el que ocupe el segundo o tercer lugar, sino que sea en definitiva el pueblo más fuerte de Europa! ¡Tal es mi voluntad, compañeros!. De esa forma recompensamos también el sacrificio de todos los que han muerto por esta Alemania, por esta Alemania eterna. No han caído por una Alemania a medias, sino por una Alemania entera. Y si antaño pudo parecer que el sacrificio de estos caídos era estéril, no ha sido éste a mis ojos el último capítulo de la historia alemana, sino el penúltimo. ¡El último lo escribiremos nosotros!

DISCURSO A LOS TRABAJADORES DE LA CONSTRUCCIÓN EN BERCHTESGADEN, SOBRE LA POLÍTICA ECONÓMICA NACIONALSOCIALISTA

(20 de Mayo de 1937)

Queridos compatriotas, hombres y mujeres: He sentido recientemente un gran pesar al no poder hallarme aquí, en contra de lo previsto en el momento de ser inaugurada esta sala que temporalmente está en este lugar y más tarde estará en cualquier otro mientras siga en pie. Pero después pensé que también pueden ustedes asistir al cine sin necesidad de mi presencia, y que acaso fuera mejor para ustedes que les dirigiera posteriormente la palabra. Para mí supone una gran cosa, pues obligado por las circunstancias a hablar mucho, pero siempre en círculos muy concretos y escogidos, o sea delante de diplomáticos, políticos, economistas, científicos y toda la restante clase de personas que se ha convenido en llamar intelectuales, disfruto ahora de la gran suerte de tener la ocasión de volver de vez en cuando al lugar de donde procedo, o sea al pueblo. Para mí es también maravilloso dirigirme a la gran masa, a las personas desprovistas de instrucción, pues ello me obliga a expresar de manera llana problemas en sí acaso complicados, y porque uno se ve obligado así a pensar de una forma sencilla, y porque este pensamiento sencillo es la base de todo conocimiento real.

Resulta verdaderamente trágico, compatriotas, imaginarnos a millones de alemanes que leen todos los días el periódico y se ven obligados a tomar posición sobre no sé cuántas clases de problemas sin que puedan hallarse en situación de comprender tales problemas, siquiera de una forma aproximada. Se hace aquí demasiado uso de consignas, de expresiones que quizá en muchas ocasiones signifiquen algo para los científicos, aunque no siempre; pero que resultan incomprensibles para los individuos que integran la gran masa popular. Se trata de denominaciones teóricas, etcétera, que en realidad no dicen por de pronto absolutamente nada; pero que se leen día tras día, por lo que se comprende perfectamente que mucha gente pasen por encima, sin más, la sección que se ocupa de estos asuntos, diciéndose: ¡Pero si yo no entiendo nada de eso!. Más precisamente nuestra meta y nuestra intención es la de hacer que incluso la gente humilde comprenda con claridad los problemas y cometidos en apariencia tan complicados. Y ello también resulta beneficioso para los llamados gobernantes, pues también éstos aprenden a ver de manera totalmente sencilla estos problemas en apariencia muy complicados. Y entonces suele ocurrir que lo que en apariencia parece tan difícil, es muy sencillo en la realidad; que la dificultad ha sido originada al correr de los siglos por los hombres mismos, muchas veces, digamos, por un cierto orgullo, debido a que consideran magnífico hablar de ciertas cosas no comprendidas por todos.

Como nacionalsocialista, hace ya muchos, muchos años me propuse ver, hablar y considerar los problemas aparentemente más complicados de manera que pudieran ser comprendidos, dentro de lo posible, por cualquiera que, a fin de cuentas, tuviera voluntad de colaborar. Y hoy me he señalado un cometido: Quisiera, compatriotas, hablar a ustedes sobre lo que en estos momentos tiene inquieto al mundo entero. Y hablarles de forma que, cuando cojan un periódico, descubran ustedes al instante que lo

que en apariencia es un secreto intrincadísimo, es en realidad tan simple como todos los procesos naturales de la vida. Si cogen ustedes hoy un periódico, escuchan la radio o, toman una revista entre sus manos, se enterarán ustedes de la existencia de grandes luchas económicas en el mundo. Estas luchas están desarrollándose por doquier: América, Inglaterra, Francia, en todos los países de la Tierra. Verán ustedes que se escribe sobre luchas económicas. Y en otras columnas podrán ver ustedes teorías económicas. Existen hoy tópicos innumerables en estos campos de la política y las teorías económicas que parecen estar continuamente en conflicto entre sí en todo el mundo. Y naturalmente, también en Alemania habremos de tener en cuenta estos factores, digámoslo así, debido a que tienen en movimiento al resto del mundo. Sabemos, porque lo oímos una y otra vez, que el número de tales teorías económicas es incontable. Hay teorías económicas liberales; también hay, digamos, teorías económicas marxistas; también existen las teorías de protección arancelaria y las teorías de librecambio, etcétera. El número de teorías es incontable, incontable.

Al hablar a ustedes de este problema, compatriotas, quisiera al mismo tiempo dar por sentada una cosa: No pretendo decirles que yo vaya a poner una teoría económica nacionalsocialista en lugar de las teorías económicas de los otros. No. Quisiera incluso evitar el empleo de la palabra teoría; incluso quisiera decirles, ni más ni menos, que la exposición que yo les haga hoy no pretende en modo alguno pasar como una teoría. Pues si admito un dogma en las cuestiones económicas, el único dogma es que en el campo económico no existe dogma alguno, que en este campo no existe teoría alguna, sino única y exclusivamente conocimientos. Y por ello quisiera hablarles hoy de los conocimientos adquiridos por nosotros en el transcurso de los años, desde hace muchos de ellos; conocimientos que nos han enseñado a ver y juzgar ciertos procesos de la vida económica en forma distinta, digamos, a como acostumbra a ser el caso. Así, pues, lo que hoy les expongo no es una teoría económica, sino una suma de conocimientos, de experiencias, de principios fundamentales muy concretos y simples que me esforzaré en explicar con tanta sencillez que todos ustedes puedan comprenderlos si es posible. Y entonces se reirán de muchas cosas de que ya habían oído hablar; y habrá muchos tópicos que les parecerán risibles y comprenderán enseguida muchas cosas de lo que ocurre entre nosotros; y se sentirán maravillados de lo que ocurre en otros lugares. Y entonces se dirán: ¡Vamos, que no sean capaces de comprender esto!

Pero antes quisiera añadir lo siguiente: Estos conocimientos, camaradas, no son, naturalmente, de mi exclusiva propiedad, sino producto del pensamiento de innumerables personas. Es el resultado del pensamiento de muchos hombres inteligentes, de otros hombres que han seguido siendo fieles a sí mismos y que, digamos, han visto las cosas desde un punto de vista sensato y natural. O sea, que es el resultado de la experiencia. Mi mérito y el mérito del Movimiento nacionalsocialista consiste en haber reunido y defendido estos pensamientos dentro del marco de un programa y haber impuesto su realización en el campo práctico. Ese es nuestro mérito. Ha transcurrido ya mucho tiempo desde la fecha en que tanto yo como mis colaboradores tuvimos conciencia de estos conocimientos. Ya en parte hubo, antes de la guerra, quien expuso sus ideas sobre el particular. Después, la guerra puso en sazón una gigantesca cantidad de experiencias prácticas, y la época de la posguerra hizo el resto en la demostración, a través de la realidad, diría yo, de la estupidez de muchas cosas que antes habían sido consideradas articulo de fe. Naturalmente, luego vinieron los estudios propios, las consideraciones. Tuve tiempo para estudiar, pues el Gobierno de Baviera me encerró durante trece meses. Y no hace falta decir que durante esos trece meses he proseguido sin interrupción una cosa: Pensar. Y así ha ido naciendo lentamente el conocimiento que constituye el fundamento de nuestra entera actividad desde el año 1933.

Al hablar a ustedes de estos conocimientos, compatriotas, quisiera poner en la cabeza de todos un principio fundamental: La economía es sólo un medio para llegar al fin, es decir, que el hombre no vive para la economía, sino que es la economía la que está al servicio del hombre, facilitándole la vida, haciéndosela lo más agradable y cómoda posible. Eso significa que yo juzgo la economía desde el punto

de vista del provecho que proporciona y no partiendo de una teoría. Así, pues, si alguien me dijera: "Oiga, tengo una teoría económica maravillosa", yo le respondería al instante con esta pregunta; "¿Qué provecho se le puede sacar?. Eso es lo decisivo. La teoría no me interesa en modo alguno, me interesa únicamente el provecho, pues las personas no están al servicio de la economía, sino la economía al servicio de las personas. Y cuando una teoría económica no sirve para nada, no resulta práctica; entonces no me hable de ella en modo alguno, entonces no me diga nada, que no me interesa". Esto es lo primero y principal: La economía es un medio para conseguir un fin. Y el fin es la vida del ser humano.

Y si ahora avanzo un paso más en este campo, tengo entonces que preguntar, haciéndolo de una forma totalmente primitiva: ¿Qué espera el hombre de la economía? Espera, primero, que le dé el pan de cada día. Me refiero únicamente ahora a lo más primitivo, ya verán ustedes más tarde por qué. Pero es que esto es lo primero, todas las teorías no sirven para nada cuando no hay qué comer. Por lo tanto, lo primero es comer. Y naturalmente, al hablar del pan de cada día nos referimos a la gran suma de artículos alimenticios necesarios para nutrir a la nación. Si acaso alguien me preguntara: "Bueno, ¿hasta dónde abarca usted al decir el "pan de cada día"?. A ése tendría que contestarle diciendo: "¿Sabe usted?. Al hablar de "pan de cada día" me interesa todo lo necesario para alimentar a la masa de un pueblo". Yo no puedo alimentar a la masa de un pueblo con caviar, ostras ni espárragos. Tengo que alimentar a una nación en masa, y sólo puedo alimentarla con productos que puedan ser obtenidos en masa también, pues si, por ejemplo, me sirvo para el caso de un pueblo como el alemán, entonces se trata de sesenta y ocho millones de bocas que piden su alimento cada día. Y para la masa sólo entran en consideración los grandes artículos de consumo: Pan, patatas, carne, grasas, etcétera. Eso es lo decisivo. Así, pues, lo primero que el ser humano espera de la economía es que ésta le haga posible la vida por medio de la alimentación.

Entonces avanzamos otro paso. Somos personas civilizadas y decimos, además, que también queremos ir vestidos. Todos quieren tener algún traje. Por lo tanto, lo segundo es vestirse. Ello es, por una parte, cosa de buen tono y, por otra, algo necesario entre nosotros para resistir durante el invierno. Y en este aspecto he de decir nuevamente que lo decisivo no es que haya quien se vista de seda, pues no hay gusanos de seda suficientes como para vestir de seda a todo el pueblo alemán, sino que de nuevo he de tener la masa en consideración. Y esta masa la forman los tejidos de algodón, de lana o cualquier otro material, y la forman las pieles empleadas en la fabricación de calzado. Ese es, pues, el problema con que se ha de enfrentar la economía.

Y ahora llego a otro campo fundamental, un tercer campo importantísimo: El de la vivienda. No es este capítulo un lujo entre nosotros, sino una necesidad impuesta por las condiciones climáticas. Necesitamos una vivienda. Así, pues, ésta es la base de la vida, quisiera decir, de la gran masa de una nación. Y esto es lo que me interesa en primer lugar, pues éstos son los problemas difíciles de resolver.

Créanme ustedes, compatriotas, si les digo que resulta fácil procurarse caviar en Alemania para que lo coman diez, veinte o cincuenta mil personas; no tiene gran importancia que diez mil personas consuman caviar. Pero procurar patatas a sesenta y ocho millones de personas, procurar grasa a sesenta y ocho millones de personas, eso sí que son problemas, eso si que le hace a uno andar preocupado. Permítanme que les ofrezca sólo un ejemplo: Si alguna vez careciéramos de caviar, la cosa no tendría ninguna importancia; sería también totalmente indiferente que la cosecha de espárragos sea mala, o, por mí, que no haya alcachofas, que no puedan venir mandarinas o no lleguen limones; todo esto es secundario por completo. Pero si nuestra cosecha disminuye en un diez por ciento, ello significa aproximadamente dos millones y medio de toneladas en un consumo anual de veintitrés millones de toneladas por año, lo que se traduciría en que todo el pueblo alemán carecería de pan durante un mes entero. Y si nuestra cosecha se reduce en un veinte por ciento, serán dos meses los que estará sin pan el pueblo alemán. No hace falta decir que esto es aplicable igualmente a otros campos. Estas sí que son preocupaciones.

Al partir de estos grandes puntos de vista, los únicos que preocupan -todo lo demás es secundario y no tiene importancia alguna, ya diré más tarde la razón-, al partir de estos grandes puntos de vista tengo que llegar, sobre todo, a un conocimiento fundamental: Que la economía de un pueblo, o sea la vida de un pueblo, no está condicionada generalmente en primer lugar por, digamos, teoría alguna, ni siquiera por una forma especial de llevar la economía, sino, ante todo, por el suelo en que se vive. Esto es, al parecer, una cosa completamente comprensible; pero por desgracia, han transcurrido muchos decenios sin que se la haya tenido en consideración. Y quienes menos la han tenido en consideración han sido los ideólogos marxistas. El suelo en donde se vive es quizá el más importante de todos los conocimientos fundamentales. Por ello quisiera detenerme un rato en el examen de este conocimiento fundamental y quisiera, con objeto de que todos ustedes, compatriotas, se dieran cuenta perfecta del problema, referirme a nuestra vida interior y mostrarles, a base de ejemplos internos nuestros, la importancia que el suelo tiene en sí para la vida de cada uno de los individuos que lo pueblan.

Ustedes saben que en nuestro propio pueblo y en nuestra propia patria hay comarcas de las que decimos que son ricas y que hay otras de las que decimos que son pobres. Eso significa, pues, que entre nosotros sabemos con toda exactitud qué suelo es aquél donde no crece nada. Y ello no es una teoría, sino que en seguida vemos cuan pobre es su población. Pero tenemos otros territorios sumamente fértiles, lo cual apreciamos en las personas que viven en ellos, pues viven de una forma completamente distinta. Sí, incluso lo apreciamos ya en su aspecto exterior: Todos tienen aspecto de salud. Créanme ustedes que esto es aplicable exactamente a lo grande. Si yo diera a un pueblo un territorio de un millón de kilómetros cuadrados de desierto del Sahara y ese pueblo tuviera que vivir de los productos del suelo, se moriría de hambre; pero si a ese mismo pueblo le diera un millón de kilómetros cuadrados de, digamos, del delta del Missisipi, entonces ese pueblo -presuponiendo, claro está, que no hubiera inundaciones- viviría nadando en la abundancia, porque el suelo da la vida. Eso no tiene nada que ver con teorías, sino que es la "Tierra eterna" de la que los hombres viven; esa es la base de la existencia.

Y voy ahora a avanzar un paso más. No es en modo alguno indiferente la extensión del suelo. Tenemos en Alemania comarcas donde sólo existen modestos campesinos que apenas pueden vivir del producto de sus cosechas, debido a la pequeñez de sus fincas. En otras comarcas tenemos campesinos bien situados, pues tienen terreno suficiente para alimentar a quienes lo poseen y cultivan. Y lo mismo sucede en la vida de la nación. No es indiferente que en un pueblo haya veinte habitantes por kilómetro cuadrado, por ejemplo, o que haya cincuenta o cien o, como ocurre en Alemania, ciento treinta y seis. Piensen ustedes sólo en esto: Si tenemos una mala cosecha, ello supone quizás un diez por ciento de merma. Al considerarlo, no deben ustedes olvidar que nosotros trabajamos el suelo como no lo hace ningún otro pueblo del mundo. Y ello es lógico, pues aquí viven por kilómetro cuadrado ciento treinta y seis personas, frente, por ejemplo, a las once de Rusia o a las nueve de América del Norte. Es completamente lógico que nosotros labremos el suelo hasta el máximo para, en fin de cuentas, sacar para vivir. Ahora bien, si, a pesar de nuestro cultivo, tenemos una merma de un diez por ciento en la cosecha, el resultado es una catástrofe. Ello significa esforzarse, romperse la cabeza tratando de ver la forma de conseguir divisas, es decir, considerando qué podemos exportar para importar con el producto de las exportaciones los alimentos que nos faltan. Y entonces hay que depender de los precios mundiales y de todos los posibles especuladores, etcétera. Y todo son preocupaciones y quebraderos de cabeza. Si tuviéramos simplemente un diez por ciento más de territorio, tales preocupaciones casi desaparecerían, y con un veinte por ciento más, serían pequeñísimas. Supongamos ahora que sólo hubiera sesenta alemanes por kilómetro cuadrado. Entonces, considerando nuestra inteligencia y nuestra aplicación, este problema no volvería en definitiva a representar papel alguno.

Si ahora pasamos revista a los países del mundo, veremos, por ejemplo, que Rusia tiene por cabeza un terreno 18 veces mayor que Alemania. Inglaterra, con sus cuarenta y siete millones de habitantes en la metrópoli, es dueña de casi la cuarta parte de la superficie terrestre. Bélgica, con una población de ocho millones y medio de habitantes escasos, tiene un territorio colonial que llega casi a los tres millones de kilómetros cuadrados, un territorio casi ocho veces mayor que Alemania entera. Y así sucede con la mayoría de los demás países, eso es lo que sucede con Francia, eso es lo que ocurre en América -a Rusia la he mencionado ya-, eso es lo que ocurre con los Estados más pequeños; todos estos Estados disponen de grandes territorios. Si, a pesar de ello, en todos estos países pasan actualmente estrecheces, hay que atribuirlo únicamente a la espantosa incapacidad de quienes gobiernan la economía de estas naciones. Si esa gente trabajara en la forma en que lo hacemos nosotros, no hace falta decir que no podrían en modo alguno consumir lo que produjeran.

Y así llego a la segunda consideración: Si el suelo y la extensión del mismo tienen gran importancia, no la tiene menos lo que el suelo contiene, pues si no puedo sustituir dos o tres millones de kilómetros

cuadrados con una teoría, tampoco podré sustituir con una teoría las materias primas, los metales que ese terreno contiene, si no los hay en el suelo. Si un pueblo carece de tales materias primas, no puede haber entonces teoría alguna que las sustituya, por muy teoría económica que sea. Tienen que ser buscados otros remedios y, ciertamente, remedios prácticos para arreglar la situación.

Y con esto llego a una tercera y decisiva consideración, a saber: Si por un lado veo que lo decisivo es el suelo, porque es del suelo de lo que se vive y no de las teorías, por otro lado lo decisivo es el trabajo, tanto el hecho con la cabeza como el hecho con las manos; pues si los alemanes no fuéramos de tal modo geniales en nuestro trabajo, y si el alemán mismo no fuera tan diligente, no podríamos en modo alguno vivir del producto de nuestro suelo. Pueden ustedes imaginarse esto: Cada persona dispone en Rusia de un terreno dieciocho veces mayor que cada uno de nosotros en Alemania. En los últimos dieciocho años han muerto de hambre en Rusia casi veintiséis millones de personas. Si nosotros, que disponemos de un terreno dieciocho veces menor, no fuéramos -tengo que decirlo- mil veces más listos, más inteligentes, y si -también tengo que decirlo- no fuéramos más enérgicos en nuestro trabajo, no podríamos, con el terreno que tenemos, alimentar siquiera a diez millones de personas, por no hablar ya de sesenta y ocho millones.

Así, pues, tenemos en segundo lugar el problema del trabajo, un problema tanto de inteligencia como de rendimiento. Inteligencia significa habilidad para afrontar los problemas. Por ejemplo, ¿por qué produce nuestro suelo tanto y tanto? Pues porque hemos introducido en Alemania el uso de los abonos artificiales. Sí, ¿pero por qué hemos introducido el uso de los abonos artificiales? Pues porque personas de gran inteligencia han tenido esa idea. Esto significa un tremendo trabajo científico. ¿Y cómo es que nosotros lo abonamos todo con abonos artificiales? Pues porque el alemán, por otra parte, es diligente para hacerlo; porque cada trocito de terreno es cultivado de alguna forma; porque trabajamos sin descanso; porque continuamente estamos reflexionando y estudiando, etcétera; están siendo hallados sin cesar métodos nuevos y se experimenta sin descanso para mejorarlo todo. A este trabajo del cerebro por un lado y de las manos por otro, es al que, en definitiva, hemos de agradecer que podamos vivir en nuestro suelo, no a una teoría. Las teorías serían inútiles. Si hoy cediera en nosotros la inteligencia o las ganas de trabajar, entonces sería nuestro final, bien sabe Dios que entonces podrían venir con las teorías que quisieran. Ya hemos experimentado un proceso semejante.

Por ello, lo segundo en importancia que hay que reconocer es: Al lado del suelo, el trabajo en sí, el rendimiento del trabajo. Este rendimiento es quizá en nuestro pueblo -eso los alemanes lo podemos decir con seguridad- el máximo, el más intensivo; y ésta es únicamente la razón, a fin de cuentas, que nos permite alimentar, vestir y dar una vivienda a sesenta y ocho millones de personas dentro de un espacio tan limitado, y vestirles mejor, darles una mejor vivienda y alimentarles mejor de lo que se visten, viven y alimentan otros que tienen una superficie diez, doce, quince o dieciocho veces más grande. Y, fíjense ustedes, me dicen con mucha frecuencia: "¡Bah! ¡Eso de la fuerza por la alegría lo hace usted únicamente para que la gente esté contenta". Pues bien, tienen algo de razón también. ¿Saben ustedes lo que considero más importante?. Que nuestros trabajadores vean mundo. Que vean el mundo de los demás y puedan así tener una pauta; que vean cómo viven los otros, cómo está su propio pueblo y cómo le va a los demás. Para mí no hay mejor cosa que ver a los obreros alemanes saliendo a millones al extranjero. Así ven el mundo de los demás y después, al regresar, se darán cuenta de lo que nosotros rendimos y en que circunstancias se rinde; de lo fácil que sería para los demás, que tienen de todo y, sin embargo, no son capaces de progresar en comparación con nosotros, que tenemos que rompernos la cabeza para obtener todo lo que es necesario para vivir.

Como antes he dicho, las preocupaciones no estriban en absoluto en ver la forma de procurar satisfacer a esos diez mil de arriba; "eso no tiene importancia alguna". Vean ustedes, voy a citarles sólo un ejemplo: Si tomo uno de los artículos de gran consumo de un pueblo, veremos una cosa curiosa y es,

precisamente, que este articulo y otros como el no pueden ser aumentados en sí en modo alguno. Eso significa, por consiguiente, que si una persona come diariamente setecientos gramos de pan, pongamos por ejemplo, yo podría decir: Bueno, come setecientos gramos de pan porque gana tan sólo tanto y cuanto. Pero supongamos que al lado de esta persona hay otra que gana el doble. ¿Creen ustedes que esta persona, por esta sola razón, puede comer un kilo cuatrocientos gramos de pan al día? Y ahora supongamos que se trata de un millonario. ¿Creen ustedes que un millonario puede comer diez kilos de pan diarios? No puede, por muy avaricioso y muy comilón que pudiera ser. Y eso es lo decisivo: La capacidad adquisitiva no juega en general papel alguno en los artículos de gran consumo, Ustedes se dirán: Bueno, a lo mejor yo me tomo medio litro de leche o un cuarto de litro, mientras el otro quizá se tome dos litros. Eso no significa nada, pues incluso aunque tuviéramos en Alemania cuatro mil millonarios, ello se traduciría en cuatro mil litros, lo cual no significa nada, absolutamente nada, no desempeña, en definitiva, papel alguno. Por otra parte, este hombre no se tomará todos los días sus tres, cuatro o cinco litros, si además ha de comer todos los días un par de kilos de pan y -si una persona normal come, supongo, quizás ciento cincuenta o doscientos gramos de carne al día- dos, tres o diez kilos de carne. ¿Saben ustedes? En los artículos de gran consumo “eso no juega, en definitiva, papel alguno”.

Esto es cosa de campos completamente distintos, del campo, digamos, de pianos o de cuadros; y todos tenemos el convencimiento de que no podemos producirlos en masa así como así, que lo único que podremos hacer poco a poco es facilitar su posesión a sectores más amplios, quizá dando ciertos rodeos. Pero, en lo esencial, los artículos de gran consumo, los de primera necesidad para la vida diaria no juegan papel alguno en la relación de capacidades adquisitivas.

Vayamos a otro capítulo: Desde hace unos cinco años estamos extrayendo alrededor de treinta millones de toneladas de carbón más por año. Créanme ustedes: Estos treinta millones de toneladas no pueden ser consumidas por nuestros millonarios, pues incluso un millonario no puede poner sus habitaciones a una temperatura de tres o cuatro mil grados. Eso no juega papel alguno. No, esto va a otro sitio; sólo la “Obra de Auxilio de Invierno” se lleva toneladas y toneladas. Son más de sesenta millones de quintales los que la “Obra de Auxilio de Invierno” suministra. Y los suministra de manera que llegue a millones de hogares.

También tiene aplicación lo dicho en el campo de las ropas. Por mí, un hombre puede tener dos o tres trajes y decir: Sí, pero ese tiene cinco o seis. Bueno, pues aunque tenga diez. Se trata de pocos hombres. Y aunque tenga veinte tampoco juega papel alguno en absoluto. En primer lugar, tiene que desprenderse de ellos también, pues no puede estar comprándose ininterrumpidamente veinte trajes cada año, pues de lo contrario al cabo de poco tiempo necesitaría un palacio para guardar sólo los trajes. Así que, de todos modos, los ha de volver a dejar. Por otra parte, tampoco puede llevar puestos cinco trajes a la vez, sino que únicamente podrá llevar uno. Esto no juega papel alguno en los artículos de consumo de un pueblo, y únicamente son estos artículos de consumo los que producen quebraderos de cabeza, los que causan mayores dificultades. Pan, carne, leche, patatas, carbón, leña, vestido, etcétera, ésas son las cosas que tienen importancia pues afectan a la gran masa de la nación. Y estos artículos de gran consumo no son un regalo del Señor, sino que hemos de obtenerlos a base de trabajo. Para que todos y cada uno tengamos ese pedazo diario de pan, millones de campesinos alemanes han de estar todos los días trabajando sin cesar. E, inversamente, para que los otros consigan su carbón, cientos de miles de mineros tienen que trabajar todos los días extrayéndolo. Y para que los demás puedan obtener ropas, millones de personas tienen que estar cada día trabajando en la industria del vestido, etcétera, etcétera.

Y así llegamos ahora a un conocimiento económico fundamental, muy simple, pero nacionalsocialista, a saber: El consumo de un pueblo se encuentra directamente relacionado con la producción. Eso se traduce en que, si yo deseo que el individuo consuma más en un campo, los demás habrán de producir más en este campo; eso es lo decisivo. No puede haber un aumento de consumo de carne o, por ejemplo, de

carbón, o de pan, o de prendas de vestir, si, por su parte, estos campos no aumentan respectivamente la producción. Y con ello -también de acuerdo con nuestra experiencia nacionalsocialista de la economía-, el dinero es tan sólo un elemento regulador entre el consumo y la producción, o, mejor dicho, primero la producción y luego el consumo. Dicho aún de otra forma, el dinero en sí “no juega en definitiva papel alguno”. El dinero es papel y puedo imprimir tanto como quiera. Lo decisivo es: ¿qué puedo obtener a cambio de ese dinero? Pues únicamente lo que ha sido producido para la venta; o sea, que el campesino, cuando vende sus productos y obtiene dinero por ellos, el dinero tiene para él un valor en la medida en que pueda comprar a su vez los productos fabricados por la industria. Y el obrero de la ciudad vende su trabajo por dinero; pero este dinero sólo tiene valor para él en cuanto le permite a su vez adquirir productos, artículos de consumo y, sobre todo, productos alimenticios.

Por consiguiente, uno de los primeros fundamentos de la dirección económica nacionalsocialista es que el salario ha de ser considerado siempre desde el punto de vista de su relación con la producción. Ello significa que el aumento de los salarios sólo tiene sentido cuando al mismo tiempo hay un aumento de la producción. Si aumentamos los salarios sin aumentar la producción, eso quiere decir que el trabajador recibe un papel con el que no puede adquirir ningún artículo. Eso es lo que está ocurriendo actualmente en todo el mundo, esa es la mayor estafa que existe. Naturalmente, la estafa tiene un fin, precisamente buscado por los organizadores de la estafa, pues al aumentar los salarios sin que aumente la producción desvalorizan los productos, pues la producción tiene sólo un valor intrínseco. Y, como es lógico, desvalorizan al mismo tiempo el dinero, pues el trabajador no puede adquirir nada con el dinero que recibe a cambio de su trabajo. Así, pues, el dinero pierde valor, y entonces esta banda internacional de especuladores puede comprar por cuatro cuartos el rendimiento de la producción. Lo que nosotros hemos vivido en Alemania en la época de la inflación está siendo casi de actualidad en el mundo entero, y quizá el caso más clásico sea Francia. Y, utilizando este ejemplo, voy a mostrar a ustedes la total insensatez de esta orientación económica. O digamos mejor: Teoría económica.

Hace unos nueve meses, se procedió en Francia a elevar los salarios con carácter general en un quince por ciento. Esta elevación de salarios habría tenido sentido si, por el otro lado, se hubiera producido un aumento del quince por ciento también en la producción, pues por cada quince por ciento más de salario se habría adquirido un quince por ciento más de artículos de consumo. Pero, en lugar de ello, la producción se ha visto disminuida en un veinticinco por ciento aproximadamente, debido, precisamente, al menor rendimiento, reducción de la jornada laboral, etcétera. ¿Cuáles son las consecuencias? Las consecuencias han sido que el salario ascendente ha dejado de estar en relación con una producción cada vez menor, por lo que, si por una parte se ganaba más dinero, por otra el dinero carecía de poder adquisitivo. Y el resultado ha sido la devaluación del dinero, o sea la elevación de los precios. Pues cuanto menor es el valor del dinero, calculo en ello que he de gastar tanto más para comprar algo. En otras palabras: El obrero francés recibe un quince por ciento más de salario, quince por ciento que tiene que aplicar a igualmente el mismo porcentaje de aumento de los precios, al cual ha de sumar un veinticinco por ciento de reducción en la producción, lo que significa en total de un cuarenta a un cuarenta y cuatro por ciento de aumento de los precios. Dicho de otra forma, con su dinero obtiene menos, aproximadamente, en la misma medida que se reduce la producción.

Para nivelar este desequilibrio, se ha procedido hace medio año a la llamada devaluación. No necesito explicarles esto detalladamente, compatriotas, pues se trata de un proceso a menudo complicado. Lo que se persigue únicamente con la devaluación es adaptar en el exterior el valor de la moneda al menor poder adquisitivo que tiene en el interior. Y el menor poder adquisitivo de la moneda en el interior viene a estar, a su vez, condicionado por la elevación de precios, de un lado, y la desvalorización del dinero, inherente a lo anterior, por otro.

Cuando llegó este momento, hubo también entre nosotros personas que preguntaron: “Bueno, ¿no tendría

usted que devaluar también?”. Me eché a reír. ¿Devaluar nosotros? ¿Y por que? Los franceses, con esta medida, esperaban estar a los tres meses en disposición de competir de nuevo en los mercados mundiales. Pero yo dije en aquella ocasión: “No sólo no estarán dentro de tres meses en disposición de competir, sino que su capacidad competitiva será menor todavía”. Y esto es una cosa evidente: El franco no tiene ya valor ni en su propia tierra, y los franceses tienen una nueva devaluación en puertas. Esto no lo haremos nosotros. Que los demás devalúen todo lo que quieran; nosotros nos regimos por otro principio totalmente distinto. Y este principio nuestro es: Aumento de los ingresos de nuestro pueblo paralelamente a la producción total de nuestro pueblo.

Quisiera aclararles esto a base de unos sencillos ejemplos. Si por un lado aumento los salarios de toda la nación, por el otro tengo que aumentar, paralelamente, los artículos de que antes he hablado, los que entran sobre todo en consideración para la masa de la nación. Pues, al aumentar los salarios, un trabajador no podrá comprarse tampoco un piano o un Tiziano o cualquier otro objeto por el estilo, o una pintura valiosa, sino que comprará ante todo los productos necesarios para su sustento. Por tanto, si les entrego más dinero, tengo que entregárselo para que puedan comprar más cosas, lo cual implica, por otro lado, la necesidad de que hayamos producido más.

Dicho en otras palabras: Si le doy más dinero, tengo, por lo tanto, que producir más carbón; si le doy más dinero, tengo que producir más alimentos; si le entrego más dinero, tengo que producir también más vestidos, más viviendas, etcétera; más alimentos y más artículos de consumo. Solo entonces tendrá sentido. De no hacerlo así, el dinero que le entregue será una mentira. Eso es muy fácil de hacer; lo único que necesito es dar una orden a una fábrica de papel: Suministren más papel al Banco del Reich y dar a este Banco una segunda orden, impriman ustedes más billetes. Y dar a los centros de trabajo la tercera: Paguen ustedes más. Y todos tendrán su papelucho; pero ninguno obtendrá nada con ellos, debido a que la producción no ha aumentado.

Por consiguiente, este conocimiento significa en nuestro caso, por sistema: Aumento de salarios, aumento de producción. No puedo dejar que ambos procesos discurran independientemente. Toda elevación en uno de ambos campos lleva aneja una elevación en el otro; de lo contrario todo será una estafa, sólo eso. Ahora se me preguntará: Bueno, pero ¿es que existe tal aumento realmente? ¡Claro que sí, naturalmente! ¿Y con qué medios se logra este aumento de la producción? Yo diría entonces: Primero por la mejor aplicación de nuestra capacidad de trabajo, por la utilización adicional de la capacidad de trabajo, por los nuevos métodos de aprovechamiento de esta capacidad de trabajo en relación con el aumento de la producción; pero, sobre todo, por tener en cuenta todo lo que la experiencia humana aconseja resultar beneficioso en la mejora de la producción en sí. Por ejemplo, yo digo a la industria alemana: “Tenéis que hacer esto y lo otro y lo de más allá”, pensando en la realización del plan cuatrienal. Si la industria alemana me contestara: “No podemos hacerlo”, entonces le diría yo: “Bien, pues entonces me haré cargo personalmente de ello, porque esto hay que hacerlo”. Pero si la economía alemana me responde “Lo haremos”, entonces me alegra mucho no tener que hacerme cargo personalmente de ello.

¿Y por qué, compatriotas? Vean ustedes: Se habla mucho de economía privada y de economía colectiva, de economía socializada y de economía basada en la propiedad privada.

Créanme ustedes que lo decisivo aquí no es la teoría, sino el rendimiento de la economía. Si nosotros hiciéramos lo que en Rusia, o sea explotar el suelo a través de la dirección del Estado, probablemente nos ocurriría lo que en Rusia: Que el rendimiento alcanzaría un diez o un quince por ciento del que tenemos en la actualidad, y que nos moriríamos de hambre. Y si ustedes me preguntan: Pero ¿por qué tiene que ser así?, yo les contestaría diciendo: Porque todo esto tendría que hacerlo con funcionarios. Y si tengo que poner un funcionario al frente de toda finca campesina, pueden ustedes estar seguros de que la

nación alemana entera se hundiría en muy poco tiempo. Tengo alguna experiencia en este terreno, sé qué se puede hacer con funcionarios y qué no se puede hacer con ellos. El funcionario, ¿saben ustedes?, no vive como un aldeano. El campesino se levanta a las tres o las cuatro de la mañana en verano y trabaja sin interrupción. El funcionario se levanta a las siete, sale a las ocho y termina a las doce, vuelve a salir a las dos y termina de nuevo a las seis. Y además, el funcionario se gana su posición con los años. Así, pues, cuando tengo un alto funcionario, en general es que ha llegado a tal sitio por medio de ascensos, o sea que la categoría la ha logrado con el paso de los años.

Todo esto es completamente distinto en la economía: Cuando uno no puede salir adelante, entonces se va al fondo y los demás no se preocupan en absoluto de él. La economía es brutal. Se ve al que ha conseguido llegar a algún sitio, pero nadie ve a los miles de hombres que se han hundido. Y el interés del pueblo exige que su economía sea dirigida por cerebros competentes y no por funcionarios. Pueden ustedes tener la seguridad de que la economía alemana iría a la catástrofe si estuviera dirigida por la burocracia. ¡No tendríamos una décima parte de la producción con que contamos actualmente!. Claro que existen campos de los que se puede afirmar que están maduros para la socialización, campos en los que sé que no puedo usar para nada la competencia comercial, campos en los que ya ha pasado en general el tiempo de las invenciones y donde, sobre todo, se ha ido formando, poco a poco, al correr de los años, una burocracia celosa de su deber. Y donde, sobre todo, no hay competencia alguna, como, por ejemplo, en las comunicaciones, etcétera.

Pero por encima de todo hay en este campo un axioma, a saber: Que lo que haya de ser inventado y donde haya que ser inventado no será jamás cosa de los funcionarios, pueden tener ustedes el convencimiento absoluto de ello. Por sistema, los funcionarios no están destinados por la Naturaleza a realizar invención alguna; no saben ni pueden. Pero ¿por qué tienen los funcionarios que realizar inventos? Eso compete a los demás... Si hoy visito una fábrica, veo humildes obreros junto al torno, junto a la fresa; ellos pueden terminar inventando algo. ¡Y cuán grande ha sido el número de inventores que así han surgido, cuán grande el número de personas que han ido subiendo poco a poco hasta alcanzar una posición privilegiada! Ahora se me puede preguntar: Pero, ¿y si más tarde no sirven para nada? Pues en tal caso, que se hundan.

Y vean ustedes, voy a examinar de nuevo las cosas desde otro punto de vista. Cuando, en el año 1933, llegamos al poder, el Gobierno que nos había precedido, el Gobierno de Von Papen, había implantado un sistema de subvención a las empresas, o sea, que cada empresario recibía cuatrocientos marcos por cada obrero que empleaba. Como quiera que tales asuntos necesitan un cierto tiempo de permanencia en el Parlamento antes de llegar a vías de hecho, y dado que siempre son conocidos antes de tiempo, resultó que tuvimos una innumerable cantidad de astutos empresarios que despidieron primero a sus trabajadores para readmitirlos posteriormente, lo que se tradujo en una ganancia de cuatrocientos marcos por cada obrero. Yo consideré "idiota" tal forma de llevar la economía y suspendí enseguida la disposición. Seguí el camino opuesto y ordené pedidos. Entonces me dijeron: "Bueno, pero dese usted cuenta: Si usted no hace esto, ¿cómo pretende que los directores de nuestra economía, cómo pretende que tal y tal fábrica respondan?". Y dije a los caballeros: "¿Qué? ¿Que no pueden responder? Mire usted: Cuando alguien recibe un pedido y no puede cumplirlo, pues entonces que se hunda, le estará muy bien empleado; ya habrá otro que lo haga. Yo no estoy aquí para facilitar subvenciones estatales a economistas incapaces. Yo hago pedidos y me es indiferente quien los cumpla. Si usted me dice que se hundirán mil porque no le subvenciono a usted, húndase usted". Así es como tiene que ser. Los inútiles y los incompetentes tienen que irse al fondo. También se hunde un obrero cuando no rinde. Y si los economistas no saben actuar, pues que se hundan. Tal es la férrea ley de la economía.

Sí, son muchos los que se han ido al fondo, aunque otros no. Pero, en cualquier caso, la producción ha aumentado enormemente. Si esto lo hubiera hecho con intervención de los funcionarios, créanme ustedes -tienen ustedes que creerme de verdad, pues tengo experiencia en este sentido-, créanme ustedes que toda Alemania sería hoy un Ministerio único. Tendría millones de funcionarios, pero probablemente andarían escasos de ideas. Sin embargo, tampoco se puede recriminar a este respecto. El hombre tiene que acreditar lo que vale, tiene que haber aprendido esto, tiene que demostrar su capacidad. Y cuando consigue algo, entonces habrá también de obtener la recompensa por lo conseguido. ¿Por qué no voy a dar más a un inventor, siendo así que la nación entera vive de él? Piensen ustedes en el hombre que ha inventado para nosotros el caucho sintético. Economiza a nuestro pueblo más de ciento treinta millones de marcos anuales que tendríamos que dar al extranjero; ahora los alemanes lo producen en el interior. ¡Qué importancia puede tener que yo a ese hombre...! Por mi, puedo darle lo que... Si alguien me dijera: "Sí, pero es que come más patatas que nosotros". Pues dejadle que se hinche de comer. ¿Qué importancia puede tener, qué significa tal cosa en definitiva? Y por mí, si se construye una casa, eso tampoco le importa nada a nadie, pues considerado en relación con la gran masa no juega papel alguno. Al contrario, éstos son los pioneros de la cultura humana, y a lo que tendemos es a que los demás vayan poco a poco alcanzando un nivel más elevado de vida. Pero esto no se consigue por medio de teorías, sino a través de una mejora continua de la producción, a través de un aumento continuo del rendimiento en todos los campos, para que así participen todos de los beneficios obtenidos.

Lo que nosotros necesitamos son inventores, son constructores, son organizadores; pero ningún funcionario. Una economía socializada pierde toda capacidad de moverse elásticamente; se vuelve perezosa y acaba por sucumbir. Es una ley inevitable. Y precisamente mi punto de vista es el de no permitir que la economía se hunda, sino que se hunda únicamente el que no sirva para nada. Desde luego, en ese aspecto no tengo compasión alguna, en ese sentido soy implacable. "Bueno -me digo-, si usted no es capaz de hacerlo, no soy yo precisamente quien le pueda ayudar. Usted no tiene en absoluto por qué dirigir unas hilaturas, o unas minas, o poseer una fábrica. ¿Por qué? Eso puede hacerlo otro. Si usted no es capaz de salir adelante, si usted no es lo bastante hábil, si usted no es capaz de encontrar pedidos, si usted no encuentra salida para sus artículos de exportación, entonces, bueno, ¡entonces húndase! Los obreros de usted encontrarán trabajo en cualquier otra empresa dirigida por gente más capaz, que sabrá

salir adelante. Yo no puedo ayudarle". También tendré que decir al individuo en cuestión: "Le doy a usted la ocasión, le facilito posibilidades de obtener beneficios, bien lo sabe Dios; pero tiene usted que dar algún rendimiento. Si usted no puede dar ningún rendimiento, bueno, pues no puedo remediarlo, no lo necesito. Es exactamente lo mismo que hace usted con sus obreros: Si uno no rinde, pues entonces tampoco lo necesita usted.". Esta es una ley de la economía y una ley muy sana, pues de esta forma logramos una continua mejora de la selección y alcanzamos un aumento de nuestra producción, como es hoy realmente el caso de Alemania. Por ello quisiera decir lo siguiente: El rendimiento y el salario que se paga por tal rendimiento redundan siempre, al fin y al cabo, en beneficio de la comunidad. Y solamente en esto se puede fundamentar una orientación económica lógica; todo lo demás es teoría, fraseología y ridiculeces. Otros han trabajado antes de nosotros con teorías; de eso ya tenemos experiencia.

Al decirles esto y al hablarles de estos conocimientos, puedo afirmar que, en la historia mundial, soy uno de esos hombres que han tenido la posibilidad -todos no la tienen- de poder probar históricamente los conocimientos y las ideas en gran medida. Y ello lo estoy probando desde hace cuatro años y medio. Cuando en 1933 llegamos al poder, encontramos a Alemania en una situación que bosquejaré a grandes rasgos. Se acababa de emprender en Alemania el camino de la inflación, es decir, se aumentaban sin cesar los salarios mientras la producción seguía estacionaria. La consecuencia era la desvalorización del dinero: Ustedes saben que, en definitiva, la hora de trabajo llegó a pagarse a un millón, luego incluso a un billón, y yo no sé a qué monstruosas cantidades de dinero; pero no se podía comprar nada con él. Entonces se emprendió el camino opuesto, o sea el de la deflación, es decir, empezaron las escaseces por todos lados; pero también fue un fracaso al no ser posible aumentar la producción; pues el aumento de la producción es siempre el punto de partida. Así, pues, la situación de Alemania en el año 1933, o digamos mejor en el año 1932 era la siguiente: Salarios muy bajos, muchísima jornada reducida, una producción muy pequeña y siete millones de parados. Estos siete millones de parados recibían un promedio de 40 marcos mensuales por parado, en concepto de subsidio, a todo lo largo y ancho del Reich. Ello significa, por consiguiente, que podíamos bastarnos con nuestra reducida producción, debido a la falta de poder adquisitivo del pueblo. En primer lugar, había siete millones de alemanes adultos, o sea, unos veinte millones de personas si calculamos también los familiares, que tenían unos ingresos de cuarenta o cuarenta y cinco marcos al mes, es decir, una capacidad adquisitiva pequeñísima. A continuación venían los trabajadores de jornada reducida, también con un poder adquisitivo muy pequeño. Y luego el resto de la masa de la población, también con salarios muy bajos. Dispongo de datos estadísticos. Y ellos me permiten demostrar, por ejemplo, que la fábrica "Krupp" tenía en 1932, antes de nuestra llegada al poder una plantilla de trece mil hombres con un salario medio mensual de 111 marcos. Hoy tiene una plantilla de 63.000 hombres sólo en Essen. Y los ingresos medios por cabeza son de ciento ochenta y siete marcos mensuales.

Como acabo de decir, en aquella época la producción era suficiente debido al pequeñísimo poder adquisitivo. Pero la consecuencia lógica fue que nuestro pueblo iba careciendo poco a poco de la alimentación adecuada. Así cuando llegamos al poder, en extensas comarcas de Turingia había niños de tres y cuatro años que aún no habían echado los dientes, debido a que estaban subalimentados; unas comarcas donde reinaba la miseria. También fue decayendo a ojos vistas la población de Baviera, del bosque de Baviera, etcétera; luego, Silesia y toda la cuenca del Ruhr. Ustedes lo saben perfectamente bien. Unas cifras gigantescas de parados por todas partes, ningún poder adquisitivo por un lado y una producción muy reducida por el otro.

¿Cuál había de ser nuestra primera tarea?. La primera tarea consistía, como dije entonces, en incorporar a estos siete millones de parados al proceso de trabajo, lo que significaba, en realidad, dar a cada obrero 90, 100, ó 120 marcos en lugar de los 45 que habían estado recibiendo por cabeza; dar 160 marcos a los capataces, y 200 ó 250 a los maestros de taller, etcétera. Pero esto sólo podía tener aplicación cuando,

como contrapartida, la producción aumenta inmediatamente de una manera extraordinaria, pues de lo contrario, la gente tendría dinero, pero no podría comprar nada. Y ello significa la desvalorización del dinero y el aumento del precio de los artículos. Es un fenómeno que se regula automáticamente. Así, pues, el siguiente paso consistía, obligadamente, en procurar rápidamente el aumento de la producción con todos los medios a nuestro alcance.

Esta política ha conducido por fin a la situación actual: El número de parados es hoy inferior al de tiempos de paz; en la paz, teníamos un promedio anual de 800.000 parados. El número de parados en el mes actual se encuentra ya prácticamente por debajo de esta cifra. Segundo: Los ingresos por salarios han aumentado en más de doce o trece mil millones de marcos. En su virtud, hemos aumentado la producción de estos valores, pues durante este tiempo se ha mantenido casi estacionario el índice total de nuestra evolución de precios, excepción hecha de un par de sectores de productos agrícolas, cuyos precios no han podido ser mantenidos, pues ello habría significado la ruina de todo el campesinado alemán. Los precios han vuelto a bajar en otros muchos sectores, por lo que de hecho... Sólo necesitan considerar, por ejemplo, los precios del pan, que han permanecido prácticamente invariables, mientras que en otros países han sufrido aumentos del cuarenta, sesenta, ciento y ciento veinte por ciento. Esto es cosa que la estábamos viendo. Por ejemplo. A nuestros obreros de París, los que trabajan en la "Exposición internacional", ha habido que enviarles casi todos los meses un suplemento, debido a la enorme elevación experimentada allí por los precios, que en parte alcanza mensualmente hasta el setenta por ciento en muchos productos. Y, ciertamente, en artículos de primera necesidad, pues me estoy refiriendo al pan, no a artículos de lujo.

Naturalmente, todo esto no ha sido tan fácil de hacer como decir en estos momentos. Naturalmente, hay también entre nosotros muchos hombres de bien que –creo- dicen "¡Viva!", cuando paso por delante de ellos; pero acto seguido se preguntan: "Señor, ¿no podría emplear esto para hacer un poco más de negocio, para obtener más beneficios, etcétera,?". Para tales románticos tenemos los comisarios de precios. Y procedemos de acuerdo con las necesidades. Y cuando las cosas se ponen mal, nosotros también procedemos con la máxima dureza: Para eso hemos creado los campos de concentración. A este respecto, no puedo andar con tribunales judiciales ordinarios. Con los tribunales, ¿saben ustedes?, estas cosas duran meses y meses; no puede ser. Si, por ejemplo, uno aumenta de la noche a la mañana el precio de los hilos, entonces tengo que decirle: "Pero oiga, ¿cómo se le ha ocurrido? ¿A qué se debe eso?" Y él me dirá: "Hombre, es que he oído que la falta de hilos..." "Bueno, ¿y cómo se le ha ocurrido la idea de aumentar el precio?". Entonces no tengo más remedio que actuar brutalmente. Habrá otro que, al oír que se habla de una posible escasez de harina, diga: "Aumentaré enseguida el precio de la sémola". Entonces tengo que decir: "Cómo se le ha ocurrido? ¿Qué justificación tiene usted para aumentar los precios?". Como he dicho, tengo, naturalmente, que intervenir siempre con dureza. Es lógico que esto moleste a muchos, pero es precisamente lo que se debe hacer.

En líneas generales, hemos mantenido esta política, y conseguido, realmente, incorporar más de seis millones de personas al proceso de la producción, con lo que, al mismo tiempo, hemos puesto a disposición de esos seis millones de seres humanos una producción paralelamente aumentada. Hemos incrementado los ingresos de nuestro pueblo en más de trece mil millones de marcos, y todo el mundo puede adquirir cosas con el dinero que recibe. No hay escaparates vacíos.

Cierto que, naturalmente, el aumento de la producción no es posible en todos los sectores. Y con ello llego al punto decisivo, a lo que hoy deseaba tratar: Yo puedo aumentar de pleno la producción de, digamos, bueno, de bombillas, o la producción de receptores de radio, o la producción de un número incontable de artículos. Pero existe un campo donde el aumento de la producción apenas es ya posible, por mucho que hagamos; y este campo es el de suministro de víveres. Yo no puedo agrandar la extensión de las superficies de cultivo de cereales. De todos modos, en la actualidad producimos ya tres o cuatro

veces más por hectárea que otras naciones. Pero todo tiene un límite. Cierto que estamos haciendo siempre nuevos experimentos, que tenemos calidades magníficas, que fabricamos nuevos y nuevos productos para abonar la tierra; pero hay un momento en que se llega al límite. Ustedes saben muy bien que hemos bajado el precio de los abonos, y si hay gente que se resiste a emplearlos, pues entonces les obligamos a que los empleen y se los enviamos, cargándoselos en cuenta, como es lógico. Y esta gente tiene que esparcir los abonos para que también aumente la producción en este sector. Pero no nos engañemos: También esto tiene un límite, pues la superficie de las tierras no aumenta. Tampoco puedo hacer que aumente la superficie dedicada al cultivo de las patatas, ni hacer más grande la superficie dedicada al trigo, pues si aumento la superficie en algún lado tengo que reducirla en otro, pues no es que dispongamos de espacio alguno vacío. En otras palabras: Aquí hay un límite.

Y en esto se centra, al fin y al cabo el plan cuatrienal. El pasado año, aquí, en la montaña, reflexioné sobre todos estos problemas y he adoptado esta grave decisión. Por eso he venido a la montaña. No he venido para estarme de brazos cruzados, sino que he venido a pensar. Habrán de saber ustedes que también se necesita tiempo para pensar, y en Berlín no se puede pensar tan bien como aquí, pues el teléfono está sonando sin parar y siempre está acudiendo gente; el uno quiere esto, el otro quiere lo de más allá, etcétera. Un ajetreo que comienza a primera hora y acaba al llegar la noche. Y así no hay manera de pensar. Pero como el pensar es también importante, pues entonces me retiro a esta montaña. Y me siento feliz cuando dispongo de un poco de paz para reflexionar sobre los problemas. El pasado año estuve reflexionando sobre este problema y llegué a la conclusión siguiente:

Primero: En algunos sectores, puedo elevar la producción indefinidamente; en otros, este aumento puede ser sólo muy reducido. Por consiguiente, he de ver la forma de emplear las divisas que obtengo, o sea la contrapartida por los productos que exporto al extranjero, en la compra de artículos cuya producción no puedo aumentar en Alemania, artículos que son alimentos en su mayoría. Por consiguiente, he de producir todas las cosas que sean factibles de ser producidas en Alemania. Además, me dije que éste es el mejor medio que puedo emplear para trasladar a un sector de producción sólido y estable las masas humanas que vayan quedando sin ocupación en el campo de la producción de armamentos. Y así, durante el pasado año, aquí en la montaña, concebí el proyecto de crear en cuatro años una base totalmente nueva para la economía alemana, al hacerla, en primer lugar, independiente de todos los productos que nosotros podamos lograr de algún modo; y en segundo lugar, al ponerle así en la mano los medios con que comprar más fácilmente lo que nosotros no podemos producir.

¿Cuál es ahora el sentido de toda esta actividad? Poco más o menos el siguiente: Me dije: Estamos importando gasolina y aceites, es decir, aceites para motores, etcétera, aceites pesados, aceites lubricantes, etcétera, por un valor de más de cuatrocientos millones de marcos anuales. Así que entonces pensé: Impondré a la economía alemana la tarea de ahorrar estos cuatrocientos millones en el transcurso de cuatro años. Tendremos que conseguirlo; y, ciertamente, partiendo de nuestro carbón. Tengo todavía en la cuenca del Ruhr cien mil hombres desocupados. El carbón es inagotable, y la capacidad existe. Daré ocupación a estos cien mil obreros, y transformaremos este carbón en aceites lubricantes, en grasas lubricantes, en todos nuestros aceites en bruto, en nuestro gasoil, en nuestra bencina. ¡Una gran tarea! Ello significa el ahorro de cuatrocientos millones en divisas, y podremos emplear estos cuatrocientos millones en comprar otros artículos para nuestro pueblo.

Segundo: Actualmente estamos invirtiendo ciento treinta millones de marcos en la compra del caucho, cantidad que aumentará en poco tiempo a ciento cincuenta o doscientos millones. Hablando con propiedad, quisiera decir que los inventores alemanes habían dado ya con el truco al finalizar la guerra. ¿Saben ustedes? Parece una cosa muy sencilla cuando se dice: ¡caucho, nada más sencillo! Coge usted carbón y coge usted cal y ya tiene caucho. Eso es muy fácil de decir. ¡Pero qué trabajo, qué esfuerzo científico y qué dedicación intelectual exige esta obra genial, lo más genial que los hombres han logrado

jamás en este campo! Y yo he dado ahora la orden de que se produzca en Alemania todo el caucho que necesitamos. Leerán ustedes estos días, habrán leído hace un par de días, que en Trípoli, por ejemplo, hemos participado en una carrera con nueve coches de fabricación alemana. Uno de los coches tuvo la mala suerte de que una piedra le averiara el radiador; pero los ocho coches restantes que participaron en la carrera han ocupado los ocho primeros puestos en lucha con todas las marcas internacionales. Y todos estos coches han corrido sobre ruedas con neumáticos de caucho sintético. Y éste mismo invierno estarán listas las dos primeras fábricas "gigantes", que cubrirán el consumo entero de caucho en Alemania. Y el año que viene estará acabada la tercera, que trabajará ya para la exportación alemana. Pero al hablarles de tales fábricas, no vayan a pensar ustedes en que se trata de fabriquitas. Son fábricas como la "LeunaWerk", instalaciones gigantescas que devoran ahora cientos de miles de toneladas de acero, y que producirán incontables decenas, centenas de miles de toneladas de caucho para nosotros. Y emplearé en estas fábricas a obreros alemanes. Y son obreros alemanes los que tengo trabajando en las minas dándoles a todos un medio de vida estable, pues el pueblo alemán es también un consumidor estable. Y así consigo que nos independicemos del extranjero.

Y una tercera cuestión: Necesitamos grasas, disponemos de muy pocas grasas. Ustedes saben que nuestra margarina procede fundamentalmente del aceite de ballena. Y además, dicho sea de paso, la mejor, pues la peor procede de aceites de semillas. En segundo lugar, tenemos que importar, para nuestro consumo de grasa, grandes cantidades de pepita de palma y, sobre todo, tenemos que importar cantidades enormes de semilla de soja. Sólo la procedente de Manchuria nos cuesta anualmente más de ciento veinte millones de marcos. Así que he dado a los industriales alemanes la orden, primero, de construir una flota de barcos balleneros, pues lo que los noruegos hacen lo podemos hacer nosotros también; a decir verdad, antes no pescábamos en Alemania sino ballenas, en lo que íbamos por delante de los demás. Hace pocos días que ha regresado el primero de estos buques gigantes, cargado hasta el tope de aceite. Actualmente ha sido botado un segundo buque de esta clase, que será puesto en servicio inmediatamente. Son gigantescas fábricas flotantes con una cabida de veinticinco mil toneladas, que cuentan con ocho a nueve buques pesqueros y, además, con buques de transporte. Transformaremos todos los productos de la ballena, todos. Y dentro de poco cogeremos nosotros mismos de un treinta a un cuarenta por ciento de todas las ballenas que entran en aguas de Alemania, porcentaje que irá ascendiendo continuamente. Esto por un lado. Por otro, tenemos que hasta ahora están siendo destinados en Alemania aproximadamente cinco millones de toneladas de patatas para la obtención de alcohol. Pero, entretanto, hemos hallado un procedimiento -inventado por nuestros científicos- que nos permite obtener azúcar del carbón y transformar dicho azúcar en alcohol. Y ahora he cambiado al sector del carbón toda la obtención del alcohol, con lo que los cinco millones de toneladas de patatas están siendo empleadas para el engorde de los cerdos, lo cual se traducirá en un aumento de las grasas disponibles en Alemania. Finalmente, todos nuestros artículos de perfumería, o sea el jabón y todo lo demás, los hemos fabricado hasta ahora con aceites de importación; pero, entretanto, hemos logrado fabricar todo esto partiendo del carbón, por otra parte, de excelente calidad, pues no hay quien pueda distinguir entre una clase y otra. Como ocurre con las demás cosas, no transcurrirá mucho tiempo hasta que estos productos sean mejores que los importados del extranjero. Y ello nos permitirá también ahorrar grasas. Además, tenemos este nuevo azúcar, elaborado en forma de melaza, que emplearemos como "pasto concentrado". Y, además, emplearemos al principio, como pasto concentrado, también la carne de ballena, hasta que logremos resolver por completo el problema de su conservación, un problema que nos llevará pocos años, que incluso quizá sea cosa de meses.

Hay otro campo, que es el de los minerales. Durante mil años hemos vivido en Alemania de nuestros propios minerales y hemos exportado siempre mineral, hasta que, de pronto, no pudimos seguir. La transformación de mineral de hierro en Alemania ha bajado a 2,7 millones de toneladas por año. Por lo

tanto, he dado la orden de elevar a veinticinco millones de toneladas por año la extracción de mineral de hierro. Actualmente hemos conseguido ya extraer catorce millones de toneladas, y la cifra de veinticinco millones será alcanzada en dos años. Además, hemos vuelto a explotar nuestras viejísimas minas de cobre, que estaban completamente abandonadas, y hemos emprendido ante todo el gigantesco camino de los nuevos materiales. Los obtenemos de nuevos metales ganados a partir de nuestras arcillas. Antes teníamos que importar bauxita. Ahora hemos descubierto un procedimiento que nos permite alcalinizar esta arcilla, y entonces los metales ligeros son obtenidos a partir de esta arcilla alemana. Disponemos actualmente de metales ligeros que no ceden en belleza a los más maravillosos de los otros, cuya única ventaja consiste en que no cambian de color.

Son gigantescas las industrias que están surgiendo. Sólo en el transcurso de pocos años serán levantadas en Alemania cuarenta y tres "gigantescas" fábricas, casi todas las cuales serán de la magnitud de la "Leuna", lo que nos permitirá independizarnos del extranjero en el aspecto económico, pues no hay forma de gobernar en modo alguno un Estado cuando está uno continuamente frente a la amenaza: "Si no hacéis esto, entonces apretamos la cuerda; si no hacéis lo otro, tiraremos por este lado de las riendas; si no hacéis lo de más allá, cerraremos el grifo, etc". Eso es insoportable y no puede ser. Nos veremos libres de esta coacción dentro de pocos años. Hoy, compatriotas, resulta difícil pronosticar qué importancia podrá tener esto en la libertad y el futuro de Alemania; pero la importancia real que posee pueden ustedes deducirla del hecho de que el extranjero lleva poco más o menos un año gritando sin cesar: "Tienen que abandonar el plan cuatrienal". Pero tengan la seguridad de que no será abandonado. "Será realizado" hasta sus últimas consecuencias.

También hemos empezado a ocuparnos en el campo de los materiales textiles. Al terminar la guerra estuvimos a punto de resolver el problema, para luego darlo de lado, pues la producción extranjera resultaba más barata y preferíamos pagar a unos millones de parados alemanes. Pero yo siempre he defendido el punto de vista de que los precios interiores no juegan papel alguno, que lo decisivo es que no tengamos obreros parados. Ahora, utilizando sustancias alemanas, estamos obteniendo productos textiles que nadie puede distinguir de los naturales, y que en muchos campos incluso son mejores. También en este sector nos independizaremos dentro de poco tiempo. Luego, hemos descubierto un nuevo material: La resina sintética. Empleando resinas sintéticas, fabricamos actualmente ruedas de engranaje cuya dureza es superior incluso a la del mejor acero y que no se desgastan en modo alguno.

Es éste un campo gigantesco, el campo que estamos cultivando actualmente, del cual les he expuesto muy superficialmente sólo un par de cosas. Y si alguien me preguntara hoy: "¿Cómo calificaría usted todo esto?", pues tendría que contestarle diciendo: "Amigo mío, ¡esto es una política económica nacionalsocialista, esto no son teorías! Los demás formulan teorías, pero nosotros estamos trabajando por todas partes en fábricas gigantescas". Quizá haya también quien me diga: "Sí, muy bien, pero, ¿por qué esas obras tan grandes? ¿Por qué esas carreteras tan enormes?". Pues porque miro hacia el futuro y, sobre todo, porque me digo que siempre resulta más barato realizar estas obras gigantescas que tener a la gente sin trabajo. Y además, ello me trae visitantes del extranjero. Volveré a recuperar lo empleado. Ustedes tendrán aquí dentro de poco un gran hotel. Espero la venida de muchos extranjeros con ánimo de conocer Alemania. Y esos extranjeros dejarán su dinero aquí. Se me dirá: "Hombre, pero, ¿encuentra usted lógico eso?". "¡Pues claro que lo encuentro lógico!", tendría yo que contestar. ¿Acaso sería más lógico que la gente se dejara el dinero en el extranjero?. Nosotros lo necesitamos imperiosamente. ¿Es que quizá nos hace algún daño que dejen su dinero aquí? Esta es una montaña preciosa. Que vengan, se queden aquí descansando y gasten aquí su dinero.

Y de paso edificaremos para recreo de nuestros compatriotas, también edificamos para ellos. ¡Por todas partes lo estoy haciendo! Construimos hoteles maravillosos, pero de paso levantamos también colosales hoteles de la "Fuerza por la Alegría". Esta es, ¿saben ustedes?, la diferencia de nuestra economía respecto a las otras. El marxismo habría despedazado y deshecho enseguida el "Europa" y el "Bremen", esos maravillosos vapores rápidos. Cada mes me presentan las cuentas, según tengo ordenado. ¿Quién viaja en ellos? ¿Viajan muchos americanos en estos barcos? ¡Estupendo! ¿Viajan muchos..., también alemanes? El que tenga mucho dinero, que se lo gaste. ¡Eso es magnífico! Pero es que también construyo tales barcos para el pueblo alemán. Ahora está siendo botado un buque que desplaza veinticinco mil toneladas, un fantástico y gigantesco buque. Y dentro de cuatro meses será botado otro. Y el año próximo se pondrá la quilla a otros dos. Yo no destruyo nada, sino que construyo.

O vayamos a otro campo. Existen otros países donde se dice: "Los baños de mar... Bueno, eso es únicamente para capitalistas" Pero yo digo: "Déjenlos; lo único que hacen es encarecerlos lo más posible con el fin de que la gente deje su dinero con la mayor rapidez posible." ¿De qué se quejan, pues? En cambio, nosotros estamos organizando para el pueblo alemán grandes viajes de placer y construyendo en Rügen un balneario marítimo con una cabida de veintidós mil personas, el balneario marítimo más grande del mundo. Y ya hemos calculado los precios, eso lo hace el camarada Ley. Ha calculado ya, por ejemplo, que un viaje de ida y regreso a este balneario desde Berlín, con una duración de ocho días, incluidos los seis días de permanencia en el balneario, costará dieciocho marcos y sesenta céntimos de marco. Ahora se me dirá: "Sí, pero sólo van unos pocos". Naturalmente que al comienzo fueron sólo unos pocos. En el primer año fueron dos millones; al año siguiente fueron tres millones; el año pasado fueron siete millones; el año que viene irán seguramente nueve millones. Y llegará un día en que vayan todos. Tengan en cuenta que sólo llevamos cuatro años y medio en el poder. Hay que darme tiempo.

Dentro de diez años, de quince, todo habrá sufrido una transformación tremenda en este aspecto. Estoy convencido de que todos los alemanes irán al mar, y todos sabrán a la perfección cómo es el mar del Norte y cómo es el Báltico, qué aspecto tiene uno y qué aspecto tiene otro. Y también vendrán a la montaña y contemplarán esto. Y entonces el pueblo alemán se aproximará recíprocamente más y más, pues este pueblo alemán es, en realidad, una comunidad de destinos, y nadie en el mundo le ayudará si no se ayuda a sí mismo.

Y también es este el sentido de nuestra política económica: Educar al pueblo para que se ayuden mutuamente. Un gigantesco problema educativo y una empresa educacional que quizá necesite de decenios; pero también la vida de un pueblo dura algo más de tres o cuatro años. Esto no se reconocía

antes, pues en las épocas en que los Gobiernos cambian cada dos o tres meses no se cree que la vida de los pueblos sea más larga. Pero los pueblos tienen una larga vida. Y es beneficioso que los Gobiernos duren largo tiempo, pues en tal caso tienen largo tiempo de que disponer.

Claro que siempre hay gente que dice: “¿Cómo puede ese hombre dar comienzo a un programa así de construcción de carreteras? ¡Pero si antes de diez años no podrá estar listo...!” Pues porque tengo el convencimiento de que el nacionalsocialismo durará mil años. Y si ustedes me preguntan: “¿Cómo, que tiene usted en Berlín un programa que necesitará veinte años para su terminación?”. “Pues sí, estará acabado dentro de veinte años”. Y si precisamente podemos hacerlo así, es porque estoy convencido de que, dentro de veinte años, Alemania será todavía más nacionalsocialista que lo es hoy. Para entonces habrán muerto ya los descontentos de hoy. Será menor el número de cabezotas. Y los que ponen reparos a todo serán tan viejos que ya no tendrán un diente y no habrá nadie que los escuche. Y entonces dispondremos de una nueva juventud a la que, desde muy pequeña, adiestraremos en los principios del nuevo Estado. Le inculcaremos de antemano nuevos pensamientos, la educaremos, haciéndola olvidar todos los prejuicios y presunciones de clase, en un socialismo cuya máxima expresión sea la de organizar un Estado en el que “todos y cada uno” de los ciudadanos tengan en la mochila el bastón de mariscal, es decir, que cada uno, sea medido con arreglo a “su” valía, con arreglo a lo que signifique para sus semejantes, y que todos gocen de la misma estimación y respeto.

Esto no puede lograrse de repente. ¿Qué quieren ustedes? Cuando se lleva mil años educando a un pueblo de forma insensata, rigiéndose por la vanidad de la clase social, el origen, los conocimientos, la instrucción, las tradiciones, las confesiones religiosas, los partidos y Dios sabe cuántos diablos más, bueno, pues entonces no hay manera de extirpar todo esto en cuatro años. Ustedes no lo comprenderían en modo alguno. Si cojo a un antiguo miembro del Partido Comunista alemán, me dirá: “¡Oiga, no quiero saber nada; déjeme tranquilo!” Y, naturalmente, si me dirijo a un viejo burgués, me dirá también: “No querrá usted que vaya yo con esa gente... porque yo he nacido siendo el señor de tal y de cual...” Entonces no me queda sino decir: “Pues quédese en la cuneta, no le necesito”. No se puede hacer nada con esta gente, créanme; hay que esperar a que se mueran. No hay forma de conseguir que cambien de pensamiento; eso resulta dificilísimo. En cambio, nosotros educamos ahora a nuestro pueblo de manera que se sienta más unido cada vez, aprovechando para ello tales viajes.

Cuando últimamente asistí en Hamburgo a la botadura de este barco gigantesco, sentí una sensación honda y distinta al verle deslizarse por las gradas. Es un acontecimiento que tiene lugar por vez primera en el mundo el de que se haya construido una cosa así para la gran masa de un pueblo, para trabajadores, empleados modestos, etcétera. Y cuando vi después pasar a estos seis vapores con las siete mil personas en sus cubiertas, y todo el mundo expresando su júbilo, pensé para mí: Fíjate, allí están todos, son maestros de taller, obreros, empleados y funcionarios. Ahora viajarán juntos durante diez días, y poco a poco se irán aproximando mutuamente. Si esto se hace durante cien años, todos se irán sintiendo poco a poco un sólo pueblo cada vez más. Ya podrá haber quien chille todo lo que quiera, ya puede haber quien incite; los unos, gritando por confesiones religiosas; los otros, por esto y aquello y lo de más allá; y los demás, por partidos y por ideologías... al final, habremos logrado que el pueblo alemán sea un verdadero pueblo, un pueblo en el que se comprenden unos a otros, un pueblo que no sea una torre de Babel, donde las personas hablan y no se entienden, o no se quieren entender mutuamente.

Esta es una gran tarea que -y ahora quisiera llegar a la conclusión- ciertamente sólo tiene sentido cuando el poder está por encima de todo y por delante de todo. No tengo por qué hablar con un comunista que me diga: “Usted lo que quiere es la guerra”. A este le podría decir sólo una cosa: “¡Amigo mío, lárguese con viento fresco a la Rusia Soviética y vea de conseguir primero la reducción del Ejército Rojo! ¡Es muy fácil! ¿Por qué no nos enseñáis cómo se hace? ¡Estáis continuamente gritando “nunca más la guerra”, pero estáis organizando un ejército potentísimo!. ¿Para qué entonces? ¡Ni el diablo quiere nada

con vosotros! No tenéis absolutamente nada que se pueda apetecer. ¡Vivís tan sucia y miserablemente que no hay persona que quiera nada con vosotros!". Pero también hay otra clase de personas, las beatas, que dicen "hombre, no hay que proceder con violencia, sino que es mucho mejor confiar en las oraciones". Pues muy bien, seguramente que en España habrán rezado también; pero no parece que les haya sido de mucha utilidad.

El Señor no protege únicamente al que sólo reza, sino al que también trabaja y lucha al mismo tiempo. Eso es lo decisivo. No vayamos a que los vagos y holgazanes se digan: "Bueno, como hay que trabajar y rezar, yo rezaré mientras los demás trabajan". No, no, lo uno y lo otro tienen que ir absolutamente de la mano. También el trabajo puede ser una oración. Quien trabaja por un pueblo (aclamaciones) y se mata a trabajar por un pueblo, rinde más y hace más a los ojos de la providencia por ese pueblo que quienes no mueven en realidad un dedo y lo único que hacen siempre es andar de aquí para allá escurriendo el hombro.

Y lo mismo he de contestar a los otros que dicen: "¿Sabe usted? Yo rechazo toda violencia, confió únicamente en el derecho, etc." ¡Ja, ja! Sabemos lo que es el derecho. Hemos estado quince años en Alemania sin saber lo que es la fuerza. ¿Dónde había quedado nuestro derecho? Créame usted que la posición que Alemania ocupa hoy en el mundo es distinta a la de entonces. También puede que me echen a veces en cara: "¡Sí, pero no nos quieren!". Bueno, en lo que se refiere al cariño, renuncio a él, ¡lo que quiero es que me respeten! y quiero que se respeten los derechos de Alemania. Ni yo ni ninguno de nosotros necesitamos que nos quieran; este es un sentimiento que no se puede traducir en dinero, esto significa que, si, por ejemplo, leo en un periódico francés que nos quieren, sólo habré de preguntar en tal caso: "¿Qué logramos a cambio?". O si lo leo en un periódico inglés. ¡Cariño! Hombre, si todavía dijeran: "¡Os queremos mucho y por ello os damos las colonias!" Hombre, magnífico, con mucho gusto por nuestra parte. Pero lo primero que dicen siempre es: "Si pretendéis que os queramos, entonces no nos reclaméis las colonias" Y yo digo: "No, entonces prefiero renunciar a vuestro cariño; lo que queremos son nuestras colonias, porque las necesitamos. No porque me divierta tener allí un par de negros; todavía tenemos salvajes entre nosotros, y no hay necesidad de ir a buscarlos a África, ¿verdad?".

No, no, lo que a mí me interesa no son los negros, sino pura y simplemente las semillas de soja, o los cacahuetes, o los cocos, o la madera, todas esas cosas que necesitamos; eso es lo que me interesa. Y no, claro está, para mí personalmente. Yo no soy ningún accionista, no tengo participación en ninguna empresa, no tengo familia; cuando cierre los ojos definitivamente, todo lo que posea volverá de nuevo a la comunidad nacional. ¡Lo quiero para el pueblo alemán! El pueblo alemán es el que lo necesita! Lo necesitan estos millones de personas si quieren vivir. No se les puede dar de comer con teorías ni con frases, sino que necesitan obtener esto para alimentarse, vestirse y sostener una familia. Para estos fines es necesario aquello. Y como estamos viendo que el mundo respeta únicamente al que tiene la fuerza, pues entonces digo: "Bueno, pues prefiero ser fuerte" Y si alguno me dijera: "Pero, ¿no os produce dolor el rearme?", a ése le contestaría: "¡Bah! Lo vamos soportando bien. Si ustedes lo resisten, también lo resistiremos nosotros". Y cuando alguno me diga: "Bueno, ¿por qué no abandonamos la carrera de armamentos?", le contestaré con esto: "Bueno, pues abandónela usted primero, que yo la abandonaré también. Esta vez lo vamos a hacer al revés. Últimamente fuimos nosotros los primeros en abandonar, pero ustedes no lo hicieron. Ahora abandonen ustedes y después lo haremos nosotros".

Lo que ahora pretendemos es defender los intereses de nuestro pueblo con absoluta frialdad y desapasionamiento. Los alemanes han estado soñando quince años con la ciudadanía mundial. ¿Han conseguido algo? ¡Nada en absoluto! ¿Se ha preocupado de ellos el mundo? ¡Sería ridículo pensarlo! Ni un dedo ha movido el resto del mundo; al contrario, azuzan contra nosotros siempre que pueden, no pensando en hacer un sacrificio práctico. ¡Valiente estupidez estas habladurías de solidaridad y hermandad, que sólo se oyen cuando se reúnen un par de archiestafadores para envolver a los pueblos en

la niebla y el humo de sus palabras! ¡Mejor es que dieran algo! ¿Qué quiere decir hermandad cuando hay una nación que tiene siete millones de parados y los otros no tienen nada que comer? ¿Quién nos ayudó en tales circunstancias? ¡Ni uno vino en nuestra ayuda! A mí no me toma el pelo ninguno de estos charlatanes; lo único que puedo hacer es pedir al pueblo alemán que no se deje nunca engañar por las frases estúpidas, necias, falsas de estos judíos internacionales. Pues son en realidad judíos los que propagan esta estafa por todo el mundo. Por desgracia, fueron muchos los alemanes que creyeron estas mentiras, unas mentiras que nos llevaron a la catástrofe.

Y se diga lo que se quiera, a la vista de los resultados generales de hoy no queda más remedio que confesar que nuestra posición actual es distinta de lo que fuera antaño. Nuestra posición es distinta en lo político, en el poder, en el precio y también en lo económico. Y hemos alcanzado esta posición únicamente porque hemos aunado las voluntades de toda la nación, porque hemos terminado con los conflictos internos. Sí, sé que muchos se han quejado, que uno se quejaba así: "... ¡llevaba tanto tiempo en el Partido Popular Bávaro y ahora lo tienen que disolver!" "Sí, cállate, también los otros han perdido su causa. Es así..." Y otro dice a su vez: "La vieja bandera..." Sí, hace mucho tiempo que los demás tienen "una" bandera, en Francia, en América, en Inglaterra, en todas partes. Pero es que nosotros hemos marchado detrás de cincuenta banderas. Ahora, ya las hemos eliminado todas. Y con ello el pueblo alemán tendrá por vez primera conciencia de su poder y de su fortaleza real. Así podrá imponer en el mundo sus derechos de otra forma a como lo hiciera antes. Y sobre todo, ¿cómo se podrían, al fin y al cabo, realizar los planes grandiosos?

Lo que antes les he esbozado de una forma tan superficial, son realmente empresas enormes, son en verdad empresas gigantescas. Dense ustedes cuenta de una cosa: ¿cómo se van a realizar estas empresas si no se cuenta con un pueblo y no se tiene decisión, energía y voluntad? ¿Cómo se podría hacer de otra manera? O si no, ¿por qué no lo han hecho los que han gobernado antes que nosotros? Porque con la ridícula banda que eran no se podía hacer absolutamente nada; eso sin tener en cuenta que aquella gente no tenía en modo alguno inteligencia para hacerlo, y que los judíos de entonces no querían tampoco hacerlo. No, hemos de tener siempre presente una cosa: Que en el mundo sólo cuenta quien está asentado en un sólido terreno propio, tanto en el aspecto político como en el económico, y también en el de las armas, en el militar. Si alguien me dijera: "Bueno, pero es que alguna vez tendrá que cambiar", debería contestarle: "Bueno, pues yo, mientras tanto, espero; no creo que viva para entonces. Tampoco usted vivirá y tampoco lo verán nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos. Habrán de transcurrir todavía algunos miles de años antes de que se cambie en este sentido. Y si no, al tiempo." Y tampoco el cambio será -cuando llegue- como algunos se lo figuran, pues una cosa es completamente segura; la primera ley que gobierna al mundo es la ley de la selección: El más fuerte y el más sano tiene concedido por la Naturaleza el derecho a la vida. Y es justo que sea así. La Naturaleza ignora al débil, al cobarde, ignora al mendigo, etc. La Naturaleza conoce sólo al que está sobre un suelo firme un suelo propio, al que sabe vender su vida y, además, venderla cara, y no al que la regala. Esta es una ley eterna de vida. Ustedes la observarán si dirigen la vista al bosque, si contemplan la vida de la pradera; verán ustedes en lucha a los seres que pueblan el mundo. Y esto lo verán ustedes a través de todos los siglos de la vida de la Humanidad, y esto lo verán ustedes hoy también, dejando aparte toda fraseología inútil "¡Ay del débil!". ¡Ay del que no tiene un suelo propio! Que no espere ayuda de nadie; para lo único que servirá es para que se aprovechen de él. Y yo quisiera que, en Alemania, por excepción, no fuéramos víctimas de tal explotación, sino que lo que pretendo es que dispongamos de nuestro propio suelo y podamos establecer nuestro derecho y, con ello, dar forma propia a nuestra manera de vivir.

Así ha sido posible imaginar la realización de esta gran obra en estos cuatro años. Se trata de principios simples, de conocimientos totalmente desapasionados, escuetos. No hay nada de especial en ello, es lo aplicable a la vida privada, a la vida social, lo aplicable a la economía y a la Naturaleza entera. No es en

realidad una teoría, sino -quisiera decir- un conocimiento natural, un conocimiento, digamos, de las leyes y condiciones primitivas de la vida; significa tener en cuenta las experiencias derivadas de la vida, nada más. Esta es la teoría económica nacionalsocialista y, por consiguiente, la realización práctica de la economía nacionalsocialista: Los éxitos que ustedes están viendo hoy, y los que habrán de ver todavía dentro de pocos años. Nuestros enemigos se enojan por ello, lo cual me parece muy bien, pues con arreglo al enojo de nuestros enemigos calculo el éxito de nuestra labor.

Ahora, al terminar, silenciaría algo si no les dijera que, lógicamente, hemos de poner, como exigencia de nuestro derecho, la condición de que se nos dé lo que nos pertenece. En contra de lo que se imaginan algunos políticos ingleses, hoy ya no vale decir: “Claro, nosotros somos cuarenta y siete millones de ingleses y necesitamos para vivir la cuarta parte del mundo. Y los rusos, naturalmente, necesitarían una extensión gigantesca para poder vivir. Y también los franceses han de tenerla, y así mismo los americanos. Y, naturalmente, también el Japón ha de poseer un territorio de expansión. Y Francia, por supuesto. Y también Bélgica ha de tener sus colonias. Y también España. Pero Alemania en modo alguno.” ¡Esto no puede ser!. Y en este aspecto, continuamente y cada vez con mayor energía, presentaré al mundo nuestra exigencia: “¡También nosotros reclamamos nuestro puesto en la vida y en las posibilidades de vivir!”. Y he de obrar así porque tengo la vista puesta en el futuro, más allá de nuestra generación, porque veo crecer a los niños y sé que llegará el momento en que ello sea imprescindible, necesariamente imprescindible.

Y sé que alcanzaremos nuestra meta con tanta mayor facilidad cuanto más unida esté la nación que marche detrás del que exige. Pues cuando es sólo un hombre el que presenta al mundo tal exigencia, este hombre no significa absolutamente nada. Pero si detrás de él hay sesenta y ocho millones de personas que “gritan” con él, el clamor se oye entonces a gran distancia. Y cuando además marcha detrás un ejército de millones de hombres, entonces llegará día en que los otros digan: “Señor, a ver si de una vez nos dejan en paz con esta continua... Vamos a ver, ¿qué hay que hacer?” Llegará el momento en que participemos en la configuración de los acontecimientos, tengan ustedes la seguridad de ello. Pues al final terminarán por decirse: “Siempre será mejor darles un pedazo que estar escuchando este griterío continuo y, además, vernos expuestos a este peligro, a esta amenaza”. Llegará el día en que los otros hablen con ellos mismos, y será entonces cuando la orientación económica nacionalsocialista habrá creado para el futuro y dado forma a las bases para la alimentación del pueblo alemán. Pero, como antes he dicho, esto no puede conseguirlo sólo un hombre -que tiene que marchar siempre en cabeza-, sino que ha de ser todo el pueblo que camine detrás de ese hombre. Y para este fin hemos creado la comunidad nacional alemana, esta comunidad indestructible que hará posible que alcancemos con facilidad en el mundo lo que un hombre solo jamás podría lograr. Al final, todos participaremos de alguna forma en los beneficios de esta actuación.

Y creo que todo el trabajo restante que llevemos a cabo no será un castillo edificado sobre arena, sino que un día llegará a tener su valor. Pues frente a nosotros se alza como objetivo inconmovible la consecución de un gran Reich con un pueblo libre, con una cultura elevada, pero, sobre todo, con una firme unión interior y una camaradería insuperable, una auténtica comunidad del pueblo. Esta es nuestra meta futura. ¿Qué clase de hombre sería el que no trabajara persiguiendo una meta que está en el futuro? Cuando muchos digan: “Es usted un iluso”, a esos sólo les podré responder: “¡So idiota! Si no hubiera sido siempre un iluso, ¿dónde estaría usted ahora y dónde estaríamos hoy todos nosotros? “yo he creído” siempre en el futuro de Alemania. Usted me dijo antaño “Es usted un iluso”. “Yo he creído” siempre en el resurgimiento del Reich alemán. Usted dijo siempre: “Es usted un loco”. “Yo he creído”, siempre en el resurgimiento del poderío alemán. Usted dijo siempre que yo era un insensato. “Yo he creído” en la eliminación de nuestra penuria económica. Usted dijo que ello era una utopía. ¿Quién tiene ahora la razón? ¿El iluso o usted?. ¡Yo he tenido razón!. ¡Y también la tendré en el futuro!”.

DISCURSO DE HITLER EN LA INAUGURACIÓN DE LA PRIMERA GRAN EXPOSICIÓN DEL ARTE ALEMÁN

(19 de Julio de 1937)

"Cuando hace cuatro años celebrábamos la solemne colocación de la primera piedra de este edificio, todos estábamos persuadidos de que no sólo se había puesto la piedra de una nueva sede, sino que acababa de ser fundamentado el presupuesto de un nuevo y auténtico arte alemán. Se hacía necesario realizar un giro en el desarrollo de toda la producción cultural alemana. Difícil había sido para muchos renunciar al nombre de "Palacio de Cristal de Munich", así como descubrir un nuevo nombre para el nuevo edificio.

Sin embargo, nosotros consideramos lícito bautizar la Casa que debía acoger en sus aulas la continuación de aquella que era la más famosa exposición del arte alemán, no con el nombre de "Nuevo Palacio de Cristal", sino con el de "Casa del Arte Alemán". Efectivamente, era necesario demostrar, incluso de esta manera, que un arte alemán existía todavía.

El hundimiento y la disolución general de Alemania no le afectaron sólo en el plano económico y político, sino también -y quizá en medida superior- en el plano cultural. Este proceso, además, no era posible interpretarlo únicamente a la luz de la derrota bélica. Catástrofes del mismo género han golpeado a menudo a pueblos y estados y, precisamente, han representado el estímulo para una purificación y una elevación interior. Aquel torrente de fango y de inmundicia que 1918 había vomitado en la superficie de nuestra existencia no había salido de la derrota de la guerra: Solamente había sido liberado por ella. Un organismo ya descompuesto en sus fibras más íntimas sólo mediante la derrota sentía toda la extensión de una descomposición interna. Desde entonces, tras el colapso de las anteriores formas sociales, estatales y culturales que todavía componían un orden aparente, se iniciaba el triunfo de aquella vulgaridad desde tanto tiempo emboscada en el fondo de todos los sectores de nuestra vida.

Naturalmente, la disolución económica fue la más sentida, ya que solamente ella podía ser constatada por la gran masa en su impresionante incidencia. La disolución política, fue por el contrario, simplemente negada o, al menos, no fue reconocida, mientras que la disolución cultural no fue ni constatada ni comprendida por una gran mayoría de nuestro pueblo .

Es interesante advertir cómo el triunfo de los slogans y de las frases hechas se inició propiamente en este periodo de colapso general y de disolución. Pero con el paso del tiempo resultaba bastante difícil combatir a través del cáncer de pálidas teorías contra el colapso económico general. En efecto, se dio un discurrir interminable de modernas conquistas de contenido socialista o comunista, de teorías económicas liberalistas, de las eternas leyes a las cuales vienen subordinadas las realidades o los límites de la economía nacional ni, sobre todo, la pobreza provocada por la desocupación de millones de individuos; ni sus efectos eran tales para persuadir de lo contrario al que se sentía atracado. Se reveló, por consiguiente, bastante más arduo ocultar mediante slogans o frases vacías el desastre económico de la nación como si había sido posible hacerlo en lo tocante al desastre político.

Los de la República de Noviembre estuvieron en condición -por lo menos en un cierto periodo tras su constitución, mediante la difusión de slogans democráticos y marxistas y también mediante continuos llamamientos a los diversos artífices de la solidaridad internacional, al trabajo de organismos internacionales, etc.- de obscurecer la inteligencia del pueblo alemán en lo referente a un colapso o una disolución política jamás verificados hasta entonces, o por lo menos de impedir que aquel midiese toda la extensión de este desastre .

Pero con el tiempo la frase hecha del peso de la coyuntura fue abatido - por otra parte, sólo en virtud de la clarificación nacionalsocialista. Cada vez eran más numerosos los hombres favorables a admitir que la

progresiva desmembración, en términos de idea del mundo y del Estado, suscitada por el marxismo demoparlamentario estaba destinada a conseguir una progresiva disolución del sentimiento unitario del pueblo y, por ello, de la comunidad nacional, y como efecto, la parálisis de la fuerza vital - interior y exterior - de nuestro pueblo. Y tal debilitamiento del órgano nacional alemán provocó en el plano internacional aquella iniquidad que alcanzó su expresión en política externa, con el rechazo a conocer a Alemania sus derechos. Tan sólo a la confianza en la falta de memoria de los hombres se debe el hecho de que hoy se intente tan a menudo, por parte de políticos o de diplomáticos extranjeros , suscitar la impresión de ser favorables a regalar ,o cuanto menos a garantizar, a una Alemania democrática - lo cual significa una Alemania gobernada a la manera democrático-marxista-parlamentaria - Dios sabe qué intereses vitales en este mundo .Pero, propiamente, tal forma de gobierno democrático-parlamentario, tomada e imitada del exterior, no consiguió impedir, hace unos años, el pisotear , exprimir y desangrar a la Alemania de entonces hasta los límites en los cuales le quedaba a nuestro pueblo poca cosa que exprimir. No: A pesar de que nuestros enemigos interiores y exteriores procuraron, por razones más bien evidentes, ocultar la debilidad alemana mediante un velo formal de frases demagógicas, en el plano internacional, la dureza de las condiciones reales empujó al pueblo alemán a educarse y a abrir los ojos sobre la vastedad de la ruina y de la disolución que - con el favor de sus ideólogos de la Sociedad de Naciones dirigidos por el mundo oriental - había sufrido.

Mayor éxito tuvo sin embargo, y sobre todo resultó más constante, la confusión de ideas sobre la esencia de la cultura, en general, y de la vida y de la destrucción cultural alemana en particular - provocada mediante slogans y frases vacías de sentido.

Es necesario decir que:

1.- La esfera de aquellos que se interesaban con conocimiento de cuestiones culturales no es, ciertamente, tan vasta como aquélla de los que debían interesarse de cuestiones económicas.

2.- En esta esfera una parte del judaísmo) había tomado posesión - más que en cualquier otra - de aquellos instrumentos e instituciones que crean y a la postre mueven la opinión pública. Esa parte del judaísmo, haciendo palanca de modo particular con su posición en la prensa, procuraba no sólo desconcertar progresivamente, con la ayuda de la denominada crítica de arte, las opiniones naturales acerca de la esencia, los deberes y el fin del arte, sino cortar la sensibilidad general que permanecía todavía sana en este sector. La inteligencia natural y el instinto humano fueron sustituidos por determinados slogans que, mediante su continua repetición, dejaron inseguros o cuando menos temerosos a gran parte de aquellos que se interesaban por cuestiones artísticas o debían juzgar acerca de sus objetivos, de forma que éstos no tuvieron el coraje combatir leal y claramente el continuo flujo de sofismas. Manipulando consideraciones de carácter general - como por ejemplo aquella según la cual el arte es internacional -, hasta el análisis de la creación artística en alguna de sus manifestaciones sustancialmente faltas de significado, se desarrollaba continuamente la tentativa de turbar la recta orientación y el sano instinto humano. Mientras por una parte se hacía pasar el arte por experiencia colectiva internacional, y por tanto todo reconocimiento de su ligazón con el pueblo venía negado, por otra parte se le vinculaba siempre más a la época - es decir: No existía un arte del pueblo, o mejor de una raza, sino tan sólo de vez en cuando un arte de la época.

Según esta concepción los griegos no crearon el arte griego, sino que es una determinada época la que la suscitó como propia manifestación. Lo mismo vale obviamente para el arte romano, que únicamente por casualidad viene a coincidir con el gran desarrollo del Imperio Romano. De modo análogo los sucesivos estadios artísticos de la humanidad no fueron obra de árabes, germanos, italianos, franceses, etc , sino , una vez más, fenómenos propios de la época. Tampoco en el día de hoy existe, por tanto, un arte alemán o francés, o japonés o chino: Existe sólo un arte moderno. Por consiguiente , el arte en cuanto tal no sólo

resulta absolutamente desarraigado de toda fuente de procedencia nacional, sino que se revela como la expresión de un determinado tiempo que hoy viene definido con la palabra "moderno", "a la moda", por lo que mañana resultará, obviamente, "no moderno" y como tal "fuera de moda".

Por tanto, mediante una concepción de este género, el arte y la actividad artística resultan en sus fines equiparables al artesano de nuestras modernas sastrerías y de los talleres de moda.

Y esto siguiendo precisamente el lema: Cada año una cosa diferente. Primero impresionismo; futurismo, cubismo, quizá también dadaísmo, etc, Resulta claro, entonces, como también para las tendencias más locas se han encontrado miles de expresiones para denominarlas. Si bajo un cierto aspecto no fuese tan envilecedor, podría resultar casi divertido ponerse a contar los slogans y las frases huecas con las que los sedicentes "estudiosos de arte" han descrito y explicado en los últimos años sus miserables productos.

Pero no menos envilecedor se reveló al constatar como, mediante estos slogans y estas idioteces, no solamente se indujo progresivamente una general sensación de incertidumbre en el juicio sobre la producción o sobre los empeños artísticos, sino como todo esto contribuyó a suscitar y a extender esa vileza y ese temor que obligaron a hombres cualificados a no contradecir este bolchevismo de la cultura, o a no oponerse a los innobles propagandistas de esta degeneración carente de contenido cultural. Ya he indicado la circunstancia de que la prensa se puso al servicio de la propaganda de este pestilente contagio de nuestra sana sensibilidad cultural y artística. Pero el hecho de mayor relieve fue que aquella corrompió progresivamente y hasta tal punto la sensibilidad de los propios lectores, que estos, sea por incertidumbre, pero sea también por vileza, no tuvieron la audacia de oponerse a esta forma de corrupción artística. Sólo entonces los astutos mercaderes de arte consiguieron ofrecer - y sobre todo valorizar - , de un día para otro, excelsos garabatos como producciones de su nuevo , y por consiguiente "moderno" arte, mientras obras de gran valor eran prontamente descartadas y sus autores silenciados como extraños a la "modernidad".

Es, en efecto, sobre este vocablo "moderno" sobre el que se basa la liquidación de todo aquello que no concuerda con tales aberraciones. Y así como desgraciadamente los vestidos no son hoy valorados en referencia a su belleza , sino a su modernidad - y por consiguiente no refiriéndose al específico valor de belleza que ellos expresan - igualmente los viejos maestros son rechazados, desde el momento en que ya no es moderno, a la moda, llevarlos ni adquirirlos. Es obvio que el artista realmente grande se rebelará contra una concepción de este género. Pero ¿cuántos artista grandes y auténticos han aparecido en cada época? Los grandes genios que el pasado nos ha transmitido resultaron también en su época los únicos elegidos entre los innumerables llamados. Todavía estos pocos, haciendo apelación a su valía , aún se habrían opuesto - como hacen también hoy - a los conceptos de "moderno" y "no moderno". De hecho, el arte auténtico es y permanece siempre en sus creaciones como un arte eterno, por tanto, sin someterse a la ley de la valoración estacional de las producciones de sastrería. Recibe reconocimiento en cuanto inmortal expresión que nace de la naturaleza íntima de un pueblo. Pero es evidente y comprensible que, comparados con esos gigantes, que deben ser considerados los verdaderos creadores y portadores de una superior cultura humana, los espíritus inferiores respiran con alivio cuando se les sustrae del peso opresivo de semejantes titanes y se reconoce en sus obras al menos la momentánea importancia que el mundo contemporáneo concede fácilmente.

El espíritu no está destinado por sus propias creaciones a la eternidad no admite de buen grado la eternidad. Por el contrario procura obscurecer en lo máximo posible a los gigantes contemporáneos que desde el pasado se proyectan en el futuro, para tener el modo de ser descubierto - también en los límites de una débil luz - por la búsqueda de los contemporáneos. Este mezquino garabateador, en el mejor de los casos, representa tan sólo una experiencia momentánea. ¡Ayer inexistente , hoy a la moda, pasado mañana ya olvidada! Y fueron precisamente estos ínfimos productores artísticos los que saludaron con

alegría la invención de la relación del arte con la época. Efectivamente, sus producciones, si - por falta de cualquier tipo de vocación - no tenían ninguna posibilidad de convertirse en manifestaciones eternas, tenían sin embargo la posibilidad de permanecer al menos como fenómeno contemporáneo.

Nada más natural, por tanto, que precisamente esta ralea de pequeños fabricantes de arte contemporáneo, procurase por todos los medios posibles de:

1.- Liquidar la fe en el vínculo con el Pueblo y la Nación y por tanto en la eternidad de una obra de arte.

2.- Evitar a la propia obra artística la confrontación con las creaciones del pasado, y estar por tanto en condición de imponer su derecho a la existencia al menos en el mundo contemporáneo.

Además la revolución de Noviembre hizo lo posible para que, siempre en la dirección de la auspiciada disolución, estás ínfimas libélulas del arte pudieran ingresar en las academias y en las galerías, así como que las nuevas promociones resultaran de la misma - o sea ínfima - estatura. En efecto, estos espíritus son tan pequeños cuanto mayor es su rencor, no sólo respecto a las creaciones de los grandes del pasado, sino también respecto a toda personalidad de elevada estatura que se proyectara en el futuro. Y son precisamente estos enanos del arte, que exigen tolerancia en la valoración de su producción, los que ejercitan la propia intolerancia en la valoración de las creaciones de los otros - y no sólo las de los artistas del pasado, sino también en la de artistas contemporáneos. Igual que ocurrió en la política, se formalizó una conjura: Del insuficiente y del mediocre en relación con el mejor pasado y el mejor presente -temido-o del mejor futuro -sólo hipotecado.

Cuán poco de positivo demostraron estar en grado de hacer semejantes individuos que maltrataron el arte que, precisamente por esto, elaboraron su léxico de slogans y de frases faltas de significado. ¡Ciertamente se mostraron competentes en este campo! No hay obra de arte que carezca de una interpretación (específicamente impresa) de su significado, el cual de otro modo hubiera quedado incomprensible. A favor de estos universales fanfarrones del artes interviene una vez más la poltronería de nuestra denominada burguesía acomodada, y en no menor medida, la falta de seguridad de aquellos que, enriquecidos fácil y rápidamente, se encontraban tan poco cultivados como para en general encontrase en situación de valorar las obras de arte y cultivados como para en general encontrarse en situación de valorar las obras de arte y que precisamente por ello, vivían en el temor de cometer despropósitos y por tanto de quedar sorprendidos de improviso por su falta de cultura. Esta ralea de productores y mercaderes de arte no encontró nada menor que hacer los unos el juego de los otros y marcar desde el primer momento a todos los que descubrían el juego o que no querían tomar parte en él como “pequeños burgueses incultos”. Pues este era el modo más seguro, por lo que se refiere al parvenu , para abatir aquel sentimiento de oposición que instintivamente aún estaba latente , ya que desde el principio se subrayaba , en primer lugar , que la obra de arte en cuestión era de difícil comprensión; en segundo lugar que precisamente por eso su precio era bastante elevado . Ninguno de estos pervenus interpretadores de arte quería, por razones fáciles de intuir, que se le dijera claramente que él no disponía de ninguna sensibilidad artística, ni así mismo del dinero para comprar una obra. Sí, podemos casi afirmar que por otra parte de este tipo de compradores lo elevado del precio demandado se convertía a menudo en la mejor garantía de la bondad del producto. Y por tanto más fácilmente se conseguía que el comprador sacara el dinero perdido si a la alabanza de tal idiotez venían unidas frases incomprensibles, desde el momento en que éste tenía siempre la secreta esperanza de que aquello que él mismo no comprendía, no podía , desde luego, ser comprendido por el vecino, por lo que quedaba para siempre la satisfacción de estar en evidente ventaja respecto al querido competidor económico también desde el punto de vista de la comprensión del arte moderno. De todas formas él no podía suscitar de esta manera la sospecha de ignorar una cosa.

Y a veces ocurre lo contrario: Desde el momento en que la cosa es por sí misma incomprensible, ¡que

notable personalidad muestra con esa actitud de reingresar entre aquellos que con su inteligencia saben resolver asimismo tan difíciles cuestiones! Sí, pronto nuestros corruptores comprendieron demasiado bien a sus estúpidos burgueses, ¡y los modernos críticos de arte que les flanquean comprendieron igualmente y con bastante rapidez lo que sucedía!

Querría por tanto realizar hoy en este lugar la siguiente precisión:

Hasta la ascensión del poder del Nacionalsocialismo existían en Alemania un arte considerado "moderno" o, más bien , como propiamente revela la esencia de este término, un arte diferente cada año. Pero la Alemania nacionalsocialista exige un arte nuevamente "alemán", y ese debe ser y será, como todos los valores creativos de un pueblo, un arte eterno. Si en vez de eso se revelase falto de tal valor eterno para nuestro pueblo, ya hoy mismo resultaría carente de un valor superior.

Cuando se puso la primera piedra de esta Casa, se inició la edificación de un templo no del llamado arte moderno, sino de un auténtico y eterno arte alemán. O mejor aún: Se edificaba una sede para el arte del pueblo alemán - y no para un cierto arte internacional de 1937, 1940, 1950 o 1960.

En efecto, el arte no encuentra su fundamento en el tiempo, sino únicamente en los pueblos.

Por consiguiente el artista no debe elevar un monumento a su tiempo, sin a su pueblo, ya que el tiempo es cosa mutable, y los años sobrevienen y transcurren. Aquél que viviera sólo en virtud de una determinada época debería venir a menos con ella. Tal carácter de caducidad debería golpear no sólo a aquel que ha nacido antes que a nosotros, sino también a aquél que hoy nace ante nuestros ojos o que sólo en el futuro alcanzará su expresión.

En cambio, nosotros, los nacionalsocialistas, conocemos solo una caducidad: La caducidad del pueblo mismo. Sus causas han sido apuntadas. Pero cuando un pueblo existe, él permanece como polo fijo en medio del devenir de los fenómenos. ¡Él es aquello que es y que permanece. El arte, por consiguiente, en cuanto expresión de la esencia de tal realidad, constituye un monumento eterno, que igualmente es y permanece, y no forma por tanto un parámetro de ayer o de hoy, de modernidad o de no modernidad, sino que forma sólo un parámetro de aquello que resulta "falto de valor" o "válido" - o, lo que es lo mismo, "eterno", "transitorio" . Y esta eternidad es inherente a la vida de los pueblos, en cuanto que éstos permanecen eternos, o sea existen.

Por tanto, cuando yo hablo de arte alemán - al cual esta Casa está destinada - percibo el parámetro de su valor en el pueblo alemán, en su naturaleza y vida, en su sentimiento, en su modo de distinguir, y percibo su desarrollo a través del desarrollo del pueblo alemán.

Está pues instalado en los límites de existencia de este pueblo también el parámetro del valor o del contravalor de nuestra vida cultural y por consiguiente de nuestra producción artística. Por la historia de nuestro pueblo sabemos que éste se constituyó por un cierto número de razas más o menos distintas, que bajo la influencia formadora de un núcleo racial dominante han suscitado el curso de los siglos este compuesto que nosotros tenemos ante nuestros ojos ahora mismo como nuestro pueblo.

Esta fuerza que un tiempo formó el pueblo, que después actúo en todo momento, resulta inherente a la misma humanidad aria que nosotros reconocemos no sólo como depositaria de nuestra cultura específica, sino también de las antiguas culturas que nos precedieron.

Es tal fórmula de composición de nuestro carácter nacional la que fija la multiformidad de nuestro típico desarrollo cultural, así como el natural parentesco que se deriva con los pueblos y con las culturas de los núcleos raciales afines que forman parte de la familia de los pueblos europeos.

Nosotros, por otra parte, que reconocemos en el pueblo alemán el resultado final de este desarrollo histórico gradual, auspiciamos un arte que se adhiera siempre muy íntimamente al proceso de unificación

de esta cohesión racial y revele pues una orientación orgánica y homogénea.

A menudo se ha planteado la cuestión de lo que significa específicamente “ser alemán”. A mi me parece que la más cualificada - entre todas las definiciones que en el curso de los milenios y por parte de muchos hombres se han dado sobre este asunto - es aquella que no intenta en absoluto establecer en primer plano una afirmación, si no que intenta más bien fijar una norma. La norma más hermosa que yo puedo escoger para significar a mi pueblo su tarea vital ya fue fijada un día por un gran alemán ¡ser alemán , significa ser claro! En este caso ser alemán, significa, lógicamente y sobre todo, ser veraz.

Una norma grandiosa, que exige la adhesión y por tanto la realización por parte de cada uno. A la sazón nosotros deducimos de esta norma un parámetro generalmente válido para establecer la justa -porque ella corresponde a la ley vital de nuestro pueblo - esencia de nuestro arte.

Siempre ha permanecido viva en nuestro pueblo la íntima aspiración a un auténtico arte alemán, en el cual han sido naturales los rasgos de esta norma de la claridad. Ella ha permeado a nuestros grandes pintores, a nuestros escultores, a aquellos que dieron forma a nuestra arquitectura, a nuestros grandes poetas y pensadores, y sobre todo, a nuestro músicos. En aquel infausto 6 de Junio de 1931, cuando el viejo Glaspalat pereció entre el fuego y las llamas, desaparecía con él el inmortal tesoro de aquel auténtico arte alemán. Románticos se llamaban, y ellos representaban los mejores exponentes de este estilo alemán de descubrir la forma auténtica y concreta de nuestro pueblo y la cualificada y clara expresión de esta ley vital percibida interiormente.

No eran únicamente los temas elegidos para ser representados los que se mostraban decisivos, por su idoneidad en expresar la naturaleza alemana, sino que sucedía lo mismo por la forma clara y sobria en la cual se expresaban tales impresiones.

No es casual, por tanto, que precisamente estos maestros fueran los más cercanos a la parte más alemana, y por tanto más neutral, de nuestro pueblo.

Estos maestros eran y permanecen todavía hoy inmortales, pues aunque muchas de sus creaciones no subsistan ya en el original, sobreviven reproducidas egregiamente en copias o en reproducciones. Como era distinto el obrar de estos hombres del penoso producir para el mercado de muchos de nuestros modernos sedicientes “creadores de arte” o de sus antinaturales garabatos y pegotes, que han encontrado el modo de ser nutridos, sostenidos y consentidos sólo en virtud de una actividad literaria igualmente carente de carácter y de pudor, pero que han permanecido de todos modos siempre íntimamente extraños al pueblo alemán en su sano instinto - es más a este le parecían una cosa monstruosa.

Esta fuerza que un tiempo formó el pueblo, que después actuó en todo momento, resulta inherente a la misma humanidad aria que nosotros reconocemos no sólo como depositaria de nuestra cultura específica, sino también de las antiguas culturas que nos precedieron.

Es tal fórmula de composición de nuestro carácter nacional la que fija la multiformidad de nuestro típico desarrollo cultural, así como el natural parentesco que se deriva con los pueblos y con las culturas de los núcleos raciales afines que forman parte de la familia de los pueblos europeos.

Nosotros, por otra parte, que reconocemos en el pueblo alemán el resultado final de este desarrollo histórico gradual, auspiciamos un arte que se adhiera siempre muy íntimamente al proceso de unificación de esta cohesión racial y revele pues una orientación orgánica y homogénea.

No pensaban en absoluto, nuestros Románticos alemanes de la época, en parecer viejos o modernos. Ellos sentían e intuían como alemanes, confiando consecuentemente en una duradera validez de su obra, duradera como la vida del pueblo alemán.

Qué tragedia, por tanto que sus obras se quemaran mientras que las obras de nuestros modernos

fabricantes de arte, que han sido hechas pasar como obras ligadas a la época, se hayan conservado por demasiado tiempo. De todas formas, nosotros nos propusimos interesarnos también por ellas como documento de la más íntima disolución de nuestro pueblo y de su cultura. Con este propósito fue organizada la exposición del periodo de la disolución, que en estos mismos días inauguramos y proponemos a la atención de los camaradas alemanes. Para muchos representará una útil enseñanza. Durante los largos años en los que veníamos ideando y por tanto construyendo en la mente y prefigurando el nuevo Reich, a menudo fui llevado a considerar las exigencias que el renacimiento de la Nación nos iba a imponer en el orden específico de la restauración de su cultura. Alemania, de hecho, debía renacer no sólo en el plano político o económico, sino sobre todo en el cultural .Sí, yo estaba y estoy persuadido de que este último plano asumirá en el porvenir un relieve aún más incisivo que los otros dos. Siempre he combatido y rechazado la opinión de los reducidos cerebros que evitaban cualquier gran plan cultural, o cualquier gran plan arquitectónico de amplias alas solo por la razón de que, según ellos, a un pueblo inmerso en una situación de ruina política económica no se le podía imponer la carga de planes de ese género.

Tras nuestra ruina, yo, por el contrario , estaba animado por el convencimiento de que precisamente aquellos pueblos que en un determinado momento tropiezan y se encuentran pisoteados por todos sus vecinos, se impone el preciso deber de poner de relieve y de expresar, con mucha más radical decisión , contra sus opresores, sus valores.

Pues el más grandioso documento del superior derecho a la existencia de un pueblo está constituido por sus inmortales creaciones culturales. Estaba por tanto determinado - si el destino nos daba la fuerza - a no cuestionar tal cosa, sino a tomar decisiones también en este campo. De hecho no a todos les es permitido comprender exigencias tan elevadas. Carece de sentido discutir con mentes estrechas y mezquinas sobre cuestiones que éstas simplemente no comprenden porque superan con creces los límites de sus horizontes.

Pero todavía más equivocado hubiera sido dejarse desviar por aquellos que, siendo por principio enemigos de un renacimiento nacional, conocían la enorme importancia de la elevación cultural y precisamente por ello intentaban en cada momento desbaratarla e impedirla.

Entre los numerosos proyectos que afloraron a mi mente durante la guerra y la subsiguiente época de disgregación, yo tuve también aquél de realizar en Munich, la ciudad con la más rica tradición en exposiciones artísticas un nuevo y gran palacio para la exposición del arte alemán a causa del infeliz estado del viejo edificio.

También en el lugar que enseguida se eligió pensaba yo hace muchos años.

Pero cuando el viejo Glaspalast encontró de imprevisto un fin tan terrible, aparte del dolor por la insustituible pérdida de los valores más elevados de la cultura alemana, se encontraba, la amenaza de que un empeño que hace muchos años yo ya había confiado al nuevo Reich como empeño entre los más importantes, fuese ejecutado por los exponentes de la peor desfiguración artística existente en Alemania.

En 1931 la asunción del poder por parte del Nacionalsocialismo aparecía todavía como una perspectiva un tanto incierta y lejana, por lo que bien escasa era la posibilidad de reservar a este Tercer Reich la edificación del nuevo Palacio de Exposiciones.

Por algún tiempo, pareció que los “hombres de Noviembre” tuvieron la intención de dotar a la exposición de arte alemán de Munich de un edificio que, si bien poco tenía que ver con el arte alemán, habría en cambio reflejado las condiciones y el espíritu bolchevique de aquellos tiempos. Tal vez alguno de vosotros se acuerda de los proyectos de la sede, prevista en el viejo Jardín Botánico, ahora tan espléndidamente arreglado.

Un objeto muy difícil de definir: ¡un edificio que excelentemente habría podido ser una hilandería sajona, o quizá el mercado cubierto de una ciudad de medianas dimensiones , o también una estación ferroviaria, pero en el fondo también una piscina!. No es necesario que os diga cómo sufría yo entonces con el pensamiento de que a una desgracia se hubiera unido la otra. Y cómo quedé verdaderamente contento, feliz más bien, por la temerosa falta de decisión por parte de mis adversarios políticos de la época. Quizá sólo en ella reposaba la esperanza de poder confiar todavía al Tercer Reich, como su primera obra grandiosa, la edificación de un palacio para las exposiciones de arte en Munich.

Todos vosotros comprenderéis porqué un dolor sincero e intenso me ocupa en estos días, por el pensamiento de que la Providencia no nos ha permitido vivir este día junto al hombre - uno de los más grandes arquitectos alemanes - que inmediatamente después de la forma del poder puso a punto los proyectos de esta obra. Cuando me presenté al profesor Ludwig Troost, que ya había proyectado los edificios del Partido , con la demanda de construir un edificio de exposiciones en este lugar este hombre fuera de lo común ya había preparado una serie de bosquejos generales para un edificio de este tipo - sobre la base de las prescripciones de las leyes de entonces- situado en el área del viejo Jardín Botánico.

¡También estos proyectos revelaban su arte eminente!

No obstante esto, él no comunicó de ninguna manera al jurado de entonces como proyecto para el concurso, convencido en efecto - como me dijo amargamente - de que habría resultado inútil presentar tales trabajos al juicio de una comisión en la que todo arte cualificado y eminente era considerado una monstruosidad , y para la cual la bolchevización -o sea la disgregación en el caos de toda nuestra vida alemana , incluida la vida cultural - se convertía en el objetivo más elevado y en el fin último. Así que la opinión pública no llegó a saber nada en torno a estos proyectos. Sólo después ha sido conocido el nuevo proyecto que ahora surge ante vosotros en estado de ejecución.

Y esta nueva idea arquitectónica - me lo debéis reconocer todos- representa una obra realmente artística y elevada. Constituye una entidad casi única y original, que no puede ser confrontada con ninguna otra.

No es ningún edificio respecto del cual se pueda afirmar que aquél es el modelo del cual este representaría la copia. Como todas las creaciones arquitectónicas realmente grandes, esta Casa se revela como única e inolvidable, y no sólo queda impresa en la memoria de cada uno por su originalidad, sino que con ella ha nacido un monumento: Sí, bien puedo afirmarlo, un auténtico monumento para esta ciudad y para el arte alemán.

Esta obra magistral, además, es tan elevada en su belleza como funcional en sus aparejos y dispositivos, sin necesidad de elevar al séptimo cielo cualquier útil exigencia técnica. ¡Es un Templo del Arte, no una fábrica, no una central de calefacción, ni una estación ferroviaria , ni una central eléctrica!

Pero al objetivo propuesto y a las condiciones requeridas son conformes no sólo este grandioso y único proyecto artístico, sino también el noble material adoptado y la rigurosa y responsable ejecución. Y precisamente la rigurosa ejecución distingue la gran escuela del maestro desaparecido, el cual quería que esta Casa resultase no un mercado cubierto de mercancías artísticas, sino un templo del arte. Y su sucesor, en profesor Gall , ha mantenido con fidelidad y llevado adelante genialmente en esa dirección la herencia de esta obra, aconsejado y asistido por una mujer que con justo orgullo porta no sólo el apellido , sino también el título de su esposo . Y es necesario añadir en tercer lugar al arquitecto Heiger. Lo que ellos han proyectado, los trabajadores y artesanos alemanes lo han ejecutado con su bien hacer y su arte.

De aquí ha salido una sede cualificada para ofrecer a las producciones artísticas más elevadas la ocasión de manifestarse al pueblo alemán. La edificación de esta Casa debería, por tanto, constituir un revulsivo: Y debería representar el fin del modo caótico y desordenado de construir que hemos cargado sobre nuestras espaldas. Un primer y nuevo edificio que puede ser dignamente inserto en el conjunto de las

inmortales creaciones que han dado vida a la historia del arte alemán.

Ahora comprenderéis que no basta con proveer al arte alemán de una sede que expresa tanta dignidad, claridad y veracidad - por lo cual justamente hemos podido designarla con el nombre de Casa del Arte Alemán - , sino que es necesario lo que de ahora en adelante la muestra misma constituya un giro respecto al proceso de disolución artística, pictórica y plástica que hemos visto.

Si me atribuyo el derecho de expresar un juicio, de manifestar mis opiniones y de actuar consecuentemente, yo invoco un derecho que no proviene sólo de mi postura respecto al arte alemán, sino también, y sobre todo, de mi específica contribución a la restauración del arte alemán. De hecho solamente este Estado actual - que yo, junto con mis camaradas, hemos conseguido construir a través de una larga y áspera batalla contra oleadas de opositores - ha provisto también al arte alemán de grandiosos presupuestos para un nuevo y vigoroso florecimiento.

No han sido, en verdad, los pintores académicos bolcheviques o sus satélites literarios quienes han puesto los fundamentes para la existencia de un nuevo arte, o más simplemente garantizar la supervivencia del arte en Alemania - sino nosotros , nosotros que hemos hecho surgir este Estado y desde entonces proveemos el arte alemán de los potentes instrumentos de los que tiene necesidad para existir y desarrollar su propia actividad creadora. Y sobre todo nosotros, desde el momento en que hemos dado al arte nuevos y grandiosos objetivos.

Si en toda mi vida no hubiese hecho otra cosa que promover la realización de este edificio, habría ya hecho a favor del arte alemán más que todos los miserables escritos de nuestros periódicos judaizantes o que los pequeños pintores de brocha gorda que, previendo su propia caducidad , no encontraban otra razón idónea para apoyar las propias creaciones que la exaltación de su modernidad.

Pero estoy seguro de que , aun sin contar este nueva obra , el nuevo Reich Alemán hará surgir un florecimiento sin precedentes del arte alemán , porque nunca hasta ahora le habían sido propuestos a éste objetivos tan elevados , como hoy ocurre en este Reich y como sucederá en el futuro . Y nunca como en la Alemania nacionalsocialista el arte ha sido dotado de medios tan grandiosos.

Verdaderamente, si hoy hablo ante vosotros, hablo también como representante de este Reich, y así como estoy persuadido de la eternidad de este Reich - el cual no es otra cosa que el organismo viviente de nuestro pueblo - , estoy también persuadido de la eternidad del arte alemán , y por tanto de la necesidad de actuar en su favor . Por consiguiente el arte de este nuevo Reich no será valorado en referencia a criterios de viejo o de moderno, sino que deberá, como arte alemán , adquirir la propia inmortalidad ante nuestra historia . Porque el arte no es una moda. Igual que mudan poco la esencia y la sangre de nuestro pueblo, en la misma medida el arte debe abandonar el carácter de la caducidad, para resultar en cambio, en sus mejor creaciones, la expresión viva y digna del ritmo vital de nuestro pueblo. Nada tienen que ver con nuestro pueblo el cubismo, dadaísmo, futurismo, impresionismo , etc. Todas estas concepciones no son ni viejas ni modernas: No constituyen otra cosa que el falso balbucear de hombres a los que Dios ha negado la gracia de una auténtica capacidad artística, concediéndoles por el contrario la capacidad del chismorreo y el embrollo.

En este momento quiero declarar que es mi radical e inmutable intención desembarazar de ahora en adelante -así como con el desorden en el campo político - la vida artística alemana de las frases vacías.

“Obras de arte” que no logran ser comprendidas por si mismas , si no que exigen antes de nada sofisticadas instrucciones de uso - a fin de justificar la propia existencia- , con el objetivo de engañar a la persona timorata que supinamente acoge una vacuidad tan insulsa e impúdica , ¡no encontrarán más, de ahora en adelante, el camino del pueblo alemán!

Todos estos slogans - “experiencia interior”, “sentimiento potente”, “voluntad robusta”, “percepción

cargada de futuro", "interioridad emblemática", "cronología vivida", "genuismo primitivismo", etc.- todas estas expresiones estúpidas y artificiosas , estas frases hechas y estos charloteos vacuos no representarán ya ninguna justificación -ni, por añadido, una señal - para productos absolutamente desprovistos de valor y que llevan la marca de la impotencia.

Si alguno posee una voluntad robusta o una experiencia interior, puede expresarlo mediante sus obras y no mediante el parloteo-

A todos nosotros interesa mucho más la capacidad que la denominada voluntad.

Por tanto, el artista que tenga intención de exponer en el futuro en esta Casa o en Alemania , en general , bebe apostar sobre la propia capacidad ¡La voluntad está descontada a priori!

Sería el colmo, en efecto, si un hombre cargara a los propios connacionales con obras con las cuáles en el fondo él no quisiera expresar nada. Si estos charlatanes huecos intentan dar ahora a sus obras un estilo para expresar una nueva época, podemos desmentirles afirmando que no es el arte el que determina una nueva época, sino que es la vida general de los pueblos la que se manifiesta en términos nuevos y tiende por ello a nuevos módulos expresivos. Pero todo aquello que en Alemania, en los últimos decenios se refería a arte nuevo no ha sido comprendido en los nuevos tiempos alemanes. Los forjadores de los nuevos tiempos, en efecto, no están representados por los literatos, sino por los combatientes: Son aquellos que forman y guían al pueblo y que por ello hacen la historia.

Pero se trata de méritos que artistas y plumíferos miserables y desordenados difícilmente llegarán a reconocer en si mismo.

Es en todo caso impudicia o idiotez difícilmente comprensible, proponer en los tiempos actuales obras que tal vez habrían podido ser ejecutadas hace diez o veinte mil años o más por un hombre de la edad de piedra. Estas se refieren a un primitivismo artístico olvidado totalmente, a no ser que el objetivo del arte sea retroceder en desarrollo de un pueblo, o que su único objetivo sea el de traducir en símbolo este desarrollo viviente.

La nueva época en curso considera la creación de un nuevo tipo de hombre. En innumerables campos del vivir enormes esfuerzos se han consumado para elevar al pueblo, para formar en un sentido más sano y, por consiguiente, más bello y más robusto, a nuestros hombres, jóvenes y niños, a nuestras mujeres y muchachas. Y un nuevo sentimiento del vivir, una nueva alegría de vivir brotan de esta fuerza y de esta belleza - La humanidad no se encontró nunca como hoy tan cercana al mundo antiguo en sus manifestaciones exteriores y en su sentir. Juegos deportivos, competiciones y carreras fortalecen millones de cuerpos jóvenes y ofrecen a nuestra mirada formas e imágenes que en varios milenios no habían sido admiradas ni tampoco figuradas. Asistimos al nacimiento de un tipo humano admirablemente bello, que tras las más altas obras de trabajo celebra la máxima antigua: ¡áspera semana, pero fiesta gozosa!

Este tipo humano que ha aparecido ante el mundo entero por primera vez el pasado año, durante los Juegos Olímpicos, en su espléndida, orgullosa fuerza y salud -este tipo humano, queridos balbuceadores prehistóricos del arte, representa el tipo de la nueva época. Y vosotros ¿que producís? ¡Lisiados deformes e idiotas, mujeres que suscitan únicamente horror, hombre más semejantes a las bestias que a los hombres , niños que , si viviesen en el modo en el que ha sido figurados , se creerían simplemente una maldición de Dios! Y estos espantosos diletantes tienen la osadía de mostrar todo esto al mundo contemporáneo como arte de nuestra época, más bien como manifestaciones de aquello que forma la época actual y a ella impone el propio sello.

No se me vaya a decir que estos artistas imaginan en estos términos. He visto entre las obras enviadas algunas pinturas respecto a las que es necesario suponer que el ojo señala a determinados individuos las cosas de modo diverso al real; o hay que suponer que efectivamente existen individuos que ven las actuales figuras de nuestro pueblo como auténticos idiotas y que perciben - o como ellos afirman: Experimentan - los campos esencialmente azules, el cielo verde, las nubes de color azufre ,etc.

No tengo la intención de dejarme implicar en una discusión para valorar si estos ven o perciben verdaderamente de este modo, o si no, pero puedo impedir, en nombre del pueblo alemán , que estos desgraciados merecedores en verdad de compasión, los cuales sufren evidentemente de trastornos en la visión, intenten imponer violentamente al mundo contemporáneo, como realidad, los efectos de su desviaciones perceptivas o quieran proponerlos como “arte”.

No, aquí, sólo hay dos posibilidades: Es admisible que estos sedicentes “artistas” vean realmente las cosas de esta manera y estén por eso convencidos de aquello que representan - y en tal caso sería necesario investigar si sus desviaciones visuales han sobrevenido por vía mecánica o a consecuencia de factores hereditarios. En la primera hipótesis estamos sinceramente entristecidos por estos desgraciados; en la segunda hipótesis, el hecho tiene relevancia para el Ministerio del Interior del Reich, que debería preocuparse de impedir cuanto menos una ulterior transmisión hereditaria de alteraciones tan atroces. O tal vez ellos no crean de hecho en la realidad de estas impresiones, pero por otras razones procuran atormentar a la Nación con semejantes charlatanerías; en tal caso es cuestión de un comportamiento que cae en el ámbito de aplicación del derecho penal.

Esta Casa, de todos modos, no ha sido ideada ni realizada pensando en las obras de esta chusma de

impotentes o de estupradores del arte.

Sobre todo, aquí no se ha trabajado cuatro años y medio, no se ha pretendido de miles de trabajadores prestaciones de elevada cualidad, para exponer producciones de individuos que por otra parte resultaban tan perezosos como para ensuciar una tela en cinco horas, con el convencimiento de que la desvergonzada exaltación de ésta como parte fulminante de semejante genio habría ciertamente hecho efecto y puesto las premisas para su acogida. No: A la escrupulosidad del constructor de esta Casa y a la escrupulosidad de sus colaboradores debe acomodarse también la escrupulosidad de aquellos que quieran estar representados en esta Casa. ¡No me importa absolutamente, por ende, que estos pseudoartistas cloqueen alternativamente alrededor de los huevos que han puesto, o que expresan sus opiniones o que se abstengan!

¡El artista, en efecto, no crea sólo para el artista, sino que crea, como todos, para el pueblo!. Y por esto de ahora en adelante debemos hacer de modo que sea precisamente el pueblo el llamado nuevamente a valorar su arte.

Y que no se nos vaya a decir que probablemente el pueblo no dispone de la necesaria sensibilidad hacia un auténtico y elevado enriquecimiento de la propia vida cultural. Mucho antes de que los críticos reconociesen según justicia el genio de un Richard Wagner, éste tenía ya al pueblo consigo. Por el contrario, el pueblo no ha tenido en estos últimos tiempos nada que ver con el sediciente arte moderno que le era propuesto, no tenía con él vínculos de ningún tipo. En algunas ocasiones visitaba las muestras de arte con una actitud de total distanciamiento, pero sobre todo permanecía alejado. A través del propio sentir sano, la masa discernía en todos estos garabatos lo que en efecto son: El parto de una presunción desvergonzada y descarada o de una ineptitud impresionante. Millones de seres que forman parte de este pueblo saben con instinto profundo y segura percepción que el balbuceo artístico de estos últimos decenios - afín a las toscas creaciones de los niños de 8-10 años carentes de ingenio - no podía ser de ninguna manera considerado como expresión de la época actual o hasta de la Alemania futura .

En cuanto sabemos que cada hombre en singular refleja la evolución de millones de años, recogida en pocos decenios, tenemos la demostración de que una producción artística que no supere el estadio de las creaciones de niños de ocho años , no resulta moderna , y mucho menos , “densa de futuro”, sino por el contrario absolutamente retrasada. Efectivamente, se coloca mucho más atrás del periodo en el cual los hombres de la edad de piedra grababan sobre las paredes de las cavernas el campo visual circundante. Estos ineptos no son de hecho modernos, son decrépitos, mezquinos atrasados para los cuales no hay lugar en la época actual.

Yo sé también que, cuando el pueblo alemán visite estas salas, verá una vez más en mi a su portavoz y su consejero. El estará en posición de verificar que por primera vez en varios decenios es posible descubrir no el fraude artístico, sino la creación auténticamente, francamente artística. Así como ya ha demostrado su aprobación a nuestros edificios, él expresará la propia y gozosa adhesión - junto con una espontánea liberación - también respecto a esta purificación del arte.

Y esto representa el elemento decisivo, ya que un arte que no está en condiciones de apoyarse sobre el más gozoso y espontáneo consenso de la masa, sana masa popular, sino que se apoya sólo en cerradas pandillas - movidas en parte por el interés, en parte por el tedio - resulta insoportable . Este mira a turbar la sana, instintiva sensibilidad de un pueblo, antes que a tonificarla. Por tanto suscita sólo desdeño y aversión. Estos miserables individuos querrían invocar el hecho de que también los grandes maestros del pasado no habían sido comprendidos en su tiempo. No: Eran más bien los críticos mezquinos - esto es literatos cultos, una vez más - los que al importunar y vejar a aquellos genios los alejaban de su pueblo.

De todos modos tenemos la certeza de que el pueblo alemán estará nuevamente en situación de acoger con profunda y total simpatía a los auténticos grandes artistas alemanes que harán en breve su aparición.

Él volverá sobre todo a estimar el digno trabajo y la disciplinada diligencia , la tensión en el ir al encuentro del ser en función del sentimiento de nuestro pueblo , inspirándose en el más íntimo substrato alemán. Así debe ser el empeño de nuestros artistas. Ellos no deben trabajar lejos de su pueblo, si no quieren que su camino les conduzca rápidamente al aislamiento.

Esta exposición representa hoy un inicio.

Pero un inicio - estamos persuadidos- necesario y prometedor, que mira también en este sector a provocar el beneficio revulsivo que ya en tantos otros sectores ha tenido éxito.

Sobre este punto, en efecto, nadie debe alimentar ilusiones: Al Nacionalsocialismo ha asumido ir irrevocablemente el empeño de liberar al Reich Alemán - y , por tanto a nuestro pueblo y a su vida - de todas las influencias que se manifiestan como nocivas para nuestra existencia y aunque esta obra de restauración no se realizará en un sólo día, ninguna manifestación referente a tales influencias corruptoras podrá alimentar ilusiones respecto al hecho de que más pronto o más tarde también para ella sonará la hora del fin.

Mediante la apertura de esta muestra el fin de la demencia artística, y por tanto de la disgregación de la cultura de nuestro pueblo, ha comenzado.

Desde este momento nosotros promovemos una implacable lucha de restauración contra los elementos residuales de la descomposición de nuestra cultura.

Si existía alguno entre ellos que esperaba ser destinado a algo más elevado, ha dispuesto de cuatro años para demostrarlo. Pues cuatro años nos resultaban así mismo suficientes para estar en grado de emitir un juicio definitivo. Ahora - yo os lo aseguro - todas aquellas pandillas de jactanciosos, diletantes y estafadores del arte que sacaban su sustento del hecho de asociarse las unas a las otras, han sido desalojadas y sofocadas. Estos hombres de cultura de la edad de piedra, estos artistas en edad del balbuceo, pueden, por nuestro gusto, retornar a las cavernas de sus antepasados y realizar allí sus primitivos garabateos cosmopolitas.

La Casa del Arte Alemán de Munich ha sido edificada por el pueblo alemán para el arte alemán.

Con gran alegría puedo advertir como desde ahora - junto a muchos maestros cualificados pero no más jóvenes, impedidos y aterrorizados hasta hace poco tiempo, pero que han permanecido constantemente y esencialmente alemanes - nuevos maestros se están revelando entre nuestros jóvenes. Una visita a esta exposición os permitirá descubrir muchas obras que nuevamente expresan el lenguaje de lo bello y de lo sobrio , que os agradarán y que reconoceréis como válidas. En modo particular, el nivel de las obras gráficas enviadas hasta ahora, resulta extraordinariamente elevado y nos deja satisfechos. Muchos de nuestros jóvenes artistas, en casa caso, sabrán encontrar el camino justo partiendo de aquello que se expone y lograrán quizás obtener de la grandiosidad de la época en la cual todos nosotros vivimos nuevos motivos inspiradores, pero sobre todo el ardor para un proceder riguroso y, por tanto, eficaz en sus consecuencias.

Y si al fin también en este sector el sacrosanto bien hacer reencuentra su plena carta de naturaleza, estoy seguro de que el Omnipotente suscitará nuevamente, en el conjunto de estos cualificados creadores artísticos, alguna singular personalidad, elevándola al firmamento de los artistas geniales e inmortales de las grandes épocas.

¡En efecto, nosotros no creemos que el tiempo de la energía creadora de las singulares personalidades de genio se haya agotado con los grandes hombres de los siglos pasados y que estemos asistiendo al surgir de una época marcada por légamo de lo colectivo!. No: Estamos convencidos de que precisamente en este tiempo, en el que notamos el nacimiento de las más elevadas creaciones individuales en tantos sectores, los más elevados valores de la personalidad se revelarán nueva y victoriosamente también en el

sector del arte.

No puedo por tanto expresar otro auspicio, en este momento, sino aquel de que en los siglos futuros esta Casa estará nuevamente en disposición de mostrar al pueblo alemán, en sus salas, numerosas obras de grandes artistas, así como de colaborar no sólo a la gloria de esta verdadera ciudad del arte, sino también al honor y al rango de la toda la Nación alemana.

Declaro por tanto abierta la Gran exposición del Arte Alemán de Munich 1937.

DISCURSO CON MOTIVO DE LA VISITA DE BENITO MUSSOLINI A ALEMANIA. CAMPO DE MAYO.

(28 de Septiembre de 1937)

Esto no es una reunión del pueblo, sino una manifestación del pueblo. Su significado más profundo es el sincero deseo de garantizar a nuestros países la paz, que no es el premio de la vileza renunciadora, sino el resultado de una consciente defensa de nuestros valores espirituales, materiales y culturales. Por ello nosotros creemos servir del modo mejor a aquellos intereses que más allá de nuestros pueblos deberían ser verdaderamente los intereses de toda Europa.

Esta manifestación es exacta medida del camino recorrido. Ningún pueblo puede desear la paz más que el pueblo alemán, porque ningún pueblo mejor que el pueblo alemán tiene conocimiento también de las terribles consecuencias de la doblez y de la ciega credulidad.

Quince años han transcurrido antes de la llegada del Nacionalsocialismo al poder, y representan una cadena sin fin de opresiones, de chantajes, de repulsas a reconocer nuestros derechos, y por último un período de indecible miseria moral y material. Los ideales del liberalismo y de la democracia de nuestro país no han salvado a la nación alemana de las más graves violencias que la historia recuerda.

Así el Nacionalsocialismo tuvo que erigir un ideal diferente y más eficaz para restituir a nuestro pueblo aquellos elementos directivos que, después de un decenio, le han sido negados.

En aquel período de amarguísimas pruebas -y esto debo proclamarlo delante del pueblo alemán y de todo el mundo- Italia y en especial, la Italia fascista, no han tomado ninguna participación en las humillaciones inflingidas a nuestro pueblo. Ella supo, en aquellos años, mirar con comprensión las reivindicaciones de una gran nación que pedía la paridad de los derechos como necesarios a nuestra vida material y también a nuestro honor nacional. Esto nos ha colmado ahora de sincera satisfacción, al ver llegar el momento en el cual podemos recordar esto, como yo creo lo hemos recordado.

De la comunidad en la revolución fascista y la nacionalsocialista ha nacido una comunidad no sólo de ideas, sino también de acción. Esto es una fortuna, en un tiempo y para un mundo en el cual está por todas partes visible la tendencia a la destrucción y a la deformación.

La Italia fascista, por obra de la genial actividad creadora de su constructor, ha llegado a un nuevo imperio. Benito Mussolini habrá constatado, por otra parte, con sus propios ojos, en estos días, que con el Estado Nacionalsocialista también Alemania ha vuelto a ser, con su economía nacional y con su fuerza militar, una potencia mundial.

Las fuerzas de estos dos países constituyen hoy la más segura garantía para la conservación de una Europa que posee todavía el sentido de su misión civilizadora y que no está dispuesta a desaparecer disuelta por obra de elementos destructores.

Los que estamos aquí reunidos en esta hora, o los que en el mundo nos escuchan, deben reconocer que nuestros dos regímenes nacionales se han encontrado con una recíproca feb y solidaridad, al mismo tiempo que las ideas internacionales, marxistas y democráticas en todas partes ofrecen, sobre todo,

manifestaciones de odio y con él la división de los espíritus.

Toda tentativa de querer distanciar o escamotear esta comunidad de pueblos intentando, con maniobras, dirigir a uno contra otro sospechas o con insinuaciones de falsos objetivos, está destinada a chocar contra el deseo de 115.000.000 de hombres, que dan la vida, en estos momentos, a esta manifestación y también, especialmente, contra la voluntad de dos hombres que aquí están y hablan.

LAS 99 CITAS MÁS FAMOSAS DE ADOLF HITLER

-	¿Existirá algún tipo de suciedad o despilfarro, especialmente en la vida cultura, que no involucre a algún judío? Incluso si cortas la historia de manera cuidadosa encontrarás siempre a un gusano como si se tratara de un cuerpo en descomposición.
-	Al comenzar y dirigir una guerra no es el derecho lo que importa, sino la victoria.
-	Al que no tiene la fuerza, el derecho en sí no le sirve de nada.
-	Alemania será un poder mundial o no será en absoluto.
-	Ante Dios y el mundo, el más fuerte tiene el derecho de hacer prevalecer su voluntad.
-	Antes de volver a entrevistarme con Franco prefiero que me arranquen las muelas. *(Hendaya)*
-	Aquel que quiera vivir debe luchar. Y quien no quiere luchar en esta vida, donde la lucha permanente es la ley de la vida, no tiene derecho a existir.
-	Aquel que se gane a la juventud, se gana el futuro.
-	Con humanidad y democracia nunca han sido liberados los pueblos.
-	Conmigo se va la última esperanza del mundo, las democracias occidentales son decadentes, el comunismo, con gobiernos más autoritarios, a la larga, acabará conquistando el mundo.
-	Creo hoy que estoy actuando de acuerdo con el Creador Todopoderoso. Al repeler a los judíos estoy luchando por el trabajo del Señor.
-	Cuando la diplomacia termina, la guerra empieza.
-	Cuando se haya eliminado el peligro comunista, volverá el orden normal de las cosas.
-	Cuando se inicia y desencadena una guerra lo que importa no es tener la razón, sino conseguir la victoria.
-	Cuanto más conozco al hombre más quiero a mi perro *(Se refería a Blondi, su perra de raza pastor alemán. Cita original de Diogenes de Sinope)*
-	Debe procurar que sólo engendren hijos los individuos sanos, porque el hecho de que personas enfermas o incapaces pongan hijos en el mundo es una desgracia, en tanto que el abstenerse de hacerlo es un acto altamente honroso.
-	Debo cumplir con mi misión histórica y la cumpliré porque la Divina Providencia me ha elegido para ello.
-	Despertar pasiones solo es atributo de quien en sí mismo siente el fuego pasional.
-	Después se arrepiente uno de haber sido tan bueno.
-	Detrás de la economía también debe haber poder, dado que solamente el poder garantiza la economía.

-	Dios sabe que yo quise la paz. *(En respuesta a la negativa de Winston Churchill de establecer una paz negociada poco antes de la invasión a Polonia)*
-	Dios Todopoderoso creó nuestra nación. Al defender su existencia, defendemos su trabajo. *Pronunciada en un mensaje de radio el 30 de Enero de 1945.*
-	El Dios de la guerra se ha ido al otro lado. Pronunciada después de la derrota en la Batalla de Stalingrado.
-	El Estado debe declarar al niño como el tesoro más preciado del pueblo. Si el pueblo percibe que el gobierno trabaja para el beneficio de los niños, soportará casi cualquier restricción a la libertad y cualquier tipo de privación.
-	El futuro será mejor mañana.
-	El golpe más fuerte recibido por la humanidad fue la llegada del Cristianismo. El bolchevismo es el hijo ilegítimo del Cristianismo y ambos son invención de los judíos.
-	El grito de una ametralladora de doce pulgadas es mucho más penetrante que el siseo de mil periódicos judíos. Por eso, deja que sigan con su siseo.
-	El hombre fuerte es más poderoso cuando está solo.
-	El judío ahuyenta por la fuerza a todos sus competidores.
-	El juego de rol es una construcción colectiva del relato.
-	El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de inactividad; es una doctrina de lucha. No es una doctrina de goce, sino una doctrina de esfuerzo y de lucha.
-	El Partido Nazi no deberá convertirse en el alguacil de la opinión pública, deberá dominarla. No será un sirviente de las masas sino su amo.
-	En España siempre se encontrará a alguien dispuesto a servir los intereses políticos de la Iglesia, como Serrano Súñer. Ya en mi primera entrevista con él experimenté un sentimiento de repulsión. Evidentemente Franco no tiene personalidad para enfrentarse a los problemas. La mayor tragedia de España fue la muerte de Mola. Este era el verdadero cerebro, el verdadero jefe. Serrano Súñer es en realidad el enterrador de la España moderna.
-	En este momento, una empresa que por sus dimensiones puede ser comparada a las más vastas que el mundo jamás haya conocido, está a punto de realizarse. Una vez más, hoy he decidido poner la suerte y el futuro del Reich y de nuestro pueblo en manos de nuestros soldados. Que Dios les ayude en su lucha.
-	Es falso que yo o que cualquier otro en Alemania quisiera la guerra en 1939.
-	Es indudable que los judíos son una raza pero no son humanos.
-	Es necesario exterminar sin piedad a los instigadores de este linaje *(refiriéndose al Marxismo. Fuente: Mein Kampf)*
-	Ésta es una táctica basada en un cálculo preciso de toda debilidad humana, y su resultado llevará al éxito con certeza casi matemática. Logré comprender igualmente la importancia del terror físico para con el individuo y las masas. *(Fuente: Mein Kampf)*
-	Estamos convencidos de que la gente necesita y requiere esta fe. Por lo tanto hemos llevado a cabo la lucha contra el movimiento ateo, y esto no sólo con unas pocas declaraciones teóricas: Lo hemos aplastado.
-	Este Estado no debe ser un poder sin cultura y una fuerza sin belleza, pues aún el armar a un pueblo es moralmente justificado sólo si es escudo y espada de una misión superior.
-	Hay millones de huérfanos, lisiados y viudas entre nosotros. También ellos tienen derechos! Para la Alemania de hoy ninguno ha muerto ni ha quedado lisiado, huérfano o viuda. Tenemos la deuda con estos millones de

	construir una nueva Alemania.
-	La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo, a pesar de todo. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común.
-	La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza y antepone la cantidad numérica y su peso inerte al privilegio sempiterno de la fuerza y del poder.
-	La gran mayoría del pueblo es, por naturaleza y criterio, de índole tan femenina, que su modo de pensar y obrar se subordina más a la sensibilidad anímica que a la reflexión. *(Fuente: Mein Kampf)*
-	La lectura no es un fin en sí mismo, sino el medio para un fin.
-	La mezcla de la sangre y el menoscabo del nivel racial que le es inherente constituyen la única y exclusiva razón del hundimiento de antiguas civilizaciones. No es la pérdida de una guerra lo que arruina a la humanidad, sino la pérdida de la capacidad de resistencia, que pertenece a la pureza de la sangre solamente.
-	La Naturaleza eterna venga inexorablemente la transgresión de sus preceptos. *(Fuente: Mein Kampf)*
-	La obediencia pasiva y la fe infantil constituyen el peor de los males que es posible imaginar.
-	La personificación del diablo como el símbolo de todos los males asume la forma de vida del judío.
-	La vida es cruel. Nacer, existir, desaparecer, siempre la cuestión de la muerte. Que sea la enfermedad, a consecuencia de un accidente o en la guerra no cambia nada.
-	La vida no perdona la debilidad. *(De su Testamento Político)*
-	Las armas más crueles resultan humanitarias si consiguen provocar una rápida victoria.
-	Las grandes masas sucumbirán más fácilmente a una gran mentira que a una pequeña.
-	Las palabras construyen puentes hacia regiones inexploradas.
-	Las revoluciones profundas, de largo curso y huella duradera; no las hacen escritores, sino oradores.
-	Lo que poseo pertenece al Partido. Si éste dejara de existir, al Estado, si el Estado también fuese destruido, ninguna decisión más es necesaria por mi parte.
-	Logré comprender igualmente la importancia del terror físico para con el individuo y las masas.
-	Los hombres no tenemos que discutir por qué la Providencia ha creado las razas, sino limitarnos a reconocer que castiga a quien desprecia su obra.
-	Los obstáculos no existen para rendirnos ante ellos, existen solamente para romperlos.
-	Los pecados contra la sangre y la raza constituyen el pecado original de este mundo y el ocaso de una humanidad vencida. *(Fuente: Mein Kampf)*
-	Los pueblos europeos no constituyen, en definitiva, más que una familia sobre la faz de la tierra. A veces algo pendenciera pero, a pesar de todo, unida entre sí por parentesco natural o por afinidad, inseparable espiritual, cultural y económicamente, e imposible de concebir disociada. Todo intento de considerar y de tratar los problemas europeos de otro modo que no sea el de las leyes de la sana y fría razón conduce a reacciones desagradables para todos.
-	Los seres humanos producto de la mezcla de razas son despreciables.
-	Lucho por lo que amo, amo lo que respeto, y a lo sumo respeto lo que conozco *(Fuente: Mein Kampf, Parte primera, Capítulo 3)*

-	Mañana muchos maldecirán mi nombre.
-	Mi más grande legado es la juventud, la cual a través del Comité Central de Debates, logrará conquistar al mundo.
-	Mi paciencia se está acabando.
-	Nada como invadir Polonia un viernes por la mañana para levantar el ánimo.
-	Nada me había entristecido tanto en los agitados años de mi juventud como la idea de haber nacido en una época que parecía erigir sus templos de gloria exclusivamente para comerciantes y funcionarios. *(Fuente: Mein Kampf)*
-	No es mi ambición esto de estar en guerra, pero sí lo es crear un nuevo estado nacional y social de la más alta cultura.
-	No importa la verdad. Importa la victoria.
-	No quiero caer en manos de unos enemigos que, para entretenimiento de las masas alimentadas por la propaganda del odio, esperan un nuevo espectáculo organizado por los judíos.
-	Nosotros somos socialistas, somos enemigos del sistema económico capitalista actual porque explota al que es débil desde el punto de vista económico, con sus salarios desiguales, con su evaluación indecente de un ser humano según tenga riqueza o no la tenga, en vez de evaluar la responsabilidad y la actuación de la persona, y estamos decididos a destruir este sistema capitalista en todos sus aspectos.
-	Nuestro pueblo primero tiene que ser liberado de la confusión desesperada del internacionalismo y ser educado deliberada y sistemáticamente en un nacionalismo fanático. Hay un solo derecho en el mundo, y este derecho está en la propia fuerza de uno.
-	Nunca te compares con los demás porque si lo haces, te estás insultando a ti mismo.
-	Para poder continuar subsistiendo como un parásito dentro de la nación, el judío necesita consagrarse a la tarea de negar su propia naturaleza intima.
-	Pero no han cedido ni una pulgada de terreno. No conozco seres más impávidos. Apenas se protegen. Los nuestros están siempre contentos de tener a los españoles como vecinos de sector. Considerados como tropa, los españoles son una banda de andrajosos.
-	Podemos estar felices de saber que el futuro nos pertenece completamente.
-	Podemos hundirnos, pero nos llevaremos un mundo con nosotros.
-	Qué mejor suerte que gobernar a hombres que no piensan.
-	Que sean duros, pero no injustos; sobre todo, que no permitan nunca que el miedo se convierta en consejero de sus actos y que estimen el honor de la nación por encima de todo lo demás en el mundo.
-	Que un día pase formar parte del código de honor del oficial alemán el principio por el cual la rendición de un distrito o una población resulte impensable.
-	Quien renuncia a luchar en un mundo cuya ley es una lucha constante, no merece vivir.
-	Quizás la más grande y mejor lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia *(Dicho en sus últimos años)*
-	Sé perfectamente que se gana a menos gente a través de la palabra escrita que por la palabra oral. Cada uno de los grandes momentos de este mundo debe su grandeza a grandes oradores y no a grandes escritores.
-	Seguramente la primera etapa de la cultura humana se basó menos en el empleo del animal doméstico que en los servicios prestados por hombres de raza inferior. *(Fuente: Mein Kampf)*

-	Si ganas, no necesitas dar explicaciones pero si pierdes, no deberás estar ahí para explicar nada.
-	Si quieres brillar como el sol primero debes arder como él.
-	Siéntete orgulloso de tu pueblo cuando no debas avergonzarte de ninguna de sus clases sociales.
-	Sigo el camino que me marca la Providencia con la precisión y seguridad de un sonámbulo. *(1936, Renania)*
-	Sobre todo que observen escrupulosamente las leyes raciales y que se opongan sin piedad al envenenador universal de todos los pueblos: Los judíos internacionales.
-	Sólo la repetición constante puede lograr finalmente que una idea quede grabada en la memoria de las masas.
-	Sólo puedo luchar por algo que amo, amo algo que respeto y respeto aquello que conozco.
-	Sólo se combate por lo que se ama; solo se ama lo que se estima, y para estimar es necesario al menos conocer.
-	Soy un nacionalista, pero no soy un patriota.
-	Toda la naturaleza es una formidable pugna entre la fuerza y la debilidad, una eterna victoria del fuerte sobre el débil *(Fuente: Discurso "El enemigo de los pueblos" del 13 de Abril de 1923, párrafo 3º)*
-	Un gran teórico resulta rara vez un gran caudillo.
-	Un hombre no muere por algo en lo que no cree.
-	Y del mismo modo que de cien cabezas huecas no se hace un sabio, de cien cobardes no surge nunca una heroica decisión.
-	Yo no hubiera intervenido en la revolución de España de no haber sido por el peligro rojo que amenazaba a Europa. El clero se hubiera tenido que exterminar.
-	Yo sé que los partidarios conquistados por medio de la palabra escrita son menos que los conquistados merced a la palabra hablada y que el triunfo de todos los grandes movimientos habidos en el mundo ha sido obra de grandes oradores y no de grandes escritores.